



DEPARTAMENTO DE FILOLOGÍA ESPAÑOLA

LA EXPRESIÓN DE LA ESTATIVIDAD EN ESPAÑOL:  
NIVELES DE REPRESENTACIÓN Y GRADOS DE  
DINAMICIDAD

**Matías Jaque Hidalgo**

**Directores**

Antonio Fábregas Alfaro

Josefa Martín García

MADRID, ENERO DE 2013



## AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, quisiera agradecer a Antonio Fábregas, por cuya generosa iniciativa comenzó lo que ahora toma forma de tesis doctoral. La confianza que depositó en mí y la ayuda que siempre se ha mostrado dispuesto a brindarme –ya fuese en Madrid, en Tromsø o desde Tromsø– son cosas que valoro y aprecio mucho. También debo mencionar a Soledad Varela, a quien conocí poco antes de su jubilación, y con quien desde entonces he tenido el placer de tratar un poco más allá del ámbito académico en el que tanto ha aportado. Josefa Martín merece igualmente todo mi agradecimiento, por su apoyo, gentileza y compromiso desde mis primeros días en la Autónoma. Su empeño en que los doctorandos pudiésemos dedicarnos a investigar y a trabajar en nuestras tesis hacía que las historias de becarios cuyo tiempo se perdía en tareas administrativas y otras funciones similares adquiriesen un rango casi de mito.

Mis compañeros de grupo de investigación me han ayudado no solo en el trabajo de la tesis, sino que han dado un inmenso contenido humano a los años que he pasado en la Autónoma trabajando en ella. Los miembros del Grupo de Lectura de Morfología me han hecho recordar una y otra vez, durante nuestras extensas jornadas de discusión, el valor de preguntarse por la naturaleza de las cosas que creemos evidentes. María Ángeles Cano ha sido una excelente compañera que me ha brindado su apoyo desde el comienzo, y con quien he podido aprender muchísimo en la tarea de procurarnos un bagaje teórico que más de una vez descubríamos insuficiente. José Pazó ha sido también un amigo y un compañero; me ha ayudado no solo a responder mis dudas sobre la estructura de la palabra, sino que ha mostrado siempre su entusiasmo e interés para hablar de los temas más diversos e inverosímiles en los días más grises y corrientes.

También quisiera mencionar a mis compañeros del Máster en Lengua Española, donde empezó todo esto. Gracias a Víctor Lara, Zoltan Zato y Cristina García por esas largas tardes compartiendo interesantes lecturas de nuestras respectivas áreas de investigación. Mis agradecimientos a Aurora Martorell, por procurarme siempre su invaluable amistad: una mezcla de buen humor, inteligencia y solidaridad con la que cualquiera se sentiría afortunado de poder contar en los días difíciles.

El desarrollo de esta tesis se ha beneficiado igualmente de dos periodos de estancias de investigación, financiadas por el Ministerio de Economía y Competividad. La primera de ellas, desarrollada en el CASTL de la Universidad de Tromsø, me sirvió de mucha ayuda en las primeras etapas de la tesis. Agradezco especialmente a Gilliam Ramchand y Björn Lundquist el tiempo que me dedicaron para resolver mis dudas, así como a los organizadores del *Linglunch*, que me permitió dar a conocer las primeras versiones de mis ideas sobre la estatividad. La segunda estancia, desarrollada en el GLiF de la Universidad Pompeu Fabra, fue crucial para avanzar sustancialmente en la formulación final de mis propuestas. Agradezco a Louise McNally, no solo por recibirme en el centro, sino por proporcionarme importantes aclaraciones.

La investigación que subyace a esta tesis fue financiada por una beca de Formación de Personal Investigador (BES-2009-026458), otorgada igualmente por el Ministerio de Economía y Competitividad, y se ha enmarcado en dos proyectos de investigación. El primero de ellos, “Léxico, sintaxis y variación morfológica: las nominalizaciones deverbales” (FFI2008-00603), fue dirigido por Soledad Varela y, más tarde, por Josefa Martín. El segundo, “Sintaxis y semántica de las relaciones de predicación” (FFI-2011-23829), ha estado a cargo de Olga Fernández Soriano, a quien agradezco por su dedicación y el tiempo que me ha prestado para resolver dudas y darme ciertos consejos bibliográficos que resultaron esclarecedores. El trabajo llevado a cabo en estos proyectos ha sido gratificante en buena medida gracias a los compañeros que han participado en ellos; además de los compañeros ya señalados, quisiera mencionar a Silvia Serrano, Ismael Teomiro, Gabriela Mazzuchino, María del Mar Vanrell e Irene Gil. A todos ellos, gracias por los momentos de discusión, escucha y buen humor. Estoy en deuda igualmente con Luis Eguren, que leyó algunas partes de esta tesis y me hizo valiosos comentarios.

Finalmente, mis agradecimientos más profundos van dedicados a la persona que vertebra y da sentido a todas mis horas y a las desiguales acciones que las llenan. Mi esposa, Maite, ha estado allí para animarme en más de un rincón del planeta. Este último año ha sabido llevar con envidiable destreza y enorme cariño un marido tesista y un pequeño bebé en la barriga. Espero que concuerde conmigo en dedicar esta tesis a Tomás, que, comparado con este trabajo, tardó mucho menos en gestarse, y tardará sin duda mucho más en envejecer.

# Índice

<b>Introducción</b>	11
<b>1. La estatividad: concepto y manifestación lingüística</b>	17
<b>1.1. El concepto de estatividad</b>	18
1.1.1. El lugar de la estatividad en una taxonomía de tipos de situación	18
1.1.2. La noción de propiedad en la semántica teórica de modelos	19
1.1.3. Algunos problemas con la noción formal de propiedad	23
1.1.4. Alternativas: universales y tropos	26
1.1.5. El surgimiento de la semántica de intervalos: Bennett y Partee (1978)	28
1.1.6. Desarrollos de la semántica de intervalos: Taylor (1977)	31
1.1.7. Propiedades, intervalos y operadores aspectuales: Dowty (1979)	33
1.1.8. ¿Otros predicados válidos en puntos de tiempo? Piñón (1997)	39
1.1.9. Nota sobre propiedades y predicados de más de un argumento	43
<b>1.2. Estatividad: cuestión de nivel</b>	48
1.2.1. Estados como piezas básicas: léxico y semántica	48
1.2.2. Estados como piezas básicas: léxico y sintaxis	51
1.2.2.1. Hale y Keyser (2002)	51
1.2.2.2. Ramchand (2008) (I): codificación sintáctica de los tipos de situación	55
1.2.3. La estatividad como ausencia o neutralización de un argumento eventivo	59
<b>1.3. Estatividad: cuestión de grado</b>	64
1.3.1. Estados IL y SL	65
1.3.2. Estados kimianos y davidsonianos: Maienborn (2005)	68
1.3.3. ¿Qué es, entonces, un estado SL?	74
1.3.4. Estados causativos: ¿IL, SL o davidsonianos?	77
1.3.5. Otros casos relevantes en la identificación de una categoría intermedia de estatividad	82
<b>1.4. Conclusiones del capítulo</b>	86
<b>2. Estructura funcional de la frase verbal y su expresión léxica</b>	89
2.1. Raíces: semántica y sintaxis	90
2.2. Variantes de v: Harley (2009)	96
2.3. Listemas, estructura y significado: Borer (2005)	104
2.4. Hacia un léxico postsintáctico: McCawley (1968)	116
2.5. Algunas nociones de Nanosintaxis	120
2.6. Inserción léxica en Ramchand (2008) (II)	127
2.7. Un modelo de descomposición verbal	133

2.7.1.	SRes como sintagma relacional de coincidencia central: SRcc	133
2.7.2.	Proc como introductor de la variable eventiva	140
2.7.3.	Inserción del argumento externo: SInicio	150
2.7.4.	¿De dónde vienen los estados puros?	155
2.7.5.	Estructuras, tipos de situación y verbos posibles: una síntesis	158
2.7.6.	Alternativas al modelo y comparaciones con modelos ya comentados	160
2.7.7.	Secuencia funcional y lexicalización: polisemia y coerción	164
2.8.	Conclusiones del capítulo	167
<b>3.</b>	<b>Estados puros</b>	169
<b>3.1.</b>	<b>Clasificación conceptual de los predicados estativos puros</b>	170
3.1.1.	Verbos de posesión	171
3.1.1.1.	Posesión alienable/inalienable	171
3.1.1.2.	Relaciones de meronimia	173
3.1.1.3.	Posesión permanente/transitoria	175
3.1.1.4.	Síntesis	177
3.1.2.	Verbos de medida	177
3.1.3.	Verbos de existencia	179
3.1.4.	Verbos psicológicos de experimentante sujeto	184
<b>3.2.</b>	<b>Determinación de la estatividad verbal</b>	189
3.2.1.	Pruebas internas al sintagma verbal	191
3.2.1.1.	Modificación de lugar	191
3.2.1.1.1.	Descripción	191
3.2.1.1.2.	Resultados	198
3.2.1.2.	Modificación ambigua entre grado y tiempo: <i>un poco</i>	204
3.2.1.2.1.	Descripción	204
3.2.1.2.2.	Resultados	205
3.2.2.	Pruebas externas al sintagma verbal	208
3.2.2.1.	Aspecto Celerativo: <i>lentamente</i>	208
3.2.2.1.1.	Descripción	208
3.2.2.1.2.	Resultados	213
3.2.2.2.	Aspecto Progresivo: estar + -ndo	215
3.2.2.2.1.	Descripción	215
3.2.2.2.2.	Resultados	219
3.2.3.	Pruebas basadas en la modalidad epistémica	225
3.2.3.1.	Ambigüedad del futuro sintético: -ré	228
3.2.3.2.	Perífrasis con modalidad deóntica y epistémica: tener que + inf y deber + inf	230
3.2.3.3.	Valor prospectivo/presente de la prótasis de las oraciones condicionales	233
3.2.3.4.	Valor prospectivo/presente del presente de subjuntivo: <i>espero que</i> + subjuntivo	234

3.2.3.5.	La restricción aspectual de la modalidad epistémica como sensibilidad a la validez en puntos de tiempo	236
3.2.3.6.	Restricciones sobre la aplicabilidad de las pruebas basadas en la modalidad epistémica: intervalos contextualmente inducidos	243
3.2.3.7.	Resultados de las pruebas basadas en la modalidad	250
3.2.4.	Síntesis de los resultados	253
<b>3.3.</b>	<b>Representación sintáctica de los niveles de estatividad</b>	<b>255</b>
3.3.1.	Estados de nivel 1: SRcc	261
3.3.1.1.	La conducta de los estados de nivel 1 frente al aspecto externo	263
3.3.1.2.	Evidencias adicionales provenientes de la alternancia copulativa	268
3.3.1.3.	Valores modales epistémicos en estados de nivel 1	272
3.3.1.4.	Estructuras sintácticas de los verbos de estado de nivel 1	272
3.3.2.	Estados de nivel 2: SInic	275
3.3.2.1.	Locativos internos como predicados secundarios: SInic + SRcc	277
3.3.2.2.	Estados de nivel 2 y la legitimación estructural de los argumentos	286
3.3.2.3.	Estados de nivel 2 y la forma progresiva	291
3.3.3.	Pruebas adicionales en la distinción de niveles 1 y 2	295
3.3.3.1.	Valores del indefinido	296
3.3.3.2.	Formaciones nominales en –dor	299
3.3.3.3.	Expresión nominal del predicado	301
3.3.4.	Síntesis de las diferencias principales entre estados de nivel 1 y 2	303
3.3.5.	Estados de nivel 3: <estar + -ndo> y Asp <sub>prog</sub>	304
3.3.6.	Estados de nivel 4: lecturas de habitualidad	319
3.3.7.	Algunos casos particulares: estados existenciales que incluyen Aspecto Continuativo	329
<b>3.4.</b>	<b>Conclusiones del capítulo</b>	<b>333</b>
<b>4.</b>	<b>Estados causativos y alternantes</b>	<b>335</b>
	<i>Introducción: Causatividad y estatividad</i>	336
<b>4.1.</b>	<b>Alternancia instrumental</b>	<b>341</b>
4.1.1.	Introducción	341
4.1.2.	La propuesta de Rothmayr (2009)	342
4.1.3.	El papel temático en la variante estativa	345
4.1.4.	Estados causativos como estados davidsonianos	351
4.1.4.1.	Perífrasis progresiva	354
4.1.4.2.	Modificadores de aspecto celerativo ( <i>lentamente</i> )	355
4.1.4.3.	Pruebas basadas en la modalidad epistémica	356
4.1.4.4.	Relaciones entre el tiempo de la eventualidad y el tiempo de referencia	358
4.1.5.	La configuración sintáctica de la causatividad estativa	364
4.1.5.1.	Representación sintáctica de las variantes causativas estativa y dinámica	369

4.1.5.2.	Representación sintáctica de la variante eventiva agentiva	371
4.1.6.	Rasgos de la entrada léxica	374
4.1.7.	Conclusiones del apartado	376
<b>4.2.</b>	<b>Verbos psicológicos de experimentante objeto</b>	377
4.2.1.	Lecturas agentivas, eventivas y estativas: Arad (1998)	381
4.2.2.	Generalización del aspecto estativo (Marín y McNally 2011, Marín 2011)	383
4.2.2.1.	El aspecto de los verbos psicológicos reflexivos	384
4.2.2.2.	El aspecto de los verbos de experimentante objeto	385
4.2.3.	Otra vez la distinción entre dativo y acusativo	390
4.2.4.	Diagnósticos adicionales en la caracterización aspectual de los VPEO	392
4.2.4.1.	Pruebas basadas en la modalidad epistémica	393
4.2.4.2.	Relaciones entre el tiempo de la eventualidad y el tiempo de la referencia	397
4.2.5.	La realidad sintáctica del experimentante: Landau (2009)	401
4.2.6.	Estados causativos como estados SL: Fábregas y Marín (en prensa, a)	406
4.2.7.	Una hipótesis alternativa: causas y lindes	409
4.2.8.	Estructuras sintácticas de los VPEO	411
4.2.9.	Rasgos de la entrada léxica	418
4.2.10.	Conclusiones del apartado	422
<b>4.3.</b>	<b>Conclusiones del capítulo</b>	423
<b>5.</b>	<b>Nominalizaciones de estado</b>	427
<b>5.1.</b>	<b>Niveles y grados de estatividad: recapitulación</b>	429
<b>5.2.</b>	<b>Nominalizaciones de verbos estativos: estado de la cuestión</b>	432
5.2.1.	Alexiadou (2001, 2010, 2012)	433
5.2.2.	Katz (2000)	435
5.2.3.	Spencer y Zaretskaya (2003)	439
5.2.4.	Fábregas y Marín (2012a, 2012b)	442
<b>5.3.</b>	<b>Determinación de la estatividad nominal</b>	451
5.3.1.	Predicados con restricciones sobre tipos de situación	452
5.3.2.	Modificadores internos al SD	453
5.3.2.1.	Manera	454
5.3.2.2.	Modificadores de lugar	454
5.3.2.3.	En curso	455
5.3.2.4.	Modificación temporal	456
5.3.3.	Síntesis de los diagnósticos de estatividad nominal	456
<b>5.4.</b>	<b>Predicados sin alternancia: estados puros</b>	458
5.4.1.	Nominalizaciones estativas de nivel 1	458
5.4.1.1.	Caracterización aspectual	460
5.4.1.2.	Estructura argumental	464
5.4.1.3.	Representación morfosintáctica	467
5.4.1.4.	Nombres derivados en estados de nivel 1	475



5.4.1.5.	Predicados sin expresión nominal: <i>haber</i>	479
5.4.1.6.	Legitimación aspectual débil	482
5.4.1.7.	Recapitulación	485
5.4.2.	Nominalizaciones de nivel 2: SInicio	486
5.4.2.1.	Caracterización aspectual	487
5.4.2.2.	Estructura argumental	489
5.4.2.3.	Representación morfosintáctica	496
5.4.2.4.	Más sobre la restricción aspectual de los derivados en –ncia	502
5.4.2.5.	Recapitulación	507
5.4.3.	Nominalizaciones de verbos existenciales temporales	508
5.4.3.1.	Caracterización aspectual	510
5.4.3.2.	Estructura argumental	514
5.4.3.3.	Representación morfosintáctica	514
<b>5.5.</b>	<b>Nominalizaciones de verbos con alternancia estado-evento</b>	517
5.5.1.	Caracterización aspectual	520
5.5.2.	Pruebas aspectuales adicionales	523
5.5.3.	Estructura argumental	531
5.5.4.	Representación morfosintáctica	535
5.5.4.1.	Proyecciones nominalizadas	536
5.5.4.2.	Nombres derivados y conversión	538
<b>5.6.</b>	<b>Conclusiones del capítulo</b>	546
<b>Conclusiones finales</b>		549
<b>Referencias bibliográficas</b>		560



## Introducción

La presente tesis trata sobre los predicados estativos en español. El objetivo principal es proporcionar una caracterización detallada de los distintos tipos de estatividad, con una representación sintáctica que dé cuenta de cada uno de los tipos de estados que podemos atestiguar en español y su relación con otras clases aspectuales, con especial atención al dominio verbal.

Si bien el estudio de los tipos de situación y su expresión lingüística se centró, durante gran parte del siglo XX, en los predicados eventivos, los últimos años han sido testigos de un fuerte interés por el fenómeno de la estatividad, es decir, los predicados semánticamente más “simples”. Una serie de estudios dan cuenta de este giro, entre los que podemos mencionar Maienborn (2003, 2005, 2007) y Rothmayr (2009), para el alemán y el inglés; Martin (2008), para el francés; Husband (2010), para el inglés o, en el caso del español, Marín (2011, 2013), Fábregas y Marín (2012a, 2013), Carrasco y González (2011), Horno Chéliz (2011) y Morimoto (2011). Son diversas las razones que motivan el estudio detallado de los predicados de estado. Una de las principales, como mencionamos en Jaque (2010a), radica en que las teorías que asumen una cierta jerarquía entre clases aspectuales suelen tomar como base de ella los estados. Por consiguiente, si esta categoría exhibe propiedades que se resisten a encajar en el sistema global, la elaboración de una teoría exhaustiva sobre el aspecto no puede llevarse a cabo. Algunas de las preguntas claves que suscita la categoría de la estatividad, y de las que, consecuentemente, habrá de hacerse cargo toda teoría general sobre la predicación, son las siguientes:

- ¿Cuántos tipos de estados hay?
- ¿Son siempre los estados la pieza básica (y no analizable) del edificio aspectual?
- ¿Qué relación existe entre los distintos tipos de estado y las categorías gramaticales disponibles en una lengua?

En esta tesis intentaremos contribuir al actual debate sobre estas cuestiones, mostrando que hay no solo distintas clases de estados, sino también distintas formas sintácticas de expresarlos, y que estas representaciones sintácticas determinan las propiedades de cada clase de estado. Esto redundará, por una parte, en que el estado no se restrinja siempre a constituir el bloque básico de la estructura eventiva y, por otra, en que la relación entre estatividad y categoría gramatical no sea simple ni unívoca. No obstante, estimamos que dicha diversidad puede captarse mediante una teoría unificada que dé cuenta de los distintos fenómenos a partir de unos pocos principios y operaciones.

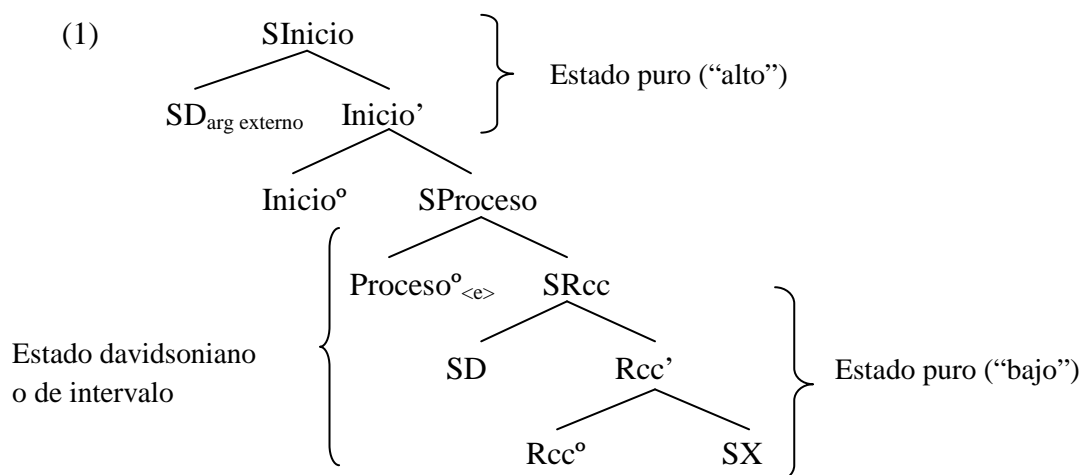
Nuestro estudio toma como base una definición simple de estatividad, de la que, sin embargo, se derivan interesantes consecuencias empíricas. Llamaremos estado a aquel predicado que relacione una propiedad con una entidad sin involucrar cambio (cf. Dowty 1979, Moreno Cabrera 2003, Maienborn 2005). Desde un punto de vista temporal, los estados corresponden a aquellos predicados que pueden ser evaluados en

un punto de tiempo, puesto que la relación predicativa que establecen no necesita ser verificada en intervalos (cf. Bennet y Partee 1978, Taylor 1977). Partiendo de esta definición, el problema de la estatividad en español se investiga desde dos ángulos distintos:

**La estatividad como cuestión de nivel:** toda configuración que, de un modo u otro, relacione entidades con propiedades y que pueda ser semánticamente evaluada en puntos de tiempo contará como un estado. La gramática ofrece, sin embargo, distintos niveles estructurales en los que este resultado semántico puede obtenerse. Ello determina un primer eje de variación en el estudio de la estatividad, que puede verificarse tanto en el interior de la frase verbal como en las capas funcionales del aspecto externo.

**La estatividad como cuestión de grado:** un segundo eje de variación se relaciona con la existencia de categorías aspectuales a medio camino entre la estatividad y la dinamicidad. Así, los predicados que son genuinamente evaluables en puntos de tiempo serán llamados *estados puros*. Sin embargo, existen predicados que, sin incluir cambio interno, requieren extensión en el tiempo y constituyen, por lo tanto, una clase intermedia entre los estados puros y los eventos dinámicos. Este grupo de predicados ha recibido, entre otros, los nombres de *estados de intervalo* (Dowty 1979) y *estados davidsonianos* (Maienborn 2005).

La propuesta central de esta tesis se articula sobre un modelo de descomposición verbal que permite derivar de forma simple los tipos de estado que se siguen de los dos ejes de variación mencionados (cf. Ramchand 2008; Fábregas y Marín 2012, 2013). En particular, propondremos que existe un único núcleo verbal que introduce una variable eventiva, SProceso, y que esta variable eventiva es siempre válida en intervalos. SProceso puede tomar como complemento un sintagma relacional (SR) que adopta bien un valor de coincidencia central, bien un valor de coincidencia terminal (cf. Hale y Keyser 2002, Mateu 2002, Brucart 2010). De otra parte, SProceso puede ser tomado por una proyección introductora del argumento externo (SInicio), que otorga un valor causativo al evento introducido en Proceso. De forma crucial, dado que ni SInicio ni SR introducen variables eventivas, estas estructuras, por sí mismas, denotan predicados sin duración intrínseca que pueden, consiguientemente, ser evaluados en puntos de tiempo. Tales estructuras, por lo tanto, sirven de soporte sintáctico para expresar estados puros. Por otra parte, la combinación de SProceso con un sintagma relacional de coincidencia central (SRcc) nos ofrece un estado que ‘se mantiene’ a través del intervalo requerido por la variable eventiva, estructura que permite modelar, así, predicados eventivos no dinámicos (estados davidsonianos o de intervalo). De este modo, podemos captar distintos *niveles* de expresión sintáctica de la estatividad (SR, SInicio) y distintos *grados* de estatividad (estados puros con o sin SProceso). La estructura es la siguiente:



Desde un punto de vista empírico, la propuesta teórica arriba sintetizada se aplica a un conjunto de predicados verbales del español, así como a ciertas formas gramaticales que, ensambladas sobre la frase verbal, pueden transformar un predicado eventivo en un predicado estativo. En particular, estudiaremos los siguientes grupos de verbos:

- **Verbos de posesión:** *tener, poseer*
- **Verbos de medida:** *costar, pesar, valer*
- **Verbos existenciales:** *haber, faltar, sobrar, permanecer*
- **Verbos psicológicos de sujeto experimentante:** *amar, odiar, temer; saber, conocer*
- **Verbos psicológicos de objeto experimentante:** *gustar, doler; preocupar, molestar*
- **Verbos de alternancia instrumental:** *bloquear, obstruir, tapar, cubrir*

La tesis se estructura del modo siguiente:

En el **capítulo 1** presentamos una revisión teórica de los principales conceptos empleados en nuestro análisis, así como de sus formas de manifestación lingüística. Introducimos allí la noción de propiedad, su relación con el cambio y la idea de evaluación en puntos de tiempo o en intervalos (§1.1). Igualmente, mostramos distintas alternativas que la bibliografía ofrece para estudiar la estatividad desde el punto de vista del nivel de representación (§1.2) y del grado de dinamicidad (§1.3).

El **capítulo 2** estudia las relaciones entre el léxico y la sintaxis en distintas teorías recientes, que nos servirán de base para, retomando las cuestiones planteadas en el capítulo 1, formular un modelo de descomposición verbal capaz de dar cuenta de ellas. Así, tras revisar las propuestas de la Morfología Distribuida, el neo-construccionismo de Borer (2005) y la Nanosintaxis, pasamos, en §2.7, a presentar el conjunto de proyecciones sintácticas que, junto a su interpretación semántica, nos permitirán formalizar las distintas clases de estados que ofrecen los predicados verbales del español.

El **capítulo 3** constituye, junto al cuarto, la parte central de la tesis. En él, estudiamos los *estados puros*, es decir, aquellos predicados que carecen de una variable eventiva y que, consecuentemente, pueden ser evaluados en puntos de tiempo. Luego de presentar una clasificación conceptual de los grupos de verbos tratados, discutimos una serie de contextos sensibles a la distinción estado/evento en español. De ellos, tendrá especial interés un conjunto de pruebas basadas en la modalidad epistémica, que distinguen entre estados y eventos sobre la base de la diferencia entre validez en puntos de tiempo o en intervalos (§3.2.3). Ellas nos permitirán detectar, en conjunto con otras pruebas, los niveles en que un predicado adquiere su carácter estativo. Posteriormente, presentamos un análisis estructural que permite identificar cuatro niveles de estatividad en español (§3.3). En el nivel de la frase verbal, exponemos los niveles correspondientes al sintagma relacional de coincidencia central (SRcc) y a SInicio. En el dominio del aspecto externo, mostramos que tanto la forma progresiva como el Aspecto Habitual corresponden a contextos gramaticales que transforman predicados eventivos en estados puros. Estos resultados se aprecian en la siguiente tabla:

Nivel	Estructura sintáctica	Ejemplos
Nivel 1	SRcc	<i>faltar, sobrar, costar</i>
Nivel 2	SInicio	<i>poseer, tener, conocer</i>
Nivel 3	SAsp <sub>progresivo</sub>	<i>Juan está escribiendo</i>
Nivel 4	SAsp <sub>habitual</sub>	<i>Juan fuma</i>

Aunque la estructuras mencionadas se comportan, en general, como estados puros, la diferencia fundamental entre los estados de nivel 1 (SRcc) y de nivel 2 (SInicio) corresponde a que solo los primeros establecen únicamente una relación predicativa. En el caso de los estados de nivel 2, existen diversos contextos que indican que se trata de “eventos empobrecidos”, es decir, estructuras con un argumento externo que carecen de SProceso y, por lo tanto, de un evento al que dicho argumento pueda servir de ‘iniciador’. Sin embargo, ciertos contextos como el indefinido permiten recuperar su valor dinámico (v.g. *Juan conoció a su hermano*), mientras que preservan el valor estativo de los estados de nivel 1 (v.g. *Faltó comida en la fiesta*).

El **capítulo 4**, segunda sección del cuerpo central de la tesis, se centra en los estados causativos y alternantes. Si el capítulo 3 abordaba los estados puros y los niveles de representación sintáctica en que estos objetos podían codificarse, el capítulo cuarto estudia el problema del grado de dinamicidad. En este capítulo se propone que los estados causativos expresan un grado menor de estatividad, que se acerca, así, a la eventividad. El objeto de estudio corresponde a los verbos de alternancia instrumental (*bloquear, cubrir, tapar*) y los verbos psicológicos de experimentante objeto (*preocupar, molestar, interesar*). Propondremos que estos predicados incluyen en su estructura una variable eventiva introducida por SProceso. Por lo tanto, dado que la huella temporal del evento es siempre extensa, requieren un intervalo para ser

evaluados, aunque denoten situaciones homogéneas. Se trata, así, de estados davidsonianos o de intervalo. Es importante mencionar que los criterios en base a los cuales establecemos la presencia de una variable eventiva obedecen a nuestra definición temporal de evento. De este modo, aunque consideremos las pruebas aportadas por Maienborn (2005), nuestro examen se basa, fundamentalmente, en aquellos contextos sensibles a la validez en puntos de tiempo frente a la validez en intervalos.

Finalmente, el **capítulo 5** constituye una aplicación de la propuesta de análisis desarrollada en los capítulos 3 y 4. Aquí, estudiamos las nominalizaciones de predicados estativos, con el fin de mostrar que el análisis basado en niveles de representación y grados de dinamicidad arroja predicciones sólidas en otros dominios de la gramática. En primer lugar, veremos que los niveles de estatividad pura se reflejan en la manifestación nominal de los predicados verbales. Así, los estados puros de nivel 1, es decir, aquellos que lexicalizan un SRcc, se expresan como nombres no derivados (*faltar* > *falta*, *pesar* > *peso*, *sobrar* > *sobra*), toda vez que el núcleo Rcc no determina categoría de verbo. En cambio, los estados puros de nivel 2, dado que lexicalizan una configuración específicamente verbal (SInicio), presentan morfología deverbal en su variante nominal (*tener* > *tenencia*, *conocer* > *conocimiento*, *entender* > *entendimiento*). En segundo lugar, observaremos las consecuencias que posee la presencia de una variable eventiva en las nominalizaciones de estado davidsoniano (*preocupar* > *preocupación*, *bloquear* > *bloqueo*).

La tesis se cierra con un capítulo final en el que se sintetizan las principales conclusiones alcanzadas, se esbozan las líneas de investigación que se siguen del análisis realizado y se discuten algunos problemas no resueltos en este estudio.





# Capítulo 1

## La estatividad: concepto y manifestación lingüística

En este capítulo estudiaremos el concepto de estatividad centrándonos en los aspectos semánticos de su definición, así como en las posibilidades de manifestación lingüística que, de acuerdo con la bibliografía, admite esta noción. Defenderemos aquí que un estado consiste, esencialmente, en una instanciación temporal de una propiedad, en lo que seguimos, con más o menos matizaciones, a autores como Maienborn (2005) o Moreno Cabrera (2003). No obstante, esperamos proporcionar una definición adecuada de propiedad, no expresamente desarrollada en los trabajos citados, de la que podamos deducir los aspectos fundamentales de la estatividad. Para ello, nos acercaremos al concepto de propiedad de la semántica teórica de modelos (Montague 1973, Dowty et al. 1981, Moreno Cabrera 1987, Heim y Kratzer 1999, Portner 2005) que, en conjunto con la semántica de intervalos (Benett y Partee 1978, Taylor 1977, Dowty 1979), permite establecer un concepto adecuado de estatividad para los análisis ulteriores ofrecidos en esta tesis. Tales herramientas conducen a una definición esencialmente *temporal* de la estatividad, cuestión que, desde un punto de vista intuitivo, parece correcta.

En concreto, mostraremos que un estado se caracteriza por establecer la adscripción temporal de una entidad en el conjunto denotado por una propiedad. Dicha adscripción puede ser evaluada en instantes y no necesariamente en intervalos de tiempo (unidades mayores que un instante). Cualquier tipo de cambio, o incluso de mantenimiento de una propiedad en más de un instante, nos aleja de esta noción prototípica de estado, puesto que su evaluación demanda entonces un intervalo. De su validez en instantes de tiempo se sigue la llamada “propiedad del subintervalo estricto”, es decir, la idea de que si un predicado es válido en un intervalo *I*, entonces es también válido en cada tiempo *t* perteneciente a *I*. Dicha propiedad parece ser, en su versión “fuerte”, exclusiva de los estados, según tendremos ocasión de discutir con mayores detalles en §1.1.6, y como veremos en diversos casos a lo largo de esta tesis.

Luego, discutiremos la manifestación de la estatividad desde dos ángulos: la estatividad como una cuestión de *nivel de representación* y la estatividad como una cuestión de *grado*. De acuerdo con el primer punto de vista, veremos que un estado, como instanciación temporal de una propiedad, no queda necesariamente circunscrito a un nivel estructural básico, como se ha propuesto en distintas teorías previas, ya sea desde un punto de vista semántico (cf. Dowty 1979, Levin y Rappaport 1995, Moreno Cabrera 2003), ya sea desde un punto de vista sintáctico (cf. Hale y Keyser 2002, Ramchand 2008). En cambio, sostenemos que el fenómeno semántico de la estatividad puede manifestarse en distintos niveles de representación estructural, siempre que satisfaga la condición esencial que su definición impone, esto es, ser un predicado evaluable en instantes. En los capítulos restantes de esta tesis investigaremos cuáles son

esos niveles y mediante qué mecanismos un predicado puede adquirir la condición temporal que lo define. Con todo, incluiremos algunos ejemplos en la discusión, que se tratarán en profundidad en los apartados respectivos, con el fin de ilustrar estas nociones.

Con respecto a la estatividad como cuestión de grado, discutiremos si puede sostenerse la existencia de una categoría a medio camino entre la estatividad y la eventividad. En este caso, nos encontraremos con eventualidades que comparten algunos rasgos con la estatividad (v.g. falta de cambio), pero no su rasgo esencial (es decir, no son estrictamente válidos en instantes). A este respecto, seguiremos la propuesta de Maienborn (2005), para quien tanto los estados de nivel de individuo (*individual level*, o IL, por sus siglas en inglés) como los estados de nivel de estadio (*stage level*, o SL, por sus siglas en inglés) pertenecen a la categoría de los *estados kimianos* (o estados “puros”). En cambio, los llamados *estados davidsonianos* conforman un tipo de eventualidad más próxima a la eventividad. Discutiremos, para ejemplificar esta distinción, dos casos que, en español, pueden ser relevantes en la determinación de una categoría aspectual a medio camino entre la eventividad y la estatividad: los estados causativos y los usos pronominales de *estar*.

Nótese, por último, que el problema del grado de estatividad es en principio independiente del problema del nivel. Así, un predicado estativo puede ser “puro” en diversos niveles, mientras que un mismo nivel estructural puede, en combinación con las estructuras que domina, ofrecer variación entre estados, eventos dinámicos y estados davidsonianos.

## 1.1. El concepto de estatividad

### 1.1.1. El lugar de los estados en una taxonomía de tipos de situación

En la tradición de las categorías aspectuales iniciada por Kenny (1963) y Vendler (1967), los estados se caracterizan mediante ciertos aspectos semánticos generales como la duración o la falta de dinamicidad. Las observaciones de Vendler pronto fueron sistematizadas en rasgos que permitían definir cada tipo de situación. De acuerdo con la versión de Smith (1991), que amplía la introducida en Comrie (1976), dicho sistema de oposiciones puede sintetizarse en la siguiente tabla:

	Delimitación	Duración	Dinamicidad	Ejemplos
Estados	-	+	-	<i>saber, amar</i>
Actividades	-	+	+	<i>correr</i>
Realizaciones	+	+	+	<i>escribir un libro</i>
Logros	+	-	+	<i>ganar la carrera</i>
Semelfactivos	-	-	+	<i>toser, estornudar</i>

Tabla 1. Tipos de situación según Smith (1991)

Estas categorías (con o sin la inclusión de la clase de los semelfactivos, no unánimemente aceptada) corresponden al dominio del *aspecto léxico* (De Miguel 1999, Bosque y Rexach 2009: 299, Dahl 1985), *aspecto interno* (Verkuyl 1993) o *tipo de situación* (Smith 1991), y se opone al dominio del aspecto *gramatical, externo* o de *punto de vista*, que distingue, básicamente, entre interpretaciones temporales perfectivas o imperfectivas de un mismo predicado. Así, *escribir un libro*, si bien cuenta como una realización, puede manifestarse con aspecto tanto perfectivo como imperfectivo (*escribí un libro* frente a *escribía un libro*, respectivamente).

Una observación inmediata, que surgió asociada a la taxonomía vendleriana de tipos de situación, es la de que un verbo, en y por sí mismo, puede pertenecer a más de una clase, y que, por lo tanto, lo que puede clasificarse en una u otra categoría es la frase verbal en su conjunto (y, en ocasiones, la oración entera). Así, *escribir*, cuando toma un objeto definido como *un libro*, puede considerarse como una realización. Sin embargo, cuando toma un plural escueto (*Juan escribe libros*) o cuando se elide el objeto (*Juan escribe*), puede considerarse un predicado atético. Estos fenómenos quedan englobados en lo que Verkuyl (1972) denominó la naturaleza *composicional* del aspecto.

Por otra parte, aunque el dominio del aspecto léxico se distingue del dominio del aspecto externo o gramatical, suelen darse interacciones entre ambos niveles. Así, ciertos verbos en principio estativos, como *saber*, suelen adquirir un valor dinámico incoativo, análogo al de un logro, en un contexto de aspecto gramatical perfectivo (v.g. *Juan supo entonces que el banquero lo estafaba*) (cf. Roca Pons 1958). Por otra parte, prácticamente todos los verbos dinámicos pueden adquirir un valor estativo en ciertos contextos, en los que se interpretan, por ejemplo, como habituales (cf. Carlson 2012). Por ejemplo, el presente de indicativo del español suele desencadenar lecturas genéricas o habituales en predicados dinámicos (v.g. *Juan fuma (habitualmente)*, *Los leones comen carne*, etc.).

En los subapartados siguientes, estudiaremos en profundidad las características semánticas de los estados, más allá de los rasgos que descriptivamente permiten oponerlos al resto de las clases aspectuales. En particular, nos centraremos en la relación que existe entre la noción de propiedad y las características temporales de los estados. Veremos que, al relacionar una entidad con una propiedad, un estado puede ser evaluado en puntos de tiempo, frente a los eventos, que demandan para ello un intervalo (es decir, una unidad de tiempo extensa).

### 1.1.2. La noción de propiedad en la semántica teórica de modelos

Diversas propuestas recientes sobre la estatividad integran como elemento central en la definición de este tipo de predicado la noción de *propiedad*. Así, por ejemplo, podemos destacar dos propuestas recientes en la bibliografía:

- Moreno Cabrera (2003): Un estado es una relación entre una entidad y una propiedad o una entidad y un lugar. Su formalización corresponde a un

predicado de dos argumentos, de acuerdo con las siguientes estructuras (donde P= ‘propiedad’ y L= ‘lugar’):

- (1) a. **estados atributivos:** E[x, P]  
b. **estados locativos:** E[x, L]

- Maienborn (2005): Los estados (kimianos) son objetos abstractos que ejemplifican una propiedad P en un portador (*holder*) x en un tiempo t.

Aunque estas definiciones nos parecen adecuadas para caracterizar la estatividad en español, no es fácil decidir qué ha de contar en ellas como una propiedad ni, por consiguiente, establecer qué predicados deben ser clasificados como estativos. Presentaremos, con el fin de especificar más esta aproximación, los rasgos principales de la noción de propiedad que nos ofrece la semántica teórica de modelos. Para ello, seguiremos la exposición de Dowty, Peters y Wall (1981), quienes siguen las pautas de la Lógica Intensional (LI) de Montague (1973). En este modelo, una propiedad es el conjunto de todas las entidades que la instancian, idea que, de acuerdo con Lewis (1986: 50), es “the simplest plan”, siempre y cuando incluya “all its intances –*all of them, this-and the other-worldly alike*”. Antes de llegar a esta noción, no obstante, debemos introducir algunos conceptos básicos.

En la semántica montaguiana, un predicado monádico como *bailar* se define como un conjunto de entidades. Cuando aplicamos dicho predicado a un término, la oración resultante tendrá un valor de verdad positivo o negativo dependiendo de si la entidad denotada por el término pertenece o no al conjunto denotado por el predicado. Así, supongamos que *bailar* define el siguiente conjunto:

- (2) *bailar*: {Juan, Pedro, María}

Respecto de esta denotación, una expresión como *Juan baila* será verdadera, puesto que Juan se encuentra entre los miembros del conjunto denotado por *bailar*, mientras que *Diego baila* será falsa, puesto que Diego no se encuentra en este conjunto. Dicho en términos equivalentes, aunque formalmente distintos, *bailar* es una función que para cada entidad en un modelo determinado asigna un valor de verdad.<sup>1</sup> Montague asignó a

---

<sup>1</sup> Téngase en cuenta que la denotación de un predicado monádico, entendida como un conjunto de entidades, admite ciertas variantes notacionales. La definición extensional, es decir, la enumeración de los individuos que efectivamente pertenecen al conjunto, es la más directa. Sin embargo, también puede denotarse un conjunto mediante la *función característica* que lo define, lo cual implica asignar un valor de verdad a cada entidad en un modelo (Dowty et al. 1981, Heim y Kratzer 1998: 39). Si este modelo está formado por los individuos Juan, Pedro, María y Diego, la función característica de *bailar*, equivalente a (2), sería la siguiente:

- |    |       |    |
|----|-------|----|
| i. | Juan  | →1 |
|    | Pedro | →1 |
|    | María | →1 |
|    | Diego | →0 |

cada elemento de un lenguaje una categoría o tipo que especificaba su contribución al significado de una expresión. Así, un predicado monádico pertenece a la categoría  $\langle e, t \rangle$ , mientras que *Juan* o *Diego* pertenecen a la categoría  $e$  (entidades). La expresión entre paréntesis angulares denota, pues, la función que relaciona una entidad ( $e$ ) con un valor de verdad ( $t$ ).<sup>2</sup>

Un sistema de este tipo necesita, para dar cuenta del significado de las oraciones del lenguaje natural, de más elementos. Así, Montague (1973) incluyó la noción de verdad relativa a un *mundo posible* y a un *tiempo*. Las expresiones tradicionales de la lógica de predicados, de la que la LI es un desarrollo, son “atemporales”, a diferencia de las expresiones del lenguaje natural, que manifiestan localización temporal. Podemos incluir, así, una serie de tiempos  $t$  en relación con los cuales la denotación de una expresión varía. De este modo, el predicado *bailar* puede incluir, por ejemplo, a Juan y Pedro en  $t'$ , solo a Juan en  $t''$  y, en  $t'''$ , a Juan, Pedro y María. Una oración flexionada como *Juan bailó* equivaldrá, pues, a una fórmula que incluye cuantificación existencial sobre tiempos. Consiguientemente, si esta oración es dicha en  $t'''$ , será verdadera si y solo si existe un  $t$  anterior a  $t'''$  tal que Juan esté incluido en el conjunto denotado por *bailar* en ese tiempo. Como, según hemos mencionado, Juan está incluido en la denotación de *bailar* en todos los tiempos, la oración es verdadera. Sin embargo, *María bailó*, dicha en  $t'''$ , es falsa, puesto que no existe un  $t$  anterior a  $t'''$  en el que el conjunto denotado por *bailar* incluya a María.

---

En otras palabras, *bailar* es aquella función que da un valor de verdad positivo si la entidad en cuestión está incluida en el conjunto respectivo. Una función también puede escribirse empleando la notación lambda:

ii.  $\lambda x.bailar(x)$

Al aplicar esta función sobre un argumento que denote un individuo (por ejemplo, *Juan*), obtenemos, nuevamente, un valor positivo si y solo si el individuo Juan está incluido en el conjunto:  $\lambda x.bailar(x)$  (*Juan*) = 1 ssi Juan baila. En síntesis, el valor semántico de un predicado puede formularse ya empleando la notación de teoría de conjuntos, ya la notación de funciones; en ambos casos, el resultado es el mismo: un conjunto de entidades. Por supuesto, en la mayoría de los casos no tenemos acceso al dominio completo de entidades que podrían funcionar como argumentos de una función o como elementos de un conjunto, por lo que la notación lambda, más sintética, es la preferida.

<sup>2</sup> La definición de tipos categoriales en la gramática de Montague es recursiva (Heim y Kratzer 1998: 28). Así, pueden ser categorías  $e$  (entidad) y  $t$  (valor de verdad). Además, si  $A$  y  $B$  son tipos, entonces  $\langle A, B \rangle$  es también un tipo. Consiguientemente, existe un número potencialmente ilimitado de categorías: si  $\langle e, t \rangle$  es una categoría, por lo tanto también lo es  $\langle e, \langle e, t \rangle \rangle$ ; como esta expresión es, nuevamente, una categoría, podemos construir  $\langle \langle e, t \rangle, \langle e, \langle e, t \rangle \rangle \rangle$ , y así sucesivamente. Cada expresión se lee de acuerdo con un álgebra de cancelación según el cual  $\langle a, b \rangle + a = b$  (donde  $b$  es el educto de la función que toma  $a$  como dominio). Esta formulación recursiva de categorías es deliberadamente general y “sobregeneradora”, de modo tal que solo un subconjunto limitado de estas expresiones servirán efectivamente para describir las categorías gramaticales de una lengua. Para los fines del lingüista es, por lo tanto, un sistema descriptivamente “inadecuado”, en la medida en que no responde a su interés de acotar un número limitado de categorías que dé cuenta de las opciones de las lenguas naturales. Sin embargo, Montague (1973) concibió este sistema como parte de un programa de Gramática Universal (GU) que sirviera como teoría general de todo lenguaje posible, incluyendo las lenguas naturales y las artificiales, entre las cuales Montague no reconocía ninguna diferencia de principio. En este sentido, la noción de GU de Montague difiere radicalmente de la chomskiana (Chomsky 1965, 1981, 1995), según la cual la GU constituye una hipótesis empírica sobre una facultad cognitiva que permite a un niño aprender cualquier lengua perteneciente a la clase de las lenguas naturales, y solo estas.

Un mecanismo similar se aplica cuando incluimos la noción de verdad relativa a un mundo posible. En este caso, podemos dar cuenta de expresiones modales como *necesariamente* o *posiblemente*, que, tal como los tiempos gramaticales, son operadores oracionales que restringen la verdad de una oración mediante la cuantificación sobre ciertas entidades, en este caso mundos posibles en lugar de tiempos. En concreto, *posiblemente* equivale a un cuantificador existencial, mientras que *necesariamente*, a un cuantificador universal. De este modo, *Posiblemente Juan baile* corresponde a la expresión ‘existe al menos un mundo posible en el cual Juan pertenece al conjunto denotado por *bailar* en dicho mundo’, mientras que *Necesariamente Juan baila* equivale a ‘para todo mundo posible, Juan pertenece al conjunto denotado por *bailar*’.

Si convenimos en que  $T$  denota el conjunto de todos los tiempos  $t$ , y  $M$  denota el conjunto de todos los mundos posibles  $m$ , entonces  $M \times T$  denota el producto cartesiano de ambos conjuntos, es decir, el conjunto de todos los pares ordenados  $\langle m, t \rangle$  tales que  $m$  pertenece a  $M$  y  $t$  pertenece a  $T$ . Montague denominó cada uno de estos pares ordenados *índice*. De acuerdo con lo expuesto en los párrafos anteriores, cada expresión de un lenguaje natural es verdadera respecto de un índice  $\langle m, t \rangle$ , cuya abreviación corresponde a  $s$ . Es en este punto donde aparece la noción de *intensión*. En los ejemplos anteriores, nos hemos referido a la denotación de un predicado como un cierto conjunto, que varía de tiempo a tiempo y de mundo a mundo. Cada uno de estos conjuntos corresponde a la *extensión* del predicado respectivo. Así, la extensión de *bailar* varía de un tiempo a otro: corresponde a  $\{\text{Juan, Pedro}\}$  en  $t'$ , pero a  $\{\text{Juan}\}$  en  $t''$ . ¿Cuál es el valor del predicado *bailar* considerando, pues, *todos* los mundos posibles y *todos* los tiempos? Este valor semántico es lo que denominamos *intensión*, y se define como una función de índices a extensiones. En el caso de un predicado monádico como *bailar*, esta función define la *propiedad de bailar*. Así, una propiedad es, en la semántica montaguiana, una función de índices a conjuntos, cuyo tipo, de acuerdo con los elementos hasta aquí introducidos, corresponde a  $\langle s, \langle e, t \rangle \rangle$ .<sup>3</sup>

Ya hemos visto que una expresión como  $\langle e, t \rangle$  define un conjunto, en la medida en que corresponde a aquella función que para cada entidad en su dominio entrega un determinado valor de verdad dependiendo de si dicha entidad está o no en la extensión del predicado. Supongamos, pues, que asumimos un modelo donde solo hay tres momentos de tiempo:  $t'$ ,  $t''$  y  $t'''$ , ordenados según la relación de precedencia  $<$ , de suerte tal que  $t' < t'' < t'''$ . Asumamos, de forma análoga, que nuestro modelo incluye dos mundos:  $m'$  y  $m''$ . En la teoría presentada está implícito que el orden de precedencia de los tiempos es transversal a todos los mundos, de forma tal que la secuencia  $t' < t'' < t'''$  corre paralela en ambos mundos de nuestro modelo. La siguiente tabla, así, puede darnos las extensiones de *bailar* relativas a cada índice:

<sup>3</sup> Una formulación alternativa (Dowty et al. 1981, Dowty 1979) sería  $(\{0, 1\}^{D_e})^{T \times M}$ , que designaría una función de índices (pares ordenados en el conjunto  $T \times M$ ) a funciones de entidades (elementos en el dominio  $D$  del tipo  $e$ ) a valores de verdad (elementos en el conjunto  $\{0, 1\}$ ). Esta “función de funciones” es exactamente equivalente a la que designa la expresión entre corchetes angulares  $\langle s, \langle e, t \rangle \rangle$ . Dado que una función  $\langle e, t \rangle$  puede entenderse como un conjunto (el de los elementos para los que la función arroja 1 y no 0), una *intensión* puede representarse como una función de índices a conjuntos, tal como hemos hecho más abajo, en (3).

	$t'$	$t''$	$t'''$
$m'$	{Juan, Pedro}	{Juan}	{Juan, Pedro, María}
$m''$	{María}	{ $\emptyset$ }	{Pedro, María}

Tabla 2. Modelo para el predicado *bailar*

Dado que esta tabla agota todas las opciones de *bailar* en nuestro modelo, la propiedad de *bailar* puede definirse como la siguiente función de índices a conjuntos:

$$(3) \left( \begin{array}{ll} \langle m', t' \rangle & \rightarrow \{ \text{Juan, Pedro} \} \\ \langle m', t'' \rangle & \rightarrow \{ \text{Juan} \} \\ \langle m', t''' \rangle & \rightarrow \{ \text{Juan, Pedro, María} \} \\ \langle m'', t' \rangle & \rightarrow \{ \text{María} \} \\ \langle m'', t'' \rangle & \rightarrow \{ \emptyset \} \\ \langle m'', t''' \rangle & \rightarrow \{ \text{Pedro, María} \} \end{array} \right)$$

Nótese que el conjunto de tiempos  $t'$ ,  $t''$  y  $t'''$  agota *todos* los tiempos de nuestro modelo, de igual forma que los mundos  $m'$  y  $m''$  agotan *todos* los mundos posibles. Consiguientemente, el dominio de la intensión de *bailar* consta de seis pares ordenados, que satisfacen todas las combinaciones posibles de tiempos y mundos. Para cada índice obtenemos, así, un cierto conjunto, que, según podemos comprobar al observar la tabla, corresponde a las personas que “bailan” en cada momento y en cada mundo. Aparte de este “conjunto de conjuntos”, nada más integra la noción formal de propiedad. A continuación discutiremos algunos problemas que se derivan de ella, algunas de las alternativas disponibles y cuáles son sus aplicaciones a la descripción de los predicados de una lengua natural. Téngase en cuenta que, hasta ahora, *no* existe una conexión intrínseca entre este concepto de propiedad y la noción de estatividad (razón por la cual hemos ejemplificado la teoría empleando el verbo *bailar*). Dicha conexión se volverá relevante una vez que consideremos la noción de verdad relativa, no a tiempos, sino a *intervalos* (Bennett y Partee 1978, Taylor 1977, Dowty 1979).

### 1.1.3. Algunos problemas con la noción formal de propiedad

El significado intensional de un predicado es, en esta teoría, el conjunto de *objetos* (o entidades) que ese predicado agrupa a través de todos los tiempos y todos los mundos. Desde un punto de vista intuitivo, esta idea de propiedad parece dejar fuera, justamente, lo que tales objetos “comparten” y los hace pertenecer a una misma clase y no a clases diferentes. Una propiedad no es, así, una entidad independiente, más general y abstracta, que los objetos “poseen”; se trata, en cambio, únicamente de las entidades que forman un determinado conjunto. Esta concepción puede criticarse desde diversos puntos de vista. Algunos se relacionan con la coherencia interna del propio concepto, otras con su aplicación en la descripción de las lenguas naturales.

Lewis (1986), quien defiende una noción similar de propiedad, responde a algunas de las objeciones inmediatas que surgen cuando equiparamos una propiedad con un conjunto.<sup>4</sup> La más importante de ellas es la de dos propiedades que definen conjuntos coextensivos. Por ejemplo (Lewis 1986: 50), el conjunto de los animales que poseen un corazón es coextensivo con el conjunto de los animales que poseen riñones. Si la noción de propiedad es equivalente a la del conjunto de entidades que la instancian, entonces no habría ninguna diferencia entre la propiedad de “tener corazón” y la de “tener riñones”. En este ejemplo en particular, la noción de mundos posibles sirve a Lewis para salvar el escollo. Si existen mundos posibles donde aquellos animales que poseen riñones no poseen, a la vez, corazón, entonces la definición conjuntista de propiedad preserva la distinción entre ambas propiedades. Un caso más serio, sin embargo, es el de aquellas propiedades que definen conjuntos *necesariamente* coextensivos. Así, el conjunto de las figuras de tres lados es idéntico, en todo mundo posible, al conjunto de las figuras de tres ángulos. En este caso, resulta imposible, en efecto, discernir entre ambas propiedades sobre la base de la definición conjuntista de propiedad, aun teniendo en cuenta la noción de mundos posibles. Situaciones de este tipo sugieren a Lewis (1986: 56) que el uso mismo de la noción técnica de propiedad puede distanciarse de su uso en el lenguaje ordinario, de forma tal que podríamos aceptar que dos propiedades necesariamente coextensivas correspondan, efectivamente, a una misma propiedad, aun cuando nuestro lenguaje cuente con dos o más “maneras” de hacer referencia a ella.<sup>5</sup>

Desde el punto de vista de la aplicación de este concepto de propiedad al análisis de las lenguas naturales, Dowty (1979: 33) señala la imposibilidad de obtener una restricción de principio sobre qué propiedades pueden ser lexicalizadas por los verbos, nombres y adjetivos de una lengua. Un cometido plausible del análisis semántico incluye obtener una teoría sobre qué palabras son posibles en una lengua y cuáles no. Sin embargo, si empleamos una definición conjuntista de propiedad, no hay modo de prever qué elementos podrían conformar una misma clase y, por tanto, la denotación de un predicado. Para un índice dado, no hay ninguna restricción de principio que, en el modelo de Montague, excluya una palabra que denote el conjunto integrado por “Richard Nixon’s left ear, the Eiffel Tower and Lake Michigan” (Dowty 1979: 34), y cuya intensión integre elementos intuitivamente aun más dispares. De este modo, la

---

<sup>4</sup> Lewis defiende esta idea de propiedad desde el llamado “realismo modal”, doctrina filosófica según la cual los mundos posibles corresponden a mundos concretos, tan reales como el nuestro. La distinción entre lo real y lo posible es, para Lewis, una cuestión “deíctica”: nuestro mundo es el *real* puesto que hacemos referencia a él y desde él. La semántica de Montague descansa, igualmente, en la noción de mundos posibles. Sin embargo, el compromiso ontológico de Montague con el conjunto de mundos “alternativos” no es esencial en su teoría, y parece prestar solo un marco (un modelo) en el que definir el significado extensional e intensional de las expresiones de un lenguaje.

<sup>5</sup> Es interesante notar, siguiendo el ejemplo de Lewis, que en español llamamos a las figuras de tres lados (y tres ángulos) *triángulos* (y no *\*triláteros*), pero a las de cuatro lados (y también de cuatro ángulos), *cuadriláteros* (y no *\*cuadrángulos*). Los nombres no atestiguados podrían haber servido igualmente para denotar el conjunto respectivo, aunque haciendo mención de otro aspecto de la misma propiedad. Para más detalles sobre cómo pueden “estructurarse” las propiedades para obtener denotaciones coextensivas pero formalmente distintas, véase Lewis (1986: 57-58).



noción técnica de propiedad parece distanciarse demasiado de la noción intuitiva de propiedad (o cualidad), entendida como aquello que permite identificar “something in common from a human viewpoint” (ibid.). Debe tenerse en cuenta, eso sí, que esta distancia es, en el modelo de Montague, deliberada, toda vez que la teoría semántica que el autor desarrolla busca ser general y aplicable a *cualquier* lenguaje, sea natural o artificial. El hecho de que las lenguas humanas incluyan propiedades basadas en el modo en que los seres humanos agrupamos objetos no es, desde este punto de vista general, un factor relevante. Así, la teoría debe ser capaz de proporcionar una referencia aun para propiedades que no respondan a “aspectos comunes de los objetos agrupados”.

Parece ser, pues, que la noción conjuntista de propiedad debe ser complementada con las restricciones cognitivas que delimitan los conjuntos “designables” por las expresiones de una lengua natural. No obstante, Dowty (1979: 34) se manifiesta escéptico ante esta posibilidad:

It may be that man with his technological tools is potentially capable of finding any previously “unrelated” collection of things or events varying across worlds, times, places, etc. to be of interest, and that man’s languages will always be ready to respond with a word for denoting such a collection.

En otras palabras, la pretensión de restringir *a priori* los tipos de conjuntos que puedan corresponder a una palabra posible puede ser apresurada. El lenguaje podría ser, en último término, lo suficientemente flexible como para admitir la referencia léxica a conjuntos que en principio violen nuestros criterios de agrupación actuales (es decir, que caigan fuera del repertorio de nuestras “propiedades” en sentido ordinario).

Sin embargo, las clases de objetos que las palabras designan en una lengua sí siguen ciertas regularidades. Si bien los predicados (nominales, verbales o adjetivales) no se limitan a denotar “clases naturales” (es decir, conjuntos de objetos distinguibles mediante una ley científica), tampoco asistimos a un panorama completamente irrestricto en el que caben conjuntos completamente aleatorios de objetos. No obstante, la semántica *formal* no puede, por sí misma, ofrecer un criterio que restrinja el tipo de conjuntos que un predicado puede denotar. Una teoría que siguiese ese objetivo tendría que verse complementada por una semántica de inspiración cognitivista, que examinara los patrones perceptivos y conceptuales que favorecen ciertas categorizaciones y no otras. En palabras de Jackendoff (1983: 17): “the concepts one actually develops must depend to some extent on experience”, donde por experiencia debemos entender las representaciones que nuestro sistema cognitivo hace disponibles. Una buena síntesis en la que se aprecia la tensión entre una aproximación puramente formal y otra de inspiración más conceptual es la que ofrece Mueller-Reichau, a quien citamos a continuación:

For a formal semanticist, the meaning of a content word, e.g., of the noun *dog*, is a function characterizing a set of entities relative to a situation. For a lexical-conceptual semanticist, the meaning of a content word is a mental pattern (concept) that may be used to characterize entities relative to a situation. As a referential theory, formal semantics is

not at all interested in the internal structure of concepts. For a formal semanticist, this is not a linguistic but a psychological topic falling into the realm of cognitive psychology. A lexical-conceptual semanticist would disagree. She would say that as soon as a concept manifests itself as a symbol in language, investigating the structure of the concept/kind is the task of linguists (Mueller-Reichau 2011: 54).

#### 1.1.4. *Alternativas: universales y tropos*

Algunas alternativas a la definición conjuntista de propiedad se discuten, igualmente, en Lewis (1986: 63-69). Desde un ángulo epistemológico más amplio, la proliferación de propiedades a que da lugar su equiparación con las entidades que las instancian oscurece la relevancia de las propiedades *naturales*, es decir, conjuntos de elementos que, en virtud de cierta ley objetiva, conforman una clase. Nótese que, basándonos en la idea de conjunto teóricamente posible, son propiedades con idéntico derecho “ser un electrón” y “ser un electrón *o* una jirafa *o* la oreja izquierda de Nixon”. Pero, atendiendo a un criterio naturalista, la primera de ellas es ciertamente más objetiva y menos gratuita.

Para identificar el subconjunto de propiedades que corresponden a clases naturales, se han propuesto los conceptos de *universal* (Armstrong, 1978) y de *tropo* (Williams, 1966). El segundo de ellos ha sido aplicado en semántica lingüística por Moltmann (2004, 2012). Un universal es una entidad más próxima a lo que en el lenguaje ordinario entendemos por propiedad, esto es, una entidad abstracta *independiente* de los objetos, y que estos pueden o no instanciar. Si una entidad manifiesta un universal (v.g. la “rojez”), entonces ese universal forma parte de dicha entidad, distribuido a la vez en todas las otras entidades que manifiestan la misma propiedad. Un tropo es un objeto abstracto muy similar, con la salvedad ontológica de que, para cada entidad que instancia una propiedad (natural) existe un único tropo asociado a ella; si otra entidad instancia la misma propiedad, entonces existe un duplicado del primer tropo que forma parte de esta segunda entidad y solo de ella. En otras palabras, hay *una* rojez (entendida como tropo) para *cada* entidad roja. Según ambos conceptos, universal y tropo, las entidades que manifiestan una propiedad natural integran una parte (si bien no espaciotemporal) adicional de esa entidad, sea una única parte distribuida simultáneamente en otras entidades (universal), sea una parte privativa de cada entidad (tropo). Este no sería el caso de propiedades “gratuitas” como “ser un electrón *o* una jirafa *o* la oreja izquierda de Nixon”. De acuerdo con este tipo de ontologías (Lewis 1986: 68), tales propiedades “gratuitas” no corresponden a “partes” de las entidades que las instancian, sino únicamente a los conjuntos de objetos así definidos.

Como mencionamos en el párrafo anterior, Moltmann (2004, 2012) aplica la noción de tropo al análisis semántico del lenguaje natural. Esta autora defiende una ontología donde existen, de una parte, propiedades como objetos abstractos independientes de las entidades y, de otra, entidades particulares. Los tropos

constituyen, pues, una categoría intermedia entre ambos, como “particularized properties” (Moltmann 2004: 10). Una frase como *La generosidad de Juan* no hace referencia, ni a la propiedad de ser generoso, ni a Juan, sino, en términos de la autora, a Juan *qua* generoso. Dado que, en esta aproximación, se identifica igualmente la existencia independiente de propiedades como objetos abstractos, podemos preguntarnos si esta clase de objetos tiene también manifestación lingüística. En principio, una nominalización como *generosidad*, derivada del adjetivo *generoso*, parece indicar, justamente, esta clase de objetos abstractos. No obstante, la autora argumenta que, al menos en el caso del inglés, una nominalización deadjetival designa “tipos de tropos” (*kinds of tropes*); esto es, entidades derivadas de tropos a partir de cuantificación genérica (cf. Carlson 1977, ver *infra*, §2.2.3). Por otra parte, expresiones como *la propiedad de la generosidad* designarían, efectivamente, propiedades, pero constituirían una reificación derivada de tipos de tropos y desempeñarían, en el uso normal del lenguaje, un papel secundario y un tanto artificial (Moltmann 2004: 27).<sup>6</sup> Nos encontramos, pues, con una cierta jerarquía semántica en las expresiones que involucran propiedades. Considérense los siguientes ejemplos (Moltmann 2004: 28):

- (4) a. John’s honesty. (tropo)
- b. Honesty is nice. (tipo de tropos)
- c. The property of honesty (is my favourite one). (propiedad)

El ejemplo (4a) expresa la instanciación de la propiedad de ser honesto en Juan, es decir, se trata de un tropo. En cambio, en (4b), la nominalización *honesty* ‘honestidad’ designa una cuantificación genérica sobre tropos, de modo que la oración significa, aproximadamente, ‘para las situaciones que manifiestan honestidad en general, tales situaciones me parecen agradables’. Por último, la entidad a la que hacemos referencia en (4c) corresponde a una reificación del conjunto de situaciones (o instanciaciones) a las que hace referencia la nominalización *honesty* en (4b). De este modo, el hablante que profiere (4c) expresa su agrado hacia un objeto abstracto (en virtud, por ejemplo, de sus características formales, de su posible combinación con propiedades de segundo nivel, etc.), no a las posibles instanciaciones de ella en entidades particulares concretas, como es el caso en (4b).

En términos generales, vemos que el concepto de propiedad entendido como universal (es decir, como reificación abstracta de sus instanciaciones) no presenta una ventaja teórica clara frente al concepto conjuntista de propiedad, excepto en la medida en que puede permitirnos clarificar la referencia al *modo de agrupación* que una cierta propiedad manifiesta. Así, puede servir a los propósitos de la exposición hablar de un objeto independiente (la propiedad P) si la denotación de un cierto predicado conforma un modo regular de agrupación de entidades, como suele ser el caso en el lenguaje

---

<sup>6</sup> Moltmann (2004: 184), al discutir las raíces filosóficas de este concepto, señala que los tropos corresponderían a “universales aristotélicos”, mientras que las entidades referidas por expresiones como *la propiedad de ser generoso* corresponderían a “universales platónicos”. Los primeros equivaldrían a la suma de sus instanciaciones (análogamente al concepto de propiedad en Montague o Lewis), mientras que los segundos, a objetos suprasensibles que pueden manifestarse *en* los objetos pero que, en última instancia, permanecen independientes de ellos.

natural. Hablamos, así, de “la propiedad de ser rojo” o “la propiedad de fumar” como maneras sintetizadas de referirnos al conjunto de las cosas rojas o de los individuos que fuman, sin comprometernos necesariamente con la independencia ontológica del “factor común” que agrupa a tales objetos o a tales personas.

Por otra parte, y según se verá con mayor claridad en subapartados siguientes, el concepto de tropo es relativamente equivalente al de *estado*. Así, para Maienborn (2005, ver *infra*) un estado es la ejemplificación temporal de una propiedad en una entidad, definición que se acerca bastante a la que ofrece Moltmann para *tropo*. De hecho, la autora afirma que “tropes may be considered marginal cases of events, events based on a static property” (Moltmann 2004: 10), mientras que los eventos propiamente tales pueden ser entendidos como “tropos complejos”, definidos como “being P at t and being P’ at t’” (ibid.). Un evento se vería, así, equiparado con la noción de cambio de estado, donde cada uno de los estados particulares que lo integran equivale a un tropo.

De este modo, las alternativas al concepto conjuntista de propiedad se presentan o bien como demasiado abstractas (universales) o bien como demasiado concretas (tropos). Ambas desempeñan un papel en la comprensión de la estatividad, pero desde ángulos opuestos. Como mencionábamos, la noción de propiedad entendida como universal sirve para hablar de “relaciones de entidades y propiedades” o de “instanciaciones de propiedades”, como excursos para referirse a “pertenencia de una entidad a un conjunto en uno o varios índices (pares de tiempos y mundos posibles)”. En cambio, la noción de tropo correspondería más bien a aquello que queremos explicar mediante la noción de propiedad (el concepto de estado), por lo que no podemos considerarlo como un elemento analíticamente previo (si queremos evitar la circularidad).

#### 1.1.5. *El surgimiento de la semántica de intervalos: Bennett y Partee (1978)*

Como hemos expuesto más arriba, Montague desarrolló la noción de verdad de una oración relativa a un índice, que incluye un tiempo t. En Montague (1973), el autor aplicó esta teoría al análisis –entre otros casos que integraban un “fragmento” del inglés– de la forma progresiva. Sin embargo, pronto otros autores, en especial Bennett y Partee (1978), advirtieron que la noción de verdad relativa a un tiempo conducía a predicciones erróneas, por lo que incluyeron la noción de verdad relativa a un *intervalo*, que permitía realizar un análisis más fino de las distintas clases de predicados y que, ulteriormente, permitiría una definición temporal de los estados.

El análisis que Montague (1973) ofreció para la forma progresiva inglesa puede formularse en las siguientes condiciones de verdad, impuestas sobre un caso concreto (Bennett y Partee 1978: 67):

- (5) *John is walking* es verdadera en un tiempo  $p$  si y solo si existe un intervalo abierto de momentos de tiempo, v.g.  $I$ , tal que  $p$  es un miembro de  $I$  y para cada tiempo  $t$  en  $I$ , *John walks* es verdadero en  $t$ .<sup>7</sup>

Este análisis, donde  $p$  equivale al presente de habla, arroja predicciones correctas en aquellos casos donde un predicado válido en un intervalo es también válido en tiempos pertenecientes a ese intervalo. En (5), *to walk* ‘caminar’ es uno de estos predicados, pero consideremos el par de (6):

- (6) a. Juan está construyendo una casa.  
b. Juan ha construido una casa.

El análisis de Montague predice que (6a) implica lógicamente (6b). Si (6a) es verdadera en  $p$ , entonces existe un  $t$  anterior a  $p$  perteneciente a  $I$  donde *Juan construye una casa* es válido, condición que haría verdadera (6b). Pero *construir una casa* no es un predicado que sea válido a la vez en un intervalo y en todos los tiempos pertenecientes a él, por lo que la implicación falla y el análisis propuesto es, en última instancia, errado.

Bennett y Partee (1978: 71-72) llegaron a la conclusión, consiguientemente, de que era necesario distinguir entre predicados válidos en intervalos y predicados de *subintervalo*. Estos últimos tienen la propiedad de que si la oración respectiva es verdadera en un intervalo  $I$ , entonces es verdadera para cada subintervalo de  $I$ , incluyendo cada momento de tiempo en  $I$ . El análisis de la forma progresiva se reformulaba ahora del siguiente modo:

- (7) *John is building a house* es verdadera en  $I$  si y solo si  $I$  es un momento de tiempo, existe un intervalo de tiempo  $I'$  tal que  $I$  está en  $I'$ ,  $I$  no es un límite de  $I'$ , y *John builds a house* es verdadera en  $I'$ .

Este análisis predice correctamente que *John is walking* ‘Juan está caminando’ implica *John has walked* ‘Juan ha caminado’, mientras que bloquea la implicación de (6b) a partir de (6a). Para ello, debemos asumir que *to build a house* no es un predicado de subintervalo, de tal modo que, de su validez en  $I'$ , no se sigue su validez en ninguno de los momentos de tiempo pertenecientes a  $I'$ . Como, por otra parte, *to walk* sí es un predicado de subintervalo, las condiciones de verdad de la forma progresiva no impiden

---

<sup>7</sup> Montague (1973) asume como valor semántico del presente simple inglés su valor “de reportaje”, es decir, donde el predicado es verdadero o falso en el momento de habla. Si adoptamos el valor de habitualidad, mucho más usual, el análisis de la forma progresiva no tiene mayor sentido. Bennett y Partee (1978), a efectos del análisis por ellos propuesto para diversos tiempos verbales, siguen asumiendo un valor de reportaje para el presente, aunque admiten la artificialidad de este uso. En Dowty (1979), las condiciones de verdad descansan, no sobre el valor del predicado flexionado en presente, sino sobre la validez de una expresión de lógica de predicados no temporalizada (del tipo  $\alpha(x)$ ), lo que evita sustentar el análisis del tiempo y el aspecto de una lengua en una forma perteneciente a ese mismo sistema.

que, a partir de su validez en  $I'$ , el predicado sea también válido en momentos de tiempo pertenecientes a  $I'$ , entre ellos momentos previos al presente de habla.<sup>8</sup>

Aunque las nociones de verdad relativa a un intervalo y de predicados de subintervalo han servido posteriormente para estudiar la estatividad, los ejemplos dados por los autores para predicados de subintervalo corresponden todos a actividades: *walk* ‘caminar’, *breathe* ‘respirar’, *push a cart* ‘empujar un carro’ (Bennett y Partee 1978: 72). Los predicados estativos se definen, simplemente, como aquellos que rechazan la forma progresiva (\**John is believing that Mary walks*), cuestión que habría de restringirse mediante la formulación de las reglas sintácticas.

Antes de avanzar hacia la formulación de la estatividad en una semántica de intervalos, conviene explicitar algunos de los elementos que están en la base del análisis de la forma progresiva arriba expuesto, y que constituyen la teoría general de los autores sobre la temporalidad lingüística. Bennett y Partee (1978: 67-70) conciben el tiempo como un conjunto *denso* de momentos  $t$  linealmente ordenados, que denominamos conjunto  $T$ . Esto significa que para cada par de tiempos  $t$  y  $t'$  pertenecientes a  $T$  ordenados como  $t < t'$ , existe siempre un tiempo  $t''$  tal que  $t < t''$  y  $t'' < t'$ , donde la relación  $t < t'$  abrevia “ $t \leq t'$  y no es el caso que  $t = t'$ ”.<sup>9</sup> (En un tiempo *discreto*, en cambio, existen pares de tiempos  $t$  y  $t'$  tales que no hay ningún  $t''$  que cumpla la relación  $t < t''$  y  $t'' < t'$ ; esto es, podemos “saltar” de un instante a otro sin que la distancia entre ambos admita ulteriores subdivisiones.) En el conjunto  $T$ ,  $I$  es un *intervalo* si y solo si para cada  $t_1, t_3$  pertenecientes a  $I$ , tales que  $t_1 \leq t_3$ , si  $t_2$  es tal que  $t_1 \leq t_2 \leq t_3$ , entonces  $t_2$  pertenece a  $I$ . A partir de estos elementos, pueden formularse las siguientes definiciones (Bennett y Partee 1978: 70):

- (8) a.  $[t_1, t_2] = \{t: t_1 \leq t \leq t_2\}$
- b.  $(t_1, t_2) = \{t: t_1 < t < t_2\}$
- c.  $[t_1, t_2) = \{t: t_1 \leq t < t_2\}$
- d.  $(-\infty, t_1] = \{t: t \leq t_1\}$
- e.  $(t_2, \infty) = \{t: t_2 < t\}$
- f.  $[t, t] = [t] = \{t\}$

La primera definición corresponde a un intervalo cerrado, y especifica un conjunto de momentos de tiempo tales que están precedidos o equivalen a uno inicial y están

<sup>8</sup> Este análisis de la forma progresiva es, en última instancia, también inadecuado, como los propios autores admiten (Bennett y Partee 1978: 108). En particular, las condiciones de verdad implican que un predicado télico como *construir una casa* debe ser siempre verdadero en el intervalo mayor que incluye al presente de habla. Esto no es correcto, como se aprecia en un ejemplo como *Juan estaba construyendo una casa cuando le vino un ataque al corazón fulminante*. Aquí, el predicado “podría” haber sido verdadero en  $I'$ , pero la muerte del agente impidió ese desenlace. Conservando la noción de verdad relativa a un intervalo, Dowty (1977, 1979) soluciona este problema aduciendo que el predicado es verdadero en un mundo posible idéntico al mundo actual hasta el presente de habla, y en el que prosigue inercialmente el curso “normal” de los eventos.

<sup>9</sup> Dado que el conjunto  $T$  representa un tiempo “denso”, corresponde biunívocamente con el conjunto de los números reales (incluyendo números naturales, enteros, fracciones no periódicas y números irracionales), lo que permite dar cuenta de la intuición de que el tiempo es infinito en ambas direcciones e indefinidamente divisible (Bennett y Partee 1978: 70).

seguidos o son equivalentes a uno final (los puntos finales están incluidos). De modo análogo, (8b) nos indica un intervalo abierto en la sección inicial, especificando el conjunto de momentos de tiempo tales que están precedidos por un tiempo que no es equivalente a ninguno de los momentos “interiores” del intervalo (el punto inicial está excluido). La definición (8f), por último, indica que un momento de tiempo puede definirse como un intervalo cerrado de un momento. La expresión [T] designará el conjunto de todos los intervalos. Sobre la base de estos elementos pueden definirse, a su vez, ciertos tipos de entidades temporales:

- *Subintervalo (propio) de I'*: I es un subintervalo (propio) de I' si y solo si I pertenece a [T] e I está incluido (propiamente) en I'.
- *Subintervalo inicial de I'*: I es un subintervalo inicial de I' si y solo si I es un subintervalo de I' y no existe ningún par de tiempos t', t, tales que t' pertenezca a I' - I y t pertenezca a I, entre los cuales se dé que t' < t.
- *Subintervalo final de I'*: I es un subintervalo final de I' si y solo si I es un subintervalo de I' y no existe ningún par de tiempos t', t, tales que t' pertenezca a I' - I y t pertenezca a I, entre los cuales se dé que t < t'.
- *Punto inicial/final de I*: Si t pertenece a T e I pertenece a [T], t es un punto inicial (o final) de I si [t] es un subintervalo inicial (o final) de I.
- *Límite inicial/final de I*: t es un límite inicial (o final) de I si t no está incluido en I y t es un punto inicial (o final) de IU{t}.

#### 1.1.6. Desarrollos de la semántica de intervalos: Taylor (1977)

La semántica de intervalos inicialmente propuesta por Bennett y Partee (1978) pronto fue aplicada al análisis de los tipos de predicados identificados en taxonomías de inspiración “aristotélica” (Vendler 1967, Kenny 1963, Mourelatos 1978, ver *supra*, §2.1.1), que distinguían, con ciertas variaciones, entre estados, actividades, realizaciones y logros. Un primer ejemplo de ello es la propuesta de Taylor (1977)<sup>10</sup>, quien estableció una serie de “postulados” que vinculaban a cada tipo de predicado con ciertas condiciones de validez en una semántica de intervalos. Estos eran los siguientes (en la versión de Dowty 1979: 166):

- (9) a. Si  $\alpha$  es un predicado *estativo*, entonces  $\alpha(x)$  es verdadero en un intervalo I solo en el caso de que  $\alpha(x)$  sea también verdadero en todos los momentos pertenecientes a I.
- b. Si  $\alpha$  es un verbo de *actividad* (de *energeia*) o un verbo de *realización/logro* (o de *kinesis*), entonces  $\alpha(x)$  solo es verdadero en intervalos mayores que el momento.

<sup>10</sup> El año de publicación oficial del artículo de Taylor (1977) es anterior al de Bennett y Partee (1978). Sin embargo, el segundo trabajo circuló en forma de manuscrito desde 1972, de ahí que se le reconozca como introductor de la semántica de intervalos (cf. Dowty 1979).

- c. Para todo verbo de *realización/logro*, si  $\alpha(x)$  es verdadero en I, entonces es falso en todo subintervalo de I.
- d. Si  $\alpha$  es un verbo de actividad, entonces, si  $\alpha(x)$  es verdadero en I,  $\alpha(x)$  es verdadero en todo subintervalo de I que sea mayor que el momento.

Recordemos que, para Bennett y Partee (1978: 72), los estados no se siguen de ninguna propiedad temporal explícita. Simplemente, se enuncian como una categoría descriptiva que agrupa aquellos verbos que rechazan la forma progresiva. Esta restricción, como ya hemos mencionado, habría de ser explicitada por las reglas de la sintaxis. Taylor (1977), en cambio, deriva los estados de una condición temporal (9a), y distingue de ellos las actividades mediante el nivel de granularidad que la propiedad del subintervalo admite. Así, tanto las actividades (9d) como los estados (9a) son predicados válidos en subintervalos, pero solo los estados son igualmente válidos en momentos (o puntos de tiempo). Por otra parte, las realizaciones y los logros (9c) no poseen, tal como indirectamente se formulaba en Bennett y Partee (1978), la propiedad del subintervalo. Siguiendo, pues, una misma lógica temporal, Taylor (1977) llega a una formulación unificada de las clases aspectuales, sin que una de ellas –los estados– deba ser enunciada descriptivamente de modo independiente.

Una aplicación de este análisis es, nuevamente, la caracterización semántica de la forma progresiva y de sus restricciones (cf. §3.2.2.2 y §3.3.5). Al postular que únicamente los estados son válidos en momentos de tiempo (9a), Taylor (1977) encontró un modo de justificar la ausencia de casos como *Juan está sabiendo inglés*. El argumento que siguió fue el siguiente. Si asumimos que el presente de habla es puntual, entonces cabe esperar que no podamos evaluar con respecto a él predicados que abarcan unidades mayores de tiempo (intervalos). Esto excluiría, si los postulados de (9) son correctos, actividades, realizaciones y logros, pero no estados. La única forma de evaluar un predicado de intervalo respecto de un tiempo puntual es tomar un subintervalo también puntual de ese predicado y afirmar, ya que no la validez del predicado en su conjunto, al menos una “muestra” de él.<sup>11</sup> Como, según ya afirmaban Bennett y Partee (1978: 71, ver *supra*), la forma progresiva es verdadera en un intervalo puntual, las actividades, realizaciones y logros deben aparecer en la forma progresiva cuando se evalúan respecto del presente de habla (con la condición de que ese subintervalo puntual pertenezca a un intervalo mayor en el que el predicado sí sea válido). Los estados, al no *necesitar* que la forma progresiva tome una “muestra” de ellos para que puedan ser evaluados en el presente, por principios de economía pragmática tampoco aparecen, de hecho, en dicho contexto.<sup>12</sup> De este modo,

<sup>11</sup> Recuérdese que, por la definición (8f) de la semántica de intervalos, un momento de tiempo puede formularse como un intervalo cerrado que contiene un único t. De ahí que la noción de “intervalo puntual” no sea contradictoria, como sí lo es en una ontología donde intervalos y momentos corresponden a entidades disjuntas (cf. Piñón 1997, ver *infra*, §1.1.8).

<sup>12</sup> Al comentar este análisis, Dowty (1979: 167) observa que existen contraejemplos, es decir, casos de verbos estativos que pueden tomar la forma progresiva (*The socks are lying under the bed*, *Your glass is sitting near the edge of the table*). No obstante, preservando la lógica esencial del análisis del Taylor, Dowty asume que hay estados válidos en intervalos (aquellos que admiten la forma progresiva), lo cual



encontramos un respaldo empírico a la versión unificada del análisis temporal de los tipos aspectuales básicos, que incluyen, ahora, los estados como los únicos predicados válidos en momentos de tiempo.

#### 1.1.7. *Propiedades, intervalos y operadores aspectuales: Dowty (1979)*

En este punto de nuestra discusión podemos regresar a la noción conjuntista de propiedad que expusimos en subapartados anteriores (§1.1.2). Como se recordará, una propiedad es, en la semántica montaguiana, la intensión de un predicado monádico (verbo, nombre o adjetivo), vale decir, una función de índices (o pares ordenados de mundos posibles y tiempos) a conjuntos ( $\langle s, \langle e, t \rangle \rangle$ ). Mientras no tuviésemos una idea clara de qué significaba, en la semántica de una lengua natural, la noción de verdad relativa a un tiempo, dicho concepto no implicaba una relación intrínseca con la estatividad. No obstante, una vez que distinguimos la idea de verdad relativa a un momento (estados) de la de verdad relativa a intervalos (actividades, realizaciones y logros), tenemos la opción de refinar el dominio temporal al que restringiremos el concepto conjuntista de propiedad. Existen, fundamentalmente, dos alternativas:

- a) Identificar “verdad relativa a un tiempo” con “verdad relativa a un intervalo de extensión indeterminada”, de forma tal que englobemos en el término *propiedad* intensiones de predicados estativos y de predicados de intervalo. En este caso, la función  $\langle s, \langle e, t \rangle \rangle$  denotaría conjuntos de entidades que participan bien en situaciones válidas en momentos, bien en unidades mayores que el momento.
- b) Identificar “verdad relativa a un tiempo” con “verdad relativa a un momento”. En este caso, *propiedad* corresponde a la intensión –exclusivamente– de un predicado estativo.

La opción entre (a) y (b) no es, en cierto sentido, puramente terminológica (el valor que convencionalmente decidamos dar a *propiedad*). Nótese que, si optamos por (a), de todas maneras necesitaremos un concepto como el de (b). Supongamos que definimos la propiedad de *romperse* como aquel conjunto de entidades que, para cada índice, pasan a estar rotas. Para hacer esto, necesitamos considerar unidades de extensión mayor que un momento, donde se cumpla que, por ejemplo, una silla pasa de no estar rota a estarlo. Pero, si seguimos esta estrategia, no daremos cuenta exacta del predicado *romperse*, toda vez que, intuitivamente, sabemos que ese intervalo engloba la adscripción de la silla a *dos* conjuntos distintos, el de las cosas “no rotas” en un tiempo y el de las cosas rotas en otro. La noción de propiedad como verdad relativa a un intervalo englobará, en este caso, la noción de verdad relativa a momentos. Como queremos que el término *propiedad* señale la forma más simple y general de adscripción de entidades a conjuntos, restringiremos su valor a (b).

---

vulneraría, con todo, la integridad del postulado (9a). Volveremos sobre este punto en el subapartado siguiente.

Esta posición es la que asume Dowty (1979). De hecho, al identificar la idea de propiedad con la semántica de los predicados estativos, Dowty integra composicionalmente la caracterización del resto de los predicados, respecto de los cuales los estados ocuparán la posición básica. Así, en el párrafo anterior comentábamos, a propósito de un verbo como *romperse*, la necesaria adscripción de una entidad a dos conjuntos en un predicado de intervalo, es decir, a dos estados. En los postulados de Taylor (1977), la relación entre realizaciones y logros, por un lado, y validez en un intervalo, por otro, se presenta como gratuita (literalmente, “postulada”). Pero, para Dowty, esta correlación se deduce del hecho de que los predicados válidos en intervalos denotan siempre cambios de estado. En otras palabras, un predicado solo puede ser válido en momentos si denota la adscripción de una entidad a un único conjunto; dos adscripciones a clases disjuntas implican, mínimamente, dos momentos. Sin embargo, esta afirmación no puede expresarse, única y exclusivamente, en términos de una semántica de intervalos, por lo que el autor propone un sistema que combine intervalos con una descomposición léxica de predicados en la que la noción (entre otras) de cambio de estado pueda formularse explícitamente.

Acerquémonos a la noción de estado propuesta por este autor y cómo se integra en el sistema de un *cálculo aspectual* en el que, a partir de esta clase “homogénea” de predicados básicos más la combinatoria de ciertos operadores aspectuales (BECOME, CAUSE, DO) definidos respecto de una lógica de intervalos, se pueden deducir las clases aspectuales de las lenguas naturales.

Un estado corresponde, para Dowty, a un predicado que expresa *propiedades de individuos*, y que, categorialmente, puede corresponder a verbos, nombres o adjetivos. Su intensión se caracteriza, pues, como  $\langle s, \langle e, t \rangle \rangle$ , es decir, como funciones de índices a conjuntos. Señala el autor (Dowty 1979: 71):

*Statives* can be judged true or false of an individual by reference to the state of the world at only a single moment of time (while other classes of verbs require ‘information’ about more than one point in time and in some cases, from more than one possible world).

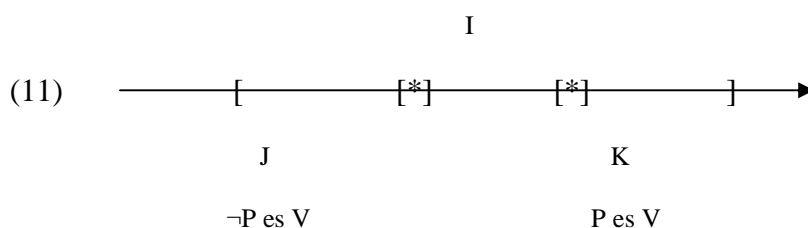
Como hemos mencionado en §2.1.3, esta definición conjuntista de propiedad ofrece posibilidades en principio ilimitadas, puesto que corresponde a cualquier colección de entidades que podamos concebir. El nombre de ese conjunto designará una propiedad, y la adscripción de un individuo a ese conjunto contará como un estado. Siguiendo a Lakoff (1972), Dowty asume que, mientras los operadores aspectuales (BECOME, CAUSE, DO) deben constituir una clase finita de elementos en una lengua (en el mejor de los casos, una clase lingüística universal), los estados son abiertos en número. En este sentido, podemos construir predicados sobre cualquier conjunto concebible, a la vez que su semántica será, si la combinatoria del resto de operadores es suficientemente restrictiva, perfectamente previsible. Por ejemplo, el adjetivo no atestiguado *aroso* podría denotar la clase de los objetos animados o inanimados con un punto rojo en el anverso. A partir de aquí, sabremos qué significa *la silla no es arosa*, *mi mano se enarósó*, *el pintor enarósó el platillo*, etc. No podemos, al parecer, restringir *a priori* los

tipos de agrupaciones que pueden ser denotadas por un predicado estativo en una lengua natural. Para ello, solo podemos apelar a restricciones cognitivas externas (el tipo de cuestiones que los seres humanos consideran relevante a la hora de identificar una clase, cuestión que puede variar de una cultura a otra, etc.). Si no tenemos una restricción semántica sobre expresiones del tipo  $\langle s, \langle e, t \rangle \rangle$ , tampoco podemos elaborar una noción de “palabra posible”. No obstante, podemos aprender sobre esta cuestión, *a posteriori*, al observar los tipos de estado que, de hecho, expresa una lengua, objetivo que, al menos parcialmente, aborda esta tesis en el caso del español.

Los “operadores aspectuales” que Dowty (1979) definió fueron, como hemos adelantado, BECOME, CAUSE y DO. Combinados con la lógica de intervalos, resultaba posible correlacionar cada clase aspectual con cierto nivel estructural en una semántica unificada, a diferencia del modelo de Taylor, donde las clases aspectuales se presentaban, si bien descritas adecuadamente en términos temporales, como independientes una de otra. El operador más importante a este respecto, y el que, como veremos, nos aleja del territorio de la estatividad, es BECOME ‘pasar a ser’. Las condiciones de verdad de este operador son las siguientes (Dowty 1979: 141, nótese que las nociones temporales empleadas son las que definen Bennett y Partee 1978, ver *supra*, §1.1.5):

- (10) [BECOME(P)] es verdadera en I si y solo si (1) existe un intervalo J que contiene el límite inicial de I, tal que  $\neg P$  es verdadera en J, (2) existe un intervalo K que contiene el límite final de I, tal que P es verdadera en K, y (3) no existe ningún intervalo no vacío I' tal que I' esté incluido en I y las condiciones (1) y (2) se den para I' de igual forma que para I.

Una representación gráfica de estas condiciones puede ser la siguiente (Dowty 1979: 140):



BECOME se define, pues, como un operador que denota la adquisición de la propiedad denotada por el predicado de base. Es interesante notar que la condición (3) en (10) nos informa que se trata del intervalo “mínimo” en el que se cumplen estas condiciones. Dowty incluye esta cláusula para evitar que una oración como *La puerta se abrió* sea cierta respecto de un intervalo donde la puerta permanece cerrada durante, digamos, dos siglos, y pasa a estar abierta por otros dos siglos. Intuitivamente, esta oración solo se aplicaría al intervalo en el que es cierto que la puerta *cambia*, de hecho, de un estado a otro. Si podemos encontrar un intervalo más pequeño donde es cierto que el límite inicial denota la ausencia de una propiedad y el límite final su adquisición, entonces BECOME denotará *ese* nuevo intervalo (y así hasta que demos con la extensión temporal mínimamente necesaria). No está claro que esta condición sea, con todo, una

exigencia semántica o bien que se derive de principios de economía pragmática (Dowty 1979: 141).

La exigencia de introducir el operador BECOME en el caso de las realizaciones y los logros es relativamente intuitiva. Para Dowty (1979: 77-95), los logros denotan un predicado con un operador BECOME, mientras que las realizaciones implican, además, un operador CAUSE que relaciona un predicado con una fórmula BECOME(P). La clase a este respecto más conflictiva es, no obstante, la de las actividades (*moverse, bailar, empujar el carro*, etc.). Ya hemos visto, en los postulados de Taylor (1977), que las actividades, de una parte, no pueden ser verdaderas en momentos, pero, de otra, admiten la validez en subintervalos mayores que el momento. Son, pues, predicados “parcialmente” homogéneos. Si esto es así, el intervalo mínimo en el que se rompe la homogeneidad de las actividades (y en el que, por tanto, dejan de exhibir la propiedad del subintervalo) debe implicar un cambio de estado; de otro modo, el postulado de Taylor relativo a esta clase de predicados sigue siendo gratuito.

Dowty afirma que, en efecto, las actividades deben involucrar “pequeños” eventos y que, en última instancia, deben analizarse como una iteración de realizaciones o de logros.<sup>13</sup> Para comprobar esto, debemos atender, no obstante, al tipo de proceso involucrado en una actividad que denota un cambio *físico*, y emplear esta descripción como modelo para entender sus propiedades aspectuales en general, estrategia que, si bien no es del todo exhaustiva, al menos permite obtener una caracterización coherente de todas las clases. Así, el autor argumenta del siguiente modo (Dowty 1979: 168):<sup>14</sup>

[...] consider a segment of a motion picture film showing a ball rolling down an inclined plane. A single frame of this film does not offer us the evidence that the ball is really in motion, assuming that the film does not show any blurs, but any two frames (adjacent or not) showing the ball in slightly different locations do provide evidence for movement.

Así, el movimiento debe ser juzgado necesariamente como una comparación entre dos estados. De otro modo no podemos saber si un objeto está quieto o, en el mejor de los casos, en qué dirección se mueve. Este mínimo ejercicio de comparación requiere, no obstante, un intervalo, de donde se sigue el postulado de Taylor (1977). De este modo, una actividad será cierta en un intervalo I si existe una propiedad P tal que una entidad x carece de dicha propiedad en el límite inicial de I y la posee en su límite final (Dowty 1979: 168). Esta formulación, según se advertirá, tiende a borrar la distinción entre realizaciones y logros (como eventos télicos) y actividades (eventos atélicos). En efecto, Dowty defiende que, en un nivel teórico más profundo, todas estas clases deben incorporar un cambio de estado. La diferencia radica, únicamente, en que, tratándose de eventos télicos, el cambio es “definido”, mientras que, para los eventos atélicos, es “indefinido”, vale decir, que puede iterarse una y otra vez. En ocasiones la definición de

---

<sup>13</sup> Una postura similar sostiene Parsons (1990), para quien los procesos (las actividades de Dowty) se analizan lógicamente como los eventos, aunque no incluyan, aparentemente, un final.

<sup>14</sup> Dowty remite la formulación original de este ejemplo a Wittgenstein (1958).

una actividad en términos de logros o realizaciones más primitivos se encontrará disponible en el léxico de la misma lengua; en otras, debe postularse como parte de una estructura semántica no realizada léxicamente. Así, el verbo *caminar* puede entenderse como una serie abierta de realizaciones describibles por la frase *dar un paso*. Por otra parte, el verbo inglés *blink* ‘parpadear’ sirve para describir tanto la actividad de abrir y cerrar los ojos en forma continuada (v.g. en español, *Juan parpadeó durante unos segundos*) como la realización de un único ciclo de cierre y apertura (v.g. *En ese momento Juan parpadeó*). Sin embargo, no parece que podamos evitar una paráfrasis más o menos engorrosa para describir el evento télico que define la actividad de *reírse* (*laughing*).

Tomando en consideración las actividades, puede considerarse que la necesidad de evaluar un predicado en un intervalo y no en puntos de tiempo se sigue necesariamente del cambio interno. Esto, sin embargo, es solo parcialmente cierto. Dowty (1979: 176) observó que la conducta de ciertos verbos en principio estativos suscitaban problemas a esta generalización. Así, como se observa en (12), predicados como *lie* o *sit* pueden emplearse sin problemas en la forma progresiva, aun cuando, conceptualmente, su valor sea estativo:

- (12) a. The socks are lying under the bed.
- b. Your glass is sitting near the edge of the table

Estos datos sugieren un contraejemplo al análisis que Taylor había propuesto para la forma progresiva en inglés, por cuanto un predicado válido en momentos de tiempo requiere, para ser evaluado en el presente de habla puntual, de un contexto cuya función es otorgar validez en momentos a un predicado de intervalo. En su modelo, Dowty (1979) decide mantener la validez de los postulados de Taylor y propone que los verbos de (12), aun cuando denoten situaciones sin cambio interno, requieren un intervalo para ser evaluados. Por ello, este tipo de verbos se denominan *estados de intervalo*. Citamos la explicación dada por el autor, que sigue de cerca la que ya hemos visto para el caso de las actividades:

Despite the fact that these verbs entail no change, it could be argued that their truth conditions necessarily involve an interval anyway. Consider again the information that can be gleaned from a single frame of a motion picture film. A frame showing a book on the surface of a table does not really tell us whether the book is remaining stationary on that table or is sliding across the table, possibly on its way to sliding off onto the floor. Yet it may be that *The book is lying on the table* is only true if the book remains stationary for at least a short period, and a similar observation may hold for the other verbs *sit*, *stand*, etc. In support of this claim, suppose that a book is being slid across a series of carefully juxtaposed tables of absolutely equal height. If I am standing in front of one of these tables in the middle of the series, it seems that I can truthfully utter *The book is on this table* at any time that the book is wholly over the surface of the table in question (assuming, perhaps contrary to fact, that I can utter the sentence very, very quickly!). But if my intuitions serve me correctly, I cannot truthfully say *The book is lying (sitting, etc.) on this table* at any time at all as long as the book is in motion. If this

distinction is a real one (and the judgment is admittedly subtle), then the truth conditions for these verbs do require that the object of which they are predicated remain stationary in over-all position for more than one moment, hence they could plausibly be supposed to be true only at intervals, not moments (Dowty 1979: 176-177).

Así, para decir que un libro yace sobre la mesa necesitamos, de acuerdo con Dowty, más de un momento en que el objeto se encuentre efectivamente sobre esta superficie.<sup>15</sup> Es interesante notar que, dado que los estados poseen validez a partir de momentos de tiempo, podemos predicar de un objeto en movimiento que *está en cierto lugar*, aun cuando, como es lógico, no permanezca en ese lugar más que el instante que le permite el movimiento en curso. En esta posibilidad descansa el experimento mental de Dowty. Si el libro se desplaza, para cada instante puede ser verdadero que el libro está en determinado punto de la hilera de mesas yuxtapuestas. En lo sucesivo, asumiremos la existencia de esta categoría intermedia entre estados y eventos dinámicos en nuestro análisis de los verbos de estado en el español. Veremos que, efectivamente, muchos contextos sensibles a la distinción entre evaluación en puntos de tiempo o intervalos discriminan entre, de una parte, verbos de estado que exigen “más de un momento” para ser verdaderos y, de otra, verbos de estado estrictamente evaluables en instantes.

En síntesis, vemos que la teoría de Dowty (1979) combina la semántica de intervalos con la de operadores aspectuales para desarrollar un “cálculo aspectual” en el que el estado es la noción básica (el predicado más simple sobre el que se aplican los operadores). En este análisis, la diferencia entre validez en un momento (estados) y validez en intervalos (actividades, realizaciones y logros) se sigue de la ausencia o presencia de un cambio de estado, respectivamente. En el caso de los estados, la información sobre un momento puntual de tiempo es suficiente para verificar si una entidad posee o no una propiedad (es decir, si se encuentra o no en el conjunto denotado por cierto predicado en cierto índice). En el caso de los eventos, aun de eventos parcialmente homogéneos como las actividades, necesitamos un mínimo de dos tiempos (un intervalo) para establecer si uno de ellos manifiesta la propiedad de la que el otro carece (esto es, si hay o no cambio). Una tercera categoría está integrada por aquellos predicados que, aun cuando denoten situaciones homogéneas, exigen más de un momento para ser evaluados como verdaderos o falsos. De este modo, si bien todo predicado dinámico (esto es, con cambio interno) presupone validez en intervalos, la afirmación contraria no es igualmente válida, dado que un predicado puede exigir extensión temporal incluso si denota una situación homogénea.

---

<sup>15</sup> Empleamos, para efectos de la argumentación, el verbo español *yacer*, aunque no nos comprometemos con la idea de que este verbo sea estructuralmente análogo a *to lie*. En particular, *yacer* rechaza la forma progresiva en español (v.g. \**La pelota está yaciendo sobre la mesa*), aunque sea correcto afirmar que otros estados de intervalo (o, como veremos más adelante, davidsonianos) la admitan: *La lámpara está brillando*, *Juan está durmiendo*.

#### 1.1.8. ¿Otros predicados válidos en puntos de tiempo?: Piñón (1997)

El trabajo de Piñón (1997) defiende la idea de que los logros constituyen una clase de predicados estrictamente puntuales (es decir, que acontecen en puntos o momentos de tiempo). Esta observación había sido ya hecha, entre otros, por Vendler (1967) y Mourelatos (1981), pero en ninguno de los trabajos anteriores se había desarrollado una ontología que permitiese formular esta idea más allá de una intuición conceptual. Por ello, el resto de los autores suelen colapsar la clase de los logros en la de las realizaciones, entendiéndolos como eventos que suponen un cambio de estado definido, aunque uno “muy breve” (cf. Kenny 1963, Taylor 1977, Dowty 1979, Pustejovsky 1991, Moreno Cabrera 2003, entre otros). De este modo, no habría ninguna distinción de principio entre realizaciones y logros, solo una diferencia de grado en la extensión de tiempo que el predicado cubre. Sin embargo, si Piñón (1997) está en lo cierto, tendríamos un problema al caracterizar los estados, en términos estrictamente temporales, como aquellos predicados válidos en momentos, puesto que los logros compartirían esta propiedad. Nos interesará, igualmente, mencionar los aspectos centrales de la ontología de Piñón, que, al margen de los problemas que suscita su aplicación al análisis de los logros, esclarece algunas nociones ya introducidas en Bennett y Partee (1978), en particular la distinción entre puntos de tiempo e intervalos.

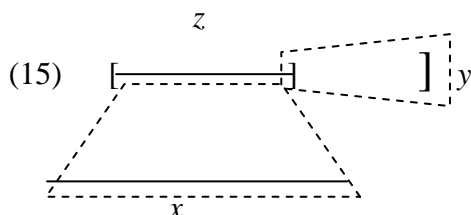
Piñón (1997) observa que los logros poseen características gramaticales que los distancian de las realizaciones, y que se siguen del carácter puntual de los primeros. En particular, como puede observarse en los ejemplos siguientes, estos predicados dan lugar a interpretaciones distintas al combinarse con adverbios temporales del tipo *en X tiempo* (13) y se resisten a aceptar modificadores adverbiales de intencionalidad y manera (14):

- (13) a. Rebecca reached the Summit in five hours.  
b. Rebecca wrote a letter to the president in one hour.  
(Piñón 1997: 278, (3a), (5a))
- (14) a. ??Rebecca intentionally (attentively, conscientiously, vigilantly) reached the summit.  
b. ??Rebecca quickly (slowly) reached the summit.  
(Piñón 1997: 280, (9a), (10a))

En el ejemplo (13a), donde se ejemplifica un logro, vemos que la frase *in five hours* se interpreta como ‘*después* de cinco horas’, mientras que, en (13b), donde tenemos una realización, no interpretamos que fue pasada una hora que Rebecca comenzó a escribir una carta, sino que ese fue el tiempo que le llevó acabarla. Este contraste se seguiría del carácter puntual de los logros, los cuales, al carecer de extensión temporal, solo admiten esta clase de adverbios si miden un intervalo contextualmente dado (y no, literalmente, el tiempo en el que se extiende el evento). Por otra parte, los ejemplos de logro acompañados de modificadores tanto de intencionalidad (14a) como de manera (14b)

dan lugar a secuencias poco aceptables, puesto que solo las eventualidades extensas admiten distintas formas de realización o la caracterización de un agente.

La propuesta de Piñón es, en concreto, que los logros denotan *boundary happenings* ('sucesos de límite'), entidades que, en su ontología, son estrictamente puntuales. En este modelo, las eventualidades se dividen en sucesos (*happenings*) y sucesos de límite, dependiendo, respectivamente, de si denotan un evento con extensión o solo alguno de sus límites. Un diagrama facilitará la comprensión de estas nociones (Piñón 1997: 282):



En la figura (15),  $z$  es un suceso,  $y$  es el suceso de límite derecho del suceso  $z$ , y  $x$  es el *cuerpo* de  $z$ . Esta ontología descansa sobre la estructuración jerarquizada de diferentes dominios. Por una parte, el autor adopta como base una estructura *mereotopológica* (Casati y Varzi 1999) que define relaciones de parte y todo (mereología) aumentadas según un criterio de la posición relativa que las partes ocupan entre sí (topología). En segundo lugar, esta estructura se emplea para definir objetos temporales tales como intervalos y puntos de tiempo, que añade a la configuración original el supuesto de que las partes se ordenan “de izquierda a derecha”. Finalmente, sobre esta estructura temporal se definen las eventualidades, como sucesos o sucesos de límite, plano en el que podemos especificar, igualmente, tipos de predicados (estados, actividades, realizaciones y logros) y al que podemos añadir un conjunto de relaciones temáticas (participantes funcionalmente integrados en un suceso). Un esquema de los elementos de esta ontología y sus correspondencias a través de los tres dominios mencionados se ofrece en la siguiente tabla:

Mereotopología	Tiempo	Eventualidades
Átomos	Puntos	Sucesos de límite
(Unidades extensas)	intervalos	Sucesos

Tabla 3. Correspondencias estructurales entre partes, tiempos y eventualidades

A partir de estos elementos, se especifica una serie de definiciones y axiomas, de los cuales destacaremos algunos.<sup>16</sup> Un *átomo* se define como un objeto que no incluye propiamente ninguna parte (Piñón 1997, Df3):

$$(16) \quad \text{Átomo} := \lambda x (\neg \exists y (y \sqsubset x))$$

<sup>16</sup> La lista de definiciones y axiomas de Piñón (1997) es considerablemente más extensa y, consiguientemente, pueden perderse algunos detalles técnicos en nuestra exposición. No obstante, estimamos que, para los objetivos que aquí nos interesan, basta con introducir las formalizaciones de los aspectos centrales de su ontología.



Es decir que, si un elemento es un átomo, entonces no existe ningún elemento que esté propiamente incluido en él. El correlato temporal de un átomo se denomina *punto*, mientras que su equivalente en el dominio de las eventualidades corresponde a un suceso de límite. Los puntos y los sucesos de límite conforman los *objetos finos* (*thin objects*). Por contraste, los intervalos y los sucesos (que incluyen un “cuerpo” en el diagrama de (3)) conforman los *objetos gruesos* (*thick objects*).

Tanto para los puntos como para los intervalos rige la propiedad de la *densidad*, pero sus implicaciones son distintas en un tipo ontológico y en otro. Veamos el axioma correspondiente a la densidad de los puntos (Piñón 1997: Ax10):

$$(17) \quad \forall x \forall y ([ (p(x) \wedge p(y) \wedge \text{Atom}(x) \wedge \text{Atom}(y)) \rightarrow (x < y \rightarrow \exists z [x < z \wedge z < y \wedge p(z) \wedge \text{Atom}(z)]) ] ) )$$

El enunciado de (17) expresa que para todo par de puntos (*p*) atómicos *x* e *y*, si *x* precede a *y*, entonces existe siempre un elemento *z* tal que, siendo igualmente un punto atómico, sigue a *x* y antecede a *y*. (Este axioma es equivalente a la definición de tiempo denso en Bennet y Partee (1978), véase *supra*, §1.1.5.) Comparemos esta propiedad con la densidad de los objetos “gruesos”, que se expresa en el siguiente axioma (Piñón 1997: Ax16):

$$(18) \quad \forall x [\text{Thk}(x) \rightarrow \exists y \exists z [\neg(y = z) \wedge \text{Thk}(y) \wedge \text{Thk}(z) \wedge x = y \oplus z]]$$

El enunciado de (18) expresa, en cambio, que para todo objeto *x*, si *x* es grueso (*Thk*), entonces existe un par de objetos *y* y *z* tales que no son idénticos, ambos son también gruesos y su suma corresponde a *x*. En otras palabras, densidad significa, en este caso, que toda unidad extensa puede dividirse en nuevas unidades extensas. Como esta definición es recursiva, no podemos “llegar” al dominio de los objetos “finos” (puntos y sucesos de límite) segmentando objetos “gruesos”. Y a la inversa, “we can never get a thick object by adding together thin objects” (Piñón 1997: 289). Necesitaríamos un número infinito de puntos atómicos de tiempo para obtener un intervalo, cualquiera sea su extensión, del mismo modo que necesitaríamos un número infinito de puntos para obtener una línea.

Con estos elementos podemos explicitar a qué tipo de entidad corresponde un logro en una semántica de eventos de estas características. Se trata, pues, de un suceso de límite tal que introduce (o finaliza) una eventualidad de cierto tipo e implica lógicamente que, de haber una eventualidad inmediatamente precedente (o subsiguiente), esta no puede ser del mismo tipo. Dicha idea se formaliza en las definiciones siguientes (Piñón 1997: Df34, 35):

$$(19) \quad \begin{aligned} \text{a. Beg} &:= \lambda x \lambda y \lambda X (\text{b}_h(x) \wedge \text{Ev}(y) \wedge \text{Lf-Bd}(x, y) \wedge X(y) \wedge \neg \exists z (z \ll y \wedge X(z \oplus y))) \\ \text{b. End} &:= \lambda x \lambda y \lambda X (\text{b}_h(x) \wedge \text{Ev}(y) \wedge \text{Ri-Bd}(x, y) \wedge X(y) \wedge \neg \exists z (y \ll z \wedge X(z \oplus y))) \end{aligned}$$

El enunciado (19a) define una función *begin* ‘empezar’ tal que una entidad *x* –un suceso de límite (*b<sub>h</sub>*)– corresponde al límite izquierdo (*Lf-Bd*) de una eventualidad *y* de tipo *X*,

y no existe ninguna entidad  $z$  que preceda inmediatamente a  $y$  tal que la suma de  $z$  e  $y$  preserve el mismo tipo (X). Intuitivamente, esto corresponde a la idea de que *empezar* no puede ser equivalente a *continuar* (un cierto estado o una cierta actividad), sino que debe, efectivamente, “inaugurar” la validez de una cierta predicación en el decurso temporal. Los logros, por lo tanto, corresponden a límites “*under a description of what they bound*” (Piñón 1997: 289). Nótese que la definición de (19b) es la imagen especular de (19a), de forma tal que lo único que se modifica es la relación de  $x$  con  $y$  (se trata, ahora, del límite derecho o Ri-Bd) y, consiguientemente, la relación de precedencia que establecemos en la restricción de la eventualidad siguiente (no existe ningún  $z$  que *siga* inmediatamente a  $y$  y que sea de su mismo tipo).

Volviendo al problema que enunciamos al comienzo de este subapartado, veremos ahora cuáles son las principales diferencias entre un estado y un logro, asumiendo que ambos son válidos en “puntos de tiempo”. Podemos sintetizar estas diferencias en los siguientes aspectos:

- Un estado es válido “a partir de” un punto de tiempo, pero, normalmente, tiende a ser *inercial*, es decir, que su validez abarca, igualmente, extensiones mayores de tiempo (intervalos). En cambio, un logro no puede, bajo ningún respecto, ser inercial, justamente porque su validez *se restringe* a un punto. De este modo, si un logro es válido en un tiempo (puntual)  $t$ , necesariamente es falso en un intervalo  $I$  tal que  $t \sqsubset I$ . Las condiciones de verdad de un estado son, por tanto, inversas: si un estado es válido en  $I$ , entonces es necesariamente verdadero en todo  $t$  tal que  $t \sqsubset I$ .
- Los estados no implican inferencialmente un cambio, mientras que, si las definiciones de (19) son correctas, un logro implica lógicamente un cambio de estado. De este modo, aunque un logro sea válido en un punto, sus condiciones de verdad requieren información sobre más de un punto, para verificar que no exista “continuidad cualitativa” con las eventualidades en vecindad con aquella a la que el logro en cuestión pertenece.
- Por último, los estados integran relaciones temáticas (la entidad a la que se atribuye una cierta propiedad), mientras que los logros “*have no participants*. How could one participate in a durationless eventuality?” (Piñón 1997: 290). Si la observación de Piñón es acertada, los argumentos asociados a un verbo de logro están siempre vinculados temáticamente solo a la eventualidad de la que el logro es un límite. Así, en *Juan alcanzó la cima*, Juan puede concebirse como agente de la actividad de “escalar la cima”, aunque aparezca sintácticamente como sujeto de *alcanzar*.<sup>17</sup> La estructura semántica de este verbo ha de explicitarnos, así, que la denotación puntual del predicado únicamente establece el límite de una actividad previa, que es a la que, en rigor, pertenecen los participantes (agente, tema, etc.).

---

<sup>17</sup> De hecho, Piñón (1997: 290) analiza el verbo *begin* como un verbo de ascenso, es decir, que toma como sujeto el argumento externo del predicado al que se aplica, sin atribuirle un papel temático (eg. *Juan escribe* > *Juan empieza a [Juan escribir]*). Este análisis refuerza la idea de que los logros, en sí mismos, no poseen una red temática.

Estos contrastes, que se siguen de forma natural de la discusión precedente en este y los subapartados anteriores, permiten mantener la definición de estado como aquella clase de predicado que adscribe una entidad a un conjunto, de forma tal que sus condiciones de verdad se aplican a puntos de tiempo. Esta exigencia temporal es, en el caso de los estados, más débil que en el de los logros, puesto que estos últimos *deben* ser válidos en un dominio puntual. Por consiguiente, la propiedad del subintervalo (ver *supra*, §1.1.5, §1.1.6) se aplica únicamente a los estados (y es, de hecho, imposible de ser formulada en el caso de los logros). Por otra parte, la “validez” de los logros difiere de la de los estados. Un logro, cuando es verdadero, es subsidiario de una eventualidad mayor, de la que solo indica un límite. En tanto, la validez de los estados es independiente de las eventualidades que los circundan (y, de hecho, no presupone la existencia de otras eventualidades).

Por último, cerraremos esta sección indicando que la ontología temporal de Piñón (1997), aunque no difiere esencialmente de la que ya adelantaban Bennett y Partee (1978), servirá como referencia de nuestras propias formulaciones en lo que resta de este estudio. Consiguientemente, emplearemos el símbolo *t* para referirnos a un punto de tiempo (objeto “fino” sin extensión) y el símbolo *I* para referirnos a un intervalo (objeto “grosso”). De este modo, dejaremos de considerar *t* como un caso particular de *I* (cf. Bennett y Partee 1978, ver *supra* §1.1.5, (8f)), puesto que se tratará de entidades temporales de distinto nivel ontológico (un punto de tiempo no será considerado un intervalo “muy pequeño”, sino *infinitamente* pequeño).

#### 1.1.9. *Nota sobre propiedades y predicados de más de un argumento*

La definición de estado elaborada sobre la noción montaguiana de propiedad parece ser aplicable solo a predicados monádicos (y, en cierto sentido, así es). De este modo, si *sabio* y *profesor* designan propiedades, *Juan es sabio* y *Juan es profesor* designan estados, puesto que adscriben a Juan al conjunto de las personas sabias o de las que son profesores. Tales oraciones serán verdaderas en cualquier mundo posible y tiempo donde el conjunto especificado por la función  $\langle s, \langle e, t \rangle \rangle$  incluya a Juan. Sin embargo, la aplicación de esta idea al dominio de los verbos resulta cuanto menos conflictiva, puesto que la mayoría de los verbos que designan estados involucran la participación de más de una entidad. Consideremos la siguiente lista de predicados españoles:

- (20) a. *Tener (alguien) una cosa*
- b. *Poseer (alguien) una cosa*
- c. *Temer (alguien) a alguien*
- d. *Temer (alguien) a algo*
- e. *Estar (alguien) en un lugar*
- f. *Conocer (alguien) algo*
- g. *Saber (alguien) algo*

Una representación de estas expresiones en lógica de predicados podría considerar el verbo como un predicado de dos argumentos, de modo que, por ejemplo, *tener* adopte la siguiente forma:

$$(21) \text{ TENER}(x, y)$$

donde, por convención, entendemos que  $x$  es el poseedor e  $y$  la cosa poseída.

En términos conjuntistas, si definimos los estados como relaciones, la intensidad de un verbo estativo contará ahora como una función de índices a conjuntos de *pares ordenados* de entidades (Dowty et al. 1981, Heim y Kratzer 1999). Así, la denotación de *poseer* en el índice  $s$  podría ser, por ejemplo, la siguiente:

$$(22) \text{ poseer: } \{ \langle \text{Juan, dos euros} \rangle, \langle \text{Pedro, un perro} \rangle, \langle \text{Diego, IBM} \rangle \}$$

Tal como observa Lewis (1986: 53), al establecer la denotación de una *relación*, no podemos afirmar que Juan, Pedro o Diego “instancien” directamente la propiedad de poseer. Esta propiedad solo puede atribuirse a los pares ordenados  $\langle \text{Juan, dos euros} \rangle$ ,  $\langle \text{Pedro, un perro} \rangle$  y  $\langle \text{Diego, IBM} \rangle$ . De este modo, la estatividad involucraría, como mínimo, dos tipos de predicados: atribución de propiedades a entidades y atribución de propiedades a pares de entidades.

Sin embargo, existen argumentos para redefinir los predicados de más de un argumento como predicados monádicos. Esta opción, siguiendo a Kratzer y Heim (1999: 29), resultaría más adecuada con la manera en que el significado se obtiene composicionalmente en las lenguas naturales (cf. igualmente Moreno Cabrera 2003: 55). En primer lugar, la sintaxis parece operar en jerarquías de segmentación binaria (*binary branching*). En segundo lugar, la interpretación semántica se da de forma *local*, de modo que cada frase se computa a partir del significado de sus nodos hijos. Finalmente, si se adopta la “conjetura de Frege”, la composicionalidad semántica consiste en *aplicación funcional*; esto es, para cada par de elementos cuya combinación da lugar a un significado global, uno de ellos corresponde a una función y otro a un argumento. Por consiguiente, una semántica adecuada para la computación sintáctica seguiría pasos sucesivos de aplicación funcional monádica.

De modo general, toda función de más de un argumento puede reducirse a una serie de funciones monádicas. Este proceso se conoce como “schönfinkelización” (a partir de Schönfinkel, el autor que lo propuso inicialmente, Kratzer y Heim 1999: 29). Por ejemplo, podemos considerar el valor de verdad de la conjunción lógica ( $\wedge$ ) como un predicado diádico que para cada par de valores de verdad arroja un nuevo valor de verdad, según el esquema siguiente (cf. Deaño 1974: 93; Dowty et al. 1981: 34):

$$(23) \begin{aligned} \langle 1, 1 \rangle &\rightarrow 1 \\ \langle 1, 0 \rangle &\rightarrow 0 \\ \langle 0, 1 \rangle &\rightarrow 0 \\ \langle 0, 0 \rangle &\rightarrow 0 \end{aligned}$$

Así, “ $\wedge$ ” es aquella función que da “verdadero” únicamente para el par de valores de verdad  $\langle 1,1 \rangle$ , mientras que arroja “falso” para todos los otros casos (v.g. *Juan es rey* y *María es astronauta* es verdadera si y solo si tanto *Juan es rey* como *María es astronauta* son independientemente verdaderas, y es falsa en cualquier otro caso). Una versión “schönfinkelizada” de esta función tendría, sin embargo, la siguiente forma:

$$\begin{aligned}
 (24) \quad & 1 \rightarrow [1 \rightarrow 1] \\
 & 1 \rightarrow [0 \rightarrow 0] \\
 & 0 \rightarrow [1 \rightarrow 0] \\
 & 0 \rightarrow [0 \rightarrow 0]
 \end{aligned}$$

Ahora, tenemos una función monádica que proyecta un valor de verdad sobre otra función monádica (la expresión encorchetada) que proyecta un valor de verdad sobre otro valor de verdad. Nótese que el contenido semántico se preserva en ambas formulaciones inalterado. La diferencia radica en que, en el primer caso, tenemos una función de pares ordenados a valores de verdad y, en el segundo, dos funciones “encadenadas”, cada una de las cuales es monádica. Ambas representaciones nos ofrecen como resultado el valor de la conectiva “ $\wedge$ ”, que es verdadera solo si las dos proposiciones que une son independientemente verdaderas.

Exactamente el mismo procedimiento puede seguirse en el caso de predicados expresables mediante verbos transitivos de lenguas naturales, como podemos ver en el ejemplo de *poseer*:

(25) a. *poseer* binario

$\langle \text{Juan, dos euros} \rangle$	$\rightarrow 1$
$\langle \text{Pedro, un perro} \rangle$	$\rightarrow 1$
$\langle \text{Diego, IBM} \rangle$	$\rightarrow 1$
$\langle \text{María, IBM} \rangle$	$\rightarrow 0$

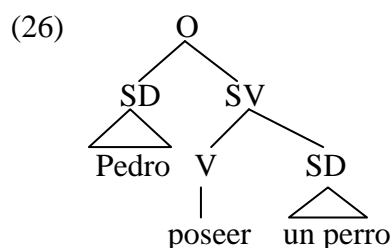
b. *poseer* monádico (schönfinkelizado)

Dos euros	$\rightarrow [\text{Juan} \rightarrow 1]$
Un perro	$\rightarrow [\text{Perro} \rightarrow 1]$
IBM	$\rightarrow [\text{Diego} \rightarrow 1]$
IBM	$\rightarrow [\text{María} \rightarrow 0]$

En la función diádica de (25a), vemos que *poseer* nos da un valor de verdad para cada par ordenado de entidades (asumamos, para el índice *s*). Como, según se observa en el conjunto (22),  $\langle \text{María, IBM} \rangle$  no está incluido en la denotación del verbo, en este caso tenemos un valor negativo (0). Nuevamente, el valor de la función *poseer* expresada como una serie de funciones monádicas encadenadas, en (25b), preserva el valor semántico del mismo predicado expresado como función diádica. En este caso, la función que proyecta IBM sobre la función que proyecta a María sobre un valor de verdad nos indica que no existe entre ambos la relación expresada por *poseer* (en nuestro modelo, IBM tiene un único poseedor).<sup>18</sup>

<sup>18</sup> Puede alegarse que esta formalización no deja ver, justamente, *cuál* es la relación que media entre Juan y los dos euros, entre Diego e IBM, etc., que es justamente lo que, desde un punto de vista conceptual,

Como podrá advertirse, al “schönfinkelizar” el verbo *poseer*, hemos invertido el orden de los argumentos (partimos desde el objeto poseído y agregamos luego el poseedor). En rigor, no existe una diferencia significativa al escoger uno u otro orden, siempre y cuando los valores de verdad que se obtengan como educto final sean los mismos. Sin embargo, esta inversión es deliberada, puesto que permite representar de forma más adecuada el proceso que el lenguaje natural sigue al ensamblar un predicado con sus argumentos: el verbo se ensambla primero con el “argumento interno”, formando un SV, y luego con el “argumento externo”. Adoptemos, por el momento, una versión (muy) simplificada de la sintaxis del español para representar la estructura de un verbo como *poseer* a partir de las nociones revisadas. La estructura arbórea de (26) puede ser de utilidad:



Esta estructura sintáctica correspondería fielmente a la estructura semántica representada en (25b). El verbo *poseer* se ensambla con el SD *un perro* y obtenemos una nueva función, denotada por el SV, que relaciona entidades con valores de verdad. Ensamblamos, a continuación, el SD *Pedro*, que denota una entidad, y obtenemos, finalmente, un valor de verdad. En otras palabras, al dividir una función diádica en dos funciones monádicas, hemos conseguido que *Pedro posee un perro* denote, después de todo, un estado de acuerdo con la definición inicial: adscribimos a Pedro al conjunto denotado por la propiedad *poseer un perro*, que categorialmente corresponde al SV.

En la gramática de Montague, esta estrategia puede ser igualmente representada mediante el sistema de tipos *e* y *t*. Dado que cada par  $\langle a, b \rangle$  es, en dicho modelo,

---

nos interesa saber sobre el verbo *poseer*, y que lo distingue de *amar*, *odiar*, *admirar*, etc. Es más, si el conjunto de pares ordenados que denota *poseer* es el mismo que denota *odiar*, los esquemas de (7) no podrían representar la diferencia y tendríamos que concluir que *poseer* y *odiar* son lo mismo, conclusión evidentemente errada, aun cuando pueda ser cierto (en un mundo y en un tiempo) que todas las personas que poseen algo sientan odio por ese objeto. No obstante, en este caso se aplica exactamente el mismo argumento que ofrecía Lewis (1986: 50, véase *supra* §1.1.3) para las propiedades que definen conjuntos coextensivos (como “tener corazón” y “tener riñones”). Existen dos posibilidades. O bien existen mundos posibles donde tales conjuntos *no* son coextensivos, o bien es el caso que ambas expresiones denotan, en todo mundo posible, *el mismo* conjunto. En el primer caso, las dos expresiones denotan el mismo conjunto solo de forma contingente, de modo que no hay razón para concluir que son equivalentes (puesto que es *posible* que, en otro índice –y recuérdese que el conjunto de (4) es la extensión de *poseer* en un índice *s*–, los conjuntos denotados por *poseer* y *odiar* difieran). En el segundo caso, efectivamente nos referiríamos a propiedades extensionalmente equivalentes, aunque designen el mismo conjunto a partir de estructuras distintas. Intuitivamente, no es el caso que en todo índice dos verbos como *odiar* y *poseer* denoten el mismo conjunto; en cambio, si definimos “\$” según las condiciones de verdad de (5), solo estaremos anotando la función representada por “^” con otro símbolo. Con todo, *sí* es cierto, como ya hemos mencionado en otros subapartados, que una aproximación formal a la semántica evita hablar de cuáles son los aspectos del mundo percibido que hacen que un objeto, un par ordenado o una serie indeterminada de objetos puedan formar parte de un conjunto, cuestión que, como discutiremos más adelante (§1.5.3), forma parte de los aspectos *enciclopédicos* del lenguaje.

entendido como una función, la estructura semántica de (25b) puede representarse como una función del tipo  $\langle e, \langle e, t \rangle \rangle$ . Cuando esta función se combina con una entidad (*un perro*), cancelamos  $e$  y obtenemos una nueva función:  $\langle e, t \rangle$ . Al ensamblar *Pedro*, cancelamos nuevamente  $e$ , y obtenemos  $t$  (un valor de verdad). Como ya hemos saturado todas las posiciones argumentales, la derivación (tanto sintáctica como semántica) acaba. En un modelo de semántica composicional, podemos, consiguientemente, atribuir a cada entrada léxica un tipo categorial y derivar paso a paso el valor de una expresión. Empleando la abstracción lambda para definir el valor semántico de cada categoría predicativa, obtendríamos la siguiente derivación de (26):

(27) Entradas léxicas:

*Pedro* = tipo:  $e$ , valor semántico: {Pedro}

*un perro* = tipo:  $e$ , valor semántico: {un perro}<sup>19</sup>

*poseer* = tipo:  $\langle e, \langle e, t \rangle \rangle$ , valor semántico:  $\lambda x \lambda y. \text{poseer}(y, x)$

(28) Derivación de (26):

V:  $\llbracket \text{poseer} \rrbracket = \lambda x \lambda y. \text{poseer}(y, x)$  (tipo:  $\langle e, \langle e, t \rangle \rangle$ )

SV:  $\llbracket \text{poseer un perro} \rrbracket = \lambda y. \text{poseer}(y, \text{un perro})$  (tipo:  $\langle e, t \rangle$ )

O:  $\llbracket \text{poseer Juan un perro Juan} \rrbracket = \text{poseer}(\text{Juan}, \text{un perro})$  (tipo:  $t$ )

En síntesis, vemos que los predicados de más de un argumento pueden entenderse como atribuciones de propiedades sobre entidades, donde el argumento interno conforma, junto con el verbo, un predicado monádico que denota la adscripción de una entidad a un conjunto. La importancia de esto radica en que podemos mantener una definición uniforme de estatividad, al menos en el nivel de la frase verbal. De este modo, los predicados estativos lexicalizados computan siempre la instanciación de una propiedad en una entidad. Hemos ejemplificado esta posición mediante una estructura sintáctica altamente simplificada, que ha servido únicamente a fines expositivos. En capítulos siguientes de esta tesis veremos cómo opera una vez que introducimos más niveles sintácticos. (Véase §2.7.)

<sup>19</sup> La estructura y el valor semántico de *un perro* están, naturalmente, simplificados. Si tratamos *un* como cuantificador, la expresión tendría el valor semántico  $\lambda P. \exists x(\text{perro}(x) \wedge P(x))$ , es decir, el de una función que toma un predicado  $P$  y afirma que existe una entidad tal que esa entidad es un perro y tiene la propiedad  $P$ . Al combinar  $\lambda P. \exists x(\text{perro}(x) \wedge P(x))$  con *ladrar* obtendríamos  $\exists x(\text{perro}(x) \wedge \text{ladra}(x))$ , es decir, la representación que en lógica de predicados se atribuye a una oración del lenguaje natural como *un perro ladra*. En (8) simplemente asumimos que *un perro* denota una entidad que es un perro, tal como *Juan* denota un cierto individuo. Para una discusión detallada al respecto, véase Dowty et al. (1981), Bosque y Rexach (2009: 23).

## 1.2. Estatividad: cuestión de nivel

Hemos definido el concepto de estatividad basándonos en la noción montaguiana de propiedad. En este sentido, entendemos que un estado es la instanciación de una propiedad en una entidad o, dicho en otros términos, la adscripción de una entidad a un conjunto. En este apartado veremos cómo esta noción puede manifestarse en diferentes niveles estructurales, ya sean niveles semánticos, ya sean sintácticos. La asunción principal que, por motivos más o menos similares, adoptan los distintos autores, es que la estatividad corresponde al componente básico de una estructura mayor. El resto de las clases aspectuales se obtiene, así, mediante el añadido de otras estructuras (operadores semánticos o proyecciones sintácticas) sobre una predicación estativa básica. Hay, pues, una jerarquía aspectual de la que el estado es el ladrillo fundamental.

Presentaremos algunas propuestas sobre esta asunción común, tanto desde un punto de vista léxico-semántico como sintáctico. Intentaremos mostrar que este supuesto no es un requisito necesario de la estatividad, puesto que podemos encontrar también estados que se derivan de eventos. Esta discusión servirá, pues, como antecedente de la propuesta que se desarrolla, principalmente, en el capítulo 3 de esta tesis, donde afirmamos que los estados puros pueden manifestarse en distintos niveles de representación sintáctica.

### 1.2.1. Estados como piezas básicas: léxico y semántica

Hemos comentado, en §1.1.7, la teoría del *cálculo aspectual* propuesta por Dowty (1979), la cual, combinando el empleo de operadores aspectuales y la semántica de intervalos, consigue modelar las distintas clase aspectuales derivando unas a partir de otras. La única exigencia consiste en que, en la base de la estructura, tengamos un estado, es decir, una propiedad sobre la que se ejerce un cambio, ya sea mediante DO (actividad), BECOME (realizaciones y logros) o CAUSE (realizaciones). Esta teoría ha tenido diversas aplicaciones, en especial en aquellos modelos que postulan la existencia de un léxico rico, depositario de la información que determina la manifestación de la red argumental de un predicado y de sus características aspectuales en la sintaxis.

Un ejemplo de ello es el modelo lexicalista de Levin y Rappaport (1995, 1998). En el trabajo de estas autoras, se propone la existencia de *plantillas léxicas* que contienen la valencia de un predicado (su número de argumentos) y su disposición jerárquica de acuerdo con ciertos primitivos, análogos a los operadores aspectuales de Dowty (1979). La hipótesis de este modelo es que, a partir de esta información semántica contenida en el léxico, puede derivarse la conducta sintáctica de los verbos (la posición que sus argumentos ocupan en la sintaxis y la interpretación aspectual que reciben), siguiendo el llamado Principio de Proyección (Chomsky 1981). En concreto, las estructuras léxicas propuestas, según su correlación con los tipos de eventualidad básicos, son las siguientes (Rappaport y Levin 1998, Mendikoetxea 2009: 320):

(29) a. [x <STATE>]

(estado)



- b. [x ACT <MANNER>] (actividad)
- c. [BECOME [x <STATE>]] (logro)
- d. [[x ACT <MANNER>] CAUSE [BECOME [x <STATE>]]] (realización)

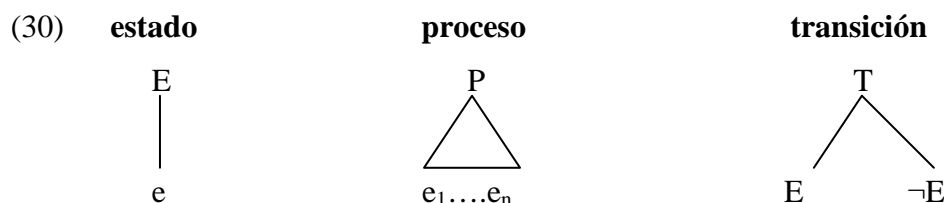
En las estructuras de (29), encontramos elementos primitivos, como ACT, BECOME y CAUSE, que establecen relaciones formalmente previsibles entre los componentes argumentales; y *constantes*, es decir, elementos idiosincrásicos que no forman parte, como sí lo hacen los primitivos, del repertorio de operadores disponibles en la Gramática Universal (GU).<sup>20</sup> De este modo, una constante aporta el significado básico de un verbo, que lo distingue de otros de la misma clase. Mientras que todos los verbos de actividad incluyen una estructura como la de (29b), se diferencian en el componente de manera que llevan como constante, y que fonológicamente puede corresponder a *bailar, caminar, correr*, etc.

En tanto, un estado, como se aprecia en (29a), manifiesta el tipo más simple de estructura, puesto que es, él mismo, una constante. Según se recordará a partir de la discusión de §1.1.7, esta caracterización entra en concordancia con las observaciones de Dowty (1979) sobre los estados, los cuales, al denotar clases de entidades, no permiten una restricción de principio sobre los predicados concretos que en una lengua pertenezcan a este tipo aspectual. De este modo, la estatividad determina el carácter abierto del léxico verbal de una lengua, mientras que los primitivos permiten que los significados contruidos sobre estos predicados básicos sean composicionales y previsibles. Así, por ejemplo, el predicado *rojo* puede aparecer como predicado básico, en (29a); como complemento de un operador BECOME (29c), dando lugar al verbo de cambio de estado *enrojecerse*; o, finalmente, como base de la estructura de (29d), lo que nos daría como resultado el verbo causativo *enrojecer*. Si hacemos el mismo ejercicio, esta vez con *roto* (realizando los ajustes fonológicos del caso), obtenemos tres nuevos predicados, uno adjetival (*roto*) y dos de ellos verbales (*romperse* y *romper*). Las estructuras primitivas, no obstante, no se han visto alteradas.<sup>21</sup> Vemos, pues, que el estado, cuando no es un predicado independiente, es la base sobre la que descansa la jerarquía aspectual en las estructuras semánticas codificadas en el léxico.

<sup>20</sup> Nótese que, en este caso, estamos hablando de GU en su sentido chomskiano, es decir, aquel sistema de representación que subyace a todas las lenguas naturales (y solo a estas) y que permite a los hablantes aprender su lengua nativa. Nos distanciamos aquí, por lo tanto, del significado de GU en la gramática de Montague, donde el término designaba una teoría abstracta y general en la que pudieran definirse *todos* los lenguajes, sin distinción de principio entre lenguajes naturales y artificiales.

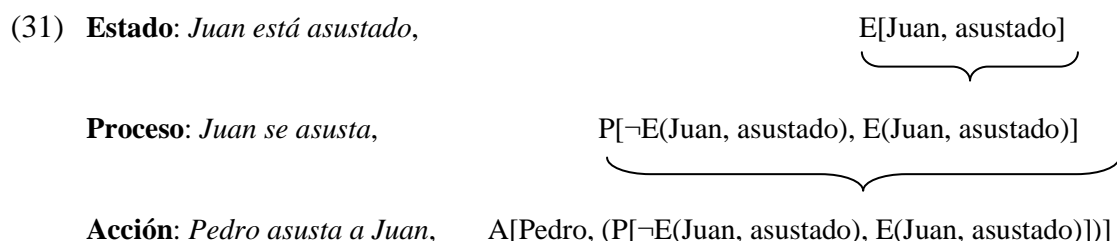
<sup>21</sup> Como más adelante veremos, los modelos de inspiración sintactista (Borer 2005, Ramchand 2008) siguen una argumentación similar, aunque desplazan los primitivos aspectuales al dominio de las proyecciones funcionales de la sintaxis. Así, no tenemos piezas léxicas dotadas de la información que determina su realización sintáctica, sino entradas léxicas con poca o ninguna estructura que adquieren estructura argumental y valor aspectual al insertarse en un determinado contexto sintáctico. En palabras de Borer (2005), las entradas léxicas constituyen “modificadores” de la estructura funcional (de forma análoga a como las constantes especifican las plantillas léxicas). No obstante, los modelos sintactistas no suelen equiparar el aspecto enciclopédico de la estructura verbal con la estatividad, como sí se hace en las estructuras de (29), sino que le conceden una proyección funcional específica independiente de la entrada léxica (Ramchand 2008).

Otro ejemplo de esta caracterización de la estatividad desde una teoría lexicalista es la del Lexicón Generativo de Pustejovsky (1991, 1995). Adoptando asunciones similares a las de Levin y Rappaport (1995), Pustejovsky atribuye a las unidades léxicas una estructura semántica muy rica y específica, que permite explicar ciertas regularidades en la distribución de los argumentos en la sintaxis. En lo que atañe, específicamente, a la información aspectual, el autor formula tres estructuras en las que, nuevamente, se aprecia el carácter “atómico” o básico de los predicados estativos. Estas estructuras son las siguientes:



Como se observa en las estructuras de (30), el estado corresponde a un tipo de predicado inanalizable en estructuras más elementales, a diferencia de lo que sucede con los procesos y las transiciones. El primer tipo se identifica como una sucesión de eventos, mientras que las transiciones, tipo en el que colapsan las realizaciones y los logros, se caracterizan por una estructura de oposición, siguiendo, a grandes rasgos, las condiciones que Dowty (1979) formulara para el operador BECOME, es decir, aquel predicado que marca la “transición” de un estado a su negación (o viceversa).

El estatus de átomo o pieza básica vuelve a encontrarse en el trabajo, ya comentado en diversos puntos de este capítulo, de Moreno Cabrera (2003). Según este autor, la semántica de los *sucesos* (nombre genérico análogo al de *eventualidades* en Bach (1986)) se estructura en relaciones de predicados y argumentos. Un estado, relación entre una entidad y una propiedad, puede ser tomado como argumento de un *proceso*, que relaciona dos o más estados. Finalmente, una *acción* es un predicado que relaciona una entidad (conceptualizada como controlador o iniciador) y un proceso. El carácter incremental y relacional de estas estructuras puede apreciarse en el esquema siguiente (donde la letra mayúscula en posición de predicado indica el tipo de suceso respectivo: Estado, Proceso o Acción):



Una de las diferencias principales entre las propuestas de Levin y Rapaport (1995) y de Pustejovsky (1991), por un lado, y la de Moreno Cabrera (2003), por otro, radica en que, mientras aquellos autores restringen la información semántica a las piezas léxicas,

Moreno Cabrera formula las reglas del componente semántico entendiéndolo como una interfaz mediadora entre la sintaxis y el componente conceptual. De este modo, las estructuras de (31) no forman parte, en rigor, del verbo español *asustar*, sino de la representación que la interfaz semántica crea a partir de la información sintáctica presente en secuencias donde *asustar* actúa como núcleo verbal. No obstante, sea que adoptemos un punto de vista proyeccionista, donde las propiedades de la sintaxis se deducen de la información contenida en el léxico; sea que nos inclinemos por un componente semántico que interpreta las secuencias producidas por la sintaxis, en todos estos modelos la asunción estándar es que la estatividad es el componente básico, no derivado, mientras que el resto de las clases se obtienen por algún tipo de operación efectuada sobre este componente básico.

### 1.2.2. *Estados como piezas básicas: léxico y sintaxis*


Hemos mencionado que el modelo composicional de Dowty (1979) había influido fuertemente en los modelos proyeccionistas que atribuían a las unidades léxicas toda la información relevante sobre la estructura argumental y eventiva de un predicado. En ellos, el estado conformaba el predicado básico sobre el que actuaba una serie de operadores aspectuales (CAUSE, BECOME) pertenecientes a un repertorio lingüístico universal. Una manera bastante similar de modelar esta jerarquización aspectual puede encontrarse en los modelos de inspiración sintactista (Borer 2005, Ramchand 2008), es decir, aquellos donde las entradas léxicas, en sí mismas, carecen de información estructural, y en los que los operadores aspectuales y las posiciones argumentales están formalizadas como parte de la sintaxis de la lengua. De este modo, no hay “proyección” del léxico a la sintaxis, sino una conducta sintáctica manifestada por una pieza léxica en un contexto estructural determinado. En términos de simplicidad conceptual, estos modelos evitan la formulación duplicada de información estructural –una vez en el léxico y otra vez en la sintaxis– aunque, por otra parte, deben asumir que la conducta de las piezas léxicas es, al menos en sus versiones más extremas, no previsible (Borer 2005) (véase §2.3).

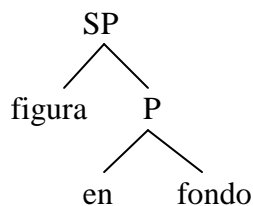
#### 1.2.2.1. *Hale y Keyser (2002)*


Un modelo a medio camino entre una posición proyeccionista y otra sintactista o “neo-construccionista” es la que representan Hale y Keyser (1993, 1997, 2002). Para estos autores, las relaciones argumentales y aspectuales se codifican en ciertos núcleos sintácticos y sus proyecciones asociadas. Sin embargo, establecen una distinción entre *sintaxis léxica* (o *sintaxis-l*) y *sintaxis oracional* o (*sintaxis-o*). La primera determina las características básicas de una pieza léxica (en especial, de un verbo) mientras que la segunda regula su conducta en el dominio de la sintaxis tradicional, es decir, al combinarse con otras unidades léxicas. No obstante, ya desde su formulación inicial (Hale y Keyser 1993), los autores introdujeron esta distinción solo como un mecanismo

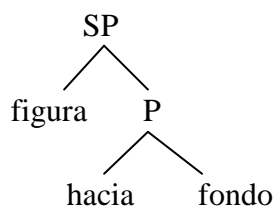
descriptivo y no, en última instancia, con la intención de demarcar un dominio teórico autónomo. Por lo tanto, la sintaxis-l describe un nivel de representación cuyos primitivos y operaciones equivalen a los de una misma sintaxis que rige en todos los niveles, y no ha de entenderse en ningún caso como un “módulo” gramatical independiente y encapsulado. Así, aunque el modelo de estos autores es proyeccionista, en la medida en que la sintaxis-l proyecta sus propiedades en la sintaxis-o, es, por otra parte, neo-construccionista, en la medida en que podemos reducir dicha sintaxis-l a un mecanismo computacional unificado.

Respecto de la posición de los estados en la sintaxis, los autores defienden la idea de que la estatividad corresponde a un valor de coincidencia central que puede alojarse en distintos núcleos sintácticos (Hale y Keyser 2002). Un valor de coincidencia central se opone a uno de coincidencia terminal en que, mientras el primero establece una relación de continente a contenido entre un fondo y una figura, el segundo determina que una figura se dirige a un fondo, que actúa, así, como término de un movimiento real o figurado (Hale 1984; Talmy 1978; Mateu 1997, 2002; Arche 2006). Esta oposición puede apreciarse en los siguientes esquemas, tomados de Arche (2006: 119), donde el círculo negro corresponde a la figura, mientras que el cuadrado blanco representa el fondo:

(32) a. Coincidencia central 



b. Coincidencia terminal 

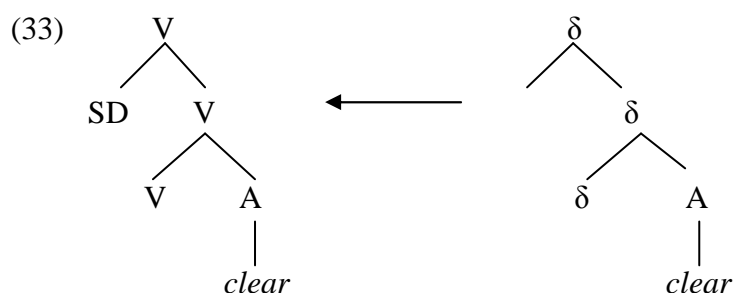


En términos sintácticos, pueden llevar asociado un valor de coincidencia central los siguientes elementos (Hale y Keyser 2002):

- *Elementos verbales*: cópulas (*be*) o verbos estativos cuyo análisis demuestre una equivalencia estructural y semántica con la cópula. El resto de los verbos (V) será, por defecto, eventivo.

- *Proyección extendida del adjetivo*: los adjetivos, como elementos relacionales carentes de una proyección fonológicamente autónoma, aparecen como complemento de un núcleo de coincidencia central.
- *Preposiciones*: diversas preposiciones, como *in* o *at*, se oponen a otras como *into* o *to* en que las primeras poseen un rasgo de coincidencia central y las segundas un rasgo de coincidencia terminal.

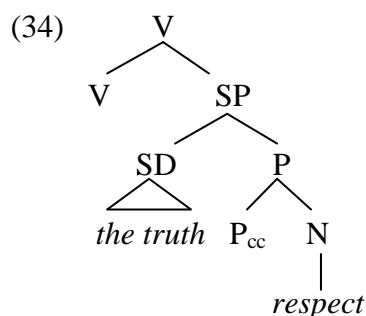
Dado que la estatividad es, en esta aproximación, un *rasgo*, en principio su aparición no está restringida a las posiciones básicas de la estructura sintáctica (análogas a las posiciones básicas de la estructura semántica en los modelos proyeccionistas). Sin embargo, al restringir los tipos de núcleos que pueden alojar este rasgo, los autores atribuyen indirectamente el papel de “ladrillo básico” a la estatividad, dado que un núcleo de coincidencia central aparece siempre dominado por una proyección eventiva y nunca al revés. Así se observa, por ejemplo, en el análisis que proponen para un verbo deadjetival como *to clear*, que es el siguiente (Hale y Keyser 2002: 206):



La categoría V se asocia por defecto con la denotación de un evento, por lo que, al tomar un adjetivo como complemento (que, según hemos mencionado, lleva asociado un rasgo de coincidencia terminal), el predicado resultante denota un cambio de estado. Como podrá advertirse, este análisis reproduce, en la sintaxis, la jerarquía aspectual que Dowty (1979) y los defensores de un modelo proyeccionista atribuían al léxico.<sup>22</sup> En otras palabras, *clear*, manifestación categorial de un estado, se encuentra en una posición jerárquicamente más baja que el evento (V).

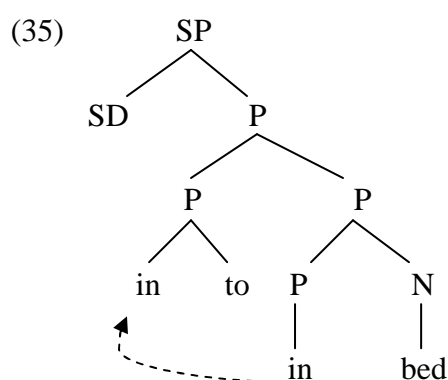
Este patrón vuelve a encontrarse en el análisis de otros predicados. Por ejemplo, muchos verbos de sujeto experimentante (*to fear*, *to like*, *to respect*) se representan como una estructura donde un verbo domina un SP de coincidencia central, como se observa en (34):

<sup>22</sup> Esto no quiere decir que no haya diferencias empíricas entre ambos modelos. El modelo sintactista de Hale y Keyser (1993, 2002) arroja predicciones sobre el número de argumentos de un predicado y la posible lexicalización de estructura verbal, entre otros fenómenos, que no son formulables en un modelo lexicalista que no cuenta con las restricciones sintácticas a la hora de analizar las relaciones argumentales de un predicado. Por ejemplo, la presencia de verbos de incorporación de objeto a verbo (*to dance* < ‘to make dance’, *to laugh* < ‘to make laughs’, etc.) contrasta con la ausencia de verbos de incorporación de sujeto a verbo (\**to cow* < ‘the cow eat’). Este patrón puede explicarse a partir del Principio de la Categoría Vacía, que impide desplazar elementos a una posición desde la que no puedan regir a su huella. Así, el verbo está en una posición desde la que puede mandar-c al objeto, pero no al sujeto, jerárquicamente más alto, de modo que la rección por antecedente fallaría en el caso de verbos derivados mediante el segundo tipo de incorporación.



El que la categoría dominante sea V (es decir, un evento) determina que estos verbos no sean plenamente estativos, sino que manifiesten valores eventivos en diversos contextos. Así, en inglés, tales verbos aceptan la forma progresiva (*John is liking his new job*) o el imperativo (*Respect the truth!*). Por otra parte, si la proyección de coincidencia central SP no es dominada por V, podemos obtener un predicado genuinamente estativo. Así, el núcleo estructural de coincidencia central puede ser materializado por el verbo *have*, que, según los autores, sería inherentemente estativo (Hale y Keyser 2002: 209). Esta opción correspondería a oraciones del tipo *Mary has my respect* (cf. \**Mary is having my respect*) o *He has his children's love* (cf. \**He is having his children's love*).

Por último, en el dominio de las preposiciones también puede apreciarse esta jerarquización entre elementos de coincidencia central y elementos con valor eventivo. No obstante, dado que las preposiciones, en principio, no designan eventos, esta jerarquía se traduce entre la posición relativa de núcleos de coincidencia central respecto de núcleos de coincidencia terminal. De este modo, la preposición *into*, que posee un valor de coincidencia terminal, puede descomponerse en dos núcleos preposicionales, *in* y *to*. El primero de ellos posee un rasgo de coincidencia central; el segundo, de coincidencia terminal. Consecuentemente, la estructura que los autores atribuyen a esta preposición compleja es la siguiente (Hale y Keyser 2002: 222):



En la estructura de (35), la preposición *in* se incorpora en la preposición *to*, dando lugar a *into*. La estructura más baja corresponde a una relación preposicional “estática”, que podemos encontrar en una secuencia como *With [the baby in bed] we can relax*, mientras que la estructura compleja resultante es adecuada para contextos eventivos como *Getting [the baby into bed] is hard*.

La idea de que la jerarquía que encontramos en el sistema preposicional refleja la jerarquía de nodos vinculados con información aspectual resulta de interés, así mismo, para observar las constantes cognitivas que determinan la estructuración del tiempo a partir del espacio. Esta es la posición que había adelantado Hale (1984), y que ha aplicado al español Arche (2006). Según Hale (1984), existen lenguas, como el walpiri, donde los afijos que determinan la oposición aspectual perfectivo/imperfectivo corresponden a elementos morfológicos del sistema de clíticos espaciales. Así, un sufijo como *-yi*, que expresa coincidencia central, otorga, si se adjunta a una base verbal, un valor aspectual durativo. En términos diacrónicos, la formación de tiempos imperfectivos se relaciona, igualmente, con preposiciones de coincidencia central (cf. Bybee, Perkins y Pagliuca 1994). Un indicio de ello puede encontrarse, siguiendo a Arche (2006: 120), en construcciones del español actual como *Estoy en eso*, en las que una preposición de coincidencia central (*en*) otorga un valor aspectual imperfectivo análogo al que entrega la forma progresiva (v.g. *Estoy escribiendo mi tesis*).

Vemos, pues, que la oposición entre coincidencia central y coincidencia terminal puede emplearse para modelar en la sintaxis ciertas oposiciones aspectuales básicas, entre ellas, la de estado frente a los eventos dinámicos. Si establecemos una relación entre estos términos y la noción de propiedad que hemos seguido en este capítulo, vemos que la noción de coincidencia central es coherente con la noción de adscripción de una entidad en un conjunto. Así, en una relación sintáctica de estas características, la figura denotaría una entidad, y el fondo, una propiedad. En cambio, en una configuración eventiva, la relación de coincidencia terminal entre figura y fondo establecería que la propiedad respectiva es adquirida en un proceso dinámico. Una posición similar es la que asume, por ejemplo, Mateu (1997, 2002), quien sostiene que la configuración sintáctica básica corresponde a un núcleo (bi)relacional (*r*) entre una figura y un fondo, relación que puede tomar un valor de coincidencia central o terminal.<sup>23</sup> Tendremos ocasión de aplicar estas ideas al discutir los estados más elementales del español (véase §2.7 y §3.3.1).

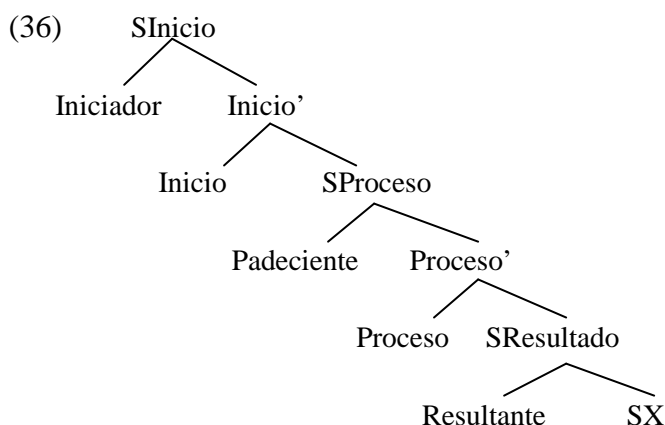
#### 1.2.2.2. *Ramchand (2008) (I): codificación sintáctica de los tipos de situación*<sup>24</sup>

Otra aproximación en que la jerarquía de tipos aspectuales se codifica directamente en la sintaxis es el modelo de Ramchand (2008). En él, el Sv se divide en tres proyecciones funcionales, SInicio, SProceso y SResultado, cada una de las cuales porta una semántica

<sup>23</sup> Para Moreno Cabrera (2003: 180), el modelo de Mateu (2002) puede ser visto como un correlato sintáctico de su modelo semántico. Así, la proyección *r* de Mateu equivaldría a los Estados de Moreno Cabrera, mientras que otras proyecciones, como *T* o *R*, equivaldrían a su Proceso y a su Acción, respectivamente. *T* corresponde a un núcleo verbal que lleva asociada, en una etapa posterior de la derivación sintáctica, la proyección de un argumento externo; en cambio, *R* corresponde a un núcleo verbal cuya semántica es incompatible con la proyección de un argumento externo.

<sup>24</sup> En §2.6 volveremos sobre el modelo de Ramchand, esta vez para discutir su estrategia de inserción léxica (entendida como materialización de estructura funcional). La presentación de nuestras asunciones teóricas, que se desarrollan en §2.7, toma aspectos de ambas partes (codificación de tipos de situación e inserción léxica).

aspectual específica y cuya combinación da lugar a las clases aspectuales básicas. No hay, pues, una proyección que específicamente codifique el núcleo verbal, puesto que este se encuentra distribuido en distintas proyecciones funcionales que las entradas léxicas pueden materializar de formas más o menos complejas. En concreto, la estructura del dominio verbal corresponde a la representación arbórea siguiente:



Como se observa en la estructura de (36), cada proyección introduce, en su especificador, un argumento. De este modo, los papeles temáticos se definen en este modelo relacionamente, a partir de la posición que ocupan en la estructura. El SD en posición de especificador de SInicio se interpreta como causante o agente de un proceso, denotado por SProceso. El argumento introducido por esta última proyección corresponde al sujeto de un cambio de estado, mientras que, finalmente, el especificador de SResultado se interpreta como sujeto de una predicación resultativa.

En esta propuesta, siguiendo las ideas centrales de los modelos lexicalistas ya revisados, el estado funciona como elemento básico en la elaboración de estructuras aspectuales más complejas. Sin embargo, además de que, como hemos mencionado, la estructura relevante se codifica en la sintaxis y no en las entradas léxicas, existe otra diferencia fundamental con modelos como el de Dowty (1979) o Levin y Rappaport (1995). En el modelo de Ramchand (2008) existen dos proyecciones estativas, una en la base de la estructura (SResultado) y otra en la posición más alta (SInicio). Ambas corresponden, semánticamente, a la misma clase de proyección, y difieren únicamente por la posición relativa que ocupan respecto de SProceso, que codifica la dinamicidad. De este modo, si una proyección estativa domina a SProceso, se interpreta como subevento causativo (y su especificador como Causante o Iniciador). En cambio, si un estado ocupa la posición de complemento de SProceso, se interpreta como estado resultante.

Como podrá advertirse, esta combinatoria introduce un rasgo importante del modo en que se entiende en este modelo la composicionalidad semántica. A diferencia de lo que sucede con la definición de núcleos predicativos en Dowty (1979), no existe aquí una proyección que designe directamente la relación de causalidad o el paso de un estado a otro. Dichos valores corresponden a la relación que media *entre* proyecciones funcionales, que, a partir de Hale y Keyser (1993), Ramchand denomina *regla de*



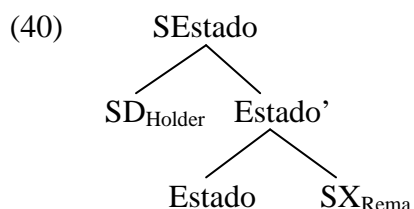
*composición eventiva*. Esta regla establece el vínculo semántico de ‘conducir a’ (*lead to*) entre una y otra proyección subeventiva, y puede explicitarse como sigue:

- (37) *Regla de composición eventiva*  
 $e = e1 \rightarrow e2$  :  $e$  consiste de dos subeventos,  $e1$ ,  $e2$ , tales que  $e1$  implica causalmente  $e2$ .

A partir de esta convención semántica, las relaciones causales entre SInicio, SProceso y SResultado pueden explicitarse del modo siguiente:

- (38) Si  $\exists e1, e2$  [Estado( $e1$ ) & Proceso( $e2$ ) &  $e1 \rightarrow e2$ ], entonces por definición Iniciación( $e1$ ).
- (39) Si  $\exists e1, e2$  [Estado( $e1$ ) & Proceso( $e2$ ) &  $e2 \rightarrow e1$ ], entonces por definición Resultado( $e1$ ).

Dado que SInicio y SResultado son esencialmente la misma proyección (Estado), la estructura disponible para representar predicados estativos es también una. Esto supone, para Rothmayr (2009: 26), un problema, puesto que nos obliga a formalizar los verbos estativos como una clase sintácticamente homogénea. Al desaparecer SProceso –es decir, el núcleo encargado de codificar la dinamicidad–, es irrelevante la opción entre SInicio y SResultado, puesto que estas denominaciones vienen dadas únicamente por la posición que una predicación estativa ocupa respecto de dicha proyección dinámica. De este modo, los estados poseen siempre una estructura como la de (40):



El especificador de esta proyección estativa correspondería, ahora, a un *Holder* o ‘portador’, es decir, la entidad a la que atribuimos una propiedad, mientras que su complemento corresponde a un elemento “remático”, esto es, cualquier proyección que caracterice el tipo de predicación que se realiza sobre el SD en posición de especificador. Así, en una oración como *Juan pesa 80 kilos*, *Juan* es el portador de la propiedad denotada por el predicado *pesar*, mientras que el SQ *80 kilos* especifica el grado en que dicha propiedad (el peso) se relaciona con el individuo Juan. Sin embargo, si Rothmayr (2009) está en lo cierto, la configuración de (40) podría ser, en efecto, muy simple para representar distintas clases de estados. En particular, esta autora propone

una distinción entre estados alternantes y no alternantes que, partiendo de la base de una estructura única para todos los estados, no puede ser analizada.<sup>25</sup>

Conviene realizar algunos comentarios sobre el modelo revisado. En primer lugar, la proyección SEstado (sea que se manifieste como SInicio o como SResultado) parece análoga a la proyección verbal de coincidencia central en Hale y Keyser (2002) o Mateu (1997). De este modo, la expresión básica de la estatividad, entendida como atribución de una propiedad a una entidad, corresponde a una relación entre especificador y complemento. En ausencia de otras proyecciones que aporten un valor dinamizador, el predicado resultante permanecerá estativo. Así, si SProceso domina a SResultado, el predicado que obtenemos es un evento (télico), análogamente a lo que sucede si una proyección de coincidencia central es dominada por V, en el modelo de Hale y Keyser (2002), o si un núcleo verbal (T o R) domina un núcleo de coincidencia terminal en la propuesta de Mateu (1997, 2002).

Una segunda observación tiene que ver con la “altura” en la que podemos ensamblar un estado y cuáles son sus consecuencias para el valor aspectual del predicado. Hemos visto que, aunque en este modelo SEstado no ocupa necesariamente la posición básica (SResultado), su posición “alta”, sobre SProceso, no tiene el efecto de estativizar la estructura que domina. Así, el ensamble de SInicio preserva el valor eventivo ya introducido por SProceso. La consecuencia de ello es que no podemos formalizar, en este modelo, estados derivados a partir de eventos, puesto que, una vez que hemos ensamblado una proyección eventiva, la estructura se mantiene eventiva. Una respuesta a este problema es asumir que las proyecciones funcionales SInicio, SProceso y SResultado conforman, según explícitamente defiende la autora (Ramchand 2008), solo la primera fase de la derivación sintáctica, y que la conformación de estados derivados, de existir tales objetos, es necesariamente un proceso efectuado en una fase subsiguiente. En el subapartado siguiente comentaremos algunas aproximaciones que se hacen cargo de predicados estativos derivados sobre predicados eventivos, cuestión que, según puede apreciarse, no es una posibilidad contemplada ni en los modelos lexicalistas, ni en los modelos sintactistas, puesto que en todos ellos el estado es una pieza básica que participa de una estructura mayor, sin la capacidad de caracterizar globalmente esa estructura (es decir, sin poder estativizarla).

---

<sup>25</sup> Con todo, no parece exacto decir que el modelo de Ramchand (2008) sea completamente inflexible para dar cuenta de la variación entre tipos de estado. En particular, aunque no sea una posibilidad atendida por Ramchand, podríamos unir SInicio con SResultado para dar cuenta de estados causativos como el ejemplificado en *La mesa bloquea la entrada*, que se distinguirían de eventos causativos por carecer de SProceso. De hecho, un análisis similar es propuesto por Fábregas y Marín (en prensa, a), como tendremos ocasión de comentar más adelante, en §1.3.4. Este análisis sería análogo al de la propia Rothmayr (2009), que distingue eventos causativos de estados causativos por la presencia o ausencia de un operador (sintáctico) BECOME, que, *mutatis mutandis*, puede parangonarse con la proyección SProceso. En este estudio, tenemos motivos para distanciarnos de ambos análisis, como se verá con mayores detalles en el capítulo respectivo (§4).

### 1.2.3. La estatividad como ausencia o neutralización de un argumento eventivo

Aunque la idea de que los estados son necesariamente el elemento básico de la estructura aspectual se encuentra ampliamente aceptada, también pueden encontrarse en la bibliografía posiciones donde la estatividad recibe un tratamiento relativamente independiente del nivel de representación semántica en el que se aloje, o incluso donde se adopta la idea de que son los eventos los elementos básicos de los que se derivan los predicados estativos. En estas aproximaciones, llamadas (neo)davidsonianas, el “átomo” aspectual es el evento, introducido como un argumento adicional en la representación lógica de una oración (Davidson 1967, Parsons 1990, Higginbotham 1985). Para algunos autores, la introducción de un argumento adicional en la representación lógica se restringe a las acciones y procesos; para otros, se extiende a los predicados estativos.

Un ejemplo de esta segunda aproximación es Parsons (1990). En su propuesta, la representación semántica de los estados comporta la introducción de un argumento *s*, análogo al argumento eventivo *e* que encontramos en la representación semántica de actividades, realizaciones y logros. Este autor generaliza, así, el análisis introducido por Davidson (1967) para incluir los predicados estativos. Para Davidson (1967), la representación lógica de los eventos incluía un argumento adicional, el argumento eventivo *e*, en el que semánticamente se anclaban modificadores adverbiales como *deliberadamente*, y que pueden ser entendidos, así, como predicados de primer orden que se aplican sobre eventos. En la teoría de Parsons (1990), este argumento sirve de apoyo para la introducción de *toda* la información semántica de una oración eventiva, desde el tipo de evento a los distintos argumentos. Así se observa en el contraste de (41), donde (41a) corresponde a la representación que en el modelo de Davidson recibiría una oración como *Bruto mató a César deliberadamente*, mientras (41b) muestra la representación lógica que esta misma oración tendría en la teoría ampliada de Parsons:

- (41) a.  $\exists e [\text{matar}(\text{Bruto}, \text{César}, e) \ \& \ \text{deliberadamente}(e)]$   
b.  $\exists e [\text{matar}(e) \ \& \ \text{Agente}(e, \text{Bruto}) \ \& \ \text{Paciente}(e, \text{César}) \ \& \ \text{deliberadamente}(e)]$

Un estado, en tanto, se diferenciaría de un evento únicamente en que el argumento sobre el que se estructura la información semántica es *s* y no *e*. Así se observa en la representación lógica de (42), que correspondería a una oración como *Juan es inteligente*:

- (42)  $\exists s [s \text{ es un estado de ser inteligente} \ \& \ \text{Sujeto}(s, \text{Juan})]$ <sup>26</sup>

---

<sup>26</sup> La fórmula de (42) atribuye a Juan el papel de “sujeto”, que corresponde a una función sintáctica y no a un papel semántico. Parsons no discute mayormente los papeles semánticos en su teoría. Entiende que, por defecto, el sujeto de una oración corresponderá al agente y el objeto al paciente. Con todo, no reconoce que exista un conjunto limitado de papeles semánticos ni que existan restricciones de principio que impidan, por ejemplo, que un argumento pueda tomar más de un papel o que no puedan aparecer en una oración más que un número limitado de ellos. Desde un punto de vista lógico, no existe, por cierto, razón alguna para limitar el número de argumentos que un predicado pueda tomar, pero, como han

Ahora bien, si la distinción entre estados y eventos radica únicamente en el tipo de argumento que su representación lógica introduce, no hay motivo para aducir que los estados deban ser necesariamente la base de actividades, realizaciones o logros. Los estados son, simplemente, otro tipo de objeto semántico (y no una subparte de un predicado eventivo). El argumento estativo *s* podría, consiguientemente, introducirse en otros niveles estructurales, *sobre* unidades léxicas que codifiquen situaciones eventivas. Tal es, en efecto, una de las consecuencias empíricas del análisis de Parsons (1990). En concreto, el autor sostiene que la forma progresiva y el perfecto ingleses corresponden a formas estativas. Así, *Mary is eating* ‘María está comiendo’ describiría el *estado en curso* del evento de comer, mientras que *Mary has eaten* denotaría el *estado resultante* del mismo predicado. Vemos, por consiguiente, que, al contar con una formulación menos restrictiva de la estatividad, podemos atribuir carácter estativo no solo a verbos cuya estructura semántica sea básica y no compleja, sino también a formas gramaticales que se aplican sobre verbos, sin importar, en principio, el tipo de situación al que estos verbos pertenezcan. Nótese que, al margen de la adecuación empírica que este análisis de la forma progresiva y el perfecto pueda tener, se trata de una hipótesis que no puede ser formulada ni en el modelo de Levin y Rapaport (1995), ni en el de Pustejovsky (2003), ni en el de Moreno Cabrera (2003), puesto que los tres parten de la base de que los estados corresponden a predicados no analizables que están siempre en la base de otros tipos aspectuales más complejos, desde donde, consiguientemente, no pueden “dominar” la representación de los eventos.

Entre quienes restringen la aparición de una variable subyacente a los predicados no estativos, una aproximación detallada se encuentra en Krifka et al. (1995), quienes analizan la semántica de las oraciones habituales o caracterizadoras. La propuesta de estos autores descansa sobre la distinción entre predicados *episódicos* y *no episódicos*, que diferencia entre aquellos que pueden o no relacionarse con una situación en particular, respectivamente. En razón de esta característica, diremos que los predicados episódicos introducen un *argumento situacional s* (que no ha de confundirse con el argumento estativo *s* de las representaciones lógicas de Parsons (1990), véase *supra*). Aunque no se trate de una correlación rigurosa, la noción de predicado no episódico tiende a asociarse con la idea de estatividad. Así, a pesar de que existan predicados como *estar disponible*, que tienen una lectura episódica y estativa a la vez, podemos entender que el núcleo conceptual de la estatividad es “the lack of reference to a specific situation” (Krifka et al. 1995: 39) (cf. Horno Chéliz 2011).

El carácter no situacional o no episódico puede obtenerse de dos formas. La más simple es que el predicado mismo, por ser estativo, carezca de un argumento situacional. La segunda es que el cierre existencial del argumento situacional de un predicado episódico se vea bloqueada por otro operador que ligue este argumento. En otras palabras, en vez de que una oración denote la ocurrencia efectiva de un evento,

---

propuesto Hale y Keyser (1993, 2002), este número puede verse restringido por las configuraciones sintácticas habilitadas en las lenguas naturales.

como en *Juan comió un bocadillo*, un operador distinto del tiempo verbal puede intervenir y realizar una operación adicional con este argumento, por ejemplo, designando que la ocurrencia del evento es *usual*. Así, obtenemos una oración habitual o caracterizadora a partir de un predicado eventivo, como en *Juan usualmente come bocadillos*. Esta secuencia no denota la ocurrencia del evento de comer, sino que atribuye a Juan la propiedad de comer usualmente bocadillos. La representación semántica de esta clase de oraciones involucra un operador genérico (GEN), según se observa en (43) (Krifka et al. 1995: 32):

(43) GEN [ ...s... ; ... ] (Restrictor [ ...s... ]; Matriz [ ...s... ])

La estructura semántica de una oración genérica o habitual es similar a la de una oración condicional. El restrictor corresponde a una prótasis que establece una condición, mientras que la matriz equivale a una apódosis que, para una situación dada, especifica el evento sobre el que se establece una generalización. Así, en *Juan fuma*, una estructura como la de (43) nos indicaría que si Juan está en la situación contextualmente definida *s*, entonces Juan lleva a cabo la acción de fumar. La semántica del operador GEN es, por tanto, similar a la de un cuantificador universal, con la salvedad de que admite excepciones. Así, *Juan fuma* no quiere decir que, para *toda* situación *s*, Juan necesariamente fuma, sino que es normal, esperable, o frecuente que lo haga. Una oración habitual es, de este modo, una oración caracterizadora que se deriva de un predicado verbal episódico. Como la oración resultante no es episódica, y hemos establecido que el núcleo de la estatividad es no hacer referencia a una situación, concluimos que las oraciones habituales son igualmente estativas.<sup>27</sup>

Krifka et al. (1995) sostienen, además, que debe hacerse una distinción entre habituales de nivel oracional y habituales léxicos. Un habitual oracional es aquel que se deriva sintácticamente a partir de un predicado verbal episódico, como en *Juan fuma*, *Pedro habla inglés* o *Ella canta boleros*. En todos estos casos, existen situaciones concretas que podrían evidenciar la veracidad de la caracterización respectiva. Así, hay situaciones en que Juan, de hecho, fuma; Pedro, de hecho, habla inglés; y en las que ella, de hecho, canta boleros. Por otra parte, los habituales léxicos son verbos estativos para los que no existe una contraparte léxica que exprese la situación sobre la que hemos efectuado una generalización. Así, en *Juan sabe inglés*, podemos inferir que existen ciertas actividades que verificarían la veracidad de la atribución de saber inglés a Juan, pero no hay en el léxico un verbo que describa con exactitud qué actividad o actividades habrían de ser estas (¿escucharlo?, ¿hablarlo?, ¿escribirlo?). De este modo, mientras que *hablar inglés* sirve tanto para designar una actividad concreta como para denotar la caracterización habitual que sobre esta actividad se construye, el predicado *saber inglés* solo designa un estado caracterizador. En palabras de los autores: “one difference between verbs which are lexically stative and verbs which have a stative

<sup>27</sup> Para más discusión sobre la relación entre habitualidad y estatividad, véase Scheiner (2002), Bertinetto (2004), Horno Chéliz y Cuartero Otal (2011a, 2011b) y Carlson (2012). Volveremos sobre este punto en el capítulo sobre estados puros, en el apartado §3.3.6.

(habitual)/non-stative (episodic) alternation is merely that the former have no episodic counterpart in the language” (Krifka et al. 1995: 37).

La categoría que agrupa tanto los predicados habituales oracionales como los predicados habituales léxicos es la de *disposicionales*. Nótese que, en ambos casos, se expresa una generalización sobre situaciones; la diferencia estriba en que solo en uno de los casos tenemos una unidad léxica que designa la situación sobre la que se efectúa esta generalización. Así, en términos semánticos, las representaciones de *hablar francés* y de *saber francés* serían las siguientes (Krifka et al. 1995: 38):

- (44) a. *hablar francés*:  $\lambda x \text{ GEN } [x, s ; ]$  ( $x$  en  $s$  ;  $x$  habla francés en  $s$ )  
 b. *saber francés*:  $\lambda x \text{ GEN } [x, s ; ]$  ( $x$  en  $s$  ;  $x$  ‘demuestra conocimientos de francés’ en  $s$ )

En ambas estructuras, la abstracción lambda nos indica que los predicados representados corresponden a funciones que se aplican sobre individuos. En (44a), el operador genérico nos señala que, para las ocasiones en que un individuo  $x$  se encuentra en la situación  $s$ , es generalmente el caso que ese individuo habla francés; mientras que, en (44b), es generalmente el caso que  $x$  demuestra conocimientos de francés (no hay un verbo episódico que describa sintéticamente qué significa ‘demostrar conocimientos de un idioma’).

A partir de la teoría de Parsons (1990) es tentador afirmar que los estados pueden ser más complejos que los eventos siempre y cuando la estatividad del predicado provenga de un operador gramatical de aspecto “externo” (forma progresiva, perfecto), mientras que la teoría composicional de Levin y Rapaport (1995), Pustejovsky (1991) y Moreno Cabrera (2003), que atribuye un nivel básico a los estados, seguiría siendo correcta en el nivel léxico. Así, podríamos atribuir un valor estativo a *estar comiendo*, pero, en un verbo causativo como *hundir*, el estado ha de verse dominado por otros operadores como BECOME y CAUSE. El análisis semántico de Krifka et al. (1995) pone en entredicho la validez general de esta conclusión, puesto que postula la existencia de “estados derivados” aun en el nivel léxico. En efecto, si los estados disposicionales léxicos han de ser analizados según las directrices de (44b), entonces el carácter complejo de los estados no debe restringirse, necesariamente, a ciertos contextos sintácticos en que se alojen verbos en principio eventivos, sino que puede estar codificado en las unidades léxicas mismas. En otras palabras, los predicados estativos serían más complejos que los predicados eventivos, estableciendo una jerarquía inversa a la propuesta por los autores que defienden un modelo basado en operadores aspectuales aplicados sobre estados. Una evidencia, para los autores, de que el operador GEN rige en dos niveles distintos, sintáctico y léxico, proviene de la posibilidad de restringir sintácticamente el valor de este operador solo en el caso de los estados disposicionales oracionales, no de los disposicionales léxicos. Así se observa en el par de (45) (Krifka et al. 1995: 39):

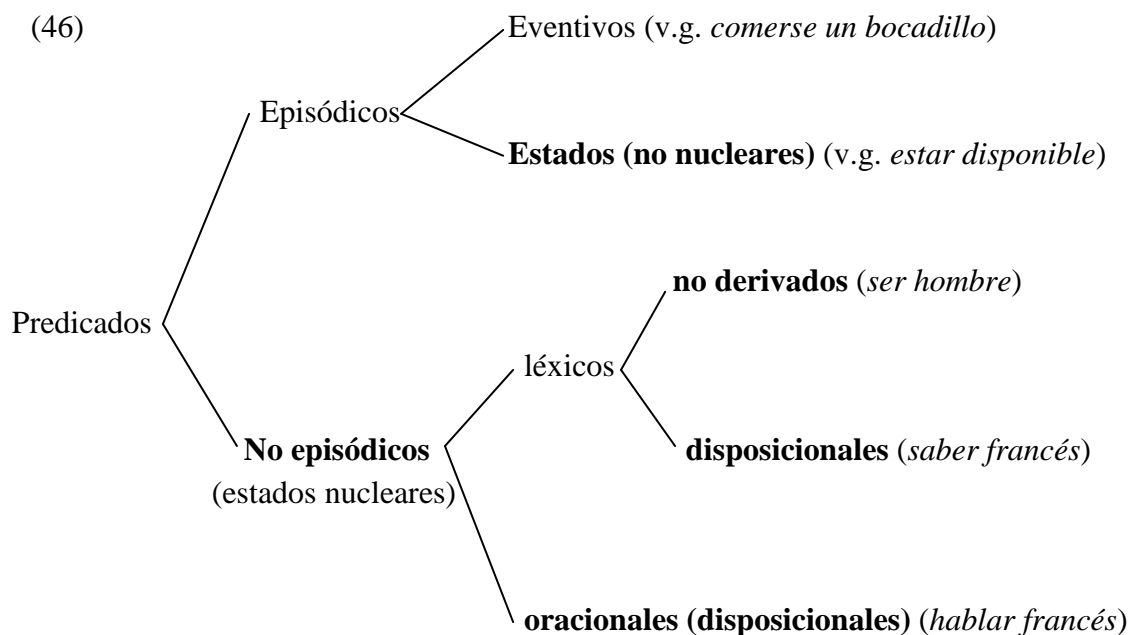
- (45) a. John speaks French after dinner.  
 b. ??John knows French after dinner.

La frase adverbial *after dinner* puede, en (45a), restringir la situación sobre la que opera GEN. Así, (45a) puede significar que es generalmente el caso que, cuando John se encuentra en la situación *s*, tal que *s* es después de la cena, John habla francés. Esta restricción no puede efectuarse en (45b), puesto que, en este caso, GEN opera en un nivel de representación léxico y la situación *s* no puede ser, por lo tanto, especificada en la sintaxis, cuando el operador ya ha actuado.

No todos los verbos estativos deben, según Krifka et al. (1995: 38), ser caracterizados como disposicionales léxicos. Así, hay muchos predicados estativos para los que un análisis en la línea de (44b) resultaría bastante artificial, como sucede con *be married* ‘estar casado’, *be thirty years old* ‘tener treinta años’, *be a student* ‘ser estudiante’, *own* ‘poseer’, entre otros. En estos casos, la caracterización no episódica que el predicado realiza no se deriva de una generalización sobre situaciones. Se trata, simplemente, de clasificaciones de individuos de acuerdo con la especificación cualitativa lexicalizada en el predicado.<sup>28</sup> De este modo, la imagen de la estatividad que estos autores nos entregan corresponde a la de un cierto tipo semántico – prototípicamente, el no episódico o no situacional– que se distribuye en diversos niveles estructurales y en distintos grados de complejidad: existen estados léxicos no derivados, estados léxicos derivados (disposicionales), y estados oracionales (siempre derivados de predicados situacionales), a los que se suman algunos estados episódicos (*estar disponible*). Dicha distribución puede representarse en el siguiente esquema:

---

<sup>28</sup> En un estudio reciente, Horno Chéliz (2011) propone que la variable eventiva <e>, análoga al argumento situacional de Krifka et al. (1995), se encuentra presente en *todos* los predicados. Los verbos estativos corresponderían a aquellas entradas léxicas que saturan su variable eventiva mediante un operador genérico en el léxico, frente al resto de los verbos, que entrarían en la sintaxis no marcados respecto de la oposición estado/evento y que pueden, de este modo, recibir una interpretación bien eventiva bien estativa. Así, la aproximación de Horno Chéliz se distinguiría de la de Krifka et al. por el rechazo de la existencia de verbos que carezcan de una variable eventiva-situacional en todo nivel de representación: la estatividad provendría *siempre* de la aplicación de un operador genérico sobre una variable eventiva, sea que esto suceda en el nivel léxico, sea en la sintaxis.



Nótese que, en el esquema de (46), damos cabida a un tipo de predicado situacional y estativo a la vez (*estar disponible*). Esta categoría manifestaría, así, propiedades aspectuales intermedias entre la dinamicidad y la estatividad, lo cual nos sirve de antesala para el apartado siguiente, donde discutiremos la estatividad desde el punto de vista del *grado*.

En síntesis, hemos visto en esta sección que la estatividad ha sido vista tradicionalmente como la pieza básica de una jerarquía aspectual unificada, que se obtiene por la combinación de un estado con otros operadores aspectuales o elementos funcionales dinamizadores. Esta posición puede rastrearse tanto en los modelos proyeccionistas, que atribuyen a las unidades léxicas la información aspectual y argumental relevante, como en los neo-construccionistas, que desplazan esta información a la sintaxis. Hemos visto, no obstante, que las posiciones que atribuyen a los estados la introducción de un argumento específico (Parsons 1990) o la ausencia de un argumento situacional (Krifka et al. 1995) plantean ciertos problemas para esta asunción jerárquica básica, puesto que podemos encontrar predicados estativos que se derivan a partir de eventos (forma progresiva, perfecto, habituales), disposición que viola la relación tradicionalmente asumida entre estados, como ladrillos básicos, y eventos, como resultados composicionales complejos.

### 1.3. Estatividad: cuestión de grado

En el apartado anterior hemos revisado la estatividad desde el punto de vista de su manifestación en distintos niveles estructurales, sea desde un punto de vista semántico, léxico o sintáctico. Hemos visto que, sea que asumamos la tesis de que los estados constituyen las piezas básicas, sea que concedamos la existencia de estados derivados a



partir de eventos, el concepto de estado delineado en el primer apartado de este capítulo permanece inalterado. Así, en cada nivel estructural podemos hablar de atribución de una propiedad a un individuo: un predicado incoativo como *enrojecer* denotará la adquisición de una propiedad por parte de una entidad (estado como pieza básica), mientras que una oración habitual como *Juan fuma* denotará la propiedad de ser alguien que fuma usualmente (estado como objeto complejo derivado de eventos). En esta sección estudiaremos la estatividad de acuerdo con otro eje de variación. De la caracterización clásica de la estatividad parece seguirse que la oposición entre estados y eventos dinámicos es absoluta, sin grados intermedios. O bien se adscribe un individuo a un conjunto, y tenemos un estado, o bien adscribimos un individuo a un conjunto en un tiempo y no en otro, y tenemos un evento dinámico. Sin embargo, esta distinción no es del todo clara, puesto que parecen existir predicados a medio camino entre la plena estatividad y la plena eventividad. Téngase en cuenta que los estados, a diferencia de los eventos, constituyen eventualidades que, en principio, no *suceden* ni *tienen lugar* ni *acontecen* espaciotemporalmente. La categoría intermedia que buscamos contaría, pues, como un tipo de entidad que, sin introducir una eventualidad dinámica (esto es, un cambio), sí puede identificarse como un objeto espaciotemporal.

La diferencia más conocida a este respecto es la que opone predicados de nivel de individuo (*individual level* o IL, por su sigla en inglés) y de nivel de estadio (*stage level* o SL), introducida por Carlson (1977). Según algunos autores, como Kratzer (1995), esta oposición corresponde a una oposición entre predicados eventivos (SL) y no eventivos (IL), mientras que, para otros, como Maienborn (2005) o Rothmayr (2009), ambas clases pertenecen a un mismo dominio de objetos abstractos denominados *estados kimianos*. No obstante, estos autores reconocen igualmente una categoría intermedia de estados más próximos a la eventividad: los *estados davidsonianos*, análogos a la categoría de *estados dinámicos* ya identificada por Bach (1986) o a la de *estados de intervalo* discutida por Dowty (1979).

Un tópico de interés vinculado a esta discusión es la posición que ocupan los predicados causativos estativos, caracterizados en un comienzo como estados SL por Pylkannen (2000) –análisis secundado por Fábregas y Marín (en prensa, a)– y como estados kimianos por Rothmayr (2009: 60) (sin especificación respecto de la distinción IL/SL). En este apartado introduciremos algunos problemas asociados con esta caracterización, que se discutirá de forma más amplia en los apartados respectivos (§4.1, §4.2), donde propondremos que un análisis más adecuado identifica los estados causativos como estados davidsonianos.

### 1.3.1. Estados IL y SL

La distinción entre predicados de nivel IL y SL, introducida por Carlson (1977), establece una diferencia entre los tipos de entidad sobre los que un predicado puede aplicarse. Los predicados IL toman como argumento un individuo, mientras que los predicados SL toman como argumento un estadio (*stage*), esto es, “a spatially and

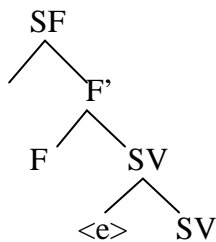
temporally bounded manifestation of something” (Carlson 1977: 115). Un estadio se vincula con un individuo mediante la función R, que es necesaria para representar semánticamente un predicado SL. Así, comparemos las siguientes oraciones (donde M equivale a *mamífero* y j a *Juan*) (Arche 2006: 6):

- (47) a. Juan es un mamífero     M(j)  
 b. Juan está en Madrid      $\exists y[R(y, j) \ \& \ \text{en}(\text{Madrid})(y)]$

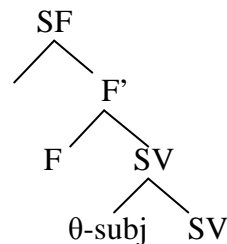
Como podemos ver en las estructura de (47), el predicado *mamífero* se aplica directamente sobre el individuo denotado por *Juan* (47a), mientras que la representación de *Juan está en Madrid* (47b) es algo más compleja. Aquí, establecemos que existe un estadio (y), tal que ese estadio cuenta como una realización (R) del individuo j (*Juan*), y predicamos de ese estadio que se encuentra en Madrid. Vale decir, no situamos directamente a Juan en Madrid, sino “a slice of him” (Arche 2006: 6).

En esta misma línea de análisis, Kratzer (1995a) propone que la diferencia entre predicados IL y SL puede formalizarse sintácticamente arguyendo que los del segundo tipo introducen un argumento eventivo, entendido, en lo fundamental, como un argumento espaciotemporal. Así, siguiendo la esquematización de este análisis propuesta por Arche (2006: 9), la diferencia entre predicados SL e IL puede formularse del modo siguiente:

- (48) a. Predicados SL



- b. Predicados IL



La ausencia del argumento eventivo en el caso de los predicados IL explica, para Kratzer (1995a), algunos contrastes sintácticos con los predicados SL:

- (49) a. Juan está feliz en su casa.  
 b. \*Juan es un mamífero en su casa.  
 c. Juan estará feliz la próxima semana.  
 d. \*Juan será un mamífero la próxima semana.

Según se observa, los predicados SL pueden recibir modificación tanto locativa (49a) como temporal (49c); en cambio, los predicados IL producen agramaticalidad en ambos contextos (49b-49d). Esto se explicaría, así, asumiendo que solo en el caso de los predicados SL contamos con un argumento espaciotemporal (*e* en la estructura de (48)). Así, los estados SL corresponderían, en el esquema de Krifka et al. (1995) introducido en el subapartado anterior, a predicados *episódicos*.

Otra evidencia en favor del análisis de Kratzer (1995a) es la posibilidad de efectuar cuantificación sobre la variable eventiva introducida por un predicado SL:

- (50) a. Cada vez que Juan está feliz, invita a las cañas.
- b. \*Cada vez que Juan es mamífero, tiene pelaje.

La cláusula introducida por *cada vez que*, análoga al inglés *when(ever)*, involucra un cuantificador que liga cualquier variable que se encuentre en su dominio. En el caso de (50a), donde tenemos un predicado SL, contamos con una variable eventiva, de modo que la oración resultante puede recibir una interpretación semántica. Sin embargo, en el caso de (50b), donde tenemos un predicado IL, el cuantificador no puede ligar nada, por lo que incurrimos en cuantificación vacua (Chomsky 1982) y el resultado es agramatical.<sup>29</sup>

No obstante, el análisis de Kratzer (1995a) es criticado por Arche (2006) (cf. igualmente Marín 2013), puesto que establece una correlación entre predicados IL y propiedades permanentes, de una parte, y predicados SL y propiedades transitorias, de otra. Esta correlación introduce serios problemas teóricos si, como asume Kratzer, la distinción IL/SL se codifica en la estructura argumental del predicado (48). Nótese, así, que podemos tener predicados aparentemente IL que pueden, no obstante, localizarse en el tiempo, como se observa en el siguiente ejemplo (Arche 2006: 10):

- (51) Juan era rubio cuando era pequeño.

De acuerdo con la restricción de propiedades espaciotemporales a los predicados SL, una secuencia como (51) debiese ser agramatical. Para afrontar los problemas que suscitan contraejemplos como el de (51), Kratzer (1995a) sostiene que el argumento eventivo puede integrarse en FL, alterando el carácter permanente de una propiedad IL. Para Arche (2006: 10), esta solución es insatisfactoria, puesto que la representación de la estructura argumental, al menos desde el marco en el que la hipótesis de Kratzer es formulada, no puede alterarse en un nivel ulterior de representación (Principio de Proyección). Tampoco ayudaría –continúa Arche– reformular el análisis en un marco minimista, donde, por la Condición de Inclusividad (Chomsky 1995), no está permitido añadir nuevos símbolos en el curso de la derivación sintáctica. De este modo, la introducción de un argumento eventivo adicional en el caso de los predicados SL sería un asunto de todo o nada, lo que tornaría conflictivo el carácter “maleable” que los predicados manifiestan respecto de su identificación como permanentes o transitorios.

El error radica, para Arche (2006), en equiparar, de una parte, la noción de predicado SL con la noción de propiedad transitoria y, de otra, la de predicado IL con la de propiedad permanente. Si bien esto responde, efectivamente, a una regularidad empírica, no constituye una asociación necesaria. La autora defiende que la oposición entre las cópulas *ser* y *estar* corresponde a la manifestación sintáctica de predicados IL

---

<sup>29</sup> Un predicado IL podría ser gramatical en este contexto si se aplica a un nombre indefinido, que introduce igualmente una variable, como se observa en *Cada vez que **un animal** es un mamífero, alimenta a sus crías* (Arche 2006: 9).

y SL, respectivamente. No obstante, la diferencia entre ambos se restringe, de acuerdo con la formulación original de Carlson (1977), al tipo de entidad que el predicado toma como argumento, con (relativa) independencia de que la propiedad asignada a dicha entidad tenga un carácter más o menos permanente. Así, tenemos ejemplos del español como los siguientes:

- (52) a. Juan fue feliz un instante.  
b. Juan fue concursante en la televisión por un día.  
c. Zapatero fue presidente de España algunos años.
- (53) a. Juan estuvo triste toda su vida.  
b. Argentina está en Sudamérica.  
c. Pedro estuvo casado hasta que murió.

En los ejemplos de (52), encontramos relaciones entre individuos y propiedades transitorias, mientras que las propiedades ejemplificadas en (53) aparecen como estables en el tiempo. Si seguimos la correlación que Arche (2006) establece entre las cópulas *ser* y *estar* y predicados IL/SL, las estructuras semánticas de (52) corresponderían a predicados que toman como argumento un individuo, aun cuando esta relación predicativa esté restringida en el tiempo; en cambio, las de (53) corresponderían a predicados que toman como argumentos estadios vinculados con Juan, Argentina o Pedro de acuerdo con la función R, aun cuando estas predicaciones permanezcan inalteradas en un intervalo amplio de tiempo.

### 1.3.2. Estados kimianos y davidsonianos: Maienborn (2005)

En la propuesta de Maienborn (2005), el análisis de los predicados IL y SL se distancia igualmente del propuesto por Kratzer (1995). Para esta autora, como veremos, ambos tipos de predicados corresponden a lo que ella denomina *estados kimianos*, caracterizados por la ausencia de un argumento eventivo, a diferencia de la categoría de los estados davidsonianos, que sí lo incluyen. Como la presentación de esta clasificación requiere la introducción de algunos conceptos nuevos, dedicaremos este subapartado entero a la propuesta de esta autora. El propósito fundamental del trabajo de Maienborn (2005) es limitar el alcance del análisis de predicados basado en el argumento eventivo o davidsoniano. Si se atribuye un argumento *e* a todos los predicados, el valor empírico que tiene dicha herramienta conceptual pierde parte de su validez y deja de ser, por lo tanto, plenamente útil (cf. Martin 2008). En particular, un análisis más detallado de los estados muestra que no es conveniente, al menos no en todos los casos, aplicar el mismo análisis desarrollado para los predicados eventivos. Estas consideraciones se sostienen, principalmente, en dos aspectos: uno es el de las peculiaridades semánticas que exhiben los estados frente al resto de los tipos de eventualidad y, segundo, las diferencias que pueden establecerse en el interior de la categoría de estado como tal.

La distinción entre estados davidsonianos y kimianos propuesta por Maienborn (2005) puede remitirse a la distinción entre estados dinámicos y estáticos de Bach

(1986). Sin embargo, mientras que para Bach (1986) el término eventualidad englobaba tanto eventos como estados, fuesen estos dinámicos o estáticos, su empleo en Maienborn (2003) se restringe para excluir los estados kimianos. Una eventualidad, según esta autora, corresponde a una entidad espacial y temporalmente definida, con participantes funcionalmente integrados. Sus propiedades ontológicas son, según propone esta autora, su perceptibilidad, el hecho de que puedan localizarse en el tiempo y en el espacio, y el que puedan variar en el modo en que se realizan. Como correlatos lingüísticos de estas propiedades, la autora menciona, respectivamente, el que los predicados que designan eventualidades puedan ser complementos de verbos de percepción (*Vi a Juan construir una casa*), la posibilidad de aceptar modificación adverbial de tiempo y de lugar (*Juan construyó la casa el año pasado en el pueblo*), así como su combinación con diversos adverbios de manera, instrumentales, comitativos, etc. (*Juan construyó la casa rápidamente con sus propias manos*).

En esta definición, pues, caben las realizaciones, los logros, las actividades y ciertos estados, aquellos que Bach denominaba dinámicos, tales como *sleep* ('dormir'), *stand* ('estar de pie') o *gleam* ('relucir', 'brillar'). Los estados davidsonianos se distinguirían semánticamente de los procesos o actividades en que solo los primeros exhibirían la propiedad del subintervalo, entendida según los postulados de Taylor (1977), es decir, como validez no solo en subintervalos extensos sino también en puntos de tiempo. Una diferencia lingüística, por otra parte, radicaría en que solo los predicados eventivos, incluidos los procesos o actividades, pueden ser recuperados anafóricamente en construcciones del tipo *This happened...* (*Eso sucedió...*) (Maienborn, 2005: (11a), (12c)):

- (54) a. Eva played the piano. This happened while...  
           'Eva tocaba el piano. Esto sucedía mientras...'  
       b. The shoes gleamed. \*This happened while...  
           'Los zapatos relucían. \*Esto sucedía mientras...'

De este modo, las eventualidades incluyen predicados de tipo estativo, que se distinguen de los eventos en que poseen la propiedad del subintervalo y en que no pueden ser recuperados anafóricamente por ciertos predicados.

No obstante, algunos estados caen fuera de la definición de eventualidad, puesto que no pueden entenderse como entidades espaciotemporalmente definidas. Siguiendo las propuestas de Kim (1976), la autora propone que ciertos estados no hacen más que ejemplificar en forma temporalmente situada una cierta propiedad,<sup>30</sup> que se asocia con

---

<sup>30</sup> Resulta de interés destacar que la propuesta original de Kim (1976) no fue formulada para representar predicados estativos, sino para efectuar una reducción ontológica de los eventos. Así, Kim entendía que un evento podía reducirse a un trío ordenado que incluía una entidad, una propiedad y un tiempo. Sin embargo, esta propuesta presenta ciertos problemas que pueden superarse mediante la introducción de un argumento eventivo, es decir, una entidad extra que cuente como "el evento" propiamente tal, y que sea independiente de la entidad que ejemplifica una cierta propiedad en un cierto tiempo. Así se discute en Zucchi (1993). De acuerdo con este autor, quien sigue a Lewis (1983), las nominalizaciones eventivas admiten contextos modales en los que pueden sustituirse las entidades involucradas, el tiempo y la propiedad que define el evento, sin que ello conduzca a incongruencia alguna. Por ejemplo, podemos decir *La invasión de la ciudad en abril pudo ser una matanza del país entero unos meses más tarde, de*

un portador (*holder*). Típicamente, las cópulas realizan este tipo de estados. El nombre que reciben estos predicados es, como adelantábamos, el de *estados kimianos* (*estados-K*), que se oponen, así, a los estados a los que cabe atribuir un argumento davidsoniano (*estados-D*).

Ontológicamente, los estados kimianos corresponden a objetos abstractos no accesibles a la percepción directa y no localizables en el espacio. Aunque no pueden percibirse, pueden, en cambio, captarse mediante operaciones cognitivas de alto nivel (principalmente, relacionarse mediante operaciones discursivas). Al igual que sucedía con las eventualidades davidsonianas, estas propiedades ontológicas se correlacionan con ciertos diagnósticos lingüísticos. Dado que no son perceptibles y no se localizan en el espacio, los predicados de estado kimiano no pueden servir de complemento de un verbo de percepción ni pueden admitir modificadores de lugar. La única modificación que admiten, en determinadas circunstancias, es la temporal. Finalmente, los estados kimianos se agrupan junto a los estados davidsonianos al no poder ser recuperados anafóricamente por un verbo como *suceder*. Tales propiedades gramaticales se aprecian en los siguientes ejemplos:

- (55) a. \*Vimos a Juan pesar 60 kilos.  
b. Vimos a Juan engordar.  
c. Vimos el sol brillar.
- (56) a. \*Pedro sabe inglés en la habitación.  
b. Pedro estudia inglés en la habitación.  
c. El sol brilla en el cielo.
- (57) a. Juan pesó 60 kilos todo el año.  
b. Juan engordó el año pasado.  
c. El sol brilló todo el año.
- (58) a. ??Juan pesaba 60 kilos. Eso sucedió...  
b. Juan engordó. Eso sucedió...  
c. ??El sol brillaba en el cielo. Eso sucedió...

En los ejemplos (a) de (55-58), observamos la conducta de un estado kimiano como *pesar* frente a los contextos señalados. Así, vemos que no podemos emplear *pesar* como complemento infinitivo de un verbo de percepción (55a), ni modificarlo espacialmente (56a), ni recuperarlo anafóricamente mediante un verbo como *suceder* (58a). Solo podemos, por lo tanto, situar la predicación en el tiempo (57a). En estos contextos puede apreciarse el contraste, de una parte, entre estados kimianos y eventos (ejemplos (b)), y, de otra, entre estados kimianos y estados davidsonianos (ejemplos (c)). Como

---

*no haber sido por la intervención diplomática del presidente*. En esta oración, cambiamos la entidad afectada (*la ciudad por el país entero*), el tiempo (*en abril por unos meses más tarde*) y la propiedad definidora del evento (*invasión por matanza*). Si la teoría de Kim fuese correcta, y los eventos pudiesen reducirse efectivamente al trío ordenado mencionado, entonces dicha oración debiese contar como un contrasentido. Sin embargo, la secuencia es perfectamente viable, lo cual indica que una entidad adicional (el “evento”) es identificado como permanente a través de estas variaciones. Maienborn toma, por lo tanto, el concepto de evento de Kim y lo restringe al dominio de ciertos predicados estativos, que efectivamente parecen carecer de esta variable adicional.

hemos mencionado, la recuperación anafórica es privativa de los eventos, por lo que este contexto discursivo permite agrupar bajo una misma clase a estados kimianos y davidsonianos (58).

Aunque Maienborn refuta la idea de que los estados kimianos introduzcan un argumento eventivo, no afirma que estos predicados carezcan, en general, de un argumento subyacente. No obstante, dicho argumento ( $z$ ) es de un carácter más abstracto u ontológicamente “más pobre”.<sup>31</sup> Esta caracterización se aplica a todas las cópulas y a los verbos estativos que puedan entenderse, a la luz de determinadas conductas lingüísticas, como la ejemplificación de una propiedad (*pesar, tener, saber*, etc.). Nótese que, en este punto, Maienborn se acerca al análisis emprendido por Parsons (1990), quien, como hemos mencionado en §2.3.2, introduce un argumento distinto para los predicados estativos ( $s$ ). La diferencia estribaría, pues, en que Maienborn intenta especificar las propiedades semánticas y ontológicas de ese argumento, propiedades con las cuales pueden correlacionarse luego las conductas gramaticales observadas.

¿Qué sucede, pues, con la distinción IL/SL? Si atribuimos a los predicados SL, como sugiere Kratzer (1995), un argumento eventivo, entonces debemos correlacionar los predicados SL con los estados davidsonianos, mientras que los predicados IL equivaldrían a los estados kimianos. De este modo, la distinción conceptual de Maienborn (2005) sería una reelaboración de la taxonomía ya introducida por Carlson (1977). No obstante, Maienborn propone que tanto los predicados SL como los IL deben clasificarse como estados kimianos. Recordemos que uno de los argumentos que otorgaba Kratzer (1995) para atribuir un argumento eventivo a los predicados SL era la aceptabilidad de modificadores de lugar. Según el análisis de Maienborn, esta aceptabilidad es privativa de las eventualidades, por lo que ejemplos como el de (59) suponen un problema (Maienborn 2005: 288, (15a)):

(59) Carol was in the car nervous.

No obstante, la autora argumenta que *in the car* no se dirige, en (59), a un argumento eventivo, sino que constituye un *modificador de marco* que engloba la proposición en su conjunto y restringe la aserción efectuada por el hablante. En términos semánticos, este modificador indica, por lo tanto, la circunstancia en la que es válida la predicación expresada en la oración, desempeñando una función análoga a la de un modificador temporal (cf. *Carol was nervous when she was in the car*). Esta es la única opción que tiene un estado kimiano de recibir modificación locativa, frente a los eventos, que admiten tanto locativos de marco como locativos dirigidos al argumento davidsoniano. Así, el SP *in the car* desempeñaría un papel semántica y estructuralmente distinto en una oración eventiva como *Carol got nervous in the car*, puesto que, en este caso,

<sup>31</sup> La representación semántica de un estado kimiano adoptaría, por lo tanto, las formas siguientes (Maienborn 2007: (12)-(13)):

- i. cópula (*sein, be, ser*, etc.):  $\lambda P\lambda x\lambda z [z \approx [P(x)]]$
- ii. verbo estativo *parecerse*:  $\lambda y\lambda x\lambda z [z \approx [\text{parecerse}(x, y)]]$

efectivamente podemos situar la eventualidad de ponerse nervioso.<sup>32</sup> Compárese, pues, la posibilidad de recibir simultáneamente modificadores locativos de marco y orientados al evento en el caso de eventualidades, con la agramaticalidad a que esto conduce en el caso de estados kimianos:

- (60) a. En España, Juan se ponía nervioso en el trabajo.  
b. ??En España, Juan estaba nervioso en el trabajo.

En el ejemplo de (60a), vemos que el predicado *ponerse nervioso* puede recibir un modificador locativo orientado al evento (*en el trabajo*), que nos indica dónde tiene lugar el cambio de estado. Asimismo, podemos añadir un modificador de marco a la oración, que restringe la validez de la aserción. De este modo, es solo respecto al período en que Juan habitó en España que es válido decir que Juan se ponía nervioso en el trabajo. En otros lugares, por ejemplo Italia, dicha aserción no tiene por qué seguir siendo válida. En contraste, (60b), tenemos un estado kimiano (*estar nervioso*). Dado que el SP *En España* se interpreta como modificador de marco, la inclusión de *en el trabajo* torna la oración inaceptable, toda vez que ya hemos empleado la única posición que los estados kimianos tienen disponible para este tipo de modificadores. Este segundo SP requeriría, para ser interpretado, un argumento eventivo, del que, si la hipótesis de Maienborn (2005) es correcta, los estados kimianos carecen.

Nótese, además, que hemos ejemplificado esta restricción mediante un predicado SL (*nervioso*), que, siguiendo la correlación de Arche (2006), debe ser introducido por la cópula *estar*. Por lo tanto, esta argumentación sirve a Maienborn (2005) para concluir que tanto los estados SL como los IL pertenecen a la clase de los estados kimianos, salvando el argumento que Kratzer (1995) había empleado para atribuir a los estados SL un argumento eventivo. En esta aproximación, la aceptabilidad de locativos en estados SL es un contraejemplo aparente, puesto que se trataría, en verdad, de locativos de marco. Esos modificadores pueden combinarse, de hecho, con *todo* tipo de predicado, incluyendo estados IL, como se aprecia en (61):

- (61) En la Casa del Libro, las novelas eróticas son una ganga.

Nuevamente, debemos interpretar el SP *En la Casa del Libro* como un marco que restringe la aserción efectuada en la oración. Así, la validez del predicado IL *ser una ganga* queda restringido a las circunstancias en que hablamos de la Casa del Libro, y no ha de ser válido en todo contexto (en cualquier librería).

Un resumen de estas categorías aspectuales de acuerdo con los contextos gramaticales empleados se encuentra en la tabla siguiente:

---

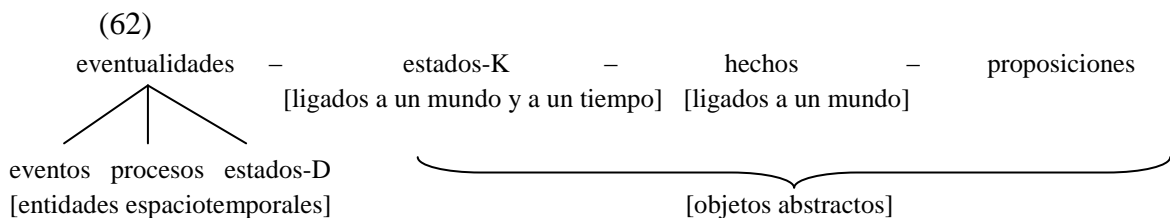
<sup>32</sup> Una presentación detallada de los tipos de modificadores locativos identificados por Maienborn (2001, 2005), junto a otros contextos gramaticales relevantes para la distinción entre estados kimianos, davidsonianos y eventos, se encuentra en el apartado §3.2. En este párrafo indicamos solo lo esencial para seguir la argumentación.



	Eventualidades		Estados kimianos	
	Eventos	Estados davidsonianos	Estados SL	Estados IL
Locativos orientados al evento	+	+	-	-
Locativos de marco	+	+	+	+
Modificación temporal	+	+	+	+
Complemento de verbos de percepción	+	+	-	-
Recuperación anafórica mediante <i>suceder</i>	+	-	-	-

Tabla 4. Tipos de situación según Maienborn (2005)

La distinción entre eventualidades (incluyendo estados davidsonianos) y estados kimianos (tanto de estadio como de individuo) descansa, en última instancia, sobre una cierta gradación ontológica que va desde lo más concreto a lo más abstracto. Adaptando una estructuración similar introducida por Asher (1993), Maienborn (2005: 30) representa del siguiente modo la posición de los estados kimianos en un dominio ontológico más general:



Para Asher (1993), los hechos (*facts*) y las proposiciones son “objetos abstractos” cuya existencia depende de las operaciones cognitivas que los requieren. Las eventualidades, en cambio, se conciben como objetos con una existencia espaciotemporal independiente. Maienborn sitúa los estados kimianos, en esta ontología, entre las eventualidades y los hechos. Aunque los estados se agrupan con los objetos abstractos, comparten con las eventualidades el que se encuentren ligados a un tiempo, aunque difieren de ellas en que solo estas últimas se vinculan, además, con un espacio. Los hechos, que se sitúan más próximos al extremo de la abstracción, se ligan a un mundo, es decir, se conceptualizan como realidades posibles en un mundo dado, pero no requieren ningún anclaje espacial o temporal. Nótese que, tal como hemos mencionado anteriormente, los estados-D (davidsonianos) se agrupan con las eventualidades, pues pueden localizarse espacialmente.

### 1.3.3. ¿Qué es, entonces, un estado SL?

En la propuesta de Maienborn (2005), los estados SL e IL conforman, de acuerdo con los contextos gramaticales propuestos, una misma clase, la de los estados kimianos. Sin embargo, la autora cuenta con la distinción, de forma tal que los estados kimianos se subdividen en SL e IL. Asimismo, los estados SL no constituyen una categoría intermedia entre la estatividad y la eventividad, puesto que esta categoría intermedia corresponde a un tercer tipo de estados, los estados davidsonianos (*dormir, brillar*).

Siguiendo, nuevamente, a Arche (2006), vemos que la distinción entre estados SL e IL tiene un reflejo sintáctico en la alternancia copulativa del español entre *ser* y *estar*, aunque esta correlación (contra Kratzer 1995) no puede ponerse en correspondencia con la distinción entre propiedades permanentes y transitorias, puesto que, de una parte, las construcciones con *ser* pueden denotar estados transitorios (*Juan fue feliz un instante*), y, de otra, las construcciones con *estar* pueden denotar estados de una extensión temporal amplia (*Juan estuvo contento toda su vida*).<sup>33</sup> Nos queda, pues, la distinción inicial entre tipos de entidades a las que se aplica un argumento: individuos en un caso, estadios en otro.

No obstante, desde el punto de vista de nuestra noción de estado, esta idea necesita alguna clarificación. Un estado, de acuerdo con nuestra definición, cuenta como la instanciación de una propiedad en una entidad, lo que, en términos formales, equivale a decir que adscribimos una entidad a un conjunto (el conjunto denotado por una cierta propiedad). En realidad, este conjunto integra todos los conjuntos con los que podemos poner en relación un índice (par ordenado de tiempo y mundo posible). Si la entidad en cuestión pertenece a uno de los conjuntos designados por alguno de estos índices, entonces el estado que realizaba esta adscripción es verdadero con relación a dicho índice. Por lo tanto, en el caso de predicados SL, una propiedad designa una función de índices a conjuntos de *estadios*, que es lo que, en estos términos, significaría “predicar P de un estadio s”. Dado que la función R liga tales estadios a un individuo en particular, la denotación de un predicado en un cierto índice corresponderá a un conjunto de estadios indizados con un individuo. Por ejemplo, la propiedad de (*estar*) *contento* podría representarse, para un modelo con dos mundos posibles y dos tiempos, del siguiente modo (s= estadio, j=Juan, p=Pedro, m=María, d=Diego):

$$\begin{aligned}
 (63) \quad & \langle m_1, t_1 \rangle \rightarrow \{s_j, s_p, s_m\} \\
 & \langle m_1, t_2 \rangle \rightarrow \{s_j, s_p\} \\
 & \langle m_2, t_1 \rangle \rightarrow \{s_j, s_p, s_d\} \\
 & \langle m_2, t_2 \rangle \rightarrow \{s_j, s_p, s_d\}
 \end{aligned}$$

<sup>33</sup> En última instancia, la alternancia copulativa se resuelve, para Maienborn, de acuerdo con factores pragmáticos. Para más detalles sobre esta posición, véase Maienborn (2002) y, para una revisión amplia de la alternancia copulativa en español, véase Brucart (2010). En adelante, adoptaremos la posición de que los estados SL son semánticamente (y no solo pragmáticamente) distintos de los estados IL, aunque la diferencia no radicará en la introducción de un argumento situacional o eventivo (cf. Krifka et al. 1995, Kratzer 1995, Chierchia 1995).

De este modo, (*estar*) *contento* es aquella función que para todo índice  $\langle m, t \rangle$  asigna un conjunto de estadios indizados según el individuo con el que la función *R* relaciona el estadio en cuestión. Así, en este modelo Juan está, necesariamente, siempre contento (para todo mundo posible y para todo tiempo hay un estadio tal que se relaciona con Juan); en cambio, es posible que María esté contenta alguna vez, puesto que hay al menos un mundo posible ( $m_1$ ) que contiene un estadio vinculado con María en un tiempo ( $t_1$ ), etc.

Desde cierto punto de vista, esta reformulación de la noción conjuntista de propiedad, adaptada para dar cabida a los estados SL, no parece distinguirse de la idea tradicional, en la que relacionamos índices con conjuntos de individuos. Si un estadio es una “tajada temporal” de un individuo, entonces decir que para el índice  $\langle m, t \rangle$  hay un estadio indizado con el individuo  $x$  que pertenece al conjunto *P* equivaldría a decir que el propio individuo  $x$  pertenece al conjunto *P* en  $\langle m, t \rangle$ . Sin embargo, si adoptamos realmente una diferencia ontológica entre individuos y estadios, como dos clases distintas de entidades, podemos asumir igualmente que existen conjuntos integrados bien por individuos, bien por estadios, por más que conceptualmente nos parezca una distinción difusa. En último término, la relevancia de esta distinción debe juzgarse por los contextos gramaticales que sean sensibles, eventualmente, a conjuntos de individuos y a conjuntos de estadios.

Hemos visto que, para Maienborn (2005), la aceptabilidad de modificadores locativos no establecía, realmente, una oposición entre estados SL e IL. Por otra parte, la posibilidad de cuantificar sobre estados SL, pero no sobre estados IL, incluida también por Kratzer (1995) para argumentar a favor de la existencia de un argumento eventivo en los predicados del primer tipo, no es refutada por Maienborn (2005). De este modo, contamos con una diferencia empírica, a pesar de que esta, si seguimos a Maienborn (2005), no pueda remitirse a la presencia o ausencia de un argumento eventivo. Los ejemplos relevantes se muestran a continuación:

- (64) a. Cada vez que Juan está {triste/contento/solo}, se pone a comer chocolate.  
 b. ??Cada vez que Juan es {alegre/inteligente/solidario}, se pone a comer chocolate.

En el caso de (64b), el intento de cuantificar temporalmente sobre un estado IL conduce a una marcada inaceptabilidad. Si este contraste no se debe a la ausencia de un argumento eventivo –puesto que tampoco se encontraría disponible en los predicados de (64a)– entonces podemos suponer que es el tipo de entidad sobre la que se ejerce la predicación la que permite el contraste. Así, el que introduzcamos un estadio en los predicados de (64a), frente a la introducción de un individuo en los de (64b), tornaría aceptable el contexto de cuantificación temporal.

La forma progresiva podría servir, igualmente, para argumentar que la gramática es sensible a la diferencia ontológica entre individuos y estadios. Nótese que, en español, donde la diferencia SL/IL se correlaciona con la alternancia copulativa, empleamos *estar* y no *ser* para expresar el aspecto progresivo. Asumiremos,

consiguientemente, que la forma progresiva conforma un estado SL.<sup>34</sup> De este modo, podemos entender la semántica de la forma progresiva como la adscripción de un estadio (y no de un individuo) a un cierto conjunto. ¿Qué conjunto puede ser este? La posibilidad más inmediata es suponer que el estadio indizado con el individuo referido por el sujeto pertenece al conjunto de estadios que conforman el desarrollo de un evento. Por lo tanto, una oración como la de (65a) tendría un valor semántico próximo a la representación lógica (preliminar) de (65b):

- (65) a. Juan está escribiendo un artículo.  
 b.  $\exists s[R(s, j) \ \& \ s \sqsubset EA:\{s \mid s \sqsubset I \ \& \ \text{hold}(\text{escribir un artículo}, I)\} \ \& \ \neg\text{límite}(s, I)]$

La fórmula de (65b) podría parafrasearse del modo siguiente: existe un estadio  $s$  tal que cuenta como una realización del individuo  $j$  (Juan) y  $s$  está incluido propiamente en el conjunto EA (“escribir un artículo”), formado por todos aquellos estadios que están propiamente incluidos en el intervalo  $I$ , siendo  $I$  un intervalo donde *escribir un artículo* es válido. Finalmente, especificamos que  $s$  no puede ser un límite para  $I$  (cf. Bennett y Partee 1978, ver *supra* §1.1.5), toda vez que la forma progresiva no puede denotar ni el inicio ni el final de un evento (en otras palabras, posee aspecto imperfectivo). Esta formulación sería compatible con las condiciones de verdad ya introducidas en Bennett y Partee (1978), Taylor (1977) y Dowty (1979), para quienes la validez de la forma progresiva dependía de que existiese un intervalo mayor en el que el predicado de base fuese válido (para Dowty (1979), en un mundo posible inercial). Una dificultad de este análisis consistiría en la equiparación, a efectos de la posibilidad de pertenecer a intervalos, de estadios con puntos de tiempo ( $t$ ), cuestión que no está exenta de problemas y sobre la que volveremos al analizar con más detalle la forma progresiva, en §3.3.5. Por ahora, baste con apuntar que, en el caso de la forma progresiva, la noción de adscripción de una entidad a un conjunto es, de hecho, conceptualmente más plausible si esa entidad es un estadio que si es un individuo.

En síntesis, vemos que, si bien existe una diferencia semántica entre estados SL e IL, ambos pueden ser englobados por nuestra definición básica de estatividad, como atribución de una propiedad a una entidad (o adscripción de una entidad a un conjunto). En el caso de los estados IL, dicha entidad corresponde a un individuo, mientras que, en el caso de los estados SL, a un estadio (una cierta manifestación espacio-temporal de un individuo). Aunque, en un principio, esta distinción parezca conceptualmente difícil de asimilar, existen correlatos gramaticales sensibles a la distinción: en especial, la posibilidad de cuantificación temporal en predicados SL, la especialización copulativa

<sup>34</sup> El propio Carlson (1977) asume esta caracterización, al representar *Dogs are running* mediante la siguiente fórmula (íbid.: 66):

i.  $\exists x[R(x, d) \ \& \ \text{run}'(x)]$

Vale decir, se predica de un estadio del tipo perro (“a temporally and spatially bounded appearance of a kind”) que corre.

de *estar* para estados SL y, como un subtipo especial de esta especialización, la forma progresiva, donde, según hemos planteado tentativamente, adscribimos un estadio al conjunto de estadios que conforman un intervalo en el que el predicado de base es válido. Dado que, siguiendo a Maienborn (2005), estas diferencias empíricas no pueden remitirse a la presencia de un argumento eventivo (cf. Kratzer 1995), la diferencia ontológica entre estadios e individuos puede servirles de correlato semántico.

No obstante, según la clasificación de Maienborn (2005), resta todavía una tercera categoría de estados, los estados davidsonianos, que sí se clasifican como eventualidades y que se posicionan, por lo tanto, más próximos a los eventos. En el próximo apartado discutiremos preliminarmente algunos casos que tendrán relevancia a lo largo de esta tesis, y para los que la distinción entre estados kimianos y davidsonianos es relevante.

#### 1.3.4. Estados causativos: ¿IL, SL o davidsonianos?

La noción conceptual de causalidad suele implicar la idea de sucesión de eventos. Así, si Juan rompe un jarrón, algo que Juan hace desencadena que, inmediatamente después, el jarrón se rompa. Sin embargo, esta no es una implicación necesaria y, de hecho, la gramática parece ser sensible a un concepto más amplio de causalidad que puede prescindir de la idea de sucesión. En particular, atenderemos a la definición *contrafactual* de causalidad que proporciona Lewis (1973), comentada en Dowty (1979: 105). De acuerdo con esta definición, dos proposiciones están en relación de dependencia causal si y solo si la negación de la primera de ellas implica la negación de la segunda. Esta idea se clarifica mediante el siguiente ejemplo:

- (66) a. Juan abrió la puerta.
- b. Si Juan no hubiese actuado de cierta manera y todo lo demás hubiese permanecido igual, entonces la puerta no se hubiese abierto.
- c.  $A \text{ causa } B = A \ \& \ B \ \& \ [\neg A \rightarrow \neg B]$

La relación causal expresada en la oración de (66a) puede parafrasearse, siguiendo el análisis contrafactual de Lewis (1973), mediante el enunciado de (66b). En la versión formal de (66c), se expresa la misma idea: dos proposiciones están causalmente vinculadas si ambas son ciertas y si la negación de la primera implica la negación de la segunda.

Dowty (1979: 103), quien extrae de esta definición las condiciones de verdad para un operador CAUSE del lenguaje natural, sostiene que la concepción contrafactual requiere ciertas puntualizaciones. En particular, tal como se formula en Lewis (1973), la relación causal es transitiva. Esto quiere decir que, si A está causalmente vinculado a B y B está causalmente vinculado a C, entonces A está, igualmente, causalmente vinculado a C. La propiedad de transitividad permite establecer cadenas causales, lo cual, en determinados ámbitos, puede contar como una ventaja, pero que en el dominio del lenguaje natural tiene una consecuencia indeseada. En particular, la causa de cierto

estado de cosas es, en el lenguaje natural, el evento más próximo y más relevante. Así, decimos *Bruto mató a César* y no, *El adelantamiento del parto de Bruto mató a César*, por más que exista una cadena causal que vincule con la muerte de César tanto la acción directa de Bruto como las condiciones de su nacimiento. Es por esto que los agentes cumplen prototípicamente, para Dowty (1979), el papel de causas, puesto que realizan acciones que, de no ser por su decisión consciente, no hubiesen tenido lugar, caso en el que, siguiendo el análisis contrafactual, tampoco hubiese tenido lugar un estado de cosas que concebimos como un efecto.

Un aspecto clave de esta noción de causa, destacado igualmente por Rothmayr (2009: 43), es que Lewis “does not assume a relation of temporal priority between cause and effect” (Dowty 1979: 109), lo cual permite formular relaciones causales donde causa y efecto se dan simultáneamente, que sería el caso de una relación causal estativa.<sup>35</sup> Esta es, sin embargo, una posibilidad teórica que Dowty no explora, y que recibirá un tratamiento más detallado en Pylkkänen (2000). La autora mencionada analiza las construcciones causativas de verbos de experimentante objeto en fines, y concluye que tales construcciones son estativas, aunque, según puntualiza, corresponden a estados SL. Revisemos brevemente los argumentos de Pylkkänen.

En finés, podemos crear verbos psicológicos causativos a partir de verbos psicológicos no causativos (de experimentante sujeto) mediante el sufijo causativo *-tta*, como se observa en los ejemplos siguientes:

- (67) a. Mikko inhoa-a hyttysi-ä  
Mikko.NOM encontrar.asqueroso-3SG mosquitos-PARTITIVO  
'A Mikko le desagradan los mosquitos'
- b. Hyttyset inho-**tta**-vat Mikko-a  
mosquitos.NOM desagradar-CAUS-3pl Mikko-PARTITIVO  
'Los mosquitos desagradan a Mikko'

Así, pasamos de un verbo psicológico de sujeto experimentante, en (67a), a un verbo causativo de objeto experimentante, en (67b). Existe una diferencia morfológica,

<sup>35</sup> Rothmayr (2009: 43) destaca, a este respecto, el siguiente ejemplo introducido por Fillmore, citado en Dowty (1979: 103), en el que se aprecia que la relación causal no está restringida a eventos, sino que puede darse igualmente entre estados:

- i. Mary's living nearby causes John to prefer this neighborhood.

Este tipo de ejemplos pueden, no obstante, conducir a cierta confusión, puesto que la relación causal entre estados no implica que el predicado en su conjunto deba ser, igualmente, estativo. En el ejemplo de (i) parecen darse ambas condiciones, pero que esto no es necesariamente el caso puede apreciarse en un ejemplo como el de (ii):

- ii. El gusto de María por el cine provocó el amor de Juan por ella.

Hay un sinnúmero de escenarios en que esta oración puede ser verdadera sin que los dos estados relacionados por *provocar* (*gusto* y *amor*) deban darse simultáneamente; de hecho, el aspecto externo perfectivo del verbo favorece, si es que no fuerza, una lectura secuencial y, por lo tanto, eventiva.

además, entre esta clase de predicados causativos y un predicado genuinamente eventivo, que requiere la adición del sufijo *-stu*, como se observa en (68):

- (68) Uutiset                      vih-**stu**-tti-vat                      Mikko-a  
 noticias.NOM enfadar-INCOATIVO-CAUS.PAS-3PL Mikko-PARTITIVO  
 ‘Las noticias enfadaron a Mikko’

Como se observa, en este caso el sufijo incoativo (*-stu*) coaparece con el sufijo causativo (*-tti*, variante alomórfica de *-tta*), mostrando la independencia gramatical de las nociones de causatividad y de eventividad. Esta diferencia morfológica, no obstante, tiene un reflejo efectivo en la caracterización aspectual de las oraciones. De este modo, los verbos causativos formados a partir de *-tta* (pero carentes de *stu*) se clasifican como estados de acuerdo con los contextos relevantes para el finés. Uno de ellos es la forma progresiva, que, según puntualiza Pylkkänen (2000: 422), es en esta lengua un contexto fidedigno para la discriminación entre estados y eventos. En este contexto, tanto la variante causativa (69a) como la no causativa (69b) dan un resultado agramatical:

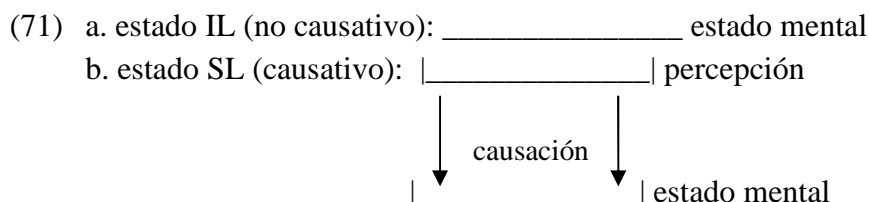
- (69) a. \*Kaisa                      on inho- tta- ma- ssa                      Matti-a.  
          Kaisa-NOM es desagradar-CAUS-INF-INESS Matti-PAR  
          ‘Kaisa está desagradando a Matti’  
       b. \*Kaisa                      on inhoa- ma- ssa                      Matti-a.  
          Kaisa-NOM es considerar.desagradable-INF-INESS Matti-PAR  
          ‘Kaisa está considerando a Matti desagradable’

Otro factor que diferencia ambas construcciones estativas es el caso del objeto. Como se observa, en ambas oraciones *Matti* lleva caso partitivo, que contrasta, según Pylkkänen (2000: 420), con la asignación de caso en contextos de eventividad, donde el objeto lleva acusativo.

Sin embargo, como mencionábamos, la hipótesis de Pylkkänen (2000) es que estas construcciones causativas se distinguen de las no causativas por ser estados SL. Uno de los contextos que la autora proporciona para establecer este contraste es el del modificador *aina* ‘siempre’, que contaría como un caso de cuantificación temporal. Según ya hemos comentado, esta cuantificación está restringida a estados SL, por lo que, siguiendo la propuesta de nuestra autora, solo los verbos psicológicos causativos aceptarán el modificador:

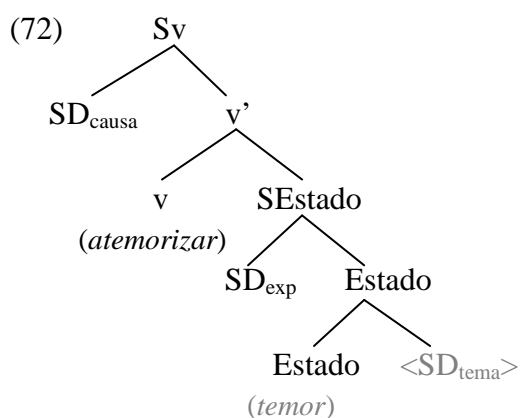
- (70) a. ??Kerttu aina              inhoa- a räntäsadett-a  
          Kerttu siempre considera.desagradable-3SG aguanieve-PAR  
          ‘Kerttu siempre considera el aguanieve desagradable’  
       b. Räntäsade              inho- tta- a              aina              Kerttu-a  
          aguanieve desagrada-CAUS-3SG siempre Kerttu-PAR  
          ‘El aguanieve siempre desagrada a Kerttu’

Este contexto, entre otros, sirve para demostrar que los estados causativos son, en finés, estados SL. Dicho patrón se explicaría por la semántica introducida por el morfema causativo: “the semantic import of the causative morpheme is to introduce a causing eventuality which gets interpreted as the perception of the Theme by the Experiencer” (Pylkkänen 2000: 431). La eventualidad de percepción mantendría vigente el estado mental sobre el que se elabora el estado causativo, de donde se obtendría el valor SL del predicado, según el siguiente esquema (Pylkkänen 2000: 432):



Un aspecto conflictivo de esta propuesta se relaciona con el llamado “linking problem”, es decir, con la asociación de papeles temáticos con posiciones sintácticas determinadas (Pylkkänen 2000: 433). Para la autora, la eventualidad causante consiste en la percepción del Tema por parte del Experimentante. Sin embargo, es difícil apreciar cómo, en la configuración sintáctica resultante, es el Tema y no el Experimentante el que se realiza como sujeto.

Una aproximación similar a los predicados psicológicos causativos es la que desarrollan, para el español, Fábregas y Marín (en prensa, a). Según estos autores, los verbos psicológicos de objeto experimentante serían estados causativos SL, y se derivarían a partir de verbos psicológicos de sujeto experimentante, que serían estados IL. La diferencia con el análisis de Pylkkänen (2000) radica en que la proyección que introduce el Causante no denota una eventualidad de percepción, por lo que la vinculación de la posición de sujeto con el Tema del predicado de base no resulta ya problemática. Simplemente, el SD en posición de complemento de un estado IL de base asciende a la posición de especificador de una proyección causativa, según la configuración de (72):



Así, en la propuesta de Fábregas y Marín, un verbo de sujeto experimentante como *temer* puede dar lugar a un verbo de objeto experimentante como *atemorizar*, mediante



la adición de una proyección funcional causativa (Sv). La estrategia más común implicaría copiar el SD en posición de complemento de SEstado e insertarlo en la posición de especificador de Sv, aunque, en algunos casos, el SD Causa puede insertarse directamente en el Sv, sin necesidad de que sea desplazado desde una posición interna.<sup>36</sup> Así, existen casos como el de *preocupar*, que pueden manifestar simultáneamente una Causa y un Tema:

(73) Juan<sub>causa</sub> preocupa a Pedro<sub>exp</sub> por la economía<sub>tema</sub>.

Esta clase de ejemplos, aunque, según los propios autores reconocen, no respondan a un patrón muy productivo en español, puede servirnos para distanciarnos de la propuesta de Pylkkänen (2000), según la cual la proyección causativa introduce una eventualidad de percepción. En (73), está claro que la relación de percepción (mental) relevante se da entre Pedro y la economía, no entre Pedro y Juan.

La caracterización aspectual de estas construcciones del español como estados SL descansa en contextos similares a los empleados por Pylkkänen (2000). Así, Fábregas y Marín (en prensa, a) observan igualmente que solo los estados causativos pueden entrar en contextos de cuantificación temporal:

- (74) a. Cada vez que Juan {preocupa/molesta/agobia} a Pedro, hay una pelea en casa.  
b. ??Cada vez que Juan {teme/quiere/odia} a Pedro, hay una pelea en casa.

Los autores argumentan que el carácter SL se obtiene mediante la inserción de la Causa, que puede entenderse semánticamente como un límite temporal.

En síntesis, vemos que, en las propuestas revisadas, los estados causativos se caracterizan como estados SL. Si seguimos a Maienborn (2005), concluiremos que esta clase de estados no se aleja de la estatividad kimiana, posición sostenida igualmente por Rothmayr (2009).

No obstante, si bien consideramos que la caracterización de los estados causativos como estados SL es empíricamente correcta, no establece un análisis suficiente. En esta tesis defenderemos que este tipo de predicados implica un alejamiento de la estatividad, de modo que conviene clasificarlos como estados davidsonianos. De acuerdo con los contextos que nos servirán de base empírica para nuestro análisis (según veremos con detalles en §3.2), existe una diferencia clara entre un estado SL tradicional (por ejemplo, una oración copulativa con *estar*) y un predicado causativo estativo. Un ejemplo de ello corresponde a las lecturas epistémicas que pueden obtenerse en español en ciertos contextos gramaticales, y que son privativas de los predicados estativos (kimianos):

---

<sup>36</sup> Este procedimiento sintáctico equivaldría al análisis propuesto por Arad (1998), para quien la Causa de un verbo psicológico de experimentante objeto se obtendría por inserción de un SD directamente en Sv, nunca por movimiento. Sin embargo, esta autora no discute el problema de la caracterización aspectual de los estados causativos, por lo que no comentaremos mayormente su propuesta en este apartado.

- (75) a. Juan estará enfermo. (estado SL)
- b. Juan preocupará a Pedro. (estado causativo)

El ejemplo de (75a), donde tenemos un predicado SL, puede leerse de acuerdo con una lectura modal epistémica ('es probable que Juan esté enfermo ahora'); sin embargo, dicha lectura no se encuentra disponible en el ejemplo de (75b), donde encontramos un estado causativo. Así, (75b) solo puede interpretarse de acuerdo con un uso temporal de la flexión de futuro ('será el caso en un momento posterior al presente de habla que Juan preocupe a Pedro'). Profundizaremos en estas diferencias en los apartados §3.2.3 y §4.2.4. Por ahora, apuntaremos solo que la causatividad debe contar como un ejemplo de un tipo intermedio de estatividad, más próximo a la eventividad (estados davidsonianos), categoría a la que, de acuerdo con nuestras herramientas analíticas, no pertenecen los estados SL. Nótese, además, que las propiedades gramaticales de los "estados" SL son en verdad compartidas por todo predicado que no sea un estado kimiano IL (un predicado eventivo como *engordar* también puede, por ejemplo, cuantificarse temporalmente: *Cada vez que Juan engorda, vuelve a hacer dieta*). Es por esto que decimos que la caracterización de los estados causativos como predicados SL es empíricamente correcta, pero insuficiente, puesto que todavía tenemos un amplio abanico aspectual en el que situar esta clase de predicados. Una vez que introducimos pruebas gramaticales adicionales, vemos que la categoría de estado SL es inadecuada.

### 1.3.5. Otros casos relevantes en la identificación de un grado intermedio de estatividad

En el ámbito hispánico, encontramos aproximaciones adicionales en la indagación de una subclase de estados que se encuentre a medio camino entre la eventividad plena y la estatividad. Un ejemplo de ello es el trabajo de Morimoto (2008, 2011), quien estudia ciertas construcciones con *estar* que manifiestan propiedades gramaticales difícilmente encuadrables en la caracterización tradicional de los estados, llamados, por ello, *estados de control* o *estados controlados* (cf. Gómez Vázquez y García Fernández 2013). Consideremos los ejemplos siguientes:

- (76) a. Juan se estuvo quieto.
- b. Juan se estuvo callado.
- c. Juan estuvo callado.

En las secuencias donde *estar* toma el clítico *se* (76a-b), el predicado parece adquirir un valor más dinámico que cuando se emplea en su forma simple (76c). Así, interpretamos que Juan, en (76b), mantiene voluntariamente su silencio, mientras que, en (76c), simplemente se da el caso de que no habla.

Esta diferencia semántica tiene, según muestra Morimoto (2008), claros correlatos gramaticales. Por ejemplo, solo la forma pronominal de *estar* puede aparecer en imperativo (77) y recibir modificación adverbial de intención (78):

- (77) a. ¡Estate quieto!  
       b. \*¡Está quieto!
- (78) a. Juan se estuvo quieto deliberadamente.  
       b. ??Juan estuvo quieto deliberadamente.

Además, existen ciertas restricciones sobre el tipo de predicados que pueden aparecer en esta construcción. Así, si el predicado indica un estado que difícilmente sea controlable por el sujeto, el resultado es, igualmente, inaceptable (Morimoto 2008: 596, (15b)):

- (79) \*El niño se estuvo {perdido/atónito/enfermo}.

Otra característica semántica interesante de esta construcción es que indica un valor de “permanencia” (Morimoto 2008: 594). Así, es frecuente encontrar la variante pronominal de *estar* acompañada de modificadores temporales (v.g. *Me estuve callado durante horas*). Ciertamente, esta no es una propiedad privativa de la construcción, ya que puede encontrarse, así mismo, en la variante simple de *estar* (v.g. *Estuve callado por horas*). No obstante, la noción de permanencia se manifiesta de modo más claro en contrastes como el siguiente (Morimoto 2008: 595, (10)):

- (80) a. No voy a estarme en la tienda hasta mañana.  
       b. No voy a estar en la tienda hasta mañana.

Según la autora, en el ejemplo (80a) se niega la permanencia de un individuo en determinada localización (‘no voy a permanecer en la tienda hasta mañana’), mientras que, en (80b), se niega simplemente que un individuo ocupe cierto lugar (‘estaré ausente hasta mañana’). Nótese que, en términos informativos, emplearíamos estas oraciones en contextos diferentes. (80b) podría ser una respuesta a la pregunta *¿Cuándo vuelves?*, mientras que (80a) podría responder a una pregunta sobre quién se quedará cuidando la tienda en el intervalo que va del presente hasta mañana. Por otra parte, los valores de verdad de estas secuencias también difieren. Así, (80a) puede ser verdadera incluso si el sujeto ocupa la tienda en determinados momentos del intervalo que va de hoy a mañana, siempre y cuando dichos momentos no cubran el intervalo en su totalidad; en tal contexto, (80b) es, no obstante, falsa.

Basándose en la taxonomía aspectual de De Miguel y Fernández Lagunilla (2000), Morimoto (2008, 2011) sostiene que, en estos casos, podemos entender el *se* como un operador aspectual que marca, ya que no una transición, sí la presuposición de un logro previo. De este modo, el *se* de *estarse quieto* pertenecería a la clase del llamado “*se* aspectual” (cf. Sánchez López 2002), aunque en este caso el predicado “siga refiriéndose a la permanencia de un estado y no al momento de cambio”. Por lo tanto, en un contexto en que focalicemos la transición de un estado a otro, no podremos usar la forma pronominal de *estar* (Morimoto 2008: 593, (6)):

- (81) El niño no dejaba de gritar y de corretear; pero en el momento en que pusimos su película favorita {se quedó/??se estuvo} callado.

De este modo, nos encontramos frente a un empleo de *estar* que, aunque manifiesta características próximas a la dinamicidad, denota, en último término, un estado.

Hemos visto, pues, que los rasgos relevantes de *estarse* integran dos ingredientes clave: el *control* por parte del sujeto y la *permanencia* de cierto estado. Empleando las formalizaciones del modelo semántico de Jackendoff (1991), Morimoto (2008: 598) propone un operador, denominado CONTROL, que toma como argumentos un individuo y un estado, según se observa en la representación siguiente:

$$(82) \left[ \begin{array}{c} \text{[ESTAR ([JUAN], [QUIETO])}]_i \\ \text{CONTROL ([JUAN], [ESTADO ]}_i) \\ \text{ESTADO} \end{array} \right]$$

En la estructura de (82), se formaliza una relación estativa ente el individuo Juan y la propiedad de (estar) quieto. Por otra parte, el operador CONTROL toma como primer argumento al mismo individuo (Juan, o un símbolo coindizado con el primer argumento de la primera estructura) y, como segundo argumento, el estado ya descrito (razón por la cual ambos llevan el índice *i*). Así, obtenemos la semántica de que un individuo controla la vigencia de un estado.

Respecto del rasgo de “permanencia”, conviene notar que Dowty (1979: 179), según hemos comentado al finalizar §1.1.7, había propuesto la existencia de estados “de intervalo”, por oposición a los estados tradicionales, que serían válidos en momentos de tiempo. Estos estados se caracterizaban por su aceptación de la forma progresiva, como se ve en los ejemplos allí citados, que repetimos a continuación:

- (83) a. The socks are lying under the bed.  
b. Your glass is sitting near the edge of the table

Los ejemplos de (83) constituían un contraejemplo al análisis de Taylor (1977), revisado en §1.1.6, quien argumentaba que la validez de los estados en momentos de tiempo hacía innecesaria la aplicación de la forma progresiva para obtener su validez respecto del presente de habla. La propuesta de Dowty (1979) consiste en mantener el postulado de validez en momentos de Taylor, pero restringiendo su aplicación a una subclase de estados. De este modo, al menos algunos estados necesitarían más de un momento de tiempo para ser verdaderos o falsos y, por lo tanto, su aparición en la forma progresiva se volvería explicable. Si el rasgo de permanencia atendido por Morimoto es correcto, la construcción *estarse* ejemplificaría una clase de estados de intervalo a la que se añade un rasgo de control.

En español, la aceptación de la forma progresiva no es, por motivos sintácticos, un contexto fiable para estudiar el carácter (más) dinámico de la construcción *estarse*. La forma progresiva, introducida por *estar*, rechaza siempre un predicado de base introducido por *estar* (\**Se está estando quieto*). Sin embargo, el contexto de la modalidad epistémica del futuro sintético, mencionado en el apartado anterior a propósito de los estados causativos, vuelve a darnos una clave. Como se observa en

(84), la construcción *estarse* se resiste a permitir una lectura epistémica en el contexto del futuro sintético en *-ré*

(84) Juan se estará {quieto/callado}.

Así, (84) no puede tener una lectura en la que es probable que, ahora, Juan se esté callado, sino solo una donde se estará callado en el futuro (para una observación similar, véase Gómez Vázquez y García Fernández 2013: 341).

¿Hay algo común a los distintos predicados “estativos” que rechazan las lecturas modales epistémicas y que manifiestan, por lo tanto, un grado mayor de dinamicidad? En esta tesis retomaremos la sugerencia de Dowty (1979) sobre la diferencia entre estados de intervalo y estados válidos en momentos, argumentando que aquellos casos donde las lecturas modales fallan corresponden a predicados que no pueden ser evaluados en puntos de tiempo. Como mostraremos en §3.2.3, los contextos que indican modalidad epistémica están estrechamente vinculados con la validez del predicado en puntos de tiempo, de forma tal que, si un predicado demanda un intervalo para ser verdadero o falso, la forma gramatical en cuestión bloqueará su lectura modal y dejará disponible una segunda lectura de tipo prospectivo (en el caso del morfema *-ré*, la lectura temporal de futuro). La diferencia entre los predicados *dinámicos* de intervalo y los predicados *estativos* de intervalo radicará en que, en el caso de los primeros, no existe una misma propiedad que sea válida para todos los puntos de tiempo que integran el intervalo (hay cambio), mientras que, en el caso de los segundos, cada punto de tiempo del intervalo exhibe la misma propiedad (que, por lo tanto, *se mantiene* en ese intervalo). Por último, en el caso de un estado kimiano, es el propio estado el que tiene validez en cada punto de tiempo. Esta distinción puede esquematizarse en las siguientes figuras:

(85) a. <b>eventos:</b>	$Q(x)$ [ $\neg P(x) \dots P(x)$ ]	<i>correr, escribir un libro, etc.</i>
b. <b>estados de intervalo:</b>	$Q(x)$ [ $P(x) \dots P(x)$ ]	<i>estarse quieto, preocupar, dormir</i>
c. <b>estados kimianos:</b>	$P(x)$ [ $P(x) \dots P(x)$ ]	<i>estar quieto, gustar, saber, etc.</i>

En el esquema de (85a), vemos que la validez del predicado en un intervalo se sigue de un cambio interno en relación con una propiedad (P). En esta categoría entran las actividades, las realizaciones y los logros. En el esquema de (85b), encontramos los estados que se acercan a la categoría de los eventos, aunque se mantienen en el dominio de la estatividad, puesto que denotan situaciones homogéneas en la que no hay cambio. Así, se trata de verbos que indican que una cierta propiedad se mantiene en el tiempo. Nótese que el predicado válido en el intervalo *no* coincide con el predicado válido en puntos de ese intervalo. Así, el estado de tener los ojos cerrados puede formar parte del estado de intervalo *dormir*, que equivaldría a ‘mantener los ojos cerrados y la

conciencia suspendida durante un intervalo de tiempo'. *Tener los ojos cerrados*, por otra parte, sí puede ser evaluado en puntos de tiempo, aunque un momento cualquiera no vuelve verdadero el predicado *dormir* que sobre él se elabora, toda vez que este exige que dicha situación se mantenga en el tiempo. Esta categoría intermedia integraría los estados que Maienborn (2005) denomina davidsonianos, los que Dowty llama de intervalo, o que Bach (1986) llama dinámicos, además de los estados de control descritos por Morimoto (2008, 2011).

Finalmente, en el esquema de (85c) observamos un predicado cuya validez en un intervalo coincide con su validez en puntos de tiempo (se trata, por lo tanto, de un predicado genuinamente homogéneo). Esta categoría integra los estados propiamente dichos (o, en la terminología de Maienborn (2005), los estados kimianos). Estos estados, si no constituyen la predicación principal de una oración, pueden aparecer como complemento de otro tipo de estructuras aspectuales. Así, vemos que *estar quieto* es un estado kimiano, pero si su validez depende de que la propiedad expresada en el predicado se *mantenga*, entonces derivamos un estado de intervalo y nos acercamos al dominio de la dinamicidad.

#### 1.4. Conclusiones del capítulo

A lo largo de este capítulo hemos establecido ciertas condiciones semánticas para la definición de un estado y hemos discutido algunos aspectos relativos a la representación lingüística de esta noción, así como a los distintos grados en que el concepto de estatividad puede manifestarse. Las principales conclusiones son las siguientes:

- La estatividad constituye la instanciación de una propiedad en una entidad. En términos formales, dicha semántica puede entenderse como la adscripción de una entidad en el conjunto denotado por una propiedad respecto de cierto índice.
- Por oposición al resto de las clases aspectuales, los estados son válidos en todos los instantes de tiempo pertenecientes a un intervalo en el que ese estado es verdadero. Los predicados que satisfagan esta condición de modo estricto serán llamados *estados puros*.
- Aunque normalmente un estado conforma la base sobre la que se estructuran las distintas clases aspectuales, esta no es una condición necesaria de la estatividad, puesto que podemos encontrar “estados derivados” a partir de eventos (v.g. forma progresiva, perfecto, habituales). Existe, por lo tanto, un eje de variación atendiendo al *nivel* en el que la estatividad puede codificarse. En otras palabras, podemos obtener una propiedad no solo con relación a los objetos del mundo exterior, sino con relación a los objetos semánticos elaborados por las configuraciones sintácticas que un estado puede dominar. Esta dimensión de la estatividad será estudiada con detalles en el capítulo 3, en especial en el apartado §3.3.

- Existe un segundo eje de variación, que atiende al *grado* de estatividad. Además de la manifestación “pura” (kimiana) de la estatividad, podemos encontrar predicados que, aun no denotando cambio, se aproximan al dominio de la dinamicidad. Hay, por consiguiente, una categoría intermedia entre la estatividad y la eventividad, tal como reconocía Dowty (1979) con la etiqueta de *estados de intervalo*, Bach (1986) con la de *estados dinámicos*, Maienborn (2005) con la de *estados davidsonianos* o, finalmente, Morimoto (2008, 2011) con la de *estados de control*. Independientemente de otros aspectos que esta clase de estados pueda manifestar, estimamos que la condición suficiente que satisfacen es la de ser válidos a partir de un intervalo, en el que expresan que la instanciación de una cierta propiedad se mantiene. Profundizaremos en estos aspectos en el apartado §2.7.2, donde estableceremos una conexión entre la validez en intervalos y la presencia de una variable eventiva. Luego, aplicaremos esta propuesta en el estudio de los estados causativos, en el capítulo 4.
- Conviene destacar, igualmente, que la oposición entre estados de nivel SL y de estados de nivel IL no constituye, desde la perspectiva aquí adoptada, una oposición fuerte entre grados de estatividad. Siguiendo a Maienborn (2005), tanto los estados IL como los SL forman parte de la categoría de los estados kimianos, y se distinguen por el tipo de entidad al que se aplica la propiedad (individuos en un caso, estadios en otro). De acuerdo con ciertos criterios gramaticales, un estado davidsoniano comparte algunas propiedades con un estado SL, aunque, como hemos visto en §1.3.4, contamos con herramientas gramaticales para distinguir ambas clases.





## Capítulo 2

### La estructura funcional de la frase verbal y su expresión léxica

El presente capítulo tiene por objetivo ofrecer un modelo de representación sintáctica que sirva de base al análisis que encontraremos en los capítulos siguientes. Dicha propuesta descansa sobre una revisión de los principales modelos actuales sobre la relación entre el léxico y la sintaxis, con especial cuidado en los mecanismos de inserción léxica que estos modelos proponen. En particular, presentaremos algunas ideas desarrolladas por la Morfología Distribuida (MD), así como por otros modelos (neo)construccionistas, como el defendido por Borer (2005). Luego, discutiremos algunas de las características centrales de la Nanosintaxis, de la que tomaremos, tras una discusión de otras alternativas, la variante desarrollada por Ramchand (2008). Concluiremos adoptando una versión revisada de este último modelo, añadiendo importantes cambios en la secuencia de proyecciones funcionales adoptada por la autora, así como en los principios que guían la lexicalización de la estructura funcional, en lo que nos aproximaremos más a la versión de Caha (2009), Starke (2010) y Pantcheva (2011).

Así, en este capítulo se discutirán, principalmente, las cuestiones siguientes:

- ¿Qué proyecciones funcionales permiten dar cuenta de las propiedades semánticas (aspectuales y argumentales) y sintácticas de la frase verbal?
- ¿Qué restricciones estructurales siguen estas proyecciones, en lo que respecta a su categoría gramatical, su orden jerárquico y las reglas de interpretación que las rigen?
- ¿Cuál es la relación entre las entradas léxicas y esta estructura? En particular, ¿qué principios siguen la lexicalización de estructura funcional y cuánta información cabe atribuir a las entradas léxicas al entrar en la derivación sintáctica?

El modelo que defenderemos aquí, inspirado en Ramchand (2008), descompone la frase verbal en tres piezas funcionales: *SInicio*, *SProceso* y *SR*. Tanto *SInicio* como *SProceso* poseen categoría gramatical verbal, mientras que *SR* corresponde a una frase relacional no marcada en términos categoriales.<sup>37</sup> Dicha secuencia funcional se lexicaliza mediante piezas de vocabulario que llevan rasgos sintácticos de inserción. Así, aunque el significado estructural de los predicados se compute en la sintaxis, las entradas léxicas contienen información sobre las estructuras en las que deben insertarse, lo cual ofrece como resultado un modelo en el que las alternancias léxicas, si bien se encuentran previstas, se ven estructuralmente restringidas.

---

<sup>37</sup> Téngase en cuenta que, cuando escribimos *SR*, nos referimos a un sintagma relacional, que puede tomar un valor de coincidencia central (*SRcc*) o terminal (*SRct*). En cambio, *SRes* se refiere a la proyección subverbal de Ramchand (2008), que no atiende la oposición entre estos dos valores.

El capítulo se estructura del modo siguiente. En §2.1 discutiremos las principales asunciones que sobre el léxico realiza la MD. En §2.2, profundizaremos en la estructura funcional que, en este marco teórico, Harley (2009) atribuye a la frase verbal. Luego, en §2.3 expondremos las bases de la teoría neo-construccionista de Borer (2005), que constituye una continuación de muchos de los postulados de la MD. Finalmente, a partir de §2.4, nos centraremos en los modelos que pueden agruparse en torno de la Nanosintaxis, partiendo desde sus raíces en el trabajo de McCawley (1968) hasta sus versiones más modernas, que pueden encontrarse en Ramchand (2008) o Pantcheva (2011). Una vez que hayamos discutido los principales problemas que pueden encontrarse en estas propuestas teóricas, presentaremos, en §2.7, las asunciones teóricas en que se basan los análisis presentados en esta tesis. Este apartado, así, tendrá especial relevancia no solo en el presente capítulo, sino en los análisis adoptados en los capítulos siguientes. El modelo recoge, en lo esencial, las propuestas de Ramchand (2008), aunque presenta algunas novedades respecto del contenido de las proyecciones funcionales, así como de la inserción léxica. En particular, buscaremos ofrecer un modo explícito y simple de formular los dos ejes de variación desde los cuales puede abordarse el problema de la estatividad: como cuestión de nivel de representación y como nivel de grado (cf. §1).

En la discusión siguiente, no atenderemos a los modelos lexicalistas, es decir, aquellos donde las entradas léxicas contienen toda la información relevante para su interpretación sintáctica y semántica, estructurada en un módulo independiente de la gramática (el Lexicón). Sobre la información aspectual en estos modelos, hemos revisado algunos elementos en el apartado §1.2.1. Para más discusión, puede consultarse Aronoff (1976), Scalise (1984), Di Sciullo y Williams (1987), Varela (1990) y Williams (2007).

## 2.1. Raíces: semántica y sintaxis

En el marco de la Morfología Distribuida (Halle y Marantz 1993, Marantz 1997, Alexiadou 2001, Embick y Noyer 2007, entre otros), la estructura de una palabra no pertenece, en rigor, a ningún componente de la gramática, sino que se encuentra *distribuida* en distintos niveles de representación. Esto determina que existan distintas “listas” de elementos cuyo ensamblaje da lugar a la computación gramatical. Según Marantz (1997), pueden identificarse tres de estas listas:

- **Nodos terminales (lista 1):** están integrados por los *morfemas abstractos* (rasgos gramaticales como [+plural], [+pasado], etc., tomados de un repertorio universal) y las *raíces*, clase abierta de elementos particulares de cada lengua dotados de información fonológica pero carentes de información semántico-sintáctica. Entre los elementos de esta última clase se encuentran √GAT, √DESTRU, √SOL.
- **Piezas de vocabulario (lista 2):** corresponden a elementos insertados en la Forma Fonológica, una vez que las operaciones sintácticas han tenido lugar. Son

elementos idiosincrásicos de cada lengua que sirven de materialización para los morfemas abstractos. Se especifican como un conjunto de rasgos fonológicos, rasgos sintácticos y un contexto de inserción:

- i. /-s/ → [+plural]
- ii. /-ba/ → [+pasado] /V<sub>1er grupo</sub> \_\_\_\_

- **Enciclopedia (lista 3):** Reúne el conjunto de idiosincrasias conceptuales asociadas a cada estructura. Es importante destacar que los límites estructurales para la asignación de un valor enciclopédico no coinciden con los de la palabra. De este modo, podemos asociar contenidos no composicionales más allá del dominio de la “palabra” (v.g. *tomar el pelo* ‘burlarse’, *estirar la pata* ‘morir’).

En este modelo, la Morfología no es un componente independiente de la gramática encargado de construir “palabras”, sino un conjunto de operaciones postsintácticas que permiten acomodar las estructuras generadas por la sintaxis (ensambles de raíces más morfemas abstractos) a las piezas de vocabulario disponibles en cada lengua. Así, una configuración como *cant*-[+pasado]-[+perfectivo]-[+1sg] puede realizarse como *canté*, una vez que la operación de Fusión unifique los morfemas abstractos de tiempo, aspecto y persona/número en un mismo nodo, donde la pieza de vocabulario –é puede insertarse. Así, la palabra *canté* aparece “distribuida” entre raíces, morfemas abstractos y elementos postsintácticos. En palabras de Embick y Noyer (2007: 302), “there is no definable domain –e.g. the ‘word’– that can be singled out as the subject matter for morphology on any principled basis”.

En el marco de la MD, una discusión importante radica en qué información y qué propiedades cabe atribuir a las raíces, es decir, a los elementos listados que, en principio, no expresan rasgos sintácticos. Marantz (1997), al igual que Alexiadou (2001), concibe las raíces como piezas sin propiedades gramaticales, aunque capaces de introducir un argumento interno y poseedoras de cierto contenido conceptual. Esta propuesta surge, en parte, de la lectura sintactista de Chomsky (1970). De acuerdo con Chomsky, existe una diferencia en la derivación de las nominalizaciones de gerundio (como *growing* o *being eager to*) y los nombres derivados como *refusal*, *eagerness* o *growth*. Solo para los primeros puede sostenerse la llamada “Hipótesis Transformacional” (HT), según la cual las nominalizaciones se derivan mediante transformaciones sintácticas. En cambio, los nombres derivados se ciñen a la “Hipótesis Lexicalista” (HL), que sostiene que las nominalizaciones se insertan en la base. Esta distinción puede apreciarse mediante los siguientes grupos de ejemplos:

- (1) a. John is eager to please.  
b. John’s being eager to please.  
c. John’s eagerness to please.
- (2) a. John is easy to please.  
b. John’s being easy to please  
c. \*John’s easiness to please
- (3) a. John grows tomatoes / Tomatoes grow.  
b. John’s growing tomatoes / Tomatoes’ growing

c. The growth of tomatoes / \*John's growth of tomatoes

El predicado *eager to please* puede nominalizarse tanto mediante una nominalización de gerundio (1b) como mediante un nombre derivado (1c). Sin embargo, en el caso de *easy to please*, solo la primera opción es correcta (2b). Si la HT diera cuenta de la formación de los nombres derivados, entonces no esperaríamos este contraste, ya que asumimos que las transformaciones sintácticas se aplican de modo uniforme. Sin embargo, la HL sí predice este contraste. Si asumimos que en la base se generan estructuras del tipo [John [eager to please]], pero no [John [easy to please]], entonces es esperable que la inserción de nombres derivados no pueda aplicarse en el segundo caso. La estructura [John [easy to please]] se obtendría, mediante una transformación, a partir de [easy [to please John]] y es accesible, por tanto, solo a operaciones cuyo aducto sea sintáctico (es decir, nombres de gerundio y no nombres derivados).

Un patrón similar se obtiene en los ejemplos de (3). Vemos que el verbo *grow* admite tanto una lectura causativa como una intransitiva (3a). Ambas lecturas son posibles si derivamos una nominalización de gerundio (3b). Sin embargo, si empleamos un nombre derivado (3c), perdemos la lectura causativa. Esta falta de paralelismo entre ambas formaciones nominales se explica si asumimos que la variante causativa (como la estructura [John [easy to please]]) se obtiene transformacionalmente y no es directamente generada en la base. De este modo, si la HL es correcta en el caso de los nombres derivados, y la representación [CAUSE [grow tomatoes]] no se encuentra accesible en la base, *growth* no puede captar este significado y expresará solo un valor intransitivo. Por otra parte, si la HT es correcta en el caso de las nominalizaciones de gerundio, la estructura causativa puede nominalizarse al emplear la forma *growing*, que puede captar configuraciones obtenidas en distintos niveles sintácticos. Por consiguiente, la vía incorrecta de análisis no consiste ni en la HT ni en la HL en cuanto tales, sino en seleccionar cualquiera de ellas como análisis suficiente y exhaustivo del fenómeno de las nominalizaciones.

A partir del análisis de Chomsky (1970), la conclusión teórica que predominó durante las décadas siguientes, y en especial a partir del trabajo de Halle (1973), fue la de que la HL autorizaba la formulación de un componente independiente de la gramática, el Lexicón, donde se generaban, entre otros objetos, los nombres derivados. Este componente emplearía las llamadas Reglas de Formación de Palabras (RFP), que tendrían una naturaleza distinta de las reglas sintácticas (cf. Halle 1973, Aronoff 1976, Scalise 1984). Sin embargo, Chomsky (1970) afirmaba que la HL suponía únicamente que los nombres derivados se insertaban en la *base*, no que derivasen de una representación verbal mediante un conjunto de reglas específicas. Su interpretación de qué debemos entender, sin embargo, por base es imprecisa, toda vez que, para el modelo en el que el trabajo citado se insertaba (cf. Chomsky 1965), este componente incluía las *Reglas de Estructura de Frase* (encargadas de producir Estructuras Profundas) y el *Léxico* (listas de matrices de ragos fonológicos, semánticos y sintácticos). No obstante, ciertas observaciones del autor permiten inferir que el aspecto “lexicalista” de la

Hipótesis Lexicalista no conlleva la existencia de un componente independiente dotado de reglas generativas:

Podemos registrar *refuse* en el lexicon como un elemento con ciertos rasgos seleccionales y subcategorizacionales fijos, que es libre con respecto a los rasgos categoriales [Nombre] y [Verbo]. Reglas morfológicas relativamente idiosincrásicas determinarán la forma fonológica de *refuse*, *destroy*, etc., cuando estos elementos aparecen en una posición dominada por la categoría nombre (Chomsky 1970: 145).

Los nombres derivados, así, pueden entenderse como entradas léxicas dominadas por un contexto sintáctico nominal. El punto crucial descansa en que estas “entradas léxicas” tendrían una representación *común* a la que se obtiene de insertarlas en un contexto verbal, y no una naturaleza derivada. El hecho de que nombres como *growth* tomen un complemento análogo al del verbo *to grow* (3) se debe a que la restricción subcategorial sería fija e independiente de la categoría gramatical. Así, *grow-* selecciona un “objeto”, con independencia de que este requisito se satisfaga en un contexto nominal o en uno verbal. No obstante, la introducción de un causante, en el caso de este verbo al menos, pertenece al dominio de la sintaxis, por lo que no es esperable que la manifestación nominal de *grow* pueda introducir un argumento externo del que carece la versión verbal básica de la misma pieza léxica.

Tal es la interpretación que adopta, en claro contraste con la tradición lexicalista, Marantz (1997). En este contexto, adoptando la terminología propuesta por Pesetsky (1995), Marantz denomina a las entradas léxicas de Chomsky (1970) *raíces*. En su propuesta, se mantiene la idea de que las raíces poseen rasgos subcategorizacionales, lo que se traduce en la capacidad de introducir un argumento interno. Por otra parte, Marantz asume que el argumento externo (de modo general, y no solo en el caso especial de *grow*) es introducido por una proyección funcional específica (Sv). Dicho supuesto se ve problematizado, sin embargo, por contrastes como los siguientes (Marantz 1997):

- (4) a. John’s destruction of the city.
- b. \*John’s growth of tomatoes.

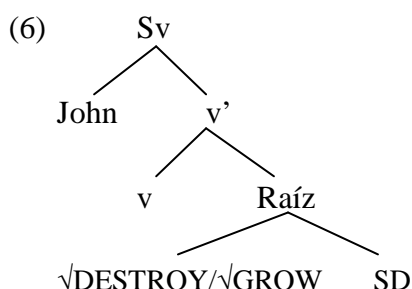
Si la variante causativa de *grow* se genera en la sintaxis, la agramaticalidad de (4b) es esperable. Sin embargo, ¿por qué (4a) es una secuencia gramatical, si hemos asumido que el argumento externo se genera *siempre* en Sv? La respuesta de Marantz consiste en asumir que las raíces poseen, además, un cierto contenido conceptual. Tales contenidos, siguiendo la taxonomía de Levin y Rappaport (1995), pueden expresarse como sigue:

- (5) a. √DESTROY                   → ‘evento de causación externa’
- b. √GROW                     → ‘evento de causación interna’

El contraste de (4) se soluciona, por lo tanto, si asumimos que *John*, en (4a), se *interpreta* como agente en virtud de la semántica conceptual de la raíz, aunque el posesivo no lo marque temáticamente de esta manera. El que el posesivo no sea, pues, una posición temática por derecho propio se comprobaría al observar que no podemos

tener esta lectura agentiva en (4b). De hecho, *John* es interpretado como agente en (4a) solo porque hemos ocupado ya una posición para expresar el tema (*of the city*). No obstante, si elidimos el complemento del nombre, el posesivo puede interpretarse, igualmente, como tema (v.g. *The city's destruction*). Así, el posesivo sería una posición semánticamente poco especificada que puede o no recibir una lectura agentiva, siempre y cuando la semántica conceptual de la raíz así lo permita.

Por otra parte, tanto *grow* como *destroy* pueden tener una lectura causativa en el dominio verbal, puesto que el Sv introduce un argumento externo *con independencia* de la semántica conceptual de la raíz, según la configuración ejemplificada en (6)



Por lo tanto, las raíces, aunque tienen contenido conceptual, no “proyectan” ese contenido conceptual en la sintaxis. Si así fuera, entonces la semántica de causación interna de *grow* bloquearía la inserción de un argumento externo. Sin embargo, dado que la sintaxis opera con independencia del contenido conceptual, tanto *grow* como *destroy* son compatibles con un valor causativo en un contexto verbal. Nótese, asimismo, que *John's growing tomatoes* es gramatical porque el gerundio es, realmente, la nominalización de la estructura de (6), mientras que, como ya había argumentado Chomsky (1970), *the growth of tomatoes* solo expresa la “raíz” GROW en un contexto nominal, sin pasar por estructura verbal alguna.<sup>38</sup>

La concepción de las raíces avanzada por Marantz (1997) es seguida por otros autores, como Alexiadou (2001), quien atribuye a estos elementos estructurales, además de un contenido conceptual, la capacidad de proyectar un argumento interno. La autora aplica la noción de raíz introducida por Marantz en el dominio de las nominalizaciones deverbales, argumentando que ciertos nombres se generan de forma similar a las nominalizaciones de gerundio, es decir, confiriendo rasgos nominales a una estructura en principio verbal. No obstante, la idea de que las raíces proyectan un argumento interno introducía complicaciones en el análisis, toda vez que las nominalizaciones deverbales ofrecen también lecturas de resultado (cf. Grimshaw 1990). Así, un nombre como *construcción* puede aparecer en los contextos siguientes:

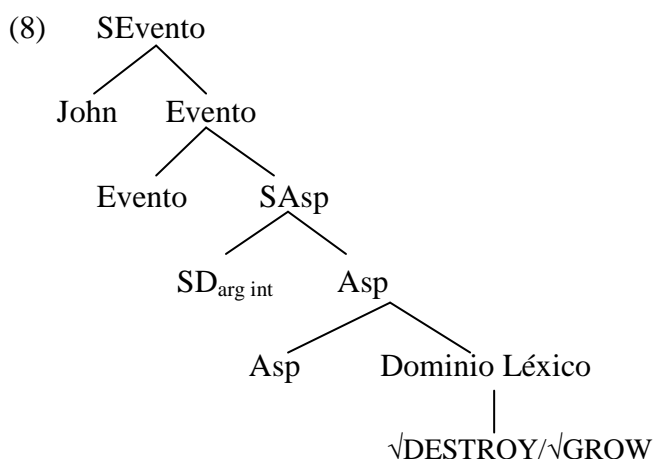
(7) a. La construcción de la catedral en dos años

<sup>38</sup> Nótese, pues, que las “reglas morfológicas relativamente idiosincrásicas” a las que Chomsky alude en la cita reproducida más arriba, y que determinan la realización de REFUSE como *refusal* o de GROW como *growth*, prefiguran una teoría donde la morfología corresponde a un conjunto de operaciones postsintácticas en FF. No habría, así, una regla léxica que derive *growth* del verbo *to grow*, sino un procedimiento de sustitución de índices fonológicos en razón del educto de la sintaxis.

## b. La sólida construcción

Si la introducción del argumento interno (*la catedral*) es propia de la raíz, y si asumimos que la misma raíz se encuentra en la base de *construcción* tanto en (7a) como en (7b), entonces no se ve por qué el argumento interno tendría que desaparecer en (7b).

Una alternativa, por lo tanto, es separar de la raíz tanto el argumento externo como el interno, posición que sigue Borer (2005, 2009, 2010, 2011). Si la raíz es despojada de toda propiedad gramatical, entonces podemos atribuir la introducción de los argumentos y la interpretación aspectual en su totalidad al dominio de la sintaxis. En este sentido, la posición desarrollada por Borer (2005) es el extremo lógico al que conducen las observaciones de Chomsky (1970), de acuerdo con la interpretación de ellas avanzada por Marantz (1997). Según esta autora, todos los fenómenos sintácticos y semánticos deben explicarse a partir de un único sistema computacional (que podemos denominar sintaxis). Las estructuras generadas por este sistema pueden verse “modificadas” por elementos de naturaleza idiosincrásica, denominados *listemas*, y que corresponden, en términos generales, a las raíces de la Morfología Distribuida. Así, la estructura de (6) adoptaría, en el modelo de Borer, la configuración (simplificada) de (8):



Los listemas (o raíces) se asocian, en esta aproximación, con un valor conceptual enciclopédico que, sin embargo, no tiene ninguna repercusión en la semántica estructural codificada en la sintaxis, y que se activa solo una vez que, al ensamblar los argumentos, realizamos una búsqueda en la Enciclopedia (Borer 2011). En (8) vemos, además, que el argumento interno se introduce como especificador de una proyección SAspecto, mientras que el argumento externo se ensambla como especificador de una proyección adicional, análoga a Sv, que la autora denomina SEvento. Volveremos sobre el modelo de Borer en §2.3.

## 2.2. Variantes de v: Harley (2009)

Hemos visto en el subapartado anterior que la MD introduce proyecciones funcionales encargadas de categorizar raíces. Así, nos encontramos con *n*, para nombre; *a*, para adjetivo; y *v*, para verbo. La existencia de la proyección Sv ha suscitado diversos debates en torno a las cuestiones de (i) si es este el único nivel verbal, (ii) cuánta información cabe atribuirle (aspectual, argumental, etc.) y (iii) qué principios rigen su lexicalización. Los trabajos de Harley (1995, 1996, 2000, 2009) y Folli y Harley (2006, 2007) profundizan en estas cuestiones, complementando, así, las observaciones hechas por Marantz (1997) y Alexiadou (2001), que ya hemos mencionado en el subapartado anterior.

De acuerdo con Harley (2009), *v* corresponde al único nivel propiamente verbal, asunción que, como veremos, es susceptible de diversas críticas, advertidas por la propia autora. Esto significa que, como mínimo, la proyección Sv debe dar cuenta de los valores aspectuales que un predicado puede manifestar y de la legitimación argumental del argumento externo (asumiendo, como hace Marantz 1997 y Alexiadou 2001, que la raíz puede tomar un complemento que se interpreta como argumento interno). Ambos aspectos pueden incorporarse en un sistema de rasgos cuya especificación da lugar a las distintas clases aspectuales, así como al valor temático que cabe asignar al especificador de Sv. Así, obtenemos el siguiente sistema (Harley 2009: (16)):

- (9) a.  $v_{\text{CAUSE}}$  :    [+dinámico], [+cambio de estado], [+causa]
- b.  $v_{\text{BECOME}}$  :    [+dinámico], [+cambio de estado], [-causa]
- c.  $v_{\text{DO}}$  :        [+dinámico], [-cambio de estado], [-causa]
- d.  $v_{\text{BE}}$  :        [-dinámico], [-cambio de estado], [-causa]

Siguiendo el sistema de inserción léxica de la MD, los sufijos verbalizadores pueden llevar uno o varios rasgos de los listados en (9), de forma tal que, de acuerdo con el *Elsewhere Principle* (Kiparsky 1978), tendrán preferencia aquellas entradas que contengan más rasgos coincidentes con el morfema abstracto (esto es, el nodo sintáctico). De esta manera puede darse cuenta de la conducta variable de diversos verbos. Considérense, por ejemplo, los siguientes verbos en *-ify* (Harley 2009: 331):

- (10) a. Incoativos de alternancia causativa: *clarify, unify, petrify, solidify*
- b. Inacusativos: *qualify, stratify, putrefy*
- c. Inergativos: *testify, specify*
- d. Causativos: *horrify, justify, specify, simplify*

Una entrada para *-ify* consistente con los datos de (10) sería, por lo tanto, la siguiente (Harley 2009: (17b)):

- (11)         $-ify \leftrightarrow [v \text{ [+dinámico]}] / [\sqrt{\{\text{hor-}, \text{clar-}, \text{test-} \dots\}}] \text{ \_\_\_\_\_\_}$

La entrada de (11) nos indica que *-ify* lleva únicamente el rasgo [+dinámico], que, según se observa en (9), es compatible con tres de las especificaciones de rasgos de *v*.



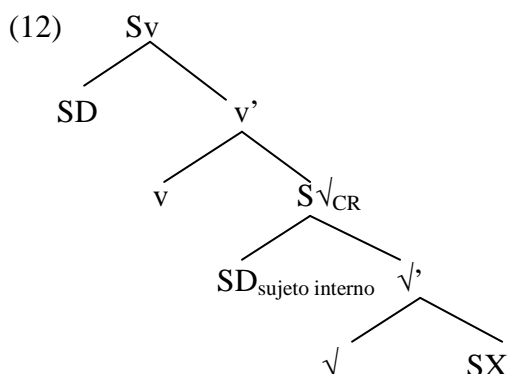
Así, encontraremos verbos en *-ify* causativos, inergativos e inacusativos, pero no estativos.

Nótese que las especificaciones de rasgos reflejadas en (9) no corresponden a todas las posibilidades lógicas a que podría dar lugar una combinatoria de tres rasgos binarios, que serían ocho posibles variantes de *v*. De algún modo, el sistema se adecua a los tipos aspectuales atestiguados. Sin embargo, sería importante explicitar si esta restricción es teóricamente relevante o, simplemente, se da el caso de que no hemos encontrado verbos, por ejemplo, del tipo [-dinámico], [+cambio de estado], [-causa]. Si tales posibilidades se excluyen por principio, tendríamos que incorporar ese principio en la gramática, o bien (como parece ser el caso en el ejemplo dado) filtrar las opciones conceptualmente aberrantes en la interfaz semántico-conceptual, en virtud de principios cognitivos más generales. De todos modos, no parece que, de las ocho posibilidades lógicas, debamos restringirnos necesariamente a cuatro. En particular, como han estudiado en detalle Pykkänen (2000) y Rothmayr (2009), y como tendremos ocasión de mostrar en el capítulo 4 de esta tesis, existen construcciones causativas estativas (v.g. *la mesa bloquea la entrada*), es decir, con una especificación de rasgos [-dinámica], [-cambio de estado], [+causa]. De este modo, el sistema presentado por Harley (2009), si se adopta respecto de sus posibilidades estrictamente formales, sobregenera; pero, si se adopta desde el punto de vista descriptivo que la propia autora le otorga, resulta muy restrictivo.<sup>39</sup>

Por otra parte, la estrategia de remitir la selección del argumento externo y la codificación del significado aspectual básico del predicado a un mismo nodo implica cargar bastante información en un mismo nivel sintáctico. Así, surgen ciertos problemas teóricos y empíricos al analizar con más detalle la idea de las variantes de *v*. En primer lugar, aunque se asume que *v* es, al menos en principio, el único nivel específicamente verbal, no todo el significado del evento se carga sobre este núcleo. Harley (2009: 336), siguiendo propuestas de Harley (2005), Folli y Harley (2006) y Giannakidou y Marchant (1999), asume que el complemento de *v*, en determinados casos, debe ser una cláusula reducida (CR) que establezca la predicación del “sujeto interno” (el objeto directo en la forma sintáctica de superficie). La semántica de esta CR es, aspectualmente, la de un estado, y su soporte sintáctico corresponde al *SRaíz*. Así, en estructuras verbales causativas (v.g. *clarify the subject*), tendríamos dos niveles estructurales, según se observa en (12) (adaptado de Harley 2009: (19)):

---

<sup>39</sup> Una alternativa a la estrategia de atribuir una matriz de rasgos a un único nodo sintáctico es la de atribuir un único rasgo por núcleo y establecer una jerarquía de proyecciones funcionales. De este modo, obtendríamos una proyección encargada de introducir la dinamicidad, otra asociada a la causatividad y una tercera al cambio, en caso de que probemos que tales son los rasgos mínimos en que puede descomponerse el significado verbal. La cantidad de variantes efectivamente atestiguada se puede restringir en virtud de principios sintácticos independientemente motivados. Esta opción es la que desarrolla la Nanosintaxis, sobre la que volveremos más adelante, en §2.5.

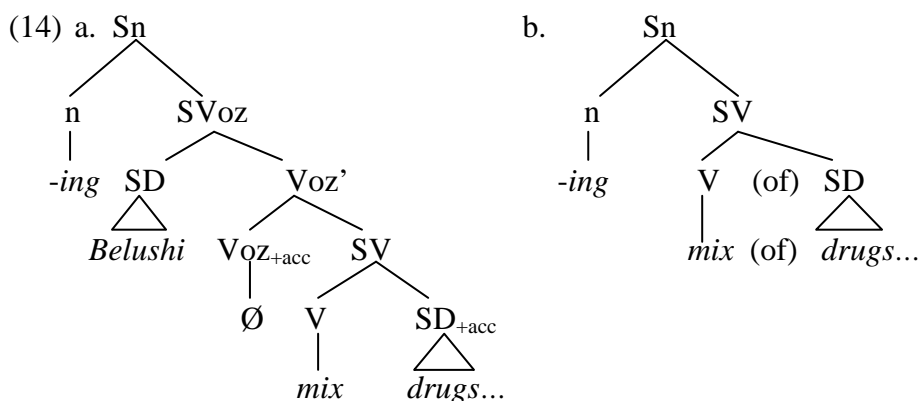


En términos teóricos, la estructura de (12) atribuye dos propiedades a la raíz que, bajo la asunción de que las raíces son elementos desprovistos de propiedades gramaticales, resultan extrañas. De una parte, la raíz introduce argumentos (el sujeto interno en el especificador) y, de otra, se le atribuye un valor aspectual estativo. Puede argüirse, respecto de este último punto, que la estatividad no necesita especificarse sintácticamente, ya que emerge por defecto en ausencia de estructura funcional adicional. No obstante, la idea de que el “valor aspectual por defecto” corresponde al estativo no es una suposición carente de polémica. De hecho, como veremos más adelante (§2.3), Borer (2005b) asume que, en ausencia de estructura funcional más específica, un listema categorizado como verbo expresa un evento dinámico atético (una actividad). Por otra parte, la propia Harley introduce, en el sistema de rasgos de *v*, una codificación (si bien negativa) para predicados estativos, lo cual despierta dudas sobre la suposición de que el *SRaíz* pueda entenderse sin más como una predicación estativa.

No obstante, la dificultad teórica señalada por la atribución de propiedades gramaticales a las raíces es indicadora, en última instancia, de la necesidad de contar con más estructura verbal. En términos empíricos, existen diversos fenómenos cuyo análisis parece demandar niveles adicionales. Harley (2009) discute el caso de las nominalizaciones deverbales, que, en inglés, exhiben diversas configuraciones sintácticas que pueden achacarse a la existencia de distintas proyecciones en el dominio del afijo nominal. Consideremos el par de (13) (Harley 2009: (2)-(3)):

- (13) a. Belushi('s) foolishly mixing drugs and alcohol was the cause of his death.  
 b. Belushi's foolish mixing of drugs and alcohol was the cause of his death.

Como es sabido, las nominalizaciones en *-ing* inglesas manifiestan propiedades sintácticas diversas (cf. Chomsky 1970, Zucchi 1993, Marantz 1997, Alexiadou 2001, entre otros). Una variante, la de (13a), asigna caso acusativo y admite modificación adverbial. En cambio, la variante de (13b) requiere la inserción de *of* para introducir el argumento interno y rechaza modificadores adverbiales, admitiendo solo adjetivos. Esta diferencia se suele formular en términos de estructuras más o menos verbales. Por ejemplo, de acuerdo con el enfoque de Kratzer (1996), discutido por Harley en el artículo citado, la diferencia entre (13a) y (13b) reside en las estructuras siguientes (Harley 2009: (4)):



La proyección encargada de introducir el argumento externo, SVoz, sería responsable, en concordancia con la Generalización de Burzio (1986), de asignar caso acusativo. De este modo, solo la estructura de (14a), que toma SVoz, podría asignar acusativo, como se observa en (13a); mientras la de (14b), que tomaría solo el SV, necesitaría la inserción de un morfema disociado (*of*) para legitimar el argumento interno, según el patrón ejemplificado en (13b).

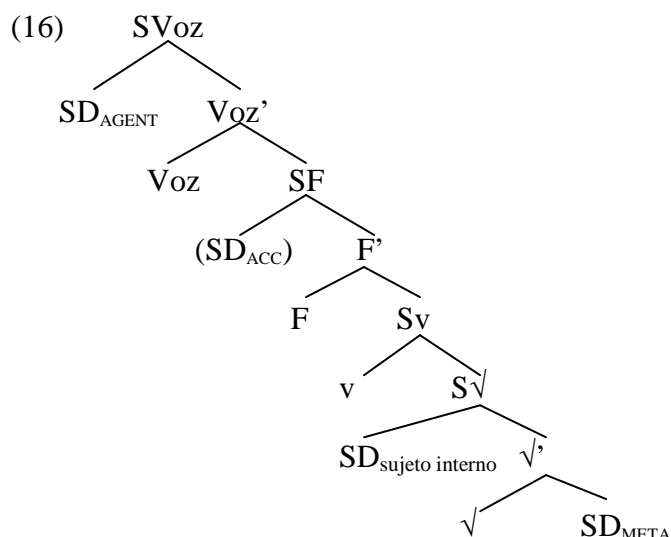
La aproximación de Harley (2009) es similar a la de Kratzer (1996), aunque se distancia de la idea de que el primer nivel estructural corresponda a un SV categorizado. En el marco de la MD, las raíces entran en la derivación desprovistas de categoría, por lo que la versión reducida, en (14b), habría de ser sustituida por un afijo nominal que tome directamente un SRaíz. Esto explicaría, además, por qué solo la estructura de (14a) admite adverbios, mientras que la de (14b) puede tomar solo adjetivos.<sup>40</sup> Sin embargo, este análisis no puede admitirse, puesto que, como observa Harley (2009), muchas nominalizaciones inglesas pueden tomar bases que incluyen afijos específicamente verbales, lo cual debe ser tomado como evidencia de que la estructura incluye una proyección verbal. Un ejemplo de ello es el propio nombre *nominalization*, que incluye el afijo causativo *-ize* (v.g. *nominalize*). El problema reside en que este tipo de nominalizaciones tampoco puede asignar caso acusativo ni admitir adverbios, lo cual no sería esperable si debemos considerar *-ize* como exponente de *v* (Harley 2009: 335):

(15) The nominalization \*(of) verbs.

Por consiguiente, Harley hace modificaciones en la teoría inicial que redundan, finalmente, en la introducción de capas verbales adicionales. En particular, debemos renunciar a la propuesta de que la legitimación del argumento interno depende de la proyección de *v*, puesto que, como se observa en (15), la omisión del morfema disociado *of* redundaba en la agramaticalidad de la secuencia. Por otra parte, la proyección de *v* no va acompañada necesariamente del argumento externo, por lo que se renuncia, igualmente, a formular *v* como un núcleo introductor del argumento externo. En otras palabras, *v* persiste como un núcleo categorizador que codifica el significado verbal

<sup>40</sup> El propio Chomsky (1970: 187) dudaba igualmente en ampliar la Hipótesis Lexicalista para cubrir las “nominalizaciones mixtas”, es decir, aquellas que toman *-ing* pero no dan acusativo (*John's growing of tomatoes*). En los términos de la discusión de Harley, esta vacilación equivale a la de atribuir estructura específicamente verbal al nombre en *-ing-of* o bien considerarlo como una raíz categorizada.

(dinamicidad, causatividad), pero pasa de ser la capa verbal externa a ser la capa verbal más interna, aquella que puede ser tomada por un afijo nominal en ausencia de otras proyecciones verbales. Así, la estructura verbal en su totalidad tendría, de acuerdo con Harley (2009: (19)), el siguiente aspecto:



De la estructura representada en (16), un afijo nominal tomaría como complemento el Sv y lo que este domina, dejando fuera, así, tanto la proyección encargada de legitimar el argumento interno (SF) como la proyección introductora del argumento externo (SVoz). En la medida en que Sv codifica el significado verbal básico, Harley (2009: 336) considera esta proyección equivalente al SProceso de Ramchand (2008).

La estructura de (16), aunque aumente el número de proyecciones verbales, continúa presentando algunos problemas. En particular, si bien contamos con más niveles sintácticos, la variación aspectual entre valores causativos, incoativos y estativos sigue condensada en los rasgos agrupados en el núcleo v, según se esquematizaba en (9). De hecho, Harley (2009: 335, n. 15) permanece escéptica respecto de la necesidad de desplegar niveles verbales, dado que, por ejemplo, “[one] doesn’t see both  $v_{CAUS}$  and Voice indepently and simultaneously realized in the morphology of verbs”, lo que sería el caso si la proyección introductora del argumento externo fuese necesariamente independiente de la proyección que codifica el significado aspectual del verbo.

En última instancia, pues, la evidencia sobre la necesidad de incorporar más o menos niveles provendrá del grado en que las lenguas distingan más o menos elementos en su morfología verbal. De acuerdo con los postulados de la propia MD (Harley 2009: 322), la carencia de una cierta pieza de vocabulario en una lengua no cuenta como evidencia en contra de la existencia de un morfema abstracto subyacente. Por otra parte, si la lengua distingue, en efecto, una pieza de vocabulario, debemos postular la existencia de un morfema abstracto al que dicha pieza sirva de materialización.<sup>41</sup>

<sup>41</sup> Este principio tampoco puede considerarse, no obstante, de validez absoluta dentro del modelo, puesto que la teoría incluye los llamados “morfemas disociados”, que se añaden en un ciclo postsintáctico. Un ejemplo de morfema disociado, de acuerdo con Harley (2009), sería la preposición *of*, que legitima el

Supongamos, así, que queremos saber si el significado causativo puede desligarse sintácticamente del significado incoativo, o bien si lo que procede es compactar ambas informaciones en un mismo núcleo, que alternará entre uno y otro valor mediante algún sistema de rasgos. La primera opción puede llamarse *variación vertical*, en la medida en que comporta la ordenación de distintos núcleos en una jerarquía de proyecciones. La segunda, puede denominarse *variación horizontal*, en la medida en que implica que dos o más valores dependen de un mismo nivel sintáctico. El sistema de variantes de *v* correspondería a una alternativa de variación horizontal. ¿Qué evidencias encontramos en español para elegir entre ambas teorías? Consideremos los verbos siguientes:

- (17) a. *enrojecer, oscurecer, encanecer*.  
b. *americanizar, horrorizar, entronizar, caracterizar*.

Los verbos de (17a), que toman el sufijo *-ecer*, poseen un significado mayoritariamente incoativo (v.g. *el cielo enrojece*), aunque pueden alternar con valores causativos (v.g. *el pintor oscurece el cielo*). Por su parte, los verbos de (17b) toman prioritariamente valores causativos (v.g. *la televisión americaniza a la gente*).<sup>42</sup> En términos de la MD, podríamos diseñar las siguientes entradas léxicas para estos sufijos:

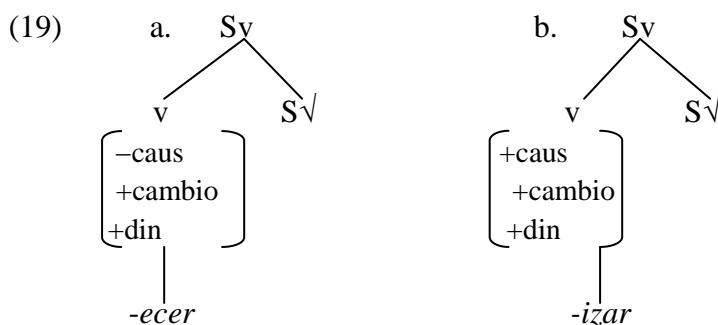
- (18) a. *-ecer* ↔ [<sub>v</sub> [+cambio de estado]]  
b. *-izar* ↔ [<sub>v</sub> [+causa], [+cambio de estado]]

De acuerdo con el sistema de rasgos de (9), *-ecer* podría insertarse tanto en una configuración causativa como en una incoativa, puesto que ambas están especificadas positivamente respecto del rasgo [cambio de estado]. Por otra parte, *-izar* no podría insertarse en una configuración incoativa, toda vez que su especificación de rasgos sería incompatible con la ausencia de [+causa] en el morfema abstracto respectivo. Ahora bien, nótese que estos sufijos se encuentran en distribución complementaria. Es decir, no encontramos verbos que encadenen, por ejemplo, *\*-ece-izar*. Este hecho podría interpretarse a favor de un modelo horizontal de variación aspectual basado en variantes de *v*, como se observa en las siguientes estructuras:

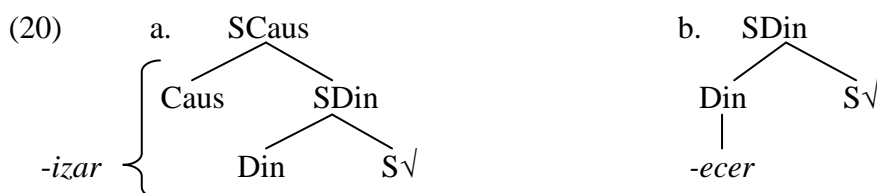
---

argumento interno en las nominalizaciones deverbales, presumiblemente por ausencia de una proyección capaz de asignar caso acusativo (véase *supra*, (14)).

<sup>42</sup> No pretendemos, en la presente exposición, ofrecer una descripción exhaustiva y suficiente de los sufijos *-izar* y *-ecer*. En particular, es posible encontrar ejemplos de verbos en *-izar* con valor incoativo (v.g. *Estos verbos nominalizan en -ción*). La caracterización presente sirve solo a efectos de la argumentación, asumiendo una idea simplificada de estos sufijos que, desde luego, deja diversos aspectos al margen.



Así, *-izar* y *-ecer* se insertarán en el mismo nivel sintáctico, y ganará la competición la entrada que posea más rasgos coincidentes con la especificación de rasgos del núcleo v. Sin embargo, la distribución de *-ecer* e *-izar* en español no es tampoco incompatible con un modelo vertical de variación aspectual, en que cada rasgo está representado por un núcleo sintáctico independiente. En este caso, la relación entre estructura y piezas de vocabulario podría representarse mediante el siguiente esquema:



En este caso, cada rasgo proyecta una frase independiente, y la pieza de vocabulario se insertará en el contexto que mejor se adecue a los rasgos que codifica. En el caso de (20a), *-izar* debe identificar más de un núcleo, lo cual, en el marco de la MD, no es una estrategia válida. Sin embargo, la teoría cuenta con el mecanismo de Fusión, según el cual dos o más núcleos forman un núcleo complejo que sirve de base para la inserción léxica de una pieza de vocabulario que codifica los rasgos que identifica cada núcleo por separado.<sup>43</sup> Así, *-izar* puede insertarse en el núcleo complejo [Caus-Din], creado mediante Fusión.

En síntesis, el español nos ofrece un escenario de “empate” a la hora de decidir qué modelo de variación aspectual es más adecuado empíricamente. Nótese que tampoco cabe dirimir la cuestión sobre la base de consideraciones de simplicidad teórica. En principio, puede parecer que la inserción directa de afijos en núcleos que alojan matrices de rasgos (variantes de v) es más simple que aquella donde *-izar* debe servir de exponente para dos núcleos, puesto que ello implica, en el marco de la MD, una operación extra (Fusión). Sin embargo, la atribución de matrices de rasgos a un núcleo sintáctico no está exenta de problemas. En particular, el costo de ahorrar

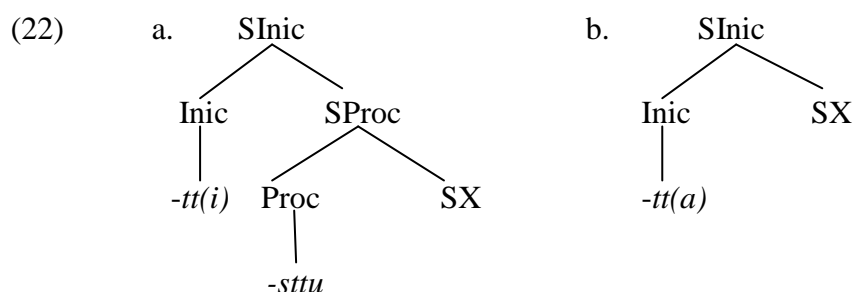
<sup>43</sup> En el marco de la Nanosintaxis, sobre la que volveremos en §2.5, la inserción léxica puede darse en el nivel de la frase (*phrasal spell out*), por lo que no necesitamos apelar a la estrategia de la Fusión para que un afijo como *-izar* identifique más de un núcleo. Al insertarse sobre SCaus, *-izar* lexicalizaría también lo que está en el dominio de la frase (SDin), elidiendo, eventualmente, la pieza de vocabulario que pueda haber lexicalizado el núcleo Din por separado (es decir, *-ecer*). Sobre los problemas teóricos que supone la operación de Fusión, veáanse los comentarios hacia el final de este mismo subapartado.

operaciones en la sintaxis radica en estipular una jerarquía independiente de rasgos que no se ve reflejada en la jerarquía de nodos funcionales. Así, necesitamos un componente independiente que nos diga cómo se ordenan y cuáles son las relaciones de implicación de los rasgos [+/- dinámico], [+/- cambio de estado] y [+/- causa].

Sin embargo, al observar la morfología de otras lenguas, podemos encontrar evidencias que ayuden a desempatar la situación en la que, en nuestro ejemplo, nos dejaba el español. Esa lengua es el finés. Como hemos comentado en §1.3.4, las marcas morfológicas de causatividad y de incoatividad no solo son independientes, sino que pueden coexistir en la derivación de un mismo verbo. Así se observa en los ejemplos siguientes:

- (21) a. Hyttyset inho-**tta**-vat Mikko-a  
mosquitos.NOM desagradar-CAUS-3pl Mikko-PARTITIVO  
'Los mosquitos desagradan a Mikko'
- b. Uutiset vih-**stu**-tti-vat Mikko-a  
noticias.NOM enfadar-INCOATIVO-CAUS.PAS-3PL Mikko-PARTITIVO  
'Las noticias enfadaron a Mikko'

El sufijo *-tta*, en (21a), codifica un valor causativo que, como demuestra Pylkkänen (2000), es semánticamente independiente de la noción de cambio de estado. Al añadir el sufijo *-stu*, que codifica un valor incoativo, el verbo pasa a denotar un evento causativo de cambio de estado, según se observa en (21b). En el verbo finés, por tanto, ambos exponentes no se encuentran en distribución complementaria. A diferencia de lo que sucede con *-izar* y *-ecer* en español, estos sufijos sí pueden emplearse como evidencia a favor de un modelo de variación vertical, en el que los rasgos que determinan las distintas opciones aspectuales no conforman una matriz alojada en un único nodo, sino que se disponen jerárquicamente en la sintaxis. Así, tomemos, por ejemplo, el modelo de descomposición verbal de Ramchand (2008), sobre el que volveremos con mayores detalles en §2.6. En este modelo, la causatividad y el cambio interno se codifican en dos nodos, Iniciación y Proceso, respectivamente. De este modo, la variación en el significado verbal ejemplificado en (21) podría representarse del modo siguiente:



Un verbo causativo no dinámico correspondería a una estructura donde solo se proyecta SInicio, mientras que un verbo causativo dinámico implicaría la proyección de SInicio y SProceso, lo cual tendría un reflejo directo en la morfología.<sup>44</sup>

Un defensor del modelo de variantes de *v* podría, en el marco de la MD, alegar que la coexistencia de piezas de vocabulario entre las que el significado aspectual se reparte no cuenta tampoco como evidencia de que la sintaxis destine un nodo por rasgo. En particular, tal como en la derivación de (20) la MD cuenta con la operación de Fusión, en la derivación de un verbo causativo dinámico finés podemos emplear Fisión, es decir, la separación de rasgos de un mismo núcleo en núcleos separados, que sirven de base para la inserción léxica de piezas de vocabulario distintas (en este caso, *-sttu* y *-tti*). Sin embargo, en este punto la MD se torna peligrosamente infalseable, puesto que para cada disposición de las piezas de vocabulario podemos postular la existencia de una operación previa que ha acomodado los nodos de la sintaxis para tornar viable la inserción léxica correspondiente.

El problema teórico mayor, sin embargo, radica en que, si se asume que las operaciones sintácticas deben ser locales, mecanismos como la Fusión o la Fisión comportan una paradoja, según ha observado Chung 2007 (cf. Caha 2009, Radkevich 2009, Pantcheva 2011). Las operaciones del Componente Morfológico (Fisión, Fusión) tienen lugar *antes* de que se efectúe la Inserción Léxica. Sin embargo, la gramática debe “saber” de antemano o bien que el Lexicón no cuenta con una entrada para cada nodo sintáctico –de lo contrario la operación de Fusión no se justifica– o bien que los rasgos alojados en un nodo deben separarse, puesto que el Lexicón dispone de dos entradas –y entonces procede la aplicación de Fisión–. De este modo, Fusión y Fisión pasan a representar operaciones “no locales” que involucran “mirar hacia adelante” en la derivación (cf. Eguren 2012). Por lo tanto, tomando como referencia los datos del finés, la única salida que tiene el modelo horizontalista de variantes de *v* es apelar a la operación de Fisión de la MD. Sin embargo, como tales operaciones presentan problemas teóricos independientes, debemos tomar la morfología del finés como evidencia a favor de un modelo verticalista en que los rasgos verbales se disponen jerárquicamente en la sintaxis.

### 2.3. *Listemas, estructura y significado: Borer (2005)*

El modelo de Borer (2005) constituye, según comentábamos al finalizar §2.1, una apuesta neo-construccionista extrema. Siguiendo los pasos de la MD, asume la

---

<sup>44</sup> En el capítulo 4 estudiaremos con mayores detalles los predicados causativos no dinámicos en español (e.g. *La mesa bloquea la entrada*, *La economía preocupa a la gente*), donde concluiremos que el análisis representado en (22) no es el más adecuado para captar las propiedades semánticas y sintácticas de estas construcciones. Sin embargo, las presentes estructuras sirven para elegir un modelo “verticalista” sobre uno “horizontalista”. Los detalles específicos del análisis no afectan el núcleo de la argumentación, que es que la coexistencia de exponentes morfológicos sirve de evidencia respecto de la proyección de distintos núcleos. En §2.7, volveremos sobre la codificación de los distintos valores aspectuales en la jerarquía de proyecciones verbales.



existencia de un único componente computacional –llámesele sintaxis, morfología o morfosintaxis– que ensambla estructuras a las que asigna una interpretación semántica. Los *listemas*, elementos análogos a las raíces de la MD, carecen de toda información sintáctica y semántica (en sentido estructural). Según mencionamos, Borer lleva hasta sus últimas consecuencias teóricas el postulado de que estos elementos carecen de propiedades gramaticales. Así, los listemas solo aportan información conceptual (enciclopédica) y un índice fonológico. Operan, de este modo, como “modificadores” de la estructura funcional en que reside el significado estructural. En este subapartado revisaremos las características principales del modelo según es presentado en Borer (2005). Intentaremos enfatizar los problemas teóricos que esta aproximación suscita, especialmente en relación con el lugar que los predicados estativos ocupan en el modelamiento sintáctico de las categorías aspectuales básicas.

Un aspecto importante del modelo de Borer consiste en el mecanismo morfosintáctico mediante el cual la estructura codifica un determinado valor semántico. Cada proyección funcional introduce una variable que necesita recibir rango. Una variable  $\langle e \rangle$  corresponde a un valor abierto que pertenece a una cierta categoría (cantidad, definitud, etc.). De acuerdo con la autora, las lenguas disponen de distintas estrategias para asignar rango y producir, así, una estructura semánticamente válida legible en la interfaz semántico-conceptual. Una de estas estrategias consiste en introducir un morfo-*f* (*f-morph*), que sirve de materialización del núcleo funcional respectivo. Por ejemplo, una de las proyecciones pertenecientes al SD es la encargada de codificar la definitud del referente:  $\langle e \rangle_d$ . El inglés ofrece diversos morfos-*f* que pueden asignar rango a esta variable, tales como *the*, *this*, *that*, etc. De este modo, una frase como *the cat* recibe, en este modelo, la representación siguiente (Borer 2005b: (17)):

(23) [<sub>SD</sub> the. $\langle e \rangle_d$  [<sub>SN</sub> cat]]

Este mecanismo de asignación de rango, en el que la variable es identificada mediante un morfo-*f* expresamente introducido en la derivación con este fin, se denomina *asignación directa*.<sup>45</sup> Sin embargo, también existen formas *indirectas* de asignar rango. Pueden reconocerse dos estrategias de asignación indirecta: la inserción de adverbios (sobre la que volveremos más abajo) y la relación especificador-núcleo. Así, podemos asignar rango a  $\langle e \rangle_d$  mediante un elemento definido ensamblado en el especificador del SD. Considérense los ejemplos siguientes (Borer 2005b: (18)):

(24) a. the dog's ear  
b. a dog's ear

El núcleo nominal *ear* no está, en los ejemplos de (24), dominado por un determinante. Nótese que tanto *the*, en (24a), como *a*, en (24b), corresponden a determinantes de *dog*. Sin embargo, la interpretación +/- definida de *ear* se correlaciona con el determinante

<sup>45</sup> Una segunda forma de asignación directa corresponde a la inserción de un núcleo que porte un rasgo abstracto, por ejemplo  $\langle \text{pasado} \rangle$  en T. Este mecanismo típicamente desencadena movimiento de núcleo a núcleo (v.g. de V a T).

introducido en el posesivo. De este modo, la definitud del genitivo (*the dog's*), presumiblemente ensamblado en el especificador de SD, es transferida al núcleo nominal *ear*, de acuerdo con la estructura siguiente (Borer 2005b: (20)):

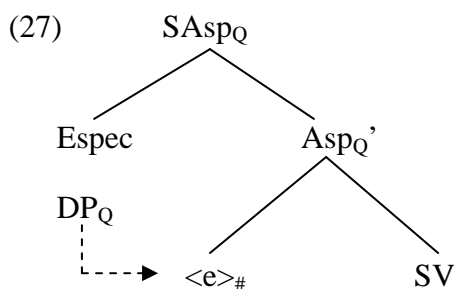
(25) [<sub>SD</sub> [<sub>SD</sub> the dog's] <e><sub>d</sub> ... [<sub>SN</sub> ear]]

En términos técnicos, decimos que el valor abierto de <e><sub>d</sub> recibe rango mediante el elemento definido *the dog's* mediante la relación de concordancia entre el especificador y el núcleo. El SD *the dog's* se interpreta como definido puesto que, tal como sucede en (23), el morfo-f *the* ha asignado rango a su variable <e><sub>d</sub>. Nótese que se trata de un fenómeno puramente estructural y no conceptual. De una parte, el inglés no tolera la inserción de un segundo determinante en secuencias como las de (24) (v.g. \**the the dog's ear*), por lo que la asignación indirecta de rango parece ser la única estrategia disponible; por otra, la lectura definida del núcleo nominal *ear* se independiza del carácter definido de *the dog* si este no aparece en posición prenominal, como se observa en *the/a ear of the dog*, donde no hay concordancia especificador-núcleo entre ambos SSDD.

Hemos mencionado el funcionamiento de la asignación de rango en el SD para introducir, ahora, su instanciación en el dominio verbal. Una de las principales aplicaciones de este modelo corresponde al análisis de la interpretación aspectual de los predicados, en particular respecto de la codificación de la (a)telicidad. De acuerdo con Borer (2005b), el carácter télico de una estructura verbal depende de la inserción de un núcleo funcional Asp<sub>Q</sub> (por *quantity*). Dicho núcleo codifica la lectura cuantizada de un predicado, la cual, en términos conceptuales, puede correlacionarse con la lectura télica de la tradición vendleriana. Tal como veíamos en el caso de la interpretación definida del SD, Asp<sub>Q</sub> introduce una variable que necesita recibir rango; en este caso, <e><sub>#</sub>. Nuevamente, la teoría nos ofrece, en principio, diferentes estrategias de asignación de rango. Si la lengua en cuestión cuenta con un morfo-f capaz de materializar <e><sub>#</sub>, tendríamos un análogo verbal del SD definido *the cat*, donde *the* asigna rango a <e><sub>d</sub> de forma más o menos transparente. Sin embargo, el inglés no parece ser una de esas lenguas (ver, no obstante, *infra*), es decir, una que incluya morfemas que marquen directamente la naturaleza télica del verbo. Consiguientemente, necesitamos recurrir a un mecanismo de asignación indirecta, en particular, al ensamble de un elemento cuantizado en el especificador de Asp<sub>Q</sub>. Esto es lo que sucede en casos como los siguientes, donde la lectura télica de un predicado se correlaciona con el carácter definido (y cuantizado) del argumento interno:

- (26) a. Juan comió {un bocadillo / bocadillos}
- b. Juan construyó {una casa / casas}

En los ejemplos de (26), las variantes télicas de *comer* y *construir* se obtendrían mediante la proyección de Asp<sub>Q</sub>, en cuyo especificador ensamblaríamos *un bocadillo* o *una casa*, respectivamente, para asignar rango a <e><sub>#</sub>, según se aprecia en la estructura siguiente:



La correlación existente entre el carácter definido del argumento interno y la lectura télica del predicado no es, por cierto, una innovación de Borer. Este hecho había sido observado ya por Verkuyl (1972, 1993), Krifka (1989) y Tenny (1994), entre otros. No obstante, la novedad del análisis de Borer consiste en desarticular, en términos sintactistas, la generalización que establece una correspondencia *biunívoca* entre la definitud del argumento interno y la interpretación télica del verbo. Nótese, pues, que, de acuerdo con su teoría, la correlación entre el argumento interno y la telicidad corresponde a un caso particular del requisito de asignación de rango, y pierde, en consecuencia, buena parte de los alcances teóricos que, en su versión más fuerte, poseía en el modelo de Verkuyl (1993). Tanto el inglés como las lenguas romances parecen recurrir a la asignación indirecta de rango mediante la relación especificador-núcleo, pero esto no significa que todas las lenguas deban ser como el inglés, ni que exista un vínculo teórico especial entre la noción de telicidad y el carácter definido del argumento interno. La interpretación télica de *Juan comió un bocadillo* es perfectamente análoga a la interpretación definida de *the dog's ear*, y se explica mediante los mismos mecanismos sintácticos.

Dado que Borer asume que la interpretación télica de los ejemplos de (26) se desencadena por un requisito estructural que afecta, de modo general, a la asignación de rango, no necesitamos, en principio, que el argumento interno exhiba características semánticas particulares, sino solo que sea compatible con el valor de cantidad de  $\langle e \rangle_{\#}$ .<sup>46</sup>

<sup>46</sup> Un elemento satisface la condición de cantidad si se atiene a la siguiente definición (Borer 2005: 147):

- i. a. Cantidad: P es cantidad ssi P no es homogéneo.  
b. P es homogéneo ssi es cumulativo y divisivo
- ii. a. P es cumulativo ssi  $\forall x[P(x) \wedge P(y) \rightarrow P(x \cup y)]$ .  
b. P es divisivo ssi  $\forall x[P(x) \rightarrow \exists y(P(y) \wedge y < x)] \wedge \forall x, y[P(x) \wedge P(y) \wedge y < x \rightarrow P(x - y)]$ .

De acuerdo con las definiciones de (ii), una entidad es cumulativa si y solo si la unión de dicha entidad con otra entidad del mismo tipo (P) resulta también en una entidad del tipo P. Por otra parte, una entidad x es divisiva si y solo si, en el caso de que esa entidad sea del tipo P, existirá siempre una entidad y tal que, formando parte de x, sea también del tipo P; y, para todo par de entidades x e y, si x es del tipo P e y es parte de x, entonces el complemento que se obtiene de restar y a x es, asimismo, del tipo P. Estas definiciones se distancian en algunos puntos de las ofrecidas por Krifka (1992) y Kiparsky (1998), que daban lugar a ciertos problemas en la caracterización de algunas expresiones. Por ejemplo, la expresión *más de 3 libros* es divisiva de acuerdo con la definición de Kiparsky, puesto que, de acuerdo con este autor, necesitamos que al menos una subparte de la entidad en cuestión sea también del mismo tipo. Si *más de 3 libros* denota un conjunto de 5 libros, existe al menos un subconjunto de 5 (a saber, 4) que sigue siendo describable por la expresión *más de tres libros*. Como la definición de homogéneo es, para Kiparsky, disyuntiva (entidades divisivas o cumulativas), *más de tres libros* debe ser no cuantizado. Pero esta expresión desencadena claramente lecturas télicas (v.g. *Juan leyó más de tres libros en dos semanas*).

Así, el modelo se distancia de propuestas como la de Tenny (1994), que formulan una correlación estrecha entre la noción de Tema y la interpretación télica del predicado. La independencia de la telicidad respecto de la noción de Tema puede observarse en la llamada “alternancia locativa”. Considérense los ejemplos siguientes (Borer 2005b: (25c-d)):

- (28) a. Pat loaded the wagon with the hay (in two hours).
- b. Pat loaded the hay on the wagon (in two hours).

Tanto (28a) como (28b) corresponden a estructuras télicas, como muestra el hecho de que ambas admiten el modificador delimitado *in two hours*. Sin embargo, mientras que en (28a) *the wagon* corresponde al argumento interno y *the hay* es introducido mediante una preposición, el patrón se invierte en (28b). Borer interpreta este contraste como evidencia a favor del carácter puramente estructural de la correlación entre telicidad y argumento interno. Al sistema computacional solo le interesa asignar rango a las variables introducidas por las proyecciones funcionales. Para llevar a cabo la asignación indirecta de rango de  $\langle e \rangle_{\#}$  en  $\text{Asp}_Q$ , necesitamos ensamblar un SD cuantizado en el especificador. La especificación temática de dicho SD es indiferente, mientras satisfaga el requisito estructural mencionado. Por lo tanto, sirven tanto el “Tema” *the hay* como el “Locativo” *the wagon*, puesto que ambos son SSDD cuantizados. La interpretación semántica que corresponde a ambos SSDD en posición de especificador de  $\text{Asp}_Q$  es la de *sujeto de cantidad* (*subject of quantity*), aunque, de forma crucial, esta especificación semántica constituye un efecto de la telicidad y no su causa. Por otra parte, bajo la asunción de que la sintaxis del SV cuenta únicamente con dos posiciones de caso estructural, el SD que no es ni argumento externo (nominativo) ni argumento interno (acusativo) debe legitimarse mediante una preposición que le asigne caso inherente (*with the hay/in the wagon*).

El empleo del mecanismo de asignación indirecta para explicar la lectura télica de las oraciones de (26) no constituye un recurso *ad hoc*, puesto que, como hemos visto más arriba, se sigue de los mismos principios que operan, por ejemplo, en el SD, y que explican la lectura definida de *the dog's ear*. No obstante, para que el paralelo sea efectivo, Borer (2005) discute casos en que la variable  $\langle e \rangle_{\#}$  de  $\text{Asp}_Q$  recibe rango mediante asignación directa, lo cual avala la idea de que la generalización de Verkuyl (correspondencia uno a uno entre argumento interno y telicidad) se reduce a un caso particular dentro del abanico de opciones estructurales que ofrece la Gramática Universal. Una lengua que, desde esta perspectiva, sí presentaría asignadores directos en el dominio aspectual es el ruso (Borer 2005b, caps. 6-7). El verbo ruso se presenta bajo tres formas: una simple, que corresponde a la lectura atética (*pil* ‘él bebe (vino)’); una prefijada, que corresponde a la lectura télica (*vypil* ‘él bebe (el vino)’); y una segunda

---

Sin embargo, adoptando las definiciones de (i-ii), *más de tres libros* pasa a ser un SD de cantidad, puesto que, si bien hay un subconjunto de 5 que también queda descrito por *más de tres libros*, la diferencia que se obtiene al restar 4 de 5 (esto es, 1), no satisface ya la descripción del SD. Luego, esta expresión no es divisiva. Como la definición de cantidad es conjuntiva (entidades divisivas y cumulativas), *más de tres libros* queda correctamente caracterizado como una expresión de cantidad. Para más discusión al respecto, véase Borer (2005: 146-147) y Husband (2010).

forma prefijada que ofrece lecturas imperfectivas, y que Borer considera como una marca de aspecto externo. El prefijo perfectivo ruso puede considerarse, bajo este análisis, como un morfo-*f* que asigna rango a la variable  $\langle e \rangle_{\#}$ . Si esto es así, entonces no necesitamos la introducción de SSDD definidos para obtener lecturas télicas, contra Verkuyl. De modo interesante, los elementos nominales rusos no van acompañados de determinantes, aunque se interpretan como SSDD definidos en presencia de un prefijo perfectivo (*Vypil víno* ‘él se tomó (todo) el vino’, Borer 2005b: 168, (20a)). Esto significa, desde la teoría comentada, que el SD, en principio carente de una marca propia de definitud, la adquiere en la posición de especificador de  $\text{Asp}_Q$ , que le transfiere su carácter cuantizado. De este modo, la asignación indirecta mediante la concordancia especificador-núcleo funciona en ambas direcciones, puesto que la relación de mando-*c* es, en este caso, simétrica. Si el núcleo funcional carece de un asignador de rango directo, el especificador asigna rango a la variable; si es, en cambio, el especificador el que carece de rango, el núcleo, acompañado de un morfo-*f* propio, transfiere este valor al SD.

Un caso que suscita mayor polémica corresponde a las construcciones de verbo-partícula del inglés (Borer 2005b: 203). En al menos ciertos casos, la partícula puede interpretarse como un asignador directo de rango. Consideremos los siguientes ejemplos (Borer 2005b: 2003, (39)):

- (29) a. Kim went out.
- b. The army took over.

Aun tomando en cuenta casos de construcciones de verbo-partícula sin objeto directo, en las que, consiguientemente, puede descartarse la influencia del SD argumento interno en la interpretación télica, puede argüirse que en ciertos contextos nos enfrentamos a una estructura inacusativa. Así, tal es el caso de (29a), donde el SD *Kim* puede haber asignado rango a  $\langle e \rangle_{\#}$  antes de ascender a la posición de sujeto, análisis que se correlacionaría con el hecho de que interpretamos que *Kim* es ‘la entidad desplazada’. En este caso, no podríamos tener asignación directa por parte de la partícula *out*, puesto que una variable no puede recibir rango dos veces. Sin embargo, el sujeto de (29b), agentivo, parece ser genuinamente externo. En este caso, por lo tanto, la asignación de rango se atribuye a la partícula *over*, que puede parangonarse, así, a los prefijos perfectivos del ruso (Borer 2005b: 208). Sin embargo, como estos ejemplos ponen de manifiesto, el estatus de estas partículas no está claro en la teoría de Borer. Para evitar doble asignación de rango, deben analizarse en ocasiones como modificadores del predicado (cf. (29a)), mientras en otras deben analizarse como asignadores de rango directos, justamente porque carecemos de un SD argumento interno que pueda ejercer la asignación indirecta (cf. (29b)).

En última instancia, el problema supuesto por las construcciones verbo-partícula en inglés refleja problemas más profundos en la propuesta de Borer (2005b). Así, no contamos con una prueba independiente del estatus que las partículas tienen en uno y otro caso, sino que debemos postularlo sobre la base de consideraciones internas a la

teoría. Una predicción interesante consistiría en la posibilidad de que un nombre escueto en inglés recibiese una lectura definida/cuantizada en presencia de una partícula a la que quepa atribuir estatus de asignador directo de rango, tal como hemos visto que, en ruso, los nombres se interpretan como SSDD definidos en presencia de sufijos perfectivos. Esto probaría que la partícula debe interpretarse como asignador de rango y no como modificador, toda vez que, de acuerdo con las asunciones del modelo, el SN podría moverse a [Espec, Asp<sub>Q</sub>] y recibir asignación indirecta desde el núcleo ya valuado por la partícula. Sin embargo, esta posibilidad no se registra en inglés, aun cuando, como menciona Borer (2005b: 209), las construcciones de verbo-partícula sean plenamente compatibles con SSDD argumentos internos: *I wrote the letters up, I broke the window down, I took over the company*, etc., casos en que el SD, no obstante, aparece independientemente definido por un morfo-*f* (*the*) y nunca (con una lectura definida) sin artículo.

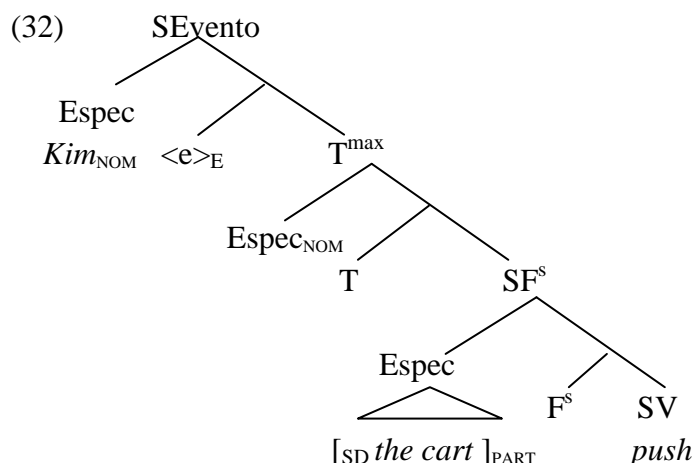
Otro aspecto relevante de la propuesta de Borer (2005b) se relaciona con estructuras que, llevando un argumento interno, se interpretan como atéticas. Esto nos servirá de base, además, para apreciar la posición estructural que Borer atribuye a la estatividad. Considérense los ejemplos siguientes (Borer 2005b: 97, (2a-b)):

- (30) a. Kim pushed the cart (\*in one hour/for two hours).
- b. Pat pulled the wagon (\*in one hour/for two hours).
- c. Juan empujó el carro (\*en una hora /durante dos horas).

En los ejemplos de (30), nos encontramos con verbos que van acompañados de SSDD cuantizados (*the cart, the wagon, el carro*), sin que obtengamos una lectura télica. En estos casos, no podemos decir que el SD se legitima estructuralmente como especificador de Asp<sub>Q</sub>, puesto que en dicho caso la variable <e><sub>#</sub> recibiría rango y la interpretación sería télica. Por lo tanto, Asp<sub>Q</sub> no puede proyectarse. La solución, de acuerdo con Borer, reside en postular la existencia de una proyección específica SF<sup>s</sup>, que aloja el SD de un predicado eventivo no télico. Aunque en inglés (y español) la morfología de acusativo de esta clase de argumentos sea homófona con la de los argumentos en posición de especificador de Asp<sub>Q</sub>, podemos encontrar lenguas donde la distinción aspectual se correlacione con una diferencia de caso. El finés proporciona la situación buscada (Vainikka & Maling 1993, de Hoop 1992, *apud* Borer 2005b). En esta lengua, la alternancia del caso en que se codifica el argumento interno, entre partitivo y acusativo, se correlaciona con lecturas atéticas y télicas, respectivamente, según se observa a continuación (Borer 2005b: 100, (3)-(4)):

- (31) a. Han luki kirjaa.  
           Él leer libro.PART  
           ‘Él estaba leyendo el/un libro’
- b. Han luki kirjan.  
           Él leer libro.ACUS  
           ‘Él leyó un/el libro’

Borer (2005b: 109) propone, pues, que los SSDD cuantizados en posición de argumento interno que no desencadenan lecturas télicas corresponden a los SSDD partitivos del finés. La autora sostiene que el partitivo corresponde a un caso estructural que se asigna en una proyección funcional específica, en ausencia de  $Asp_Q$ , y que denomina  $SF^s$ . El especificador de dicha proyección recibe caso estructural, además de una interpretación semántica por defecto (*Default participant*). La estructura es la siguiente (íbid.):



Ahora bien, la configuración sintáctica de (32) especifica un evento, cuya variable se introduce en SEvento, al que se asocian dos participantes. Uno de ellos es el participante por defecto, en  $SF^s$ ; el otro, el SD sujeto, que asciende a [Espec, SEvento] para asignar rango a la variable eventiva, de forma análoga a como asignamos rango a  $\langle e \rangle_\#$  en [Espec,  $Asp_Q$ ] mediante un SD cuantizado. De acuerdo con Borer, nada hay en esta estructura que codifique positivamente un valor “atélico”. La lectura de actividad de (32) no se obtiene por la inserción de  $SF^s$ , puesto que dicha proyección carece de todo contenido semántico. De hecho, la única diferencia entre la estructura de (32) y la que subyace a una oración inergativa como *Juan baila (ahora)* radica en la ausencia de  $SF^s$ , toda vez que una configuración inergativa, por ser intransitiva, carece del participante defectivo de una oración transitiva como *Juan empuja el coche*. De este modo, la atelicidad no constituye, en esta teoría, un objeto gramatical por derecho propio, sino una interpretación por defecto que se obtiene en ausencia de otras proyecciones funcionales que sí codifican valores aspectuales determinados. Así, un evento es, a menos que se especifique lo contrario, un evento atélico o, en términos vendlerianos, una actividad.

¿Cuál es el lugar que ocupan los estados en este modelo? Nótese que la asunción de que las actividades corresponden al tipo de situación por defecto tiende a contradecir la idea tradicional de que son los estados los predicados básicos que se manifiestan en ausencia de más estructura (Dowty 1979, Pustejovsky 1991, Moreno Cabrera 2003, entre muchos otros). Si asumimos la posición básica (o defectiva) que Borer atribuye a las actividades, los estados ya no pueden constituir las piezas elementales, no derivadas, del sistema aspectual. Al respecto, Borer (2005b: 82) contempla tres posibilidades:

- a) No existen diferencias entre estados y actividades; la gramática trata ambas clases como si se redujeran al mismo objeto computacional (cf. Bennett y Partee 1972, Reinhart 2000).
- b) Existe una estructura específicamente estativa, que bloquea la inserción de material verbal como Asp<sub>Q</sub>.
- c) SEvento introduce variantes eventivas específicas; en particular, la variable eventiva puede ser de tipo estativo o propiamente eventivo (cf. Parsons 1990).<sup>47</sup>

Borer adopta la segunda posibilidad. Así, para la autora, la gramática distingue entre estados y eventos, pero no entre eventos télicos y eventos atélicos. La alternativa (a), ya desechada por Smith (1999), predice que no existen contextos gramaticales que sean sensibles a la distinción estado/evento. Aunque, de acuerdo con algunos autores, existen lenguas que parecen desplazar la oposición entre estado y evento a la distinción télico/atélico (Lundquist 2012, Ramchand 2013, véase §3.2.3.5), tendremos ocasión de mostrar que existen diversos contextos que prueban de modo consistente que, al menos en español, la gramática sí es sensible a estas clases aspectuales (§3.2). Por otra parte, el rechazo de la opción (c) descansa sobre la adopción de un enfoque neo-davidsoniano generalizado para todos los tipos de situación. De este modo, todo predicado (verbal, e incluso, de acuerdo con otras aproximaciones, no verbal) debe representarse como predicado de un argumento eventivo subyacente <e> (cf. Martin 2008, Roy 2013, Horno Chéliz 2011). De este modo, el repertorio aspectual, incluyendo predicados estativos, asume las configuraciones sintácticas siguientes en el modelo comentado (Borer 2005b: 265, (25)):

- |      |                                   |   |
|------|-----------------------------------|---|
| (33) | a. Estativo:                      | [ <sub>SE</sub> <e> <sub>E</sub> [ <sub>ST</sub> [ <sub>SEst*</sub> [ <sub>SV/SA</sub> ]]]] |
|      | b. Eventivo, atélico (actividad): | [ <sub>SE</sub> <e> <sub>E</sub> [ <sub>ST</sub> [ <sub>SV</sub> ]]]]                       |
|      | c. eventivo, télico:              | [ <sub>SE</sub> <e> <sub>E</sub> [ <sub>ST</sub> [ <sub>AspQ</sub> [ <sub>SV</sub> ]]]]     |

En (33a), la proyección SEst\* codificaría el valor estativo del predicado. Para evaluar la adecuación del modelo de Borer en el estudio de esta clase aspectual, conviene que nos detengamos en algunas de sus premisas fundamentales y las examinemos a la luz del aparato teórico que hemos comentado hasta aquí.

Según hemos mencionado, una de las ideas principales del modelo consiste en afirmar que el significado estructural se obtiene en las proyecciones funcionales y su correspondiente combinación sintáctica. Los listemas, en cuanto tales, no aportan valor alguno, como no sea enciclopédico. Esto predice, pues, que los listemas, en principio, pueden asumir cualquier valor estructural. Si el resultado es inaceptable, se debe a problemas de interfaz entre el educto de la gramática y nuestro conocimiento de mundo.

---

<sup>47</sup> La autora no relaciona explícitamente esta posibilidad con la teoría de Parsons (1990). No obstante, podría contar como una implementación de ella, toda vez que Parsons atribuye a los estados una representación lógica con una variable argumental implícita, análoga a la que subyace a los eventos. Sin embargo, las variables son de clases distintas: *s* para estados, *e* para eventos (ver, para más detalles, §1.2.3). Kratzer (1996), al introducir la propuesta del SVoz, asume igualmente que las variables eventivas adoptan variantes, lo cual, en su teoría, permite la operación de Identificación Eventiva entre las variables introducidas por Voz y V.



Así, si empleamos *crecer* con un valor causativo (v.g. \**Juan creció al bebé*), el resultado es altamente inaceptable en español actual. Sin embargo, al introducir *crecer* bajo una estructura causativa no ejercemos ninguna violencia a principio gramatical alguno, sino solo al valor conceptual, enciclopédico, que hemos asociado con la entrada *crecer*, esto es, un evento de causación interna no controlado por agentes externos. Esta situación, sin embargo, puede perfectamente verse alterada. De hecho, otras épocas del español asignaban al verbo *crecer* un valor causativo hoy perdido.<sup>48</sup>

¿Hasta qué punto esta posición es consistente con los propios análisis desarrollados en la teoría? Un primer caso conflictivo, a este respecto, es la asunción de que la ausencia de estructura funcional que codifique valores aspectuales dará como resultado una actividad. No podemos achacar este valor defectivo a la propia variable  $\langle e \rangle_E$  introducida por SEvento, puesto que es la misma que, de acuerdo con (33a), encontramos en predicados estativos, y hemos asumido, igualmente, que la gramática distingue entre eventos (dinámicos) y estados. Por lo tanto, debemos atribuir cierto contenido gramaticalmente relevante a los propios listemas, que, dominados por SEvento, se interpretarán como eventos dinámicos atéllicos. Por supuesto, Borer no estaría de acuerdo con esta conclusión, en la medida en que su propuesta es que lo que llamamos actividad es simplemente ausencia de mayores especificaciones funcionales, y no un objeto gramatical por derecho propio. Si bien pueden introducirse las asunciones que se consideren necesarias para la teoría, el límite viene impuesto, en cualquier caso, por la consistencia interna de dichas asunciones. En este caso, el valor defectivo de actividad casa difícilmente con el supuesto de base de que los listemas no pueden contribuir de ninguna manera al significado estructural.<sup>49</sup>

Un problema similar encontramos en algunas observaciones sobre el funcionamiento de los verbos estativos. De acuerdo con Borer (2005b: 143), las frases adverbiales pueden funcionar bien como modificadores del predicado bien como asignadores indirectos de rango. Así, *in x time* es del primer tipo, puesto que, por una parte, puede combinarse con una secuencia que ya ha sido caracterizada como télica sin generar un conflicto de doble asignación de rango y, por otra, no puede combinarse con una estructura que carezca de un contexto telizador (Borer 2005b: (30a-b)):

- (34) a. Kim ran *once in two months*.

<sup>48</sup> Un ejemplo de ello puede encontrarse en los siguientes versos de Quevedo (2008: 58), fechado en 1603: “Di, ¿por qué mi dolor *creces* / Huyendo tanto de mí [...]”. Este uso, claramente causativo, se sentiría hoy completamente inaceptable. De este modo, parece correcto afirmar que nada hay en el listema *crecer* que le impida aparecer en una u otra construcción, aun cuando su valor sincrónico tienda a favorecer la idea de que una determinada estructura (inacusativa) forme parte de su valor intrínseco. Por otra parte, lo que en español constituye un fenómeno diacrónico (el paso de un valor causativo a uno inacusativo excluyente) tiene su reflejo en el fenómeno sincrónico de lenguas como el inglés, donde *grow* ‘crecer’ manifiesta una alternancia causativo-incoativa. Aunque *crecer* y *grown* se asocien con valores enciclopédicos análogos, las estructuras funcionales que los dominan variarían de una lengua a otra.

<sup>49</sup> Una adopción modificada del supuesto de que los eventos corresponden, por defecto, a ‘procesos atéllicos’ o ‘actividades’ se encuentra más adelante, en §2.7.5. Sin embargo, el modelo allí presentado no incluye listemas según los entiende Borer, de modo que el conflicto apuntado en este párrafo desaparece en buena medida.

- b. \*Kim ran *in two months*.

En (34a), *in two months* es aceptable, puesto que la oración es independientemente télica. En cambio, (34b) es agramatical, puesto que no hay ningún elemento que otorgue al predicado un valor cuantizado. Nótese que, en (34a), lo que vuelve télico el predicado es el adverbio *once*. Este adverbio funciona, por consiguiente, como asignador indirecto de rango, posibilitando que  $Asp_Q$  se proyecte. Un contraste similar puede encontrarse en el caso de un verbo estativo como *love* (Borer 2005b: (30c-d)):

- (35) a. #Kim loved Robin *in three months*.  
b. Kim loved Robin *twice in three months*.

Nuevamente, la variante con *twice* (35b) es gramatical, puesto que este adverbio funciona como asignador indirecto de rango, permitiendo una lectura télica del predicado; en cambio, la variante sin *twice* (35a) es inaceptable, puesto que *in three months* es un modificador y no legitima, en sí mismo, la proyección de  $Asp_Q$ . Sin embargo, el escenario propuesto por este contraste es más complejo que el ofrecido por el par de (34). Es interesante notar que (35a), en virtud de la propia coherencia interna de la teoría, no puede ser caracterizado como agramatical (\*). Nada impide, en principio, que el listema *love* sea insertado en un contexto donde  $Asp_Q$  se proyecte, puesto que nada hay, ni puede haber, en el listema *love* que promueva la proyección de  $SEst^*$ , dando lugar al carácter estativo del predicado. Lo mismo puede decirse de *ran* en (34b). Sin embargo, solo en (35a) contamos con un argumento interno cuantizado, *Robin*, que podría ejercer de asignador indirecto de rango, por concordancia especificador-núcleo con  $Asp_Q$ . Esto permitiría una lectura independientemente télica de (35a), que *debería* habilitar su combinación con el modificador *in three months*. Por lo tanto, como nada hay en (35a) que viole un principio gramatical, la oración solo puede ser pragmáticamente inaceptable. ¿Qué sucede con (35b)? En esta ocasión la oración es gramatical, puesto que *twice* es un asignador indirecto de rango que legitima la proyección de  $Asp_Q$ ; luego, *in three months* puede combinarse con el predicado, que es independientemente télico.

Conviene destacar dos problemas asociados al contraste de (35). El primero radica en que, si *twice* es un asignador indirecto de rango, también lo es *Robin*; sin embargo, solo (35a) es inaceptable. Puede objetarse que la recategorización de *Robin* como asignador indirecto de rango de  $\langle e \rangle_\#$  es más “costosa”, puesto que la variante estativa de *love* es también transitiva, y el hablante no tiene cómo decidir a qué tipo de argumento interno se enfrenta, puesto que la estructura superficial es opaca. No obstante, *in three months*, que es un modificador, bien podría dar esta clave interpretativa y favorecer al análisis de *Robin* como especificador de  $Asp_Q$ . El segundo problema es el estatus de *Robin* en (35b). Sabemos que la asignación indirecta de rango de *twice* posibilita la proyección de  $Asp_Q$ . Luego, la estructura *no* es estativa. Por lo tanto, *Robin* debe ocupar la posición de argumento interno de una estructura télica, esto es, [Espec,  $Asp_Q$ ]. Sin embargo, esto conduce a un conflicto de doble asignación de rango, puesto que  $\langle e \rangle_\#$  disfruta ahora de dos asignadores indirectos: *twice* y *Robin*, que

es un SD cuantizado. Esta situación sí contaría como una violación estrictamente gramatical.

Una vía de escape disponible en la teoría es que, al asignar a *Robin* la posición de [Espec, Asp<sub>Q</sub>], *twice* ya no pueda ser un asignador indirecto, sino un modificador. En este caso, la única diferencia entre (35a) y (35b) radicaría en que (35b) cuenta con dos modificadores, lo cual tornaría más transparente la lectura télica de *love* (es decir, aquella donde Asp<sub>Q</sub> se proyecta y *Robin* es un asignador indirecto de rango por concordancia especificador-núcleo). Este no sería un mal resultado, excepto porque, si tal fuese la única salida posible, entonces ya no podemos argumentar que *once* es un asignador indirecto en (34a) (*Kim ran once in two months*). Sin embargo, si *once* no legitima la proyección de Asp<sub>Q</sub> en (34a), nada más puede hacerlo, toda vez que *run* es un verbo inergativo y no contamos con un análogo estructural del *Robin* de (35) (ni con una partícula, como en *take over*). Por consiguiente, debemos asumir que adverbios como *once* y *twice* pasan de un estatus a otro según lo que necesitemos probar. Pero, en este caso, lo que se presentaba como evidencia empírica a favor de la teoría requiere asunciones *ad hoc* que parecen debilitarla. Un caso similar es el que comentábamos a propósito del posible análisis de las construcciones verbo-partícula como asignadores directos de rango en inglés. Las partículas, como los adverbios del tipo *once*, deben ser clasificadas unas veces como modificadores (v.g. *Kim wrote the letter up*) y otras como asignadores de rango (v.g. *The army took over*).

A nuestro juicio, los problemas que suscita el contraste de (35) se siguen del supuesto de que *love* es, de algún modo, “intrínsecamente estativo”. Bajo esta premisa, *Robin*, en (35b), se considera como el argumento interno de una estructura estativa, mientras que *once*, como un contexto que ejerce una coerción aspectual y que habilita, en última instancia, una lectura télica. Sin embargo, esta aproximación introduce inconsistencias en el modelo, puesto que una estructura télica solo puede serlo mediante la proyección de Asp<sub>Q</sub>, lo que sugiere los problemas asociados a la legitimación estructural del argumento interno, según hemos comentado más arriba.<sup>50</sup>

En síntesis, vemos que la teoría de Borer (2005) constituye una versión ampliada y detallada de las propuestas llamadas neo-construccionistas, en alineación con la MD. Sin embargo, las asunciones básicas de la teoría (la división del trabajo entre listemas y sintaxis), en conjunto con los mecanismos técnicos que las ponen en funcionamiento, conducen a ciertos problemas que, en última instancia, ponen en duda la validez de tales asunciones.

---

<sup>50</sup> La única vía de escape que ofrece la teoría, hasta donde se nos alcanza, para legitimar los argumentos internos en contextos donde existe un segundo asignador de rango consistiría en proyectar un SF<sup>s</sup>, en el que el SD recibiría caso partitivo. Tal sería el caso de *Kim loved Robin twice in three months* y de *John wrote the letters up*. En el primero, *twice* puede funcionar como asignador indirecto de rango, mientras *Robin* se ensambla en [Espec, SF<sup>s</sup>]; en el segundo, *up* podría ser un asignador directo de rango, dejando a *the letters* la misma posición. Sin embargo, este análisis tendría que responder por qué *Robin* y *the letters* reciben una interpretación de Tema y no la de “Default participant” que asociamos a *the cart* en *John pushed the cart*.

#### 2.4. Hacia un léxico postsintáctico: McCawley (1968)

Pasaremos ahora a revisar modelos de inserción léxica en que no necesitamos postular que existen unidades sin propiedades gramaticales en la derivación (raíces o listemas), sino en los que todas las entradas léxicas tienen un carácter postsintáctico (y no solo las piezas de vocabulario que sirven de materialización para las proyecciones funcionales o los morfemas abstractos). En la lingüística teórica más reciente, el modelo que ha desarrollado esta idea con mayor detalle es la Nanosintaxis (§2.5, §2.6). Sin embargo, antes de abordar sus propuestas, comentaremos el trabajo de McCawley (1968), que cuenta como un antecedente de interés a la hora de considerar las raíces conceptuales del modelo.

McCawley (1968) desarrolla la posibilidad de que las entradas léxicas correspondan a la expresión fonológica de un conjunto de proyecciones que codificaban el valor semántico de un predicado. El autor parte de la base de que no existe un nivel de representación sintáctica de Estructura Profunda, por lo que la estructura semántica de una oración se relaciona directamente con la Estructura Superficial mediante un conjunto de transformaciones. La estructura semántica de una oración corresponde a una estructura arbórea cuyos nodos terminales son o bien predicados o bien variables referenciales.<sup>51</sup> Si esto es así, entonces la inserción léxica debe corresponder a algún tipo de transformación, puesto que las entradas léxicas no corresponden, por definición, a nodos terminales. La pregunta, por lo tanto, es en qué punto de la derivación, y mediante qué mecanismos, tiene lugar la inserción léxica.

McCawley (1968: 261) sostiene que la inserción léxica no puede ser la primera transformación sintáctica, ni la última. Si se tratara de la última, entonces no se atestiguarían procesos sintácticos que dependiesen de la presencia de material léxico, lo cual parece no ser el caso. Así, la preposición *for* se elide cuando sigue a *want*, pero no a *desire*, como se observa en el siguiente contraste:

(36) a. I want (\*for) you to win the prize.

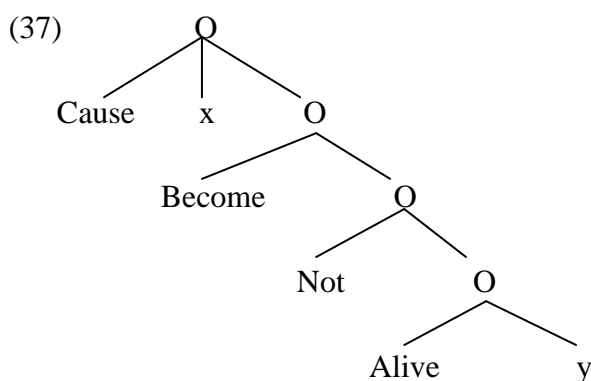
---

<sup>51</sup> La tradición que, sobre la base de estos supuestos, inaugura, entre otros, el trabajo de McCawley pasó a denominarse Semántica Generativa (Lakoff 1971, Dowty 1979), puesto que asumía que las estructuras básicas que la gramática produce o genera son de carácter semántico y no sintáctico, a diferencia del modelo “clásico” de Chomsky (1965), en el que el componente semántico es interpretativo (se limita a “leer” las estructuras sintácticas generadas por la base). Aunque finalmente la posición sintáctico-centrista se impuso en la teoría lingüística chomskiana, las aproximaciones más recientes a la sintaxis tienden a otorgar nuevamente un papel central a la interpretación semántica que poseen los núcleos sintácticos y a restaurar, en cierta medida, la posición que ocupaba la semántica para autores como Lakoff o McCawley. Así sucede, por ejemplo, con la Nanosintaxis (Starke 2005, Caha 2009, Pantcheva 2011) o con la orientación cartográfica de Cinque (1999) o Rizzi (1997), en las que la jerarquía de proyecciones funcionales recibe fuertes constreñimientos en última instancia semánticos. Sin embargo, una diferencia importante entre la Semántica Generativa tradicional y estas aproximaciones teóricas más recientes radica en que, aun cuando pueda hallarse una justificación conceptual para el orden que las proyecciones funcionales manifiestan, este no se asumirá como parte del análisis si no existen pruebas de tipo sintáctico que así lo muestren de modo independiente (relaciones de dominio entre constituyentes, fenómenos de extracción, etc.). La falta de este tipo de control metodológico fue lo que, finalmente, condujo a la Semántica Generativa al desarrollo de propuestas poco restrictivas empíricamente y, en definitiva, difícilmente falseables. Para una discusión detallada sobre estos problemas, pueden consultarse las críticas de Fodor (1970) o, desde una perspectiva más actual, Mateu (2002).

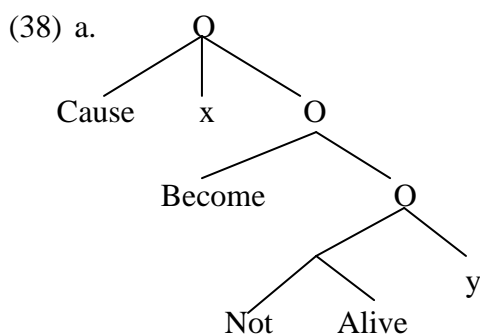
b. I desire for you to win the prize.

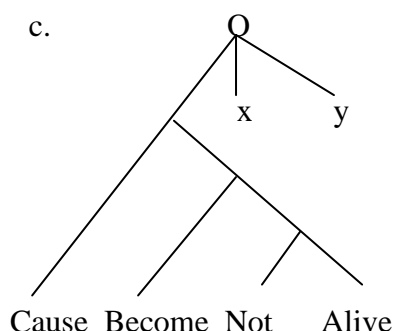
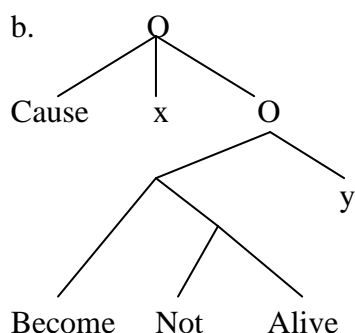
Puede suponerse que *want* y *desire* lexicalizan nodos semánticos equivalentes, pero la transformación que elide *for* se aplica solo en el caso de *want*. Por lo tanto, la inserción léxica no puede constituir el último paso de la derivación sintáctica, toda vez que hay procesos que dependen de la inserción de ciertas unidades léxicas y no de otras.

La alternativa, es decir, que la inserción léxica corresponda al primer paso de la derivación, es igualmente rechazada. El trabajo de McCawley (1968) está en buena medida dedicado a mostrar que el material semántico expresado por las entradas léxicas es en numerosos casos demasiado complejo como para corresponder a un nodo terminal simple de la representación inicial, por lo que el aducto de la inserción léxica ha de corresponder al educto de ciertas transformaciones *pre-léxicas*. El ejemplo con el que el autor desarrolla esta idea es la estructura arbórea de *kill* ‘matar’, que semánticamente puede analizarse como ‘causar que *x* pase a no estar vivo’ (para una crítica al respecto, cf. Fodor 1970). Dicha estructura semántica se codificaría en (37) (McCawley 1968: 263):



El mecanismo mediante el cual los distintos predicados de (37) pasan a servir de entrada para la operación de inserción léxica es la transformación que McCawley denominó *elevación de predicado* (*predicate raising*). Mediante esta transformación, un predicado se une al predicado que lo domina inmediatamente. Así, aplicando esta operación a (37) en etapas sucesivas, obtenemos las estructuras de (38) (McCawley 1968: 264):

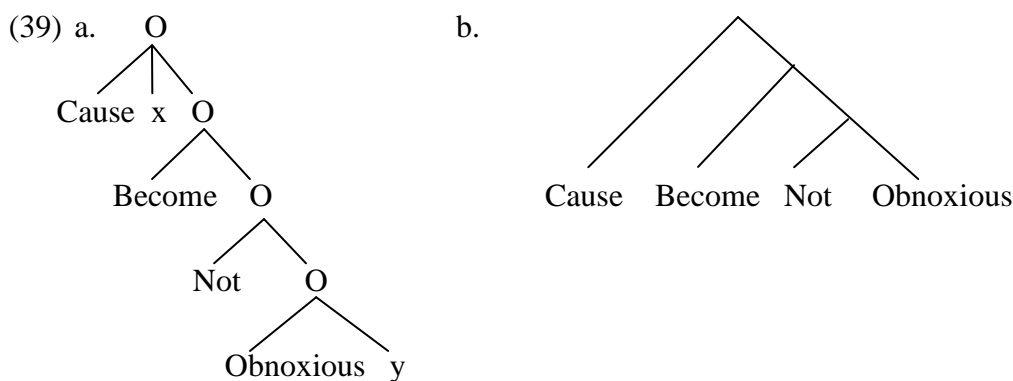




La aplicación sucesiva de la elevación de predicado produce un nodo, en (38c), en el que podemos insertar la unidad léxica *kill* ‘matar’. Nótese que los pasos intermedios de esta derivación sirven de igual modo para insertar piezas léxicas que pueden expresar analíticamente el valor semántico que *kill* compendia de forma sintética. Así, (37) puede expresarse como *Causar que alguien pase a no estar vivo*; (38a), como *Causar que alguien pase a estar muerto*; y finalmente, (38b), como *Causar que alguien muera*. Debe tenerse presente que los predicados de (37) y (38) no corresponden todavía a ninguna expresión pronunciable, sino a los nodos terminales de una estructura semántica. Por lo tanto, la expresión analítica de (37) necesita inserción léxica en cada uno de sus nodos, en la misma medida en que la necesita el educto de la elevación de predicado representada en (38c).

La transformación descrita por McCawley (1968: 265) es *facultativa*, puesto que podemos bien insertar unidades léxicas para cada nodo, bien para el resultado de aplicar sucesivamente la elevación del predicado. Sin embargo, la única restricción, que McCawley (1968: 266) estima de valor universal, es que las estructuras superficiales “estarán bien formadas solo si todos sus nodos terminales llevan piezas léxicas”.<sup>52</sup> Así, ciertas estructuras quedan excluidas únicamente porque el léxico de una lengua dada no dispone de una entrada que materialice un cierto nodo terminal. Por ejemplo, consideremos las siguientes estructuras (McCawley 1968: 266):

<sup>52</sup> Una aplicación de esta idea en español, mediante el denominado Principio de Lexicalización Exhaustiva, se encuentra en Fábregas (2007), adoptada igualmente en Pantcheva (2011).



La estructura de (39a) puede dar lugar a una estructura superficial bien formada, puesto que podemos asignar a cada nodo una entrada léxica (v.g. *causar que alguien pase a no ser detestable*). Sin embargo, si aplicáramos la elevación de predicado a los nodos de (39a) para obtener la estructura de (39b), no podríamos derivar una estructura superficial bien formada, puesto que, en inglés, no hay una entrada léxica única para expresar ‘causar que alguien pase a no ser detestable’.

En síntesis, vemos que McCawley (1968) plantea un modelo de inserción léxica donde las entradas de una lengua materializan conjuntos de núcleos estructurales (en el modelo descrito, núcleos semánticos). La transformación que crea nodos complejos a partir de proyecciones independientes (elevación de predicado) tiene carácter facultativo e irrestricto. La única condición que rige para las estructuras resultantes es que todos los núcleos reciban expresión léxica, lo cual determina que en una lengua ciertas estructuras no sean pronunciables (aunque sí puedan serlo en otras, donde la entrada léxica correspondiente al nodo complejo sí exista). Nótese que, en este modelo, no hay elementos *léxicos* que ocupen nodos terminales en la estructura inicial, como sí ocurría, según comentábamos en subapartados anteriores, en los modelos que defienden la existencia de raíces (o listemas). Así, ni *Alive*, en (37), ni *Obnoxious*, en (39), deben confundirse con las entradas léxicas *alive* u *obnoxious*, cuya inserción es siempre posterior.

Hemos comentado los problemas que se asocian con la presencia de elementos carentes de propiedades gramaticales (raíces o listemas) en la derivación sintáctica. El modelo de McCawley (1968) puede sobrellevar estos problemas aunque, en principio, plantea otros, especialmente, a partir del carácter irrestricto de las operaciones que propone. Si no hay modo de restringir la aplicación de las operaciones que preceden a la inserción léxica, el modelo se torna infalseable, tal como sucedía con las operaciones del componente morfológico en la MD (cf. la denominada “paradoja de la Fusión” de Chung 2007). Puede decirse, así, que lo que la MD hace con el educto de la sintaxis lo hace la Inserción Léxica de McCawley con el educto de la Semántica. En ambos casos, las estructuras resultantes deben “acomodarse” mediante reglas no locales a efectos de posibilitar la inserción de piezas de vocabulario. De este modo, tanto las operaciones respectivas como la secuencia de nodos estructurales deben formularse dentro de un modelo más restrictivo, que permita enunciar predicciones contrastables empíricamente. Este es el avance que introduce la Nanosintaxis, a la que pasamos a continuación.

## 2.5. Algunas nociones de Nanosyntaxis

El modelo de inserción léxica desarrollado por la Nanosyntaxis (Starke 2001, 2009, 2010; Caha 2009, Pantcheva 2011) sigue buena parte de las ideas avanzadas en el trabajo de McCawley (1968) comentado en el subapartado anterior. Sin embargo, mientras que la estructura profunda del modelo transformacional clásico es allí sustituida por una estructura semántica, la Nanosyntaxis considera que la estructura lexicalizada es de carácter sintáctico. Cada rasgo proyectado en un núcleo contiene, no obstante, información semántica, pero el número de estos núcleos y el orden en que se disponen se justifican mediante principios sintácticos. Esto posee la ventaja de sentar las bases para una teoría más restrictiva y con carácter predictivo, en comparación con la Semántica Generativa (McCawley 1968, Lakoff 1971), cuyas operaciones (irrestringidas y facultativas) ofrecían un modelo gramatical en buena medida infalsable (cf. Fodor 1970, Mateu 2002).

En este subapartado, introduciremos brevemente algunas de las propiedades fundamentales de la Nanosyntaxis, tal como se encuentran descritas en Pantcheva (2011, en especial, Parte II), que recoge las aportaciones de Starke (2001, 2009, 2011), Fábregas (2007) y Caha (2009, 2010), entre otros.

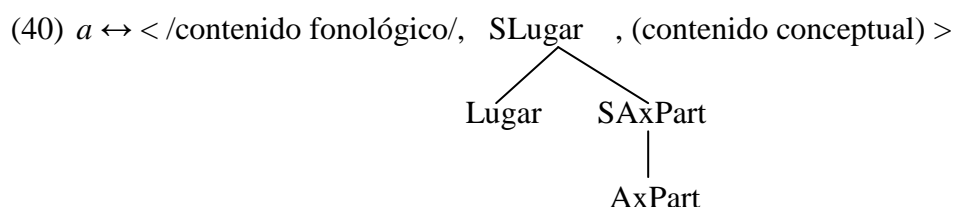
El modelo de la Nanosyntaxis, como hacía también la MD, propone una estrategia para resolver la falta de correspondencia entre la estructura sintáctica y su expresión léxica. En otras palabras, formula principios teóricos que nos permitan entender cómo se adecuan las piezas de vocabulario a un material funcional del que no siempre cuentan como un reflejo directo, en una relación uno-a-uno. Hemos visto que una manera de atender este problema, propuesta por la MD, consiste en introducir operaciones en el componente morfológico que “acomoden” la información sintáctica a la inserción léxica. Así, si un exponente *a* identifica los rasgos *X* e *Y*, los núcleos sintácticos que poseen estos rasgos pueden fusionarse y crear un núcleo complejo que sirva de aducto para la inserción léxica de *a*. Sin embargo, esta estrategia equivale a introducir operaciones no locales que, en última instancia, conducen a una paradoja (Chung 2007, Caha 2009, Radkevich 2009). En concreto, si bien la inserción léxica es *posterior* a las operaciones del componente morfológico, la aplicación de estas debe contar, justamente, con las condiciones impuestas por la inserción léxica (v.g. piezas de vocabulario disponibles en la lengua). Una estrategia alternativa consiste en aducir que la información sintáctica no lexicalizada por piezas de vocabulario es identificada por “morfemas cero” (Kayne 2004). Sin embargo, el uso de este mecanismo demanda suposiciones adicionales sobre las condiciones en que pueden y no pueden insertarse morfemas cero, lo que, en última instancia, introduce recursos *ad hoc* en la teoría (Starke 2011).

La opción propuesta por el modelo comentado es asumir que las entradas léxicas pueden identificar “trozos de estructura”, es decir, que el léxico puede cubrir directamente más de un nodo funcional. Una forma de implementar esta idea es la denominada Materialización Sintagmática (*Phrasal Spell-out*), desarrollada por Starke (2011) y Caha (2009), a partir de ideas formuladas por Weerman & Evers-Vermeul (2002) y Neeleman & Szendrői (2007). De acuerdo con este mecanismo, una entrada



léxica puede insertarse en el nivel de la frase, proporcionando expresión léxica a todos los nodos que están dominados por esa frase. La Materialización Sintagmática no constituye la única estrategia mediante la cual una entrada léxica puede identificar más de un nodo sintáctico a la vez. Como veremos con mayor detalle en el subapartado siguiente, pueden alcanzarse resultados empíricos similares mediante el recurso del Re-ensamble (*Re-merge*), en el que una entrada se proyecta en más de una posición sintáctica (Ramchand 2008).

La Materialización Sintagmática descansa sobre una concepción del Léxico en la que cada entrada corresponde a una pieza de estructura almacenada, con la que se asocia un índice fonológico y, en determinadas circunstancias, un contenido conceptual. Así, una pieza léxica es, de forma más o menos literal, un trozo de sintaxis que se emplea de forma recurrente en una lengua. El aspecto de una entrada léxica sería el siguiente (Pantcheva 2011: 107, (21)):

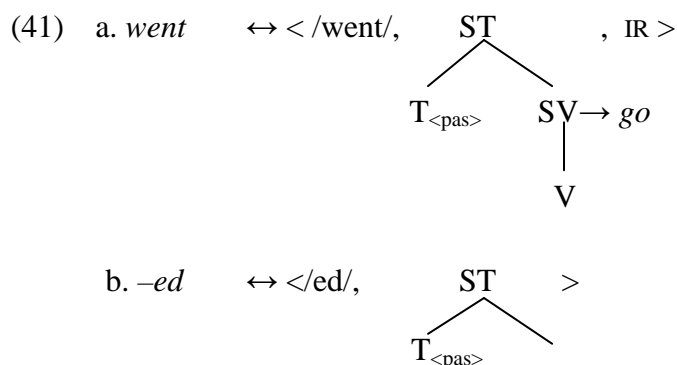


Como se observa en (40), la entrada *a* lleva asociado un árbol sintáctico (en el ejemplo ofrecido por Pantcheva, éste corresponde a un segmento de la secuencia funcional en que se descompone la Trayectoria). De este modo, *a* puede insertarse en aquellos contextos sintácticos que hayan formado la estructura [SLugar [SAxPart]]. El requisito de inserción léxica, pues, consiste en la coincidencia de la estructura sintáctica almacenada en la entrada léxica con la estructura sintáctica formada en la derivación. Sin embargo, esta asunción se ejecuta de acuerdo con determinados constreñimientos que desencadenan fenómenos como el sincretismo y la competición léxica. Pasaremos ahora a describir los principios teóricos que dan cuenta de tales constreñimientos.

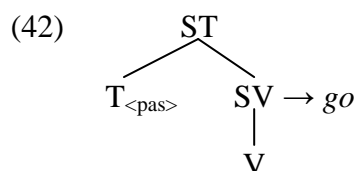
La inserción léxica se efectúa con carácter cíclico, en particular, cada vez que tiene lugar un ensamble externo (*external merge*). En otras palabras, cada vez que añadimos un nuevo elemento a la derivación, la gramática busca en el Léxico una entrada (es decir, un segmento de estructura sintáctica) que sea coincidente con la estructura formada. Dado que se asume un orden de derivación sintáctica “de abajo hacia arriba”, la inserción léxica se produce igualmente en este orden. Para que la derivación pueda continuar, todos los elementos de la estructura deben recibir lexicalización (Principio de Lexicalización Exhaustiva, Fábregas 2007). No obstante, el sistema “recuerda” las inserciones léxicas previas, de forma tal que, para cada nuevo ciclo, no necesitamos volver a introducir piezas léxicas en aquellas estructuras ya lexicalizadas (a menos que un principio independiente así lo exija).

En casos donde, para una estructura sintáctica dada, existen dos entradas léxicas en competición, rige el principio de Gana el Mayor (*the Biggest Wins*) (Starke 2009, Caha 2009, Taraldsen 2010). Esta restricción puede apreciarse mejor a través de un

ejemplo, que tradicionalmente se ha tratado como un caso de bloqueo (cf. Andrews 1990, Posers 1992, Kiparsky 2005). Como es sabido, el pasado de muchos verbos ingleses es irregular. Así, decimos *went* y no *\*go-ed*, a pesar de que contamos con las entradas *go* y *-ed* para formar composicionalmente la forma en pasado del verbo. En términos del modelo presentado, las entradas de *went* y *-ed* serían las siguientes:<sup>53</sup>



Ambas entradas léxicas compiten por su inserción en el contexto de (42):



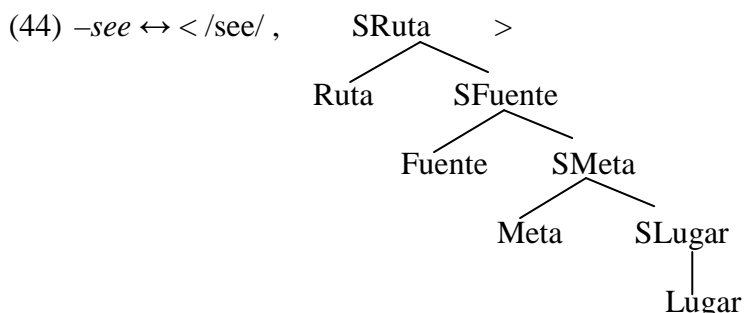
En la estructura de (42), hemos ensamblado el nodo  $T_{\langle \text{pas} \rangle}$  sobre el SV que ha sido lexicalizado mediante *go*. De acuerdo con Gana el Mayor, la entrada de (41a) tiene preferencia sobre la de (41b), puesto que puede lexicalizar toda la estructura de (42), y no solo el núcleo T. Sin embargo, la inserción de *went* en lugar de *-ed* tiene como consecuencia la elisión de la entrada léxica *go*, que se explica mediante el mismo principio. *Went* es un mejor exponente para [ST [SV]] de lo que lo es *go*, por lo tanto gana.

En ocasiones, una lengua carece de una entrada léxica que puede insertarse en un nodo específico. En estos casos, puede introducirse una entrada léxica “mayor” que la que correspondería a la estructura en cuestión. El principio que permite esta estrategia se denomina *Principio del Superconjunto*, y puede sintetizarse como sigue (Starke 2009, Caha 2009):

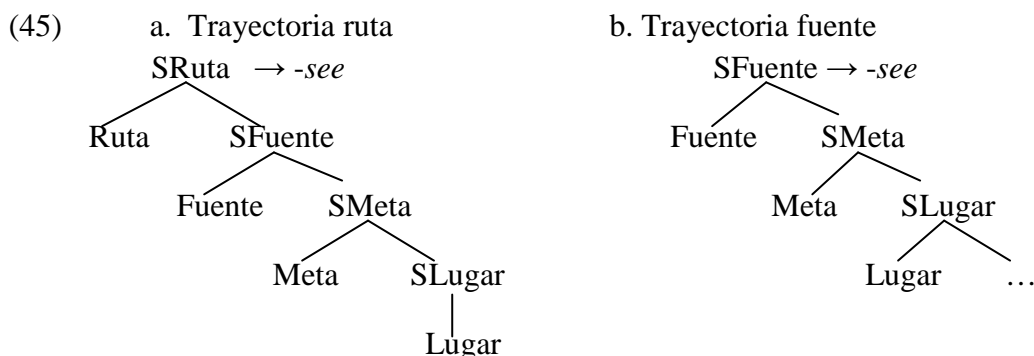
- (43) *Principio del Superconjunto*: Una pieza de vocabulario coincide con un nodo si su entrada léxica está especificada para un constituyente que contiene ese nodo.

<sup>53</sup> Nótese que no agregamos un contenido conceptual a la entrada *-ed*, puesto que corresponde a una pieza cuya semántica, codificada en el núcleo T, es estrictamente formal, y se aplica de modo regular a todas las formas verbales sin exhibir, al parecer, idiosincrasias conceptuales. La ausencia o presencia de contenido conceptual podría contar, así, como una manera de captar en este modelo la diferencia entre categorías “funcionales” y “léxicas”, aunque, en rigor, todas las entradas léxicas corresponden al almacenamiento de material sintáctico-funcional.

Un ejemplo de cómo opera este principio puede encontrarse en la inserción del sufijo ablativo *-see* en Hindi, según comenta Pantcheva (2011: 120). La entrada léxica de este sufijo se formulará del siguiente modo:



De acuerdo con el Principio del Superconjunto, *-see* puede insertarse en una estructura perfectamente coincidente con los rasgos almacenados en la entrada de (44), como la que encontramos en (45a), pero también en una derivación que ensambla solo algunos de los rasgos contenidos en la entrada, como la de (45b):



De acuerdo con Pantcheva (2011: 121), el sincretismo reflejado en las estructuras de (45), ambas lexicalizadas por el sufijo *-see*, se da efectivamente en Hindi. La Nanosintaxis provee, así, de un mecanismo explícito para dar cuenta del sincretismo morfológico que las lenguas atestiguan. La suposición teórica subyacente es que, si no contamos en el vocabulario de una lengua con una entrada capaz de lexicalizar una determinada estructura, podemos emplear una entrada cuya especificación de rasgos contenga esa estructura. Si la secuencia funcional de rasgos se define independientemente, el Principio del Superconjunto permitirá predecir que podrán atestiguar unos sincretismos, pero no otros, como ha propuesto, para los sistemas de caso, Caha (2009).

Por otra parte, si la lengua cuenta con una entrada léxica que contiene solo los rasgos que deben lexicalizarse, dicha entrada tendrá preferencia frente a otra que pueda insertarse en virtud del Principio del Superconjunto. Esta relación de preferencia corresponde, dentro del modelo, a una ejecución del *Elsewhere principle* (Kiparsky 1973), de acuerdo con el cual las reglas más específicas se aplican con exclusión de aquellas más generales, en contextos en los que ambas serían adecuadas. En el marco de la Nanosintaxis, este constreñimiento recibe el nombre de Minimícese la Subinserción (*Minimize Underattachment*). Como vemos en (45b), la inserción de *-see* deja un rasgo

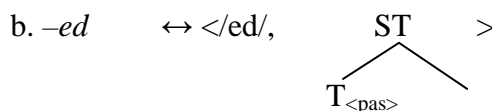
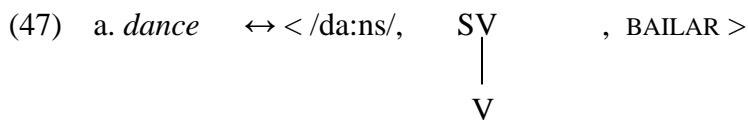
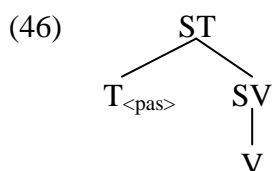
propio de la entrada sin emplear (Ruta). Si contásemos con una entrada que identificara los rasgos [Fuente, Meta, Lugar], y solo estos, entonces la inserción de dicha entrada hipotética tendría preferencia frente a la aplicación del Principio del Superconjunto, que posibilita la inserción de la pieza mayor –see.<sup>54</sup>

A primera vista, el principio de Minimícese la Subinserción parece entrar en conflicto con Gana el Mayor. Nótese, sin embargo, que los dominios de aplicación de ambos principios no son los mismos. En el segundo caso, hemos ensamblado en la sintaxis una estructura cuya lexicalización corresponde a la entrada que mejor coincida con ella, es decir, que satisfaga mediante una inserción el mayor número de rasgos. En el primero, en cambio, la sintaxis ensambla una estructura “menor” (v.g. [c [b [a]]]) que podría, en principio, ser lexicalizada por una entrada “mayor” (v.g.  $y \leftrightarrow [d [c [b [a]]]]$ ), pero ante la cual tiene preferencia una entrada más ajustada (v.g.  $x \leftrightarrow [c [b [a]]]$ ). En otras palabras, si la sintaxis ha ensamblado un número  $n$  de rasgos, ganan siempre las entradas que mejor se ajusten a ese número.

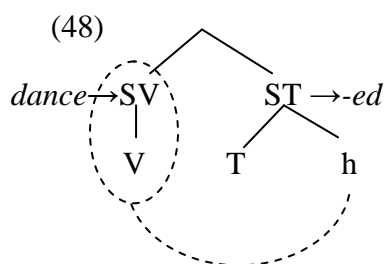
Un aspecto importante del modelo presentado radica en la identificación de operaciones sintácticas guiadas exclusivamente por la inserción léxica. En particular, junto al movimiento que se desencadena por cotejo de rasgos sintácticos (por ejemplo, de un sintagma-*qu* al especificador de una proyección de la periferia izquierda), la Nanosintaxis reconoce la existencia del Movimiento guiado por inserción léxica (*Spell-out driven movement*) (Caha 2009, Starke 2011). Esta clase de movimiento está motivada por la necesidad de restringir la identificación de una cierta pieza léxica al segmento estructural que identifica, “evacuando” aquellos elementos que no forman parte de los nodos de la entrada. Pensemos, por ejemplo, en el caso del pasado inglés. Hemos visto que la formación de *\*goed* se veía bloqueada por la inserción de *went*, que lexicalizaba todos los rasgos que *go* y *-ed* identificaban por separado. Por Gana el Mayor, *went* tenía preferencia. Sin embargo, el Léxico inglés no siempre cuenta con entradas que puedan lexicalizar la secuencia [ST [SV]] de modo sintético, por lo que cabe preguntarse qué sucede cuando la estructura recibe lexicalización de forma analítica. Asumamos, pues, la derivación representada en (46), y las entradas disponibles en (47):

---

<sup>54</sup> En MD, la aplicación del *Elsewhere Principle* se formula de modo inverso, aunque los alcances empíricos sean similares. Así, una entrada léxica tiene preferencia si contiene *más* rasgos, y no, como en la Nanosintaxis, menos. Sin embargo, esta formulación se debe al hecho de que la MD admite nodos sintácticos que porten matrices de rasgos, mientras que la Nanosintaxis reserva un rasgo para cada núcleo. De este modo, “ser más específico” tiene, en MD, el significado técnico de “portar más rasgos coincidentes con el núcleo sintáctico”, mientras que en Nanosintaxis equivale a “portar menos rasgos, evitando la aplicación del Principio del Superconjunto y la consecuente inserción de piezas léxicas más generales (con más rasgos)”. Una diferencia teórica importante radica, no obstante, en que la Nanosintaxis evita la introducción de reglas no locales. Así, no necesitamos alterar el árbol sintáctico que será lexicalizado mediante una cierta pieza de vocabulario, sino dejar sin usar ciertos rasgos de la entrada una vez que la búsqueda a través del Léxico no ha podido dar con una entrada más ajustada.



Como la inserción léxica tiene lugar de forma cíclica, al ensamblar V realizamos una primera inspección en el léxico y observamos que, por el Principio del Superconjunto, podemos insertar *dance* en el nodo V. Luego, al proyectar SV, volvemos a insertar *dance*, elidiendo la primera inserción de la misma pieza en el núcleo (Gana el Mayor). Sin embargo, al ensamblar ST, no contamos con una pieza que pueda tomar toda la estructura de (46), como sucedía en el caso de *went*. La inserción de *-ed* supone, pues, un problema: a partir de la geometría de (46), ST domina a SV, pero, en la especificación sintáctica de (47b), vemos que *-ed* solo proporciona materialización al segmento ST. La única salida consiste en evacuar el segmento SV de la configuración de (46) y permitir, así, que *-ed* se inserte en ST sin que se produzca una falta de coincidencia con lo que ST domina en la sintaxis. Esta operación es, pues, lo que denominamos Movimiento guiado por inserción léxica, que, en nuestro ejemplo, se ejecutaría del modo siguiente:



Nótese, además, que el movimiento representado en (48) nos ofrece el correcto orden de constituyentes que de hecho observamos en la formación del pasado inglés. Así, no tenemos *\*eddance*, como podría predecir el orden de constituyentes de (46), sino *danced*. De modo general, el orden de constituyentes se obtiene aplicando el concepto de Linearización desarrollado por Kayne (1994), en el que los elementos sintácticos se realizan fonológicamente siguiendo las relaciones de mando-c que median entre ellos. En (48), SV manda-c a ST y lo precede, consecuentemente, en el orden lineal de constituyentes dado en la interfaz; si SV permaneciera *in situ*, la relación de mando-c sería la inversa y el orden lineal, en consecuencia, también.

Para que el Movimiento guiado por inserción léxica tenga los efectos deseados, debe introducirse la asunción adicional de que las huellas no sean tomadas en cuenta por

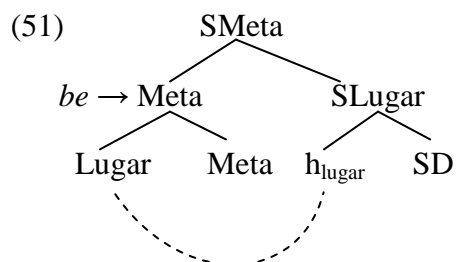
la operación de inserción léxica (Caha 2009). En el movimiento sintáctico tradicional, las huellas forman parte de la estructura como lo haría el constituyente desplazado (a efectos, por ejemplo, de la asignación de papel temático en los SSDD desplazados a posiciones no argumentales: *Qué<sub>i</sub> compró h<sub>i</sub> Juan*). Sin embargo, este no puede ser el caso a efectos de la inserción léxica. Si en la estructura de (48) h debiese recibir lexicalización, volveríamos a enfrentarnos al problema que desencadenó el movimiento de SV en un principio. Así, cada vez que quisiéramos insertar *-ed* tendríamos que evacuar la huella de SV hasta el infinito. Por lo tanto, debemos postular que la operación de inserción léxica ignora las huellas.<sup>55</sup>

- (49) Be maedraesse  
a escuela  
'a la escuela'

- (50)  $be \leftrightarrow \langle /be/, \text{Meta} \rangle$
- Lugar    Meta

<sup>55</sup> Una pregunta interesante es si la operación de inserción léxica ignora la estructura formada por adjunción del elemento evacuado mediante Movimiento guiado por inserción léxica; es decir, una estructura como la de (48). De acuerdo con la exposición ofrecida en Pantcheva (2011), los sintagmas desplazados ocupan una posición de adjunto en el sintagma que los domina. Así, (48) recibiría la categoría de ST. De acuerdo con la autora, esta estructura está sujeta, igualmente, al Principio de Lexicalización Exhaustiva, de modo que debemos inspeccionar el léxico para materializar [ST SV [ST T h<sub>sv</sub>]]. Esta circunstancia desencadena una nueva evacuación del SV, para poder lexicalizar ST mediante *ed*. Sin embargo, una vez que realizamos esta maniobra, nos encontramos con un problema de detención. La estructura que se genera mediante esta segunda evacuación sigue estando categorizada como ST, por lo que debemos inspeccionar el léxico nuevamente, desencadenando una tercera evacuación de SV, y así hasta el infinito.

en el que ha tenido lugar un movimiento de núcleo a núcleo desde SLugar a SMeta, como se observa en (51):



De acuerdo con Caha (2010), la inserción de *be* en el nodo complejo [Lugar-Meta] satisface la lexicalización de la estructura sin necesidad de evacuar el SD en posición más baja, obteniéndose, de este modo, el orden preposición + SD.

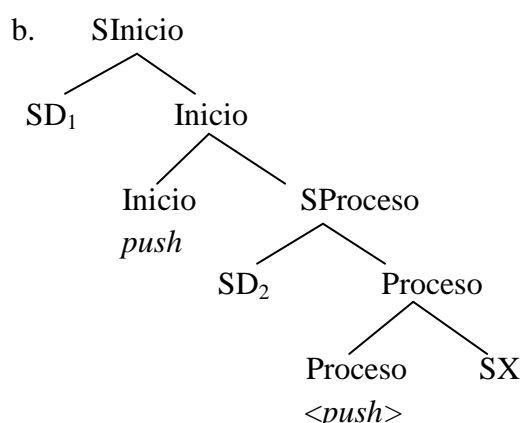
A continuación, revisaremos la versión que para la inserción léxica propone Ramchand (2008). En la propuesta de esta autora, las entradas léxicas contienen distintos rasgos que determinan sus posiciones de ensamble, así como las frases que los núcleos respectivos deben proyectar. La inserción léxica satisface, así, la condición de materializar “trozos de estructura”, tal como lo hace la Materialización Sintagmática. No obstante, dado que en el modelo de Ramchand (2008) las entradas léxicas no se insertan en el nivel de la frase, no necesitamos evacuar el material sintáctico dominado por la frase cuya lexicalización tiene lugar. De este modo, no tenemos la consecuencia de que la lexicalización de material funcional se añada en posición de sufijo, aunque, por otra parte, perdemos las predicciones que la versión del modelo expuesta en Pantcheva (2011) realizaba sobre el orden de constituyentes.

## 2.6. Inserción léxica en Ramchand (2008) (II)

El modelo de Ramchand (2008), que ya hemos comentado a propósito de la descomposición de la estructura aspectual en §1.2.2.2, defiende un mecanismo de inserción léxica que se acerca más a las propuestas avanzadas por McCawley (1968) que a las teorías más recientes desarrolladas por Marantz (1997) o Borer (2005). Así, la autora (2008) postula que las entradas léxicas materializan conjuntos de núcleos funcionales ensamblados en la sintaxis, análogos a los núcleos semánticos que constituían la representación estructural inicial en el modelo de McCawley. En este modelo, las entradas léxicas no aparecen en la posición de complemento del primer ensamble sintáctico, sino que materializan directamente los núcleos de las proyecciones que llevan asociadas. Consecuentemente, tampoco es viable la asunción de que las raíces, en el espíritu de Marantz (1997) o Borer (2005), constituyan elementos carentes de todo tipo de información gramatical. En el modelo de Ramchand (2008), si bien es la sintaxis el único componente que genera estructura, las entradas léxicas portan rasgos categoriales que determinan el conjunto de núcleos sintácticos a los que prestan materialización.

Esta forma de entender la inserción léxica tiene antecedentes más directos, como menciona la autora (Ramchand 2008: 59), en la Nanosintaxis (Starke 2001; cf. Starke 2009, Caha 2010, Pantcheva 2011). De acuerdo con Starke (2001), el Ensamble se relaciona con estructuras de conjuntos, lo que posibilita que un mismo núcleo proyecte más de una frase, toda vez que nada impide que un mismo elemento pertenezca, simultáneamente, a más de un conjunto. A esta “re-proyección” se la denomina Re-ensamble (*Remerge*), análoga al Ensamble Interno (*Internal Merge*) en otras formulaciones minimistas (Chomsky 1995). Para clarificar estos conceptos, veamos el ejemplo de la inserción del verbo *push* ‘empujar’ (Ramchand 2008: 61):

(52) a. *push*  $\longleftrightarrow$  [+proc, +inic]



La entrada léxica *push* contiene dos rasgos, [proc] e [inic], que determinan que proyecte dos núcleos sintácticos. Así, un primer Ensamble tiene lugar en el núcleo Proceso. Después, ensamblamos un SD en posición de especificador, que será interpretado como Paciente del proceso de empujar, con lo que obtenemos un SProceso. Más arriba en la configuración, *push* vuelve a proyectarse como Inicio, donde el ensamble de un segundo SD en posición de especificador determina la creación de un SInicio. Aunque la autora emplea el símbolo <...> para marcar la posición del primer ensamble, la operación de Reensamble no debe equipararse con el movimiento y copia de núcleos (Ramchand 2008: 59). De este modo, la primera posición de *push* se marca como una copia solo como recurso expositivo. En rigor, *push* se proyecta, simplemente, en dos posiciones sintácticas distintas, puesto que su entrada cuenta con dos rasgos categoriales distintos.<sup>56</sup> Esta es la ventaja teórica que se introduce al entender la formación sintagmática como estructuras de conjuntos: no necesitamos apelar al movimiento de núcleos para dar cuenta de la re-proyección de un elemento en posiciones estructurales distintas. Así, aunque en la práctica la lexicalización de estructura funcional consiste, como en el modelo de McCawley (1968), en la asociación de una entrada con un conjunto de núcleos, la unificación previa de dichos núcleos mediante la aplicación

<sup>56</sup> No obstante, para efectos de la linearización y posterior pronunciación de la estructura formada, cabe esperar que la “copia” más alta (esto es, la posición de ensamble jerárquicamente más prominente) sea la que determine la materialización fonológica de la pieza léxica (Ramchand 2008: 59, n. 6).

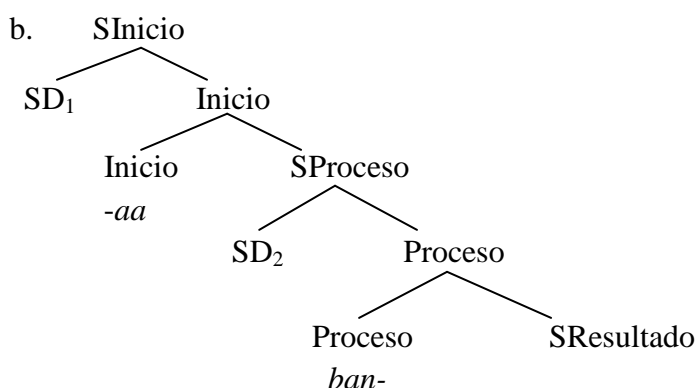


sucesiva de una transformación preléxica (v.g. elevación de predicado) se vuelve prescindible.

Nada nos obliga, no obstante, a lexicalizar la estructura verbal descompuesta en los tres núcleos funcionales identificados en el modelo (Inicio, Proceso, Resultado) mediante un único exponente. Así, en diversos casos la estructura se expresará analíticamente, bien mediante afijos morfológicos, bien mediante elementos sintácticamente diferenciados.<sup>57</sup> Ejemplos de estos casos se muestran a continuación:

(53) Causativización en Hindi/Urdu (Ramchand 2008: 171)

- a. anjum-ne      makaan      ban -aa -yaa  
 Anjum-ERG casa      hacer-*aa*-PERF.M.SG.  
 ‘Anjum construyó una casa’

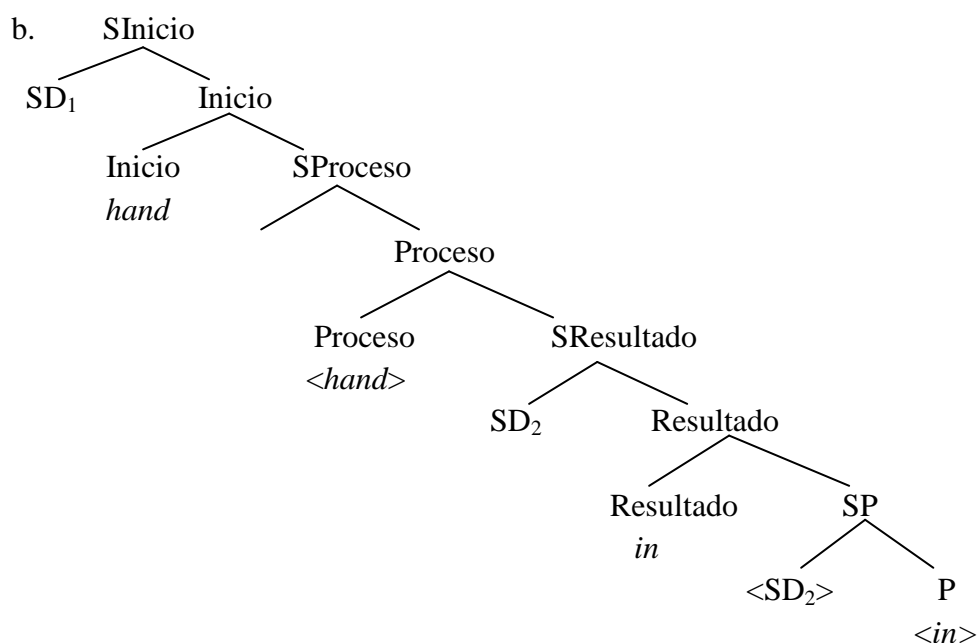


En la lengua Hindi/Urdu, la representación básica de los verbos de cambio de estado es la inacusativa. Así, *ban* podría parafrasearse en español por ‘hacerse’ o ‘ser hecho’. Al añadir el sufijo *-aa*, obtenemos la variante causativa (53a). En términos de lexicalización de estructura funcional, por lo tanto, podemos decir que *ban* posee solo el rasgo [proceso], de modo que no puede proyectar un *SInicio*. Para ello, añadimos el morfema *-aa*, que tendría un rasgo [inicio] y podría, por lo tanto, combinarse con *ban* respetando la composicionalidad sintáctica y semántica de la estructura funcional verbal. Un ejemplo similar se encuentra en las construcciones verbo-partícula del inglés, con la diferencia de que, en este caso, las unidades que expresan el material verbal son sintáctica y morfológicamente analíticas:

(54) Construcción verbo-partícula en inglés (Ramchand 2008: 131)

- a. Alex hand her homework in. ‘Alex entregó su tarea’

<sup>57</sup> Como señala la autora (Ramchand 2008: 197), la diferencia entre palabras, estructuras morfológicas y frases puede ser teóricamente relevante, pero, en cualquier caso, esta diferencia no viene determinada por los elementos de la primera fase sintáctica, nivel en el que solo se computa la estructura eventiva y argumental de un predicado. Posiblemente, pues, la diferencia entre un morfema ligado -y su posición sufijal o prefijal- y una partícula sintácticamente independiente deba formularse como un conjunto de restricciones de FF y de idiosincrasias léxicas de las entradas de cada lengua.



En una construcción de verbo-partícula, el resultado es lexicalizado por una preposición que, en una primera etapa de la derivación, se ensambla como núcleo de un SP. En este caso, el verbo *hand* posee dos rasgos, [proceso] e [inicio], por lo que se proyecta en dos posiciones. El objeto del verbo puede manifestarse como especificador del SP o como especificador de SResultado, lo que permite predecir la alternancia de orden objeto/partícula (v.g. *Alex hand her homework in/Alex hand in her homework*), dependiendo de si pronunciamos el objeto en su posición alta o baja. Como puede apreciarse, en este caso la lexicalización de la estructura verbal se distribuye entre dos elementos sintácticamente independientes, a diferencia de las causativas del Hindi/Urdu, donde las entradas léxicas conformaban una misma unidad fonológica (una palabra).<sup>58</sup>

Otro aspecto importante de este modelo de inserción léxica es la posibilidad de *subasociar* rasgos (*Underassociation*) (Ramchand 2008: 98). Nuevamente, esta posibilidad teórica tiene sus antecedentes en el trabajo de Starke (2001; cf. 2009); en particular, en el Principio del Superconjunto (*Superset Principle*), comentado en el

<sup>58</sup> Este ejemplo proporciona un caso interesante para contrastar el modelo de Ramchand (2008) con el de Borer (2005). Recuérdese que, en Borer (2005), una construcción verbo-partícula puede analizarse como una estrategia de asignación directa de rango, lo que permite obtener estructuras télicas sin inserción de un argumento interno cuantizado (v.g. *The army took over*). En la aproximación de Ramchand, la telicidad se obtiene por la saturación de la posición de complemento de Proc con un elemento delimitado, sin que debamos asignar rango a una variable. Este elemento, en principio, puede ser un SD, un SP (*hasta la esquina*) o un SRes. Si la telicidad depende, en (54b), de un SRes, entonces podemos proporcionar una representación uniforme tanto para aquellas construcciones de verbo-partícula en que tenemos un argumento interno como para aquellas en que no lo hay. En Borer, la inserción de un argumento cuantizado es incompatible con el análisis de la partícula como asignador directo de rango, toda vez que, en dicho caso, la variable de  $Asp_Q$  recibiría rango dos veces. Así, las partículas reciben a veces el estatus de asignadores de rango (*The army took over*) y a veces de modificadores de predicado (*Alex hand her homework in*). En el modelo de Ramchand, en cambio, este problema desaparece, puesto que la inserción de un argumento interno depende de si SRes proyecta o no un especificador, lo cual es independiente del problema de cómo legitimar la lectura télica, que, según hemos dicho, surge de la relación estructural de Proc y SRes.

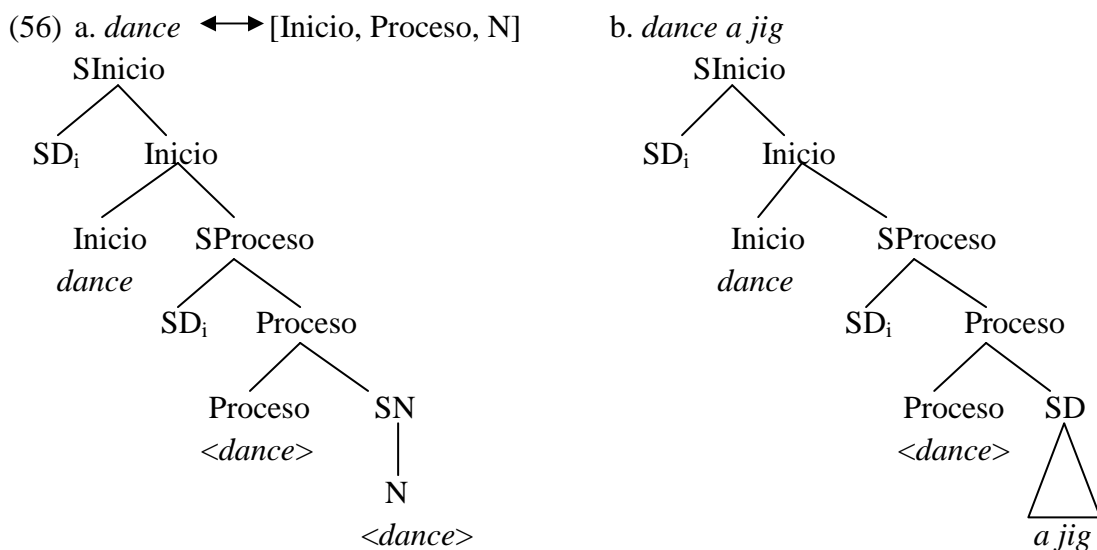
subapartado anterior (§2.5). Según este principio, un exponente puede insertarse en una estructura si contiene un (sub)conjunto de rasgos idénticos a los ensamblados en dicha estructura. Ramchand adopta esta idea para formalizar la posibilidad de que una entrada léxica dotada de un conjunto de rasgos deje, bajo determinadas circunstancias, sin identificar uno o varios de tales rasgos. Así, una entrada con los rasgos [inicio], [proceso] y [resultado] podría lexicalizar solo los núcleos Proceso y Resultado, identificando, así, solo un subconjunto de los rasgos que podría haber proyectado en la sintaxis. Las condiciones de la subasociación se explicitan como sigue (Ramchand 2008: 98):

(55) *Subasociación*

Si una pieza léxica contiene un rasgo categorial subasociado, entonces

- i. ese rasgo debe ser independientemente asociado en la misma fase y ligado al rasgo subasociado mediante Concordancia;
- ii. los dos rasgos categoriales así ligados deben unificar su contenido enciclopédico.

Un ejemplo de este procedimiento se encuentra en los verbos inergativos “denominales” del inglés, como *to dance* ‘bailar’, que en otras aproximaciones se tratan como verbos de incorporación de nombre a verbo (cf. Hale y Keyser 1993, 2002). En el modelo aquí comentado, podemos asumir que *dance* identifica tanto rasgos verbales como nominales, lo que le permite saturar la posición de complemento de SProceso (SN), así como las proyecciones verbales mismas. No necesitamos postular, por lo tanto, que existe un movimiento de núcleos desde el objeto al verbo. Sin embargo, también es posible encontrar casos donde *to dance* deja sin identificar su rasgo nominal, que pasa a ser saturado por un SD independiente (un “objeto cognado”). Este contraste estructural se aprecia en (56) (Ramchand 2008: 96-97):



En la estructura de (56a) vemos que *dance* se proyecta en tres posiciones: SN, SProceso y SInicio. En cambio, en (56b) solo lo hace en dos: SProceso y SInicio. Esta

“reducción” del tamaño estructural de *dance* sigue, no obstante, las directrices que Ramchand estipula para la subasociación de rasgos. Aquí, el rasgo nominal queda identificado por el SD *a jig* ‘un brinco’, que, al ocupar la posición de complemento de SProceso, se encuentra en la misma fase (55i). Además, los dos rasgos nominales concuerdan en su contenido enciclopédico, puesto que *a jig* puede entenderse como hipónimo de *dance* (55ii). La subasociación de rasgos sirve, así, para dar cuenta de la flexibilidad que, dentro de ciertos límites, manifiestan las entradas léxicas.<sup>59</sup>

Junto a los rasgos categoriales que determinan las posiciones de ensamble, una entrada léxica introduce también un contenido enciclopédico. Recordemos que este es el único tipo de contenido que atribuían a las raíces los modelos de Marantz (1997) y Borer (2005). Ramchand (2008), como habíamos adelantado, se distancia de esta posición construccionista extrema, y concibe las entradas léxicas como dotadas de rasgos de inserción y contenido enciclopédico. Esta concepción nos sirve, respecto de la expresión lingüística de la estatividad, para destacar la complementariedad que ejercen, de una parte, la semántica estructural codificada en la sintaxis y, de otra, la semántica conceptual aportada por la entrada léxica. En palabras de la autora: “a lexical item with a *res* feature can Project the *res* feature to form a resP predication, but it also carries lexical-encyclopedia content which can identify the content of the state in question” (Ramchand 2008: 58).

En nuestros términos, podemos considerar, pues, que una proyección sintáctica estativa ejerce la función semántica de atribuir una propiedad a una entidad (o, en otras palabras, de incluir una entidad en un conjunto). Por otra parte, hemos visto que, en términos conceptuales, lo que pueda contar como “propiedad” en el lenguaje natural es imposible de ser restringido *a priori*. Es por ello que los autores suelen identificar como base no analizable de una derivación semántico-aspectual un predicado estativo (lo que, dicho sea de paso, es el caso igualmente en la aproximación de McCawley (1968), según puede apreciarse en los árboles citados en §2.4). No existen primitivos en que podamos descomponer un estado puro porque no existen criterios lingüísticos fiables para restringir lo que entendemos por propiedad. De este modo, el contenido enciclopédico de una entrada léxica, como indica la cita de Ramchand (2008), puede guiarnos en la determinación de cuál es el criterio cognitivo que, en cada caso, cuenta como la propiedad que define un cierto conjunto de entidades, mientras que la proyección funcional establece la asignación de esa propiedad a un argumento en

---

<sup>59</sup> Una aplicación del Principio del Superconjunto para un fenómeno similar del español se encuentra en Fábregas (2013a), quien examina los nombres no derivados que poseen estructura aspectual y argumental, como *ataque* (*El ataque de los griegos contra los romanos durante años*). En la propuesta de Fábregas, un nombre como *ataque* posee los rasgos [N, v, Asp, V], además del índice fonológico de la raíz. Así, la representación básica de estas entradas es la nominal, que, al faltar una entrada léxica independiente para expresar los rasgos [v, Asp, V], se puede emplear igualmente como verbo (*los griegos atacaron a los romanos*). Sin embargo, en este caso no regiría la subasociación, tal como es formulada por Ramchand (2008), puesto que el rasgo N, no identificado por *ataque* en su variante verbal, no queda identificado en la misma fase, sino simplemente no expresado. Nótese que, en el caso de los pares *ataque/atacar*, hablaríamos también de verbos denominales, aunque por reducción de estructura “desde arriba”, a diferencia de los casos mencionados por Ramchand, que involucrarían una reducción estructural “desde abajo”. Para más discusión sobre los nombres no derivados dotados de contenido aspectual, véase §5.5.4.2.

posición de especificador. Aunque hemos visto que este modo de entender la estatividad no es exhaustivo, puesto que podemos encontrar estados formados a partir de eventos (cf. §1.2.3), sirve, de todos modos, como pauta general para entender la formación de la estatividad en sus manifestaciones más simples.

## 2.7. *Un modelo de descomposición verbal*

En este subapartado presentaremos las asunciones teóricas que seguiremos a lo largo de esta tesis. Haremos algunas modificaciones en el valor de las proyecciones funcionales propuestas por Ramchand (2008), así como en los mecanismos que rigen la inserción léxica. Los principales cambios se relacionan con la proyección SRes, que entenderemos aquí como una proyección relacional no categorizada; y SProc, que pasará a constituir una condición necesaria pero no suficiente del cambio interno, y cuya función principal consistirá en introducir el argumento eventivo en la derivación sintáctica. En cuanto al mecanismo de inserción léxica, prescindiremos de la restricción que Ramchand (2008) impone sobre la aplicación del Principio del Superconjunto, y que exige la identificación sintáctica de los rasgos no asociados por la entrada léxica en cuestión en la misma fase (*Subasociación*). Adoptaremos, respecto de esta cuestión, una versión más próxima al modelo de Caha (2009), Starke (2010) y Pantcheva (2011).

### 2.7.1. *SRes como sintagma relacional de coincidencia central: SRcc*

En este subapartado discutiremos las propiedades de SRes, que Ramchand (2008) considera como el segmento estructural básico de la descomposición verbal. Entenderemos que la proyección predicativa más básica debe considerarse como categorialmente no marcada, sirviendo de base a una predicación verbal solo si está dominada por proyecciones funcionales propias de esta categoría. Por otra parte, propondremos que el valor predicativo de esta proyección puede traducirse estructuralmente bajo la forma de una proyección relacional que puede asumir dos valores: coincidencia central y coincidencia terminal (cf. Hale y Keyser 2002, Mateu 2002, Arche 2006, Brucart 2010). Respaldaremos estas modificaciones mediante la discusión de otras propuestas teóricas que han estudiado la predicación verbal y no verbal.

La idea de que existe una proyección específicamente dedicada a la función semántica de la predicación, en principio independiente de la categoría de verbo, puede remontarse, en el contexto teórico actual, a Bowers (1993). De acuerdo con este autor, una misma estructura estaría implicada en oraciones como las siguientes:

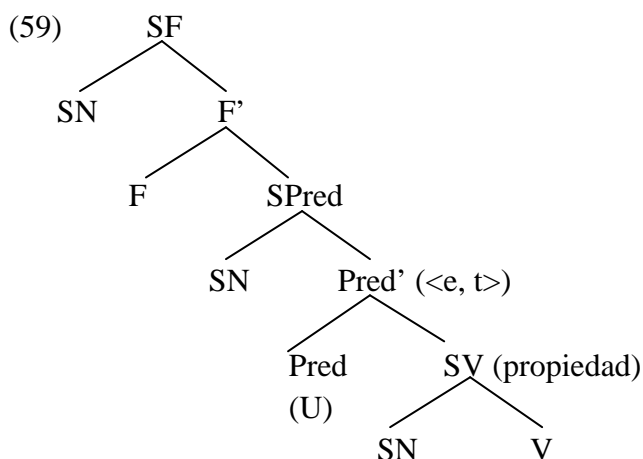
- (57) a. I consider John a fool.
- b. John is a fool.
- c. John ate a sandwich.

La estructura predicativa que el verbo *consider* toma como complemento correspondería a una cláusula reducida (CR) que, en la teoría de Stowell (1981), subyacería igualmente a la oración copulativa de (57b). En este último caso, el sujeto de la CR ascendería a la posición de sujeto oracional. De acuerdo con Bowers (1993), la estructura de la CR correspondería a un SPred que sería común a todas las estructuras predicativas, incluidas las de un verbo transitivo, como en (57c). En esta propuesta, SPred poseería un núcleo sintáctico independiente, a diferencia de la propuesta de Stowell (1981), en la que la categoría de la CR dependía del elemento que funcionaba como predicado (v.g. nombre o verbo), sin mediación de un núcleo adicional. Un argumento a favor de la existencia de un núcleo Pred proviene de la posibilidad de coordinar predicados de categoría distinta, según se observa en (58):

(58) I consider John crazy and a fool

Si la CR posee la categoría de su núcleo predicativo, (58) debiese ser agramatical, puesto que intentaríamos coordinar elementos de categoría disímil: un nombre (*a fool*) y un adjetivo (*crazy*). Sin embargo, si el núcleo de la estructura es Pred, ambos elementos poseen la misma categoría (SPred), por lo que su coordinación es perfectamente gramatical.

De acuerdo con Bowers (1993), si SPred es dominado por un SF (flexión), obtenemos una estructura verbal, como (57b) o (57c). Si, en cambio, SPred es dominado por V, obtenemos una construcción de CR, como en (57a). En términos semánticos, la función de Pred constituye una implementación de las propuestas de Chierchia (1985, 1989) y Chierchia y Turner (1988) (Bowers 1993: 650). En la semántica montaguiana clásica, las propiedades corresponden a objetos derivados que se obtienen a partir de la combinación de una entidad de tipo *e* con un valor de verdad *t* en una función  $\langle e, t \rangle$  (para más detalles, véase §1.1.2). Sin embargo, Chierchia señala que el lenguaje natural puede hacer referencia a propiedades como entidades similares a las de tipo *e* (v.g. *la belleza es buena*). Por lo tanto, el autor incorpora las propiedades como objetos semánticos primitivos en la ontología, y no como objetos derivados. Una función específica (U) se encarga de cambiar el tipo semántico de las propiedades desde entidades a funciones proposicionales. Es este segundo tipo de objetos el que, en combinación con una entidad de tipo *e*, puede dar lugar a un valor de verdad. Ahora bien, Bowers (1993) considera que Pred es, justamente, el correlato sintáctico de la función semántica U. Así, Pred toma como complemento una propiedad y la transforma en una función proposicional. La combinación de Pred con un argumento externo constituye, pues, una *predicación primaria* (Bowers 1993: 649). La forma general de la cláusula es, de acuerdo con este autor, la siguiente:



De este modo, Pred, al funcionar como operador semántico, sirve igualmente como introductor del argumento externo tanto en predicados verbales como no verbales. Nótese, pues, que la posición de SPred es análoga a la que en otros modelos desempeña la capa verbal exterior Sv (Larson 1988, Chomsky 1995, 2001; Harley 1995, Marantz 1997) o SVoz (Kratzer 1996, Harley 2009).

Sin embargo, la idea de que una misma proyección funcional pueda atribuirse a todos los tipos de predicaciones ha recibido diversas críticas. Baker (2003), por ejemplo, sostiene que la predicación verbal debe ser distinguida de la predicación no verbal. La primera lleva asociada una categoría gramatical específica, mientras que la segunda funciona de soporte sintáctico-semántico en construcciones copulativas y de CR. Una fuente de evidencia que apunta en esta dirección puede encontrarse en las posibilidades de coordinación que ambas predicaciones ofrecen (Baker 2003: 38, (36)):

- (60) a. \*Eating poisoned food made Chris sick and die.  
 b. \*A hard blow to the head made Chris fall and an invalid.

En (60a) intentamos coordinar un predicado adjetival (*sick*) con un predicado verbal (*die*), mientras que, en (60b), intentamos coordinar un predicado verbal (*fall*) con un predicado nominal (*an invalid*). En ambos casos el resultado es agramatical, a diferencia de lo que veíamos en (58) (*I consider John crazy and a fool*), en el que la coordinación de un predicado nominal y otro adjetival da un resultado gramatical. Para Bowers (1993), esto contaba como evidencia de que ambas predicaciones iban introducidas por una proyección de la misma categoría (SPred). Por consiguiente, concluye Baker (2003), la categoría que introduce un predicado verbal no puede ser la misma que introduce un predicado no verbal, puesto que, de lo contrario, la coordinación de ambas clases sería posible. Así, Baker reserva la proyección Sv para el dominio verbal, mientras que asigna a SPred las predicaciones que encontramos en una CR o en una construcción copulativa. La estructura de una cláusula con un predicado verbal sería la siguiente (Baker 2003: 37):

- (61) [SD<sub>i</sub> TENSE ... [S<sub>v</sub> t<sub>i</sub> v [S<sub>v</sub> V SD ]]]

Por otra parte, aunque la proyección SPred sea postulada para las construcciones copulativas, el núcleo Pred no puede identificarse con la cópula verbal *be*, en inglés, o *ser*, en español. Desde esta perspectiva, el verbo copulativo pasa a ser una especie de verbo de ascenso a cuyo especificador se desplaza el SD desde [Espec, SPred]. La inserción de *be* sobre SPred posibilita, así, que la predicación adquiera forma de cláusula finita. Pero, como se observa en los datos siguientes, en contextos de predicación no finita (CR) *be* es agramatical (Baker 2003: 40, (40)):

- (62) a. The poisoned food made Chris (\*be) {sick/an invalid}.  
 b. I consider Chris (\*be) {intelligent/a genius}.

Esto no significa, sin embargo, que Pred no pueda tener materialización fonológica. De hecho, para el inglés, Bowers (1993) propuso que la partícula *as* podía considerarse como un *spell-out* de Pred, dado que puede aparecer en contextos de CR (v.g. *I consider John as a fool*). Por otra parte, en diversas lenguas no indoeuropeas, encontramos partículas que aparecen en contextos de CR de forma regular. Así sucede, por ejemplo, con la lengua nigeriana edo, comentada por Baker (2003). En edo, existe una partícula para cada tipo de predicación no verbal: *yé* para adjetivos y *rè* para nombres. Estas partículas deben aparecer incluso en construcciones copulativas (63a-b), a diferencia de lo que sucede con predicaciones de tipo verbal (63c) (Baker 2003: 40, (42)):

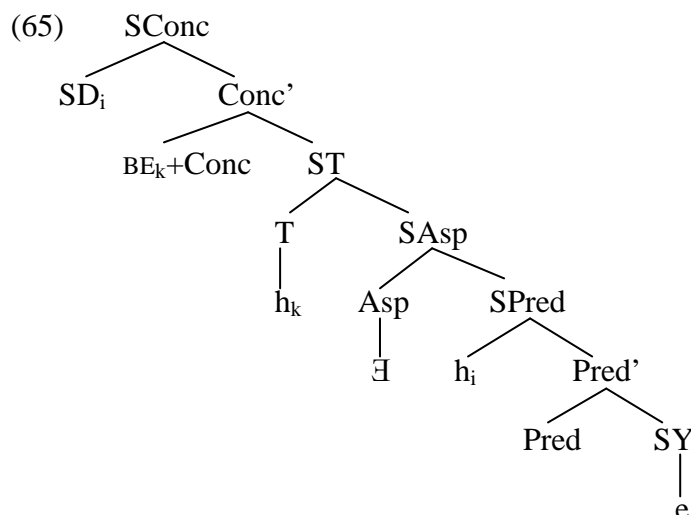
- (63) a. Èmèrì \*(yé) mòsèmòsè. PREDICACIÓN ADJETIVAL  
 Mary PRED bella<sub>A</sub>  
 ‘Mary es bella’  
 b. Úyì \*(rè) òkhaèmwèn. PREDICACIÓN NOMINAL  
 Uyi PRED jefe<sub>N</sub>  
 ‘Uyi es jefe’  
 c. Èmèrì mòsé. PREDICACIÓN VERBAL  
 Mary ser.bella<sub>V</sub>  
 ‘Mary es bella’

En el contexto indoeuropeo, una lengua para la que se ha propuesto una realización fonológica específica de Pred es el irlandés. Así, Chung y McCloskey (1987), y más tarde Adger y Ramchand (2003), proponen que la partícula *ina* sirve de *spell-out* de Pred, contradiciendo, así, el análisis de Stowell (1981), en el que las CR corresponden a construcciones exocéntricas encabezadas por la categoría del predicado en cuestión (adjetivo o nombre). Es interesante notar que, en irlandés, una construcción copulativa lleva la cópula *tá*, que se añade a la partícula *ina* en lugar de sustituirla. Esto contaría como evidencia de que la predicación, es decir, SPred, es sintácticamente independiente de su realización como cláusula finita, operación que demanda, como en español o inglés, un elemento copulativo adicional. Un ejemplo que ilustra la situación descrita es el siguiente (Baker 2003: 45, n. 12, (ii)):

- (64) Tà sé \*(ina) dhlíodóir.  
 ser.PRES él PRED abogado  
 ‘Él es un abogado’



En un trabajo reciente, Roy (2013) adopta un análisis de SPred cercano al propuesto por Svenonius (1994), Adger y Ramchand (2003) y Baker (2003). De acuerdo con esta autora, SPred es formalmente análogo a la proyección Sv o SVoz del terreno verbal. En ambos casos, se trata de crear una función proposicional que asigne una propiedad a un argumento externo en posición de especificador. Las cópulas inglesa, española o francesa serían, de acuerdo con la autora, el *spell-out* de los rasgos flexivos de tiempo y concordancia, funcionando, de este modo, como un verbo de ascenso que proporciona a la predicación el estatus de cláusula finita, según ya hemos mencionado. La estructura general de una oración copulativa es, en el modelo de Roy (2013: 23, (48)), el siguiente:



En la estructura de (65), el núcleo Pred toma como complemento un predicado no verbal que introduce una variable eventiva (e). Sobre SPred, la proyección SAsp introduce un operador que cierra existencialmente esta variable. En un paso siguiente de la derivación, ensamblamos T y Conc, cuya materialización corresponde a la cópula. Al ascender el argumento externo de SPred a [Espec, SConc], obtenemos una cláusula finita (v.g. *Juan es alto*).

En síntesis, vemos que las propuestas de Baker (2003) y Roy (2013) comparten la idea de que existe una proyección que relaciona propiedades con entidades en una relación de predicación. De forma crucial, esta relación predicativa es independiente de la categoría de verbo. Puede aparecer superficialmente como un elemento verbal, si es dominado por las proyecciones funcionales de esta categoría, pero es en principio categorialmente independiente.

Sin embargo, no todos los autores siguen la idea de que el núcleo predicativo de las cláusulas reducidas deba ser siempre del mismo tipo. Partiendo de la idea de que, como proponen Chung y McCloskey (1987), la estructura interna de las cláusulas reducidas debe incluir un núcleo relacional, diversos autores han buscado dar cuenta de la alternancia copulativa entre *ser* y *estar* en español a partir de variaciones en los valores codificados por este núcleo. Así, Uriagereka (2001), Zagona (2008), Uriagereka & Gallego (2009) y Brucart (2010) proponen que *estar* difiere de *ser* en que, mientras el último toma una cláusula reducida encabezada por un núcleo de coincidencia central,

aquel selecciona un núcleo de coincidencia terminal (cf. §1.2.2.1). Esto daría cuenta de las diferencias aspectuales observadas tradicionalmente en la alternancia copulativa del español. En concreto, Brucart (2010) propone que, en determinadas ocasiones, *ser* puede tomar igualmente sintagmas relacionales de coincidencia terminal, lo que proporciona el siguiente cuadro (Brucart 2010: (27)):

- (66) a. [<sub>SV</sub> estar [<sub>SR</sub> ...R<sub>T</sub>... ]]    *Luis está cansado, María esta en Roma*  
       b. [<sub>SV</sub> ser    [<sub>SR</sub> ...R<sub>C</sub>... ]]    *Luis es honesto*  
       c. [<sub>SV</sub> ser    [<sub>SR</sub> ...R<sub>T</sub>... ]]    *El concierto es a las tres*

De acuerdo con el autor, el núcleo R<sub>T</sub> introduce un rasgo no interpretable [-iR<sub>T</sub>] que debe ser valuado. Las posibilidades de valuación de este rasgo son las que explicarían la distribución de las cópulas en español. Así, *estar* contendría un rasgo interpretable [+iR<sub>T</sub>] que legitimaría la aparición del núcleo de coincidencia terminal en la CR. Sin embargo, el rasgo puede también ser valuado al interior de su propia proyección, mediante una relación de concordancia especificador-núcleo. Los nombres eventivos (como *concierto*, *manifestación*, etc.), en opinión de Brucart, servirían para valuar el rasgo no interpretable [-iR<sub>T</sub>]. Dado que no necesitamos ya insertar la cópula *estar*, se inserta *ser*, que en esta propuesta se caracteriza como la cópula por defecto. Esto explica, pues, que en el ejemplo de (66c) seleccionemos *ser*, aun cuando el núcleo de la CR corresponda a una relación de coincidencia terminal.

En la propuesta comentada, el valor de coincidencia terminal es interpretado, en las construcciones copulativas, como una trayectoria abstracta en que una figura se posiciona respecto de un fondo. De este modo, aunque las oraciones con *estar* no denoten eventos de cambio de estado, pueden interpretarse fácilmente como estados resultantes en que se presupone una trayectoria previa. Es por ello que las construcciones copulativas con *estar* admiten modificadores típicamente télicos, como *en x tiempo* (Brucart 2010: (34a)):

- (67)        Estaremos en París en media hora.

La misma caracterización semántico-estructural serviría para explicar el que las construcciones atributivas de localización seleccionen *estar*, y no *ser*, como un enfoque basado en la oposición permanente/transitorio podría predecir:

- (68)        Perú está en Sudamérica.

En un ejemplo como el de (68), la entidad Perú se posiciona respecto de un fondo, Sudamérica, en una trayectoria abstracta, lo que desencadena la aparición de *estar* y no *ser*.

Según se recordará a partir de la exposición de §1.2.2.1, la teoría de Hale y Keyser (2002) propone que la estatividad depende de un valor de coincidencia central que puede manifestarse en núcleos de distintas categorías: verbos (la cópula y ciertos verbos estativos puros, como *to cost*), preposiciones (*in*, *at*) y adjetivos (la proyección

extendida que permite a un adjetivo tomar un especificador). En la aproximación de Brucart (2010), el valor relacional de coincidencia central o terminal encabeza su propia proyección, y deja de corresponder, así, a un rasgo que pueda asociarse a proyecciones de categorías distintas. De este modo, un verbo estativo puro será aquel que tome una cláusula reducida cuyo núcleo corresponda a un elemento relacional de coincidencia central, y no directamente a un núcleo verbal que lleve asociado un rasgo de esta clase. En lo sucesivo, seguiremos la propuesta de que la configuración predicativa básica, como ya habían avanzado Chung y McCloskey (1987), Adger (1994) y Baker (2003), corresponde a un sintagma independiente de la categoría de verbo, pero añadiremos la idea de que el núcleo de esta proyección puede adoptar distintos valores; en particular, coincidencia central o terminal. Como observa Marín (2013), siguiendo a Hale y Keyser (2002), la relación de coincidencia central puede fácilmente producir los efectos semánticos que se atribuyen a SPred, en la medida en que, si el complemento de Pred es una propiedad, la entidad ensamblada en su especificador puede entenderse como “centralmente situada” en el conjunto denotado por dicha propiedad:

Nous suivons la proposition de Hale & Keyser (2002) selon laquelle Pred° dénote un état non borné, comme une simple préposition de coïncidence centrale qui met deux éléments dans une relation de contenant/contenu. En d’autres termes, la structure en [Juan es cruel] affirme que [Juan] est contenu dans l’ensemble défini par *cruel*, i.e. que [Juan] est cruel (Marín 2013 : 57).

De este modo, si un sintagma relacional de coincidencia central (SRcc) hace todo lo que puede hacer SPred, conviene adoptar la etiqueta SR, en la medida en que, si R adopta un valor de coincidencia terminal, podremos computar valores aspectuales que el uso de SPred volvería opacos. Así, en el próximo subapartado, propondremos, siguiendo a Fábregas y Marín (2013; en prensa, b), que si este núcleo relacional adopta un valor de coincidencia terminal, el predicado se interpreta como un evento dinámico que involucra cambio de estado. En principio, esta asunción entraría en contradicción con la inserción de un rasgo de coincidencia terminal en las oraciones copulativas con *estar*, si se quiere mantener al mismo tiempo que estas construcciones tienen un valor estativo. Sin embargo, estimamos que esta conclusión no es un resultado necesario, una vez que agreguemos supuestos teóricos adicionales (cf. §2.7.5).

En síntesis, en este subapartado hemos reformulado la primera proyección del modelo de Ramchand (2008) (SRes) a la luz de las propuestas que examinan las relaciones predicativas básicas, con las que SRes puede fácilmente analogarse. En la tabla siguiente, pues, sintetizamos los principales puntos de contacto, así como las principales diferencias, entre SRes, SPred y lo que en lo sucesivo denominaremos SR, esto es, un sintagma relacional:

<b>SRes</b> (Ramchand 2008)	<b>SPred</b> (Chung y McCloskey 1987, Svenonius 1994, Baker 2003, Roy 2013)	<b>SR</b> (Uriagereka 2001, Zagana 2008, Uriagereka & Gallego 2009, Brucart 2010)
De naturaleza verbal	De naturaleza no verbal, análogo de Sv en la predicación nominal y adjetival.	De naturaleza categorialmente independiente.
De naturaleza estativa	De naturaleza estativa	De naturaleza aspectualmente no marcada. Puede adoptar un valor de coincidencia central o terminal, lo que, en combinación con otras proyecciones, determina su contribución aspectual.

Tabla 1. Comparación entre las estructuras predicativas revisadas

### 2.7.2. *Proc como introductor de la variable eventiva*

Según hemos comentado en §1.2.2.2, la proyección SProc constituye, en el modelo de Ramchand (2008), el núcleo de la dinamicidad. Tanto SRes como SInic corresponden a proyecciones estativas cuya diferencia se define topológicamente en relación con SProc. Así, la proyección estativa del modelo se interpreta como SInic si domina a SProc, pero se interpreta como estado resultante, esto es, SRes, si es tomada como complemento de Proc. En ausencia de Proc, la distinción entre SInic y SRes colapsa, y podríamos entender que se trata de la misma proyección: SEstado. Por su parte, Proc codifica ‘cambio interno’. Sea como evento causado por SInic, sea como proceso previo que da lugar a SRes, Proc es el *locus* de la eventividad. Estas opciones estructurales nos dejan, respecto de la oposición entre eventividad y estatividad, en una situación de “todo o nada”. O bien la estructura es estativa, si falta Proc, o bien es dinámica, si dicho núcleo se proyecta.

Sin embargo, existen razones empíricas para dudar que la gramática carezca de una tercera posibilidad aspectual. Como hemos comentado en §1.3.5, pueden distinguirse al menos tres clases de predicados, con respecto a la variación entre estado y evento:

- (69) a. **eventos:**  $Q(x)$  *correr, escribir un libro, etc.*  
 $[ \neg P(x) \dots P(x) ]$
- b. **estados de intervalo:**  $Q(x)$  *estarse quieto, preocupar, dormir*  
 $[ P(x) \dots P(x) ]$
- c. **estados puros:**  $P(x)$  *estar quieto, gustar, saber, etc.*  
 $[ P(x) \dots P(x) ]$

Así, tenemos, en primer lugar, eventos que implican un cambio de estado (sean télicos o no) (69a). En el otro extremo, encontramos predicados que no comportan ningún cambio, y que son, por lo tanto, válidos en puntos de tiempo (69c). Finalmente, contamos con un grupo de predicados que denotan la mantención de una propiedad en un intervalo (69b), clase ya distinguida por Dowty (1979) (§1.1.7). Esta tercera categoría demanda, como los eventos de cambio de estado, validez en intervalos, aun cuando la propiedad atribuida a una determinada entidad sea la misma en todos los puntos de ese intervalo. Ahora bien, ¿cómo podemos dar cuenta de estas posibilidades en un modelo como el de Ramchand (2008), que, según hemos mencionado, impone una oposición categórica entre eventos con cambio interno y estados?

Permítasenos adoptar los siguientes postulados:

- (70) a. Proc introduce la variable eventiva  $\langle e \rangle$  (cf. Fábregas y Marín 2012b, 2013; en prensa, b).
- b.  $\forall e(\tau(e)=I)$

Los postulados de (70), según mostraremos aquí, permiten resolver el problema de la falta de flexibilidad aspectual del modelo original. De acuerdo con la versión de Ramchand (2008), cada proyección subeventiva introduce su propia variable eventiva, que, siguiendo reglas de interpretación regulares, dan lugar a la composición de un solo evento (cf. §1.2.2.2). Así, la relación entre subeventos sigue la regla de composición eventiva formulada por Hale y Keyser (1993), según la cual un subevento ‘conduce a’ otro. Dado que SRes y SInic introducen igualmente variables eventivas, su carácter estativo debe estipularse de forma independiente. No obstante, si adoptamos el postulado de (70a), el carácter estativo de estas proyecciones se sigue de la ausencia de variable eventiva, que en nuestra versión de la teoría es introducida exclusivamente por Proc. En la propuesta que ahora introducimos, esta es la función principal de Proc en la derivación. Por otra parte, agregamos una restricción de tipo temporal sobre los eventos (70b), según la cual toda huella temporal es válida en intervalos. De este modo, la inserción de  $\langle e \rangle$  en la derivación conlleva la introducción de duración intrínseca en el predicado. Según veremos, esta es una condición necesaria pero no suficiente del cambio de estado, de forma tal que la correlación entre dinamicidad y Proc asumida por Ramchand se ve aquí relajada: todos los predicados de cambio de estado implican duración (y  $\langle e \rangle$ ), pero no a la inversa. Así, un predicado puede poseer extensión temporal, provista por  $\langle e \rangle$ , sin que en el intervalo correspondiente acontezca cambio alguno. Esto permite el modelamiento de la categoría que esquemáticamente se representa en (69b), es decir, la de los estados davidsonianos o de intervalo.

En la propuesta de Maienborn (2005), la distinción entre grados de estatividad se formula como una diferencia entre ausencia o presencia de un argumento davidsoniano. De este modo, los estados davidsonianos son precisamente aquellos que contienen en su representación semántica una variable eventiva, por oposición a los estados kimianos, que cuentan como instanciaciones temporalmente situadas de propiedades en entidades (§1.3.2). Dicha clasificación podría, pues, tener un reflejo sintáctico directo en la

descomposición verbal, si se adopta el postulado de (70a). De este modo, los estados davidsonianos incorporarían un Proc y, consiguientemente, una variable eventiva.

Insistamos en que la característica fundamental, en términos temporales, de los predicados que contienen Proc será la validez en intervalos y no en puntos de tiempo. Dicha exigencia se formula en el postulado de (70b), según el cual toda huella temporal de un evento corresponde a un intervalo (y no, por defecto, a un punto de tiempo). Recuérdesse que hemos adoptado, a este respecto, las distinciones propuestas en la ontología de Piñón (1997), de acuerdo con las cuales los intervalos (I) corresponden a entidades “gruesas” ontológicamente no reducibles a puntos de tiempo (t), que corresponden a entidades “delgadas” (cf. §1.1.8). Así, un punto de tiempo no se define como un intervalo “muy breve”, puesto que toda entidad extensa puede subdividirse en nuevas unidades extensas, sin que jamás alcancemos, mediante dicha subdivisión, el terreno de las unidades puntuales. De este modo, la inserción de <e> garantiza que el predicado posea duración intrínseca. Esta propiedad tiene, como veremos en los capítulos siguientes, amplias consecuencias empíricas. Así, solo los predicados que poseen <e> pueden entrar en la forma progresiva (*Juan está corriendo*), así como solo los predicados que carecen de <e>, o que han neutralizado su duración mediante un contexto estativizador, ofrecen lecturas modales epistémicas (*Juan estará triste en estos momentos, me imagino*).

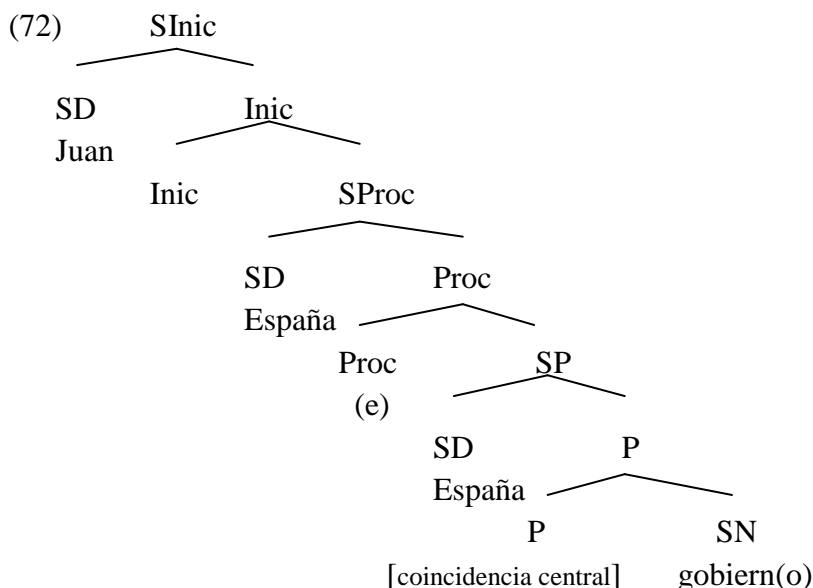
La asunción estructural de (70a) (aunque no así la de (70b)) se encuentra igualmente en los trabajos de Fábregas y Marín (2012b, 2013; en prensa, b). De acuerdo con estos autores, un estado davidsoniano incluye, siguiendo a Maienborn (2005), una variable eventiva, que es introducida por el núcleo Proc. En Fábregas y Marín (2012b), los autores combinan la denotación de las distintas clases de estado con las proyecciones funcionales del verbo, según se aprecia en (71):

- (71) a. [SProceso [SEstado [SPredicación]]]  
 b. [P(e)(x)  $\wedge$  [z  $\approx$  [P(x)]]]

Un estado davidsoniano corresponde a la denotación de un evento que se asocia con una entidad (x). Al dominar una proyección SEstado (análogo a la proyección SRes de Ramchand (2008)), la estructura se interpreta como el mantenimiento de una propiedad en una entidad, que es justamente la tercera posibilidad aspectual a que hacíamos mención en (69b). En las estructuras de (71), el operador que, en la teoría de Maienborn (2005), efectúa la instanciación temporal de una propiedad en una entidad (z) se asocia con el núcleo Estado en la jerarquía de proyecciones funcionales. De este modo, la noción de predicación, como asociación entre propiedades y entidades, y la de instanciación temporal, se ven tanto semántica como estructuralmente independizadas.<sup>60</sup>

<sup>60</sup> Una alternativa a esta correlación semántica-sintaxis consiste en asignar la operación de instanciación temporal al nodo ST, que de modo general localiza temporalmente las predicaciones generadas por la primera fase sintáctica, sean de tipo estativo o eventivo. Si se adopta esta alternativa, no necesitamos postular, ni en términos semánticos ni sintácticos, un operador específico (z) que se encargue de localizar estados en el tiempo. Volveremos sobre esta alternativa en §5.4.1.6.

Un análisis similar es el que los autores presentan en Fábregas y Marín (en prensa, b; cf. Marín 2013), donde se estudian ciertos verbos transitivos como *gobernar*, *dirigir*, *presidir*, *habitar*, *controlar* o *mantener*. En el trabajo citado, los autores proponen que la falta de dinamicidad del predicado se explica por el ensamble, en posición de complemento de Proc, de un SP de coincidencia central. De este modo, la representación estructural de un verbo transitivo como *gobernar* asumiría la forma siguiente (Marín 2013: (27)):

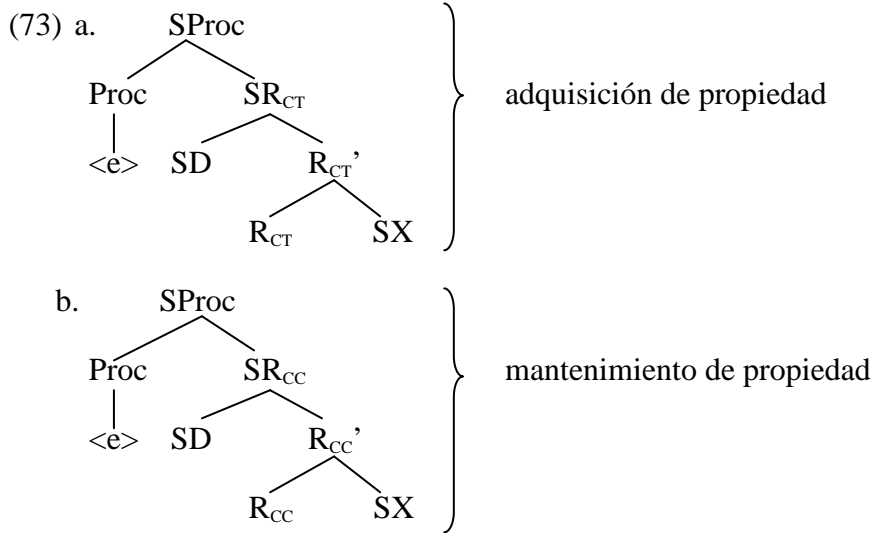


De acuerdo con Marín (2013), la estructura de (72) proporciona un modo explícito de codificar el significado que intuitivamente asociamos con *gobernar*, siguiendo la asociación que el autor describe a continuación:

Examinons à présent notre décomposition du prédicat *Juan gouverne l'Espagne*. Elle décrit le fait que Juan contrôle volontairement, en tant que causateur –spécifieur de InitP– un événement –ProcP– qui affecte l'Espagne –le spécifieur de ProcP. L'événement consiste à garder l'Espagne dans une relation stable avec le fait d'être gouvernée, c'est-à-dire, de garder l'Espagne sous gouvernance. Cette structure, comme nous pouvons le voir, rend compte compositionnellement de la signification intuitive du verbe *gobernar* (Marín 2013 : 48).

Sin embargo, al dar cabida a la categoría de los estados davidsonianos en la teoría, parecería que hemos perdido un correlato estructural para los eventos con cambio interno. En efecto, si Proc proyecta una variable eventiva que, en combinación con un SEstado, nos arroja la mantención de una propiedad en una entidad, perdemos el valor que Ramchand (2008) atribuía originalmente a esta combinación, esto es, la de que un proceso conduce a un estado resultante. No obstante, hemos adoptado en el subapartado anterior la idea de que SRes (o, en términos de Fábregas y Marín 2012b, SEstado) se sustituye por un sintagma relacional que puede adoptar un valor de coincidencia central o terminal. De este modo, podemos asumir que la introducción de cambio interno no depende categóricamente de la introducción de SProc, sino de lo que su núcleo toma como complemento. Si esta proyección baja corresponde a un SR de coincidencia

central, obtenemos la relación semántica descrita por Fábregas y Marín (2012b) en (71); si, en cambio, Proc toma como complemento un SR de coincidencia terminal, obtenemos un evento que denota la adquisición de una propiedad, en lugar de su mantención. Esta situación puede esquematizarse como sigue:



Veamos ahora qué relación se establece entre los distintos niveles estructurales de las configuraciones de (73) y la semántica que le atribuimos. Comenzando por el sintagma relacional SR, y haciendo abstracción de los valores de coincidencia central o terminal que el núcleo R puede tomar, obtenemos la siguiente derivación:

- (74) a.  $\|R\| = \lambda y \lambda x. R(y)(x)$   
 b.  $\|R'\| = \lambda x. R(j)(x)$   
 c.  $\|SR\| = R(j)(i)$

Así, R es una relación entre entidades que, al saturar su posición de complemento (74b), pasa a denotar una propiedad de individuos (los x tales que se relacionan con j). Finalmente, al ensamblar el especificador de SR, obtenemos una proposición en la que una entidad i se relaciona con una entidad j.

Observemos ahora más de cerca la contribución semántica de SProc. Hemos asumido, siguiendo a Fábregas y Marín (2012b, 2013; en prensa, b), que el núcleo Proc introduce una variable eventiva <e>. Hemos adoptado, además, el postulado de que la huella temporal de ese evento es siempre extensa (70b), es decir, que el predicado pasa a ser necesariamente válido en intervalos. Esto nos permitirá formalizar de modo más explícito la relación de ‘mantenimiento’ que se establece, en un estado davidsoniano, entre el evento y la relación predicativa expresada en SR<sub>cc</sub>. Definiremos dicha relación, pues, en términos de ‘cobertura temporal’, de un modo suficientemente general como para abarcar tanto el caso de un estado davidsoniano (73b) como el de un evento dinámico de adquisición de propiedad (73a). En concreto, la semántica del núcleo Proc corresponde a la siguiente:



$$(75) \quad \llbracket \text{proc}_{\langle e \rangle} \rrbracket = \lambda p \lambda e. P(e) \ \& \ \forall I [\text{hold}(e, I) \rightarrow \text{hold}(p, I)]$$

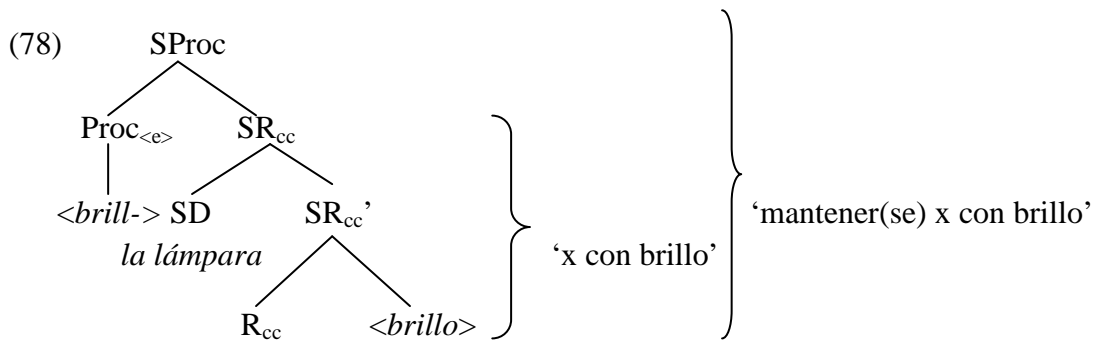
De acuerdo con (75), *Proc* se define como una función que toma proposiciones y arroja propiedades de eventos tales que un evento *e* de tipo *P* sigue la siguiente condición: para todo intervalo en el que *e* es válido, debe ser también válida la proposición sobre la que se aplica la función en su conjunto. A este efecto, el operador *hold* debe ser entendido como un mecanismo irrestricto para establecer relaciones entre unidades temporales y entidades. De este modo, podemos establecer una correspondencia temporal entre el evento *e* y la proposición *p*. Nótese que el postulado (70b) garantiza de modo independiente que el evento *e* será siempre válido en algún intervalo, puesto que su huella temporal no puede asociarse con puntos de tiempo. Para simplificar la derivación siguiente, expresaremos la condición temporal introducida por la cuantificación universal sobre intervalos como un operador específico, que llamaremos *cover*:

$$(76) \quad \forall I [\text{hold}(e, I) \rightarrow \text{hold}(p, I)] = \text{cover}(e, p)$$

Ahora, tomando *SR* y *Proc*, la computación semántica asociada a la derivación sintáctica se expresaría como sigue:

- (77) a.  $\llbracket \text{SR} \rrbracket = R(j)(i)$   
 b.  $\llbracket \text{proc}_{\langle e \rangle} \rrbracket = \lambda p \lambda e. P(e) \ \& \ \text{cover}(e, p)$   
 c.  $\llbracket \text{proc}_{\langle e \rangle} \rrbracket (\llbracket \text{SR} \rrbracket) = \lambda p \lambda e. P(e) \ \& \ \text{cover}(e, p) (R(j)(i))$   
 d.  $\llbracket \text{Sproc} \rrbracket = \lambda e. P(e) \ \& \ \text{cover}(e, R(j)(i))$

Téngase en cuenta que, hasta este punto, no hemos otorgado un valor específico al núcleo *R*. Consideremos, pues, un ejemplo donde *R* está especificado como núcleo relacional de coincidencia central, estructura que puede corresponder al verbo de estado davidsoniano *brillar*. Una configuración sintáctica plausible es la ofrecida en (78), a la que asociamos los valores conceptuales correspondientes en el margen derecho:



La composición semántica seguiría, en este caso, los pasos siguientes:

$$(79) \text{ a. } \llbracket R_{cc} \rrbracket = \lambda y \lambda x. R_{cc}(x, y)$$

- b.  $\|R_{cc}\| (\|SN\|) = \lambda y \lambda x. Rcc(x, y)$  (brillo)
- c.  $\|R_{cc}'\| = \lambda x. Rcc(x, \text{brillo})$
- d.  $\|R_{cc}'\| (\|SD\|) = \lambda x. Rcc(x, \text{brillo})$  (la lámpara)
- e.  $\|SR_{cc}\| = Rcc(\text{lámpara}, \text{brillo})$
- f.  $\|proc_{<e>\|} = \lambda p \lambda e. \text{brillar}(e) \ \& \ \text{cover}(e, p)$
- g.  $\|proc_{<e>\|} (\|SR_{cc}\|) = \lambda p \lambda e. \text{brillar}(e) \ \& \ \text{cover}(e, p)$  ( $Rcc(\text{lámpara}, \text{brillo})$ )
- h.  $\|Sproc\| = \lambda e. \text{brillar}(e) \ \& \ \text{cover}(e, Rcc(\text{lámpara}, \text{brillo}))$

Mediante la derivación ejemplificada en (79) obtenemos una propiedad de eventos tales que un evento de brillar cubre temporalmente una relación de coincidencia central entre la entidad *lámpara* y la entidad *brillo*. Así, aunque dicha relación constituye una proposición sin duración intrínseca que, eventualmente, podría ser evaluada en puntos de tiempo, el predicado adquiere extensión una vez que integramos en la derivación la variable eventiva. De este modo, si bien la situación denotada es homogénea (no hay cambio), de todos modos necesitamos un intervalo para establecer sus condiciones de verdad. Desde un punto de vista conceptual, esta caracterización responde al hecho de que, por ejemplo, una lámpara que parpadea o emite chispazos ocasionales de luz no “brilla”. Para que podamos decir que brilla, la luz emitida debe “mantenerse” durante un intervalo en el tiempo.<sup>61</sup>

Como veremos en los capítulos siguientes, esta formulación tiene amplias consecuencias empíricas en el tratamiento de los verbos estativos del español. Así, por ejemplo, los verbos llamados davidsonianos aceptan típicamente la forma progresiva, al tiempo que rechazan las lecturas modales epistémicas orientadas al presente, según se observa en (80a-b), a diferencia de lo que sucede con los estados puros (80c-d):

- (80) a. El sol está brillando.
- b. El sol brillará. (lectura temporal excluyente)
- c. \*Juan está teniendo un libro.
- d. Juan tendrá un libro, me imagino yo. (lectura epistémica disponible)

Como discutiremos con mayores detalles en §3.2.2.2. y §3.2.3, tales contextos están íntimamente ligados al tipo de validez temporal que posee un predicado. Así, la forma progresiva admite predicados válidos en intervalos, puesto que establece un punto temporal que pertenece propiamente a dicho intervalo, operación que no puede realizarse en aquellos predicados (estados puros) que son independientemente válidos en puntos de tiempo (cf. Taylor 1977, Hallman 2010). Por otra parte, las lecturas modales epistémicas orientadas al presente exigen la coordinación del predicado con el presente de habla, que es puntual, lo cual exige que el predicado sobre el que se aplican sea válido en puntos de tiempo (cf. Lundquist 2012). Los datos de (80) se siguen

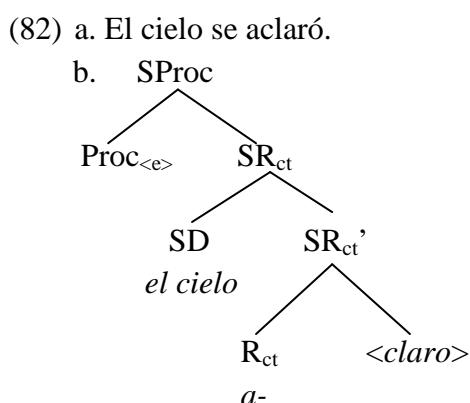
<sup>61</sup> Recuérdese, al respecto, la argumentación de Dowty (1979) para caracterizar los denominados *estados de intervalo* (cf. §1.1.7): si un objeto se desliza a través de una serie de mesas ubicadas una en contigüidad de la otra, puedo decir, para cada instante en que fijo la mirada en el objeto, que *está* sobre una mesa, pero no que *yace* sobre ella. Para que esto último fuese cierto, el objeto debería “mantenerse” más de un instante sobre alguna de las mesas.

automáticamente si asumimos que *brillar* es un estado davidsoniano y que, como tal, incluye un argumento eventivo que impone validez temporal en intervalos. Junto a la condición temporal que hemos asociado a la presencia de una variable eventiva (validez en intervalos), existen otros contextos que se relacionan de modo independiente con la inserción de este elemento de la computación sintáctica. Así, solo los predicados eventivos dan lugar a lecturas “inclusivas” en contextos de modificación adverbial temporal (cf. Marín y McNally 2011), a diferencia, nuevamente, de los estados puros:

- (81) a. Siempre que estamos en su casa, Juan está en pijama.  
 b. Siempre que estamos en su casa, Juan telefona a María.  
 c. Siempre que estamos en su casa, la lámpara brilla.

Como se observa en los datos de (81), un estado puro como *estar en pijama* puede tener validez con anterioridad al marco de referencia temporal marcado por *Siempre que estamos en su casa*, a diferencia de lo que sucede con *telefonar* o *brillar*, que son predicados eventivos, aunque el primero de ellos sea dinámico y el segundo, un estado davidsoniano. En los ejemplos de (81a) y (81b), por lo tanto, el evento de telefonar o de brillar debe quedar contenido en el marco de referencia dado en la modificación adverbial (no puede ser el caso que Juan ya esté telefoneando o que la lámpara ya esté brillando con anterioridad a mi entrada en la casa, como sí puede ser el caso que Juan ya esté en pijama). Volveremos sobre estos contrastes con más detenimiento en §4.1.4.4, al analizar los predicados causativos estativos.

Veamos ahora un ejemplo en el que R toma un valor de coincidencia terminal, que, en conjunción con Proc, nos ofrece el valor de ‘adquisición de propiedad’. En términos tradicionales, esta configuración corresponderá, así, a un evento télico inacusativo. Expondremos la derivación respectiva valiéndonos del verbo *aclararse*:



En la estructura de (82b), el núcleo relacional R adopta un valor de coincidencia terminal, y relaciona la entidad el cielo con la propiedad de ser claro. La forma superficial del verbo se obtendría, en este caso, por incorporación de la estructura [R<sub>ct</sub> + claro] en el núcleo Proc. Nótese que el prefijo *a-* es análogo a la preposición de coincidencia terminal *a*, y puede funcionar, así, como materialización de R<sub>ct</sub>. De este modo, en los pasos finales de la derivación sintáctica, Proc aloja una configuración del

tipo  $[_{Proc} [_{Rct} a- [_A \textit{clar-}]] -ar]$ . Esta representación es próxima al análisis que Hale y Keyser (1993, 1997, 2002) o Mateu (2002)<sup>62</sup> ofrecen para los verbos deadjetivales. En términos semánticos, la derivación sigue los siguientes pasos:

- (83) a.  $\|R_{ct}\| = \lambda y \lambda x. R_{ct}(x, y)$   
 b.  $\|R_{ct}\| (\|claro\|) = \lambda y \lambda x. R_{ct}(x, y) (\textit{claro})$   
 c.  $\|R_{ct}'\| = \lambda x. R_{ct}(x, \textit{claro})$   
 d.  $\|R_{ct}'\| (\|SD\|) = \lambda x. R_{ct}(x, \textit{claro}) (\textit{el cielo})$   
 e.  $\|SR_{ct}\| = R_{ct}(\textit{el cielo}, \textit{claro})$   
 f.  $\|proc_{<e>\|} = \lambda p \lambda e. P(e) \ \& \ cover(e, p)$   
 g.  $\|proc_{<e>\|} (\|SR_{ct}\|) = \lambda p \lambda e. P(e) \ \& \ cover(e, p) (R_{ct}(\textit{el cielo}, \textit{claro}))$   
 h.  $\|Sproc\| = \lambda e. aclarar(e) \ \& \ cover(e, R_{ct}(\textit{el cielo}, \textit{claro}))$

La propiedad expresada en (83h) relaciona un evento *e* con una relación de coincidencia terminal entre una entidad, el cielo, y una propiedad, ser claro. De este modo, el intervalo cubierto por la huella temporal del evento se asocia, en este caso, con la adquisición de dicha propiedad por parte de la entidad, y no con su mantenimiento en el tiempo. Debemos precisar, igualmente, que el núcleo relacional no impone restricciones categoriales sobre su complemento. De este modo, observamos que en la derivación de *brillar*, el complemento de *Rcc* corresponde a un elemento nominal (análogo al sustantivo *brillo*), mientras que, en el caso de *aclarar*, insertamos en dicha posición un adjetivo (*claro*). Finalmente, también podemos encontrar estructuras

<sup>62</sup> El sistema de Mateu (2002) posee importantes semejanzas con el modelo que presentamos aquí. En ambos casos, por ejemplo, juega un papel importante la distinción entre coincidencia terminal y coincidencia central, llevada al terreno aspectual inicialmente por Hale (1986). Sin embargo, las dos propuestas no son equivalentes y resulta conveniente, por tanto, destacar las diferencias. El análogo estructural de Proc en el sistema de Mateu es la proyección relacional *R* –si va asociada con un argumento externo– o *T* –si no lleva asociado un argumento externo–. En ambos casos, el núcleo puede tomar un valor positivo ([+R] o [+T]) o negativo ([–R] o [–T]). En el caso de *R*, el valor positivo o negativo determina el carácter agentivo o no agentivo del argumento externo; en el caso de *T*, el carácter dinámico o estativo del predicado. Por otra parte, el núcleo (bi)relacional *r* puede tomar, igualmente, un valor de coincidencia central o terminal. No obstante, estos valores se correlacionan, para Mateu, con la distinción aspectual télico (coincidencia terminal)/atélico (coincidencia central) y no con la distinción entre estatividad y dinamicidad. Por último, el argumento externo se proyecta en la posición de especificador de un sintagma funcional (SF) ajeno a la estructura verbal básica (análogo a *SInicio*, *SVoz* o *Sv*). Tal como sucede con otras propuestas, el modelo de Mateu es categórico respecto de la oposición estativo/dinámico y no ofrece, por lo tanto, un correlato estructural para los estados davidsonianos o de intervalo. Podemos formalizar, por una parte, estados transitivos ([–R [–r]]) o estados intransitivos ([–T [–r]]), o, por otra, una serie de formas eventivas: eventos télicos inacusativos ([+T [+r]], como *morir*; eventos dinámicos atélicos no agentivos ([–R]), como *apestar*; eventos agentivos atélicos [+R [–r]], como *empujar*; o eventos agentivos télicos [+R [+r]], como *matar*. Un problema con este sistema radica en que los valores del núcleo *T* se asocian con la caracterización *aspectual* del predicado (dinámico/estativo), mientras que los valores del núcleo *R*, con su caracterización *temática* (agentivo/no agentivo), aunque ambos pertenecen al mismo nivel funcional. De este modo, la asignación de valor a *R* vuelve opaca la caracterización aspectual del verbo: [–R] representa un verbo no agentivo, ¿debe entenderse como un proceso dinámico o estativo? Esta categoría, aspectualmente opaca, aloja justamente verbos de emisión del tipo *apestar*, *brillar*, *chirriar*, verbos que, en la propuesta de Maienborn (2005), se caracterizan como estados davidsonianos. Por último, hay posibilidades formales que no se encuentran realizadas en predicados concretos, como [–T [+r]], y que deben excluirse, por lo tanto, por motivos conceptuales extrínsecos.

preposicionales que denoten lugares (v.g. *poner el lápiz en la mesa*). Esta libertad combinatoria es compatible con lo que encontramos en las estructuras copulativas, donde se atestiguan, igualmente, estas tres posibilidades (v.g. *ser médico, ser alto, estar en Málaga*), y en donde, según hemos visto en §2.7.1, podemos aplicar un análisis basado en la estructura relacional SR (cf. Brucart 2010).

Sin embargo, la posibilidad de introducir elementos de distinta categoría en la posición de complemento de R supone ciertas dificultades para mantener una semántica unificada en todos los casos. Este hecho merece algún comentario. Hemos propuesto que, en lo fundamental, R es un núcleo que relaciona entidades, de acuerdo con la fórmula  $\lambda y \lambda x. R(x, y)$ . Si el primer elemento de esta relación corresponde sintácticamente a un adjetivo (*claro*), existe un conflicto con la introducción de una variable sobre entidades (y) en el primer operador lambda, toda vez que un adjetivo puede formularse independientemente como predicado sobre individuos (v.g.  $\lambda x. \text{claro}(x)$ , de tipo  $\langle e, t \rangle$ , no e). Un fenómeno similar puede encontrarse en el caso de los nombres escuetos y los sintagmas preposicionales. ¿Significa esto que debemos introducir un núcleo R distinto para cada tipo de complemento, de acuerdo con la semántica específica que a este debe asignársele? Estimamos que esta solución es, desde un punto de vista estructural, poco natural.<sup>63</sup>

Con el fin de mantener un núcleo único a través de los distintos entornos sintácticos en que R puede aparecer, existen diversas soluciones disponibles. Una de ellas es asumir, como hace Mateu (2002), que el adjetivo corresponde siempre a la suma de un elemento no relacional (x) más un elemento (bi)relacional (r). Así, *claro* corresponde, en verdad, a  $[r \text{ [CLARO]}]$ , donde CLARO equivale a un elemento “nominal” no predicativo en sí mismo. Esta solución se aprecia de modo particularmente transparente en la derivación de adjetivos denominales (v.g. *sabroso, odioso, rabioso*). Así, *sabroso* puede parafrasearse por ‘con sabor’, de modo que el sufijo *-oso*

<sup>63</sup> Al adoptar variantes de R que modifiquen su semántica en función de su complemento, obtendríamos fórmulas distintas, por ejemplo, para introducir adjetivos y nombres propios. Así, la primera de estas variantes tendría, aplicada sobre *claro*, una forma como la siguiente:

i.  $\lambda P_{\langle e, t \rangle} \lambda x. R(x \ \& \ P(x)) \text{ (claro)}$

En cambio, para una relación del tipo *Juan ama a María*, R adoptaría la forma ya revisada:  $\lambda y \lambda x. R_{\text{amar}}(x, y)$ . Nótese, sin embargo, que (i) volvería superfluo el papel desempeñado por R, si este núcleo debe justificarse semánticamente además de sintácticamente, puesto que la aplicación del predicado P a la entidad x se cumple ya de modo independiente en la propia semántica del adjetivo (sin que debamos acudir a la introducción de un argumento en posición de especificador de R). Esta redundancia no es, con todo, necesariamente el caso en algunas propuestas que introducen proyecciones predicativas, como sucede en Rothmayr (2009: 178-180). La autora propone, de hecho, un núcleo Pred<sup>o</sup> que introduce propiedades de individuos, de forma análoga a (i). Sin embargo, la función de Pred es, asimismo, añadir un argumento situacional  $\langle i \rangle$  a la derivación (que cumple la ejemplificación temporal de una propiedad en un individuo, propia de un estado kimiano, cf. Maienborn 2005). De este modo, Pred toma entidades de tipo  $\langle e, t \rangle$  y arroja entidades de tipo  $\langle e, \langle i, t \rangle \rangle$ : pasamos, así, de propiedades de individuos a propiedades de individuos temporalmente situadas. En nuestro modelo, optamos por simplificar la semántica de las proyecciones subeventivas básicas, puesto que la localización espacio-temporal puede realizarse independientemente mediante el añadido de las proyecciones funcionales de aspecto-tiempo externas al Sv.

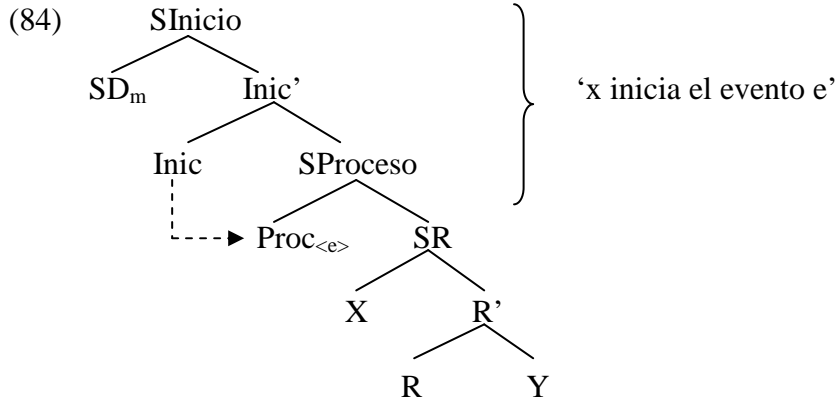
materialice el núcleo relacional *r* y *sabro-* equivalga al nombre *sabor* en posición de complemento (cf., para más discusión, Fábregas 2013b). La estructura que en estos casos resulta morfológicamente transparente se generalizaría, así, para todos los adjetivos. El interés que tiene esta aproximación radica en que, en los términos de nuestra propuesta, podemos mantener una semántica unificada para *R*. El adjetivo *claro*, entendido como predicado, no correspondería, en rigor, al elemento que *R* toma como complemento, sino a la estructura [*R* [*claro*]] en su conjunto. La semántica de esta estructura puede escribirse como  $\lambda x.R(x, \text{CLARO})$ , que denota una propiedad de individuos. La solución aquí apuntada es compatible con la observación de Hale y Keyser (1997, 2002) según la cual los adjetivos necesitan una proyección extendida para tomar un especificador y funcionar, así, como predicados.

Una segunda alternativa es considerar, en línea con el análisis que Bowers (1993) ofrece para el núcleo *Pred°*, que el complemento de esta proyección corresponde a una propiedad “nominalizada” en el sentido de Chierchia y Turner (1988) (véase §2.7.1) (cf. Chierchia 1998; véase, para más discusión, Mueller-Reichau 2011: 48-52). La contribución semántica de *Pred°* consistiría, justamente, en transformar propiedades entendidas como entidades (de tipo  $\langle e \rangle$ ) en propiedades entendidas como funciones proposicionales (de tipo  $\langle e, t \rangle$ ). En la teoría de Chierchia y Turner (1988), este cambio categorial se realiza mediante un operador específico (*U*), cuyo correlato sintáctico sería, de acuerdo con Bowers (1993), *Pred°*. Si aplicamos este análisis a la semántica de *R*, que, según hemos discutido en §2.7.1, es estructuralmente análogo a *Pred°*, diremos que un adjetivo (o una propiedad-entidad cualquiera) pasa a denotar una propiedad de individuos solo al ensamblarse en posición de complemento de *R*. El resultado de esta combinación es siempre, como hemos visto más arriba,  $\lambda x.R(x, \dots)$ , con independencia de que el complemento de *R* denote, en términos conceptuales, una cualidad (*Adj*), un tipo (*SN*), un lugar (*SP*) o un individuo (*SD*). En el presente estudio, basta con mencionar que el conflicto categorial que introduce la libertad combinatoria de *R* puede salvarse mediante distintos mecanismos independientemente motivados. La adopción de una u otra estrategia no será discutida mayormente en lo que resta, de modo que dejamos un análisis detallado de ello para futuras investigaciones.

### 2.7.3. Inserción del argumento externo: *SInicio*

La relación semántica que se establece entre *SInicio* y *SProc* es similar a la que propone Ramchand (2008). *SInicio* corresponde a la proyección introductora del argumento externo, cumpliendo un papel análogo al que desempeña en otros modelos *SVoz* o *Sv*. A diferencia de lo que sucede en dichos modelos, donde el valor aspectual de *v* o *Voz* varía en función de la clase de eventualidad denotada por la frase verbal en posición de complemento, *SInicio* es siempre estativo. En la formulación original de Ramchand, donde *Inicio* introduce igualmente un evento, el tipo de situación de dicha variable debe estipularse de forma independiente. Sin embargo, si, como suponemos aquí, solo *Proc* introduce una variable eventiva, el carácter estativo de *SInicio* es una consecuencia de

este carácter defectivo, toda vez que, al carecer de argumento eventivo, carece de validez en intervalos y puede asumir validez en puntos de tiempo. La relación argumental que el especificador de SInicio asume respecto de SProc puede esquematizarse del siguiente modo:



La semántica asociada a la estructura de (84) puede formalizarse como se observa a continuación:

- (85)
- a.  $\llbracket \text{Inicio} \rrbracket = \lambda P_{\lambda e} \lambda x \lambda e. \text{Inic}(x, e) \ \& \ P(e)$
  - b.  $\llbracket \text{Inic}' \rrbracket = \lambda x \lambda e. \text{Inic}(x, e) \ \& \ P(e) \ \& \ \text{cover}(e, R(j)(i))$
  - c.  $\llbracket \text{SInicio} \rrbracket = \lambda e. \text{Inic}(m, e) \ \& \ P(e) \ \& \ \text{cover}(e, R(j)(i))$

En la formalización de (85a), el núcleo Inicio se caracteriza como una función que toma propiedades de eventos y arroja una propiedad de individuos que, a su vez, ofrece como aducto una propiedad de eventos. La combinación entre Inic y SProc es legítima precisamente porque, según hemos desarrollado en el subapartado anterior, la denotación de SProc es una propiedad de eventos. De este modo, el resultado que se obtiene al combinar ambos elementos es una estructura que selecciona un argumento en posición de especificador. Así, una vez que ensamblamos un SD, la entidad denotada se caracteriza como ‘Iniciador’ de un evento cuya descripción es aportada por SProc (un evento P que ‘cubre’ una relación R entre una entidad i y una entidad j). El resultado final es, nuevamente, una propiedad de eventos, que es consistente con el valor que atribuimos a la frase verbal en su conjunto.

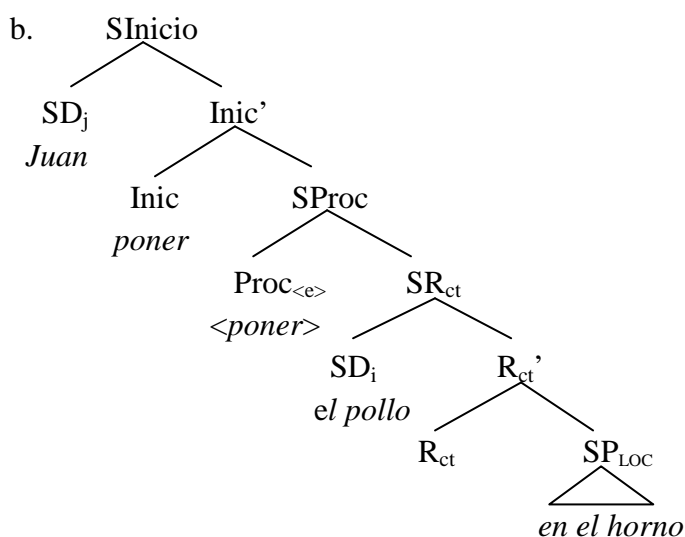
Ahora bien, aunque Inic’ tome una entidad y la caracterice como Iniciador de un evento, vemos que, en la estructura de (84), el núcleo Inic no introduce una variable eventiva. Asumimos, pues, que la variable introducida en Proc es “visible” desde la proyección SInicio, lo cual permite que la estructura proporcione una interpretación aspectual unificada sobre la base de una única variable eventiva. Esta estrategia puede contrastarse con la que siguen otros autores. Así, Ramchand (2008), como ya hemos mencionado, atribuye una variable eventiva a cada proyección subverbal, y obtiene una representación unificada a partir de la regla de composición eventiva de Hale y Keyser (1993). Por su parte, Kratzer (1996) asigna a SVoz la introducción de una variable eventiva independiente, susceptible de ser unificada con la variable introducida en V mediante la operación de Identificación Eventiva. Para ello, ambas variables deben

corresponder al mismo tipo de situación (*s* para estados, *e* para eventos). Finalmente, Borer (2005) sigue la estrategia de introducir una única variable eventiva, que la autora localiza en SEvento, y que se cierra existencialmente mediante el SD en posición de especificador. Así, nuestra alternativa consiste, en línea con Borer (2005), en restringir la inserción de la variable eventiva a una sola proyección funcional. La especificación argumental de SInicio, no obstante, debe acceder a la información contenida en las proyecciones que se encuentran en su dominio, de forma tal que la denotación de la frase verbal corresponda a una propiedad de eventos.

En principio, la relación de Iniciación favorece una implicación de secuenciación temporal, aunque la estructura de (84) nada explicita sobre ello. De este modo, el argumento externo puede quedar temporalmente excluido del desarrollo del evento que inicia, o bien puede ser coextensivo con él. Así, en una estructura causativa como *romper el vaso*, tendemos a pensar que el agente inicia el evento que acaba con la rotura del vaso, pero que no participa de cada subintervalo del desarrollo del evento (puede darse un breve empujón al vaso y que este tarde unos segundos en caer al suelo, en un momento en el que el responsable ha desaparecido del escenario). En cambio, en un verbo inergativo como *correr*, el agente debe ser partícipe de cada subparte del evento. Por lo tanto, la relación de Iniciación se refiere a las condiciones externas que habilitan a un evento para que tenga lugar, pero no exige que tales condiciones establezcan con el evento una relación de precedencia.

Tal como veíamos en el caso de la estructura [Proc [SR]], la estructura de (84), en que se añade SInicio, admite dos variantes, dependiendo de si R adopta un valor de coincidencia central o terminal. En el primer caso, obtenemos un estado davidsoniano causativo; en el segundo, un evento causativo de cambio de estado. Veamos algunos ejemplos para apreciar cómo funciona, en estos casos, la derivación sintáctica en consonancia con la computación semántica. En (86b) se observa la estructura que asignamos a un evento télico causativo como el que subyace a la oración de (86a); la semántica asociada a dicha estructura se encuentra en (87):

(86) a. Juan puso el pollo en el horno. EVENTO TÉLICO CAUSATIVO





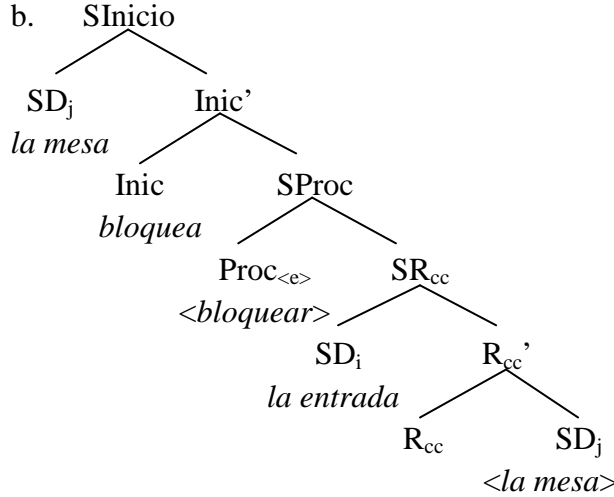
- (87) a.  $\|R_{ct}\| = \lambda y \lambda x. Rct(x, y)$   
 b.  $\|R_{ct}\| (\|SP\|) = \lambda y \lambda x. Rct(x, y)$  (en el horno)  
 c.  $\|R_{ct}'\| = \lambda x. Rct(x, \text{en el horno})$   
 d.  $\|R_{ct}'\| (\|SD_i\|) = \lambda x. Rct(x, \text{claro})$  (el pollo)  
 e.  $\|SR_{ct}\| = Rct(\text{el pollo}, \text{en el horno})$   
 f.  $\|proc_{<e>\|} = \lambda p \lambda e. poner(e) \& cover(e, p)$   
 g.  $\|proc_{<e>\|} (\|SR_{ct}\|) = \lambda p \lambda e. poner(e) \& cover(e, p)$  ( $Rct(\text{el pollo}, \text{en el horno})$ )  
 h.  $\|Sproc\| = \lambda e. poner(e) \& cover(e, Rct(\text{el pollo}, \text{en el horno}))$   
 i.  $\|Inicio\| = \lambda P_{\lambda e} \lambda x \lambda e. Inic(x, e) \& P(e)$   
 j.  $\|Inicio\| (\|Sproc\|) = \lambda P_{\lambda e} \lambda x \lambda e. Inic(x, e) \& P(e)$  ( $\lambda e. poner(e) \& cover(e, Rct(\text{el pollo}, \text{en el horno}))$ )  
 k.  $\|Inic'\| = \lambda x \lambda e. Inic(x, e) \& poner(e) \& cover(e, Rct(\text{el pollo}, \text{en el horno}))$   
 l.  $\|Inic'\| (\|SD_j\|) = \lambda x \lambda e. Inic(x, e) \& poner(e) \& cover(e, Rct(\text{el pollo}, \text{en el horno}))$  (Juan)  
 m.  $\|SInic\| = \lambda e. Inic(\text{Juan}, e) \& poner(e) \& cover(e, Rct(\text{el pollo}, \text{en el horno}))$

En la derivación de (87) hemos seguido paso a paso la composición del significado de *SInic*, que, como se observa en (87m), corresponde a una propiedad de eventos tales que un individuo (Juan) es el iniciador del evento *e*, caracterizado como *poner*, y existe una relación de cobertura temporal entre la validez de *e*, cuya huella es siempre extensa, y una relación de coincidencia terminal entre una entidad (el pollo) y un lugar (el horno). Así, en términos conceptuales, entendemos que Juan es el responsable de que en un cierto intervalo el pollo pase a estar en el horno.

Nótese que hemos introducido el *SP en el horno* en posición de complemento de *R*. Este procedimiento puede ser cuestionado si se asume, como sería natural, que la preposición corresponde directamente a la materialización de *R*, de forma tal que obtengamos [*R en [el horno]*], donde el complemento de *R* es el *SD el horno*. Aunque esta forma proceder es viable en diversos casos, la preposición no está obligada a materializar siempre el núcleo relacional que sirve de base a la eventualidad en su conjunto. En este caso en particular, hemos propuesto que el valor télico del verbo *poner* viene determinado por un *SR* con un valor de coincidencia terminal. Como, presumiblemente, el valor de *en* corresponde a un valor de coincidencia central, la identificación de ambos elementos incurriría en una incompatibilidad de rasgos. Si no mediara entre ambos elementos un *R* de coincidencia terminal, el valor del evento en su conjunto sería, de acuerdo con nuestras asunciones, un estado davidsoniano ('Juan mantiene el pollo en el horno'). Veremos en otros puntos de este estudio que, aunque tengamos un *SP* en la oración, la preposición que lo encabeza no puede considerarse directamente como la materialización de *R*, sea porque existe una incompatibilidad en el rasgo de coincidencia, sea porque *R* se encuentra ya materializado por otra entrada léxica (así sucede, por ejemplo, con los verbos existenciales; véase §3.3.1.4).

Realicemos ahora el mismo ejercicio con una estructura en la que R toma un valor de coincidencia central. Dicha configuración corresponderá a un estado davidsoniano o de intervalo de tipo causativo. A esta clase, como argumentaremos con mayor detalle en el capítulo 4, pertenecen verbos como *bloquear* en su lectura no dinámica, y verbos psicológicos de objeto experimentante como *preocupar*.

(88) a. La mesa bloquea la entrada. ESTADO DAVIDSONIANO CAUSATIVO



- (89) a.  $\|R_{cc}\| = \lambda y \lambda x. R_{cc}(x, y)$   
b.  $\|R_{cc}\| (\|SD_j\|) = \lambda y \lambda x. R_{cc}(x, y)$  (la mesa)  
c.  $\|R_{cc}'\| = \lambda x. R_{cc}(x, \text{la mesa})$   
d.  $\|R_{cc}'\| (\|SD_i\|) = \lambda x. R_{cc}(x, \text{la mesa})$  (la entrada)  
e.  $\|SR_{cc}\| = R_{cc}(\text{la entrada}, \text{la mesa})$   
f.  $\|proc_{<e>}\| = \lambda p \lambda e. \text{bloquear}(e) \ \& \ \text{cover}(e, p)$   
g.  $\|proc_{<e>}\| (\|SR_{cc}\|) = \lambda p \lambda e. \text{bloquear}(e) \ \& \ \text{cover}(e, p)$  ( $R_{cc}(\text{la entrada}, \text{la mesa})$ )  
h.  $\|Sproc\| = \lambda e. \text{bloquear}(e) \ \& \ \text{cover}(e, R_{cc}(\text{la entrada}, \text{la mesa}))$   
i.  $\|Inicio\| = \lambda P_{\lambda e} \lambda x \lambda e. \text{Inic}(x, e) \ \& \ P(e)$   
j.  $\|Inicio\| (\|Sproc\|) = \lambda P_{\lambda e} \lambda x \lambda e. \text{Inic}(x, e) \ \& \ P(e)$  ( $\lambda e. \text{bloquear}(e) \ \& \ \text{cover}(e, R_{cc}(\text{la entrada}, \text{la mesa}))$ )  
k.  $\|Inic'\| = \lambda x \lambda e. \text{Inic}(x, e) \ \& \ \text{bloquear}(e) \ \& \ \text{cover}(e, R_{cc}(\text{la entrada}, \text{la mesa}))$   
l.  $\|Inic'\| (\|SD_j\|) = \lambda x \lambda e. \text{Inic}(x, e) \ \& \ \text{poner}(e) \ \& \ \text{cover}(e, R_{cc}(\text{la entrada}, \text{la mesa}))$  (la mesa)  
m.  $\|SInicio\| = \lambda e. \text{Inic}(\text{la mesa}, e) \ \& \ \text{bloquear}(e) \ \& \ \text{cover}(e, R_{cc}(\text{la entrada}, \text{la mesa}))$

La derivación de (89) es similar a la de (87), excepto por el valor de R, que en este caso es de coincidencia central. De este modo, (89m) nos indica que una entidad (la mesa) es iniciador de un evento de bloquear, cuya huella temporal es coextensiva con la relación locativa que guardan entre sí la mesa y la entrada. En otras palabras, la mesa ‘mantiene’ su posición respecto de la entrada, lo cual impide el paso a través de ella. Asumimos,

pues, que un predicado causativo puede ser estativo (cf. Pylkkänen 2000; Fábregas y Marín en prensa, a), siempre y cuando sea davidsoniano y no puro. De este modo, una relación causativa impone cierta duración que una relación puramente locativa no exige. No parece que esta sea, con todo, una restricción conceptual asociada a lo que entendemos por *bloquear*. Así, una situación prototípica de bloqueo presupone que una entidad se mantiene frente a otra durante un intervalo, pero si una mesa se desliza frente a la entrada y solo está frente a ella, consecuentemente, un instante, aun podemos decir que en ese instante la mesa bloquea la entrada. Sin embargo, la gramática trata el verbo *bloquear* como un predicado con duración intrínseca, al margen de estos usos periféricos. Así, los contextos que veíamos en el caso de *brillar* arrojan resultados análogos si se aplican a *bloquear*, según discutiremos con mayores detalles en §4.1.4:

- (90) a. La mesa bloqueará la entrada. (lectura de futuro excluyente)  
 b. La mesa está bloqueando la entrada.  
 c. Siempre que entro a la habitación, la cortina bloquea la ventana.

Como se observa en los ejemplos de (90), *bloquear* rechaza lecturas epistémicas (90a), acepta la forma progresiva (90b) y ofrece lecturas inclusivas bajo modificación adverbial de referencial temporal (90c) (el bloqueo de la cortina no puede preceder a mi entrada en la habitación). Esto contrasta claramente con la conducta de un estado puro como *tener*:

- (91) a. Juan tendrá las manos limpias.  
 b. \*Juan está teniendo las manos limpias.  
 c. Siempre que entro a la habitación, Juan tiene las manos limpias.

Como se observa en (91), el predicado de estado puro (de tipo SL) *tener las manos limpias* admite lecturas epistémicas (91a), rechaza la forma progresiva (91b) y ofrece lecturas no inclusivas bajo modificación adverbial de referencia temporal (91c) (puede ser el caso que Juan tenga las manos limpias desde antes que yo entre a la habitación).

#### 2.7.4. ¿De dónde vienen los estados puros?

Hasta ahora hemos revisado estructuras en las que SProc, la frase que introduce el argumento eventivo y, por consiguiente, la duración intrínseca del predicado, se proyecta en la derivación. Sin embargo, no hay razón para impedir combinaciones en que SProc falte. Esta posibilidad nos sirve para modelar sintácticamente lo que entendemos por estatividad pura, es decir, predicados que pueden ser evaluados en puntos de tiempo. Recuérdese que, según los postulados con que iniciamos la exposición del modelo (§2.7.2), la extensión temporal (intrínseca) de un predicado depende, a efectos de los mecanismos disponibles en la primera fase sintáctica, de la inserción de Proc. Este núcleo introduce, según decíamos allí, una variable eventiva cuya huella temporal es siempre extensa (esto es, válida en intervalos). De este modo, el carácter estativo *puro* de un predicado se sigue automáticamente de la ausencia de Proc.

En ausencia de  $\langle e \rangle$ , desaparece igualmente la condición que nos obliga a evaluar el predicado en un intervalo. Así, un estado puro no recibe, en nuestro modelo, una caracterización positiva: habrá tantos tipos de estados puros como configuraciones sintácticas denoten predicados que puedan ser evaluados en puntos de tiempo. Si nos restringimos a la primera fase, la teoría predice la existencia de dos clases de estados puros: SRcc y SInicio, es decir, las dos proyecciones que no introducen por sí mismas una variable eventiva en la derivación sintáctica.

La primera opción es, así, que SRcc no se encuentre dominado por Proc. En este caso, la duración intrínseca que  $\langle e \rangle$  añade al predicado se pierde y obtenemos, consiguientemente, una predicación que puede ser evaluada en puntos de tiempo. De este modo, en lugar de obtener un estado davidsoniano como *brillar*, el resultado es un estado puro:

- (92) a.  $\|R_{cc}\| = \lambda y \lambda x. R_{cc}(y)(x)$   
 b.  $\|R_{cc}'\| = \lambda x. R_{cc}(j)(x)$   
 c.  $\|SR_{cc}\| = R_{cc}(j)(i)$

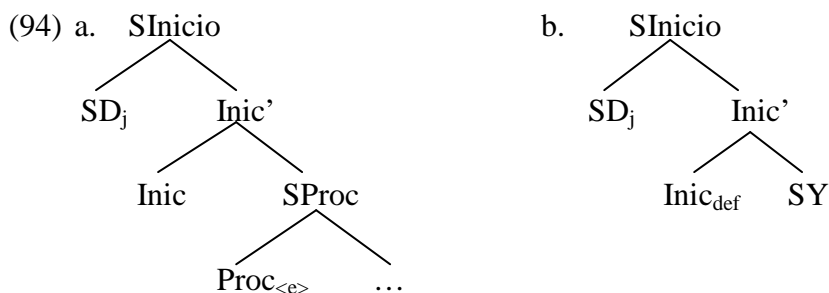
La proposición denotada por (92c) conformará lo que Maienborn (2005) llama un estado kimiano una vez que se ensamble en la derivación un ST. Como se recordará, un estado kimiano consiste en la ejemplificación temporalmente situada de una propiedad en una entidad. La fórmula de (92b) nos entrega una propiedad de individuos, pero no encontramos, en este nivel sintáctico, un modo de localizar temporalmente esta relación predicativa. Como ST realiza esta operación de modo independiente para todo tipo de predicados, sean eventivos o estativos, asumiremos que la composición final de un estado kimiano, en el sentido que Maienborn da a este término, debe esperar al ensamble de T (en §5.4.1.6 aplicaremos esta idea al verbo existencial *haber*).

Ahora bien, el caso de SInicio es algo más complejo que el de SRcc, aunque, a efectos de las estructuras que dominan la primera fase sintáctica, obtendremos un objeto semántico análogo. Recordemos la semántica asociada al núcleo Inic:

- (93)  $\|Inicio\| = \lambda P \lambda x \lambda e. Inicador(x, e) \& P(e)$

De acuerdo con (93), Inicio toma una propiedad de eventos y, tras introducir un argumento externo, vuelve a darnos una propiedad de eventos. Sin embargo, la introducción de una variable eventiva en la semántica de SInicio resulta, estructuralmente, del filtrado de la información contenida en SProc. En términos sintácticos, Inicio no añade por sí mismo en la derivación la variable  $\langle e \rangle$ , sino que la hereda de Proc. Por lo tanto, si Proc no se ensambla, Inicio no puede satisfacer la selección que la función de (93) expresa y la derivación, en principio, fracasa. No obstante, una alternativa consiste en adoptar la existencia de un núcleo Inicio ‘defectivo’ que, al no tomar SProc en posición de complemento, no pueda denotar

propiedades de eventos. Así, el cambio de estructura irá acompañado de un cambio en la semántica de esta proyección:



(95)  $\|Inicio\| = \lambda P \lambda x \lambda e. Iniciador(x, e) \ \& \ P(e) \rightarrow \|Inicio_{defectivo}\| = \lambda y \lambda x. Q(y)(x)$

Como puede apreciarse en (95), la semántica de Inicio pasa a ser equivalente a la de  $SR_{cc}$ . Sin embargo, en términos sintácticos, la ausencia de  $S_{Proceso}$  no redundante, en nuestro modelo, en la equivalencia estructural de  $S_{Inicio}$  y  $SR_{cc}$ , como sucedía con las proyecciones  $S_{Inicio}$  y  $S_{Res}$  en el modelo original de Ramchand (2008). Como hemos argumentado en §2.7.1,  $SR$  es una proyección categorialmente “neutra”, que puede dar lugar a una predicación verbal solo si es dominada por proyecciones funcionales propias de la cláusula, como sucede en las construcciones copulativas (v.g. [Juan *es* [Juan [ $R_{cc}$  alto]]]). En cambio,  $S_{Inicio}$  es de naturaleza específicamente verbal. De este modo, obtenemos funciones semánticas similares en entornos sintácticos en principio distintos.

El capítulo 3 de esta tesis está dedicado a explorar las consecuencias empíricas de esta predicción. Veremos que, aunque en principio se trate de estados equivalentes en *grado* (ambos son puros), los verbos que sintácticamente lexicalizan SINICIO se comportan de manera distinta a aquellos que lexicalizan SRcc. Se trata, por lo tanto, de dos *niveles* de representación distintos de estatividad:

- (96) SInicio (estado “alto”, verbal)  
 .  
 .  
 .  
 SRcc (estado “bajo”, no verbal)

En el capítulo mencionado, veremos que, efectivamente, la gramática española hace uso de estos dos niveles. Mientras que los estados puros (no davidsonianos) suelen manifestarse como un  $SR_{cc}$  categorizado como verbo mediante proyecciones adicionales, existen casos donde la estructura verbal [SInicio [SProc]] se reduce, perdiendo el elemento eventivo SProc y conservando, en cambio, el elemento estativo SInicio. Tal es el caso de los verbos de posesión *tener* y *poseer*, así como de ciertos verbos psicológicos de sujeto experimentante cognitivo (*conocer*, *saber*, *entender*,

*creer*), que, según mostraremos allí, se comportan como ‘eventos empobrecidos’.<sup>64</sup> Aunque tanto los estados de nivel SR<sub>CC</sub> como los de nivel S<sub>Inicio</sub> denoten, a efectos de las pruebas de los dominan a ambos, el mismo tipo de predicado, la distinción estructural apuntada tiene interesantes consecuencias empíricas que de otro modo resultarían gratuitas.

#### 2.7.5. Estructuras, tipos de situación y verbos posibles: una síntesis

Una vez que hemos expuesto las posibilidades estructurales que posee el modelo aquí adoptado, presentaremos ahora una síntesis con las relaciones que existen entre las estructuras sintácticas, el contenido aspectual que cabe atribuirles y los verbos concretos que lexicalizan estas estructuras. Tanto las clases identificadas por Vendler (1967) como la categoría “intermedia” de estado davidsoniano o de intervalo encuentran su correlato estructural preciso. Estas correlaciones merecen, no obstante, dos comentarios previos. El primero se relaciona con la clase de las actividades, que no hemos tratado explícitamente en subapartados anteriores; el segundo, con la distinción entre estados SL y estados IL.

Respecto de la categoría de las actividades, esto es, eventos dinámicos atélcos como *correr*, existen en el modelo, a priori, dos posibilidades. Recordemos que la combinación de Proc más SR<sub>CC</sub> ofrece como resultado un estado davidsoniano, esto es, un evento con duración intrínseca pero sin cambio interno. Si queremos introducir la idea de adquisición de propiedad, debemos cambiar el valor de R al de coincidencia terminal. Sin embargo, tal como hemos desarrollado en §2.7.4, la estructura [SProc [SRct]] se interpreta no solo como un evento con cambio interno, sino además télico. Para codificar un evento dinámico atélco puede aducirse, por lo tanto, bien que la estructura [SProc [SRct]] recibe una interpretación iterativa por efecto de una proyección funcional de aspecto externo, bien que la estructura SProc, en ausencia de SR, se interpreta por defecto como “actividad”. Hasta donde se nos alcanza, la primera opción introduce una complejidad estructural que los verbos de actividad, en español o en otras lenguas indoeuropeas, no manifiestan. La segunda alternativa coincide con la estrategia seguida por Borer (2005) (véase *supra*, §2.3), quien propone que la interpretación por defecto de un evento es el de proceso atélco. Tanto la telicidad como la estatividad deben, en el modelo de la autora citada, codificarse explícitamente en la estructura, de forma tal que, en ausencia de dichas especificaciones estructurales, la interfaz conceptual “lee” el evento como un proceso atélco. La diferencia principal que existe entre nuestra propuesta y la de Borer radica en que, mientras que ella atribuye a

---

<sup>64</sup> Así, *conocer* o *saber* son los verbos que tradicionalmente se citan (cf. de Miguel 1999) para apreciar la interacción entre el aspecto interno y el aspecto externo, puesto que, efectivamente, estos verbos estativos se interpretan como eventos de cambio de estado tanto en la forma progresiva (v.g. *Juan está conociendo a su hermano*) como en el indefinido (v.g. *Juan conoció a su hermano*, *Juan supo la verdad*). Sin embargo, otros verbos como *faltar* o *sobrar*, que en nuestra propuesta corresponden a estados SR<sub>CC</sub>, mantienen su valor estativo en estos mismos contextos (v.g. *Está faltando comida en ese país*, *Faltó comida en la fiesta*). En §3.3.1.1 y §3.3.3, ofreceremos una explicación estructural de este fenómeno, basada en las asunciones teóricas que hemos presentado a lo largo de este apartado.

todas las estructuras aspectuales una variable eventiva en la sintaxis, nosotros contemplamos la existencia de predicados en que este elemento falta, lo cual nos permite distinguir, siguiendo a Maienborn (2005), entre estados davidsonianos (con Proc, luego, con <e>) y estados puros (sin Proc, luego, sin <e>).

Por otra parte, la distinción entre estados SL y estados IL, por lo que atañe a los núcleos subverbales, no recibe un correlato estructural preciso en el modelo. Así, veremos que tanto en los estados de nivel SInicio como en los de nivel SR encontramos predicados de una y otra categoría. Por ejemplo, *tener*, estado de nivel SInicio, puede servir de base para un estado SL (v.g. *Juan tiene una mancha en el pantalón*) o IL (v.g. *Juan tiene los ojos verdes*). Si seguimos a Husband (2010), esta opacidad aspectual no constituye necesariamente un problema. De acuerdo con este autor, la distinción IL/SL se decide composicionalmente a partir del tipo de argumentos que el núcleo verbal relaciona. Citando el caso que sirve de base al análisis de Husband, los plurales escuetos en posición de sujeto reciben, en inglés, una interpretación existencial (y el predicado en su conjunto, una lectura SL) solo si el argumento interno es, en términos de Borer, cuantizado (97b); en caso contrario, el plural escueto recibe una interpretación genérica y el predicado en su conjunto, una lectura IL (97a) (Husband 2010: (34)):

- (97) a. Students know answers. (lectura genérica: IL)  
 b. Students know this answer. (lectura existencial: SL)

Es interesante notar que Husband desarrolla su teoría sobre la base del nivel estructural Sv, es decir, el análogo de nuestro SInicio (defectivo). Si el análisis de este autor es correcto, entonces la indefinición que el núcleo Inicio exhibe respecto de la distinción SL/IL no constituye un defecto del modelo, sino una ventaja.

La pregunta es, sin embargo, si el análisis de Husband puede generalizarse para todos los tipos de estados puros, o bien si constituye una peculiaridad del nivel estructural introductor del argumento externo. En lo que respecta al nivel SR, contamos, como alternativa, con el análisis seguido por Brucart (2010) para explicar la alternancia copulativa en español (cf. igualmente Uriagereka 2001, Uriagereka y Gallego 2009, entre otros). Recordemos que, según Brucart, si R toma un valor de coincidencia central, seleccionamos *ser* (la cópula por defecto), mientras que, si R toma un valor de coincidencia terminal, seleccionamos *estar*. Nótese que la estructura SRct no codifica, en sí misma, adquisición de propiedad, puesto que dicho valor se asocia, en nuestro modelo, a la estructura [SProc [SRct]] en su conjunto. De este modo, en ausencia de una variable eventiva que soporte la ocurrencia efectiva de un proceso de adquisición, la relación establecida por Rct puede ser entendida, en los términos utilizados por Brucart, como una ‘trayectoria abstracta’. Este breve comentario solo busca precisar que esta opción es compatible con el modelo aquí adoptado, aunque, en lo sucesivo, no ofreceremos un análisis detallado ni de la alternancia copulativa ni de la distinción SL/IL. Sin embargo, bajo un criterio de simplicidad, supondremos que el núcleo Rcc puede alojar estados IL y SL, cuya determinación resultará de una suma de factores independientes del núcleo mismo (características semánticas de los argumentos, factores conceptuales asociados al predicado, etc.).

De este modo, las relaciones entre estructura y contenido aspectual son las siguientes:

(98)a. [SRcc]	ESTADO PURO (SL/IL)	(ejs.)	( <i>ser</i> ) <i>alto</i> / ( <i>estar</i> ) <i>feliz</i>
b. [SProc [SRcc]]	ESTADO-D NO CAUSATIVO		<i>brillar, dormir</i>
c. [SProc [SRct]]	EVENTO TÉLICO INACUSATIVO		<i>romperse</i>
d. [SInic [SProc [SRcc]]	ESTADO-D CAUSATIVO		<i>bloquear, preocupar</i>
e. [SInic [SProc [SRct]]	EVENTO TÉLICO CAUSATIVO		<i>romper, sacar, poner</i>
f. [SInic [SProc]]	EVENTO ATÉLICO AGENTIVO		<i>correr, empujar</i>
g. [SProc]	EVENTO ATÉLICO NO AGENTIVO		<i>llover</i>
h. [SInic]	ESTADO PURO (SL/IL)		<i>conocer, tener</i>

Las correspondencias expresadas en (98) apuntan a que el modelo adoptado en el presente capítulo posee una adecuación descriptiva correcta. De una parte, las opciones semánticas lexicalizadas en una lengua como el español reciben siempre un correlato estructural directo (no hay infrageneración);<sup>65</sup> de otra, aquello que es posible en el sistema formal corresponde, efectivamente, a un tipo de situación lexicalizado mediante un predicado en concreto (no hay sobregeneración). Como hemos visto en otros casos, como el sistema de variantes de *v* propuesto en Harley (2009), no todas las posibilidades formales ofrecidas por el sistema tienen siempre un correlato claro en las lenguas naturales, por lo que el sistema debe ser restringido mediante criterios conceptuales extrínsecos. Dichos criterios no resultan necesarios, hasta donde hemos podido comprobar, en el modelo aquí seguido, puesto que, como muestran las opciones de (98), no existe una alternativa que sea inherentemente “aberrante”.

#### 2.7.6. Alternativas al modelo y comparaciones con modelos ya comentados

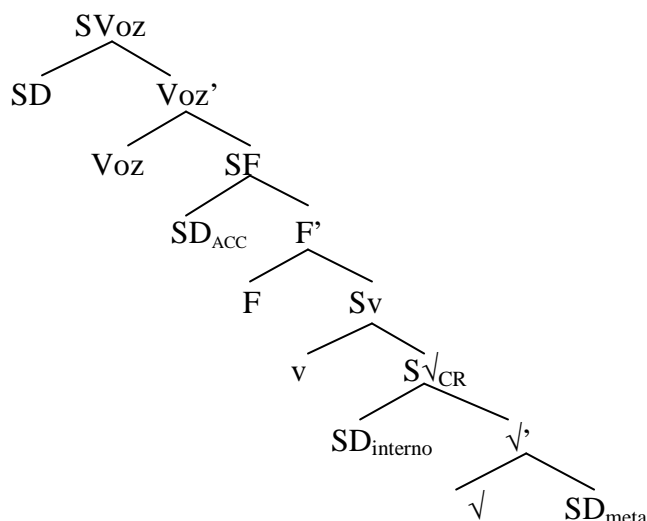
Antes de finalizar con la exposición de nuestras asunciones teóricas, quisiéramos destacar cómo puede equipararse la secuencia funcional [SInicio [SProc [SR]]] con otros modelos, en particular, con el que hemos revisado en §2.2, de Harley (2009). Si establecemos un paralelo entre ambas secuencias funcionales, observamos que la

<sup>65</sup> Si se asume la existencia de predicados de cambio de estado estrictamente puntuales, es decir, logros en el sentido de Piñón (1997), el modelo sí infragenera. Según se recordará, hemos introducido el postulado de que la huella temporal de un evento es siempre extensa, de forma tal que, si los logros son predicados eventivos, no es posible formalizar su carácter puntual. Sin embargo, esta puede ser una conclusión precipitada. De acuerdo con el propio Piñón (1997), el tipo eventivo de un logro es distinto de un evento “normal”, justamente debido a su carácter puntual (se trata de “sucesos de límite”). Así, el tipo de variable que corresponde a un logro no será el mismo que el introducido por Proc. Por otra parte, dado que un logro es siempre el límite de otro evento, es posible que su correcta formalización escape a las posibilidades de la primera fase sintáctica y deba incorporar una proyección funcional externa. Esta línea de análisis ya fue adelantada por Piñón en el trabajo citado, al caracterizar la sintaxis de un logro como un verbo de ascenso. Así, un predicado de logro como *alcanzar la cima* puede parafrasearse por *terminar de subir*. En esta segunda estructura, el sujeto de *subir* asciende hasta la posición de especificador de *terminar*, que no le asignaría, en rigor, papel temático al sujeto (nótese que puede decirse, igualmente, *terminó de llover*).

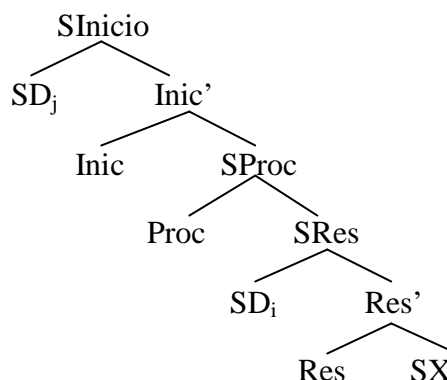


propuesta de Harley (2009) se adecua bastante con las proyecciones empleadas en el modelo de Ramchand (2008) y, eventualmente, con las que hemos adoptado aquí:

(99) a. Harley 2009



b. Ramchand 2008

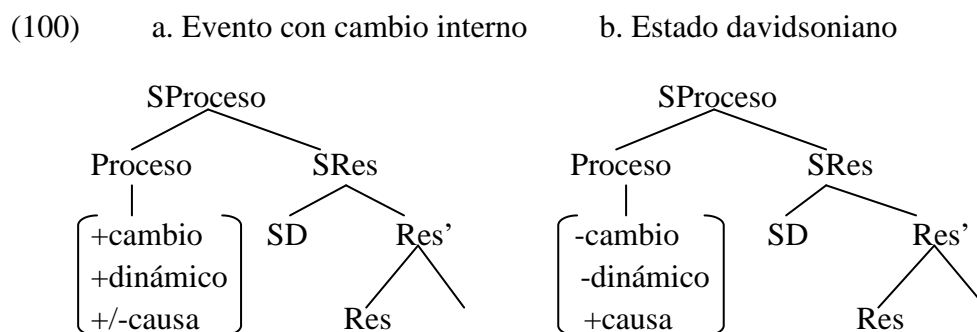


Una vez que la introducción del argumento externo se independiza de Sv y se vuelve necesario añadir una proyección SVoz, la estructura verbal asumida por Harley es paralela a la desarrollada por Ramchand. Como indica la autora explícitamente (Harley 2009: 336), la proyección Sv pasa a ser el correlato de la proyección SProc, mientras que S<sup>√</sup> puede funcionar como una CR, desempeñando un papel análogo al que juega SRes.

Veíamos que, tal como era formulado en Ramchand (2008), el sistema no permitía dar cuenta de una categoría aspectual intermedia entre los eventos y los estados, que, siguiendo a Maienborn (2005), podemos denominar estados davidsonianos, toda vez que la presencia o ausencia de Proc marcaba una oposición categórica entre el cambio interno y la estatividad pura. Hemos resuelto esta falta de flexibilidad asumiendo que Proc establece una condición necesaria pero no suficiente del cambio interno (cf. Fábregas y Marín en prensa, b). Su tarea es ahora introducir la variable eventiva en la derivación sintáctica, cuya propiedad temporal esencial es la validez en intervalos, característica que comparten tanto los estados davidsonianos como los eventos. En esta versión del modelo, la diferencia entre estados davidsonianos y eventos con cambio interno radica en el valor del SR que Proc puede tomar como complemento. Si tenemos una relación de coincidencia central, la estructura se interpreta como la mantención de un estado en un intervalo; si, en cambio, tenemos una relación de coincidencia terminal, obtenemos un evento de adquisición de propiedad.

Sin embargo, el paralelo entre la secuencia funcional adoptada y la que propone Harley (2009) da lugar a una solución alternativa. La variación aspectual se codifica en el sistema de esta autora mediante un sistema de rasgos expresado en v, dando lugar a eventos causativos, inergativos, inacusativos, etc. (cf. §2.2). De este modo, podemos

formular la diferencia entre estados davidsonianos y eventos con cambio interno como una posibilidad más en dicho sistema de rasgos. En vez de reflejar la distinción como una variante distinta de v, pasaríamos ahora a formular una nueva variante de Proc, dada la equivalencia entre ambas proyecciones. Tendríamos, en consecuencia, estructuras como las siguientes:



Las objeciones que podemos realizar a este modelo son similares a las que ya hemos hecho a la teoría “horizontalista” de variación aspectual a la que pertenece la propuesta de variantes de v. En las estructuras de (100) volvemos a encontrar el problema de colapsar demasiada información en un mismo nodo sintáctico. No podemos afirmar a ciencia cierta que el sistema de tres rasgos satisfaga en verdad el abanico de posibilidades que incluye la categoría de los estados davidsonianos, por lo que, eventualmente, la cantidad de rasgos podría ser aún mayor. Por otra parte, si la información relativa al valor causal queda contenida en Proc, ¿qué valor semántico se le atribuye a SInicio o, de modo general, a la relación entre proyecciones subverbales? Estimamos, pues, que el sistema adquiere más simplicidad si asignamos a Proceso una única función en la derivación: introducir un argumento eventivo válido en intervalos. La variación entre cambio interno y estado davidsoniano puede bien descansar en el tipo de relación introducido por el SR en la posición baja, toda vez que los conceptos de coincidencia terminal y central se encuentran independientemente respaldados y son comunes a otros dominios categoriales con los que las proyecciones verbales pueden o no interactuar (v.g. preposiciones).

Otro aspecto interesante que surge de la comparación del modelo de Harley y, en general, de las posiciones construccionistas extremas, con las estructuras aquí asumidas es el de la información que poseen las entradas léxicas. Hemos visto que tanto Harley como Borer atribuyen a las entradas léxicas una información prácticamente nula, cargando, así, las propiedades semánticas y sintácticas de un predicado a las proyecciones funcionales ensambladas en la sintaxis. Por otra parte, Ramchand asume, igualmente, que el significado estructural se computa en la sintaxis, aunque estima que las entradas léxicas poseen, al menos, rasgos de inserción. Por consiguiente, aunque el significado de un verbo causativo como *romper* se codifique, por ejemplo, en las proyecciones SInicio y SProceso, la entrada léxica debe “saber” qué núcleos debe identificar en la sintaxis.

Desde un punto de vista teórico, la asunción de que las raíces, o los listemas, están desprovistos de toda propiedad gramatical lleva, de modo independiente, tanto a Harley (2009) como a Borer (2005) a ciertos problemas de consistencia interna. Por ejemplo, vemos que, en la estructura de (99a), el S<sup>√</sup> introduce argumentos y posee, además, una función predicativa de CR con valor aspectual de estado resultante. Estas propiedades resultan extrañas para un objeto que, en principio, no posee ningún valor activo en la sintaxis. Sin embargo, las exigencias empíricas que mueven a forzar el estatus de las raíces siguen vigentes en cualquier modelo. En particular, nosotros hemos asumido igualmente que la proyección predicativa más baja corresponde a un núcleo relacional carente de categoría gramatical léxica, pero no asumimos que ese núcleo deba equipararse con una raíz, sino con un elemento funcional que una entrada léxica puede o no materializar.

De modo análogo, Borer, quien lleva al extremo la suposición de que las entradas léxicas carecen de información gramatical relevante, debe adoptar, a la vez, ciertas conclusiones que ponen en entredicho la validez general de este principio. Así, vemos que los listemas dominados por una proyección eventiva dan, por defecto, valor de actividad (cuestión que no es incoherente con la teoría solo si se asume que las actividades no son objetos gramaticalmente relevantes). Por otra parte, mientras que los verbos pueden alternar de forma más o menos libre entre las distintas estructuras, el análisis tiende a dar por sentado que los verbos estativos son “esencialmente” estativos, toda vez que su coerción aspectual es más costosa (véase la discusión respectiva en §2.3).

En esta tesis adoptaremos, pues, un modelo de inserción léxica más cercano al de Ramchand (2008) que al de Borer (2005) o Harley (2009). Así, asumiremos que las entradas léxicas poseen rasgos de inserción que permiten asociar un verbo con las proyecciones funcionales que codifican sus propiedades sintácticas y semánticas. Nótese que ambos modelos realizan predicciones distintas sobre la conducta variable de las entradas léxicas. De acuerdo con el modelo (neo)construccionista extremo de Borer, una entrada léxica puede, en principio, ingresar en cualquier dominio sintáctico y adquirir, así, cualquier significado que se siga de las reglas de computación gramaticales. Por otra parte, el modelo de Ramchand (2008) –y la Nanosintaxis en general– si bien contempla la variación de significado en las entradas léxicas, asume que esta variación puede restringirse a partir de principios sintácticos que afectan a la relación entre el léxico y la sintaxis de modo general. En otras palabras, las regularidades que exhiben las entradas léxicas respecto de ciertos cambios estructurales deben formularse, en Borer, como una cuestión extralingüística. Un verbo como *empujar* será causativo o inergativo dependiendo de la estructura con la que se combine, y el hecho de que, entre las múltiples posibilidades combinatorias que ofrece la gramática, nos restrinjamos a unas cuantas se sigue del valor enciclopédico que asociamos con dicha entrada, más acorde con determinadas estructuras que con otras. Es, así, un asunto que atañe más a la actuación que a la competencia. En cambio, la Nanosintaxis integra la conducta variable de las entradas léxicas en el conocimiento que

un hablante tiene de los principios que gobiernan la lengua; se trata, por lo tanto, de un asunto de competencia. De este modo, de acuerdo con esta perspectiva, las entradas léxicas pueden variar, pero dentro de unos márgenes que pueden formularse mediante generalizaciones estructurales y que pueden dar lugar, en definitiva, a predicciones empíricamente contrastables.

#### 2.7.7. *Secuencia funcional y lexicalización: polisemia y coerción*

En este punto de nuestra exposición, podemos sintetizar las principales asunciones teóricas sobre el modelo adoptado. A partir de aquí, explicitaremos algunos condicionamientos estructurales que, finalmente, nos llevarán a la formulación de algunas convenciones terminológicas que resultarán de utilidad en el curso de este estudio.

La secuencia funcional adoptada, compuesta de SInicio, SProceso y SR, posee un *orden rígido*. Esto quiere decir que no podemos encontrar una configuración en la que SProceso domine a SInicio, o SR a SProceso. Sin embargo, nada impide que puedan existir *huecos* en la estructura. Así, la proyección de SProceso no implica que, en la misma derivación, haya tenido que proyectarse SR, como tampoco la proyección de SInicio fuerza la de SProceso ni la de SR. Solo necesitamos que, si más de una proyección entra en la derivación, estas respeten el orden preestablecido en la secuencia funcional. (Nótese que constituye una posibilidad del sistema el que SInicio se ensamble con SR en ausencia de SProceso, dado que, en esta configuración, no se infringe el orden de la secuencia funcional, aunque pasamos por alto la proyección intermedia. Veremos ejemplos de ello en §3.3.2.1.)

Una entrada léxica contiene los rasgos que permiten identificar los núcleos funcionales en que dicha entrada debe proyectarse. Esto no significa necesariamente que las entradas léxicas lleven asociada una categoría gramatical, puesto que una entrada léxica puede identificar únicamente un SR, que, según hemos argumentado en §2.7.1, es categorialmente neutro.<sup>66</sup> Por otra parte, la variación en la conducta de las entradas sigue, en general, el Principio del Superconjunto (§2.5), según el cual una entrada puede lexicalizar un conjunto de rasgos (nodos funcionales) si su especificación de rasgos corresponde a un superconjunto de ellos (en otras palabras, si la estructura en cuestión corresponde a un subconjunto de los rasgos almacenados en la entrada léxica). Cuando podamos atestiguar que este es el caso, diremos que la pieza léxica exhibe una *polisemia* con respecto a los valores sintáctico-semánticos respectivos. Sin embargo, contemplamos también una segunda posibilidad, según se menciona a continuación:

---

<sup>66</sup> Conviene destacar que con “falta de categoría gramatical” nos referimos a que SR no determina directamente ninguna de las “categorías léxicas mayores” (Verbo, Nombre, Adjetivo o, si no se la define como categoría funcional, Preposición, cf. Baker 2003). Sin embargo, en la medida en que etiquetamos la proyección máxima de R como SR, sí atribuimos una “categoría” a la frase. En este sentido, los exponentes que llevan asociado solo el rasgo [+R] sí llevan, en rigor, una categoría sintáctica asociada, aunque esta no coincida con ninguna de las categorías léxicas mayores que resultan más transparentes en la etapa final de la derivación sintáctica.

1. *Polisemia*: Una pieza léxica manifiesta diversos valores que pueden deducirse del Principio del Superconjunto. Por ejemplo, si una pieza contiene los rasgos [Inic, Proc, Rcc] y se manifiesta en las estructuras [SInic [SProc [SRcc]] y [SProc [SRcc]], diremos que los valores asociados a estas estructuras manifiestan una polisemia asociada a la entrada léxica con los rasgos [Inic, Proc, Rcc].
2. *Coerción*: Un pieza léxica que en principio contiene un conjunto determinado de rasgos es ampliada con otros rasgos continuos en la secuencia funcional, de modo que la estructura resultante constituye un superconjunto de los rasgos identificados inicialmente en la entrada léxica. Por ejemplo, si una pieza lexicaliza [SInicio] pero se atestigua un contexto C en el que cabe suponer la estructura [SInicio [SProceso]], decimos que la entrada léxica ha sido ampliada y, por tanto, coercionada en el contexto C.<sup>67</sup>

La distinción conceptual realizada en los puntos anteriores podría reducirse al Principio del Superconjunto, si puede probarse que la *coerción*, tal como se la entiende en el punto 2, corresponde a una variante de este principio. Así, la coerción puede entenderse como una instanciación del Principio del Superconjunto si suponemos que, en vez de ser ampliada de [SInicio] a [SInicio [SProceso]], la entrada léxica contiene en principio los rasgos [Inicio, Proceso], de forma tal que su realización como [SInicio] corresponda, en verdad, a la estrategia regular contemplada en el principio mencionado. Sin embargo, estimamos que existen contextos empíricos en los que esta asunción resultaría forzada. Así, consideremos los siguientes ejemplos:

- (101) a. Juan tiene un libro.  
           a'. Juan tuvo un libro.  
           b. Juan tiene una idea.  
           b'. Juan tuvo una idea.

El verbo *tener* lexicaliza una estructura típicamente estativa, que, según argumentaremos con detalle en §3.3, corresponde a SInicio (es decir, una proyección estativa específicamente verbal). En los ejemplos de (101), vemos que, de acuerdo con algunos usos de *tener*, como el que se observa en (101a), la variante en indefinido da lugar a una interpretación también estativa (101a'): se da el caso que un libro estuvo en poder de Juan durante un tiempo. Sin embargo, otros usos de *tener*, como el ejemplificado en (101b), admiten una lectura incoativa (o de cambio de estado) en el indefinido (101b'): Juan ha pasado a tener una idea.

---

<sup>67</sup> Puede contemplarse, igualmente, una tercera posibilidad, aunque no tendrá mayores consecuencias en lo sucesivo. Un índice fonológico puede asociarse con conjuntos de rasgos cuya relación no puede deducirse del Principio del Superconjunto ni de un mecanismo de expansión (coerción). Por ejemplo, la cadena fonológica *abc* se asocia separadamente con los rasgos [Inic] y [Rcc]. En este caso, encontramos dos entradas léxicas distintas, de modo que la conducta que se asocia a ambas especificaciones de rasgos no constituyen una polisemia reducible a una misma entrada mediante un proceso estructural regular.

Ahora bien, de acuerdo con nuestras asunciones, el valor de cambio de estado exigiría una estructura [SInicio [SProceso]], puesto que es en tal caso que emerge el valor de Iniciación. Si, empleando el Principio del Superconjunto, decimos que *tener* contiene los rasgos [Inicio, Proceso], podemos dar cuenta del contraste (101b-b'). En el ejemplo (101b'), *tener* lexicaliza una estructura que satisface todos sus rasgos y que, consecuentemente, se interpreta como incoativa; en cambio, (101b) ejemplificaría una variante estativa pura, en que *tener* lexicaliza una estructura, SInicio, compatible con un subconjunto de los rasgos de la entrada inicial. Sin embargo, esta estrategia no puede aplicarse al par de (101a), puesto que, en este contexto, *tener* adopta un valor estativo en presente y en indefinido. De este modo, pareciera que la estructura marcada es aquella donde *tener*, por los motivos estructurales que fueren, es expandido mediante el añadido de SProceso a partir de una estructura básica que solo identifica SInicio. En casos como estos es que hablaremos de coerción, en lugar de polisemia. Veremos más casos de este tipo al estudiar los verbos estativos puros (§3), que en determinados contextos adquieren valores propios de predicados eventivos.

La posibilidad de que las entradas léxicas sean ampliadas en determinados contextos no es ajena a la formulación del modelo realizada por Ramchand (2008). Así, esta autora establece que la representación básica de los verbos que manifiestan una alternancia causativo-incoativa es la incoativa (cf. Levin & Rapaport 1995, quienes adoptan la visión opuesta). En términos estructurales, un verbo como *break* 'romper' lexicalizaría SProceso, pero no SInicio, proyección encargada de introducir el argumento externo y de otorgar, en consecuencia, el valor causativo. El añadido de SInicio, así, tendría lugar en la sintaxis:

- (102) Alternancia causativo-incoativa en Ramchand (2008):
- a. [SProceso SD<sub>arg interno</sub> Proc ... ] (variante inacusativa)
  - b. [SInicio SD<sub>arg externo</sub> [SProceso SD<sub>arg interno</sub> Proc ... ]] (variante causativa)

Por consiguiente, la obtención del valor causativo contaría como un caso de lo que hemos denominado coerción, puesto que la estructura resultante no forma parte del conjunto de rasgos contenido en la entrada léxica inicial y no puede, por lo tanto, deducirse del Principio del Superconjunto.

La admisión de esta posibilidad estructural abre, con todo, la vía a la pregunta siguiente: ¿constituye la coerción un modo de reintroducir la variación léxica irrestricta a que da lugar el modelo de Borer (2005)? En efecto, si las entradas léxicas pueden ser expandidas de forma libre, la ventaja de formular una variación léxica restringida se desvanece. Sin embargo, la coerción sigue siendo susceptible de restricciones estructurales de las que carece el modelo (intencionadamente) sobregenerador de Borer. En los casos que hemos comentado, las entradas ingresan en la derivación provistas de determinados rasgos que, aun cuando las entradas puedan ser coercionadas, excluyen ciertas posibilidades estructurales. Así, si es cierto que *tener* lexicaliza SInicio, el mecanismo de coerción no puede sustituir dicha estructura por la secuencia [SProceso [SRcc]], que no constituiría una expansión de la proyección inicial, como sí lo es [SInicio [SProceso]]. Nótese que, toda vez que en nuestro modelo la estructura [SInicio

[SProceso]] recibe una interpretación distinta de la secuencia [SProceso [SRcc]], aun cuando SInicio y SRcc constituyan el mismo tipo de estado, esta restricción no es trivial y puede ofrecer predicciones empíricas de interés. Tendremos ocasión de analizar esto con más detalles en §3.3, cuando comparemos la conducta de los verbos que lexicalizan SRcc (*pesar, faltar, amar*) frente a aquellos que lexicalizan SInicio (*tener, conocer*).

En síntesis, vemos que, junto a las posibilidades de variación contempladas por el Principio del Superconjunto, contaremos además con la posibilidad de expandir la estructura lexicalizada por una cierta entrada léxica. Si bien esto relaja las condiciones estructurales en que las alternancias léxicas se producen, veremos que la teoría no pierde carácter predictivo y continúa siendo capaz, por lo tanto, de ofrecer análisis falseables.

## 2.8. Conclusiones del capítulo

En este capítulo hemos revisado los principales modelos que atienden a la relación entre léxico y sintaxis en la lingüística teórica contemporánea. En particular, nos ha interesado analizar qué estrategias pueden asumirse para dar cuenta de la expresión sintáctica de los aspectos semánticos revisados en el capítulo anterior, y mediante qué mecanismos dicha estructura puede recibir expresión léxica.

Hemos visto que los modelos (neo)construccionistas, en especial la MD y la teoría de Borer (2005), distribuyen el material léxico en elementos postsintácticos que prestan materialización fonológica a la estructura funcional y elementos carentes de propiedades gramaticales que se ensamblan al inicio de la derivación. Estos elementos, denominados raíces o listemas, suscitan diversos problemas de consistencia teórica. Así, aunque se propone, en principio, que estos elementos carecen de propiedades gramaticales, se les atribuyen valores “defectivos” que bien podrían formularse positivamente en proyecciones sintácticas cuyas propiedades se estipulen explícitamente.

Por otra parte, la Nanosintaxis presenta un modelo en el que la conducta de las piezas léxicas es susceptible de un análisis más restrictivo y predictivo. Hemos revisado, además de los orígenes de las ideas del modelo que pueden remontarse a McCawley (1968), dos versiones de la teoría. La primera, sustentada en la noción de Materialización Sintagmática (cf. Pantcheva 2011), y la segunda, formulada en Ramchand (2008), asentada en el mecanismo de Re-ensamble. En ambos casos, el léxico en su totalidad corresponde a un componente postsintáctico que presta materialización a “trozos de estructura” en una secuencia funcional independientemente motivada.

A partir del modelo de Ramchand (2008), hemos desarrollado un marco de asunciones que introduce importantes modificaciones en la versión original. Estas pueden sintetizarse como sigue:

- Las entradas léxicas contienen rasgos que determinan las posiciones sintácticas en que se proyectan. Una entrada puede lexicalizar estructuras que correspondan a subconjuntos de los rasgos que codifica (Principio del Superconjunto) o bien, en determinadas circunstancias, ser ampliada mediante el añadido de otras proyecciones funcionales. En el primer caso hablamos de polisemia; en el segundo, de coerción.
- La secuencia funcional en que se descompone la frase verbal está compuesta de tres proyecciones: SInicio, SProceso y SR. El orden de la secuencia es fijo, pero admite huecos.
- SProceso introduce el argumento eventivo <e>, que es siempre válido en intervalos.
- La relación entre SInicio y SProceso se interpreta como ‘iniciación de un evento’. SR, que es categorialmente independiente, puede tomar un valor de coincidencia central o terminal. La relación entre SProceso y SRcc se interpreta como ‘mantención de la propiedad P en la entidad x en el intervalo I’. La relación entre SProceso y SRct se interpreta como ‘adquisición de propiedad’.

Las ideas desarrolladas en este capítulo, como tendremos ocasión de observar en los capítulos sucesivos, cuentan como una implementación configuracional de las distinciones realizadas en el capítulo anterior.

Así, hemos desarrollado allí la idea de que la estatividad puede manifestarse en distintos niveles de representación. En el presente capítulo, al disociar SR de la categoría de verbo, SInicio, que es específicamente verbal, ya no puede identificarse con dicha proyección en ausencia de SProceso. De este modo, obtenemos dos niveles sintácticos que, en principio, manifiestan el mismo tipo de estatividad.

Por otra parte, hemos distinguido de la idea de nivel de estatividad el concepto de grado de estatividad, según la proximidad que un determinado predicado tenga respecto de la eventividad. La formulación de SProceso como la proyección introductora del argumento eventivo, sumada a la asunción de que dicho argumento es siempre válido en intervalos, proporciona un modo de traducir en términos estructurales la distinción entre grados de estatividad. Así, aquellos estados que incluyan un SProceso corresponderán a estados davidsonianos, siguiendo la terminología de Maienborn (2005); o a estados de intervalo, siguiendo la denominación introducida por Dowty (1979). En los términos estructurales desarrollados en 2.7, ambas denominaciones pueden considerarse equivalentes.



## Capítulo 3

### Estados puros

El presente capítulo se centra en aquellos verbos del español que expresan estados puros, es decir, predicados que relacionan entidades con propiedades y que, al no incluir cambio ni duración intrínseca, pueden ser evaluados en puntos de tiempo. Estos verbos no suelen manifestar alternancias sistemáticas entre valores estativos y eventivos. Las unidades léxicas que nos interesan son, entre otras, las siguientes:

- (1) *costar, pesar, valer, tener, poseer, amar, temer, saber, permanecer, faltar, sobrar*, etc.

La hipótesis que defenderemos es que la estatividad en español puede codificarse en distintos niveles configuracionales, desmintiendo, así, la idea tradicional de que los estados corresponden siempre a la configuración estructural (semántica o sintáctica) básica (cf. Dowty 1979, Pustejovsky 1991, Levin y Rappaport 1995, Moreno Cabrera 2003, entre otros). En particular, los “niveles de estatividad” aquí analizados son los siguientes:

- (2) Niveles de representación de la estatividad
- a. SR de coincidencia central
  - b. SInicio
  - c. Aspecto Progresivo
  - d. Aspecto Habitual

El nivel de (2a) corresponde a un sintagma relacional que codifica un valor de coincidencia central (cf. Hale y Keyser 2002, Mateu 2002). Dicha configuración puede ser asociada a la estructura predicativa básica de aquellos modelos que efectúan una descomposición del Sv (cf. Baker 2003, Arche 2006, Ramchand 2008, Rothmayr 2009, Roy 2013). Asumiremos que esta proyección no posee, en sí misma, categoría verbal, sino que la adquiere en determinados contextos sintácticos (véase §2.7.1). Algunos verbos incluidos en este nivel son *costar, pesar, faltar, sobrar, valer*, etc.

El nivel (2b) corresponde a una proyección funcional encargada de introducir un argumento externo (cf. Krtatzer 1996, Alexiadou 2010). A diferencia de aquellos modelos en los que la proyección introductora del argumento externo puede adoptar diversas variantes (Harley 1995, Marantz 1997, Arad 1999, Alexiadou 2001), seguiremos aquí la propuesta de que esta proyección es siempre estativa (Ramchand 2008). De acuerdo con nuestras asunciones, SInicio se distingue de SRcc por la altura funcional en la que se ensambla (sobre SProc) así como por ser una estructura específicamente verbal (cf. §2.7.2). Algunos de los verbos incluidos en este nivel son *poseer, tener, saber* o *conocer*.

Los dos primeros niveles integran lo que entenderemos por aspecto interno o de tipo de situación (Smith 1991). Como hemos argumentado en §2.7, la estatividad de estos niveles deriva de que no introduzcan en la derivación una variable eventiva. En ausencia de SProc, responsable de la inserción de este elemento, el predicado carece de duración intrínseca y puede ser evaluado en puntos de tiempo; vale decir, se comporta como un estado puro, de acuerdo con los criterios temporales que hemos asumido en §1. En términos sintácticos, adoptaremos la idea de que el nivel de SInicio (análogo a Sv) establece el límite de la primera fase (Chomsky 2000, Chomsky 2001, Adger 2003, Ramchand 2008). Los dos niveles restantes, el del Aspecto Progresivo y el del Aspecto Habitual, corresponden a operadores de aspecto externo, incluidos en una segunda fase de la derivación sintáctica. En estos casos, el predicado de base cuenta con una variable eventiva que queda sujeta a algún tipo de operación que anula su duración intrínseca, por lo que, a efectos de las pruebas que dominan a estos contextos, se comportan como estados puros.

Conviene recordar que lo que entendemos aquí por *nivel* no se corresponde con la variación respecto del *grado* de estatividad, en el sentido de una mayor o menor proximidad con la dinamicidad propia de los eventos. Todos los niveles de estatividad son, en principio, igualmente estativos, y difieren solo por la altura configuracional en que se definen. Aunque su mayor o menor tamaño estructural pueda dar lugar a ciertas complejidades semánticas, todos corresponderán a *estados puros* a efectos de aquellos contextos sintácticos que los dominan.

El capítulo se estructura del siguiente modo. En §3.1 ofreceremos una clasificación conceptual de los verbos estativos tratados, que servirá de antesala a su análisis propiamente gramatical. Mostraremos allí que las categorías conceptuales como las de posesión o existencia engloban diversos matices que pueden tener consecuencias empíricas en el “desglose” estructural de estos predicados en la sintaxis. Luego, en §3.2, aplicaremos un conjunto de pruebas de estatividad, que nos permitirán realizar una taxonomía más fina de las clases de verbos identificadas. En este análisis tendrá relevancia la jerarquía de proyecciones funcionales de Cinque (1999). Al aplicar nuestras pruebas, hemos ordenado previamente el nivel estructural que afectan siguiendo dicha jerarquía, lo cual nos permitirá, en un paso subsiguiente de la exposición, reconocer qué proyecciones funcionales son las encargadas de otorgar estatividad a los predicados estudiados. Finalmente, en §3.3, expondremos con mayores detalles las propiedades gramaticales identificadas en la aplicación de las pruebas. Allí, mostraremos cómo se organizan, y qué consecuencias empíricas tienen, los niveles de estatividad mencionados en (2).

### **3.1. Clasificación conceptual de los predicados estativos puros**

En este apartado presentaremos una clasificación preliminar de los grupos de verbos considerados. Dicha caracterización servirá de antesala a la clasificación que efectuaremos una vez que apliquemos los contextos gramaticales sensibles a la

estatividad. Esta clasificación preliminar sigue un criterio *conceptual*, es decir, agrupa clases de predicados en función del tipo de situación que intuitivamente denotan en el mundo. Incluye nociones como las de posesión, medida y existencia. Al abordar estas clases con mayores detalles, no obstante, veremos que pueden establecerse subdivisiones que, en la mayoría de los casos, se correlacionan de forma natural con las subclases que pueden identificarse desde criterios puramente gramaticales. Así, comenzaremos con una clasificación que distinguirá entre las siguientes clases de predicados:

- Verbos de posesión
- Verbos de medida
- Verbos existenciales
- Verbos psicológicos

### 3.1.1. Verbos de posesión

La noción de posesión es una de las más básicas que encuentran lexicalización en las lenguas (cf. Heine 1997, Moreno Cabrera 2003, Croft y Cruse 2004). En este apartado describiremos algunas distinciones que pueden aplicarse en este dominio, con el fin de entender de manera más nítida el comportamiento de estos verbos a la luz de las pruebas que posteriormente aplicaremos. Dado que se trata de un concepto muy general, observamos que adquiere materialización de formas gramaticalmente muy diversas. Así, junto a su realización verbal, es posible expresar relaciones posesivas mediante otros recursos gramaticales:

- (3) a. El libro de Juan.  
b. Su libro.  
c. Le robaron el libro.

Así, en (3a), la preposición *de* expresa la relación entre el poseedor, Juan, y el objeto poseído, el libro; en (3b), dicho papel lo desempeña el determinante *su*, mientras que, por último, en (3c), el pronombre dativo *le* indica el poseedor del libro robado.

En este apartado nos restringiremos al dominio verbal. Estudiaremos algunos de los principales parámetros en que pueden organizarse los valores que los verbos *tener*, *poseer* y *pertenecer* adoptan en español: posesión alienable e inalienable, por un lado, y posesión permanente y transitoria, por otro.

#### 3.1.1.1. Posesión alienable/inalienable

Una relación de posesión es alienable si el poseedor no está vinculado necesariamente con el objeto poseído y su integridad no se ve comprometida por el cese de la relación de posesión. Así sucede, por ejemplo, en (4) y (5):

- (4) Juan tiene un libro.  
(5) Carolina tiene un cepillo de dientes.

El libro, en (4), no forma parte de la entidad denotada por *Juan*, por lo que, si la relación de posesión que los une deja de tener vigencia, ambas entidades permanecen, en lo esencial, idénticas. Por el contrario, una relación de posesión es inalienable si su finalización conlleva necesariamente alguna alteración en la identidad del poseedor. Así sucede, por ejemplo, en (6):

(6) Juan tiene ojos.

La oración de (6), sin embargo, es ambigua entre dos lecturas. Según la primera, los ojos que Juan tiene forman parte de su cuerpo, por lo que, si se suspende la relación de posesión, la entidad denotada por *Juan* debe verse también modificada: si Juan pierde esos ojos, la entidad denotada por Juan será igual al referente de *Juan* en (6) menos el referente de *ojos*. Según la segunda, tenemos una relación de posesión alienable: los ojos que posee Juan podrían ser, por ejemplo, unos objetos de plástico que guarda en un cajón.

Nótese que no todos los verbos de posesión admiten de igual modo la expresión de posesión inalienable:

(7) #Los ojos le pertenecen a Juan.

(8) #Juan posee ojos.

Los ejemplos de (7) y (8) son más aceptables bajo una lectura en que hablamos de unos ojos distintos de los órganos visuales inherentes a Juan. Así, podemos concluir que las unidades léxicas del español son sensibles a la distinción entre propiedad alienable e inalienable, puesto que algunos verbos, como *poseer* o *pertenecer*, no admiten una lectura de posesión inalienable, mientras que *tener*, por otra parte, admite ambas lecturas.

Cabe indagar, con todo, bajo qué condiciones el verbo *tener* expresa un tipo u otro de posesión, ya que, aunque el significado de las piezas léxicas involucradas en la predicción desempeña, sin duda, un papel, las implicaciones asociadas al contenido léxico son, en principio, adaptables al sentido de posesión alienable o inalienable. Hemos visto que (6), cuya lectura más prominente es, por motivos enciclopédicos, de posesión inalienable, puede ser, no obstante, entendida como posesión alienable. Sin embargo, otros factores, independientes del significado de las piezas léxicas, inciden en que uno de los dos sentidos esté accesible. Así, los ejemplos de (9) solo poseen lectura alienable:

(9) a. Juan tiene los ojos.

b. Juan tiene aquella pierna.

c. Juan tiene ese estómago.

Aunque el contenido léxico de *ojos*, *pierna* y *estómago* favorezca una lectura de posesión inalienable, la inclusión de los determinantes definidos *los*, *aquella* y *ese*

induce la interpretación alienable. Esta restricción parece deberse al hecho de que, si mediante alguna modificación o determinación se especifica un objeto en particular, el sentido de posesión que prima es el alienable. Si, por el contrario, la referencia del objeto se deja sin especificar, se encuentra accesible el sentido de posesión inalienable. La razón última de esta variación no es algo que estemos en posición de explicar en este estudio, aunque puede resultar útil avanzar cuál es la motivación semántica de este hecho. Si especificamos un objeto en particular, estamos seleccionando ese objeto de un conjunto de objetos de la misma clase. Por ejemplo, si decimos:

(10) Juan tiene la mano.

seleccionamos un objeto particular del conjunto de las manos. Luego, la relación de posesión que establece *tener* se da entre Juan y esa mano en particular. Sin embargo, esta operación es incompatible, o al menos, conflictiva, con la idea misma de posesión inalienable. Como hemos apuntado más arriba, en esta categoría, el objeto con que el poseedor establece una relación de posesión es parte integrante suya, por lo cual tiene poco sentido que seleccionemos ese objeto de un conjunto más amplio. En cambio, es perfectamente plausible realizar esta operación bajo una lectura de posesión alienable. En esta última, existe una serie de objetos de la misma clase con el que el poseedor podría establecer una relación de posesión, de forma tal que, si se selecciona uno, esa relación adquiere concreción.

En síntesis, en esta sección hemos señalado que la diferencia entre posesión alienable e inalienable es relevante para la caracterización de algunos verbos del español. Esta distinción semántica, así, tiene impacto en la organización del léxico, pues, como hemos visto, algunos verbos, como *poseer* o *pertenecer*, solo admiten el sentido de posesión alienable, mientras que otros, como *tener*, pueden tener ambas lecturas.

### 3.1.1.2. Relaciones de meronimia

Algunos verbos de posesión expresan relaciones meronímicas, esto es, de parte-todo (cf. Croft y Cruse 2004). Se trata de un empleo estrechamente vinculado al de posesión inalienable, aunque puede ser distinguido de él. Una relación meronímica expresa una relación entre dos entidades de las cuales una forma parte de la otra, como en (11):

(11) Un endecasílabo tiene once sílabas.

No se trata solo, en (11), de que el endecasílabo se vea alterado al no tener once sílabas, sino de que ya no podría seguir hablándose de endecasílabo en lo absoluto. Así, decíamos, en el apartado anterior, que al cesar la relación de posesión expresada por (6) (*Juan tiene ojos*) la referencia de *Juan* equivalía a la del sujeto de la oración menos la referencia del objeto directo: Juan sigue siendo Juan, pero sin ojos. En cambio, si sustrajéramos de un verso de once sílabas una de ellas, no podríamos seguir empleando el sustantivo *endecasílabo* para establecer la relación entre el todo y las partes:

(12) #Ese endecasílabo tiene diez sílabas.

La relación meronímica se restringe, como la entenderemos aquí, a algunos nombres cuya definición misma entrañe un conjunto finito de elementos. Dado que el dominio de la posesión inalienable es más amplio, caben en él relaciones entre “todos” que no se definen por la presencia o ausencia de una cantidad fija de partes constituyentes. Es por ello que una oración como (13) es semánticamente aceptable:

(13) El cuaderno tiene una página menos.

Y esto es así pues la entidad *cuaderno* no se define por albergar una cantidad definida de páginas. Entre la clase de nombres a los que puede aplicarse el sentido restringido de meronimia que manejamos, se encuentran aquellos que implican una cantidad fija de elementos:

(14) *endecasílabo, octosílabo, pentasílabo, etc.; litro, kilo, metro, etc.; euro, dólar, libra, etc.*

En general, como se aprecia en la lista de (14), los nombres que expresan medidas de algún tipo en alguna cantidad fija son susceptibles de entrar en una relación meronímica. Las proposiciones expresadas por una oración como la de (11) serán analíticas o tautológicas, es decir, el predicado no añadirá nada que no esté ya contenido en el concepto mismo designado por el sujeto. Tener once sílabas forma parte del concepto de endecasílabo; tener mil gramos, del de kilo, etc. Por lo tanto, conocer el significado de *endecasílabo* o *kilo* implica conocer estas relaciones meronímicas.

Otros nombres entrañan también una cantidad finita de partes, aunque de forma algo distinta que la del grupo de (14). Así, nombres como *bicicleta* u *hombre*, si se los considera como tipos, implican la existencia de un conjunto finito de elementos (eg. ruedas u ojos). Dicha asociación, sin embargo, puede romperse si estos nombres se emplean para referir entidades particulares:

(15) a. Las bicicletas tienen dos ruedas.  
b. El hombre tiene dos ojos.

(16) a. Esa bicicleta tiene una sola rueda.  
b. Ese hombre tiene tres ojos.

Dado que el concepto de hombre o de bicicleta no se agota en agrupar una cantidad finita de objetos, el que una bicicleta o un hombre en particular posean más o menos de estos objetos no constituye una situación semánticamente anómala, como sí sucede con *endecasílabo* (12). En el caso de este último, no solo existe una relación necesaria con un conjunto finito de elementos, sino que este conjunto agota el contenido al que se refiere el nombre en cuestión.

En resumen, hemos visto en esta sección que, dentro de las relaciones de posesión inalienable puede distinguirse un subtipo más específico, el de las relaciones

de meronimia. La meronimia, pues, se da cuando se establece una relación entre una entidad y un conjunto limitado y fijo de partes constituyentes. Esta relación puede acontecer en dos casos: primero, cuando un nombre se considera bajo una lectura genérica y el concepto asociado con ese nombre entraña una cantidad finita de elementos (*hombre y ojos o piernas; bicicleta y ruedas; tridente y puntas*, etc.) y, segundo, cuando un nombre agota su contenido en expresar una cantidad fija de elementos de una cierta clase (*endecasílabo y once sílabas, kilo y mil gramos, dólar y cien céntimos*, etc.).

### 3.1.1.3. *Posesión permanente/transitoria*

Una relación de posesión es permanente si el poseedor ejerce sobre el objeto poseído un derecho de propiedad que solo puede cesar bajo condiciones extraordinarias (como ceder en ese derecho voluntariamente). Ejemplos de ello son:

- (17) Juan tiene un libro.
- (18) María posee tierras.
- (19) La casa pertenece a Pedro.

En cada uno de los casos de (17-19), la relación de posesión solo puede cesar si el poseedor decide desprenderse del objeto poseído, o bien si una entidad con mayor poder o influencia que el poseedor decide que la relación es nula (v.g., por efecto de un robo o un fallo judicial). Por supuesto, si un objeto ha sido robado, el derecho de propiedad sigue correspondiéndole a su dueño original. No obstante, no parece que todas las unidades léxicas del español sean igualmente sensibles a este matiz. Comparemos las oraciones de (20):

- (20) a. María {poseía / tenía} tierras que le robaron.  
b. #María {posee / tiene} tierras que le robaron.

La inaceptabilidad semántica de (20b) se explica porque, dado que el tiempo de la oración principal es el presente, se establece que la relación de posesión está vigente, mientras que la cláusula subordinada contradice esa relación. Aun cuando el derecho de propiedad siga correspondiendo a María, el cese del control que ella ejerce sobre las tierras impide que podamos atribuir continuidad a la relación de posesión. A este respecto, el verbo *pertenecer* se comporta de modo distinto:

- (21) Las tierras que fueron robadas pertenecen a María.

En (21), vemos que el hecho de que el tiempo de la oración principal establezca la vigencia de la relación de posesión no es contradictorio con que, en la subordinada, se indique que el poseedor ya no ejerza un control sobre los objetos poseídos. Así, parece haber una clara diferencia léxica entre, de un lado, *tener* y *poseer* y, de otro, *pertenecer*. Mientras que los dos primeros requieren que, además de derecho de propiedad, haya un control desde el poseedor hacia el objeto poseído, *pertenecer* puede prescindir de ese control.

Ahora bien, a la noción de posesión permanente conviene oponer otra, que llamaremos *posesión transitoria*. Una relación de posesión es transitoria si el poseedor no ejerce sobre el objeto poseído un derecho de propiedad, sino solo un control temporalmente acotado. Nos referimos, en concreto, a ejemplos como los siguientes:

- (22) a. Juan tiene el salero.  
b. María tiene el mando a distancia.  
c. Pedro tiene mi libro.

La interpretación de las oraciones de (22) es que Juan, María o Pedro ejercen un control no permanente sobre el salero, el mando a distancia o un libro. Por lo tanto, no se trata de ‘sus’ objetos, sino de elementos que de forma contingente están en su poder. Nótese, además, que solo en esta variante de la noción de posesión es viable una secuencia como (22c), en la que el determinante posesivo no es correferente con el sujeto poseedor. Nuevamente, encontramos una diferencia nocional a la que es sensible el léxico español, puesto que, como se aprecia en (23), ni *pertenecer* ni *poseer* pueden expresar una relación de dominio transitorio entre un individuo y una entidad<sup>68</sup>:

- (23) a. \*Juan posee mi libro.  
b. \*A Juan le pertenece mi libro.

Tanto (23a) como (23b) son inaceptables, toda vez que, si el verbo expresa únicamente posesión permanente, no puede existir en el sintagma que denota el objeto poseído un determinante posesivo no correferente con el poseedor<sup>69</sup>.

Así, según se sigue de los ejemplos precedentes, *tener* admite tanto una lectura de posesión permanente como otra de posesión transitoria. Según hemos presentado en

---

<sup>68</sup> Una prueba adicional a este respecto es que, con *poseer* y *pertenecer* se obtienen lecturas de *life-effect* en el pasado:

- i. Mi abuelo poseía tierras. (→ ‘Mi abuelo ha muerto o las tierras han desaparecido’)  
ii. El libro le pertenecía a Juan. (→ ‘El libro ya no existe o Juan ha muerto’)

Este efecto no se obtiene con *tener* bajo lectura de posesión transitoria: *Juan tenía mi libro* no implica que Juan haya muerto o que el libro haya dejado de existir. Este contraste permitiría correlacionar la distinción entre posesión permanente y transitoria con la diferencia entre predicados IL y SL (véase *supra* §1.3.1). En efecto, las relaciones de posesión transitorias son siempre SL, como se aprecia al poder introducir cuantificación temporal sobre ellas: *Cada vez que Juan tiene mi libro, pienso que me lo han robado*. Las relaciones de posesión permanentes arrojan resultados anómalos en este contexto: \**Cada vez que a Juan le pertenece el libro, lo cuida mucho*, ??*Cada vez que Juan posee tierras, cultiva patatas*. Para más detalles sobre los contextos gramaticales que permiten distinguir entre ambas clases de predicados en español, puede consultarse Arche (2006) y Marín (2013).

<sup>69</sup> En esta argumentación estamos asumiendo que los determinantes posesivos indican, preferentemente al menos, posesión permanente, no transitoria. Así, mientras que en el contexto de una cena es aceptable una secuencia como *Pásame el salero que tiene Juan*, resulta forzado decir *Pásame su salero*. En el primer caso asumimos que el sujeto de *tener* solo ejerce un control transitorio sobre el salero, mientras que, en el segundo, el referente de *su* debe ser el ‘dueño’ del salero. Ambas secuencias son gramaticales, pero la segunda requeriría un contexto donde los comensales ejercieran un derecho de propiedad sobre los objetos de la mesa.



apartados anteriores, admite, además, una lectura de posesión inalienable (*Juan tiene piernas*). En tanto, *poseer* y *pertenecer* solo admiten posesión alienable permanente.

#### 3.1.1.4. Síntesis

El contenido léxico de los verbos estativos que expresan posesión puede dividirse, según hemos visto, según dos parámetros fundamentales: el de la posesión alienable o no alienable. A su vez, dentro de la posesión alienable, podemos distinguir entre posesión permanente y transitoria. De este modo, toda posesión inalienable es necesariamente permanente. Igualmente, puede distinguirse en esta clase un subtipo especial de relación inalienable que podemos llamar meronímica, donde los objetos poseídos conforman un conjunto finito que define al objeto poseedor (v.g. ‘once sílabas’ y *endecasílabo*). Estos resultados pueden sintetizarse en la siguiente tabla:

	inalienable	alienable	
		permanente	transitoria
<i>tener</i>	+	+	+
<i>poseer</i>	–	+	–
<i>pertenecer</i>	–	+	–

Tabla 1. Valores de los verbos estativos de posesión en español

Si establecemos una escala en la que el vínculo entre poseedor y objeto poseído es cada vez menos estrecho, observamos que solo *tener* alcanza los puntos extremos (esto es, solo este verbo lexicaliza la posesión inalienable y la posesión transitoria). La zona intermedia de esta escala, es decir, donde encontramos la relación de ‘ser dueño de’ (posesión alienable permanente), también se encuentra lexicalizada por los verbos *poseer* y *pertenecer*. Podemos considerar, así, que esta noción corresponde al valor conceptual prototípico de la posesión.

En los apartados siguientes de este capítulo, nos centraremos en los verbos de posesión transitivos (*poseer*, *tener*), cuyo comportamiento gramatical, relativamente comparable, permite proporcionar un análisis uniforme en los aspectos estructurales fundamentales.

#### 3.1.2. Verbos de medida

Los verbos de medida se distinguen por establecer una caracterización cuantificada de una entidad. Se trata de verbos españoles como los siguientes:

(24) *medir*, *pesar*, *costar*, *valer*, *durar*

Así, decir que un libro *cuesta 10 euros* equivale a caracterizar la entidad *libro* respecto de una dimensión cuantificable, en este caso, el *costo*, según la cantidad de *10* en una escala de *euros*. En este sentido, se asemejan a una construcción copulativa

mediante la cual asignamos una cualidad o una característica a una entidad (*el libro es grande / bonito / aburrido*). Sin embargo, la cualidad asignada a la entidad en cuestión es, tratándose de los verbos de medida, muy restringida. Como se observa en *El libro cuesta 10 euros*, el predicado *costar* añade, entre la entidad y el atributo concreto que queremos asignarle, un aspecto cuantificable específico. Por ello, no podemos decir *\*El libro cuesta bonito* o *\*La escultura cuesta bellísima*, aunque sí resulta gramatical *El libro es de 10 euros*. Esto sucede porque las restricciones que la cópula impone sobre el tipo de atributo son relativamente pocas (aunque, como demuestra la distribución de las cópulas *ser* y *estar* en español, desde luego que tales restricciones existen).

Para algunos autores (Rothmayr 2009), lo que en verdad se atribuye a la entidad no es, como la estructura patente de la oración podría llevar a pensar, una cantidad sin más, sino la dimensión contenida en el predicado (v.g. *costo*) –o el argumento de grado– valuada según la cantidad expresada en el complemento de medida (v.g. *10 euros*). Según esta autora, el complemento de medida está semánticamente incorporado al argumento de grado integrado en el verbo, cuestión que se vuelve patente en la expresión analítica que esta clase de predicados admite en español:

- (25) a. Juan pesa 70 kilos.
- b. Juan tiene [<sub>SD</sub> un peso de 70 kilos].

Según puede apreciarse en los ejemplos de (25), *70 kilos* puede modificar bien el verbo (25a), bien el nombre de medida en la versión analítica (25b). En ambos casos, este modificador cuantifica una dimensión (el ‘peso’), pero en un caso lo hace mediante incorporación semántica (25a), y en otro como modificador del SD.

Una postura similar siguen Hale y Keyser (2002), para quienes los verbos de medida equivalen a estructuras copulativas que se distinguen por añadir un contenido enciclopédico más específico. Este añadido, que en la teoría de Rothmayr (2009) recibe un tratamiento estructural independiente, sería el responsable de la conducta gramatical que distingue este grupo de verbos de las cópulas tradicionales.

Lo que denominamos aquí “verbo de medida” no ha de ser confundido con el conjunto, más amplio, de los predicados que pueden tomar un complemento de medida (Sánchez 1999). Así, diversos verbos en español admiten complementos que expresan cantidades, aunque la predicación que realizan no es, necesariamente, la atribución de una cualidad (una dimensión valuada) a una entidad. Por ejemplo, en *Juan corrió 100 metros*, la función del complemento de medida *100 metros* es delimitar la extensión espacial en la que tiene vigencia el evento de correr (cf. Ramchand 2008). No se nos informa de cuáles puedan ser las medidas de Juan; solo sabemos que él es agente de una determinada acción, y que la duración de esa acción está delimitada isomórficamente por la extensión del complemento. En cambio, un verbo de medida como *pesar* indica que la cantidad señalada en el complemento de medida ha de remitirse al sujeto (*Juan pesa 70 kilos* > ‘la dimensión del peso, propia de Juan, se valúa en 70 kilos’).

El conjunto de los verbos listados al inicio de esta sección se distingue también de otros verbos que, no portando valores eventivos, admiten igualmente complementos de medida. Se trata de verbos del tipo *distar* o, en algunas lecturas, *quedar*. Considérense los siguientes ejemplos:

- (26) a. El edificio dista cien metros del camino.
- b. El hospital queda a cien metros de la plaza.

Los ejemplos de (26), de forma similar a lo que sucede con *El libro cuesta 10 euros*, establecen una caracterización de las entidades involucradas en la predicación. Nótese, sin embargo, que en (26a) la medida expresada por *cien metros* no se atribuye, en rigor, ni al edificio ni al camino, sino que toma ambas entidades como puntos extremos de una distancia intermedia. De estos dos puntos, uno, el que ocupa la posición de sujeto, se considera como figura, y el otro, introducido por una preposición, como fondo (cf. Talmy 2000). Se nos está, por tanto, hablando “del edificio”, aunque la cantidad expresada en el complemento no cuenta como una propiedad que pueda identificarlo de forma aislada. Esa cantidad solo es relevante una vez que consideramos un segundo punto.

Lo que nos interesa destacar aquí es que tales predicados realizan una caracterización mediante una *cuantificación extrínseca*, que contrasta con la caracterización de *valer* o *costar*, que se realiza mediante una *cuantificación intrínseca*. Como puede advertirse, el primer tipo de caracterización no atribuye una cantidad a una entidad (v.g. *100 metros*), sino que emplea esa cantidad para relacionar dicha entidad con un punto de referencia (v.g., *...de la plaza*) y situarla, así, espacialmente. Por su parte, según hemos visto, la cuantificación intrínseca será aquella caracterización que emplea una cantidad (v.g. *10 euros*) para valorar una dimensión (v.g. *el costo*) propia de una entidad. Consideraremos aquí que ambos tipos de predicado son estativos, aunque las predicaciones de cuantificación intrínseca sean las que, prototípicamente, estimaremos como “verbos de medida”.

### 3.1.3. Verbos de existencia

El que la semántica de los predicados existenciales sea tan “básica” o “primitiva” hace difícil describir su significado en términos más simples sin cometer el fallo de, a cada momento, requerir el empleo de las mismas palabras cuyo examen intentamos emprender. Así, la noción básica de los verbos de existencia es, ni más ni menos, la de que una entidad (no) *existe*, la de que algo (no) *se da*. Este es, pues, el núcleo que comparten los distintos verbos listados en (27):

- (27) *existir, estar, haber, sobrar, abundar, quedar, carecer, faltar, escasear, seguir, persistir, prevalecer, permanecer, etc.*

Intentaremos, pues, delimitar de algún modo esta categoría y, luego, establecer algunas distinciones internas a ella. Consideremos, en primer lugar, la clasificación llevada a cabo por Mendikoetxea (1999: 1607):

(28) i. **Verbos de existencia:**

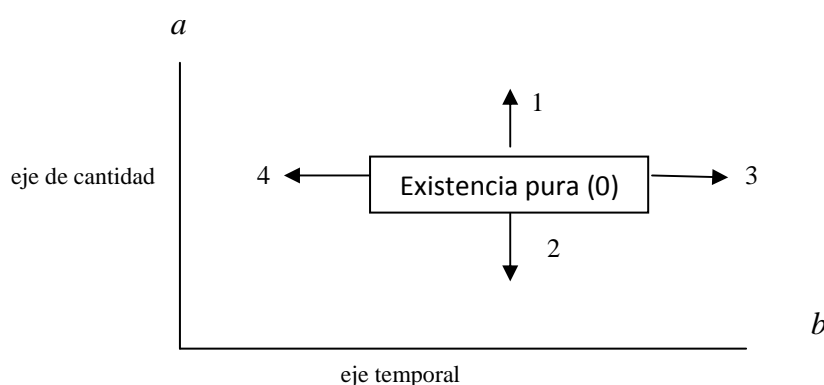
- a. Verbos de existencia: *existir, vivir, permanecer, sobrar, prevalecer, durar, persistir*, etc.
- b. Verbos de ausencia y carencia: *faltar, escasear*, etc.

ii. **Verbos de aparición:**

- a. Verbos de aparición
  - (i) No pronominales: *aparecer, emerger, resultar, amanecer, brotar*, etc.
  - (ii) Pronominales: *presentarse, desprenderse, manifestarse, originarse*, etc.
- b. Verbos de desaparición: *desaparecer, morir, expirar*, etc.
- c. Verbos de acaecimiento: *ocurrir, suceder, acontecer*, etc.

Del grupo de los verbos listados en (28), prescindiremos del grupo de los de “aparición”. Se trata de verbos que conllevan el paso de un estado a otro, por lo cual denotan una eventualidad dinámica<sup>70</sup>. Nos quedan, así, los verbos del primer grupo. Propondremos aquí una subcategorización algo distinta de la de Mendikoetxea (1999). El siguiente esquema puede resultar útil a este respecto:

(29)



El esquema de (29) representa distintas zonas existenciales a las que podría corresponder un predicado. Se organiza en torno a dos ejes, el de cantidad, que corresponde a las entidades de las que se predica que existen, y el temporal, según si esa

<sup>70</sup> Una prueba de que se trata de predicados dinámicos es que aceptan contextos que requieren telicidad, como las construcciones absolutas de participio (cf. Marín y McNally 2011):

- i. {Aparecido / desaparecido / muerto} el culpable, los jueces pasaron a deliberar.
- ii. {Originado / sucedido / ocurrido} el incidente, Juan se dio a la fuga.

predicación comporta o no algún desarrollo en el tiempo. La zona cero (0) correspondería, pues, a la existencia pura, esto es, donde no se presenta ninguna implicación además del hecho de existir. Verbos que corresponden a este grupo serían, por ejemplo: *existir* o *haber*.

La zona 1 corresponde, en cambio, a aquellos predicados que suponen un exceso a partir de la existencia neutra, considerando el eje de cantidad. Se agrupan aquí predicados que indican que la existencia de una o más entidades es cuantitativamente mayor en comparación con un determinado estándar. Verbos que corresponden a este grupo son: *abundar*, *sobrar*, etc.

La zona 2 viene a ser el reverso de la zona 1. Esta vez, descendemos en el eje de cantidad bajo el nivel neutral. Los predicados que se agrupan aquí indican que la cantidad de una o más entidades es menor en comparación con un cierto estándar. Corresponden a este grupo verbos como *faltar*, *escasear*.

La zona 3, por último, agrupa aquellos predicados que, manteniéndose neutros respecto del eje de cantidad, comportan, en cambio, un progreso en el eje temporal. Así, un predicado como *permanecer* implica no solo que cierta entidad existe, sino que, en un intervalo de tiempo anterior, también ha existido. Dicha presuposición podría formalizarse del modo siguiente:<sup>71</sup>

$$(30) \quad \Box \forall p [ \text{seguir}(p, t_i) \rightarrow \exists t_j ( \text{darse}(p, t_j) \wedge t_j < t_i ) \wedge \neg \exists t' ( t_j < t' < t_i \wedge \neg \text{darse}(p, t') ) ]$$

La formulación de (30) señala que, para toda proposición  $p$ , si  $p$  permanece (o sigue, o perdura) en un tiempo  $t_i$ , entonces existe al menos un tiempo  $t_j$  tal que  $p$  se da también en  $t_j$  y es el caso que  $t_j$  precede a  $t_i$ . Es interesante notar que la condición enunciada en (30) no consiste en establecer que lo que permanece en un tiempo  $t$  deba también *permanecer* en un tiempo anterior a  $t$ , pues esto nos conduciría a una regresión infinita según la cual, si algo permanece, entonces ha debido estar eternamente ahí. La situación que permanece en  $t$  debe únicamente haberse “dado” antes de  $t$ . A esta condición añadimos una restricción adicional: no existe ningún tiempo  $t'$  tal que, encontrándose entre  $t_j$  y  $t_i$ , sea un tiempo en que  $p$  no sea igualmente válida. Al contar con esta restricción evitamos que *Juan sigue aquí* pueda aplicarse a una situación en la que, por ejemplo, Juan está aquí actualmente y se ha dado el caso de que ha estado también aquí diez años atrás, sin haber permanecido, de hecho, en el mismo lugar. En dicho caso diríamos que Juan *ha vuelto*, presuponiendo, así, que ha transcurrido un intervalo en el que Juan ha dejado de estar en el lugar respectivo.<sup>72</sup>

<sup>71</sup> Para un examen del verbo *seguir* como verbo seudo copulativo, véase Marín (2013, 2010), Porroche (1990) y Bosque (1990). De acuerdo con Marín (2013 : 72-73): « ... en utilisant *seguir* ou *continuar* à la place d'*estar* ou d'un autre verbe pseudo-copulatif, on cherche à exprimer le fait qu'une situation donnée –contrairement à ce à quoi on pourrait s'attendre– n'a pas changé ».

<sup>72</sup> Esta restricción es necesaria si se asume, como hacen Bennett y Partee (1972) o Dowty (1979), que el conjunto de tiempos es *denso* (cf. §1.1.5). Si, por el contrario, se asume que el tiempo corresponde a un conjunto discreto de instantes, basta notar que, para que un estado permanezca, debe haberse dado en el

Tal presuposición, como se advertirá, se encuentra ausente en verbos como *existir* o *haber*. Así, para que *Hay una mancha sobre la mesa* sea verdadera basta con que, para el tiempo en que se evalúa la verdad de la oración, sea el caso que hay una mancha sobre la mesa. Verbos que corresponden al grupo situado en la zona 3 son: *perdurar*, *prevalecer*, *permanecer* o *seguir*. Es importante destacar que la idea de extensión temporal asociada a estos verbos no forma parte de su denotación, sino de una presuposición. Siguiendo a Portner (2005: 178), podemos ofrecer tres contextos que permiten diferenciar un contenido presupuesto de uno denotado: la negación, las cláusulas condicionales y los contextos modales. En todos ellos, según se aprecia en los ejemplos dados a continuación, la presuposición se preserva, contrariamente a lo que sucede con un contenido denotado:

- (31) a. Juan no sigue aquí.  
b. Juan no está aquí desde las cinco.
- (32) a. Si Juan sigue aquí, entonces yo me voy.  
b. Si Juan está aquí desde las cinco, entonces yo me voy.
- (33) a. Puede que Juan siga aquí, pero no estoy seguro.  
b. Puede que Juan esté aquí desde las cinco, pero no estoy seguro.

En los ejemplos de (31-33), observamos cómo se comporta el verbo *seguir* frente a una construcción locativa con *estar*, que no lleva asociada una presuposición temporal. Así, en (31a), la idea de que Juan ha estado ya aquí queda fuera del alcance de la negación y, por consiguiente, se conserva, aunque sea el caso que Juan no está aquí en estos momentos. Si, por el contrario, empleamos *estar* y fijamos un punto anterior al presente mediante un modificador temporal (*desde las cinco*), la negación puede abarcar este momento y negar, así, que Juan haya estado también antes presente. El mismo patrón vuelve a verificarse en (32), donde empleamos cláusulas condicionales. En (32a), la prótasis expresa que puede o no ser el caso que Juan esté todavía aquí, pero deja intacto el hecho de que Juan ha estado aquí en al menos un tiempo anterior al presente. En cambio, la combinación de *estar* con un modificador temporal admite una lectura en la que este tiempo anterior adquiere igualmente un carácter potencial. Finalmente, el par de (33) exhibe el mismo contraste: solo en (33b) podemos modalizar el intervalo completo de tiempo fijado por *desde las cinco*, mientras que, en (33a), el tiempo anterior queda fuera del alcance del operador modal.

En subapartados siguientes de este capítulo veremos que muchas de las pruebas empleadas para detectar estatividad se relacionan con la distinción entre validez en puntos de tiempo y en intervalos. Los predicados que necesitan evaluarse en intervalos y que no pueden evaluarse en instantes se excluyen de la clase de los estados puros. Si la idea de extensión temporal asociada a verbos del tipo *seguir* formara parte de su denotación, entonces predeciríamos que estos verbos se comportarían respecto de estas pruebas como eventos y no como estados puros. Sin embargo, si esa extensión temporal

---

instante inmediatamente anterior, que será el único instante que ocupe esa posición, garantizando, así, la idea de continuidad. En un tiempo denso dicha estrategia no es posible, porque no es posible definir un único  $t'$  anterior a un  $t$  dado.

corresponde a una presuposición, estos verbos pueden evaluarse en puntos de tiempo y formar parte, así, de la clase de los estados puros. Volveremos sobre esto en §3.2.3.7 y §3.3.7.

Por otra parte, podría discutirse el hecho de que realmente se encuentre lexicalizada la opción representada en la zona 0. En particular, resulta claro que podemos aplicar el verbo *haber* a cualquier punto del eje de cantidad sin que su significado se vea sustancialmente alterado. Si sobran o abundan tontos en el pueblo, también es cierto que *hay* tontos en el pueblo. Si escasean los recursos en la salud pública, es también verdad que *hay* recursos de este tipo. Tal parece, pues, que verbos como *haber* tienen una lectura no marcada que señala un cierto estándar en el eje de entidad, pero no lexicalizan, en sentido estricto, ese nivel. Así, de *Hay pan* no puedo presuponer que haya mucho o poco, aunque tampoco puedo concluir que haya suficiente. Hasta donde hemos podido comprobar, el único verbo español que codifica directamente la noción de ‘ser suficiente’ o ‘existir en un nivel de cantidad estándar’ es *bastar*. Comparemos las siguientes oraciones:

- (34) a. Hay pan, pero es escaso.
- b. Hay pan, pero es demasiado.
- (35) a. ??Este pan basta, pero es escaso.
- b. ??Este pan basta, pero es demasiado.

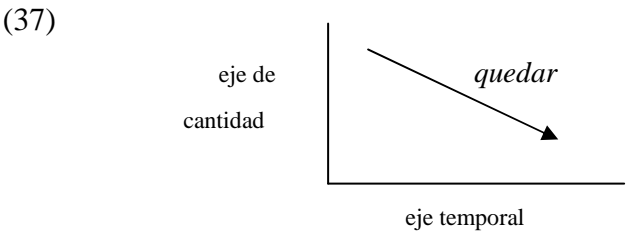
Mientras que, en (34), las ideas de escasez o de demasía no conducen a un contrasentido, sí lo hacen en el caso de (35), puesto que *bastar* se restringe al nivel de existencia estándar.

Si observamos el eje de cantidad, advertimos que el grado mínimo al que este eje puede descender coincide con la ausencia absoluta de entidades o con la nula cantidad de una cierta entidad (de una materia). Este grado mínimo se encuentra, por cierto, lexicalizado en ciertos predicados, como *faltar*. Según señala Mendikoetxea (1999), el sujeto de este verbo puede o no ser introducido por un determinante definido, alternancia que se corresponde con dos lecturas. En una de ellas, (36a), la ausencia de entidades o de la cantidad de una cierta materia es total. En la otra (36b), esta falta es solo parcial; la interpretación es, por lo tanto, solo de insuficiencia con respecto a un cierto estándar:

- (36) a. Falta {el café / el rescatista}. (→ ‘no hay café’, ‘no hay rescatista’)
- b. i. Falta café. (→ ‘la cantidad de café es insuficiente’)
- ii. Faltan rescatistas. (→ ‘la cantidad de rescatistas es insuficiente’)

Por último, hay algunos verbos cuya caracterización en términos del esquema de (29) resulta algo compleja. Por ejemplo, un verbo como *quedar* no se acomoda fácilmente a ninguna de las 4 zonas descritas en los párrafos precedentes. Así, de *Queda pan* no se siguen con claridad ninguna de las implicaciones predichas por las características de los grupos mencionados. En principio, si es verdad que queda pan, entonces ha de ser cierto que, en un intervalo de tiempo anterior, había pan (cf. *sigue*

*habiendo pan*). Pero la existencia que *quedar* predica de la entidad en cuestión no es, como en el caso de *seguir* o *permanecer*, neutra respecto del eje de cantidad. Una segunda presuposición asociada a este predicado es que, para el intervalo de tiempo anterior al actual, la cantidad en la que se manifiesta dicha entidad debe ser igual o superior a la cantidad actual. Dicho de otro modo, *quedar* se predica de una entidad si su cantidad es descendente. Por lo tanto, *quedar* habría de caracterizarse con una línea que, desplazándose en el tiempo, descienda por el eje de cantidad:



En síntesis, los verbos que en español lexicalizan existencia pueden agruparse según dos parámetros que interactúan entre sí: el de la cantidad y el de la temporalidad. Según el primer parámetro, un predicado puede expresar que la cantidad en que se manifiesta una entidad equivale a, supera o cae bajo cierto estándar. Según el segundo, un predicado puede o no ser sensible al transcurso del tiempo. Tales categorías pueden apreciarse en la siguiente tabla:

		Tiempo	
		–	+
cantidad	no especificado	<i>haber, existir</i>	
	+	<i>sobrar, abundar</i>	
	estándar	<i>bastar</i>	<i>permanecer, seguir, perdurar</i>
	–	<i>faltar, escasear</i>	<i>quedar</i>

Tabla 2. Clases conceptuales de verbos existenciales en español

### 3.1.4. Verbos psicológicos de experimentante sujeto

En esta sección caracterizaremos algunos predicados psicológicos del español, para introducir aquellos que solo admiten una lectura de estado puro. Cabe mencionar que bajo la etiqueta de “verbos psicológicos” se agrupa una gran cantidad de predicados que difieren no solo en términos semánticos, sino también configuracionales. Algunos verbos del español están restringidos a ciertas configuraciones sintácticas, mientras que otros admiten muchas de las opciones que este tipo de predicados ofrece. Aquí nos centraremos en aquellos predicados que codifican el experimentante en posición de



sujeto. Nos ocuparemos de los verbos que codifican el experimentante en posición de objeto en §4.2.

Una diferencia importante entre unos tipos de predicados y otros es la que se da entre aquellos que realizan el experimentante en sujeto y aquellos que lo realizan en dativo o acusativo. Algunos de los verbos pertenecientes a esta segunda clase, no obstante, pueden realizar el experimentante también en sujeto, aunque en una variante reflexiva. Veamos los siguientes ejemplos:

- (38) **Verbos de experimentante sujeto:** *Juan teme a las arañas.*
- (39) a. **Verbos de experimentante dativo:** *A Juan le gustan las arañas.*  
b. **Verbos con alternancia dativo/acusativo:** *Pedro lo/le molesta.*  
c. **Verbos reflexivos:** *Juan se molesta (con {Pedro / las arañas}).*

Como se observa en (38), el experimentante del temor, Juan, se manifiesta sintácticamente en la posición de sujeto, mientras que el estímulo al que se dirige ese temor, las arañas, ocupa una posición de objeto. En cambio, en los ejemplos (a) y (b) de (39) se da el patrón inverso. Esta vez, el estímulo desencadenante de una cierta emoción se manifiesta como sujeto (nominativo), mientras que el experimentante ocupa una posición de objeto (dativo o acusativo). La diferencia estriba, aquí, en el caso que se asigna a la frase que designa el experimentante: dativo en uno (a) y acusativo o dativo en otro (b). Por su parte, (c) es una variante reflexiva del predicado *molestar*, en la que el experimentante pasa a ser sujeto y el estímulo es introducido por una preposición.

Muchos autores (cf. Grimshaw 1990, Arad 1998, Rothmayr 2009, Marín & McNally 2010, Marín 2011, entre otros) han advertido que las diferencias entre las distintas configuraciones de (38) y (39) no se limitan a la posición que ocupa el experimentante, sino que determinan, además, diferencias aspectuales, así como variaciones en los papeles temáticos asociados a tales tipos de situación. Veamos, pues, aquellos predicados que codifican el experimentante en posición de sujeto.

Esta categoría agrupa predicados del español tales como los siguientes:

- (40) *temer, amar, odiar, admirar, envidiar, tolerar, sospechar, recordar, creer, saber, conocer, entender*

Para algunos autores, la configuración de un verbo psicológico de experimentante sujeto es, en lo fundamental, la de un verbo de posesión (Rothmayr 2009, Kratzer 1996). Así, una oración como la ejemplificada en (38) (*Juan teme a las arañas*) sería paralela a (41):

- (41) *Juan tiene miedo a las arañas.*

En ambos casos, se trata de estructuras transitivas en que se relacionan dos entidades, un individuo y un objeto. Para Kratzer (1996, *apud* Rothmayr 2009), por ejemplo, el sujeto de estas construcciones se entiende en ambos casos como un poseedor, ya sea de un objeto (en verbos como *tener* o *poseer*) ya sea de una emoción (en verbos como *temer* o *amar*). Sin embargo, existen ciertas diferencias estructurales entre estas clases. Por

ejemplo, los marcos de subcategorización de ambos verbos no son idénticos. Así, solo los verbos psicológicos admiten con naturalidad complementos oracionales, como se observa en (42):

- (42) a. Juan teme que la crisis se agrave.  
 b. \*Juan {tiene / posee} que hay muchos libros.

Los complementos oracionales, a diferencia de lo que sucede con *tener* o *poseer* (42b), caen con absoluta naturalidad en el marco impuesto por un verbo psicológico (42a). Es probable que esto se relacione con las cualidades semánticas asociadas a uno y otro predicado. Mientras que se pueden temer situaciones, no es conceptualmente admisible que podamos ser poseedores de una situación, sino solo de una entidad delimitada (un objeto, concreto o abstracto).

La clase de verbos enumerada en (40) puede, con todo, subdividirse según criterios más finos. Rothmayr (2009: 112), por ejemplo, basándose en el trabajo de Kiparsky (1998, 2005), distingue entre “*emotional* subject-experiencer verbs” y “*cognitive* subject-experiencer verbs”. La primera clase corresponde a verbos del tipo *amar*, *odiar*, *temer* o *admirar*. La segunda, en tanto, corresponde a verbos del tipo *saber*, *creer* o *conocer*. Esta distinción proviene de las observaciones de Kiparsky (1998) sobre la distribución de los casos partitivo y acusativo en finés. Dicho autor advirtió que algunos verbos estativos con argumento externo del finés asignaban siempre caso partitivo a su objeto, mientras otros podían asignar acusativo (cf. Borer 2005, véase §2.3). Entre los verbos del primer tipo se encuentran *ihaila* ‘admirar’, *kadehtia* ‘envidiar’, *pelätä* ‘temer’ y *rakastaa* ‘amar’; entre los del segundo, *omistaa* ‘poseer’, *tuntea* ‘conocer’, *uskoa* ‘creer’ y *ymmärtää* ‘entender’. Los verbos de este segundo tipo pertenecen a lo que el autor denomina *bounded irresultative verbs*. Aunque no todas las lenguas realizan esta distinción mediante la asignación de caso, Kiparsky propone otros diagnósticos aplicables en inglés. Así, según se observa en (6) (Kiparsky 1998: (33)), solo los verbos que en finés asignan caso partitivo pueden ser, en inglés, graduados:

- (43) a. Fred admires Mary very much.  
       ‘Fred admira mucho a María’  
 b. #John knows Mary very much.  
       ‘Fred conoce mucho a María’

Como puede apreciarse en la glosa de (43b), en español la inclusión de un adverbio de grado no conlleva una inaceptabilidad tan grande como la que, de seguir a Kiparsky, se da en inglés. Con todo, la diferencia entre sujetos que experimentan “emociones” y aquellos que experimentan “cognición” puede ser, igualmente, relevante en español. De forma intuitiva, la diferencia entre, de un lado, *amar* y *odiar* y, de otro, *saber* y *conocer* es clara. Ahora bien, la pregunta es si existe algún correlato gramatical de esta

distinción que, además, sea pertinente para refinar nuestra caracterización de los estados en español.

Algunos predicados estativos del español dan lugar, al emplearse en el pretérito indefinido, a una lectura ambigua, como se observa en (44):

(44) María tuvo una idea.

Podemos entender (44) de dos maneras. O bien existe un tiempo acotado durante el cual María fue poseedora de una idea, y esa situación fue homogénea, no dinámica y, en suma, estativa; o bien existe un cambio de estado en el cual María ha pasado de no tener una idea a tenerla, situación que será, desde luego, dinámica, télica y, en definitiva, eventiva. Si observamos el grupo de verbos listados en (40), advertiremos que aquellos que, para emplear la terminología de Rothmayr (2009), pueden agruparse como verbos de sujeto experimentante emocional (*amar*, *odiar*, etc.) solo admiten una lectura de situación estativa acotada, mientras que aquellos que se pueden caracterizar como verbos de sujeto experimentante cognitivo (*saber*, *creer*, etc.) pueden admitir –en ocasiones de forma excluyente– una lectura eventiva de cambio de estado. Veamos los ejemplos siguientes:

- (45) a. Juan odió a su hermano.  
b. Juan amó a su esposa.  
c. Juan adoró a su mascota.
- (46) a. Juan supo la respuesta.  
b. Juan conoció a su hermano.  
c. Juan creyó lo que decía la prensa.

Los ejemplos de (45), en que tenemos sujetos que experimentan emociones, no son ambiguos entre las lecturas apuntadas en el párrafo anterior. Es decir, solo pueden significar que una determinada situación estativa tuvo vigencia durante un período acotado de tiempo, pero no que hubo un cambio de estado que tuvo como resultado la aparición de dicha situación (cuyo límite final quedaría indefinido). En cambio, los ejemplos de (46), en que hay sujetos experimentantes cognitivos, tenemos lecturas preferentemente eventivas dinámicas. De este modo, en (46a) decimos que Juan pasó del estado de no saber al estado de saber la respuesta.

Aun bajo la presencia de ciertos modificadores que pueden inducir, en los ejemplos de (46), la lectura eventiva, los ejemplos de (45) no modifican su carácter estativo. Así sucede, por ejemplo, si agregamos un modificador como *en ese momento*, que favorece, con los verbos de sujeto experimentante cognitivo, la lectura eventiva:

- (47) a. En ese momento, Juan conoció a su padre.  
b. En ese momento, Juan supo la respuesta.
- (48) a. En ese momento, Juan amó a su esposa.  
b. En ese momento, Juan odió a su hermano.

La interpretación más natural de las oraciones de (47) es aquella en que *En ese momento* señala el intervalo de tiempo en que se da el cambio de estado. El modificador temporal no mide, en este caso, el estado resultante, sino solo el cambio mismo. Sabemos que fue en ese momento, y no otro, que Juan pasó a conocer a su padre o a saber la respuesta, aunque no podemos estimar durante cuánto tiempo tuvo vigencia, posteriormente, el estado de conocer o saber. Por su parte, en los ejemplos de (48), *En ese momento* proporciona un marco temporal que delimita la situación estativa y mide, por lo tanto, el predicado en su conjunto: fue durante ese intervalo de tiempo acotado que Juan sintió amor por su esposa u odio por su hermano.

La lectura incoativa del pretérito indefinido se emplea aquí como un diagnóstico gramatical que permite aplicar al español la diferencia entre sujetos experimentantes emocionales y cognitivos. Tal como hemos visto en los datos de (45-48), parece haber una correlación entre la posibilidad de tener una lectura eventiva en indefinido y la existencia de un sujeto experimentante cognitivo (al menos si nos circunscribimos al grupo de los verbos psicológicos de experimentante sujeto). En §3.3.3 volveremos sobre los factores estructurales que, de acuerdo con nuestro análisis, desencadenan esta distribución. En el momento presente de nuestra investigación, este diagnóstico nos sirve igualmente para distinguir la clase de los verbos psicológicos de la clase de los verbos de posesión, que, según menciona Kratzer (1996), pueden subsumirse en una misma estructura. Esta idea es seguida por Rothmayr (2009) y, en ciertos puntos, por Kiparsky (1998). Así, este último autor observa que el rechazo de la gradabilidad es compartida por verbos como *own* y *know*, en contraste con *admire* o *like*, que la aceptan (cf. (43)):

- (49) a. #Trump owns New York a lot.  
           ‘\*Trump posee New York mucho’
- b. #John knows Mary very much.  
           ‘John conoce mucho a María’

Como ya habíamos comentado, la inaceptabilidad del modificador de grado en (49b) no se corresponde con lo que, según se observa en la glosa, sucede en español. En cambio, con un verbo como *own*, el rechazo del modificador de grado es paralelo a lo que sucede con *poseer* en español. De este modo, en español, la gradabilidad no distingue tanto entre verbos de sujeto experimentante emocional y de sujeto experimentante cognitivo (que se subsumirían, para estos autores, en un único grupo con los de posesión), sino entre verbos de sujeto experimentante, sin más, y verbos de posesión.

En este subapartado hemos visto que, siguiendo a Rothmayr (2009), la clase de los verbos psicológicos de sujeto experimentante puede dividirse en dos clases, los de sujeto experimentante emocional y los de sujeto experimentante cognitivo. Hemos visto que el principal contexto que, en español, nos sirve para distinguir entre uno y otro subgrupo es el de la ambigüedad del pretérito indefinido, que puede bien interpretarse como una situación estativa acotada, bien como un cambio de estado. Hemos presentado datos que muestran que solo los verbos de sujeto experimentante cognitivo admiten esta

ambigüedad. Otros contextos que, en lenguas como el inglés, se han empleado para materializar esta distinción (Kiparsky 1998), no parecen establecer el corte clasificatorio adecuado en español. En especial, hemos visto que la gradabilidad distingue entre verbos psicológicos de sujeto experimentante y verbos de posesión, más que entre subclases en el interior del primer grupo. Una síntesis de los principales hechos descritos en esta sección se ofrece en la siguiente tabla:

Tipos de predicado		gradabilidad	Lectura estativa del indefinido	Lectura eventiva del indefinido
Verbos psicológicos de sujeto experimentante	De experimentante emocional: <i>amar, odiar, temer, admirar.</i>	+	+	–
	De experimentante cognitivo: <i>saber, creer, conocer, entender.</i>	+	+	+

Tabla 3. Verbos psicológicos de experimentante sujeto en español

### 3.2. Determinación de la estatividad verbal

En esta sección aplicaremos un conjunto de pruebas a los predicados descritos en los apartados precedentes. Las pruebas se encuentran ordenadas según el nivel sintáctico al que afectan, de acuerdo con ciertas asunciones configuracionales tomadas de Cinque (1999), Adger (2003), entre otros. En los apartados siguientes, explicaremos en qué consiste cada prueba, a continuación de lo cual observaremos la conducta de los grupos de verbos ante el contexto descrito.

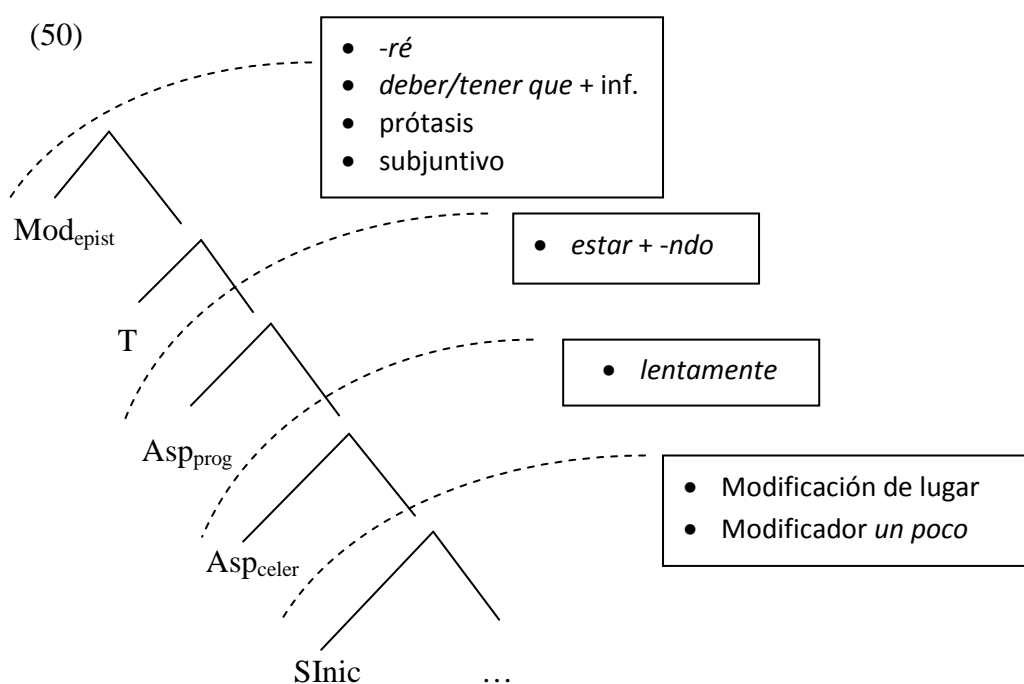
En primer lugar, consideraremos pruebas cuyo dominio de aplicación es el sintagma verbal, entendiendo por este el Sv (o su descomposición en subestructuras), es decir, el nivel funcional en el que las posiciones argumentales del predicado, incluyendo la del argumento externo, se encuentran saturadas, y en el que el tipo de situación de la eventualidad se encuentra ya formado (cf. Ramchand 2008). En este nivel incluimos, en primer lugar, la modificación locativa, según se encuentra desarrollada por Maienborn (2001, 2005) y Rothmayr (2009), consistente en el rechazo, por parte de los predicados estativos, de los modificadores locativos internos y externos, pero no los de marco. Procedente de las mismas autoras, incluimos también en este nivel el modificador *un poco* (que traduce el alemán *ein bisschen*), que manifiesta una ambigüedad entre lecturas de grado y de tiempo únicamente con predicados eventivos.

A continuación, presentamos ciertas pruebas que pueden relacionarse con ciertas proyecciones aspectuales externas a la configuración básica del Sv. En primer lugar, emplearemos el modificador adverbial *lentamente*, que puede relacionarse con el Aspecto Celerativo de Cinque (1999). Dicho adverbio discrimina entre predicados dinámicos y no dinámicos. También en este dominio estructural encontramos la forma progresiva *estar + -ndo*, que puede vincularse con el Aspecto Progresivo de Cinque (1999). Como es sabido, en un gran número de casos los predicados estativos rechazan

este contexto gramatical. Veremos los alcances de esta idea en el grupo de verbos considerado.

Finalmente, presentaremos un tercer grupo de pruebas, relacionado con la modalidad epistémica orientada al presente. A diferencia de los contextos anteriores, que enseñan el carácter estativo de un predicado por la agramaticalidad que resulta de su combinación en una misma secuencia, el conjunto de pruebas basado en la modalidad epistémica permite identificar estados de forma *positiva*, es decir, porque tales contextos parecen seleccionar estados de modo excluyente. La posición sintáctica alta que puede atribuirse a la modalidad epistémica (Cinque 1999) le permite, además, discriminar el estatus aspectual de predicados que, a la luz de contextos de aplicación más “baja”, se resisten a ser clasificados como estados de forma nítida. Así, sea cual sea el origen configuracional de la estatividad de un predicado (interno o externo), la modalidad epistémica mostrará que su conducta difiere de la de un evento. Este conjunto incluye diversos contextos: el futuro sintético español, ambiguo entre una lectura temporal y una modal; las perífrasis *deber* + infinitivo y *tener que* + infinitivo, que pueden tener una lectura deóntica u otra epistémica; las prótasis de una oración condicional, que pueden estar orientadas al presente o al futuro; y, finalmente, ciertos contextos del subjuntivo, que pueden, del mismo modo, tener una interpretación de presente y otra prospectiva.

Podemos esquematizar la ordenación de las pruebas en la siguiente representación sintáctica (simplificada):



Pasemos ahora a revisar estos contextos con mayor detalle, así como los resultados que arrojan al ser aplicados sobre el conjunto de predicados descrito en términos conceptuales.

### 3.2.1. Pruebas internas al sintagma verbal

En esta sección revisaremos aquellos contextos gramaticales que permiten establecer discriminaciones entre los distintos predicados en el interior del Sv, es decir, que inciden en algunos de los elementos nucleares de la configuración sintáctica del predicado, en particular, el verbo o alguno de sus argumentos.

#### 3.2.1.1. Modificación de lugar

##### 3.2.1.1.1. Descripción

La incompatibilidad de los estados con modificadores de lugar es una de las pruebas que Maienborn (2001, 2005) menciona como correlato de las propiedades ontológicas de la estatividad (kimiana). Dado que los estados son entidades abstractas vinculadas con un tiempo, pero no con un lugar, el intento de modificar un predicado estativo con elementos adverbiales de lugar dará un resultado negativo.

Como mencionamos en el apartado §1.3.2, Maienborn (2005) discrepa del análisis de Kratzer (1995), que atribuye a los predicados de nivel de estadio (SL) un argumento davidsoniano, prueba de lo cual sería que, en oraciones con este tipo de predicados (51), pero no en aquellas con uno de nivel de individuo (IL) (52), resulta admisible la modificación de lugar (Maienborn, 2005: (15)):

- (51) Carol war im Auto müde / hungry / nervous  
Carol cópula-PAS en-el-DAT coche cansada / hambrienta / nerviosa  
'Carol estaba cansada / con hambre / nerviosa en el coche'
- (52) ?? Carol war im Auto blond / intelligent  
Carol cópula-PAS en-el-DAT coche rubia / inteligente  
'Carol era rubia / inteligente en el coche'

El argumento de Maienborn para rechazar estos datos como prueba de que la distinción IL/SL descansa sobre la ausencia o presencia de un argumento davidsoniano se sostiene en una distinción entre tres tipos de modificadores de lugar: de "marco" (*frame-setting*), "externos" (*external*) e "internos" (*internal*). La diferencia puede ilustrarse en una oración que contenga simultáneamente los tres tipos (Maienborn, 2005: (16)):

- (53) In den Anden Schafe **auf dem Marktplatz** *an den Ohren*  
En los-DAT Andes ovejas en el-DAT Mercado en las-DAT orejas  
markiert werden  
marcadas AUX-pasiva  
'En los Andes, las ovejas son marcadas *en las orejas* **en el mercado**'

De los tres constituyentes destacados en (53), solo los dos últimos, es decir, *en las orejas* (modificador interno) y *en el mercado* (modificador externo), son modificadores internos al Sv y apuntan, por tanto, al evento. El primer constituyente, *en los Andes*, es un modificador no generado en el interior del Sv, y proporciona un marco

semánticamente poco especificado que restringe el dominio en el que ha de interpretarse la proposición en su conjunto. La idea, por lo tanto, es que este tipo de modificadores no forman parte de lo que el hablante afirma, sino que delimitan la afirmación misma. Por ello, es posible que concurren en una misma secuencia modificadores locativos léxicamente excluyentes sin que la oración sea semánticamente anómala, como en el siguiente ejemplo, de Maienborn (2005: (18)):

- (54) In Italien kaufte Maradona seine Anzüge in Frankreich.  
 En Italia comprar-PAS Maradona sus trajes en Francia.  
 ‘En Italia, Maradona compraba sus trajes en Francia’

La mención de dos lugares excluyentes no provoca un conflicto pues uno de ellos, *en Italia*, se interpreta como modificador de marco, mientras el otro, *en Francia*, determina al evento, cuestión que, según se aprecia en la glosa, es también aplicable al español. Normalmente, los modificadores de marco reciben una lectura temporal, que, en el caso de (54), correspondería a la de *que*, considerando el tiempo durante el cual Maradona residió en Italia, el evento de comprar trajes tenía lugar en Francia.

Hecha esta distinción, Maienborn sostiene que si un predicado estativo (kimiano) admite modificadores locativos, estos han de ser de marco. De este modo, la presunta modificación de lugar de (51) (*Carol estaba cansada en el auto*) ha de interpretarse como un marco en el que la proposición tiene validez y no como el lugar en el que la eventualidad de estar cansado ocurre (porque, de hecho, no ocurre ninguna eventualidad). Esta restricción es compartida tanto por los predicados IL como los SL, y se extiende no solo a su expresión copulativa, sino al resto de los verbos estativos kimianos, como se observa en los ejemplos de (55):

- (55) a. \*Los tomates cuestan 2 euros junto a las naranjas.  
 b. \*Juan sabe la respuesta en su habitación.  
 c. \*María quiere a su padre en el parque.

Y, al igual que sucede con las copulas, los verbos estativos admitirán una modificación locativa solo si podemos tener una interpretación de marco:

- (56) Los tomates cuestan 2 euros en la frutería.

Como señala Rothmayr (2009: 33) al comentar un ejemplo análogo, (56) solo puede significar que, cuando los tomates son vendidos en la frutería, cuestan 2 euros, pero no podría significar, por ejemplo, que si yo entro a la frutería con un tomate que, en un supermercado, me ha costado 1 euro, este pase a costar automáticamente 2 euros. Se trata, por tanto, de un modificador de marco y no de la indicación del lugar donde acontece una posible eventualidad de costar.

Otra característica asociada a la distinción entre distintos modificadores locativos se relaciona con los patrones inferenciales a los que dan lugar. Según Maienborn (2001: 4): “Frame setting modifiers are not part of what is properly asserted



but restrict the speaker's claim. Therefore, their omission does not necessarily preserve truth". Esta conducta puede ejemplificarse mediante los siguientes ejemplos, adaptados a partir del texto citado:

- (57) a. Eva firmó el contrato en Argentina. → Eva firmó el contrato.  
 b. Eva firmó el contrato en la última página. → Eva firmó el contrato.  
 c. En Argentina, Eva es aún muy popular. ↯ Eva es aun muy popular.

En (57a), la secuencia con el modificador locativo externo (*en Argentina*) implica la verdad del evento, inferencia que se mantiene, igualmente, en el caso de (57b), con un modificador locativo interno (*en la última página*). En cambio, en el caso de (57c), la ausencia del modificador locativo impide la preservación de la verdad de la proposición. Este cambio en el patrón inferencial se debería, según Maienborn (2001), a que el modificador de (57c) es de marco, por lo que, al restringir la aplicabilidad de la proposición que domina, la verdad de esta no es independiente.

Desde un punto de vista sintáctico, la diferencia entre los tres tipos de modificadores también encontraría ciertos correlatos. En particular, Maienborn (2001) argumenta que es posible detectar efectos del Principio C de la Teoría del Ligamento. Si es cierto que los modificadores de marco son más externos que los modificadores locativos internos al Sv, del mismo modo que los externos se generan en una posición más alta que los internos, entonces las relaciones de mando-c entre los distintos elementos de la frase deberían tener consecuencias en la interpretación de las oraciones. Considérense las siguientes secuencias del alemán, tomadas de Maienborn (2001), donde se comparan las relaciones entre modificadores externos e internos:

- (58) a. [In Peters<sub>i</sub> Büro]<sub>j</sub> hat der Chef t<sub>j</sub> ihn<sub>i</sub> zur Rede gestellt.  
 'En la oficina de Peter, el jefe le ha encargado una tarea'.  
 b. \*[An Peters<sub>i</sub> Knie]<sub>j</sub> hat der Chef ihn<sub>i</sub> t<sub>j</sub> operiert.  
 'En la rodilla de Peter, el jefe le ha operado'.

En la secuencia (58a), *Peter* está incluido en una frase locativa externa. Según la autora citada, estos modificadores se generan en una posición más alta en la que se ensambla el argumento interno, como indica la huella a la izquierda del pronombre en acusativo. Por consiguiente, *Peter* puede ser correferente con el pronombre, puesto que lo manda-c (es decir, Peter puede ser la persona a la que el jefe ha encomendado una tarea). Por otra parte, (58b) nos muestra el patrón inverso. Los modificadores locativos internos se generarían en una posición inferior a la del argumento interno, razón por la cual el nombre *Peter*, incluido en la frase locativa, no puede ser correferente con el pronombre en acusativo, puesto que no lo manda-c.

Veamos ahora un fenómeno similar, esta vez aplicado sobre la distinción entre modificadores de marco y modificadores externos (los ejemplos, nuevamente, están tomados de Maienborn 2001):

- (59) a. \*[In Peters<sub>i</sub> Büro]<sub>j</sub> hat er<sub>i</sub> t<sub>j</sub> dem Chef die Akten gezeigt.

- ‘En la oficina de Peter, él le mostró los archivos al jefe’  
 b. [In Peters<sub>i</sub> Firma]<sub>j</sub> entscheidet t<sub>j</sub> er<sub>i</sub> allein über die Ausgaben.  
 ‘En la oficina de Peter, él decide solo sobre los gastos’.

En (59a), el nombre propio al interior de la frase locativa externa se intenta ligar, no al argumento interno, sino al sujeto. Esta configuración es agramatical, puesto que el locativo externo se generaría en una posición inferior a la del sujeto, desde la que, por consiguiente, no lo puede mandar-c. En cambio, la correferencia entre un elemento en el interior de un locativo y el sujeto sí es posible en caso de que el primero sea de marco, puesto que los modificadores de marco se ensamblarían en una posición más alta. Consiguientemente, en (59b) *Peter* puede ser correferente con el pronombre en nominativo, *er*, puesto que lo manda-c.

La jerarquía propuesta por Maienborn (2001) es, por lo tanto, la siguiente:

- (60) modificador de marco [ sujeto [ modificador externo [ argumento interno [ modificador interno [...] ]]]]

Esta jerarquía puede modificarse un tanto en español. Aunque conservemos la disposición relativa de los distintos tipos de modificadores, conviene revisar la posición de los modificadores externos. Si estos se ensamblan antes de que sea introducido el argumento externo, entonces cabe esperar que el agente pueda ser excluido de la localización de un evento, lo cual, al menos en español, parece ser contrario a los hechos:

- (61) Juan mató a Pedro en la cocina.

Para que (61) sea verdadera, Juan debe también estar situado en la cocina, lo cual induce a pensar que el locativo externo afecta al evento en su totalidad, incluido el argumento externo. Nótese que esta implicación no rige en el caso de los locativos internos, así, de

- (62) Juan tiene libros en Madrid.

no se sigue que Juan deba estar en Madrid, sino solo los libros. Esto sugiere que, efectivamente, los locativos internos actúan en un nivel estructural previo al ensamble del argumento externo. Volveremos sobre este punto en §3.3.2.1, cuando introduzcamos una jerarquía revisada de las pruebas empleadas en este apartado.

Algunos autores han criticado la viabilidad de la prueba introducida por Maienborn (2001, 2005), desde un punto de vista tanto semántico como sintáctico (Mittwoch 2005, Martin 2008, Morimoto 2011, Ernst 2011, Roy 2013). Por ejemplo, Mittwoch (2005) discrepa de que la distinción entre locativos de marco y locativos externos/internos sea relevante para caracterizar la oposición entre estados y eventos. De hecho, esta autora aboga por que los estados incluyen, del mismo modo en que hacen los eventos, un argumento situacional en su estructura semántica, siguiendo las propuestas de Parsons (1990) (cf. Martin 2008, Roy 2013, Horno Chéliz 2011). En

concreto, Mittwoch (2005) observa que la lectura “temporal” que normalmente podemos atribuir a los locativos de marco que se combinan con estados también es posible con locativos externos que modifican predicados eventivos. Así se aprecia en el ejemplo siguiente (Mittwoch 2005: (26a)):

(63) Bob solved the equation on the train.

La oración de (63) es perfectamente parafraseable por ‘Bob resolvió la ecuación *mientras* estaba en el tren’, del mismo modo que, de acuerdo con Maienborn (2005), *Carol war im Auto hungry* (51) es parafraseable por ‘Carol estaba hambrienta mientras estaba en el coche’. Mittwoch menciona, además, que en el ejemplo citado por Maienborn el locativo ocupa una posición posverbal, tal como la ocupa el SP *on the train* en (63) y que, lo que resulta más grave, no sigue el patrón inferencial que la autora exigía para los locativos de marco. Así, de *Carol war im Auto hungry* se sigue que Carol tuvo hambre (cf. (57)). Con todo, es posible que, cuando un locativo ocupe, de hecho, una posición preverbal, su naturaleza sea distinta de la de un locativo dirigido a un evento. Así sucede en un ejemplo como *In Bolivia, Britta was blond* (Mittwoch 2005: 77). Sin embargo, el paralelismo entre (63) y (51) mueve a Mittwoch a concluir que la prueba no es concluyente, puesto que no todos los locativos que modifican estados satisfacen las condiciones que cabría imponer a un locativo de marco, de acuerdo con los propios criterios propuestos por Maienborn, y, en muchos casos, pueden reducirse a la misma clase de locativos que se observan en combinación con predicados eventivos.

Por otra parte, Martin (2008), quien defiende, siguiendo a Mittwoch (2005) que los estados incluyen un argumento situacional estativo en su representación lógica, argumenta igualmente que la modificación locativa no constituye una prueba decisiva en la distinción entre estados y eventos. En particular, la autora presenta ejemplos de oraciones copulativas que admiten locativos internos, como se observa en (64) (Martin 2008: (67)):

(64) Ta chemise est sale sur le devant.  
‘Tu camisa está sucia sobre la parte delantera’

Martin (2008: 30) está de acuerdo con Maienborn (2005) en que, desde un punto de vista ontológico, los estados no se localizan espacialmente, pero esta propiedad no tiene por qué reflejarse directamente en la lengua. Así, existen diversos contextos en que los estados se conceptualizan lingüísticamente como entidades locativas, según puede apreciarse en *Pierre est rentré dans un drôle d'état* ‘Pierre ha entrado en un estado extraño’ (Martin 2008: (172)).<sup>73</sup>

---

<sup>73</sup> Nótese que el ejemplo propuesto por Martin (2008) no cuadra exactamente con la discusión sobre la posibilidad de localizar estados. Es distinto conceptualizar un estado como un lugar en el que una entidad puede entrar o salir con el hecho de que un estado puede, él mismo, ocupar un lugar. La primera asociación es la que sirve de base, según algunos autores, para tratar los desplazamientos físicos bajo el mismo análisis semántico que los cambios de estado (Moreno Cabrera 2003), pero no permite concluir nada respecto de la modificación locativa en predicados estativos.

Para la autora citada, la capacidad de recibir modificación locativa se sigue del carácter más o menos independiente que una eventualidad tiene respecto de sus participantes. Por ejemplo, Martin (2008: 32) observa que el agente es típicamente independiente del lugar donde tiene lugar el evento con el que se relaciona. Así, si Pedro ha cocinado un pastel en la cocina durante dos horas, puede salir, en el curso de ese intervalo, por breves espacios de tiempo sin que la aserción de que se encuentra cocinando un pastel en la cocina sea falsa. De hecho, si tuviese que dirigirse al salón para contestar una llamada, podría colgar bajo la excusa de que está en la cocina horneando un pastel, sin que incurra en una mentira (cf. (61)). En contraste, muchos predicados son *locativamente dependientes*, en el sentido de que son válidos únicamente en el lugar en que se encuentra el participante. Así, el estado involucrado en *Pedro está sucio* es locativamente dependiente de Pedro: el estado de suciedad le acompaña a dondequiera que vaya. En este caso, no tiene sentido preguntar *dónde* está sucio Pedro, puesto que ello equivale a preguntar directamente dónde está el propio Pedro. De ello se sigue, pues, la agramaticalidad de una secuencia como *\*Je suis sale dans la cuisine* ‘estoy sucio en la cocina’. Sin embargo, Martin afirma que algunos estados son *locativamente independientes*. Un ejemplo de ello sería *estar sentado*, cuya verdad no depende de que el tema se encuentre, de hecho, localizado en un sitio específico. De este modo, el diálogo siguiente tiene pleno sentido, aun cuando B se encuentre de pie en el pasillo:<sup>74</sup>

(65) A. Où es-tu assis? ‘¿Dónde estás sentado?’

B. Je suis assis au troisième rang. ‘Estoy sentado en la tercera fila.’

De este modo, la posibilidad de introducir un modificador locativo se seguiría de un parámetro semántico independiente. Si bien la mayoría de los estados serían locativamente dependientes, no existiría una correlación exacta entre, por un lado, estatividad y dependencia locativa y, por otro, eventividad e independencia locativa.

Finalmente, Ernst (2011) intenta refutar los argumentos configuracionales de Maienborn (2001, 2005), para luego reducir la relevancia de la inaceptabilidad que los estados exhiben respecto de los locativos internos y externos a una cuestión pragmática. Sobre el primer aspecto, Ernst (2011) menciona casos como los siguientes:

(66) a. Many children were hungry in the regions I visited.

b. Many children weren’t hungry in any of the regions I visited.

---

<sup>74</sup> Volveremos sobre este ejemplo en §3.3.5, donde propondremos que la posibilidad de “ausentarse” del lugar donde tiene lugar un estado de cosas depende de la referencia que contextualmente atribuyamos al predicado. Por ahora, basta con mencionar las debilidades que Martin (2008) atribuye a la prueba de la modificación locativa. Nótese, no obstante, que si bien es cierto que el agente de un evento puede ausentarse durante breves subintervalos del lugar en el que la acción transcurre, no podría permanecer fuera de él durante la mayoría del tiempo que abarca el evento. En este último caso, el locativo pierde validez, de forma tal que la noción de independencia locativa de Martin es también relativa. Considerando nuestro ejemplo (61) (*Juan mató a Pedro en la cocina*), si Juan ocasiona la muerte de Pedro presionando un botón desde el salón, no puedo decir que lo mató *en la cocina*, sino, en cualquier, *desde el salón*.

Puede aceptarse que, en (66a), el SP *in the regions I visited* es un modificador locativo de marco, toda vez que el predicado principal es estativo y los estados, en principio, rechazan locativos externos/internos. Entonces, siguiendo a Maienborn (2001), debemos asumir que su posición es externa al Sv. Sin embargo, esto predeciría la agramaticalidad de (66b), donde la negación de la cópula induce un término de polaridad negativa (*any*) en el SP. Desde su posición interna, la negación no debería afectar las características sintácticas internas de un elemento ensamblado en una posición más alta. Sin embargo, dado que (66b) es perfectamente aceptable, Ernst concluye que la relación jerárquica argüida por Maienborn es inexacta.

Por otra parte, desde un punto de vista semántico, Ernst (2011) critica igualmente que los estados rechacen de forma radical la modificación de lugar. Para este autor, la aceptabilidad de los modificadores de lugar no depende tanto del tipo aspectual del predicado como de una cuestión de relevancia informativa. Vale decir, el problema de la modificación locativa puede reducirse a una cuestión pragmática. En aquellos casos donde un estado realiza una *aserción neutral* ('neutral assertion'), el locativo es irrelevante, puesto que la localización del estado de cosas afirmado no incide en su validez. En cambio, pueden idearse una serie de contextos donde la mención del lugar es pragmáticamente relevante (ejemplos tomados de Ernst 2011):

- (67) a. Bill was naked yesterday out on the street.
- b. It's tense in the kitchen right now (so don't go in there).

Según Ernst, no necesitamos apelar a la noción de marco para explicar la aceptabilidad de secuencias como las de (67) (cuyo carácter estructuralmente distinto ha quedado independientemente cuestionado, como muestra (66)). Simplemente, basta con notar el hecho de que, en los contextos donde (67a) o (67b) pueden ser dichas, la mención del lugar es una cuestión relevante. No es esperable que alguien esté desnudo en la calle, del mismo modo que conviene saber dónde es que la situación está tensa, para no dirigirnos allí.

Maienborn (2001, 2005), de todos modos, no rechaza la posibilidad de que un estado pueda recibir modificación de lugar, pero su predicción es que esta probará ser de marco. Quizás el aspecto más profundo de la crítica de Ernst (2011) radica en que resulta difícil establecer cuándo, de hecho, podemos probar esto y apelar, así, a la noción de marco. En particular, la aparición de un modificador de lugar en vecindad con un predicado estativo nos obliga, si aceptamos las premisas de Maienborn, a concluir que se trata de un marco, pero, en la práctica, no contamos con un criterio independiente lo suficientemente claro para verificar que este modificador sea, efectivamente, de este tipo, aparte de la restricción semántica que nos dice que solo los eventos pueden admitir modificadores externos e internos, lo cual torna la prueba un tanto circular. Tales criterios independientes podrían ser configuracionales, pero, como muestran los ejemplos de Ernst (cf. (66)), la hipótesis de que el marco es externo al Sv no siempre arroja predicciones claras. Si, por otra parte, apelamos al patrón inferencial propio de los modificadores de marco, el resultado vuelve a ser poco nítido. Así, (67a) (*Bill was naked yesterday out on the street*) implica que Bill estuvo desnudo, contrariamente a lo

que esperaríamos si siguiéramos el patrón ejemplificado en (67), según el cual la verdad de la proposición dominada por el marco no se preserva necesariamente en ausencia del modificador.

Ernst (2011) concluye que la posibilidad de modificar un predicado depende del grado de “multidimensionalidad” de este. Como los estados son normalmente “unidimensionales” –es decir, dado que presentan poca complejidad semántica– serán en general incompatibles con modificadores de lugar (u otros). Pero no es posible sostener una correlación exacta entre inaceptabilidad del modificador y carácter estativo del predicado, puesto que existen contextos donde un predicado estativo puede emplearse para realizar algo más que una “aserción neutral” (cf. (66)).

Aun cuando no sigamos la formulación original de Maienborn (2001, 2005), conviene evaluar qué predicados de los aquí considerados admiten modificación de lugar, y bajo qué condiciones. No consideraremos, así, que la aceptación de locativos constituye una prueba directa de la presencia o ausencia de un argumento davidsoniano, pero seguiremos valiéndonos del valor descriptivo que la prueba tiene en la clasificación de los verbos españoles. Mostraremos que los casos en que sí podemos introducir un locativo son bastante restringidos, y resultan iluminadores respecto de las propiedades configuracionales de los estados que sí las aceptan, como veremos en §3.3.2.1.

#### 3.3.1.1.2. Resultados

##### **Posesión**

Los verbos de posesión rechazan toda modificación locativa en el sentido inalienable meronímico, al menos si nos restringimos a aquellos nombres que agotan su sentido en designar una cantidad finita de objetos:

- (68) a. \*Un endecasílabo tiene once sílabas en la página.  
b. \*Un metro tiene 100 centímetros en ese país.

Los únicos casos donde este tipo de predicados admiten modificadores de lugar corresponden a aquellos que Maienborn (2005) clasifica como de marco:

- (69) a. Un endecasílabo tenía once sílabas en la tradición clásica.  
b. Un dólar tiene 100 centavos en Estados Unidos.

Si dijéramos (69a) tras una curiosa reforma en la métrica, entonces el locativo *en la tradición clásica* es aceptable, pero cabe advertir que, en este caso, se trataría de un marco temporal en el que la proposición tiene validez (‘la tradición clásica’ no es, de hecho, ningún lugar). Análogamente, en (69b), la relación entre dólar y cien centavos solo es válida en Estados Unidos. Siguiendo el patrón inferencial de los marcos descrito en Maienborn (2001), la ausencia de estos modificadores no preserva la verdad de las

proposiciones que dominan. Así, (69a) no implica que un endecasílabo tenga once sílabas (esta era la convención de la tradición clásica), mientras que (69b) no implica que un dólar tenga, necesariamente, cien centavos (solo los tiene según el sistema monetario estadounidense).

La situación es algo distinta cuando observamos el comportamiento de los verbos de posesión en los sentidos restantes, incluyendo la posesión inalienable no meronímica, y la posesión alienable, en sus variantes permanente y transitoria:

- (70) a. Juan tiene pelos en la espalda.
- b. Juan posee tierras en el sur de España.
- c. Juan tiene mi libro en su despacho.

Las tres secuencias de (70) son plenamente aceptables. En (70a) tenemos una relación de posesión inalienable (los pelos forman parte del cuerpo de Juan); en (70b), una relación de posesión alienable permanente (Juan es el dueño de las tierras) y, por último, en (70c), una relación de posesión alienable transitoria (Juan no es, como muestra el determinante posesivo, el dueño del libro, sino que solo ejerce un control temporal sobre él). Por otra parte, las frases locativas que modifican estas secuencias no son marcos. Si aplicamos la prueba inferencial de Maienborn (2001), vemos que en todos los casos la secuencia modificada con el locativo implica la verdad de la proposición en que el locativo falta (Juan tiene pelos, Juan posee tierras, Juan tiene mi libro).

Más relevante es el hecho de que los locativos de (70) no sitúan, en rigor, la relación de posesión misma, sino el argumento interno del predicado. Así, son los pelos de Juan los que se sitúan en su espalda, son las tierras las que se encuentran en el sur de España, y es el libro el que está en el despacho. Si exceptuamos el caso de (70a), donde los pelos son parte de Juan, en el resto de los casos el poseedor puede no situarse allí donde indica el locativo. Juan, en (70b), no necesita estar en el sur de España para que se cumpla la relación de posesión, y otro tanto cabe decir de (70c). De hecho, podemos completar esta última secuencia con *...y como no viene nunca, no sé cuando lo recuperaré*. Dado que afectan a un argumento y no a la eventualidad en su conjunto, estos modificadores caerían, en la taxonomía de Maienborn (2001), bajo la etiqueta de locativos internos.

Nótese, por otra parte, que estos verbos siguen rechazando locativos externos. De este modo, si intentamos combinar una oración de (70) con un nuevo locativo, este dará un resultado agramatical o bien probará ser de marco:

- (71) En España, Juan {posee/poseía} tierras en el sur de Madrid.

La oración de (71) solo es aceptable si el SP *En España* adquiere una interpretación de marco. Al seleccionar el pretérito imperfecto en el verbo principal, obtenemos una interpretación temporal de acuerdo con la cual fue durante la época en que vivió en Madrid que Juan poseía tierras en el sur de Madrid. Si, en cambio, seleccionamos el presente, favorecemos una interpretación en que Juan posee tierras en diversos países,

de forma tal que, si nos restringimos al ámbito español, es verdad que esas tierras se ubican en el sur de Madrid, aunque no es necesariamente así considerando todas las posesiones de Juan. El modificador, por lo tanto, solo ejerce una restricción exterior sobre la verdad de la proposición. Nótese, una vez más, que Juan no necesita estar, de hecho, en Madrid para que (71) sea verdadera. Esto contrasta con un verdadero modificador externo (orientado al evento), que parece localizar igualmente el argumento externo:

(72) En Madrid, Juan adquirió en Italia tierras al sur de España.

En (72), junto al modificador de marco (*En Madrid*) y el locativo interno (*al sur de España*) hemos añadido un locativo externo (*en Italia*). Este último señala el lugar donde, efectivamente, el evento de adquisición tuvo lugar. En este caso, Juan debe estar localizado, a su vez, en Italia<sup>75</sup>. Tal modificación es imposible en los casos de (70) y (71), donde solo tenemos una relación de posesión y, por lo tanto, no hay evento que localizar. O bien señalamos la posición de uno de los elementos del predicado (con un locativo interno), o bien restringimos la verdad de la proposición en su conjunto (con un locativo de marco), pero no podemos emplear un locativo externo, puesto que carecemos del nivel eventivo intermedio.

Más adelante, en §3.3.2.1, discutiremos cuál es la naturaleza sintáctica exacta de los locativos internos de (70). Recuérdesse que Maienborn (2001, 2005) caracteriza esta clase de modificadores como estructuras locativas que se ensamblan en un nivel estructural bajo, con una interpretación semántica laxa. Dicha descripción responde a las características generales de los datos de (70). Sin embargo, defenderemos que estos locativos pueden analizarse como predicados secundarios seleccionados por el verbo, siguiendo el patrón que siguen otros predicados tomados por el verbo *tener*, de tipo adjetival (*Juan tiene los ojos verdes*). Como mostraremos en §3.3.2.1, ambos tipos de predicación secundaria tienen efectos empíricos similares en la clase de los verbos de posesión.

En síntesis, vemos que los verbos que expresan posesión en español rechazan modificadores locativos internos y externos, si expresan posesión inalienable meronímica, pero aceptan “modificadores” internos en el resto de los casos. Todos aceptan, por cierto, modificadores de marco:

---

<sup>75</sup> Esta implicación supondría un problema para la jerarquía de Maienborn (2001), según la cual el locativo externo se ensambla bajo el argumento externo (véase §3.3.1.1.1). El hecho de que un locativo externo tenga alcance semántico sobre el predicado y todos sus argumentos sugiere, más bien, que se ensambla sobre el argumento externo, como un adjunto de Sv.



	Locativos internos	Locativos externos	Locativos de marco
Posesión inalienable (meronimia)	–	–	+
Posesión inalienable, alienable (permanente y transitoria)	+	–	+

Tabla 4. Locativos y verbos de posesión

## Medida

Los verbos que expresan medidas en español, sean de cuantificación extrínseca o intrínseca, rechazan tanto los modificadores locativos internos como los externos, aunque en ocasiones admitan los de marco:

- (73) a. \*El libro pesa dos kilos en la habitación.  
b. El libro cuesta 10 euros en la Casa del Libro.  
c. ??La ventana mide 2 metros en el salón.  
d. Las tierras valen 3 millones de euros en Andalucía.
- (74) El pueblo dista dos kilómetros de la ciudad en ese país.

En (73) ejemplificamos la conducta de los verbos *pesar*, *costar*, *medir* y *valer*, todos de cuantificación intrínseca, es decir, verbos que efectúan una caracterización de una entidad respecto de una dimensión cuantificable. En (74), vemos la conducta del verbo de cuantificación extrínseca *distar*, en el que la medida es externa a las entidades involucradas en la predicación.

Según puede apreciarse, en (73) las únicas secuencias aceptables son aquellas en que es posible tener una lectura de marco. Así, (73b) expresa que 10 euros es el precio que la Casa del Libro ha fijado para el libro, de forma tal que, fuera de ese marco de referencia, el precio puede bien ser otro. Para que (73c) sea gramatical debemos ensayar una lectura pragmáticamente algo forzada, pero que involucraría, igualmente, que *en el salón* contara como un modificador de marco. Si hablásemos de un cierto modelo de ventana que puede reproducirse en varios tamaños, podríamos decir que la que está en el salón mide 2 metros. Desde luego, no querríamos decir que la eventualidad de medir tiene lugar en el salón, de suerte tal que la ventana solo haya pasado a tener tales dimensiones una vez que se la introdujo en la habitación. Por último, de forma similar a como (73b) era aceptable bajo la lectura en la que la Casa del Libro representaba a la entidad que fijaba el precio del libro, (73d) implica que las tierras reciben ese valor según los estándares de Andalucía, pero no necesariamente según otros.

Por otra parte, (74) puede ser gramatical si asumimos, por ejemplo, que dos kilómetros es la distancia promedio que separa a las ciudades de los pueblos en determinado país. Nuevamente, no situamos una eventualidad, sino que proporcionamos un marco para la validez de la proposición.

En síntesis, los verbos de medida se comportan uniformemente como predicados estativos según las asunciones de Maienborn (2001, 2005), al rechazar la modificación de lugar interna y externa, pero no la de marco.

## Existencia

Los verbos existenciales del español plantean ciertos problemas en la aplicabilidad de la prueba basada en la modificación locativa. Según puede apreciarse en los ejemplos siguientes, todos parecen aceptar sin problemas un SP que exprese un lugar:

- (75) Hay pan en la nevera.
- (76) Sobró alcohol en la fiesta.
- (77) Faltan recursos en la administración.
- (78) a. Las ideas conservadoras permanecen en ese país.  
b. Los problemas siguen en la escuela.

En (75) ejemplificamos la conducta de *haber*, verbo no marcado respecto de la cantidad o la temporalidad (es decir, que refiere, por defecto, que la cantidad en que se manifiesta una entidad corresponde a un cierto estándar y que no presupone que esa existencia ha abarcado tiempo). En (76), tenemos un verbo que expresa que la cantidad de una cierta entidad es excesiva respecto de un cierto estándar. A la inversa, en (77), *faltar* expresa una cantidad insuficiente respecto del estándar de cantidad. Por último, en (78) vemos dos verbos sensibles al eje de la temporalidad (esto es, que implican la validez de un estado de existencia anterior al intervalo en que se dan).

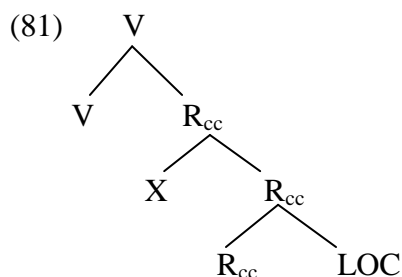
Como puede apreciarse en los ejemplos, la frase locativa no conlleva inaceptabilidad. O bien tenemos un contraejemplo a la restricción aspectual de los modificadores locativos, o bien se trata de modificadores de marco. No obstante, una tercera posibilidad es que estos sintagmas no ocupen una posición de adjunto (es decir, de modificador) sino que sean argumentos del predicado. Si esto es así, entonces no pertenecerían a la taxonomía desarrollada por Maienborn (2001, 2005), puesto que serían elementos sintácticos demasiado “internos”. Un indicio de que esto es así es la conducta de estos sintagmas en la extracción desde islas interrogativas débiles (cf. Eguren y Fernández Soriano 2004: 179, Bosque y Gutiérrez-Rexach 2009: 462). Considérense los siguientes ejemplos:

- (79) a. ¿Qué<sub>i</sub> no sabes si Juan compró  $t_i$  a María?  
b. \*¿Dónde<sub>i</sub> no sabes si Juan compró un regalo a María  $t_i$ ?
- (80) a. ¿Qué<sub>i</sub> no sabes si falta  $t_i$  en ese país?  
b. ¿Dónde<sub>i</sub> no sabes si falta pan  $t_i$ ?

Según vemos en los ejemplos de (79), un sintagma-Cu puede extraerse desde una oración interrogativa indirecta si la posición de base que ocupa es argumental (79a), pero no si es de adjunto (79b). Cuando observamos la conducta de elementos análogos

con un verbo existencial como *faltar*, en (80), advertimos que el SP locativo se comporta como un elemento argumental y no como un adjunto. Así, (80b) es gramatical, siguiendo el patrón de extracción de (80a) y de (79a), y no de (79b).

Es posible, pues, que los verbos existenciales incluyan una relación de coincidencia central entre una entidad y un lugar, por lo cual modificar, a su vez, esta relación locativa argumental entrañaría un conflicto interpretativo. Una representación preliminar de esta idea puede ser la siguiente, donde  $R_{cc}$  simboliza ‘relación de coincidencia central’ y LOC es un elemento argumental locativo:



Por el momento asumiremos que todos los verbos existenciales comparten esta estructura básica. Cabe advertir, no obstante, que esto no implica que algunos puedan tener *más* estructura, cuestión que podremos apreciar a la luz de las pruebas restantes.

### Psicológicos

Los verbos psicológicos que, en español, codifican el experimentante en posición de sujeto rechazan la modificación locativa, sean de tipo emocional, sean de tipo cognitivo, como se observa a continuación:

- (82) a. ??Juan ama a su madre en su casa.  
 b. ??Juan odia a Pedro en el bar.
- (83) a. \*Juan conoce la verdad en su despacho.  
 b. \*Juan sabe inglés en la academia.

En (82) ejemplificamos la conducta de los verbos de experimentante emocional *amar* y *odiar*. Como se aprecia, ofrecen resultados inaceptables, a menos que ideemos un contexto en el que el locativo pueda ser interpretado como un marco. Así, en (82b), Juan puede odiar a Pedro solo cuando se encuentran en el bar, puesto que es allí donde Pedro bebe más de la cuenta y se comporta de manera inadecuada. Por otra parte, en (83) ejemplificamos lo que sucede con los verbos de experimentante cognitivo *conocer* y *saber*, que, según se observa, rechazan esta modificación.

Nótese que, según hemos desarrollado en §3.1.4, los verbos de experimentante cognitivo se distinguen de los de experimentante emocional en que aquellos, pero no estos, pueden adquirir lecturas eventivas en pretérito indefinido. Si esto es así, podemos predecir que el primer grupo admitirá modificadores locativos en indefinido, mientras

que los del segundo seguirán siendo inaceptables en este contexto. Este patrón puede confirmarse con los siguientes datos:

- (84) a. Juan conoció a su hermano en una plaza.  
b. Juan supo la verdad en un programa de televisión.
- (85) a. ??Juan amó a su madre en el salón.  
b. ??Juan odió a Pedro en el bar.

Mientras que los ejemplos de (84) son perfectamente naturales, los de (85) demandan, al igual que sucedía en (82), una lectura de marco. En (84), al adquirir una lectura dinámica, el predicado cuenta con un evento que localizar.

### 3.2.1.2. *Modificación ambigua entre grado y tiempo: un poco*

#### 3.2.1.2.1. *Descripción*

Otra prueba discutida por Maienborn (2005) es la de ciertos modificadores ambiguos entre una lectura temporal y otra de grado. En particular, Maienborn presenta el caso del modificador alemán *ein bisschen* ('un poco'), que puede tener dos interpretaciones. Una se vincula al grado en que se manifiesta una propiedad y otra, a la extensión temporal que posee un evento. Así, un predicado eventivo como *schwitzen* (*sudar*) admite ambas lecturas (Maienborn, 2005: (37b)):

- (86) Carol hat gestern ein bisschen geschwitz.  
Carol ha ayer un poco sudado.  
'Carol ha sudado un poco ayer'.

La oración de (86) puede interpretarse, así, de dos formas: o bien Carol ha sudado por un breve período de tiempo, o bien la cantidad de sudor era escasa (y se produjo por un tiempo indeterminado). La lectura temporal está habilitada solo con eventualidades, por lo cual un estado (kimiano) solo dará lugar a una oración gramatical, con este modificador, si puede ser graduable (Maienborn, 2005: (39c)):

- (87) Carol ähnelte ein bisschen ihrer Großmutter.  
Carol parece un poco su abuela.  
'Carol se parece un poco a su abuela'.

La oración de (87), por tanto, solo tiene una lectura gradual: entendemos que el parecido de Carol con su abuela alcanza un grado menor, pero no que la semejanza entre ambas personas se extiende por un período breve de tiempo.

Como se observa en las glosas de los ejemplos (86) y (87), tal parece que el modificador español *un poco* se comporta de manera similar al alemán *ein bisschen*. La aplicación de esta prueba requiere ponderar, previamente, algunas de sus limitaciones. Una de ellas, según reconocen tanto Maienborn (2005: 298) como Rothmayr (2009: 34),

es que el predicado con el que se verifique la eventual ambigüedad del modificador debe ser graduable (como *sudar* o *parecerse*). Con todo, aun en el caso de predicados no graduables, la agramaticalidad de un estado (cf. \**Ese chico se llama Andrés un poco*) contará como un indicio, pues no tendremos disponible, como sucedería con un predicado eventivo, la lectura restante, es decir, la temporal (cf. *Juan pasea un poco antes de dormir*). Por lo tanto, un estado modificado por *un poco* será, o bien gramatical bajo una lectura gradual, o bien agramatical, pero jamás exhibirá la ambigüedad entre grado y tiempo disponible en los eventos.

Un problema más de fondo es que, mientras en el caso de las otras pruebas las conductas lingüísticas conforman un correlato de alguna propiedad semántica u ontológica de los estados, tratándose del modificador *ein bisschen* ni Maienborn (2005) ni Rothmayr (2009) ofrecen una explicación de qué propiedad de los estados impide la lectura temporal. Por lo tanto, dado que la prueba ha sido introducida, en principio, para el alemán, nuestra adaptación al español mediante el modificador *un poco* puede ser precipitada. Si es el caso que la lectura temporal de *ein bisschen* está bloqueada por alguna exigencia de “intervalo mínimo” en los estados (es decir, el que los estados requiriesen cierta extensión temporal para tener validez), entonces modificadores análogos como *un instante* tampoco deberían ser compatibles con estados, lo cual es erróneo (*Pedro fue feliz un instante*).

Tal vez la motivación de que muchos de los estados rechacen *un poco* (o su análogo alemán *ein bisschen*) sea, nuevamente, una cuestión pragmática. Si admitimos, como sugiere Gennari (2002), que los estados conllevan una implicación de “supertintervalo” (véase *infra* §3.2.3.1)<sup>76</sup>, entonces es lícito pensar que su tendencia a mantenerse estables en el tiempo es conflictiva con el intento de acotarlos a un período de tiempo muy breve.

Veamos a continuación qué predicados admiten la modificación con *un poco*, la frase con la que traducimos *ein bisschen*, el modificador empleado por Maienborn (2005) y Rothmayr (2009).

#### 3.2.1.2.2. Resultados

##### Posesión

De forma análoga a lo que sucedía con el caso de la modificación locativa, la aceptabilidad del modificador *un poco* con lectura temporal depende, en buena medida, del tipo de posesión al que nos refiramos. La posesión inalienable meronímica rechaza siempre el modificador, mientras que, en el caso de los tipos restantes, la aceptabilidad aumenta según nos movamos hacia la posesión transitoria:

---

<sup>76</sup> Como veremos con mayor detalle en el apartado indicado, la implicación del superintervalo consiste en incluir un intervalo I, en el que es válido un estado, en un intervalo mayor I', en el que el estado es también válido. En otras palabras, si *Juan está triste* es verdadero en un tiempo dado, tendemos a pensar que también es cierto que Juan estuvo triste hace unos momentos y que lo seguirá estando algunos momentos después.

- (88) a. \*Un endecasílabo tiene once sílabas un poco.  
 b. ??Juan tuvo pelos en la espalda un poco.  
 c. ?Juan tuvo tierras en Italia un poco.  
 d. Juan tuvo mi libro un poco.

En (88a) encontramos una relación de posesión meronímica, que rechaza tanto una lectura de grado como una temporal. (88b) ejemplifica una relación de posesión inalienable no meronímica. Aunque el ejemplo es poco aceptable, mejora respecto de (88a). Lo mismo sucede con (88c), un ejemplo de posesión alienable permanente. Por último, solo es plenamente aceptable, bajo una lectura temporal, el caso de (88d), esto es, un caso de posesión alienable transitoria. Dicha oración, así, puede ser entendida como una relación de control transitorio que se extendió por un período de tiempo breve.

Nótese que, si la lectura temporal del modificador *un poco* no está disponible, las relaciones de posesión ofrecen un resultado agramatical, no una lectura gramatical con lectura de grado. Esto es así puesto que la posesión no es una relación graduable: no podemos poseer *más* una cosa; o bien la poseemos, o bien no la poseemos. La única opción de introducir grado en una relación de posesión es aumentando la cantidad de la cosa poseída. Así, podemos decir *Juan tiene un poco de dinero*. De todos modos, en este caso la relación de posesión se mantiene constante, puesto que no es graduable en sí misma.

## Medida

Bajo una lectura temporal, todos los verbos de medida en español rechazan el modificador *un poco*. Su introducción puede dar lugar, no obstante, a oraciones gramaticales si *un poco* sustituye al complemento de medida. Sin embargo, en este caso, como señala Rothmayr (2009: 132), no podemos hablar de modificación del predicado, puesto que el sintagma pasa a ocupar una posición seleccionada. Veamos los siguientes ejemplos:

- (89) a. \*Juan pesó 80 kilos un poco.  
 b. \*El libro costó 10 euros un poco.  
 c. \*La ventana midió 2 metros un poco.  
 d. \*El pueblo dista de la ciudad dos kilómetros un poco.
- (90) a. Juan pesa un poco.  
 b. El libro cuesta un poco.  
 c. La ventana mide un poco.  
 d. El pueblo dista un poco de la ciudad.

En los ejemplos de (89), donde *un poco* es un modificador de la frase, no podemos tener una lectura de grado, puesto que el complemento de medida está ya ejerciendo una función cuantificacional. La lectura restante, es decir, la temporal, tampoco se encuentra

accesible, lo cual nos indica que estos predicados no tienen un evento que pueda ser medido por el modificador. Por consiguiente, las oraciones de (89) son agramaticales.

En tanto, (90) reúne oraciones donde *un poco* sustituye al complemento de medida y modifica, por lo tanto, la dimensión incorporada en el verbo: Juan se caracteriza de acuerdo con la dimensión del peso en un grado menor. Como señala Rothmayr (2009: 133), este tipo de oraciones pueden dar lugar a una lectura de exceso, es decir, justamente la contraria de la que el modificador *un poco* podría sugerir de forma aislada. Así, (90a) podría significar que el peso de Juan *excede* por un poco un cierto estándar. En el caso de (90b) tenemos una ambigüedad similar: podemos entender que el precio del libro es, efectivamente, escaso, o bien que *excede* en algún grado un cierto estándar. Sea cual sea la interpretación que otorguemos a las secuencias de (90), la frase *un poco* ya no ejerce una modificación externa al predicado. Por consiguiente, debemos considerar que, aplicada sobre los verbos de medida, esta prueba arroja agramaticalidad uniforme (89), lo cual apoya su caracterización como verbos de estado.

### Existencia

Los verbos existenciales del español no se comportan de manera uniforme respecto de esta prueba. En particular, mientras que los verbos de existencia neutra y los de cantidad rechazan el modificador *un poco*, los verbos sensibles a la temporalidad lo aceptan. Veamos los siguientes ejemplos:

- (91) a. \*Hubo pan un poco.  
b. \*Sobró pan un poco.  
c. \*Faltó pan un poco.
- (92) a. Esas ideas permanecieron un poco.  
b. Esas ideas persistieron un poco.  
c. Esas ideas prevalecieron un poco.

Los ejemplos de (91) rechazan la lectura temporal de *un poco*. Al no admitir, igualmente, la lectura de grado, las secuencias son agramaticales. Del mismo modo que apuntábamos al tratar el caso de la posesión, los predicados existenciales solo admitirán grado si este es interno al argumento (*Sobró un poco de pan*, *Faltó un poco de pan*), pero no si se intenta graduar el predicado en su conjunto.

En cambio, los verbos existenciales de presuposición temporal (92) admiten la lectura temporal de *un poco*. Este contraste es un indicio de que estos predicados poseen una estructura aspectual algo más rica que la de los existenciales neutros o de cantidad. Todos predicán, de forma básica, existencia, pero la sensibilidad al desarrollo temporal de esa existencia comporta una diferencia aspectual.

## Psicológicos

Los verbos psicológicos de sujeto experimentante rechazan de modo uniforme la modificación de *un poco* bajo lectura temporal, sean de tipo emocional o sean de tipo cognitivo:

- (93) a. Juan odió a Pedro un poco.  
b. Juan amó a su esposa un poco.
- (94) a. \*Juan sabe la respuesta un poco.  
b. Juan conoce a sus amigos un poco.

Las oraciones de (93), donde encontramos experimentantes emocionales, solo son gramaticales bajo una lectura gradual de *un poco*, es decir, si el odio que Juan sintió por Pedro se manifestó en grado escaso (93a) o si el amor que sintió por su esposa no fue intenso (93b). Por otra parte, en (94), donde tenemos experimentantes cognitivos, la posibilidad de que *un poco* adquiriera una lectura gradual depende, en buena medida, del tipo de argumento interno. Así, en (94a), no parece que *la respuesta* denote una entidad cuyo conocimiento admita grados: o bien se sabe la respuesta, o bien no se la sabe. En cambio, en (94b), podemos tener una lectura en que Juan no conoce plenamente a sus amigos. Por consiguiente, la (in)aceptabilidad del grado no es, en estos predicados, una cuestión dictada por el verbo, sino por el tipo de entidades referidas por sus argumentos internos.

En síntesis, la prueba del modificador *un poco* arroja un resultado uniforme aplicada sobre los verbos psicológicos de sujeto experimentante, que siguen el patrón de los verbos estativos.

### 3.2.2. Pruebas externas al sintagma verbal

Pasaremos ahora a revisar las pruebas externas al sintagma verbal. En particular, estudiaremos dos contextos vinculados a la información aspectual que se aplica sobre un predicado. El primero de ellos, el adverbio *lentamente*, se relaciona con el Aspecto Celerativo de Cinque (1999), mientras que el segundo, la forma progresiva *estar + -ndo*, se vincula con el Aspecto Progresivo, en la jerarquía identificada por el mismo autor.

#### 3.2.2.1. Aspecto celerativo: lentamente

##### 3.2.2.1.1. Descripción

Diversos autores han advertido la incompatibilidad de los estados con modificadores adverbiales que apunten al desarrollo de un evento, como *poco a poco*, *lentamente*, *paulatinamente*, entre otros (De Miguel 1999, Coll-Florit 2009, Marín y McNally 2011, Marín 2011). Seguiremos aquí a Marín y McNally (2011) y Marín (2011) en el empleo del adverbio *lentamente*, que parece seleccionar eventos dinámicos (95), con



independencia de su carácter télico (95b) o atélico (95c), a diferencia de *poco a poco* (cf. De Miguel 1999: 3017), que requiere que el predicado incluya un límite cuyo alcance se da de forma gradual (96):

- (95) a. \*Juan sabe inglés lentamente.  
       b. Juan escribe su libro lentamente.  
       c. Juan nada lentamente.
- (96) a. Juan escribe su libro poco a poco.  
       b. \*Juan sabe inglés poco a poco.  
       c. ??Juan nada poco a poco.

Así, el adverbio *lentamente* nos permite oponer el conjunto de los predicados dinámicos (sean télicos o atélicos) al de los estativos.

Esta prueba puede equipararse a la que introducen Maienborn (2005) y Rothmayr (2009) sobre el empleo de modificadores de manera. Para estas autoras, los estados (kimianos) rechazarán la modificación de manera, como correlato de la propiedad ontológica de estos predicados que les impide tener distintas formas de realización. No obstante, dado que la noción de manera es más amplia, corremos el riesgo de incluir elementos adverbiales cuya relación con el evento es discutible, como se advierte en el ejemplo que la propia Maienborn (2005: (30b)) comenta al introducir esta prueba:

- (97) \*Paul besitzt {sparsam / spendable}                    viel Geld.  
       ‘Paul posee {ahorrativamente / generosamente} mucho dinero’

Ambos adverbios (*ahorrativamente* y *generosamente*) pueden entenderse como modificadores orientados al agente; es decir, que Paul es ahorrativo o es generoso al poseer mucho dinero. Si la secuencia resulta ser agramatical, puede deberse a que, por motivos independientes, los estados son en general incompatibles con agentes.<sup>77</sup> De este modo, el estatus de la prueba se torna confuso, toda vez que unas veces la empleamos para detectar una restricción sobre el tipo de eventualidad denotado por el predicado, y otras para detectar restricciones sobre los papeles temáticos vinculados a ese predicado. En cambio, si nos restringimos al adverbio *lentamente*, esta dificultad desaparece, puesto que su vínculo con el tipo de situación es más directo.

El problema de la aceptación de modificadores de manera en predicados estativos se relaciona, de forma similar a como sucedía con los modificadores locativos, con la discusión sobre la presencia de un argumento de situación estativo en la representación semántica subyacente de estos predicados. Antes de que Maienborn (2005) desarrollara su propuesta, Katz (1995, 2000) había ya sugerido que la distribución de los

---

<sup>77</sup> La incompatibilidad de estados con agentes es, no obstante, un punto discutible en sí mismo, sobre el que tendremos ocasión de volver en §4. Para autores como Morimoto (2008, 2011), los predicativos estativos admiten el rasgo de control en el sujeto, lo cual explica casos como *estarse quieto*, que, a diferencia de la variante no pronominal, pueden entrar en el modo imperativo (*¡Estate quieto!* / *\*¡Está quieto!*). Otros autores, como Arche (2006: 53), consideran que el agente requiere de eventividad.

modificadores adverbiales obedecía a lo que se denominó *Stative Adverb Gap* (SAG). De acuerdo con esta restricción, no existen adverbios que seleccionen específicamente estados, como sí hay adverbios que se aplican específicamente a eventos. Si analizamos los modificadores adverbiales como predicados de eventos (Davidson 1967, Parsons 1990), esta falta de paralelismo se explica de un modo sencillo. No hay adverbios específicamente estativos puesto que no hay un argumento situacional subyacente que tales adverbios pudiesen seleccionar. Así, por ejemplo, un adverbio como *probably* se aplica tanto a estados como eventos, según se ve en (98) (Katz 2000: (51)):

- (98) a. Bill probably buttered the toast.  
b. Bill probably owned the knife.

De acuerdo con Katz, *probably* funciona como un operador proposicional que se aplica en un nivel funcional alto, una vez que la variable eventiva ha recibido cierre existencial. En este punto de la derivación, estados y eventos pasan a ser objetos semánticos idénticos (proposiciones), de forma tal que el adverbio no es sensible a la distinción aspectual estado/evento.

Sin embargo, diversos autores han criticado la adecuación empírica del SAG. En particular, Mittwoch (2005), muestra que existen modificadores que se aplican de forma preferente a estados, como se observa en (99) (Mittwoch 2005: (29)):

- (99) a. know a poem by heart  
b. love someone platonically

Así, *by heart* ‘de memoria’ se aplicaría a un verbo estativo como *know* sin que quepa argüir que se trata de un operador proposicional, puesto que caracteriza el modo que tiene de suceder el propio estado. Algo similar puede decirse de *platonically* ‘platónicamente’, en (99b), que no solo es compatible con *love*, sino que lo selecciona. Un verbo conceptualmente próximo como *enamorarse* no parece, en efecto, igual de aceptable con *platónicamente* como lo es *amar*. Dado que *amar* es estativo pero *enamorarse* es eventivo, el SAG se ve falseado. Otros ejemplos relevantes ofrecidos por Mittwoch (2005) corresponderían a adverbios que modifican preferentemente ciertos adjetivos:

- (100) *terminally ill, systematically different, suspiciously quiet, etc.*

De acuerdo con ciertos autores que, igualmente, se oponen a la validez general del SAG, la aceptación de adverbios por parte de predicados estativos presupone la existencia de un proceso anterior, que es el que en verdad modifica el adverbio. Así puede apreciarse en el ejemplo aportado por Martin (2008: (85)), quien sigue a Parsons (2000):

- (101) Pierre est indirectement responsable de l’accident.

En la opinión de estos autores, el ejemplo de (101) es gramatical solo bajo la interpretación de que Pierre ha participado de forma indirecta en una acción que ha tenido como consecuencia el accidente. No obstante, Mittwoch (2005) aporta casos en que no necesitamos inferir que el adverbio modifica un proceso previo para que la oración sea gramatical. En particular, la autora discute el ejemplo siguiente (Mittwoch 2005: (32)):

(102) The car is illegally parked in front of my house.

El ejemplo de (102), según Mittwoch, es aceptable incluso en un contexto donde el coche ha sido aparcado en una hora legal. De este modo, el proceso previo al estado denotado por (102), esto es, la acción de aparcar, no podría ser modificado por *illegally*, aunque el estado sigue admitiendo esta modificación.<sup>78</sup>

En conclusión, vemos que existen críticas sólidas a las versiones más fuertes de las restricciones que siguen los estados para combinarse con adverbios, tales como la propuesta de Katz (2000) o la de Maienborn (2005). Para estos autores, el rechazo de modificadores de manera constituía una prueba a favor de la inexistencia de un argumento situacional en la representación semántica de los predicados estativos. Por lo tanto, no puede extraerse una respuesta concluyente sobre esta cuestión a partir de la distribución de los adverbios.

No obstante, como hemos sugerido en este apartado, el adverbio *lentamente* sí establece una distinción clara entre verbos que denotan cambio (actividades, realizaciones y logros) y estados. Aunque esta demarcación empírica no puede emplearse como prueba a favor o en contra de la existencia de un argumento eventivo/situacional, veremos que posee un valor descriptivo como herramienta de análisis en la clasificación de los predicados. Pasaremos ahora a exponer con más detalles las propiedades de este adverbio en la representación sintáctica oracional, siguiendo, como ya hemos mencionado, la jerarquía de proyecciones funcionales de Cinque (1999).

El adverbio *lentamente* puede relacionarse con el Aspecto celerativo de Cinque (1999), en la medida en que determina la intensidad o el ritmo con que tiene lugar un determinado evento (cf. Arnott 1970, Fagerli 1994). Dado que los estados son predicados homogéneos, no poseen fases internas en virtud de las cuales pueda

---

<sup>78</sup> En Maienborn (2007), la autora responde a estas críticas aduciendo que, en todos los casos en los que aparentemente un estado kimiano acepta modificadores de manera, tiene lugar una acomodación pragmática que introduce un argumento davidsoniano en la representación. Así, debemos suponer siempre un evento previo o un estado davidsoniano asociado. En un ejemplo como (102), Maienborn contestaría que es el estado davidsoniano de *mantenerse* en determinado lugar el que puede ser ilegal, pero no el estado kimiano de *estar* allí. El carácter abierto de este debate promueve la elección del adverbio *lentamente* como herramienta de análisis, aunque debamos renunciar, como comentamos más adelante, al alcance teórico que Maienborn atribuía a la prueba de la modificación de manera; esto es, evaluar la presencia de una variable eventiva. Al discriminar entre predicados dinámicos y no dinámicos, *lentamente* excluye todo tipo de eventualidades no dinámicas, sean estados davidsonianos (v.g. \**Juan duerme lentamente*) o estados kimianos (v.g. *Juan pesa 80 kilos lentamente*).

estimarse un ritmo más o menos intenso de progresión. En última instancia, por lo tanto, el rechazo de este adverbio por parte de los estados se relaciona con la propiedad del subintervalo. Dado que toda subparte del intervalo en que se da un estado es cualitativamente idéntica al todo, no es posible identificar segmentos relevantes para la estimación del paso del tiempo.

En la jerarquía de Cinque (1999), el Aspecto Celerativo posee dos variantes que ocupan dos posiciones, una más alta que el Aspecto Progresivo y otra más baja, según se aprecia en el siguiente esquema:

$$(103) \quad \text{Asp}_{\text{celeratvivo (I)}} > \dots > \text{Asp}_{\text{progresivo}} > \dots > \text{Asp}_{\text{celeratvivo (II)}}$$

La primera variante ( $\text{Asp}_{\text{celeratvivo (I)}}$ ) efectúa una cuantificación sobre el evento, mientras que la segunda ( $\text{Asp}_{\text{celeratvivo (II)}}$ ), sobre el proceso (Cinque 1999: 93). Esto determina la ambigüedad de adverbios como *quickly* ‘rápidamente’ en inglés, que puede dar lugar a dos lecturas dependiendo del punto estructural en el que se lo interprete. Así, obtenemos contrastes como los siguientes:

- (104) a. John quickly lifted his arm.  
           ‘Juan rápidamente levantó su brazo’  
       b. John lifted his arm quickly.  
           ‘Juan levantó su brazo rápidamente’

En estos ejemplos, tomados de Cinque (1999: (47)), la posición del adverbio determina que aparezca o no una ambigüedad. (104a) puede significar tanto que John fue rápido en levantar su brazo (aunque el desarrollo de esta misma acción pudo haber sido lento) como que levantó el brazo con un movimiento rápido. En cambio, (104b) solo puede tener la primera de estas interpretaciones. Según el autor citado, esta ambigüedad se relaciona con el alcance (*scope*) de la posición ocupada por el adverbio.

Para nuestro análisis, nos interesa lo que Cinque (1999) denomina Aspecto Celerativo II, es decir, el que cuantifica sobre el proceso, pues es el que, efectivamente, es incompatible con estados. En su interpretación de Aspecto Celerativo I (alto), algunos adverbios como *rápidamente* son compatibles con estados, según se aprecia en (105):

- (105) Juan rápidamente pesó 60 kilos (una vez que el médico le señaló sus problemas al corazón).

La oración de (105) solo es aceptable bajo la lectura en que Juan pasó a pesar 60 kilos en poco tiempo, pero es agramatical si entendemos que la situación de pesar se desarrolló de modo rápido.

Con todo, según indica Cinque (1999: 103), algunos adverbios no ofrecen lecturas ambiguas entre un tipo y otro de Aspecto Celerativo, como es el caso de *fast* en inglés, que contrasta con *quickly* en que solo puede cuantificar sobre procesos:

- (106) a. \*He fast ran away.  
           ‘Él rápido huyó’  
        b. He ran away fast.  
           ‘Él huyó rápido’  
   (Cinque 1999: (86))

Así, *fast* solo puede dar lugar a una lectura en que el evento de huir tuvo lugar de forma rápida, pero no a una en la que el comienzo del evento (lento o rápido en sí mismo) tuvo lugar transcurrido un breve lapso de tiempo. El adverbio que hemos seleccionado, *lentamente*, parece obedecer una restricción similar, al poder interpretarse solo en una posición baja:

- (107) a. Juan escribió la carta lentamente.  
b. Juan lentamente escribió la carta.

La única interpretación disponible en las secuencias de (107) es que el evento de escribir se desarrolló de forma lenta, pero no resulta accesible la lectura según la cual Juan tardó mucho tiempo en comenzar a escribir. Como se observa al comparar el orden de constituyentes de una y otra secuencia, la posición que el adverbio ocupa (posverbal en (107a) o preverbal en (107b)) no tiene mayor incidencia. En ambos casos la lectura de Aspecto Celerativo alto está bloqueada.

Estas restricciones en el adverbio *lentamente* (su rechazo de predicados no dinámicos y su orientación al proceso como modificador no ambiguo de Aspecto Celerativo bajo) determinan que sea una herramienta óptima para el análisis de los predicados de los que nos ocupamos en este capítulo.<sup>79</sup>

#### 3.2.2.1.2. Resultados

## Posesión

Los verbos que expresan posesión rechazan de modo uniforme la modificación que ejerce el adverbio *lentamente*:

- (108) a. \*Un endecasílabo tiene once sílaba lentamente.  
b. \*Juan tiene ojos lentamente.  
c. \*Juan tiene un libro lentamente.  
d. \*Juan tiene mi dinero lentamente.

En (108) reunimos los distintos tipos de posesión revisados: posesión inalienable meronímica (108a), posesión inalienable no meronímica (108b), alienable permanente

<sup>79</sup> Recuérdese que hemos asumido que la introducción de una variable eventiva no está correlacionada con la dinamicidad (§2.7.2), de forma tal que este adverbio agrupará estados davidsonianos y estados puros, por una parte, frente a eventos dinámicos, por otra. Esta distribución tendrá mayor relevancia en el estudio de los estados causativos, que, de acuerdo con nuestro análisis, corresponden a estados davidsonianos. Véase el capítulo 4.

(108c) y alienable transitoria (108d). Vemos, pues, que el rechazo que los predicados exhiben respecto de *lentamente* es uniforme.

### **Medida**

Los verbos de medida manifiestan, igualmente, un rechazo uniforme frente al modificador *lentamente*:

- (109) a. \*Juan pesa 80 kilos lentamente.
- b. \*El libro cuesta 10 euros lentamente.
- c. \*Las tierras valen millones de euros lentamente.
- d. \*El pueblo dista 2 kilómetros de la ciudad lentamente.

Como se observa en (109), todos los verbos agrupados en esta clase rechazan el modificador *lentamente*.

### **Existencia**

Los verbos existenciales rechazan también de modo uniforme el modificador *lentamente*:

- (110) a. \*Hay pan lentamente.
- b. \*Sobra pan lentamente.
- c. \*Falta pan lentamente.
- (111) a. \*Esas ideas permanecen lentamente.
- b. \*Esas ideas perduran lentamente.
- c. \*Esas ideas prevalecen lentamente.

Nuevamente, hemos distinguido entre los verbos existenciales neutros y de cantidad (110) de los verbos sensibles a la temporalidad (111). Es interesante notar que, aunque los verbos de este segundo grupo posean una estructura más compleja que la del primero, siguen perteneciendo a la clase de los estados, puesto que rechazan la modificación sensible a la dinamicidad. Como mencionábamos al aplicar la prueba de *un poco*, aunque las condiciones de verdad en que se aplica un verbo como *permanecer* dependen de la extensión temporal (es decir, de que haya “más de un instante”), la situación misma sigue siendo perfectamente homogénea.

### **Psicológicos**

Los verbos psicológicos rechazan igualmente de modo uniforme el modificador *lentamente*:

- (112) a. \*Juan ama a su madre lentamente.
- b. \*Juan odia a Pedro lentamente.
- (113) a. \*Juan sabe la respuesta lentamente.
- b. \*Juan conoce la verdad lentamente.

Tanto los verbos psicológicos de experimentante emocional (112) como los de experimentante cognitivo (113) rechazan esta modificación. Por supuesto, si los verbos

del segundo grupo toman el pretérito indefinido, entonces el adverbio *lentamente* es aceptable, puesto que, como hemos mencionado, en este contexto los verbos de experimentante cognitivo adquieren una lectura eventiva dinámica:

- (114) a. Juan supo la verdad lentamente.
- b. Juan conoció a su padre lentamente.

### 3.2.2.2. *Aspecto progresivo: estar + -ndo.*

#### 3.2.2.2.1. *Descripción*

Uno de los contextos más empleados para detectar si un predicado es o no estativo es el de la perífrasis progresiva <estar + -ndo> o sus análogos en otras lenguas (cf. Benett y Partee 1972, Dowty 1979, de Miguel 1999, Pytkäinen 2000, Hale y Keyser 2002, Moreno Cabrera 2003, entre otros). Según este diagnóstico, la incapacidad de un predicado para entrar en esta construcción se correlacionaría, al menos parcialmente, con su carácter estativo. Así lo destacan para el español, entre otros autores, de Miguel (1999: 3013). La perífrasis progresiva serviría, por tanto, para discriminar entre predicados como los de (115), eventos dinámicos télicos o atélicos, frente a los de (116):

- (115) a. Juan está corriendo.
- b. Juan está escribiendo una carta.
- (116) a. \*Juan está sabiendo inglés.
- b. \*Juan está teniendo una novela de Melville.

Cabe mencionar, sin embargo, que la perífrasis no distingue de forma estricta, como podrían sugerir los ejemplos de (115) y (116), entre predicados eventivos y estativos. Por una parte, como ya había mencionado Vendler (cf. *supra*, §1.1.1), los logros tampoco pueden entrar en esta construcción (\**Juan está ganando la carrera*), a menos que tengamos una lectura preparatoria (Piñón 1997, Kearns 2003, Marín y McNally 2011, entre otros), es decir, una en que señalamos, no el evento mismo, sino una fase anterior a él. Así, podemos entender *Juan está ganando la carrera* como la afirmación de que, dentro de unos instantes, Juan ganará efectivamente la carrera.

Por otra parte, algunos autores han señalado que no es cierto que, en todos los casos, los estados sean rechazados en este contexto. Por ejemplo, Marín y McNally (2011) atribuyen a ciertos verbos psicológicos reflexivos un valor estativo, y observan que su combinación con el progresivo da un resultado gramatical, como sucede en casos como *Juan se está aburriendo*<sup>80</sup>. Desde luego, también es posible que algunos estados se empleen en progresivo si opera un cambio aspectual o coerción, como indica Zucchi

---

<sup>80</sup> Para Marín y McNally (2011), por tanto, un predicado como *aburrirse* no comporta un cambio de estado, sino que denota el segmento inicial del estado al que da lugar un cambio previo; se trataría, pues, de estados incoativos.

(2001), quien señala que algunas construcciones copulativas pueden tomar el progresivo: v.g. *Juan está siendo muy grosero*. Sin embargo, en este último caso no cabe ya hablar de estado propiamente tal, sino de una actividad con la que dicho estado se relaciona (esto es, la conducta que típicamente lleva a cabo quien es grosero) (cf. Arche 2006, y véase *infra* §3.3.1). A un fenómeno similar apunta de Miguel (1999: 3014), al señalar que muchos verbos estativos pueden entrar en la forma progresiva si adoptan una interpretación dinámica, como en *Juan está conociendo ahora el verdadero carácter de su primo* (De Miguel 1999: (16a)). Aquí, *conocer* asumiría un matiz ingresivo y dejaría, por tanto, de ser plenamente estativo: empezar a conocer se concebiría como un cambio en curso y no como la fracción inicial de una situación homogénea. Cabe mencionar, con todo, que el caso de la admisión de la perífrasis mencionado por Marín y McNally (2011) es distinto de los que describen Zucchi (2001) y de Miguel (1999), pues, en el primer caso, el predicado no pierde su carácter estativo y sería, así, un contraejemplo genuino a la hipótesis de que el progresivo rechaza estados.

Ya hemos comentado, en §1.1.6, la aproximación de Taylor (1977) al problema de la forma progresiva en inglés, que es la que, en sus líneas generales, seguiremos en esta tesis. De acuerdo con este autor, lo que decide la aceptación de la forma progresiva es la validez del predicado en intervalos o en puntos de tiempo. Siguiendo a Bennett y Partee (1978), Taylor asume que la forma progresiva evalúa la verdad de un predicado respecto del momento de habla, que es puntual. Dicha operación solo se encuentra accesible para predicados que sean inherentemente válidos en intervalos, ya que solo en este caso tiene sentido tomar una muestra puntual de ellos y establecer su validez respecto del momento de habla. Por lo tanto, siguiendo los postulados temporales de Taylor, solo las actividades, las realizaciones y los logros pueden adoptar la forma progresiva, puesto que solo ellos, sean o no homogéneos, poseen validez en intervalos. Por otra parte, los estados son ya de por sí predicados puntuales. Consiguientemente, tomando en cuenta restricciones pragmáticas y discursivas, la aplicación de la forma progresiva, que otorga validez en puntos de tiempo, no se justifica en un predicado que ya goza de dicha propiedad. De este modo, se excluirían, también en español, ejemplos como los de (116).

Por otra parte, la existencia de predicados estativos que parecen no perder su tipo aspectual básico bajo la forma progresiva había sido ya advertida por Dowty (1979) (véase §1.1.7), quien sugiere, consiguientemente, que ejemplos como los siguientes supondrían un problema para el análisis de Taylor (1977):

- (117) a. The socks are lying under the bed.
- b. Your glass is sitting near the edge of the table.

Sin embargo, Dowty (1979) preserva la lógica esencial del análisis de Taylor (1977) y propone, así, que al menos una subclase de predicados estativos tendría validez inherente en intervalos. Esto explicaría la gramaticalidad de las secuencias de (117), que



serían, en última instancia, contraejemplos aparentes a la exigencia de validez en intervalos impuesta por la forma progresiva.<sup>81</sup>

La formulación de Taylor, seguida, en lo fundamental, por Dowty (1979), se relaciona con aquellos análisis que observan en la forma progresiva un contexto estativizador (Vlach 1981, Bertinetto 1986, Mittwoch 1988, Parsons 1990, Hallman 2010). De acuerdo con Parsons (1990), la forma progresiva denota el *estado en curso* de un proceso. Como función que transforma eventos en estados, la forma progresiva no puede tomar estados como aducto. Desde un punto de vista estrictamente temporal, Hallman (2010) propone que la característica fundamental de los estados es su validez en puntos de tiempo, tal como ya proponía Taylor (1977). Dado que, a su vez, la forma progresiva establece la validez de un predicado respecto de un momento de habla puntual, se comporta esencialmente como un predicado estativo. De este modo, la restricción de Taylor (1977) puede reformularse como una incompatibilidad entre predicados estativos (ya válidos en puntos de tiempo) y formas gramaticales estativizadoras (que establecen validez puntual en un contexto sintáctico).

Otros autores, no obstante, discrepan de esta interpretación. Así, Glasbey (2001), por ejemplo, atribuye al progresivo, basándose en Smith (1991), un tipo aspectual distinto del que cabe atribuir a los predicados verbales. Mientras que a estos correspondería un “tipo de situación” (estado, actividad, etc.), al progresivo correspondería un aspecto de “punto de vista”, que distingue, fundamentalmente, entre formas perfectivas e imperfectivas. El progresivo sería una construcción imperfectiva, pero no necesariamente estativizadora. Para quienes siguen esta línea, la confusión proviene de ciertas características temporales compartidas por las formas imperfectivas y los predicados estativos. Ambas, por ejemplo, suelen dar lugar a traslapos discursivos, según se observa en las secuencias siguientes, de las cuales solo la tercera, que combinaría dos formas no estativas ni imperfectivas, evitaría el traslapo (Glasbey 2001: 106):

- (118) a. Max was here when I arrived.  
          ‘Max estaba aquí cuando llegué’  
      b. Max was running when I arrived.  
          ‘Max estaba corriendo cuando llegué’  
      c. Max ran when I arrived.  
          ‘Max corrió cuando llegué’

Si, en la traducción española de esta tercera secuencia, empleamos el indefinido en ambas cláusulas, obtenemos la referencia a dos eventos que acontecen secuencialmente. Sin embargo, si la forma progresiva es únicamente un contexto imperfectivo, entonces

---

<sup>81</sup> A lo largo de esta tesis veremos que los datos del español respaldan esta asunción. En particular, los predicados estativos que aceptan la forma progresiva, sin que sea por efecto de ninguna coerción estructural, se comportan también como predicados de intervalo respecto de otras pruebas sensibles a la validez en puntos de tiempo. Es lo que veremos al analizar en detalle los estados causativos (*bloquear*, *preocupar*), en §4.

no se explica por qué es incompatible con estados, ya que los verbos estativos pueden tomar fácilmente formas del paradigma verbal con valor imperfectivo:

(119) *tenía, amaba, odiaba, pesaba, etc.*

Volveremos con más detalles sobre la discusión acerca del carácter estativo de la forma progresiva en §3.3.5.

Otros autores sostienen que el valor básico de la forma progresiva en español ha de relacionarse no tanto con la idea de progresión o dinamicidad como con la de *actualidad*. Así, por ejemplo, Fernández de Castro (1999) sostiene que la forma progresiva en español se emplea para oponer hechos actuales frente a hechos habituales, genéricos o abstractos. Por lo tanto, el contraste entre *Escribo un libro* y *Estoy escribiendo un libro* radica en que, en la segunda secuencia, la acción se considera como una constatación efectiva, donde el evento tiene, de hecho, lugar. Para este autor (Fernández de Castro 1999: 236), los valores de progresión o duratividad se derivan de este valor más básico. Una posición similar defienden Soto y Castro (2010), quienes aplican la diferencia entre *type* y *token* a la caracterización de la perífrasis progresiva. Mientras que el presente ofrecería lecturas de *type* ('tipo'), la forma progresiva se especializaría para lecturas de *token* ('ocurrencia').

Desde la perspectiva asumida por estos autores, aun es posible entender que los estados impongan restricciones a la admisión de la forma progresiva. Para Fernández de Castro (1999: 238), lo central en esta perífrasis es que "impide entender que se esté aludiendo a hechos en abstracto, conceptualmente, y en vez de ello obliga a considerarlos como circunstancias reales y efectivas". Si asumimos la distinción semántica de Maienborn (2005) entre eventualidades como entidades espacio-temporales y estados como entidades abstractas (más cercanas a las proposiciones y los hechos), resulta fácil entender, desde la caracterización de Fernández de Castro, la incompatibilidad de los estados y la forma progresiva. Como objetos abstractos, los estados no se dejarían "actualizar", pues, de hecho, no habría nada "real y efectivo" a lo que hacer referencia. Con todo, esta restricción puede resultar muy fuerte, toda vez que, como ya hemos mencionado, algunos estados sí admiten la forma progresiva.

En síntesis, emplearemos en lo sucesivo la forma progresiva como una herramienta que nos ayuda a discriminar entre estados y eventos y, además, entre subclases de estados. Asumiremos que las restricciones aspectuales que presenta la forma progresiva se siguen de los postulados de Taylor (1977), basados en la lógica de intervalos de Bennett y Partee (1978) y desarrollados con mayores detalles en Dowty (1979). De acuerdo con ellos, solo los predicados válidos en intervalos (esto es, eventos) pueden recibir la forma progresiva, toda vez que solo en estos casos se justifica el establecimiento sintáctico de validez en puntos de tiempo. Por otra parte, aquellos predicados que son ya inherentemente válidos en puntos de tiempo (estados) no podrán tomar, en principio, la forma progresiva.

#### 3.2.2.2.2. Resultados

##### **Poseción**

Los verbos de posesión rechazan, de modo regular, la forma progresiva, según se observa en los siguientes ejemplos:

- (120) a. \*Un endecasílabo está teniendo once sílabas.  
b. \*Juan está teniendo ojos.  
c. \*Juan está teniendo una novela de Bolaño.  
d. \*Juan está teniendo mi libro hace meses.

Todos los tipos de posesión, como se observa en (120), rechazan esta forma aspectual: la posesión inalienable meronímica (120a), la posesión inalienable no meronímica (120b), la posesión alienable permanente (120c) y, por último, la posesión alienable transitoria (120d).

Cabe mencionar que el verbo *tener* puede, en muchos contextos, adoptar la forma progresiva (cf. Bosque y Gutiérrez-Rexach 2009: 302), aunque en casos donde la noción de posesión adquiere un estatus muy abstracto, en los cuales resulta preferible, así, adoptar la idea de que *tener* sirve de verbo de apoyo de un predicado nominal. Así, tenemos casos como los siguientes:

- (121) a. Juan está teniendo una idea.  
b. María está teniendo un hijo.

Tanto en (121a) como en (121b), el predicado compuesto por *tener* más el SD respectivo adquiere un valor de eventivo dinámico. Así, (121a) es parafraseable por ‘A Juan se le está ocurriendo algo’, mientras que (121b), por ‘María está dando a luz’.<sup>82</sup> No analizaremos en detalle la naturaleza del verbo *tener* como verbo de apoyo (cf. Piera y Varela 1999). Sin embargo, conviene tener en cuenta estos ejemplos, ya que, según tendremos ocasión de desarrollar en §3.3.2.3, pueden echar luces sobre las configuraciones sintácticas que lexicaliza el verbo *tener*.

##### **Medida**

Los verbos de medida del español toleran, en ciertos contextos, la forma progresiva sin perder necesariamente su carácter estativo. Como veremos en los ejemplos siguientes, la gramaticalidad de estas secuencias parece seguir un patrón regular. Veamos, por ejemplo, las secuencias de (122):

---

<sup>82</sup> Alternativamente, también se documentan casos del verbo *tener* como verbo de apoyo bajo la forma progresiva con un valor iterativo (Bosque y Gutiérrez-Rexach 2009: 302). Así, tenemos casos como *Estoy teniendo suerte en el juego* o *Estoy teniendo problemas con la administración*, que denotan series de eventos caracterizados por el éxito obtenido o por los obstáculos encontrados, respectivamente. En §3.3.2.3 trataremos los valores eventivos dinámicos que el verbo *tener* adquiere en la forma progresiva, pero no los valores iterativos aquí apuntados, que dejamos, así, para futuras investigaciones.

- (122) a. \*El libro está pesando dos kilos.  
 b. La niña está pesando {70 kilos / mucho para su edad}.

Mientras que (122a) resulta inaceptable, (122b) no presenta problemas, aunque el significado del verbo no ha variado sustancialmente. En ambos casos se predica que, respecto de cierta dimensión (el peso), puede asignarse un cierto valor a un sujeto. La diferencia estribaría en que, mientras que el peso del libro es una cantidad constante, no sucede lo mismo con el peso de una persona. Así, puede atribuirse una cantidad específica de peso a la niña en el momento actual, pero este valor puede variar en el tiempo. Por lo tanto, la perífrasis progresiva será tolerada por los verbos de medida si el estado que designan contiene un valor que puede modificarse. Para que esto suceda, el estado debe asociarse con un proceso implícito, como el de crecimiento, en (122b). Veamos ahora los ejemplos de (123-124):

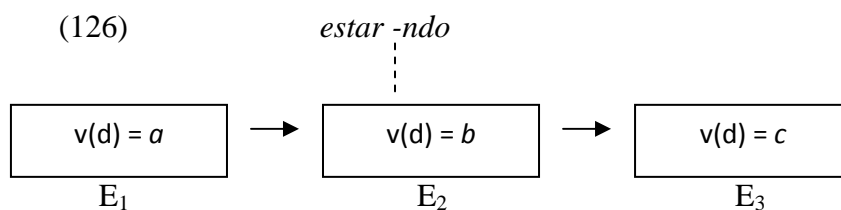
- (123) a. ?El libro está costando 10 euros.  
 b. El libro está costando más esta temporada.  
 (124) a. \*La ventana está midiendo 2 metros.  
 b. Juan está midiendo 1,70.  
 (125) \*El pueblo está distando 2 kilómetros de la ciudad.

Si se interpreta el coste de un objeto como una propiedad transitoria, la aceptabilidad de la perífrasis progresiva es mayor (123b). Lo mismo sucede con *medir* en (124), que, siguiendo el patrón de (122), admite con mayor naturalidad la perífrasis si el sujeto es una entidad cuyas dimensiones pueden variar. Por cierto que las opciones que el verbo ofrece no dependen tanto de que el sujeto esté especificado como entidad animada cuanto de que sea posible idear un contexto en que, respecto de cierta dimensión, los valores atribuibles a esa entidad puedan cambiar. Así, mientras que en el par de (124) la aceptabilidad de la perífrasis conlleva un cambio de rasgos semánticos en el sujeto, en (123) el referente es en ambos casos una entidad inanimada. Por último, no parece que *distar* pueda adoptar la forma progresiva (125). Recuérdese que este verbo designa cuantificación extrínseca, es decir, establece una medida externa a las entidades referidas por sus argumentos. Al medir la extensión que separa dos puntos cuya localización se considera estable, es probable que no tolere la designación de estados transitorios y que, por lo tanto, resulte difícil idear un contexto en que (125) sea gramatical.<sup>83</sup>

El valor que el progresivo tiene cuando es admisible con verbos de medida puede sintetizarse gráficamente mediante el siguiente esquema:

---

<sup>83</sup> Un contexto que podría servir es el de las órbitas que siguen los planetas en torno al Sol. Dado que se trata de órbitas elípticas, la distancia que separa ambos cuerpos varía dependiendo del punto de la elipse en que nos encontremos. Así, podríamos decir *La Tierra está distando más kilómetros del Sol que hace 4 meses*.



En la figura de (126), cada bloque representa un estado distinto ( $E_1$ ,  $E_2$ ,  $E_3$ ). En el interior del bloque, se dice que el valor  $v$  de la dimensión  $d$  es igual a  $a$ ,  $b$  o  $c$ . Es decir, que si  $d$  equivale a “peso”, el primer estado puede significar, por ejemplo, “40 kilos de peso”. La perífrasis progresiva se focaliza sobre uno de los estados, dando pie a presuponer que antes o después el valor de  $d$  puede ser distinto. Ahora bien, ¿significa esto que el verbo de medida deja de ser estativo al ser introducido en la perífrasis progresiva, dado que parece conllevar una fuerte asociación con un *cambio* de estado, o bien significa que, en determinados contextos, la perífrasis progresiva es compatible con predicados estativos? Nos inclinamos por la segunda opción.

Nótese, en primer lugar, que el verbo de medida designa solamente un estado. No posee, por lo tanto, estructura eventiva como para predicar un cambio de estado y, a partir de allí, un cambio en el valor de  $d$  (como sí sucede con *adelgazar*, *agrandar*, *engordar*, etc.). Estas características no se pierden cuando introducimos la perífrasis progresiva: la predicación sigue teniendo validez sobre *un* estado. Necesitamos, sin embargo, que el valor respectivo esté sujeto a la posibilidad de cambio. Según el esquema de (126), si *Juan está midiendo 1,70*, el valor de  $a$  y  $c$ , es decir, los que corresponden a los estados anterior y posterior, respectivamente, bien podrían ser iguales a  $b$ . Solo se requiere que la predicación no establezca una relación *necesaria* con ese valor. La situación es diferente en el caso de un predicado eventivo dinámico, como *adelgazar* o *engordar*. En progresivo, estos verbos conllevan necesariamente, si seguimos empleando el esquema de (126), que los valores de  $d$  son distintos, y distintos en una dirección específica (decreciente, para *adelgazar*, o creciente, para *engordar*). En este último caso, por tanto, el proceso de cambio es parte de la estructura semántica.

En síntesis, vemos que los verbos de medida admiten la forma progresiva si designan estados transitorios, es decir, cuando la cantidad expresada por el complemento de medida no establece una relación necesaria con la dimensión incorporada en el predicado, sino una que posee una vigencia temporalmente acotada. Aunque, en estos casos, puede hablarse de un proceso implícito, la vinculación con ese proceso es inferencial y no se encuentra codificada en la semántica del predicado. Así, los verbos de medida no dejan de expresar estados en este contexto gramatical.

### Existencia

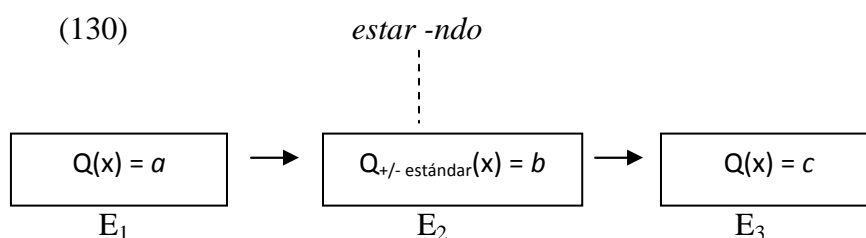
La conducta de los verbos existenciales frente a la forma progresiva es heterogénea. En particular, los verbos existenciales de cantidad pueden admitirla, mientras que ni los de existencia neutra ni los temporales la aceptan. Veamos los siguientes ejemplos:

- (127) a. \*Está habiendo problemas.  
b. \*Están existiendo las brujas.

- (128) a. Está faltando alimento en esa región.  
 b. Está sobrando comida en esa otra región.
- (129) a. \*Los prejuicios están permaneciendo en Europa.  
 b. \*Los prejuicios están siguiendo en Europa.

En (127) tenemos dos verbos de existencia neutra, *haber* y *existir*. Según se aprecia, ninguno admite la forma progresiva. En (128), se observa la conducta de un verbo que expresa una cantidad menor que la estándar (128a) y un verbo que expresa una cantidad mayor que la estándar (128b). En ambos casos, la forma progresiva es admisible. En tanto, (129) nos muestra dos verbos sensibles a la temporalidad, ambos no admisibles bajo la forma progresiva.

La aceptabilidad de la forma progresiva en el caso de los verbos existenciales de cantidad puede relacionarse, hasta cierto punto, con la aceptación que respecto de esta forma muestran los verbos de medida. Ambos grupos de verbos comparten el hecho de realizar una cuantificación asociada a un estado. En el caso de los verbos de medida, se trata de atribuir una dimensión cuantificada a una entidad. En el caso de los verbos existenciales de cantidad, especificamos que la cantidad en que se manifiesta una entidad es mayor o menor de acuerdo con cierto estándar. Es posible, pues, que, así como los verbos de medida, para aceptar la forma progresiva, requieren el establecimiento de una relación no necesaria con una cierta cantidad, los verbos existenciales de cantidad, en este contexto, expresen que la cantidad asociada a la entidad puede variar. Si adaptamos el esquema que, en el subapartado anterior, introdujimos para representar el caso de los verbos de medida, obtenemos lo siguiente:



En la figura de (130), cada bloque representa un estado. En cada uno de ellos, establecemos que una cierta entidad ( $x$ ) se manifiesta en una cierta cantidad ( $Q$ ), cantidad que puede asumir distintos valores ( $a$ ,  $b$  o  $c$ ). Si se trata de un verbo como *faltar*, entonces debemos especificar que el valor de  $Q$  aplicado sobre  $x$  debe ser inferior al de un determinado estándar (- estándar); si, en cambio, se trata de un verbo como *sobrar*, el patrón es el inverso (+ estándar). Esta restricción se aplicaría solo sobre el estado que, efectivamente, se designa mediante el verbo en forma progresiva, no sobre aquellos con los que potencialmente puede relacionarse en un proceso de cambio. Lo importante es, así, que el valor de  $Q$  no sea invariable (que lo que sobra pueda eventualmente dejar de sobrar, que lo que falta pueda eventualmente dejar de faltar). Las condiciones semánticas de buena formación son, pues, similares a las que veíamos en el caso de los verbos de medida. Existe una escala en la que, mediante un estado, establecemos un valor. Si ese valor no es fijo, entonces el predicado puede relacionarse con un proceso implícito y admitir la forma progresiva. En otras palabras, podemos

decir que ese estado se mantiene de forma transitoria, pero que, puesto en relación con los tiempos que lo preceden o anteceden, puede variar.

La inaceptabilidad de (129) merece, igualmente, algún comentario. Allí, vemos dos verbos existenciales sensibles a la temporalidad (*permanecer* y *seguir*) que rechazan la forma progresiva. Si este contexto gramatical es un indicador de mayor o menor eventividad, entonces, a la luz de las consideraciones que hemos hecho sobre estos verbos, los datos de (129) pueden causar extrañeza. En particular, hemos dicho que estos verbos poseen más estructura aspectual que el resto del grupo de los existenciales. Sin embargo, esta misma especificación aspectual puede ser conflictiva con la que intenta ejercer la forma progresiva. La noción de permanencia vinculada a estos verbos implica la continuación de un determinado estado. Para efectuar una predicación de este tipo, es también necesario que dicho estado pueda perder su vigencia. Compárense, por ejemplo, *Juan permanece en el partido republicano* con *El número 2 permanece en el conjunto de los números primos*. Dado que, en la segunda secuencia, no es posible pensar que el número 2 *deje* de formar parte de ese conjunto, la idea de que permanece allí es cuanto menos extraña.

De este modo, las condiciones contextuales en que se aplica un verbo de permanencia son similares a las que requiere la forma progresiva. Sin embargo, difieren en un punto importante. El estado cuya vigencia afirma la forma progresiva abarca un único tiempo, mientras que los verbos de permanencia se aplican necesariamente sobre, al menos, dos momentos en el tiempo. Así, de *Juan está pesando 80 kilos* no se sigue necesariamente que Juan haya pesado 80 kilos en un tiempo anterior a aquel en el que la oración es verdadera. En cambio, de *Juan sigue pesando 80 kilos* se deduce necesariamente que, en un tiempo anterior a aquel en que es verdadera la oración, Juan ha pesado 80 kilos. Por lo tanto, los verbos existenciales sensibles a la temporalidad rechazarán la forma progresiva porque, de algún modo, incluyen su semántica y añaden, además, una complejidad temporal mayor. Al igual que el aspecto progresivo, establecen la vigencia de un estado sujeto a variabilidad, pero, a diferencia de él, presuponen como mínimo dos momentos en el tiempo y no uno.

## Psicológicos

Aunque los verbos psicológicos de sujeto experimentante rechazan, en general, la forma progresiva —ya sean de experimentante emocional, ya sean de experimentante cognitivo—, en ciertos contextos el resultado es gramatical. Consideremos los siguientes ejemplos:

- (131) a. ??Juan está amando a sus hijos.  
b. ??Juan está odiando a Pedro.  
c. Realmente estoy odiando a mi jefe.  
d. Estoy temiendo lo peor.
- (132) a. \*Juan está sabiendo inglés.  
b. ??Juan está conociendo las tablas de multiplicar.  
c. Juan está sabiendo la verdad en estos momentos.

d. Juan está conociendo a su padre.

En los ejemplos de (131), encontramos casos de verbos de experimentante sujeto de tipo emocional. Mientras que las oraciones de (131a) y (131b) resultan bastante inaceptables, las de (131c) y (131d) no lo son. La interpretación que en estos casos obtenemos es similar a la que comentamos en el caso de los verbos de medida y los verbos existenciales de cantidad en el mismo contexto. Así, (131c) se interpreta como una situación en que alguien siente momentáneamente odio, aunque esa situación podría cambiar. Otro tanto puede decirse de (131d), que afirma que el sujeto siente temor a resultados de una contingencia cuya continuidad no está garantizada. En ambos casos, sin embargo, no nos encontramos con lecturas eventivas dinámicas; es decir, no necesitamos interpretar que los sujetos de (131c-d) se encuentran en proceso de adquirir un sentimiento. Por el contrario, de ambas oraciones puede inferirse que alguien odia o que alguien teme, de forma similar a lo que Marín y McNally (2011) comentaban a propósito de la aceptación de la forma progresiva con verbos psicológicos reflexivos del tipo *aburrirse*. Así, de una oración como *Juan se está aburriendo* puede inferirse que Juan ya está aburrido, a diferencia de *Juan se está cabreando*, predicado puntual que, en la forma progresiva, solo puede denotar el estado preparatorio y del que, en la forma progresiva, no puede inferirse que Juan ya esté cabreado.

Por otra parte, en (132) encontramos verbos psicológicos de sujeto experimentante cognitivo. Mientras que las secuencias de (132a) y (132b) son inaceptables, las oraciones de (132c) y (132d) son plenamente gramaticales. Sin embargo, la lectura bajo la cual se interpretan se diferencia de la que encontrábamos en el caso de (131). En los ejemplos gramaticales de (132), tenemos necesariamente una lectura eventiva dinámica (cf. de Miguel 1999: 3014, véase *supra*) y no, como en (131), de mantenimiento de un estado sujeto a un cambio potencial. De este modo, (132c) puede ser dicha si Juan está siendo informado de algo, aunque todavía no pueda decirse que ha adquirido un conocimiento completo de ello; por lo tanto, su adquisición de la verdad todavía no se ha cumplido. Por su parte, (132d) es adecuada en un contexto donde, por ejemplo, Juan ha tenido reciente noticia de la identidad verdadera de su padre, y se ha propuesto reunirse con él todas las semanas. Todavía no tiene una idea acabada de quién es, sino que está en proceso de formarse esa imagen.

De este modo, la forma progresiva muestra un claro contraste empírico entre los verbos de sujeto experimentante de una y otra clase. Los de sujeto emocional, cuando aceptan la forma progresiva, reciben una interpretación próxima a la original, que podemos denominar de mantenimiento de un estado sujeto a cambio potencial; los de sujeto experimentante cognitivo, en cambio, solo son gramaticales en este contexto si sufren una coerción aspectual más severa, que introduce un valor incoativo alejado del valor estativo inicial. Este fenómeno es paralelo al que hemos observado a propósito del indefinido: los verbos psicológicos de experimentante emocional preservan su valor estativo (*Juan temió por su vida*) mientras que los verbos de experimentante cognitivo pueden adoptar un valor eventivo dinámico (*Juan conoció a su padre*). Sacaremos ventaja de esta diferencia empírica en el análisis estructural que propondremos en §3.3.



### 3.2.3. Pruebas basadas en la modalidad epistémica

Veremos a continuación un conjunto de pruebas basadas en las restricciones que la modalidad epistémica impone sobre el aspecto del predicado (cf. Condoravdi 2002, Gennari 2002, Katz 2003, Werner 2006, Soto 2008, Hallman 2010, Lundquist 2012, Ramchand 2012, Gómez Vázquez y García Fernández 2013). Aunque estudiaremos cuatro contextos que comparten propiedades similares (futuro sintético, perífrasis deónticas/epistémicas, prótasis condicionales y subjuntivo), aplicaremos solo dos de ellas, una vez que consideremos probado que, a efectos de la caracterización aspectual de los predicados, estos cuatro contextos arrojan resultados equivalentes. Estos dos contextos son el futuro sintético y la perífrasis deóntica/epistémica *deber* + infinitivo. Una vez que hayamos ofrecido una descripción de cada uno de los contextos basados en la modalidad epistémica, presentaremos algunos análisis que permiten explicar las propiedades que estos contextos tienen en común. Luego, presentaremos algunas restricciones importantes en la aplicación de estas pruebas en la detección del aspecto estativo. Finalmente, expondremos los resultados que esta herramienta analítica arroja una vez que la aplicamos sobre el conjunto de predicados seleccionados.

De modo general, los contextos que ofrecen una lectura epistémica se restringen, si se emplean dirigidos al presente, a predicados estativos y rechazan predicados eventivos. Así, *Juan debe estar en su casa* puede tomar una lectura epistémica o una deóntica, mientras que *Juan debe escribir una carta* ofrece la lectura deóntica de modo excluyente. Como tendremos ocasión de comentar de forma más extensa en los subapartados siguientes, este fenómeno se relaciona con las posibilidades de evaluación que poseen las distintas clases de predicados. Mientras que los estados puros pueden ser evaluados en puntos de tiempo, los eventos necesitan para ello un intervalo; consiguientemente, solo los primeros pueden establecer una relación de correspondencia con el presente de habla, que, según asumen diversos autores, es siempre puntual (Taylor 1977, Benett y Partee 1978, Dowty 1979, entre otros). Como puede advertirse, este fenómeno se relaciona con otro hecho relativo a la oposición estado/evento, esto es, la posibilidad de tener una lectura “actual” en el tiempo presente (cf. Dowty 1979, Lundquist 2012, Marín 2013, entre otros). Así, solo los estados pueden emplearse en presente, *con interpretación de presente*, sin acudir a otros mecanismos como la forma progresiva; en cambio, los predicados eventivos, al margen de la oposición télico/atélico, ofrecen siempre una lectura alternativa no episódica (habitual, prospectiva, etc.).<sup>84</sup>

---

<sup>84</sup> Cinque (1999) refiere, citando el trabajo de Bickerton (1974) y Seuren (1983), ejemplos de criollos en los que el tiempo presente se utiliza, si se aplica sobre un predicado de evento, para denotar situaciones pasadas, desplazamiento que no se produce si el predicado es estativo. Así sucede, por ejemplo, con el criollo Sranan (Seuren 1983), del que ofrecemos un ejemplo a continuación:

- i. Mi nyan  
Literal: ‘yo como’  
Traducción: ‘yo he comido’

De este modo, vemos que las restricciones que rigen para los predicados válidos en intervalos (eventos) frente a los predicados que pueden ser evaluados en puntos de tiempo (estados) poseen una regularidad

- |   |                                       |
|---|---------------------------------------|
| (133) a. Juan tiene un vaso en la mano. | (estado, lectura actual)              |
| b. Juan corre.                          | (evento atético, lectura habitual)    |
| c. Juan corre mañana la maratón.        | (evento atético, lectura prospectiva) |
| d. Juan escribe una carta.              | (evento télico, lectura habitual)     |
| e. Juan duerme.                         | (estado-D, lectura habitual)          |

Como se observa en los ejemplos de (133), un estado puro como *tener (un vaso)* recibe una lectura actual en tiempo gramatical de presente, mientras que un evento atético (133b), en ausencia de modificación adverbial que especifique algo distinto, se interpreta preferentemente como un enunciado habitual ('Juan corre habitualmente, aunque no esté corriendo necesariamente en este momento'). Si añadimos un adverbio como *mañana*, obtenemos, en cambio, una lectura prospectiva (133c). Un resultado análogo se obtiene con un predicado eventivo télico (133d) y con un estado davidsoniano (133e). Parece, por lo tanto, que los predicados eventivos "eluden" el presente de habla. Si asumimos, no obstante, que los eventos abarcan intervalos, este hecho se vuelve natural, toda vez que un intervalo no puede coordinarse con un instante. En cambio, los predicados no estativos de (133) pueden coordinarse con el presente si empleamos, antes de integrar el tiempo, la forma progresiva, que, de acuerdo con Taylor (1977), selecciona un subintervalo puntual del intervalo en que el evento es válido. Naturalmente, este "subintervalo" (o punto de tiempo) puede coincidir con el presente de habla:

- |                                     |                             |
|-------------------------------------|-----------------------------|
| (134) a. Juan está corriendo.       | (lectura episódica, actual) |
| b. Juan está escribiendo una carta. | (lectura episódica, actual) |
| c. Juan está durmiendo.             | (lectura episódica, actual) |

Aunque los hechos ejemplificados en (133) y (134) parecen claros, hemos preferido escoger como herramienta analítica el conjunto de pruebas basadas en la modalidad epistémica, por dos razones. La primera es que el presente pierde esta capacidad de discriminación en ciertos contextos, los así llamados "usos de reportaje" (cf. Dowty 1979). Consideremos los ejemplos siguientes:

- |  |                                  |
|--|----------------------------------|
| (135) a. ¡Messi corre al arco y dispara!                                 | (dicho por un locutor deportivo) |
| b. Como podemos apreciar, en estos momentos el león duerme plácidamente. |                                  |

---

interlingüística. La forma particular en que el evento se ve "desplazado del presente" varía, no obstante, de una lengua a otra. En algunas, un evento en presente recibe una interpretación habitual o prospectiva (lenguas romances y germánicas, por ejemplo), mientras en otras, como vemos en Sranan, un valor perfectivo o pasado. Sin embargo, es aventurado afirmar que la distinción estado/evento, al menos formulada como una oposición entre validez en intervalos o en puntos de tiempo, conforma un universal. Así, como comentaremos más abajo, Lundquist (2012) plantea que existe cierta variación interlingüística al respecto, y que lenguas como el sueco tratan los predicados eventivos atéticos como otras lenguas tratan a los estados, de forma tal que la oposición se desplaza, más bien, a una distinción entre predicados télicos frente a predicados atéticos.

En los ejemplos de (135), vemos que, a pesar de que empleamos predicados eventivos (atético, en *correr*; télico, en *disparar* y estado davidsoniano en *dormir*), la lectura actual o episódica es perfectamente compatible con el tiempo presente. Basta únicamente que imaginemos que el hablante es un espectador directo de los hechos. Sin embargo, en el caso de las formas gramaticales que poseen una lectura modal epistémica, la restricción es más fuerte y, aun en contextos como los que vuelven aceptable los ejemplos de (135), debemos emplear predicados estativos:

- (136) a. ¡Messi debe correr al arco! (lectura deóntica, no epistémica)  
           cf. ¡Messi debe estar muy enojado!  
       b. El oso debe dormir. (lectura deóntica, no epistémica)  
           cf. El oso debe tener mucho sueño.

La segunda razón para preferir las pruebas basadas en la modalidad epistémica frente al presente simple radica en que aquella es jerárquicamente superior al Tiempo. Así, la modalidad epistémica, puesto que se ensambla en una posición funcional alta, es sensible a todos los tipos de estatividad (esto es, a todos los predicados que puedan evaluarse en puntos de tiempo y no en intervalos); en cambio, el tiempo presente será sensible solo a aquellas formas estativas que se encuentran bajo el nodo Tiempo. Esto es particularmente evidente respecto de los enunciados habituales. En español, según hemos comentado más arriba, los predicados eventivos asumen, en presente simple, y si no introducimos modificación adverbial orientada al futuro, una lectura habitual (v.g. *Juan corre*). Por otra parte, diversos autores arguyen que el aspecto habitual es de tipo estativo, puesto que, en lugar de asociar una entidad con un evento que ocurre en un determinado espacio de tiempo, atribuyen a esa entidad una cierta propiedad: el “hábito” de participar con cierta frecuencia en dicho evento (cf. Krifka et al. 1995, Scheiner 2002, Carlson 2012, entre otros).<sup>85</sup> Sin embargo, ¿cómo podemos evaluar este tipo de estatividad empleando el tiempo presente, si el propio Aspecto Habitual emplea el presente para expresarse? Así, para los estados formados en el aspecto externo, necesitamos un contexto jerárquicamente más alto que sea sensible, así, a lo que sucede en nodos aspectuales más bajos. Empleando la modalidad epistémica, podemos verificar que los enunciados habituales se comportan, efectivamente, como estados y no como eventos:

- (137) a. Juan debe escribir cartas románticas. (lectura epistémica posible)  
           b. Juan debe correr cada mañana. (lectura epistémica posible)  
           c. Juan debe tener mucho dinero. (lectura epistémica posible)  
           d. Juan debe escribir una carta. (lectura deóntica excluyente)

<sup>85</sup> Discutiremos con mayor detalle la polémica sobre el carácter estativo o no del Aspecto Habitual en §3.3.6.

Como muestran los ejemplos de (137), los enunciados habituales (137a-b) pueden tener una lectura epistémica, al igual que un estado puro (137c), y a diferencia de los predicados de evento (137d).

A continuación, pasaremos a presentar en detalle los cuatro contextos epistémicos que discriminan entre estados y eventos: el futuro sintético en *-ré* (§3.2.3.1), las perífrasis con ambigüedad entre lecturas deóntica y epistémica (§3.2.3.2), las prótasis condicionales (§3.2.3.3) y, finalmente, los valores del subjuntivo en la construcción *esperar que* (§3.2.3.4).

### 3.2.3.1. Ambigüedad del futuro sintético: *-ré*

Como se ha señalado al menos desde Bello (1847), el futuro español puede emplearse en ocasiones para expresar incertidumbre sobre una situación presente, lo que, a partir de Gili Gaya (1961), ha pasado a denominarse “futuro de probabilidad”. Según han indicado recientemente algunos autores (Gennari 2002, Soto 2008, Jaque 2010a, Gómez Vázquez y García Fernández 2013), la lectura modal epistémica del futuro solo está habilitada para aquellos predicados cuyo aspecto sea estativo. De este modo, solo serán ambiguas entre una lectura temporal y otra epistémica las oraciones de (138), no así las de (139):

- (138) a. Juan tendrá veinte años.  
b. El cura sabrá mucho de teología. [Gennari, 2002: (7)]  
c. La bolsa de fruta pesará dos kilos.  
d. Juan se parecerá a su padre.  
e. Habrá pan de sobra.
- (139) a. El cura escribirá un libro de teología.  
b. Juan conducirá un coche nuevo.  
c. María alcanzará la meta.

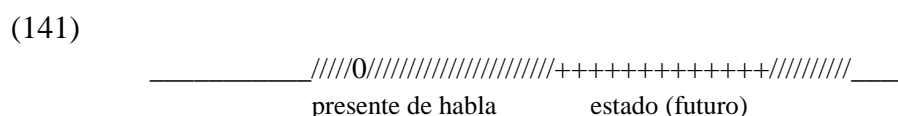
Para todas las oraciones de (138) podemos idear un contexto en que lo que se afirme sea un estado de cosas que tendrá lugar en el futuro (Juan tendrá veinte años en agosto próximo, el cura sabrá mucho de teología cuando termine de estudiar en el seminario, etc.), o bien uno en que se haga referencia a un estado de cosas presente respecto del cual el hablante adopta un bajo compromiso epistémico: (138a) puede ser una respuesta poco fiable a la pregunta de qué edad tiene Juan, (138b) puede ser un comentario que explique por qué el cura predica sobre la voluntad de Dios, etc. En cambio, para las oraciones de (139) solo tenemos una lectura temporal, es decir, una predicación sobre un evento futuro, pues se trata de eventos y no de estados. Cabe mencionar que, desde luego, es posible referir un evento futuro con incertidumbre (v.g. *No sé si Juan vendrá mañana*), pero eso no ha de confundirse con la lectura epistémica señalada aquí, en la que perdemos toda referencia al futuro y solo se conserva una referencia modalizada al presente.

Es importante destacar que, además de los verbos de estado, aquellas formas gramaticales que poseen un valor estativo son igualmente compatibles con la lectura modal del futuro. Como se observa en (140), las formas gramaticales a las que Parsons (1990) atribuía un carácter estativo –el progresivo y el perfecto– soportan lecturas modales epistémicas, aún cuando los predicados sobre los que se aplican sean ellos mismos eventivos:

- (140) a. Juan estará escribiendo una novela.  
b. Juan habrá escrito una novela.

En (140a), tenemos bien una predicación modalizada sobre el estado en curso de escribir una novela, bien una predicación sobre ese estado en curso situado en un momento posterior al presente de habla. En tanto, (140b) es ambigua entre una lectura de futuro perfecto según la cual, para algún momento posterior, la novela de Juan ya estará escrita, y otra en que una predicación de perfecto (*ha escrito la novela*) se modaliza, con lo cual leemos la oración como una afirmación incierta sobre el estado resultante de un evento anterior (*escribir la novela*). Nótese que el hecho de que un predicado eventivo pueda asumir una lectura modal epistémico, una vez que sobre él se ha aplicado el progresivo, constituye una prueba indirecta a favor de la tesis de que el progresivo es un estativizador, discusión que referimos más arriba (§3.2.2.2.1) y sobre la que volveremos en §3.3.5.

Mientras que la relación entre estatividad y lectura modal de futuro parece una regularidad empírica clara, el motivo de por qué esto es así no resulta obvio. Gennari (2002) explica este fenómeno a partir de lo que ella denomina *implicación del superintervalo*, una propiedad discursiva de los estados. Según la autora, si un estado se da en un intervalo *i*, una implicación normal es que dicho estado tenga vigencia en un superintervalo mayor *i'*. En otras palabras, si Juan pesa 70 kilos de martes a viernes, lo normal es suponer que pesa 70 kilos también el lunes y el sábado. Nótese que la propiedad del superintervalo, tal como la formula Gennari, no constituye una propiedad semántica intrínseca de los estados (como sí lo es, por ejemplo, la propiedad del subintervalo), pues se trata de una inferencia y puede, por lo tanto, ser cancelada en el contexto. Los predicados eventivos, en cambio, bloquean esta inferencia: si Juan construyó una casa en el intervalo *i*, no hay modo de suponer que siguió construyéndola en un tiempo posterior a *i*. La propuesta de Gennari consiste, pues, en que un predicado en futuro que comporte la implicación del superintervalo puede incluir el momento de habla, según se observa en la siguiente figura (Gennari 2002: 9; aquí, 0 corresponde al presente de habla, “/” al superintervalo y “+” al intervalo):



La ventaja de este análisis, según la misma autora indica (Gennari 2002: 10), radica en que la especificación semántica del futuro sigue siendo, simplemente, la de

tiempo futuro. La lectura modal epistémica surgiría en combinación con el aspecto léxico del predicado y ciertos factores pragmáticos que permitan desencadenar la implicación<sup>86</sup>. No obstante, según vemos en las oraciones de (138) y (140), el empleo del futuro es *ambiguo* entre la lectura epistémica y la temporal. No se trata, por tanto, de que las oraciones tengan una semántica única de la que el hablante extraiga, a partir de factores pragmáticos, una interpretación más o menos relevante (quedando la otra, por tanto, presupuesta), según se seguiría del modelo de (141). Así, si digo *Juan tendrá 20 años (ahora)*, no me refiero a un estado de cosas presente porque exista un superintervalo en torno al estado futuro en que Juan tendrá 20 años, estado que puede, así, mantenerse en segundo plano. Antes bien, la lectura modal de presente es excluyente con la lectura de futuro (o bien Juan tiene, ahora, 20 años, y no estoy seguro de ello, o bien los tendrá en un momento posterior)<sup>87</sup>. En §3.2.3.5 discutiremos algunas propuestas que relacionan la emergencia de la lectura epistémica con la posibilidad de evaluar el predicado en un punto de tiempo.

Pasaremos ahora a ofrecer una descripción de los contextos restantes (perífrasis deónticas/epistémicas, prótasis condicionales y subjuntivo), para pasar luego a proporcionar un análisis unificado que permita explicar cuál es la relación entre la modalidad epistémica orientada al presente y el carácter estativo del predicado. Para ello, nos basaremos en los trabajos de Condoravdi (2002), Hallman (2010), Lundquist (2012) y Ramchand (2012).

### 3.2.3.2. *Perífrasis con modalidad deóntica y epistémica: tener que + infinitivo y deber + infinitivo.*

En español existen, al menos, dos perífrasis ambiguas entre un valor modal epistémico y uno deóntico: *deber (de) + inf.* y *tener que + inf* (cf. Fernández de Castro 1999, Arche 2006, Bybee et al. 1994). Mientras que el valor deóntico se encuentra accesible tanto con predicados eventivos como con estativos, el valor epistémico solo aparece con predicados de esta última clase<sup>88</sup>. Efectos similares se han observado para el inglés

<sup>86</sup> El fenómeno, según explica Gennari (2002), sería paralelo al que ofrecen las posibles lecturas del indefinido, que normalmente se asocia con la completitud del evento pasado: *María corrió esta mañana* (¿?y sigue corriendo). El carácter estativo del predicado permite una lectura no completiva: *María estuvo enferma ayer, y todavía lo está*. La autora, así, defiende un análisis simplificado de la semántica de ambos tiempos, indefinido y futuro, explicando sus distintas lecturas por su interacción con diversos factores (aspecto léxico y pragmática). Sin embargo, en nuestra opinión, la elección del indefinido o del imperfecto “fuerzan” una lectura perfecta o imperfectiva con independencia de la distinción estado/evento. Volveremos sobre esto en §4.1.4.4.

<sup>87</sup> No sugerimos con esto que la implicación del superintervalo sea falsa, sino solo que podría no ser la explicación de la lectura epistémica del futuro.

<sup>88</sup> Para algunos autores (cf. Fernández de Castro 1999) los valores deóntico y epistémico se distribuyen según la perífrasis rija o no la proposición *de*. Así, diríamos *debe de haber pan* pero no *\*debe de aprender inglés*. Aunque la norma (DPD) recomienda que la distinción en tipos de modalidad se apoye en el cambio de régimen, observa que, con el valor de “probabilidad o suposición”, “la lengua culta admite también el uso sin preposición”. No atenderemos aquí al empleo de la preposición, puesto que, además de que su omisión se encuentra ampliamente expandida, se trata de un aspecto transversal a la argumentación siguiente.

(Giorgi y Pianesi 1998, Katz 2003<sup>89</sup>). Consideremos los siguientes ejemplos del español:

- (142) a. Juan {debe / tiene que} estar triste.  
b. Juan {debe / tiene que} saber inglés.  
c. Juan {debe / tiene que} estar escribiendo un libro.  
d. Juan {debe / tiene que} comer verduras.
- (143) a. Juan {debe / tiene que} aprender inglés.  
b. Juan {debe / tiene que} escribir un libro.  
c. Juan {debe / tiene que} comerse una col.

Aunque en los ejemplos de (142) la accesibilidad del valor deóntico o epistémico varía de un caso a otro, en principio es posible dar a cada oración una u otra interpretación, pues se trata de predicados estativos, léxicos en los ejemplos (142a-b) y derivados en los de (142c-d)). Así, en (142a) no parece que podamos tener una lectura deóntica, toda vez que *estar triste* no es una situación que pueda ser controlada por un sujeto ni, por lo tanto, ser ordenada por alguien. Sin embargo, es posible entender (142a) con un valor deóntico según el cual, para todos los efectos sociales, es conveniente que Juan esté triste: si Juan es un niño que quiere que le compren cierto juguete, posiblemente le convenga manifestar tristeza. En este caso, no decimos que es probable que, en la actualidad, Juan esté triste (lectura epistémica), sino que es su “obligación” (lectura deóntica). Por otra parte, en (142d), la lectura más accesible parece ser, justamente, la deóntica y no la epistémica. Si Juan ha ido al médico y le han comunicado que su colesterol es muy alto, su deber es, de aquí en adelante, comer verduras. No obstante, frente a esta lectura, más natural, también es posible idear un contexto que favorezca una interpretación epistémica. Si dos personas discuten sobre qué plato ofrecerán a su invitado, Juan, uno puede discrepar de que se le sirva carne, arguyendo que Juan debe o tiene que comer verduras, queriendo decir que ‘lo más probable es que Juan sea vegetariano’.

Por otra parte, ninguna de las oraciones de (143) admite la lectura epistémica. Vale decir, no podemos entender ni que probablemente Juan aprenda inglés (143a), ni que es posible que Juan escriba un libro (143b), ni que, por último, es probable que Juan se coma una col (143c). En todos estos casos, la lectura relevante es aquella donde aprender, escribir y comer son cometidos obligados del sujeto.

---

<sup>89</sup> De acuerdo con Katz (2003), la interpretación epistémica que *must* toma con predicados estativos se sigue de la tendencia inherente de los estados a orientarse al presente. Nuestro análisis, como se verá más adelante, en §3.2.3.5, es algo distinto. No es que los estados necesiten orientarse al presente, sino que *pueden* hacerlo. Bajo el supuesto de que el presente de habla es puntual, solo los estados, verificables en puntos de tiempo, pueden evaluarse con respecto al presente, no así los eventos, que demandan validez en intervalos. Así, como el mismo Katz observa, al introducir un adverbio orientado al futuro, la lectura deóntica se vuelve accesible para estados: *You must be at home tomorrow morning!* (Katz 2003: (19a)). Esto muestra que existe una correlación entre la lectura epistémica y el presente, pero no que haya una relación necesaria entre aquella y la estatividad. La lectura epistémica es posible únicamente con estados porque el presente demanda validez en puntos de tiempo, según examinaremos con mayores detalles en el párrafo mencionado.

Es interesante notar que, en algunos casos, la lectura deóntica parece estar genuinamente bloqueada. Ya hemos visto que, en (142a), existían algunos impedimentos pragmáticos para dar a la oración un valor de obligación. No obstante, si tenemos oraciones impersonales, es decir, donde no hay sujeto (en términos semánticos, al menos), la única opción que tenemos es acudir a la lectura epistémica (144a), opción viable si el predicado, siguiendo la restricción expuesta, es estativo. Una consecuencia de ello es que, si tenemos predicados eventivos impersonales, como es el caso de los verbos meteorológicos, la única opción de preservar la aceptabilidad de la secuencia es dotar al predicado de una forma estativizadora (144b-c):

- (144) a. Debe haber pan.  
 b. ??Debe llover.  
 c. Debe {estar lloviendo / haber llovido}.

En (144b), dado que el predicado es impersonal y a la vez eventivo, la oración resultante pierde interpretabilidad: no podemos darle un valor deóntico (por ser impersonal), ni darle, directamente, un valor epistémico (por ser eventivo). Por lo tanto, debemos proporcionar a ese predicado, antes de introducirlo en la perífrasis, un contexto estativo, como la forma progresiva o el perfecto (144c)<sup>90</sup>.

Finalmente, cabe agregar que las pruebas que emplean perífrasis deónticas/modales han de restringirse al presente de indicativo. No es nuestro objetivo indagar aquí en las opciones semánticas que ofrecen estas perífrasis bajo otras formas de la flexión verbal. Nos limitamos a indicar que la especialización del valor epistémico para predicados estativos no parece regir una vez que adoptamos otros tiempos verbales, como el indefinido:

- (145) Juan debió escribir un libro.  
 i. ‘Es probable que Juan haya escrito un libro’  
 ii. ‘Fue una obligación de Juan escribir un libro’

Como se observa en las glosas de (145), aunque el predicado es eventivo, se puede extraer tanto una lectura epistémica (i) como una deóntica (ii)<sup>91</sup>. Con todo, esta es una restricción que, *mutatis mutandi*, se aplica también a otras pruebas que pertenecen al conjunto de los contextos basados en la modalidad epistémica. Así, el valor modal

<sup>90</sup> No incluimos en este contraste el empleo de *tener que*, puesto que esta perífrasis ofrece también un valor de ‘deseo’ o ‘expectación’, compatible con el uso de un predicado impersonal eventivo no estativizado: *Tiene que llover* = ‘ojalá que llueva’. Este hecho se deriva, en última instancia, del mayor grado de gramaticalización de *tener que* frente a *deber* (cf. Bybee et al. 1994), en la medida en que la primera de estas formas impone menos restricciones seleccionales sobre el sujeto.

<sup>91</sup> En rigor, es posible defender que la restricción sobre estados sigue operando, en la medida en que (145) no puede significar ‘es probable que haya estado escribiendo un libro’, significado que requeriría, justamente, que el infinitivo adoptase la forma progresiva (*Debió estar escribiendo un libro*). Con todo, es difícil establecer aquí una distinción clara, por lo que nos limitaremos a emplear la forma presente de indicativo.



epistémico del futuro sintético no se puede generalizar a los tiempos del español que ofrecen ‘posterioridad’. De modo similar, pues, a como sucede cuando pasamos *deber* al indefinido, si empleamos el “pospretérito” o condicional, la restricción aspectual sobre estativos que ofrecía el futuro se pierde:

- (146) Juan escribiría un libro.
- i. ‘Después de un punto pasado, pasó a la tarea de escribir un libro’
  - ii. ‘Es probable que haya escrito un libro’

Como se observa en (146), un predicado eventivo en pospretérito puede tener una lectura temporal (i) o una modal epistémica (ii)<sup>92</sup>.

### 3.2.3.3. *Valor prospectivo/presente de la prótasis de las oraciones condicionales*

La prótasis de una oración condicional puede tener, en determinados contextos, bien un valor de presente bien un valor prospectivo. La idea central de esta prueba es que dicha ambigüedad solo se manifiesta en casos donde el predicado es estativo, mientras que los predicados eventivos reciben necesariamente una lectura prospectiva (Gómez Vázquez y García Fernández 2013: 341). Emplearemos, para simplificar la exposición, solo oraciones en que la prótasis se encuentra en presente de indicativo y la apódosis en futuro de indicativo, y no discutiremos aquí si los contrastes revisados se extienden a las oraciones condicionales en general<sup>93</sup>. Veamos los siguientes ejemplos:

- (147) a. Si Juan sabe la respuesta, ganará el concurso.  
 b. Si Juan está triste, sus amigos lo consolarán.  
 c. Si Juan está escribiendo un libro, le pagarán un bono.  
 d. Si Juan no come carne, le servirán una ensalada.
- (148) a. Si Juan contesta a la pregunta, ganará el concurso.  
 b. Si Juan se entristece, sus amigos lo consolarán.  
 c. Si Juan escribe un libro, le pagarán un bono.  
 d. Si Juan se come un filete, asustará a los vegetarianos presentes.

En los ejemplos de (147), la prótasis puede expresar un estado de cosas que, con cierta probabilidad, puede darse en el presente, o bien un estado de cosas que puede tener lugar en algún momento posterior al momento de habla. Así, en (147a), la condición de que Juan sepa la respuesta podría cumplirse en la actualidad o en el futuro. Imaginemos

<sup>92</sup> Además, por supuesto, de la lectura potencial.

<sup>93</sup> En particular, dejaremos a un lado los casos en que la apódosis aparece en presente de indicativo, pues, en dicho caso, la prótasis, aun cuando contenga un predicado eventivo, puede leerse como proposición genérica y, por tanto, estativa (v.g., *Si Juan se entristece, sus amigos lo consuelan* = ‘Para toda ocasión en que Juan esté triste, se da el caso que sus amigos lo consuelan’). En estos casos, por tanto, la diferencia que se capta cuando la apódosis toma el futuro de indicativo tiende a oscurecerse.

que estamos viendo por la televisión un programa de preguntas y respuestas en el que Juan participa. (147a) es válida en dos escenarios posibles. En el primero, la pregunta ya ha sido hecha. Está claro que Juan, en ese momento, sabe o no sabe la respuesta. Si decimos, en ese contexto, (147a), queremos decir que puede ser el caso que *ahora* Juan sabe la respuesta y, por consiguiente, conteste acertadamente. En el segundo, la pregunta todavía no ha sido hecha. Al decir, en ese caso, (147a), la prótasis adquiere un valor prospectivo, pues el que Juan sepa o no la respuesta será relevante solo una vez que la pregunta le sea dirigida.

Al igual que sucedía con el futuro sintético, en este caso la ambigüedad se manifiesta tanto con estados léxicos como con estados derivados. Así puede apreciarse en (147c) y (147d). En (147c), donde el predicado adopta la forma progresiva, podemos agregar en la prótasis un modificador que fuerce una lectura prospectiva (v.g. *Si el próximo año Juan está escribiendo un libro, le pagarán un bono*) o bien entender que es en el momento actual que Juan puede o no estar inmerso en esa actividad (v.g., podríamos estar a punto de telefonarlo para enterarnos). En (147d), el predicado, en principio eventivo, puede leerse como una propiedad del sujeto.

En contraste, las prótasis de los ejemplos de (148) ofrecen siempre un valor prospectivo y rechazan una lectura orientada al presente. Así, es un escenario probable el que Juan, en (148a), conteste o no la pregunta en un momento posterior al presente de habla, pero no puede ser el caso que se encuentre ya pronunciando la respuesta. Un patrón análogo es el que encontramos en los ejemplos (148b-d). Vemos, así, que esta prueba ofrece resultados análogos al del futuro sintético en *-ré* y las perífrasis con ambigüedad epistémica/deóntica.

#### 3.2.3.4. Valor prospectivo/presente del presente de subjuntivo: Espero que + subj.

Dado que en español actual la forma de futuro de subjuntivo se ha perdido, el presente de subjuntivo asume en diversas ocasiones un valor prospectivo. Por lo tanto, en diversos contextos el presente de subjuntivo será ambiguo entre una lectura de presente y otra prospectiva. Esta prueba, siguiendo el patrón de las anteriores, se basa en que esta ambigüedad solo se encuentra disponible cuando el predicado es estativo. En contraste, un predicado eventivo solo dará lugar a una lectura prospectiva. El contexto que emplearemos es el de la forma *espero que* + [presente de subjuntivo]. Nuevamente, no discutiremos cuál es el alcance que este fenómeno tiene en el uso del subjuntivo en general. Veamos los siguientes ejemplos:

- (149) a. Espero que estés bien.  
           b. Espero que sepas inglés.  
           c. Espero que estés escribiendo un libro.  
           d. Espero que comas vegetales.
- (150) a. Espero que contestes bien a la pregunta.

- b. Espero que escribas un libro.
- c. Espero que te comas tus vegetales.

En los ejemplos de (149), la cláusula subordinada en subjuntivo puede expresar un estado de cosas que se desea que tenga lugar en el presente, o bien en un momento posterior. Así, en (149a) no es posible determinar, sin un contexto adicional, si el deseo de que alguien esté bien corresponde al momento actual o bien al futuro. En los ejemplos de (149c) y (149d), tal como hemos visto en las pruebas anteriores, vemos que la ambigüedad se mantiene con estados derivados. Podemos anteponer a (149c) *Mañana cuando llegue a casa...*, con lo cual forzamos una lectura prospectiva. Si, en cambio, (149c) es dicha por un editor que llama por teléfono a su escritor, se entenderá que la acción de escribir un libro es un escenario cuyo desarrollo se atribuye al presente. Por otra parte, en los ejemplos de (150) solo contamos con una lectura prospectiva, vale decir, los estados de cosas que se desean solo pueden tener lugar en el futuro.

Este fenómeno puede documentarse en otras lenguas, con independencia del modo en que se flexiona el verbo subordinado. Por ejemplo, Hallman (2010) observa que la forma *hope that* proporciona una lectura de “simultaneidad” solo cuando el predicado seleccionado es estativo, mientras que, si el predicado es eventivo, da lugar a una lectura de “desplazada hacia el futuro” (‘future shifted’). Así se aprecia en los ejemplos siguientes (Hallman 2010: 10):

- |  |                         |
|--|-------------------------|
| (151) a. Max hopes that Moritz is sick.    | (lectura simultánea)    |
| ‘Max espera que Moritz esté enfermo’       |                         |
| b. Max hopes that Moritz is getting sick.  | (lectura simultánea)    |
| ‘Max espera que Moritz se esté enfermando’ |                         |
| c. Max hopes that Moritz gets sick.        | (lectura no simultánea) |
| ‘Max espera que Moritz se enferme’         |                         |

De acuerdo con el autor citado, tanto el ejemplo de (151a), donde tenemos un predicado estativo léxico, como el de (151b), en el que un predicado eventivo aparece bajo la forma progresiva, admiten una lectura en la que el tiempo de la subordinada es simultáneo con el tiempo de la oración principal. Este patrón es coherente con la asunción, defendida por Hallman, de que la forma progresiva comparte las mismas propiedades semánticas de los predicados estativos léxicos: esencialmente, validez en puntos de tiempo (cf. §1.1.6, §1.1.7). Sin embargo, la oración de (151c), donde encontramos un predicado eventivo no dominado por la forma progresiva, solo da lugar a una lectura desplazada hacia el futuro, es decir, en la que el tiempo de la oración principal y el de la oración subordinada no coinciden, puesto que este último se interpreta como obligatoriamente posterior. De este modo, vemos que, en términos semánticos, el inglés se comporta exactamente como el español a efectos del contexto *hope that/esperar que*.

Otra lengua donde pueden detectarse efectos similares es el francés. Es interesante notar que, en esta lengua, que emplea modo indicativo en la subordinada,

existe una correlación entre, de una parte, el tiempo presente y la lectura de simultaneidad y, de otra, el tiempo futuro y la lectura desplazada. Esta distribución torna explícita la diferencia colapsada en español bajo la forma del subjuntivo y, en inglés, bajo la forma de presente de indicativo. Los ejemplos siguientes muestran la conducta de *j'espère*:

- (152) a. *J'espère qu'il a une voiture.*  
 Yo espero que él **tener-3sg-pres-ind** un coche  
 'Espero que tenga (ahora) un coche'  
 b. *J'espère qu'il achetera une voiture.*  
 Yo espero que él **comprar-3sg-fut-ind** un coche.  
 'Espero que compre (en el futuro) un coche'

Como vemos en los ejemplos de (152), el valor presente y el valor prospectivo se distribuyen explícitamente mediante el tiempo verbal en indicativo. Esta distribución temporal se correlaciona, igualmente, con una distinción aspectual entre estados y eventos. De este modo, tendrá preferencia el uso del presente si el predicado es estativo (152a), mientras que los eventos podrán aparecer con mayor facilidad en futuro (152b)<sup>94</sup>.

### 3.2.3.5. *La restricción aspectual de la modalidad epistémica como sensibilidad a la validez en puntos de tiempo*

Revisaremos ahora algunos de los principales análisis que se han propuesto para explicar el fenómeno de la restricción aspectual impuesta por los contextos de modalidad epistémica. Según veremos, el núcleo que comparten las pruebas revisadas descansa en su sensibilidad a la validez del predicado en puntos de tiempo. En este sentido, las pruebas basadas en la modalidad epistémica corresponden al inverso de la prueba basada en la forma progresiva (cf. Taylor 1977, Hallman 2010). En el caso de esta última, no podemos, en condiciones normales, tomar estados como aducto justamente porque el resultado de este operador aspectual es crear un predicado válido en puntos de tiempo. Como los estados ya poseen esta propiedad, su aplicación es, en estos casos, redundante. Por otra parte, la modalidad epistémica no crea predicados estativos, sino que exige que estos ya hayan sido así caracterizados en alguna proyección estructural más baja, puesto que exige como aducto un predicado válido en puntos de tiempo. Dado que la modalidad epistémica, de acuerdo con la jerarquía de Cinque (1999), se encuentra en una posición alta de la secuencia funcional, tanto la forma progresiva como las lecturas habituales de predicados eventivos satisfacen las condiciones exigidas. Esto explica, pues, que la modalidad epistémica pueda “ver” todos los niveles de estatividad, tanto léxicos como de aspecto externo.

<sup>94</sup> Con todo, no existiría una correlación exacta entre estados y presente, por un lado, y eventos y futuro, por otro. Un evento podrá aparecer en presente, pero deberá tener una lectura prospectiva. Mencionamos este caso porque vuelve transparente la distinción temporal que desarrollamos para el subjuntivo español.

Lunquist (2011) proporciona un análisis de este fenómeno basado en una comparación del inglés con el sueco. Según ya observaban autores como Werner (2005) o Hornstein (1990: 33), el inglés es igualmente una lengua en la que encontramos usos modales epistémicos del futuro, y en la que opera, igualmente, la restricción aspectual aquí revisada. Así se observa en (153):

- (153) a. John will be at home. (futuro / modal epistémico)  
 b. John will play football. (solo futuro) (cf. John will be playing football)

Sin embargo, en otras lenguas, como el sueco, podemos encontrar lecturas de modalidad epistémica también en actividades. El requisito aspectual es aquí más débil, puesto que se aplica a los predicados atéticos –incluyendo estados y actividades– con exclusión de los predicados télicos (realizaciones y logros). Por ejemplo, la perífrasis deóntica con el análogo del español *deber*, aplicada sobre un verbo de actividad como *jugar*, ofrece una lectura modal epistémica orientada al presente:

- (154) De måste spela fotboll därinne. (Lunquist 2011: (57))  
 Ellos deben jugar fútbol allí.  
 ‘Ellos deben estar jugando al fútbol’

Nótese que, para obtener el significado glosado, la oración sueca de (154) no necesita introducir ningún operador estativizador, como sería el caso en español (*estar jugando*) o en inglés (*be playing*).

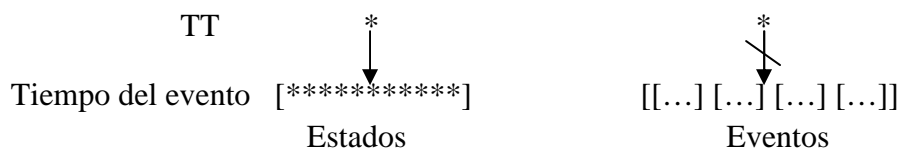
Lunquist (2011) explica estos hechos basándose en la noción de Tiempo de Tópico (TT) de Klein (1994)<sup>95</sup>. La argumentación sigue las siguientes líneas. Para evaluar el valor de verdad de un predicado, el TT debe establecer una correspondencia con el tiempo del evento. En contextos dirigidos al presente (como en (153) o (154)), el TT queda incluido, además, en el tiempo del evento, por lo que la constitución interna del predicado debe satisfacer ciertas condiciones dependiendo de las características del TT. En aquellas lenguas donde el TT es *puntual*, este solo podrá establecer una correspondencia con eventualidades que sean evaluables en *instantes* (puntos de tiempo). Aquellos predicados cuya verdad depende de unidades mayores que el instante (es decir, intervalos) no podrán, por lo tanto, establecer una relación de correspondencia con un TT puntual. Por la propiedad del subintervalo, sabemos que los únicos

---

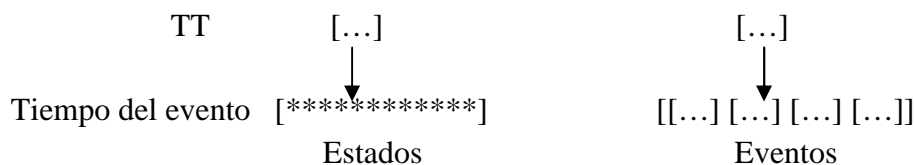
<sup>95</sup> La noción de Tiempo de Tópico (TT) de Klein (1994) es, en buena medida, una reformulación y extensión del concepto de Punto de Referencia de Reichenbach (1947), es decir, aquel punto temporal con el que se relaciona el tiempo del evento referido por un verbo flexionado. Klein (1994) define el TT como el intervalo de tiempo para el cual el hablante afirma la verdad de una situación. Por ejemplo, en *Juan estaba en su casa*, el TT es un intervalo de tiempo anterior al presente de habla. Nótese que no es necesario que Juan *solo* haya estado en su casa durante ese intervalo de tiempo (podría seguir allí). Lo que el tiempo de tópico establece es, únicamente, el intervalo de tiempo para el cual afirma el hablante la verdad del predicado. Dicho intervalo no tiene por qué ser, como en Reichenbach, un punto. De hecho, el que este intervalo pueda tener una extensión variable es crucial en el análisis de Lundquist (2012), como se verá a continuación.

predicados que pueden ser evaluados en instantes son, justamente, los estados<sup>96</sup> –para cada intervalo en que un estado es verdadero siempre habrá un subintervalo menor donde ese estado sigue siendo verdadero; visto desde el ángulo opuesto, los estados son verdaderos a partir del instante–. El resto de las eventualidades presentan siempre un límite temporal por debajo del cual ya no pueden ser evaluadas. Por lo tanto, en lenguas con un TT puntual solo los estados darán lugar a oraciones semánticamente bien formadas en contextos dirigidos al presente. Este sería el caso del español o del inglés. En cambio, en otras lenguas, el TT no es puntual y puede, por lo tanto, aplicarse sobre intervalos. Así, en estas lenguas, no solo los estados darán lugar a oraciones semánticamente bien formadas en contextos dirigidos al presente, sino otros predicados cuya verdad debe ser evaluada en unidades mayores que el instante, como las actividades. Este sería el caso del sueco. Podemos ilustrar esta diferencia mediante los siguientes esquemas:

(155) a. Tiempo de Tópico puntual:



b. Tiempo de Tópico no puntual:



El que una lengua posea un TT no puntual no le impide evaluar la verdad de un estado en un contexto orientado al presente, puesto que, como se observa en (155b), el TT podrá coincidir con un subintervalo propio de ese estado (aunque no con los “átomos” constituyentes de ese subintervalo). Sin embargo, lo inverso no es el caso; es decir, si una lengua posee un TT puntual, no podrá evaluar un predicado que acontece en intervalos, puesto que solo podrá acceder a muestras “incompletas” de ese evento<sup>97</sup>, según vemos en la segunda figura de (155a).

<sup>96</sup> Podrían incluirse también en esta categoría los logros, cuyo carácter puntual se discute en Piñón (1997). Sin embargo, es posible que, justamente por consistir en un único punto, los logros no puedan ser referidos en el presente: o bien van a darse o bien ya se han dado. Para una discusión sobre las diferencias entre logros y estados, véase §1.1.8.

<sup>97</sup> Un símil que puede ayudar a comprender este contraste es el de la percepción auditiva. Para reconocer un tono homogéneo basta (idealmente) sólo un mínimo instante de exposición sonora. Sin embargo, para reconocer una melodía es literalmente imposible emplear un instante de exposición; necesitamos un intervalo de tiempo que cubra al menos un fragmento relevante (un compás, por ejemplo). En el caso de una actividad, también necesitamos un “compás” mínimo.

(156) a. John must like brussel sprouts very much! ESTADO LÉXICO  
 'A Juan le deben gustar mucho las coles de Bruselas'  
*Lecturas: epistémica (presente); deóntica*

b. John must really hate getting up early! ESTADO LÉXICO  
 'Juan debe odiar verdaderamente levantarse temprano'  
*Lecturas: epistémica (presente); deóntica*

c. John must be in his office/tired. BE + SP/SA  
 'Juan debe estar en su oficina/cansado'  
*Lecturas: epistémica (presente); deóntica*

d. John must be running the marathon (right now). PROGRESIVO  
 'Juan debe estar corriendo la maratón (justo ahora)'  
*Lecturas: epistémica (presente); deóntica*

e. John must have seen that movie already. PERFECTO  
 'Juan debe haber visto ya esa película'  
*Lecturas: epistémica (pasado); deóntica*

f. John must work hard for a living. HABITUAL  
 'Juan debe trabajar duro para vivir'  
*Lecturas: epistémica (presente); deóntica (futuro)*

g. John must run to the store. ACTIVIDAD DINÁMICA  
 'Juan debe correr a la tienda'  
*Lecturas: deóntica (futuro)*

h. John must build a very big house. REALIZACIÓN DINÁMICA  
 'Juan debe construir una casa muy grande'  
*Lecturas: deóntica (futuro)*

i. John must win the race. LOGRO DINÁMICO  
 'Juan debe ganar la carrera'  
*Lecturas: deóntica (futuro)*

j. John must be arrested/be chased by the police. PASIVA  
 'Juan debe ser arrestado/perseguido por la policía'  
*Lecturas: deóntica (futuro)*

239

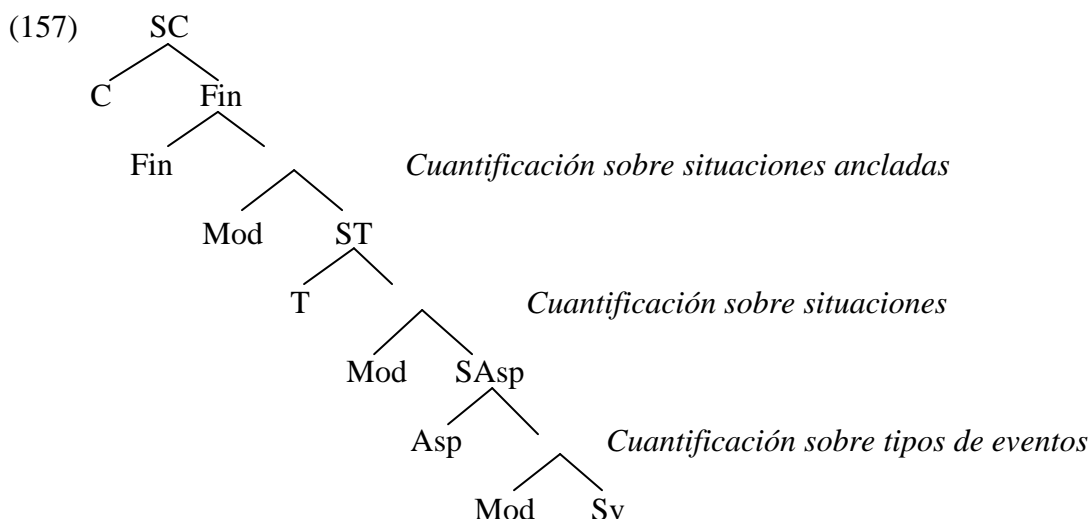
Siguiendo el trabajo de Cinque (1999) y Hacquard (2006), Ramchand (2012) adopta la idea de que la lectura modal epistémica se obtiene en una posición configuracionalmente más alta que la lectura deóntica. Sin embargo, a diferencia de Cinque (1999), quien atribuye a cada tipo de modalidad un núcleo independiente ordenado según una jerarquía funcional preestablecida, la autora deduce cada tipo a partir de la información disponible en cada punto de la derivación sintáctica, empleando, así, un mecanismo único de computación modal. Para ello, Ramchand (2012) adopta la *semántica se situaciones* de Kratzer (2008),<sup>99</sup> en combinación con el concepto, también de Kratzer (1981), de *base modal*.<sup>100</sup> Así, un modal como *must* puede ensamblarse sobre SAsp, estadio configuracional en el que las variables de tiempo y lugar de la situación denotada se encuentran aun abiertas; o bien sobre ST, donde las variables de tiempo y lugar se encuentran ya saturadas, de forma tal que solo podemos ejercer cuantificación sobre lo que Ramchand denomina *alternativas de ignorancia* ('ignorance-alternatives'). En el primer caso, obtenemos una interpretación deóntica; en el segundo, el modal cuantifica sobre los aspectos del mundo real que permanecen desconocidos para el hablante, de modo que obtenemos una lectura epistémica. Estas posibilidades configuracionales se esquematizan en (157):

---

<sup>99</sup> Kratzer (2008) propone que el argumento situacional debe ser el objeto semántico manipulado por las operaciones de tiempo y aspecto. En contra de la idea tradicional, según la cual las proposiciones son conjuntos de mundos posibles, Kratzer propone que las proposiciones deben ser vistas como conjuntos de *situaciones* posibles. Una situación está parametrizada de acuerdo con un tiempo y un lugar y pertenece a un mundo posible, pero se trata de un objeto semántico más acotado que un mundo. Sobre la base de una proposición así entendida, los operadores temporales y aspectuales, así como el material adverbial, introducen cada vez mayores especificaciones sobre la situación denotada (Kratzer 2008: 47-48, *apud* Ramchand 2012: 10).

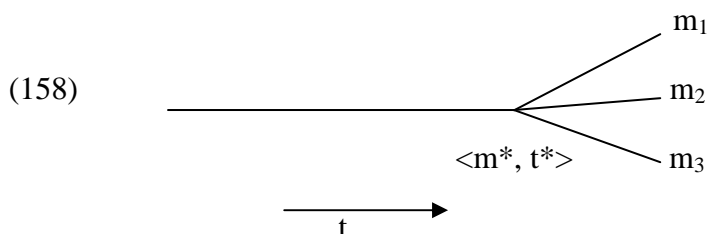
<sup>100</sup> La *base modal* corresponde al conjunto de entidades sobre los que un determinado operador modal ejerce un tipo de cuantificación (universal o existencial). Típicamente, los modales se analizan como cuantificadores sobre mundos posibles (*necesariamente*, por ejemplo, equivale a "para todos los mundos posibles", véase §1.1.2). La base modal determina si la modalidad es de tipo epistémica, deóntica, etc. De acuerdo con la teoría de Kratzer (1981), la modalidad incluye, además, una *fuentes de ordenación* entre los elementos cuantificados. Así, un modal de tipo deóntico como *deber* establece una cuantificación sobre mundos posibles que cumplen determinado ideal de conducta ética o moral, y que se ordenan respecto del mundo actual según el grado de similitud que guardan con este.





De acuerdo con el análisis propuesto por la autora, no hay, propiamente hablando, una proyección semánticamente especificada como “deóntica” u otra etiquetada como “epistémica” que, por motivos independientes se ensamblen en posiciones distintas de la estructura arbórea. Lo que varía es la naturaleza de la base modal disponible en cada nivel, sobre la que la modalidad puede ejercer cuantificación. La lectura entendida como epistémica es la que se obtiene al ensamblar un modal sobre ST, nivel en el que la situación se encuentra ya especificada de acuerdo con sus valores de tiempo y lugar. Así los tipos de modalidad pueden ser deducidos a partir de la computación sintáctico-semántica y no deben ser estipulados de forma independiente.

Un supuesto semántico adicional en el modelo de Ramchand (2012) se relaciona con la naturaleza de la base modal sobre la que se estructuran las situaciones y sus valores. Siguiendo ideas de Condoravdi (2002) y Werner (2005), la autora adopta una base modal “metafísica” de tipo realista. En este tipo de estructura, los mundos posibles son idénticos hasta un cierto punto de tiempo, a partir del cual divergen. En un modelo de tipo realista ese punto de tiempo corresponde, además, al momento de habla. De este modo, no existen, en rigor, mundos posibles en el pasado, sino solo en el futuro (una vez que pasamos el punto de tiempo correspondiente al presente se habla). Este modelo puede esquematizarse como sigue, donde el asterisco indica naturaleza deíctica (Ramchand 2012: 17):



Con estos elementos en mente, podemos entender de modo más claro el funcionamiento de los modales propuesto por la autora. Si ensamblamos *must* sobre SAsp, los valores del argumento situacional se encuentran aún abiertos. Esto significa que, en principio, podemos cuantificar sobre situaciones pertenecientes a mundos distintos del actual. Si

tomamos un predicado eventivo (es decir, no válido en puntos de tiempo), la oración será gramatical, pero la interpretación se verá por fuerza desplazada hacia el futuro, ya que, en el presente, tendríamos que relacionar el predicado con el momento de habla, que es puntual. Sin embargo, si ensamblamos *must* sobre ST, los valores de la situación se encuentran ya anclados al momento de habla. Por lo tanto, ya no podremos cuantificar sobre situaciones pertenecientes a otros mundos posibles, que en nuestro modelo se restringen al futuro. Como nos hemos restringido al presente, excluimos predicados válidos en intervalos (eventos). De este modo, la teoría predice (i) que los modales indexicales, que toman su referencia del momento de habla, seleccionarán únicamente estados y (ii) que la interpretación resultante será epistémica, puesto que solo podremos cuantificar sobre aquellos aspectos del índice  $\langle m^*, t^* \rangle$  que se encuentra fuera del conocimiento del hablante (las “alternativas de ignorancia”).

Aunque Ramchand (2012) renuncia a etiquetar directamente la Modalidad ensamblada sobre ST como “epistémica”, puesto que su valor semántico se puede deducir de factores independientes, es interesante notar que los efectos empíricos de dicha posición jerarquía siguen vigentes. Así, según muestran los datos de la autora en (156), y según hemos visto a lo largo de la presentación de las pruebas basadas en la modalidad, la restricción de la lectura epistémica sobre predicados estativos se aplica en todos los niveles en los que es posible obtener estatividad: estados léxicos, eventos en aspecto progresivo, predicados en perfecto y habituales. Este resultado solo es posible si se asume que la lectura modal epistémica se obtiene en una posición configuracional alta. Así mismo, las distintas lecturas modales obedecen, igualmente, las restricciones asociadas a la posición jerárquica en la que se ensamblan. Una consecuencia de ello es que una forma que exprese modalidad epistémica y modalidad deóntica expresará esta última de modo excluyente si otro modal epistémico lo domina. Esta restricción puede apreciarse en los valores de la forma inglesa *have to* (Ramchand 2012: 43):

- (159) a. John has to be the murderer. (lectura epistémica posible)
- b. John might have to be the murderer. (lectura epistémica no disponible)

El mismo efecto puede constatarse en las lecturas ofrecidas por la forma análoga del español *tener que*:

- (160) a. Juan tiene que estar en el supermercado. (lectura epistémica posible)
- b. Juan debe tener que estar en el supermercado. (lectura epistémica no disponible en *tener que*)

Estos datos confirman la posición estructural de la modalidad epistémica y, según veremos en los apartados siguientes, las ventajas que supone esto al asumir un modelo de estatividad estratificado en niveles, como el que aquí se defiende.<sup>101</sup>

---

<sup>101</sup> Estos efectos de jerarquía pueden detectarse en diversas lenguas. Así sucede, por ejemplo, en el criollo haitiano (Cinque 1999: (42)):

- i.        Za te dwe maze

En síntesis, vemos que tanto Lundquist (2012) como Ramchand (2012) proponen, siguiendo ideas de Taylor (1977), Condoravdi (2002), Hallman (2006) y Werner (2005), que la restricción aspectual de la modalidad epistémica se sigue de su sensibilidad ante predicados evaluables en puntos de tiempo. Debe precisarse, como desarrolla en detalle Lundquist (2012), que la oposición entre estado/evento varía interlingüísticamente, de forma tal que, en lenguas como el sueco, encontramos una oposición entre predicados télicos y atélicos donde la distinción entre estados y eventos tiende a colapsar. También es importante destacar que, según argumenta Ramchand (2012) –desarrollando la jerarquía funcional de Cinque (1999) y las propuestas de Hacquard (2006)– la modalidad epistémica se obtiene en una posición alta de la estructura oracional, por lo que es sensible a todos los niveles en los que podemos obtener estatividad.

### 3.2.3.6. *Restricciones sobre la aplicabilidad de las pruebas basadas en la modalidad epistémica: intervalos contextualmente inducidos*

En esta sección discutiremos una importante restricción a la aplicabilidad de las pruebas basadas en la modalidad epistémica. En aquellos casos donde explicitamos un intervalo temporal, la lectura modal epistémica se bloquea, dejando disponible solo la lectura desplazada hacia el futuro (cf. Hallman 2010, véase *infra*). Esta restricción se aplica a todos los contextos descritos aquí: futuro sintético, perífrasis deóntica/epistémica *deber/tener que*, *esperar que* + subjuntivo y prótasis de condicionales. Consideremos los ejemplos siguientes:

- |       |   |                      |
|-------|---|----------------------|
| (161) | a. Juan sabrá la respuesta (de 8 am a 16 pm).                             | FUTURO               |
|       | b. Juan debe tener dinero (de 5 a 6 de la tarde).                         | DEBER + INF          |
|       | c. Juan tiene que pesar menos (de julio a septiembre).                    | TIENE QUE + INF      |
|       | d. Si Juan pesa menos de julio a septiembre, tendrá éxito con las chicas. | PRÓTASIS CONDICIONAL |
|       | e. Espero que Juan se sienta bien (de 4 a 6 de la tarde).                 | ESPERAR QUE + SUBJ   |

Las oraciones de (161) pierden su valor modal epistémico si insertamos un modificador temporal que indique un intervalo. De este modo, (161a) solo puede significar que Juan estará en conocimiento de la respuesta en un determinado periodo de tiempo (de 8 am a 16 pm) que se sitúa necesariamente con posterioridad al momento de habla. Este patrón se repite con predicados eventivos en la forma progresiva (162), lo que presta respaldo a

- 
- |     |                              |
|-----|------------------------------|
|     | ‘J. ha tenido que comer’     |
| ii. | Za dwe te maze               |
|     | ‘J. probablemente ha comido’ |

En estos ejemplos, *dwe* marca modalidad, mientras *te* marca el tiempo pasado. Sin embargo, “*te dwe* a toujours le sens déontique et *dwe te*, toujours le sens épistémique » (Maglorie-Holly 1982: 107 ; *apud* Cinque 1999). En otras palabras, cuando el operador modal (*dwe*) tiene alcance sobre el operador temporal (*te*), obtenemos una lectura epistémica, que no puede manifestarse si el operador modal está dominado por el operador temporal. Esto muestra una vez más, por tanto, que existe una secuencia Modalidad Epistémica > Tiempo > Modalidad Deóntica.

la idea de que el progresivo es una forma estativizadora (cf. Vlach 1981, Parsons 1990, Hallman 2010):

- (162) a. Juan estará comiendo un bocadillo (de una a dos). FUTURO  
 b. Juan debe estar escribiendo una carta (de dos a seis). DEBER + INF  
 c. Juan tiene que estar bailando (de 8 a 10). TENER QUE + INF  
 d. Si Juan está cocinando (de 12 a 1), entonces su esposa no le echará la bronca. PRÓTASIS CONDICIONAL  
 e. Espero que Juan esté escribiendo su tesis (de 5 a 8). ESPERAR QUE + SUBJ.

Como se observa en los ejemplos de (162), la inserción de un intervalo bloquea la interpretación modal epistémica orientada al presente. De este modo, en estos contextos obtenemos una interpretación desplazada hacia el futuro, tal como sucede con los estados léxicos de (161).

Aunque este efecto es general y se aplica, según vemos, no solo a verbos estativos, sino a formas gramaticales estativizadoras, otros contextos a los que cabe atribuir estatividad no manifiestan el mismo efecto. Así sucede con las oraciones habituales (163) o los predicados en perfecto (164), que conservan su valor modal epistémico aun cuando insertemos un intervalo temporal explícito:

- (163) a. Juan tomará la merienda de cinco a seis. (epistémica posible)  
 b. Juan debe tomar la merienda de cinco a seis. (epistémica posible)  
 c. Juan tiene que tomar la merienda de cinco a seis. (epistémica posible)  
 d. Si Juan toma la merienda de cinco a seis, el nutricionista le dirá que hace bien. (lectura de presente posible)  
 e. Espero que Juan tome la merienda de cinco a seis. (lectura de presente posible)
- (164) a. Juan habrá tomado la merienda de cinco a seis. (epistémica posible)  
 b. Juan debe haber tomado la merienda de cinco a seis. (epistémica posible)  
 c. Juan tiene que haber tomado la merienda de cinco a seis. (epistémica posible)  
 d. Si Juan ha tomado la merienda de cinco a seis, tendrá energía por la noche. (lectura de presente posible)  
 e. Espero que Juan haya tomado la merienda de cinco a seis. (lectura de presente posible)

Los datos de (163) y (164) pueden explicarse, sin perder la generalización representada por los ejemplos de (161) y (162), si observamos la posición que ocupan, de acuerdo con la jerarquía de Cinque (1999), los contextos observados en estos ejemplos. Así, es factible asumir que los modificadores que expresan intervalos corresponden a lo que Cinque denomina Aspecto Durativo (op. cit: 98). Ahora bien, de acuerdo con la jerarquía propuesta por el autor, la relación de dominio entre el Aspecto Progresivo, el

Aspecto Durativo, el Aspecto Perfecto y el Aspecto Habitual es la siguiente (a partir de Cinque 1999: 106, (92)):

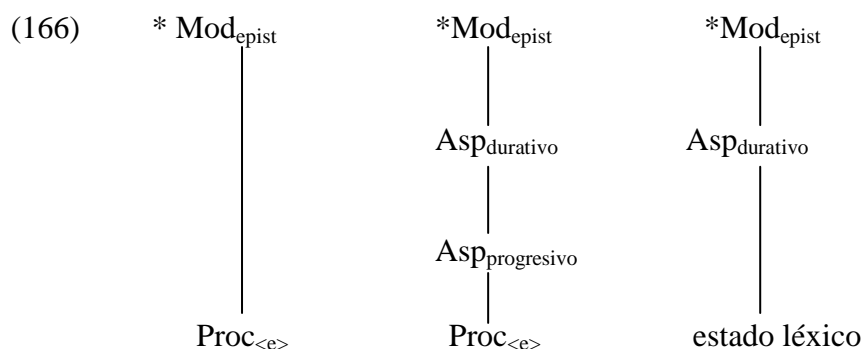
(165) [Asp<sub>habitual</sub> ... [Asp<sub>perfecto</sub> ... [Asp<sub>durativo</sub> ... [Asp<sub>progresivo</sub> ... [Sv]]]]]

Si esto es así, los modificadores temporales que expresan intervalos pueden afectar predicados estativos léxicos (Sv) y eventos bajo la forma progresiva (Asp<sub>prog</sub>), pero no predicados en perfecto (Asp<sub>perf</sub>) ni habituales (Asp<sub>hab</sub>), puesto que estos se encuentran fuera de su alcance. En el caso de estos últimos, el modificador se aplicará sobre el evento que adopta la forma de perfecto o que da lugar a una oración habitual. Así, en los ejemplos de (163) y (164), es el evento de tomar la merienda de cinco a seis, en su conjunto, lo que se concibe como un hecho habitual o lo que se observa desde el momento de habla como situado en el pasado reciente. De este modo, como estas formas estativizan el predicado una vez que se ha aplicado el modificador de Aspecto Durativo, la Modalidad Epistémica, situada sobre el Aspecto Habitual, no se ve afectada.<sup>102</sup>

Veamos ahora cuál es la naturaleza de la restricción observada en (161) y (162), que, según sostenemos, se aplica a todos los predicados estativos que se encuentren dominados por el Aspecto Durativo. La respuesta proviene de la naturaleza temporal de los estados (§1) y de la sensibilidad de la Modalidad Epistémica a la validez de los estados en puntos de tiempo (§3.2.3.5). El problema puede expresarse, así, en términos del análisis propuesto por Lundquist (2012). Si intentamos evaluar con un TT puntual la verdad de un predicado válido en un intervalo, la interpretación se desplazará por fuerza a un momento distinto del presente, en caso de que esta opción se encuentre disponible. Así, los eventos, que son predicados inherentemente válidos en intervalos (§1.1.7), dan lugar a lecturas habituales en el presente, a lecturas de futuro con la forma en *-ré* y a lecturas deónticas con perífrasis como *deber* + inf., que poseen valor prospectivo. En los casos aquí revisados, la inserción de un modificador de Aspecto Durativo induce contextualmente la validez de los estados en intervalos y no en puntos de tiempo. De este modo, tal como sucede con los eventos, los estados pierden la posibilidad de ser evaluados respecto de un TT puntual. Por lo tanto, la Modalidad Epistémica orientada al presente se verá bloqueada siempre que reciba como aducto un predicado válido en intervalos, sea porque dicha condición temporal pertenece a sus características intrínsecas (eventos), sea porque le ha sido otorgada contextualmente (mediante el Aspecto Durativo). Esta situación puede apreciarse gráficamente en el siguiente

<sup>102</sup> Es posible que una aproximación exhaustiva a las proyecciones aspectuales deba identificar un Aspecto Durativo “alto”, además del Aspecto Durativo “bajo”. Este último cuantificaría sobre el evento y no podría afectar, consecuentemente, la validez en puntos de tiempo del Aspecto Habitual, según hemos expuesto en los párrafos precedentes. Sin embargo, existen casos como *Juan iba siempre al cine de cinco a seis, desde que tenía cinco años hasta que cumplió quince*. Aquí, mientras que el modificador *de cinco a seis* restringe la extensión del evento, el modificador *desde que tenía cinco años hasta que cumplió quince* se aplica sobre el hábito mismo. Sin embargo, la mención de un intervalo de esta clase nos obliga a situar el hábito en el pasado, de modo que el empleo de la Modalidad Epistémica orientada al presente pierde aplicabilidad.

esquema, donde asumimos, como hemos desarrollado en §2.7.2, que la variable eventiva es introducida por el núcleo Proc:



Como hemos argumentado más arriba, las oraciones habituales y los predicados en perfecto escapan a esta restricción dado que, para el estadio configuracional en el que adquieren su estatividad, hemos perdido la posibilidad de transformar contextualmente su validez en puntos de tiempo en validez en intervalos.

La pérdida de efectos propios de la estatividad al insertar un modificador adverbial durativo se encuentra descrito para el inglés por Hallman (2010). De acuerdo con este autor, la característica central de los estados es su validez en puntos de tiempo, cuestión que comparten con la forma progresiva, por lo que, consecuentemente, clasifica esta última como un tipo de estado. En contraste, los eventos tienen duración (validez en intervalos). Por lo tanto, las consecuencias empíricas que se detectan en los estados se pierden cuando insertamos un modificador adverbial del tipo *for three days*, que equipara sintácticamente un estado con un evento en lo que respecta a sus propiedades temporales. Así, este tipo de modificadores impide que los estados puedan insertarse en el tiempo presente o en contextos de modalidad epistémica con lectura simultánea al momento de habla. Así se observa en los ejemplos de (167):

- (167) a. Max is sick (\*for three days).  
 b. Max is confused (\*for one minute).  
 c. Max is frightened (\*for 30 seconds).

Según se aprecia en estos datos, la extensión del intervalo no es relevante, siempre y cuando se trate de una especificación temporal no puntual. En todos estos casos, el uso del presente se vuelve agramatical si el predicado evaluado posee extensión temporal. Un constreñimiento similar puede encontrarse en contextos modales como el de (168), en el que los estados que toman un modificador adverbial durativo se comportan como los eventos, que fuerzan una lectura desplazada hacia el futuro:

- (168) a. Max might be sick for three days.  
 b. Max might move to Morocco.

A partir de la equivalencia que en este contexto muestran estados y eventos, Hallman (2010) concluye que la validez en intervalos es el único rasgo que distingue una y otra

clase, de forma tal que, en el ejemplo de (168a), *be sick* ha pasado a convertirse en un evento. No obstante, esta conclusión resulta un tanto apresurada. Como el mismo autor discute, los efectos de esta modificación no se reproducen en el caso de la forma progresiva, que es, a todos los efectos –de acuerdo con el propio autor–, una forma estativa.

- (169)     a. \*Max is being sick.  
              b. \*Max is being sick for three days.  
              c. Max is moving to Morocco.

Si la inserción de un modificador adverbial durativo transforma un estado en un evento, entonces la forma progresiva debería dar un resultado gramatical aplicada sobre un estado que ha recibido esta modificación. Sin embargo, como (169b) muestra, *be sick* sigue siendo agramatical, a diferencia de lo que sucede con un predicado eventivo como el de (169c).

Esta falta de paralelismo entre estados con duración y eventos supone, pues, un problema, puesto que, entonces, no podemos ya argüir que la única diferencia entre estados y eventos radica en la validez en puntos de tiempo o en intervalos, respectivamente. Hallman intenta salvar esta dificultad apelando al siguiente argumento. El modificador adverbial durativo cancelaría la variable eventiva introducida en el Sv, creando una proposición. Como la forma progresiva necesita acceder al evento, la inserción del modificador adverbial bloquea esta posibilidad y el resultado es agramatical. Esto explicaría no solo que los estados modificados con adverbios durativos, sino también los eventos en este mismo contexto, no puedan tomar la forma progresiva:

- (170) \*Juan está construyendo una casa durante dos horas.

No obstante, la equiparación de estados contextualmente válidos en intervalos con eventos puede ser una conclusión demasiado fuerte. Es correcto afirmar, desde nuestra perspectiva, que los efectos de la modalidad epistémica orientada al presente se pierden al insertar un modificador adverbial durativo, pero de esto no se sigue que el predicado haya perdido su estatividad, sino que ya no puede coordinarse con el momento de habla, que es lo que exigen los contextos revisados. Por otra parte, la explicación de por qué el paralelismo entre eventos y estados bajo modificación durativa falla en el contexto de la forma progresiva puede tener una explicación más simple. Si, como hemos asumido, la jerarquía de Cinque (1999) es acertada, el modificador durativo no puede actuar *antes* de la forma progresiva, de forma tal que, sea cual sea el aducto requerido por este contexto gramatical, el Aspecto Durativo no puede afectarlo. De este modo, la oración de (169b) (\**Max is being sick for three days*) es agramatical porque ya lo es independientemente la forma desprovista del modificador adverbial (\**Max is being sick*). Por otra parte, incluso si no aceptamos como válida la jerarquía de Cinque, la explicación de Hallman debe hacer frente a otro hecho. Si, como el autor defiende, la inserción de un modificador adverbial bloquea la aplicación de la

forma progresiva, se predice que esta combinación dará un resultado agramatical en todos los casos, y no solo en el presente. Sin embargo, este resultado no se cumple, al menos en español:

- (171) a. Juan estuvo bailando durante horas.  
b. Juan estuvo escribiendo una carta de cinco a seis.

De forma interesante, un predicado estativo sigue siendo agramatical en este contexto:

- (172) a. \*Juan estuvo sabiendo inglés durante meses.  
b. \*Juan estuvo teniendo dinero de cinco a seis.

Por consiguiente, no puede ser cierto que la inserción de un modificador adverbial durativo equipare de forma categórica a un estado con un evento, puesto que en tal caso esperaríamos que el contexto de (171), gramatical para eventos, también lo fuera para estados. Como decíamos, esta modificación adverbial sí vuelve “opaca” la diferencia a efectos de los contextos de modalidad epistémica (y del tiempo presente, principalmente en inglés), puesto que modifica la propiedad temporal esencial de los estados, esto es, poder ser evaluados en puntos de tiempo.

La agramaticalidad de (170) (*\*Juan está construyendo una casa durante dos horas*), por lo tanto, puede seguirse de la misma generalización que hemos expuesto en este subapartado y que, como mencionamos, puede explicarse desde la aproximación de Lundquist (2012). La forma progresiva es, por sí misma, válida en puntos de tiempo; sin embargo, hemos inducido contextualmente su validez en un intervalo, puesto que, siguiendo la jerarquía de Cinque (1999), el Aspecto Durativo puede tomar como aducto la forma progresiva. Adaptando el esquema de (166), nos encontramos, pues, con un caso donde un predicado que en principio puede ser evaluado por un TT puntual pierde esta propiedad por efecto del Aspecto Durativo, vale decir, el mismo fenómeno que está detrás de la lectura prospectiva de *Juan estará enfermo de cinco a seis* o la lectura deóntica de *Juan debe tener dinero durante esta noche*.

Con todo, el ejemplo de (160) no da lugar, necesariamente, a un resultado agramatical, contra la predicción de Hallman (2010). Así como al perder la lectura modal epistémica del futuro debemos quedarnos con una interpretación prospectiva, en el caso del presente, una vez que hemos perdido la lectura de simultaneidad con el momento de habla, debemos optar por alguna otra lectura que este contexto gramatical tenga disponible. Esta interpretación es la de Aspecto Habitual, que, como vemos en (173), se encuentra accesible tanto para los estados léxicos como para la forma progresiva en el contexto de modificación adverbial durativa:

- (173) a. Juan tiene dinero de cinco a seis (todos los días).  
b. Juan está construyendo una casa durante dos horas (todos los días).

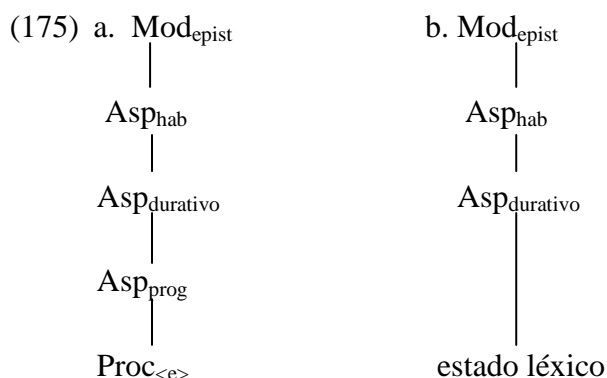
Como se observa al incluir los modificadores entre paréntesis, las oraciones de (173) pueden entenderse como hábitos propios del portador del estado (173a) o del agente del



evento (173b). Así, Juan puede ser una persona que suele tener dinero de cinco a seis diariamente, puesto que, por ejemplo, trabaja para una empresa de cobranzas que realiza sus cobros en ese horario. Algo análogo puede decirse de (173b): Juan puede tener el hábito de estar involucrado en la actividad de construir una casa diariamente. Dado que la forma habitual es una forma estativa, las oraciones de (173) pueden, a su vez, insertarse en un contexto de modalidad epistémica sin que se desencadene una lectura desplazada hacia el futuro:

- (174) a. Juan debe tener dinero de cinco a seis todos los días, porque a esa hora siempre camina mirando con sospecha.  
 b. Juan debe estar construyendo una casa durante dos horas todos los días, porque últimamente lo veo muy cansado.

En los ejemplos de (174), podemos emplear la perífrasis *deber* + inf para indicar que no estamos completamente seguros de que tales hábitos puedan atribuirse a Juan. En estos casos, por lo tanto, y siguiendo una vez más la jerarquía de Cinque (1999), nos encontramos con las secuencias siguientes (donde (175a) se aplica a (174b) y (175b) a (174a)):



Como se observa en las secuencias de (175), aunque insertemos un modificador de Aspecto Durativo, el aducto de la Modalidad Epistémica sigue siendo un predicado estativo, puesto que el Aspecto Habitual ocupa una posición más alta en la jerarquía y vuelve, así, a otorgar validez en puntos de tiempo al predicado.

Hemos revisado en este subapartado una importante restricción de las pruebas basadas en la modalidad epistémica. Según hemos expuesto, al insertar un modificador adverbial que exprese un intervalo, los predicados estativos pierden la capacidad de dar lugar a lecturas modales epistémicas, cuestión que se cumple para todos los contextos revisados: futuro sintético, perífrasis deóntica/epistémica, prótasis condicional y *esperar que* + subjuntivo. Los contextos estativos que escapan a esta generalización (el Aspecto Habitual y el Perfecto) corresponden a proyecciones funcionales que se ensamblan sobre el Aspecto Durativo, de forma tal que el modificador puede afectar al evento sobre el cual se elabora el predicado estativo, pero no al estado derivado en sí mismo. Hemos desarrollado, además, la idea de que esta restricción puede explicarse en términos del análisis de Lundquist (2012). Dado que los contextos de modalidad

epistémica requieren la evaluación del predicado respecto de un TT puntual, la inducción contextual de validez en intervalos bloquea esta posibilidad, volviendo opaca, así, la diferencia entre estados y eventos. Por consiguiente, esta restricción empírica resulta iluminadora respecto de la asunción que hemos hecho en §2.7.2 acerca de la naturaleza extensa de la variable eventiva. La introducción de un modificador adverbial durativo es lo único que necesitamos para que un estado deje de aceptar la lectura modal epistémica. Por su parte, si los eventos *no* necesitan modificación adverbial durativa para rechazar la lectura modal epistémica, podemos concluir que la extensión temporal es una propiedad inherente suya. Como veremos en el capítulo 4, este supuesto se verifica aun en eventos no dinámicos, es decir, estados davidsonianos o de intervalo.

### 3.2.3.7. Resultados de las pruebas basadas en la modalidad

A continuación, presentamos los resultados de la aplicación de las pruebas basadas en la modalidad epistémica al conjunto de predicados seleccionados. Dado que, según hemos comprobado en las secciones anteriores, el conjunto de pruebas arroja resultados empíricos equivalentes, emplearemos solo el futuro sintético y la perífrasis deóntica/epistémica *deber* + inf., como contextos representativos del conjunto en su totalidad.

#### Posesión

Los verbos de posesión se comportan de modo uniforme respecto de las pruebas basadas en la modalidad epistémica. Como hemos mencionado, emplearemos como muestra del conjunto de pruebas solo la que se basa en el futuro sintético y la de la perífrasis con *deber* + infinitivo. Veamos los siguientes ejemplos:

- (176) a. Un endecasílabo tendrá once sílabas (¿no?)  
       b. Juan tendrá ojos. (Por eso es que sabe que le fuiste infiel)  
       c. Juan poseerá muchas tierras. (Por eso vive tan relajadamente)  
       d. Juan tendrá el salero. (Por eso no nos llega nunca)
  
- (177) a. Un endecasílabo debe tener once sílabas.  
       b. Juan debe tener ojos.  
       c. Juan debe poseer muchas tierras.  
       d. Juan debe tener el salero.

Los ejemplos de (176) muestran los diversos usos de posesión que hemos distinguido en el contexto del futuro sintético. Según puede apreciarse, todos los valores exhiben una ambigüedad entre lectura temporal y lectura modal epistémica, es decir, bien una en que la situación referida por el predicado tendrá lugar en el futuro, bien una en que el hablante asume un bajo compromiso epistémico con una situación presente. Posiblemente (176a), un ejemplo de posesión inalienable de tipo meronímico, se resista

a recibir una interpretación temporal, toda vez que, al ser una proposición analítica, su validez no depende del punto temporal en el que la situemos. Sin embargo, su valor epistémico es claro, lo cual avala su carácter estativo. Otro tanto cabe decir de los ejemplos de (176b) (posesión inalienable no meronímica), (176c) (posesión alinable permanente) y (176d) (posesión alienable transitoria). En todos estos casos, podemos tener una lectura modal sin problemas.

Los ejemplos de (177) muestran lo que sucede al emplear la perífrasis *deber* + infinitivo, que, según hemos desarrollado, es ambigua entre una lectura deóntica (normalmente prospectiva) y una lectura modal epistémica. Nuevamente, los predicados de (177) pueden tener una lectura modal epistémica, según corresponde a su tipo aspectual estativo.

## Medida

Todos los verbos de medida del español admiten lecturas modales epistémicas en los contextos revisados. Veamos algunos ejemplos:

- (178) a. Juan pesará más de 80 kilos. (Por eso es que la ropa ya no le entra)  
b. El libro costará más de 10 euros. (Por eso es que Juan no lo compró)  
c. La ventana medirá más de 2 metros. (Por eso no entra en el marco)  
d. Las tierras valdrán mucho. (Por eso es que los familiares discuten tanto por ellas)  
e. El pueblo distará mucho de la ciudad. (Por eso nadie quiere ir andando)
- (179) a. Juan debe pesar más de 80 kilos.  
b. El libro debe costar más de 10 euros.  
c. La ventana debe medir más de 2 metros.  
d. Las tierras deben valer mucho.  
e. El pueblo debe distar mucho de la ciudad.

Los ejemplos de (178) muestran distintos verbos de medida en el contexto del futuro sintético. Según puede apreciarse, todos ellos admiten una lectura modal epistémica. En (179), por otra parte, observamos la conducta de estos mismos predicados en el contexto de la perífrasis *deber* + infinitivo, contexto en el cual, nuevamente, los verbos de medida admiten una lectura modal epistémica sin problemas.

## Existencia

Todos los verbos existenciales admiten lecturas modales epistémicas en los contextos estudiados. Veamos los siguientes ejemplos:

- (180) a. Habrá pan en la nevera. (Si no, vete a comprar una barra)

- b. Existirán las brujas. (Por eso las cosas desaparecen sin que las mueva de su sitio)
- (181) a. Faltará pan. (Por eso sobra queso)
- b. Sobrará pan. (No es que falte queso)
- (182) a. Esas ideas permanecerán vigentes en la sociedad. (Por eso la gente apoya la monarquía)
- b. Esas ideas seguirán vivas en la sociedad. (Por eso la gente tiene miedo)

En los ejemplos de (180) a (182) vemos, en el contexto del futuro sintético, distintos pares de verbos existenciales pertenecientes a grupos semánticos diferentes: de existencia neutra (180), de cantidad (181) y de temporalidad (182). Según puede apreciarse, todos ellos admiten lecturas modales epistémicas.

Los ejemplos siguientes muestran la conducta de estos mismos verbos bajo la perífrasis *deber* + infinitivo:

- (183) a. Debe haber pan en la nevera.
- b. Deben existir las brujas.
- (184) a. Debe faltar pan.
- b. Debe sobrar pan.
- (185) a. Esas ideas deben permanecer vigentes en la sociedad.
- b. Esas ideas deben seguir vivas en la sociedad.

Según puede apreciarse, todos los verbos existenciales admiten igualmente una lectura modal epistémica en el contexto de la perífrasis, lo que avala su carácter estativo.

Nótese que los verbos existenciales de presuposición temporal (*seguir*, *permanecer*) admiten las lecturas modales, como se observa en (182) y (185). Este resultado concuerda con la caracterización de la idea de extensión temporal como una presuposición y no como parte de la denotación del predicado (§3.1.3). Si el intervalo abarcado por *seguir* o *permanecer* formase parte de su denotación, entonces esperaríamos que rechazaran las lecturas modales epistémicas, como de hecho sucede con los estados puros bajo modificación temporal durativa (véase *supra* §3.2.3.6):

- (186) a. Juan estará en su casa de cinco a seis.
- b. Faltará comida durante la fiesta.

Tanto en (186a) como en (186b), la lectura de futuro es la única disponible, en contraste con el resultado que ofrecen estos mismos predicados en ausencia de la modificación temporal durativa (v.g. *Juan estará en su casa, me imagino*; *Faltará comida, porque todos se están quejando*). Este efecto no se reproduce en los verbos del tipo de *seguir*, porque el intervalo que llevan asociado forma parte de una presuposición y, consecuentemente, no es incompatible con la evaluación del predicado respecto de un tiempo puntual. De este modo, la generalización de que los predicados válidos en

intervalos rechazan la lectura epistémica sigue en pie y, con ella, la caracterización de los estados puros como predicados que pueden ser evaluados en puntos de tiempo.

### **Psicológicos**

Todos los verbos psicológicos de sujeto experimentante admiten lecturas modales epistémicas bajo los contextos aquí empleados. Veamos los siguientes ejemplos:

- (187) a. Juan amará a su madre. (Por eso la visita todos los días)  
b. Juan odiará a su vecino. (Por eso llama a la policía cada vez que está de cumpleaños)
- (188) a. Juan sabrá la respuesta. (Por eso ha levantado la mano en clase)  
b. Juan conocerá a esos señores. (Si no, no entiendo por qué los invita a pasar)

En (187) tenemos ejemplos de verbos psicológicos de experimentante emocional, mientras que, en (188), encontramos ejemplos de verbos de experimentante cognitivo. En ambos casos es posible obtener una lectura modal epistémica. El mismo resultado se obtiene al aplicar la perífrasis *deber* + infinitivo:

- (189) a. Juan deber amar a su madre.  
b. Juan debe odiar a su vecino.
- (190) a. Juan debe saber la respuesta.  
b. Juan debe conocer a esos señores.

Como se observa en (189) y (190), los predicados de sujeto experimentante admiten lecturas modales epistémicas con esta perífrasis. Por lo tanto, pueden clasificarse como estados ante tales contextos.

#### **3.2.4. Síntesis de los resultados**

En la siguiente tabla sintetizamos los resultados que hemos obtenido al aplicar las pruebas de estatividad.

Nivel sintáctico	VP	vP	vP	Aspecto celerativo	Aspecto progresivo		Modalidad epistémica
	Locativo interno	Locativo externo	<i>Un poco</i>	<i>lentamente</i>	<i>Lectura de mantenimiento</i>	<i>Lectura dinámica</i>	<i>-ré, deber + infinitivo</i>
Existencia neutra, posesión meronímica	-	-	-	-	-	-	+
Existencia de cantidad, verbos de medida, psicológicos emocionales.	-	-	-	-	+	-	+
Posesión (in)alienable,	+	-	-	-	-	+	+
Psicológicos cognitivos	-	-	-	-	-	+	+
Existencial temporal	-	-	+	-	-	-	+

Tabla 5. Resultados de las pruebas de estatividad

Para simplificar la apreciación de los resultados, hemos unificado los predicados cuya conducta es, a la luz de las pruebas, indistinguible. Así, en el primer grupo, que ofrece resultados propios de estados puros frente a todas las pruebas, encontramos los verbos de existencia neutra (*haber, existir*) y los verbos de posesión en su uso de posesión inalienable meronímica (*un endecasílabo tiene once sílabas*). Este grupo correspondería, así, al de los estados más básicos.

Nótese que las clases conceptuales que hemos definido en apartados anteriores, y que nos servían de *input* para la aplicación de las pruebas, no coinciden necesariamente con el resultado de estas. Así, vemos que la posesión puede caracterizarse, según el sentido concreto que consideremos, como un tipo de estado u otro. Lo mismo sucede con la noción de existencia, cuya lexicalización adopta niveles de complejidad aspectual variados.

En general, aunque todos los verbos revisados se comporten como estados puros respecto de ciertas pruebas (locativos externos, el adverbio *lentamente* y las lecturas modales epistémicas), existen puntos de variación que pueden servir de respaldo a diferencias estructurales. Así, algunos verbos admiten lecturas dinámicas en el progresivo, y un subgrupo de estos verbos (los de posesión (in)alienable) admiten locativos internos. En el apartado siguiente abordaremos lo que estos datos nos revelan respecto de la estructura sintáctica que los verbos respectivos lexicalizan.

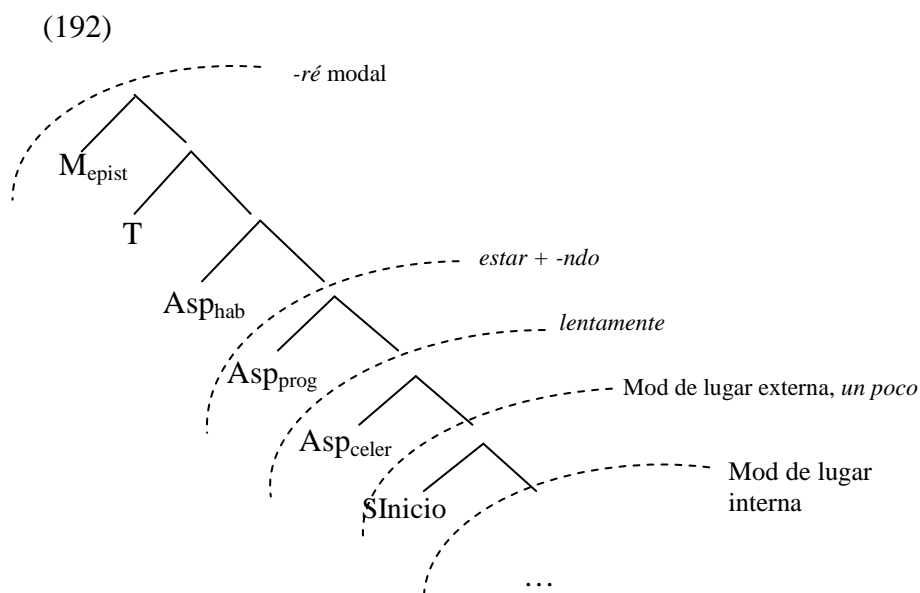
### 3.3. Representación sintáctica de los niveles de estatividad

En el presente apartado examinaremos cómo la aplicación de las pruebas sobre un conjunto de predicados concretos puede dar lugar a una disposición jerárquica de distintos niveles sintácticos en los que se puede definir la estatividad. Para ello, relacionaremos los predicados léxicos a los que hasta ahora nos hemos referido con otras manifestaciones sintácticas de la estatividad, como la forma progresiva (hasta aquí usada, fundamentalmente, como prueba de estatividad) y las lecturas habituales.

Si empleamos una versión de la jerarquía de proyecciones funcionales propuesta por Cinque (1999), podemos establecer una cartografía de la estatividad mediante el establecimiento de los puntos en que cada prueba actúa. Veremos, pues, que los resultados empíricos revisados en apartados anteriores permiten deducir ciertas relaciones de inclusión entre las distintas pruebas, lo que, a su vez, nos permite inferir cuáles son las posiciones en las que la estatividad se define. En concreto, asumiremos una jerarquía de proyecciones funcionales como la siguiente (cf. Cinque 1999: 106):

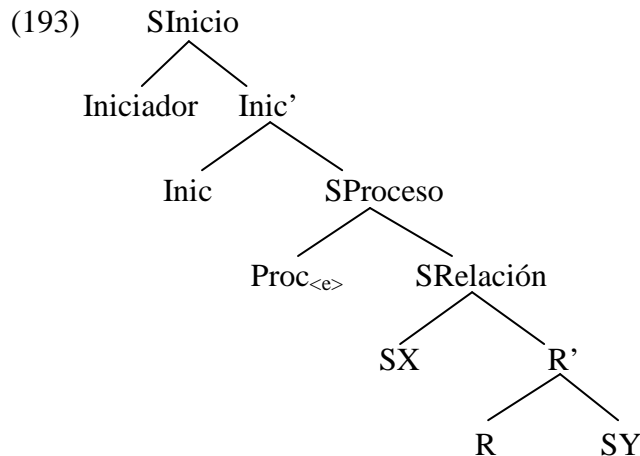
$$(191) \quad \text{Modalidad}_{\text{epistémica}} > \text{Asp}_{\text{habitual}} > \text{Asp}_{\text{progresivo}} > \text{Asp}_{\text{celerativo (II)}} > \dots$$

En (191) figuran solo aquellas proyecciones que se relacionan con las descripciones realizadas en apartados anteriores. En (192) se muestra una representación arbórea de dichas proyecciones, a las que se añaden las proyecciones de la frase verbal. Retomamos aquí, pues, la estructura con que iniciamos la presentación de las pruebas en §3.2.



La estructura representada en (192) introduce algunas proyecciones que no fueron incluidas en la presentación de las pruebas, pero que jugarán un papel central en la discusión subsiguiente. En particular, defenderemos en este apartado que, en el área estructural del aspecto interno, es decir, donde se define el tipo de situación del

predicado, pueden identificarse igualmente distintos niveles configuracionales en los que la estatividad es definida. Como hemos desarrollado con detalles en §2.7, tomaremos como referencia el modelo de descomposición verbal de Ramchand (2008), que distingue tres niveles estructurales en el Sv. En la versión del modelo que hemos adoptado en el subapartado mencionado, tales niveles corresponden a la estructura de (193):



Las asunciones estructurales que adoptamos son las siguientes (para más detalles, véase §2.7):

- Tanto SInic como SProc son proyecciones de naturaleza verbal.
- SInic es, por defecto, una proyección estativa, dado que no introduce una variable eventiva.
- SRelación no posee categoría gramatical, sino que la adquiere en el contexto de otras proyecciones funcionales.
- Si Relación toma un valor de coincidencia central, se interpreta como una predicación estativa en LF.
- Proc introduce un argumento davidsoniano <e>, necesariamente válido en intervalos.
- La estructura [SInic [SProc]] se interpreta como iniciación de un evento, que por defecto es dinámico.
- La estructura [SProc [SRcc]] se interpreta como mantenimiento de un estado (es decir, un evento temporalmente extenso con especificación de homogeneidad).

La proyección SInic es análoga al nivel Sv o SVoz en otros modelos (Harley 1995, Kratzer 1996, Marantz 1997, Alexiadou 2001). Sin embargo, se asume normalmente que este nivel introduce, además de un argumento externo, una variable eventiva, por lo que, para que el predicado sea estativo, debe asumir una variante especial. Así, diversos autores proponen la existencia de una  $v_{\text{estativa}}$  (Kratzer 1996, Arad 1999, Alexiadou 2010), que se contrapondría a una  $v_{\text{eventiva}}$ . Nótese que, si la proyección encargada de



introducir la variable eventiva o davidsoniana es, según asumimos aquí, SProc, entonces no necesitamos postular la existencia de variantes aspectuales en el nivel Sv o SInicio. De este modo, SInicio es estativo, no porque se encuentre positivamente especificado para ello, sino porque no introduce en sí mismo una variable davidsoniana. El especificador de SInicio será entendido como iniciador de un evento solo si Inicio toma, de hecho, un SProceso. Así, los valores que en otros modelos se obtienen modificando el valor de v, se obtienen aquí computando las distintas posibilidades combinatorias de las proyecciones subverbiales de acuerdo con un orden funcional rígido.

Por su parte, SRelación (SR) corresponde a la estructura sintáctica más elemental, y que, según asumiremos aquí, es categorialmente inespecificada (cf. Hale 1984, Hale y Keyser 2002, Mateu 2002, Adger y Ramchand 2003, Arche 2006, Brucart 2010). SR puede asumir, siguiendo a Hale y Keyser (2002) y Mateu (2002), un valor de coincidencia central o un valor de coincidencia terminal, según tendremos oportunidad de describir con mayor detalle en §3.3.1. En el contexto de (193), dicha estructura relacional se verbaliza por efecto de las proyecciones específicamente verbales SInic y SProc. Si alguna de estas dos proyecciones falta, SRcc debe ser categorizada por un SV que no aporta valor semántico a la estructura.

Una vez que se asume la jerarquía de (192), la identificación de las posiciones sintácticas en las que se define la estatividad sigue una lógica simple. Esta se puede sintetizar del siguiente modo. Si un contexto es sensible a la estructura a la que domina, pero no a aquella que está sobre él, entonces una proyección estativizadora puede localizarse observando los contextos que responden positiva o negativamente ante un determinado predicado. Este principio metodológico puede representarse del siguiente modo:

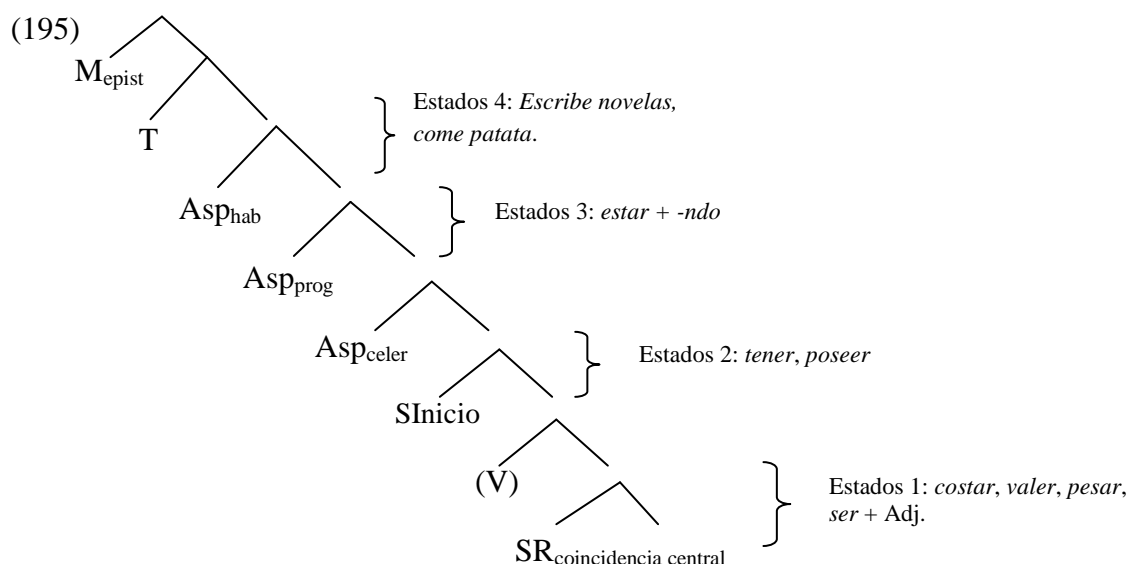
$$(194) [_{SX} A \quad X [_{SY} B \quad Y [_{SZ} C \quad Z ]]]$$

Supongamos que A, B y C son contextos sensibles a la estatividad. Si Z es un nodo estativizador, entonces será identificado como estado por A, B y C, puesto que, al representar la estructura más baja de la secuencia, se encuentra en el dominio de A, B y C. Por su parte, si Y es una proyección estativa, será indentificada como estado por A y por B, pero no por C, puesto que Y no se encuentra en el dominio de C. Finalmente, si X es un nodo estativo, solo será percibido como estado por A, pero no por B ni por C, puesto que el único contexto que manda-c a X es A. De este modo, los estados formados en proyecciones más “bajas” serán detectados por todos los contextos sensibles a la estatividad. Cuantos menos contextos identifiquen como estado a una estructura, más alta cabe pensar que es la configuración donde su estatividad se obtiene.

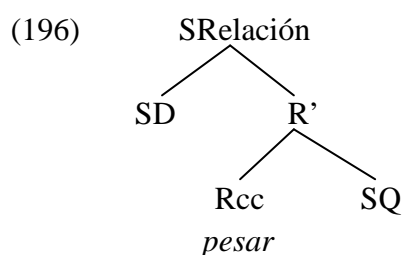
En general, la interacción de las pruebas con los niveles de estatividad arroja predicciones sólidas en diversos casos, aunque, como desarrollaremos en detalle en este apartado, su aplicación no es tan limpia en los niveles “bajos” de la estructura. Por ejemplo, como veremos en §3.3.5, la forma progresiva acepta todos los contextos que un estado rechaza en el nivel Sv, pero da lugar, en cambio, a lecturas modales epistémicas. A partir de este patrón, podemos deducir que la forma progresiva es

estativa, si bien esta estatividad corresponde a un nivel aspectual externo. Por otra parte, los verbos de posesión (*tener*, *poseer*) admiten modificadores locativos internos, pero no externos. Esto mueve a pensar que estos verbos lexicalizan un SInicio, puesto que no se ven afectados por la restricción de los contextos sensibles a la estatividad de niveles inferiores al argumento interno.

Siguiendo, pues, esta lógica, identificamos cuatro niveles estructurales estativizadores, según se observa en (195):

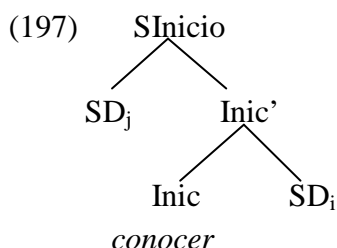


Los estados más básicos de nuestra jerarquía (estados de nivel 1) son aquellos que se definen por una relación de coincidencia central (cf. Hale 1984, Hale y Keyser 2002) en SR (SRcc). En este grupo integramos verbos como *pesar*, *valer*, *costar*, más las construcciones copulativas con *ser* (§3.3.1):



Esto predice que tales predicados han de ser clasificados como estados por todas las pruebas, predicción que se cumple, aunque con ciertas matizaciones que se revisarán con detalle en §3.3.1.

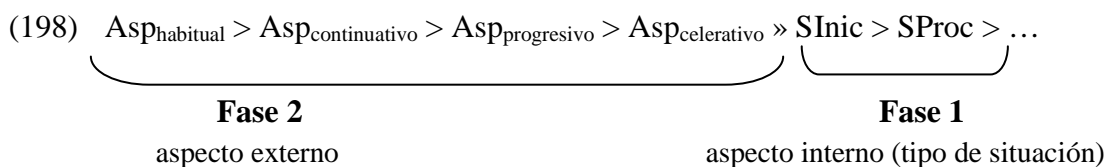
El siguiente nivel es el que corresponde a SInicio (estados de nivel 2). Aquí, encontramos verbos de posesión, como *tener* y *poseer*, y verbos de experimentante sujeto cognitivo (*conocer*, *saber*) (§3.3.2):



Estos dos niveles de estatividad agotan el dominio estructural del aspecto interno o de tipo de situación. En el nivel del aspecto externo, encontramos el Aspecto Progresivo (estados de nivel 3), que hasta aquí hemos considerado como una prueba de estatividad, pero cuyo estatus como estativizador (Parsons 1990, Hallman 2010, Lundquist 2012) se relaciona justamente con la incompatibilidad tradicionalmente observada entre forma progresiva y estados. En nuestra jerarquía, se predice que un evento en forma progresiva debe ser clasificado como estado por los contextos estructuralmente superiores al Aspecto Progresivo, pero no por los que se sitúan debajo de él, cuestión que, como veremos en §3.3.5, se cumple de forma clara. Por último, sobre el Aspecto Progresivo, encontramos el Aspecto Habitual (estados de nivel 4), que, siguiendo el patrón descrito, se clasifica como estado solo respecto de la Modalidad Epistémica, puesto que es el único contexto sensible a la estatividad que lo domina.

El grupo de los verbos existenciales que incluyen presuposición temporal (*permanecer, seguir, etc.*) ocupan una posición especial en la derivación sintáctica. Aunque se definen como estados en un nivel bajo (SRcc), incluyen más estructura aspectual que la usualmente lexicalizada por los verbos de ese nivel (*costar, faltar, haber, etc.*). En particular, propondremos, en §3.3.7, que estos verbos incluyen una proyección de Aspecto Continuativo, lo cual explicaría ciertas diferencias empíricas con el resto de los verbos existenciales. Esta proyección, también tomada de Cinque (1999: 95), corresponde al valor de adverbios como *still* ‘todavía’, y permite derivar composicionalmente el significado de verbos como *permanecer* o *seguir* a partir de una estructura existencial simple más la contribución semántica de este operador aspectual, lo cual ofrece el valor aproximado de ‘haber todavía’ propio de estos verbos.

Una cuestión importante en el análisis de la estructura de (195) es su interacción con la noción de fase (Chomsky 2001a, Chomsky 2001b, Adger 2003, Eguren y Fernández Soriano 2004: 320-327, Ramchand 2008). Entenderemos aquí, siguiendo a Ramchand (2008), que la definición del tipo de situación (Smith 1991) o aspecto interno (Verkuyl 1993) corresponde a la “primera fase” en la derivación sintáctica. Esta primera derivación incluye las características temporales internas del predicado y el ensamble de sus participantes básicos (sus “papeles temáticos”) en posiciones argumentales específicas. De este modo, asumiremos que la introducción de SInicio marca el final de la primera fase, puesto que coincide con la introducción del argumento externo, mientras que los nodos aspectuales de la jerarquía de Cinque (1999) corresponderán a una segunda fase sintáctica, que se relaciona con la modificación temporal externa de la situación definida en la primera fase. Esta diferencia puede apreciarse en el siguiente esquema:



Esta formulación extiende, aunque sin ser conflictiva con ella, la aproximación de Chomsky (2001b), según la cual la estructura oracional puede dividirse en dos fases principales: Sv y SC (Sintagma Complementante). Aunque Chomsky deja abierta la posibilidad de que existan más fases, atribuye a las proyecciones mencionadas el carácter de fases “fuertes”, es decir, aquellas donde puede aplicarse la operación de *Spell Out* (‘materialización’). Mediante dicha operación la estructura derivada es transferida a las interfaces fonológica (FF) y semántica (FL), elidiendo de la computación subsecuente los rasgos no interpretables ya cotejados. Eventualmente, FL recibirá solo rasgos interpretables, caso en el que la derivación “converge”. Semánticamente, una fase corresponde a un nivel “proposicional” (Chomsky 2001: 12): el nivel Sv integra la estructura argumental completa del predicado y el nivel SC aporta la fuerza modal o ilocutiva de la oración. Por otra parte, las fases han de definirse, según esta aproximación, mediante nodos funcionales y no léxicos (como V). Este último rasgo de la aproximación de Chomsky (2001b) puede ser puesto al margen en este estudio, toda vez que no hacemos una distinción fundamental entre proyecciones funcionales y léxicas o sustantivas.

En particular, veremos que la forma progresiva, que cuenta como la primera forma estativizadora de la segunda fase, rechaza como aducto predicados plenamente estativos. Esta restricción determina importantes consecuencias empíricas en los niveles de estatividad internos a la primera fase. Así, aquellos predicados que se forman en un nivel configuracional bajo (SRcc) pueden adquirir material funcional que los habilite para adoptar la forma progresiva antes de abandonar la primera fase. En cambio, los estados que se definen en SInicio lexicalizan el “techo estructural” de la primera fase, de forma que la modificación estructural disponible en los estados del primer nivel se ve en este caso bloqueada. En el caso de los estados de SInicio que aceptan la forma progresiva, la coerción aspectual es bastante más radical, hecho que, como mostraremos a lo largo de este apartado, puede derivarse de las asunciones estructurales básicas de nuestro modelo (en especial, véase §3.3.2.3).

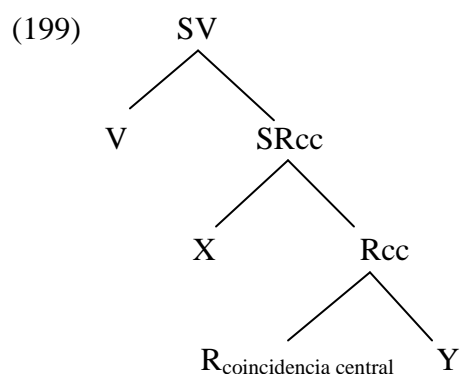
Aunque la interacción de la primera fase con la primera forma estativizadora de la segunda fase (el aspecto progresivo) puede llevar a pensar que la gramática rechaza la estativización sucesiva de un mismo predicado en más de una proyección, veremos que esta restricción es, como principio general, falsa. De acuerdo con la restricción de Proyección Vacua, dos nodos funcionales no pueden efectuar la misma operación semántica, pues esto conduce a un conflicto de interpretación en FL. De este modo, si ensamblamos dos nodos estativizadores seguidos, tendremos una violación de Proyección Vacua. Sin embargo, veremos que existen diversos casos donde más de una proyección “estativa” opera sobre un predicado. Así, por ejemplo, las oraciones habituales, estativas de por sí, pueden contener predicados ya estativizados en capas estructurales más bajas (v.g. *Juan siempre tiene dinero*, *Juan siempre está cantando*

*sevillanas*, más detalles en §3.3.6). Los alcances teóricos de este fenómeno tienen cierto interés. Si la restricción de Proyección Vacua es válida, puede argüirse que lo que entendemos por el carácter “estativo” de un predicado no corresponde, en rigor, a la operación que efectivamente lleva a cabo un núcleo sintáctico, sino a un resultado interpretativo que se obtiene en la interfaz semántico-conceptual. Si esto es así, el ensamble de dos núcleos sucesivos estativizadores no incurre en una violación de Proyección Vacua, puesto que, en rigor, no existe una operación sintáctica que pueda reducirse a la noción de estativización. Como hemos desarrollado en §1, y como ya habían propuesto Taylor (1977), Dowty (1979) y, de forma más reciente, Hallman (2010), un predicado estativo es aquel que puede ser evaluado en puntos de tiempo, por oposición a los eventos, que abarcan tiempo. Los fenómenos gramaticales que nos interesan son, en buena medida, un efecto de esta condición temporal. Sin embargo, la validez en puntos de tiempo puede obtenerse por distintas vías configuracionales, y a propósito de distintos “objetivos” semánticos. Así, habrá tantos niveles de estatividad como proyecciones existan cuya consecuencia para la estructura temporal del predicado sea la validez en puntos de tiempo y no en intervalos.

A lo largo de este apartado mostraremos cómo operan cuatro de estos niveles de representación: un núcleo relacional de coincidencia central (SRcc), que sirve de base para establecer predicaciones en distintos contextos categoriales (§3.3.1); la proyección más externa de la primera fase sintáctica (SInicio), que introduce el argumento externo de un evento y que, al no introducir, en sí mismo, el argumento davidsoniano, carece de extensión temporal en ausencia de SProc (§3.3.2); la forma progresiva (Asp<sub>prog</sub>), que toma un punto de tiempo incluido propiamente en el intervalo de validez del predicado original (§3.3.3); y, finalmente, las lecturas habituales, que crean un “hábito” a partir de una serie de ocurrencias temporalmente distinguibles (§3.3.4). Los niveles SRcc y SInicio, dadas nuestras asunciones estructurales, agotan las posibilidades de expresar estados puros en el dominio sintáctico de la primera fase. En cambio, los niveles de la forma progresiva y del Aspecto Habitual constituyen ejemplos de las operaciones que pueden tener un efecto estativizador en la fase del aspecto externo, y su descripción no constituye, a efectos de este dominio, un análisis exhaustivo.

### *3.3.1. Estados de nivel 1: SRcc*

La forma más simple de obtener un predicado estativo es, en términos configuracionales, la de introducir un núcleo relacional de coincidencia central. Dicha estructura, al ser tomada como complemento de SV, adquiere categoría verbal. Si no se añade una proyección adicional que modifique el valor aspectual así definido, el predicado debe ser caracterizado como estado de acuerdo a todas las pruebas de la jerarquía de (192). Los verbos que pertenecen a esta clase tendrían, de este modo, la siguiente configuración básica (con variaciones en las que nos detendremos más adelante):



Los verbos que pertenecen a esta clase, extraídos de la tabla 5 de §3.2.4, se sintetizan en la siguiente tabla, en la que añadimos la conducta que ofrecen frente a las pruebas de estatividad:

	<b>Existenciales de cantidad</b> ( <i>haber, faltar, sobrar</i> )	<b>Verbos de medida</b> ( <i>pesar, costar</i> )	<b>Verbos psicológicos emocionales</b> ( <i>amar, odiar</i> )
<b>Modalidad epistémica</b>	+	+	+
<b>Progresiva (mantenimiento de estado)</b>	-/+	+	+
<b><i>Lentamente</i></b>	-	-	-
<b><i>Un poco</i></b>	-	-	-
<b>Locativos externos</b>	-	-	-
<b>Locativos internos</b>	-	-	-

Tabla 6. Verbos de nivel 1 ante las pruebas de estatividad

Según discutimos en §1.2.2.1, la idea de que las nociones en principio espaciales de coincidencia central y terminal pueden aplicarse al dominio temporal de la aspectualidad proviene de Hale (1984), quien observó que, en walpiri, un clítico direccional de coincidencia central como *-yi* daba al verbo al que se unía un valor aspectual imperfectivo. Esta propuesta, desarrollada en Hale y Keyser (2002), ha sido empleada por Arche (2006) para dar cuenta del valor que las preposiciones tienen en el valor aspectual dinámico de ciertas construcciones copulativas del español (v.g. *Juan está siendo cruel con Pedro*). Desde un punto de vista más abstracto, puede asumirse que las relaciones de coincidencia central o terminal son categorialmente neutras (es decir, que no dependen de las preposiciones entendidas como piezas léxicas de las lenguas), y otorgan un valor espacial o temporal dependiendo del contexto sintáctico en que se inserten. Dicha posición es la que sugieren Hale y Keyser (2002), al proponer que la estatividad depende de un valor de coincidencia central que puede realizarse en

distintas categorías gramaticales: verbos (cópulas), adjetivos y preposiciones. La diferencia entre la estructura de (199) y la propuesta de Hale y Keyser (2002) radica en que, para estos autores, el valor de coincidencia central/terminal corresponde a un rasgo que puede manifestarse en núcleos pertenecientes a diferentes categorías, mientras que, para nosotros, es introducida por una proyección independiente que puede categorizarse por efecto de su combinación con otras proyecciones (cf. Mateu 2002). Así, asumimos que el valor de coincidencia central de la estructura de (199) adopta un valor de coextensión temporal en el contexto de SV y, en última instancia, el de una relación de predicación en FL, en la que el elemento en posición de complemento de SRcc (Y) se interpreta como una propiedad atribuida al elemento que ocupa la posición de especificador (X) (cf. Mateu 2002, Moreno Cabrera 2003).

La proyección SRcc puede equipararse a proyecciones similares que se han propuesto en otros modelos teóricos. Así, en el trabajo de Rothmayr (2009), se asume que la configuración verbal básica corresponde a SPred ('predicación'), correspondiente al operador aspectual BE 'ser' de Dowty (1979). Esta proyección puede ser dominada por otros operadores aspectuales/sintácticos (DO, CAUSE, BECOME), dando lugar, así, a diferentes clases aspectuales. En esta propuesta, no obstante, la proyección estativa básica se considera categorialmente marcada, puesto que corresponde al bloque elemental del Sv. Una aproximación similar encontramos en Ramchand (2008), para quien el Sv se descompone en SResultado, SProceso y SInicio. SResultado, que aspectualmente corresponde a una relación estativa, se interpreta como resultado al ocupar la posición de complemento de SProceso, proyección que codifica la dinamicidad. Al proponer que estas proyecciones equivalen a una segmentación jerárquica del Sv, se asume que SResultado debe ser, igualmente, una proyección verbal. Por último, Roy (2010, 2013), basándose en el trabajo de Bowers (1983), propone también la existencia de un SPred. Sin embargo, en la aproximación de Roy el SPred es categorialmente libre y no se restringe al contexto del Sv. Como soporte sintáctico de los adjetivos predicativos, puede aparecer igualmente como modificador del SD (v.g. *la bailarina es bella / una bella bailarina*). En esta última aproximación, pues, encontramos un nodo relacional categorialmente no marcado, más próximo a lo que en este estudio entendemos por SRcc.<sup>103</sup>

### 3.3.1.1. La conducta de los estados de nivel 1 frente al aspecto externo

La predicción que realizábamos acerca de la posición estructural de los estados de nivel 1 es que estos serían caracterizados como estados de acuerdo con todas las pruebas empleadas, cuestión que, como hemos adelantado, no se cumple de modo exacto. En particular, según se observa en la tabla 6, las tres clases verbales admiten, en ciertos

<sup>103</sup> Otras aproximaciones similares pueden relacionarse con el análisis de las cláusulas mínimas avanzado ya en Stowell (1978, 1981), quien propuso que este tipo de estructuras, carentes de núcleo, podían insertarse bajo proyecciones verbales y manifestarse, así, como estructuras copulativas independientes (*Juan es tonto*) o como cláusulas reducidas (*Pedro considera a Juan tonto*). Chung y McCloskey (1987) propusieron, más tarde, sobre la base de datos del irlandés, que la estructura de las cláusulas mínimas incluía un núcleo relacional predicativo análogo al defendido por Bowers (1983), postura similar a la que encontramos en Adger y Ramchand (2003). Para más detalles, véase §2.7.1.

contextos, la forma progresiva. Esto, según nuestras asunciones básicas, resulta inesperado. Consideremos, para ejemplificar este problema, el verbo *costar* en las oraciones siguientes:

- (200) a. [El libro cuesta 10 euros] en la Casa del Libro.  
b. \*El libro costó 10 euros lentamente.  
c. El libro está costando 10 euros.  
d. El libro {costará / estará costando} 10 euros.

Una prueba que opera en el nivel del sintagma verbal, como el empleo de modificadores de lugar, nos indica que *costar* es estativo (se recordará que la oración solo es aceptable si el modificador de lugar se lee bajo una interpretación de marco) (§3.2.1.1). Lo mismo sucede con *lentamente*, adverbio que, si seguimos la jerarquización de Cinque (1999), debería intervenir antes del Aspecto Progresivo, en el Aspecto Celerativo (bajo) (§3.2.2.1). El problema aparece cuando intentamos discriminar el carácter estativo de *costar* empleando la perífrasis progresiva (200c). Si la forma progresiva es un estativizador de eventos, tendremos que postular una proyección funcional intermedia que modifique el valor aspectual original de SRcc. En particular, o bien existe un mecanismo estructural que proporcione al predicado validez en intervalos, o bien renunciamos a la idea de que la forma progresiva no puede aplicarse sobre predicados válidos en puntos de tiempo. Vale decir, o bien *costar* ha dejado de ser (plenamente) estativo en algún punto intermedio de la derivación entre SRcc y Asp<sub>prog</sub>, o bien la idea de que la forma progresiva requiere como aducto un objeto no estativo es falsa (cf. Gavis 1998, Zucchi 2001, Kearns 2003, Marín y McNally 2011).

La opción más sencilla es postular que *estar costando* no es ya un estado, sino un proceso en virtud del cual el valor que se asocia a cierta entidad se modifica de acuerdo a una escala creciente o decreciente. Así, este evento creado sobre *costar* puede adoptar la forma progresiva, porque ya no se trataría de la estativización de un estado, sino de un proceso. Existen dos argumentos en contra de esta posición. El primero se relaciona con la interpretación semántica de (200c). De esta oración no se sigue (cf. 3.2.2.2.2) que el valor asociado al libro *deba* cambiar, cuestión que estaría implicada si, efectivamente, hubiese un proceso en su estructura semántica. Solo se nos pide que no establezcamos una relación *necesaria* entre el libro y el valor de 10 euros. Si dicho valor se mantiene estable a lo largo del tiempo, (200c) seguirá siendo verdadera. Nótese, sin embargo, que sí es lícito establecer que (200c) indica que el valor *se mantiene* en un grado específico y que, eventualmente, podría cambiar. Dicho significado es el que vuelve relevante, en principio, enunciar (200c). Contrástese esto con lo que sucede en un caso donde resulte dificultoso disociar una entidad de un cierto valor:

- (201) El libro {pesa / ??está pesando} dos kilos.

Dado que un libro no varía normalmente su peso, la idea de que el valor que se le atribuye solo se mantiene transitoriamente es enciclopédicamente difícil de sostener. Por lo tanto, la forma progresiva produce un resultado inaceptable.



Un segundo argumento para rechazar la idea de que (200c) designa un proceso de crecimiento o disminución de un valor se sigue de la jerarquía expuesta en (192). Un evento dinámico definido antes de llegar al aspecto progresivo debería aceptar *lentamente*, pero *estar costando*, como muestra (202b), sigue rechazándolo:

- (202) a. Los niños están creciendo lentamente.  
b. \*El libro está costando { 10 euros/mucho } lentamente.

El elemento que tendríamos que postular entre SRcc y el aspecto progresivo debe, por un lado, permitir la interpretación de ‘mantenerse en *x*’ y, por otro, garantizar el rechazo de *lentamente*. Existen unidades léxicas del español que reúnen estas características. Es el caso de un verbo como *mantener*, o de los llamados estados davidsonianos (Maienborn 2005):

- (203) a. Los asuntos se están manteniendo en orden.  
b. \*Los asuntos se mantienen en orden lentamente.

Como se observa en (203), *mantenerse* acepta la forma progresiva (cf. (200c)) y rechaza *lentamente* (cf. (202b)). De acuerdo con nuestras asunciones estructurales (cf. (193), véase *supra* §2.7), este valor aspectual se sostiene sobre la combinación de SRcc más una proyección SProc. Proc introduce un argumento eventivo que posee validez en intervalos, pero que no conduce necesariamente a una lectura de cambio de estado. De este modo, la forma progresiva se ve legitimada sin que abandonemos necesariamente el terreno de la estatividad, en la medida en que no estamos forzados a introducir cambio. Nótese que la estructura [SProc [SRcc]] es la que se ha propuesto para dar cuenta, igualmente, de los estados davidsonianos o de intervalo (Fábregas y Marín 2012a, 2012b, 2013). Es interesante notar, pues, que los estados davidsonianos se comportan, a efectos de los contextos considerados, como los estados de nivel 1:

- (204) a. El Sol está brillando (\*lentamente).  
b. La puerta está chirreando (??lentamente).<sup>104</sup>  
c. Juan está durmiendo (\*lentamente).

---

<sup>104</sup> Para algunos hablantes el empleo de *chirriar* en combinación con el adverbio *lentamente* es plenamente gramatical. Nótese que, para estos hablantes, *chirriar* se clasificaría como un evento dinámico atético (una actividad) y no como un estado davidsoniano. La diferencia estriba en que un estado davidsoniano denota el mantenimiento de una propiedad en el tiempo, sin cambio interno, mientras que una actividad denota una serie de cambios de estado (véase §1.1.7). La variación aspectual en la clase de los verbos de emisión es esperable, puesto que la presencia o ausencia de cambio interno dependerá de cómo se conceptualice la sustancia emitida por el objeto en cuestión. Si esta se concibe como una serie de entidades contables, podemos medir el ritmo con que se desprende del objeto. Así, los chirridos pueden abandonar la puerta con una velocidad mayor o menor, y el adverbio *lentamente* es aceptable, puesto que se trata de una actividad. Sin embargo, para la mayoría de las personas la luz se comporta como una sustancia no contable, de forma tal que el brillo que desprende un objeto no es susceptible de emanar con un ritmo más o menos lento.

Sin embargo, sería una conclusión errada afirmar que verbos como *costar* son, en verdad, estados inherentemente davidsonianos sobre la base de que aceptan, como los verbos de (204), la forma progresiva. En particular, y como tendremos ocasión de discutir con más detalle en §4.1.4, los estados davidsonianos rechazan las lecturas modales orientadas al presente, en lo que contrastan con los verbos listados en la tabla 6. Así sucede, por ejemplo, con *brillar* o *dormir*:

- (205) a. El sol brillará. (lectura temporal excluyente)  
 b. El sol debe brillar. (lectura prospectiva excluyente)  
 c. Juan dormirá. (lectura temporal excluyente)  
 d. Juan debe dormir. (lectura deóntica excluyente)

Así, lo que proponemos en este apartado es que los predicados estativos de nivel 1 adoptan un comportamiento de estado davidsoniano sintácticamente inducido por efecto del ensamble de SProc sobre SRcc. Sin embargo, los verbos *costar*, *pesar* o *faltar*, de este grupo, lexicalizan estructuras más simples (de estado puro), y aceptan, consiguientemente, lecturas modales (véase §3.2.3.7) (v.g. *El libro costará diez euros*, lectura modal disponible). Si, como es el caso de los estados *léxicamente* davidsonianos, estos verbos lexicalizaran necesariamente un SProc, la aceptabilidad de la forma progresiva iría acompañada de un rechazo sistemático de las lecturas modales epistémicas, ya que, como hemos visto en §3.2.3.6, tales comportamientos gramaticales van de la mano. La validez en intervalos requerida por la forma progresiva es la condición aspectual que impide la obtención de lecturas epistémicas.

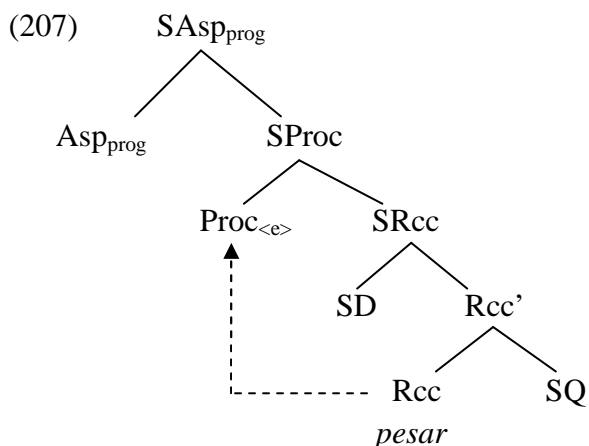
Si SRcc relaciona una entidad con una propiedad, entonces la relación semántica entre SRcc y SProc puede formalizarse del modo siguiente (§2.7.2):

- (206) a.  $\|Rcc\| = \lambda y \lambda x. Rcc(x, y)$   
 b.  $\|Proc\| = \lambda p \lambda e. P(e) \ \& \ \forall I [hold(e, I) \rightarrow hold(p, I)]$   
 c.  $\|[SProc \ [SRcc]]\| = \lambda e. P(e) \ \& \ \forall I [hold(e, I) \rightarrow hold(Rcc(i, j), I)]$   
 d.  $\|[SProc \ [SRcc]]\| = \lambda e. P(e) \ \& \ cover(e, Rcc(i, j))^{105}$

De acuerdo con (206c), la estructura  $[SProc \ [SRcc]]$  se interpreta del siguiente modo: Proc introduce una variable eventiva, cuya huella temporal es necesariamente válida en intervalos, y para todo intervalo en el que el evento *e* es válido, es también válida la proposición  $Rcc(i, j)$  introducida en SRcc. Es en estos términos temporales que podemos traducir la relación de ‘mantener’ que se da entre un evento y un estado (cf. Fábregas y Marín 2012b, 2013; Jackendoff 1983). Nótese que la caracterización del evento ( $P(e)$ ) es distinta, en las fórmulas de (206), del predicado introducido por SRcc. Esto responde a la posibilidad de que el verbo que lexicaliza Proc sea distinto de la pieza de vocabulario que lexicaliza el predicado de SRcc. Así, podemos decir *Mantener la lámpara con brillo*, pero también, simplemente, *brillar*.

<sup>105</sup> Recordemos que, según hemos expuesto en §2.7.2, la relación temporal entre el evento *e* y la proposición *p*, expresada como una cuantificación universal sobre intervalos, puede reescribirse como una relación entre *e* y *p*, que hemos denominado “cover”.

Por lo tanto, proponemos que los verbos de estado de nivel 1 que aceptan la forma progresiva asumen, en este contexto sintáctico, la siguiente estructura:



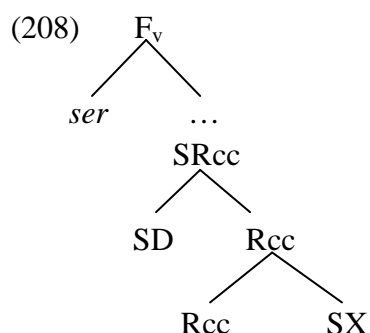
Detengámonos un momento en cómo se computa el significado que intuitivamente otorgamos a una oración como *Juan está pesando 80 kilos* a partir de una estructura como la (207). Intuitivamente, esta oración se entiende como la asociación temporal, pasajera, de un determinado peso con Juan. No hay un cambio de estado, pero entendemos que ese estado es transitorio, que puede cambiar. En términos estructurales, SRcc nos entrega una relación predicativa que relaciona una entidad con una dimensión valuada. Al no introducir un argumento davidsoniano, esta relación semántica no posee extensión temporal y es, por defecto, estativa. Luego, añadimos SProc, que proporciona validez en intervalos y que, en combinación con SRcc, da lugar a una lectura de ‘mantenimiento’ de estado, de acuerdo con la interpretación semántica de (206): para cada intervalo en que el evento *e* es válido, es igualmente válida la instanciación de la propiedad denotada en SRcc. Luego, al ensamblar la forma progresiva, tomamos un punto de tiempo que pertenece al intervalo de validez del evento y decimos que el predicado es válido en ese punto. Si adoptamos la interpretación modal que Dowty (1977, 1979) ofrece para la forma progresiva, asumimos que el predicado *puede* ser válido en el subintervalo que va desde el momento presente hasta el límite final, siempre y cuando nuestro mundo corresponda a un *mundo inercial* en el que las cosas siguen un rumbo coherente y esperable a partir del estado de cosas previo. Pero no hay garantías de ello. Así, pasamos de atribuir una propiedad a Juan, a restringir la validez de esa propiedad a un estadio puntual de Juan. Bajo criterios de economía pragmática (Grice 1979), no emplearíamos la derivación de (207) a menos que estimemos, en efecto, que el peso atribuido a Juan puede cambiar. De otro modo, nos valemos de la forma más simple, [V [SRcc]], que atribuye a Juan dicho peso sin más. En ausencia de mayores especificaciones temporales, en este último caso asumimos que dicha propiedad acompaña a Juan de modo temporalmente indefinido.

En §3.3.5, volveremos sobre la interpretación semántica de la forma progresiva en combinación con estados, una vez que hayamos estudiado las restricciones estructurales que siguen, a este respecto, los verbos estativos de nivel 2. Allí,

ofreceremos una caracterización más explícita del valor puntual de la forma progresiva, entendida como una forma estativizadora.

### 3.3.1.2. Evidencias adicionales provenientes de la alternancia copulativa

La explicación ofrecida para la “anomalía” de algunos estados de nivel 1 respecto de la jerarquía de pruebas recibe apoyo al observar la conducta de ciertas estructuras copulativas con *ser*, que siguen un patrón similar al de *costar*, *faltar*, etc. Como estructuras predicativas, puede argüirse que las construcciones copulativas con *ser* corresponden, en general, a estados de nivel 1. Esto es, su estructura básica correspondería a un SRcc que, por efecto de la inserción de una proyección funcional de tipo verbal lexicalizada por la cópula, puede manifestarse como una oración independiente (Stowell 1978, 1981; Brucart 2010, Roy 2013, véase §2.7.1):<sup>106</sup>



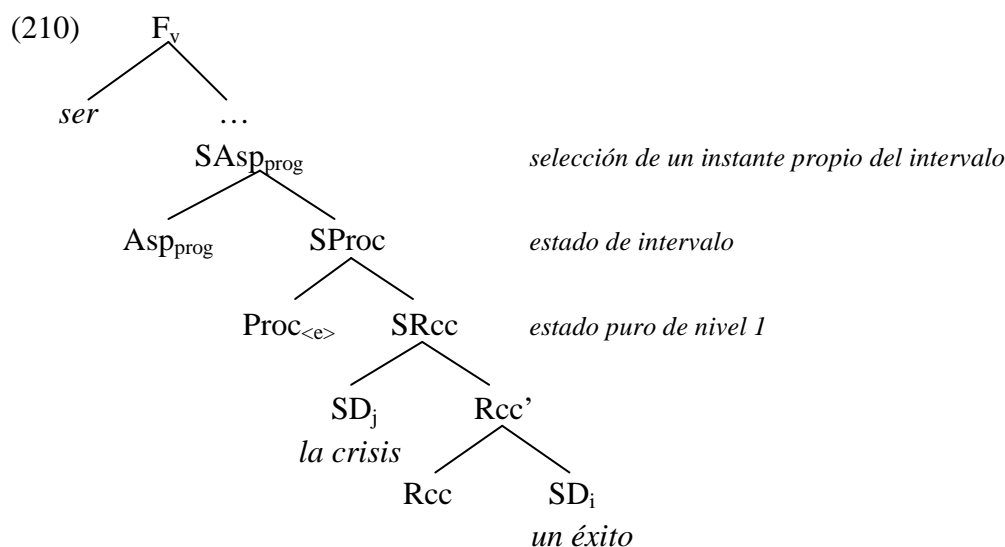
Dada esta configuración, las estructuras predicativas que ingresan en el dominio de la cópula pueden ser dinamizadas en un nivel inferior a Asp<sub>prog</sub> y dar lugar a formas gramaticales bajo la forma progresiva. En otras palabras, la estructura SRcc es compartida por estados de nivel 1 del tipo *costar*, *faltar*, *sobrar* y la CR que, una vez que se inserte *ser*, adquirirá forma de cláusula finita. De este modo, los mismos mecanismos que permiten transformar contextualmente un estado puro de nivel 1 en un estado de intervalo deberían encontrarse disponibles en el caso de la CR incluida en una oración copulativa. Algunos ejemplos que respaldan esta posibilidad estructural son los siguientes:

- (209)
- a. Los problemas de España están siendo políticos.
  - b. Está siendo difícil conseguir apoyo ciudadano.
  - c. “¡La crisis **está siendo** un éxito!” (google.es).
  - d. “El ministro Soria **está siendo** claramente incompetente con la reforma eléctrica” (google.es).

<sup>106</sup> La estructura asumida en este subapartado se encuentra simplificada para efectos de la argumentación. Un análisis más detallado atribuiría a *ser* la materialización de rasgos flexivos de tiempo y concordancia, como un verbo de ascenso que presta a una predicación forma de cláusula finita (véase Roy 2013). Aunque este análisis sea más acertado, introduciríamos complicaciones innecesarias para lo que en este punto queremos destacar.

e. “¿Quién **está siendo** más determinante, Bale o Neymar?” (google.es).

En los ejemplos de (209) volvemos a encontrar el significado que intuitivamente atribuimos a oraciones del tipo *El niño está pesando mucho*. Una situación estativa es válida en el momento de la enunciación, pero no hay garantías de que siempre haya sido así o de que esta situación se extienda indefinidamente. El estado, por lo tanto, se mantiene vigente, aunque su continuación en el tiempo es inestable. De este modo, siguiendo el patrón de (207), una oración como (209c) recibiría la siguiente representación (excluyendo movimientos de los argumentos a los especificadores altos):



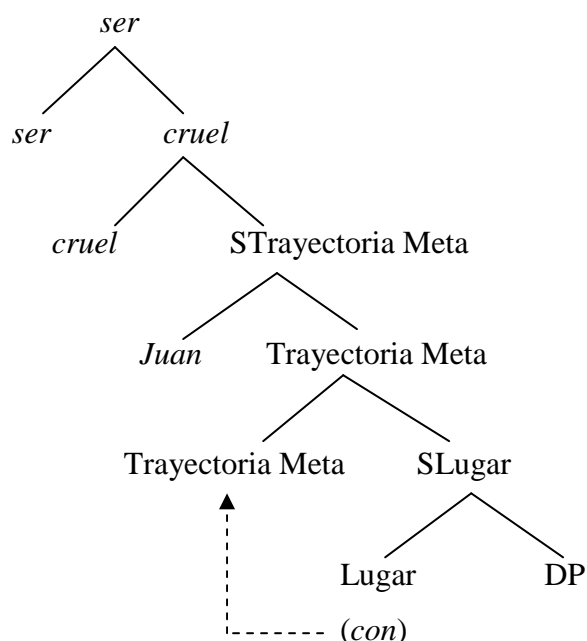
De este modo, la derivación de (210) sigue pasos análogos a los que hemos revisado en el caso de (207). La estructura SRcc, al no introducir una variable eventiva, permite que la predicación sea evaluada en puntos de tiempo (estado puro). Al introducir SProc, proporcionamos, mediante la variable eventiva, duración intrínseca al predicado (estado de intervalo o davidsoniano). Finalmente, el Aspecto Progresivo selecciona un instante propio del intervalo de validez del evento, para indicar que el mantenimiento de la propiedad expresada en Rcc' es inestable (nada garantiza que se mantendrá una vez transcurrido el instante que la forma progresiva focaliza). Finalmente, el añadido de la cópula presta a la CR modificada asepectualmente forma de cláusula finita. Obtenemos composicionalmente el valor de que la crisis es un éxito 'por el momento'.

Conviene realizar dos comentarios respecto de la configuración que hemos descrito. En primer lugar, los datos de (209) no deben confundirse con el valor agentivo dinámico que en determinados contextos estructurales adquiere el predicado introducido por la cópula *ser* (Zucchi 2001, Arche 2006). Así, Arche (2006) examina casos como los siguientes:

- (211) a. Juan está siendo cruel \*(con Pedro).  
 b. Juan está siendo amable \*(con los niños).  
 c. Juan está siendo infiel \*(a María).

De acuerdo con Arche (2006), la aceptabilidad de la forma progresiva depende en estos casos de la introducción de un SP, que posibilita un cambio en el valor aspectual del predicado. Así, *con Pedro* puede descomponerse en una trayectoria que conduce a una ‘meta afectada’. De acuerdo con la autora, este análisis se representa del modo siguiente:

(212) *Juan fue cruel con Pedro.* (Arche 2006: (180))



Aunque el análisis propuesto por Arche no es directamente traducible al modelo de descomposición verbal asumido por nosotros, es interesante notar que la configuración básica del predicado ya no consiste en una relación de coincidencia central, puesto que se ha introducido una Trayectoria. Esta configuración permite la formulación de un evento dinámico (télico) al que puede asociarse un valor agentivo. Así, las construcciones copulativas analizadas por Arche admiten además el modo imperativo:

- (213) a. ¡Sé cruel con Pedro!  
 b. ¡Sé amable con los niños!  
 c. ¡Sé infiel a María!

En contraste, las construcciones copulativas de (209) sobre las que hemos llamado la atención aquí rechazan el imperativo, puesto que no son agentivas:

- (214) a. \*¡Crisis, sé un éxito!  
 b. \*¡Problemas de España, sed políticos!

Por lo tanto, vemos que el tipo aspectual de las construcciones copulativa de (209) no se ha modificado sustancialmente. Solo hemos pasado de un estado puro a un estado de intervalo, mediante el añadido de más estructura funcional. En cambio, los datos de

Arche corresponden a una modificación más radical de la estructura predicativa básica, que pasa, así, a sostener un evento dinámico agentivo. En ambos casos la forma progresiva se ve legitimada, pero bajo condiciones estructurales distintas.

Un segundo comentario se relaciona con factores que independientemente restringen la aplicabilidad de la forma progresiva a las construcciones copulativas. Comentaremos brevemente uno de ellos. Los predicados ejemplificados en (209) seleccionan siempre *ser* y se resisten a tomar *estar*, según se observa en (215):

- (215) a. \*Los problemas están políticos.
- b. \*La crisis está un éxito.
- c. ??El ministro está incompetente.
- d. \*Bale está determinante.

Sabemos que las construcciones copulativas con *estar* corresponden a estados SL (Arche 2006, Roy 2013). Por otra parte, una asunción razonable consiste en afirmar que la forma progresiva conforma también un estado SL (cf. Carlson 1977, Marín 2010, Levin y Rapaport 1995, véase *infra* §3.3.5). Consiguientemente, si los predicados de (209) no pueden combinarse con la cópula *estar* y deben, en cambio, tomar obligatoriamente *ser*, la introducción de estos bajo la forma progresiva constituye un excursus estructural para conseguir un estado SL a partir de un predicado en principio IL. Dicho de otro modo, dado que no podemos decir \**Los problemas están políticos* (215a), empleamos la forma progresiva para decir *Los problemas están siendo políticos*, obteniendo una estructura cuyos efectos semánticos son similares a la que ofrece la selección de la cópula *estar*. Un indicio de que esto así proviene del hecho de que el empleo de la forma progresiva es bastante menos aceptable, cuando agramatical, con predicados que pueden alternar entre *ser* y *estar*:

- (216) a. Juan {es/está} alto.
- b. \*Juan está siendo alto.
- (217) a. Juan {es/está} loco.
- b. \*Juan está siendo loco.
- (218) a. Juan {es/está} feliz.
- b. ??Juan está siendo feliz.<sup>107</sup>

Dado que los predicados de (216-218) admiten la cópula *estar*, pueden crear un estado SL evitando la derivación más larga que involucra emplear la cópula *ser* bajo la forma progresiva.<sup>108</sup>

<sup>107</sup> Una búsqueda en Google arroja 6.220.000 casos para *está feliz*, frente a 27.000 para *está siendo feliz*. Por lo tanto, aunque algunos hablantes admiten la segunda forma, se trata de un uso bastante marcado.

<sup>108</sup> Nótese que estas observaciones no proporcionan una explicación de por qué, de hecho, unos predicados seleccionan obligatoriamente *ser* mientras que otros pueden alternar entre *ser* y *estar* (al respecto, véase Arche 2006, Brucart 2010, Gumiel y Pérez 2012, Roy 2013, entre otros). Sin embargo, dado que este es el caso, nuestro análisis de los estados de nivel 1 permite predecir que la forma progresiva no se registrará mayormente con predicados alternantes.

En síntesis, hemos visto que los predicados que seleccionan *ser* de modo exclusivo pueden emplear la forma progresiva para crear un estado SL, cuya interpretación es análoga a la que se obtiene con otros estados de nivel 1 (v.g. *Está faltando dinero en la administración*): el mantenimiento provisorio de un estado. Esta construcción difiere del empleo eventivo dinámico agentivo de la cópula *ser*, en que el valor estativo del predicado de base se pierde (v.g. *Juan está siendo cruel con Pedro*) (Arche 2006). En términos estructurales, el uso de la forma progresiva que hemos descrito involucra la creación sintáctica de un estado de intervalo (o davidsoniano) que permite legitimar el Aspecto Progresivo en una fase posterior de la derivación. Por último, hemos visto que los predicados que alternan entre *ser* y *estar* pueden emplear la segunda cópula para crear directamente un estado SL, evitando la derivación más larga que los ejemplos de (209) representan.

### 3.3.1.3. Valores modales epistémicos en estados de nivel 1

Una vez que nos posicionamos estructuralmente sobre el nivel de Asp<sub>prog</sub>, el siguiente contexto gramatical sensible a la estatividad corresponde a la aceptación de valores modales epistémicos. De lo que hemos expuesto hasta aquí se sigue que estos valores serán aceptables en dos posibilidades: (i) si el predicado se ha mantenido estativo desde SRcc (*el libro costará 10 euros*) y (ii) si, en una fase intermedia, el predicado ha adquirido valor de estado davidsoniano (mediante SProc) y se ha vuelto a transformar en estado puro bajo la forma progresiva (*el libro estará costando 10 euros*). Dicha predicción, como muestra (219), se cumple, tanto para verbos (219a, 219b) como para construcciones copulativas (219c, 219d):

- (219) a. Juan {pesará/estará pesando} ochenta kilos.
- b. {Faltará/estará faltando} dinero en la empresa.
- c. Los problemas de España {serán / estarán siendo} políticos.
- d. Pedro {será / estará siendo} un incompetente.

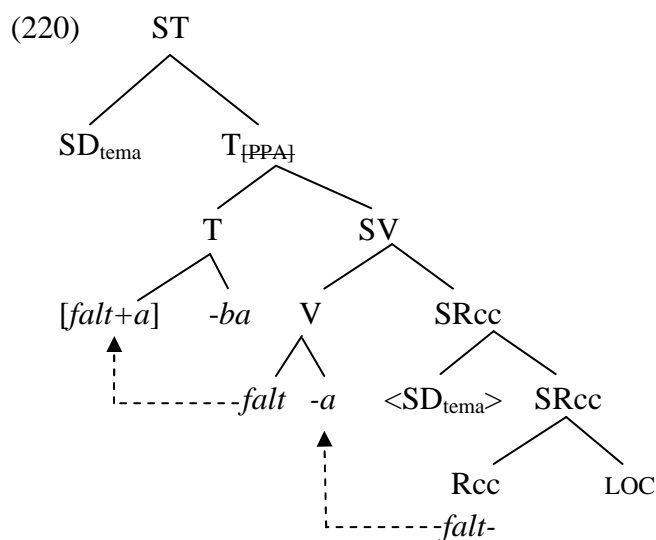
Como se observa en (219c, 219d), tanto en las versiones copulativas simples como en aquellas donde actúa la forma progresiva podemos obtener una lectura modal epistémica, dependiendo, como hemos indicado, de si el predicado se ha mantenido inalteradamente estativo desde Rcc, o bien si ha sido “re-estativizado” en Asp<sub>prog</sub>.

### 3.3.1.4. Estructuras sintácticas de los verbos de estado de nivel 1

Para concluir la discusión sobre los verbos estativos de nivel 1, proporcionaremos una representación sintáctica algo más detallada de los grupos de verbos considerados en la tabla 6 (verbos existenciales de cantidad y verbos de medida).



En la estructura arbórea de (220) se observa cómo opera la derivación de un verbo existencial de cantidad (en este caso, *faltar*), desde el ensamble de la proyección SRcc hasta el ST, pasando por su verbalización en SV:



Como hemos argumentado en §3.2.1.1.2, los verbos existenciales pueden considerarse como una relación de coincidencia central entre una entidad y un lugar. Una prueba de esto, según indicamos en el subapartado referido, es la conducta de estos verbos ante la extracción desde islas interrogativas débiles (cf. Bosque y Rexach 2009, Eguren y Fernández Soriano 2004). En (221) introducimos los ejemplos relevantes:

- (221) a. ¿Dónde<sub>i</sub> no sabes si falta dinero h<sub>i</sub>?  
 b. ¿Qué<sub>i</sub> no sabes si compró Juan h<sub>i</sub>?  
 c. \*¿Dónde<sub>i</sub> no sabes si Juan compró un coche h<sub>i</sub>?

Como puede apreciarse en estos casos, la extracción de una frase locativa sigue, en el caso de un predicado existencial (221a), el patrón de la extracción de un argumento (221b), y no el de una frase locativa adjunta (221c). De este modo, puede argüirse que la aceptación de frases locativas en el caso de los verbos existenciales se debe a su carácter argumental, constituyendo, así, un contraejemplo aparente a la restricción que impide a los predicados de estado recibir modificación de lugar. Consiguientemente, la frase locativa debe formar parte de la configuración básica del predicado, que, en la figura de (220), integra el argumento LOC en la posición de complemento de Rcc.<sup>109</sup>

<sup>109</sup> Una consecuencia interesante de que las frases locativas de los verbos existenciales sean tratadas como argumentos es que permite entender que algunos de ellos se comporten como verbos “psicológicos”. Según la teoría de Landau (2009), los experimentantes se comportan sintácticamente como locativos, propuesta que comentaremos con mayor detalle en §4.2.5. Por lo tanto, si los locativos son argumentos del verbo y esta posición puede manifestarse conceptualmente como ‘lugar’ o como ‘experimentante’, es esperable que ambos elementos se encuentren en distribución complementaria:

El siguiente paso en la derivación de (220) es el ensamble de SV. Hasta este punto, tenemos un predicado que relaciona una entidad con un lugar, de forma tal que esa entidad se manifiesta de acuerdo con una cierta cantidad. Al añadir SV, dicho predicado adquiere categoría verbal. Así, el elemento *falt-*, que identifica la relación de coincidencia central, se desplaza hasta V, que puede considerarse el correlato sintáctico de la vocal temática.<sup>110</sup> De este modo, la incorporación de Rcc (*falt-*) en V (-a), nos da el núcleo complejo *falta-*, que puede entrar ya en una forma flexiva del paradigma. Ese es, así, el siguiente paso, cuando ensamblamos el ST, que proporciona los rasgos de tiempo (materializados, en el ejemplo, por -ba). Finalmente, el SD en posición de especificador se desplaza a [Espec, ST] para cotejar el PPA de ST, que determina que este constituyente acabe siendo el sujeto de la oración.<sup>111</sup> Derivamos, de este modo, una oración como *El agua falta en muchos países*.

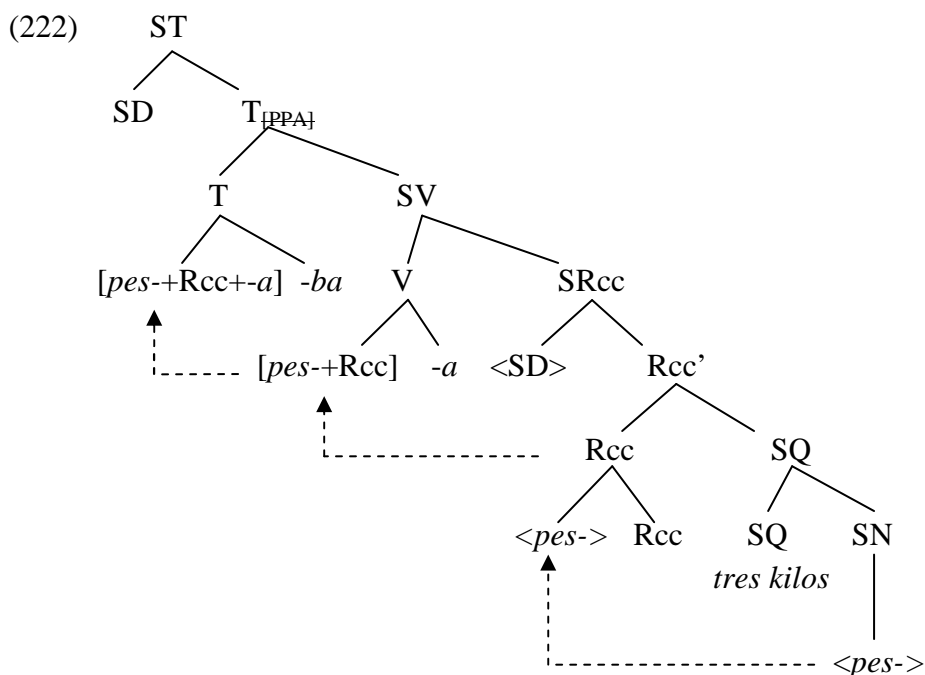
Pasemos ahora a presentar una representación sintáctica detallada para los verbos de medida (*costar, valer, pesar*, etc.), que sigue las líneas fundamentales de la derivación formalizada en (220). Dicha representación corresponde a (222):

- 
- i. Faltan recursos en ese país.
  - ii. A Juan le faltan recursos ??(en su casa).

El único “escape” que tiene el locativo, en (ii), es interpretarse como marco. Al aparecer el experimentante, debe moverse a una posición más externa. Dado que se trata de un predicado estativo, sabemos que no puede ocupar la posición de locativo interno o externo, por lo que debe servir de marco para la enunciación, cuestión que será más o menos aceptable dependiendo de factores pragmáticos (cf. Ernst 2011). Volveremos sobre la alternancia de los ejemplos (i-ii) en §3.3.2.1.

<sup>110</sup> La manera correcta de representar la vocal temática forma parte de un debate al que no estamos en posición de dar aquí una respuesta. En las estructuras que siguen a continuación, supondremos que la vocal temática es la materialización de una proyección verbalizadora (V), aunque no nos comprometemos con el valor teórico que dicha estrategia pueda tener (cf. Borer 2012). Solo queremos ilustrar que la estructura SRcc adopta categoría verbal en un cierto contexto sintáctico y que, consiguientemente, la vocal temática propia del verbo no forma parte de la representación fonológica que sirve de materialización de Rcc°. Esta, por supuesto, no es la única alternativa viable. De acuerdo con Oltra-Massuet (2010), la vocal temática corresponde, siguiendo la terminología de la Morfología Distribuida, a un morfema disociado que se integra en una fase postsintáctica (en FF), por una exigencia de buena formación de palabras que impone a todos los nodos funcionales una posición temática. En el caso de los verbos que incluyen estructura propiamente verbal (v.g. SInicio, SProc), la proyección SV se hace innecesaria, por lo que tampoco podemos situar en dicho núcleo la vocal temática. En este caso, por lo tanto, debemos considerar la vocal temática como una inserción postsintáctica que modifica la forma fonológica de la entrada léxica siguiendo una condición de buena formación de palabras. Para más discusión al respecto, véase Oltra-Massuet (1999), Oltra-Massuet y Arregui (2005) y Cano (2013: 17).

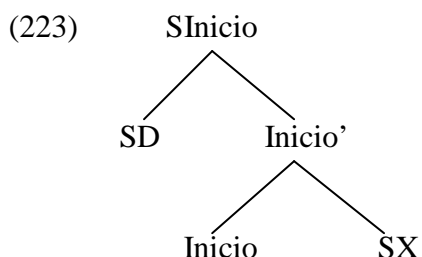
<sup>111</sup> Al ser verbos cuyo sujeto tiene un origen “interno” (no ensamblado en un Sv, como argumento externo), su posición canónica es la pospuesta al verbo (*Falta {agua/el dinero}*, frente a {??El agua/??el dinero} *falta*), como sucede con otros verbos inacusativos: *Llegó Juan, Cayeron los valores de la bolsa, Nació una niña*. Si, además, estos verbos incluyen un argumento locativo (implícito o explícito), la posición posverbal se vería reforzada, toda vez que, siguiendo a Landau (2009), las frases locativas (incluidos, como un subtipo, los experimentantes) deben desplazarse (bien en FL, bien en la sintaxis explícita) a la posición de [Espec, ST]. Así, en español es normal la realización del experimentante en posición preverbal (*A Juan le gustan las películas de terror*), cuestión que se repite en el caso de *faltar* y *sobrar*: *A Juan le {faltan/sobran} recursos / En ese país {faltan/sobran} recursos*. En el caso de *haber*, la posición posverbal iría acompañada de una falta de concordancia en el español estándar (\**Hubieron problemas*). Esto puede deberse a que este verbo tome un ST defectivo carente de especificadores múltiples, lo cual redundaría en que el argumento locativo sature la posición preverbal en FL, impidiendo, así, la concordancia con el argumento tema.



Tal como hemos visto en el caso de los verbos existenciales de cantidad, los verbos de medida se forman sobre una relación de coincidencia central (SRcc). En vez de relacionar una entidad y un lugar, el Rcc de (222) establece una relación entre una entidad y una dimensión cuantificada. Este último elemento es el que se representa mediante un SQ (v.g. *tres kilos*) en cuyo complemento se ensambla un N que denota una dimensión (*peso*). Para formar el verbo, el elemento nominal que expresa la dimensión se incorpora en el Rcc, formando el núcleo complejo [pes-+Rcc]. Dicha configuración, que consiste en un núcleo relacional con un nombre incorporado que puede tomar una entidad en la posición de especificador, correspondería a la relación predicativa básica antes de que se manifieste verbalmente. Una segunda incorporación, esta vez en el núcleo V, determina que el predicado adquiriera categoría verbal. Finalmente, el ensamble del ST proporciona rasgos de tiempo al verbo en forma flexionada y atrae el SD en posición de especificador de SRcc a [Espec, ST]. Se obtiene, así, una cláusula finita del tipo *El libro pesaba tres kilos*.

### 3.3.2. Estados de nivel 2: Inicio

Los verbos de esta clase incluyen predicados estativos que lexicalizan un SInicio, que equiparamos, según hemos desarrollado en §2.7.3, con la proyección introductora del argumento externo en Ramchand (2008). La estructura básica de los estados de nivel 2 corresponde, pues, a la siguiente:



La proyección SInicio corresponde, por defecto, a un estado categorizado como verbo. En este modelo, pues, la eventividad de un predicado depende de lo que Inicio tome como complemento. Si en dicha posición encontramos un SProceso, la configuración resultante se interpreta como ‘iniciación de evento’, y el argumento en posición de especificador se interpretará como Iniciador. De este modo, los estados de nivel 2 pueden ser vistos como “eventos defectivos”, en la medida en que el papel que normalmente juega SInicio en la constitución de un evento complejo se ve truncado. Así, solo tenemos el estado de iniciación pero ningún proceso que iniciar. No obstante, esta caracterización negativa tendrá consecuencias importantes al analizar los patrones de coerción aspectual que siguen los estados incluidos en esta clase.

En concreto, el grupo de verbos incluidos en este grupo es el que se reúne en la siguiente tabla, en la que se sintetizan además los resultados ofrecidos por las pruebas de estatividad en §3.2:

		Verbos de posesión ( <i>tener, poseer</i> )	Verbos psicológicos de sujeto experimentante cognitivo ( <i>saber, conocer</i> )
<b>Modalidad epistémica</b>		+	+
<b>Forma progresiva</b>	Lectura de mantenimiento	-	-
	Lectura incoativa	+	+
<i>lentamente</i>		-	-
<i>un poco</i>		-	-
<b>Locativos externos</b>		-	-
<b>Locativos internos</b>		+	-

Tabla 7. Verbos de estado de nivel 2 ante los distintos contextos de estatividad

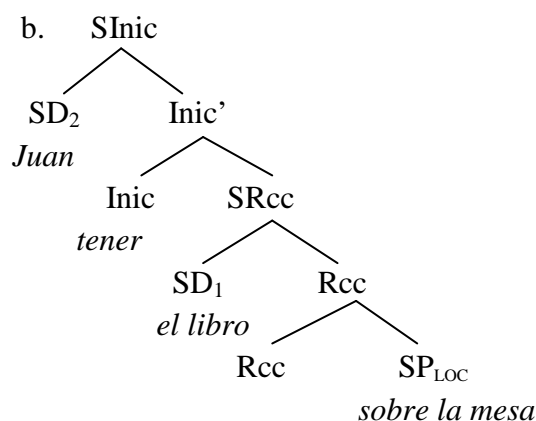
Como se observa en la tabla, los verbos de posesión en español admiten modificadores locativos internos, según ya hemos revisado en §3.2.1.1.2 (v.g. *Juan posee tierras en Andalucía*). Igualmente, hemos visto que, bajo la forma progresiva, estos predicados rechazan la lectura de mantenimiento de estado que admiten los estados de nivel 1. A este respecto, o bien rechazan categóricamente dicho contexto gramatical (v.g. *\*Juan está teniendo tierras en Madrid*) o bien lo admiten bajo una lectura eventiva dinámica

(v.g. *Juan está conociendo a su hermano*). En este apartado revisaremos estos hechos, argumentando que pueden seguirse de la aproximación basada en niveles y de las asunciones configuracionales asociadas a la jerarquía funcional. Veremos también algunos problemas vinculados a la legitimación de los argumentos del predicado (§3.3.2.2). Antes, abordaremos algo más de cerca la aceptación “locativos internos”, que pueden analizarse, según argumentaremos, como predicados secundarios.

### 3.3.2.1. *Locativos internos como predicados secundarios: SInic +SRcc*

En este subapartado abordaremos el problema de la aceptación de frases locativas internas por parte de los verbos de posesión. En concreto, propondremos que los locativos internos, al indicar el lugar en el que se encuentra la entidad denotada por el SD argumento interno, deben entenderse como predicados secundarios orientados al objeto (cf. Hernanz 1988, Demonte y Masullo 1999). El soporte estructural de esta predicación será un SRcc (análogo al que hemos propuesto para analizar los estados de nivel 1) en posición de complemento de SInic, como se observa en la estructura de (224b):

(224) a. Juan tiene el libro sobre la mesa.



De acuerdo con la secuencia funcional asumida en este estudio, inspirada en el modelo de descomposición verbal de Ramchand (2008), la estructura de (224) equivale a ensamblar las dos proyecciones estativas que “enmarcan” la primera fase omitiendo el ensamble intermedio de SProceso. En ausencia de Proc, el predicado no puede adoptar una interpretación eventiva, lo cual se ve avalado por las pruebas glosadas en la tabla 7. Sin embargo, hemos visto que, en el modelo seguido, se asume que las distintas proyecciones funcionales subverbiales establecen entre sí una relación semántica de implicación causal (no necesariamente sucesiva). ¿Cómo se interpreta esta relación en el caso de una estructura como la de (224)? Al no existir un argumento eventivo, por ausencia de Proc, no podemos asignar a SInic la función semántica ‘iniciación de evento’, ni a SRcc el de estado resultante de un proceso. De este modo, la relación entre ambas proyecciones se resuelve en la de coextensión temporal, esquemáticamente:

$$(225) \quad \tau(\|S_{Inic}\|) = \tau(\|SR_{cc}\|)$$

De acuerdo la equivalencia expresada en (225), la huella temporal de la proposición denotada por  $S_{Inic}$  coincide con la huella temporal de la proposición denotada por  $SR_{cc}$ . Dado que ambas proyecciones carecen de argumento eventivo, la coextensión de ambos predicados puede formularse a partir de puntos de tiempo. Por este motivo, las oraciones que incluyen verbos de posesión con predicados locativos secundarios en contextos de modalidad epistémica deben interpretarse respecto del momento de habla en ambos niveles estructurales:

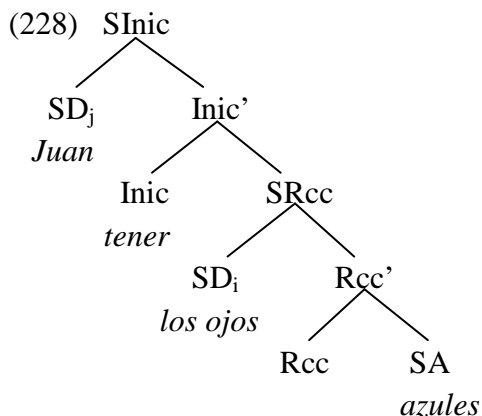
- (226) a. Juan tendrá el libro en su despacho.  
b. Juan poseerá tierras en el Sur.

En (226a), el momento de habla puntual respecto del que se evalúa el estado de Juan como poseedor transitorio se aplica también en la evaluación del estado de localización del libro en el despacho. De este modo, si un predicado es verdadero respecto de dicho punto de tiempo, el otro también lo es. Una interpretación similar recibe la oración de (226b), en la que ambas predicaciones deben coordinarse con el momento de habla puntual en el que la lectura epistémica se evalúa.

Estas características no se limitan al empleo de *tener* como verbo de posesión, sino que pueden ampliarse hacia los usos de *tener* como verbo atributivo, ya sea en la caracterización de una posesión inalienable (227a), ya sea respecto de una posesión transitoria (227b):

- (227) a. Juan tendrá los ojos azules.  
b. Juan tendrá una mancha en el pantalón.

En las oraciones de (227), de forma similar a lo que observamos en (226), las predicaciones tanto del sujeto como del objeto deben estar temporalmente coordinadas con un momento de habla puntual. Por otra parte, en (227a), el predicado secundario corresponde a un adjetivo y no a un locativo, de forma tal que, en la estructura de (225), debemos sustituir el SP por un SA:



Es importante destacar que tanto las frases locativas citadas en los ejemplos precedentes como el adjetivo *azules* en (227a) no corresponden a modificadores internos al SD, sino a verdaderos predicados secundarios. Así puede comprobarse al aplicar los criterios que menciona Hernanz (1988) (cf. igualmente Demonte y Masullo 1999). Según esta autora, si el objeto de un verbo puede pronominalizarse con independencia del adjetivo/locativo, entonces se trata de un predicado secundario; en caso contrario, se trata de un modificador interno al SD.<sup>112</sup> Este patrón coincide con el comportamiento del objeto de *tener* en los ejemplos revisados, que se pronominaliza con independencia del predicado secundario:

- |  |   |                               |
|--|---|-------------------------------|
| (229) a. Juan tiene el libro en el despacho. | → | Juan lo tiene en el despacho. |
| a'. Juan tiene el libro de física.           | → | *Juan lo tiene de física.     |
| b. Juan tiene los ojos verdes.               | → | Juan los tiene verdes.        |
| b'. Juan tiene un juguete verde.             | → | *Juan lo tiene verde.         |

El objeto de (229a) puede pronominalizarse con independencia del locativo *en el despacho*, a diferencia de lo que sucede con el SP de (229a'), cuya exclusión conduce a la agramaticalidad de la secuencia. En este último caso, por lo tanto, analizamos *de física* como un modificador interno al SD. Paralelamente, en (229b), solo el ejemplo en el que podemos pronominalizar el objeto con independencia del adjetivo corresponde a un predicado secundario, frente (229b'), en el que esto es imposible.<sup>113</sup> Nótese que esta diferencia estructural coincide con la interpretación semántica que los SSDD objeto

<sup>112</sup> En esta sección consideramos únicamente los criterios que emplea Hernanz (1988) para identificar predicados secundarios, pero no adoptaremos su análisis. De acuerdo con la autora, los predicados secundarios no argumentales, es decir, no exigidos por el verbo principal, no pueden emplearse con verbos estativos, como muestran los ejemplos siguientes (Hernanz 1988: (63)):

- i. \*María adora la música de Mozart entusiasmada.
- ii. \*Pedro sabe francés contento.

La explicación de Hernanz para este fenómeno descansa sobre la idea de que los predicados SL (“perfectivos”, en su terminología, tomada de Luján (1981)) introducen una variable eventiva. Si estos predicados se emplean como complementos predicativos, dicha variable debe cotejarse con el argumento <e> del propio verbo. Como los verbos de estado no introducen un argumento eventivo, dicho cotejo no puede producirse y la oración es agramatical. Desde un punto de vista teórico, no podemos adoptar dicho análisis, puesto que asumimos, con Maienborn (2005), que los estados SL no introducen una variable eventiva, de modo que la exigencia de cotejo que pide el análisis de Hernanz (1988) pierde aquí su motivación. Desde un punto de vista empírico, la restricción que impide a los verbos de estado tomar predicados secundarios no se cumpliría, si tomamos en cuenta los ejemplos con *tener* (v.g. *Juan tiene una mancha en el pantalón*). Esta observación puede matizarse si se asume que los predicados secundarios introducidos por este verbo son de tipo argumental, es decir, obligatorios y no facultativos (v.g. ??*Juan tiene una mancha*); y si se asume, paralelamente, que la restricción observada por Hernanz (1988) se aplica solo a los complementos predicativos no argumentales.

Por otra parte, Marín (2013: 73) observa que *tener* exige un complemento predicativo orientado al objeto, y que este es siempre SL (v.g. *Juan tiene la camisa sucia/\*grande*). Esta restricción vuelve a ser, en nuestro caso, demasiado fuerte, dado que encontramos casos como *Juan tiene los ojos verdes*, donde *verdes* denota claramente un estado IL (no transitorio).

<sup>113</sup> Dejamos al margen una lectura en la que, por ejemplo, Juan pinta juguetes y hay uno que, por efecto de esta acción, ha pasado a ser verde. En este escenario, es lícito decir *Juan lo tiene verde*.

reciben en cada caso. Así, en (229a'), *de física* tiene una función especificativa que restringe la aplicación del predicado *libro* a aquel que trata de física, por oposición, digamos, al libro de biología o de matemáticas. En cambio, (229a) es compatible con un contexto en el que solo hay un libro entre los referentes accesibles para el hablante. De este modo, no decimos *en el despacho* para excluir otros libros disponibles pero que no se encuentran allí: se trata de una predicación independiente relativa al objeto.

Otro criterio empleado por Hernanz (1988) consiste en escindir la cláusula conservando el verbo principal en adyacencia con el locativo o adjetivo. Si esto es posible, entonces se trata de un predicado secundario:

- (230) a. Lo que Juan tiene en el despacho es el libro.  
         a'. \*Lo que Juan tiene de física es el libro.  
         b. Lo que Juan tiene verdes son los ojos.  
         b'. \*Lo que Juan tiene verde es un juguete.

Nuevamente, el SP *de física*, en (230a'), así como el adjetivo *verde*, en (230b'), que independientemente obedecían el patrón de los modificadores internos al SD respecto de la prueba de la pronominalización, ofrecen un resultado agramatical en el contexto de cláusula escindida. Por lo tanto, asumimos que los locativos internos se comportan como predicados secundarios, siguiendo la pauta de adjetivos como *verdes* en *Juan tiene los ojos verdes*.

Dado que SInicio se ensambla directamente sobre SRcc, no contamos con la variable eventiva introducida en Proc. A consecuencia de ello, el especificador de SInic no puede interpretarse como el Iniciador de un evento (o el mantenedor de un estado davidsoniano) (cf. §2.7.3). La lectura intuitiva que asignamos a (226b) (*Juan posee tierras en el Sur*) y a (227a) (*Juan tiene los ojos azules*), no obstante, respalda esta característica semántica. No interpretamos que Juan se encuentre involucrado en ningún evento cuyo efecto sea la permanencia de los objetos de (226) o (227) en determinados lugares o caracterizados mediante determinadas propiedades. Esto no impide, con todo, que podamos atribuir conceptualmente un cierto valor “agentivo” a secuencias como las de (226a) (*Juan tiene el libro en su despacho*), en el que calificamos a Juan como “responsable” del estado locativo del libro. Este añadido conceptual no debe confundirse, sin embargo, con la semántica estructural codificada en las proyecciones de (226), puesto que podemos tener secuencias como las de (231):

- (231) Debo tener el libro en el despacho, porque allí fue el último lugar donde estuve leyéndolo.

Aunque el sujeto de (231) se interpreta como el poseedor transitorio del libro, resulta claro que la localización del objeto en el despacho no proviene de ninguna intención, por su parte, de que este sea el estado de cosas, toda vez que, como se sigue del valor epistémico de (231), la persona puede no saber con certeza dónde se encuentra el libro.

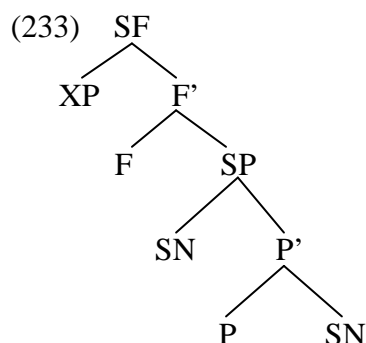


Un aspecto importante de la estructura de (224) es que, aun cuando sirva de soporte sintáctico para verbos como *poseer* y *tener*, no debemos asumir que SInicio “codifica” directamente la noción de posesión en la sintaxis. Recordemos que a este nivel pertenecen también, de acuerdo con las pruebas aquí empleadas, y como desarrollaremos más adelante sobre la base de pruebas adicionales, verbos de experimentante cognitivo como *saber*, *conocer* o *entender*. En principio, no hay ningún impedimento para que la noción conceptual de posesión se codifique igualmente en el nivel de estatividad 1, empleando un SRcc. De hecho, este análisis es el que se defiende, por ejemplo, en Freeze (1992).

El trabajo de Freeze (1992) proporciona un análisis unificado para las construcciones que, de un modo otro, involucran frases locativas. Se trata de las construcciones existenciales (232a), locativas propiamente tales (232b) y posesivas (232c):

- (232) a. There is a book on the bench.
- b. The book is on the bench.
- c. Lupe has a book.

La estructura de (232c) se asimila a las de (232a) y (232b) si entendemos el poseedor como un tipo de locativo (posiblemente, marcado como humano, cf. Adger y Ramchand 2008). De este modo, la estructura general que rige para las oraciones de (232) es, de acuerdo con el autor, la siguiente (Freeze 1992: (7)):



En la estructura de (233), un SP es dominado directamente por Flexión, a cuyo especificador pueden moverse distintos elementos. Así, a partir de esta estructura, las distintas lenguas pueden obtener formas como las de (232) mediante distintas operaciones disponibles en la GU. Por ejemplo, las lenguas que, como el inglés, el alemán o el francés, cuentan con un sujeto expletivo, insertan un nominal semánticamente vacío, como *there*, en [Espec, SF], dejando intacta la relación introducida por el SP. Normalmente, en estos casos F se materializa como una cópula, dando lugar, por ejemplo, a la construcción existencial de (232a). Sin embargo, otras lenguas, como el ruso, carecen de un sujeto expletivo, por lo que desplazan el constituyente formado por P más su complemento (es decir, P') a [Espec, SF], derivando estructuras del tipo *En mi casa hay un parrón*. Por otra parte, la construcción locativa se obtiene desplazando el especificador de SP al especificador de SF. De este

modo, resulta una oración copulativa de cuyo sujeto se predica una localización expresada en el SP. Finalmente, el complemento de P también puede ser entendido, según mencionábamos, como un poseedor. Dicha relación de posesión puede expresarse de modo similar a como se expresa una relación locativa, mediante la ascensión de [Espec, SP] a [Espec, SF], según se observa en lenguas como el francés (234a) o el español (234b):

- (234) a. Le livre est à moi.  
b. El libro es de Juan.

Sin embargo, la misma relación semántica puede expresarse mediante la incorporación de P en F, núcleo complejo que se materializaría por medio de una única pieza léxica. Así, las lenguas que cuentan con un verbo como el inglés *have* o el francés *avoir* pueden expresar de modo sintético la relación entre la cópula y la preposición desplegada de modo analítico en los ejemplos de (234):<sup>114</sup>

- (235) a. John has a book.  
b. Pierre a un livre.

Así, Freeze (1992) propone que una amplia gama de fenómenos sintácticos pueden remitirse a una configuración estructural única, que da lugar a las diferentes variedades interlingüísticas mediante la interacción de operaciones, como el movimiento de constituyentes o de núcleo a núcleo, sumadas a la existencia (contigente) de piezas léxicas tales como los sujetos expletivos y los verbos de posesión del tipo *have* o *avoir*.

En el presente contexto, nos interesa destacar que la estructura que Freeze (1992) atribuye a las construcciones locativas puede equipararse a lo que aquí entendemos por estatividad de nivel 1, lo cual plantea, en principio, un problema para nuestro análisis de los verbos de posesión como estados de nivel 2. Así, el SP de (233) correspondería al SRcc que hemos introducido en apartados anteriores, con la salvedad de que el núcleo relacional es, en nuestro caso, más abstracto y no se relaciona necesariamente con una preposición en el repertorio léxico de una lengua dada. La alternancia de expresiones locativas con nominales de referente humano puede detectarse, igualmente, en diversos verbos de este grupo. Así, los verbos existenciales de cantidad exhiben exactamente esta alternancia:

- (236) a. En ese país falta dinero.  
b. A Juan le falta dinero.

---

<sup>114</sup> Este análisis se remonta al menos a Benveniste (1960), quien propuso que *avoir* podía derivarse a partir de la conjunción de *être* más la preposición *à*, tal como se aprecia en la relación existente entre los ejemplos de (234a) y (235b). Una aproximación similar, formulada en términos de variantes de *v*, se encuentra en Harley (2012). Para esta autora, la relación básica HAVE, análoga al SP de Freeze (1992) o al *à* de Benveniste, da lugar a distintas configuraciones posesivas lexicalizadas en inglés (*get*, *give*, *have*) dependiendo del valor que asume *v*. Así, si *v* adopta un valor eventivo del tipo BECOME, la estructura se interpreta como *get* (v.g. *John got a house*); en cambio, si *v* adopta el valor CAUSE, la estructura se interpreta como *give* (v.g. *John gave a house to Peter*). En §2.2 el lector podrá encontrar nuestras críticas al modelo de variantes de *v*.

c. A Juan le falta dinero (??en su casa).

De manera interesante, la expresión del locativo (236a) y la del poseedor (236b) se encuentran en distribución complementaria, como se aprecia en el ejemplo de (236c), en que la inserción de un locativo adicional reduce considerablemente la aceptabilidad de la secuencia. Este hecho se sigue directamente del análisis de Freeze (1992), en el que el locativo y el poseedor corresponden al mismo constituyente.

Sin embargo, Freeze admite la inserción de un modificador locativo siempre y cuando este sea correferente con el poseedor. La exigencia de correferencia, así, constituiría un indicio de que la estructura de base aloja una única posición sintáctica para un argumento locativo. Considérense los datos de (237) (Freeze 1992: (57)-(58)):

- (237) a. The tree has a nest in it.  
b. \*The tree has a nest in them/the shed.

Así, (237a) es gramatical, puesto que *it* es correferente con *the tree*, mientras que (237b) no lo es, puesto que no existe correferencia entre el SD sujeto y las formas nominales introducidas en el locativo.

¿Cómo se relaciona, pues, la estructura que atribuimos a *tener* con la que Freeze atribuye de forma universal para las construcciones posesivas? Nótese, en primer lugar, que el patrón de gramaticalidad observado por Freeze para *have* (237) no rige para lo que hemos documentado en español para *tener*, que admite sin ningún problema un locativo no correferente con el sujeto, como se aprecia en (238):

- (238) a. Juan tiene el libro en el despacho.  
b. Juan tiene tierras en el Sur.  
c. Juan tiene una mancha en el pantalón.

De este modo, o bien el análisis de Freeze es errado, o bien el verbo *tener* no responde a la misma estructura a la que normalmente se ataen verbos como *have* o *avoir*. Sin embargo, la posibilidad ejemplificada en (238), aunque no sea directamente analizada en Freeze (1992), sí se encuentra contemplada por el autor en el trabajo citado. Tras comentar los ejemplos reproducidos aquí como (237), apunta la existencia de casos como los de (239):

- (239) She has a car in my garage/with me.

Y comenta, en nota al pie, lo siguiente:

Notice that [239] requires the subject's agentive involvement, and consequently is not the 'have' predication in the locative paradigm. The prepositional phrase is presumably an adjunct rather than the P' of a locative predication (Freeze 1992: n. 21).

Dos cosas resultan de central interés para nuestro análisis. La primera es que, dado que el sujeto tiene un añadido conceptual “agentivo”, este uso de *have* escapa al paradigma locativo regular. La segunda es que Freeze asume que el SP locativo debe ser entendido aquí como un adjunto. Respecto de lo primero, el cambio conceptual observado por Freeze al insertar un locativo no correferente con el sujeto coincide con el que hemos observado nosotros al comentar ejemplos del tipo *Juan tiene mi libro en el despacho*, en que, de cierta forma, atribuimos a Juan “responsabilidad” por el estado de cosas que atañe al libro. Sin embargo, como ya hemos mencionado más arriba, dicho añadido conceptual no es un requisito semántico de esta construcción, si se pretende formular un análisis uniforme que cubra también casos como *Juan tiene una mancha en la nariz*, en los que la atribución de agentividad o responsabilidad no tienen cabida. Respecto del segundo punto, aunque Freeze no desarrolle la idea de que el SP de (239) deba caracterizarse como adjunto, estimamos que ese análisis se seguiría del objetivo de proporcionar una manifestación sintáctica única para la noción de poseedor. Si en (239) encontramos dos “locativos” (el sujeto y el SP), entonces solo uno de ellos, por definición, debe ocupar el SP en posición de complemento de SF en (233). No obstante, una vez que renunciamos a la idea de atribuir al poseedor una manifestación sintáctica universal, no necesitamos desplazar el SP de (239), o los de (238), a la posición de adjunto.

El análisis de Freeze (1992), que, como decíamos, casa de forma natural con nuestro análisis de los estados de nivel 1, puede compatibilizarse con los datos de (238) y (239) si añadimos una capa verbal que nos proporcione el espacio estructural necesario para alojar un argumento extra. Esta proyección adicional corresponde, como hemos mencionado al inicio de este apartado, a SInicio. Una vez que contamos con el especificador de SInicio, no necesitamos generar el poseedor en la posición de complemento de SP (o, en nuestros términos, SRcc), puesto que podemos ensamblarlo directamente en su posición verbal alta. De este modo, contamos con la posición que Freeze atribuye a los locativos para introducir predicados secundarios. Dado que, además, el núcleo Rcc no se restringe a la inserción de SSPP, podemos introducir también adjetivos, dando cuenta, así, no solo de casos como *Juan tiene el libro en el despacho*, sino también de otros como *Juan tiene la habitación sucia*.

Un indicio de que este análisis es correcto es que, al menos en el caso del verbo *tener*, no necesitamos que el sujeto de la predicación secundaria (el objeto oracional) denote una entidad que, de hecho, pertenezca al individuo denotado por el especificador de SInicio (el sujeto oracional).<sup>115</sup> Es lo que hemos visto al tratar, en §3.1.1.3, la noción de posesión transitoria. En estos casos, el sujeto no se conceptualiza como “dueño” de un objeto, sino que ejerce un control transitorio sobre él. Se trata de contextos como el ejemplificado en (240):

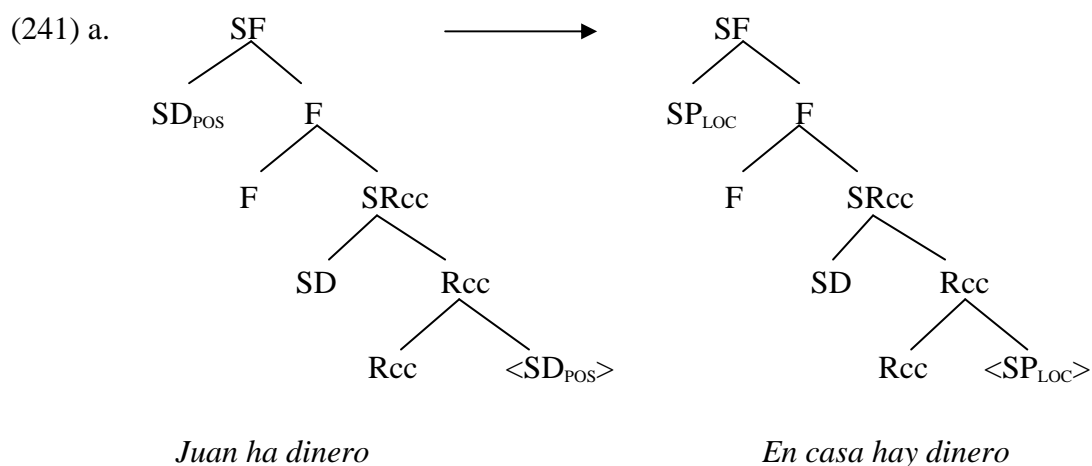
---

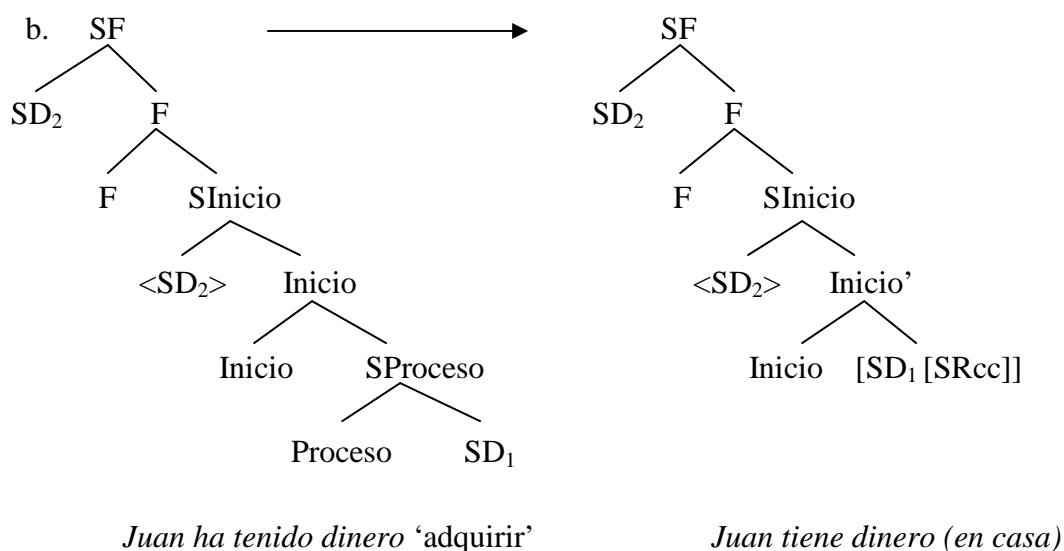
<sup>115</sup> En el caso de *poseer*, tal como hemos comentado en §3.1.1.3 no podemos disociar la pertenencia del objeto del sujeto oracional. Así, ejemplos como *Juan posee mis tierras en el Sur* entrañan una contradicción. Sin embargo, estimamos que este hecho se sigue de la carga conceptual del verbo *poseer*, que efectivamente caracteriza al sujeto como “dueño” del objeto. Dado que el verbo *tener* posee mucha menos carga conceptual, la relación semántica entre la predicación SInicio y SRcc es bastante más libre.

(240) Juan tiene **mi** libro en su despacho.

Como podemos advertir, si *tener* estableciera únicamente una relación de posesión entre el sujeto y el objeto directo, el determinante posesivo del SD posverbal produciría un efecto contradictorio. Sin embargo, el que el posesivo *mi* no encuentre su antecedente en *Juan* no produce anomalía alguna. Así, (240) no expresa que Juan sea dueño del libro, sino solo que se relaciona con el estado en que el libro se encuentra, de un modo en el que, conceptualmente, podemos atribuirle “responsabilidad” o “control”, aunque no, en términos semántico-estructurales, Iniciación (cf. §2.7.3, §4.1.5).

La consecuencia natural de este análisis es que, en rigor, *tener* no es el equivalente directo de verbos como el inglés *have* o el francés *avoir*, si es que estas piezas léxicas obedecen el análisis de Freeze. La pieza léxica históricamente relacionada con ellas es, en cambio, la forma *haber*. Sabemos que, en estadios tempranos del español (Lapesa 1980, Hernández Díaz 2006), *haber* sí se comportaba como un verbo de posesión análogo al francés *avoir*, mientras que *tener* poseía un valor eventivo de ‘adquirir’ o ‘mantener bajo control’. Sin embargo, en el español actual, *haber* se ha especializado como verbo existencial, mientras que *tener* ha perdido, en la amplia mayoría de los casos, su valor eventivo (cf., sin embargo, *infra*, §3.3.2.3 y §3.3.3). De este modo, *haber* sí responde a la estructura general propuesta por Freeze (1992), pero no como pieza sintética que lexicaliza una relación de posesión, sino de existencia. En cambio, *tener* introduce una capa verbal extra, que le permite tomar de forma natural predicados secundarios aplicados sobre el objeto. Así, una comparación de la trayectoria diacrónica de estos dos verbos, en términos del análisis propuesto, tendría el aspecto siguiente (omitimos, por claridad de la exposición, detalles sobre la descomposición interna del Sintagma Flexión):





De este modo, vemos que *haber* es un verbo que, sin modificar mayormente su estructura sintáctica de base, ha cambiado la semántica asociada con esa estructura. Así, en vez de tomar, en posición de complemento de Rcc, un SD entendido como poseedor, ha pasado a tomar un SP entendido como locación de un objeto cuya existencia se predica. En el caso de *tener*, nos encontramos con un verbo eventivo que ha empobrecido su estructura sintáctica. En la actualidad, SInicio no domina a SProceso, aunque opcionalmente pueda dominar un SRcc. Así, el análisis propuesto por Freeze (1992) se adecua de forma natural a la estructura de *haber*, sea como verbo de posesión en una etapa anterior del idioma, sea como verbo existencial en la actualidad. Esta estructura equivale a lo que hemos denominado aquí estados de nivel 1. En cambio, *tener* no sigue exactamente este patrón, exigiendo, en cambio, la proyección de una capa verbal extra que sirve para alojar un argumento adicional. Esta capa adicional, SInicio, es la que corresponde aquí a los estados de nivel 2.

### 3.3.2.2. Estados de nivel 2 y la legitimación estructural de los argumentos

De acuerdo con las asunciones estructurales que hemos seguido en este capítulo, los estados de nivel 2 lexicalizan la proyección que, en el modelo de Ramchand (2008), cierra la primera fase sintáctica, en la que, según hemos comentado, se define el aspecto léxico del predicado y la introducción de sus argumentos. SInicio puede, además, correlacionarse con otras proyecciones que desempeñan funciones análogas en otros modelos, como sucede con SPred en Bowers (1983); Sv en Chomsky (1995), Marantz (1997), Harley (1995), Arad (1999), y Alexiadou (2001); o SVoz en Kratzer (1996). La diferencia crucial entre el modelo aquí adoptado y el resto de los que hemos mencionado radica en que SInicio es, por defecto, una proyección estativa, mientras que, en otras aproximaciones, se considera o bien eventiva, aunque con variaciones entre valores causativos e inacusativos (Marantz 1997, Alexiadou 2001), o bien

disponible para todo tipo de predicaciones, eventivas o estativas (Bowers 1983, Harley 1995, Kratzer 1996, Arad 1999, Alexiadou 2010).

Esta discrepancia genera algunas dificultades en la legitimación sintáctica de los argumentos, si se adopta la Generalización de Burzio (Burzio 1986). Según esta generalización, solo aquellos verbos que asignan papel temático a su sujeto pueden asignar caso acusativo a su objeto, según se esquematiza en la siguiente estructura (Bosque y Rexach 2009: 397):

- (242) a.  $[+\Theta] \leftarrow V \rightarrow [+C]$   
 b.  $[-\Theta] \leftarrow V \rightarrow [-C]$

Dicha generalización fue formulada para unificar los casos en que una frase nominal que ocupaba una posición de objeto en la estructura profunda aparecía como sujeto en la estructura superficial. Comprendía, así, los verbos inacusativos (*Juan llegó*), las estructuras pasivas (*El libro fue leído*) y las construcciones de ascenso (*Juan parece saberse la lección*). Dado que, en estos casos, no existe un argumento externo al que el verbo asigne papel temático, el argumento interno no puede recibir caso en su posición original y debe, por lo tanto, ascender a la posición de sujeto para legitimarse sintácticamente.

No obstante, se suele considerar el contenido de esta generalización desde una interpretación más restrictiva, según la cual existe una correlación entre el caso acusativo y la *agentividad* (cf. Eguren y Fernández Soriano 2004: 138). Esta interpretación parece recibir apoyo desde aquellas propuestas que proponen, a su vez, una correlación entre la presencia de un argumento interno y el cambio de estado denotado por el verbo (cf. Tenny 1994, Krifka 1992, Verkuyl 1993, Borer 2011). Para que el argumento interno pueda aparecer como objeto, el argumento externo debe asumir el papel temático de iniciador, controlador o causante del proceso; de otro modo, el argumento interno ascenderá a la posición de sujeto, y obtendremos un verbo inacusativo.

Si se asume una versión restrictiva de la Generalización de Burzio (es decir, donde solo los agentes legitiman caso acusativo), la configuración de los verbos estativos de nivel 2 supone un problema, toda vez que legitiman caso acusativo sin asignar un papel temático agentivo-causativo al argumento externo. Nótese pues, que los verbos de esta clase asignan (o pueden asignar) caso acusativo:

- (243) a. Juan tiene el dinero > Juan lo tiene.  
 b. Juan conoce la verdad > Juan la conoce.  
 c. Juan entiende el problema > Juan lo entiende.  
 d. Juan sabe la respuesta > Juan la sabe.  
 e. Juan creyó la mentira > Juan la creyó.

No obstante, si nos atenemos a la formulación dada en Bosque y Rexach (2009: 397), este problema desaparece. En ella, lo que decide la capacidad de asignar caso acusativo es que el argumento externo tenga papel temático, sin importar que este sea de

tipo agentivo o estativo. De este modo, el hecho de que el argumento externo de los verbos *tener*, *poseer*, *temer* u *odiar* corresponda a un “sostenedor” (*holder*) (Kratzer 1996, Ramchand 2008) basta para que la Generalización de Burzio se cumpla.

Existe, con todo, un segundo problema relacionado con la legitimación estructural de los argumentos. Hemos mencionado que una versión más amplia de la Generalización de Burzio no entraña un problema para la asignación de caso acusativo a los argumentos internos de los verbos de nivel 2. Sin embargo, según ciertos autores (Bowers 1983, Johnson 1991, Kratzer 1996) la asignación de caso depende de la proyección introductora del argumento externo (SPred, SVoice o Sv), que asigna caso al SD que manda-c en posición de especificador de SV (ensamblado, en estos modelos, como complemento de Sv). Nuevamente, esto no impone mayores problemas a los datos de (243), pero puede advertirse, no obstante, que la distribución del caso acusativo no coincide exactamente con la distinción entre estados de nivel 1 y 2. Esto es inesperado ya que, si la aproximación de los autores citados es correcta, esperaríamos que el caso se correlacionara con la presencia o ausencia de la proyección SInicio, es decir, que solo los estados de nivel 2 asignaran acusativo. Esta predicción, sin embargo, no se cumple, como muestran los datos de (244):

- (244) a. Juan ama a María > Juan la ama.  
b. Juan odia a su jefe > Juan lo odia.

Observamos, pues, que algunos verbos de experimentante sujeto, de nivel 1, asignan igualmente acusativo. Este hecho no entraría necesariamente en conflicto con una versión amplia de la Generalización de Burzio, toda vez que *Juan* recibe, en ambos casos, papel temático (Experimentante), pero sí con la asunción de que la asignación de caso acusativo depende de la proyección de la frase introductora del argumento externo (SInicio, en nuestro caso). Recordemos que los verbos de sujeto experimentante emocional reciben, de acuerdo con nuestros resultados, la estructura [V [SRcc]].

Estos datos abren una serie de posibilidades. En primer lugar, la correlación entre SInicio y caso acusativo podría ser estructuralmente correcta, aunque podría no recibir un reflejo transparente en la morfología del español, de forma tal que la discrepancia introducida por los datos de (244) se resolvería a favor de la clasificación de estos verbos como estados de nivel 1. En segundo lugar, la correlación estructural entre caso y argumento externo podría ser sencillamente incorrecta, de forma tal que, sea cual sea la naturaleza exacta de la asignación de caso en (244), esta no debería afectar, al menos en principio, la clasificación de los verbos de sujeto experimentante como estados de nivel 1. En tercer lugar, la correlación estructural podría ser acertada y, además, recibir un reflejo transparente en la morfología del español, lo cual conduciría a la revisión de los argumentos que permiten clasificar los verbos de sujeto experimentante como estados de nivel 1.

Una forma de desempatar este problema, al menos para efectos del presente estudio, es observar cómo se distribuye el caso en lenguas que cuentan con un sistema de caso más rico que el español, donde, de haber una diferencia entre el objeto directo



de verbos como *conocer* y verbos como *amar*, esta se reflejaría de forma transparente en su morfología. Nótese, en esta misma dirección, que el verbo *temer* asigna preferentemente caso dativo (*Juan teme a su hermana* > *Juan le teme*), por lo que, aun al interior de la clase en discusión, la distribución del caso no es uniforme. Una lengua donde los hechos respectivos parecen ser más claros es el finés (Kiparsky 1998, véase *supra*, §3.1.4) que asigna a sus argumentos internos bien acusativo, bien partitivo. Normalmente, la asignación de caso acusativo o partitivo se correlaciona en esta lengua con la distinción entre predicados télicos y atélicos, respectivamente. De este modo, encontramos pares como los siguientes (Kiparsky 1998: (1)):

- (245) a. Ammu - i- n      karhu-a  
           disparar -pst-1sg    oso-**Part**  
           ‘Disparé hacia el oso’  
       b. Ammu- i – n      karhu-n  
           disparar-pst-1sg    oso-**Acc**  
           ‘Maté (de un tiro) al oso’

El ejemplo de (245a), en el que el objeto está marcado con caso partitivo, se interpreta como un evento atélico de disparar en dirección al oso. En contraste, (245b), donde el objeto está marcado con acusativo, se interpreta como un evento télico en que el disparo concluye con la muerte del oso.

De forma interesante, la distinción entre caso acusativo y partitivo se reproduce igualmente entre los verbos estativos fineses. Kiparsky (1998) distingue entre verbos que asignan siempre caso partitivo y aquellos que pueden asignar acusativo. Tal como destaca Rothmayr (2009: 111), entre los primeros se encuentran los verbos de sujeto experimentante emocional, mientras que, entre los segundos, los verbos de experimentante cognitivo, así como los verbos de posesión:

- (246) a. **Algunos verbos fineses estativos de partitivo:** *ihaila* ‘admirar’, *kadehtia* ‘envidiar’, *harrastaa* ‘estar interesado en algo’, *pelätä* ‘temer’, *rakastaa* ‘amar’, *vihata* ‘odiar’.  
       b. **Verbos fineses estativos de acusativo:** *omistaa* ‘poseer’, *muistaa* ‘recordar’, *tuntea* ‘conocer’, *ymmärtää* ‘entender’, *uskoa* ‘creer’, *nähdä* ‘ver’.

No existe un acuerdo sobre cuál es la propiedad semántica que se correlaciona con la asignación de caso en estos verbos, tal como en el dominio eventivo dicha correlación podía establecerse sobre la base de la distinción télico/atélico. Kratzer (2002) propone que, aunque se trate de predicados estativos, la inserción del acusativo sería sensible a la presencia de un rasgo [télico] que involucraría, ya que no la culminación temporal de un evento, al menos la afectación total del objeto. De este modo (Kratzer 2002: 9), poseer una casa implicaría ser dueño de todas sus partes relevantes, mientras que amar a alguien no implica necesariamente apreciar todas sus partes relevantes. Kiparsky (2005) se distancia de esta posición, ya que los verbos fineses de acusativo incluyen verbos de

percepción como *nähdä* ‘ver’. En este caso, la restricción de que todas las partes relevantes del objeto han de verse afectadas carece de aplicación, puesto que ver algo no implica necesariamente ver la totalidad del objeto. Como hemos mencionado en §3.1.4, Kiparsky (1998) se decanta por la idea de que el corte adecuado corresponde a la gradabilidad del predicado. Así, los verbos de partitivo serían graduables (v.g. *Juan ama mucho a María*) mientras que los de acusativo no lo serían (v.g. ??*Juan conoce mucho la ciudad*).

Al margen de la respuesta que reciba este problema semántico, es importante destacar que la distribución del caso acusativo en español no refleja una distribución estructural robusta en términos interlingüísticos, ya que otras lenguas que cuentan con más distinciones morfológicas de caso (v.g. finés) reservan el acusativo para lo que en español está representado por un subgrupo de los verbos que lo asignan. Así, los datos de (244), que se cruzan con la distinción entre estados de nivel 1 y de nivel 2, pueden corresponder simplemente a un caso de opacidad del español, que no distinguiría nítidamente en su morfología de caso la diferencia estructural entre las clases de estados 1 y 2 (o, más específicamente, entre las posiciones de complemento de S<sub>inicio</sub> y Rcc). De este modo, la correlación entre niveles de estatividad y marcación de caso adquiriría, en términos interlingüísticos, la distribución que se observa en la siguiente tabla:

	<b>Español</b>	<b>Finés</b>
Estados de nivel 2 ( <i>conocer, saber, tener</i> )	Acusativo	Acusativo
Estados de nivel 1 ( <i>amar, odiar, temer</i> )		Partitivo

Tabla 8. Distribución de caso en verbos estativos en español y finés

De este modo, la presencia de caso acusativo en verbos de sujeto experimentante emocional no constituye un antecedente que obligue a revisar su clasificación como estados de nivel 1.

Con todo, antes de cerrar este subapartado, resulta interesante notar lo que Borer (2005: 99) señala respecto de la distribución de caso del finés:

To the extent that the accusative-partitive alternation in Finnish is indicative of event structure, then, this may indicate that statives are not a unified class, that more than one structure is projected in statives, and that in at least one of these structures, the case assigned to direct arguments is homophonous with the case assigned in eventive telic constructions. [...] Ultimately, it might be that the correct theory of event structure will involve a property that some telic predicates and some statives have in common [...]

(Borer 2005: 99, n. 2).

De acuerdo con Borer, el hecho de que el caso estructural no se distribuya de manera uniforme entre los verbos estativos es indicativo de que la estatividad puede

representarse en estructuras de distinta clase. Esta es precisamente la idea que hemos desarrollado en este capítulo, en el que hemos defendido la hipótesis de que la primera fase sintáctica identifica dos niveles de representación para la estatividad.<sup>116</sup> Aunque la marca morfológica de caso no sea, en español, un indicio claro de ellas, las diferencias estructurales que manifiestan los distintos niveles de estatividad encuentran otras consecuencias empíricas, a las que nos dirigiremos en los subapartados siguientes.

### 3.3.2.2. *Estados de nivel 2 y la forma progresiva*

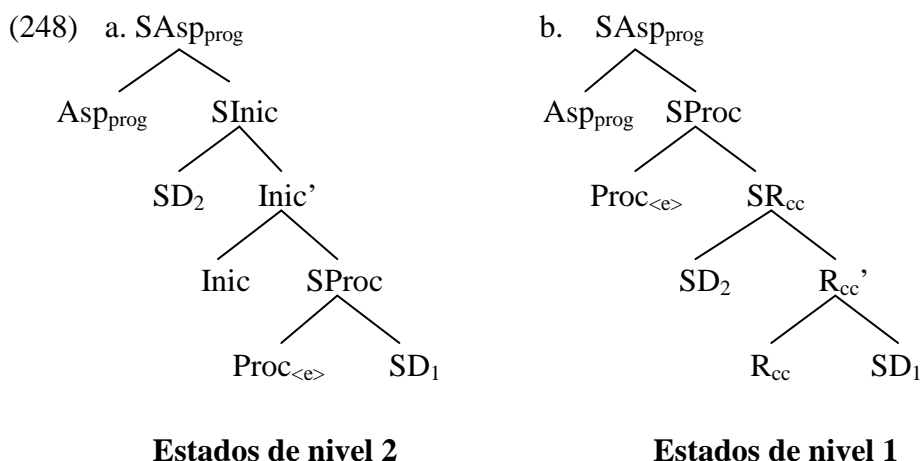
Según hemos observado a partir de la aplicación de las pruebas de estatividad, en §3.2.2.2.2, una diferencia empírica importante entre los estados de nivel 1 y los estados de nivel 2 radica en la conducta de los predicados respectivos ante la forma progresiva. Hemos visto que, en el caso de que aquellos verbos que lexicalizan un SRcc, la forma progresiva es aceptable bajo una interpretación de ‘mantenimiento del estado’ (§3.3.1.1). En cambio, en aquellos casos donde la forma progresiva es aceptable, los estados de nivel 2 deben ser reinterpretados como eventos dinámicos, de forma tal que obtenemos una lectura “incoativa”. Consideremos los datos de (247) (cf. §3.2.2.2.2):

- (247) a. Juan está conociendo a su hermano.  
b. Juan está sabiendo la verdad.  
c. Juan está entendiendo las cosas.  
d. Juan está teniendo una idea.

La interpretación de mantenimiento que encontramos en el caso de los estados de nivel 1 (v.g. *El niño está pesando 80 kilos*) se explicaba estructuralmente mediante la inserción de un nodo Proc sobre SRcc. Es interesante notar, pues, que nuestro análisis predice que dicha lectura no se encontrará disponible en el caso de los estados de nivel 2. Dado que estos verbos lexicalizan un SInic, hemos agotado los niveles estructurales de la primera fase. Así, de acuerdo con la secuencia funcional asumida, Proc no puede ensamblarse sobre SInic para dar lugar a una estructura semántica similar a la que se obtiene en los estados de nivel 1. De este modo, la única “coerción” estructural posible consistirá en insertar SProc como complemento de SInic. Esta combinación sintáctica sería la responsable, pues, de la lectura eventiva dinámica que se observa en los datos de (247). La diferencia entre ambos grupos puede representarse del siguiente modo:

---

<sup>116</sup> El trabajo de Husband (2010) se inicia con una intuición similar, aunque, como hemos mencionado en §2.7.5, este autor no identifica distintos *niveles* de estatividad. La diferencia entre SL/IL, que es en la que dicho estudio se focaliza, no radicaría en propiedades léxicas de los núcleos verbales, sino que se obtendría composicionalmente a partir de la naturaleza delimitada o no delimitada del argumento interno. Así, encontraríamos un paralelo entre, de una parte, telicidad y atelicidad y, de otra, SL/IL. Estas oposiciones corresponderían a las formas que el parámetro de la delimitación tendría de manifestarse en el dominio eventivo o estativo, respectivamente.



La combinación de la forma progresiva con estados no es, sin embargo, un procedimiento completamente libre. Las restricciones que este sufre permiten establecer con mayores detalles las condiciones estructurales que lo posibilitan y, eventualmente, conceder mayor fuerza predictiva al análisis. Consideremos los casos de (249) y (250):

- (249) a. \*Juan está poseyendo tierras en el Sur.  
 b. \*Juan está teniendo mi libro en el despacho.
- (250) a. \*Juan está teniendo el cabello ondulado.  
 b. \*Juan está teniendo una mancha en el pantalón.

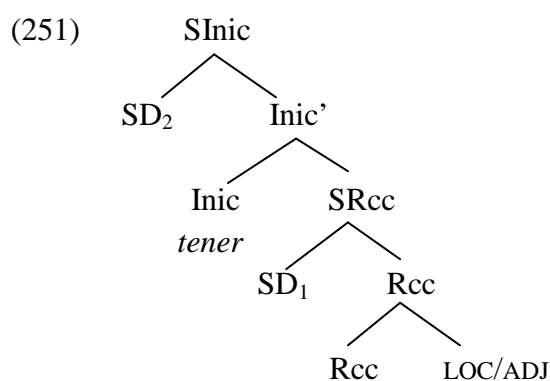
Nos encontramos aquí con una serie de casos en que la combinación de la forma progresiva y un predicado estativo da lugar a un resultado claramente agramatical. En (249), vemos usos de *tener* y *poseer* como verbos de posesión, mientras que, en (250), observamos usos del *tener* como verbo de apoyo en construcciones predicativas. Al comparar estos ejemplos con los que hemos listado en (247) surgen distintas cuestiones.

La primera es que las interpretaciones que se obtienen al ensamblar la forma progresiva no pueden achacarse enteramente a un proceso de acomodación pragmática. Si esto fuese así, y si lo único que necesitaríamos para explicar la gramaticalidad de las secuencias de (247), así como de los estados de nivel 1 en el mismo contexto, fuesen las características de la forma progresiva, no se explicaría por qué en determinados casos el resultado es sencillamente agramatical. Nótese, a este respecto, que la distinción IL/SL, como propiedad semántica de los predicados seleccionados, tampoco predice de modo exacto la gramaticalidad de las secuencias. Tanto (249a) como (250a) pueden ser vistos como predicados IL; en cambio, tanto (249b) como (250b), como predicados SL, sin que la aceptabilidad mejore en el caso de estos últimos, como predeciría una explicación basada en las propiedades semánticas del predicado (cf. Kearns 2003, Martin 2008).

De este modo, el que haya verbos estativos que rechacen categóricamente la forma progresiva sirve de apoyo indirecto al modelo de (248), que expresa la necesidad de una modificación estructural sobre la configuración originalmente lexicalizada por el verbo. Según defendemos aquí, esta modificación corresponde a la inserción de un  $SProc$  cuyo argumento eventivo confiere al predicado validez en intervalos, que es la condición de legitimación impuesta por la forma progresiva. Las distintas

interpretaciones que se obtienen con estados de nivel 1 y 2 derivan, pues, del orden en que se ensambla SProc con respecto a las estructuras originales: SRcc y SInic, respectivamente.

La pregunta, por lo tanto, es qué bloquea en los casos de (249)-(250) la coerción estructural admitida en los de (247). La principal diferencia descriptiva entre (249)-(250) y (247) radica en que aquellos introducen un predicado secundario que se aplica sobre el argumento interno, mientras que los de (247), incluyendo el caso de *tener* en (247d), no lo hacen. En §3.3.2.1, hemos defendido la idea de que los locativos admitidos por verbos de posesión corresponden a predicados secundarios que se ensamblan como complementos de SRcc, en cuyo especificador encontramos al objeto de la estructura superficial. Los ejemplos de (250) amplían esta caracterización a usos de *tener* que no corresponden al valor léxico inicial de posesión. (250a), además, ejemplifica la inserción, en el complemento de SRcc, de un adjetivo. De este modo, obtenemos un patrón regular que rige para los verbos de posesión, así como para los usos de *tener* como verbo predicativo, según se aprecia en (251):



Si la estructura de (251) es correcta, es esperable que la inserción de SProc se vea bloqueada, toda vez que hemos cerrado la secuencia funcional de la primera fase tanto por su límite más bajo (SRcc) como por su límite más alto (SInic). Sin Proc, no podemos insertar un argumento eventivo, que, de acuerdo con nuestras asunciones (§2.7.2), proporciona validez en intervalos. Al no existir validez en intervalos, la forma progresiva no encuentra legitimación y, consiguientemente, las secuencias que ensamblan una estructura como la de (251) bajo la forma progresiva darán un resultado agramatical. Esto predice que los únicos casos en que *tener* ha de ser admisible en el contexto *estar* + *-ndo* serán aquellos donde no aparezca un predicado secundario de objeto. Tal es el caso, pues, de diversos usos de *tener*. Comparemos los ejemplos de (252) con los de (253)-(255):

- |  |                                  |
|--|----------------------------------|
| (252) a. Juan tiene los ojos verdes              | > Juan los tiene verdes.         |
| a'. *Juan está teniendo los ojos verdes.         |                                  |
| b. Juan tiene las ideas claras.                  | > Juan las tiene claras.         |
| b'. *Juan está teniendo las ideas claras.        |                                  |
| c. María tiene un hijo en el ejército.           | > María lo tiene en el ejército. |
| c'. *María está teniendo un hijo en el ejército. |                                  |

- (253) a. Juan tiene una buena idea > Juan la tiene (\*buena).  
 b. Juan está teniendo una buena idea.
- (254) a. Juan tiene una ocurrencia interesante > Juan la tiene (\*interesante).  
 b. Juan está teniendo una ocurrencia interesante.
- (255) a. María tiene un hijo rubio > María lo tiene (\*rubio).  
 b. María está teniendo un hijo rubio.

Como podemos observar en los ejemplos de (253a)-(255a), los adjetivos que acompañan al objeto directo no pueden aislarse en contextos de pronominalización. De este modo, no cuentan como predicados secundarios, sino como modificadores del SD. Dicha caracterización se correlaciona con la aceptación de la forma progresiva en los ejemplos de la serie (b) de (253-255). En contraste, los ejemplos de (252) nos muestran que los adjetivos *verdes* (252a) y *claras* (252b), así como el SP *en el ejército* (252c), sí pueden ser aislados en contextos de pronominalización. Estos elementos corresponden, pues, a predicados secundarios y no a modificadores del SD. Podemos apreciar, por lo tanto, que existe una correlación entre la presencia de un predicado secundario y el rechazo de la forma progresiva, ejemplificado en (252a'-b'-c'), según se sigue del análisis representado en (251). En otras palabras, la estructura subyacente a las oraciones de (252) diferiría de la que podemos atribuir a las de (253)-(255) en que aquella incluiría un SRcc en posición de complemento de SInic. En el resto, solo tendríamos SInic, más un SD que incluye un modificador, según se esquematiza en (256):

- (256) [<sub>SInic</sub> Juan [<sub>Inic</sub> tener [<sub>SD</sub> una buena idea ]]]

No obstante, el análisis de (251) predice igualmente que los verbos de posesión aceptarán la forma progresiva en ciertos casos. En particular, aquellos en que *tener* o *poseer* no toman, de hecho, un predicado secundario. Sin embargo, esta predicción no se cumple, como se observa en (257):

- (257) a. \*Juan está teniendo un libro.  
 b. \*Juan está teniendo el libro.

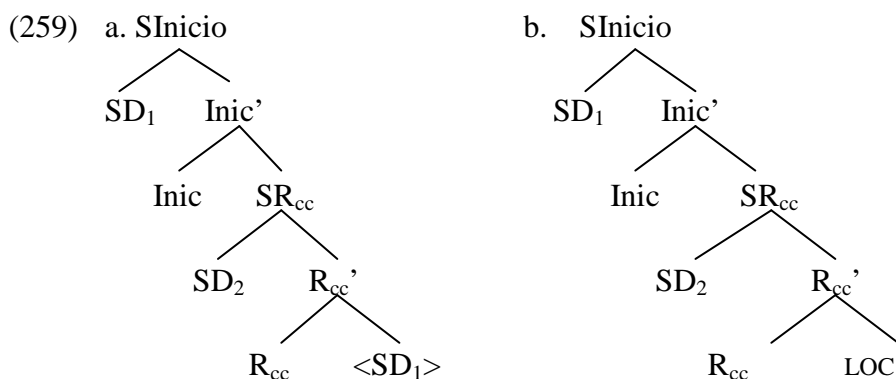
Los ejemplos de (257) son claramente agramaticales, aunque no introducen un predicado secundario orientado al objeto. Siguiendo la estructura de (248a), la coerción estructural inducida por la inserción de SProc es en principio admisible si la posición de complemento de SInic no se ve bloqueada por otra proyección subeventiva (SRcc), condición estructural que parecen satisfacer los ejemplos de (257).

Sin embargo, el análisis de (251) puede sostenerse incluso para los casos de (257), si asumimos que, aunque sin efectos en FF, SInicio selecciona un SRcc. Un indicio de que este podría ser el caso proviene de la interpretación que tienen los predicados sobre los que intentamos aplicar la forma progresiva en (257):

- (258) a. Juan tiene un libro.

b. Juan tiene el libro.

La interpretación que preferentemente aparece ante el ejemplo (258a) es la de posesión permanente (cf. §3.1.1.3); esto es, Juan es dueño del libro. En tanto, (258b) se interpreta preferentemente como un caso de posesión transitoria (cf. §3.1.1.3); es decir, Juan ejerce un control momentáneo sobre el libro (v.g. se lo han prestado), pero no es dueño de él. Aunque, según se aprecia en el contraste de (258a-b), esta diferencia interpretativa depende del tipo de determinante que introduce el objeto, necesitamos información adicional sobre el objeto si queremos establecer una predicación completa. En (258a), el libro es *de* Juan; en (258b), el libro se localiza en algún lugar que depende de Juan. En términos estructurales, SInic tomaría, en (258a), un SRcc cuyo complemento sería correferente con *Juan*, mientras que, en (258b), SInic tomaría un SRcc cuyo complemento correspondería a un locativo, según se observa en (259):



En la estructura de (259a), SInic toma como complemento una estructura similar a la que Freeze (1992, cf. §3.3.2.1) propone para analizar los verbos de posesión: una estructura relacional cuyo complemento puede ser un SD que se interpreta como poseedor. La única diferencia entre ambas aproximaciones reside en que, mientras Freeze desplaza el SD en posición de complemento de P al especificador de Flexión, nosotros empleamos primero el especificador de SInicio, que cierra la primera fase.

Si esta aproximación está bien encaminada, obtenemos una explicación uniforme para el rechazo de la forma progresiva en el caso de los verbos de nivel 2. En particular, los usos de *tener* que normalmente llevan asociada una predicación secundaria rechazarán siempre la forma progresiva, aun cuando el predicado secundario no se exprese, puesto que, en tales casos, SInic selecciona de todos modos un SRcc. Como hemos argumentado más arriba, la combinación de estas dos proyecciones “cierra” la primera fase, bloqueando, de este modo, la inserción de SProc.

### 3.3.3. Pruebas adicionales en la distinción de niveles 1 y 2

En este apartado mencionaremos algunos contextos adicionales que sirven para reforzar y clarificar empíricamente la distinción entre estados de nivel 1 estados de nivel 2. Se trata de tres fenómenos: la interpretación del pasado simple o indefinido, las

formaciones nominales en *-dor* y el patrón morfosintáctico que sigue la expresión nominal de los predicados respectivos. Por la relevancia que tiene para la discusión presente, incluiremos este último contexto en este subapartado, aunque una discusión detallada de las posibilidades de nominalización de los predicados estativos se encuentra en el capítulo 5, en el que se analizan, junto a los predicados estativos aquí estudiados, aquellos que presentan alternancias sistemáticas con valores eventivos (§4).

### 3.3.3.1. *Valores del indefinido*

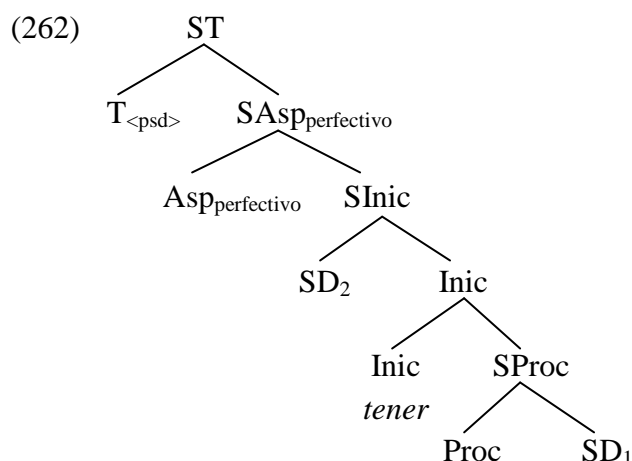
Diversos autores han advertido que el valor estativo de ciertos verbos (v.g. *saber*) se pierde en el contexto del pasado simple (v.g. *supo*), lo cual ha sido visto como una forma de interacción entre el aspecto léxico o de tipo de situación y el aspecto gramatical o de punto de vista (cf. Roca Pons 1958; Swart 1998, 2000, Martin 2008). En este subapartado mostraremos que los valores que el pasado simple o indefinido toma en español se correlacionan de forma estrecha con lo que hemos estudiado en el caso de la forma progresiva (§3.3.1.1, §3.3.2.3). Tal como sucede en este contexto, podemos encontrar valores estativos dinámicos cuya distribución calza con la distinción aquí efectuada entre estados de nivel 1 y 2. En particular, el indefinido da lugar a interpretaciones estativas con estados de nivel 1 y a interpretaciones “incoativas” con estados de nivel 2. Consideremos los siguientes ejemplos:

- (260) a. Juan pesó 80 kilos (durante todo el año pasado).  
       b. Faltó comida en la cena.  
       c. Hubo problemas en la administración (el mes pasado).  
       d. Juan odió a su jefe (en ese momento).
- (261) a. Juan tuvo una idea (en ese momento).  
       b. Juan conoció a su hermano (durante la cena).  
       c. Juan supo la respuesta (en esa conversación).  
       d. Juan entendió el problema (en ese instante).

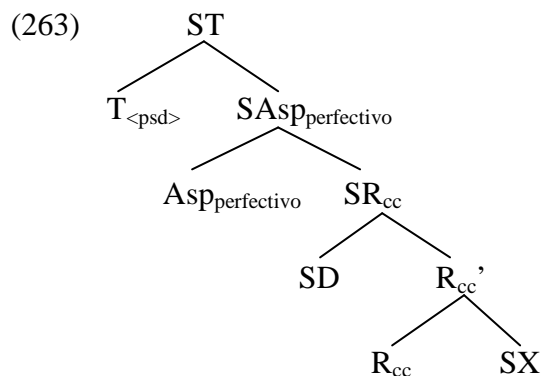
Las oraciones de (260) reciben la interpretación de que un cierto estado tiene vigencia durante un intervalo acotado de tiempo que es anterior al momento de habla. Así, (260a), por ejemplo, señala que Juan tuvo un peso de 80 kilos durante el periodo abarcado por el año anterior; (260b), que la comida fue escasa en el tiempo abarcado por la cena; (260c), que la administración presentó problemas durante el mes pasado y (260d), finalmente, que Juan sintió odio por su jefe en cierto momento y no otro. Por otra parte, los ejemplos de (261) se interpretan como procesos de cambio de estado. Decimos, así, en (261a), que Juan pasó a tener una idea, o que, en (261b), adquirió conocimiento sobre su hermano. Incluso bajo la inserción de un modificador durativo, como *durante la cena*, en (261b), la interpretación preferida sigue siendo la incoativa: decimos que el proceso de adquisición de conocimiento se extendió durante la cena, pero no que Juan comenzó la cena conociendo a su hermano y la finalizó pareciéndole un completo desconocido.



La explicación de este fenómeno sigue de forma paralela la que hemos ofrecido para dar cuenta de la distribución de los valores de la forma progresiva en apartados anteriores. Hemos desarrollado la idea de que el Aspecto Progresivo se legitima, siguiendo a Taylor (1977), solo si el predicado es válido en intervalos. De este modo, la estructura original necesita la inserción de un SProc, que introduce un argumento eventivo temporalmente extenso. Dado que la combinación de SInic más SProc se interpreta como iniciación de un evento, es esperable que esta coerción estructural dé, en el caso de los estados de nivel 2, una lectura dinámica. Algo similar, pues, ha de suceder en el caso de las lecturas que encontramos con el indefinido. La lectura incoativa del indefinido descansará, de este modo, sobre la siguiente estructura:



Sin embargo, el paralelismo entre la forma progresiva y el indefinido se rompe al aproximarnos a la estructura que debe atribuirse a los estados de nivel 1. La interpretación del indefinido impone una delimitación temporal sobre el tiempo de la eventualidad, siguiendo las características aspectuales del aspecto perfectivo (Comrie 1985, Klein 1994). Nada hay en un estado, no obstante, que sea en principio incompatible con estas restricciones, de forma tal que no necesitamos una modificación estructural para legitimar la lectura de intervalo acotado con un estado de nivel 1. Así, la estructura correspondiente sería la de (263):

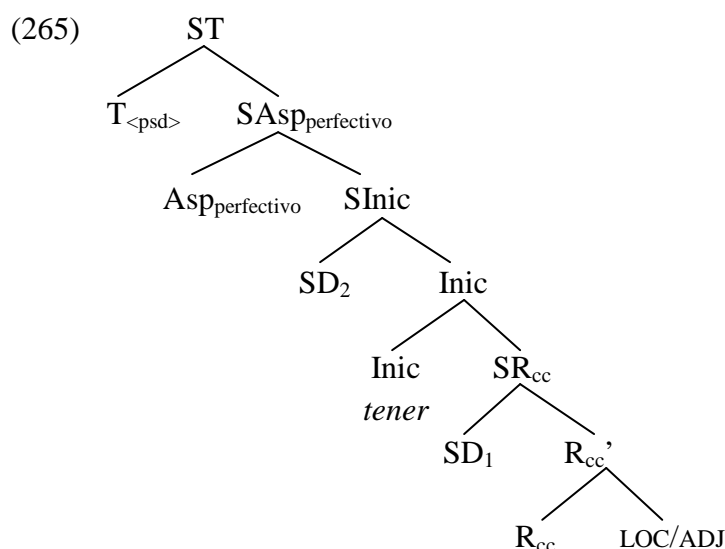


De este modo, la relación predicativa introducida en SRcc se acota temporalmente por efecto de las proyecciones funcionales lexicalizadas por el indefinido (T y Asp<sub>perfectivo</sub>).

Este análisis cobra mayor fuerza al observar lo que sucede con aquellos estados de nivel 2 que, bajo la forma progresiva, daban un resultado agramatical:

- (264) a. Juan tuvo un libro en el despacho.  
 b. Juan poseyó tierras en el Sur.  
 c. Juan tuvo una mancha en el pantalón.  
 d. Juan tuvo los ojos verdes.

En los ejemplos de (264) observamos casos de verbos de posesión que llevan asociados predicados secundarios, ya sean locativos (264a-c) o adjetivos (264d). De forma análoga a lo que sucedía con la forma progresiva, el indefinido no nos proporciona aquí una lectura incoativa/dinámica. Sin embargo, si en aquel caso encontrábamos agramaticalidad, aquí obtenemos, en cambio, una lectura de intervalo acotado. Es durante un cierto período de tiempo que Juan establece una relación con el estado del libro en el despacho, las tierras en el Sur, la mancha en el pantalón o los ojos verdes. Así, la estructura que bloqueaba la legitimación de la forma progresiva impide aquí la lectura dinámica, puesto que, de todas formas, no contamos con la secuencia [SInic [SProc]]:



Esta estructura debe extenderse, igualmente, a los casos en que *tener* expresa posesión y que, según argumentábamos en el subapartado anterior, incluyen un SRcc en cuyo complemento se ensambla un SD correferente con el sujeto o un locativo implícito. En estos casos, como predice la estructura de (265), la única lectura disponible será la de estado acotado y no la eventiva dinámica:

- (266) a. Juan tuvo un libro.  
 b. Juan tuvo dinero.  
 c. Juan tuvo una casa.

En los ejemplos de (266), sea que se encuentre o no una lectura de posesión transitoria, debemos entender que la relación de Juan con los objetos respectivos (un libro, dinero, una casa) ha finalizado en algún punto del pasado. Por lo tanto, aunque no se observe un predicado secundario explícito, asumimos que la estructura de estas oraciones es la misma que la de las secuencias de (264), es decir, la que se aprecia en (265).

Vemos, de este modo, que las lecturas habilitadas por el indefinido establecen una diferencia empírica entre los predicados estativos estudiados que se correlaciona con las diferencias que establece, entre otros contextos, la forma progresiva. De modo interesante, estas diferencias empíricas pueden ser captadas por las mismas herramientas teóricas, lo cual concede mayor fuerza al análisis por niveles aquí propuesto. Los estados de nivel 1 ofrecerán siempre lecturas de estado acotado y nunca lecturas dinámicas (v.g. *Juan odió a su jefe*, *Juan pesó 80 kilos*); en cambio, los estados de nivel 2 pueden dar lugar a lecturas dinámicas, siempre y cuando SINICIO no tome como complemento una proyección subeventiva (SRcc) que bloquee la inserción de SProceso (v.g. *Juan tuvo una idea*). Si, en cambio, SINICIO debe tomar un SRcc para introducir un predicado secundario, obtenemos una lectura análoga a la que ofrecen los estados de nivel 1, es decir, de estado temporalmente acotado (v.g. *Juan tuvo tierras en el Sur*).

### 3.3.3.2. Formaciones nominales en –dor

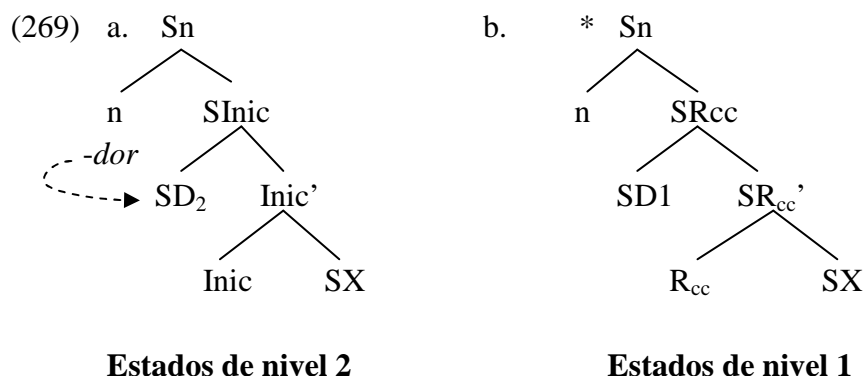
En el ámbito de la derivación nominal, el paradigma de las formaciones en –dor nos ofrece otro contexto en el que podemos apreciar la diferencia entre estados de nivel 1 y estados de nivel 2. En particular, solo los verbos pertenecientes a la segunda clase dan lugar a esta clase de derivados. Consideremos los siguientes datos:

- (267) *tenedor* < *tener*, *poseedor* < *poseer*, *conocedor* < *conocer*, *sabedor* < *saber*, *entendedor* < *entender*.  
 (268) *\*faltador* < *faltar*, *\*sobrador* < *sobrar*, *\*habedor* < *haber*, *\*costador* < *costar*, *\*temedor* < *temer*.

Puede apreciarse que los verbos que dan lugar a nombres en –dor corresponden a los que hemos clasificado aquí como estados de nivel 2 (verbos de posesión y de experimentante cognitivo), mientras que aquellos que no pueden servir de base a este proceso derivativo corresponden a estados de nivel 1 (verbos existenciales de cantidad, de medida y de experimentante emocional).

Esta correlación empírica puede abordarse mediante la misma representación estructural que hemos empleado en subapartados anteriores. De acuerdo con diversos autores (Baker y Vinokurova 2009, Cano 2013), las formaciones en –dor imponen como requisito estructural la proyección de un argumento externo (Baker y Vinokurova 2009) o de un iniciador/originador (Cano 2013). El afijo satura esta posición argumental, lo cual redundo en la interpretación agentiva asociada con los nombres resultantes. Esta caracterización casa de manera natural con la propuesta aquí sostenida,

de acuerdo con la cual solo los estados de nivel 2 lexicalizan un SInic, que es la proyección encargada de introducir el argumento externo o iniciador (§2.7.3). De este modo, los estados de nivel 1 darán lugar a una configuración agramatical si sobre ellos ensamblamos *-dor*, puesto que en este caso la posición de especificador no puede ser saturada por el afijo:



Existen, no obstante, algunas excepciones a este patrón. Tal como la asignación de caso acusativo presentaba ciertas dudas sobre la correcta clasificación de los verbos de sujeto experimentante emocional, algunos verbos de esta clase parecen comportarse como estados de nivel 2 respecto de los nombres derivados en *-dor*. Así, el DRAE registra los nombres *amador* y *odiador*, que tuvieron mayor frecuencia de uso en etapas anteriores de la lengua, pero que actualmente se encuentran en retirada. Para *odiador*, CREA registra cuatro ocurrencias, mientras que para *amador* se documentan cincuenta casos. Sin embargo, un examen más detallado de estos últimos revela que se trata de frases fosilizadas, o bien de usos esporádicos que toman como base un empleo dinámico del predicado poco documentado en la base verbal, y que bien podría implicar un cierto grado de variación dialectal. Considérense, por ejemplo, los casos siguientes, tomados de CREA:

- (270) a. [...] este **amador** de Dios.  
 b. [...] Ruiz Arce es un "**amador**" del atletismo  
 c. [...] el tercer **amador** de doña Inés

De este modo, para aquellos hablantes que consideran aceptable una formación como la de (270b) o (270c), la base estructural sobre la que se deriva el nombre en *-dor* debiese corresponder a (269a) y no a (269b). Esto parece plausible, si se advierte que el significado de (270c), por ejemplo, parece derivarse de un predicado agentivo, que incluirá, consecuentemente, un SInic.

Esta variación estructural asociada a un cambio de significado puede apreciarse con mayor claridad en casos donde existe un empleo verbal agentivo asociado a un verbo normalmente estativo (cf. Cano 2013). Así sucede, por ejemplo, con los verbos de medida *pesar* y *medir*. Junto a su valor estativo, en el que se asocia a una entidad una dimensión cuantificada, existe un empleo eventivo dinámico, de acuerdo con el cual un

agente pondera el valor que en una escala cabe atribuírsele a una entidad, como se observa en (271):

- (271) a. Juan pesó las manzanas.
- b. Juan midió la ventana.

CREA documenta casos de nombres en *-dor* que se asocian claramente con estos usos agentivos y no con los empleos estativos que hemos estudiado en apartados anteriores. Así se observa en (272):

- (272) a. [...] el aumento de sueldo de todos los funcionarios del municipio, desde el **pesador** del matadero hasta los guardia urbanos y los bomberos (CREA).
- b. [...] dicha finca tiene un solo **medidor** de agua y hay varios departamentos (CREA).

En los ejemplos de (272), el nombre en *-dor* hace referencia a una entidad que efectúa una medición (el argumento interno introducido por SINic) y no a la entidad de la que se predica una cierta dimensión respecto de una cierta cantidad (el especificador de SRcc en los verbos de medida estativos). Así, el *pesador* no es el que tiene cierto peso, y el *medidor* no es el que tiene cierta medida.

Por lo tanto, vemos que la distribución de los nombres en *-dor* calza con la distinción estructural entre estados de nivel 1 y 2. En los casos donde encontramos nombres en *-dor* a partir de estados de nivel 1, cabe argüir que se trata de usos agentivos provenientes de usos eventivos del verbo, vigentes en el estado actual de lengua (*medir*, *pesar*) o bien heredados de estadios anteriores en los que el verbo poseía una estructura distinta de la que hoy lexicaliza.

### 3.3.3.3. *Expresión nominal del predicado*

Dedicaremos el capítulo 5 de esta tesis a analizar con detalle las posibilidades de nominalización de los distintos predicados estativos estudiados en los capítulos 3 y 4. Sin embargo, resulta relevante para la discusión actual mencionar ciertas regularidades en la expresión nominal del predicado que exhiben los estados de nivel 1 y de nivel 2. En particular, observamos que los estados de nivel 2 emplean morfología deverbal y expresan la estructura argumental de forma análoga a como se expresa en las nominalizaciones eventivas; en contraste, los estados de nivel 1 se expresan nominalmente –en los casos donde esto es posible– mediante nombres no deverbales, y manifiestan su estructura argumental de manera distinta. Consideremos los siguientes datos:

- (273) *tenencia* < *tener*; *posesión* < *poseer*; *conocimiento* < *conocer*; *entendimiento* < *entender*.
- (274) *amor-amar*; *odio-odiar*; *temor-temer*; *falta-faltar*; *sobra-sobrar*; *peso-pesar*; *costo-costar*.

Este patrón derivativo se correlaciona, como hemos mencionado, con la expresión de la estructura argumental, según muestran los datos siguientes:

- (275) a. La población tiene armas.  
a'. La tenencia de armas por parte de la población.  
b. El sabio conoce la verdad.  
b'. El conocimiento de la verdad por parte del sabio.  
c. El ejército destruyó la ciudad.  
c'. La destrucción de la ciudad por parte del ejército.

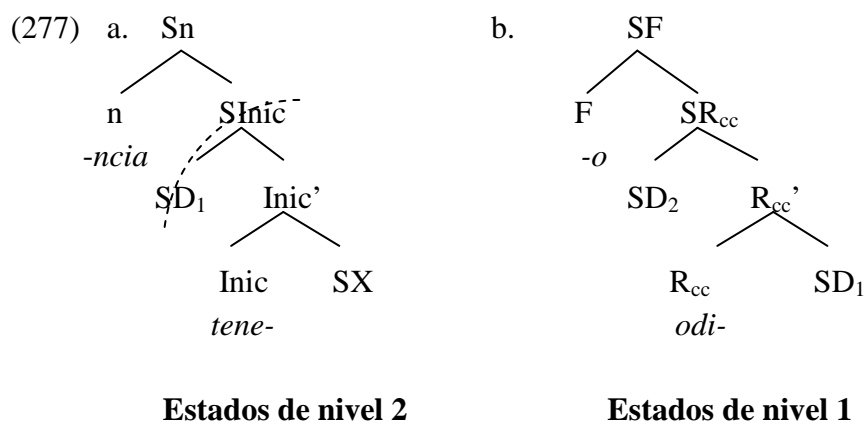
- (276) a. Juan ama a María.  
a'. El amor de Juan por María.  
b. Falta comida en ese país.  
b'. La falta de comida en ese país.  
c. Los libros cuestan mucho dinero.  
c'. El elevado costo de los libros.

Así, vemos que las nominalizaciones de estados de nivel 2 (275a-b) expresan su estructura argumental de forma análoga a la que siguen las nominalizaciones deverbales (275c). En ambos casos, el objeto oracional se expresa como genitivo (*de*-SD), mientras que el sujeto oracional pasa a la posición de adjunto (*por parte de*-SD). En cambio, los estados de nivel 1 (276) expresan su sujeto oracional como genitivo, mientras que insertan el objeto oracional mediante un SP independiente (*por María*) u otro recurso sintáctico (v.g. un adjetivo en (276c)).

Nuevamente, este patrón derivativo se sigue de las asunciones estructurales que hemos establecido en §2.7, así como al comienzo de este apartado (§3.3). Se ha propuesto repetidamente en la bibliografía (Grimshaw 1990, Alxiadou 2001, Fábregas y Marín 2012a, 2012b, entre muchos otros) que las nominalizaciones deverbales corresponden a un proceso de cambio categorial que conlleva la elisión del argumento externo del predicado de base. De esto se sigue la comparación habitual entre las nominalizaciones y las estructuras pasivas o ergativas, que, igualmente, se caracterizan por cancelar el argumento externo y promover el argumento interno a la posición de sujeto oracional. En las nominalizaciones, la posición estructuralmente más prominente correspondería, así, al genitivo (*de*-SD en español). Si esto es correcto, entonces es esperable que sean los estados de nivel 2, pero no los de nivel 1, los predicados que se manifiesten nominalmente del modo en que lo hacen las nominalizaciones de evento complejo.

Como hemos defendido aquí, los estados de nivel 2 lexicalizan una estructura propiamente verbal, S<sub>Inic</sub>, que proyecta un argumento externo. De este modo, esta clase de verbos necesita, para expresarse en el dominio nominal, una operación de nominalización cuyo efecto morfológico es la aparición de sufijos deverbales (*-ncia*, *-miento*), y cuyo efecto sintáctico es la expresión de la estructura argumental que se observa en (275), donde el argumento interno pasa a la posición estructuralmente

prominente. En contraste, los estados de nivel 1 lexicalizan una estructura relacional categorialmente neutra: SR<sub>cc</sub>. Por lo tanto, en este caso no asistimos, en rigor, a un cambio categorial desde el verbo hacia el nombre, sino solo a la inserción de una estructura relacional bien bajo proyecciones funcionales verbales, bien bajo proyecciones funcionales nominales, como sucede en (276). La consecuencia morfológica de ello es que los nombres respectivos no manifiestan morfología deverbal; la consecuencia sintáctica, que el sujeto oracional, originariamente un especificador de SR<sub>cc</sub>, conserva la posición más prominente en el SD. Esta diferencia puede sintetizarse en las siguientes estructuras:



En (277a), la proyección nominalizadora se ensambla sobre una proyección de naturaleza verbal, con la consecuente elisión del argumento externo. En (277b), el SR<sub>cc</sub> se inserta bajo proyecciones nominales que aportan rasgos flexivos (SF), pero que no alteran la jerarquía de los argumentos relacionados. Como hemos mencionado, volveremos sobre estos casos en mayor profundidad en el capítulo 5, dedicado a las posibilidades de nominalización de los verbos estativos analizados.

### 3.3.4. Síntesis de las diferencias principales entre estados de nivel 1 y 2

Las principales diferencias empíricas consideradas en los subapartados anteriores pueden sintetizarse en la siguiente tabla:

	Mod <sub>epist</sub>	Prog: lectura estativa	Prog: lectura dinámica	Indef: lectura estativa	Indef: lectura dinámica	-dor	Nom deverbal	Nom no deverbal
Nivel 1	+	+	-	+	-	-	-	+
Nivel 2	+	-	+	+/-	+	+	+	-

Tabla 9. Diferencias entre estados de nivel 1 y de nivel 2

La disponibilidad de lecturas modales epistémicas nos indica que ambas clases corresponden, en efecto, a estados puros (como indican también otros contextos como el modificador de manera *lentamente*). Sin embargo, los contextos siguientes nos muestran

que, a pesar de poseer el mismo *grado* de estatividad, estos verbos no lexicalizan el mismo *nivel* de estatividad, puesto que codifican su valor aspectual en estructuras distintas. Así, vemos que su conducta difiere al considerar las lecturas disponibles en la forma progresiva (siempre debidas, de acuerdo con nuestro análisis, a una coerción estructural). Esta diferencia es paralela a la que encontramos en las lecturas admitidas por el indefinido, con la salvedad de que, allí donde encontrábamos agramaticalidad en los estados de nivel 2 bajo la forma progresiva, encontramos lecturas estativas en el indefinido (es lo que marcamos con el símbolo +/- en la casilla de las lecturas estativas del indefinido). Finalmente, los patrones derivativos exhibidos por las formaciones deverbales ilustran una diferencia que puede explicarse en los mismos términos estructurales. Así sucede con las formaciones en *-dor* y con las nominalizaciones deverbales. En todos estos casos, hemos mostrado que la conducta de los estados de nivel 1, frente a la de los estados de nivel 2, puede explicarse por las estructuras que ambas clases de verbos lexicalizan: sintagma relacional de coincidencia central carente de categoría gramatical (SRcc) (estados de nivel 1), frente a un sintagma verbal que introduce un argumento externo (SInicio) (estados de nivel 2).

Con esto termina nuestra exposición de los niveles de estatividad internos a la primera fase sintáctica, es decir, la que define el tipo de situación o *Aktionsart* y la introducción de los argumentos asociados al predicado. Pasaremos ahora a exponer cómo se estructuran los estados externos o de “aspecto gramatical”, cuya conducta interactúa de manera predecible con los estados de la primera fase. Consideraremos dos contextos: la forma progresiva entendida como una clase de estado, y el Aspecto Habitual.

### 3.3.5. Estados de nivel 3: <estar + -ndo> y *Asp<sub>prog</sub>*

A lo largo de este capítulo hemos empleado el contexto de la perífrasis <estar + -ndo> en alusión a dos cuestiones distintas: como forma estativizadora y como prueba para discriminar predicados estativos. A primera vista, puede resultar paradójico que una forma estativa sea a la vez prueba (por agramaticalidad) de estatividad. Desde la perspectiva de Taylor (1977), a la que hemos aludido con mayores detalles en §1.1.6 y §3.2.2.2, los predicados estativos no pueden insertarse bajo la forma progresiva puesto que son válidos en puntos de tiempo, que es justamente lo que da como resultado la aplicación de este contexto gramatical. De este modo, pueden servir como aducto de la forma progresiva solo predicados válidos en intervalos, es decir, eventos. Una aproximación similar es la que adopta Hallman (2010), quien, según comentamos en §3.2.3.6, propone que la forma progresiva es estativa justamente porque comparte con los estados léxicos la validez en puntos de tiempo.

En este subapartado mostraremos que la estatividad de la forma progresiva puede enmarcarse de forma natural en el marco teórico y metodológico aquí adoptado, lo cual nos permitirá rebatir aquellas posiciones que niegan la naturaleza estativa de la forma progresiva (Glasbey 1994, Bertinetto 1994a), alineándonos, en cambio, con aquellas



propuestas que analizan la forma progresiva como un estatizador (Vlach 1981, Bertinetto 1986, Mittwoch 1988, Parsons 1990, Hallman 2010). Finalmente, propondremos que la forma progresiva puede formularse como un estado siguiendo las asunciones conceptuales del capítulo 1, es decir, entendiendo la estatividad como la atribución de una propiedad a una entidad. En particular, sostendremos que la forma progresiva establece la pertenencia de un estadio coindizado con un individuo al conjunto de estadios que pueden coordinarse temporalmente con el conjunto de tiempos que componen la huella temporal de un evento. Este análisis retoma la idea tradicional del progresivo como inclusión de un punto de tiempo en un intervalo mayor en el que es válido el evento en su totalidad, propuesto por Bennett y Partee (1978) y reelaborado –incluyendo un componente modal– en Dowty (1977, 1979, cf. Portner 1998).

Si observamos la jerarquía de (192) (§3.3), podemos predecir a qué contextos será sensible la estatividad codificada en la forma progresiva. Téngase en cuenta la secuencia funcional ilustrada en (278):

(278) [Mod<sub>epist</sub> ... [Asp<sub>prog</sub> [*lentamente* Asp<sub>celerativo</sub> [LOC<sub>externo</sub> Sv ]]]]

De acuerdo con las relaciones jerárquicas mencionadas, todos aquellos contextos que detectan estatividad solo en los niveles 1 y 2, es decir, generados en el Sv,<sup>117</sup> no serán aplicables al nivel 3 (forma progresiva). Esto es, no podremos emplear los modificadores dirigidos al sintagma verbal como contextos que discriminen la estatividad formada en Asp<sub>prog</sub>. En cambio, aquellos contextos que discriminen estatividad en un nivel funcional superior serán sensibles a este nivel de estatividad, como es el caso de las pruebas basadas en la modalidad epistémica. Considérense los ejemplos de (279):

- (279) a. Juan escribe un libro lentamente en su casa.  
 b. Juan está escribiendo un libro lentamente en su casa.  
 c. Juan estará escribiendo un libro lentamente en su casa.  
 d. Juan debe estar escribiendo un libro lentamente en su casa.

En (279a) encontramos un predicado eventivo dinámico que, como es de esperar, acepta tanto el adverbio *lentamente* como un modificador de lugar dirigido al evento. Supongamos que ensamblamos una estructura de esta naturaleza con Asp<sub>prog</sub> y obtenemos (279b). El resultado es, de acuerdo con la hipótesis inicial, un predicado estativo, pero la oración sigue siendo gramatical con los mismos modificadores, que, en principio, deben ser rechazados por predicados estativos. Sin embargo, la jerarquía funcional de (278) nos dice que tales contextos no pueden restringir lo que ocurre sobre Sv o Asp<sub>celerativo</sub>. Consiguientemente, son ciegos a la estatividad que pudiera generarse en Asp<sub>prog</sub>, núcleo jerárquicamente superior. Para evaluar esta estatividad necesitamos,

<sup>117</sup> Empleamos aquí la etiqueta “Sv” como síntesis de la secuencia [SInicio [SProc [SRcc]]] o cualquier subconjunto de sus posibilidades combinatorias (v.g. [SInicio [SRcc]], [SInicio], etc.).

por consiguiente, un contexto que opere en un nivel funcional más alto. Si seguimos la jerarquía de (278), podemos emplear los contextos que poseen modalidad epistémica, como el futuro sintético o la perífrasis <*deber* + infinitivo>.

Una vez que obedecemos esta restricción, los resultados son los esperados. Siguiendo el patrón de los estados léxicos, (279c) es ambiguo entre una lectura temporal ('Juan estará inmerso en la actividad de escribir en un momento posterior al acto de habla') y otra modal ('es probable que Juan se encuentre inmerso en la actividad de escribir en este momento'). Así mismo, (279d) es ambiguo entre una lectura modal deóntica ('es imperioso que Juan se encuentre inmerso en la actividad de escribir') y una modal epistémica análoga a la del futuro sintético. De este modo, tales resultados son coherentes con las relaciones estructurales predichas por (278), según las cuales todos los contextos que discriminan estatividad sobre  $Asp_{prog}$  discriminan también estatividad bajo  $Asp_{prog}$ , pero no a la inversa. Así, la modalidad epistémica, sensible a la forma progresiva, es necesariamente sensible a los estados de nivel 1 y 2, aunque los contextos sensibles a los niveles de estatividad 1 y 2 no son necesariamente sensibles a la forma progresiva, como de hecho sucede en el caso de *lentamente* y los locativos externos (279c-d).

La idea de que la forma progresiva puede entenderse como una forma estativizadora se remonta al menos hasta el trabajo de Vlach (1981). El autor mostró que existía una serie de similitudes empíricas entre los verbos estativos y los predicados en forma progresiva, entre los cuales podemos mencionar los siguientes:

- i. Tanto los estados léxicos como la forma progresiva dan lugar a solapamientos temporales:

- (280) a. Max was here when I arrived.  
           'Max estaba aquí cuando llegué'  
       b. Max was running when I arrived.  
           'Max estaba corriendo cuando llegué'  
       c. Max ran when I arrived.  
           'Max corrió cuando llegué'

Como se observa en los ejemplos de (280), tanto la presencia de un predicado estativo (280a) como de un predicado eventivo bajo la forma progresiva (280b), dan lugar a solapamientos temporales, frente a la interpretación sucesiva a que da lugar la introducción, en la oración principal, de un evento en pasado simple (280c).

- ii. El auxiliar empleado en las construcciones de progresivo suele ser un verbo estativo: *be* 'ser' en inglés, *estar* en español, *être* en francés, *stare* en italiano.

- iii. La forma progresiva admite fácilmente una paráfrasis estativa (cf. Arche 2006), lo cual se condice con el origen léxico estativo de muchas perífrasis progresivas (Anderson 1973, Comrie 1976, Bybee et al. 1994):

- (281) a. Tweetie is flying.  
b. Tweetie is in flight. [Vlach 1981]  
(282) a. Estoy escribiendo un artículo sobre pelícanos.  
b. Estoy en ello.

- iv. La perífrasis progresiva, como los estados léxicos, no puede insertarse, a su vez, bajo la forma progresiva (ejemplos tomados de Vlach 1981):

- (283) a. \*Max is being here. [=prog(be here)]  
b. \*Max is being running. [=prog(be running)]  
c. Max is running. [=prog(run)]

En adición a estos argumentos, Mittwoch (1988) agrega que los estados léxicos y la perífrasis progresiva se comportan de modo similar bajo el verbo de ascenso *seem* ‘parecer’:

- (284) a. John seemed to be hungry.  
‘Juan parecía estar hambriento’  
b. John seemed to be running.  
‘Juan parecía estar corriendo’  
c. John seemed to run.  
‘Juan parecía correr’

Como podemos apreciar, tanto (284a), un estado léxico, como (284b), un evento bajo la forma progresiva, pueden aparecer como complementos de *seem*, mientras que un evento como *run* debe interpretarse bajo una lectura habitual (es decir, una lectura estativa).

Por su parte, los autores que rechazan la equiparación aspectual de los estados léxicos con la perífrasis progresiva (Glasbey 1994, Bertinetto 1994a) se basan, principalmente, en la distinción entre aspecto léxico o tipo de situación y aspecto gramatical o de punto de vista (Smith 1991). Según estos autores, los estados comparten con la forma progresiva ciertas cualidades temporales, pero su identificación surge de la confusión entre los niveles de análisis del *Aktionsart* con el aspecto gramatical. De acuerdo con Glasbey (1994), la forma progresiva aportaría un valor imperfectivo, pero no estativizador. Esto explicaría que dé lugar a solapamientos temporales, puesto que corresponde a un operador aspectual que permite visualizar el desarrollo de un evento desde el interior (véase *supra* §3.2.2.2.1). Esta observación es compartida por Bertinetto (2004: 276), quien sostiene que “[u]n caso típico de la confusión entre Aspecto [de punto de vista] y Modo de Acción es la frecuente afirmación de que los verbos en la

forma progresiva son estativos o se comportan como estativos”. Si bien los estados léxicos comparten con la perífrasis progresiva la atelicidad, dicha propiedad corresponde de forma inherente al *Aktionsart* de aquellos, mientras que, en el caso de esta última, debe entenderse como una “destelización sintáctica” (op. cit.: 300). Para fortalecer la distinción entre estos dos planos de análisis, Bertinetto aduce una serie de contextos en que estados y progresivos difieren, entre los que podemos destacar los siguientes:

- i. La propiedad de la *densidad*, análoga a la que aquí hemos denominado propiedad del subintervalo, no se manifiesta con idéntica rigurosidad en estados léxicos y en progresivos (Bertinetto 1994a: (19)):

- (285) a. Yesterday, between 2 and 3 o'clock, John was very hungry.  
b. Yesterday, between 2 and 3 o'clock, John was playing tennis.

Mientras que un estado léxico es genuinamente denso, es decir, que para todo subintervalo del tiempo comprendido entre las 2 y las 3 el predicado *tener hambre* es igualmente válido, lo mismo no se aplica necesariamente en el caso de (285b), en que encontramos un evento bajo la forma progresiva. Puede haber subintervalos de tiempo en que no se esté jugando al tenis, sin que sea necesariamente falso que el evento es válido de 2 a 3 (por ejemplo, si el jugador se sienta un minuto a descansar).

- ii. En contra de lo que observaba Vlach (1981), muchos estados pueden adoptar la forma progresiva. A este respecto, existen dos clases, ejemplificadas en (286a) y (286b):

- (286) a. John is being silly.  
b. The statue is standing in the park.

En el primer caso, nos encontramos con un predicado “desestativizado” por efecto de la perífrasis progresiva (cf. Zucchi 2001). En el segundo, con un predicado que mantiene su carácter estativo en este contexto gramatical (cf. §3.3.1.2). Nótese que, si (286a) tiene un valor eventivo, entonces no es exacto afirmar que la forma progresiva es estativa, toda vez que es justamente este contexto el que parece aportar una agentividad ausente en el predicado de base. Por otra parte, si tenemos estados, como (286b), que admiten la forma progresiva, la restricción que impide a la propia perífrasis progresiva entrar en este contexto (\**está estando leyendo*) no puede achacarse a su supuesta estatividad, sino a restricciones sintácticas independientes.

- iii. Por último, los eventos en forma progresiva admiten modificadores que los estados léxicos rechazan:

- (287) a. Juan está escribiendo un libro poco a poco.  
b. Juan tiene hambre poco a poco.

Dado que los eventos en forma progresiva sufren una “destelización sintáctica”, pueden conservar rasgos aspectuales vinculados al evento que contienen. Así, pueden recibir modificadores como *poco a poco*, que requieren predicados télicos. Un estado léxico, en contraste, rechaza este tipo de modificadores, puesto que su atelicidad corresponde a una propiedad inherente de su *Aktionsart*.

Antes de pasar a ofrecer una representación del valor que, en nuestro modelo, recibe la forma progresiva, detengámonos en los argumentos aportados por Bertinetto (2004) y Glasbey (1994). En primer lugar, ambos autores comparten la idea de que otorgar a la forma progresiva un valor aspectual estativo incurre en una confusión de niveles de análisis, toda vez que la categoría de estatividad pertenece a la clasificación según tipos de situación o *Aktionsart*. Sea cual sea la correcta caracterización de la perífrasis *estar + -ndo*, las categorías que den cuenta de su naturaleza han de pertenecer al dominio del aspecto externo, gramatical o de punto de vista, puesto que se trata de una forma gramatical que se aplica sobre predicados que pueden aislarse mediante unidades léxicas independientes dotadas de un tipo aspectual propio. La categoría de *imperfectividad* parece reunir las cualidades que corresponden, en rigor, a este nivel de análisis. Conviene notar, a este respecto, que los efectos de solapamiento temporal pueden conseguirse en español con otras formas imperfectivas que no tienen, en principio, una relación evidente con la estatividad (cf. García Fernández y Camus 2004). Así, el ejemplo inglés (280c), repetido aquí como (288a), puede o no dar lugar a una lectura de solapamiento en su contraparte española, dependiendo de si traducimos el pasado simple de la oración principal por el imperfecto (288b) o el indefinido (288c), respectivamente:

- (288) a. Max ran when I arrived.  
b. Max corría cuando llegué.  
c. Max corrió cuando llegué.

De este modo, Glasbey (1994) acierta al observar que los efectos de solapamiento temporal no constituyen una prueba suficiente a favor de la equivalencia entre progresivos y estativos. Se trata, más bien, de una consecuencia discursiva que comparten las formas imperfectivas y las estativas. Sin embargo, esta objeción no decide, en sí misma, cuál es la posición de la forma progresiva en la distinción imperfectivo/estativo. Nótese, con todo, que no podemos desempatar esta situación esgrimiendo la objeción conceptual de Glasbey (1994) y Bertinetto (2004), puesto que decidir a priori cuál es el dominio de aplicación de la categoría de la estatividad (el *Aktionsart* y no el aspecto gramatical) corresponde a una cuestión en buena medida convencional sobre la base de la cual no podemos extraer conclusiones empíricas.

Respecto del problema de la densidad, ejemplificado en (285), no está claro que nos ofrezca un criterio sólido para distinguir entre progresivos y estativos. En particular, el problema de que *estar jugando al tenis de 2 a 3* no exhiba una versión fuerte de la densidad puede deberse a la referencia que contextualmente atribuimos a *jugar al tenis*.

Si *jugar al tenis* se entiende, en sentido estricto, como el conjunto de todas aquellas actividades y estados de cosas que tienen lugar mientras ambos contrincantes conceden que existe un punto en disputa, entonces tomar asiento durante un minuto no cuenta como *jugar al tenis* y el predicado ha de ser falso si entre las dos y las tres un jugador tomó asiento para descansar. Si, en cambio, *jugar al tenis* incluye, en un sentido más amplio, todas aquellas actividades y estados de cosas que tienen lugar mientras una persona se mantiene en un recinto deportivo con la intención de jugar al tenis, disputando, de hecho, puntos frente a un contrincante durante una extensa proporción de tiempo, entonces el predicado es verdadero aun cuando alguno de los jugadores tome asiento, beba agua o salga de la cancha para recuperar una pelota perdida. Pero esto no significa que, bajo la segunda interpretación, *estar jugando al tenis de 2 a 3* sea menos denso, puesto que la referencia del predicado *jugar al tenis* ha cambiado y se aplica también a aquellos momentos en que estamos fuera de la cancha. Por lo demás, si la aplicación del criterio de densidad a la forma progresiva es susceptible de la objeción sugerida por Bertinetto (2004), lo es igualmente en el caso de los estados léxicos. Martin (2008: 33) propone un ejemplo que sirve para ilustrar lo que pretendemos destacar aquí (cf. §3.2.1.1.1). Consideremos el siguiente diálogo:

(289) A: Où es-tu assis?

B : Je suis assis au troisième rang.

De acuerdo con Martin, este ejemplo puede ser verdadero si B está de pie hablando con A en el pasillo. De este modo, *estar sentado* no necesita que el sujeto de la predicación se encuentre efectivamente sentado en el lugar respectivo para que la oración sea verdadera. Por ello, Martin (2008: 33) denomina estos estados *locativamente independientes*, puesto que su vigencia no depende de que el portador del estado se localice en un determinado espacio.<sup>118</sup> Respecto de nuestra discusión, estos estados serían relevantes porque sugieren el mismo problema de densidad que se constata en la forma progresiva. *Estar sentado de 2 a 3 en la tercera fila* puede ser verdadero incluso si hay momentos particulares en que el individuo sobre el que se aplica no ocupa, de hecho, el asiento de la tercera fila. En este caso, no obstante, debemos dar a *estar sentado* un sentido no literal según el cual “estamos sentados en cierto sitio” porque ejercemos determinado control sobre ese sitio, o porque no hemos suspendido nuestra intención de permanecer sentados allí, etc. Ese estado de predisposición asociado al estado (literal) de permanecer sentado en un sitio es, efectivamente, denso, tal como lo es *jugar al tenis* bajo la interpretación amplia del conjunto de las actividades y estados de cosas que suceden al estar involucrado en un juego de tenis.

En síntesis, si podemos solucionar el problema de densidad asociado a ciertos estados léxicos, entonces también podemos solucionarlo en la forma progresiva. Sin embargo, incluso si esta solución no estuviese bien encaminada, el problema de la

---

<sup>118</sup> Un ejemplo similar es presentado por Vlach (1981: 275) para el inglés: *Is someone sitting here?* ‘¿Hay alguien sentado aquí?’. Sin embargo, para Vlach este ejemplo sirve para discutir la densidad de la forma progresiva, puesto que es la morfología que asume el predicado *estar sentado* en inglés.

densidad no sirve ya para distinguir progresivos de estativos, como pide Bertinetto (2004), puesto que se trata de un problema que, bajo ciertas circunstancias, podemos encontrar en ambas clases.<sup>119</sup>

Los casos ejemplificados en (286), con los que Bertinetto (2004) rebate la restricción observada por Vlach (1981), tampoco apoyan la tesis de que los progresivos no son estativos. Recuérdese que el argumento de Vlach (1981) decía que la forma progresiva no podía, a su vez, aparecer en la forma progresiva (\**Max is being running*), como era el caso de los propios estados léxicos, por lo cual ambas clases exhibían una propiedad común adicional. De acuerdo con Bertinetto, esto no es exacto, porque los estados léxicos sí pueden, en al menos dos casos, adoptar la forma progresiva. En el caso de (286a) (*John is being silly*) el predicado adopta, además, un valor agentivo. De este modo, no solo sería falsa la restricción observada por Vlach, sino que sumamos un argumento adicional contra la reducción de los progresivos a los estativos, toda vez que aquellos pueden ser agentivos, no así los estativos. Sin embargo, los datos pueden ser vistos desde otro ángulo que puede favorecer la conclusión opuesta. Según hemos comentado en §3.3.1.2, Arche (2006) propone que los predicados adjetivales pueden adoptar un valor agentivo-eventivo que no depende de la cópula que toma ese predicado ni de la forma aspectual que adopta. Así, si un adjetivo como *cruel* toma como complemento un SP introducido por *con*, la estructura resultante se comporta como actividad de acuerdo con las pruebas aspectuales tradicionales:

- (290) a. Juan es cruel con María.
- b. ¡Sé cruel con María!
- c. Juan está siendo cruel con María.

Según se observa en (290), *cruel con María* puede adoptar el modo imperativo (290b) e insertarse en la perífrasis progresiva (290c). Así, siguiendo el análisis de Arche, el predicado adjetival no adquiere un valor agentivo al insertarse en la forma progresiva, sino en un paso anterior de la derivación, y con independencia de que el predicado, finalmente, adopte o no la forma progresiva, como muestra (290b). Por lo tanto, la forma progresiva encuentra legitimación justamente *porque* ha habido un cambio estructural en el predicado de base, que lo aleja de la estatividad. Si esto es así, la restricción que impide combinar la forma progresiva con predicados estativos sigue vigente. Nótese, además, que la estructura de (290c) incluye un predicado agentivo,

---

<sup>119</sup> El propio Bertinetto (2004: 293) asume que el criterio de densidad no efectúa una distinción tajante entre progresivos y estativos, puesto que, como hemos argumentado aquí, hay también estados léxicos cuya densidad es problemática. El autor menciona el caso de *I lived in Paris from 1985 to 1988* ‘Viví en París desde 1985 hasta 1988’. Dicha oración puede ser cierta aun cuando el sujeto no haya residido en París durante breves períodos de tiempo (en vacaciones, por ejemplo). Nuevamente, si el problema se detecta en los progresivos, también se detecta en los estativos léxicos. No obstante, estimamos que, en este caso, entra en juego igualmente la referencia que decidamos dar al predicado. Nótese que no es lo mismo *vivir en X* que *ocupar físicamente el lugar X*. Posiblemente *vivir en X* incluye cuestiones como poseer un alojamiento estable en X, ejercer alguna actividad regular en X, etc. Bajo este concepto, que el predicado siga siendo verdadero aun cuando el individuo del que se predica resida temporalmente en otro sitio no violenta su densidad, puesto que estos aspectos pueden seguir vigentes con independencia de la localización efectiva del individuo.

pero esto no permite concluir que ella misma sea también agentiva. Esto se comprueba al observar el hecho de que no pueda tomar el imperativo (291), cuestión sobre la que ya había reparado el propio Bertinetto (1986) en un trabajo anterior:

(291) \*¡Está(te) siendo cruel con María!

El segundo caso que menciona Bertinetto (2004) es el de predicados estativos que conservan su valor de estado bajo la forma progresiva, como muestra (286b): *The statue is standing in the park*. Sin embargo, el verbo *stand* corresponde a la clase de estados que Dowty (1979) denomina de intervalo, puesto que, aunque denotan una propiedad homogénea, requieren validez en intervalos y no en puntos de tiempo. Según hemos argumentado en §3.3.1.1, al analizar la aceptación de la forma progresiva en estados de nivel 1, la legitimación de *estar* + *-ndo* con predicados que en principio pueden clasificarse como estados puros demanda la introducción de un argumento eventivo válido en intervalos. Dicho argumento eventivo formaría parte, en verbos como *stand*, de la estructura que el verbo lexicaliza originalmente. De este modo, el ejemplo de (286b) requiere la introducción de una tercera categoría entre la estatividad y la eventividad, que no se contempla en el trabajo de Bertinetto (2004), pero que, según veremos en el capítulo 4, tiene amplias consecuencias en el análisis de otras clases de verbos estativos del español. Así, en los dos casos de compatibilidad entre progresivos y estativos observada por Bertinetto (2004), es posible mostrar que no se trata de estructuras genuinamente estativas, ya sea porque se han agentivizado independientemente, ya sea porque forman parte de una tercera categoría entre la estatividad y la eventividad (estados de intervalo o davidsonianos).

El último de los argumentos que hemos tomado de Bertinetto (2004) corresponde a la aceptación, por parte de los progresivos pero no de los estados léxicos, de modificadores propios de predicados télicos. Así se observaba en el contraste de (287a) (*Juan está escribiendo un libro poco a poco*) frente a (287b) (\**Juan tiene hambre poco a poco*). Nótese que este resultado es perfectamente predecible bajo la aproximación por niveles seguida aquí. Como comentábamos a propósito de la distribución de *lentamente*, aquellos modificadores dirigidos al evento son compatibles con la forma progresiva pero no con estados de nivel Sv o “léxico”, toda vez que el modificador eventivo es “ciego” a la estatividad formada en capas funcionales superiores. Una argumentación similar puede aplicarse a la distribución de *poco a poco*. Si este modificador se ensambla en una posición superior al Aspecto Progresivo, entonces debería rechazar, desde nuestra perspectiva, tanto la forma progresiva como los estados léxicos; si, por otra parte, se ensambla en una posición inferior al Aspecto Progresivo, no puede ser sensible a la estatividad de la forma progresiva, pero sí a la de los estados léxicos, que es justamente el patrón observado por Bertinetto (2004). Ahora bien, es factible suponer que *poco a poco* se ensambla, tomando como referencia la jerarquía de Cinque (1999: 106), en el especificador del Aspecto Completivo. Esta proyección funcional ocupa, efectivamente, una posición jerárquicamente inferior a la del Aspecto Progresivo (Cinque, íbid.):



(292) [Asp<sub>prog</sub> ... [Asp<sub>completivo</sub> ... [Sv ]]]

De este modo, la distribución del modificador *poco a poco* no es incompatible con la asunción de que la forma progresiva es estativa, toda vez que la proyección funcional en cuyo especificador se ensambla es ciega respecto de la estatividad del Aspecto Progresivo. Para Bertinetto (2004), la “destelización sintáctica” efectuada por la forma progresiva deja intactos los rasgos inherentes del *Aktionsart*, lo cual explica la aceptabilidad de *poco a poco*. Todo el problema radica, desde sus asunciones teóricas, en que la conservación de un aspecto léxico eventivo es incompatible con la atribución de estatividad a la forma progresiva, puesto que el dominio de aplicación de la categoría de estatividad solo puede circunscribirse al aspecto léxico. Sin embargo, hemos comentado más arriba que esta asunción conceptual no puede emplearse como argumento empírico, puesto que descansa sobre una decisión terminológica. Si prescindimos de este supuesto y aplicamos un análisis por niveles en que la estatividad puede generarse bien en el dominio léxico, bien en el dominio externo, la conservación de un aspecto télico en el predicado de base deja de ser problemática. El único requisito que este análisis pide es que dicha estatividad sea verificable empíricamente por los contextos que la dominan. Esto es precisamente lo que sucede al aplicar contextos de modalidad epistémica sobre la forma progresiva, tal como ya había observado Hallman (2010) o Ramchand (2012). Es lo que hemos observado al inicio de este subapartado, en ejemplos como los de (279c) (*Juan estará escribiendo un libro lentamente en su casa*), que pueden tener una lectura modal epistémica.

Pasemos ahora a introducir el análisis que, desde nuestros supuestos teóricos, puede recibir la forma progresiva. Como hemos mencionado en §1.1.5, al introducir la semántica de intervalos, la forma progresiva puede formalizarse, siguiendo a autores como Taylor (1977), Bennett y Partee (1978) y Dowty (1977, 1979), como un operador que toma un predicado válido en intervalos y produce un predicado válido en un punto de tiempo que puede coincidir con el momento de habla, por definición puntual. Esta caracterización es la que lleva a Hallman (2010) a afirmar que la forma progresiva es, en sentido estricto, una forma estativa, dado que, de acuerdo con este autor, la validez en puntos de tiempo constituye un rasgo suficiente de la estatividad. Consideremos, por ejemplo, la definición de Bennett y Partee (1978):<sup>120</sup>

(293) *John is building a house* es verdadera en I si y solo si I es un momento de tiempo, existe un intervalo de tiempo I' tal que I está en I', I no es un límite de I', y *John builds a house* es verdadera en I'.

<sup>120</sup> La formulación modal de Dowty (1979), aunque más exacta, comparte las relaciones de inclusión establecidas en Bennett y Partee (1978), de modo que, para efectos del análisis subsiguiente, mantendremos esta interpretación semántica, más simple. Nótese, además, que el efecto “modal” que introduce Dowty podría deducirse de un modelo temporal de tipo realista (cf. Ramchand 2012, véase §3.2.3.5). Si el punto de tiempo incluido en el intervalo de validez del evento que la forma progresiva selecciona se coordina con el momento de habla, entonces el subintervalo que resta “a la derecha” de dicho punto de tiempo es por definición “irreal”, y será compatible con todos los mundos posibles que nacen desde el presente. En algunos de esos mundos el evento llega a su culminación; en otros, no.

Una formulación reciente de esta idea se encuentra en Katz (2003), quien atribuye a la forma progresiva la semántica siguiente:

(294) PROGRESIVO =  $\lambda P \lambda t \exists e [P(e) \ \& \ t \subset \tau(e)]$

De acuerdo con Katz (2003), el aspecto progresivo es aquella función que toma un predicado de eventos (P) y arroja una propiedad de tiempos  $t$  tales que  $t$  está propiamente incluido en la huella temporal del evento  $e$ .

Como hemos adelantado en §1.3.3, esta caracterización puede reformularse en términos del concepto de estatividad que hemos adoptado, es decir, el de instanciación de una propiedad en una entidad. En términos formales, la atribución de una propiedad a una entidad puede entenderse como la adscripción de dicha entidad a un conjunto. De este modo, podemos analizar la forma progresiva como la adscripción de un *estadio*, coindizado con un individuo, al *conjunto de los estadios* temporalmente ordenados que pueden establecer una correspondencia uno a uno con el *conjunto de los tiempos* que conforman la huella temporal del evento al que se aplica la forma progresiva. La relación de coordinación entre el estadio y el tiempo del evento puede proyectarse, a su vez, sobre el momento de habla. En términos esquemáticos, obtenemos lo siguiente:

(295)

Momento de habla:	
Serie de estadios de Y:	MH   S _ S _ S _ S _ S _ S _ S _ S _ S _ S _ S _ S _ S
Serie de puntos de tiempo de $\tau(e)$ :	t _ t _ t _ t _ t _ t _ t _ t _ t _ t _ t _ t _ t
Intervalo de validez de e:	[

De este modo, el estadio  $s$  del individuo  $Y$  instancia una cierta propiedad, la propiedad de pertenecer al conjunto de los estadios que pueden coordinarse con el conjunto de los tiempos que integran el intervalo en que el evento  $e$  es válido. Nótese que no necesitamos que el evento  $e$  sea válido en cada uno de los tiempos  $t$ , cuestión que, dado que tales tiempos son puntuales, es imposible. Solo necesitamos que dichos puntos de tiempo pertenezcan al intervalo en que  $e$  es válido. La diferencia entre la adscripción de una propiedad del tipo de (295) con la de un predicado estativo “normal”, como *tener un perro*, radica en que el conjunto de entidades a las que  $s$  pertenece es un conjunto de entidades temporalmente ordenadas. De este modo, en la medida en que un individuo permanezca involucrado en una cierta actividad, la forma progresiva siempre encuentra un estadio  $s$  que pueda coordinarse con un tiempo  $t$  perteneciente al intervalo de validez de  $e$ . Así, si desplazamos el momento de habla de izquierda a derecha (vale decir, si hacemos avanzar el tiempo), en cada subparte del intervalo de validez de  $e$  podemos trazar una línea que relacione un  $s$  con un  $t$ .

Esta forma de entender el aspecto progresivo, que amplía la caracterización tradicional basada en una relación de inclusión entre tiempos, posee, además, similitudes con la tradición de análisis que atribuye a la forma progresiva un valor locativo (Bolinger 1971, Bybee & Dahl 1989, Mateu 2002, Arche 2006, entre otros). Mateu (2002) observa que, en vasco, la forma progresiva se constuye mediante una forma nominalizada del verbo que se introduce mediante un núcleo relacional de coincidencia central (Mateu 2002: (73a)):

- (296) Jon            leihoa            apur-tze-n            dago<sup>121</sup>  
           Jon-ABS ventana-ABS romper-NOM-LOC    ser-3sg.ABS  
           ‘Jon estaba rompiendo la ventana’

De acuerdo con el análisis de Mateu, la estructura subyacente a (296) es de tipo inacusativo (nótese que el sujeto, *Jon*, lleva caso absolutivo, a pesar de que el verbo *romper* denota un evento causativo que asigna, a su vez, caso absolutivo a su objeto, *leihoa* ‘ventana’). De forma transparente, la sintaxis de esta oración ‘localiza’ al individuo Jon en el evento de romper. Para ello, el verbo toma un sufijo nominalizador (-tze), al que se añade un afijo locativo de coincidencia central (-n), dando como resultado el valor de ‘*Jon is centrally located in the event of causing the window to become broken*’ (Mateu 2002: 141). Aunque en español la forma progresiva no es, como en vasco, equivalente a una estructura locativa de forma transparente, existen diversos paralelos entre estructuras similares a las de (296) y la forma progresiva tradicional en *estar* + *-ndo*. Así, de una parte, la forma progresiva puede emplearse para contestar una pregunta del tipo de (297a) (cf. Arche 2006, véase *supra*):

- (297) a. ¿En qué estás?  
           b. Estoy leyendo el periódico.

Por otra parte, también es posible ‘localizar’ un individuo empleando una preposición de coincidencia central que tome como complemento una nominalización (298a-b), siguiendo el patrón de la forma vasca. Estas construcciones son conceptualmente análogas al uso de *estar* + *-ndo* (298a’-b’):

- (298) a. Estoy en plena escritura de un artículo.  
           a’. Estoy escribiendo un artículo.  
           b. Proust estaba en busca del tiempo perdido.  
           b’. Proust estaba buscando el tiempo perdido.

En nuestra opinión, la proximidad conceptual que tienen las oraciones de (298a-b) o la forma progresiva del vasco con la forma progresiva española tradicional puede rescatarse en una caracterización temporal que siga el esquema de (295). Así, coordinar un estadio con los tiempos que integran la huella temporal de un evento es análogo a

<sup>121</sup> ABS = caso absolutivo; NOM = afijo nominalizador; LOC = afijo locativo.

localizar un individuo en un lugar. En el primer caso, el estadio coincide con un punto de tiempo; en el segundo, el individuo coincide con uno o más puntos espaciales de los que conforman el lugar en cuestión. Nótese, sin embargo, que en la ‘localización’ temporal no podemos emplear directamente un individuo, puesto que necesitamos una entidad que pueda coordinarse con instantes de tiempo. Si un individuo es aquello que reúne un conjunto apariciones espacio-temporales (Carlson 1977, Husband 2010, Mueller-Reichau 2011), resultará ser, consiguientemente, una entidad demasiado “gruesa” para nuestros propósitos, puesto que abarcará necesariamente un periodo extenso de tiempo. Por otra parte, si asumimos que cada una de esas apariciones espacio-temporales (estadios) es “puntual”, ellas constituirán el tipo de entidad que puede coordinarse adecuadamente con los puntos integrantes de la huella temporal del evento.

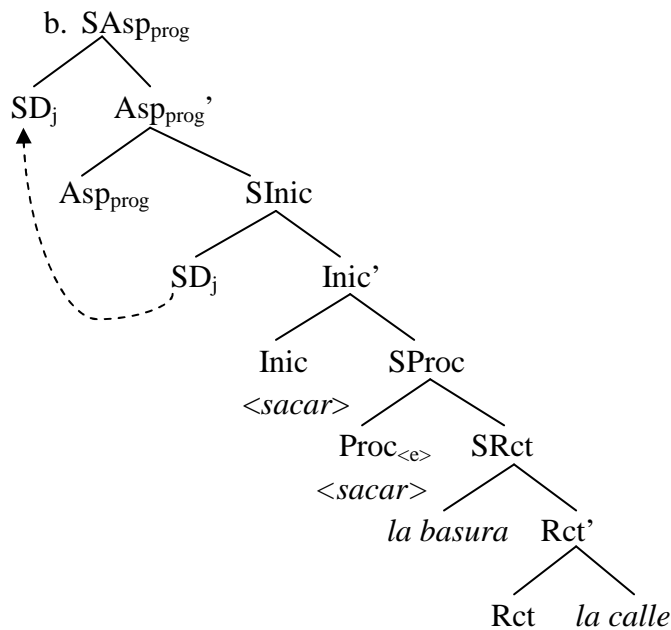
Por lo tanto, nuestra formulación del Aspecto Progresivo toma la propuesta de Katz (2003) arriba citada y la amplía con una condición de simultaneidad para tiempos y estadios propios de un individuo, como se observa en (299):

$$(299) \quad \llbracket \text{Asp}_{\text{prog}} \rrbracket = \lambda P_{\langle e \rangle} \lambda x \lambda t \exists e [P(e) \ \& \ t \subset \tau(e) \ \& \ \forall t (\text{simul}(t, s(x)))]$$

De acuerdo con (299), el Aspecto Progresivo toma una propiedad de eventos y da como resultado una propiedad de individuos que, finalmente, ofrece una propiedad de tiempos. El individuo sobre el que se aplique esta función ascenderá de alguna posición interna a la frase verbal (v.g. [Espec, SInic]) y se interpretará como un estadio ( $s(x)$ ) que es simultáneo con el tiempo  $t$  perteneciente a  $\tau(e)$ .

Veamos, para finalizar esta sección, un ejemplo de cómo funciona la derivación de un predicado de eventos bajo la forma progresiva:

(300) a. *Juan está sacando la basura a la calle*



- (301) a.  $\llbracket \text{SRct} \rrbracket = \text{Rct}(\text{basura}, \text{calle})$   
 b.  $\llbracket \text{SProc} \rrbracket = \lambda e. \text{sacar}(e) \ \& \ \text{cover}(e, \text{Rct}(\text{basura}, \text{calle}))$   
 c.  $\llbracket \text{SInic} \rrbracket = \lambda e. \text{Inic}(j, e) \ \& \ \text{sacar}(e) \ \& \ \text{cover}(e, \text{Rct}(\text{basura}, \text{calle}))$   
 d.  $\llbracket \text{Asp}_{\text{prog}} \rrbracket(\llbracket \text{SInic} \rrbracket) = \lambda P_{\langle e \rangle} \lambda x \lambda t \ \exists e [P(e) \ \& \ t \subset \tau(e) \ \& \ \forall t(\text{simul}(t, s(x)))] \ (\lambda e. \text{Inic}(j, e) \ \& \ \text{sacar}(e) \ \& \ \text{cover}(e, \text{Rct}(\text{basura}, \text{calle})))$   
 e.  $\llbracket \text{Asp}_{\text{prog}}' \rrbracket = \lambda x \lambda t \ \exists e [\text{Inic}(j, e) \ \& \ \text{sacar}(e) \ \& \ \text{cover}(e, \text{Rct}(\text{basura}, \text{calle})) \ \& \ t \subset \tau(e) \ \& \ \forall t(\text{simul}(t, s(x)))]$   
 f.  $\llbracket \text{Asp}_{\text{prog}}' \rrbracket(\llbracket \text{SD}_j \rrbracket) = \lambda x \lambda t \ \exists e [\text{Inic}(j, e) \ \& \ \text{sacar}(e) \ \& \ \text{cover}(e, \text{Rct}(\text{basura}, \text{calle})) \ \& \ t \subset \tau(e) \ \& \ \forall t(\text{simul}(t, s(x)))] \ (j)$   
 g.  $\llbracket \text{SAsp}_{\text{prog}} \rrbracket = \lambda t \ \exists e [\text{Inic}(j, e) \ \& \ \text{sacar}(e) \ \& \ \text{cover}(e, \text{Rct}(\text{basura}, \text{calle})) \ \& \ t \subset \tau(e) \ \& \ \forall t(\text{simul}(t, s(j)))]$

Esta formulación proporciona una respuesta al problema tradicional de la incompatibilidad de los estados puros y la forma progresiva, adaptando a nuestros términos las propuestas originales de Taylor (1977) y Hallman (2010). Dado que los estados no son válidos en intervalos, los tiempos  $t$  no pueden adscribirse a ningún conjunto  $y$ , consiguientemente, no podemos atribuir una propiedad al estadio  $s$ . Como hemos desarrollado a lo largo de este capítulo (§3.3.1.1, §3.3.2.3), la validez de los estados puros en intervalos es una propiedad contextualmente adquirida, no semánticamente inherente. Sin embargo, la adquisición de validez en intervalos tiene consecuencias empíricas distintas para los estados de nivel 1 y de nivel 2, puesto que los mecanismos sintácticos mediante los cuales conferimos esta propiedad son también distintos.

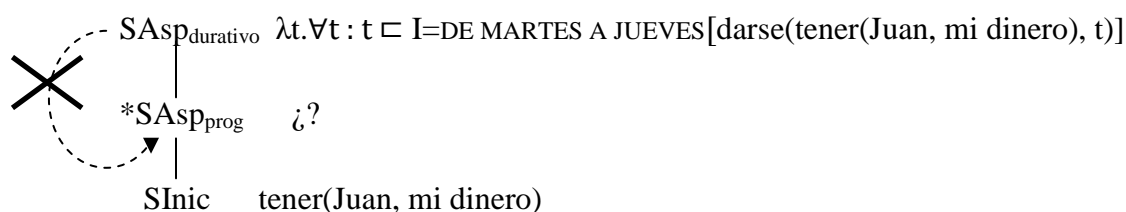
En el caso de los estados de nivel 1, podemos ensamblar un SProc que, por su posición estructural, se interpretará como el mantenimiento del estado denotado en SRcc (§3.3.1.1). Dado que, en términos temporales, esta modificación cuenta como validez en intervalos, la inserción de la forma progresiva se ve legitimada. Es lo que encontramos en casos como *Juan está pesando 80 kilos*, *Está faltando comida en ese país*, etc. Es interesante notar que estos contextos se interpretan, intuitivamente, como una instanciación “inestable” de cierta propiedad en una entidad. Dicho de otro modo, aunque podemos atribuir una propiedad a una entidad en el momento de habla, el estado de cosas descrito en el predicado puede cambiar de un momento a otro. Tal interpretación es justamente la que puede computarse a partir del valor semántico que hemos asignado, por una parte, a los estados de nivel 1 ensamblados bajo SProc y, de otra, a la forma progresiva. El educto de la primera fase, en este caso [SProc [SRcc]], denota un estado que se mantiene en un intervalo. Por su parte, la forma progresiva toma un estadio de la entidad involucrada y lo relaciona con un punto de tiempo de aquel intervalo. De este modo, habrá puntos de tiempo *posteriores* a aquel con el que el estadio se coordina en los que es *posible* (cf. Dowty 1977, 1979) que el estado no se cumpla. Veamos un ejemplo:

- (302) a. Juan está pesando 80 kilos.  
 b. SAsp<sub>prog</sub>  $\lambda t \exists e[\text{pesar}(e) \ \& \ \text{cover}(e, \text{pesar}(\text{Juan}, 80 \text{ ks.})) \ \& \ t \subset \tau(e) \ \& \ \forall t(\text{simul}(t, s(\text{Juan})))]$   
       |  
       SProc<sub><e></sub>  $\lambda e.\text{pesar}(e) \ \& \ \text{cover}(e, \text{pesar}(\text{Juan}, 80 \text{ ks.}))$   
       |  
       SRcc  $\text{pesar}(\text{Juan}, 80 \text{ ks.})$

Como el estado puro sobre el cual se introduce <e> es homogéneo (*pesar 80 kilos*), para cada tiempo  $t$  que pertenece a  $\tau(e)$ , dicho predicado puede ser igualmente válido. Si coordinamos un tiempo  $t$  en particular con el presente de habla, el conjunto de tiempos posteriores a él en  $\tau(e)$  no exhibirán todavía validez alguna, de forma tal que obtenemos el matiz de “inestabilidad” que, de forma intuitiva, asociamos a esta clase de estados bajo la forma progresiva. Esto es exactamente lo que sucede, igualmente, con un predicado eventivo bajo la forma progresiva (*Juan está cruzando la calle*): al focalizar un tiempo interno al intervalo, no podemos asegurar que, una vez que llegamos al final, veremos cumplido efectivamente el evento (cf. *Juan estaba cruzando la calle cuando lo atropellaron*). Tal es el ingrediente “modal” que la forma progresiva comporta, y que fue descrito ya por Dowty (1977, 1979). La diferencia entre un estado provisto de un intervalo y un evento de cambio de estado radica en que, en el caso del segundo, lo que no podemos asegurar es que el evento realmente *se lleve a cabo*, mientras, en el del primero, que el estado  *siga vigente*.

Los estados de nivel 2 (*tener, conocer, entender, etc.*), sin embargo, no pueden acceder a esta opción configuracional, puesto que lexicalizan una estructura, S<sub>Inic</sub>, que domina a SProc. Esta relación jerárquica impide la lectura de ‘mantenimiento de estado’ que encontramos en la configuración [SProc [SRcc]]. La única alternativa disponible para otorgar validez en intervalos a un estado de nivel 2 es mediante un modificador de Aspecto Durativo (v.g. *Juan tuvo mi libro de martes a jueves*). Sin embargo, como hemos mencionado en §3.2.3.6, el Aspecto Durativo se ensambla sobre el Aspecto Progresivo, lo cual explica que la relación jerárquica representada en (302) no se encuentre disponible para relacionar la forma progresiva con predicados estativos de nivel 2. Así, aunque una secuencia como *Juan tuvo mi libro de martes a jueves* sea perfectamente gramatical, el establecimiento de un intervalo no puede habilitar al estado de base para adoptar la forma progresiva: el modificador *de martes a jueves* se ensambla en una posición más alta que el Aspecto Progresivo, de forma tal que la secuencia resultante no puede funcionar como su aducto:

(303) \**Juan está teniendo mi dinero de martes a jueves*



Por otra parte, según hemos desarrollado en §3.3.2.3, la inserción de SProc, que introduce un argumento eventivo y, consiguientemente, validez en intervalos, sí puede legitimar la forma progresiva en estados de nivel 2. Sin embargo, la configuración resultante, [SInic [SProc]], se interpreta como inicio de un evento dinámico y no como mantenimiento de un estado (v.g. *Juan está conociendo a su hermano*). Esto que explica, pues, que la coerción aspectual sea, en el caso de estados de nivel 2, mayor que en el caso de estados de nivel 1: mientras que estos preservan, en cierto modo, su valor estativo, aquellos deben interpretarse como eventos dinámicos.

En síntesis, en este subapartado hemos propuesto que la forma progresiva es un contexto estativo que transforma predicados válidos en intervalos en predicados válidos en puntos de tiempo. En particular, hemos visto que la forma progresiva puede analizarse como la adscripción de un estadio al conjunto de estadios que pueden establecer una relación de simultaneidad con los puntos de tiempo que conforman la huella temporal de un evento (su intervalo de validez). Es, de este modo, un contexto estativo puro de tipo SL. Dado que la adscripción de entidades a conjuntos equivale a una atribución de una propiedad a una entidad, la semántica de la forma progresiva puede entenderse sin problemas, de acuerdo con nuestras asunciones teóricas, como una forma estativa. Por otra parte, esta caracterización puede considerarse la contraparte estrictamente temporal de la concepción localista de la forma progresiva, de acuerdo con la cual esta construcción ‘localiza’ una entidad en medio de un evento. Como hemos visto, dicha noción recibe una expresión explícita en vasco (cf. Mateu 2002) y en algunas variantes que el español emplea para expresar progresividad (v.g. *Juan está en plena escritura de su tesis*).

### 3.3.6. Estados de nivel 4: lecturas de habitualidad

El último nivel configuracional en el que podemos codificar estatividad corresponde al Aspecto Habitual. Introducimos este nivel para observar cómo la metodología empleada en el análisis de la forma progresiva puede adaptarse fácilmente para dar cuenta de las propiedades gramaticales de las oraciones habituales. Comencemos observando cuál es la posición del Aspecto Habitual en la jerarquía de Cinque (1999), que hemos utilizado como referencia a lo largo de este capítulo. En la estructura de (304), mencionamos

igualmente algunos de los contextos sensibles a la estatividad, lo que nos permitirá predecir fácilmente las posibilidades combinatorias de esta estructura:

(304) [Mod<sub>epist</sub> ... [Asp<sub>hab</sub> ... [*lentamente* Asp<sub>celerativo</sub> [LOC<sub>externo</sub> Sv ]]]]

Dado que el Aspecto Habitual se ensambla sobre el Aspecto Celerativo, pero bajo la Modalidad Epistémica, esperamos que la estatividad de las oraciones habituales sea detectada solo por las pruebas basadas en la modalidad, pero no por los modificadores dirigidos al evento. Como muestran los datos de (305), esta predicción se cumple:

- (305) a. Juan escribe novelas en su casa.
- b. Juan escribe novelas en su casa lentamente.
- c. Juan escribirá novelas en su casa lentamente. (lectura epistémica posible)
- d. Juan debe escribir novelas en su casa lentamente. (epistémica posible)

Como hemos visto en §3.2.3.6, el Aspecto Habitual se ensambla sobre el Aspecto Progresivo, cuestión que puede apreciarse en la relación que ambas proyecciones guardan respecto del Aspecto Durativo, que, de acuerdo con la jerarquía de Cinque, afecta al Aspecto Progresivo pero no al Aspecto Habitual. En dicho apartado, hemos observado que un modificador adverbial durativo bloquea la lectura epistémica de un predicado estativo (Hallman 2010), cuestión que, según podemos comprobar ahora, se verifica en estados léxicos de nivel 1 y de nivel 2, así como en la forma progresiva, pero que no tiene efectos sobre el Aspecto Habitual. Así se aprecia en los datos siguientes:

- (306) a. Juan pesará 80 kilos durante el verano.
- b. Juan tendrá mi libro durante la semana.
- c. Juan estará escribiendo una carta durante la tarde.
- d. Juan escribirá novelas de misterio durante el año.

Según se observa en los ejemplos de (306), un modificador de Aspecto Durativo bloquea la lectura epistémica en un estado de nivel 1 como *pesar* (306a), en un estado de nivel 2 como *tener* (306b) y en un predicado en forma progresiva (306c). En cambio, en (306d) el intervalo de tiempo se orienta hacia el evento y no hacia el hábito creado sobre ese evento. De este modo, obtenemos una prueba indirecta de que el Aspecto Habitual se ensambla sobre el Aspecto Progresivo.

La habitualidad puede considerarse como un subtipo de genericidad (Krifka et al. 1995), es decir, como una estructura semántica que no establece un aserto sobre entidades espacio-temporalmente particularizadas, sino sobre clases o tipos. Mientras que en el SD la genericidad conlleva la ausencia de referencia a *individuos*, en la oración implica la ausencia de referencia a *situaciones*.<sup>122</sup> En términos formales, Krifka

<sup>122</sup> Mueller-Reichau (2011: 16) destaca que, en la teoría clásica de la genericidad representada en Krifka et al. (1995), los predicados genéricos difieren formalmente de los SSNN genéricos. Si bien en ambos casos perdemos la referencia a entidades particulares (situaciones o individuos, respectivamente), en el



et al. (1995) proponen que las oraciones habituales se asemejan a los estados léxicos, que carecen, en su modelo, de una variable situacional <s> (cf. §1.2.3). Sin embargo, mientras que la ausencia de variable situacional es en los estados léxicos una propiedad inherente, en las oraciones habituales se produce por efecto del cierre existencial que de ella efectúa el operador GEN, de acuerdo con la forma general siguiente (Krifka et al. 1995):

(307) GEN [ ...s... ; ...] (Restrictor [ ...s... ]; Matriz [...s...])

De este modo, una oración habitual toma un predicado eventivo y establece un tipo especial de cuantificación sobre su variable situacional. *Juan escribe novelas*, por ejemplo, quiere decir, de acuerdo con la fórmula de (307), que si Juan se encuentra en determinada situación, se da el caso que escribe una novela.

Existen diversos aspectos problemáticos con la caracterización de las oraciones habituales. El primero de ellos es la semántica del operador genérico, y si es realmente este operador el que conviene atribuir a esta clase de oraciones (Krifka et al. 1995, Scheiner 2002). En segundo lugar, la equiparación de las oraciones habituales con los predicados estativos es, igualmente, motivo de polémica. De forma similar a como sucedía en el caso de la forma progresiva (§3.3.5), encontramos argumentos a favor (Krifka et al. 1995, Scheiner 2002, Carlson 2012) y en contra (Brinton 1987, Zwarts 1989, Bertinetto 2004, Suñer 2004). Dado que tratamos la habitualidad como un nivel de estatividad, en este subapartado nos inclinaremos por aquellas posiciones que admiten esta equiparación como válida. Una vez que hayamos ofrecido una breve discusión de estas cuestiones, pasaremos a presentar cómo enfocamos la habitualidad de acuerdo con nuestras asunciones sintácticas y semánticas. En particular, propondremos que la habitualidad no se elabora sobre una pluralidad de eventos (contra Scheiner 2002), sino de unidades discretas de tiempo (puntos de tiempo o intervalos), lo cual arroja predicciones sobre la posibilidad de combinar el operador habitual con eventos y con una subclase de estados (entre ellos, la forma progresiva) (cf. Krifka et al. 1995, Bertinetto 1994a).

De acuerdo con diversos autores, las oraciones habituales deben distinguirse de otras construcciones específicamente genéricas, a menudo llamadas disposicionales o actitudinales (Dahl 1985: 97, Cinque 1999: 99, Scheiner 2002; Bittner 2003, 2008; Rimell 2004; Suñer 2004; Bertinetto 1994a; Bertinetto y Lenci 1995, 2012). La diferencia estriba en que, mientras que las oraciones habituales se forman a partir de la iteración de eventos, las oraciones disposicionales (más abstractas) no presuponen la ocurrencia de ningún evento. Compárense los siguientes ejemplos (cf. Cinque 1999: 99):

(308) a. Juan fuma (habitualmente) (en su casa).

---

dominio nominal el valor genérico se remonta a una diferencia ontológica entre *tipos* y *objetos* que no posee un paralelo exacto en el dominio de los predicados.

- b. El motor corre a 180 kms por hora (\*habitualmente) (\*en la calle).

En (308a) predicamos de Juan un hábito que se deriva de la ocurrencia reiterada de eventos en que él fuma. En esta clase de estructuras, podemos combinar el predicado con un adverbio como *habitualmente* o un modificador locativo. Por otra parte, una estructura como la de (308b) no establece una propiedad que el motor en cuestión haya adquirido por efecto de la ocurrencia repetida de eventos de alcanzar los 180 kilómetros por hora. Esta clase de oraciones son perfectamente coherentes incluso si no es verdadero que el motor haya sido nunca utilizado. Se trata, pues, de una propiedad independiente de las situaciones que podrían manifestar perceptiblemente su validez. En este caso, el adverbio *habitualmente* es rechazado, o bien fuerza una interpretación distinta, que presupone la ocurrencia efectiva del evento de alcanzar los 180 kilómetros por hora, y que sería, consecuentemente, análoga a (308a). En este caso, los modificadores locativos son también rechazados, o bien deben tener una interpretación de marco (cf. Maienborn 2005) que restrinja el dominio de aplicación de la oración en su conjunto (v.g. ‘si el motor se usa en la calle, puede manifestar esta capacidad, no así en la nieve’).

De acuerdo con Krifka et al. (1995), la lectura genérica o disposicional (308b) se obtiene a partir de la misma estructura semántica que subyace a (308a), es decir, (307), con la salvedad de que, en el caso de la lectura disposicional, el sujeto es, en sí mismo, un SD genérico. Así, *el motor*, en (308b), no se refiere a ningún motor individual en particular, sino a un tipo de motores, a diferencia de lo que sucede en (308a), en que el nombre propio *Juan* no puede sino denotar un individuo. De este modo, las oraciones propiamente genéricas corresponderían a predicados no situacionales combinados con SSDD genéricos. Tales predicados no situacionales podrían ser estructuras habituales, como en (308b), que se forman sobre un verbo eventivo, pero nada impide que sean estados léxicos, como se observa en (309):

- (309) Los leones tienen cola.

En (309), el predicado sobre el que se estructura la oración genérica es un estado léxico (*tener*), mientras que el sujeto es, al menos bajo una lectura posible, un SD genérico. De este modo, (309) posee una lectura análoga a la de (308b), en que se predica una propiedad de un tipo y no de un individuo.<sup>123</sup>

Scheiner (2002) admite, siguiendo a von Stechow (*apud* Scheiner 2002: 4), que las oraciones genéricas involucran un paso más en nivel de abstracción sobre los individuos que participan en una situación ya generalizada. Sin embargo, en contraste con la propuesta unificadora de Krifka et al. (1995), la autora considera que esta diferencia es suficiente como para introducir un operador semántico específico de las

---

<sup>123</sup> Nótese que esto no significa que la presencia de un SD genérico sea una condición suficiente para obtener una oración genérica. En particular, podemos tener predicaciones eventivas aplicadas sobre tipos (Carlson 1977). Así *El triceratops se extinguió hace millones de años* denota un evento específico, pero que afectó a una clase entera de objetos (los triceratops) denotada por el SD genérico en posición de sujeto.

oraciones habituales: HAB, distinto del operador GEN. Empíricamente, las oraciones habituales se diferencian, de acuerdo con la autora, en que pueden parafrasearse por *tener el hábito de*, y en que poseen valor extensional (presuponen la ocurrencia de al menos un evento). Así, podemos decir *Juan tiene el hábito de fumar*, pero no *\*El motor tiene el hábito de correr a 180 kms. por hora*. Si ambas clases de oraciones tuviesen el mismo operador, se tornaría difícil dar cuenta de estos contrastes empíricos.

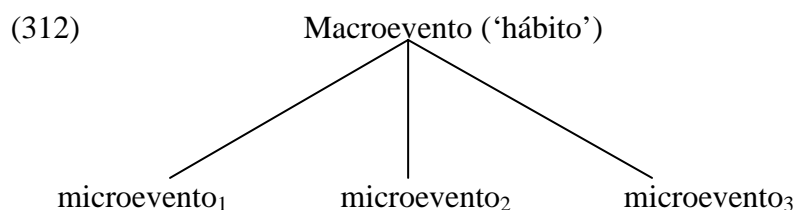
Respecto del problema de la caracterización de las oraciones habituales como estados, no existe tampoco una posición unánime. De acuerdo con Scheiner (2002), el operador HAB es un estativizador, puesto que, a partir de un predicado eventivo, crea un predicado homogéneo. Dicha propiedad semántica se define, siguiendo los criterios de Krifka (1989), como una conjunción de las propiedades de *cumulatividad* y *divisividad*. Según la primera de ellas, un predicado es cumulativo si y solo si su extensión es cerrada bajo suma de entidades. En otras palabras, si dos intervalos I y J exhiben la propiedad P, entonces la suma de I y J posee igualmente la propiedad P. De este modo, *tener una casa* es cumulativo, puesto que, si Juan tiene una casa de lunes a miércoles y de jueves a domingo, entonces Juan tiene una casa de lunes a domingo. Por otra parte, un predicado es *divisivo* si y solo si su extensión es cerrada bajo partición de entidades. En términos temporales, la divisividad equivale a la propiedad del subintervalo estricto. Así, si Juan tiene una casa de lunes a miércoles, la tiene también el martes, el lunes de 5 a 6, y en cada subintervalo propio del intervalo que va de lunes a miércoles. Una manera de apreciar estas propiedades es mediante la modificación de predicados habituales por adverbios que, en principio, seleccionan predicados homogéneos. Así sucede con los modificadores temporales introducidos por la preposición alemana *seit* ‘desde hace’ (Scheiner 2002: (14)-(15)):

- (310) a. Winnie lebt seit 3 Jahren in Tübingen.  
           W.     vive   desde 3 años en Tubinga  
           ‘Winnie vive en Tubinga desde hace tres años’  
       b. \*Magda ist seit 2 Jahren dreimal in Tübingen gewesen.  
           M.     es     desde 2 años   tres veces en Tübingen estado  
           ‘\*Magda ha estado en Tubinga desde hace 2 años tres veces’  
       (311) Hans geht seit drei Jahren (oft) mit Maria ins Kino.  
           H.     va     desde tres años (a menudo) con María en-det.n cine  
           ‘Desde hace tres años Hans va (a menudo) con María al cine’

Según la autora, el predicado *vivir en Tubinga* es léxicamente homogéneo, por lo cual acepta el modificador *desde hace dos años* (310a), que exige validez en todos los puntos de tiempo internos al intervalo que va desde dos años antes del momento de habla hasta el presente. Por otra parte, el predicados *estar en Tubinga tres veces* es un predicado cuantizado (no homogéneo), por lo que el modificador es rechazado (310b). Al observar (311), vemos que los habituales se comportan como estados y no como predicados cuantizados. Así, *ir al cine con María* puede, bajo su lectura habitual, y con

independencia de que el modificador *a menudo* aparezca explícitamente, combinarse con *desde hace tres años*.

Sin embargo, muchos autores niegan que este criterio, en caso de ser válido, sea suficiente para establecer una equivalencia entre estados y habituales. Por ejemplo, Suñer (2004) pone en duda que la propiedad de la *densidad*, análoga a la de divisidad (Krifka 1989, Scheiner 2002) o a la del subintervalo estricto (Bennett y Partee 1978), se aplique con propiedad a los habituales. Tomando como punto de partida el trabajo de Bertinetto (1994), Suñer analiza los habituales como macroeventos formados sobre la base de una serie de microeventos, de acuerdo con la figura siguiente:



Y comenta:

En lo que respecta a los predicados habituales, la propia constitución del hábito no es densa. Como hemos dicho, el hábito está formado por la iteración de diferentes eventos, luego es necesario que haya acabado uno antes de comenzar el siguiente para la iteración (Suñer 2004: 351).

El fragmento citado sugiere, no obstante, una confusión de niveles que atenta contra las propias bases conceptuales que la autora adopta para analizar la habitualidad. En concreto, si el hábito corresponde a una entidad de nivel más abstracto que sus partes constituyentes, según se observa en (312), la falta de densidad que afecta a la serie de microeventos no debería ser necesariamente heredada por aquel. En caso contrario, se renuncia a estipular la existencia de una entidad de rango mayor (el Macroevento) y se reduce el hábito a la serie de microeventos sin más.

Sin embargo, esta última opción no parece sostenible sobre una base empírica. Diversos autores admiten, como hace Bertinetto (1994), que el aspecto habitual involucra, de algún modo, el aspecto iterativo (Comrie 1976, 1985; Dahl 1985, Carlson 2012; Bertinetto y Lenci 1995, 2012; Cinque 1999, Rimell 2004, entre otros). No obstante, existen argumentos para no identificar el aspecto iterativo con el habitual, es decir, para defender que, aunque este último comporte una serie de eventos, su semántica incluya la creación de una propiedad abstracta (el hábito) distinta de esa serie. A este respecto, Carlson (2012) observa que los verbos de la clase de los semelfactivos (Smith 1991), como *toser*, suelen ser ambiguos entre una lectura puntual, *Juan tosió una vez*, y otra iterativa, *Juan tosió durante cinco minutos* ('Juan emitió una serie de toses que abarcó cinco minutos'). Sin embargo, puede mostrarse que esta última variante no constituye una oración habitual. En particular, como hemos mostrado al

comienzo de este subapartado, las oraciones habituales dan lugar a lecturas modales epistémicas, mientras que las variantes iterativas de los semelfactivos no:

- (313) a. Juan saldrá al cine todas las semanas.(epistémica posible)  
b. Juan toserá. (lectura de futuro excluyente)

De este modo, vemos que empíricamente no es posible equiparar el aspecto iterativo con el habitual, o lo que es lo mismo, que no se puede reducir la noción de hábito a la serie de microeventos que la sostienen. La crítica de Suñer (2004) es descriptivamente acertada si hablamos de la serie iterativa de eventos, puesto que, en efecto, las toses que ocupan un intervalo determinado dejan breves subintervalos en que ninguna tos es emitida, así como la serie de salidas al cine comprende momentos en que Juan no está en el cine ni se dirige a él. Sin embargo, en este último caso contamos con una propiedad creada sobre esa serie, el hábito de ir al cine todas las semanas, que sí puede predicarse de Juan aun cuando él no se encuentre, en efecto, en el curso de una salida. Es este hábito el que posee la propiedad de la densidad, divisidad o subintervalo estricto. Al gozar de esta propiedad, el hábito es evaluable en puntos de tiempo, lo cual explica el contraste de (313). La diferencia entre la serie iterativa y el hábito se ve reforzada al aplicar el test propuesto por Scheiner (2002), que podemos adaptar al español mediante el empleo de modificadores temporales del tipo *desde hace x tiempo*. Consideremos los datos de (314):

- (314) a. Juan sale al cine todas las semanas desde hace un año.  
b. ??Juan tose desde hace cinco minutos.  
c. Juan está tosiendo desde hace cinco minutos.  
d. Juan tose desde hace meses.

El predicado habitual de (314a) es perfectamente admisible en combinación con el modificador *desde hace un año*, no así el predicado iterativo de (314b). Esto nos indica que *toser*, aun en su lectura iterativa, no es homogéneo, luego tampoco es estativo. Así, si queremos que *toser* sea admisible en un contexto restringido a predicados homogéneos, necesitamos primero estativizarlo, para lo cual contamos con las estrategias usuales. O bien introducimos el predicado bajo la forma progresiva (314c), o bien transformamos la serie iterativa en un habitual, como hacemos en (314d). En el contexto en que (314d) es válida, no asistimos necesariamente a una serie de toses ininterrumpidas que se extiende desde hace dos meses hasta el presente: basta con suponer que, de modo regular, Juan emite toses, de forma tal que, aunque no se encuentre en el acto mismo de toser, le acompañe en todo momento el estado de ser alguien que tose regularmente. Dicho estado, a diferencia de la serie de toses denotada por (314b), es perfectamente homogéneo.<sup>124</sup>

---

<sup>124</sup> Existen, no obstante, restricciones sobre las características de la serie de eventos que da lugar al hábito. De acuerdo con Sheiner (2002), las condiciones de verdad del operador HAB requieren que el evento sobre el que lo aplicamos se distribuya de forma equilibrada sobre un intervalo mayor. De este modo, una oración como *Juan va al cine desde enero del año pasado* es válida si existe una serie de idas al cine de

Desde un punto de vista interlingüístico, existen datos que aluden igualmente a una diferencia estructural, y no solo conceptual, entre el aspecto iterativo y el aspecto habitual. Así lo muestra Cinque (1999), quien proporciona datos de diversas lenguas donde las partículas que marcan uno y otro aspecto difieren y pueden coexistir en la misma cláusula, revelando, mediante la secuencia lineal que adoptan, la jerarquía subyacente de proyecciones funcionales. Un ejemplo de ello es el yaruba, lengua papúa (Weimer 1972: 61; *apud* Cinque 1999: (39-40)):

- (315) yau-r - edid eb -a -su  
 sentarse-FREC-HAB-PRES-3sg.masc  
 ‘Él se sienta usualmente con frecuencia’

La partícula *edib*, que marca aspecto iterativo, precede necesariamente a *eb*, que marca aspecto habitual, lo cual, en el orden de constituyentes de esta lengua, indica que *eb* es jerárquicamente superior a *edib*. De este modo, podemos apreciar la independencia de una y otra noción en su manifestación lingüística, así como la relación de subordinación que guardan entre sí. El aspecto habitual presupone el aspecto iterativo, pero solo aquel es genuinamente estativo, en la medida en que corresponde a una forma estrictamente homogénea (evaluable, consiguientemente, en puntos de tiempo).

Otro argumento en contra del análisis de los habituales como estativos descansa sobre los tipos de modificadores que una y otra clase de predicados acepta. Así, se ha observado que los habituales, no así los estados léxicos, aceptan modificadores agentivos (Brinton 1987, Bertinetto 1994a, Suñer 2004), según se observa en los ejemplos siguientes (Suñer 2004: (6)):

- (316) a. \*Marta sabe italiano *deliberadamente*.  
 b. Mi hermano ayuda *con agrado* todos los días a los ancianos de esa residencia.

Asimismo, los habituales se distinguen de los estados léxicos en que admiten complementos adverbiales de especificación numérica (Bertinetto 1994a: (27)):

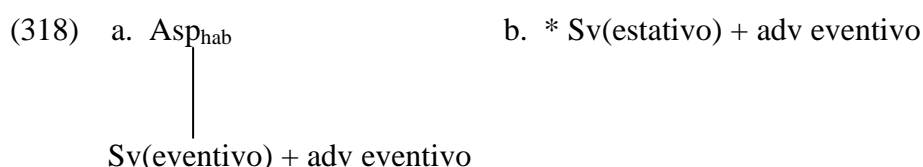
- (317) a. He always rings the bell three times.  
 ‘Él siempre toca el timbre tres veces’  
 b. \*He is tall three times.  
 ‘Él es alto tres veces’

Desde la perspectiva aquí adoptada, y tal como hemos hecho en el análisis de la forma progresiva en §3.3.5, podemos resolver el problema presentado por los datos de

---

una cantidad considerable. Sin embargo, si todas las salidas se concentran, digamos, en marzo de este año, la oración es falsa. Por consiguiente, existe una restricción de distribución sobre los eventos que componen la serie en el intervalo mayor con el que el operador HAB relaciona el evento de partida.

(316-317) empleando la noción de nivel de estatividad. Así, el contraste de (316) se explica si asumimos que la estatividad del predicado habitual (316b) se obtiene en un nivel configuracional externo a aquel en que se define el papel temático de agente. De este modo, los modificadores agentivos pueden operar en este nivel bajo, sin afectar al operador habitual que los domina. En cambio, esto no es posible en el caso de un estado léxico (316a), toda vez que el nivel en el que definimos dicha estatividad (sea en SRcc o en SInic) se encuentra bajo el nivel en el que ensamblamos operadores dirigidos al evento. Algo similar cabe apuntar en el caso de (317). Dado que los eventos admiten con mayor facilidad cuantificación temporal, solo aquellos predicados que contengan un evento podrán admitir modificadores de esta clase;<sup>125</sup> es decir, podremos admitirlos en habituales y no estados léxicos. En términos estructurales, podemos visualizar estas restricciones del modo siguiente:



De este modo, vemos que las objeciones al análisis de la habitualidad como una clase estados no son del todo sólidas. Por una parte, aquellas objeciones de tipo semántico que niegan la propiedad del subintervalo en los habituales (Suñer 2004) pueden salvarse aduciendo que se deben a una confusión de niveles entre la serie de microeventos (ciertamente no homogénea) y el hábito que se funda en ella (homogéneo). Por otra parte, las objeciones basadas en la modificación adverbial pueden superarse si se adopta la aproximación basada en niveles, de forma tal que los modificadores orientados al evento serán admitidos por los habituales, toda vez que estos contienen un evento en su estructura interna.<sup>126</sup> No obstante, su carácter estativo se revela una vez que seleccionamos contextos gramaticales más altos desde un punto de vista configuracional. Es lo que nos enseñan los contextos de modalidad epistémica, como ya hemos mencionado al comienzo de esta sección.

---

<sup>125</sup> Bertinetto (2004: 306) observa que la posibilidad de cuantificar intervalos no es privativa de los eventos, como muestran ejemplos del tipo *He is happy three times a day* ‘Él es feliz tres veces al día’. Sin embargo, agrega que estos modificadores siguen estableciendo un corte entre habituales y estados, puesto que en el caso de estos, pero no de aquellos, es necesaria “una indicación explícita de ciclicidad (*three times a day*)” (op. cit.). Según diversos autores (Kratzer 1995, Arche 2006), no obstante, la posibilidad de cuantificar ocurrencias de situaciones depende de la distinción IL/SL y no tanto de la oposición estado/evento. Así, podemos decir de forma natural *Cada vez que Juan está triste*, pero no *\*Cada vez que Juan es alto*. Para más detalles, véase §1.3.1.

<sup>126</sup> Bertinetto (2004) admite que la diferencia entre estados y habituales radica en que estos contienen una variable eventiva en su interior. Sin embargo, dado que el autor parte del supuesto teórico de que la estatividad es una categoría cuyo nivel de aplicación es exclusivamente el *Aktionsart*, la inclusión de un argumento eventivo en una estructura mayor es por definición incompatible con la noción de estatividad. Este problema se presenta de forma casi idéntica en la consideración de la forma progresiva como contexto estativizador. El lector puede encontrar comentarios más detallados en §3.3.5.

Para finalizar este subapartado, mencionaremos algunas condiciones de buena formación de las oraciones habituales, a partir de las teorías que hemos comentado y sobre la base de los datos disponibles en español. Hemos visto que la mayoría de los autores están de acuerdo en afirmar que los predicados habituales se forman sobre una serie de eventos o situaciones. Así, ya Krifka et al. (1995) planteaban que el operador GEN saturaba la variable situacional introducida en el predicado. Dependiendo de la distribución que entre las clases de predicados otorguemos a la variable situacional, esto introduce una predicción inmediata. En particular, si asumimos que los estados no poseen esta clase de variable, esperamos que no puedan aparecer en una oración habitual (cf. Brinton 1987). Sin embargo, los datos no respaldan esta conclusión, según se observa a continuación:

- (319) a. Juan siempre tiene dinero.  
 b. Siempre falta bebida en las fiestas de Juan.  
 c. He is always saying the wrong things.  
 ‘Siempre está diciendo lo que no debe’ [Brinton 1988: 40]

En (319) encontramos bajo el aspecto habitual ejemplos de cada uno de los niveles analizados en este capítulo. Así, en (319a) encontramos un estado de nivel 2 (SInic); en (319b), un estado de nivel 1 (SRcc); y en (319c), un estado obtenido en la forma progresiva. De este modo, la operación semántica que realiza el aspecto habitual no debe restringirse a eventos, sino que debe ampliarse para tomar como aducto un elemento compartido por eventos y al menos una subclase de estados.

Por otra parte, el aspecto habitual no puede operar de forma libre sobre cualquier estado, como se observa en (320):

- (320) \*Juan siempre tiene los ojos verdes.

La oración de (320) ejemplifica un estado IL de nivel 2. Esto significa que, semánticamente, denota una propiedad de un individuo y que, estructuralmente, se codifica en el nivel SInic, que cierra la primera fase sintáctica. En contraste, los estados de (319) poseen un valor SL, como se observa al introducir los predicados de base en un contexto de cuantificación:

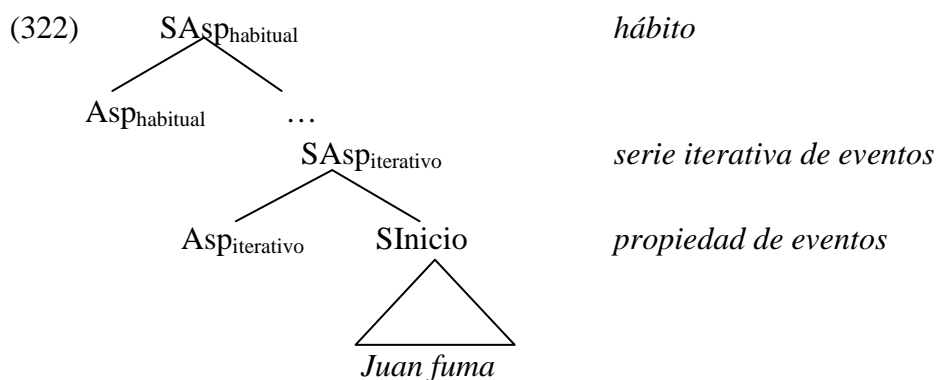
- (321) a. Cada vez que Juan tiene dinero...  
 b. Cada vez que falta bebida en las fiestas de Juan...  
 c. Cada vez que está diciendo lo que no debe...  
 d. \*Cada vez que Juan tiene los ojos verdes...

Estos datos apuntan a la conclusión de que el aspecto habitual manipula unidades temporales (intervalos o puntos de tiempo) en que un predicado es válido, pero no variables eventivas. Dicha generalización explicaría que encontremos como predicados



de base estados SL, pero no estados IL.<sup>127</sup> Dado que estos últimos se aplican sobre individuos en su totalidad, la operación de establecer una serie de ocasiones en que el predicado tiene validez conduce a un resultado semánticamente anómalo. Como no podemos establecer una serie iterativa, tampoco podemos aplicar el aspecto habitual.

Las principales asunciones hechas en este subapartado pueden sintetizarse en la estructura de (322), en donde se aprecia la posición jerárquica del aspecto habitual respecto de otros elementos de la cláusula. En esta estructura, asumimos que el aspecto iterativo, sobre el cual opera el aspecto habitual, toma un SInicio eventivo. Sin embargo, hemos mencionado que un predicado estativo SL, en la medida en que admiten ser cuantificados temporalmente, son susceptibles igualmente de emplearse bajo el aspecto iterativo y, eventualmente, bajo el aspecto habitual (v.g. *Juan siempre tiene una mancha en la camisa*).

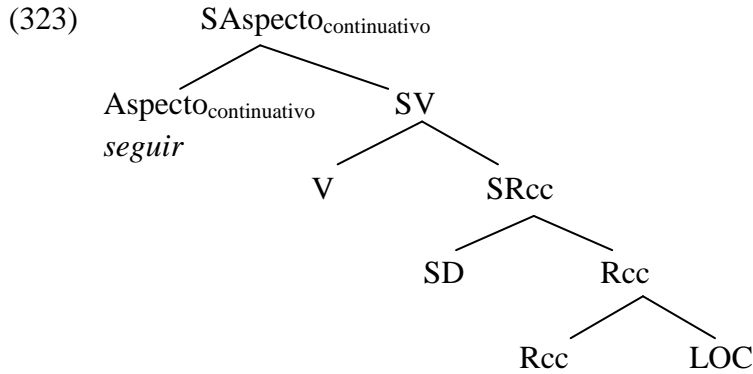


### 3.3.7. Algunos casos particulares: estados existenciales que incluyen Aspecto Continuativo

Como hemos comentado en §3.1.3, algunos verbos existenciales se distinguen por incluir una presuposición temporal (*permanecer, seguir, persistir*), frente a los que, en el nivel 1, son neutros respecto de la extensión temporal cubierta por el predicado. Aunque estos verbos definen su estatividad en un nivel bajo y deberían, consiguientemente, ser incluidos en la clase de los estados de nivel 1, integran, además, cierta complejidad aspectual que puede atribuirse al hecho de que, según propondremos aquí, lexicalizan el Aspecto Continuativo. Dicho nodo aspectual se sitúa, en la jerarquía de Cinque (1999), sobre el Aspecto Progresivo y corresponde, *grosso modo*, a la semántica de adverbios como *still* ‘todavía’. De este modo, un verbo como *permanecer*

<sup>127</sup> Krifka et al. (1995) asumen que algunos estados son episódicos, de forma que incluirían una variable situacional y, consecuentemente, podrían servir de base a una oración habitual. Es de suponer que los estados episódicos corresonden a lo que ha pasado a llamarse estado SL. Así, Kratzer (1995) distingue los estados SL de los IL justamente por introducir una variable situacional. La generalización aquí apuntada no puede formularse, sin embargo, como una cuantificación sobre variables eventivas, puesto que los estados SL, siguiendo a Maienborn (2005) y Marín (2013), son estados puros carentes de argumento davidsoniano. La formalización semántica de la operación llevada a cabo por el Aspecto Habitual debe quedar, por lo tanto, para futuras investigaciones. Para más discusión, véase Scheiner (2002).

posee una semántica aproximada a la que se obtiene al combinar un verbo existencial “simple” con dicho adverbio (‘haber todavía’). La estructura de estos predicados correspondería, pues, a la representada en (323):



Nótese que la estructura que, en (323),  $\text{Asp}_{\text{continuativo}}$  toma como complemento corresponde a la configuración lexicalizada por un verbo existencial. De este modo, la semántica que intuitivamente atribuimos a estos verbos puede obtenerse composicionalmente mediante el añadido de estructura funcional. Para ello, la presuposición semántica a ellos asociada (§3.1.3) puede introducirse como una restricción a la semántica del Aspecto Continuativo<sup>128</sup>:

$$(324) \quad \|\text{Asp}_{\text{continuativo}}\| = \lambda p \lambda t. \text{darse}(p, t)$$

**presuposición** :  $\Box \forall p (\text{seguir}(p, t_i) \rightarrow \exists t_j (\text{darse}(p, t_j) \wedge t_j < t_i) \wedge \neg \exists t' (t_j < t' < t_i \wedge \neg \text{darse}(p, t')))]$

De acuerdo con (324), el Aspecto Continuativo toma una proposición  $p$  y arroja una propiedad de tiempos  $t$  tales que  $p$  se da en  $t$ . Sin embargo, esto solo es así si se cumple lo expresado en la presuposición, es decir, que si  $p$  sigue en  $t_i$  existe al menos un tiempo  $t_j$  tal que  $t_j$  precede a  $t_i$  y no es el caso que haya un tiempo  $t'$  entre  $t_i$  y  $t_j$  donde  $p$  no se dé.

Recordemos que la idea de extensión temporal de un verbo como *seguir* no contradice la generalización de que los estados puros son predicados sin duración intrínseca, justamente porque se trata de una presuposición y no de parte de la denotación. Así, el hecho de que *seguir* admita lecturas epistémicas (v.g. *Juan seguirá en el mismo trabajo, me imagino*) es compatible con esta noción presuposicional de extensión temporal, distinta de la que podemos encontrar en predicados eventivos, que abarcan intervalos como parte de su denotación.

Hay al menos dos cuestiones que conviene comentar sobre esta formulación del Aspecto Continuativo. La primera se relaciona con su posición en la jerarquía funcional

<sup>128</sup> La exposición que Cinque (1999: 95) ofrece de este operador aspectual es bastante breve, y se limita a exponer su similitud con el adverbio *still* ‘aun’, así como su orden relativo con otros adverbios, de donde se infiere su posición en una jerarquía funcional. La fórmula de (324b), por lo tanto, no debe atribuirse al autor citado.

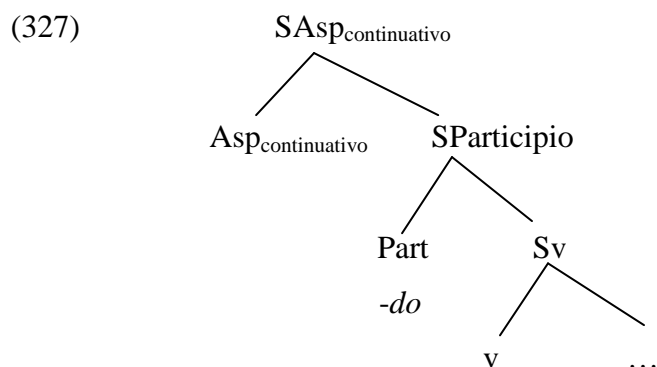
y la segunda con su semántica. Respecto del primer punto, si es cierto que el Aspecto Continuativo está sobre el Aspecto Progresivo (Cinque 1999), entonces corresponde a un operador de segunda fase, siguiendo las asunciones hechas al comienzo de este apartado. Respecto del segundo punto, si es cierto que este operador se aplica a proposiciones, entonces se aplicará libremente a estados y rechazará predicados de eventos, a menos que estos hayan cerrado existencialmente su variable eventiva en una etapa intermedia de la derivación.

El hecho de que los verbos existenciales de presuposición temporal incluyan una proyección funcional de segunda fase explica que puedan tomar como complemento otros verbos y formar, así, perífrasis. Considérense los siguientes ejemplos:

- (325) a. Juan permanece ahí.  
b. Juan permanece dormido.
- (326) a. Juan sigue ahí.  
b. Juan sigue escribiendo su novela.

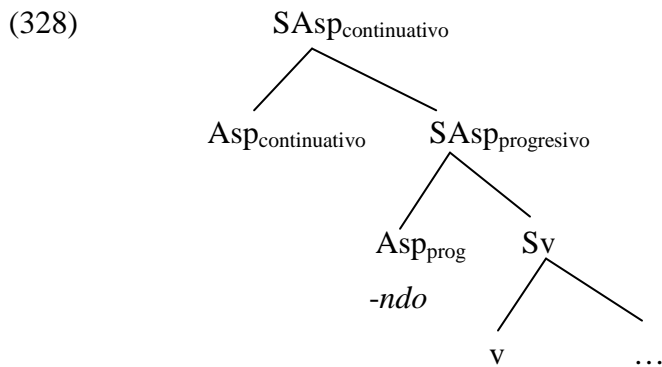
Los ejemplos (325a) y (326a) corresponderían a usos de los verbos *permanecer* y *seguir* en que se lexicaliza la estructura de (323) en su totalidad, es decir, aquella donde  $Asp_{continuativo}$  se aplica sobre la estructura de un verbo existencial. En cambio, los ejemplos de (325b) y (326b) corresponderían a variantes “empobrecidas” de *permanecer* y *seguir*, que lexicalizarían solo el nodo  $Asp_{continuativo}$ , tomando como complemento alguna forma estativizada (no eventiva) de otro verbo.

En el caso de (325b), *permanecer* se aplica sobre la forma participial del verbo *dormir*, que, siguiendo a Fábregas y Marín (en prensa, a), posee siempre aspecto estativo, y cuya sintaxis se introduce sobre el Sv. Así, la estructura de (325b) correspondería a la representada en (327):



En cambio, la oración de (326b) se aplica a la forma en gerundio de *escribir*, que podría bien corresponder al Aspecto Progresivo, el cual, según hemos discutido, posee aspecto estativo<sup>129</sup>. Su estructura sería la representada en (328):

<sup>129</sup> No obstante, si la forma en gerundio debe asociarse necesariamente con el Aspecto Progresivo, debemos resolver por qué los verbos estativos de nivel 2 sí pueden tomar el progresivo cuando aparecen dominados por *seguir*: *Juan sigue teniendo tierras en el sur*, *Juan sigue odiando a Pedro*, *Juan sigue sabiendo inglés*, mientras que lo rechazan bajo la forma *estar* + gerundio (*\*Juan está teniendo tierras al sur*). Tales ejemplos pueden encajar asumiendo que la morfología del progresivo está inducida por el



Nótese que el predicado obtenido de la combinación de *seguir* con un verbo eventivo debe ser estativo, puesto que los contextos de modalidad epistémica así lo enseñan:

- (329) a. Juan seguirá escribiendo su novela (porque no ha venido por el bar desde hace semanas).  
 b. Juan debe seguir escribiendo su novela (porque siempre lleva una libretita).

Como se observa en los ejemplos de (329), el predicado *escribir* tiene en este contexto un valor estativo, puesto que tanto en la forma en futuro como bajo la perífrasis *deber* + infinitivo aparecen valores modales epistémicos.

Si esto es así, entonces podemos concluir que los verbos del tipo *seguir* lexicalizan la estructura que va desde el Aspecto Continuativo hasta SRcc solo si la estructura “baja” es conceptualmente reducida, lo cual parece ser el caso cuando tenemos una estructura existencial carente de valor cuantitativo, es decir, parafraseable por *haber* (v.g. *La barra de pan sigue sobre la mesa* > ‘sigue habiendo una barra de pan sobre la mesa’). Si, por el contrario, la estructura de la primera fase incluye un valor conceptual independiente, entonces la lexicalización de la estructura se repartirá entre el verbo existencial temporal, que actuará como operador aspectual, y un predicado bajo una forma no eventiva (v.g. *Juan sigue preparando su defensa de tesis*)<sup>130</sup>. Esto puede esquematizarse del siguiente modo:

---

propio Aspecto Continuativo y no por el Aspecto Progresivo. Si la semántica del primero rechaza predicados de evento, no habría razón para que los estados de nivel 2 deban ser quedar excluidos en este contexto.

<sup>130</sup> Un caso análogo puede encontrarse en lenguas como el alemán, donde el operador temporo-aspectual *werden* (análogo al futuro flexivo español), puede prescindir de una forma verbal “auxiliada” si esta puede parafrasearse por *sein* ‘ser’, es decir, si solo consiste en una estructura predicativa. Así, tenemos pares como los siguientes:

- i. Ich werde nach Hause gehen.  
 Yo AUX-fut hacia casa ir  
 ‘Me iré a casa’
- ii. Ich werde zu Hause (sein).  
 Yo AUX-fut en casa cop.

(330) a. [Asp<sub>continuativo</sub> [SV [SR<sub>cc</sub> SD [R<sub>cc</sub> LOC]]]]

<i>seguir / permanecer</i>	<i>ahí</i>
----------------------------	------------

b. [Asp<sub>continuativo</sub> [(Asp<sub>prog</sub>) [Sv/SV]]]

<i>seguir</i>	verbo no finito
---------------	-----------------

En síntesis, concluimos que, aunque los verbos existenciales temporales incluyan una estructura aspectual más rica que los existenciales que solo lexicalizan [SR<sub>cc</sub>], no suponen el añadido de un nivel adicional de estatividad. En cambio, incluyen bien la estatividad de nivel 1, como unidades léxicas independientes; bien la estatividad formada en cualquiera de los niveles intermedios, que ingresará bajo la forma de un verbo no finito. Esto se explica si asumimos que verbos como *seguir* lexicalizan el Aspecto Continuativo en la jerarquía de Cinque (1999), que interpretamos aquí como un operador temporo-aspectual que se aplica a proposiciones, categoría compatible con estados y eventos que, por efecto de un operador aspectual estativizador, han cerrado existencialmente su variable eventiva.

### 3.4. Conclusiones del capítulo

En este capítulo hemos analizado los estados “puros”, es decir, aquellos que no ofrecen alternancias sistemáticas entre valores estativos y eventivos y que pueden ser evaluados en puntos de tiempo. Hemos mostrado que la estatividad en español puede entenderse como un fenómeno semántico cuya codificación se localiza en distintos puntos de la estructura sintáctica. Hemos visto, además, que estos puntos pueden ser específicamente verbales (S<sub>inicio</sub>), corresponder a proyecciones categorialmente neutras (SR<sub>cc</sub>) u operar como elementos aspectuales externos que toman predicados ya saturados en la primera fase (Aspecto Progresivo, Aspecto Habitual).

De este modo, la estatividad aparece como un fenómeno sintácticamente distribuido. Esta aproximación se ve respaldada empíricamente mediante la interacción de distintos contextos sensibles a la diferencia entre estados y eventos. Al ordenar jerárquicamente dichos contextos, podemos observar en qué puntos de la derivación sintáctica ha tenido lugar la estativización de un predicado, siguiendo la lógica de que un contexto gramatical es sensible a la estructura que domina pero no a aquella que está sobre él. Así, aquellos predicados que se clasifican como estados según todas (o la mayoría de) las pruebas, deben su estatividad a proyecciones estructurales bajas, mientras que aquellos predicados que aceptan modificadores orientados al evento, pero

---

‘Estaré en casa’

En caso de que el predicado sobre el que se aplica *werden* posea independencia semántica, la estructura se lexicaliza mediante dos verbos (en (i), *werden* y *gehen*). En cambio, como se observa en (ii), el verbo *sein* puede elidirse, puesto que *werden* puede lexicalizar por sí mismo, como *seguir* en español, la estructura predicativa básica.

que se clasifican como estados de acuerdo a pruebas estructuralmente más altas, deben su estatividad a proyecciones más externas.

En los términos del análisis desarrollado en este capítulo, la aceptación de un número mayor o menor de contextos eventivos no redundante, necesariamente, en que el “grado” de estatividad sea menor, sino solo en qué proyecciones funcionales intervienen en la codificación de la estatividad. En el capítulo siguiente, la noción de “grado” de estatividad sí tendrá mayor relevancia, cuando nos aproximemos a aquellos estados que expresan relaciones causativas estativas. Nótese, sin embargo, que ya hemos visto cómo la noción de nivel de codificación interactúa con la noción de grado, al observar, por ejemplo, que los estados de nivel 1 se comportan contextualmente como estados davidsonianos en el contexto de la forma progresiva.

A continuación, ofrecemos una tabla en que reunimos los principales resultados empíricos discutidos en §3.3, en conjunto con la representación sintáctica que, de acuerdo con nuestro análisis, da cuenta de tales hechos:

	Nivel 1	Nivel 2	Nivel 3	Nivel 4
Representación	SRcc	SInicio	Asp <sub>prog</sub>	Asp <sub>hab</sub>
Locativos internos (pred sec)	-	+	+	+
Locativos externos	-	-	+	+
<i>Lentamente</i>	-	-	+	+
Forma progresiva: mantenimiento	+	-		
Forma progresiva: dinámica	-	+		
Indefinido: estado	+	+/-		
Indefinido: dinámico	-	+		
Mod epist	+	+	+	+

Tabla 10. Síntesis de niveles de estatividad y sus comportamientos asociados

## Capítulo 4

### Estados causativos y alternantes

El objetivo del presente capítulo es analizar dos grupos de predicados que manifiestan ciertos tipos de alternancia entre estado y evento. El primer grupo corresponde a la clase de la así llamada *alternancia instrumental* (cf. Rothmayr 2009) e incluye verbos como los siguientes:

(1) *bloquear, cubrir, tapar, obstruir*

El segundo grupo corresponde a los verbos psicológicos de experimentante objeto (VPEO), es decir, predicados como los que se mencionan en (2):

(2) *preocupar, molestar, aburrir, interesar*

La importancia que el estudio de estos verbos tiene en el contexto de la hipótesis desarrollada en esta tesis radica en lo siguiente. De acuerdo con la definición adoptada en el capítulo 1, un estado es una relación entre entidades y propiedades o, dicho en otros términos, la inclusión de una entidad en el conjunto denotado por una propiedad. La principal consecuencia semántica de ello es que un estado puede ser evaluado como verdadero o falso en puntos de tiempo, puesto que no necesitamos un intervalo para constatar si una entidad posee o no una cierta propiedad. Hemos propuesto que el fenómeno de la estatividad, así entendido, puede abordarse desde dos ángulos: el nivel de representación y el grado de dinamicidad. De acuerdo con el primero, un predicado evaluable en puntos de tiempo puede obtenerse en distintos niveles de representación sintáctica, y mediante operaciones de distinto tipo. De acuerdo con el segundo, siempre que nos alejemos de las condiciones de validez de un estado puro y, necesitemos, por tanto, un intervalo para evaluar un predicado, estamos frente a un *grado* distinto de estatividad, más próximo a la eventividad. El capítulo tres de esta tesis ha sido dedicado a la indagación del fenómeno de la estatividad desde el punto de vista del nivel de representación. Hemos visto, así, que hay dos proyecciones que, en la primera fase sintáctica, pueden alojar estados puros: SRcc (v.g. *costar, faltar, amar*) y SInicio (v.g. *tener, conocer, entender*), a las que se suman diversas maneras de proporcionar a un predicado validez en puntos de tiempo pertenecientes a la fase de aspecto externo. De estas últimas, hemos examinado con cierto detalle dos contextos estativizadores: la forma progresiva (v.g. *Juan está construyendo una casa*) y el aspecto habitual (v.g. *Juan siempre escribe cartas al periódico*).

El presente capítulo, así, está dedicado a explorar el fenómeno de la estatividad desde el ángulo del grado de dinamicidad (§1.3). Veremos, así, que los estados causativos incluyen una variable eventiva en su representación sintáctica, comportándose, de acuerdo con los criterios empíricos aquí adoptados, como estados

davidsonianos o de intervalo, como hemos sugerido sintetizadamente en §1.3.4. Entre las consecuencias empíricas de la duración intrínseca de estos predicados, se encuentran la aceptación de la forma progresiva (v.g. *La mesa está bloqueando la entrada, Juan está preocupando a su madre*) y el rechazo de lecturas epistémicas (v.g. *La mesa bloqueará la entrada, Juan preocupará a su madre*, en ambos casos, con lectura temporal excluyente). En términos estructurales, por lo tanto, ambas clases de predicados incluirán un SProceso, que introduce la variable eventiva <e> que, dado que su huella temporal es necesariamente válida en intervalos, dota de duración intrínseca al predicado. Sobre la base de esta representación, veremos, sin embargo, que estos grupos de predicados manifiestan alternancias con valores más o menos dinámicos. Así, junto al valor estativo davidsoniano, los verbos de alternancia instrumental presentan valores eventivos dinámicos: *Juan bloqueó la entrada en cinco minutos, La cortina tapó el escenario en unos segundos*. Por otra parte, los VPEO se comportan, cuando el experimentante adopta caso dativo, como estados puros; de este modo, *A Juan le preocupará su madre* ofrece una lectura modal epistémica junto a lectura temporal de futuro.

Hay dos aspectos importantes que se siguen del análisis mencionado más arriba. El primero es que las nociones de causante e incluso de la de agente no son excluyentes con la de estatividad, siempre y cuando esta sea de tipo davidsoniano o de intervalo. Así, la restricción que impide a los estados tomar agentes parece seguir vigente en el caso de los estados puros. En segundo lugar, la existencia de alternancias sistemáticas en el caso de los estados causativos puede seguirse del hecho de que estos predicados lexicalizan más estructura, lo cual, sumado a la aplicación del Principio del Superconjunto, permite que puedan emplearse en la sintaxis subconjuntos más o menos ricos de esta estructura inicial.

El capítulo se estructura del siguiente modo. En primer lugar, ofreceremos una introducción sobre las relaciones entre causatividad y estatividad, que servirá de marco general para abordar los verbos de alternancia instrumental y los VPEO, como dos subclases de estados causativos. En §4.1 estudiaremos el primero de estos grupos (*bloquear, cubrir, tapar*), mientras que, en §4.2, abordaremos el examen de los VPEO. En cada uno de estos subapartados, presentaremos algunos estudios previos, aplicaremos un conjunto de pruebas que nos permitan diagnosticar la presencia de una variable eventiva y, finalmente, propondremos un análisis estructural que dé cuenta de tales propiedades empíricas. El capítulo se cierra con un apartado de conclusiones que sintetiza las principales cuestiones abordadas.

### *Introducción: Causatividad y estatividad*

El análisis presentado en este capítulo descansa sobre la existencia de predicados causativos estativos. Esta categoría se enfrenta, en principio, a la noción intuitiva de casualidad, que relaciona entidades en una relación de sucesión temporal: si A causa B, entonces tendemos a pensar que A precede a B. Sin embargo, puede adoptarse un concepto de causación en el que, del hecho de que A cause B, no se siga ningún orden



temporal específico. Si esto es así, las relaciones causales pueden ser estativas, puesto que, al no existir sucesión de sub-eventualidades disímiles entre sí, tampoco habrá cambio interno.

Piénsese en una bandeja que yace sobre la cama y hunde la superficie del colchón. No decimos que la bandeja permanezca *primero* sobre la cama y que, más tarde, tenga lugar el hundimiento de la superficie. Antes bien, la presencia de la bandeja y el hundimiento de la superficie del colchón son eventualidades simultáneas. Y en este caso diríamos también, intuitivamente, que la bandeja causa la deformación del colchón. En este subapartado presentaremos algunos antecedentes que abren la vía para un análisis lingüístico de este tipo de relaciones, y que servirá de base para los apartados siguientes.

Diversos estudiosos han analizado la relación entre temporalidad y causatividad, estimando en qué medida dos entidades causalmente relacionadas deben seguir o no una condición de sucesión temporal. Así, por ejemplo, Goldman (1970) propone el concepto de *generación*, que sería más general y englobaría el de causalidad, cuyo ámbito de aplicación, más específico, entrañaría una sucesión en el tiempo. Martin (2008) aplica esta idea al estudio de los predicados estativos del francés, entre los que distingue dos clases fundamentales:

- (3) a. **estados puros:** denotan estados independientes de otras eventualidades; es el caso de predicados como *malade* ‘enfermo’.
- b. **estados endo-accionales:** denotan estados dependientes de una acción; se trata del uso episódico de predicados como *intelligent* ‘inteligente’ o *bavard* ‘charlatán’.

Los estados endo-accionales corresponden a secuencias como la ejemplificada en (4):

- (4) Juan dio dulces a los niños. Juan fue generoso.

Desde un punto de vista intuitivo, la atribución de generosidad a Juan cuenta como una caracterización de su acción de dar dulces a los niños. De este modo, la predicación puede ser entendida como una descripción de alto nivel de dicha acción. Martin (2008) formula esta interpretación, siguiendo a Goldman (1970), como una relación de generación entre dos eventualidades. Así, decimos que la acción de dar dulces “genera”, en un nivel mayor de abstracción, el estado de ser generoso. La diferencia, por tanto, entre una relación de causación corriente y la ejemplificada en (4) radicaría en que las eventualidades aquí mencionadas son temporalmente co-extensas.<sup>131</sup>

---

<sup>131</sup> En el estudio de Martin (2008) se detallan más posibilidades de coincidencia temporal entre la eventualidad generadora y la eventualidad generada. Así, *ser generoso* podría aplicarse a un intervalo de tiempo mayor que el que cubre *dar dulces a los niños*, si entendemos que la actitud moral del agente debe preceder a la puesta en marcha de la acción. Sin embargo, el punto central es que ambas eventualidades pueden solaparse en el tiempo, siendo la co-extensión en sentido estricto una posibilidad.

Aunque el concepto de generación se aproxima al concepto no sucesivo de causación que nuestro análisis requiere, nótese que la aplicación que de él hace Martin (2008) rebasa el ámbito de la sintaxis verbal. Un predicado como *ser generoso* depende de una acción que confiere expresión material a dicho carácter moral, pero no necesitamos que la acción en particular forme parte de la representación semántica de la frase verbal. De hecho, vemos que ambas eventualidades se describen, en (4), mediante cláusulas independientes. Se trata, pues, de una implicación discursiva. Sin embargo, en este capítulo nos ocuparemos de verbos como *bloquear* o *preocupar*, que denotan, en el nivel de la frase verbal, relaciones entre entidades mediante un vínculo de causación. De este modo, cuando decimos *la mesa bloquea la entrada*, el vínculo de causación entre la mesa y el estado de bloqueo que afecta a la mesa debe quedar, de algún modo, expresado en la sintaxis del verbo *bloquear*.

No obstante, existen otros análisis disponibles que independizan igualmente la relación de causación del concepto de sucesión temporal. Así sucede con la definición *contrafactual* de causalidad que proporciona Lewis (1973), comentada en Dowty (1979: 105) (véase §1.3.4). De acuerdo con esta definición, dos proposiciones están en relación de dependencia causal si y solo si la negación de la primera de ellas implica la negación de la segunda. El ejemplo de (5) permite esclarecer esta noción:

- (5) a. Juan abrió la puerta.
- b. Si Juan no hubiese actuado de cierta manera y todo lo demás hubiese permanecido igual, entonces la puerta no se hubiese abierto.
- c.  $A \text{ causa } B = A \ \& \ B \ \& \ [\neg A \rightarrow \neg B]$

La relación causal expresada en la oración de (5a) puede parafrasearse, siguiendo el análisis contrafactual de Lewis (1973), mediante el enunciado de (5b). En la versión formal de (5c), se expresa la misma idea: dos proposiciones están causalmente vinculadas si ambas son ciertas y si la negación de la primera implica la negación de la segunda. La definición contrafactual de Lewis, como destacan Dowty y, posteriormente, Rothmayr (2009: 43), “does not assume a relation of temporal priority between cause and effect” (Dowty 1979: 109). Esto permite formular relaciones donde causa y efecto se dan simultáneamente, que sería el caso de un estado causativo. Para retomar nuestro ejemplo de la bandeja y la superficie del colchón, si no es el caso que la bandeja permanece sobre la cama, entonces no es el caso que el nivel de la superficie descienda. Como puede observarse, el análisis de Lewis da cuenta de la relación causal sin entrar en conflicto con el hecho de que ambas eventualidades sean simultáneas.

La idea de que no existe una correlación necesaria entre causatividad y eventualidad ha pasado a ser común en la bibliografía sobre aspecto desde el trabajo de Pylkkänen (2000), quien mostró que los verbos psicológicos de experimentante objeto en finés podían ser causativos y estativos a la vez, cuestión que tenía un reflejo directo en su morfología. Así lo muestran los siguientes datos (Pylkkänen 2000: (1), (2)):

- (6) a. Mikko                      inhoa-a                      hyttysi-ä  
      Mikko.NOM encontrar.asqueroso-3SG mosquitos-PARTITIVO

- ‘A Mikko le desagradan los mosquitos’  
 b. Hyttysset inho-tta-vat Mikko-a  
 mosquitos.NOM desagradar-CAUS-3pl Mikko-PARTITIVO  
 ‘Los mosquitos desagradan a Mikko’  
 c. Uutiset vih-stu-tti-vat Mikko-a  
 noticias.NOM enfadar-INCOATIVO-CAUS.PAS-3PL Mikko-PARTITIVO  
 ‘Las noticias enfadaron a Mikko’

En el ejemplo (6a) tenemos un predicado psicológico (de experimentante sujeto) estativo no causativo. En (6b), se observa la presencia del morfema *tta*, que codifica causatividad. El carácter independiente de esta información respecto de la eventividad se aprecia al advertir que, en el ejemplo (6c), tenemos tanto el sufijo causativo *tta* (en su variante alomórfica para pasado: *tti*) como un sufijo específicamente incoativo (*stu*). Pylkkänen (2000) mostró, mediante una serie de pruebas gramaticales, que el significado de oraciones como (6b) era, efectivamente, estativo. Así, considerando nuevamente ejemplos revisados en §1.3.4, tanto los verbos psicológicos no causativos (7b) como los psicológicos causativos no dinámicos (7a) rechazan la forma progresiva, que es sensible, en finés, a la distinción estado/evento:

- (7) a. \*Kaisa on inho- tta- ma- ssa Matti-a.  
 Kaisa-NOM es desagradar-CAUS-INF-INESS Matti-PAR  
 ‘Kaisa desagrada a Matti’  
 b. \*Kaisa on inhoa- ma- ssa Matti-a.  
 Kaisa-NOM es considerar.desagradable-INF-INESS Matti-PAR  
 ‘Kaisa considera a Matti desagradable’

La diferencia, no obstante, entre un estado como el de (6a), no causativo, y el (6b), causativo, radica en que el primero corresponde a un predicado IL (*individual level*) mientras el segundo, a un predicado SL (*stage level*). De este modo, solo los estados causativos no dinámicos (8b) admiten cuantificación temporal, no así los verbos psicológicos no causativos (8a), como se observa al emplear el modificador *aina* ‘siempre’:

- (8) a. ??Kerttu aina inhoa- a räntäsadett-a  
 Kerttu siempre considera.desagradable-3SG aguanieve-PAR  
 ‘Kerttu siempre considera el aguanieve desagradable’  
 b. Räntäsade inho- tta- a aina Kerttu-a  
 aguanieve desagrada-CAUS-3SG siempre Kerttu-PAR  
 ‘El aguanieve siempre desagrada a Kerttu’

Un análisis similar es el que proponen para el español Fábregas y Marín (en prensa, a), quienes plantean, igualmente, que la introducción de una causa se correlaciona con un valor SL, según tendremos ocasión de discutir con mayores detalles en §4.2.6.

En este capítulo defenderemos la idea de que los estados causativos introducen un grado distinto de estatividad, más próximo a la eventividad, y que ese grado no puede reducirse a la distinción IL/SL. Así, los predicados causativos estativos son, en efecto, “menos estativos” que los predicados no segmentables en subeventualidades, cuestión que discutiremos con detenimiento en los apartados siguientes. Téngase en cuenta, por tanto, que la distinción entre SL/IL no se correlaciona, necesariamente, con una diferencia en grados de estatividad, puesto que ambas clases pueden considerarse como subtipos de estados puros (cf. Maienborn 2005, 2007; Marín 2013). Así, un estado causativo se comporta de manera distinta a un estado SL no causativo, por ejemplo, frente a contextos de modalidad epistémica:

- (9) a. Juan estará feliz (porque lleva una sonrisa de oreja a oreja)  
b. La mesa bloqueará la entrada (??porque nadie entra)

La oración de (9a), un estado SL no causativo, puede adoptar un valor epistémico en el contexto del futuro sintético, no así (9b), que es un estado causativo. De este modo, aunque ambos predicados sean, como sugieren Pylkkänen (2000) y Fábregas y Marín (en prensa, a), estados SL, solo aquellos que son causativos se comportan como eventos frente a la prueba del futuro sintético.

Sin embargo, los datos de (9) no implican que los estados causativos incluyan cambio interno y deban considerarse, así, como eventos dinámicos. Un verbo como *bloquear* se asemeja, más bien, a los estados davidsonianos, que rechazan igualmente modificadores adverbiales como *lentamente*:

- (10) a. La mesa bloquea la entrada (\*lentamente) desde hace horas.  
b. \*Juan duerme lentamente.  
c. \*El sol brilla lentamente.  
d. Juan camina lentamente.

La conducta de los estados davidsonianos *brillar* y *dormir* es paralela, así, a la de los estados causativos. En cambio, un predicado eventivo dinámico, como *caminar* (10d), admite el adverbio *lentamente* sin problemas.

De acuerdo con los análisis presentados en los capítulos precedentes, los datos de (9) y (10) se siguen de forma natural si asumimos que los estados que rechazan las lecturas modales epistémicas incluyen un argumento davidsoniano, que proporciona validez en intervalos. Así, la inclusión de un evento en la representación semántica del predicado equivale a introducir una extensión de tiempo, que torna incompatible la evaluación del predicado respecto de un momento puntual, como demanda la modalidad epistémica orientada al presente (§3.2.3.5). Sin embargo, la duración intrínseca de un predicado (esto es, el hecho de que deba ser evaluado en intervalos) debe

independizarse de la dinamicidad. En otras palabras, un evento abarca tiempo, pero no nos obliga a introducir cambio interno en ese tiempo. Esto permite distinguir, así, estados de intervalo (Dowty 1979) de predicados dinámicos. Aunque ambos abarcan tiempo, solo en el caso de los últimos este hecho se deriva de la presencia de cambio. Llamamos a los estados de intervalo *estados davidsonianos*, siguiendo la terminología de Maienborn (2005), puesto que atribuimos la extensión temporal del predicado a una variable eventiva o davidsoniana introducida en la derivación por el núcleo Proceso, según hemos desarrollado con mayor detalle en §2.7.2.

En síntesis, vemos que el concepto de causación, tal como lo desarrolla Lewis (1973), no implica una sucesión temporal entre causa y efecto. Si esto es así, podemos incorporar relaciones causativas estativas, toda vez que, al no imponer sucesión de subeventualidades distintas, puede faltar el cambio interno. En el ámbito lingüístico, esta posibilidad ha sido estudiada por Pytkänen (2000) y, más tarde, por Rothmayr (2009), cuya propuesta será discutida en los apartados siguientes. En particular, propondremos que los estados causativos incluyen una variable eventiva que demanda validez en intervalos, lo cual explica la conducta de estos predicados frente a los contextos de estatividad revisados.

## 4.1. Alternancia instrumental

### 4.1.1. Introducción

La primera clase de la que nos ocuparemos en este capítulo es la de la llamada alternancia instrumental (Rothmayr 2009, cf. Horno Chéliz 2011: 78). Este tipo de alternancia puede ejemplificarse en el siguiente contraste:

- (11) a. Juan bloqueó la entrada con una mesa.
- b. La mesa bloquea la entrada.

El SP *con una mesa* funciona en (11a), de acuerdo con los autores citados, como un instrumental. Dicha oración corresponde a un evento en el que un agente (*Juan*) causa deliberadamente que una entidad (*la entrada*) se vea bloqueada. No obstante, el argumento que en (11a) funciona como instrumento aparece, en (11b), en la posición de sujeto, estableciendo con el objeto directo una relación causal. El que la puerta se encuentre en determinado lugar es la causa de que se pierda en acceso a la entrada. Esta relación causal sería estativa pues, semánticamente, pueden observarse al menos dos aspectos: (i) no apreciamos que exista una progresión en la que esta relación causal se desarrolle (no hay *cambio* de estado) y (ii) no necesitamos suponer que un evento previo ha conducido al estado de cosas descrito en (11b). Vale decir, en términos puramente conceptuales, se observa que (11b) ejemplifica un predicado atético y no dinámico. Analizaremos con mayor detalle hasta qué punto esta descripción conceptual encuentra un correlato gramatical en los apartados siguientes. Otros verbos que siguen un patrón similar son los siguientes:

(12) *tapar, cubrir, trabar, obstruir*

En todos los casos de (12), un argumento que en la versión eventiva puede aparecer como instrumento pasa a la posición de sujeto de un predicado causativo estativo.

El análisis que presentaremos tomará como punto de partida el que ofrece Rothmayr (2009). Según esta autora, la variante estativa de verbos como *bloquear* corresponde a un estado kimiano en la clasificación de Maienborn (2005). A continuación, presentaremos los puntos centrales de su teoría, que criticaremos luego desde dos puntos de vista: la distribución de los papeles temáticos y el valor aspectual que debe atribuirse a cada variante. Sobre la base de estas observaciones, presentaremos luego nuestra propuesta, según la cual la variante estativa de *bloquear* corresponde, en español, a un estado davidsoniano o de intervalo. Así, propondremos que la representación sintáctica de *bloquear* incluye un SProceso, cuya variable eventiva proporciona al predicado validez en intervalos aunque no cambio interno.

#### 4.1.2. La propuesta de Rothmayr (2009)

En la teoría de Rothmayr (2009: 37-42), la variante no agentiva de los verbos enumerados puede caracterizarse como un estado kimiano según los siguientes diagnósticos: modificación adverbial de manera, modificación locativa y modificación de adverbios ambiguos entre una lectura de grado y de tiempo (*ein bisschen / un poco*), como se ejemplifica a continuación:

- (13) a. El tejido bloquea fuertemente la arteria.  
b. \*El tejido bloquea la arteria en el cuerpo del paciente.  
c. El tejido bloquea la arteria un poco.

Rothmayr (2009) interpreta datos como los de (13) del siguiente modo. Aunque el adverbio *fuertemente* es aceptable en (13a), no se puede considerar esta aceptabilidad como una prueba en contra del carácter estativo de *bloquear*, puesto que no está claro que los adverbios que pueden aparecer en este contexto cuenten como modificadores de manera. La autora analiza este tipo de adverbios, siguiendo a Maienborn (2003) y Geuder (2000), como un modificadores resultativos, es decir, una especificación del tipo de estado alcanzado y no una manera en que ese estado tiene lugar.<sup>132</sup> En lo que

---

<sup>132</sup> De acuerdo con Maienborn (2007) comenta que, de acuerdo con la propuesta de Geuder (2000), los adverbios resultativos necesitan “objetos resultantes” asociados a un evento previo; si esta condición falla, la aceptabilidad de la secuencia se ve degradada. Así, obtenemos contrastes como los siguientes (30b)-:

- i. Das Fenster ist weit offen.  
La ventana está amplia(mente) abierta  
'La ventana está completamente abierta'  
ii. ??Die Höhle war weit offen.  
La cueva estaba amplia(mente) abierta  
'La cueva estaba completamente abierta'

respecta a la modificación de lugar, en (13b), parece claro que un modificador de lugar externo no resulta aceptable; no habría, pues, en los términos usados por la autora, un argumento davidsoniano en el que el modificador pueda anclarse. Por último, el modificador *un poco* se interpreta en (13c) como una indicación de grado y no de tiempo; vale decir, entendemos, en (13c), que el bloqueo que efectúa el tejido sobre la arteria no es total, sino parcial, pero la lectura según la cual el bloqueo de la arteria se mantiene durante un período breve de tiempo no está disponible, siguiendo la pauta de un estado kimiano.

Junto al significado causativo estativo, existe, según Rothmayr (2009), un valor eventivo no agentivo en el que el instrumento pasa también a la posición de sujeto:

(14) El agua bloquea la entrada (poco a poco).

Aunque el sujeto de (14) es, como el de (11b), no agentivo, la oración puede recibir una interpretación eventiva (de hecho, si añadimos el modificador *poco a poco*, es la única lectura disponible). Imaginemos que, por causa de una fuga en una cañería, el nivel de agua de una habitación está subiendo cada vez más. En tal caso, el bloqueo de la entrada es un proceso gradual y no una relación estativa.

Rothmayr (2009) da cuenta de estos valores mediante la presencia de distintos operadores aspectuales. En particular, la autora adopta los operadores aspectuales propuestos por Dowty (1979), pero los desplaza desde la representación semántica de los predicados a la representación sintáctica del verbo. Tales operadores, reformulados como núcleos sintácticos, son los siguientes:

- (15) a. DO: valor agentivo
- b. CAUSE: valor causativo
- c. BECOME: valor incoativo
- d. PRED ('BE'): relación predicativa básica

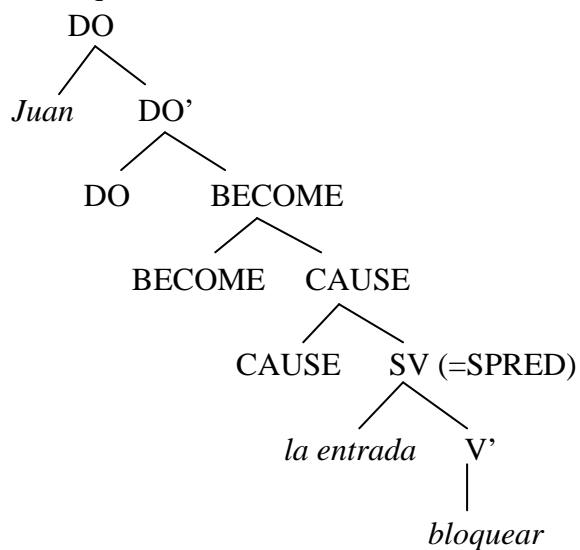
Las distintas posibilidades de ordenación de estos núcleos, así como la ausencia o presencia de ellos, permiten computar los valores aspectuales atestiguados en los predicados verbales. Tomando el nodo PRED como base, Rothmayr (2009) no asume un orden rígido en particular, ni una relación de selección específica entre proyecciones, aunque existen ciertas regularidades que parecen surgir de la imposibilidad de ciertas combinatorias (como el hecho de que DO no puede ser dominado por ninguna otra proyección). De este modo, si el predicado léxico solo está dominado por CAUSE, el resultado es una oración estativa como la de (11b) (*La mesa bloquea la entrada*). Si CAUSE es dominado por un operador BECOME, el resultado es un evento no agentivo como el de (4) (*El agua bloquea la entrada poco a poco*). Finalmente, si la estructura está dominada por un operador DO, que incluye un agente, el resultado es un evento

---

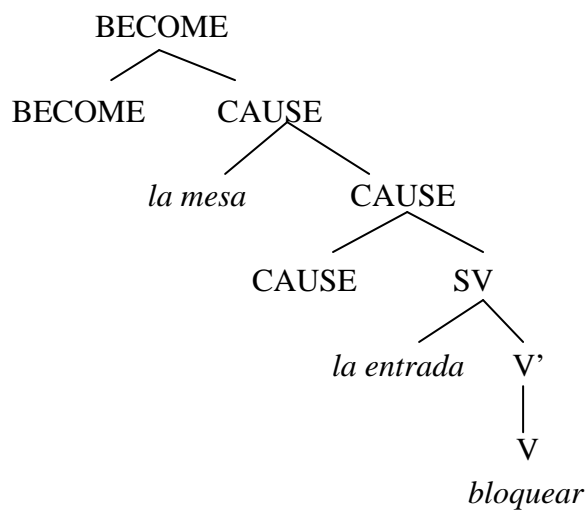
En (i), lo que en verdad calificamos como *amplio* es el hueco que hay entre la ventana y el marco, hueco que ha sido producido por un evento previo. En cambio, dado que las cuevas se consideran como aperturas naturalmente dadas, (ii) es inaceptable.

agentivo como el referido en (11a) (*Juan bloqueó la entrada con una mesa*). Tales estructuras se muestran en (16):

(16) a. Juan bloquea la entrada.

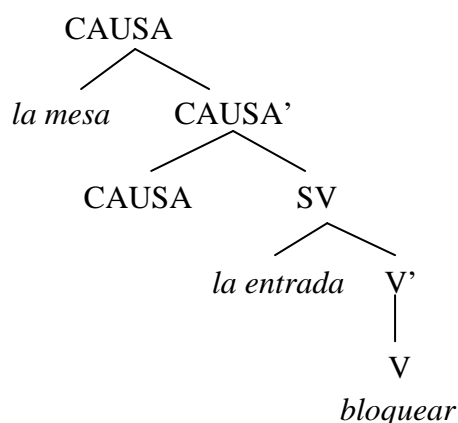


b. La mesa bloquea la entrada (poco a poco).





c. La mesa bloquea la entrada (desde hace horas).



En síntesis, vemos que, para Rothmayr (2009), los verbos de alternancia instrumental pueden recibir tres lecturas. La primera de ellas corresponde a una variante agentiva eventiva, cuya representación sintáctica incluye los operadores DO, BECOME y CAUSE; la segunda, a una variante eventiva no agentiva, que incluiría BECOME y CAUSE, pero no DO; y, finalmente, una variante estativa causativa, que incluiría CAUSE, pero no DO ni BECOME. Las variantes eventiva no agentiva y estativa se obtienen al desplazar el instrumento a la posición de sujeto. Es importante destacar que, para la autora, la variante causativa no eventiva se analiza como un estado kimiano, es decir, una eventualidad carente de argumento davidsoniano. Los argumentos que respaldan esta clasificación son similares a los empleados por Maienborn (2005): rechazo de modificadores locativos externos, rechazo de *un poco* con lectura temporal y rechazo de adverbios de manera. Más adelante discutiremos el carácter decisivo que tienen estos argumentos, a la luz de las pruebas que hemos introducido nosotros, y que detectan la presencia de un argumento davidsoniano en razón de contextos gramaticales no contemplados por Maienborn (2005, 2007) ni Rothmayr (2009). Téngase en cuenta que nuestro concepto de evento consiste en una entidad con duración intrínseca, es decir, que impone verificación en intervalos (cf. Dowty 1979, Hallman 2010).

Pasemos ahora a presentar las críticas que, desde nuestro punto de vista, pueden hacerse del análisis de Rothmayr (2009).

#### 4.1.3. El papel temático en la variante estativa

Como hemos mencionado en el subapartado anterior, Rothmayr (2009) propone que las variantes no agentivas de un verbo como *bloquear*, tanto la eventiva como la estativa, se obtienen por la realización del instrumento en la posición de sujeto. Así se observa en el par siguiente:

- (17) a. Juan bloqueó la entrada con una roca.
- b. La roca bloquea la entrada.

El SP *con una roca* de (17a) corresponde al objeto empleado por Juan para bloquear la salida. De este modo, si el papel temático del sujeto de (17b) coincide con el SP de (17a), entonces puede clasificárselos como instrumentos. Sin embargo, la idea de que un agente se vale de una entidad mediadora para conseguir un determinado efecto cubre una gama heterogénea de nociones. Considérese, por ejemplo, la oración de (18):

(18) Juan bloqueó la entrada con una grúa

El SP *con una grúa*, en (18), es análogo, a primera vista, al sujeto de (17b). No obstante, ambas frases no parecen excluirse en la descripción de una misma situación. Así, podemos imaginar que la grúa es el instrumento con que Juan ha movido la roca hasta la entrada.<sup>133</sup> Ambas entidades juegan un papel intermediario en la acción ejercida por Juan sobre la entrada, pero desempeñan funciones específicas distintas. En particular, solo la mesa permanecerá durante la vigencia del estado, mientras que la grúa será relevante únicamente mientras dure la acción ejercida por Juan. Asumiendo esta diferencia conceptual, observamos que la posición de sujeto de la variante causativa no puede ser ocupada por ambas clases de frases. Consideremos el ejemplo de (19):

(19) {#La grúa / la mesa} bloquea la entrada.

Nótese que *la grúa* solo puede ocupar la posición de sujeto en (19) si su interpretación difiere de la que hemos asumido para (18) en el párrafo anterior. La grúa debe interpretarse ahora como un objeto que, por una circunstancia no especificada, se interpone entre la entrada y quienes podrían querer pasar a través de ella. Pero perdemos la interpretación según la cual la grúa es el instrumento del que se ha valido un agente durante la acción de bloquear la entrada, y que ha dejado de desempeñar una función durante la vigencia del estado resultante. Otros ejemplos en la misma dirección son los de (20-21):

(20) a. Juan cubre la cama {con una pinza / con una manta}.

b. {#La pinza / la manta} cubre la cama.

(21) a. Juan tapó la ventana {con una vara / con una cortina}.

b. {#La vara / la cortina} tapa la ventana.

Tanto en (20) como en (21), el elemento que el agente emplea como instrumento durante una determinada acción no puede ser sujeto de la variante estativa, o bien debe

---

<sup>133</sup> Con todo, ambos elementos no pueden aparecer fácilmente en la misma cláusula, lo que podría debilitar o hacer menos clara la diferencia semántica que señalamos:

i. \*Juan bloqueó la entrada con una roca con una grúa.

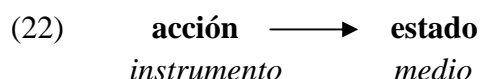
Sin embargo, es posible apreciar el contraste empleando cláusulas de gerundio. Si usamos un verbo como *usar*, solo podemos introducir un instrumento (ii). Si en la misma posición queremos introducir el elemento que de hecho ejerce el bloqueo, el resultado es bastante menos aceptable (iii):

ii. Juan bloqueó la entrada con una roca usando una grúa.

iii. ??Juan bloqueó la entrada con una grúa usando una roca.

ser reinterpretado, recibiendo una lectura que, en estos casos, resulta pragmáticamente muy marcada. En (20b), para que la pinza pueda ser el sujeto en la lectura estativa, debemos imaginar una pinza cuyas dimensiones rebasen las de la cama, de forma tal que pueda cubrirla, y un contexto similar habría de ser imaginado para (21b).

Una diferencia semántica entre aquellos elementos que pueden ser sujetos de la variante estativa y aquellos que no (o que, para ello, deben ser reinterpretados) radica en la sección de la estructura subeventiva a la que afectan. *Una pinza, una vara o una grúa* son elementos que participan en la acción que desencadena un cierto estado, pero que, una vez que ese estado se ha alcanzado, dejan de intervenir. Por otra parte, *una roca, una manta o una cortina* son elementos que deben permanecer vinculados al estado resultante mientras este tenga vigencia. En otras palabras, aquellos elementos que funcionan como instrumentos de un agente no desempeñan ningún rol en el estado resultante, mientras que aquellos elementos que pueden ser sujetos de la variante estativa son co-extensivos con dicho estado. Llamemos al primer tipo de argumentos *instrumentos* propiamente tales y al segundo, siguiendo la propuesta de Bosque (1989), *medios*. La diferencia semántica que señalamos puede representarse del modo siguiente:



La vigencia semántica del instrumento acaba una vez que la acción conducente a un cierto estado finaliza. En cambio, el medio es co-extensivo con el estado.

Un contraste similar se aprecia con otras clases de verbos que admiten igualmente instrumentos y medios en el SV (Bosque 1989):

- (23) a. Juan colgó un cuadro {con un martillo / con un clavo}  
 b. El cuadro está colgado {#con un martillo / con un clavo}.

La manifestación transitivo-eventiva del predicado *colgar* acepta, según se observa en (23a), tanto instrumentos como medios. Sin embargo, cuando expresamos el estado resultante mediante una pasiva con *estar*, la inserción del instrumento resulta inaceptable, a menos que la frase en cuestión de recategorice como medio. Así, la construcción de pasiva con *estar* requiere que el SP que modifica el predicado sea co-extensivo con él, puesto que denota un estado resultante. Este comportamiento puede identificarse incluso cuando el SP introduce entidades cuya participación en el evento debiese, en principio, quedar circunscrita a una fase anterior al estado resultante, como es el caso de los agentes. Así, si decimos *El documento está firmado por el rey* asumimos que, de alguna forma, el hecho de que el documento haya sido firmado por el rey, y no por nadie más, cuenta como una característica relevante del estado actual del documento. Si comparamos dicha secuencia con *?El documento está firmado por alguien* vemos que el resultado es menos aceptable, precisamente porque, al ser el agente introducido por el SP un individuo indeterminado, resulta difícil concebir en qué sentido el que dicho individuo haya firmado el documento cuenta como una

característica relevante vigente en el documento. Nótese que estos efectos desaparecen al emplear una pasiva con *ser*:

(24) El cuadro fue colgado {con un martillo/con un clavo}

En el ejemplo de (24), tanto el instrumento (*con un martillo*) como el medio (*con un clavo*) resultan aceptables. Este contraste en la aceptabilidad de modificadores en las dos construcciones pasivas del español puede seguirse del aspecto que cada una posee. Solo la pasiva con *estar* denota un estado (resultante) mientras que la pasiva con *ser* denota un evento. Así lo enseñan los valores que estas construcciones toman en contextos de modalidad epistémica:

- (25) a. El cuadro debe ser colgado.  
b. El cuadro debe estar colgado.

Como se aprecia en el par de (25), la pasiva con *ser* ofrece, en el contexto de la perífrasis *deber* + infinitivo, un valor deóntico excluyente ('es imperioso que el cuadro sea colgado'), siguiendo el patrón de los predicados eventivos (§3.2.3.2) (cf. *Juan debe colgar el cuadro*). En cambio, la pasiva con *estar* es ambigua entre una lectura deóntica y una epistémica ('es posible que el cuadro esté colgado'), tal como hemos visto que sucede con los estados.<sup>134</sup>

Ahora bien, la correlación entre el valor estativo de una forma y el rechazo de instrumentos es informativa de una condición general a la que obedecen los estados. Hemos visto que la pasiva con *estar* admite medios, que son entidades co-extensivas con el estado, y rechaza instrumentos, que inciden solo en la sub-eventualidad inicial. De forma paralela, la variante causativa no eventiva de *bloquear* admite medios pero rechaza instrumentos en posición de sujeto. Estos hechos nos conducen a la siguiente generalización:

- (26) **condición de coextensión:** Todo argumento de una relación estativa debe ser temporalmente coextensivo con la duración del predicado.

**Participante:** (inicio) \_\_\_\_\_ (fin)

**Estado:** inicio \_\_\_\_\_ fin

La condición enunciada en (26) se sigue de forma natural del carácter homogéneo de los estados. Si un participante incide de forma parcial en el desarrollo de una eventualidad, dicha discontinuidad alteraría su homogeneidad y estaríamos, por tanto, frente a un

---

<sup>134</sup> Ramchand (2013) observa que la pasiva con *to be* en inglés es, como la pasiva con *ser* en español, eventiva y no estativa, sobre la base de argumentos análogos al aquí mencionado. Así, *John must be running* 'Juan debe estar corriendo' admite una lectura epistémica, puesto que la forma progresiva es, en inglés, estativa; mientras que *John must be killed* 'Juan debe ser asesinado' posee una lectura deóntica excluyente.

evento con cambio interno (esto es, dinámico). Nótese, pues, que en un predicado que contiene un cambio de estado, no todos los participantes deben ser necesariamente coextensivos con la eventualidad en su conjunto. Así, el agente de un cambio de estado como *romper* u *ocultar* incide en la acción que desencadena un cierto estado resultante, pero no ejerce una influencia una vez que dicho estado se ha alcanzado. Si esto es así, la condición expresada en (26) bastaría para impedir que la versión agentiva de *bloquear* pudiese adquirir valor estativo, toda vez que la presencia de un agente, al presuponer una estructura subeventiva compleja, resquebrajaría la homogeneidad del predicado. Volveremos sobre este punto más abajo.

Dado que la relación que el predicado establece en la variante estativa es de tipo causativo, el papel temático que recibe el sujeto ha de ser, en algún sentido, el de causa. Esto es compatible con la función que desempeña la frase en la variante agentiva, en la que, como *medio*, participa como causa indirecta entre la acción de un agente y el estado alcanzado por el paciente (v.g. *Juan bloqueó la entrada con una mesa*). Si ese agente desaparece, el medio pasa a ser la causa directa. No obstante, este concepto de causalidad presupone una noción de simultaneidad no compartida por todas las causas. La permanencia de un objeto como la mesa en determinado lugar es la causa de que la entrada se vea bloqueada. Sin embargo, el concepto de causalidad admite igualmente (y de forma más intuitiva) una secuenciación temporal entre causa y efecto. Por ejemplo, si las bajas temperaturas provocan que se acumule hielo en la entrada de un edificio, puede decirse que el frío ha bloqueado la entrada. En este caso, tenemos una causa que precede al estado resultante (el frío) y otra causa que es coextensiva con él (el hielo). Por la condición expresada en (26), podemos predecir que solo el segundo tipo de causa puede dar lugar a un predicado estativo, como se observa en (27):

- (27) a. El frío bloquea la entrada.
- b. El hielo bloquea la entrada.

Nótese que (27a) no es agramatical, pero favorece, si queremos mantener su condición de causa precedente, una interpretación de habitualidad: cada vez que hay frío, es el caso que la entrada se bloquea (cf. §3.3.6). Así, (27a) solo puede ser estativo, bajo esta lectura de *el frío*, como estado derivado. Si, en cambio, dejamos de entender que el frío es responsable de la aparición de otra entidad cuyo posicionamiento bloquea la entrada, es posible tener una lectura análoga a la de (27b). En este caso, podemos imaginar que el frío es tan intenso (precisamente en el lugar donde se encuentra la entrada) que resulta imposible atravesarla. En este segundo sentido, el frío es simultáneo y coextensivo con el bloqueo de la entrada. Bajo esta lectura, el frío se entiende como una entidad que se interpone entre la entrada y el exterior. En el caso de (27b), por otra parte, la interpretación menos marcada es aquella donde el hielo es simultáneo y coextensivo con el bloqueo, de modo que la lectura estativa causativa es la más natural.

Cabe precisar que la generalización expresada en (26) es una condición necesaria pero no suficiente de un predicado estativo. Normalmente entendemos que el

agente de un verbo inergativo es coextensivo con la duración del predicado, como sucede en (28):

(28) Juan corrió toda la noche.

Aquí, la participación de Juan en el evento de correr debe ser coextensiva con la duración del predicado. Por lo tanto, la noción de agente en sí misma no es incompatible con (26), sino la de aquellos agentes que se relacionan con un cambio de estado. Si, de modo general, la agentividad está reñida con la estatividad, la causa no puede derivarse automáticamente de la condición de coextensión. Volveremos sobre esto en §4.1.5.3, donde atenderemos a la posibilidad de que, aun en la variante estativa, podamos insertar un agente.

En síntesis, el papel temático del sujeto de la variante estativa debe ser un tipo de causa simultánea y coextensiva con el estado. Cualquier otro tipo de participante dará lugar a una secuencia agramatical o la oración recibirá una lectura distinta (eventiva, habitual, etc.). Puede esgrimirse que las causas admisibles en la variante estativa son siempre causas *directas*, por oposición a las causas *indirectas*. Esta distinción podría jugar un rol importante en la determinación del papel temático. Sin embargo, mientras que, en efecto, toda causa coextensiva es también directa, no toda causa directa debe ser también coextensiva. Considérese el siguiente ejemplo:

(29) El relámpago incendió el bosque.

Aunque caracterizaríamos *el relámpago* como la causa directa del incendio, no necesitamos suponer que es coextensivo con él. Por el contrario, sabemos que la incidencia del relámpago es temporalmente acotada, y afecta solo el inicio del evento. Por lo tanto, si asumimos que las causas coextensivas deben ser directas, cabe precisar que ambas nociones no coinciden. La condición temporal del primer tipo puede faltar en el segundo. La diferencia fundamental radica, pues, entre aquellos elementos que ‘afectan y se van’ y aquellos que, para producir un determinado efecto, deben permanecer en concomitancia con la entidad sobre la que una determinada propiedad se aplica durante todo el tiempo que el estado en cuestión se mantenga. La siguiente tabla sintetiza las observaciones que hemos realizado:

Papel temático	Sujeto de causa estativa
Agentes	(véase <i>infra</i> )
Instrumentos	*
Causas indirectas	*
Causas directas coextensivas (“medios”)	+

Tabla 1. Papeles temáticos y posición de sujeto

Nótese que hemos considerado que las causas directas son aceptables en posición de sujeto solo si son coextensivas. Hemos añadido entre paréntesis “medios”, que,

siguiendo a Bosque (1989), se distinguen de los instrumentos en ciertas oraciones agentivas. Dado que todos los medios se interpretan en posición de sujeto como causas directas coextensivas, hemos igualado ambas nociones, al menos para efectos de los predicados considerados aquí.

#### 4.1.4. Estados causativos como estados davidsonianos

En el apartado anterior hemos revisado la alternancia instrumental analizada por Rothmayr (2009), y hemos discrepado de la caracterización semántica del papel temático asignado al argumento que ocupa la posición de sujeto de la variante estativa. Hemos sugerido que los instrumentos no pueden ser sujetos de esta variante, por cuanto transgreden la condición de coextensión (26). Solo aquellos elementos que hemos caracterizado como medios (siguiendo a Bosque 1989) pueden ocupar la posición de sujetos, donde se interpretan como causas directas coextensivas con el estado en cuestión. No obstante, hasta ahora hemos dado por descontado que la caracterización aspectual de Rothmayr es correcta. Sin embargo, atendiendo a nuestro conjunto de pruebas, es posible matizar la idea de que *bloquear* o *tapar* den lugar a un estado kimiano análogo a *costar* o *poseer*. Revisaremos, pues, cómo se comporta esta clase de predicados a la luz de los contextos sensibles a la estatividad en español. En particular, atenderemos a aquellos contextos que no se incluyen en la discusión de Rothmayr (2009): perífrasis progresiva, modificadores de aspecto celerativo (*lentamente*) y lecturas modales epistémicas dirigidas al presente.

Antes de pasar a la discusión de estos contextos, conviene reconsiderar brevemente el valor que tienen las pruebas empleadas por Rothmayr (2009) en la caracterización aspectual de estos verbos. Volvamos sobre los ejemplos de (13), repetidos aquí como (30):

- (30) a. El tejido bloquea fuertemente la arteria.  
b. \*El tejido bloquea la arteria en el cuerpo del paciente.  
c. El tejido bloquea la arteria un poco.

El ejemplo (30a) muestra la aceptación de un modificador de manera (*fuertemente*), que Rothmayr interpreta como un modificador de resultado, que introduce un evento previo que conduce al estado en cuestión. En tanto, (30b) muestra la incompatibilidad de locativos dirigidos al evento, en este caso un locativo externo. Por último, (30c) muestra que el modificador *un poco* adopta lectura de grado, pero no de tiempo.

En §3.2.2.1 hemos discutido la validez de la prueba basada en modificadores de manera, y hemos mostrado que existen ciertos problemas con su aplicación. Por ello, hemos decidido restringir su uso al adverbio *lentamente*, que discrimina entre eventos con cambio interno y predicados homogéneos. Sin embargo, al realizar este cambio, la argumentación que motivaba el uso de modificadores de manera cambia. Recuérdesse que, para Maienborn (2005), así como para Katz (1995, 2000), la ausencia de modificadores de manera se sigue de la ausencia de una variable eventiva. En particular, Maienborn considera que, al ser los estados kimianos entidades abstractas, carecen de

formas distintas de realización. Katz, por su parte, arguye que, si los adverbios son predicados de eventos, la ausencia de modificadores que seleccionen estados cuenta como evidencia a favor de que no existe un argumento subyacente en su representación semántica. Por otra parte, la aceptación o rechazo del adverbio *lentamente* es transversal al debate de si los estados están o no representados por un argumento subyacente en la forma lógica. Tanto si esta entidad puede o no postularse, la incompatibilidad semántica de los estados con *lentamente* sigue vigente, puesto que, según mencionamos, es sensible al cambio interno. Volveremos sobre este modificador en §4.1.4.2.

Por otra parte, de acuerdo con Mittwoch (2005), tampoco es exacto decir que no haya modificadores adverbiales que seleccionen estados. El adverbio *permanentemente* podría ser uno de ellos.

- (31) a. La roca bloquea la salida permanentemente.
- b. ??Juan corre permanentemente.
- c. \*Juan escribe una carta permanentemente.

Como vemos en los ejemplos de (31), *permanentemente* es admisible con *bloquear*, pero no con *correr* ni con *escribir una carta*. De este modo, la prueba basada en modificadores de manera pierde poder discriminatorio. Téngase en cuenta, no obstante, que la aceptación de adverbios en general por parte de predicados estativos se relaciona con el debate de la variable eventiva, no con las posibles diferencias entre estados y eventos una vez que ese debate se resolviera (como sigue habiendo diferencias entre actividades, realizaciones y logros, aunque todas estas clases posean una variable eventiva). Pero si la distribución de los adverbios por sí sola no es capaz de decidir si un predicado se aplica sobre individuos o sobre eventos, entonces confiaremos la detección de una variable eventiva a contextos gramaticales independientes. La aceptación o rechazo de ciertos adverbios con predicados estativos será de interés, pues, al margen de dicha discusión.

Respecto de los modificadores locativos, es cierto que, en un ejemplo como el de (30b), resultan poco aceptables. Sin embargo, no en todos los casos este rechazo es igualmente categórico. Consideremos un ejemplo como el siguiente:

- (32) Una roca bloquea la cueva en el bosque.

Nótese que el SP *en el bosque* no puede entenderse como un locativo de marco. Su pronunciación postverbal resulta del todo natural y, lo que es más significativo, la secuencia que incluye el modificador implica semánticamente a aquella que lo omite: *una roca bloquea la cueva en el bosque* → *una roca bloquea la cueva*. De acuerdo con Maienborn (2001), este patrón inferencial no se sostiene con locativos de marco. Así, de *Evita es muy famosa en Argentina* no se sigue que Evita sea, en general, muy famosa. Tampoco resulta adecuado dar a *en el bosque* una interpretación temporal, que sería natural en el caso de los locativos de marco. Así, *En Italia, Maradona compraba trajes en Francia* puede ser parafraseado por *Cuando vivía en Italia, Maradona compraba trajes en Francia*; en cambio, no tiene sentido decir *Cuando la roca estaba en el*



*bosque, bloqueaba la cueva*, o tendría un sentido trivial que puede atestiguararse con cualquier tipo de locativo (cf. Mittwoch 2005). De forma más clara, si *en el bosque* fuese un locativo de marco, entonces no podría ser compatible con un nuevo locativo, puesto que la oración no ofrecería una posición extra para legitimarlo. Pero la secuencia siguiente es perfectamente posible:

(33) En Inglaterra, una roca bloquea la cueva en el bosque

En (33), el SP *en Inglaterra* es, ahora sí, un locativo de marco que restringe la validez de la secuencia. Como es de esperar, de (33) no se sigue *una roca bloquea la cueva en el bosque*.

Finalmente, el ejemplo (30c) (*El tejido bloquea la arteria un poco*) es compatible solo con una lectura de grado de *un poco*. Sin embargo, esta lectura puede estar inducida por el tiempo del verbo que hemos seleccionado. Así, si damos al presente un valor episódico, entonces no es posible extender la vigencia del predicado a un intervalo (denotado por *un poco*), puesto que el presente de habla es puntual. Dicha restricción es independiente de la caracterización de *bloquear* como estado, y se aplica de modo general a cualquier predicado. Por ejemplo, ??*En estos momentos, Juan corre un poco*, donde damos al presente un valor de reportaje, es poco aceptable, justamente porque forzamos la validez del predicado en un intervalo incompatible con el momento de habla (el presente no dura, ni siquiera un poco). Por otra parte, si damos al presente un valor habitual, el modificador *un poco* puede adoptar una lectura temporal con predicados eventivos: *Juan corre un poco cada mañana* es perfectamente posible. ¿Qué sucede con (30c)? La lectura habitual no se encuentra fácilmente disponible en este contexto, pero es en principio posible. Piénsese en una secuencia como la siguiente:

(34) Cada vez que consume mucha sal, el tejido bloquea la arteria un poco.

En la secuencia de (34), el modificador *un poco* posee, desde luego, la lectura de grado, pero se encuentra accesible igualmente la lectura temporal. Así, podemos entender que el bloqueo de la arteria se extiende por un breve periodo de tiempo cada vez que se ingiere sal. Por otra parte, si cambiamos el tiempo del verbo, la lectura temporal no solo se encuentra accesible, sino que puede tener prioridad sobre la lectura de grado: *La nube bloqueó el sol un poco*, donde el verbo adopta el indefinido, desencadena una lectura temporal del modificador.

En síntesis, vemos que las pruebas empleadas por Rothmayr (2009) no son concluyentes, al menos una vez que las aplicamos para caracterizar la clase de *bloquear* en español. Esto no significa que debemos asumir que *bloquear* no posee una lectura causativa estativa, pero sí, en cambio, que debemos plantearnos a qué clase de estado pertenece, a la luz de otros contextos gramaticales. En particular, la adscripción de este grupo de verbos a la clase de los estados kimianos (los estados más “abstractos” en la clasificación de Maienborn (2005)) descansa sobre contextos que discriminan la presencia de un argumento eventivo. Dichos contextos no arrojan, con todo, resultados plenamente fiables, por lo que deben ser complementados con otras pruebas. Este será

el cometido de los subapartados siguientes. De acuerdo con nuestro concepto de “argumento eventivo”, no obstante, el criterio decisivo es la duración intrínseca; es por ello que enfatizaremos el papel que desempeñan la forma progresiva y la modalidad epistémica. Esto nos llevará a una conclusión opuesta a la de Rothmayr (2009). Así, veremos que un verbo como *bloquear* se aproxima más a los eventos que a los estados puros (análogos a los kimianos).

#### 4.1.4.1. *Perífrasis progresiva*

En general, los verbos de esta clase admiten sin problemas la forma progresiva, según podemos apreciar en los ejemplos siguientes:

- (35) a. La mesa está bloqueando la entrada.
- b. La cortina está tapando el escenario.
- c. La cerradura está trabando la puerta.

De acuerdo con Rothmayr (2009: 51), los verbos de la alternancia instrumental manifiestan dos variantes no estativas, una agentiva y otra no agentiva. Podría pensarse que la aceptación de la forma progresiva depende de que adoptemos antes la lectura de progresión gradual (es decir, la versión eventiva no agentiva). Desde luego, las oraciones de (35) son gramaticales en esa lectura. Podemos imaginar que la cortina, en (35b), se está desplegando desde los márgenes laterales del escenario hasta, eventualmente, alcanzar el punto medio, momento en el cual la visibilidad del escenario será nula. Dicho valor es eventivo y cuenta como el alcance gradual del estado (Rothmayr 1999: 51). Sin embargo, el punto crucial es que no necesitamos esta interpretación para que (35b) sea gramatical. Basta con referirnos a la situación en la que la cortina está *ya* completamente desplegada. Es más, podemos emplear (35b) para describir un estado de cosas en el que la cortina jamás ha sido abierta (v.g. un contexto en el que nadie jamás ha descubierto la cortina). No necesitamos, por lo tanto, que las oraciones de (35) se relacionen ni de hecho ni inferencialmente con un evento de cambio de estado. Bajo la lectura que Rothmayr considera de estado kimiano, los verbos de este grupo admiten la forma progresiva, lo cual sugiere que podrían no ser estados tradicionales según los parámetros del español.

Por lo pronto, es importante destacar que la aceptación de la forma progresiva con lectura estativa no constituye una prueba de que los predicados sobre los que se aplica sean “menos” estativos. Hemos discutido, en el capítulo anterior, que los estados de nivel 1, es decir, aquellos que lexicalizan una relación de coincidencia central, admitían la forma progresiva (v.g. *Juan está pesando mucho*), en oposición a los estados de nivel 2, que o bien la rechazaban (\**Juan está teniendo un libro*) o bien la admitían bajo una lectura dinámica (*Juan está teniendo una idea*). Sin embargo,

veremos que existen razones empíricas para asignar a los verbos de la alternancia instrumental una estructura distinta.<sup>135</sup>

#### 4.1.4.2. *Modificadores de aspecto celerativo (lentamente)*

Los predicados estativos rechazan la modificación adverbial relacionada con el aspecto celerativo (Cinque 1999). En particular, el empleo del adverbio *lentamente* conlleva agramaticalidad o bien fuerza una lectura no estativa:

- (36) a. #La mesa bloquea la entrada lentamente.
- b. #La cortina tapa el escenario lentamente.
- c. #El agua llena el vaso lentamente.

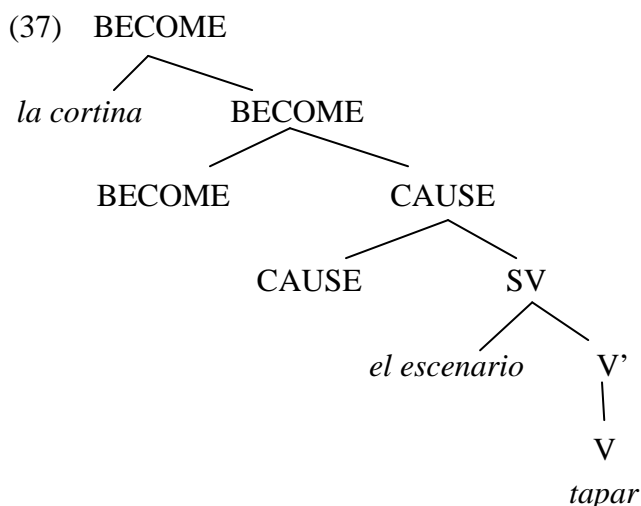
Nótese que ninguna de las oraciones de (36) es inaceptable, pero requieren una lectura eventiva no agentiva. Vale decir, las estructuras subyacentes a (36) incluirían, si seguimos el análisis de Rothmayr (2009), un predicado BECOME además de CAUSE, aunque carecerían de DO. A consecuencia de ello, la única manera de salvar la gramaticalidad de las oraciones de (36) es suponer que existe un proceso gradual en virtud del cual se alcanza un determinado estado. Así, en (36a) debemos entender que la mesa se está moviendo lentamente, de forma que el espacio dedicado a la entrada se vea progresivamente reducido; en (36b), que la cortina se desplaza lentamente de un extremo a otro del escenario y, finalmente, en (36c), que el nivel de agua aumenta poco a poco hasta colmar eventualmente la capacidad del vaso. Todos estos significados conllevan, como se advertirá, un cambio de estado (de ahí que la presencia del operador BECOME sea obligatoria). Por lo tanto, no cualifican como estados, sino como eventos dinámicos o con cambio interno. Para un contexto en el que la mesa está inmóvil en frente de la entrada, es imposible que, en (36a), podamos legitimar el adverbio *lentamente*, por lo cual la oración pasaría a ser agramatical. En concreto, y siguiendo las proyecciones aspectuales introducidas por Rothmayr (2009), tendríamos que atribuir a las oraciones de (36) una estructura general como la representada en (37):

---

<sup>135</sup> En ciertos casos la forma progresiva es inaceptable con verbos que, bajo un empleo más amplio de la categoría, pueden considerarse también como parte de la alternancia instrumental. Así se observa en los ejemplos siguientes:

- i.       \*El agua está llenando el vaso.
- ii.       ??La manta está tapando la cama.
- iii.      ??El corcho está tapando la botella.

La diferencia conceptual que existe entre esta serie de ejemplos y los de (35) radica en que, en aquellos, el objeto que se posiciona respecto del vaso, la cama o la botella no “se interpone” frente a una entidad exterior. Así, si la mesa bloquea la entrada, se asume implícitamente que alguien no podrá atravesar la entrada; mientras que si el agua llena el vaso, establecemos únicamente una relación entre el vaso y el agua. De este modo, los usos ejemplificados en (i-iii) corresponden a valores locativos, más que causativos propiamente tales. No discutiremos en este estudio el correlato estructural de estos usos, sino que nos restringiremos a los de (35), es decir, cuando la alternancia instrumental comporta una variante causativa estativa.

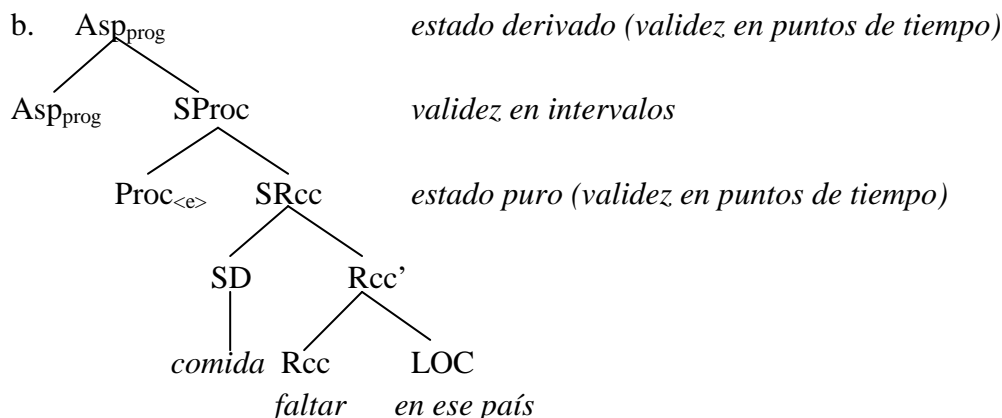


Si observamos, pues, los contextos gramaticales que miden estatividad, vemos que algunos, como la perífrasis progresiva, indican que la clase de predicados considerada, al menos si nos restringimos a una subclase de ellos, no es estativa, mientras que otros, como el adverbio *lentamente*, indican que estamos frente a estados tradicionales. Como veremos más adelante (§4.1.5), este resultado no se debe al nivel funcional en el que el predicado se estativiza, puesto que la modalidad epistémica, según hemos argumentado en el capítulo anterior (§3.2.7), alcanza a todos los niveles de estatividad. La solución, según defenderemos en este apartado, descansa en la semántica propia de las proyecciones funcionales asociadas a la variante estativa de verbos como *bloquear*, que incluye un SProceso sobre SRcc. Por lo tanto, se trata de predicados a medio camino entre la estatividad (rechazo de *lentamente*) y la eventividad (rechazo de las lecturas modales).

#### 4.1.4.3. Pruebas basadas en modalidad epistémica

Al observar que algunos predicados de este grupo admiten sin problemas la perífrasis progresiva, es tentador proponer un análisis similar al que ofrecíamos para aquellos estativos puros cuya estructura era la más básica posible (una relación de coincidencia central). Así, decíamos que un verbo como *costar* podía entrar en la perífrasis progresiva dado que su configuración básica (SRcc) podía ser dominada por SProceso. La variable eventiva introducida por el núcleo Proceso concedía a la estructura validez en intervalos, pero no cambio interno. De este modo, obteníamos la validez de una propiedad en una entidad durante un intervalo (el estado ‘se mantiene’ en el tiempo). Este cambio estructural bastaba para legitimar la forma progresiva, puesto que la única condición que impone al predicado, según proponíamos, era validez en intervalos, sin importar el carácter homogéneo o dinámico interno a ese intervalo. Así se observa en la siguiente estructura:

(38) a. Está faltando comida en ese país.



Nótese que la estructura [SProc [SRcc]] no corresponde a la configuración que *faltar* lexicaliza de modo inherente. Si tal fuese el caso, entonces predeciríamos que *faltar* rechaza lecturas modales epistémicas, puesto que, al ensamblar un contexto de modalidad, no tendríamos acceso al estado básico que puede ser evaluado en puntos de tiempo, sino solo al estado davidsoniano obtenido por el ensamble de Proc. Sin embargo, hemos visto que estos verbos sí dan lecturas epistémicas. Así, *Debe faltar comida en ese país* posee una lectura epistémica disponible.

Ahora bien, en el caso del grupo de *bloquear* este análisis no puede sostenerse, puesto que, como muestran los ejemplos siguientes, rechazan las lecturas modales:

(39) a. La mesa bloqueará la entrada.

b. La cortina tapará el escenario.

c. El colesterol obstruirá la arteria.

(40) a. La mesa debe bloquear la entrada

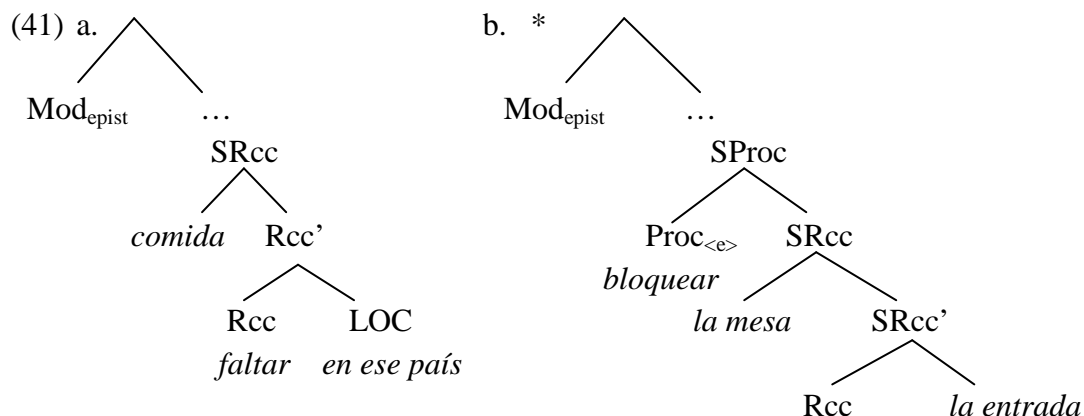
b. La cortina debe tapar el escenario.

c. El colesterol debe obstruir la arteria.

Las oraciones de (39), donde aplicamos el futuro sintético, nos ofrecen lecturas temporales excluyentes: será en un tiempo futuro que la mesa bloquee la entrada (39a), la cortina tape el escenario (39b) o el colesterol bloquee la arteria (39c). De igual modo, las oraciones de (40) exhiben valores deónticos de la perífrasis *deber* + infinitivo, no epistémicos. La lectura deóntica excluyente se correlaciona con una lectura desplazada en la que la evaluación del predicado respecto del presente de habla es imposible. Así, tal como sucede con el futuro sintético, debemos situar el tiempo del evento en un intervalo posterior al momento de enunciación.

Los datos de (39)-(40) sugieren que, a diferencia de lo que sucede con *costar*, no hay un nivel inferior a la introducción de la validez en intervalos en el que estos predicados se comporten como estados puros, puesto que, si confiamos en el alcance heurístico de las pruebas basadas en la modalidad, los contextos aquí empleados detectarían dicha estatividad. Dicho de otro modo, la aceptabilidad de la forma progresiva (v.g. *la mesa está bloqueando la entrada*) no se debe en este caso a algún tipo de coerción, sino a la naturaleza misma de las estructuras que estos predicados

lexicalizan. Así, la estructura que habilita contextualmente la extensión temporal de *costar*, *faltar*, *sobrar*, etc., pertenece a la representación léxica inherente de *bloquear*. Por ello, la modalidad epistémica no puede “ver” al interior de dicha estructura y recibe como aducto un estado válido en intervalos. Comparemos las estructuras siguientes:



En (41a) vemos que la modalidad epistémica puede acceder a la estructura básica que *faltar*, un estado de nivel 1, lexicaliza. Como esta estructura corresponde a un estado puro, posee validez en puntos de tiempo y puede ser evaluada respecto de un momento. Sin embargo, en (41b) vemos que, de acuerdo con los datos recogidos en la discusión precedente, esto no es posible con *bloquear*. De este modo, Proc no constituye una “expansión” de la estructura inherente de *bloquear*. Por lo tanto, no podemos evaluar el predicado en puntos de tiempo y la configuración de (41b) es agramatical.

#### 4.1.4.4. Relaciones entre el tiempo de la eventualidad y el tiempo de referencia

Los contextos observados en los subapartados precedentes nos conducen a la conclusión de que verbos del tipo *bloquear* corresponden, en su lectura no dinámica, a estados davidsonianos o de intervalo. En términos estructurales, esto quiere decir que su representación sintáctica incluye una variable eventiva <e>, que proporciona al predicado validez intrínseca. Sin embargo, dicha conclusión puede resultar poco satisfactoria, toda vez que la asociación de la variable eventiva con la validez en intervalos se sigue de un postulado asumido por nosotros (cf. §2.7.2) y no de hechos que independientemente puedan atribuirse a la presencia de <e>. Así, tanto la forma progresiva como la admisión de lecturas modales epistémicas discriminan entre estados y eventos sobre la base de su caracterización como predicados válidos en puntos de tiempo o intervalos, respectivamente. Respecto de las pruebas basadas en modificación adverbial (locativos, adverbios de manera, *un poco*), hemos visto que los datos son menos concluyentes.

En esta sección presentaremos argumentos empíricos adicionales que se correlacionan con los resultados ofrecidos por los contextos ya revisados. En particular, observaremos que los adverbios de referencia temporal, que introducen un marco temporal en el que evaluar la proposición que modifican (Marín 2013: 85; cf.

Reichenbach 1947, Nerbonne 1985, Moens & Steedman 1988, Marín & McNally 2011), discriminan entre verbos que introducen una variable eventiva y verbos que no lo hacen. Adicionalmente, veremos que los mismos efectos se producen cuando observamos la interacción del Tiempo de Referencia o Tiempo de Tópico (Klein 1994) con el Tiempo de la Eventualidad en ciertos tiempos gramaticales del inglés y el español (cf. Portner 2005: 144, Katz 2000). En ambos contextos, los predicados eventivos exhiben una relación de tipo  $E \subseteq R$  (el tiempo de la eventualidad está incluido en el tiempo de referencia), mientras que los estados manifiestan la relación  $R \subseteq E$  (el tiempo de referencia está incluido en el tiempo de la eventualidad). Esta regularidad puede derivarse del requisito de maximalidad (Katz 2000) que obedecen los eventos: si se localiza un evento en cierto marco de referencia, entonces debe localizarse el evento en su totalidad.

Comencemos por los adverbios de referencia temporal. En el trabajo de Marín y McNally (2011) (cf. Marín 2013: 85), que estudia los verbos psicológicos reflexivos en español (*aburrirse*, *enfadarse*), se propone que aquellos predicados que no son puntuales denotan estados que incluyen el inicio de la eventualidad. Se trata, por tanto, de “estados incoativos”. A esta clase corresponden verbos como *aburrirse* o *preocuparse*. Una prueba de que estos estados incluyen en su representación semántica el límite inicial proviene de la interpretación que exhiben al ser modificados por frases adverbiales que explicitan un tiempo de referencia. Consideremos el contraste de (42):

- (42) a. Siempre que estamos en su casa, Juan se {molesta/preocupa/aburre}.
- b. Siempre que estamos en su casa, Juan está {molesto/preocupado/aburrido}.

En (42a), la eventualidad de molestarse, preocuparse o aburrirse no puede haber comenzado antes del marco de referencia temporal proporcionado por la cláusula subordinada. Así, el enfado, la preocupación o el aburrimiento de Juan se manifiestan una vez que estamos en su casa y no antes. Esta relación temporal inclusiva se pierde en (42b). En este caso, empleamos una forma estativa pura, con *estar*; el periodo de tiempo durante el cual el estado tiene validez puede incluir el intervalo del tiempo de referencia. Por consiguiente, la molestia de Juan puede haber comenzado con anterioridad a que estuviésemos en su casa.

Con independencia del análisis que Marín y McNally (2011) proporcionan para los verbos psicológicos reflexivos no puntuales<sup>136</sup>, podemos observar qué sucede al aplicar la misma prueba al grupo de estados que nos ocupa. Comparemos lo que sucede al modificar un estado puro de tipo SL, un estado davidsoniano como *brillar* y, finalmente, un estado causativo como *bloquear* o *tapar*.<sup>137</sup>

<sup>136</sup> Más comentarios sobre esta propuesta se encuentran en §4.2.2.1 y §4.2.9.

<sup>137</sup> Adviértase que esta prueba no es aplicable con estados puros IL, puesto que implica restringir temporalmente una eventualidad, cuestión que los estados IL rechazan de modo independiente. Así, \**Siempre que lo visito, Juan es inteligente/alto/español* es semánticamente anómala. Por ello, la distinción entre los dos tipos de relaciones temporales se vuelve no pertinente. Es interesante notar, no obstante, que la distribución de (43) refuerza la idea original de Maienborn (2003, 2005, 2007) de que los

- (43) a. Siempre que entro en la habitación, Juan está en la cama.
- b. Siempre que entro en la habitación, la luz brilla.
- c. Siempre que entro en la habitación, la cortina {bloquea/tapa/obstruye} la ventana.

En (43a), donde encontramos un estado SL, vemos que el tiempo de referencia puede estar incluido en el tiempo de la eventualidad: Juan puede haber estado en la cama con anterioridad a que entrásemos a la habitación. En (43b), se observa que, con un estado davidsoniano como *brillar*, la relación se invierte: no puede ser el caso que, al entrar, la luz estuviese ya brillando, de modo que el tiempo de la eventualidad queda contenido en el tiempo de referencia. Por último, (43c) muestra que un estado causativo como *bloquear* sigue el patrón de un estado davidsoniano y no el de un estado puro (SL). Nuevamente, no es el caso que la cortina ya tape o bloquee la ventana una vez que estoy en la habitación. Nótese que la relación temporal en que el tiempo de la eventualidad incluye el tiempo de referencia es, en este caso, plenamente viable en términos pragmáticos. Sin embargo, para obtenerlo debemos transformar el estado davidsoniano en estado puro, empleando, por ejemplo, la forma progresiva:

- (44) a. Siempre que entro en la habitación, la cortina está bloqueando la ventana.
- b. Siempre que entro en la habitación, la cortina está tapando la ventana.

En los ejemplos de (44), hemos transformado *boquear* y *tapar* en estados puros, que se comportan, así, siguiendo el patrón de (43a) –un estado puro SL– y no el de (43b) y (43c), que serían, como defendemos aquí, estados davidsonianos.

El segundo contexto que revisaremos aquí corresponde a la interpretación que muestran algunos tiempos gramaticales. Como observa Portner (2005: 144), el pasado inglés ofrece dos lecturas:  $E \subseteq R$  y  $R \subseteq E$ , que se correlacionan con la distinción entre evento y estado, respectivamente (cf. Smith 1991, Klein 1994, Herweg 1991, Katz 2000). Así, encontramos contrastes como el siguiente, tomado de Katz (2000: (52)-(54)):

- (45) a. Peter drank a beer (??and he is still drinking one).
- b. Peter walked around aimlessly (??and he still is).
- c. Peter was sick (and he still is).

Mientras que, en (45a-b), los eventos de beber una cerveza o de pasear quedan incluidos en el tiempo de referencia (que, en este caso, es anterior al presente), el ejemplo de (45c), en que empleamos un estado, manifiesta una relación inversa. Así, no es el caso que Peter pueda seguir bebiendo una cerveza ni que siga paseando, mientras que sí es perfectamente posible que siga estando enfermo. Nótese que este contraste depende de

---

estados SL son también kimianos (o “estados puros”, en nuestra nomenclatura) y no cabe atribuirles, así, una variable eventiva.



la oposición estado/evento y no de la distinción télico/atélico. Así, (45b), que es un predicado atélico, pero eventivo, bloquea igualmente la lectura  $R \subseteq E$ .

En español, sin embargo, la correlación entre lectura  $E \subseteq R$  y eventos, de un parte, y lectura  $R \subseteq E$  y estados, por otra, no se mantiene, puesto que el sistema verbal español cuenta con mecanismos aspectuales para fijar una u otra lectura con independencia de la distinción estado/evento.

- (46) a. Juan estuvo enfermo.  $(E \subseteq R)$   
 b. Juan estaba enfermo (cuando llegó su hermano).  $(R \subseteq E)$

Como podemos observar en (46), las formas de pasado del español nos “obligan” a adoptar una lectura  $E \subseteq R$ , si elegimos el indefinido (46a); o una lectura  $R \subseteq E$ , si elegimos el imperfecto (46b). No obstante, el futuro simple sí permite reproducir el fenómeno que, para el pasado, se aprecia en los ejemplos ingleses de (45), una vez que nos restringimos a la lectura temporal y desechamos la lectura modal epistémica que, como hemos comentado en diversas ocasiones, se encuentra disponible en predicados estativos. Así, consideremos los ejemplos de (47) bajo una lectura estrictamente temporal, es decir, donde  $R$  es posterior al presente de habla:

- (47) a. Juan correrá / escribirá una carta.  $(E \subseteq R)$   
 b. Juan estará en casa mañana. (estado SL:  $R \subseteq E$ )

En estos casos, vemos que la distribución de las lecturas  $E \subseteq R$  y  $R \subseteq E$  vuelve a correlacionarse con la distinción estado/evento. De este modo, en (47a) tanto el evento de correr como el de escribir una carta deben quedar contenidos en el tiempo de referencia: no puede ser el caso que Juan haya comenzado ya a correr o a escribir una carta. En cambio, en (47b), donde encontramos un estado puro de tipo SL, el tiempo de referencia está incluido en el tiempo de la eventualidad, de forma tal que la oración puede ser cierta en un contexto donde Juan se encuentra ya en casa en la actualidad (y seguirá allí hasta mañana). De modo interesante, los estados davidsonianos siguen el patrón de los eventos dinámicos y no de los estados puros SL (48), puesto que poseen igualmente una variable eventiva. Al igual que veíamos en el caso de los adverbios de referencia temporal, los estados causativos se comportan como estados davidsonianos y no como estados puros:

- (48) a. Juan dormirá en su habitación.  $(E \subseteq R)$   
 b. La luz roja brillará.  $(E \subseteq R)$   
 (49) a. La nube bloqueará el sol.  $(E \subseteq R)$   
 b. El colesterol obstruirá la arteria.  $(E \subseteq R)$   
 c. La cortina tapaná el escenario.  $(E \subseteq R)$

Como sucedía en el caso de los adverbios de referencia temporal, los predicados que no denotan estados puros pueden adquirir la lectura  $R \subseteq E$  si aparecen en la forma progresiva, que los transforma en estados SL. Algunos ejemplos se ofrecen en (50):

- (50) a. Juan estará corriendo / escribiendo una carta. ( $R \subseteq E$ )  
 b. Juan estará durmiendo en su habitación. ( $R \subseteq E$ )  
 c. La nube estará bloqueando el sol. ( $R \subseteq E$ )  
 d. La cortina estará tapando el escenario. ( $R \subseteq E$ )

Los datos precedentes pueden derivarse de la presencia o ausencia de una variable eventiva apelando al denominado requisito de maximalidad (*maximality requirement*, Katz 2000: 411, cf. Parson 1990: 184). De acuerdo con Katz, los eventos, a diferencia de los estados, deben interpretarse empleándose de forma máxima, es decir, sin considerar subpartes. Así, cuando decimos que el evento de comer una manzana tuvo lugar en el parque, no interpretamos que una fase del evento ocurrió en el parque, pero otra fuera de él (cf. Casati y Varzi 1999). En términos temporales, asistimos a la misma restricción. Si localizamos un evento respecto de un marco de referencia temporal, debemos localizar el evento en su totalidad. Ya Herweg (1991, *apud* Katz 2000: 410) había observado que si los estados contuviesen un argumento subyacente análogo al que se postula para representar un evento, el contraste que ofrece el pasado inglés (y el futuro simple en español) se tornaría gratuito. En ambos casos, diríamos que el evento *e* o el estado *s* se localizan en el pasado, pero no se apreciaría una razón clara para obtener una lectura inclusiva ( $E \subseteq R$ ) solo en el primero de ellos. Nótese que el motivo no puede remitirse a la naturaleza no delimitada de los estados, puesto que los eventos atéticos (es decir, las actividades) rechazan igualmente la lectura  $R \subseteq E$  (v.g. *Juan correrá esta tarde* (??de hecho, ya está corriendo)). Katz (2000: 412) formula el requisito de maximalidad como parte del esquema interpretativo de una predicación de evento:

- (51)  $\exists e [P(e)] = \{ \langle m, t \rangle \mid \text{hay un evento máximo del tipo P en el mundo m en el tiempo t} \}$

De este modo, si existe un evento de *escribir una carta*, *correr*, *brillar* o *bloquear*, que se localiza en un mundo y en un tiempo determinados, el evento en su totalidad debe situarse en las coordenadas expresadas en dicho índice.<sup>138</sup> Tratándose de predicados que no incluyen en su representación una variable eventiva (es decir, estados puros), el requisito de (51) no encuentra aplicación. En palabras de Katz (2000: 413):

<sup>138</sup> Katz (2000) no establece una diferencia ontológica entre tiempos (t) e intervalos (I) como entidades temporales puntuales frente a entidades temporales extensas, respectivamente (cf. Piñón 1997, véase §1.1.8, y §2.7.2). Si se adopta esta distinción, en la fórmula de (51) debería sustituirse t por I, en la medida en que un evento, por definición, no podría localizarse máximamente en un tiempo puntual.

Since in the logical form of state sentences there is no reference to underlying states, there is no maximality requirement on “states”, but since in the logical form of event sentences there is existential reference to an underlying event, there is a maximality requirement on the event thus referred to.

La generalización apuntada por Katz se aplica, sin embargo, para lo que en este trabajo llamamos estados puros, pero no a los estados de intervalo o davidsonianos, puesto que esta clase, al igual que los eventos dinámicos, incluyen una variable eventiva.

Por lo tanto, podemos concluir que la conducta de los estados causativos frente a los adverbios de referencia temporal y las lecturas del futuro simple en su lectura no epistémica avalan la idea de que esta clase de verbos pertenece al grupo de los estados davidsonianos, es decir, aquellos que poseen una variable eventiva en su representación semántica. Una síntesis de los contextos gramaticales revisados en este apartado se ofrece en la tabla siguiente:

		Eventos dinámicos ( <i>correr</i> )	Estados-D ( <i>brillar</i> , <i>dormir</i> )	Estados causativos ( <i>bloquear</i> )	Estados puros ( <i>estar</i> <i>enfermo</i> )
Locativos relativos al evento		+	+	?	-
<i>Un poco</i> (lectura temporal)		+	+	?	-
Manera ( <i>permanentemente</i> )		-	+	+	+
Adv celerativo ( <i>lentamente</i> )		+	-	-	-
Forma progresiva		+	+	+	-
Mod epistémica		-	-	-	+
Advs de ref temporal	$E \subseteq R$	+	+	+	-
	$R \subseteq E$	-	-	-	+
Futuro temporal	$E \subseteq R$	+	+	+	-
	$R \subseteq E$	-	-	-	+

Tabla 2. Síntesis de los resultados empíricos sobre distintas clases de eventualidad

Los resultados empíricos sintetizados en la tabla 2 nos muestran claramente que los estados causativos siguen el patrón de estados-D. Mientras que, por una parte, se distinguen de los eventos dinámicos por el rechazo categórico de *lentamente* (en la variante estativa), se distinguen de los estados puros (SL e IL) en cuatro contextos: la aceptación de la forma progresiva<sup>139</sup>, el rechazo de lecturas modales epistémicas, la lectura inclusiva de los adverbios de referencia temporal y, finalmente, la lectura también inclusiva del futuro simple en su empleo no epistémico. En la sección siguiente discutiremos con mayor detalle la estructura que lexicalizan los verbos de la clase de *bloquear*. En particular, volveremos sobre la discusión del significado causativo en

<sup>139</sup> Recuérdese que, como hemos argumentado en el capítulo 3, los estados puros admiten la forma progresiva bajo coerción estructural (v.g. inserción de la variable <e> y con ella, de duración intrínseca, mediante el añadido de SProc). Así, los estados de nivel 1 conservan una lectura “estativa” (*Está faltando comida en ese país*), puesto que la inserción de SProc imita, en este caso, la estructura de un estado-D (*El sol está brillando*); en cambio, los estados de nivel 2 adoptan una lectura dinámica, puesto que la inserción de SProc coincide con una estructura de ‘iniciación de evento’ (*Juan está conociendo a su hermano*).

predicados estativos, profundizando en los argumentos que validan la inserción, en estos casos, de un SProceso, entendido como el núcleo que inserta una variable eventiva con duración inherente. Luego, presentaremos las estructuras correspondientes a cada una de las variantes analizadas, para terminar con una representación de los rasgos que la entrada léxica de un verbo como *bloquear* debe contener para dar cuenta de la flexibilidad y de las restricciones que exhibe.

#### 4.1.5. La configuración sintáctica de la causatividad estativa

En este apartado indagaremos de forma algo más detallada cómo podemos representar la alternancia descrita en los subapartados anteriores en una configuración sintáctica. Asimismo, buscamos que esta representación sea coherente con lo que hemos afirmado en el capítulo anterior sobre los niveles que definen la estatividad ‘pura’ en español.

En el capítulo 2 de esta tesis (§2.7) hemos desarrollado una propuesta de representación sintáctica para los valores aspectuales que hemos estudiado. Dicha propuesta descansa sobre una reformulación de la teoría de Ramchand (2008). En particular, hemos rescatado de dicho modelo la descomposición del significado verbal en tres niveles de representación sintáctica, que en la teoría original corresponden a SInicio, SProceso y SResultado. Sin embargo, el valor semántico que cada nivel estructural codifica, así como las propiedades gramaticales a ellos asociadas, se han redefinido para formular un sistema más flexible. Tal como está formulado en Ramchand (2008), este modelo de descomposición verbal es todavía muy rígido en cuanto a las distinciones aspectuales que en él se pueden formular. Así, la presencia o ausencia de SProc marca el carácter dinámico o no dinámico del predicado, respectivamente. Si queremos representar un predicado estativo, debemos acudir a alguna de las proyecciones que enmarcan SProc: SInic o SRes. Estas proyecciones pueden dar cuenta de los estados puros, pero nos encontramos con ciertos problemas cuando intentamos representar estados que ofrecen un carácter intermedio entre la dinamicidad y la estatividad puras (como es el caso, de acuerdo con las pruebas gramaticales empleadas, de *bloquear*).

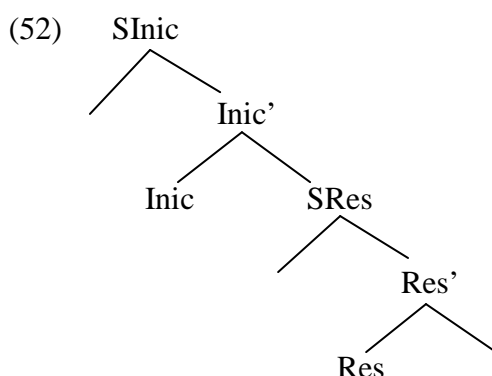
Volvamos sobre las posibilidades que el modelo nos brinda para representar la causatividad estativa. En principio, el modelo de Ramchand (2008) puede ser alterado de dos formas para dar cabida a una relación de causación en la que las subeventualidades son temporalmente coextensas:

- i. Podemos unir directamente SInic y SRes, omitiendo SProc. Dicha configuración ofrece la ventaja de mantener la implicación dada por la regla de composición eventiva (un subevento conduce a otro, cf. Hale y Keyser 1993), al tiempo que nos aseguraría el carácter no eventivo del predicado (por ausencia de SProc). Vale decir, obtendríamos composicionalmente una causación no eventiva. Un desarrollo de esta alternativa, aplicada a los verbos psicológicos de experimentante objeto, se encuentra en Fábregas y Marín (en prensa, a), que discutiremos en §4.2.6.

- ii. Podemos “relajar” el requisito de cambio interno que introduce SProc y emplearlo, así, en los predicados de causa estativa según la disposición jerárquica tradicional. Bajo esta opción, desde luego, habría que atribuir a algún elemento adicional la dinamicidad del predicado, del cual la presencia de SProc sería un requisito necesario pero no suficiente.

Las opciones de análisis (i) y (ii) sugieren que la implicación causal que media entre proyecciones eventivas no debe entenderse necesariamente como una secuencia temporal de subeventos. Ambos análisis suponen, así, que la serialización temporal de un predicado de cambio de estado es un procedimiento sintáctico-semántico independiente. De otro modo, toda relación causal daría lugar a un cambio de estado, resultado que nos impediría distinguir entre causas genuinamente dinámicas (*desnudar* ‘hacer que alguien pase a estar desnudo’) de las causas no dinámicas (*bloquear* ‘hacer que algo permanezca bloqueado’). En el primer caso tenemos una serie temporal; en el segundo, una relación de coextensión temporal.

Detengámonos en la primera opción, esto es, la de crear una configuración sintáctica uniendo directamente SInic a SRes, sin tomar como elemento intermediario SProc, según se representa en (52):



Esta estructura daría cuenta de que, en una oración como *La mesa bloquea la puerta*, existe una implicación de causalidad, pero no un cambio de estado, dado que falta SProc. Esta opción depende de forma crucial del requisito temporal de que la relación de causalidad que media entre los subeventos de un predicado no deba entenderse necesariamente en un orden de precedencia. Así, podríamos asumir que SInic conduce al estado descrito por SRes sin necesariamente precederlo. Esto es lo que requiere la condición de coextensión expresada en los subapartados anteriores: la causa debe incidir durante la extensión completa del estado. Existen, no obstante, dos argumentos para rechazar esta opción.

La primera objeción a una representación como la de (52) es de orden teórico. La diferencia que existe entre SInic y SRes no radica en nada que intrínsecamente pertenezca a una u otra proyección funcional, sino a la posición relativa que ocupan respecto de SProc. Ambas estructuras, por sí mismas, no hacen sino relacionar entidades en una predicación. Por consiguiente, permitir que la sintaxis una directamente ambas proyecciones contaría como un caso de Proyección Vacua, en la medida en que los

sistemas de interfaz no tendrían un modo claro de interpretar dos objetos contiguos exactamente iguales (cf. §4.2.6). Típicamente, el ensamble de una proyección funcional conlleva una operación semántica efectuada sobre la estructura ya formada. En el caso de (52), no hay nada que SINic aporte en virtud de sus características intrínsecas. Por lo tanto, el objeto que resultaría de aplicar SINic sobre SRes sería, puesto en estos términos, la misma proyección estativa. El único aporte a la computación de un significado adicional provendría de la implicación semántica que independientemente hemos asumido como operante sobre toda proyección subeventiva. Si este tipo de estructuras es posible en la sintaxis, necesitaríamos evidencia independiente.<sup>140</sup>

Una segunda objeción a la estructura de (52) es de carácter empírico. Si las estructuras de SINic y SRes no hacen más que relacionar elementos, el resultado que esperaríamos sería el de un estado puro similar a *costar* o *tener*. No obstante, si bien es cierto que el rechazo de la modificación adverbial celerativa (*lentamente*) apunta al carácter no eventivo de estos predicados, verbos como *bloquear* o *tapar* aceptan sin problemas la forma progresiva y, de forma crucial, rechazan las lecturas modales epistémicas orientadas al presente, como se resume en los datos de (53):

- (53) a. \*La mesa bloquea la puerta lentamente  
 b. La mesa está bloqueando la puerta.  
 c. La mesa bloqueará la puerta.

Según hemos visto en subapartados precedentes, (53a) es gramatical solo bajo la interpretación eventiva no agentiva. Esto es, el adverbio *lentamente* es aceptable si la situación denotada implica que la mesa ocupa de forma gradual el espacio que da acceso a la puerta, pero es inaceptable si queremos referirnos al estado en el que la mesa simplemente está situada en frente de la puerta. (53b) es gramatical sin mayores asunciones, lo cual nos sugiere que este predicado no es un estado puro del mismo tipo que *tener*. El ejemplo crucial es, sin embargo, (53c), en que vemos que la lectura modal epistémica orientada al presente no está disponible. Dicho comportamiento nos sugiere que la aceptabilidad de la forma progresiva no se debe a una coerción sintáctica sobre una estructura estativa más simple, sino que se deriva de la configuración léxica propia de *bloquear*, puesto que, de otro modo, la forma modal podría acceder a aquella configuración estativa no modificada. Ahora bien, si aceptamos que tanto SINic como SRes son, en el modelo de Ramchand (2008), las configuraciones que soportan estados puros, la estructura de (52) arrojaría una predicción errónea. No se ve por qué la suma

<sup>140</sup> En el capítulo 3 (§3.3.2.1) hemos empleado una variante de esta estructura para dar cuenta de la predicación secundaria que puede encontrarse en el verbo *tener* (v.g. *Juan tiene mi libro en el despacho*). Sin embargo, hemos empleado la variante de la jerarquía funcional desarrollada en 2.7, en la que SINic no equivale sintácticamente a SRes, redefinida como SRcc. De este modo, aunque la semántica de ambas proyecciones coincida, su legitimación sintáctico-categorial es distinta. Nótese que en un ejemplo como *Juan tiene su dinero en el banco* existe, con todo, un cierto valor conceptual causativo ('Juan decide que el dinero esté en el banco'). Sin embargo, tales estructuras no pueden equipararse a las de la clase de *bloquear*, puesto que los empleos "causativos" de *tener* siguen dando, a diferencia de *bloquear*, lecturas modales epistémicas: *Juan debe tener su dinero en el banco (porque se le ve muy nervioso últimamente)*.

de dos estructuras estativas puras habría de dar como resultado una configuración “menos” estativa. Dado que la conducta mixta de verbos como *bloquear* apunta, precisamente, a este carácter menos estativo, conviene renunciar a la estructura de (52).

Veamos ahora la opción esbozada en (ii). La idea principal es, aquí, que el aporte de SProc en el modelo de Ramchand (2008) cubriría, en realidad, distintos valores, de forma tal que una aproximación más fina al aspecto “dinámico” de la configuración sintáctica permitiría representar de forma más fidedigna el abanico semántico que las pruebas empíricas nos muestran. Bajo este propósito general podemos considerar distintas opciones:

- a. De forma análoga a como Harley (1995, 2009) distingue distintos valores de *v*, podemos distinguir diversas variantes de Proc, que den cuenta de diversos grados o tipos de dinamicidad. Se distinguirían al menos dos tipos: *mantenimiento* de un valor y *cambio* de estado. Al primer tipo corresponderían la configuración básica de *bloquear* y el significado adquirido por *costar* en la forma progresiva. Al segundo tipo pertenecerían predicados eventivos tradicionales que involucran cambio interno (*romper*, *desnudar*, etc.).
- b. Podemos descargar Proc de la semántica que se le atribuye en Ramchand (2008) y entenderlo como un nudo defectivo que codifica un valor, siguiendo (ii), necesario pero no suficiente para computar la semántica de un cambio de estado. En esta perspectiva, tanto *bloquear* como *desnudar* incluirían Proc en su estructura, pero solo *desnudar* (o *bloquear* en su lectura causativa eventiva) añadirían algún elemento estructural adicional.

Como se menciona en (a), la opción de otorgar variantes a Proc sería una estrategia análoga al modelo “horizontalista” de Harley (1995, 2009), Marantz (1997) o Alexiadou (2001) (cf. §2.2). La única diferencia radica en que, ahora, dicha especificación de tipos distintos de una misma posición estructural se traslada a Proc. La diferencia no es trivial, una vez que se intenta establecer un paralelo entre las proyecciones funcionales de ambos sistemas. En un principio, el cometido de introducir una proyección funcional adicional *S<sub>v</sub>* se justificaba por el ensamble del argumento externo. Como sabemos que los predicados manifiestan diversos valores respecto de la conducta de sus argumentos externos, se justifica, además, la diversificación de los valores de *v*, dependiendo de si el predicado es transitivo, inacusativo, etc. (cf. Alexiadou 2001). Sin embargo, una vez que, en el modelo de Ramchand (2008), contamos con un nivel funcional adicional (SProc), las diferencias entre valores de *v* se pueden computar como combinaciones estructurales de SProc y el análogo de *v* en este modelo, es decir, *S<sub>Inic</sub>*. Como la posición de especificador de SProc puede, en la propuesta de la autora, alojar el sujeto de un predicado eventivo no agentivo (v.g., de un verbo inacusativo), no necesitamos diversificar los valores de *S<sub>Inic</sub>* para dar cuenta del carácter no agentivo de un sujeto. La mera ausencia de *S<sub>Inic</sub>* en la configuración da cuenta del carácter no agentivo/causativo del predicado. Así, por lo que respecta a la agentividad del predicado, podemos preservar el carácter único de *v* (o su análogo, *S<sub>Inic</sub>*).

La opción representada por (a), es decir, la de postular la existencia de tipos distintos de Proc, podría resolver el problema de representar la causación estativa. Bastaría con introducir un tipo de Proc que no comportara ‘cambio interno’, sino solo la noción de ‘permanencia’, ‘mantenimiento’, etc.; es decir, que, frente a la idea de provocar que una entidad adquiriera una propiedad, indique solamente que una entidad mantiene una relación con una propiedad. La opción (b), si bien evita multiplicar los valores de un mismo nivel funcional, requeriría la inclusión de un nivel estructural adicional que decida cuándo, efectivamente, tiene el predicado un valor de cambio de estado (ya que el hipotético Proc defectivo no podría, en sí mismo, hacerlo). En términos de economía computacional, ambas opciones parecen equivalentes, puesto que el sistema se complejiza bien en sentido horizontal (vairantes distintas de Proc), bien en sentido vertical (un Proc defectivo más ausencia o presencia de un nivel funcional que codifique el cambio de estado). No obstante, nos parece que la opción (b) podría permitir una explicitación mayor de cómo los factores que codifican el cambio de estado se reflejan en la sintaxis. Si atribuimos demasiada semántica a un mismo nivel funcional, debemos atribuir una complejidad mayor a la interfaz semántica-sintaxis, lo cual, desde un punto de vista unificador de ambos componentes, resulta menos ventajoso. Intentaremos, por lo tanto, desarrollar el segundo tipo de análisis (b), es decir, simplificaremos la semántica de Proc y compondremos los distintos tipos de dinamismo observados a partir de la concurrencia de otros elementos configuracionales.

La solución a la que hemos llegado en §2.7 consiste en atribuir a Proc la inserción de una variable eventiva, junto a la asunción de que los eventos son siempre válidos en intervalos. De este modo, el concepto de evento que manejamos es, en lo fundamental, el de un “trozo de tiempo” en el que se relacionan entidades con propiedades o con otras entidades. De modo crucial, el segmento de tiempo cubierto por un evento es indiferente a la presencia o ausencia de cambio interno. El evento, así, puede consistir en la simple permanencia de un estado en el tiempo, o bien en algún tipo de cambio sufrido por una entidad. Tal como señala Dowty (1979), la validez de un predicado en intervalos es una consecuencia necesaria del cambio interno: la adquisición de una propiedad demanda, como mínimo, dos momentos de tiempo, uno en el que se tiene y uno en el que no se tiene determinada propiedad. Sin embargo, la relación inversa no es lógicamente necesaria. Vale decir, la presencia de extensión temporal no obliga a la presencia de cambio interno. Este resultado se ve motivado empíricamente. Un verbo como *bloquear* admite la forma progresiva y rechaza lecturas modales epistémicas, indicios claros de que exige validez en intervalos, a pesar de que no denote cambio alguno. En suma, los datos fuerzan un modelo en el que la *dinamicidad* (entendida como cambio interno) se distinga configuracionalmente de la *duración*. En términos esquemáticos, así, encontramos lo siguiente:

(54) a.	<b>Duración no dinámica</b>	<b>b. Duración dinámica</b>
	Evento: [.....]	Evento: [.....]
	P(x):    + + + + + +	P(x):    - - - + + + (téllico)
		+ - + - + - (atéllico)

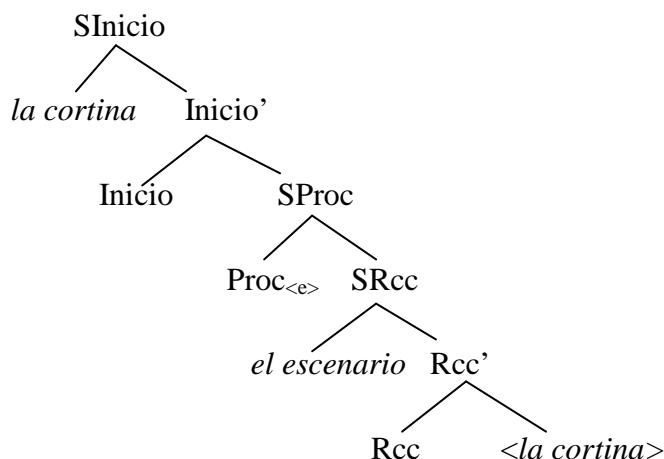


Las relaciones semánticas esquematizadas en (54) tienen, finalmente, un reflejo configuracional directo en la jerarquía funcional aquí asumida. SRcc introduce una relación predicativa básica (válida en puntos de tiempo), que, si es dominada por SProc, se transforma en un estado davidsoniano (válido en intervalos). Por otra parte, si en la posición básica encontramos un sintagma relacional de coincidencia terminal (SRct), la inserción del evento en SProc da como resultado un evento con cambio interno (télico). Por último, en ausencia de SR, SProc arroja por defecto un valor eventivo dinámico atélico (cf. Borer 2005). En el subapartado siguiente formularemos representaciones explícitas para los verbos considerados hasta aquí.

#### 4.1.5.1. Representación sintáctica de las variantes causativas estativa y dinámica

Los predicados causativos estativos se representarán como una configuración en que SProc domina a SRcc, en vez de dominar un núcleo relacional de coincidencia terminal. Esta combinación nos dará la interpretación semántica según la cual la relación estativa codificada en SRcc se mantiene durante el tiempo abarcado por el evento introducido en Proc. Posteriormente, ensamblamos SInicio, en cuyo especificador se aloja el Causante, es decir, quien da inicio u origen (en un sentido no temporalmente secuencial) al estado davidsoniano. Así, la estructura es la siguiente:

(55) La cortina bloquea el escenario (desde hace horas).

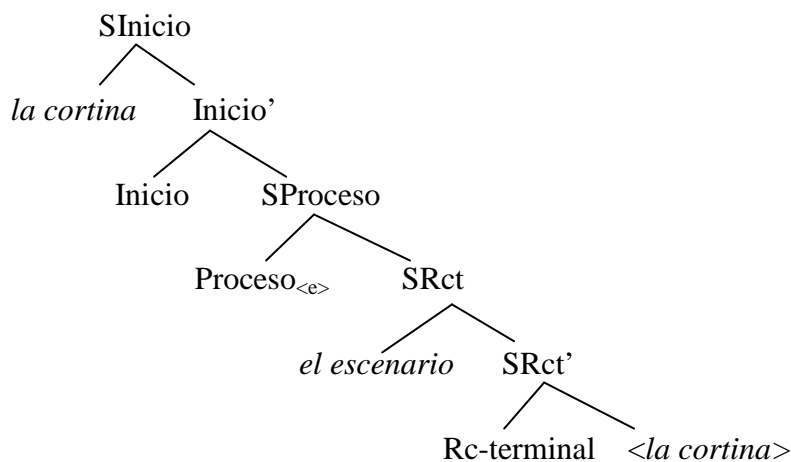


En (55), SRcc nos indica que la cortina se relaciona de forma estática con el escenario. Dicha estructura puede parafrasearse mediante una secuencia como *La cortina está en frente del escenario*. Al añadir Proc, la semántica de la configuración adquiere un valor adicional. La cortina no solo está en determinada posición respecto del escenario, sino que ‘se mantiene’ en dicha posición. Posteriormente, el complemento de SRcc se copia en el especificador de SInicio, donde se interpreta como Causante del mantenimiento temporal del estado denotado por SRcc. Como veremos más abajo, si el especificador de Inicio introduce un SD independiente, el complemento de Rcc conserva su posición baja, donde se interpreta como Medio (v.g. *Juan bloqueó el escenario con una cortina*).

Las diferencias que, en §4.1.3, hemos destacado entre medios e instrumentales encuentran, así, un correlato estructural explícito. Solo el medio entra en una relación de coincidencia central con una entidad y, consecuentemente, involucra coextensión temporal una vez que integramos duración al predicado mediante <e>. En cambio, un instrumental (v.g. *Juan bloqueó el escenario con un botón del teclado*) ocupará una posición de adjunto en la que nada exige coextensión temporal entre el instrumento y las entidades involucradas en el predicado (no es necesario que Juan mantenga el botón presionado durante el intervalo de tiempo que el escenario permanece bloqueado).

Veamos ahora la representación de un predicado de causa dinámica (no agentiva):

(56) La cortina bloquea el escenario (poco a poco).



La estructura de (56) representa un evento de causa dinámica no agentiva, el tipo de predicado que Rothmayr (2009) representaba mediante la aplicación de un operador BECOME sobre un operador CAUSE, por oposición a la variante estativa, donde el operador BECOME faltaba. En nuestra estructura, la diferencia con la estructura del predicado causativo estativo radica en la introducción de una proyección relacional de coincidencia terminal ( $R_{c-terminal}$ ). Al introducir esta proyección, explicitamos que el contenido del evento no es una situación estativa homogénea, sino que existe cambio interno. La relación de coincidencia terminal posiciona ambos elementos (la cortina y el resultado) como entidades externas una a la otra: en el eje temporal, el hecho de ser una cosa externa a la otra se interpreta como un cambio de estado. Así, la semántica que se obtiene de una estructura como la de (56) puede parafrasearse del modo siguiente: ‘la cortina causa u origina un proceso tal que pasa a estar respecto del escenario en determinada relación locativa’.

#### 4.1.5.2. Representación sintáctica de la variante eventiva agentiva

Tal como ha descrito Rothmayr (2009), estos predicados admiten igualmente una variante eventiva agentiva. En su sistema, dicha opción se representa mediante el añadido de un operador DO sobre BECOME y CAUSE. En nuestro sistema, la variante agentiva no se sigue directamente del añadido de una proyección funcional específica, toda vez que SInicio colapsa en la noción de Iniciador los papeles temáticos de Causante y Agente (cf. Ramchand 2008). De acuerdo con la descripción que realiza Rothmayr (2009), este sería un resultado indeseable, puesto que la autora establece que el valor agentivo y el valor estativo son excluyentes. No obstante, si Causantes y Agentes ocupan la misma posición estructural, y no se distinguen más que por sus diferencias conceptuales, no hay modo de representar estructuralmente dicha generalización. En otras palabras, no podemos explicitar que el Agente selecciona [SProc [SRct]] (con cambio interno), puesto que SInicio se combina de igual forma, según hemos visto en el subapartado anterior, con [SProc [SRcc]] (sin cambio interno).

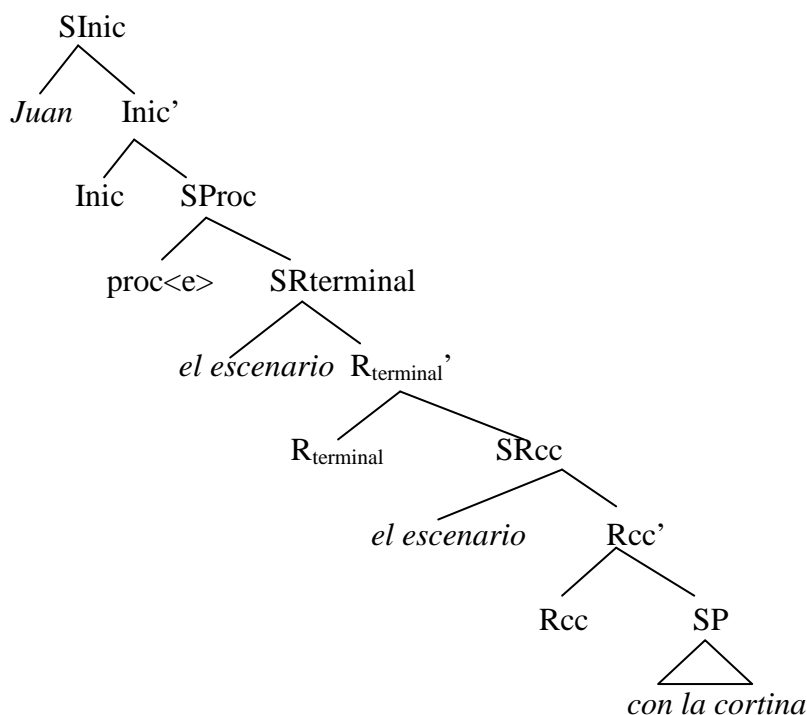
Sin embargo, es posible que, después de todo, la incompatibilidad de los agentes con los estados sí sea una cuestión conceptual y no estructural. En el apartado siguiente, dedicado a los verbos de experimentante objeto, veremos que existen diversos casos en los que la presencia de un Agente no es excluyente con el valor estativo (si bien davidsoniano) del predicado. El hecho de que la incompatibilidad de Agentes y estados no sea, por tanto, categórica es un indicio de que se trata de una restricción conceptual y no gramatical. Por lo demás, en español podemos encontrar ejemplos como los siguientes:

- (57) a. La policía bloqueó la entrada durante horas
- b. Juan tapó el agujero de la cañería durante horas.
- c. Pedro cubrió la luz durante unos minutos.

Las oraciones de (57) admiten una lectura en que la frase durativa *durante x tiempo* mide el estado resultante de un evento previo. Así, en (57a), la policía realiza una acción que tiene como resultado el bloqueo de la entrada, situación que se mantiene vigente durante horas. Bajo esta lectura, la policía no necesita haber permanecido horas en frente de la entrada: basta con que hayan dejado, por ejemplo, una valla en el lugar. Sin embargo, también es factible dar a las oraciones de (57) una lectura causativa estativa en que la policía, Juan o Pedro permanecen durante toda la vigencia del estado. En esta lectura, el mero hecho de que la policía mantenga su posición frente a la entrada es lo que impide el paso. De modo crucial, seguimos atribuyendo, en esta segunda lectura, volición y control a los sujetos de (57). Consiguientemente, podemos concluir que los agentes no son incompatibles con lecturas causativas estativas, si bien se trata de estados davidsonianos (válidos en intervalos). Así, no necesitamos justificar la inserción del agente mediante una proyección sintáctica independiente, puesto que tampoco observamos una relación de selección especial entre el papel temático de Agente y el carácter dinámico del predicado.

Pasemos ahora a revisar la estructura que corresponde a un predicado agentivo eventivo dinámico en el que el medio se expresa como SP (58), estructura que merece comentarios adicionales:

(58) Juan bloqueó el escenario (con la cortina).



Debemos hacer al menos dos observaciones sobre la estructura de (58). La primera tiene que ver con la composicionalidad semántica que se obtiene al considerar todas las proyecciones funcionales incluidas. La segunda se relaciona con el estatus del complemento de Rcc y las diferencias que posee respecto de un verdadero instrumental. Veamos ambos aspectos separadamente.

En lo que respecta a la estructura que SInic toma como complemento, asumimos que esta consta de un SProc y un SR<sub>terminal</sub>. Entendemos, en este caso, que el agente se añade a una estructura ya construida como dinámica. Si añadiéramos SInic sobre una estructura carente de SR<sub>terminal</sub>, la interpretación que se obtendría sería la de que alguien hace que una relación causal estativa se mantenga. Una estructura de ese tipo correspondería a los ejemplos de (58) que hemos comentado más arriba.

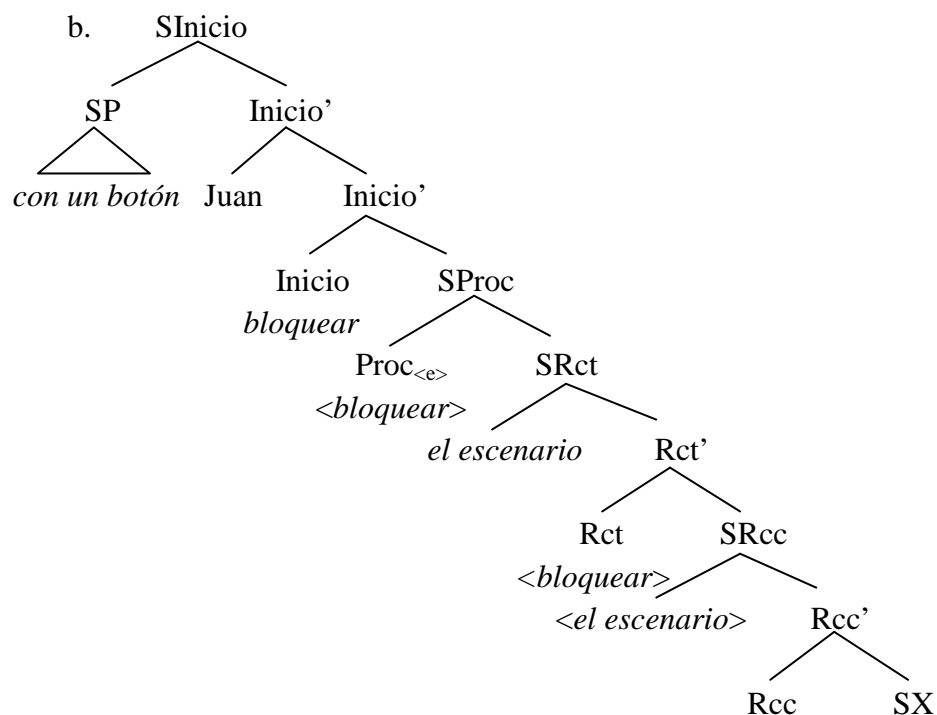
Vemos, además, que la configuración de (58) incluye un sintagma relacional de coincidencia central (SRcc) en posición de complemento del núcleo relacional de coincidencia terminal (SRct). Esta mayor complejidad estructural da cuenta de que el predicado no solo es dinámico, sino que el estado resultante al que conduce el proceso queda contenido en la estructura. Los datos que respaldan esta opción corresponden a las lecturas agentivas dinámicas de los ejemplos de (57), en que podemos insertar un modificador durativo que mide el tiempo durante el cual el estado resultante se mantiene vigente, con independencia del tiempo que el agente se ha visto involucrado en la acción previa. Los ejemplos de (59) apoyan, igualmente, esta idea:

- (59) a. Juan bloqueó el escenario durante dos horas.  
 b. Juan cubrió la cama durante unos minutos.  
 c. Juan tapó la ventana durante unos minutos.

Como hemos mencionado, en la lectura agentiva dinámica de ejemplos como los de (59), Juan puede haber tardado unos pocos segundos en bloquear el escenario, cubrir la cama o tapar la ventana, y luego desaparecer del lugar en cuestión. La frase durativa *durante x tiempo* no introduce ninguna incongruencia, por cuanto mide el estado resultante (es decir, el tiempo que, en (59a), el escenario permaneció efectivamente bloqueado).

Veamos ahora el problema de la posición de los argumentos en la estructura de (58). Hemos argumentado, en §4.1.3, que el sujeto de la variante estativa corresponde a un medio y no a un instrumental. La principal diferencia semántica entre medios e instrumentos radica en que solo los primeros imponen una condición de coextensión temporal entre las entidades involucradas. Los instrumentales, en cambio, participan solo durante el tiempo en que el agente realiza la acción conducente a un cierto cambio de estado. En términos estructurales, un medio ocupa la posición de complemento de SRcc, sea que, en la variante causativa no agentiva, se desplace luego al especificador de Inicio, sea que, en la variante agentiva, conserve su posición baja, según se observa en (58). En cambio, un instrumental puede ensamblarse como adjunto de SInicio, puesto que actúa como modificador de dicha subeventualidad:

- (60) a. Juan bloqueó el escenario con un botón del teclado.



#### 4.1.6. Rasgos de la entrada léxica

Hemos visto en los subapartados anteriores qué estructura cabe atribuir a las distintas variantes aspectuales de los verbos de la clase de *bloquear*, sobre la base de las pruebas gramaticales aplicadas. Para finalizar este apartado, plantearemos qué rasgos pueden atribuirse a la entrada léxica *bloquear*, que den cuenta de la flexibilidad, y las restricciones, seguidas por el verbo. Recuértese que estamos asumiendo, como se ha visto en §2.7, un modelo de inserción léxica en el que las piezas léxicas poseen rasgos sintácticos que determinan sus posiciones de ensamble. Las alternancias léxicas se siguen, de modo general, del principio del Superconjunto (Caha 2009, Starke 2010), es decir, de que la entrada puede dejar “sin usar” ciertos rasgos en la sintaxis; y de la coerción, es decir, del hecho de que, en determinados contextos, las piezas léxicas pueden ser “ampliadas” mediante el añadido de proyecciones funcionales no contenidas en la representación inicial de la entrada.

En principio, la distinción entre ambos fenómenos (aplicación del principio de Superconjunto y coerción) ha de decidirse en virtud de la regularidad con que una pieza léxica asume ciertos valores y de la resistencia sistemática que ofrece a adoptar otros. Así, por ejemplo, vemos que *tener* adquiere un valor incoativo (v.g. *Juan tuvo una idea*) por coerción, puesto que este valor se restringe a un número limitado de contextos gramaticales y no opera de modo general en todas las formas que el verbo puede asumir. Por otra parte, la alternancia estativo/eventiva de *bloquear* sí sería un caso regido por el Superconjunto, puesto que ambos valores pueden aparecer de modo más o menos irrestricto a través de las formas del paradigma en que *bloquear* puede entrar.

Una entrada adecuada para *bloquear* sería la siguiente:

(61) *bloquear*: < /bloke'ar/, [+Inicio, +Proceso, +Rα], BLOQUEAR >

El rasgo correspondiente al sintagma relacional (SR) queda inespecificado respecto del valor de coincidencia central o terminal. Esto da cuenta del hecho de que, si bien el verbo exige establecer una relación locativa entre dos entidades, no nos obliga a adoptar una u otra variante. El valor concreto que R asume depende de si empleamos el verbo con un valor dinámico o estativo (davidsoniano).

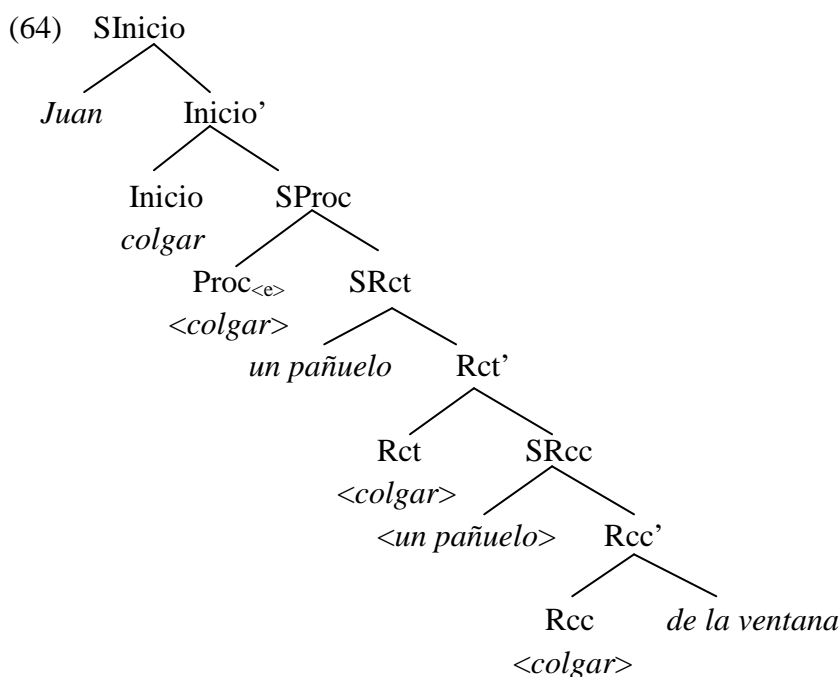
La caracterización de la entrada léxica representada en (61) podría dar cuenta, además, de otro fenómeno peculiar de esta clase. En particular, no se observa en español una realización puramente “locativa” de *bloquear*. De un modo u otro, siempre encontramos un valor causativo, ya sea de conducción hacia un estado, ya sea de mantenimiento de él. Esta observación se aclara al comparar la clase de *bloquear* con otros verbos que manifiestan alternancias similares, como es el caso de *colgar*, *bordear* o *rodear* (cf. Morimoto 2012):

- (62) a. Juan colgó un pañuelo de la ventana.  
b. El pañuelo cuelga de la ventana.

Como se observa en los ejemplos de (62), *colgar* admite una variante agentiva dinámica (62a) y una estativa locativa (62b). De forma intuitiva, el estado denotado por (62b) corresponde al estado resultante del evento denotado por (62a). Este parece ser el caso también en términos estructurales, dado que la variante de agentiva de *colgar* admite modificadores adverbiales durativos:

(63) Juan colgó un pañuelo de la ventana durante dos horas

De este modo, la estructura de la variante agentiva de *colgar* incluirá, en posición de complemento de SRct, un SRcc:



Por otra parte, *colgar* no posee una variante eventiva no agentiva análoga a la que exhibe *bloquear*:

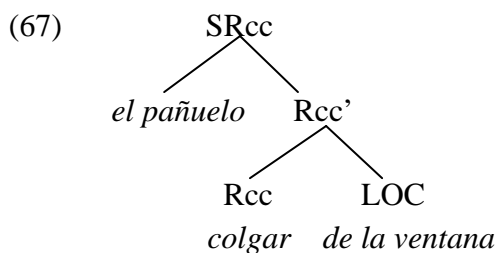
(65) El pañuelo cuelga { \*poco a poco/\*lentamente }.

No hay, por lo tanto, una variante en la que *colgar* denote un proceso carente de estado resultante y carente, por consiguiente, de SRcc. Así, en la representación de la entrada léxica no encontraremos un  $R\alpha$  cuyo valor puede alternar entre coincidencia central y terminal, sino los rasgos correspondientes a la serie [SRct [SRcc]]:

(66) *colgar*: < /kol'gar/, [+Inicio, +Proceso, +Rct, +Rcc], COLGAR >

Ahora bien, de acuerdo con la entrada de (66), una variante teóricamente posible de *colgar* es, aplicando en Principio del Superconjunto, justamente aquella en que todos los rasgos, menos Rcc, quedan inactivos en la sintaxis, lo que corresponderá a un

predicado estativo locativo similar a un verbo existencial como *faltar* (esto es, un estado de nivel 1):



La conducta de la variante locativa de *colgar* se comporta como predice la jerarquía de niveles de estatividad, es decir, admite lecturas modales epistémicas (68a) y la forma progresiva con valor de mantenimiento de propiedad (68b):

- (68) a. ?El pañuelo colgará de la ventana (porque no lo veo por ninguna parte).  
 b. El pañuelo está colgando de la ventana.

Así, la inespecificación de R en la entrada de *bloquear* fija como límite inferior de su variación aspectual el núcleo Proc. No puede tomar un valor locativo de estado de nivel 1, como hace *colgar*, porque no existe en su representación léxica un nivel autónomo marcado como Rcc. Por lo tanto, exhibirá un valor de estado davidsoniano (un evento con duración intrínseca) pero no de estado puro.

#### 4.1.7. Conclusiones del apartado

En este apartado hemos analizado el grupo de verbos de la llamada alternancia instrumental (*bloquear, tapar, cubrir, obstruir*). Hemos visto que, efectivamente, estos verbos manifiestan una alternancia sistemática entre valores eventivos dinámicos (agentivos y no agentivos) y estativos. En contraste con el análisis de Rothmayr (2009), hemos propuesto que la alternancia de valores aspectuales no se correlaciona con un cambio en la posición sintáctica del instrumento, sino de lo que Bosque (1989) denomina “medio”. La restricción que impide al primero ser sujeto de una eventualidad estativa se sigue de lo que hemos llamado *condición de coextensión*, esto es, el que la incidencia de todo participante de un predicado estativo debe cubrir la vigencia completa de dicho predicado. De otro modo, introducimos variación y rompemos la homogeneidad que el estado demanda.

El valor estativo corresponde al de una estructura causativa que, en nuestro análisis, se correlaciona con un grado menor de estatividad. Semánticamente, este tipo de estatividad se asemeja al de un estado dinámico (Bach, 1986) o davidsoniano (Maienborn, 2005). En términos configuracionales, hemos formalizado este subtipo de eventualidad como una estructura compuesta de un SProc y una proyección SRcc (= relación de coincidencia central) en posición de complemento. SRcc introduce un estado puro que adquiere vigencia en un intervalo mediante la inserción de SProc, que introduce una variable eventiva con duración intrínseca. Esto explica las principales



propiedades empíricas en que nos hemos detenido; esto es: rechazo del adverbio *lentamente* (ausencia de cambio interno), admisión de la forma progresiva (validez en intervalos) y rechazo sistemático de lecturas epistémicas (la validez en intervalos es intrínseca y no adquirida sintácticamente). Por otra parte, si el núcleo relacional R adquiere un valor de coincidencia terminal, el predicado pasa a ser dinámico (con cambio interno), lo que determina la aceptación del adverbio *lentamente* en conjunto con la conservación del resto de las propiedades mencionadas.

Los valores que presentan los verbos del grupo de *bloquear* se pueden sintetizar en la siguiente tabla:

valor aspectual	Estructura	ejemplo
estado causativo	[SInic [SProc [SRcc]]]	<i>La mesa bloquea la entrada</i>
evento dinámico no agentivo	[SInic [SProc [SR <sub>cterm</sub> ]]]	<i>La mesa bloqueó lentamente la entrada</i>
evento dinámico agentivo	[SInic [SProc [SR <sub>cterm</sub> [SRcc]]]]	<i>Juan bloqueó lentamente la entrada</i>

Tabla 3. Valores aspectuales y estructuras de los verbos de alternancia instrumental

## 4.2. Verbos psicológicos de experimentante objeto

El presente apartado tiene por objetivo analizar los predicados psicológicos de experimentante objeto (VPEO), ya sea que este se codifique como dativo (*le gusta*), ya sea con alternancia entre dativo y acusativo (*le/la entretiene*). Nos centraremos en las estructuras sintácticas que pueden atribuirse a las variantes aspectuales de estos predicados. En particular, en este apartado propondremos que los VPEO presentan tres variantes: estructuras causativas dinámicas (VPEO de acusativo como *humillar*), estructuras causativas estativas (VPEO de acusativo como *preocupar*) y estructuras estativas no causativas (VPEO de dativo como *gustar*) (cf. Pesetsky 1995, Pylkkänen 2000; Marín 2011, 2013). Las piezas léxicas concretas pueden alternar entre estas configuraciones, aunque la alternancia más común se da entre la variante causativa estativa y la estativa simple, como en el caso de *preocupar*, *molestar* o *agobiar*. Esta alternancia tiene un reflejo morfológico en el caso que adopta el experimentante. Así, cuando este se codifica en acusativo, obtenemos una estructura causativa (*Juan lo preocupa*), mientras que la codificación en dativo se correlaciona con una estructura estativa simple (*A Pedro le preocupa Juan*). Veremos, consiguientemente, que la variante causativa es estructuralmente análoga al empleo causativo estativo de *bloquear*, *tapar* o *cubrir*. De este modo, *preocupar*, cuando selecciona acusativo, rechazará lecturas modales epistémicas y admitirá la forma progresiva; mientras que, cuando selecciona dativo, aceptará lecturas modales epistémicas y puede admitir, en ciertas condiciones, la forma progresiva. Así, la variante en dativo se comportará como un estado de nivel 1 (*costar*, *pesar*, *faltar*, etc.), lo que, en términos configuracionales, significará que la variante causativa incluye en el nivel sintáctico básico un estado puro de este tipo (SRcc). Por último, los verbos que seleccionan dativo de modo excluyente,

como *gustar*, *doler* o *importar*, no alternan, consecuentemente, entre valores causativos y de estado puro, sino que pueden equipararse directamente con la clase de los estados de nivel 1.

Antes de comenzar este apartado, resulta conveniente sintetizar los principales conceptos que hemos manejado a lo largo de esta tesis. La caracterización aspectual de los VPEO es, en la actualidad, motivo de diversos debates, por lo que es importante aclarar el uso que nosotros damos a ciertos términos, por oposición al que podemos encontrar de ellos en otras propuestas. A continuación pues, presentamos una síntesis de tales conceptos y su interrelación:

- Un *estado puro* corresponde a cualquier predicado o forma gramatical que admita una evaluación en puntos de tiempo. Así, bajo este concepto, son igualmente puros *costar*, *conocer*, la forma progresiva o el aspecto habitual, puesto que todos admiten lecturas modales epistémicas, contextos que, como hemos argumentado en §3.2.3.5, son sensibles a la validez en puntos de tiempo.
- La noción de estado puro es independiente, así, del *nivel de representación sintáctica* en que dicha estatividad se obtiene. Lo importante, en cualquier caso, es el objeto semántico que sirve de aducto para la computación subsiguiente. De este modo, si bien un predicado bajo el Aspecto Habitual es estructuralmente más complejo que un estado de nivel 1 (*costar*, *pesar*, *faltar*), en ambos casos obtenemos un predicado estrictamente homogéneo válido en puntos de tiempo.
- Si por alguna razón la validez en puntos de tiempo se pierde, nos alejamos de la idea de estatividad pura. En el nivel de la primera fase, la manera de dotar a un predicado de validez en intervalos consiste en insertar una *variable eventiva*, en SProceso, cuya huella temporal es siempre extensa. Al insertar SProceso sobre SRcc, obtenemos un estado con duración intrínseca. Dado que esta duración depende de la variable eventiva, podemos denominar a estos predicados *estados davidsonianos*, siguiendo la terminología de Maienborn (2005), o *estados de intervalo*, siguiendo la de Dowty (1979). Dado que los efectos gramaticales que se relacionan con su estructura temporal son los mismos (aceptación de la forma progresiva, rechazo de lecturas epistémicas), ambos términos son, en el contexto de nuestro estudio, intercambiables.
- Podemos considerar, así, un *evento* como un “trozo de tiempo”. Esta caracterización no pretende ser suficiente, pero estimamos que impone una condición necesaria. Lo que sucede al interior de ese segmento de tiempo es indiferente al evento mismo. Así, un *evento dinámico* es aquel en que acontece algún cambio interno al intervalo (ya sea una serie de ellos, como en una actividad; ya sea un único cambio, como en un evento télico). Un *evento no dinámico*, pues, es equivalente a un estado davidsoniano o de intervalo, en la medida en que denota solo el mantenimiento de una propiedad en una entidad a través del tiempo.

El apartado se estructura del modo siguiente. Luego de introducir en sus rasgos generales los predicados de los que nos ocuparemos, los subapartados §4.2.1, §4.2.2 y

§4.2.3 están dedicados a discutir los valores aspectuales presentados por los VPEO. Allí, comentaremos algunas propuestas previas, como la de Arad (1998), Marín y McNally (2011) y Marín (2011). Veremos, igualmente, qué correlaciones pueden establecerse entre el valor aspectual del predicado y la distribución de su estructura argumental. En §4.2.4 expondremos la caracterización descriptiva que nos servirá para el análisis. Posteriormente, los apartados §4.2.5 a §4.2.7 están dedicados a discutir las posibilidades de análisis sintáctico que pueden recibir los VPEO. Allí, tomaremos en cuenta, principalmente, la propuesta de Landau (2009) y de Fábregas y Marín (en prensa, a). Finalmente, sobre la base de esta discusión, propondremos, en §4.2.8, la representación sintáctica que ofrecemos para las distintas variantes aspectuales de los VPEO, así como, en §4.2.9, de las entradas léxicas que permiten a los verbos concretos alternar entre varios de estos valores o bien restringirse a algunos de ellos

### *Introducción*

La discusión sobre las propiedades aspectuales que pueden atribuirse a las distintas manifestaciones del experimentante es muy vasta (Belletti & Rizzi 1988, Pesetsky 1995, Arad 1998, Pylkkänen 2002, Moreno Cabrera 2003, Rothmayr 2009, Landau 2009, entre otros). No obstante, existe cierto consenso en atribuir un carácter estativo a los predicados cuyo experimentante se codifica necesariamente en dativo, mientras que aquellos que codifican el experimentante en acusativo ofrecerían una lectura agentiva-eventiva. Algunos verbos de esta clase son:

- a) **Verbos de experimentante dativo:** *gustar, agradar, doler, irritar, disgustar, importar.*
- b) **Verbos de experimentante dativo/acusativo:** *molestar, preocupar, impresionar, deprimir, asustar, entretener, fastidiar, amedrentar, sorprender.*

En español, los verbos que codifican el experimentante solo en dativo (a) no ofrecen lecturas agentivas o causativas, es decir, donde el argumento en posición de sujeto haya de entenderse como una entidad que produce cierta afección en un individuo. Así, en un verbo como *gustar*, aun cuando modifiquemos los rasgos semánticos del argumento sujeto, la lectura no agentiva se mantiene intacta:

- (69) a. A Juan le gustan las alcachofas.
- b. A Juan le gusta Sofía.

Tanto en el ejemplo (69a) como en el (69b) entendemos que la sensación producida en Juan se debe a la mera posesión de unas cualidades en las alcachofas o en Sofía. Por lo tanto, ni Sofía ni, desde luego, las alcachofas hacen algo deliberadamente, hasta donde se sigue de lo significado por las oraciones de (69), para que Juan se vea atraído.

Por otra parte, un amplio conjunto de verbos del español pueden codificar el experimentante en dativo o acusativo, alternancia que, a primera vista, se corresponde con una lectura estativa o agentiva-eventiva, respectivamente. Veamos los siguientes ejemplos (cf. Jaeggli 1986, Franco 1991):

- (70) a. {Los niños / los ruidos} **le** molestan.  
b. {Los niños / los ruidos} **lo** molestan (deliberadamente).

En (70a), el argumento en posición de sujeto, sea animado o inanimado, es el estímulo al que se asocia la molestia del experimentante, pero no obra deliberadamente para que ello suceda. Por su parte, en (70b), el argumento sujeto puede interpretarse como agente –si es animado– o causa –si es inanimado– de un evento que tiene como consecuencia la molestia de un experimentante que, en este caso, se codifica en acusativo. Así, en ambos casos podemos insertar sujetos animados o inanimados, pero la asignación del papel temático de agente dependerá de que el experimentante sea codificado en acusativo (cf. Marín y McNally 2011, Marín 2011, Fábregas, Marín y McNally 2012).

En este apartado aplicaremos, como ya hemos hecho en el apartado anterior, la noción de estado davidsoniano (como estado de intervalo) para dar cuenta de la estructura aspectual de los VPEO causativos y agentivos. Esta estructura encontrará manifestación morfosintáctica en el caso acusativo, que codifica el experimentante. Así, veremos que el acusativo aparece en estructuras eventivas, pero no necesariamente dinámicas. Por otra parte, la correlación que se establece entre falta de agentividad y estatividad rige para los estados puros, que encuentran una manifestación morfosintáctica en el caso dativo.

Cabe mencionar que la identificación de los verbos psicológicos como una clase *gramatical* relevante no es lo absoluto un asunto zanjado. Las posiciones varían, a este respecto, desde aquellos que postulan que existen criterios suficientes para asignar una representación sintáctica particular al Experimentante a aquellos que intentan asimilar la estructura de los predicados psicológicos a otras estructuras regulares de la lengua. Podemos distinguir, así, tres posiciones al respecto:

- Los predicados psicológicos constituyen una clase semántica y configuracional especial. Esta es la posición que encontramos, por ejemplo, en Belletti y Rizzi (1988), para quienes la estructura de un predicado psicológico con experimentante interno al SV comporta ciertas operaciones sintácticas especiales (análogas a las de un verbo inacusativo). Asimismo, Grimshaw (1990) también incorpora la noción de experimentante entre los primitivos de su teoría de los papeles temáticos. Para esta autora, el Experimentante es más externo que el Tema pero más interno que el Agente, jerarquía que permitiría explicar su realización sintáctica (como sujeto u objeto).
- La gramática no es sensible a la clase de los predicados psicológicos. Si bien nocionalmente se distinguen por la inclusión de un “experimentante”, la gramática ofrece esquemas configuracionales y semánticos más generales en los que codificar este tipo de participante, el cual, por consiguiente, no constituiría un elemento independiente de la teoría. No habría, así, un papel temático de experimentante en la semántica de las lenguas naturales. Esta es la posición que defiende, por ejemplo, Moreno Cabrera (2003: 309), quien, siguiendo a

Bouchard (1995), sostiene la idea de que, en términos sintácticos, no hay nada especial en la configuración de un predicado psicológico. Así, en una secuencia como *tengo frío*, la sensación experimentada se asimila a la idea de objeto poseído y la de experimentante, a la de poseedor, relación para la cual se emplea un verbo transitivo común. La codificación de las sensaciones implicaría un mecanismo cognitivo de metaforización.

- Otros autores, como Arad (1998), postulan que los predicados psicológicos causativos serían perfectamente asimilables (contra Belletti y Rizzi 1988) a estructuras causativas normales, aunque existirían ciertas peculiaridades en la lectura estativa que normalmente exhiben. Esta tercera opción es, así, una postura intermedia entre las dos anteriores. La postura más reciente en esta línea es la desarrollada por Landau (2009), a cuyos planteamientos regresaremos con más detalle más adelante.

En lo sucesivo, adoptaremos la asunción de que, al menos en un nivel descriptivo, puede identificarse una clase de predicados psicológicos. Un examen más detallado revelará si la estructura de estos predicados puede, en última instancia, reducirse a la de otras configuraciones o bien si conviene preservar cierta autonomía en su caracterización.

Pasaremos ahora a revisar algunas propuestas recientes sobre el aspecto de los verbos psicológicos. Veremos que existe una tendencia a destacar las variantes estativas de esta clase de predicados, que en ciertas propuestas agotan el grupo de los VPEO (cf. Marín 2011). Luego, discutiremos las conclusiones de estos estudios a la luz de las pruebas basadas gramaticales ya introducidas en apartados anteriores (modalidad epistémica y relaciones de inclusión entre el tiempo de referencia y el tiempo de la eventualidad), lo que nos permitirá refinar la caracterización aspectual de estos predicados y, eventualmente, resolver cómo se correlacionan sus distintas propiedades. Aun cuando gran parte de los VPEO son estativos, debemos realizar distinciones internas en esta categoría, puesto que algunos de ellos corresponden a estados davidsonianos (de intervalo) y otros a estados puros.

#### 4.2.1. *Lecturas agentivas, eventivas y estativas: Arad (1998)*

Los papeles temáticos que el sujeto de un verbo psicológico puede adoptar se correlacionan en buena medida con el aspecto del predicado. Arad (1998) señala que las lecturas que pueden asumir los verbos psicológicos de experimentante objeto son tres: *agentiva*, *eventiva* y *estativa*. La lectura agentiva es la que corresponde al ejemplo (71b) (*los niños lo molestan*), aquella donde un agente produce deliberadamente una emoción. La lectura estativa, en cambio, es la que corresponde a nuestro ejemplo (71a) (*los ruidos le molestan*); volveremos sobre ella en un momento. Por su parte, la lectura eventiva sería aquella donde acontece un cambio de estado emocional, pero no existe una intervención deliberada; no hay, por lo tanto, agente, solo causa. Un ejemplo de este caso (Arad 1998: (2)) es el siguiente:



estímulo y estado mental participan de la misma eventualidad. Por lo tanto, dicha caracterización daría cuenta de ejemplos como (73a), pero no (73b):

- (73) a. La película aburre a Juan.
- b. Las películas de acción aburren a Juan.

En (73a), siguiendo la lectura menos marcada, el estado de aburrimiento de Juan coincide con la percepción de la película, de modo que, si se detiene la exhibición de la cinta, eventualmente se detendrá también el aburrimiento de Juan. Por otra parte, en (73b), la interpretación más natural<sup>142</sup> es la de que es característico de Juan sentirse aburrido cuando ve una película de acción. No es necesario que esté viendo una de ellas en ese momento y, por lo tanto, no se da una coextensión del estímulo y el estado mental. En este sentido, el uso ejemplificado en (73b) sería el que admiten prácticamente todos los predicados, que pueden reinterpretarse como propiedades bajo una lectura de habitualidad o capacidad (*Juan fuma*, *Juan escribe novelas*, *Juan conduce*, etc.).<sup>143</sup>

En síntesis, para Arad los VPEO pueden ser, en términos aspectuales, estativos o eventivos (dinámicos). La distribución de los papeles temáticos se correlaciona con esta distinción, de suerte que solo los VPEO eventivos pueden ser causativos (*El rayo asustó a María*) o agentivos (*Juan asustó a María*). En el caso de la variante estativa, encontramos una relación temporalmente coextensa entre un experimentante y un estímulo.

#### 4.2.2. Generalización del aspecto estativo: Marín y McNally (2011), Marín (2011)

En el trabajo de Marín (2011), basado en propuestas desarrolladas en Marín y McNally (2011) y, de modo más directo, en las de Fábregas, Marín y McNally (2012), se pone en cuestión la correlación aspectual que hemos mencionado entre, por un lado, experimentante en dativo y estatividad, y, por otro, experimentante en acusativo y eventividad (dinámica). Para Marín (2011), “casi” todos los predicados psicológicos son estativos o, al menos, no puede demostrarse que indiquen cambios de estado. Comentaremos, primero, el trabajo de Marín y McNally (2011), que establece un antecedente en la caracterización aspectual de los verbos psicológicos como predicados no dinámicos. Aunque este trabajo se centra en los verbos psicológicos reflexivos, las distinciones allí realizadas se presuponen en buena medida en el resto de los trabajos comentados.

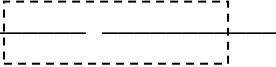
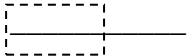
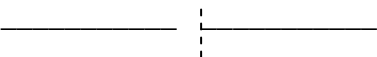
---

<sup>142</sup> Descartamos la interpretación, análoga a (73a), pero pragmáticamente enrevesada, de que Juan esté mirando varias películas de acción simultáneamente y que dicha percepción le resulte aburrida.

<sup>143</sup> Para una discusión más detallada sobre el aspecto habitual y su carácter estativo, véase §3.3.6.

#### 4.2.2.1. El aspecto de los verbos psicológicos reflexivos

La caracterización aspectual no dinámica se aplica, en primer lugar, a los verbos psicológicos reflexivos, como *aburrirse* o *enfadarse*. Según Marín y McNally (2011), esta clase de verbos expresan, bien el segmento inicial de un estado (como en el caso de *aburrirse*) bien el límite inicial mismo de ese estado, caso en el que el predicado es puntual (como sucede con *enfadarse*). Aun cuando estos predicados incluyan el límite inicial del estado, se distinguen de los predicados de cambio de estado en que solo estos últimos integran, además, el límite final del estado anterior y son, por lo tanto, télicos. Así, un predicado como *ocultarse* señala el paso de no estar oculto a estarlo. Si esquematizamos estas relaciones, donde las líneas horizontales representan estados y las líneas discontinuas representan el significado del predicado, obtenemos las siguientes posibilidades:

- (74) a. cambio de estado (*ocultarse*): 
- b. segmento inicial (*aburrirse*): 
- c. límite inicial (*enfadarse*): 

Esta diferencia semántica recibiría respaldo desde diversos diagnósticos gramaticales (Marín y McNally 2011; Marín 2011). Así, puede probarse que ninguno de estos predicados psicológicos es ni télico (75) ni dinámico (76):

- (75) a. El Sol se ocultó en cinco minutos.  
b. \*Juan se aburrió en cinco minutos.  
c. \*Juan se enfadó en cinco minutos.
- (76) a. El Sol se ocultó lentamente  
b. \*Juan se aburrió lentamente.  
c. \*Juan se enfadó lentamente.

Como se observa en (75), solo *ocultarse* puede ser modificado por una frase del tipo *en x tiempo*, puesto que incluye en su estructura semántica un límite final. Por otra parte, sabemos que un adverbio como *lentamente* es sensible al carácter dinámico del predicado (de Miguel 1999, véase *supra* §3.2.2.1) y, como se aprecia en (76), nuevamente es solo *ocultarse* el verbo que admite esta modificación. Por lo tanto, si los verbos psicológicos reflexivos no son ni télicos ni dinámicos, bajo las asunciones tradicionales, no pueden ser eventivos.

Por otra parte, la distinción que veíamos entre ambas clases de verbos psicológicos se comprueba al observar su conducta en otros contextos gramaticales, como el presente (77) y la forma progresiva (78):

- (77) a. Juan se aburre con esta película.  
d. Juan se enfada con esta película.



- (78) a. Juan se está aburriendo con esta película
- b. Juan se está enfadando con esta película.

Dado que los predicados del tipo *aburrirse* denotan estados, pueden tener una lectura de actualidad en el presente de indicativo. Es decir, (77a) indica que Juan se aburre en el momento actual, mientras se desarrolla la película. Por otra parte, los verbos del tipo *enfadarse*, que se comportan como logros, solo pueden dar lugar a una lectura habitual en el presente de indicativo. (77b) significa, de este modo, que Juan con frecuencia se enfada al mirar esa película, pero no que está enfadado necesariamente en la actualidad producto de la exhibición en curso de la película. Otro tanto cabe decir de (78). Aquí, la forma progresiva recibe una lectura de presente solo en el caso de *aburrirse* (78a), pero no en el de *enfadarse* (78b), donde tenemos una interpretación de fase preparatoria (Kearns 2003). Así, (78a) significa que Juan está, de hecho, aburrido, mientras que (78b) significa que Juan probablemente pasará a estar enfadado<sup>144</sup>.

Estos diagnósticos, entre otros, llevan a Marín y McNally (2011) a concluir que los verbos psicológicos reflexivos nunca son eventivos, y que pueden designar el segmento inicial de un estado (como en la clase de *aburrirse*) o su límite inicial (como en la clase de *enfadarse*). Esto últimos, pues, serían predicados puntuales o logros no eventivos.

#### 4.2.2.2. *El aspecto de los verbos de experimentante objeto*

Ahora bien, ¿qué sucede con los verbos psicológicos de experimentante objeto? Para Marín (2011), prácticamente todas las opciones que esta configuración permite dan lugar a un predicado estativo, lo cual va en contra de la interpretación de Arad (1998), que hemos revisado en subapartados anteriores. De acuerdo con Marín (2011), prácticamente todos los verbos psicológicos pueden probar su carácter estativo.

<sup>144</sup> Los autores suscriben, como se advertirá, la idea de que la forma progresiva no está reñida necesariamente con la estatividad, según ya se ha confirmado en diversas secciones de este estudio. Marín (2011: 29) señala, siguiendo a Levin y Rappaport (1995), que la forma progresiva distingue en verdad entre predicados de nivel individual (IL) y de nivel de estadio (SL). Solo los últimos podrían entrar en la forma progresiva, por lo que asumen, a su vez, que los verbos psicológicos reflexivos designan estados SL (Marín y McNally 2005, 2011). Nosotros hemos asumido una interpretación algo distinta. Si bien puede concederse que el aspecto de un predicado *en* la forma progresiva es el de un estado SL (véase §3.3.5), no es este el requisito que la forma exige al predicado sobre el que se aplica. De una parte, las cópulas con *estar* rechazan siempre la forma progresiva, aunque denotan estados SL (\**Juan está estando triste*). Si la forma progresiva *transforma* un predicado en SL, esta agramaticalidad es esperable, toda vez que la predicación con *estar* es ya un estado SL. Si bien esta incompatibilidad entre *estar* y la forma progresiva puede deberse a factores sintácticos independientes, otros predicados SL la rechazan igualmente (v.g. \**Juan está teniendo una mancha en el pantalón*). De otra parte, aquellos adjetivos que rechazan *estar* (*el problema {es/\*está} político*), es decir, aquellos que típicamente designan predicados IL, son precisamente aquellos que aceptan la forma progresiva (*el problema está siendo político (no económico, como antes)*). Nótese que (77a) puede interpretarse como un estado actual, pero también puede leerse como un estado habitual (es decir, Juan típicamente se aburre con esa película, aunque no está necesariamente aburrido en la actualidad). De este modo, al aplicar sobre *aburrirse* la forma progresiva excluimos esta segunda lectura y garantizamos la lectura de SL. Por lo tanto, preferimos asignar el valor de SL a la forma progresiva misma, no al predicado sobre el que se aplica.

Aquellos verbos que codifican el experimentante necesariamente en dativo (*gustar, apetecer, importar*) se consideran estativos de forma no problemática. Por otra parte, aquellos verbos que pueden codificar el experimentante en acusativo presentan mayores dificultades (*preocupar, molestar, enfadar*). Lo que resulta más polémico del análisis de Marín (2011) es la idea de que incluso los verbos psicológicos con sujeto agentivo pueden integrarse, con unas pocas excepciones, a la clase de los estativos. Esta hipótesis iría en contra de la caracterización tradicional de estos predicados como eventivos dinámicos (Grimshaw 1990; Pustejovsky 1995; Tenny 1994; Pesetsky 1995; Van Valin y LaPolla 1997, Landau 2009, entre otros). Revisaremos brevemente esta propuesta, a fin de sentar una base descriptiva para nuestro propio análisis.

A la distinción entre verbos psicológicos puntuales y no puntuales, que, según hemos visto, surgía del análisis de la configuración reflexiva (Marín y McNally 2011), Marín (2011) añade una segunda clasificación, aplicable a los verbos psicológicos de experimentante objeto (en adelante, VPEO), según estos admitan o no una lectura agentiva. Algunos ejemplos de cada clase se encuentran en (79) y (80):

- (79) **verbos no agentivos:** *aburrir, apasionar, apenar, cabrear, enojar, deprimir, entusiasmar, fascinar, obsesionar, preocupar.*
- (80) **verbos agentivos:** *acosar, agobiar, aliviar, asustar, molestar, ofender, confundir, contrariar, frustrar, humillar, seducir.*

La diferencia entre la clase representada en (79) y la de (80) radica en la posibilidad de adoptar o no una lectura agentiva, no en la necesidad de recibirla. Así, incluso si el sujeto de los verbos de (79) es animado, su papel temático sigue sin ser el de agente. Por otra parte, en el caso de los verbos de (80) el carácter animado o inanimado del sujeto sí afecta su configuración temática, en la medida en que estos verbos pueden ser agentivos. Considérense, pues, los ejemplos siguientes:

- (81) a. El cielo nublado deprime a Sofía.  
b. Pedro deprime a Sofía.
- (82) a. El paisaje seduce a Van Gogh  
b. Sofía seduce a Van Gogh.

En (81), *deprimir* (tomado del grupo de (79)) establece que cierto estímulo afecta a Sofía, sea que se trate de una entidad inanimada (como el cielo), sea una entidad animada (como Pedro). En este último caso, no necesitamos asumir que Pedro haga algo para producir ese estado en Sofía. Por otra parte, el rasgo semántico del sujeto sí afecta la lectura de *seducir* en (82). Al tratarse de un VPEO agentivo, la introducción de un sujeto animado puede interpretarse como un evento de seducción que inicia un agente (82b).

El carácter no agentivo de los verbos de (79) puede mostrarse a partir, por ejemplo, de su inadmisibilidad en cláusulas pseudo-escindidas (83) o del rechazo de adverbios orientados al agente (84)<sup>145</sup>:

(83) \*Lo que ha hecho Pedro es deprimir a Sofía

(84) \*Pedro deprime a Sofía intencionadamente

Empleando pruebas similares a las que Marín y McNally (2011) aplican en el análisis de los verbos psicológicos reflexivos, el autor muestra que los VPEO no agentivos son estativos, por cuanto rechazan contextos de telicidad y de dinamicidad:

(85) a. \*El cielo nublado ha deprimido a Sofía en cinco minutos.

b. \*El cielo nublado ha terminado de deprimir a Sofía.

(86) a. \*El cielo nublado deprime a Sofía lentamente

b. El cielo nublado ha { \*parado / dejado } de deprimir a Sofía.

En (85) observamos dos contextos sensibles a la telicidad del predicado (Marín 2011: 35), las frases del tipo *en x tiempo* y el predicado *terminar*. Según se aprecia, en ambos casos un VPEO no agentivo conduce a un resultado agramatical. Por otra parte, en el caso de (86), vemos dos contextos sensibles al carácter dinámico del predicado (Marín 2011: 35, cf. de Miguel 1999), el adverbio *lentamente* y el predicado *parar*. Como podemos comprobar, tanto (86a) como (86b) son agramaticales. En (86b), el predicado *dejar* no ejerce las mismas restricciones que *parar*, y puede aplicarse sobre estados, razón por la cual, al seleccionar este verbo, (86b) pasa a ser aceptable.

El carácter aspectual de los VPEO agentivos debe analizarse siguiendo la distinción entre sujeto inanimado y animado, puesto que, según hemos mencionado, este es un factor determinante. Si comenzamos con los VPEO agentivos de sujeto no animado, observamos que los predicados de (80) se comportan como los VPEO no agentivos, puesto que se trata, esencialmente, del mismo tipo de predicado:

(87) a. \*La situación política actual ha asustado a Juan en cinco minutos.

b. \*La situación política actual ha terminado de asustar a Juan.

(88) a. \*La situación política actual asusta a Juan lentamente.

b. La situación política actual ha { \*parado / dejado } de asustar a Juan.

De este modo, siguiendo el patrón de los VPEO no agentivos, los VPEO agentivos de sujeto inanimado no son ni télicos ni dinámicos. En otras palabras, son estados.

El patrón anterior se mantendría, según Marín (2011: 38), en el caso de los VPEO agentivos de sujeto animado, con la excepción de un pequeño grupo de verbos que parecen adoptar, en este contexto, lecturas télicas y dinámicas. Se trata de *humillar* y *seducir*, entre otros. Así, a la luz de los contextos ya empleados para detectar telicidad, considérense los siguientes ejemplos:

---

<sup>145</sup> Marín (2011) juzga estos ejemplos como agramaticales, caracterización que, para nosotros, resulta un tanto categórica. Dado que exponemos su argumento, nos limitamos, no obstante, a reproducir sus juicios de gramaticalidad.

- (89) a. \*Juan ha asustado a Sofía en cinco minutos.  
 b. \*Juan ha terminado de asustar a Sofía.  
 (90) a. Juan ha seducido a Sofía en cinco minutos.  
 b. ?Juan ha terminado de seducir a Sofía.

Mientras que *asustar* se comporta como los VPEO agentivos de sujeto no animado, la situación es distinta en el caso de *seducir*, que acepta (o no es decididamente agramatical) en los contextos de telicidad. Una diferencia similar se atestigua al apreciar la conducta de estos predicados en contextos sensibles a la dinamicidad:

- (91) a. \*Juan ha asustado a Sofía lentamente.  
 b. Juan ha {\*parado/dejado} de asustar a Sofía.  
 (92) a. Juan ha seducido a Sofía lentamente  
 b. Juan ha {parado/dejado} de seducir a Sofía.

Nuevamente, *asustar* se comporta como un VPEO agentivo de sujeto no animado, mientras que *seducir* admite tanto el adverbio *lentamente* como el predicado *parar*. Así, al menos una subclase menor de los VPEO agentivos de sujeto animado reciben lecturas télicas y dinámicas, mientras que la gran mayoría de ellos se comportan de manera idéntica a los VPEO agentivos de sujeto no animado (que, a su vez, se comportan de forma idéntica a los VPEO no agentivos).

Estos resultados se sintetizan en la siguiente tabla, tomada de Marín (2011: 40)<sup>146</sup>:

	NO AGENTIVO	AGENTIVO		
		Inanimado	Animado	
			<i>Asustar</i>	<i>seducir</i>
<i>En x tiempo</i>	-	-	-	+
<i>Terminar</i>	-	-	-	+
<i>Lentamente</i>	-	-	-	+
<i>parar</i>	-	-	-	+

Tabla 3. Diagnósticos aspectuales sobre los distintos VPEO

Un punto poco claro del análisis de Marín (2011) es que, si los VPEO no agentivos poseen exactamente las mismas propiedades que los VPEO agentivos, sean de sujeto animado o no, ¿qué justifica, en principio, la distinción? En otras palabras, hemos visto que, con la excepción de *seducir* y *humillar*, todos los VPEO pueden caracterizarse como estados. Si esto es así, existe un conflicto con la noción de agente que permite la distinción entre las dos clases:

<sup>146</sup> En el texto original, se incluyen más pruebas, como las construcciones absolutas de participio (\*Una vez asustado Juan...) o las lecturas habituales de presente, frente a la lectura actual (*La película asusta a Juan* > presente actual). Hemos incluido en esta tabla solo aquellos contextos con los que hemos sintetizado la argumentación de Marín (2011). Para más detalles, véase la obra citada, Marín y McNally (2011) y Fábregas, Marín y McNally (2012).

- O bien los agentes son compatibles, contra la asunción tradicional, con los estados.
- O bien solo poseen agente aquellos VPEO agentivos de sujeto animado que pasan las pruebas de telicidad y dinamicidad (es decir, una minoría).

Si la opción correcta es la segunda, entonces la distinción entre VPEO agentivos y no agentivos se desvanece, o más bien deberíamos agrupar un extenso conjunto de predicados (incluyendo a *asustar* en la tabla 3) bajo una misma clase, excluyendo únicamente a *humillar* y *seducir*. Si, en cambio, nos inclinamos por la primera opción, necesitaríamos pruebas independientes de que predicados del tipo de *asustar*, a pesar de no ser dinámicos, pueden sin embargo tomar agentes. Como hemos visto, Marín (2011:33) aporta dichas pruebas a la hora de distinguir entre los VPEO agentivos y no agentivos, pero, en el caso de los primeros, aplica las pruebas solo a *humillar* y *seducir*, que, según concluye él mismo más adelante, no son representativos de la clase de los VPEO agentivos, justamente por no ser estativos. Veamos, pues, qué sucede al aplicar estas pruebas a aquellos verbos que Marín sí clasifica como estativos:

- (93) a. Lo que ha hecho Juan es {asustar/agobiar/confundir/entretener} a Sofía.  
 b. Juan {asustó/agobió/confundió/entretuvo} a Sofía intencionadamente.  
 c. Asústala / agóbiala / confúndela / entreténla.  
 d. Juan vio a Pedro {asustar/agobiar/confundir/entretener} a Sofía.

Como se observa, los VPEO agentivos de sujeto animado *no dinámicos* ofrecen resultados gramaticales cuando se los emplea en contextos típicamente agentivos, como las construcciones pseudo-escindidas (93a), la modificación adverbial orientada al agente (93b), el imperativo (93c) y su uso en infinitivo como complemento de un verbo de percepción (93d). A esto se añade un contexto que Marín (2011:34) sí emplea con una gama más amplia de verbos: la posibilidad de emplear la pasiva perifrástica con *ser*:

- (94) a. \*Sofía ha sido {apasionada/consternada/obsesionada/preocupada} por Juan.  
 b. Sofía ha sido {asustada/agobiada/confundida/entretenida} por Juan.

Los VPEO no agentivos (94a) ofrecen un resultado agramatical bajo este contexto, mientras que los VPEO agentivos, aun cuando, como hemos visto independientemente, no sean dinámicos, aceptan sin problemas este contexto. La conclusión a que nos llevan estos datos, pues, es que el papel temático de agente no es incompatible con predicados estativos. No está claro, con todo, que esta conclusión sea del todo compartida por el propio autor, quien al inicio del trabajo citado señala: “vamos a defender la idea de que, al menos los VPEO de sujeto no agentivo, también denotan situaciones en lo fundamental estativas” (Marín 2011: 27). De todos modos, la existencia de predicados estativos agentivos parece ser una consecuencia necesaria, si uno acepta los presupuestos de su análisis.

Para concluir esta revisión, enumeraremos los puntos más importantes que se extraen de los análisis de Arad (1998) y de Marín (2011):

	Arad (1998)	Marín (2011)
Los verbos psicológicos agentivos son eventivos (dinámicos)	Sí	No (con la excepción de <i>humillar</i> y <i>seducir</i> )
Existencia de verbos psicológicos no agentivos eventivos (dinámicos)	Sí	No
La mayoría de los verbos VPEO son estativos	Sí	Sí
Las relaciones temáticas de los VPEO satisfacen la condición de coextensión	Sí	—

Tabla 4. Resumen de los análisis de las propuestas revisadas

#### 4.2.3. Otra vez la distinción entre dativo y acusativo

Como hemos visto en los subapartados anteriores, el análisis de Marín (2011) identifica, por una lado, la clase de aquellos verbos que codifican el experimentante en dativo y que se caracterizan como estados de forma no problemática, como *gustar*, *apetecer* o *importar*, y, por otro, la de aquellos verbos que codifican el experimentante en acusativo, entre los que podemos distinguir predicados agentivos y no agentivos. Una pregunta pendiente es la de si el autor sugiere que los VPEO son predicados que codifican necesariamente el experimentante como acusativo o solo que *pueden* hacerlo. Si esto último es correcto, entonces debemos preguntarnos cuál es la diferencia asociada al cambio de dativo a acusativo. Por otra parte, si la caracterización aspectual realizada por Marín (2011) es correcta, entonces esta distinción en el caso que codifica el experimentante no puede correlacionarse automáticamente con una diferencia entre estado y evento, puesto que la gran mayoría de los VPEO son, como hemos visto, estativos.

Existen dos contextos que permiten observar el caso que recibe el experimentante en un VPEO. Uno de ellos es la pronominalización del objeto; el otro, la posición preverbal del experimentante unida a la posposición del sujeto. Ejemplificamos estos contextos a continuación, donde hemos distinguido, sobre la base de la clasificación de Marín (2011), entre VPEO no agentivos (95), agentivos no dinámicos (96) y agentivos dinámicos (97):

- (95) a. Pedro preocupa a Sofía.
- b. Pedro {la/le} preocupa.
- c. A Sofía {le/?la} preocupa Pedro.
- (96) a. Pedro asusta a Sofía
- b. Pedro {la/?le} asusta.
- c. A Sofía {?la/le} asusta Pedro.

- (97) a. Pedro seduce a Sofía  
 b. Pedro {la/?le} seduce.  
 c. A Sofía {la/?le} seduce Pedro.

Aunque existe bastante diversidad dialectal en torno a la pronominalización de complementos en español, asumiremos el sistema en el que *le* codifica dativo y *lo* acusativo<sup>147</sup>. Según vemos en estos ejemplos, hay una tendencia a preferir la forma en dativo para los VPEO no dinámicos (95-96), en especial los no agentivos (95), mientras los VPEO dinámicos (97) se inclinan por el acusativo.

Por otra parte, algunos contextos favorecen la aparición excluyente del dativo, como en aquellos casos donde el estímulo es una proposición. En estos casos, como se aprecia en los ejemplos, el experimentante se expresa preferentemente en posición preverbal:

- (98) a. A Sofía {le/\*la} preocupa que aprueben leyes neoconservadoras  
 b. A Sofía {le/\*la} asusta que su nombre aparezca en los periódicos.  
 c. A Sofía {le/\*la} seduce que le hablen al oído<sup>148</sup>.

En los casos de (98b) y (98c), al tratarse de estímulos no animados, estamos frente a versiones no agentivas de *asustar* y *seducir*, por lo que, en aquellos casos donde el dativo es obligatorio, podemos asumir que la caracterización aspectual de las tres clases distinguidas por Marín (2011) se neutraliza y, para efectos del análisis, podemos considerar lo que sucede con los VPEO no agentivos como representativo del conjunto en su totalidad. En otras palabras, aunque *seducir* es un verbo agentivo dinámico cuando el sujeto es animado (*Juan seduce a María lentamente*), en un contexto como (98c) no tenemos un agente, sino un estímulo (v.g. *que le hablen al oído*). De este modo, *seducir* deja de actuar como un verbo agentivo dinámico y se equipara al resto de los VPEO. Un reflejo gramatical de ello es que el experimentante deja de codificarse en acusativo, como en (97b), y pasa a seleccionar dativo. En términos aspectuales, la variante de dativo de *seducir* (con estímulo y no agente) rechaza el adverbio *lentamente*:

- (99) \*A Sofía le seduce lentamente que le hablen al oído

<sup>147</sup> Asumimos, pues, que se dan los siguientes patrones de gramaticalidad:

- i. Juan {le/\*la} dijo que viniese.  
 ii. Juan {lo/\*le} llamó por teléfono.

<sup>148</sup> Al consultar a hablantes nativos de Madrid sobre los juicios de gramaticalidad asociados a esta oración, existía cierta vacilación en dar por inaceptable la variante en acusativo, pero una búsqueda en Google arroja más de 900 casos con dativo. Al realizar una búsqueda con acusativo, del tipo “la sedujo que”, encontramos cerca de 500 casos. Sin embargo, un examen más detallado de estos muestra que la unidad *que* no corresponde al complementante de *seducir*, sino a otra cláusula, normalmente una relativa separada del fragmento anterior por una coma, como en el ejemplo siguiente: “Una chica que la sedujo, que le facilitó el enamorarse de ella” (google.es). De este modo, vemos que existe una clara preferencia por la variante en dativo cuando el sujeto es una cláusula subordinada, preferencia que, para nosotros, es representativa del sistema que tomamos como referencia en el análisis.

Pasaremos ahora, pues, a analizar nuevamente las distinciones aspectuales que pueden aplicarse a los VPEO, esta vez observando cómo se correlacionan las lecturas ofrecidas por los verbos con la codificación del experimentante en dativo o acusativo. Veremos, pues, que las distintas configuraciones morfosintácticas constituyen un reflejo de distintos grados de estatividad. Así, los VPEO de dativo se comportan como estados puros (sin duración intrínseca) mientras los VPEO de acusativo se comportan como estados davidsonianos, es decir, como estados de intervalo cuya duración intrínseca no implica dinamicidad (cambio interno). Concluiremos, pues, que la variante en dativo puede equipararse estructuralmente con los estados de nivel 1 (*faltar, sobrar, pesar*), mientras que la variante de acusativo puede equipararse estructuralmente con las estructuras causativas estativas de los verbos de alternancia instrumental (*bloquear, tapar, cubrir*).

#### 4.2.4. Diagnósticos adicionales en la caracterización aspectual de los VPEO

Hasta aquí, hemos visto que los verbos psicológicos de experimentante objeto pueden clasificarse según diversos parámetros que no siempre establecen las mismas fronteras descriptivas. Así, tenemos una diferencia aspectual entre VPEO dinámicos y VPEO estativos (según Marín 2011, la mayoría de ellos). Por otra parte, tenemos una distinción temática que agrupa, de una parte, aquellos verbos que pueden tener una lectura agentiva, frente a aquellos que no podrían recibirla. En el apartado anterior hemos introducido un nuevo parámetro, que distinguiría entre aquellos predicados que toman obligatoriamente el experimentante en dativo (*gustar*), frente a aquellos que pueden tomarlo en dativo o acusativo (*preocupar, asustar, seducir*). Si cruzamos este parámetro con el criterio aspectual, observamos que los VPEO que toman agente bajo una lectura dinámica rechazan el dativo, aunque la lectura agentiva no dinámica (estativa) no rechaza el acusativo. Estos criterios nos dejan en la siguiente posición descriptiva:

		<i>gustar</i>	VPEO no agentivos	VPEO agentivos no dinámicos	VPEO agentivos dinámicos
Aspecto	Estativo	+	+	+	-
	Dinámico	-	-	-	+
Papel Temático del sujeto	No agentivo	+	+	-	-
	Agentivo	-	-	+	+
Caso del experimentante	Dativo	+	+	+	-
	Acusativo	-	+	+	+

Tabla 5. Resumen descriptivo de los parámetros vistos

Aplicaremos ahora algunas pruebas ya empleadas en capítulos anteriores con el fin de establecer otras distinciones que puedan ayudar a esclarecer la situación sintetizada en la tabla 5. En ella, vemos que hay predicados que rechazan el acusativo



(*gustar*) y predicados que rechazan el dativo (los VPEO en lectura agentiva dinámica). Ahora bien, a partir de la caracterización aspectual de Marín (2011), no puede establecerse una correlación entre el caso del experimentante y el valor aspectual del predicado, puesto que tenemos dos clases, la de los VPEO no agentivos y la de los VPEO agentivos no dinámicos, que alternan entre dativo y acusativo, a pesar de que ambos se han clasificado como estativos. Veremos, no obstante, que a la luz de las pruebas basadas en la modalidad epistémica, en conjunción con otras pruebas basadas en la temporalidad, la correlación entre el caso y el aspecto es una tarea posible, aunque ello nos obligue a adoptar, como ya hemos hecho en el apartado anterior de este capítulo, subdivisiones en la categoría de estatividad. Así, la distinción entre dativo y acusativo no se correlaciona de forma clara con la distinción dinámico/estativo, pero sí con la distinción entre evento (que puede o no ser dinámico) y estado puro.

Conviene recordar que, a efectos de la caracterización aspectual ya revisada, los verbos que codifican el experimentante obligatoriamente en dativo se comportan exactamente igual que los VPEO no dinámicos (sean agentivos o no):

- (100) a. \*A Juan le gustó la película en cinco minutos.
- b. \*A Juan terminó de gustarle la película.
- (101) a. A Juan { \*paró/dejó } de gustarle la película
- b. \*A Juan le está gustando la película lentamente.

El verbo *gustar* rechaza tanto los contextos que detectan telicidad (100) como aquellos que detectan dinamicidad (101), tal como sucede con *preocupar*, *molestar*, *aliviar*, etc. Aunque el verbo *gustar* acepta la forma progresiva (v.g. *A Juan le está gustando la tortilla de patata*), lo mismo sucede con los VPEO analizados por Marín (2011, véase *supra*). De este modo, tenemos una caracterización aspectual uniforme en lo que a la distinción estatividad/dinamicidad se refiere.

#### 4.2.4.1. Pruebas basadas en la modalidad epistémica

Veamos ahora lo que sucede al aplicar las pruebas basadas en la modalidad epistémica. Comencemos por el futuro sintético, aplicado sobre los grupos considerados al seleccionar dativo:

- (102) a. A Juan le gustará la película. (Por eso se ríe tanto)
- b. A Juan le preocupará el futuro de Sofía. (Por eso la regaña tanto)
- c. A Juan le agobiará la situación del país. (Por eso asiste a tantas movilizaciones)
- d. A Juan le seducirá que le hablen al oído. (Por eso se acerca tanto a la gente)

Como puede apreciarse, tanto los verbos de experimentante en dativo obligatorio (102a) como los VPEO alternantes (102b, 102c, 102d) ofrecen una lectura modal epistémica junto a la lectura temporal de futuro, según corresponde a los predicados estativos. Así,

(102a) puede significar que a Juan le gustará la película en algún momento del futuro o que es posible atribuir a Juan dicho estado en la actualidad, aunque no con un grado completo de certeza. De forma análoga, (102d) puede significar que a Juan le resultará seductor que le hablen al oído en algún momento del futuro o que posiblemente sea ahora que tal cosa le seduce.

Un resultado similar ofrece la aplicación de la perífrasis *deber* + infinitivo, que puede tener, como sabemos, una lectura deóntica o una epistémica:

- (103) a. A Juan le debe gustar la película. (Por eso se ríe tanto)  
b. A Juan le debe preocupar el futuro de Sofía. (Por eso la regaña tanto)  
c. A Juan le debe agobiar la situación del país. (Por asiste a tantas movilizaciones)  
d. A Juan le debe seducir que le hablen al oído. (Por eso se acerca tanto a la gente)

Como se observa, todas las oraciones de (103), análogas a las de (102), pueden adoptar lecturas modales epistémicas en el contexto de esta perífrasis, lo que cual se condice con el carácter estativo analizado por Marín (2011).

Ahora bien, la situación cambia cuando intentamos obtener los mismos resultados codificando el experimentante en acusativo. Por supuesto, en este caso no podemos aplicar la prueba con verbos como *gustar* o *apetecer*, puesto que estos seleccionan obligatoriamente dativo. Veamos lo que sucede, pues, con los VPEO cuando seleccionan acusativo bajo la forma sintética del futuro:

- (104) a. Juan la preocupará.  
b. Juan la agobiará.  
c. Juan la seducirá.

Los casos de (104), a diferencia de los de (102), poseen una lectura temporal excluyente, y no ofrecen, por lo tanto, una lectura modal epistémica. Así, (104a) solo puede significar que Juan preocupará a alguien en el futuro, pero no que puede ser el caso que preocupe a alguien en el presente. Lo mismo sucede con (104b) y (104c), donde las situaciones de agobio y de seducción tendrán lugar necesariamente en el futuro.

Este cambio de lecturas es análogo al que puede observarse al emplear la perífrasis *deber* + infinitivo:

- (105) a. Juan la debe preocupar.  
b. Juan la debe agobiar.  
c. Juan la debe seducir.

Como se aprecia en los ejemplos de (105), la perífrasis ofrece únicamente un valor deóntico y no uno epistémico. Por consiguiente, no entendemos que es posible que Juan

esté preocupado, agobiado o seducido, sino que es obligatorio o altamente recomendable que lo esté. Dado que, si seguimos la clasificación de Marín (2011), *preocupar* es un VPEO no agentivo, esta lectura puede resultar pragmáticamente poco efectiva. Así, tanto (105b) como (105c) pueden recibir una lectura deóntica sin problemas, dado que son VPEOs agentivos y pueden, por lo tanto, ser susceptibles de lecturas exhortativas. No obstante, una búsqueda en Google arroja bastantes casos donde podemos apreciar una lectura deóntica de *preocupar* bajo la perífrasis *deber* + infinitivo:

- (106) a. Ya tiene usted bastantes preocupaciones en estos momentos. Lo que menos la debe preocupar ahora son los lazos de afecto [...]. (google.es)
- b. Un dato importante: lo que más la debe preocupar, además de las sustancias obviamente tóxicas, son los alimentos [...]. (google.es)

Tanto en (106a) como en (106b) tenemos ejemplos de usos deónticos de *deber* + infinitivo aplicado sobre *preocupar*. Nótese que los sujetos de ambas oraciones no son animados y, por lo tanto, no pueden ser agentivos. No obstante, entendemos que no es aconsejable que el individuo referido por *la* manifieste preocupación, en (106a), mientras que, en (106b), debería mostrar más atención a un cierto objeto (los alimentos). Los datos de (106) permiten, pues, esclarecer que no existe una correlación necesaria entre agentividad y acusativo, además de enseñar que la variante de acusativo rechaza lecturas epistémicas.

Dado que sabemos que las lecturas modales epistémicas detectan estatividad, y que, según hemos visto en (104)-(106), los VPEO que codifican el experimentante en acusativo no ofrecen estas lecturas, debemos preguntarnos si existe un cambio aspectual asociado al paso de dativo a acusativo. Esta interrogante nos abre dos posibilidades: (i) si, efectivamente, acontece un cambio aspectual de estado a evento dinámico, podemos correlacionar la alternancia de caso directamente con las diferencias aspectuales señaladas por Marín (2011), aunque tendríamos que introducir la posibilidad de que actúe un fenómeno de coerción que torne dinámicos a algunos VPEO en principio estativos; (ii) si, por el contrario, el carácter no dinámico de los VPEO se mantiene inalterado, aun cuando el experimentante se codifique el acusativo, debemos introducir una subdivisión en la categoría de estatividad a la que todos (exceptuando, nuevamente, *seducir* y *humillar*) pertenecen, siguiendo la estrategia que hemos adoptado en §4.1 al analizar los verbos de la clase de *bloquear* en su lectura no dinámica. Veamos, pues, qué sucede al emplear las pruebas ya vistas en subapartados anteriores:

- (107) a. \*La alimentación la preocupa lentamente.
- b. La alimentación la ha {dejado/\*parado} de preocupar.
- (108) a. \*Juan la agobia lentamente.
- b. Juan la ha {dejado/??parado} de agobiar.
- (109) a. Juan la seduce lentamente
- b. Juan la ha {dejado/parado} de seducir.

El único caso en el que el predicado tolera la modificación de *lentamente* y la selección de *parar* es en el de *seducir*, que, como ya hemos comprobado de forma independiente, es un predicado dinámico. En cambio, en el caso de (107) y (108), observamos que los VPEO no dinámicos siguen rechazando los contextos de dinamicidad cuando codifican el experimentante en acusativo.

Por consiguiente, la conclusión a que estos datos nos llevan es a aplicar, en la caracterización aspectual de los VPEO, una distinción de grado de estatividad al interior de la clase a la que pertenecen los VPEOs no dinámicos. Sin embargo, no nos enfrentamos aquí a una diferencia entre grupos de verbos en cuanto tales, sino a una alternancia que depende del caso en el que codificamos el experimentante. De este modo, todos los verbos que puedan modificar el caso en el que codifican su experimentante podrán pasar de uno a otro grado de estatividad. La correlación descriptiva que hemos obtenido es, así, la siguiente: las lecturas modales epistémicas están accesibles cuando el experimentante está codificado en dativo y no en acusativo. En ambos casos tenemos estados, como hemos comprobado a partir de (107) y (108), bajo el empleo de contextos sensibles a la dinamicidad.

Por último, mientras que un estímulo no animado puede aparecer en dativo y acusativo (cf. (103)-(106)), el agente requiere que el experimentante se exprese en acusativo. Esta última afirmación no se deduce de los datos anteriores, pero podemos comprobarla al observar el siguiente contraste:

- (110) a. Lo molesta Pedro.  
b. Le molesta Pedro.

El verbo *molestar*, siguiendo la clasificación de Marín (2011), es un VPEO agentivo, es decir, que puede tomar un sujeto animado con el papel temático de agente. Sin embargo, vemos que, mientras que en (110a) Pedro puede ser el agente que molesta al experimentante (codificado en acusativo), en (110b) Pedro solo puede ser un estímulo; para efectos de su función semántica, poco importa que posea rasgos animados. De este modo, la oración de (110b) puede parafrasearse por *Le molesta la presencia de Pedro*, donde resulta patente que Pedro no hace nada intencionadamente para causar molestia.

A la luz de las pruebas basadas en la modalidad, la situación descriptiva que tenemos ahora es la siguiente:

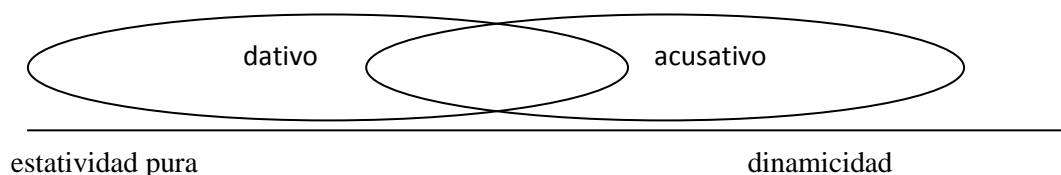
	<b>Dativo</b>	<b>acusativo</b>
Lectura modal epistémica	+	–
Sujeto agentivo	–	-/+
Predicado dinámico	–	-/+

Tabla 6. Nuevos resultados descriptivos

Los datos de la tabla 6 son los que nos servirán de base para presentar un análisis formal de los VPEO. La idea central es, aquí, similar a la que aplicamos en el apartado sobre la alternancia instrumental. Propondremos que el tipo de estatividad con que se relaciona el dativo corresponde al de los estados puros de nivel 1, es decir, aquellos que

están estructuralmente basados en un sintagma relacional de coincidencia central (SRcc). Por otra parte, el tipo de estatividad con que se relaciona el acusativo incorpora más estructura subeventiva, tal como hemos visto al analizar la causación estativa de verbos como *bloquear* o *tapar*. Esto implica la introducción de un nudo Proc, que nos permitirá dar cuenta de los hechos descritos. Así, el ensamble de Proc comporta la introducción de una variable eventiva que posee duración intrínseca (validez en intervalos), y que transforma, por lo tanto, al estado de nivel 1 que se encuentra en posición de complemento en un estado davidsoniano. Esto explica que, al no ser el estado válido en puntos de tiempo, rechace lecturas modales epistémicas, aun cuando siga siendo no dinámico (como enseña el rechazo de *lentamente*). La extensión temporal del evento indica, en este caso, que una misma propiedad se mantiene, pero no que exista cambio interno. Por otra parte, si Proc toma como complemento una relación de coincidencia terminal, podemos computar una eventualidad con cambio interno (es decir, dinámica), lo cual parece ser el caso en los VPEO agentivos dinámicos (*seducir*, *humillar*).

Por otra parte, podrá advertirse que establecemos una correlación entre, por un lado, dativo y “ser más estativo” y, por otra, entre acusativo y “ser menos estativo”. Dicha correlación parece natural una vez que se observan los valores de la tabla 6. Vemos, así, que mientras los VPEO de dativo no pueden ser ni agentivos ni dinámicos, los VPEO de acusativo pueden tomar agentes y, al menos algunos de ellos, ser dinámicos. De este modo, en la clase de los verbos psicológicos, el acusativo marca un grado de estatividad menor que el del dativo, grado que, por decirlo de algún modo, establece el umbral necesario para la introducción de un agente y, eventualmente, de la eventividad. En un esquema, podemos visualizar esta relación del modo siguiente:



Aunque nocionalmente podamos entender la relación entre estatividad y eventividad como un continuo que lleva de un extremo a otro, hemos podido comprobar que los cortes que la gramática realiza en ese continuo pueden establecerse de manera discreta.

#### 4.2.4.2. Relaciones entre el tiempo de la eventualidad y el tiempo de referencia

De acuerdo con nuestras asunciones teóricas, los VPEO de acusativo, cuando toman, de hecho, un experimentante en acusativo, se comportan como estados-D(avidsoniano) o estados de intervalo. Así lo muestra el rechazo del adverbio *lentamente* (v.g. *Juan preocupa a su madre lentamente*), la aceptación de la forma progresiva (v.g. *Juan está*

*preocupando a su madre*) y, finalmente, el rechazo de las lecturas modales epistémicas (*Juan debe preocupar a su madre*, con valor deóntico). En esta sección añadiremos argumentos empíricos adicionales para reforzar la idea de que el comportamiento de los VPEO de acusativo puede remitirse a la presencia de una variable eventiva <e> en su representación sintáctico-semántica. En particular, tal como hemos hecho con la clase de los estados causativos del tipo *bloquear* (véase §4.1.4.4), veremos qué relación de inclusión se da entre el tiempo de referencia y el tiempo de la eventualidad bajo dos contextos: la modificación de adverbios de referencia temporal (cf. Marín y McNally 2011, Marín 2013) y el empleo temporal del futuro simple (cf. Katz 2000, Portner 2005).<sup>149</sup> Sabemos que los predicados eventivos obedecen en ambos casos a la relación  $E \subseteq R$  (el tiempo de la eventualidad está incluido en el tiempo de referencia), mientras que los estados puros, que carecen de una variable eventiva, siguen la relación  $R \subseteq E$ . Comparemos los siguientes ejemplos:

- (111) a. Cada vez que hablo con él, Juan está en su casa. ( $R \subseteq E$ )
- b. Juan estará en su casa mañana. ( $R \subseteq E$ )
- (112) a. Cada vez que entro a la habitación, la luz brilla. ( $E \subseteq R$ )
- b. La luz brillará dentro de un momento. ( $E \subseteq R$ )
- (113) a. Cada vez que entro a la habitación, la cortina bloquea la ventana. ( $E \subseteq R$ )
- b. La cortina bloqueará la ventana dentro de un momento. ( $E \subseteq R$ )

En los ejemplos de (111) se observa el comportamiento de un estado puro (SL) en el contexto de cuantificación adverbial (111a) y de futuro simple con valor temporal (111b). En ambos casos, el tiempo de referencia está incluido en el tiempo de la eventualidad. De este modo, puede ser el caso que Juan ya esté en casa desde antes que hable con él o antes que llegue el día de mañana. En (112), observamos el caso de un estado-D, *brillar*, donde la relación de inclusión entre ambos tiempos se invierte. Así, la luz comienza a brillar una vez que estoy en la habitación o que nos encontramos en el momento futuro fijado por R. Por último, (113) muestra que los estados causativos del tipo *bloquear* se comportan como estados-D y no como estados puros SL. Aunque *bloquear* puede denotar una situación estativa, el comienzo de dicha situación debe quedar incluido en el marco de referencia marcado por la frase adverbial (113a) o por el tiempo R del futuro simple (113b). De este modo, cabe concluir que los estados causativos pertenecen al grupo de los estados-D y no de los estados SL. Veamos ahora

---

<sup>149</sup> Recordemos que la prueba basada en modificación adverbial de referencia temporal es empleada por Marín y McNally (2011) con un propósito distinto. Los autores buscan diferenciar predicados estativos que denotan el inicio del estado de aquellos que no lo hacen. Así, encontramos pares como los siguientes:

- i. a. Siempre que estamos en clase, Juan se aburre.
- b. Siempre que estamos en clase, Juan está aburrido.

Mientras que el aburrimiento de Juan debe, en (ia), quedar circunscrito al tiempo de la clase, en (ib) puede haber comenzado con anterioridad. Para más comentarios, véase Marín (2013: 85). De acuerdo con nuestras observaciones, lo decisivo en la lectura “inclusiva” es la presencia de un argumento eventivo. Así, los estados davidsonianos ofrecen normalmente esta lectura (v.g. *Cuando entro, la lámpara brilla*), sin que queda atribuirles un valor incoativo como a *aburrirse*.

qué resultados ofrecen estos mismos contextos al ser aplicados sobre los VPEO de acusativo:

- (114) a. Siempre que estamos en su casa, Juan preocupa a su madre.  
b. Siempre que estamos en clase, Pepito molesta a la profesora.  
c. Siempre que estamos en el bar, Juan nos aburre con sus historias.
- (115) a. Juan preocupará a su madre cuando le cuente lo de salud.  
b. Pepito molestará a la profesora mañana en clase.  
c. Juan nos aburrirá con sus historias mañana en el bar.

En los ejemplos de (114) encontramos distintos VPEO de acusativo en el contexto de cuantificación adverbial. Como puede apreciarse, en todos ellos la relación temporal es  $E \subseteq R$  y no  $R \subseteq E$ . Así, por ejemplo, no puede ser el caso que Juan ya esté preocupando a su madre desde antes que nos encontremos en su casa, que Pepito cause molestias a la profesora antes de que empiece la clase o que, finalmente, las historias de Juan nos causen aburrimiento antes de que nos reunamos en el bar, aunque todas estas lecturas sean conceptualmente plausibles. Asimismo, el patrón  $E \subseteq R$  se reitera en (115), al emplear el uso temporal del futuro simple (por lo demás, el único disponible con un VPEO de acusativo). Lo relevante en la serie de ejemplos de (115), al igual que en (114), es que el tiempo de referencia posterior al presente de habla contiene el estado denotado por el verbo. Consiguientemente, ni la preocupación de la madre, ni la molestia de la profesora ni nuestro aburrimiento pueden haber comenzado a manifestarse en la actualidad.

Por lo tanto, podemos comprobar que los VPEO de acusativo se comportan como estados-D y no como estados puros SL, siguiendo el patrón de *bloquear*. Así, alcanzamos una caracterización empírica relativamente uniforme de ambas clases de predicados estativos causativos.<sup>150</sup> Recordemos que la relación  $E \subseteq R$ , según argumentamos en §4.1.4.4, puede remitirse a la presencia de un argumento eventivo, a partir del así llamado requisito de maximalidad (Katz 2000). De acuerdo con esta condición, al localizar un evento, debemos localizarlo en su totalidad y nunca parcialmente. Como los estados no son entidades intrínsecamente delimitadas (representadas por <e> en la representación semántica), el empleo de un marco de referencia temporal no agota necesariamente su localización. Por supuesto, un evento puede dar lugar a la lectura  $R \subseteq E$  si es transformado en un estado puro por efecto de un contexto estativizador, como la forma progresiva:

- (116) a. Pepito estará molestando a la profesora.  
b. Juan nos estará aburriendo con sus historias.

---

<sup>150</sup> Los datos empíricos que avalan la clasificación de los VPEO de acusativo como estados-D son relevantes de cara a la comparación de nuestro análisis con otras propuestas recientes, que favorecen un análisis de los VPEO como estados SL (Pylkkänen 2000, Fábregas y Marín en prensa, a). Más adelante, en §4.2.6, discutiremos con mayor detalles la propuesta de Fábregas y Marín, que es relevante, asimismo, para la presentación de las estructuras sintácticas que subyacen a estos predicados.

Las oraciones de (116) son compatibles con un contexto donde la molestia o el aburrimiento comienzan a manifestarse con anterioridad al tiempo fijado por R.

Hemos visto que los VPEO de acusativo se comportan, así, como estados-D, de forma similar a como lo hacen los estados causativos del tipo *bloquear*. Sin embargo, en los subapartados anteriores hemos mostrado que la alternancia de caso se correlaciona con un valor más o menos estativo. Así, cuando el experimentante se codifica en dativo obtenemos un estado puro, como enseña la aceptación de lecturas modales epistémicas (v.g. *A Juan le gustará la tortilla*, *A María le molestará el ruido*, *A Pedro le preocupará su madre*), lo que contrasta con la tendencia de los VPEO de acusativo a adoptar lecturas prospectivas en los mismos contextos (v.g. *Pedro la molestará*, *Pedro debe preocuparla*). De acuerdo con las pruebas basadas en las relaciones de inclusión de R y E, la predicción que obtenemos es, por lo tanto, que los VPEO de dativo ofrecerán lecturas del tipo  $R \subseteq E$ , tal como hemos visto que los VPEO de acusativo exhibían lecturas del tipo  $E \subseteq R$ . Sin embargo, los resultados son menos nítidos de lo que sería deseable. En primer lugar, debemos considerar que las pruebas basadas en adverbios de tiempo de referencia solo pueden aplicarse, en el caso de estados puros, a estados SL y no IL, puesto que estos últimos rechazan de modo independiente ser temporalmente restringidos. Así, los VPEO de dativo que tengan lectura genérica ofrecerán un resultado inaceptable:

- (117) a. \*Cada vez que lo visito, Juan es {alto/inteligente/español}.  
b. ??Cada vez que lo visito, a Juan le molesta que lo llamen por la noche.

En (117a), la alternancia entre lecturas  $R \subseteq E$  y  $E \subseteq R$  no encuentra aplicación, toda vez que las propiedades de ser alto, inteligente o español se resisten a localizarse temporalmente. Algo similar sucede, pues, en el caso de (117b), en el que el predicado *molestar* se emplea con un valor IL. Si, en cambio, seleccionamos VPEO de dativo bajo lecturas SL, podemos apreciar el contraste esperado:

- (118) a. Siempre que queremos elegir una película, a Juan le gusta la de terror.  
b. Siempre que estamos en una fiesta, a Juan le preocupa el tráfico.

En los ejemplos de (118), los verbos *gustar* y *preocupar* poseen una lectura SL, puesto que admiten ser temporalmente restringidos. Ahora bien, observamos que se trata genuinamente de estados puros y no estados-D, puesto que las oraciones de (118) son compatibles con una lectura  $R \subseteq E$ : en el momento en que se tomará la decisión, puede ser el caso que Juan ya sienta una preferencia por la película de terror, del mismo modo que, en (118b), puede ser el caso que la preocupación de Juan por el tráfico preceda a su participación en la fiesta.

Una diferencia similar encontramos en el caso del futuro sintético con valor temporal y no epistémico. El empleo de estados IL en este contexto es pragmáticamente menos aceptable que el de estado SL. Sin embargo, una vez que nos restringimos a estados con lectura SL, podemos apreciar el contraste entre lecturas  $R \subseteq E$  y  $E \subseteq R$ :



- (119) a. ??A Juan le molestará que lo llamen por la noche.  
 b. (Cuando queramos elegir una película,) a Juan le gustará la de terror.  $R \subseteq E$   
 c. (Cuando estemos en la fiesta,) a Juan le preocupará el tráfico.  $R \subseteq E$

Una síntesis de los principales resultados empíricos relativos a la caracterización aspectual de los VPEO se ofrece a continuación:

		Eventos dinámicos	Estados-D ( <i>brillar,</i> <i>bloquear</i> )	VPEO acusativo ( <i>preocuparlo</i> )	VPEO dativo ( <i>gustar,</i> <i>preocuparle</i> )
<i>Lentamente</i>		+	-	-	-
Progresiva		+	+	+	+
Mod Epistémica		-	-	-	+
Adv temporal	$E \subseteq R$	+	+	+	-
	$R \subseteq E$	-	-	-	+ (en lectura SL)
Futuro temporal	$E \subseteq R$	+	+	+	-
	$R \subseteq E$	-	-	-	+ (en lectura SL)

Tabla 7. Síntesis de las propiedades aspectuales de los VPEO

Como se observa en la tabla 7, mientras que, respecto de las pruebas aquí consideradas, los VPEO de acusativo se comportan como estados-D, la diferencia más clara entre un VPEO de dativo y de acusativo radica en la aceptación, por parte de los primeros, de lecturas modales epistémicas. Pasaremos ahora a discutir cómo podemos representar las propiedades revisadas en una configuración sintáctica. Como antecedentes de nuestro análisis, nos serán de utilidad los estudios de Landau (2009) y de Fábregas y Marín (en prensa, a), cuyas propuestas pasaremos a comentar a continuación.

#### 4.2.5. La realidad sintáctica del experimentante: Landau (2009)

Antes de ofrecer las estructuras que, en nuestro modelo, atribuimos a los valores semántico-aspectuales distinguidos en el sub-apartado anterior, nos detendremos un momento en la propuesta de Landau (2009), quien proporciona un análisis sobre la realidad sintáctica de los experimentantes, que será de utilidad a la hora de formalizar dichas estructuras.

Landau (2009) propone que los experimentantes pueden entenderse como localizaciones mentales (el *locus* donde podemos situar una emoción), no solo en términos conceptuales, sino gramaticales. Así, la sintaxis trataría los experimentantes como frases locativas, lo cual tiene importantes consecuencias sobre una amplia gama de hechos. Las hipótesis principales de este autor son, de este modo, las siguientes:

- (120) a. Los experimentantes son localizaciones mentales  
 b. Todos los objetos experimentantes son oblicuos.  
 c. Todos los experimentantes son sujetos en Forma Lógica (FL).

Las afirmaciones expuestas en (120) se relacionan de forma estrecha. La manifestación gramatical del carácter locativo de los experimentantes es su realización como SSPP. De acuerdo con el autor, las piezas léxicas de las lenguas incluyen una preposición abstracta ( $P_{\Psi}$ ) que asigna caso inherente al SD, de forma tal que el experimentante no sería un complemento directo del verbo, sino de la preposición que lo rige (120b). El SP así formado porta un rasgo [locativo] que tiene que ser cotejado localmente en el ST, donde se establece el valor espacio-temporal de la oración. En otras palabras, dado que el experimentante establece un valor locativo para la cláusula, debe combinarse semánticamente con la proyección en el que este tipo de información se computa. Puesto que la composicionalidad semántica, siguiendo a Heim y Kratzer (1998), requiere hermandad de nodos, el SP debe ascender a la posición de especificador del ST. Consiguientemente, el experimentante acaba siendo un “sujeto”, sea explícitamente, como sucede en el caso de los verbos psicológicos de experimentante sujeto (*Juan teme por su futuro*) o en la anteposición del experimentante dativo en lenguas como el español (*A Juan le gusta esa chica*) (Fernández-Soriano 1999); sea implícitamente, mediante un movimiento encubierto que, conservando la pronunciación del experimentante en posición posverbal, tiene lugar en Forma Lógica (v.g. *La obra impresiona a los críticos*). Es por ello que la afirmación de (120c) demanda el carácter de sujeto “en FL”; esta posición ([Espec, ST]) puede o no reflejarse en la sintaxis explícita, pero es siempre exigida semánticamente.<sup>151</sup>

El carácter oblicuo de los objetos experimentantes, es decir, el que reciban caso de una preposición y no directamente del verbo, puede apreciarse en diversas lenguas. Un ejemplo de ellos es el caso dativo, que en español alterna con el acusativo en diversas construcciones. Una restricción importante a este respecto es que solo encontramos correlatos gramaticales del carácter oblicuo del experimentante (y, por tanto, de su condición de sujeto en FL) cuando el predicado es no agentivo, cuestión que ya había sido advertida por Belletti y Rizzi (1988) y, más recientemente, por Arad (1999, 2000). Así sucede, por ejemplo, con los siguientes datos del griego, tomados de Landau (2009: 26):

- (121) a. Simbatho ton anthropo pu (\*ton) sinantise o Petros  
gustar-1sg el hombre que (\*cl.AC) conoció.3sg el Pedro.NOM  
‘Me gusta el hombre que conoció Pedro’  
b. Simbatho ton anthropo pu o Petros \*(tu) edhose to vivlio.  
gustar-1sg. el hombre que el Pedro.NOM \*(cl.DAT) dio el libro  
‘Me gusta el hombre al que Pedro dio el libro’  
c. O anthropos pu \*(ton) provlimatizun ta nea bike mesa.  
el hombre que \*(cl.AC) intrigar las noticias vino  
‘El hombre al que le intrigan las noticias vino aquí’  
d. O anthropos pu eknevrise i Maria aplos ja na dhi

<sup>151</sup> Según Landau (2009), el movimiento del experimentante a [Espec, ST] se desencadena por motivos semánticos similares a los que motivan el ascenso de los cuantificadores, movimiento que suele ser, igualmente, encubierto (v.g. *Juan encontró una plaza* > ‘Existe una plaza tal que Juan la encontró’).

el hombre que irritaba-3sg. det María.ACC solo para SUBJ ver  
tis antidhrasis tu apodhihtike poli anektikos.  
las reacciones su resultar-ser.3sg muy tolerante  
‘El hombre que María irritaba solo para ver sus reacciones resultó ser muy tolerante’

(Anagnostopoulou 1999 : 32)

En griego moderno, el complemento verbal correspondiente al pronombre relativo de una subordinada no puede ser restituido como clítico si dicho complemento es acusativo (121a). La restitución del pronombre clítico es obligatoria, en cambio, si el complemento es oblicuo, como se observa en (121b), donde el verbo *edhose* ‘dar’ toma el clítico dativo *tu*. Como se observa en (121c), los experimentantes de objeto siguen el patrón de un oblicuo, no de un acusativo. En este ejemplo, aunque el caso del experimentante es morfológicamente acusativo, la omisión del clítico en una subordinada relativa conduce a agramaticalidad, tal como si se tratara de un dativo. Finalmente, (121d) ilustra la restricción apuntada sobre los predicados agentivos. Dado que en este ejemplo el verbo *eknevrise* ‘irritar’ se emplea agentivamente, la restitución del clítico es imposible. Esta clase de ejemplos conducen a Landau (2009) a sostener el carácter oblicuo de los experimentantes (en la variante no agentiva de los predicados).

Un segundo paso en su argumentación es demostrar que, efectivamente, los experimentantes ascienden a la posición de especificador de ST en FL, fenómeno que el autor denomina *LF quirkiness*. Evidencia importante en esta dirección proviene del fenómeno del control de adjuntos, que Landau analiza a partir del trabajo de, entre otros, Perlmutter (1984), Harris (1984), Legendre (1989, 1993) y Cresti (1990). Este fenómeno consiste en que solo los sujetos sintácticos y los experimentantes (dativos o acusativos), pero no otros complementos del verbo, pueden establecer correferencia con un PRO contenido en un adjunto. Algunos datos que ilustran este hecho son los siguientes (cf. Landau 2009: 87, Perlmutter 1984):

- (122) a. Juan<sub>i</sub> golpeó a Pedro<sub>j</sub> hasta PRO<sub>i/\*j</sub> sentir pena  
b. Pedro<sub>j</sub> fue golpeado (por Juan<sub>i</sub>) hasta PRO<sub>\*i/j</sub> sentir pena.  
(123) Prima di partire per l'estero, Giorgio mi sembrava un po' nervoso  
'Antes de PRO<sub>i/j</sub> salir al extranjero, Giorgio<sub>i</sub> me<sub>j</sub> parecía un poco nervioso'.  
(Landau 2009: (172))

En los ejemplos de (122) vemos que solo los sujetos de la oración principal pueden controlar el sujeto PRO de *sentir pena*. Así, *Pedro*, que en (122a) es objeto directo, no puede ser correferente con PRO, aunque sí puede serlo en (122b), donde, por efecto de una pasivización, ocupa la posición de sujeto. Por otra parte, en (123), ejemplo del italiano, vemos que tanto el sujeto (*Giorgio*) como el experimentante (*mi*) pueden ser correferentes con el sujeto PRO del adjunto temporal. Como se observa en la glosa, los mismos efectos pueden atestiguararse en español. De este modo, los experimentantes, aun cuando ocupen una posición interna al SV en la sintaxis explícita, se comportan como

sujetos respecto del control de adjuntos<sup>152</sup>. Este tipo de hechos conducen a Landau a concluir que los experimentantes, además de ser oblicuos, son sujetos, al menos en el nivel de representación de FL, puesto que, para mandar-c al PRO con el que establecen correferencia, deben ascender desde su posición inicial interna al SV.

La restricción que limita los efectos sintácticos del experimentante a la variante no agentiva del predicado recibe igualmente, desde la teoría de Landau (2009), una explicación. Para el autor, la ascensión del experimentante a la posición de sujeto puede ser vista como un caso de inversión locativa (v.g. *Allí están los culpables*) (cf. Fernández-Soriano 1999)<sup>153</sup>. Acogiendo parcialmente el análisis de Levin y Rappaport (1995), Landau sugiere que la inversión locativa solo es posible para predicados que no denotan cambios de estado. Si se asume que los verbos psicológicos de experimentante objeto agentivos son predicados de cambio de estado, entonces podemos entender por qué no existen experimentantes (en el sentido sintáctico del término) en concomitancia con un agente. Si este tipo de construcciones fuese posible, el rasgo [locativo] del SP experimentante quedaría sin cotejar, puesto que, para ello, debe desplazarse al especificador del ST (es decir, debe efectuarse una inversión locativa). Como sabemos independientemente que la inversión locativa no tolera predicados de cambio de estado, el SP experimentante no podrá ascender y el rasgo [locativo] quedará sin cotejar, conduciendo a una derivación fallida.

Sin embargo, para que este análisis funcione, Landau debe asumir que la variante *eventiva* no agentiva de los predicados psicológicos (incluida, de hecho, en su propuesta) no denota un cambio de estado. Según el autor, oraciones como *El rayo asustó a María* ejemplifican un logro y no una realización, equiparando implícitamente esta última clase con los cambios de estado. De este modo, solo los estados y los logros contienen experimentantes (como SSPP locativos), pero no los predicados agentivos, que denotarán cambios de estado. El objeto de un predicado agentivo será, por lo tanto, un SD análogo al tema de un predicado dinámico, y no un complemento oblicuo (dominado por una preposición que le asigne caso inherente). Esta conclusión resulta natural al considerar la observación tradicional, revisada en los apartados anteriores, de que el caso que recibe un experimentante en español se correlaciona de forma bastante estrecha con el valor agentivo o no agentivo del predicado.

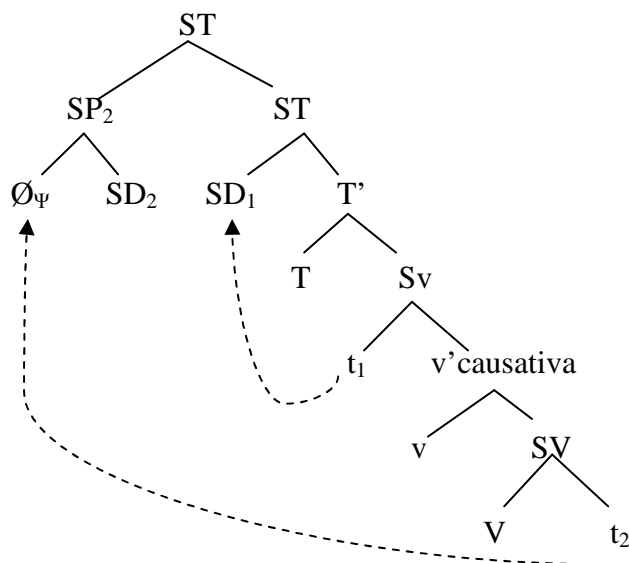
En concreto, Landau (2009: 84) propone las siguientes estructuras que incluyen experimentantes:

---

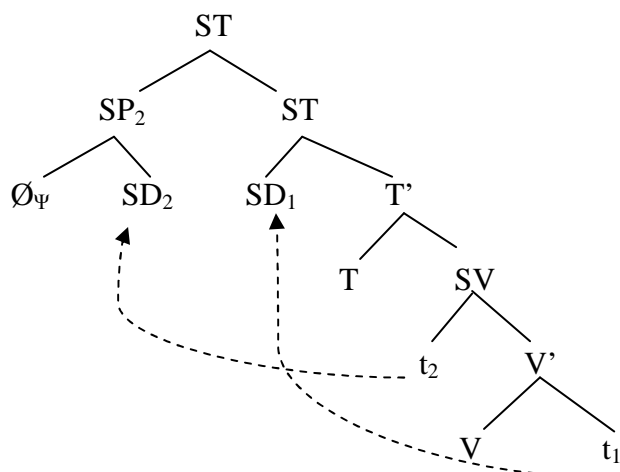
<sup>152</sup> Este análisis implica, como puede advertirse, la idea de que puede haber más de un “sujeto”, o, técnicamente, de que el ST puede alojar más de una posición de especificador. Landau (2009: 114) rechaza que exista un correlato teórico exacto de la noción de sujeto, que puede ser desmantelada, por tanto, en un conjunto de fenómenos sintácticos. Si se asume que el ST puede contener más de un especificador, puede argüirse que distintos SSXX se desplazarán allí por motivos diferentes (v.g. un SD para satisfacer el PPA, un SP experimentante para cotejar el rasgo [locativo], etc.).

<sup>153</sup> En última instancia, el análisis de Landau conduce lógicamente a la asunción de que *todos* los SSPP locativos deben ser sujetos en LF (en el sentido técnico de que deben ascender a una posición de especificador en ST que les permita cotejar el rasgo [locativo]), no solo los experimentantes. Sin embargo, como discute el autor (Landau 2009: 122), dicha asunción carece, por el momento, de sustento empírico, dado que las pruebas que se aportan para evaluar la condición de “sujeto” de los experimentantes no es aplicable a todas las frases locativas (v.g. el control de adjunto, véase *supra*).

(124) a. Verbos psicológicos eventivos (incluyendo movimiento en FL):



b. Verbos psicológicos estativos (incluyendo movimiento en FL):



En la estructura de (124a), el especificador de *v* establece una relación causativa con el resto del predicado. Este SD es, por lo tanto, un Causante, y asciende a la posición del primer especificador del ST, para cotejar el rasgo PPA de T. En tanto, el elemento en posición de complemento de V es el experimentante, que se desplaza, en FL, a la posición del segundo especificador del ST, para cotejar el rasgo [locativo] del SP. La estructura de (124b), más simple, corresponde a la de los verbos psicológicos estativos. Landau asume que, en este caso, no existe una relación causativa sino solo la de una predicación entre un experimentante y un estímulo. Así, el SD en posición de complemento de V corresponde a lo que en la teoría de Pesetsky (1995) se conoce como *Target/Subject Matter* (T/SM), es decir, la entidad a la que se dirige una emoción, sin necesariamente ser su causa.

Un aspecto conflictivo de la teoría de Landau, una vez que intentamos aplicarla al español, es la explicación de por qué las propiedades sintácticas de los verbos psicológicos se restringen a las lecturas no agentivas. Como hemos mencionado más

arriba, esto se debe, según el autor, a que los verbos psicológicos agentivos denotan cambios de estado. Como la inversión locativa es incompatible con cambios de estado, el experimentante en posición de objeto no puede ser un complemento oblicuo (dominado por la preposición  $P_{\Psi}$ ), puesto que, en tal caso, no podría cotejar su rasgo [locativo] en [Espec, ST], conduciendo a una derivación fallida. En cambio, los predicados agentivos presentarían SSDD (“experimentantes” solo en un sentido conceptual) directamente dominados por V. No obstante, si seguimos la clasificación aspectual introducida por Marín (2011), según la cual, como hemos visto, incluso los verbos psicológicos agentivos rechazan contextos de dinamicidad y telicidad (v.g. \**Juan molestó a Ana {lentamente/en cinco minutos}*), no podemos establecer en español una correlación entre la presencia del agente y la noción de cambio de estado. Dicha correspondencia solo podría sostenerse en aquellos predicados que designen genuinamente eventos dinámicos, como el caso de *humillar* o *seducir* (siguiendo, otra vez, a Marín (2011), véase *supra*). Por lo tanto, en el caso de que, efectivamente, los verbos psicológicos dejen, en sus lecturas agentivas, de presentar efectos propios de los predicados psicológicos, esta conducta no podría atribuirse exclusivamente a la noción de cambio de estado.

En síntesis, la diferencia que establece Landau (2009) entre una configuración dotada de una  $v$  causativa y otra en que dicha proyección falta puede establecerse con independencia de la oposición entre dinamicidad y estatividad. Sin embargo, mientras que el autor arguye la correlación entre VPEO causativos y logros, de una parte, y VPEO no causativos y estados, en nuestra caracterización las variantes no dinámicas se distribuyen entre estados puros y estados-D. Por otra parte, la introducción de un agente no está reñida con la de estatividad, siempre y cuando nos restrinjamos al dominio de los estados-D. En concreto, propondremos que los verbos que seleccionan solo dativo (*gustar*, *importar*) poseen una estructura como la representada en (124b) (esto es, sin  $v$  causativa) mientras que los verbos que pueden seleccionar acusativo (cuando, *de hecho*, seleccionan acusativo) poseen una estructura como la representada en (124a) (incluyendo, por lo tanto, una estructura causativa). La diferencia empírica crucial descansa en el corte que realizan los contextos basados en la modalidad epistémica, sumada a las relaciones de inclusión entre el tiempo de la eventualidad y el tiempo de la referencia (cf. §4.2.4).

Pasaremos a revisar ahora una última propuesta acerca de la sintaxis de los verbos psicológicos de experimentante objeto, que nos permitirá afinar los elementos relevantes para el análisis.

#### 4.2.6. Estados causativos como estados SL: Fábregas y Marín (en prensa, a)

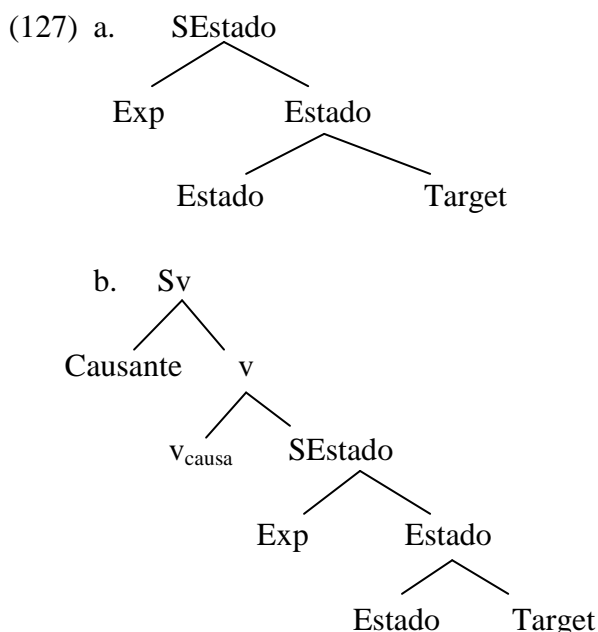
Fábregas y Marín (en prensa, a) defienden la idea de que los verbos psicológicos de experimentante objeto conforman estructuras causativas (estativas), por oposición a los verbos de experimentante sujeto (VPES: *temer*, *amar*, *odiar*, etc.), que expresarían relaciones estativas más simples. Una consecuencia de ello es que los VPEO designan estados de nivel de estadio (SL), mientras que los VPES designan estados de nivel de

individuo (IL) (cf. Marín & Sánchez Marco 2012, Sanromán 2005, 2008). La explicación que proporcionan los autores es que la estructura causativa de los VPEO introduce un linde inicial en la estructura eventiva que habilita su instanciación temporal acotada. Una prueba empírica de ello es que los VPEO, no así los VPES, admiten cuantificación temporal, como se observa en los ejemplos siguientes (Fábregas y Marín en prensa, a: (59), (60)):

- (125) a. \*{Cuando / siempre que} {admira / teme} tus reacciones, sale de la habitación.  
 b. \*Cada vez que {odia / prefiere} las películas de terror, se va al cine.
- (126) a. {Cuando / siempre que} su hijo {impresiona / obsesiona} a María, va al médico  
 b. Cada vez que Juan {asusta / enfada} a Marta, empieza a llorar.

Así, se observa que los VPES *temer*, *odiar*, *preferir* y *admirar* rechazan la cuantificación temporal, mientras que los VPEO *impresionar*, *obsesionar*, *asustar* y *enfadar* la admiten sin problemas.

La estructura causativa de un VPEO emplearía la estructura estativa básica de los VPES para formarse, según se observa en las configuraciones siguientes (Fábregas y Marín en prensa, a: (3)):



La estructura de (127a) refleja la estructura sintáctica de un VPES. Al entrar en la sintaxis oracional, el especificador de SEstado –la proyección estativa que relaciona ambos argumentos– se mueve al especificador de ST, atraído por el rasgo PPA. El complemento de Estado, el *Target*, se realiza, en cambio, como complemento del verbo en la sintaxis explícita. En la estructura de (127b), por otra parte, hemos añadido una estructura causativa extra, que abre una nueva posición de especificador a la que puede moverse el SD *Target* (que pasará a interpretarse como causa), o en la que puede

ensamblarse un nuevo SD. La realización sintáctica de estos argumentos puede explicarse mediante la noción de Minimidad Relativizada (Rizzi 1990, *apud* Fábregas y Marín en prensa, a). Si se asume que el ST atrae el SD más cercano, sin importar su papel temático, entonces la causa, jerárquicamente superior al experimentante en la estructura de (127b), se moverá a [Espec, ST], obteniendo el resultado deseado (*Juan<sub>CAUS</sub> asusta a María<sub>EXP</sub>*).

La estructura de (127b) arroja otra predicción de interés. Dado que el Causante y el Target ocupan dos posiciones sintácticas distintas, en principio es posible que ambos argumentos se realicen en la misma cláusula. Esto puede observarse en los ejemplos siguientes (Fábregas y Marín en prensa, a: (42)):

- (128) a. El desempleo preocupó a Juan por la economía.
- b. El desempleo preocupó a Juan.

En el ejemplo de (128a), ambas posiciones argumentales se obtienen por ensamble de SSDD independientes. En cambio, en (128b), la causa ha llegado a ocupar la posición de especificador de *v* desde su posición de base como complemento de Estado. Nótese que las interpretaciones semánticas de cada oración difieren. En (128a), lo que motiva o desencadena la preocupación de Juan es el desempleo, pero el objeto de su preocupación es la economía. En cambio, en (128b), en ausencia de un argumento Target, asumimos que el desempleo es la causa de la preocupación de Juan, a la vez que el objeto de su preocupación.

Desde el punto de vista estrictamente configuracional, la estructura de (127b) presenta algunos problemas, si se adopta como punto de partida el modelo de Ramchand (2008). Según los autores (Fábregas y Marín en prensa, a), la unión de una proyección causativa con una proyección estativa debiese conducir a un problema de Proyección Vacua, dado que ambas proyecciones son, en el modelo mencionado, esencialmente el mismo objeto semántico (estados), y se diferencian solo por la posición relativa que ocupan respecto del núcleo eventivo (SProceso). Hemos discutido el mismo problema en el apartado anterior (§4.1.5.1), concluyendo que, aunque desde un punto de vista teórico dicha proyección pueda presentar dudas, su rechazo se decidía por motivos empíricos. En particular, observábamos allí que los verbos del tipo *bloquear*, clase para la que discutíamos dicha estructura, no ofrecían un valor aspectual de estado puro en su variante no eventiva, como era de esperar si ensambláramos dos proyecciones esencialmente estativas. El apoyo empírico que argüíamos para dicha conclusión provenía, entre otras pruebas, de la conducta de estos verbos ante las lecturas modales epistémicas. A diferencia de los verbos estativos “puros”, los de la clase de *bloquear* no daban lecturas epistémicas en los contextos empleados (v.g. *La mesa bloqueará la entrada*, con lectura de futuro excluyente).

No obstante, Fábregas y Marín (en prensa, a) aceptan esta configuración basándose, justamente, en motivaciones empíricas (con análogas dudas respecto de su estatus teórico). En particular, siguiendo lo expuesto en Marín y McNally (2011, véase *supra*, §4.2.2.1), sostienen que, dado que los VPEO no son télicos, no pueden incluir un



SProceso, puesto que, en este último caso, el Estado de (128b) habría de interpretarse como un Resultado (siguiendo las asunciones de Ramchand 2008). Sin embargo, hemos visto que los VPEO, al menos cuando seleccionan el experimentante en acusativo, se comportan respecto de las pruebas basadas en la modalidad como los verbos de la clase de *bloquear* y no como estados puros (véase *supra* §4.2.4) (v.g. *Juan molestará a su hermana*, solo lectura de futuro), aun cuando, como observan correctamente los autores, no se trate de predicados télicos. Así, al menos en este caso, el argumento esgrimido para los verbos del tipo de *bloquear* se mantiene para los VPEO. Si el ensamble de dos estructuras estativas da como resultado un predicado “menos” estativo, entonces debe faltar algo en esa estructura que explique la distancia empírica que dicho predicado manifiesta respecto de los estados puros. En nuestra aproximación, tales características empíricas se explican mediante el añadido de un SProceso. La variable eventiva introducida por el núcleo de esta proyección concede al predicado duración intrínseca, de forma tal que el estado de base deja de ser válido en puntos de tiempo y pasa a ocupar un intervalo. Esto explica que, de una parte, rechacen lecturas modales y, de otra, acepten la forma progresiva (*Juan está preocupando a su madre*).

#### 4.2.7. Una hipótesis alternativa: causas y lindes

En el trabajo de Fábregas y Marín (en prensa, a) que hemos comentado, se sostiene que el carácter de predicado SL de los VPEO puede derivarse de la presencia de una causa (cf. Marín & Sánchez Marco 2012). La causa introduciría un linde inicial que sería suficiente para acotar el predicado temporalmente. Esta propuesta tendría la ventaja de deducir la distinción SL/IL de una configuración sintáctica independientemente motivada (el valor causal de los VPEO frente al valor estativo simple de los VPES), lo cual evitaría la introducción de distintos tipos de estatividad como primitivos de la teoría. No habría, así, estructuras encargadas de codificar el valor de SL, sino que este se seguiría de la estructura causal.

La introducción de la causa podría tener una consecuencia adicional para la representación configuracional de los VPEO. Tanto en el caso de los VPEO de acusativo como el de los verbos del tipo de *bloquear*, hemos propuesto la introducción de un SProceso, que es condición necesaria pero no suficiente de la dinamicidad (cf. Fábregas y Marín 2012b, 2013). Esto permitiría dar cuenta de la diferencia empírica que existe entre este grupo de predicados y los verbos estativos puros respecto de las pruebas basadas en la modalidad. No obstante, es posible argumentar que la estructura de (128b), es decir, la que resulta de ensamblar SInicio (Sv) directamente sobre SResultado (SEstado), es adecuada para la representación de las causas estativas, basándonos en la idea del linde introducido por la estructura causal. La ventaja que se obtiene de esta estrategia consiste, siguiendo a Fábregas y Marín, en reducir el número de tipos de estatividad y derivar sus diferencias empíricas de propiedades independientes.

Recuérdese que, al presentar las pruebas basadas en la modalidad epistémica (§3.2.3.6), mostramos que todas ellas dejaban de discriminar entre estados y eventos

una vez que introducíamos márgenes temporales a la duración del predicado, como se observa en los ejemplos de (129):

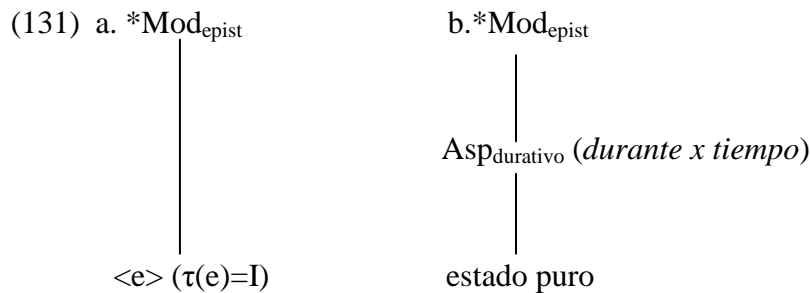
- (129) a. Juan estará triste (de dos a seis de la tarde)  
b. Juan debe estar triste (de dos a seis de la tarde).  
c. Espero que Juan esté triste (de dos a seis de la tarde).  
d. Si Juan está triste (de dos a seis de la tarde), sus amigos los animarán.

En todos los casos de (129), la lectura orientada al presente se pierde al introducir modificación adverbial durativa. Así, (129a) tiene un valor modal epistémico solo cuando omitimos la mención del intervalo de dos a seis de la tarde, patrón que se repite con las perífrasis deónticas (129b), el subjuntivo (129c) y las prótasis condicionales (129d).

Si la causa introduce un linde inicial, entonces es tentador argumentar que la ausencia de valor epistémico en el caso de los VPEO de acusativo depende, no de una estructura aspectual “menos estativa”, sino de la presencia de una causa. Así, *Juan molestará a su madre* (solo lectura temporal) seguiría el patrón de los ejemplos de (129). Sin embargo, esta hipótesis alternativa, más simple y elegante que la que introduce dos grados de estatividad (estados puros y intervalo, por inserción de Proceso), debe ser descartada por motivos empíricos. Observemos los ejemplos de (130):

- (130) a. Juan estará triste desde las 3 (porque esta mañana lo vi tan contento).  
b. Juan debe estar triste desde las 3 (porque antes estuvo de buen ánimo).

Según se aprecia en estas oraciones, la mención del linde *inicial* no es suficiente para inhibir la lectura modal epistémica. Si, como sugieren Fábregas y Marín (en prensa, a), la causa introduce un linde inicial pero no uno final, entonces la estructura temporal de un predicado de causa estativa debería ser más próxima a la de los ejemplos de (130) que a la de los de (129). Pero, dado que observamos que la lectura modal epistémica se conserva en (130) pero se desvanece en los VPEO de acusativo, concluimos que esta diferencia empírica depende de un factor adicional independiente del linde introducido por la causa. Por lo tanto, obtenemos un respaldo adicional para un análisis en el que los VPEO de acusativo se representan mediante el ensamble de un SProceso sobre una estructura estativa simple. Para efectos de la Modalidad Epistémica, que se ensambla en una posición funcional alta, la introducción de un argumento eventivo en la primera fase tiene las mismas consecuencias empíricas que la introducción de modificación adverbial durativa en la fase de aspecto externo. Esto es así bajo la asunción, propuesta en §2.7.2, de que la huella temporal de un evento es siempre un intervalo. Así, desde la altura funcional de la modalidad, aunque la validez en intervalos se obtenga en estadios distintos de la derivación sintáctica, los estados davidsonianos y los estados puros modificados con adverbios durativos lucen idénticos (cf. Hallman 2010), y en ambos casos la evaluación del predicado respecto del presente puntual es imposible (cf. Taylor 1977, Lundquist 2012):



No obstante, la marca de un linde inicial no tiene los mismos efectos, puesto que no “imita” la validez en intervalos de la variable eventiva como lo hace la modificación adverbial durativa. Por ello, la inserción de una causa, que implica un linde inicial pero no uno final, no nos ahorra la introducción de SProceso en la primera fase, que es necesaria, así, para dar cuenta de los efectos gramaticales revisados.

Pasemos ahora, pues, a presentar las estructuras respectivas para los verbos estudiados en este apartado.

#### 4.2.8. Estructuras sintácticas de los VPEO

El análisis proporcionado por Fábregas y Marín (en prensa, a) relaciona de modo estrecho, según hemos visto, los VPEO con los VPES, de forma tal que los primeros derivan a partir de los segundos mediante el añadido de una proyección funcional causativa (estativa). Conviene que nos preguntemos cómo encaja en este análisis la distinción entre acusativo y dativo que hemos atendido en apartados anteriores, con el fin de decidir qué estructuras representan de modo más adecuado las características empíricas de los VPEO de modo general.

Hemos visto que, desde el punto de vista de la distinción SL/IL, los autores citados defendían que los VPEO se oponían a los VPES al designar predicados SL. Si aplicamos la prueba de la cuantificación temporal a un verbo como *gustar*, que inequívocamente selecciona experimentantes en dativo, los resultados son similares:

- (132) a. {Cuando/siempre que} a Juan le gusta una película, se va corriendo al cine.  
 b. Cada vez que a Juan le gusta una tortilla de patata, canta una copla en vasco.

Estos datos nos muestran que un verbo como *gustar* designa un predicado SL y no un predicado IL.<sup>154</sup>

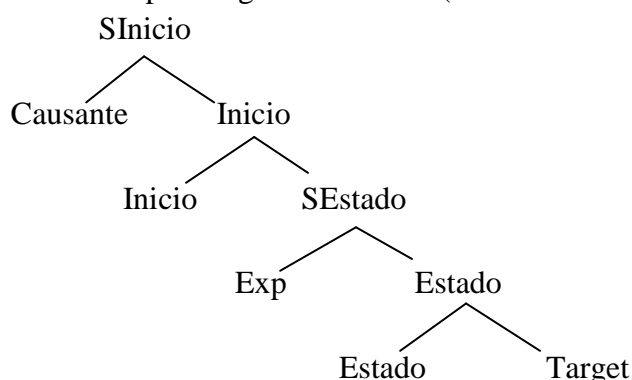
<sup>154</sup> *Gustar* denota, igualmente, un estado IL si se construye a partir de él una proposición genérica, del tipo *A Juan le gusta la tortilla de patata*. No obstante, tales estructuras pueden entenderse como derivadas y no afectan la argumentación presente. Nótese que, al seleccionar SSDD definidos en los ejemplos de (132) (*una película, una tortilla*) excluimos una lectura genérica que, naturalmente, sesgaría el juicio de

Por otra parte, esta clase de predicados se comportan, respecto de las pruebas basadas en la modalidad, como estados puros y no como estados davidsonianos del tipo de *bloquear*, según discutimos en §4.2.4:

- (133) a. A Juan le gustará tu tortilla (porque veo que se está chupando los dedos).  
b. A Juan le importará lo que le dices (porque te mira con mucha atención).

Por lo tanto, tenemos una división interna al interior de los VPEO. Si bien todos ellos parecen designar, efectivamente, estados SL, algunos de ellos son “más” estativos (al aceptar lecturas modales epistémicas) y otros “menos” (al rechazarlas). Esta diferencia sugiere una vía de análisis tentadora. Si, como sostienen Fábregas y Marín (en prensa, a), el carácter de estado SL se deriva efectivamente de la presencia de un Causante, entonces podemos proponer que la estructura de (127b) –no aplicable a los verbos que rechazan las lecturas modales– es aplicable, en cambio, a los VPEO de dativo. Los VPEO de acusativo, por otra parte, recibirían una estructura análoga a la de los verbos del tipo de *bloquear*, incluyendo un SProceso. Las estructuras resultantes serían, pues, las siguientes:

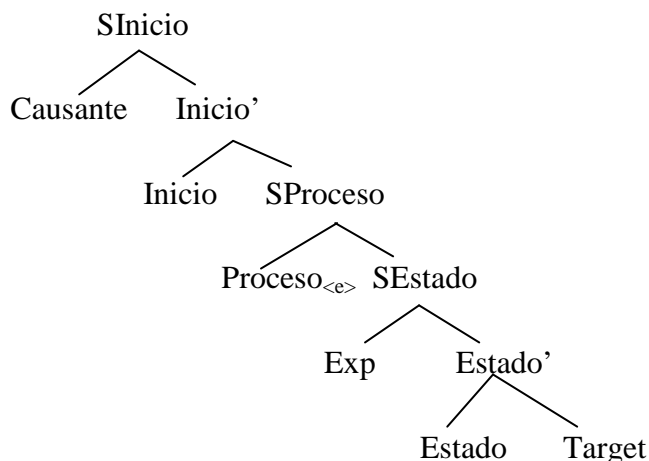
- (134) a. Verbos psicológicos de dativo (causativos “simples”):




---

gramaticalidad de las secuencias. Si *gustar* fuese un predicado intrínsecamente IL, el resultado sería agramatical aun en el caso de que empleáramos SSDD definidos, lo cual sucede, efectivamente, con los VPES: *\*Cada vez que Juan admira tus reacciones, sale de la habitación* (Fábregas y Marín en prensa, a: (59a)).

b. Verbos psicológicos de acusativo (causativos “davidsonianos”):



La diferencia entre las estructuras de (134a) y (134b) radicaría, pues, en que la proyección estativa básica estaría, en un caso, dominada por una nueva proyección estativa (SInicio en (134a), análoga a Sv en Fábregas y Marín en prensa, a), y por una proyección “eventiva” en el otro (SProceso en (134b)). Ahora bien, este análisis depende de que los VPEO de dativo designen, efectivamente, relaciones causativas. Esto puede ser discutible desde un punto de vista intuitivo, puesto que una oración como *A Juan le gusta la tortilla de patata*, a diferencia de *La tortilla de patata entusiasma a Juan*, no parece designar una eventualidad en que la tortilla de patata sea la causa de la emoción sentida por Juan. Simplemente, la tortilla es el objeto de su gusto, sea por los motivos que fueren. Desde un punto de vista estructural, esta idea se refuerza al observar que, en una misma cláusula, es posible expresar una causa independiente del SD posverbal, según se aprecia en los ejemplos siguientes:

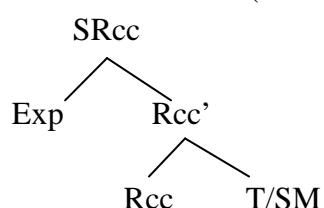
- (135) a. A Juan le gusta la tortilla por {su aroma / su sabor / su precio}.
- b. A Juan le importa lo que suceda en las elecciones por {la situación del paro / la fiesta que habrá después}.
- (136) a. El aroma entusiasma a Juan por la tortilla.
- b. El desempleo preocupa a Juan por la economía. (Fábregas y Marín en prensa, a: (42a))

En los ejemplos de (135) vemos que un VPEO de dativo permite la introducción de una causa, mediante un SP (*por SD*), sin que las relaciones temáticas de la oración se vean alteradas. Así, si seguimos el criterio temático (Chomsky 1981) y asumimos que un mismo papel temático no puede ser asignado a dos SSDD diferentes, debemos concluir que el argumento posverbal de *gustar* o *importar* designa un T/SM y no una causa. Dicha conclusión corresponde a las interpretaciones intuitivas de las oraciones de (135). En efecto, en (135a) entendemos que el gusto que Juan siente por la tortilla se debe a (está causado por) su aroma, precio o sabor. De este modo, una misma emoción puede ser desencadenada por causas distintas. Si, en cambio, el sujeto de la oración es una causa, podemos, esta vez, introducir un T/SM independiente, invirtiendo el patrón revisado. Esto es lo que observamos en los ejemplos de (136). Así, en (136a),

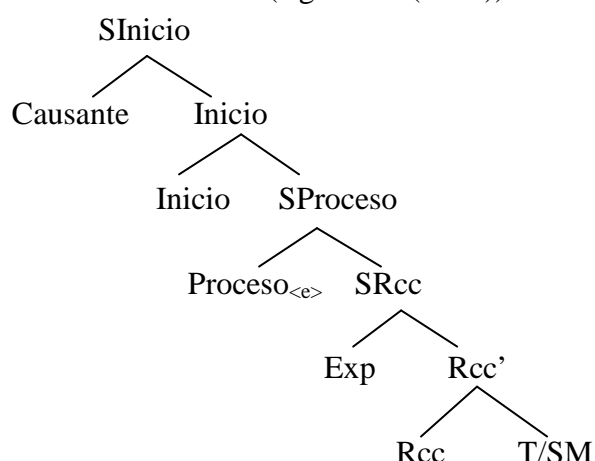
expresamos unas relaciones temáticas similares a las de (135a), pero, para ello, desplazamos la causa a la posición de sujeto e introducimos el T/SM mediante una preposición. Como hemos visto en §4.2.6., esta posibilidad ya había sido apuntada por Fábregas y Marín (en prensa, a), de cuyo trabajo tomamos el ejemplo reproducido en (136b).<sup>155</sup>

Tomando en consideración estos datos, debemos rechazar la estructura de (134a), análoga a la que Fábregas y Marín asignan de modo generalizado a los VPEO. De este modo, restringiremos el valor causal a los VPEO de acusativo, simplificando la estructura de los VPEO de dativo, que expresarán una relación estativa entre un experimentante y un T/SM. Por lo tanto, las estructuras de los VPEO serán, siguiendo nuestras proyecciones funcionales, las siguientes:

(137) a. VPEO de dativo (configuración revisada):



b. VPEO de acusativo (siguiendo (135b)):



Obtenemos, así, estructuras análogas a las que hemos atribuido a los grupos de verbos analizados en el resto de esta tesis. Los VPEO de dativo reciben la misma estructura que los estados puros de nivel 1, que incluyen, como hemos visto en §3.3.1, los verbos

<sup>155</sup> En diversas ocasiones el intento de expresar la causa y el T/SM en una misma cláusula conduce, aunque se trate de entidades semánticamente independientes, a la agramaticalidad de la secuencia. Así sucede en un ejemplo como:

- i. La editorial de *La Razón* molesta a Juan (\*por el gobierno).

Este resultado es, de hecho, el esperable, si seguimos la restricción enunciada por Pesetsky (1995), según la cual los dos argumentos (Causa y T/SM) no pueden ser realizados simultáneamente. Para una discusión de esta restricción, véase Landau (2009: 65).

psicológicos de experimentante sujeto (*amar, odiar, temer*). Los VPEO de acusativo, en cambio, se analizan como los verbos de alternancia instrumental en su lectura causativa estativa. Comentaremos ahora algunos aspectos de estas estructuras. Recuértese que los estados de nivel 1 adquieren su estatus verbal mediante el añadido de proyecciones funcionales adicionales. De ahí que una consecuencia de ello sea que, por lo general, la expresión nominal de esta clase de estados no requiera de un proceso de nominalización explícito, por lo que los nombres correspondientes no exhiben morfología deverbal (*faltar* > *falta*, *sobrar* > *sobra*, *pesar* > *peso*, etc.) (véase §3.3.3.3, §5). Este también es el caso de los VPEO de dativo, a los que correspondería la estructura de (137a):

(138) *gustar* > *gusto*; *interesar* > *interés*; *doler* > *dolor*

En el capítulo 5 de esta tesis estudiaremos en profundidad los patrones de nominalización de los verbos considerados. Por el momento, basta con mencionar que los VPEO de dativo siguen el patrón general ya identificado para los estados de nivel 1 en el capítulo 3.

La estructura de (137a), aunque más simple, plantea, no obstante, algunos problemas a las asunciones revisadas más arriba, en especial, a la idea sostenida por Fábregas y Marín (en prensa, a) de que los VPEO derivan de los VPES mediante el añadido de una proyección funcional causativa. Según puede apreciarse, la estructura que hemos asignado a los VPEO de dativo es análoga a la que los autores citados asignan a los VPES (128a). Sin embargo, debe existir alguna diferencia, puesto que el caso recibido por los argumentos es distinto. Una solución a este problema proviene de la consideración de la teoría de Landau (2009) en el escenario propuesto. Veamos de qué modo.

Fábregas y Marín (en prensa, a) sugieren que la realización sintáctica de los argumentos de un VPEO puede deducirse de la Minimidad Relativizada (Rizzi 1990). Así, en una estructura causativa, el especificador de SInicio (o de Sv en la propuesta de los autores citados) se desplaza a [Espec, ST], puesto que ST atrae al SD más cercano, sin importar su papel temático. Si fuese el experimentante el argumento desplazado a dicha posición, violaríamos la Minimidad Relativizada, puesto que pasaríamos por alto el SD jerárquicamente más próximo (es decir, la causa). En cambio, en el caso de un VPES, la jerarquía estructural de los argumentos predice que será el experimentante el SD desplazado a [Espec, ST], puesto que, ahora, es el argumento más prominente. En este contexto, la estructura de (137a) plantea un problema, puesto que predice (erróneamente) que siempre será el experimentante el argumento realizado como sujeto de la oración. En otras palabras, un VPES y un VPEO de dativo serían sintácticamente indiscernibles. Pero sabemos que el T/SM de un VPEO de dativo, aunque canónicamente realizado en posición posverbal, concuerda en persona y número con el verbo (*A mis amigos les {gusta<sub>3sg</sub>/\*gustan<sub>3pl</sub>} la tortilla*), y puede, en ocasiones, ocupar una posición preverbal (*Esa película ha gustado a mucha gente (por sus efectos especiales)*). Por lo tanto, si asumimos que el T/SM asciende a [Espec, ST], obtenemos una violación de la Minimidad Relativizada.

Este problema puede superarse adoptando la teoría locativa de Landau (2009), según la cual, como hemos revisado en §4.2.5, todos los experimentantes son SSPP encabezados por una preposición (abstracta)  $P_\Psi$ , introductora de un rasgo [locativo] que, al menos en FL, debe ser cotejado en el (segundo) especificador de ST. Dado que el PPA es independiente del rasgo [locativo] de  $P_\Psi$ , podemos predecir la existencia de sujetos sintácticos que no son experimentantes. Así, asumiendo que el PPA atrae al SD más próximo, la estructura de (137a) deja de significar una violación de la Minimidad Relativizada, por cuanto el SD más próximo a ST es, en efecto, el complemento de Rcc y no su especificador; es decir, T/SM y no Exp. Este último argumento sería “opaco” al PPA, toda vez que está dominado por  $P_\Psi$ , que le asigna caso inherente. La misma lógica se aplica en el caso de (137b). Allí, si bien el Exp no asciende a [Espec, ST] por PPA, tampoco *podría* hacerlo, de forma que la “competición” se restringe a Causa y T/SM, de los cuales Causa sigue siendo estructuralmente más próximo a ST, lo que conduce, como es deseado, a su realización como sujeto de la oración.

El coste de esta solución es, como puede advertirse, el que dejemos de considerar los VPES como verbos psicológicos en un sentido estructural, es decir, como configuraciones con un SP experimentante en el sentido de Landau (2009). En efecto, si los experimentantes de un VPES estuviesen dominados por  $P_\Psi$ , la pregunta de los párrafos anteriores se invierte: ¿por qué no son los VPES sintácticamente idénticos a los VPEO de dativo? Si el rasgo PPA busca el SD más cercano, y el experimentante es siempre un SP con caso inherente, entonces la realización de los argumentos de *temer* u *odiar* debiese ser análoga a la de *gustar* (\*A *Juan<sub>EXP</sub>* le temen las arañas, \*A *Juan<sub>EXP</sub>* le odia Pedro).

Nótese, sin embargo, que los diagnósticos de “predicado psicológico” se aplican a los VPES de modo más o menos trivial. Así, por ejemplo, las pruebas de que los experimentantes son sujetos tienen cierto peso descriptivo tratándose de los experimentantes cuya realización superficial es la de objeto, pero resultan poco informativos en el caso de los experimentantes sujetos.<sup>156</sup> Por consiguiente, tenemos dos alternativas, (i) o bien la preposición abstracta que Landau postula en el caso de los experimentantes simplemente no domina los SSDD sujetos de los VPES, (ii) o bien se encuentra presente en un nivel abstracto de representación, pero es opaca a efectos de la sintaxis superficial de la oración, de forma tal que el experimentante recibe caso nominativo y no oblicuo. La solución más simple es la primera, en la medida en que no nos obliga a postular elementos en la computación sintáctica cuyos efectos son opacos o convergentes con otras propiedades gramaticales. Conviene notar, no obstante, que

<sup>156</sup> Por ejemplo, el control de adjuntos no resulta informativo en el caso de los VPES, en la medida en que *todos* los sujetos, sean o no experimentantes, pueden controlar adjuntos:

- i. *Juan<sub>i</sub>* {odia / ama / felicita / despidе / asesina} a *Pedro<sub>j</sub>* para *PRO<sub>i/\*j</sub>* hacerle feliz.

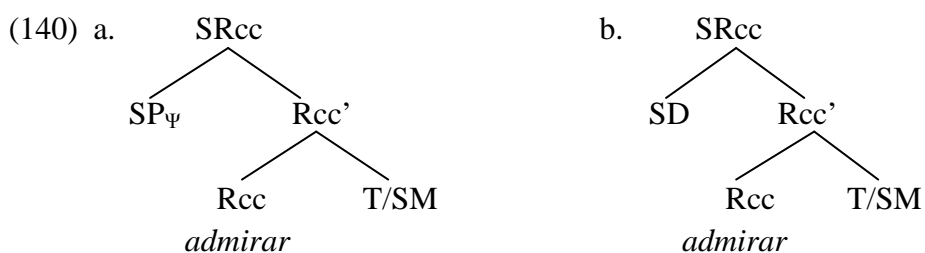
La generalización descriptivamente interesante es que los experimentantes *internos* al SV, aunque no parezcan sujetos, puedan, igualmente, controlar adjuntos: v.g. A *Juan<sub>j</sub>* le interesaba el arte antes de *PRO<sub>j</sub>* viajar a Italia (véase §4.2.5).



algunos verbos alternan entre una manifestación de VPES y una de VPEO de dativo, como es el caso de *admirar*:

- (139) a. Juan admira las obras de Bakunin.  
b. A Juan le admiran las obras de Bakunin.

En (139a), el experimentante de *admirar* se realiza como sujeto oracional, mientras que el T/SM, como objeto. En cambio, la configuración de (139b) otorga al experimentante caso dativo, mientras que realiza el T/SM como nominativo (la oración no tiene sentido bajo la interpretación de que son las obras de Bakunin las que sienten admiración por Juan). Esto muestra, pues, que el especificador de SRcc puede estar dominado por una preposición, caso en el que obtenemos dativo; o bien puede ensamblarse como SD, caso en el que no tenemos un experimentante en un sentido sintáctico, sino solo en sentido nocional o conceptual. Así, *admirar* emplearía dos patrones de realización sintáctica, ambos pertenecientes al nivel de estatividad pura de SRcc: como VPES, siguiendo el modelo de *amar*, *odiar*, *temer*, etc., según se aprecia en (140b); o bien como VPEO de dativo, siguiendo, esta vez, el modelo de *gustar*, *interesar* o *doler*, según se aprecia en (140a).



Al alternar entre estas dos configuraciones, *admirar* da lugar a dos posibilidades de realización sintáctica, siguiendo el principio de Minimidad Relativizada que hemos descrito más arriba. Así, cuando el experimentante se realiza como  $SP_{\psi}$ , el SD más próximo a [Espec, ST] es el T/SM, de manera que este último se realiza como nominativo. En cambio, cuando no se presenta la preposición abstracta  $P_{\psi}$ , el SD más próximo a [Espec, ST] es ahora el que ocupa la posición de especificador de SRcc.

Detengámonos ahora en la cuestión del valor agentivo de los VPEO de acusativo. Como hemos indicado en §4.2.2.2, al comentar el trabajo de Marín (2011), el análisis generalizado de los VPEO como predicados estativos daba lugar a la posibilidad de estructuras agentivas no eventivas, en aquellos verbos que podían tomar agentes pero que rechazaban contextos de dinamicidad. Un ejemplo de ello es *molestar*:

- (141) a. Juan molestó a Pedro (\*lentamente) para que se quitara de en medio.  
b. Juan lo molestó (\*lentamente) para que se quitara de en medio.  
c. Juan lo molestará (\*lentamente) para que se quite de en medio

Como se observa en (141a), *molestar* admite una cláusula final al tiempo que rechaza el adverbio *lentamente*. De este modo, exhibe simultáneamente propiedades agentivas y estativas. Como se observa en (141b), el experimentante se codifica, en este caso, como acusativo, lo que, según hemos desarrollado, se correlaciona con la inserción de un SProceso. Este análisis recibe un respaldo empírico en el ejemplo (141c), que nos muestra que el valor agentivo no dinámico de *molestar* rechaza, no obstante, un contexto de modalidad epistémica orientada al presente. Así, (141c) tiene únicamente una interpretación temporal de futuro.

Vemos, así, que la inserción del agente no es incompatible con la lectura estativa davidsoniana, tal como habíamos visto en el caso de los verbos del grupo de *bloquear*. La posibilidad de tener un agente en este tipo de estructuras dependerá, por lo tanto, de la interpretación que demos al especificador de SInicio en (137b), que, como Iniciador del evento, podrá ser entendido como Agente o como Causante. En cambio, sí podemos predecir que el Agente será incompatible con las estructuras de VPEO de dativo. En este caso no tenemos una posición de Iniciador, sino solo la de Especificador de SRcc, para el Experimentante, o la de complemento de la misma proyección, para el T/SM:

(142) A Juan le gusta la tortilla (\*deliberadamente) (\*para que su madre no se ponga triste)

#### 4.2.9. Rasgos de la entrada léxica

Tal como hemos hecho al finalizar el apartado sobre los verbos de alternancia instrumental, comentaremos aquí la representación que las entradas léxicas de los VPEO deben tener para dar cuenta de las alternancias descritas en los sub-apartados precedentes. Las posibilidades principales son las siguientes:

- Verbos que alternan entre una lectura causativa de estado davidsoniano y una lectura de estado puro: *preocupar, molestar*.
- Verbos que alternan entre una lectura agentiva de estado davidsoniano y una lectura de estado puro: *agobiar, molestar*.
- Verbos que solo presentan un valor de estado puro (VPEO de dativo): *gustar, doler, interesar*.
- Verbos que alternan entre un valor de evento dinámico y uno estativo puro: *seducir, humillar*.

Las dos primeras alternancias, de acuerdo con las estructuras propuestas en el apartado precedente, pueden colapsarse en la misma categoría, puesto que se distinguen únicamente por el valor conceptual que se le asigna al especificador de SInicio. Así, para efectos de los rasgos sintácticos contenidos en la entrada, ambas clases poseerán la misma especificación. Una entrada que da cuenta de los valores revisados en el caso de estos verbos es la siguiente:

(143) *preocupar*: </preoku'par/, [+Inicio, +Proceso, +Rcc], PREOCUPAR >

El uso de *preocupar* que corresponde a la expresión sintáctica máxima de los rasgos contenidos en (143) es el de estado causativo davidsoniano, es decir, en el que el sujeto se interpreta como Causante y el Experimentante lleva caso acusativo (*Juan lo preocupa*). De acuerdo con el Principio de Superconjunto, tenemos al menos dos posibilidades más: [SProceso [SRcc]] y [SRcc]. La variante más reducida, es decir, SRcc, corresponde a un estado puro, análogo a un estado de nivel 1 o un VPEO de dativo excluyente (*gustar*). En este caso, el Experimentante se codifica en dativo y la estructura, que carece de validez en intervalos, puede adoptar lectura modales epistémicas (v.g. *A Juan le preocupará la economía, porque se lee todos los periódicos bursátiles*). ¿Existe una realización sintáctica de la variante intermedia, es decir, de [SProceso [SRcc]]? Esta estructura equivaldría a un estado davidsoniano no causativo, es decir, en la que el argumento externo o Iniciador se cancela. Dicha posibilidad podría verse materializada en la variante reflexiva del predicado (v.g. *Juan se preocupa por la economía*). Sin embargo, por una parte, la realización de un subconjunto de los rasgos sintácticos de la entrada se correlaciona aquí con una mayor complejidad morfosintáctica (añadimos el clítico *se*), lo que no es de esperar si lo único que explica esta reducción es la aplicación del Principio del Superconjunto; por otra, es discutible que el valor de dicha variante quede correctamente caracterizado por la noción de ‘mantener la propiedad P en el individuo X durante el intervalo I’, que es la que se obtiene al ensamblar Proc sobre SRcc. De acuerdo con Marín y McNally (2011), los usos reflexivos de los VPEO contienen el inicio del estado y no solo una extensión arbitraria de él, lo cual sugiere que, al cancelarse el argumento externo, no perdemos el importe semántico de la proyección SInicio, sino solo su especificador. Un contraste que permite apreciar esto es la cuantificación temporal de ciertas subordinadas temporales (Marín y McNally 2011) (véase §4.1.3.3 y §4.2.4.2):

- (144) a. Cuando comienza la clase, los niños están aburridos.
- b. Cuando comienza la clase, los niños se aburren.

Al referirnos al estado de aburrimiento, en (144a), la cuantificación temporal ejercida por la cláusula subordinada (‘cada vez que comienza la clase’) no contiene necesariamente su inicio. Así, puede ser el caso que los niños ya estén aburridos antes de empezar la clase. Por otra parte, en (144b), para cada ocasión distinta hay un inicio específico del estado de aburrimiento. Así, (144b) solo es verdadera en un contexto en el que los niños pasan a estar aburridos una vez que la clase ha comenzado.

Sin embargo, la atribución de este fenómeno a la variante reflexiva del VPEO como tal puede ser apresurada, como ya hemos comentado en §4.1.3.3. En particular, si consideramos un verbo de estado davidsoniano no reflexivo, encontramos contrastes similares, como sucede con *brillar*:

- (145) a. Cuando comienza la clase, la lámpara está encendida.
- b. Cuando comienza la clase, la lámpara brilla.

Tal como sucede en (144), un estado puro introducido por *estar* permite la lectura en la que la lámpara está encendida desde antes que la clase comience.<sup>157</sup> En contraste, (145b) solo es verdadera si la lámpara comienza a brillar una vez que la clase ha comenzado. De modo crucial, el verbo *brillar* no posee una variante eventiva dinámica, sino solo de estado davidsoniano. Dado que *brillar* no alterna con otros valores, debemos concluir que la cuantificación a la que da lugar se debe a su estructura eventiva. Ahora bien, la única diferencia entre un estado davidsoniano y un estado puro radica en que solo los primeros incluyen una variable eventiva, por lo que el contraste entre (145a) y (145b) puede reducirse a la presencia o ausencia de dicha variable. Si esto es así, un motivo análogo puede argüirse para la lectura disponible en (144b). Por consiguiente, podemos considerar la variante reflexiva de los VPEO como una instanciación de la estructura [SProceso [SRcc]], análoga a la de un estado davidsoniano no causativo. La correlación entre la pérdida del argumento externo y la presencia del clítico reflexivo puede achacarse a una cuestión idiosincrásica del español, y las condiciones exactas de su aparición caen fuera del alcance de esta tesis.<sup>158</sup>

El tercer caso de los apuntados al comienzo de este sub-apartado, esto es, verbos que no alternan y que manifiestan una lectura excluyente de estado puro, puede recibir la siguiente estructura:

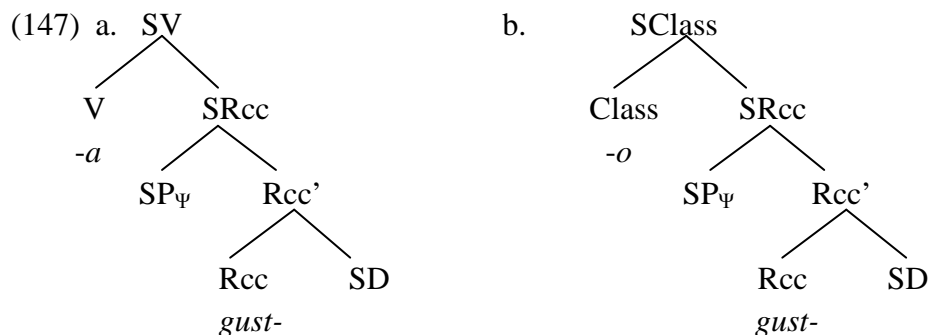
(146) *gustar*: < / 'gust-/, [+Rcc], GUSTAR >

La estructura de rasgos de (146) corresponde, como se advertirá, al subconjunto mínimo de la estructura de rasgos de (143). Así, un verbo como *preocupar* en su lectura de estado puro es estructuralmente análogo a un verbo como *gustar* bajo la única lectura que su entrada léxica deja disponible. En ambos casos, el experimentante se codifica en dativo, mientras que, también en ambos casos, las lecturas modales epistémicas se encuentran disponibles (v.g. *A Juan le gustará la tortilla*). Nótese, además, que el rasgo [+Rcc] no determina la categoría gramatical de *gustar* (vemos que su representación fonológica excluye la vocal temática). Esto es característico, según venimos

<sup>157</sup> Recuérdese que la pasiva con *estar* denota un estado puro, como hemos comentado en §4.1.3. Así, esta construcción da lugar a lecturas epistémicas (v.g. *La carta estará escrita*), frente a la pasiva con *ser*, que no lo hace (v.g. *La cara será escrita*) y que, por tanto, denota un evento (cf. Ramchand 2013).

<sup>158</sup> La caracterización de *preocuparse* o *aburrirse* como estados davidsonianos de la forma [SProceso [SRcc]] no se extiende a los VPEO reflexivos *puntuales* (Marín y McNally 2011, véase §4.2.2.1), tales como *cabrearse* o *enfadarse*. De acuerdo con los autores citados, estos verbos denotan el límite inicial de la eventualidad y se comportan, así, como logros. Un contraste útil al respecto es el que ofrece la forma progresiva. Como los de la clase de *aburrirse* poseen extensión temporal, admiten una lectura de presente en la forma progresiva (*Juan se está aburriendo* > 'en este momento, Juan siente aburrimiento'); en cambio, como los de la clase de *cabrearse* son predicados inextensos, exhiben una lectura preparatoria bajo este contexto, como hacen los logros (*Juan se está enfadando* > 'está a punto de enfadarse', *Juan está llegando* > 'está a punto de llegar'). No abordaremos aquí la semántica de los logros, ni cómo obtienen su carácter inextenso. Debemos agregar, no obstante, como ya hemos hecho en §1.1.8, que la denotación de un punto de tiempo no equivale a la validez en puntos de tiempo de un estado puro. Los logros son exclusivamente válidos en un punto (esto es, deben ser falsos en los puntos de tiempo inmediatamente precedente e inmediatamente posterior), mientras que los estados *pueden ser evaluados* en puntos de tiempo, aunque nada impide que sean también válidos en cualquier otro punto de tiempo anterior o posterior (cf. la implicación del superintervalo, Gennari 2002, §3.2.3.1).

defendiendo, de los estados de nivel 1. Así, la entrada de (146) adquiere categoría verbal bajo una proyección verbal, y rasgos nominales bajo una proyección nominal. La materialización de ambas manifestaciones difiere: en el primer caso añadimos una vocal temática (-a) y en el segundo, marcas flexivas que determinan el género (-o):



Por último, encontramos la posibilidad que, de acuerdo con Marín (2011), es la menos frecuente. Esto es, VPEO que, efectivamente, denoten eventos dinámicos. Hemos visto que estos verbos pueden denotar igualmente estados puros, como se aprecia en el contraste de (148):

- (148) a. Juan sedujo a María lentamente.  
b. A Juan le seduce (\*lentamente) que le hablen al oído.

La pregunta es, por lo tanto, si la variante estativa de (148b) puede obtenerse mediante aplicación del Principio del Superconjunto sobre una estructura de rasgos análoga a la de (143), que incluya un SRcc en su posición baja. Desde un punto de vista intuitivo, no obstante, el significado de (148b) no corresponde a una eventualidad estativa en que Juan siente “seducción” por efecto de un estímulo coextensivo con esta emoción. Tal es el valor que, como indica Arad (1998, véase §4.2.1), poseen los estados psicológicos. Así, en *A Juan le aburre esta película* asumimos que la película y el aburrimiento de Juan son coextensivos en la misma eventualidad. (148b) posee, en cambio, un valor genérico derivado. Si el valor estativo se encontrara codificado en la entrada léxica inicial, entonces podríamos hacer referencia a él mediante modificación adverbial durativa (cf. Fábregas y Marín 2012a), pero este no es el caso:

- (149) a. Juan sedujo a María durante horas.  
b. Juan humilló a María durante meses.  
c. Juan colgó sus calcetines de la ventana durante horas.

En el ejemplo de (149c), el modificador *durante horas* mide el estado resultante del evento de colgar. Así, los calcetines se mantienen colgados durante horas, una vez que la acción efectuada por Juan ha concluido y este, probablemente, ha desaparecido de la escena. Sin embargo, en los ejemplos de (149a) y (149b), la forma adverbial *durante x tiempo* tiene un valor distinto. En (149a), puede ser el caso que Juan haya estado involucrado en la acción de humillar a María durante horas, pero no que Juan consiguió

seducirla (en un periodo arbitrario de tiempo) y ella se mantuvo seducida por este intervalo de tiempo. Análogamente, en (149b), o bien el evento de humillar se extiende por meses, o bien tiene lugar una serie iterativa de eventos de humillar que se extiende a lo largo de este intervalo, pero en ningún caso decimos que la humillación de María se prolongó por meses, con independencia de la duración del evento que condujo a aquella. Por ello, como hemos visto al finalizar el apartado anterior, atribuimos a *colgar* una entrada cuyos rasgos incluyen un SRcc, que puede manifestarse como estado resultante de la variante dinámica, o bien como estado puro independiente.

En consecuencia, el valor estativo de los VPEO dinámicos (*humillar*, *seducir*) no se obtiene por medio de una alternancia similar a la que da lugar al valor de estado puro de *preocupar*. En el caso de los primeros, por lo tanto, tenemos únicamente una estructura dinámica que, al insertarse en un contexto de aspecto externo (v.g. Aspecto Habitual), puede servir de base a la creación de un estado puro. La entrada, por lo tanto, tendría el aspecto siguiente:

(150) *seducir*: < /seðu'θir/, [+Inicio, +Proceso, +Rct], SEDUCIR >

Dado que la entrada culmina en un SRct (de coincidencia terminal), el verbo puede denotar la adquisición de una propiedad, pero no el estado resultante de ese evento, que requeriría un SRcc.

#### 4.2.10. Conclusiones del apartado

En este apartado hemos revisado los verbos psicológicos de experimentante objeto (VPEO), con especial énfasis en los valores aspectuales que ofrecen y en cómo estos valores se correlacionan con la expresión sintáctica de su estructura argumental.

Siguiendo la propuesta de Marín (2011), hemos identificado un valor estativo para la amplia mayoría de los VPEO, incluyendo algunos contextos en que el agente no está reñido con este valor aspectual. Sin embargo, nos hemos distanciado de esta propuesta al reconocer diferencias al interior de la clase, lo cual nos ha llevado a identificar, como habíamos hecho ya con el grupo de los verbos de alternancia instrumental, una categoría intermedia entre la estatividad pura y la eventividad dinámica. En nuestro modelo, dicha categoría se representa mediante la inserción de una variable eventiva, en SProceso, que domina a SRcc, obteniéndose, así, una estado válido en intervalos.

Hemos propuesto que la distribución del caso en que está codificado el experimentante se correlaciona parcialmente con esta diferencia aspectual. Así, los VPEO de dativo son siempre estados puros, mientras que los VPEO de acusativo son, bien estados davidsonianos (como *molestar*, *preocupar*, *agobiar*), bien eventos dinámicos (como *humillar* o *seducir*). De este modo, todo VPEO dinámico codifica su experimentante en acusativo, pero no a la inversa. En otras palabras, el experimentante en acusativo se correlaciona con la presencia de SProceso, y del argumento eventivo que este introduce, pero no con lo que SProceso domine en la sintaxis (SRcc o SRct).

En términos configuracionales, hemos defendido un análisis en el que los VPEO de dativo poseen una proyección estativa simple que relaciona un experimentante con un T/SM en una estructura relacional (SR<sub>cc</sub>), mientras que los VPEO de acusativo incluyen un SProceso, dando cuenta, así, de su extensión temporal. Este análisis, que sigue de cerca las propuestas de Landau (2009), tiene el coste (en nuestra versión, pero no en la del autor citado) de excluir a los VPES de la clase de los verbos psicológicos, entendidos como una clase sintáctica especial. Su valor “psicológico” depende, así, del valor conceptual del predicado, no de sus propiedades sintácticas.

Un resumen de estos resultados se aprecia en la tabla siguiente:

	Valor aspectual	Estructura temática	Codificación sintáctica del experimentante	Representación configuracional
<b>VPEO de dativo</b> ( <i>gustar, preocuparle, molestarle</i> )	Estados puros	[Exp, T/SM]	Dativo	[SR <sub>cc</sub> SP <sub>ψ</sub> [R <sub>cc</sub> [SD <sub>T/SM</sub> ]]]
<b>VPEO de acusativo</b>	Estados causativos (davidsonianos) ( <i>preocupar</i> )	[Caus, Exp, T/SM]	Acusativo	[SInicio SD <sub>CAUSA(i)</sub> Inicio [SProc Proc <sub>&lt;e&gt;</sub> [SR <sub>cc</sub> SP <sub>ψ</sub> R <sub>cc</sub> [SD <sub>T/SM(i)</sub> ]]]]]
	Estados agentivos (davidsonianos) ( <i>molestar</i> )	[Agente, Exp]	Acusativo	[SInic SD <sub>AGENTE(i)</sub> Inicio [SProc Proc <sub>&lt;e&gt;</sub> [SR <sub>cc</sub> SP <sub>ψ</sub> R <sub>cc</sub> [SD <sub>T/SM(i)</sub> ]]]]]
	Eventos dinámicos ( <i>humillar</i> )	[Causa, Exp] [Agente, Exp]	Acusativo	[SInicio SD <sub>CAUSA/AGENTE</sub> Inicio [SProc Proc <sub>&lt;e&gt;</sub> [SR <sub>cterm</sub> SP <sub>ψ</sub> R <sub>ct</sub> [SD <sub>T/SM</sub> ]]]]]

Tabla 8. Propiedades aspectuales, temáticas y sintácticas de los VPEO

### 4.3. Conclusiones del capítulo

En este capítulo hemos analizado dos clases de verbos que presentan alternancias sistemáticas entre distintos valores aspectuales. El primero de ellos, los verbos de la llamada alternancia instrumental, alternan entre un valor eventivo dinámico (agentivo o no agentivo) y uno estativo davidsoniano o de intervalo (causativo). El segundo, de los VPEO, alterna, mayormente, entre un valor estativo puro y uno estativo causativo davidsoniano. Solo un subgrupo de ellos presenta, además, valores eventivos dinámicos (*humillar, seducir*), mientras otro grupo reducido presenta valores exclusivamente estativos (*gustar, apetecer, importar*). Hemos visto, además, que existe una correlación entre el valor aspectual del predicado y el caso en que se codifica el experimentante. De este modo, los verbos que no pueden tomar un valor estativo davidsoniano (*gustar*)

codifican el experimentante siempre en dativo, mientras que aquellos que alternan entre ambos tipos de estatividad codifican el experimentante en dativo (cuando adoptan un valor de estado puro) o en acusativo (cuando adoptan un valor de estado causativo davidsoniano).

Hemos desarrollado en este capítulo la noción de *grado* de dinamicidad, aunque es importante destacar que los puntos sintácticamente relevantes de la escala pueden fijarse de manera discreta. Así, por lo que a los núcleos sintácticos de la primera fase respecta, estos grados se reducen a tres: estados puros, estados davidsonianos y eventos dinámicos. Si bien hemos revisado pruebas adicionales a lo largo de este capítulo, tales distinciones pueden captarse empíricamente de modo suficiente empleando el adverbio *lentamente*, que rechaza predicados no dinámicos y excluye, así, estados puros y davidsonianos; los contextos de modalidad epistémica, que seleccionan estados puros de forma exclusiva; y, finalmente, las lecturas “inclusivas” entre el tiempo de referencia y el tiempo de la eventualidad ( $E \subseteq R$ ):

	<b>Estados puros</b> ( <i>tener, faltar, gustar</i> )	<b>Estados davidsonianos</b> ( <i>bloquear, brillar, preocuparlo</i> )	<b>Eventos dinámicos</b> ( <i>escribir, humillar</i> )
<i>Lentamente</i>	-	-	+
Modalidad epistémica	+	-	-
Lectura $E \subseteq R$	-	+	+

Tabla 9. Contrastes empíricos de los grados de dinamicidad en español

Estos contrastes se explican mediante la presencia o ausencia de dos elementos estructurales. De una parte, la inserción de una variable eventiva, cuya huella temporal es necesariamente extensa, confiere duración intrínseca al predicado. De este modo, puesto que el predicado deja de ser evaluable en puntos de tiempo, tanto los estados davidsonianos como los eventos dinámicos deben rechazar las lecturas modales epistémicas y satisfacer el requisito de maximalidad (Katz 2000). Por otra parte, debemos contar con el valor del núcleo relacional R, que se ensambla en posición de complemento de Proc. Si Proc toma como complemento una frase relacional de coincidencia central (SRcc), el intervalo cubierto por la variable eventiva es estrictamente homogéneo (vale decir, no hay cambio); si Proc toma una frase relacional de coincidencia terminal (SRct), obtenemos un predicado con cambio interno. Esto determina que solo los eventos dinámicos, donde no se especifica que hay homogeneidad interna, acepten *lentamente*, toda vez que solo el cambio es compatible con la estimación del “ritmo” con que un evento tiene lugar.

Los dos tipos de alternancia analizados en este capítulo (entre estado davidsoniano y evento dinámico y entre estado puro y estado davidsoniano) pueden esquematizarse como sigue:



	Estados puros	Estados davidsonianos	Eventos dinámicos
<b>Alternancia instrumental</b> ( <i>bloquear</i> )	∅		
<b>VPEO dativo/acusativo</b> ( <i>preocupar, molestar</i> )			(Solo <i>humillar</i> y <i>seducir</i> )
<b>VPEO dativo</b> ( <i>gustar</i> )		∅	∅

Tabla 10. Alternancias disponibles en los verbos analizados

Por lo tanto, los verbos del tipo de *bloquear* contienen siempre, en su representación léxico-sintáctica, un núcleo Proceso, puesto que nunca se comportan como estados puros. Sin embargo, pueden variar el valor de su núcleo relacional R, alternancia que posibilita la asunción de valores eventivos dinámicos (v.g. *Juan bloqueó la entrada en cinco minutos*), si R es de coincidencia terminal; o de estado davidsoniano (v.g. *La mesa bloquea la entrada desde hace horas*), si R es de coincidencia central. En cambio, los VPEO de dativo/acusativo incluyen también, en su representación léxico-sintáctica, un núcleo Proceso, pero poseen un R con un valor de coincidencia central fijo. Esto permite que puedan emplear SRcc –como subconjunto propio de la entrada léxica– para denotar un estado puro (v.g. *A Juan le preocupa su futuro*) junto al valor de estado davidsoniano en que Proc se proyecta en la sintaxis, sobre cuyo evento podemos ensamblar un argumento externo en el especificador de SInicio (v.g. *Pedro preocupa a Juan*). Sin embargo, dado que el valor de R es en este caso fijo, los VPEO no adoptan normalmente valores eventivos dinámicos (v.g. *\*Juan preocupó a su madre lentamente*), que exigirían un SRct. Finalmente, verbos como *gustar* o *doler*, que manifiestan el experimentante solo en dativo, lexicalizan únicamente un SRcc, por lo que denotan siempre estados puros.



## Capítulo 5

### Nominalizaciones de estado

El objetivo del presente capítulo es aplicar el análisis desarrollado en los capítulos precedentes –especialmente el tercero (estado puros) y el cuarto (estados causativos alternantes)– al dominio de las nominalizaciones. En particular, este ámbito empírico nos servirá para mostrar que la idea de que la estatividad se manifiesta en distintos niveles sintácticos opera de igual modo cuando observamos la conducta de los nombres asociados a los predicados verbales estudiados. De este modo, satisfacemos un objetivo doble. Por una parte, encontramos evidencias adicionales para la teoría expuesta y, por otra, realizamos una aplicación de ella en un terreno empírico concreto.

Nuestro interés se centrará, por lo tanto, en diagnosticar la estructura que podemos atribuir a las distintas clases de nombres estativos, apreciando, así, en qué medida estas estructuras son paralelas a las que ya hemos identificado en el dominio verbal. Las generalizaciones y análisis que presentemos sobre los exponentes morfológicos asociados con dichas estructuras son subsidiarios, así, de este cometido principal

Mostraremos que los estados de nivel 1, es decir, aquellos que lexicalizan un SRcc (1a), pueden manifestarse como nombres sin necesidad de emplear morfología deverbal (1b). Esto se sigue de la caracterización de SRcc como una proyección en sí misma no categorizada, que puede ser dominada por proyecciones funcionales tanto verbales como nominales:

- (1) a. *faltar, sobrar, pesar, costar, odiar*  
b. *falta, sobra, peso, costo, odio*

Por otra parte, los estados de nivel 2, esto es, aquellos que incluyen una proyección de SInicio (2a), sí sufren un proceso de cambio categorial, toda vez que dicha proyección es específicamente verbal. Como consecuencia de ello, los nombres de estado de nivel 2 incluyen morfología deverbal (2b) y presentan alteraciones en la expresión sintáctica de sus argumentos (cancelación del argumento externo) (3a-b):

- (2) a. *tener, poseer, conocer, entender, creer*  
b. *tene-ncia, pose-sión, conoci-miento, cree-ncia*

- (3) a. El sabio conoce la verdad.  
b. El conocimiento de la verdad (por parte del sabio)

Finalmente, los estados alternantes (verbos de alternancia instrumental y verbos psicológicos de experimentante objeto) (4a) incluyen, igualmente, proyecciones específicamente verbales (SProceso). Por lo tanto, y análogamente a lo sucedido con los

nombres de estado de nivel 2, encontraremos nombres morfológicamente derivados (4b) y modificaciones en la estructura argumental (5a-b):

- (4) a. *cubrir, obstruir; preocupar, indignar*  
b. *cubri-miento, obstruc-ción; preocupa-ción, indigna-ción*
- (5) a. Juan preocupa a su madre.  
b. La preocupación de Juan por su madre  
c. \*La preocupación de la madre por parte de Juan

Dado que estos predicados incluyen un SProc, poseen valor de estado davidsoniano y no de estado puro. Por último, existe una serie de nombres no derivados (*bloqueo, interés, pena, cabreo*) cuyo tamaño estructural no se sigue directamente de su estructura morfológica, puesto que poseen propiedades sintácticas análogas a las de nominalizaciones deverbales. Estableceremos criterios para realizar una clasificación de estos nombres, aunque no pueda restringirse, en principio, el tipo de estructura que pueden lexicalizar.

Una observación común en los estudios sobre nominalizaciones de verbos de estado (cf. Katz 2000, Spencer y Zaretskaya 2003, Fábregas y Marín 2012a) consiste en la baja productividad de las nominalizaciones de estado. O bien el predicado de base no ofrece un nombre en absoluto (v.g. *haber*) o bien los mecanismos derivativos productivos en el caso de los verbos eventivos no hayan aplicación en el dominio de los estados (v.g. en inglés, las nominalizaciones en *-ing* que toman genitivo, cf. Zucchi 1993, Katz 2000, Rothamyr 2009). Veremos que, en los grupos de verbos considerados en este estudio, la expresión nominal se encuentra regularmente disponible, aunque los procedimientos morfológicos sean, efectivamente, peculiares de estos predicados. Así, la gran mayoría de los predicados estativos que poseen una expresión nominal utilizan un nombre no derivado, como comprobaremos al estudiar los estados de nivel 1 (v.g. *faltar* > *falta*, *pesar* > *peso*, *sobrar* > *sobra*, etc.). Por otra parte, el sufijo *-ncia* selecciona predicados estativos puros, rechazando tanto eventos dinámicos como estados davidsonianos. Finalmente, los verbos que, como *haber*, no dan lugar a nominalizaciones de ningún tipo (a excepción de la forma de infinitivo) pueden analizarse como lexicalizaciones de operadores aspectuales o temporales externos al nivel del aspecto interno, que es, siguiendo a Fábregas y Marín (2012b), el terreno donde se aplican usualmente los procesos derivativos deverbales. Esto explicaría que *haber* o *ser* no den nominalizaciones, mientras que *tener* (> *tenencia*), *conocer* (> *conocimiento*) o *entender* (> *entendimiento*) sí lo hagan. Este segundo grupo correspondería a verbos que lexicalizan proyecciones verbales de aspecto interno.

El capítulo se organiza del modo siguiente. Primero, en §5.1, presentaremos un breve resumen de los niveles y grados de estatividad identificados en los capítulos anteriores. Luego, en §5.2, ofreceremos un repaso de las principales aproximaciones a los nombres de estado que se encuentran en la bibliografía. En §5.3, presentaremos el conjunto de pruebas que nos permitirá aislar un valor aspectual estativo en el dominio

nominal. Una vez hecho esto, pasaremos a describir y analizar los datos correspondientes a los predicados estudiados. El apartado §5.4 está dedicado al estudio de los verbos puros o no alternantes, donde incluimos los nombres asociados con estados de nivel 1 (§5.4.1) y los nombres de estados de nivel 2 (§5.4.2). En §5.4.3, incluiremos un análisis de las nominalizaciones de verbos existenciales de presuposición temporal (*permanencia, persistencia*), que suponen una excepción a la generalización que restringe el proceso de nominalización a la fase de aspecto interno. A continuación, el apartado §5.5 aborda los estados que manifiestan alguna alternancia entre estado y evento. Allí, se analizan los nombres vinculados con verbos de alternancia instrumental (*bloqueo, cubrimiento*) y con verbos psicológicos de experimentante objeto (*preocupación, indignación*). El capítulo se cierra con un breve apartado que sintetiza las principales conclusiones alcanzadas.

### 5.1. Niveles y grados de estatividad: recapitulación

Hasta el capítulo anterior, hemos estudiado la manifestación de la estatividad en el dominio verbal. Hemos visto que la estatividad puede ser abordada, principalmente, desde dos ejes de variación. El primero de ellos se relaciona con el *nivel estructural* en que la estatividad es definida. El segundo, con el *grado* de estatividad que una cierta proyección funcional puede codificar. De este modo, podemos encontrar proyecciones que se ensamblen en un nivel alto de la jerarquía funcional y que codifiquen un grado también alto de estatividad (por ejemplo, las lecturas habituales). Y, a la inversa, una proyección propia de las capas funcionales más internas puede contribuir a codificar un grado de estatividad más próximo a la eventividad (v.g. SProc). En concreto, las proyecciones funcionales que hemos analizado en los capítulos anteriores son las siguientes:

#### Estados puros de aspecto interno

- **SRcc (estados de nivel 1):** corresponde a una estructura relacional de coincidencia central categorialmente no marcada, y que se interpreta en FL como una relación de predicación, análoga a una cláusula reducida (cf. Harley 2009) o a un SPred (cf. Rothmayr 2009, Roy 2013) en otros modelos. Los verbos que lexicalizan este nivel incluyen *faltar, sobrar, pesar, costar, amar* o *gustar*.
- **SInicio (estados de nivel 2):** corresponde a una estructura específicamente verbal, introductora del argumento externo de un evento. En ausencia de la proyección introductora del argumento eventivo (SProc), se interpreta como una relación de predicación análoga a SRcc. Los verbos que lexicalizan este nivel incluyen *saber, conocer, tener* o *poseer*.

## Estados puros de aspecto externo

- **Aspecto Progresivo:** corresponde a un estado puro de tipo SL. Denota la inclusión de un estadio en el conjunto de estadios que pueden coordinarse con los momentos integrantes de la huella temporal de un evento (§3.3.5). Se aplica sobre cualquier predicado que posea duración intrínseca (v.g. validez en intervalos), sea un evento dinámico (*está bailando*) o un estado davidsoniano (*está durmiendo*).
- **Aspecto Habitual:** corresponde a un estado puro elaborado sobre la iteración de estados de cosas, sean estados de nivel SL (*Juan siempre tiene dinero*) o eventos (*Juan siempre gana la carrera*) (§3.3.6).

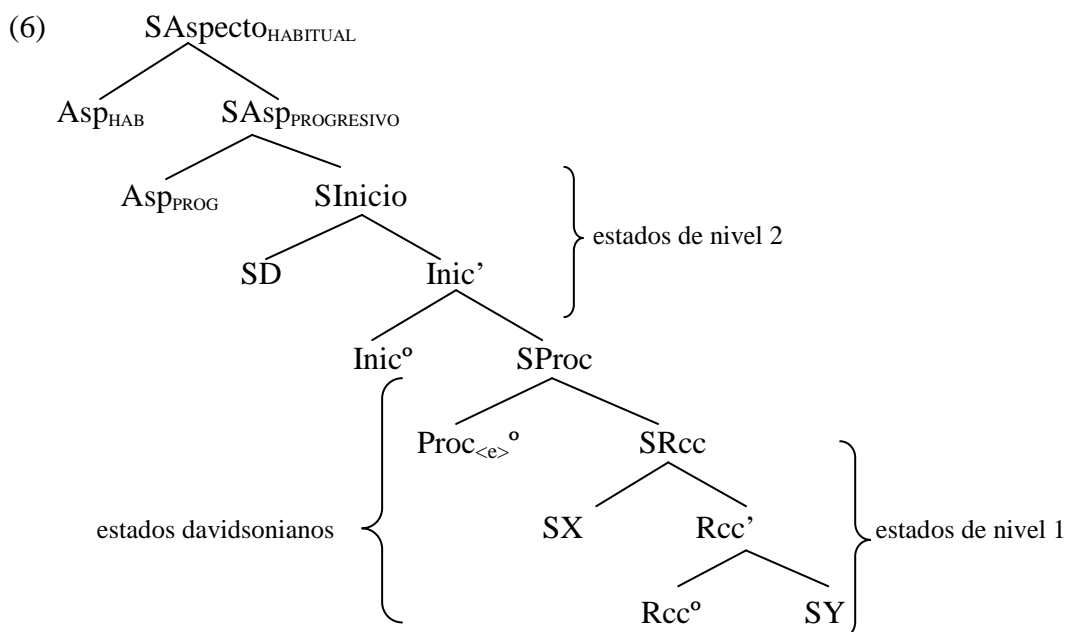
## Estados davidsonianos o de intervalo

- **SProc<sub><e></sub>:** corresponde a la proyección introductora del argumento eventivo, cuya huella temporal es siempre válida en intervalos. Proporciona, así, duración intrínseca a un predicado. Si domina una proyección relacional de coincidencia terminal (SRct), la estructura resultante, [SProc [SRct]], denota un evento de cambio de estado; si, en cambio, domina un SRcc, la configuración que obtenemos, [SProc [SRcc]], denota un estado davidsoniano o de intervalo. Este segundo tipo de estructuras es lexicalizado tanto por la variante estativa de los verbos de alternancia instrumental (*bloquear, tapar, cubrir, obstruir*) como por los VPEO cuando codifican el experimentante en acusativo.<sup>159</sup>

Las relaciones jerárquicas de estos niveles pueden apreciarse en la siguiente estructura:

---

<sup>159</sup> La posibilidad restante, en que Proc no domina ninguna estructura relacional, sirve para modelar eventos dinámicos atéticos (actividades) (cf. §2.7.5). La duración intrínseca del predicado queda, en este caso, inespecificada con respecto al cambio interno. Dicha aproximación sigue de cerca la propuesta de Borer (2005), según la cual las actividades corresponden a un evento sin especificación de telicidad (SAsp<sub>0</sub>) ni de estatividad (SEstado). Sin embargo, la diferencia entre nuestro modelo y el de Borer radica en que, según esta autora, los verbos estativos corresponden siempre a un evento especificado como estado, mientras que para nosotros solo los estados davidsonianos poseen un argumento eventivo. Esto nos permite distinguir, siguiendo a Maienborn (2003, 2005, 2007), entre estados puros (o kimianos), que carecen de variable eventiva, y davidsonianos (o de intervalo). Para más comentarios, ver §2.7.



En los apartados siguientes veremos cómo estas estructuras se manifiestan en el dominio nominal. Primero, realizaremos una introducción al tratamiento que las nominalizaciones estativas han tenido en la bibliografía. Luego, presentaremos las pruebas que pueden usarse en el dominio nominal para detectar estatividad. Posteriormente, analizaremos separadamente los grupos de nombres que pueden relacionarse con los estados de cada nivel. Nuestro principal objetivo al analizar estos nombres de estado es verificar las predicciones que nuestro análisis de la estatividad en el terreno verbal arrojan sobre el dominio nominal, confiriendo, así, apoyo empírico adicional a la idea de que la estatividad puede codificarse en distintos niveles, incluso si nos restringimos a la primera fase sintáctica.<sup>160</sup>

<sup>160</sup> Excluiremos de este análisis, por lo tanto, posibles nombres de estado que capten los niveles de estatividad del Aspecto Progresivo y del Aspecto Habitual, que, en el capítulo 3, nos han servido para ilustrar cómo opera la expresión de la estatividad en los niveles del aspecto externo. Respecto de la posible nominalización de estos niveles, existen regularidades empíricas que vuelven poco fiable su ocurrencia, puesto que, como señalan Fábregas y Marín (2012a), las nominalizaciones deverbales se aplican en el terreno del aspecto interno o de tipo de situación (*Aktionsart*), con exclusión de las proyecciones de aspecto externo. Sin embargo, Barque et al. (2009) (cf. Marín 2013) observan que algunos nombres (en especial provenientes de verbos de actividad) denotan un ‘hábito’. Tal es el caso de *natación* o *jardinería*, a los que difícilmente puede atribuírseles un valor eventivo episódico (v.g. *\*La rapidísima natación de Juan hasta la otra orilla*) y que denotan, en cambio, ocupaciones estables (v.g. *Juan practica la natación*). Sin embargo, este valor conceptual no autoriza la atribución de un nodo de Aspecto Habitual a la configuración sintáctica de estos nombres. Nótese que una oración habitual conserva en su interior un evento, como muestra el tipo de modificadores que el verbo puede llevar (v.g. *Juan siempre nada rápidamente en la piscina templada*, donde el adverbio de manera y el locativo se orientan al evento) y que resultan imposibles en un nombre como *natación* (v.g. *\*La rápida natación de Juan en la piscina templada*). Dejamos la consideración detallada de estas cuestiones, no obstante, para futuras investigaciones.

## 5.2. Nominalizaciones de verbos estativos: estado de la cuestión

La investigación sobre las nominalizaciones deverbales se ha centrado casi exclusivamente en las de tipo eventivo, desde que Grimshaw (1990) plantease que solo los predicados de evento complejo –es decir, aquellos que cuentan con subeventos en su estructura eventiva– dan lugar a nominalizaciones propiamente tales: *construcción* de *construir*, *destrucción* de *destruir*, etc. La presencia de estructura eventiva compleja se correlaciona, según la autora, con la necesidad de expresar la estructura argumental asociada. Dado que los nombres son marcadores temáticos deficitarios, necesitamos la introducción de una preposición, pero, en cualquier caso, un nombre eventivo debe ir acompañado de su argumento: *La construcción \*(de la ciudad) tuvo lugar el siglo pasado*.

Aunque, siguiendo a Grimshaw (1990), existan unidades léxicas capaces de referir eventos, como es el caso de *fiesta* o *boda*, tales nombres carecerán de estructura argumental y tendrán, en última instancia, el mismo estatus que un nombre simple como *mesa*. La supuesta eventividad de aquellos nombres se sigue, por lo tanto, no de una estructura eventiva subyacente, sino de su contenido enciclopédico. Por otra parte, los nombres de evento complejo, como *construcción*, dan lugar a una lectura de resultado (v.g. *La construcción mide veinte metros*) que carece de eventividad. Así, Grimshaw distingue tres tipos de nominales: nombres de evento complejo, nombres de evento simple y nombres de resultado.

Las pruebas que Grimshaw identificó para detectar la eventividad en el dominio nominal eran las siguientes:

- (i) posibilidad de aceptar ciertos modificadores aspectuales como *frequent* [frecuente] y *constant* [constante] (*The frequent expression \*(of one's feelings) is desirable* [La expresión frecuente \*(de los propios sentimientos) es deseable]);
- (ii) interpretación del posesivo como sujeto (*The instructor's (deliberate) examination \*(of the papers) took a long time* [La evaluación (deliberada) \*(de los papeles) por parte del profesor llevó un largo tiempo]);
- (iii) admisión de un sintagma agentivo con *by* (*The assignment \*(of unsolvable problems) by the instructor* [La asignación \*(de problemas irresolubles) por parte del profesor]);
- (iv) rechazo del plural (*\*The shootings of rabbits are illegal* [*\*Las cacerías de conejos son ilegales*]);
- (v) admisión exclusiva de determinante definido (*{the/\*a} shooting of rabbits is illegal* [*{la / \*una} cacería de conejos es ilegal*]);
- (vi) admisión de modificadores análogos a los que admite el verbo (*The destruction of the city in only two days* [La destrucción de la ciudad en solo dos días] / *They destroyed the city in only two days* [Ellos destruyeron la ciudad en solo dos días]).



- (vii) posibilidad de controlar cláusulas de infinitivo (*The examination of the patient in order to determine whether...* [La evaluación del paciente a fin de determinar si...]); y, por último,
- (viii) en el caso de las nominalizaciones resultativas, posibilidad de uso predicativo (*that was {the/an} assignment* [Ese fue {la / una} tarea]);

Aunque esta propuesta ha gozado de considerable influencia, algunos de sus supuestos básicos han recibido críticas (Alexiadou 2001, Spencer y Zaretskaya 2003, Resnik 2007, Varela 2011, entre otros). Resnik (2007), por ejemplo, al sintetizar una serie de criterios esgrimidos para determinar la eventividad nominal en español, critica la posición restrictiva que Grimshaw asume respecto de qué predicados permiten nominalizaciones eventivas. Según esta autora, que se basa en el trabajo de Picallo (1991, 1999) y Alexiadou (2001), la idea de que solo los predicados de evento complejo admiten nominalizaciones de este tipo no se sostiene. Tal opción conllevaría aceptar que solo las realizaciones, compuestas de una actividad y un estado resultante, permiten nominales eventivos, lo cual excluiría los logros (en tanto que eventos puntuales), las actividades y los estados. Pero, como menciona Resnik, existen nominalizaciones correspondientes a otros tipos aspectuales (2007: 200, (18)):

- (7) a. The constant singing of carols by village children.  
‘el cantar constante de villancicos por parte de los chicos del pueblo’
- b. The arrival of the rescuers in 15 minutes.  
‘la llegada de los rescatistas en 15 minutos’

El hecho, pues, de que exista una gama más amplia de nominales que cuentan con estructura argumental lleva a Resnik a sugerir que el factor decisivo para la realización de argumentos no puede ser la complejidad eventiva de los predicados. De todas maneras, puede sostenerse que los ejemplos de (7) caen todavía bajo el concepto de evento complejo, si bien entendido de forma algo más laxa de la que adopta Grimshaw (1990). Si, según sugiere Pustejovsky (1991), las realizaciones y los logros pueden colapsarse en un único tipo (las transiciones), el ejemplo de (7b), un logro, no presenta problemas. En tanto, una actividad (7a), como proponen tanto Pustejovsky (1991) como Moreno Cabrera (2003), constituye también un predicado con estructura subeventiva (v.g. una serie de estados). En este sentido, los ejemplos que Resnik proporciona en (7) vendrían a confirmar los presupuestos de Grimshaw (1990).

#### 5.2.1. Alexiadou (2001, 2010, 2012)

En lo que, de ser cierta la hipótesis de que la estructura argumental depende del carácter complejo del predicado, estarían de acuerdo diversos autores, es en excluir de este grupo de nominalizaciones a los estados. En efecto, si los estados constituyen un átomo aspectual sin estructura subeventiva, no podrán dar lugar a nominales que exijan

realización argumental.<sup>161</sup> No obstante, Alexiadou (2001) muestra que existen, igualmente, nominales con valor estativo que pueden tomar argumentos y recibir una determinación aspectual análoga a la que permiten las nominalizaciones eventivas. Un ejemplo del griego fácilmente adaptable al español sería el siguiente (Alexiadou 2001):

- (8) i agapi tis Marias ja tu Jani epi dekaties  
el amor la María-GEN por el Juan durante décadas  
'el amor de María por Juan durante décadas'

Este tipo de ejemplos avala de forma más nítida la idea de que, como se mencionó, la presencia de estructura argumental no depende de una estructura eventiva compleja.<sup>162</sup> No obstante, Alexiadou (2001) sugiere que, en el caso de (8), el modificador temporal (*durante décadas*) no está, como sucede con las nominalizaciones eventivas, legitimado por una proyección funcional (SAsp), sino por la semántica de la raíz. De este modo, aunque podamos encontrar nombres que designen tipos de situación

---

<sup>161</sup> Nótese, sin embargo, que la asunción tradicional (heredada, fundamentalmente, de Dowty, 1979) de que los estados son “átomos aspectuales” no carece de polémica, en especial desde que Pylkkänen (2000) demostrara que puede haber predicados causativos estativos (ver §4, cf. Rothmayr 2009, Fábregas y Marín en prensa, a). Como relación entre dos subeventualidades, una estructura causativa no puede, por definición, ser “atómica”, aunque sea, no obstante, estativa. En la discusión subsiguiente, hacemos abstracción de este antecedente, puesto que la hipótesis que correlaciona eventos complejos y estructura argumental podría refutarse apelando a los casos de estados efectivamente más “simples” (es decir, no causativos).

<sup>162</sup> Resnik (2007: 220) proporciona una interesante evidencia adicional en apoyo de esta idea, no ya desde las opciones de nominalización de los distintos tipos aspectuales, sino desde las propiedades de las mismas nominalizaciones de “evento complejo”. En particular, la autora muestra cómo ciertos adjetivos “de resultado” pueden aplicarse a las formas verbales del predicado o a la lectura de resultado del nominal, pero no a la lectura eventiva de este último. Los ejemplos siguientes son de Resnik (2007: (66)):

- a. la catedral construida sólidamente en concreto armado
- b. \*la construcción sólida de la catedral en concreto
- c. una construcción sólida

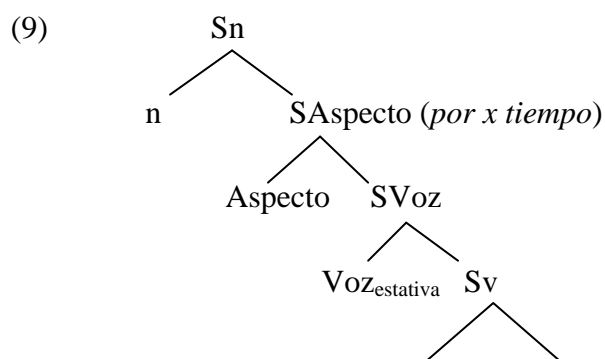
La autora interpreta estos datos del siguiente modo: la manifestación verbal del predicado admite el adverbio *sólidamente* porque su estructura eventiva incluye un estado resultante, al que el adverbio se dirige. En cambio, el nominal, en su lectura eventiva, no puede recibir esta determinación, dado que su estructura interna contiene solo la actividad y no el estado resultante. Por último, el nominal, en su lectura de resultado, puede recibir el adjetivo *sólido* justamente porque el estado resultante se ve materializado en el objeto construido. De esto se sigue, pues, que las nominalizaciones eventivas tienen propiedades aspectuales y estructura argumental aun cuando no capten la estructura subeventiva completa.

Sin embargo, la interpretación de estos datos podría seguir otra dirección, si se asume, como se desarrolla en Jaque y Martín (2012), una distinción entre objetos y estados resultantes. En rigor, el predicado *construir* no posee un estado resultante, sino solo un objeto, como se aprecia al intentar modificarlo mediante un SP durativo (\**Juan construyó una casa durante años*). De este modo, la nominalización eventiva *construcción* no debiese aceptar el adjetivo *sólido*, toda vez que el argumento interno (como se ve en la lectura de objeto de (c)) lo acepta con mayor naturalidad (cf. *La construcción de la sólida catedral*). Que el verbo *construir* pueda tomar *sólidamente* puede atribuirse a que este adverbio disponga de una lectura de manera. De todos modos, aunque sea de modo más indirecto que el pretendido por Resnik (2007), estos datos contribuyen a refutar la hipótesis de que necesitamos eventos complejos para obtener nominalizaciones con estructura argumental, puesto que puede sostenerse que *construir* no es un evento complejo en primer lugar (sino una actividad con un objeto delimitado).

estativa, esta semántica no implicará que la estructura sintáctica subyacente integre proyecciones funcionales verbales. Este punto recoge, desde un marco sintactista, la posición de Grimshaw (1990), quien agrupa bajo una misma categoría (la de nombres “de resultado”), lecturas de objeto y de estado. De este modo, en la propuesta de Alexiadou (2001), las nominalizaciones de estado se aproximan a los nombres de evento simple (*fiesta, guerra, concierto*), que denotan eventualidades sin poseer estructura aspectual interna.

Sin embargo, apelar a la noción de raíz en la legitimación de un modificador temporal puede resultar confuso, toda vez que, en dicho caso, necesitaríamos una clasificación semántica lo suficientemente nítida como para explicar por qué, en el caso de *amor*, podemos introducir modificación temporal y no, por ejemplo, en el de *película* (v.g. \*[*La película durante tres horas*] *me pareció aburrida*), a pesar de que ambos nombres designan entidades con extensión temporal. Desde un punto de vista sintáctico, tampoco está claro qué significa que la raíz (en principio, un objeto sin propiedades gramaticales) legitime un modificador adverbial, aun cuando tuviésemos claridad sobre qué tipo de objetos semánticos habilitan determinados tipos de modificadores.

En estudios más recientes, Alexiadou (2010, 2012) supera algunas de estas dificultades al atribuir a los nominales estativos ciertas proyecciones funcionales propias del verbo, que legitimarían modificadores temporales y permitirían, así, distinguir entre nombres cuya semántica conceptual incluya tiempo (como *película*) de aquellos que lo integran como una propiedad estructural (presumiblemente, *amor*, cf. (8)). Así, la estructura general que esta autora atribuye a las nominalizaciones estativas es la siguiente (Alexiadou 2010: adaptado de (59)):



Como se observa en la estructura de (9), la nominalización de un verbo estativo incluiría un SVoz de tipo estativo, sobre el cual se ensamblaría una proyección SAsp, encargada de legitimar modificadores temporales. Volveremos sobre los modificadores que un nominal estativo admite en §5.3.2.

### 5.2.2. Katz (2000)

Katz (1995, 2000) defiende la idea de que los predicados estativos se aplican sobre tiempos y no sobre argumentos eventivos, siguiendo una línea similar a la que más tarde

defenderá Maienborn (2003, 2005) respecto de un subtipo de estado (los estados kimianos). Esta hipótesis tiene consecuencias tanto en el dominio verbal (cf. §3.2.1, §3.2.2) como en el nominal. En este último, se observa que la ambigüedad que normalmente exhiben las nominalizaciones de evento, entre lecturas de manera y factivas (Vendler 1967, Zucchi 1993), no se reproduce en las nominalizaciones de estado. Consideremos el par de (10):

- (10) a. La ejecución de la sonata por parte del pianista nos sorprendió a todos.
- b. El hecho de que el pianista ejecutara la sonata nos sorprendió a todos.

De acuerdo con la propuesta de Zucchi (1993), la oración de (10a) es válida en dos escenarios posibles. En el primero de ellos, el público no se esperaba que el pianista ejecutara la sonata, por lo que *el hecho* de que lo hiciera les parece sorprendente, con independencia de que la interpretación haya resultado excelente, pésima o neutra. En el segundo escenario, el público sabe de antemano que el pianista tocará esa sonata, pero se sorprende por *la manera* en que esta se ha ejecutado. Por otra parte, la oración de (10b) solo es verdadera en el primero de los casos y es imposible que lo sea en el segundo. Así, si el público tiene noticia de que el pianista tocará esa sonata, el hecho de que lo haga no puede sorprenderles. Este fenómeno se relaciona, en última instancia, con la existencia de un argumento davidsoniano en la representación semántica de un predicado eventivo. Un evento posee diversas formas de realización, mientras que un hecho no. Ahora bien, según Katz (2000), las nominalizaciones de estado se comportan como (10b) y no como (10a), es decir, no poseen disponible una lectura de manera (Katz 2000: (15)):

- (11) a. Tina's ownership of the house bothered Jeff.
- b. John's belief in the free-market capitalism bothered Mary.
- c. Richard's knowledge of French delighted his girlfriend.

En los ejemplos de (11), se observa el uso de diversos nombres que pueden relacionarse derivativamente con verbos estativos ingleses: *ownership* con *own* 'poseer', *belief* con *believe* 'creer' y *knowledge* con *know* 'saber'. Las secuencias de (11a) y (11b) no exhiben, en efecto, la ambigüedad ejemplificada en (10a). (11a) es necesariamente falsa en un contexto en el que el hecho de que Tina posea una casa no molesta a Jeff, mientras que (11b), asimismo, solo puede significar que es el hecho de que Juan crea en el capitalismo de libre mercado lo que molesta a Mary. En ninguno de estos casos, por lo tanto, disponemos de una lectura alternativa (de manera) que sea compatible con un estado de cosas distinto. Sin embargo, el ejemplo de (11c) parece contradecir este patrón. Así, es posible que lo que agrada a la novia de Richard no sea *el hecho* de que él sepa francés (sí, por ejemplo, en el círculo de la chica, tener conocimientos de francés es perfectamente común y poco llamativo), sino lo bien que maneja esta lengua. La disponibilidad de esta lectura supone un problema para Katz, puesto que, en principio, la lectura de manera se sigue de la presencia de un argumento eventivo. Sin embargo, el autor apunta que, mientras que en el caso de las nominalizaciones eventivas esta

ambigüedad es sistemática, en el caso de los nombres de estado se trata de un caso excepcional. Así, la lectura disponible en (11c) es específica del predicado *conocer*, que admite lecturas de grado, y no se explica por el argumento eventivo que de modo general posibilita una lectura de manera en las nominalizaciones eventivas. Además, nombres que, según Katz, no denotan directamente predicados, también ofrecen una lectura de grado, como *beauty* (v.g. *Her beauty was surprising*). Estas consideraciones pueden trasladarse de forma sencilla al español. Consideremos los contrastes de (12) y (13):

- (12) a. \*Juan tiene dinero un poco.  
       b. La tenencia de dinero por parte de Juan sorprendió al juez.
- (13) a. A Juan le gusta la tortilla un poco.  
       b. El gusto de Juan por la tortilla nos sorprendió.

En (12a), vemos que *tener* no ofrece una lectura de grado con el modificador *un poco*; dado que la lectura temporal de este modificador es privativa de predicados eventivos (Maienborn 2005), la oración es agramatical. En consecuencia, (12b) solo posee una lectura factiva: si el hecho de que Juan tiene dinero es conocido por el juez, entonces (12b) es falsa. Por otra parte, el predicado *gustar*, como se aprecia en (13a), sí admite lectura de grado y, consecuentemente, contamos, en (13b), con una lectura de grado junto a una factiva. Así, (13b) puede ser verdadera en un contexto donde el gusto de Juan es un hecho conocido, puesto que lo que nos impresiona es, en este caso, el grado en que Juan gusta de la tortilla.

Sin embargo, la distribución de las lecturas de manera ha sido criticada, por ejemplo, por Mittwoch (2005). La autora citada sugiere que, tratándose de nombres de estado, no necesitamos siempre una lectura de grado para que la oración sea gramatical en ausencia de una lectura factiva. Un ejemplo de ello sería el nominal *amor*, en (14) (adaptado de Mittwoch 2005):

- (14) El amor (platónico) de Juan por María nos sorprendió a todos.

De acuerdo con Mittwoch, (14) es gramatical en tres contextos: (i) el hecho de que Juan ama a María no es previamente conocido (lectura factiva), (ii) Juan ama mucho a María (lectura de grado) y (iii) el que el amor de Juan por María fuese de tipo platónico (y no, por ejemplo, carnal) es inesperado. Esta tercera lectura correspondería a una interpretación de manera análoga a la que se encuentra disponible en (10a).

Aunque puedan encontrarse contraejemplos a la generalización de Katz sobre la distribución de la ambigüedad factivo/manera, existen otros hechos que apuntan a la ausencia de una variable eventiva en los estados, que es la hipótesis que motiva dicha generalización. En el terreno de las nominalizaciones, uno de esos hechos consiste en que los predicados estativos no sirven de base, en inglés, para la derivación de nombres en *ing* que toman un argumento interno en genitivo (*of*-SD). Siguiendo a Zucchi (1993), puede considerarse que las nominalizaciones de *ing-of* corresponden a la expresión nominal del evento, por lo que los predicados que se aplican sobre entidades y no sobre

argumentos davidsonianos no darán, consecuentemente, esta clase de nominalizaciones (Katz 2000: (18)):

- (15) a. \*John's believing of the con man.
- b. \*Mary's having of a car.

La relación existente entre la agramaticalidad de las frases de (15) y la ausencia de un argumento eventivo puede vincularse, de acuerdo con Katz (2000), con otros predicados que no dan nominalizaciones en *ing-of*. Parsons (1990) propuso, por ejemplo, que ciertos predicados ingleses como *occur* o *happening* correspondían a operadores de alto nivel que se aplicaban sobre predicados de eventos, sin introducir un argumento davidsoniano independiente. Esto explica que se den relaciones de implicación entre frases del tipo *La invasión ocurrió lentamente en junio* y *La lenta invasión ocurrió en junio*. Dado que la introducción de un modificador como *lenta(mente)* tiene efectos semánticos similares tanto si se aplica al predicado verbal (*ocurrir*) como al sujeto eventivo (*invasión*), puede suponerse que, en ambos casos, se aplica sobre una misma variable eventiva en la representación semántica. Si, por el contrario, debemos suponer que *ocurrir* introduce su propio argumento davidsoniano, la explicación de la similitud semántica entre estas dos variantes se vuelve menos transparente.<sup>163</sup> Estos hechos se correlacionan con que, en inglés, no se forman nominalizaciones en *ing-of* a partir de *occur* o *happen* (\**the occurring/happening of the invasión*). De este modo, Katz (2000) sigue esta línea de razonamiento para dar cuenta de la agramaticalidad de (15): si los predicados estativos *believe* y *have* no introducen variables eventivas, entonces no pueden expresarlas nominalmente mediante la forma *ing-of*.<sup>164</sup>

Vemos, pues, que en la propuesta de Katz (2000) sí es viable que los estados se expresen nominalmente (la palabra *estado*, de acuerdo con el autor, sería una prueba de ello), pero las propiedades semánticas y morfosintácticas que estos nombres exhiben no corresponderán a las de las nominalizaciones eventivas. En particular, no ofrecerán una ambigüedad sistemática entre una lectura factiva y otra de manera, y no podrán tomar la forma *ing-of*, que se especializa para eventos. Un aspecto discutible de la propuesta de Katz (2000) es si la ausencia de una lectura de manera debe ser interpretada como una

---

<sup>163</sup> En particular, tendríamos que relacionar estructuras como las siguientes (basadas en Katz 2000: (21)):

- i.  $\exists e$  [invasión(e)] &  $\exists e'$  [ocurrir(e') & sujeto(e', e) & lento(e') & en-junio(e')]
- ii.  $\exists e$  [invasión(e) & lento(e)] &  $\exists e'$  [ocurrir(e') & sujeto(e', e) & en-junio(e')]

En cambio, si *ocurrir* no se aplica sobre una variable eventiva independiente, la representación para ambas variantes (*La invasión ocurrió lentamente en junio* y *La lenta invasión ocurrió en junio*) tendrían la misma estructura (basada en Katz 2000: (22)):

- iii.  $\exists e$  [ocurrir(e) & invasión(e) & lento(e) & en-junio(e)]

<sup>164</sup> Téngase en cuenta que el propio Parsons (1990) no estaría tan dispuesto a extender a los verbos de estado el razonamiento que se aplica a *occur* y *happen*, toda vez que, en su teoría, los predicados estativos sí introducen una variable en la representación semántica (*s*) (ver §1.2.3). Sin embargo, la propuesta de Katz (2000) no es incompatible con la postura de Parsons (1990) respecto de los estados, si se asume que las nominalizaciones en *ing-of* seleccionan variables de tipo <*e*> y no <*s*>.

restricción de los nombres de estado hacia la lectura factiva (posición que, como veremos en el subapartado siguiente, adoptan Spencer y Zaretskaya 2003) o bien si existe una tercera lectura, propiamente “estativa”, que no coincida ni con la eventiva ni con la factiva. La conclusión del autor es que nombres como *possession*, *knowledge*, *belief*, etc. son semánticamente equivalentes a construcciones del tipo *the fact that...* (Katz 2000: 400). Así la reducción de los eventos a las proposiciones, que había sido emprendida por Kim (1976), falla en el caso de predicados como *destruir* o *ejecutar*, pero puede sostenerse para los estados. No obstante, los nombres de estado no poseen la misma distribución que la construcción *el hecho de que* + SD. En particular, solo los primeros pueden ser sujetos de predicados que denoten continuidad temporal:

- (16) a. La falta de alimentos en ese país ha seguido este verano.
- b. El amor de Juan por María ha durado a través de los años.
- c. La creencia en la justicia ha durado siglos.
- (17) a. \*El hecho de que falten alimentos en ese país ha seguido este verano.
- b. \*El hecho de que Juan ame a María ha durado a través de los años.
- c. \*El hecho de que se crea en la justicia ha durado siglos.

Los sujetos de (16), que describen estados, pueden combinarse con predicados como *durar* o *seguir*, mientras que los sujetos de (17), que denotan hechos, no pueden. De este modo, aunque la diferencia empírica entre las nominalizaciones eventivas y las de estado sea viable, la reducción de las segundas a la clase de las proposiciones/hechos (no distinguida en Katz 2000) contradice datos como los de (16-17). La distinción introducida por Maienborn (2005), quien sigue a Asher (1993), resulta en este contexto más adecuada. De acuerdo con esta autora, y según hemos comentado en §1.3.2, los estados se anclan en un mundo y en un tiempo, y se posicionan ontológicamente entre las eventualidades –situadas espacio-temporalmente– y los hechos –que corresponden a entidades proposicionales más abstractas, ligadas a mundos pero no a un tiempo–. Estas características explican la agramaticalidad de las oraciones de (17), toda vez que un hecho es incompatible con un predicado que refiera su desarrollo temporal.

La distinción de Katz (2000) entre nombres que incluyen una variable eventiva y nombres de estado tendrá relevancia en un punto más avanzado de este capítulo, en el que analizaremos la estructura aspectual de las nominalizaciones de verbos estativos causativos (*bloquear*, *preocupar*), en §5.5.

### 5.2.3. Spencer y Zaretskaya (2003)

Una aproximación centrada exclusivamente en las nominalizaciones de verbos de estado es la que desarrollan, para el ruso, Spencer y Zaretskaya (2003). Renunciando, igualmente, a la tesis central de Grimshaw (1990), los autores abandonan la denominación de *nombres de evento complejo*. El objetivo del trabajo de estos autores es buscar nominales que funcionen como el “nombre de la situación descrita por el verbo” (Spencer y Zaretskaya, 2003: 3). La pregunta, por tanto, es si existen

equivalentes aspectuales de los verbos de estado en el terreno nominal. La hipótesis que defienden, no obstante, es que aquellos verbos que expresan estados “verdaderos” fallan en permitir una nominalización. De los doce tipos de verbos estativos que distinguen en el ruso, solo dos, los de existencia y los de estado psicológico, admiten nominalizaciones productivamente, una conclusión similar a la alcanzada por Alexiadou (2010). A partir de estos hechos, los autores esbozan la idea de que existen predicados más estativos que otros, de forma tal que aquellos que poseen un grado menor de estatividad (v.g. los de estado psicológico) tendrán una probabilidad mayor de servir de base para una nominalización. Esta tesis final se correlacionaría con la propuesta que ha desarrollado Dowty (1991, cit. en Spencer y Zaretskaya 2003, p. 32) en el campo de los papeles temáticos, según la cual existirían dos grandes proto papeles (agente y paciente) entre los que pueden darse diversas manifestaciones. Así mismo, la estatividad sería una cuestión de grado en un continuo aspectual.

El estudio de Spencer y Zaretskaya (2003) descansa sobre una clasificación tripartita de los estados introducida por Padučeva (1996, *apud* Spencer y Zaretskaya 2003), similar a la que distingue entre predicados de nivel de estadio (SL) y de nivel individual (IL). Esta propuesta, que respeta la oposición entre propiedades que se dan de forma permanente y de forma transitoria, y que se corresponde parcialmente con la distinción de Carlson (1977), añade un matiz entre *estados* permanentes (análogos a los estados IL) y *propiedades* permanentes. La idea central es que, mientras un estado permanente puede situarse en el tiempo, las propiedades permanentes tienen un carácter atemporal y no son, por lo tanto, susceptibles de localización en el tiempo. Por ejemplo, el verbo ruso *xromat* [*cojear* / *ser cojo*] (Spencer y Zaretskaya 2003: 4) es ambiguo entre una lectura de propiedad atemporal y otra que correspondería a un predicado S-L. La interpretación de propiedad atemporal solo estará habilitada en ausencia de cualquier localización en el tiempo (Spencer y Zaretskaya 2003: (2)):

- (18) a. *On xromat*  
 Él cojo/cojea  
 = ‘Él está cojeando’ (estado S-L)  
 = ‘Él es cojo’ (propiedad atemporal)  
 b. *On sejèas xromaet*  
 Él ahora cojea  
 = ‘Él está cojeando ahora’ (estado S-L)  
 ≠ ‘Él ahora es cojo’ (propiedad atemporal)

La interpretación de propiedad atemporal no se corresponde con un estado IL, pues, como señalan los autores (Spencer y Zaretskaya 2003: 3), un predicado de este último tipo puede recibir determinación temporal (mientras, como muestra, otra vez, (19b), no es posible localizar una propiedad atemporal):

- (19) a. *V naèale èetvertogo kursa ona uže vladela švedskim jazykom*  
 Al comienzo cuarto año ella ya sabía sueca lengua  
 ‘Al comienzo del cuarto año ella ya sabía sueco’



b. *V tot moment on xromal*

En ese momento él cojeaba

= ‘En ese momento él estaba cojeando’

≠ ‘En ese momento él era cojo’

En consecuencia con la hipótesis que mencionábamos, los verbos que expresan propiedades atemporales no admiten, en ruso, nominalizaciones estativas; y, en el caso de admitirlas, corresponden a lecturas eventivas o episódicas de los verbos respectivos. Solo las clases de verbos “menos” estativos, es decir, aquellos que admiten alguna localización temporal, pueden nominalizarse.

Otro aspecto interesante del estudio de Spencer y Zaretskaya (2003) es la consideración de las posibles lecturas que las nominalizaciones pueden tener, a partir de lo cual señalan la que comúnmente está disponible en las de tipo estativo. Según han señalado otros autores (Vendler 1967; Zucchi 1993, véase *supra*), los nombres de evento (sean o no, en el sentido de Grimshaw, de evento complejo) permiten normalmente tres lecturas (Spencer y Zaretskaya 2003: (22)-(24)):

(20) **i. Nombre del tipo de situación (estados o eventos):**

a. *Harriet’s playing of the ‘Apassionata’ (began at 7.30)*

[La interpretación de la ‘Apassionata’ por parte de Harriet (comenzó a las 7.30)]

**ii. Nominales factivos (‘el hecho de que P(x)’):**

a. *Harriet’s playing of the ‘Appassionata’ (was an unexpected addition to the recital program)*

[La interpretación de la ‘Appassionata’ por parte de Harriet (fue una adición inesperada al programa del concierto)]

**iii. Nominales de manera (‘la manera en que P(x)’):**

a. *Harriet’s playing of the ‘Appassionata’ was vigorous but controlled*

[La interpretación de la ‘Appassionata’ por parte de Harriet fue enérgica pero controlada]

Un nominal contará, para los autores, como nominalización del verbo si preserva su contenido léxico y coincide con alguna de las interpretaciones mencionadas. Las nominalizaciones de verbos estativos servirían, típicamente, para expresar la interpretación factiva, es decir, aquella que puede parafrasearse por ‘el hecho de que...’. Al mencionar las nominalizaciones encontradas en ruso, los autores no proporcionan ejemplos en que pueda apreciarse esta interpretación. Solo se indica (Spencer y Zaretskaya 2003: 7) que esta lectura tripartita (de situación, factiva y de manera) se correlaciona con las lecturas habilitadas en una nominalización deadjetival, donde podemos encontrar, igualmente, tres tipos: el nombre de la propiedad (21a), lectura factiva (21b) y lectura de grado (21c):

(21) a. Harriet displayed considerable bravery.

[*Harriet manifestó una valentía importante*]

- b. Harriet's bravery led to a commendation.  
[*La valentía de Harriet le valió un reconocimiento*]
- c. Harriet's bravery exceeded anyone else's.  
[*La valentía de Harriet supera la de cualquiera*]

En síntesis, vemos que, aunque la visión tradicional de las nominalizaciones deverbales incluía ciertas limitaciones de principio al estudio de las nominalizaciones estativas (al correlacionar la estructura argumental con los eventos complejos), en estudios más recientes estas dificultades han comenzado a superarse, en buena medida debido a que el marco general ha cambiado igualmente. Así, Alexiadou (2001), aunque en una primera aproximación atribuyera las cualidades temporales de los nombres estativos a la raíz (acercándose, por lo tanto, a la idea de nombres de resultado de Grimshaw (1990)), ha propuesto de forma más reciente que la legitimación de ciertos modificadores temporales debe atribuirse a la presencia, en este tipo de nominalizaciones, de estructura funcional subyacente propia del verbo (SAsp, SVoz). Desde un punto de vista semántico, Katz (2000) observa que, aunque un predicado estativo puede expresarse nominalmente, sus propiedades difieren de una nominalización eventiva, cuestión que se sigue de la ausencia de argumento eventivo o davidsoniano en los predicados estativos. En particular, la lectura de manera (posible en presencia de un evento) se ve bloqueada en los nombres de estado, que tomarán solo una lectura factiva. Esta posición es seguida por Spencer y Zaretskaya (2003), quienes añaden la restricción de que estas nominalizaciones son productivas en los verbos de estado psicológicos y en los existenciales. Sin embargo, hemos argumentado, al cerrar el subapartado anterior, que la lectura factiva no puede equipararse a la lectura de estado, ya que la distribución de los SSDD encabezados por *el hecho de* no coincide con la de nombres de estado como *amor*, *falta* o *creencia*. De este modo, se hace necesaria una consideración del valor semántico-aspectual específico de los nombres de estado, que, como sugiere Maienborn (2003, 2005, 2007), ha de encontrarse a medio camino entre las eventualidades espacio-temporalmente situadas y los hechos abstractos. Pasamos ahora a considerar el trabajo de Fábregas y Marín (2012a, 2012b), quienes, basándose en las distinciones semánticas introducidas por Maienborn, desarrollan una aproximación más detallada a las nominalizaciones de estado.

#### 5.2.4. Fábregas y Marín (2012a, 2012b)

Según la aproximación de Fábregas y Marín (2012a, 2012b), los predicados estativos pueden nominalizarse siguiendo los mismos principios que rigen la nominalización de un predicado eventivo. Así, las nominalizaciones estativas forman una clase sintáctica y semántica más próxima a la de las nominalizaciones eventivas (*construcción*) que a la de los nombres de objeto (*una gran construcción*) o los nombres de evento simple (*fiesta*).

De acuerdo con estos autores (véase igualmente Fábregas, Marín y McNally 2012), el proceso de nominalización de un predicado se adecúa, de forma general, a la Hipótesis de la Preservación Aspectual (APH, por sus iniciales en inglés: *Aspect Preservation Hypothesis*) (cf. Huyghe & Marín 2007; Haas et al. 2008; Barque et al. 2009, 2012; Balvet et al. 2012, Marín 2013). Según esta hipótesis, una nominalización hereda un contenido aspectual necesariamente presente en el predicado de base. Si entendemos que el aspecto constituye un tipo de información codificada en proyecciones verbales, entonces es natural concluir que, si un nombre exhibe propiedades aspectuales, estas deben ser heredadas (cf. Varela 2010). Así, los afijos nominalizadores productivos no hacen más que prestar categoría gramatical a un contenido previamente codificado en proyecciones de tipo verbal. Por lo tanto, si podemos probar que un predicado contiene un estado, entonces, bajo circunstancias normales, podemos predecir la existencia de una nominalización estativa. En Fábregas y Marín (2012a) se muestra cómo esta predicción se cumple en un abanico amplio de lenguas romances y germánicas. Considérense los siguientes ejemplos (adaptados de Fábregas y Marín 2012a: 41):

- (22) a. La compañía interrumpió el servicio durante dos horas.  
b. Los soldados destruyeron la ciudad (\*durante cinco meses).
- (23) a. La interrupción del servicio tuvo lugar anoche.  
b. La destrucción de la ciudad tuvo lugar la semana pasada.
- (24) a. La interrupción del servicio durante dos horas  
b. \*La destrucción de la ciudad de cinco meses

En (22), observamos la conducta de dos predicados que denotan cambios de estado: *interrumpir* y *destruir*. No obstante, solo en el primero de ellos encontramos evidencia de que la estructura del verbo denota, igualmente, el estado resultante de ese cambio, puesto que solo en el caso de *interrumpir* podemos introducir una frase del tipo *durante x tiempo* (22a). No existen impedimentos conceptuales para que el resultado de un evento de destrucción se prolongue durante un tiempo determinado (piénsese, por ejemplo, en una ciudad que es destruida y vuelta a construir al cabo de un tiempo). Sin embargo, como muestra (22b), el verbo *destruir* no admite el mismo tipo de modificación, por lo que, en este caso, la designación de un estado resultante forma parte solo de la información enciclopédica asociada al predicado, pero no de su estructura sintáctica. Esto explica, pues, el contraste exhibido por los datos de (23) y (24). En (23) observamos las nominalizaciones eventivas relacionadas con ambos predicados. Mas, de acuerdo con la APH, solo tendremos una nominalización estativa en el caso de *interrumpir* (24a), no de *destruir* (24b), puesto que, según mencionábamos, la denotación de un contenido aspectual en un nombre solo puede ser heredado de la estructura de su verbo base.

Los autores puntualizan, además, (Fábregas y Marín 2012a) que la APH está restringida, al menos en un número amplio de lenguas, al aspecto léxico o *Aktionsart*. Esto significa que la información obtenida mediante el añadido de proyecciones

verbales de aspecto externo no podrá ser heredada por la nominalización. A partir de esta restricción, se explican datos como los de (25)-(26) (Fábregas y Marín 2012a: 59):

- (25) a. Juan decoró el árbol en cinco minutos.
- b. La vela decoró el árbol durante toda la noche.
- (26) a. La decoración del árbol por parte de Juan tuvo lugar anoche.
- b. \*La decoración del árbol de varias horas

Como muestran los datos de (25), *decorar* admite, en su manifestación verbal, una lectura eventiva (25a) y una estativa (25b)<sup>165</sup>. Sin embargo, a partir de este predicado solo podemos obtener una nominalización eventiva (26a), no una estativa (26b). Dado que un afijo nominalizador hereda la información contenida en el verbo base, los autores proponen que, en este caso, la estatividad observada en (25b) debe provenir de alguna proyección de aspecto externo, de modo tal que, una vez que esta se añade sobre el Aktionsart del predicado, resulta invisible para el proceso de nominalización, que tendría lugar en capas funcionales más bajas.

No obstante, la restricción de que el afijo nominalizador solo puede heredar información contenida en el Aktionsart, en oposición al aspecto gramatical o externo, no se sigue de ningún principio independiente de la gramática. Por consiguiente, es posible que existan lenguas donde un proceso de nominalización capte información generada en proyecciones funcionales de aspecto externo. Tal es el caso, de acuerdo con los autores (Fábregas y Marín 2012a: 64), del esloveno, una lengua donde es posible nominalizar un predicado previamente estativizado por la morfología de participio. Los datos se muestran a continuación:

- (27) \*Dresden so uničili tri tredne  
           Dresden AUX.PL destruir.PL.PF tres semanas  
           ‘Destruyeron Dresde durante tres semanas’
- (28) a. ??triletna unič-en-je Dresdna  
           tres.años destruir-PART-NOM Dresden.GEN
- b. triletna unič-en-ost Dresdna  
           tres.años destruir-PART-NOM Dresden.GEN  
           ‘El ser destruido Dresde por tres años’

En el ejemplo (27) observamos que el predicado *unič-* ‘destruir’ posee en esloveno restricciones análogas a las que exhibe *destruir* en español. Es decir, no denota por sí mismo un estado resultante, puesto que rechaza modificación adverbial durativa. Ahora bien, en los ejemplos de (28), se ha añadido a la base verbal un morfema de participio, -

---

<sup>165</sup> Para un análisis del verbo *decorar* en las lenguas germánicas, véase Rothmayr (2009), donde se analiza este predicado de forma análoga a los verbos de “alternancia instrumental”: *bloquear*, *tapar*, *obstruir*. Nuestro análisis de dicha clase, expuesto en §4.1, se centra sobre todo en los predicados que expresan una relación de causación tal que un objeto “obstruye” el acceso a una cierta entidad (v.g. *La roca bloquea la caverna*, *La cortina tapa el escenario*). Verbos como *llenar* o *decorar* son conceptualmente distintos, en la medida en que no expresan una relación necesaria entre una entidad y el exterior. Posiblemente, esta diferencia conceptual se correlacione con una diferencia estructural, cuestión que debemos postergar para futuras investigaciones.

*en*, que corresponde a un estativizador de aspecto externo. Un afijo nominalizador corriente, como *-je*, en (28a), no da lugar a una nominalización de estado, puesto que no está habilitado para captar información aspectual externa. En cambio, el sufijo *-ost* (28b), que se emplea igualmente en esloveno para formar nombres de cualidad a partir de bases adjetivales, puede derivar un nombre de estado a partir de la forma participial del verbo.<sup>166</sup> Esto indica que al menos un sufijo nominalizador esloveno es sensible a la información aspectual elaborada en capas superiores a la definición del Aktionsart, contradiciendo el patrón regular que se observa en lenguas romances como el español, el francés y el catalán, o en lenguas germánicas como el inglés y el alemán (Fábregas y Marín 2012a).

Aunque, de acuerdo con los autores, una nominalización de estado responde, en lo fundamental, al mismo proceso derivativo que forma una nominalización eventiva, las bases verbales que contienen únicamente un estado muestran severas restricciones para formar libremente nombres estativos. En esto, Fábregas y Marín (2012a) siguen a Spencer y Zaretskaya (2003), para quienes, según hemos revisado en el subapartado anterior, cuanto más estativo es un predicado, menos probabilidad existe de que sirva de base a una nominalización. No obstante, la explicación que Fábregas y Marín (2012a) ofrecen para este fenómeno prescinde de la noción de grados de estatividad. Como sucede en ruso, las excepciones a este patrón provienen de verbos existenciales y psicológicos. Considérense los siguientes datos (Fábregas y Marín 2012a: 62, (64)):

- (29) a. Un peligro existió durante varias horas
- b. La existencia de un peligro durante varias horas
- (30) a. Los problemas abundaron durante todo el verano
- b. La abundancia de problemas durante todo el verano

Los verbos existenciales *existir* (29a) y *abundar* (30a) ofrecen una relación semántica regular con los nombres *existencia* (29b) y *abundancia* (30b), respectivamente. Sin embargo, la situación regular es que un predicado que solo contiene un estado, frente a otro predicado en que el estado forma parte de una estructura aspectual mayor (22-24), no genere una nominalización estativa.

La razón de esta falta de productividad se seguiría de la asunción de que el proceso de nominalización “trunca” la estructura del predicado de base (cf. Grimshaw 1990, Alexiadou 2001, Picallo 1991). Así, es frecuente en la bibliografía la asociación

<sup>166</sup> Un caso análogo en español podría corresponder al sufijo *-ura*. Al igual que en el caso del esloveno *-ost*, *-ura* se adjunta a bases adjetivales para derivar nombres de cualidad: *dulce* > *dulzura*, *gordo* > *gordura*. También se documenta una serie de nombres deverbales que exhiben la terminación *-dura* o *-tura*, es decir, que incluyen la marca fonológica del participio (*-t-* o *-d-*): *romper* > *roto* (participio) > *rotura*, *cerrar* > *cerrado* (participio) > *cerradura*, *quemar* > *quemado* (participio) > *quemadura*. Sin embargo, aunque morfofonológicamente el proceso muestre analogías con las nominalizaciones eslovenas en *-ost*, en español la semántica de los nombres en *-dura/-tura* no corresponde, por lo general, a la de un nombre de estado, sino más bien a la de un nombre de objeto (v.g. *cerradura*: ‘parte de una puerta’ y no ‘evento de cerrar o estado de permanecer cerrado’). De este modo, en español, de acuerdo con la generalización expresada en Fábregas y Marín (2012a), los afijos nominalizadores productivos no son sensibles al aspecto externo. Para un análisis más extenso de las restricciones que siguen estos nombres, véase Martín (2011) y Jaque & Martín (2012).

de una nominalización con una oración pasiva. En ambos casos, la proyección encargada de introducir el argumento externo desaparecería:

- (31) a. Juan construyó una casa.
- b. La casa fue construida (por Juan)
- c. La construcción de la casa (por Juan)

Por otra parte, también corresponde a una asunción estándar la idea de que un predicado estativo simple consiste de una única proyección, encargada de relacionar dos argumentos en una relación de predicación. Pero, si esto es así, entonces un predicado estativo no podría “sobrevivir” a un proceso de nominalización, toda vez que, al perder una capa funcional, perdería toda su estructura. Para el caso de las excepciones de (29) y (30), los autores especulan (Fábregas y Marín 2012a: 63, n. 9) que el sufijo *-ncia*, poco frecuente y desde luego menos productivo que *-miento* o *-ción*, contendría información aspectual adicional, que permitiría a la raíz verbal recuperar parte de la estructura perdida en el proceso de truncamiento propio de la nominalización. A diferencia de los sufijos nominalizadores corrientes, que operarían como transpositores categoriales carentes de información semántica adicional (cf. Beard 1995), *-ncia* incluiría la estructura aspectual que el predicado pierde al cambiar de categoría, lo que posibilitaría la preservación del mismo tipo de situación que se observa en los pares de (29) y (30).

En la exposición de este modelo, los autores asumen una descomposición de la estructura verbal inspirada en Ramchand (2008), como se observa en los esquemas siguientes:

- (32) [Inicio [Proceso [Estado]]]
- (33) a. Nominalización eventiva: [N [Proceso ([Estado])]]
- b. Nominalización estativa: [N [Estado]]

Nótese que, de acuerdo con la idea de que la nominalización trunca una proyección de la estructura verbal, cada tipo de nominalización en (33) se obtiene mediante la sustracción de una capa funcional en la jerarquía exhibida en (32). De este modo, entendemos que una nominalización agentiva sea análoga a una oración pasiva, puesto que ha desaparecido la proyección de Inicio, introductora del argumento externo –equiparable, por tanto, a la proyección Sv de otros modelos (Marantz 1997, Harley 1996, Alexiadou 2001)–. De otra parte, un predicado que incluya solo [Proceso [Estado]] dará lugar necesariamente a una nominalización de estado, puesto que la proyección Proceso es la que en este caso se ve truncada.<sup>167</sup> Por último, si el predicado

---

<sup>167</sup> Este es el caso, según los autores (Fábregas y Marín 2012a:50), de los predicados psicológicos de experimentante objeto no puntuales (cf. Marín y McNally 2011), que se caracterizan en el trabajo citado como “atéticos”. Estos predicados, que incluyen verbos como *preocupar* o *aburrir*, integrarían una estructura del tipo [Proceso [Estado]], en la que Proceso establece con Estado una relación semántica de causación no télica (mantención de un estado por efecto de una causa). Dado que en el proceso de nominalización perdemos una proyección, el nombre resultante expresa solo un estado psicológico y no la causa que lo produce: *Juan preocupa a María* > *la preocupación de María* (\*por parte de Juan). La ausencia de causa en las nominalizaciones de predicados psicológicos había sido ya descrita en Grimshaw

solo contiene Estado, será imposible que, en circunstancias normales, obtengamos una nominalización, a menos que el propio afijo nominalizador, como sucedía en el caso de *-ncia*, fuese capaz de restablecer la información aspectual perdida en el proceso de truncamiento.

Los autores citados desarrollan, igualmente, la caracterización semántica de los nombres de estado en Fábregas y Marín (2012b). En dicho trabajo, se avanza la idea de que los nombres de estado solo pueden denotar estados kimianos, y no estados davidsonianos (cf. Maienborn 2005). Según se recordará a partir de la discusión de §1.3.2, un estado kimiano cuenta como la ejemplificación temporal de una propiedad en un individuo, mientras que un estado davidsoniano pertenece a la categoría de las eventualidades e integra, así, un argumento eventivo, susceptible de ser conceptual y gramaticalmente localizado, modificado y percibido. Fábregas y Marín (2012b) adaptan para el dominio nominal las pruebas otorgadas por Maienborn (2005) para la identificación de estados kimianos en el dominio verbal. Tras aplicar tales pruebas a diversos nombres relacionados con predicados estativos, concluyen que incluso aquellos predicados verbales que pueden caracterizarse como estados davidsonianos dan lugar a nombres que deben caracterizarse como estados kimianos. Los ejemplos relevantes se ofrecen a continuación:

- (34) a. La lámpara brilló un momento frente a la casa  
b. Su brillo de un momento (\*frente a la casa)  
[Fábregas y Marín 2012b: (25)]
- (35) a. Estas dos ideas se vinculan elegantemente en la teoría de Popper.  
b. su (\*elegante) vinculación en la teoría de Popper  
[Fábregas y Marín 2012b: (26)]
- (36) a. La lámpara brilló un poco  
b. su reducido brillo  
[Fábregas y Marín 2012b: (28)]

El predicado *brillar* corresponde a un estado davidsoniano, por lo cual admite, según se observa en (34a), modificadores locativos (relacionados a la eventualidad). Sin embargo, esta posibilidad no se encuentra disponible para el nombre *brillo*, según se observa en (34b), aunque, como indica el modificador *de un momento*, la denotación de una situación estativa se encuentre disponible en este nombre. De forma similar, la introducción de un modificador de manera, gramatical en el contexto verbal de (35a), deja de ser aceptable en el contexto nominal ejemplificado en (35b), donde empleamos el adjetivo *elegante*. Por último, la lectura temporal del cuantificador *un poco*, que se encuentra disponible en el contexto verbal de (36a), no se mantiene en su análogo nominal en (36b). Aquí, el adjetivo *reducido*, que puede leerse como un modificador de grado (con baja intensidad) o de tiempo (durante un breve intervalo), solo admite, en combinación con el nombre *brillo*, su lectura de grado o intensidad. De este modo, (36b) no significa que el estado de brillo se mantuvo durante un periodo breve de

(1990) y Pesetsky (1995). Discutiremos este análisis con mayores detalles en el apartado correspondiente, §5.5.2.

tiempo, sino que la intensidad del resplandor fue escasa. Vemos, pues, que en los tres casos el paralelismo entre verbos y nombres se rompe. Si un estado davidsoniano da lugar a un nombre de estado, este pierde su carácter de eventualidad y debe denotar un estado kimiano.

Sin embargo, no todos los estados davidsonianos admiten su conversión nominal a estados kimianos. Frente a estos, que se denominan estados davidsonianos *flexibles*, los autores identifican una clase de estados davidsonianos *tercos* (*Stubborn D-states*, Fábregas y Marín 2012b: 13), que se caracterizan por no dar lugar a estados kimianos en el dominio nominal. Como, siguiendo la hipótesis inicial, los nombres estativos solo pueden denotar estados kimianos, los estados-D tercos simplemente no nominalizan, o deben emplear la forma de infinitivo. Algunos ejemplos se presentan a continuación (Fábregas y Marín 2012b: (30)):

(37) *yacer, rodear, manar, fluir, colgar, flotar, pender*

De acuerdo con el análisis propuesto por los autores, los estados-D flexibles no “cambian”, en rigor, su naturaleza aspectual al pasar al dominio nominal, puesto que se trata de predicados que contienen, ya en su variante verbal, un estado kimiano. La evidencia empírica que respalda esta afirmación adolece de ciertas limitaciones metodológicas, según los propios autores admiten (Fábregas y Marín 2012b: 18). El argumento sigue las siguientes líneas. Algunos estados kimianos corresponden a propiedades graduables, mientras que ningún estado davidsoniano contiene una propiedad graduable. Por lo tanto, si un predicado admite la lectura intensional de un cuantificador como *mucho* (cf. Bosque y Masullo 1998), exclusiva de propiedades graduables, entonces puede concluirse que no es un estado-D terco (esto es, al menos puede probarse que contiene un estado-K). Los ejemplos relevantes se ofrecen a continuación:

- (38) a. Juan yació mucho.  
b. La lámpara brilló mucho.

La única lectura admisible en (38a) corresponde a aquella en que el *yacer* de Juan se extendió durante un largo intervalo de tiempo (lectura temporal del cuantificador *mucho*). En cambio, (38b) admite igualmente la interpretación de que la lámpara brilló con mucha intensidad (lectura intensional del cuantificador). De este modo, concluimos que *brillar* contiene un estado-K, mientras que *yacer* solo contiene un estado-D. Esta distinción se correlaciona con el hecho de que solo *brillar*, no así *yacer*, posee un nombre estativo asociado (*brillo*, (36)). Ahora bien, aunque la presencia de una propiedad graduable sirva para detectar un estado-K, su ausencia no constituye una prueba suficiente de que el predicado es un estado-D, toda vez que existen estados-K que, asimismo, no son graduables (v.g. *poseer*, Fábregas y Marín 2012b: 18, n. 9). Aunque, según comentábamos en el párrafo precedente, esta situación introduce una debilidad metodológica en la argumentación, la correlación entre falta de gradabilidad de un estado-D y carencia de nombre de estado constituiría un indicio de que la propuesta está bien encaminada.



En términos semánticos, un estado-D flexible (esto es, que contiene un estado-K) se interpreta como una eventualidad que mantiene la vigencia de un estado en una entidad. Así, la semántica de un estado-D “puro” sería la siguiente (Fábregas y Marín 2012b: 17):

$$(39) \quad \lambda P \lambda e \lambda x [P(e) \wedge \text{HOLDS}(e, x)]$$

De acuerdo con (39), un estado-D es una eventualidad de un tipo P que se da para una cierta entidad  $x$ . En cambio, un estado-K, siguiendo la formulación de Maienborn (2005, 2007), incluye un argumento para la ejemplificación de una propiedad P en un individuo  $x$ :  $z$ , ligado a un mundo y a un tiempo, de acuerdo con la representación siguiente:

$$(40) \quad \lambda x \lambda P \lambda z [z \approx [P(x)]]$$

Al combinar ambas fórmulas obtenemos, pues, un estado-D flexible (a partir de Fábregas y Marín 2012b: (44), con variaciones que no afectan la argumentación presente):

$$(41) \quad \lambda e \lambda x \lambda P \lambda z [P(e) \wedge \text{HOLDS}(e, x) \wedge z \approx [P(x)]]$$

Según la fórmula de (41), una eventualidad P se da respecto de una entidad  $x$ , y tiene lugar la instanciación  $z$  de la propiedad P en  $x$ . Esta estructura semántica puede correlacionarse, además, con la disposición jerárquica de la estructura verbal de la que ya hacíamos mención al comentar el trabajo anterior. Así, obtenemos el siguiente emparejamiento entre estructura verbal y estructura semántica (Fábregas y Marín 2012b: 20):<sup>168</sup>

$$(42) \quad \begin{array}{l} \text{a. [SProceso [SEstado [SPredicación]]]} \\ \text{b. [P(e)(x) \wedge [z \approx [P(x)]]]} \end{array}$$

Siguiendo esta representación jerarquizada, un estado-D terco únicamente incluiría un SProceso. Los autores admiten que la ausencia de nombres de estado formados a partir de esta estructura no parece seguirse de ningún principio independiente (Fábregas y Marín 2012b: 24). De este modo, la exigencia de que los nombres de estado deban denotar estados-K responde a una generalización empírica, pero no a una exigencia gramatical motivada de forma independiente.

---

<sup>168</sup> En la estructura de (42a) se añade un sintagma Predicación, ausente en la jerarquía propuesta por Ramchand (2008), y que correspondería a la denotación de una cualidad no asociada con localización temporal. De este modo, una relación entre una propiedad y una entidad solo pasa a constituir un estado si cuenta como una ejemplificación temporalmente situada de dicha propiedad. Esta restricción, que atiende a la definición de estado kimiano de Maienborn (2005), puede formularse en la sintaxis de la primera fase mediante la introducción del argumento  $z$  en un núcleo específico (Estado), como hacen Fábregas y Marín (2012b), o bien resolverse en la combinación de la primera fase con ST. En esta segunda opción, la primera fase nos ofrecería una relación predicativa que se instancia temporalmente mediante la localización temporal que, de modo general, aporta el núcleo T en la cláusula. Al asumir una proyección simple SRcc, en esta tesis adoptamos implícitamente esta segunda estrategia. Para más comentarios, véase *infra* §5.4.1.5.

No obstante, puede argüirse que los mismos mecanismos expuestos en Fábregas y Marín (2012a) dan cuenta de la ausencia de nombres de estado-D tercos. Recuérdese que, en dicho trabajo, los autores argumentaban que la dificultad de nominalizar un estado simple descansaba sobre el hecho de que, al no poseer el predicado de base una estructura compleja, el proceso de truncamiento propio de la nominalización dejaría el nombre resultante sin información aspectual alguna. Algo análogo puede defenderse en el caso de los estados-D. Como, de acuerdo con Fábregas y Marín (2012b), un estado-D incluye solo SProceso, su realización nominal habría de truncar la única proyección que soporta su interpretación semántica. Por lo tanto, solo los estados-D que incluyan, además, un estado-K, podrán nominalizarse. La misma asunción de truncamiento permite predecir, además, que tales estados-D denotarán, una vez que pasen a ser nombres, estados-K. Al perderse la proyección SProceso (análogo estructural del estado-D) el afijo dominará directamente SEstado (correspondiente al estado-K). Con todo, la argumentación de Fábregas y Marín (2012a) no es automáticamente extensible a los datos tratados en Fábregas y Marín (2012b), puesto que, en este último trabajo, se tratan nombres vinculados con predicados estativos, pero no necesariamente derivados de ellos mediante un proceso de afijación. Así, *brillo*, nombre asociado con un verbo de estado-D, no exhibe marcas de morfología deverbal. Si la asunción de truncamiento es propia de los afijos nominalizadores, necesitamos supuestos adicionales que expliquen la ausencia de nombres simples vinculados no derivativamente con predicados verbales de estado-D.

Con esto finalizamos la exposición del tratamiento que los nombres de estado han recibido en la bibliografía. En los apartados siguientes veremos, primero, cómo podemos determinar la estatividad en el dominio nominal y, luego, la aplicación que este análisis tiene en el estudio de los nominales vinculados a los predicados de estado que hemos estudiado en capítulos anteriores de esta tesis. Las principales conclusiones a que nos llevan los estudios revisados pueden sintetizarse del modo siguiente:

- Los predicados estativos, contra la asunción que se sigue de la propuesta de Grimshaw (1990), pueden nominalizarse (Alexiadou 2001).
- Existen diferencias semánticas entre las nominalizaciones de estado y las de evento, que no pueden, sin embargo, reducirse a la oposición eventivo/factivo (contra Katz 2000). Por lo tanto, se hace necesaria la introducción de un nivel ontológico específico para los estados, como hace Maienborn (2005), y que Fábregas y Marín (2012a, 2012b) aplican a los nombres de estado.
- Existen restricciones que rigen la formación de nombres de estado (v.g. no todos los predicados de estado pueden nominalizarse libremente). Dicha restricción puede formularse de acuerdo con una escala conceptual de grados de estatividad (Spencer y Zaretskaya 2003) o bien como una restricción estructural sintácticamente motivada (Fábregas y Marín 2012a).

En lo sucesivo, adaptaremos estas cuestiones a los términos de nuestra investigación, desarrollando, así, la respuesta que pueden recibir en el análisis del español.

### 5.3. Determinación de la estatividad nominal

En este apartado revisaremos los contextos que nos permitirán atribuir a un nombre un contenido aspectual estativo análogo al de la manifestación verbal del mismo predicado. Idealmente, las pruebas que empleemos en el dominio nominal han de replicar las que empleamos en el dominio verbal. Existen, no obstante, dificultades evidentes para llevar a cabo esta estrategia. Así, un buen número de contextos dependen de la existencia de elementos funcionales propios del verbo, como sucede con la flexión del paradigma de futuro, que no encuentra manifestación análoga en el nombre. De este modo, la lectura modal epistémica de un verbo estativo como *tener* (v.g. *Juan tendrá dinero*) no posee correlato en su nominalización *tenencia*. En este punto, por lo tanto, perdemos una herramienta importante a la hora de establecer generalizaciones, en especial aquellas que puedan equipararse con las que hemos alcanzado en el dominio verbal.

Organizaremos la exposición de las pruebas del modo siguiente. En primer lugar, abordaremos aquellos predicados con que puede combinarse un SD que designe un tipo de situación. Algunos de estos predicados, como *tener lugar* (Alexiadou 2001, Cano y Jaque 2011, Fábregas, Marín y McNally 2012, Marín 2013), están restringidos a los nombres eventivos (*La construcción de la catedral tuvo lugar en diciembre*), mientras que otros admiten una clase más abierta de nombres que designan situaciones, como es el caso de *durar* (*La pena de Juan duró tres años*). En segundo lugar, expondremos las propiedades de ciertos modificadores internos al SD, que pueden ayudarnos a dilucidar las propiedades estructurales del nombre. En este punto, como tendremos ocasión de comentar más adelante, una equiparación entre las herramientas analíticas del dominio verbal y el dominio nominal es una tarea viable, en la medida en que muchos modificadores adverbiales encuentran un análogo adjetival de modo transparente (v.g. *lentamente* > *lento*).<sup>169</sup>

---

<sup>169</sup> Fábregas et al. (2012) mencionan, además, como una de las características positivas de los nominales estativos, la propiedad del subintervalo (Taylor 1977, Bennett y Partee 1978, Maienborn 2005, Rothmayr 2009), es decir, la idea de que un estado tiene vigencia en cada subparte del intervalo en que se da. Aunque estamos de acuerdo con el empleo de dicho criterio semántico, no lo incluimos entre los contextos gramaticales identificadores de estatividad nominal, puesto que no posee un correlato sintáctico directo en este dominio (a menos, claro, que se considere que los distintos contextos gramaticales equivalen, en bloque, a un correlato gramatical de la propiedad del subintervalo). Nótese que la propiedad del subintervalo (estricto) es equivalente a la validez en puntos de tiempo (esto es, que los estados pueden verificarse en instantes, a diferencia de los eventos, que requieren intervalos). Por lo tanto, en el dominio verbal esta propiedad sí tiene un correlato gramatical específico en las pruebas de modalidad epistémica orientada al presente, según hemos desarrollado en §3.2.3, y en la forma progresiva, si se adopta, como hemos hecho aquí, el análisis propuesto en Taylor (1977) y Dowty (1979).



No obstante, dado que las restricciones impuestas por este tipo de predicados son más laxas que las de *tener lugar* o *verse interrumpido*, también es posible encontrar en este contexto predicados eventivos (46a) e incluso nominales que no designan eventualidades pero cuyo significado involucra, sin embargo, extensión temporal, como *película* (46b):

- (46) a. La construcción de la catedral {empezó / ha seguido / ha continuado / terminará} este año.  
 b. La película {empezó hace una hora / ha seguido igual de aburrida / terminará en una hora}.

De este modo, la combinatoria de los nominales estativos con los predicados revisados concuerda con la idea de que los estados son situaciones no dinámicas pero con duración temporal. Sin embargo, este comportamiento, en y por sí mismo, no permite distinguir nominales estativos como *falta* de otros nombres no aspectuales que designan entidades con extensión temporal, como *película*, que aceptan los mismos contextos y son rechazados por los mismos predicados (\**La película tuvo lugar anoche* / ??*La película se vio interrumpida*). Por lo tanto, necesitamos herramientas adicionales para determinar las propiedades aspectuales de un nominal estativo.

Una síntesis de estos contextos se presenta en la siguiente tabla:

	<i>tener lugar</i>	<i>verse interrumpido</i>	<i>continuar, terminar</i>
<i>construcción</i>	+	+	+
<i>falta</i>	-	-	+
<i>película</i>	-	-	+

Tabla 1. Predicados con restricciones sobre tipos de situación

### 5.3.2. Modificadores internos al SD

Los nominales estativos se distinguen igualmente por la aceptación de ciertos modificadores. Estas restricciones, en combinación con la conducta que exhiben frente a los predicados vistos en el apartado anterior, permiten delinear de forma más exacta una clase gramatical independiente. Si nos atenemos al conjunto de modificadores adverbiales empleados en §3.2 para el dominio verbal, vemos que algunos de ellos pueden adaptarse al dominio nominal sin mayores dificultades. Comencemos por los modificadores de manera.

---

*terminar* no impone las mismas restricciones aspectuales que *parar*, sino que se aplica a entidades con extensión temporal de modo irrestricto.

### 5.3.2.1. Manera

La prueba que Maienborn (2005) emplea basándose en la modificación de manera fue adaptada en §3.2.2.1 para excluir posibles modificadores dirigidos al argumento externo (como *noblemente*, *amablemente*, etc.). En dicho apartado, restringimos el empleo de modificadores de manera al adverbio *lentamente*, que ya había sido empleado por otros autores (De Miguel 1999, Marín y McNally 2011) como un diagnóstico de dinamicidad. Además, hemos relacionado dicho modificador con el Aspecto Celerativo de la jerarquía de Cinque (1999), en la medida en que su función es medir el ritmo con que progresa un evento. Al ser entidades aspectuales homogéneas, los estados no pueden ni intensificar ni ralentizar su desenvolvimiento temporal, por lo que rechazan su combinación con este adverbio.

En el dominio nominal, puede seguirse una estrategia similar empleando los adjetivos *lento* y *rápido*. De este modo, obtenemos contrastes como los siguientes:

- (47) a. La {rápida / lenta} construcción de la catedral
- b. \*La {rápida / lenta} falta de alimentos

En (47a), el nominal eventivo *construcción* admite tanto el adjetivo *rápido* como *lento*, puesto que contiene un predicado dinámico. En cambio, en (47b) esta modificación conduce a un resultado agramatical, puesto que el nominal *falta* designa una situación estativa no afecta a la aceleración o ralentización de su instanciación temporal.

### 5.3.2.2. Modificadores de lugar

Los modificadores de lugar (§3.2.1.1), introducidos como prueba de estatividad por Maienborn (2001, 2005), también pueden emplearse en el nominal. Si el predicado asume su forma verbal, pueden incluirse distintos tipos de modificadores, como se observa en el ejemplo siguiente, adaptado de Maienborn (2001):

- (48) En los Andes, la gente marca los animales en la orejas en el mercado.

Así, en (48) tenemos un modificador de marco (*En los Andes*) que nos informa del contexto respecto del cual el hablante considera su afirmación como válida. Esta afirmación se refiere a un evento (*marcar animales*) que se sitúa en un lugar, lugar que se designa mediante un modificador locativo externo (*en el mercado*). Por último, vemos que, en la caracterización del propio evento se incluye una localización (*en las orejas*) que modifica el argumento interno del predicado (*los animales*). Aunque la secuencia tiene una aceptabilidad menor, de igual modo pueden reunirse estos modificadores en la expresión nominal del mismo predicado:

- (49) La marcación de los animales en las orejas en el mercado en los Andes

Del mismo modo que los verbos estativos rechazan, en general, modificadores locativos internos y externos, pero aceptan locativos de marco, la manifestación nominal del

mismo predicado debe seguir un patrón similar. Así, un verbo como *costar* admite modificadores locativos solo si estos son de marco, lo cual encuentra su reflejo en la versión nominal del predicado:

- (50) a. El libro cuesta 100 euros en la Casa del Libro.
- b. El elevado coste del libro en la Casa del Libro

El SP *en la Casa del Libro* proporciona, en (50a), un marco para evaluar la afirmación de que el libro cuesta 100 euros, pero no sitúa, en rigor la eventualidad de *costar*. Análogamente, la situación estativa designada por el SD, en (50b), se enmarca en el contexto entregado por el SP.

### 5.3.2.3. En curso

Fábregas et al. (2012) comentan también la inadmisibilidad del SP *en curso* en combinación con nominales estativos derivados de verbos psicológicos (estativos). Bajo dicho contexto, los nominales estativos contrastan, nuevamente, con los nombres eventivos:

- (51) a. Su {rodaje/operación} en curso va a ser un éxito. (Fábregas et al. 2012: (19))
- b. ??La falta de alimentos en curso requiere de ayuda extranjera.

En (51a), donde tenemos nominales eventivos, la aparición de *en curso* es perfectamente aceptable, a diferencia de lo que sucede en (51b), donde, con un nominal estativo, el resultado es bastante más inaceptable.

Aunque los autores citados no desarrollan mayormente los motivos por los cuales este modificador es incompatible con nombres estativos, puede establecerse un paralelo entre el valor que *en curso* aporta en el dominio nominal con el que puede atribuirse a la forma progresiva (§3.2.2.2) en el dominio verbal. Así, tal como señala Parsons (1990), la forma progresiva puede ser entendida como un operador que toma un evento y ofrece como resultado un *estado en curso*. La condición que exigiría la forma progresiva sería, por lo tanto, el que pueda identificarse una situación dotada de progreso interno, una de cuyas fases pueda establecerse como representativa de su desarrollo completo. Nótese que, en el ejemplo proporcionado por Fábregas et al. (2012), citado aquí como (51a), la calificación del rodaje o la operación como *un éxito* se introduce mediante una cópula en futuro perifrástico (*va a ser*). Esta forma del verbo resulta natural, toda vez que no podemos calificar el resultado final de un evento si este se encuentra en mitad de su desarrollo, es decir, si está en curso.

En cambio, dado que un estado es una entidad aspectual perfectamente homogénea, cada subparte interna es representativa del predicado en su conjunto. Así, el punto temporal en el que evaluamos un estado constituye una ejemplificación completa de ese estado y no hay nada que el límite final pueda aportar a la hora de caracterizar el predicado.

Según hemos comentado en el apartado §3.2.2.2 y §4.1.4.1, existen diversos predicados estativos que, si bien por motivos distintos, admiten la forma progresiva, entre los cuales podemos mencionar *faltar* (*están faltando alimentos en ese país*), *sobrar* (*están sobrando recursos en ese país*), y *bloquear* (*la mesa está bloqueando la entrada*). Esto, en principio, podría encontrar un reflejo igualmente en las posibilidades del nominal respectivo de combinarse con *en curso*. Dejaremos esta cuestión para el tratamiento de las nominalizaciones de cada grupo, según apliquemos las pruebas revisadas en este apartado.

#### 5.3.2.4. *Modificación temporal*

Dado que un estado es, siguiendo a Maienborn (2005), una instanciación temporal de una propiedad, normalmente los estados pueden recibir modificación temporal. Esta característica, por supuesto, es compartida por nombres eventivos y estativos, pero, dado que los primeros son también entidades espaciales, pueden recibir, además, modificación locativa. Observemos los siguientes ejemplos:

- (52) a. La construcción de la catedral {durante dos siglos/el siglo XVI} fue muy costosa.
- b. La falta de alimentos {durante tantos años/el año pasado} conmueve a mucha gente.
- c. La película {\*durante / de} el año pasado fue muy aburrida.

Tanto los nominales eventivos (52a) como los estativos (52b) pueden recibir modificación temporal. Esto diferencia a un nominal estativo de un nombre que designe una entidad dotada de extensión temporal pero sin contenido aspectual, como *película* (52c). Como se observa en (52c), *la película* no puede vincularse a un tiempo a menos que sea mediante una preposición (*de*), pero rechaza la modificación temporal directa, en contraste con *construcción* y *falta*. Este es un aspecto importante, puesto que, a la luz de todas las pruebas anteriores, un nominal estativo es indistinguible de un nombre simple con extensión temporal.

#### 5.3.3. *Síntesis de los diagnósticos de estatividad nominal*

En conclusión, un nominal estativo puede caracterizarse descriptivamente como un nombre que no puede ser sujeto de los predicados *tener lugar* y *verse interrumpido*, pero que puede ser sujeto de predicados temporales como *empezar* o *terminar*. Por otra parte, no puede recibir modificación interna al SD que indique manera (*lento*, *rápido*) o lugar (exceptuando lecturas de marco), pero puede, en cambio, recibir modificación temporal. Dicho patrón se sintetiza en la siguiente tabla:



	<i>tener lugar</i>	<b>predicados durativos</b>	<b>Manera</b>	<b>lugar (no marco)</b>	<i>en curso</i>	<b>modificación temporal</b>
<i>construcción</i>	+	+	+	+	+	+
<i>falta</i>	-	+	-	-	-	+
<i>película</i>	-	+	-	-	-	-

Tabla 2. Nominales estativos frente a nominales eventivos y no aspectuales

Aunque adoptaremos la caracterización sintetizada en la tabla 2 como estándar, debe señalarse que no en todos los casos la admisibilidad de un nominal estativo es igual de clara en todos los contextos. Así, los estados que designan propiedades “permanentes” se resisten a recibir modificación temporal, puesto que su vigencia no está sujeta a un intervalo de tiempo acotado, sino que perdura en la medida en que tengan existencia las entidades a las que tales propiedades se aplican.<sup>171</sup> Esto es lo que sucede con un predicado como *distar*, según se aprecia en los ejemplos siguientes, donde ilustramos este punto con la realización verbal y nominal del predicado:

- (53) a. ??París dista 450 kms de Londres este año.  
b. ??La distancia de 450 kms entre París y Londres este año

Aunque las secuencias de (53) resultan ambas completamente inaceptables, puede ser apresurado descartar la posibilidad de que *distar* (y su nominalización) puedan tomar modificadores temporales. Tal imposibilidad se debe más a la situación extralingüística referida que a un aspecto estructural propio del predicado. Así, nos encontramos con casos como los siguientes:

- (54) a. La Tierra dista 152 millones de kms del Sol {en junio / durante junio}  
b. La distancia de 152 millones de kms entre el Sol y la tierra {en junio / durante junio}

En los ejemplos de (53), dado que concebimos las ciudades (París y Londres, en este caso) como entidades espacialmente fijas y estables, no tiene mucho sentido limitar la distancia que media entre ellas a un periodo acotado de tiempo. En cambio, la distancia que media entre la Tierra y el Sol varía dependiendo de en qué punto de la elipse descrita por la órbita de la Tierra nos encontramos. Así, según se observa en los ejemplos de (54), la modificación temporal tiene en este caso pleno sentido. Por lo tanto, la exclusión de modificadores temporales queda sujeta a cuestiones enciclopédicas que, en principio, no afectan a los aspectos estructurales de un predicado

<sup>171</sup> La idea de estado “permanente” o “transitorio” puede equipararse, *grosso modo*, con la distinción entre predicados IL y SL, aunque, como sostiene Arche (2006), tal correlación no es exacta. La diferencia entre IL y SL radica en el nivel semántico sobre el que se efectúa la predicación: individuos en el caso de predicados IL, estadios vinculados a individuos en el de los predicados SL. Esto implica que, normalmente, los predicados IL sean también permanentes, pero no se trata de una correspondencia forzosa. Así, en una secuencia como *Juan perteneció al partido republicano*, la relación de membresía puede entenderse como IL, aunque, como indica el tiempo perfectivo de la oración, dicha relación sea temporalmente acotada. Para más detalles, ver §1.3.1.

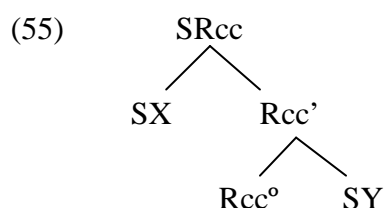
estativo,<sup>172</sup> el que, en términos semánticos, cuenta como una instanciación temporal de una propiedad en una entidad.

Ahora pasaremos a presentar la descripción y análisis de los nombres de estado asociados con los predicados verbales estudiados en los capítulos 3 y 4, es decir, estados puros y alternantes, respectivamente. Es importante destacar que el objetivo central de esta presentación consiste en diagnosticar la *estructura* que cabe atribuir a estos nombres, la cual, según esperamos, se sigue de las propiedades que independientemente hemos identificado en los predicados verbales respectivos. La consideración de los exponentes morfológicos asociados (v.g. afijos derivativos) es, por lo tanto, subsidiaria de este objetivo principal, y se introduce para apreciar de modo más claro cuáles son las consecuencias estructurales de distinguir los distintos niveles que la sintaxis verbal ofrece para expresar estatividad en español.

## 5.4. Predicados sin alternancia: estados puros

### 5.4.1. Nominalizaciones estativas de nivel 1

En este apartado examinaremos los nominales estativos que corresponden al nivel 1, es decir, aquel en que el valor estativo está sostenido por un sintagma relacional de coincidencia central (SRcc). Tales predicados corresponden, pues, a la estructura de (1):



En (55), una entidad (SX) establece con otra entidad, propiedad o lugar (SY) una relación de coincidencia central que, en FL, puede interpretarse como una relación de predicación. Si SRcc está dominado por una proyección verbalizadora (v.g. SV), obtenemos un verbo, que puede, así, entrar en una derivación propia de cláusula finita (SAsp, ST, etc.). En esta categoría colapsan tres grupos conceptuales: un subgrupo de los predicados existenciales, los verbos de medida y dos subgrupos de predicados

<sup>172</sup> Ernst (2011) realiza una crítica similar al empleo de los modificadores de lugar, según hemos discutido en §3.2.1.1.1. Para este autor, la frecuente inaceptabilidad de los estados con modificadores locativos puede achacarse, en última instancia, a factores contextuales. Si, mediante un predicado estativo, realizamos una “aserción no neutral”, el locativo pasa a ser bastante más aceptable (v.g. *Sofía se parecía a tu madre ayer bajo el farol*). Aquí hemos adoptado la posición de que los locativos sirven como una herramienta descriptiva útil a la hora de clasificar los predicados estativos, aunque las razones últimas de los patrones resultantes bien puedan ser conceptuales. De este modo, aunque no pueda emplearse como una prueba decisiva para detectar un argumento eventivo, no puede desconocerse la regularidad empírica que, como hemos observado en §3.2.1.1, siguen los estados puros al rechazar estos modificadores. Para más discusión al respecto, véase Mittwoch (2005), Martin (2008), Morimoto (2011) y Roy (2013).

psicológicos: los verbos de experimentante objeto (en particular, aquellos que codifican el experimentante en dativo) y los de experimentante sujeto de tipo emocional.

Los nominales correspondientes a este grupo son, entre otros, los siguientes:

	<b>Verbo</b>	<b>Nombre</b>
Existencia	<i>haber</i>	*
	<i>faltar</i>	<i>falta</i>
	<i>sobrar</i>	<i>sobra</i>
	<i>bastar</i>	*
	<i>escasear</i>	<i>escasez</i>
Medida	<i>costar</i>	<i>costo</i>
	<i>pesar</i>	<i>peso</i>
	<i>valer</i>	<i>valor</i>
	<i>medir</i>	<i>medida</i>
Psicológicos (exp. dativo)	<i>gustar</i>	<i>gusto</i>
	<i>importar</i>	<i>importancia</i>
	<i>doler</i>	<i>dolor</i>
Psicológicos (exp nominativo)	<i>amar</i>	<i>amor</i>
	<i>odiar</i>	<i>odio</i>
	<i>temer</i>	<i>temor</i>
	<i>querer</i>	<i>?querencia</i>

Tabla 3. Nominales asociados con estados de nivel 1

Revisaremos ahora las características de estos nombres, comenzando por el contenido aspectual que puede atribuírseles. Propondremos que los predicados pertenecientes a este nivel nominalizan directamente el SRcc sin pasar por estructura propiamente verbal, lo cual explica la falta de morfología deverbal en los nominales de este grupo. En otras palabras, los nombres asociados a este grupo corresponden a la manifestación nominal de una estructura relacional sin categoría léxico-gramatical específica.

Veremos que esta propuesta tiene consecuencias morfológicas y sintácticas. Desde el punto de vista morfológico, la expresión nominal de los estados de nivel 1 emplea, de modo regular, nombres no derivados. Si consideramos que el afijo nominalizador es la materialización de una operación de cambio categorial, entonces esta regularidad es esperable. Desde un punto de vista sintáctico, veremos que, a diferencia de los predicados eventivos, los nombres de estado de nivel 1 expresan como genitivo (*de*+SD) el sujeto oracional y no el argumento interno. Así, de *Juan ama a María* obtenemos *El amor de Juan por María*, y no *El amor de María por parte de Juan*, que sería la configuración esperable a partir de un predicado como *destruir* (*El ejército destruyó la ciudad* > *La destrucción de la ciudad por parte del ejército*). Este patrón en la expresión de la estructura argumental se sigue de las mismas asunciones que explican la regularidad morfológica observada. Si los estados de nivel 1 no sufren, en rigor, una operación de nominalización, entonces tampoco sufrirán la elisión de su argumento externo, como sucede en las nominalizaciones eventivas, que, por este

hecho, han sido frecuentemente comparadas con las construcciones pasivas o ergativas (Picallo 1991, 1999; Alexiadou 2001, Varela 2010, entre otros).

Una vez que hayamos ofrecido una caracterización morfosintáctica de estos predicados, abordaremos algunos casos no cubiertos por el conjunto de asunciones iniciales. En particular, discutiremos el caso de los nombres de la tabla 3 que contravienen la generalización de que los estados de nivel 1 emplean nombres no derivados (*escasez*, *importancia*, *medida*). Finalmente, plantearemos cómo la aproximación aquí desarrollada puede dar cuenta de los huecos en el paradigma de la tabla 3. Así, vemos que ni *haber* ni *bastar* ofrecen una nominalización, de modo que, para expresar dichos predicados en un SD debemos recurrir a las formas en infinitivo.

#### 5.4.1.1. Caracterización aspectual

En este apartado veremos que, a la luz de las pruebas presentadas en §5.3, los nominales listados en la tabla 3 se comportan como estados. Comenzaremos con los predicados que ofrecen restricciones sobre tipos de situación (*tener lugar*, *verse interrumpido*) y aquellos que admiten entidades con duración temporal (*empezar*, *seguir*, *durar*).

##### (56) Existenciales

- a. \*La {falta/sobra/escasez} de alimentos tuvo lugar en África.
- b. ??La {falta/sobra/escasez} de alimentos se vio interrumpida.
- c. La {falta/sobra} de alimentos comenzó hace mucho tiempo.

##### (57) Medida

- a. \*El elevado {costo/peso/valor} de los libros tuvo lugar en España.
- b. ??El elevado {costo/peso/valor} de los libros se vio interrumpido.
- c. El elevado {costo/peso/valor} de los libros {ha durado/ha seguido} mucho tiempo.

##### (58) Psicológicos de dativo

- a. \*El {gusto/interés/dolor} de Juan por la situación actual tuvo lugar en noviembre.
- b. \*El {gusto/interés/dolor} de Juan por la situación actual se vio interrumpido.
- c. El {gusto/interés/dolor} de Juan por la situación actual {ha durado/ha seguido} mucho tiempo.

##### (59) Psicológicos de sujeto experimentante emocional

- a. \*El {temor/odio/amor} de Juan por los extraterrestres tuvo lugar en julio.
- b. \*El {temor/odio/amor} de Juan por los extraterrestres se vio interrumpido.
- c. El {temor/odio/amor} de Juan por los extraterrestres {ha durado/ha seguido} mucho tiempo.

Como se observa en los ejemplos de (56) a (59), los nominales recogidos en la tabla 3 se comportan de forma relativamente uniforme ante los predicados restringidos a eventos (ejemplos (a) y (b)) y los predicados con extensión temporal (ejemplos (c)). Conviene adelantar que, según veremos con más detalle en el apartado siguiente (§5.4.1.2, cf. igualmente §5.4.1.6), la aceptación de contextos temporales depende en buena medida de la expresión de la estructura argumental del predicado. Esto puede apreciarse en los ejemplos siguientes:

- (60) a. \*La {falta/sobra/escasez} comenzó hace mucho tiempo.
- b. \*El {costo/valor/peso} ha durado mucho tiempo.
- c. \*El {gusto/dolor/interés} ha durado mucho tiempo.
- d. \*El {temor/odio/amor} ha durado mucho tiempo.

Esta conducta es paralela a la que ofrecen los nominales eventivos en el contexto del predicado *tener lugar*, que se vuelve inadmisibles si se elide el argumento interno de la nominalización:

- (61) La construcción \*(de la catedral) tuvo lugar en el Medioevo.

Pasemos ahora a considerar la conducta de estos nominales frente a los modificadores internos al SD. Comenzaremos por los modificadores de manera *rápido* y *lento*.

- (62) a. \*La {rápida/lenta} {falta/sobra/escasez} de alimentos
- b. \*El {rápido/lento} elevado {costo/peso/valor} de los libros
- c. \*El {rápido/lento} {gusto/interés/dolor} por la situación actual
- d. \*El {rápido/lento} {temor/odio/amor} por los extraterrestres

Como se aprecia en los ejemplos de (62), todos los nominales revisados se comportan de modo homogéneo ante los adjetivos de manera: existenciales, en (62a); de medida, en (62b), y psicológicos, en (62c) y (62d).

Observemos ahora los resultados de los modificadores de lugar:

- (63) a. La {falta/sobra/escasez} de alimentos en África
- b. El elevado {costo/peso/valor} de los libros en Madrid
- c. El {gusto/interés} por el cine en Alemania
- d. El {temor/odio/amor} por los extraterrestres en Europa

Los resultados de la modificación de lugar resultan menos evidentes que los de los contextos anteriores. Esta dificultad responde, como hemos comentado en §5.3.2.2, a que se reproduce en el dominio nominal la diferencia que en la cláusula existe entre modificadores internos, externos y de marco. A esta han de añadirse las consideraciones que hemos hecho sobre los predicados existenciales en §3.2.1.1.2, según las cuales el modificador locativo es, en verdad, un argumento del predicado. Esto determina que, en (63a), el resultado sea plenamente aceptable. En cambio, los casos de (63b) y (63c)

pueden entenderse como locativos de marco. Vale decir, según afirman igualmente Fábregas y Marín (2012b: 8), la frase locativa se interpreta, en el SD, como un marco que restringe la validez del predicado. Así, los ejemplos (63c) y (63d) denotan situaciones válidas solo si nos restringimos a los habitantes de Alemania o de Europa.

Pasemos ahora revisar los resultados que arroja el modificador *en curso*:

- (64) a. ??La {falta/sobra/escasez} de alimentos en curso preocupa a mucha gente.
- b. \*El elevado {peso/costo/valor} de los libros en curso es un problema.
- c. \*El {gusto/interés/dolor} por la situación en curso es admirable.<sup>173</sup>
- d. \*El {temor/odio/amor} por los extraterrestres en curso es ridículo.

Los nominales analizados rechazan este modificador, el que, como hemos mencionado, puede equipararse semánticamente a la forma progresiva en el dominio verbal. Sin embargo, los verbos con los que estos nombres pueden relacionarse aceptan la forma progresiva, según hemos visto en §3.2.2.2.2. Algunos ejemplos de esto se dan en (65):

- (65) a. Están faltando alimentos en ese país.
- b. Los libros están costando mucho dinero últimamente.
- c. A Juan le está gustando su trabajo.
- d. Te estoy odiando como nunca he odiado a nadie.

La gramaticalidad de las secuencias de (65) se explica, según hemos defendido en §3.3.1.1, por la estructura reducida que estos predicados requieren para operar en la sintaxis como unidades léxicas. Dado que los estados de nivel 1 lexicalizan SRcc, pueden ser tomados como complemento de una proyección SProc. El núcleo Proc, al introducir una variable eventiva, confiere a estos predicados validez en intervalos, de modo que la forma progresiva puede legitimarse sin que perdamos el valor de estado. Así, estos verbos se comportan, en el contexto particular de la forma progresiva, como estados davidsonianos, que admiten igualmente este contexto gramatical bajo una lectura de estado (v.g. *El sol está brillando*). A este respecto, los estados de nivel 1 contrastan estructuralmente con los estados de nivel 2, que lexicalizan un SInicio. Dado que SInicio se ensambla sobre SProc, no podemos obtener el valor de mantenimiento de propiedad que la estructura [SProc [SRcc]] nos ofrece. De este modo, la única forma de legitimar la forma progresiva es insertando SProc en posición de complemento de SInicio. Sin embargo, esta combinación da como resultado una lectura de ‘iniciación de evento’ y, consiguientemente, los estados de nivel 2 solo son gramaticales bajo la forma progresiva si adoptan una lectura dinámica (v.g. *Juan está teniendo una idea*). Si dicha opción no se encuentra disponible, puesto que SInicio ha tomado de forma independiente un SRcc para introducir una predicación secundaria, la forma progresiva es simplemente agramatical (v.g. \**Juan está teniendo las ideas claras*) (§3.3.2.3). Estas posibilidades se sintetizan en (66):

---

<sup>173</sup> En este ejemplo, la lectura relevante es, desde luego, aquella en que *en curso* modifica a [N por la situación]. Debe descartarse, por lo tanto, un análisis en que el N modificado es *situación*, combinación que resulta gramatical.

- (66) a. [Asp<sub>prog</sub> [SProc<sub><e></sub> [SR<sub>cc</sub> *faltar*]]] (lectura estativa)  
 b. \*[Asp<sub>prog</sub> [SInic *tener* [SR<sub>cc</sub> *las ideas Rcc claras*]]]  
 c. [Asp<sub>prog</sub> [SInic *tener* [SProc Proc<sub><e></sub> *una idea*]]] (lectura dinámica)

Si seguimos la idea de que la nominalización toma la configuración estructural básica del predicado, entonces la agramaticalidad de las secuencias de (64) se vuelve predecible. La variante “davidsoniana” de *faltar*, *pesar* o *gustar* es adquirida en la sintaxis verbal, pero no está disponible en la sintaxis nominal. El nombre corresponde, así, a la variante estructural básica del predicado y no a aquella que podemos encontrar dominada por SProc, según tendremos ocasión de discutir con mayor detalle en §5.4.1.4. Una consecuencia de este análisis es que aquellos predicados que sí incluyen SProc en su configuración léxica básica, aun cuando puedan catalogarse como estados, aceptan, en su variante nominal, el modificador *en curso*. Así sucede, por ejemplo, con *bloqueo*:

- (67) a. La divisa extranjera está bloqueando el flujo de capitales.  
 b. El bloqueo del flujo de capitales en curso molesta a los inversionistas.

Nótese que un contexto que nos permite dirimir en qué casos SProc pertenece o no a la configuración inherente del predicado es la modalidad epistémica. Así, los verbos de estado de nivel 1 admiten lecturas epistémicas, mientras que verbos como *bloquear* no:

- (68) a. En ese país faltará comida. (epistémica posible)  
 b. La corrupción bloqueará la inversión extranjera. (solo futuro)

Puesto que la modalidad epistémica no es compatible con *bloquear*, concluimos que la validez en intervalos que introduce Proc es en este caso una propiedad intrínseca del verbo, mientras que, dado que puede desaparecer en (68a), corresponde a una propiedad contextualmente adquirida en el caso de *faltar*. De este modo, el valor de estado davidsoniano que *faltar* adquiere en el contexto de la forma progresiva corresponde a un caso de “coerción” y no de “polisemia” (o alternancia sistemática) (cf. §2.7.7).

Volveremos sobre estos contrastes en §5.4.3.2, cuando revisemos las propiedades aspectuales de los nominales relacionados con predicados estativos que incluyen un SProc.

Finalmente, veamos los resultados que ofrece la modificación temporal interna al SD:

- (69) a. La {falta/sobra/escasez} de alimentos este año  
 b. El elevado {costo/peso/valor} de los libros esta temporada  
 c. El {gusto/dolor/interés} por la situación este último tiempo  
 d. El {temor/odio/amor} por los extraterrestres este último tiempo

Según corresponde a estructuras nominales con contenido estativo, los SSDD de (69) admiten modificadores temporales sin la necesidad de introducir una preposición. Esto

tiene particular interés, puesto que cuenta como una prueba positiva más fuerte que la aceptación de predicados sensibles a la extensión temporal. Como hemos comentado en §5.3.2.4, este contexto también es admitido por nombres simples como *película*. Así, la aceptación de modificadores temporales internos al SD permite diferenciar nombres con contenido aspectual estativo, como los de (69), de nombres simples pero que incluyen conceptualmente temporalidad.

En síntesis, concluimos que los nominales asociados con estados de nivel 1 pueden ser introducidos en SSDD que designen eventualidades estativas análogas a las que expresa la realización verbal de tales predicados.

#### 5.4.1.2. Estructura argumental

Los nominales asociados a estados de nivel 1 van normalmente acompañados de la realización de los argumentos del predicado verbal. La omisión de alguno de estos argumentos conduce, en la mayoría de los casos, a la agramaticalidad de las secuencias en que estos nominales se emplean para designar una eventualidad estativa.

En el caso de los nominales de predicados existenciales, la realización del tema (o entidad de la que se predica la existencia) es obligatoria, aunque la mención del argumento locativo es menos rígida, como se observa en los siguientes ejemplos:

- (70) a. {Faltan/sobran/escasean} recursos ??(en la universidad).  
b. La {falta/ausencia/escasez} \*(de recursos) (en la universidad) ha durado mucho.

En el caso de (70a), donde se observa la realización verbal del predicado, la secuencia es menos aceptable si se elide el argumento locativo. En la versión nominal, ejemplificada en (70b), solo el argumento que corresponde al sujeto de (70a), es decir, el tema, debe ser expresado obligatoriamente, mientras que podemos prescindir del SP *en la universidad*.

La expresión de los complementos del verbo en el dominio nominal es más estricta en el caso de los nombres de medida. En este caso, no solo es necesaria la expresión del tema, sino también la del complemento de medida, es decir, la frase que en la cláusula expresa el valor que adquiere la dimensión atribuida al sujeto. Así puede apreciarse en los ejemplos de (71):

- (71) a. Los libros {cuestan/valen/pesan} \*(mucho).  
b. El \*(elevado) {coste/valor/peso} \*(de los libros) durante esta temporada

Es interesante notar que, aunque el complemento de medida es obligatorio tanto en el dominio verbal como en el nominal, su realización sintáctica corresponde en ambos casos a un modificador. Así, en el ejemplo de (71b), la mención del grado en que se expresan las dimensiones del coste, el valor o el peso corresponde a un adjetivo, *elevado*.



Si, en la variante verbal, expresemos este grado mediante un SQ, el complemento de medida no podrá encontrar un correlato exacto en la versión nominal del predicado, puesto que parecen estar excluidos dos SSPP sucesivos introducidos por *de*. A esta restricción apuntan los datos proporcionados por Picallo (1999: 392):

- (72) a. La caja pesa dos kilos.
- b. El producto cuesta cuatro mil pesetas.
- (73) a. El peso (\*de dos kilos) de la caja
- b. El coste (\*de cuatro mil pesetas) del producto

Sin embargo, Picallo (1999) interpreta los datos de (73) como una restricción sobre los complementos de medida en general. Dado que el nombre de medida expresaría, siguiendo a la autora, una “cualidad propia de un sujeto”, establecería con la entidad introducida en el SP una relación posesiva que carecería de las posibilidades sintácticas de la variante verbal.

No obstante, según apuntamos más arriba, lo que conduce a la agramaticalidad de la secuencia es la mención de ambos complementos simultáneamente, y no uno de ellos en particular. La mención de uno u otro depende, como muestran los siguientes datos, del carácter definido o indefinido del artículo que encabeza el SD (cf. Jaque 2010a):

- (74) a. El peso { \*de dos kilos/de la caja }
- b. Un peso { de dos kilos/\*de la caja }

Esta distribución de los complementos se correlaciona con la función semántica que pueden desempeñar los SSDD en que aparecen. Así, solo (74a) podría servir de base para la elaboración de un estado nominal, pero no (74b). En primer lugar, el SD de (74a) está encabezado por un artículo definido, lo cual, de modo independiente, sabemos que corresponde a la expresión de eventualidades en el dominio nominal (v.g. { \*Una/la } construcción de la catedral tuvo lugar en el siglo XVI) (Grimshaw 1990). En segundo lugar, como hemos mencionado, el argumento que expresa el tema (*la caja*) es obligatorio, de modo que (74b) impediría satisfacer esta restricción, a diferencia de (74a). Finalmente, si bien (74a) excluye la mención del complemento de medida mediante un SP, permite que la noción de grado se realice mediante un adjetivo (cf. (71b), *El elevado coste de los libros*), satisfaciendo así, igualmente, la obligatoriedad de este complemento. En cambio, el que el tema pierda, en (74b), la posición de SP, le deja sin posibilidad de expresión sintáctica, puesto que no puede realizarse como adjetivo.

Por otra parte, como se expone en Jaque (2010a), el SD de (74b) puede funcionar como complemento de *tener* empleado como verbo ligero, lo cual presta cierto respaldo a la hipótesis de Rothmayr (2009) de que estos verbos se forman mediante incorporación (§3.2.5). Así, en una oración como la de (75) tendríamos la versión analítica del verbo *pesar*:

(75) La caja tiene un peso de dos kilos.

Lo que en la variante sintética de este predicado aparece como un complemento de medida (*La caja pesa dos kilos*) se manifiesta aquí como un SP que modifica el nominal *peso*. De este modo, la incorporación semántica a la que alude Rothmayr (2009) tendría aquí un correlato explícito. En aquel procedimiento, según sostiene van Geenhoven (1998) (*apud* Rothmayr 2009: 136), el modificador se mantiene en una posición externa al verbo, especificando semánticamente a un complemento que ha sido incorporado en el núcleo verbal. En (75), al “desincoporar” el elemento nominal *peso*, la modificación que ejerce *dos kilos* pasa a ser interna al SD objeto directo, por lo que necesita de la mediación de una preposición. Esto mostraría, además, que las frases de medida no funcionan como argumentos del verbo, sino como elementos que especifican la predicación ejercida por el núcleo verbal.<sup>174</sup>

Revisemos ahora cómo se manifiestan los argumentos de la variante nominal de los predicados psicológicos correspondientes a estados de nivel 1. En este caso, el experimentante asume la posición sintáctica que, según hemos visto, ocupa el tema en los nominales existenciales y de medida, es decir, la de un SP introducido por *de*. En cambio, el T/SM (*Target/Subject Matter*) (Pesetsky 1995) es introducido mediante la preposición *por*. Así puede apreciarse en los ejemplos siguientes:

- (76) a. A Juan le {gusta/duele/interesa} la situación económica.  
b. El {gusto/dolor/interés} de Juan por la situación económica

Este patrón sintáctico se encuentra igualmente en los verbos psicológicos de experimentante sujeto, según se aprecia en los ejemplos siguientes:

- (77) a. Juan {teme/odia/ama} a los extraterrestres.  
b. El {temor/odio/amor} de Juan por los extraterrestres.

Aunque las estructuras oracionales correspondientes a ambas clases de predicados psicológicos difieren (76a, 77a), las variantes nominales disponen sus argumentos de forma idéntica (76b, 77b).

La gramaticalidad del SD desciende en buena medida si se elide el T/SM, aunque parece tolerar mejor la elisión del experimentante, según se observa en los ejemplos siguientes:

---

<sup>174</sup> De acuerdo con Rothmayr (2009: 134), la naturaleza no argumental del complemento de medida es lo que explica la restricción que impide a este tipo de frases tomar determinantes fuertes (cf. Milsark 1974). Así, se dan contrastes como los siguientes:

- i. La caja pesa dos kilos.  
ii. \*La caja pesa los dos kilos.

Si los determinantes fuertes habilitan a un nominal para funcionar como argumento, el contraste de (i-ii) mostraría que las frases de medida no denotan participantes funcionalmente integrados en el predicado (cf. *El médico le quitó los dos kilos*).

- (78) a. ??[El {gusto/interés} de Juan durante este año] causó buena impresión.  
 b. [El {gusto/interés} por la situación económica durante este año] causó buena impresión.
- (79) a. ??[El {temor/odio/amor} de Juan este año] fue inesperado.  
 b. [El {temor/odio/amor} por los extraterrestres este año] fue inesperado.

En este punto la conducta de los nominales psicológicos de nivel 1 se distancia del resto del grupo, puesto que el argumento obligatorio del SD es siempre, o al menos incluye, el SP introducido por *de*. En el caso de los nominales psicológicos, el SP-*de* no corresponde, como en el resto de los casos, al tema (o más bien, T/SM) ni parece ser estrictamente necesario para la gramaticalidad del SD.

En síntesis, vemos que los nominales correspondientes a predicados estativos de nivel 1 pueden expresar todos los elementos argumentales de sus correspondientes verbos. De estos, suele ser obligatoria la expresión del tema, si queremos que el SD entre en un contexto propio de una eventualidad estativa. Otros elementos, como el argumento locativo de los existenciales o el experimentante de los psicológicos, pueden elidirse sin que la aceptabilidad del SD baje de modo considerable.

#### 5.4.1.3. Representación morfosintáctica

Como hemos mencionado al comienzo de este apartado, una característica que salta a la vista al observar la tabla 3 es que casi todos los nominales revisados asumen la forma de nombres no derivados, es decir, siguiendo a Fábregas et al. (2012), unidades léxicas sin morfología deverbal ni vocal temática. Así sucede, por ejemplo, con *costo*, *valor*, *gusto*, *peso*, *interés* o *dolor*. Nótese que, en el caso de *falta* o *sobra*, la terminación en *-a* coincide fonológicamente con la vocal temática de la primera conjugación, a la que los verbos correspondientes pertenecen (*falt-a-r*, *sobr-a-r*). No obstante, asumiremos que no se trata de la materialización del mismo núcleo funcional, puesto que, en otros casos, como *cost-o/cost-e* o *peso*, la terminación vocálica no coincide con la vocal temática del predicado verbal (*cost-a-r*, *pes-a-r*). Dado que puede darse una caracterización aspectual y sintáctica uniforme para ambos grupos de predicados, asumiremos que la segmentación morfológica es, igualmente, uniforme.

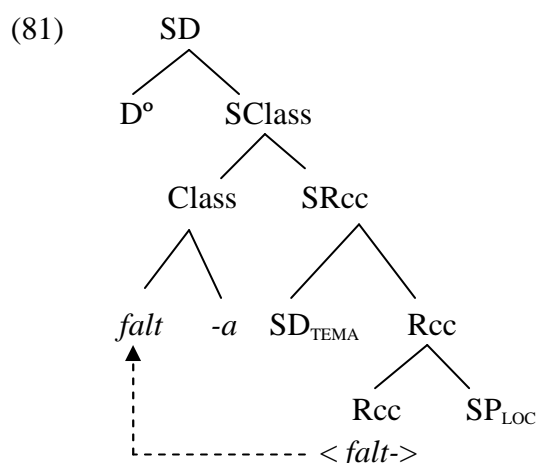
En este subapartado defenderemos la hipótesis de que esta generalización descriptiva puede seguirse de la representación sintáctica que en §3.3.1 hemos ofrecido para este grupo de predicados. En particular, nos basaremos en la idea de que la relación de coincidencia central (SRcc) que expresa la relación entre los argumentos del predicado es categorialmente neutra, y se manifiesta verbalmente mediante el añadido de proyecciones funcionales pertenecientes a esta categoría. Así, SRcc se manifiesta como nombre al aparecer en un contexto nominal (un SD). Tanto el verbo (*costar*) como el nombre (*costo*) derivan de una estructura común no categorizada, razón por la que en ninguno de los dos casos encontramos evidencias morfológicas que atestigüen

un cambio de categoría. La ausencia de morfología deverbal se explicaría, así, porque, de hecho, no estamos nominalizando un “verbo” propiamente tal, sino prestando categoría nominal a una proyección relacional. En §5.4.1.4 estudiaremos algunas excepciones a esta regularidad.

Tomemos en consideración, de este modo, los nombres listados en (80):

- (80) a. **existenciales:** *falta, sobra*  
 b. **medida:** *costo, valor, peso*  
 c. **psicológicos:** *gusto, dolor; amor, odio, temor*

Si la realización nominal de los predicados correspondientes se obtiene introduciendo la estructura SRcc en un contexto nominal que proporciona rasgos de género y número, podemos adoptar una estructura como la de (81), que dará cuenta un nombre como *falta*:

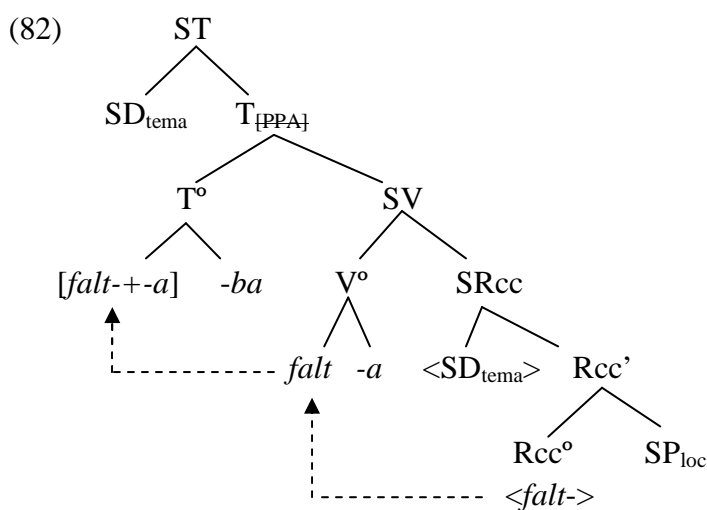


Recordemos que la *-a* final de los nombres *falta* y *sobra* coinciden solo fonológicamente con la vocal temática de la primera conjugación, que se expresa cuando SRcc está dominado por una proyección funcional de tipo verbal.<sup>175</sup> En cambio, de acuerdo con la estructura de (81), *-a* corresponde a la materialización de una proyección nominal (SClass), que permite la combinación de esta configuración con un determinante (SD).

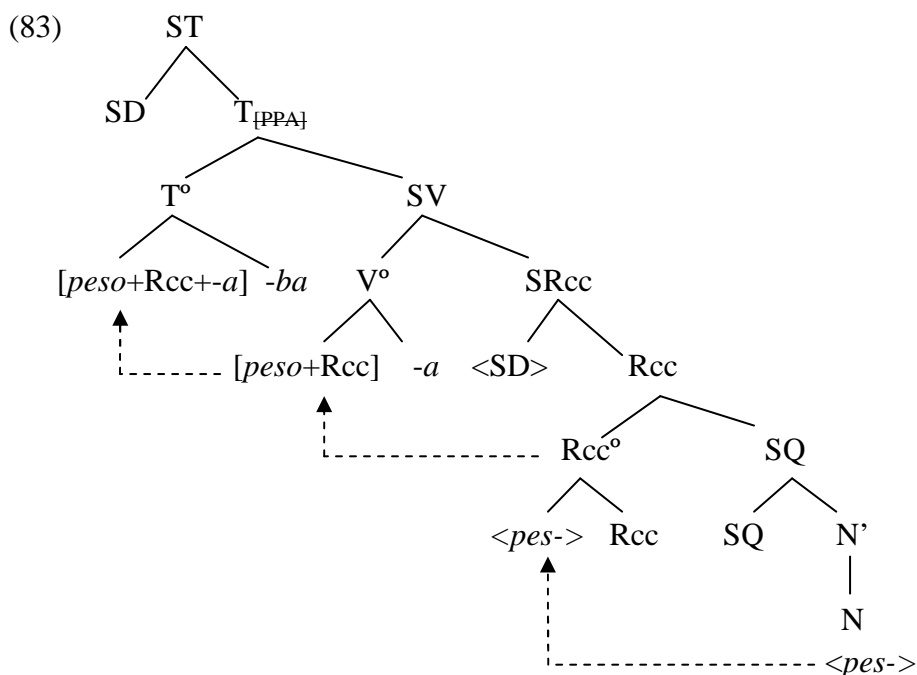
Una diferencia importante entre el contexto verbal y el nominal corresponde a la legitimación del SD tema. En el contexto oracional, el tema es el SD más próximo al ST, por lo que asciende a la posición de [Espec, ST] para satisfacer el PPA. En el contexto nominal, no puede asignarse caso nominativo, por lo que el SD tema, de

<sup>175</sup> Reiteramos aquí las observaciones hechas en §3.3.1.4, nota 110. Consideramos provisionalmente la vocal temática como la materialización de una proyección verbalizadora (V), sin comprometernos con el valor teórico que esta estrategia pueda tener. Esta representación nos es de utilidad, no obstante, para enfatizar el hecho de que la vocal temática no forma parte de la entrada léxica que sirve de materialización de Rcc°, que es independiente de la categoría de verbo. Para más discusión sobre el estatus de la vocal temática y su inclusión en la derivación (post)sintáctica, véase Oltra-Massuet (2010), Oltra-Massuet y Arregui (2005) y Cano (2013).

acuerdo con la visión tradicional de que las nominalizaciones son asignadores temáticos pero no marcadores de caso (Grimshaw 1990), debe recibir caso de la preposición *de*, insertada en la interfaz morfofonológica como morfema dissociado (cf. Embick y Noyer 2007, Harley 2009). Por último, dado que el SP locativo incluye su propio marcador de caso, puede aparecer libremente tanto en el contexto oracional como en el nominal (*Faltan aventureros en mi pueblo* / *La falta de aventureros en mi pueblo*). El contraste de la estructura de (81) con la versión oracional del predicado se aprecia al observar la estructura de (82), donde se sintetizan la derivación del verbo (a través de V, donde toma vocal temática, hasta T, donde toma morfema de tiempo) y la copia del SD desde [Espec, SRcc] a [Espec, ST] para satisfacer PPA (para más detalles, ver §3.3.1):



La derivación sintáctica con la que obtenemos un SD estativo en el caso de un nombre de medida es similar, pero introduce algunas complicaciones extras. Estas se derivan del hecho de que, como hemos desarrollado en §3.3.1, los verbos de medida se derivan por incorporación de un elemento nominal que designa una dimensión. Por lo tanto, puede asumirse que los nombres *peso*, *costo* y *valor* designan justamente las dimensiones incorporadas en la versión sintética de tales predicados. Si esto es así, entonces el análisis que hemos ofrecido para *falta* debe aquí modificarse y añadir algunos pasos extra. Recordemos, primero, la derivación que estos verbos siguen en un contexto oracional (para más detalles, ver §3.3.1):



La relación de coincidencia central se establece, en este caso, entre una entidad y una dimensión cuantificada, que se expresa como un SQ (v.g. *tres kilos*) en cuyo dominio hay un SN. El nominal que denota la dimensión se incorpora en el núcleo Rcc, dejando libre el núcleo SQ. Siguiendo a Rothmayr (2009), el SQ se incorporará semánticamente al nombre con el que ya no se relaciona en la sintaxis explícita. Luego, el núcleo complejo *[peso+Rcc]* así formado se incorpora en el núcleo V, donde toma vocal temática y adquiere categoría verbal. Al ensamblar ST, la estructura *[peso+Rcc+V(-a)]* se desplaza hasta T, donde recibe, finalmente, morfema de tiempo. Por otra parte, el rasgo PPA de ST busca el SD más cercano, en este caso el especificador de SRcc, que asciende, así, hasta [Espec, ST].

Para obtener un SD estativo a partir de la estructura de (83), podemos interrumpir la derivación, nuevamente, antes del ensamble de SV, es decir, antes de que la estructura se verbalice. Tenemos, por lo tanto, un SRcc no categorizado. Sin embargo, en este punto nos enfrentamos a una disyuntiva, puesto que podemos asumir, bien que los nominales *peso*, *valor* y *coste* son, simplemente, el núcleo nominal no incorporado en Rcc, en cuyo caso se trataría no solo de nombres no derivados a partir de una estructura verbal subyacente, sino que carentes de estructura relacional; bien que la estructura del SD se ensambla sobre el SRcc en el que ya se ha incorporado el nominal de medida. Por una parte, si asumimos que el nominal no integra la estructura SRcc, el valor aspectual estativo que hemos identificado en §5.4.1.1 se torna gratuito. Por otra, vemos que hay muchos nombres que designan igualmente dimensiones cuantificables pero que, no obstante, no se relacionan derivativamente con verbos: *ancho*, *largo*, *altura*, *estatura*, *temperatura*, *precio*<sup>176</sup>, etc. Si aceptamos la estructura SRcc en *costo*,

<sup>176</sup> Existe, en el español actual, un verbo *preciar*, pero cuyo uso no corresponde al de los verbos de medida estudiados. Así, no hay oraciones tales como *\*El libro precia 10 euros*. Para más detalles al respecto, véase Jaque 2010a.

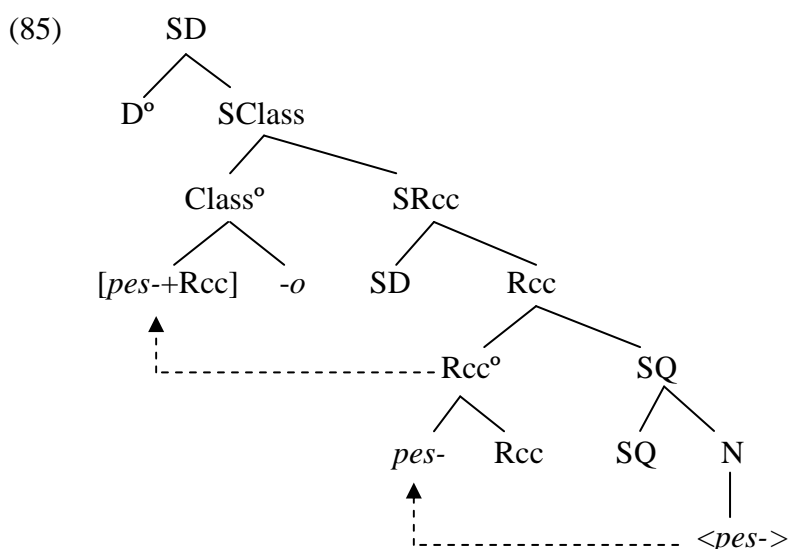
*valor* y *peso*, deberíamos aceptarla igualmente para los nombres de medida no relacionados derivativamente con verbos, en el caso de que estos nombres pasen las pruebas de estatividad nominal.

La idea de que todos los nombres de medida integran un SRcc, al menos cuando expresan una eventualidad estativa, recibe respaldo al observar que no solo los nombres efectivamente relacionados con verbos, sino también los que no lo están, sirven de base a la elaboración de un estado en el SD. Consideremos los ejemplos de (84), cuyos nominales no poseen en el español actual un verbo asociado:

- (84) a. La elevada estatura de Juan en su infancia le marcó para toda la vida.  
 b. El escaso ancho de la carretera el verano pasado fue la causa de muchos accidentes.  
 c. El elevado precio de los libros esta temporada tiene molestos a muchos lectores.  
 d. La baja temperatura del mar el verano pasado es la causa de que haya menos tiburones en la zona.

Como se observa en estas oraciones, los nombres *estatura*, *ancho*, *precio* y *temperatura* pueden recibir modificación temporal interna al SD, tomar un adjetivo que exprese el grado en que la dimensión se realiza y un SP que denote la entidad de la que se predica dicha dimensión cuantificada. Se comportan, de este modo, como lo hacen los nombres *peso* o *costo*, que sí se relacionan con verbos del español.

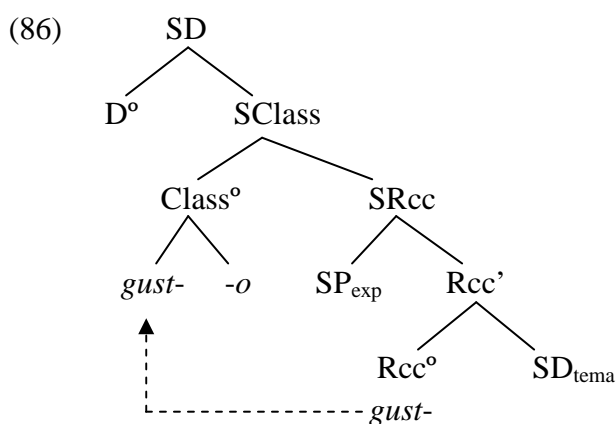
Por lo tanto, asumiremos que los nombres de medida poseen, de forma general, la siguiente estructura:



La estructura de (85) reproduce casi exactamente la de (81), que ofrecíamos para los nominales existenciales, exceptuando el hecho de que, en la de (85), tenemos un nivel de incorporación extra. Así, tal como observamos al derivar la estructura de la realización verbal de estos predicados, el nombre que expresa la dimensión se incorpora

al núcleo Rcc, dando lugar al núcleo complejo [*pes*+Rcc]. En este punto, podemos ensamblar un SV, y obtenemos un verbo, o bien ensamblar estructura propia del SD, que es lo que hemos hecho en (85) al añadir el SClass. El especificador de SRcc sigue la misma suerte que veíamos en el caso del tema de nombres como *falta*: debe legitimarse mediante una preposición. Como hemos visto, estos sintagmas no admiten dos complementos con *de*, por lo que el SQ no puede, en este caso, permanecer inalterado. Si es un modificador de grado, puede realizarse como adjetivo y ascender a una posición alta en el SD (*elevado peso*). Si posee rasgos nominales (*tres kilos*), la derivación fracasará, por cuanto no puede ser legitimado como argumento.<sup>177</sup>

Finalmente, veamos cómo se aplica este tipo de derivación a la formación de nombres psicológicos de nivel 1. En el caso de los nombres derivados de VPEO de dativo, encontramos una estructura como la siguiente:



La derivación de la estructura de (86) sigue de cerca la que ya hemos examinado en los casos anteriores. Aquí, el núcleo Rcc, que se materializa mediante *gust-*, se incorpora en el núcleo Class, donde toma rasgos nominales.

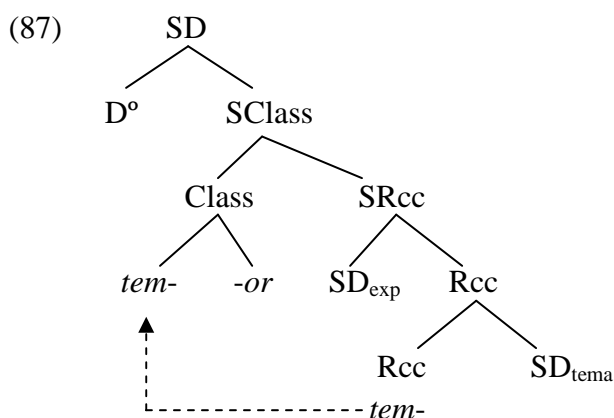
La legitimación de los argumentos relacionados por Rcc merece algún comentario. En principio, el experimentante, en posición de especificador de SRcc, se expresa como *SP-de* de acuerdo con el patrón regular seguido por el resto de los SSDD estativos de este grupo. Sin embargo, el experimentante se estructura, si seguimos a Landau (2009), como un SP encabezado por una preposición abstracta ( $P_\Psi$ ), que determina, según hemos expuesto en §4.2.5, argumentos sean siempre sintácticamente oblicuos. En el dominio oracional, hemos visto que el rasgo PPA de T “se salta” el SD regido por  $P_\Psi$ , de forma tal que el SD tema acaba tomando caso nominativo. Dado que la legitimación argumental no está influida, en el SD, por el rasgo PPA, el orden sintáctico de los argumentos no se rige por la jerarquía establecida entre los SSDD. Así,

<sup>177</sup> Dado que la estructura de (85) incluye un nivel nominal adicional en posición de complemento de SRcc, podemos emplear este nombre con independencia del que se forma al insertar SRcc bajo SClass. Así, esperamos que existan usos “no aspectuales” de *peso*, *costo*, *valor*, etc., en los que hacemos referencia a la dimensión respectiva y no al estado que relaciona esa dimensión con un grado y una entidad. Ejemplos de este tipo son los siguientes: *A la gente le preocupa el peso*, *Este libro no tiene valor*, *Alguien tendrá que pensar en el costo*, etc. Más adelante, en §5.5.4.2.c, veremos que hay nombres como *pena* o *enfado* que se restringen a este nivel inferior a SRcc y que, consiguientemente, carecen de propiedades aspectuales y argumentales en un sentido estructural.



el experimentante de la estructura de (86), aunque no sea el SD más externo, sigue siendo el argumento más prominente. Por lo tanto, podemos asumir que, en el SD, la posición de SP-*de* corresponde al argumento más prominente en la estructura predicativa dominada por una proyección nominal, siguiendo a Alexiadou (2010, 2012). Esta asunción introduciría un conflicto si la preposición que domina al experimentante tuviese un sustento fonológico independiente, pero, dado que se trata de una preposición abstracta, puede establecerse una coincidencia entre el legitimador argumental del SD (*de*) y P<sub>ψ</sub>. Por otra parte, la ausencia del rasgo PPA, que en el dominio oracional atrae el SD tema hasta la posición de sujeto, determina que este argumento no pueda ascender en el SD estativo. De este modo, se introduce una preposición que pueda asignar caso inherente al SD tema, con lo cual obtenemos una frase como *el gusto de Juan por el fútbol*.

Una derivación análoga siguen los nominales asociados con VPES, según se observa en la estructura de (87):<sup>178</sup>



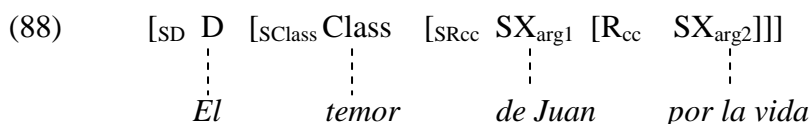
La realización sintáctica de los argumentos de un predicado psicológico como *temer* siguen las mismas restricciones que observábamos en el caso de *gustar*, aunque la categoría gramatical en que se expresan estos argumentos no sea la misma. En el caso de los VPES, el especificador de SRcc corresponde a un SD, no a un SP<sub>ψ</sub>. Esta diferencia determina que, en el dominio verbal, el especificador de SRcc sea atraído por T y tome caso nominativo, puesto que es el SD más prominente. Sin embargo, según argumentábamos en el párrafo anterior, en el dominio nominal la jerarquía de

<sup>178</sup> En la derivación de (87), consideramos *-or* como materialización de Clasificador y no como un afijo derivativo, como de hecho funcionaba en su origen latino (cf. Pharies 2002). En español, *-or* puede adjuntarse a raíces sin categoría, como sucede en *calor*, *sopor* o *estupor*. Nótese, además, que un nombre como *calor* sirve de base a un verbo denominal como *acalorar*. Esto sugiere que unidades léxicas como *calor*, *dolor*, *amor*, *temor*, etc., pueden considerarse como unidades no segmentables, donde *-or* es parte de la raíz. Sin embargo, esto nos impediría dar cuenta de que los predicados de experimentante sujeto rechazan *-or* en su variante verbal (*amar*, no *\*amaror*; *temer*, no *\*temeror*; *doler*, no *\*dolorer*). De este modo, debe concluirse que dicho elemento sufijal, aunque no derivativo, es segmentable. La terminación en *-or* se mantiene en cambio, en la formación de predicados causativos como *enamorar* (y no *\*enamar*) o *atemorizar* (y no *\*atemer*). La formación de estos verbos tomaría como base, así, la variante nominal del predicado (el estado “nominalizado” de *amar* o *temer*) y no, directamente, la estructura relacional SRcc.

argumentos es insensible a esta diferencia categorial. Tanto el SD como el SP en [Espec, SRcc] corresponden al argumento más prominente del predicado, por lo que adoptan la forma de un SP-*de*. Por lo tanto, ambos tipos de predicados psicológicos asumen una forma idéntica en su versión nominal, aunque la realización sintáctica de sus argumentos difiera en el terreno verbal.<sup>179</sup>

En síntesis, vemos que la versión nominal de los estados de nivel 1 es consistente con la caracterización estructural desarrollada en §3.2.1. Sintetizamos las principales propiedades revisadas a continuación:

- Los estados de nivel 1 lexicalizan un SRcc que carece de categoría gramatical. Consecuentemente, dicha estructura puede manifestarse como verbo o como nombre, dependiendo de las proyecciones funcionales que lo dominen. Esto explica la regularidad empírica de que los nombres de estados de nivel 1 no presenten morfología deverbal (v.g. *-miento*, *-ción*, *-ncia*). Se trata de la variante nominal de una relación predicativa.
- En términos de su interpretación aspectual, y de acuerdo con las pruebas introducidas en §5.3, todos estos nombres expresan el tipo de situación denotado por el predicado verbal (un estado).
- La disposición de los argumentos del predicado sigue también un patrón uniforme en todos los casos revisados. Si asumimos que la frase SP-*de* corresponde, en la nominalización, al argumento más prominente de la representación estructural del predicado, es esperable que el argumento en [Espec, SRcc] se materialice en esta posición, sea que se trate de un SD o de un SP. Así, el tema de los existenciales, el sostenedor de los verbos de medida y los experimentantes de los predicados psicológicos corresponden a un SP-*de* en el dominio nominal. Esta disposición general puede esquematizarse como sigue:



La distribución de los argumentos en el SD es, junto a la morfología de estos nombres, un punto importante de contraste con las nominalizaciones de verbos de estado de nivel 2 (*tener*, *conocer*, *entender*, *creer*), según veremos en §5.4.2. Además de presentar morfología deverbal (*tene-ncia*, *conoci-miento*, *cree-ncia*), la distribución de la estructura argumental en estos nombres imita a la de los nominales eventivos (*El conocimiento de la verdad por parte del sabio* / *La destrucción de la ciudad por parte del ejército*). Esto se explica por la estructura SInicio que estos verbos lexicalizan, que es de naturaleza específicamente verbal. Por lo tanto, asistimos aquí a una operación de

<sup>179</sup> Según veremos más adelante (§5.5.1), los verbos psicológicos de experimentante objeto acusativo dan lugar a una distribución argumental idéntica en su versión nominal (*la preocupación de Juan por la economía*). Sin embargo, necesitamos introducir suposiciones adicionales para obtener ese resultado, dado que la configuración sintáctica inicial incluye mayor complejidad que la que encontramos en los VPES y en los VPEO de dativo.

nominalización, cuyo efecto morfológico es la presencia de un afijo deverbal, y cuyo efecto sintáctico es la expresión del argumento interno en la posición estructural más prominente.

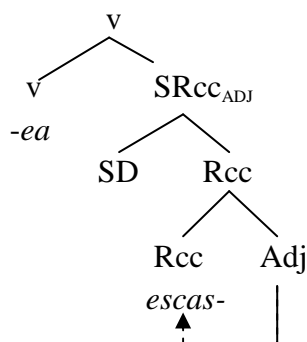
A continuación, presentaremos algunas excepciones al análisis presentado en este subapartado, así como el tratamiento que reciben desde las asunciones teóricas aquí adoptadas. En particular, veremos algunos nombres que escapan a la generalización de que los estados de nivel 1 se expresan mediante nombres no derivados (*escasez*, *importancia*, *medida*). Luego, en §5.4.1.5, atenderemos algunos predicados que no ofrecen una variante nominal (exceptuando la forma de infinitivo), en especial el predicado *haber*, que, según plantearemos allí, puede analizarse como una estructura copulativa cuyo predicado es necesariamente locativo. De este modo, al lexicalizar más estructura funcional (v.g. ST), escapa al dominio en el que podemos aplicar una operación de nominalización (cf. Alexiadou 2001, Fábregas y Marín 2012a).

#### 5.4.1.4. Nombres derivados en estados de nivel 1

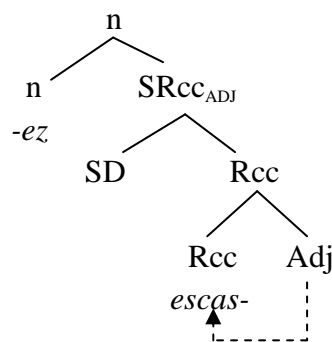
Al introducir los nombres asociados con los verbos de estado de nivel 1, hemos visto que algunos de ellos manifiestan algún tipo de derivación morfológica y no pueden considerarse, así, directamente como la manifestación nominal de SRcc. Se trata de los nombres siguientes: *escasez*, *importancia* y *medida*.

En primer lugar, el nominal *escasez* (Jaque 2010b, 2012) deriva del adjetivo *escaso* mediante el sufijo *-ez*. Nótese que *escasear* puede considerarse, así, un verbo deadjetival. Según se argumenta en los trabajos citados, la existencia de la nominalización deadjetival bloquea la realización nominal del verbo, toda vez que una nominalización deadjetival corresponde a un objeto semántico idéntico, o al menos bastante próximo, a una nominalización deverbal estativa (cf. Spencer y Zaretskaya 2003, Roy 2010). Podemos adoptar aquí un enfoque similar, pero prescindiendo de la noción de bloqueo léxico (Aronoff 1976). Supongamos que SRcc puede corresponder a la proyección extendida de un adjetivo, mediante la cual este puede aplicarse a un argumento en posición de especificador y funcionar, así, como predicado (cf. Hale y Keyser 1998, 1999, 2002). Si asumimos que, en este contexto, SRcc no puede entrar libremente en un contexto funcional de verbo o de nombre, debemos acudir a un afijo categorizador de una u otra categoría para legitimar la forma *escas-* en el ST o en el SD. Así, la manifestación verbal de *escas-* no se agota en el añadido de la vocal temática (*-a*), sino en el del afijo verbal *-ea*. Paralelamente, la manifestación nominal de esta estructura predicativa requiere un morfema derivativo deadjetival (*-ez*). De este modo, SRcc, al funcionar como la proyección extendida del adjetivo, adopta sus restricciones categoriales. Esta idea se representa en (89):

(89) a. [v [Adj escas] -ea]



b. [N [Adj escas] ez]



Así, no es que *escasez* bloquee léxicamente una posible nominalización deverbal (\**escaseamiento*, \**escasión*, etc.), puesto que, en este nivel estructural, tales nominalizaciones no existen. En cambio, el empleo de SRcc como proyección extendida del adjetivo impide que esta estructura pueda ser tomada directamente por proyecciones funcionales nominales y, en este sentido, la materialización de Rcc como adjetivo “interrumpe” una eventual derivación hacia la constitución de un SD. Si tal derivación se emprende, debe incluirse una pieza funcional (-ez) que legitime el añadido de elementos propios del nombre.<sup>180</sup>

Un fenómeno hasta cierto punto similar encontramos en el caso de *importancia*. Aunque, según veremos, -ncia es un sufijo que puede tomar bases verbales (v.g. *tenencia* < *tener*, *ganancia* < *ganar*, etc.), suele operar allí donde existe también un adjetivo en -nte, incluso en ausencia de una base verbal (v.g. *elegante* > *elegancia*, *demente* > *demencia*, *clemente* > *clemencia*). Esto ha conducido hacia el debate de si puede tratarse -ncia como un sufijo deverbal o bien si resulta más adecuado caracterizarlo como sufijo deadjetival (cf. Santiago y Bustos 1999). Como se discute en Cano y Jaque (2011, 2012, 2013), existen argumentos tanto para la posición favorable a la derivación deverbal (v.g. nombres en -ncia con base verbal sin un adjetivo en -nte correspondiente, como *ganancia*) como para la derivación deadjetival (los casos citados de pares nombre-adjetivo sin un verbo correspondiente). No obstante, como defienden los autores citados, una aproximación más clara descansa, antes que en las restricciones

<sup>180</sup> Esta formulación es análoga a otras caracterizaciones del adjetivo como una combinación de Rcc más un complemento (Mateu 2002, Brucart 2010). Mateu (2002), por ejemplo, asume que la categoría de adjetivo corresponde a un sintagma (bi)relacional que toma como complemento un elemento no relacional (*grosso modo*, un nombre). Dicho análisis, inspirado en el modelo de Hale y Keyser (1993, 1999), parece responder de modo transparente a la estructura de adjetivos denominales como *rabioso*, que pueden parafrasearse fácilmente por ‘con rabia’ (para un análisis de -oso como preposición de coincidencia central, véase Fábregas 2013b). Nótese que la representación de (89) no equivale, en rigor, a la formulación de Mateu (2002), puesto que el complemento de Rcc es aquí un elemento de categoría Adj, por lo que, en la propuesta citada, tendríamos que volver a distinguir un R que toma complemento un X no relacional en la posición de complemento de Rcc. Una alternativa a este procedimiento consiste en afirmar que el elemento en posición de complemento de Rcc posee ya categoría de adjetivo, pero que no puede ejercer como predicado (es decir, tomar un especificador en la sintaxis) hasta que se ensamble con un SR.

categoriales del proceso derivativo, en el nivel semántico al que es sensible este sufijo. Si se asume que *-ncia* nominaliza estructuras estativas, puede entenderse por qué puede tomar tanto adjetivos en *-nte* como verbos estativos (v.g. *tener*, *pertenecer*) (Cano y Jaque 2011, 2012, 2013).<sup>181</sup>

En el caso que nos ocupa, puede discutirse, por lo tanto, si *importancia* se asocia mejor con el adjetivo *importante* o bien con el verbo *importar*. Resulta más polémico, no obstante, defender que *importante* lexicaliza Rcc, puesto que, a diferencia de *escaso*, incluye morfología propia del adjetivo (*-nte*). Esto sugiere que ha habido una derivación a partir de una base más simple.<sup>182</sup> La evidencia más clara de que *importancia* se relaciona con el adjetivo y no con aquella base más simple (que puede identificarse, en nuestro análisis, con SRcc) proviene de su interpretación semántica, como muestran los siguientes ejemplos:

- (90) a. La economía es importante para la vida actual.  
b. A Juan le importa la economía.
- (91) a. La importancia de la economía para la vida actual.  
b. \*La importancia de Juan por la economía. (cf. El gusto de Juan por la economía)

Como se observa en los ejemplos de (91), la variante nominal (91a), que semánticamente corresponde a la oración copulativa de (90a), es plenamente gramatical, mientras que la variante nominal (91b), que equivaldría a la oración en que *importar* es empleado como verbo psicológico, es agramatical. Por lo tanto, puede concluirse que *importancia* toma el predicado adjetival *importante* y no la expresión nominal del predicado psicológico *importar*, de modo que no constituye una excepción a la generalización descriptiva de que los nominales de estados de nivel 1 son no derivados.<sup>183</sup>

Por último, nos resta evaluar el caso de *medida*. Como hemos defendido en Jaque (2010a, 2010b), esta nominalización, que se diferencia del resto de la clase de los nominales de estados de nivel 1 en que toma la morfología del participio femenino, puede entenderse como la lexicalización de la fase resultante del valor eventivo del

---

<sup>181</sup> Volveremos sobre el análisis de Cano y Jaque (2011, 2012, 2013) en §5.4.2.4, donde estudiaremos de forma más detallada las restricciones del sufijo *-ncia*. En particular, veremos que *-ncia* no selecciona una categoría gramatical específica (A o V), sino estados puros internos, sean de categoría adjetival o verbal. Nótese que, si la única restricción que *-ncia* impusiera fuese la de seleccionar un Adj en *-nte*, sería esperable obtener nombres a partir de *cortante*, *hidratante* o *contaminante*, lo cual no es el caso (\**cortancia*, \**hidratancia*, \**contaminancia*). La explicación que para este fenómeno se ofrece en los trabajos citados, según comentaremos más adelante, consiste en que estos predicados adjetivales incluyen proyecciones funcionales de aspecto externo sobre las que *-ncia* no puede operar.

<sup>182</sup> Para más detalles sobre la formación de adjetivos en *-nte*, véase Cano (2009, 2010, 2013).

<sup>183</sup> No obstante, dado que en este caso no podemos apelar al “bloqueo” que la materialización adjetival de Rcc ejercería sobre una eventual variante nominal no derivada del predicado, debemos asumir que dicho elemento nominal sencillamente no existe, o al menos no con el valor de eventualidad que posee el predicado psicológico. Sí tenemos en español el sustantivo *importe*, aunque no se emplea con un valor análogo al de *gusto* o *interés*: \**El importe de Juan por la economía*.

verbo *medir*. Como puede observarse en los siguientes ejemplos, *medir* posee, además del valor estativo análogo al de *costar*, *pesar* y el resto de los verbos de medida, un significado agentivo-eventivo:

- (92) a. La ventana mide 2 metros de altura.
- b. Juan midió (la altura de) la ventana.

A diferencia, nuevamente, de lo que sucede con los nominales de los verbos de medida, *medida* se relaciona de modo más estrecho con este valor eventivo que con el valor estativo:

- (93) a. La ventana tiene un peso de 3 kilos.
- b. La ventana tiene un costo de 20 euros.
- (94) a. ??La ventana tiene una medida de 2 metros.
- b. Juan tomó las medidas a la ventana.

El intento de elaborar la versión analítica del valor estativo de *medir* en (94a), de modo análogo a como se observa en los ejemplos de (93), conduce a un resultado bastante menos aceptable que la expresión analítica del valor agentivo-eventivo de *medir* en (94b).

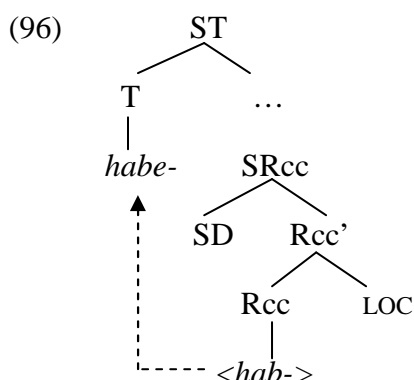
Otra característica relevante que puede advertirse en los ejemplos de (92) es que *medida* funciona como hiperónimo de una serie de nombres de dimensiones más específicas (*altura*, en el caso de (92)). Esto contrasta con nombres como *costo*, *valor* o *peso*, que designan directamente una dimensión y ofrecen, por lo tanto, una escala sobre la cual determinar un cierto grado o una cierta cantidad. Considerando estos antecedentes, la forma que adopta el nominal *medida* se vuelve más comprensible. Cada evento de medición da lugar a una “medida” en particular, pero esa cantidad que resulta de una estimación se aplica sobre una dimensión particular (ancho, altura, profundidad, etc.). De hecho, los nombres para los que *medida* funciona como hiperónimo pueden entrar fácilmente en los contextos en que *costo*, *valor* o *peso* ingresan para expresar un estado en el SD:

- (95) a. La elevada estatura de Juan en su infancia le marcó para toda la vida.
- b. El escaso ancho de la carretera el verano pasado fue la causa de muchos accidentes.
- c. ??La elevada medida de Juan durante su infancia le marcó por siempre.

En los ejemplos de (95) se observa que los nombres que, efectivamente, tienen un paralelo con los nominales de medida de la tabla 3 son aquellos que expresan dimensiones, y no *medida*, que es su hiperónimo y que, como sugerimos aquí, proviene de la lexicalización de la fase resultativa del evento de medir (estimar el grado en que se manifiesta una dimensión propia de una entidad).

#### 5.4.1.5. Predicados sin expresión nominal: haber

En la tabla 3, que hemos introducido en §5.4.1, puede apreciarse que hay dos predicados que no ofrecen ningún tipo de nominalización, excepto la forma en infinitivo. Se trata de *bastar* y *haber*, verbos con los que no se asocian ni nombres no derivados (\**baste*, \**habe*) ni nombres derivados mediante afijos deverbales (\**bastación*, \**bastamiento*, \**bastancia*; \**habición*, \**habimiento*, \**habencia*). En este apartado mostraremos que este hecho no corresponde a un hueco accidental en el paradigma de los nombres de estado, sino que se sigue de los presupuestos de nuestro análisis, si añadimos algunos supuestos sobre la estructura que estos verbos lexicalizan. Así, propondremos que un verbo como *haber* lexicaliza la estructura siguiente:



De acuerdo con la estructura de (96), *haber* corresponde a la materialización de SRcc más ST. De este modo, se distancia de un verbo como *faltar* o *costar*, que tomarían solo el núcleo relacional Rcc. Esta estructura es coherente con el hecho de que no encontremos un nombre no derivado asociado a *haber*, puesto que, para ello, tendríamos que recortar la estructura de (96). Así mismo, esta configuración es consecuente con que no tengamos una nominalización derivada a partir de *haber* (\**habeción*), toda vez que el afijo deverbal tendría que seleccionar ST, es decir, una proyección ajena al aspecto interno codificado en el Sv. Recordemos que, según hemos comentado en §5.2.4, Fábregas y Marín (2012) muestran que el proceso de nominalización está restringido, en las lenguas romances y germánicas, al aspecto interno, es decir, a las proyecciones sintácticas de la primera fase. De este modo, la única forma de emplear *haber* en un SD será recurriendo al infinitivo:

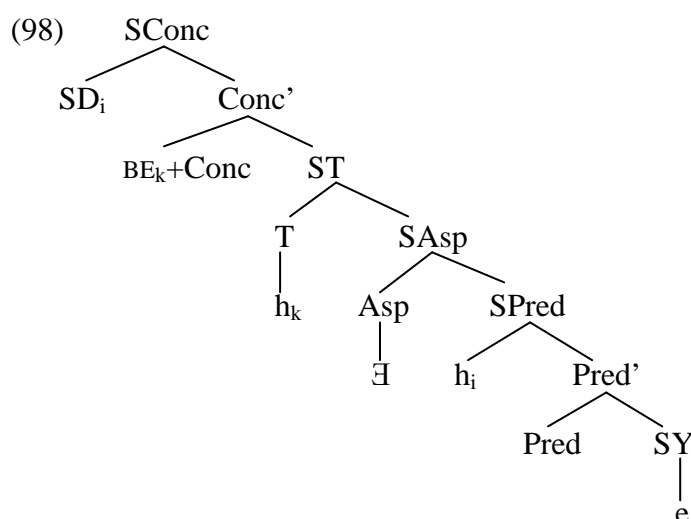
(97) El haber siempre protestas es lo que ha molestado a los inversionistas.

Esta estrategia de nominalización es, por supuesto, aplicable a todos los predicados verbales, pero, dado que comúnmente la estructura que ellos lexicalizan se restringe al aspecto interno, disponen además de nominalizaciones de afijos deverbales (*destruir* > *destrucción*) o nombres no derivados (*faltar* > *falta*).

Desde un punto de vista semántico, los verbos *haber* y *bastar* corresponden a lo que en nuestra clasificación conceptual hemos llamado verbos de existencia neutra, respecto tanto del eje temporal como del eje de cantidad (§3.1.3). Así, *haber* no indica que la entidad cuya existencia predica deba exceder un determinado estándar de

cantidad (de *Hay pan* no se sigue que sobra pan) ni que sea inferior a él (de *Hay pan* no se sigue, tampoco, que falte pan). Por otra parte, desde un punto de vista temporal, *haber* no implica que la entidad en cuestión haya existido en un instante previo a aquel en que la predicación tiene validez, como sí sucede como *permanecer* o *seguir*. Por lo tanto, si *Hay pan* es válida en un tiempo  $t$ , no se sigue que haya habido pan en un tiempo  $t'$ , tal que  $t' < t$ ; en cambio, si *Juan sigue aquí* es válida en un tiempo  $t$ , entonces presuponemos que Juan ha estado aquí en un tiempo  $t'$ , tal que  $t' < t$ . De este modo, *haber* corresponde a la forma más neutral de la que disponemos para predicar la existencia de una entidad: expresar su situación espacio-temporal.<sup>184</sup>

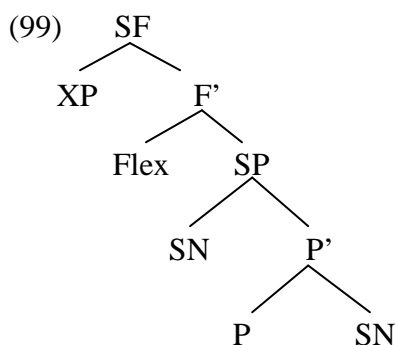
Ahora bien, esta información puede descomponerse en las estructuras sintácticas SRcc y ST de forma transparente. Mientras que SRcc introduce un lugar, ST nos ofrece un anclaje temporal. Un análisis similar es el que ofrece Roy (2013) para los verbos copulativos, según hemos comentado en §2.7.1. De acuerdo con Roy, el verbo *ser* materializa los núcleos T y Conc y funciona, de este modo, como un verbo de ascenso que toma el argumento externo de SPred para conferir a la predicación forma de cláusula finita. Dicho análisis se aprecia en la siguiente estructura (Roy 2013: (48)):



La diferencia principal entre *ser* y *haber* radicaría, pues, en que la posición de complemento de SPred (SRcc en nuestro modelo) no puede introducir una propiedad cualquiera, sino que debe necesariamente introducir un argumento locativo. En español, así, la diferencia entre materializar [Conc+T] y [Conc+T+Rcc+LOC] se expresa fonológicamente en los verbos mencionados. Nótese que esta segunda matriz de rasgos corresponde al análisis que Freeze (1992) ofrece para las construcciones existenciales, que reproducimos a continuación (cf. §3.3.2.1):

<sup>184</sup> Para una discusión detallada de la semántica de las construcciones existenciales y de las restricciones que impone, por ejemplo, sobre la definitud de su argumento, véase McNally (2009, 2011).





En la estructura de (99), que comparten igualmente, en la teoría de Freeze (1992), las construcciones posesivas y locativas simples, el complemento de P puede ser un SN que se conceptualice como lugar o como poseedor. En el primer caso, obtenemos una construcción existencial. En lenguas como el francés, el inglés o el alemán, esta construcción lleva asociado un sujeto expletivo en [Espec, SFlex], como *there* en inglés, *il* en francés o *es* en alemán; mientras que, en otras, la estructura [P SN] se desplaza a dicha posición, dando cuenta, así, de estructuras como *En mi casa hay un televisor*. En español, por lo tanto, la construcción existencial, si bien no introduce un sujeto expletivo, emplea una entrada fonológicamente diferenciada de la cópula, que es la pieza léxica que emplea el inglés (v.g. *There is a cat in the house*).

De este modo, la inserción de *haber* toma en cuenta tanto la flexión (T) como la estructura relacionante en posición baja ([Rcc+LOC]), mientras que el resto de los verbos de estado de nivel 1 lexicalizan únicamente el SRcc y no deben manifestarse por fuerza como verbos. Nótese que los verbos de estado de este nivel, además de materializar Rcc, llevan una carga conceptual adicional: *amar*, *odiar* y *temer* expresan emociones; *faltar* y *sobrar* expresan variaciones en la cantidad de una entidad, etc. Sin embargo, *haber* no introduce ningún valor adicional en SRcc, sino que emplea esta estructura para completar la información espacio-temporal que predica de una entidad. Consiguientemente, si recortásemos la estructura [ST+SRcc] de *haber* para obtener un nombre no derivado análogo a *falta*, no restaría, en términos conceptuales, nada a lo cual referirnos.

Si este análisis está bien encaminado, se sigue una consecuencia teórica de interés. De acuerdo con Maienborn (2005), un estado kimiano corresponde a la ejemplificación temporal de una propiedad en una entidad. Nuestro concepto de estado puro sigue de cerca esa definición. No obstante, en las estructuras que hemos propuesto para manifestar sintácticamente la estatividad no encontramos un soporte estructural para el operador que, según la autora, realiza esta ejemplificación temporal (z). Obsérvese, por ejemplo, la correspondencia sintaxis-semántica que proponen Fábregas y Marín (2012b) para dar cuenta de los estados kimianos (cf. §5.1.4):

- (100) a. [SEstado    [SPredicación]]  
       b. [z        ≈        [P(x)]]

De acuerdo con la estructura de (100), la estatividad puede descomponerse en SPredicación, que establece una relación entre una entidad y una propiedad (P(x)); y SEstado, que introduce el operador *z*, es decir, que instancia esa propiedad temporalmente. Aunque la distinción estructural es en principio válida, otro modo de conseguir un efecto similar consiste en atribuir el anclaje temporal de la relación predicativa a T, que de modo general efectúa esta operación con todas las relaciones predicativas de la cláusula, sean estativas o eventivas. Así, la correspondencia entre sintaxis y semántica adoptaría la forma siguiente:

- (101) a. [ST ... [SRcc]]  
           b. [*z* ≈ [P(x)]]

Sin embargo, al adoptar (101), el operador *z* no necesita ser postulado específicamente para los estados kimianos, sino que resulta de la inserción de una estructura predicativa (SRcc) bajo una proyección que efectúa la localización temporal de una eventualidad de modo irrestricto (ST). Siguiendo las observaciones hechas en los párrafos precedentes, *haber* se caracteriza, pues, como un estado puro o kimiano desprovisto de todo contenido conceptual. La única especificación que necesitamos añadir a (101) para que dé cuenta de *haber* consiste en que SRcc introduzca un lugar, de forma tal que exprese que una entidad se ancla en el espacio y el tiempo:

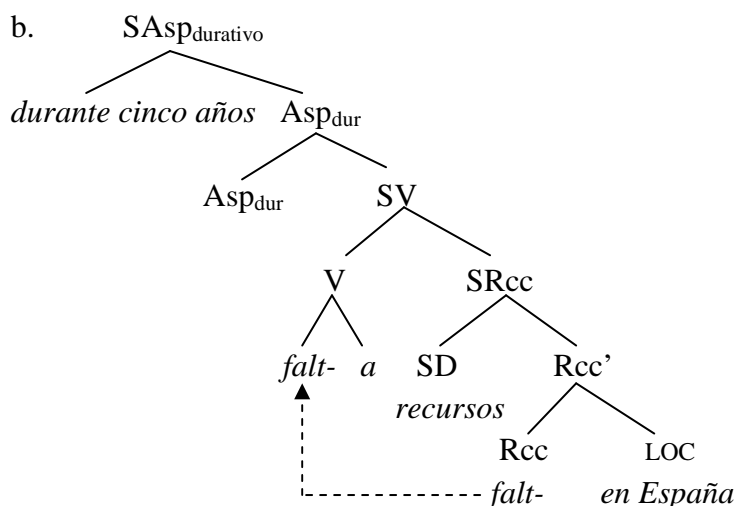
- (102) a. [ST ... [SRcc SD [Rcc LOC]]]  
           b. [*z* ≈ [R(x, LOC)]]

Esta parece ser una caracterización intuitivamente adecuada de este verbo existencial, y que nos permite, además, dar cuenta de la ausencia de un nombre asociado a él análogo a los que encontramos en otros verbos estativos.

#### 5.4.1.6. Legitimación aspectual débil

Una de las propiedades gramaticales que, según hemos expuesto en §5.3.2.4, distinguen a los nombres de estado es la aceptación de modificación temporal interna al SD (v.g. *La falta de recursos en España durante el último lustro*). El lector podrá advertir que, a partir de la estructura que proponemos para los nombres de estado de nivel 1, la legitimación de dicha modificación temporal sugiere un problema. Por una parte, la modificación temporal se asocia, en el terreno verbal, con una proyección aspectual ensamblada sobre la primera fase; por otra, si los nombres de estado deben tomar este sintagma aspectual para legitimar la modificación temporal que aceptan, entonces la estructura que toman como base debe ser específicamente verbal. Sin embargo, esto echaría por tierra la propuesta según la cual estos nombres no contienen proyecciones verbales. Por otra parte, si esta propuesta no se sostiene, entonces la generalización descriptiva de que los nombres de estado de nivel 1 son no derivados se vuelve gratuita. En términos estructurales, pues, nos encontramos con lo siguiente:

- (103) a. Falta(ron) recursos en España durante cinco años.



Si toda la estructura representada en (103b), que da cuenta del uso oracional del predicado *faltar*, debiese quedar contenida en el nombre *falta*, entonces asistiríamos a un cambio de categoría desde el verbo al nombre, es decir, a un proceso de nominalización. Una consecuencia esperable de ello es que el nombre poseyera un sufijo derivativo que diera cuenta de este proceso:

(104) *\*falta-ción*: [<sub>S<sub>n</sub></sub> n-ción [SAsp [<sub>SV</sub> V-*falta* [<sub>SRcc</sub> recursos [Rcc *en España*]]]]]

Sin embargo, vemos que estos nombres no poseen marcas morfológicas derivativas: *costo*, *peso*, *sobra*, *odio*, *temor*, *valor*, *amor*. Una alternativa es que el nombre *falta* fuese “más grande” que el verbo y contuviese –sin necesidad de pasar por un proceso derivativo– las proyecciones verbales representadas en (103b). En este caso, el verbo se obtendría mediante una aplicación del principio del Superconjunto, al emplear un subconjunto propio de los rasgos contenidos en la entrada léxica (cf. Fábregas 2013a):

(105) a. *falta* : [+N, +Asp, +V, +Rcc]  
 b. *faltar* : [+N, +Asp, +V, +Rcc]

Aunque este análisis es viable,<sup>185</sup> un motivo para excluirlo es que, nuevamente, vuelve opaca la correlación entre, de una parte, nombres de estado de nivel 1 y ausencia de morfología deverbal y, de otro, nombres de estado de nivel 2 y presencia de morfología deverbal (*tenen-cia*, *conoci-miento*, *entendi-miento*, *cree-ncia*). Si ambas clases poseen estructura específicamente verbal, no se ve por qué precisamente en una de ellas todos los nombres asociados corresponden a piezas léxicas “mayores que el verbo”.

Por lo tanto, si queremos mantener la hipótesis inicial relativa a estos nombres, contamos con dos alternativas para explicar la legitimación de modificadores aspectuales del tipo *durante x tiempo*. La primera de ellas consiste en asumir que esta clase de modificadores se legitiman conceptualmente y que, por lo tanto, no necesitamos una proyección aspectual específica para introducirlos. De este modo, dado

<sup>185</sup> Más adelante (§5.5.4.2) veremos casos donde este análisis es plenamente aplicable.

que damos a *falta* una lectura de estado, añadimos libremente un modificador de esta clase, toda vez que la noción de tiempo es compatible con la noción de estatividad. Una respuesta de este tipo fue la que, según hemos discutido en §5.2.1, ofreció Alexiadou (2001). Según esta autora, nombres del tipo *amor* pueden tomar modificación temporal puesto que el contenido conceptual de la raíz así lo permite. Sin embargo, la propia Alexiadou (2010, 2012) rechazó este análisis al incluir, más tarde, una proyección aspectual en los nombres de estado. Nótese aquel análisis puede ser, igualmente, rechazado sobre bases empíricas en español. Como hemos comentado en §5.3.2.4, existen nombres que conceptualmente llevan asociada una idea de tiempo y que, a pesar de ello, rechazan modificadores temporales. Esto es particularmente claro en nombres que, como *hambre*, denotan conceptualmente estados pero que no se asocian con ningún predicado verbal:

- (106) a. ??El hambre de Juan {durante el invierno/este año}  
 b. La falta de alimentos en ese país {durante el invierno/este año}

El contraste entre *hambre* y *falta* es paralelo, pues, al que se da entre nombres de evento complejo (deverbales) y nombres de evento simple (no derivados) (Grimshaw 1990): solo los primeros pueden legitimar modificadores temporales sin emplear una preposición:

- (107) a. La construcción de la catedral durante el siglo XV.  
 b. \*La fiesta de la ciudad durante el fin de semana.  
 c. La construcción de la casa el año pasado.  
 d. La fiesta \*(de) la semana pasada.

Como podemos apreciar, los modificadores temporales no pueden legitimarse conceptualmente ni en el dominio eventivo (107) ni el dominio estativo (106).

La segunda posibilidad, a la luz de estos hechos, consiste en legitimar esta clase de modificadores a partir de la estructura argumental que el predicado introduce. Así, aunque el nombre no posea las proyecciones aspectuales que, en el dominio verbal, se encargan de legitimar modificadores temporo-aspectuales, la presencia de argumentos vinculados en una relación predicativa bastaría, en el dominio nominal, para tornar aceptable un modificador temporal. Llamaremos a esta opción *legitimación aspectual débil*. Tómense en cuenta, a este respecto, los contrastes siguientes:

- (108) a. El amor de Juan por María durante el verano pasado.  
 b. \*Un amor durante el verano pasado.  
 (109) a. La construcción de la casa durante el verano pasado.  
 b. \*Una construcción durante el verano pasado.

En los ejemplos de (108), se observa que, cuando *amor* introduce un Experimentante y un Tema (108a), el modificador temporal es perfectamente gramatical, en contraste con lo que sucede en (108b), donde empleamos *amor* con un valor de “objeto” (cf. Barque et al. 2012), es decir, sin argumentos e introducido por un determinante indefinido. La

situación es, por lo tanto, paralela a lo que había sido descrito en el terreno eventivo (Grimshaw 1990, Picallo 1991, Alexiadou 2001, entre otros), como puede advertirse en los ejemplos de (109). Así, si *construcción* toma un argumento interno, el modificador temporal es admisible (109a), mientras que, si se emplea el mismo nombre con valor de objeto, el resultado es agramatical (109b).

En síntesis, concluimos que modificadores del tipo *durante x tiempo* son compatibles con nombres de estado, aun cuando estos no posean proyecciones aspectuales, puesto que sí poseen, en cambio, proyecciones que relacionan argumentos. En el caso de los estados de nivel 1, esta proyección es SRcc. Si esto es así, entonces podemos mantener la propuesta de que los nombres de estado de este nivel corresponden a la manifestación nominal de un sintagma relacional que no posee, en sí mismo, categoría léxico-gramatical verbal o nominal.

#### 5.4.1.7. Recapitulación

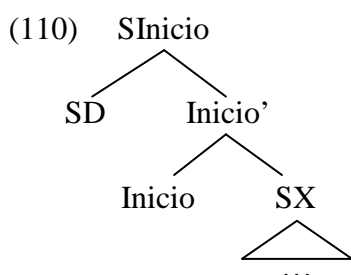
Antes de pasar a examinar las nominalizaciones correspondientes a estados de nivel 2, sintetizaremos los puntos principales que se han propuesto en este apartado:

- Los estados de nivel 1 lexicalizan SRcc, un estructura relacional carente de categoría gramatical, que puede expresarse como verbo, si está dominada por proyecciones funcionales de esta categoría; o como nombre, si está dominada por estructuras propias del SD (v.g. SClass).
- La consecuencia morfológica de esto es que los nombres asociados a tales verbos (*costo, peso, falta, sobra*) no presentan morfología deverbal. Algunas excepciones a este patrón (*medida, escasez, importancia*) pueden resolverse apelando a procesos derivativos independientes.
- La consecuencia sintáctica de esta condición estructural puede observarse en la distribución de la estructura argumental en los SSDD respectivos. Así, vemos que el especificador de SRcc pasa a ser el argumento más prominente de la estructura nominal, por lo que se expresa como genitivo (*de*-SD), mientras el complemento de Rcc se introduce mediante una preposición independiente (*El amor de Juan por María*). Esto contrasta con las nominalizaciones eventivas, que, al pasar por un proceso de cambio categorial, cancelan su argumento externo (*El ejército destruyó la ciudad > La destrucción de la ciudad por parte del ejército*) (cf. Alexiadou 2001, Fábregas y Marín 2012a).
- Finalmente, conviene destacar que estos nombres expresan estados, es decir, situaciones análogas a las que refieren los predicados verbales con los que pueden vincularse morfológicamente. Así lo muestran los contextos revisados en §5.4.1.1. Esto nos enseña que la referencia a estados no es una facultad exclusiva del verbo, sino que puede encontrarse en estructuras más básicas (v.g. SRcc).

#### 5.4.2. Nominalizaciones de nivel 2: SInicio

En este apartado revisaremos las propiedades de los verbos estativos de nivel 2, es decir, aquellos predicados que lexicalizan SInicio, esto es, el nivel estructural más externo de la primera fase sintáctica. Recordemos que, en el modelo que asumimos (cf. §2.7), SInicio es una proyección específicamente verbal encargada de introducir el argumento externo. Dado que este núcleo no añade un argumento eventivo a la derivación, en ausencia de SProc la proyección se interpreta como un estado puro análogo a SRcc, con el que se diferencia, por lo tanto, en la información categorial y en la posición que ocupa en la secuencia funcional. Así, el especificador de SInicio se interpreta como ‘iniciador’ si en posición de complemento se ensambla SProc, pero adopta la interpretación de ‘sostenedor’ (*holder*) de un estado si no existe un argumento eventivo en su dominio. La noción de SInicio como proyección verbal estativa es análoga, así, a la de Voz estativa en Kratzer (1996) o Alexiadou (2010, 2012), así como a la de Sv estativa en Arad (1999). Sin embargo, en nuestro modelo, SInicio no corresponde a una variante posible de Sv; su valor estativo, en cambio, viene dado por defecto en ausencia de SProc.

Conceptualmente, se agrupan aquí los verbos de posesión (*tener, poseer*) y los verbos psicológicos de sujeto experimentante cognitivo (*saber, conocer, entender, creer*). La estructura de estos verbos es, haciendo abstracción de los detalles de cada subgrupo, la siguiente:



Los nominales de este grupo de predicados se reúnen en la siguiente tabla:

	Verbo	Nombre
Posesión	<i>tener</i>	<i>tenencia</i>
	<i>poseer</i>	<i>posesión</i>
Psicológicos (cognitivos)	<i>saber</i> <sup>186</sup>	*
	<i>conocer</i>	<i>conocimiento</i>
	<i>entender</i>	<i>entendimiento</i>
	<i>creer</i>	<i>creencia</i>

Tabla 4. Nominales de estados de nivel 2

<sup>186</sup> Asociado con *saber*, encontramos el nombre *sapiencia*. Sin embargo, además de que formalmente no parece responder a un proceso derivativo sincrónico (la base corresponde a la raíz latina y no al actual *sabe-*), *sapiencia* no se comporta como la expresión nominal del predicado estativo *saber*. Así, \**La sapiencia de la verdad por parte del sabio* es agramatical, frente a *El entendimiento/conocimiento de la verdad por parte del sabio*.

Recordemos que, aunque, de acuerdo con nuestras pruebas (§3.2), estos predicados se comportan como estados puros, ofrecen en ciertos contextos lecturas eventivas. Así, tanto en la forma progresiva (*Juan está conociendo a su hermano*) como en el indefinido (*Juan conoció a su hermano*) estos verbos ofrecen lecturas dinámicas “incoativas”. Esto contrasta con lo que se observa en los verbos de estado de nivel 1, que en estos contextos no ofrecen este cambio aspectual (v.g. *Está faltando comida*, *Faltó comida*). Dicha diferencia constituye un indicio a favor de que los estados de la tabla 4 lexicalizan SINICIO, que puede tomar, en ciertos contextos, un SProc, y por tanto, un evento en posición de complemento, alternativa que se ve estructuralmente bloqueada en los de nivel 1. Sin embargo, como veremos en §5.4.2.1, la variante nominal de estos predicados expresa fundamentalmente valores estativos, lo que indica que los valores eventivos se restringen a ciertos contextos y pueden considerarse, así, casos de coerción estructural.

En este apartado propondremos lo siguiente. Dado que los predicados de la tabla 4 lexicalizan una estructura específicamente verbal (SINICIO), la variante nominal obedecerá a un proceso de cambio de categoría. En términos morfológicos, es esperable, así, que encontremos afijos nominalizadores deverbales (*tenen-cia*, *conoci-miento*, *entendi-miento*, *cree-ncia*) que atestigüen dicho proceso derivativo. En términos sintácticos, puesto que SINICIO introduce un argumento externo, esperamos que estas nominalizaciones sufran un efecto de truncamiento en virtud del cual el argumento interno pase a expresarse como genitivo *de*-SD. Así, el objeto oracional ocupará la posición de genitivo del SD, mientras que el sujeto oracional ocupará una posición de adjunto en un SP-*por parte de* (*La población tiene armas* > *La tenencia de armas por parte de la población*). Esta conducta sintáctica es paralela a la de las nominalizaciones eventivas (*El ejército destruyó la ciudad* > *La destrucción de la ciudad por parte del ejército*), y diferencia, además, las nominalizaciones de nivel 2 de las de estado de nivel 1, en las que, según hemos visto en el apartado anterior, el sujeto oracional conserva la posición prominente en el SD (*Juan ama a María* > *El amor de Juan por María*). A continuación, revisaremos las propiedades aspectuales (§5.4.2.1) y argumentales (§5.4.2.2) de estos nombres. Posteriormente, ofreceremos una representación morfosintáctica de la estructura de estas nominalizaciones (§5.4.2.3).

#### 5.4.2.1. Caracterización aspectual

Los predicados restringidos a eventos (*tener lugar*, *verse interrumpido*) indican que estos nominales no designan situaciones dinámicas, como se observa en los ejemplos de (111) y (112), donde se ejemplifican nominales de posesión (a) y psicológicos cognitivos (b):

- (111) a. \*La {tenencia/posesión} de armas tuvo lugar el año pasado.
- b. \*{La creencia/el conocimiento} de que el mundo se va a acabar tuvo lugar en diversas partes.

- (112) a. \*La {tenencia/posesión} de armas se vio interrumpida en mayo.  
 b. \*{La creencia/el conocimiento} de que el mundo se va a acabar se vio interrumpida/interrumpido.

En cambio, los predicados que toman entidades con extensión temporal dan, en combinación con estos nombres, secuencias gramaticales, según se aprecia en los ejemplos de (113). Esto indica, pues, que los nominales de este grupo no son eventivos (111-112) pero que, no obstante, designan entidades con duración.

- (113) a. La {tenencia/posesión} de armas empezó el año pasado.  
 b. {La creencia/el conocimiento} de que era un fraude comenzó el año pasado.

Veamos ahora cómo se comportan estos nominales en los contextos de modificación interna al SD:

- (114) a. La {rápida/lenta} {\*tenencia/??posesión} de las armas  
 b. La {?rápida/\*lenta} creencia de que era un fraude  
 c. El {?rápido/\*lento} conocimiento de que era un fraude

En los ejemplos de (114), donde se observa la modificación de manera aplicada al interior de un SD, existe un rechazo unánime hacia el adjetivo *lento*, aunque en ciertos casos el adjetivo *rápido* resulta más aceptable. Nótese, sin embargo, que la lectura bajo la cual el SD está bien formado corresponde a la interpretación de Aspecto Celerativo alto de Cinque (1999), es decir, aquella donde no se mide el desarrollo del proceso sino el intervalo previo al inicio de una situación. Así, en (114b), *la rápida creencia* puede significar que el tiempo transcurrido antes de que cierta creencia comenzara a tener vigencia fue breve, pero no que la creencia misma se desarrolló con un ritmo acelerado. Como hemos comentado en §3.2.2.1.1, este patrón es el mismo que se da en los predicados estativos verbales (v.g. *Juan creyó rápidamente esa mentira* > ‘tardó poco tiempo en asumirla como cierta’). No obstante, el adjetivo *lento* se restringe, como hace el adverbio *lentamente*, a la lectura de Aspecto Celerativo bajo y es, por lo tanto, siempre incompatible con situaciones estativas. De este modo, los ejemplos de (114) son agramaticales si seleccionamos el adjetivo *lento*, puesto que la única lectura posible (cuantificación sobre el proceso) es incompatible con situaciones estativas.

Los ejemplos siguientes muestran la conducta de estos nominales frente a la modificación locativa:

- (115) a. La {tenencia/posesión} de tierras en Andalucía  
 b. ??La creencia [de que todo era un fraude] en Marbella  
 c. ?El conocimiento de la situación en el laboratorio

Siguiendo el patrón de los verbos de posesión descrito en §3.2.1.1.2, los nominales *tenencia* y *posesión* (115a) admiten locativos internos. Así, para que (115a) sea



gramatical, *en Andalucía* debe interpretarse como el lugar donde se encuentran las tierras, pero no donde “se desarrolla” la relación de posesión. En el resto de los casos de (115), las secuencias solo se tornan aceptables bajo una interpretación de marco del locativo, opción que puede estar más o menos accesible dependiendo de factores pragmáticos (cf. Ernst 2011).

Los siguientes ejemplos ofrecen los resultados del modificador *en curso*:

- (116) a. \*La {tenencia/posesión} de tierras en curso<sup>187</sup>
- b. ??La creencia en curso de que todo es mentira<sup>188</sup>
- c. \*El conocimiento en curso de la verdad

Con la excepción de *creencia* (116b), nominal con el que el modificador *en curso* es ligeramente más aceptable, las secuencias de (116) resultan todas agramaticales. De este modo, podemos apreciar que el análogo nominal de la forma progresiva (en términos conceptuales, al menos) indica que los nombres correspondientes a estados de nivel 2 no designan situaciones dinámicas.

A continuación, presentamos los resultados de la modificación temporal interna al SD, que, a diferencia de los contextos aplicados hasta aquí, constituye una prueba positiva de aspectualidad nominal. Combinada con las pruebas que indican falta de eventividad, la aceptación de este contexto puede considerarse como un indicio suficiente de que el nominal respectivo designa una situación estativa.

- (117) a. La {tenencia/posesión} de armas durante el mes pasado
- b. La creencia de que hay un cielo estos tiempos
- c. El conocimiento de la economía estos tiempos

Como se observa en los ejemplos de (117), los nominales asociados a estados de nivel 2 admiten modificación temporal interna al SD, lo cual avala el que podamos atribuirles contenido aspectual estativo.

#### 5.4.2.2. Estructura argumental

Tal como sucede en el caso de las nominalizaciones eventivas, el empleo de estos nombres para designar una eventualidad estativa va acompañado de la realización explícita del argumento interno. Según hemos visto en §3.3.2, los predicados de nivel 2 se caracterizan por la inclusión de un argumento externo en [Espec, SInicio]. No obstante, la realización sintáctica de este argumento no es obligatoria para satisfacer la gramaticalidad del SD. Este comportamiento es paralelo, pues, al de las

<sup>187</sup> Google ofrece 10 casos para la búsqueda “tenencia en curso”, pero todos corresponden a páginas mexicanas que hablan sobre un tipo de impuesto relacionado con la tenencia de coches (v.g. “Si te roban tu auto, de cualquier forma debes pagar la **tenencia en curso**” (google.es)). Se trata, por lo tanto, de una construcción lexicalizada restringida a una variedad particular del español americano.

<sup>188</sup> En Google aparecen 12 resultados para la búsqueda “la creencia en curso”, aunque, al consultar a informantes, la aceptabilidad de tales secuencias es discutible, de ahí el símbolo “??” asignado a (116b).

nominalizaciones eventivas estudiadas en la bibliografía (Grimshaw 1990, Alexiadou 2001, Picallo 1991, 1999; Zucchi 1993, Varela 2010, entre otros).

- (118) a. La población tiene armas.  
b. La tenencia de armas (por parte de la población).
- (119) a. El ejército destruyó la ciudad.  
b. La destrucción de la ciudad (por parte del ejército).

A continuación, profundizaremos en la caracterización de las posibilidades que las distintas subclases de predicados ofrecen para expresar su red argumental en el SD. Veremos que, aunque con variaciones en ciertos detalles, todos los casos pueden remitirse al patrón representado en (118)-(119).

#### *a. Posesión*

Veamos cómo se manifiestan los argumentos del predicado en el caso de los nominales asociados a verbos de posesión.

- (120) a. La tenencia \*(de armas) (por parte de la población) es ilegal  
b. La posesión \*(de tierras) (?por parte de los campesinos) ha acabado

En los datos de (120) puede apreciarse que la expresión del argumento interno, introducido por la preposición *de*, es obligatoria, mientras que la expresión del argumento externo, en caso de que sea aceptable, es opcional. Estos datos muestran, además, que la frase *por parte de* no está necesariamente restringida a la introducción de agentes. De todos modos, un componente conceptual interviene en la mayor aceptabilidad que (120a) muestra frente a (120b). En particular, del abanico de opciones que el verbo *tener* ofrece para expresar posesión, su nominalización *tenencia* selecciona solo un reducido conjunto de significados posibles, según se aprecia en los datos de (121) (cf. Jaque 2010a: 88):

- (121) a. \*La tenencia de ojos (por parte de Juan)  
b. \*La tenencia de mi libro (por parte de Juan)  
c. \*La tenencia de casa (por parte de Juan)  
d. La tenencia de {armas/drogas/dólares} (por parte de Juan)

De los valores distinguidos en el concepto de posesión (§3.1.1), *tenencia* no puede aplicarse a la posesión inalienable (121a). En sus empleos normales, rechaza igualmente la posesión transitoria (121b) y permanente (121c). Así, el único ejemplo plenamente gramatical corresponde a (121d), al que podemos asignar tanto un sentido de posesión permanente (las armas, drogas o dólares pertenecen, en efecto, a Juan) como transitoria (Juan porta consigo tales objetos, aunque no es su dueño). El matiz conceptual que torna aceptable (121d) es la posibilidad de atribuir una responsabilidad al poseedor, razón por

la cual *tenencia* se emplea mayormente en el lenguaje jurídico.<sup>189</sup> Esto vuelve más tolerable la locución preposicional *por parte de*, aunque el predicado de base no designe, en rigor, una acción y, por lo tanto, no se introduzca un agente.<sup>190</sup> De aceptación más general es, en cambio, la introducción del argumento externo como determinante posesivo, según se observa en los ejemplos de (122):

- (122) a. Su<sub>arg ext</sub> tenencia de armas {era ilegal/duró muchos años}  
 b. Su<sub>arg ext</sub> posesión de tierras {parecía excesiva/duró muchos años}

En este contexto, el argumento interno sigue siendo expresado mediante un SP, mientras que el argumento externo asciende a una posición prenominal. Dicha configuración corresponde a lo que Picallo (1999) identifica como variantes “transitivas” de la nominalización, en la medida en que la disposición secuencial de los argumentos en el SD replica la de los argumentos en la oración.

No obstante, toda vez que, para expresar una situación estativa, la realización sintáctica del argumento interno es obligatoria, la omisión del SP-*de* fuerza la interpretación del determinante posesivo como argumento interno (es decir, como objeto poseído), según se aprecia en los datos de (123):

- (123) a. Su<sub>{arg int/\*arg ext}</sub> tenencia Ø es ilegal  
 b. Su<sub>{arg int/\*arg ext}</sub> posesión Ø es ilegal

Esta configuración no excluye, allí donde independientemente sea conceptualmente aceptable, la realización del argumento externo como SP-*por parte de*. Así se observa en el ejemplo siguiente, tomado de Google, donde *su* hace referencia a ‘armas de fuego’:

- (124) Su tenencia por parte de civiles depende de esta ley [...] (google.es).

La alternativa lógicamente restante, es decir, aquella donde el determinante posesivo expresa el argumento interno y el argumento externo se realiza como SP-*de* es plenamente agramatical, siguiendo el patrón de las nominalizaciones eventivas:

- (125) a. \*Su<sub>arg int</sub> tenencia de Juan<sub>arg ext</sub>  
 b. \*Su<sub>arg int</sub> destrucción del ejército<sub>arg ext</sub>

<sup>189</sup> De un total de 702 casos para *tenencia* en CREA, 91 corresponden a la combinación *tenencia ilícita*, 13 a *tenencia ilegal*, mientras que el resto de casos aparece siempre acompañado de verbos como *prohibir*, *controlar*, *legalizar*, etc.

<sup>190</sup> En el dominio oracional, la introducción del poseedor mediante un SP-*por parte de* es agramatical, puesto que es independientemente agramatical la forma pasiva, como señala Varela (2011: (9d)):

- i. a. La tenencia indiscriminada de armas por parte de la población  
 b. \*Las armas son tenidas indiscriminadamente por (parte de) la población.

La imposibilidad de esta configuración puede considerarse como un reflejo de las restricciones que en el dominio oracional operan sobre la disposición de los papeles temáticos. Así, no encontramos cláusulas en que el agente se codifique como objeto directo y el tema como sujeto (cf. Baker 1988).

En síntesis, los nominales asociados con verbos de posesión deben expresar obligatoriamente su argumento interno, ya sea como SP-*de*, ya sea como determinante posesivo. La realización sintáctica del argumento externo es opcional, aunque, como SP encabezado por la locución preposicional *por parte de*, está restringida por factores conceptuales, siendo más natural en forma de determinante posesivo. Dado que el argumento interno tiene prioridad, el determinante posesivo se interpretará como argumento interno en ausencia de un SP-*de*, caso en el que el argumento externo deberá adoptar la forma de SP-*por parte de*, siempre y cuando dicha opción sea conceptualmente válida.

#### *b. Psicológicos*

Pasemos ahora a revisar cómo se organiza la estructura argumental en los nominales asociados con VPES cognitivos (*conocimiento* y *creencia*). Conviene destacar que estos predicados pueden tomar tanto un SD como un SComp. En el caso de *conocer*, el argumento interno se realiza como objeto directo, mientras que, en el caso de *creer*, se manifiesta como complemento de régimen preposicional (*en* SD). Así puede apreciarse en los datos de (126):

- (126) a. Juan conoce {la verdad/??que todo es verdad}<sup>191</sup>  
 b. Juan cree {en Dios/que Dios existe}

De modo análogo, los nominales relacionados con estos verbos pueden manifestar un argumento interno bajo la forma [SP *de/en* SD] o [SP *de* [SC *que...*]], esto es, tomar un complemento nominal u oracional, como se observa en los siguientes ejemplos:

- (127) a. El conocimiento {de la verdad/de que todo es verdad}  
 b. La creencia {en Dios/de que Dios existe}<sup>192</sup>

---

<sup>191</sup> En el caso del verbo *conocer*, la variante en que el verbo toma un complemento oracional es menos aceptable que aquella en que toma un SD. Sin embargo, pueden encontrarse numerosos casos de la opción oracional en Google. De todos modos, existe una inclinación por restringir los complementos oracionales al verbo de cognición *saber* y los nominales a *conocer*:

- i. Juan sabe {??la calle / dónde está la calle}  
 ii. Juan conoce {la calle / ??dónde está calle}

Dado que, como se observa en la tabla 4, *saber* no posee un nominal asociado, lo hemos excluido de la exposición presente.

<sup>192</sup> El complemento oracional de *creencia* puede, asimismo, ser introducido por *en* (v.g. *La creencia en que Dios existe*). Se trata, con todo, de una opción algo más marcada. En Google, para la búsqueda “la

Según se observa en (127b), *creencia* conserva el régimen preposicional que la variante verbal adopta al introducir un complemento nominal (*en* SD). En cambio, el nominal *conocimiento* (127a) introduce su argumento interno nominal mediante un SP-*de*.

Esta alternancia entre complementos nominales y oracionales suscita el problema de si puede conservarse o no el valor de eventualidad del nombre cuando este toma un complemento oracional, o bien si esta variante se correlaciona con un valor de “resultado” u objeto. Respecto de este punto, Grimshaw (1990) señala que los nombres, en tanto que marcadores temáticos defectivos, poseen estructura argumental pero no son capaces de legitimar sintácticamente sus argumentos mediante la asignación de caso. La introducción de la preposición (*of* o *de*) permite asignar caso a un complemento nominal, pero, en inglés, esto no es posible cuando tenemos complementos oracionales. De este modo, Grimshaw (1990) sostiene que existe una correlación entre complementos oracionales y lecturas de resultado. Un indicio de ello es que, a diferencia de los argumentos reales, los complementos oracionales son siempre opcionales, como se observa en el ejemplo siguiente:

(128) The {announcement/conclusion} (that an investigation has been initiated) was inaccurate.

[Grimshaw 1990: (57a)]

Esta opcionalidad constituiría un indicio de que tales complementos no se relacionan con la estructura argumental del nombre. Grimshaw (1990) concluye que se trata, más bien, de oraciones incrustadas que especifican el contenido del nombre en cuestión. Así, *announcement* o *conclusion* no designarían, en (128), eventos de anunciar o concluir, sino su resultado (es decir, discursos orales o escritos mediante los cuales se anuncia o concluye algo).

Sin embargo, los hechos parecen ser más claros en inglés de lo que son en español, puesto que la introducción de un complemento oracional se correlaciona, en aquella lengua, con la ausencia de preposición (*The announcement (\*of) that...*). De este modo, perdemos el elemento sintáctico que legitima el complemento oracional, al que, consiguientemente, no podemos atribuir ya un estatus argumental sobre la base de consideraciones estructurales. En cambio, en español, la introducción de un SC no va acompañada de la elisión de *de* (*la creencia de que...*). En estos casos, el análisis de Grimshaw (1990) no arroja una predicción nítida, puesto que la naturaleza argumental del SC dependerá, en última instancia, de la capacidad de la preposición para transmitir el papel temático. De acuerdo con la autora: “If (for either verbal or nominal theta-markers) we never find instances of P + CP where P acts as a theta marker transmitter, this result will itself need an explanation” (Grimshaw 1990: 79). Por lo tanto, existen ambas opciones *a priori*. La presencia de la preposición *de* o *en* en los ejemplos de

---

creencia en que” encontramos en torno a 700.000 resultados, mientras que, para la variante “la creencia de que”, obtenemos 9.000.000. Asumiremos, para simplicidad de la exposición, que la preposición *de* introduce uniformemente los complementos oracionales en *conocimiento* y *creencia*.

(127) constituye un indicio favorable para el establecimiento del carácter argumental de los SSCC respectivos, aunque no presta, en sí misma, una condición suficiente.

Como sabemos que la modificación temporal interna al SD es privativa de los nombres con estructura aspectual, podemos observar si la presencia del SC es obligatoria allí donde forzamos una lectura de eventualidad empleando esta modificación, asumiendo, como hemos visto en el caso de otros nominales aspectuales, que el argumento interno es obligatorio. Esto se observa en los ejemplos siguientes:

- (129) a. La creencia el último tiempo \*(de que la crisis es culpa de la irresponsabilidad de los ciudadanos) molesta a los manifestantes.
- b. ??El conocimiento el último tiempo \*(de que hay más planetas similares a la Tierra) ha asombrado a mucha gente.

La conducta de *creencia*, en (129a), arroja un resultado más claro que el de *conocimiento*, en (129b). La inaceptabilidad de la segunda oración puede deberse, con todo, a factores enciclopédicos. Mientras que una creencia puede circunscribirse en el tiempo con facilidad, el conocimiento de algo típicamente perdura de forma indefinida. No obstante, en ambos casos la elisión del SC empeora considerablemente la gramaticalidad de las secuencias. Por lo tanto, asumiremos que los SSCC de los nombres de predicados psicológicos cognitivos son argumentos y no oraciones incrustadas que explicitan el contenido proposicional del nominal (que tendría, en este segundo caso, una lectura de objeto).<sup>193</sup>

Respecto del argumento externo, los nombres de VPES cognitivo siguen el patrón que hemos descrito en el caso de los nombres de posesión. Podemos utilizar, así, bien un SP-*por parte de*, bien el determinante posesivo. Sin embargo, mientras que la exclusividad del SD-*de* para expresar el argumento interno es clara en el caso de los nombres de posesión, los nombres *conocimiento* y *creencia* exhiben contraejemplos aparentes a esta generalización. Consideremos los siguientes datos:

- (130) a. La creencia en Dios por parte de la gente
- b. La creencia de que Dios existe por parte de la gente
- c. El conocimiento de que la crisis acabará por parte de la gente
- d. El conocimiento de la verdad por parte de la gente

- (131) a. Su creencia en Dios
- b. Su creencia de que Dios existe

---

<sup>193</sup> Los SSCC introducidos por preposiciones pueden tener igualmente esta función especificativa, según se observa en un ejemplo como: *El anuncio de que la bolsa se fue a pique fue publicado en la prensa nacional*. No obstante, si elidimos la preposición solo tenemos el valor especificativo y no argumental del SC. En este caso, por lo tanto, la presencia de un modificador temporal será agramatical:

- i. {Esta/la} creencia (\*el último tiempo), que la gente es la culpable de la crisis, aparece con frecuencia en los periódicos.

Nótese que, en este caso, las comas marcan la pausa obligada que debe enmarcar al SC incrustado.

- c. Su conocimiento de la verdad
- d. Su conocimiento de que la crisis tiene solución

Los ejemplos de (130) y (131) muestran las dos posibilidades que veíamos en el caso de los nombres de posesión. No obstante, también podemos emplear la configuración siguiente:

- (132) a. La creencia de la gente en Dios
- b. La creencia de la gente de que Dios existe
- c. ??El conocimiento de la gente de la verdad
- d. El conocimiento de la gente de que la crisis no es culpa suya

Si, en los casos de (132), el SP-*de* debe caracterizarse como argumento externo, los nombres asociados a VPES cognitivos exhibirían propiedades compartidas tanto por el resto de los estados de nivel 2 como por los estados de nivel 1. En otras palabras, el experimentante podría contar, según la configuración de (130), como un argumento devaluado a una posición de adjunto en el proceso de nominalización; o bien podría, de acuerdo con la configuración de (132), contar como el argumento más prominente de la estructura, siguiendo el patrón de *faltar*, *temer* y *pesar*.

Para decidir esta cuestión, conviene observar la conducta de los SSDD de (132) en un contexto privativo de estados nominales. Sabemos que la modificación temporal interna al SD constituye una prueba suficiente a este respecto. Por lo tanto, si la expresión del experimentante en un SP-*de* es compatible con la modificación temporal, entonces podemos concluir que dicho constituyente corresponde a un argumento (externo). En caso contrario, la presencia de este SP-*de* se correlacionará con una lectura de objeto de la nominalización:

- (133) a. La creencia de que todo es mentira por parte de los paranoicos este último tiempo
- b. ??La creencia de los paranoicos de que todo es mentira este último tiempo
- (134) a. El conocimiento de la verdad por parte de los sabios durante tantos siglos
- b. \*El conocimiento de los sabios de la verdad durante tantos siglos

Como se observa en los datos de (133) y (134), los SSDD son aceptables solo cuando el experimentante se expresa como un adjunto en forma de SP-*por parte de*. Por lo tanto, la expresión del experimentante en la posición canónica de los argumentos internos (SP-*de*) no corresponde a la misma posibilidad configuracional que analizábamos en el caso de los estados de nivel 1. Se trata, más bien, de una lectura de objeto o resultado, en la que el SP-*de* expresa el poseedor de una cierta creencia o conocimiento. El complemento restante ha de analizarse aquí como una frase que explicita el contenido proposicional del nombre (v.g., en (133b), *que todo es mentira* es el contenido de la creencia que puede atribuirse a los paranoicos).

Por consiguiente, la configuración ejemplificada en (132) constituye un contraejemplo aparente a la generalización descriptiva según la cual el argumento externo ocupa una posición de adjunto en el SD. Así, en los nombres de estados de nivel 2, el SP-*de* está reservado para el argumento interno (el objeto directo en la variante oracional). Si el experimentante ocupa esta posición, obtenemos una lectura de objeto del SD, en la que el SP-*de* pierde su valor argumental y se interpreta como poseedor. Con estos antecedentes en mente, pasaremos ahora a proporcionar una representación morfosintáctica de estas nominalizaciones.

#### 5.4.2.3. Representación morfosintáctica

Hemos propuesto, en §3.3.2, que los verbos de estado de nivel 2 incluyen una proyección SInicio encargada de introducir el argumento externo.<sup>194</sup> En este subapartado plantearemos que estos predicados se nominalizan mediante el añadido de una proyección nominal sobre esta proyección específicamente verbal. A diferencia, pues, de los nominales asociados a estados de nivel 1, en este caso sí necesitamos una proyección que cambie la categoría de la estructura. El correlato morfofonológico de esta exigencia radica en que estos nombres incluyen morfología deverbal y vocal temática (*ten-e-ncia*, *conoc-i-miento*, *entend-i-miento*). Esta misma condición estructural nos permite dar cuenta de la distribución de la red argumental, si asumimos que el proceso de nominalización conlleva un proceso de truncamiento del argumento externo. Así, la estructura general de estas nominalizaciones corresponde a la siguiente:

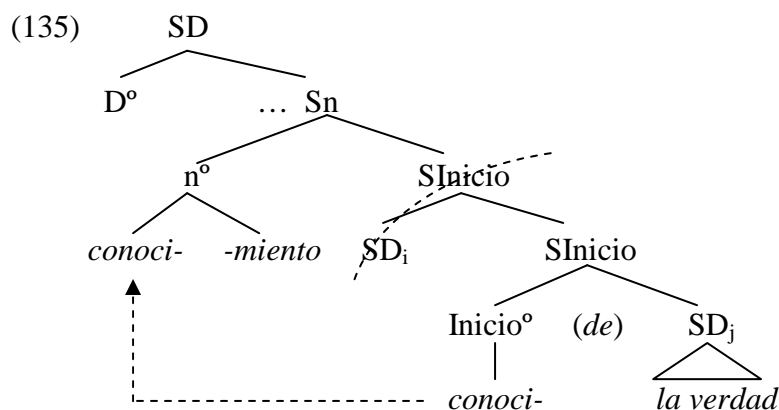
---

<sup>194</sup> Nótese que, según hemos comentado con mayores detalles en §3.3.2.2, la proyección Sv/SInicio no es la encargada de asignar caso acusativo. En esto nos distanciamos de Kratzer (1996), para quien la proyección introductora del argumento externo, SVoz, asigna caso acusativo y otorga, en la variante aspectual específica, valor estativo.

En primer lugar, si v/Inicio asigna caso acusativo, y las proyecciones nominalizadoras conservan esta proyección, entonces sería esperable que las nominalizaciones asignaran, igualmente, caso acusativo, cuestión que, de hecho, no hacen (*la destrucción \*(de) la ciudad*). Este hecho sintáctico podría, no obstante, explicarse mediante la asunción de que las nominalizaciones pierden el argumento externo. De acuerdo con la generalización de Burzio (1986), solo los elementos verbales que asignan papel temático a su sujeto pueden asignar caso al argumento interno. De este modo, la pérdida de asignación de caso acusativo en Sv/SInicio se explicaría por el carácter ergativo de las nominalizaciones (Alexiadou 2001): al no tener un argumento en su especificador al que asignar papel temático, v tampoco puede asignar caso a su complemento. No obstante, encontramos igualmente infinitivos nominales que, elidiendo el argumento externo, continúan asignando acusativo: *el validar documentos (por parte del personal) es un proceso lento y engorroso*. De este modo, cabe aducir que la estructura nominalizada en el infinitivo incluye elementos funcionales externos al nivel Sv, encargados de la asignación de caso (por ejemplo, ST), elementos que quedarían fuera del dominio de una nominalización en *-miento* o *-ción*. Al respecto, véase Harley (2009), y los comentarios a dicho trabajo, en §2.2.

En segundo lugar, hemos proporcionado argumentos, en §3.3, para clasificar los verbos psicológicos de experimentante sujeto (*amar*, *odiar*) junto a los estados de nivel 1, que carecerían de SInicio. Sin embargo, tales verbos asignan caso acusativo a sus objetos directos (v.g. *Juan la ama*). De este modo, la clase de los VPES proporciona un argumento adicional en contra de la idea de que v/Inicio asigna acusativo. El análisis de las nominalizaciones presentado en este capítulo respalda la clasificación de los VPES junto a los estados de nivel 1 (considerando la expresión sintáctica de sus argumentos en el dominio nominal y la ausencia de morfología deverbal), de modo que la asunción de que carecen de Sv se ve independientemente motivada por argumentos ajenos a la asignación de caso.





En la estructura de (135), la forma *conoci-* (que constituye una variante de *conoce-*, en que la vocal temática es *-e*) lexicaliza Inicio°, proyección que introduce los argumentos del verbo y soporta la interpretación aspectual del predicado. Al ensamblar *-miento*, cambiamos la categoría de esta estructura, pero elidimos igualmente la capa más externa de SInicio, donde se aloja el argumento externo. Esto da cuenta, pues, de que el argumento más prominente sea ahora el SD en posición de complemento de Inicio°, es decir, el argumento externo. Así, *la verdad* se manifiesta como genitivo *de*-SD, mientras que el argumento externo puede introducirse mediante un SP-*por parte de* (v.g. *El conocimiento de la verdad por parte del sabio*).

Nótese que el segmento estructural elidido en SInicio corresponde únicamente a la proyección del especificador. Estimamos que hay razones para sostener que la elisión de más o de menos estructura conduciría a predicciones erróneas sobre la forma del SD resultante. De una parte, si el añadido de una proyección funcional nominalizadora dejase intacta la jerarquía argumental de SInicio, esperaríamos que una construcción como la de (136) fuese gramatical:

(136) \*El conocimiento del sabio {de/por/hacia} la verdad.

En este ejemplo, el argumento más prominente de la estructura (*el sabio*), ensamblado en [Espec, SInicio] se realiza como SP-*de*, mientras que el argumento interno se realiza como un SP independiente, de forma análoga a lo que sucedía con los estados de nivel 1 (v.g. *El gusto de Juan por la tortilla*), que mantienen intacta su jerarquía argumental en el SD. Sin embargo, este resultado, de acuerdo con los datos revisados en §5.4.2.2, es claramente incorrecto, puesto que las nominalizaciones de estados de nivel 2 siguen el patrón de una nominalización eventiva, en la que el SP-*de* corresponde al argumento interno del predicado verbal, mientras que el argumento externo se expresa opcionalmente mediante una preposición. Este paralelismo se aprecia nuevamente en los datos de (137)-(138):

- (137) a. La tenencia de armas por parte de la población  
 b. El conocimiento de la situación por parte de la ciudadanía  
 c. La creencia de que el espacio es curvo por parte de los físicos  
 d. El entendimiento de la sociedad por parte del ciudadano

(138) La destrucción de la ciudad por parte de los invasores

El patrón seguido por (138) es, pues, el que ha llevado a diversos autores (Grimshaw 1990, Pesetsky 1995, Alexiadou 2001, Fábregas y Marín 2012a) a sugerir que el proceso de nominalización “trunca” la estructura argumental y funcional del predicado de base. De este modo, mientras que, en su variante verbal, el predicado expresa tanto el argumento externo como el argumento interno de forma obligatoria, en su variante nominal solo debe expresar el argumento interno. El argumento externo pasa a ser un adjunto que debe legitimarse mediante una preposición que de forma independiente le asigne una interpretación semántica análoga a la del sujeto oracional (agente, causa, etc.).

Esta idea ha recibido diversas formulaciones, por lo que la alternativa representada en (135) no es la única posible. De acuerdo con Grimshaw (1986, 1990), la saturación argumental de una nominalización sigue determinadas reglas similares a las de una construcción pasiva, aunque, en aquel caso, se trata de una regla de tipo léxico y no sintáctico. Una nominalización satura, antes de entrar en la sintaxis, el argumento externo, que deja de ser, por lo tanto, exigido en el dominio sintáctico de la frase. En cambio, la variable argumental correspondiente al argumento interno permanece libre al momento de ingresar en la sintaxis, por lo que debe ser ligada por una frase nominal. Estas condiciones explican la agramaticalidad de una secuencia como la de (139):

(139) \*The destruction by the enemy

De acuerdo con Grimshaw (1986, *apud* Zucchi 1993: 155), si tomamos *destruction* bajo una lectura eventiva en el contexto de (139), incurrimos en una violación del criterio temático, puesto que el argumento interno no se ha realizado sintácticamente. Por lo tanto, el SP-*by* no puede introducirse, toda vez que la frase es ya agramatical por ausencia del argumento interno exigido. Por otra parte, si tomamos *destruction* bajo una lectura de resultado, el argumento interno no es obligatorio, pero el argumento externo tampoco es conceptualmente admisible, puesto que no existe, en la estructura argumental del nombre, una variable con la que pueda concordar semánticamente.<sup>195</sup>

---

<sup>195</sup> De acuerdo con Zucchi (1993: 158), no necesitamos reglas léxicas específicas del dominio nominal para explicar la agramaticalidad de (139). Según este autor, tanto el argumento externo como el interno corresponden a elementos opcionales, puesto que casos como *The destruction lasted for several days* resultan aceptables, aun cuando forcemos una interpretación eventiva del nominal y omitamos el argumento interno. La imposibilidad de expresar el argumento externo en ausencia del argumento interno se seguiría de principios más generales relacionados con la teoría del caso. Zucchi (1993) adopta la idea de Dixon (1979, cf. Dixon 1994) según la cual el caso ergativo solo puede expresarse si se ha manifestado el caso absoluto, y sigue a Williams (1987) al asumir que el SP-*by* es un marcador de caso ergativo. Si se caracteriza el SP-*of* como un marcador de caso absoluto, entonces la agramaticalidad de (139) es predecible sin necesidad de apelar a reglas léxicas específicamente nominales. El SP-*by* (ergativo) no puede tener prioridad sobre el SP-*of* (absolutivo). Este análisis, no obstante, va en contra de una de las ideas básicas de la teoría de Grimshaw: la de que existe una correlación entre la interpretación eventiva del nominal y la obligatoriedad del argumento interno. De acuerdo con Zucchi (1993), la lectura eventiva de un nominal no fuerza la presencia del argumento interno (v.g. *La invasión tuvo lugar anoche*). Por lo tanto, solo debemos, siguiendo a este autor, dar cuenta de la agramaticalidad de (139) (\**The destruction*

Esta situación es análoga a la que encontramos en una pasiva oracional, en la que el argumento interno pasa a realizarse como sujeto sintáctico, mientras que el argumento externo ocupa una posición de adjunto. La obligatoriedad del argumento interno (sujeto, en este caso) contrasta, nuevamente, con la opcionalidad del argumento externo:

(140) (\*La ciudad) fue destruida (por los invasores).

Desde una aproximación de tipo sintáctico, la distribución argumental de una nominalización se explica, en el trabajo de Alexiadou (2001), mediante el empleo de dos tipos de *v*: una transitiva y otra intransitiva o ergativa. Según esta autora, todas las nominalizaciones tendrían una estructura como la de (141):

(141) [SD [SR [SAsp [Sv<sub>intrans</sub> [SRaíz]]]]]

De este modo, una nominalización corresponde siempre a una estructura “ergativa” o inacusativa. El argumento externo solo puede expresarse mediante una preposición (*by*, *por parte de*) en la medida en que el contenido conceptual de la raíz lo permita. No obstante, solo el argumento interno se encuentra, desde esta perspectiva, sintácticamente legitimado por proyecciones funcionales específicamente verbales.

En el trabajo de Fábregas y Marín (2012a), que hemos comentado de forma más extensa en §5.2.3, se adopta una versión más fuerte de esta idea. Según estos autores, el proceso de nominalización reduce el número de proyecciones de la estructura verbal. Nótese que este no es el caso en el análisis de Alexiadou (2001). Para esta autora, existen dos elementos funcionales del mismo nivel estructural (*v* transitiva y *v* intransitiva) que alternan dependiendo del contexto categorial en el que nos encontremos (de forma tal que el SD exige *v* intransitiva y rechaza *v* transitiva). En la aproximación de Fábregas y Marín (2012a), por otra parte, se asume que un predicado pierde su proyección funcional más externa al nominalizarse. Los predicados que posean un argumento externo, bajo el supuesto de que el argumento externo se ensambla en el especificador de la proyección funcional más externa de la fase que define el Aktionsart, habrán necesariamente de perderlo. Esta aproximación permite a los autores, asimismo, dar cuenta de la dificultad de nominalizar estados puros. Si esta clase de predicados posee solo una proyección verbal, su eventual proceso de nominalización elidiría toda la estructura sobre la que descansa su interpretación semántica. Así se aprecia en los esquemas de (142) (empleamos las etiquetas categoriales de los autores citados):

(142) a. [Inicio [Proceso [Estado [Raíz]]]] > [N ~~Inicio~~ [Proceso [Estado [Raíz]]]]  
 b. [Estado] > \*[N ~~Estado~~ [Raíz]]

---

*by the army*), que se seguiría de principios sintácticos independientes de posibles reglas específicamente léxicas.

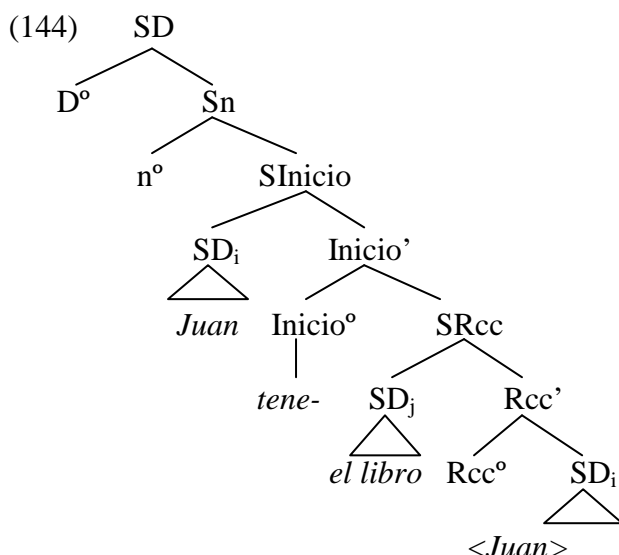
Un predicado que integra Inicio, Proceso y Estado perderá, al nominalizarse, su proyección de Inicio (el techo estructural de la primera fase sintáctica, de acuerdo con Ramchand 2008). Dado que el argumento externo se ensambla en el especificador de esta proyección, también ha de perderse. La nominalización sigue denotando un evento, puesto que la proyección encargada de introducir el argumento eventivo es Proceso. Por otra parte, la única alternativa de tornar admisible un proceso derivativo como el de (142b) implicaría asignar más estructura al afijo, que, de este modo, podría restituir la estructura funcional perdida en el proceso de cambio categorial:

(143) [Estado] > \*[[N Estado] ~~Estado~~ [Raíz]]

Este podría ser el caso (Fábregas y Marín 2012a: 63, n. 9) del sufijo *-ncia*, que parece estar especializado para la derivación de nombres de estado (cf. Cano y Jaque 2011, 2012). Volveremos sobre las propiedades de *-ncia* en el subapartado siguiente (§5.4.2.4).

No obstante, adoptar la hipótesis de que el proceso de nominalización elide una proyección funcional completa plantea ciertos problemas. Si la proyección SInicio soporta toda la interpretación aspectual del predicado, y si esta proyección se pierde al nominalizar la estructura, necesitaríamos reponer esta información mediante el afijo, solución que puede aplicarse en el caso de *-ncia*, si asumimos que este sufijo aporta valor aspectual adicional. Sin embargo, el problema persistiría en nominalizaciones que emplean los sufijos *-miento* y *-sión*, que encontramos en los nombres *posesión*, *entendimiento* y *conocimiento*, y que no son privativos de predicados estativos. Así, se encuentran igualmente en nominalizaciones eventivas como *destrucción* (con *-ción* como variante no marcada de *-sión*), *ocultamiento*, *descubrimiento*, etc. No cabe atribuir a tales sufijos, pues, información aspectual de tipo específicamente estativo, puesto que ella resultaría incongruente en contextos eventivos. Por consiguiente, el proceso de nominalización no puede elidir el SInicio en su conjunto, puesto que ello implicaría que nominalizaciones como *conocimiento*, *entendimiento* o *posesión* fuesen, contrariamente a los hechos, agramaticales, toda vez que, en tales casos, el afijo no puede reponer la estructura aspectual perdida en el cambio categorial.

De acuerdo con el análisis presentado en §3.3.2.1, la clase de los verbos de posesión incluye un nivel SRcc en posición de complemento de SInicio (cf. Freeze 1992). El complemento de Rcc° puede introducir un locativo o un SD que se interprete como poseedor, en cuyo caso el SD ascenderá al especificador de SInicio. Esto sugiere que, al menos en esta subclase, la elisión de SInicio no equivaldría a eliminar la estructura aspectual del predicado, ya que aun tendríamos un SRcc, que soporta un valor estativo análogo:



En la estructura de (144), si elidiéramos SInicio en su conjunto, perdemos el SD en [Espec, SInicio] y el valor aspectual estativo de la proyección. Sin embargo, la nominalización seguiría denotando un estado, puesto que conservamos la estructura SRcc. Nótese, sin embargo, que el verbo *tener*, al que podemos atribuir una estructura como la de (144), emplea el sufijo *-ncia*, que es justamente el que habría de reponer la estructura perdida. En este caso, sin embargo, dicha reposición sería superflua, puesto que el verbo posee más estructura.

Por lo tanto, es preferible adoptar un análisis uniforme para todos los verbos de esta clase, que, idealmente, sea compatible con el que puede asignarse a las nominalizaciones en su conjunto. Así, el sintagma más externo de la estructura verbal nominalizada perderá su posición de especificador, pero no desaparecerá la estructura en su conjunto. Nótese que esta aproximación es similar, en sus alcances empíricos, a la propuesta de Alexiadou (2001), según la cual la nominalización selecciona una *v* intransitiva, que se define como un tipo de *v* con una especificación distinta de rasgos. En nuestro análisis, un SInicio sin posición de especificador es, en definitiva, un Inicio° intransitivo, aunque alcanzamos ese resultado modificando la estructura y no la especificación de rasgos del núcleo. Esta diferencia, sin embargo, no constituye únicamente una variante notacional del análisis de Alexiadou (2001), puesto que hemos asumido un modelo en el que el nivel SInicio, análogo a Sv o SVoz, no se presenta en variantes distintas (cf. §2.2), y es estativo por defecto (al no introducir, como hace SProc, una variable eventiva) (cf. §2.7.4).

Si comparamos el análisis de los nombres de estado de nivel 2 con el que ofrecimos para los estados de nivel 1, observamos que la principal diferencia sintáctica radica en la expresión de la red argumental del predicado. Así, en el caso de los estados de nivel 1, el SP-*de* corresponde, normalmente, al sujeto oracional. En cambio, en los estados de nivel 2, una vez que el nivel [Espec, SInicio] ha sido elidido, el argumento más prominente corresponde al objeto directo de la oración (el argumento interno). Nótese que, de acuerdo con nuestro análisis, el efecto de truncamiento y pérdida de

estructura solo es esperable en los estados de nivel 2, puesto que, en rigor, los estados de nivel 1 no sufren un proceso de nominalización de un predicado verbal. Así, tampoco han de evidenciar las consecuencias sintácticas de dicho proceso. Ahora pasaremos a discutir con más detalle las propiedades de *-ncia* y la tendencia que exhibe para tomar predicados estativos, con lo cual cerraremos la exposición de las nominalizaciones de estado de nivel 2.

#### 5.4.2.4. Más sobre la restricción aspectual de los derivados en *-ncia*

A lo largo de este capítulo hemos mencionado en diversas ocasiones (§5.4.1.4, §5.4.2.3) la tendencia de las formaciones en *-ncia* a seleccionar bases estativas, cuestión que otros autores han observado igualmente (Jaque y Cano 2011, 2012, 2013; Fábregas y Marín 2012a). Finalizaremos el apartado sobre los estados de nivel 2 mencionando algunos aspectos de esta restricción aspectual. En particular, sostendremos que las bases estativas tomadas por *-ncia* pueden ser verbales o adjetivales, y que las bases verbales deben corresponder (al menos si nos restringimos a la primera fase) a estados de nivel 2. Los nombres en *-ncia* asociados con verbos de estados de nivel 1 deben proceder, siguiendo la hipótesis desarrollada en este capítulo, de adjetivos en *-nte* de un nivel estructural análogo al de tales verbos. No obstante, la existencia de un adjetivo en *-nte* correspondiente a un verbo de estado de nivel 1 no obliga a que el nombre correspondiente se forme empleando el sufijo en *-ncia*, dado que, según hemos planteado en §5.4.1.4, los estados de nivel 1 pueden manifestarse libremente en un contexto nominal, sin pasar por un proceso derivativo. De este modo, cuando se ha formado un adjetivo deverbal en *-nte*, existirá cierta competición léxica entre la formación de un derivado en *-ncia* y la inserción de SRcc directamente en un contexto nominal.

La restricción aspectual de *-ncia* parece ser el resultado de un proceso diacrónico de paulatina especialización, como consecuencia de la mayor productividad de sufijos como *-miento* o *-ción*. Esta es la imagen que puede deducirse al observar los datos que proporciona, por ejemplo, Pharies (2002: s.v. *-ENCIA*, *-ANCIA*, *-ANZA*, véase igualmente Cano y Jaque 2012). En esta obra, encontramos nombres en *-ncia* pertenecientes al siglo XII que poseen un claro valor eventivo, como se observa en los datos de (145):

(145) *escogencia, atrevencia, mantenencia, demostrancia*

Actualmente, muchos de estos nombres se forman con los sufijos *-ción* (*demonstración, mantención*) o *-miento* (*mantenimiento, atrevimiento*). Los datos de otras lenguas parecen avalar un desarrollo similar. Así, Marchand (1960: 248) documenta, para el inglés, diversos casos de *-ence* y *-ance* que pueden caracterizarse como ‘acto o acción’:

(146) *admittance, clearance, guidance*

Tales nombres provienen del francés antiguo, y entraron al inglés, de acuerdo con el autor, hacia el siglo XV. Sin embargo, el inglés conserva en algunos casos el valor eventivo de estos nombres, puesto que el sufijo *-nce* pronto entró en competición con *-ancy* y *-ency*, que, sobre bases adjetivales, se especializaron para el valor de ‘estado o cualidad’. Así, Marchand (1960: 250) documenta dobletes como *insistence/insistency* (s. XVII) en que el nombre en *-nce* posee un valor de acción, mientras que el nombre en *-ncy*, uno de cualidad.

En síntesis, vemos que las formaciones en *-ncia*, y sus análogos en otras lenguas (francés, inglés), podían tener un valor eventivo, que era común para todas ellas antes del siglo XV. En español, tal valor se perdió frente a la mayor productividad de *-miento* y *-ción*. Según se sugiere tentativamente en Cano y Jaque (2012), es factible sostener que la pérdida de productividad sigue una cierta jerarquía ontológica, que puede representarse en (147):

(147) evento > estado > cualidad/objeto

Esto es, los afijos que pueden formar nombres eventivos, típicamente pueden emplearse, igualmente, para crear nombres de estado. Así, siguiendo los datos presentados en Fábregas y Marín (2012a), o en Jaque y Martín (2012), los predicados eventivos que contienen estados resultantes pueden servir de base para la formación de nombres estativos empleando el mismo sufijo. Tal es el caso de diversos nombres en *-miento* o *-ción*.<sup>196</sup>

- (148) a. *ocultamiento* > ‘evento de ocultar(se)’, ‘estado de permanecer oculto’  
 b. *desaparición* > ‘evento de desaparecer’, ‘estado de haber desaparecido’  
 c. *florecimiento* > ‘evento de florecer’, ‘estado de haber florecido’

Alternativamente, un sufijo productivo también puede denotar objetos o cualidades, como en el caso de *-ción*:

<sup>196</sup> Como se argumenta en Jaque (2012), la ambigüedad sistemática entre evento y estado (en aquellos predicados que, de hecho, contienen un elemento estativo) se rompe en la mayoría de los verbos deadjetivales parasintéticos. Esto puede explicarse, de acuerdo con el trabajo citado, mediante la noción de “bloqueo semántico”. Según esta restricción, los adjetivos que sirven de base al verbo pueden dar lugar, igualmente, a nominalizaciones deadjetivales que denoten estados. Esto motivaría la especialización semántica de la nominalización deverbal para la denotación del evento. Algunos grupos léxicos relevantes se ofrecen en (i):

- (i) a. *adelgazar* - *adelgazamiento* (solo evento) - *delgadez* (estado)  
 b. *engordar* - *engordamiento* (solo evento) - *gordura* (estado)  
 c. *enloquecer* - *enloquecimiento* (solo evento) - *locura* (estado)

No obstante, en ciertos casos la nominalización deverbal puede denotar, igualmente, un estado, aunque cabe especular que, en estos casos, el hecho de que el estado se asocie con un proceso previo introduce una diferencia semántica importante frente al significado de la nominalización deadjetival, que no se asociaría necesariamente con un proceso. Así sucede, por ejemplo, con *enrojecimiento*, que puede emplearse como estado en un ejemplo como el siguiente: *El enrojecimiento de la piel indica que la herida está infectada*. Dicho ejemplo contiene matices no incluidos en uno donde empleáramos la nominalización deadjetival (v.g. *La rojez de la piel indica que la herida está infectada*).

- (149) a. *construcción* > ‘evento de construir’, ‘objeto construido’  
 b. *moderación* > cualidad [Fábregas y Marín 2012b: 19]

Sin embargo, un afijo menos productivo, como *-ncia*, está restringido a la formación de nombres de estado y de objeto, pero, en el estado actual de la lengua, no puede denotar eventos:

- (150) a. estados: *existencia, tenencia, creencia, pertenencia, permanencia*  
 b. objetos: *creencia, ganancia, pertenencia*

Finalmente, un afijo como *-dura* (Martín 2011, Jaque y Martín 2012), que en estadios anteriores de la lengua podía denotar eventos, se especializa en la mayoría de las variedades dialectales del español para denotar objetos, y nunca estados o eventos:<sup>197</sup>

- (151) a. *cerradura* > ‘parte de la puerta’, no ‘evento de cerrar’ ni ‘estado de estar cerrado’  
 b. *cortadura* > ‘parte cortada de un objeto’, no ‘evento de cortar’ ni ‘estado de estar cortado’  
 c. *quemadura* > ‘parte quemada de un objeto’, no ‘evento de quemar’ ni ‘estado de estar quemado’

De este modo, vemos que *-ncia* ha seguido una progresiva pérdida de cobertura semántica, especializándose, así, en la denotación de estados. Por lo tanto, la restricción aspectual de este sufijo no parece deberse a una información extra que aporte en el proceso derivativo, sino más bien a su falta de aplicabilidad en contextos eventivos, donde *-miento* y *-ción* se aplican, de acuerdo con sus propias restricciones (cf. Fábregas 2010), de forma más libre.

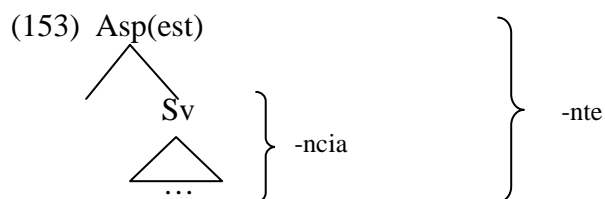
En términos sintácticos, *-ncia* parece estar restringido al dominio del Sv (Cano y Jaque 2011, 2012, 2013) (cf. *infra* §5.4.3). Dicha restricción se sigue, igualmente, de la asunción expresada en Fábregas y Marín (2012a), según la cual los afijos nominalizadores del español operan solo en el nivel del Aktionsart, que estructuralmente corresponde al dominio de Sv (cf. Ramchand 2008). De acuerdo con Cano y Jaque (2012, 2013), la restricción de *-ncia* contrasta con el dominio de aplicación de *-nte*, formador de adjetivos que pueden, igualmente, servir de base para la formación de nombres en *-ncia*. El sufijo *-nte* puede tomar, junto a los predicados formados en el dominio de Sv, estados obtenidos mediante el añadido de operadores aspectuales externos. Esto explicaría, según estos autores, los vacíos sistemáticos que encontramos en el paradigma de nombres en *-ncia* frente al de los adjetivos en *-nte*:

- (152) *cortante*      \**cortancia*  
           *hidratante*    \**hidratancia*  
           *contaminante* \**contaminancia*

<sup>197</sup> Como observa Martín (2011), en algunas zonas de Latinoamérica, *-dura* sirve de base aun para nominalizaciones eventivas. Por ejemplo, en Chile encontramos *desabolladura* como ‘evento de quitar la abolladura de un coche’ (cf. DUECh).



Los adjetivos de la columna izquierda corresponden a propiedades derivadas de acciones entendidas bajo una lectura genérica o disposicional (lo que puede cortar, hidratar o contaminar). Como *-ncia* está restringido al dominio de Sv, las formaciones de la columna derecha son agramaticales. En otras palabras, los operadores aspectuales que han generado las bases estativas de los adjetivos en *-nte* son invisibles al proceso derivativo materializado por *-ncia*, puesto que este opera en un nivel más bajo. Dicha distinción se caracteriza, en los trabajos de Cano y Jaque (2011, 2012, 2013), como estatividad “interna” (Sv) frente a estatividad “externa” (operadores aspectuales sobre Sv), y se inspira en la distinción de Verkuyl (1972, 1993) entre aspecto interno y externo. La propuesta de estos autores puede esquematizarse en la figura de (153), donde se señala el dominio de aplicación de cada sufijo:



Nótese que el nivel denominado “estatividad interna” colapsa lo que en este estudio entendemos por estados de nivel 1 y estados de nivel 2, puesto que ambas clases están contenidas en el dominio del Sv (como SInicio y SRcc). De acuerdo con dicha distinción, tanto los estados de nivel 1 como los de nivel 2 deberían servir de base para la formación de un nombre en *-ncia*. No obstante, según hemos mostrado en §5.4.1.4, los estados de nivel 1 dan lugar, típicamente, a nombres no derivados (*gusto, peso, falta, sobra, amor, etc.*). La razón de ello, según hemos defendido en el apartado correspondiente, es que la estructura sintáctica de un estado de nivel 1 (SRcc) puede manifestarse libremente en un contexto nominal, toda vez que dicha estructura no es específicamente verbal. De este modo, *-ncia* lleva asociada una restricción adicional: como consecuencia de la índole específica de los nombres de nivel 1, este sufijo queda circunscrito a bases verbales estativas de nivel 2. Dado que un nombre de nivel 1 no necesita morfología deverbal, los únicos estados donde ha de operar *-ncia* serán aquellos que incluyan proyecciones funcionales verbales (*tener > tenencia, creer > creencia*).

Esto, sin embargo, es solo parcialmente cierto. Dado que *-ncia* no opera exclusivamente sobre bases verbales, sino también sobre adjetivos en *-nte* (como consecuencia, presumiblemente, de su origen latino)<sup>198</sup>, en determinados casos podemos

<sup>198</sup> Un origen plausible para *-ncia*, compatible con los datos que nos entrega Pharies (2002), es su decomposición en *-nt-* y *-ia*. Así, el sufijo *-ia* se aplicaría sobre adjetivos y participios de presente acabados en *-nt-*. En la actualidad, *-ia* puede reconocerse independientemente como marca derivativa en la formación de nombres de cualidad a partir de adjetivos (*audaz > audacia*). El cambio de *-nt-* a *-nc-*, por otra parte, formaría parte de un proceso fonológico regular no restringido a caso del antiguo participio

(154) a. *falt-* > *faltar* > *faltante* (> *\*faltancia*)  
           [SRcc]       [SV [SRcc]]       [SAdj [SV [SRcc]]]  
           ↓  
           *falta*  
           [N [SRcc]]

b. *sobr-* > *sobrar* > *sobrante* (> *\*sobrancia*)  
           ↓  
           *sobra*

(155) a. *exist-* > *existir* > *existente* > *existencia*  
[N [SAdj [SV [SRcc]]]]  
b. *dist-* > *distar* > *distante* > *distancia*

La opción de que un estado de nivel 1 tome *-ncia* en ausencia de un adjetivo *-nte* está, por último, descartada. El sufijo *-ncia* no puede usar SRcc directamente como base de derivación, puesto que no se trata ni de un verbo ni de un adjetivo. En tales casos, tendremos siempre un nombre simple, como sucede en los ejemplos de (156):<sup>200</sup>

<sup>200</sup> En esta tesis no proporcionamos ninguna explicación de por qué los adjetivos en *-nte* de (156) no pueden formarse en español, sino solo de la consecuencia que ello tiene para la existencia de un derivado en *-ncia*. Para una revisión detallada de tales restricciones, véase Cano (2013).

- (156) a. *pesar* > \**pesante* > *peso* (\**pesancia*)  
 b. *costar* > \**constante* > *costo* (\**costancia*)  
 c. *odiar* > \**odiante* > *odio* (\**odiancia*)  
 d. *temer* > \**temiente* > *temor* (\**temencia*)

En síntesis, vemos que *-ncia* posee una serie de restricciones de tipo categorial y aspectual. En particular, puede tomar bases adjetivales en *-nte* y bases verbales estativas, que, en conjunto, pueden equipararse a una selección semántica sobre estados internos. No obstante, hemos visto que las peculiaridades de este sufijo se siguen de un agregado de condiciones independientemente motivadas. En primer lugar, su restricción sobre estados es consecuencia de un proceso de pérdida de productividad, que le impide aplicarse sobre bases verbales eventivas, para las que el español cuenta con los afijos productivos *-miento* y *-ción*. En segundo lugar, su especialización sobre “estados internos” –frente a la mayor libertad de *-nte*, que puede aplicarse sobre “estados externos”– se sigue de las restricciones generales que obedecen los afijos nominalizadores, en español y en muchas otras lenguas.<sup>201</sup> Estos elementos funcionales, de acuerdo con Fábregas y Marín (2012a), toman solo elementos del *Aktionsart*, al que pertenece la estatividad interna y que, en términos estructurales, corresponde al dominio de Sv. Por último, la aparente selección de estados de nivel 2, que hemos comentado en este subapartado, se deriva de la naturaleza estructural de los estados de nivel 1, que se expresan como nombres sin necesidad de emplear morfología deverbal. Así, conviene no atribuir la conducta de este sufijo a un conjunto de rasgos u otro mecanismo de selección codificado en su entrada léxica.

#### 5.4.2.5. Recapitulación

En este subapartado hemos analizado las nominalizaciones de estados de nivel 2, es decir, aquellos predicados que lexicalizan SINICIO. Las principales conclusiones a las que hemos llegado son las siguientes:

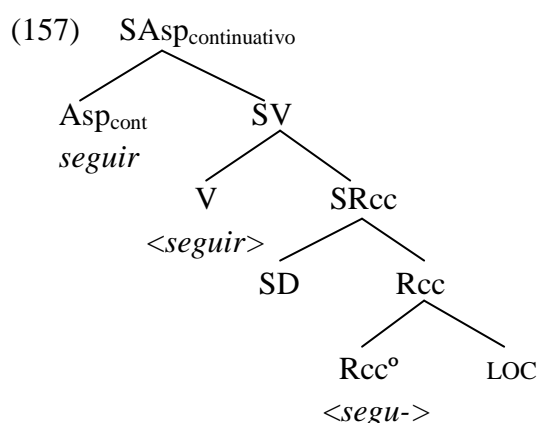
- SINICIO es una proyección específicamente verbal, por lo que la expresión nominal del predicado debe seguirse de un proceso de cambio categorial, que tiene consecuencias morfológicas y sintácticas.
- En términos morfológicos, las nominalizaciones de estado de nivel 2 poseen afijos derivativos deverbales (*pose-sión*, *conoci-miento*, *tene-ncia*), lo que contrasta con la conducta de los estados de nivel 1, que se expresan como nombres no derivados (*falta*, *peso*, *costo*, *sobra*, etc.).

<sup>201</sup> En §5.4.3, analizaremos un grupo de nominalizaciones que obligan a matizar esta afirmación. Se trata de *permanencia*, *persistencia* y *subsistencia*, que nominalizan predicados existenciales de presuposición temporal. En tales casos, como discutiremos allí, el afijo capta una proyección de Aspecto Continuativo, que pertenece al dominio del aspecto externo. Se trata de los únicos casos que hemos encontrado en que la generalización que restringe el proceso de nominalización al aspecto interno se ve transgredida.

- En términos sintácticos, el proceso de nominalización trunca la proyección introductora del argumento externo, por lo que, en el SD, el argumento más prominente es ahora el argumento interno (*La gente tiene armas* > *La tenencia de armas por parte de la población*). De este modo, las nominalizaciones de estado de nivel 2 siguen el patrón de las nominalizaciones eventivas, en que el objeto oracional se expresa como genitivo *de*-SD, mientras que el sujeto oracional pasa a expresarse como *SP-por parte de* (*El ejército destruyó la ciudad* > *La destrucción de la ciudad por parte del ejército*). Nuevamente, este comportamiento contrasta con el que exhiben los nombres de estado de nivel 1, que mantienen intacta la jerarquía argumental del predicado de base (*Juan ama a María* > *El amor de Juan por María*).
- Hemos asumido que el proceso de nominalización “intransitiviza” a SInicio, esto es, que elide su posición de especificador. Este análisis se aproxima al de Alexiadou (2001), según el cual las nominalizaciones seleccionan una *v* intransitiva, aunque se reformula desde un modelo sin variantes de *v*. La alternativa según la cual el proceso de nominalización elide la proyección verbal en su conjunto (Fábregas y Marín 2012a) impediría otorgar una interpretación aspectual estativa a nombres como *conocimiento* o *posesión*, puesto que la proyección que introduce el argumento externo es la misma que soporta este valor aspectual (SInicio).

#### 5.4.3. Nominalizaciones de verbos existenciales temporales

En este apartado revisaremos las nominalizaciones pertenecientes al grupo de predicados que lexicalizan Aspecto Continuativo. Tales predicados corresponden a verbos existenciales que presuponen continuidad temporal. Su estructura es la siguiente:



Recuérdese que los verbos de aspecto continuativo pueden emplear la estructura completa que se representa en (157), caso en el que se comportan como verbos existenciales con presuposición temporal (v.g. *Juan sigue aquí*); o bien pueden emplear solo el nodo aspectual continuativo y tomar como complemento otro predicado verbal

bajo una forma no finita (v.g. *Juan sigue cantando polkas*), caso en el que se comportan como operadores aspectuales.

Los nombres asociados a los verbos de este nivel se listan en la tabla 5:

Verbo	Nombre
<i>permanecer</i>	<i>permanencia</i>
<i>persistir</i>	<i>persistencia</i>
<i>perdurar</i>	*
<i>subsistir</i>	<i>subsistencia</i>
<i>seguir</i>	<i>#seguimiento</i>
<i>quedar</i>	<i>#quedada</i>

Tabla 5. Nombres asociados a verbos de existencia temporal

El interés principal de los nombres de este grupo consiste en que suponen una excepción a la generalización de que las nominalizaciones solo se aplican a proyecciones de aspecto interno, con exclusión del aspecto externo o gramatical. Así, vemos que el nodo de Aspecto Continuativo se ensambla sobre la estructura verbal básica. Siguiendo la propuesta de Fábregas y Marín (2012a), no esperaríamos que tales estructuras pudiesen nominalizarse, por cuanto el afijo debería insertarse en el dominio del aspecto externo y coger, así, más estructura de la que en principio puede captar. Hemos visto que esto se cumple en un verbo como *haber*, si este es analizado, siguiendo propuestas de Freeze (1992) y Roy (2013), como la materialización de [T+SRcc]. En este caso, no podemos emplear un afijo nominalizador, puesto que estos no pueden tomar, en español, el ST; ni tampoco podemos emplear un nombre simple, en la medida en que esto conllevaría recortar la estructura inicial y conservar un núcleo relacional carente de contenido conceptual. Por otra parte, Fábregas y Marín (2012a) plantean que no existe un principio gramatical que bloquee la inserción de afijos nominalizadores en el dominio del aspecto externo y que, de hecho, tales operaciones sí son posibles en esloveno, lengua en la que pueden formarse nombres estativos a partir del participio del verbo (cf. §5.2.4). Así, observamos que, en español, ST sobrepasa el nivel de aplicación de la nominalización, mientras que el Sv se encuentra normalmente accesible al proceso derivativo. ¿Qué hay, pues, del Aspecto Continuativo? ¿Queda esta proyección igualmente fuera del dominio de la nominalización? ¿Son los nombres listados en la tabla 5 genuinas expresiones nominales de este nivel funcional, o solo se relacionan con dicho contenido aspectual a través de un parentesco conceptual?

En el caso de que el vínculo entre nombre y verbo sea estructural y no solo conceptual, este proceso derivativo tendría un carácter excepcional, como se aprecia al comprobar que no todos los nombres de la tabla 5 captan el significado que aquí nos interesa. Así, *seguimiento* se relaciona con el valor agentivo del verbo *seguir*: obtenemos, a partir de *El fiscal sigue las actividades*, *El seguimiento de las actividades por parte del fiscal*; y no, a partir de *Juan sigue en la habitación*, *\*El seguimiento de Juan en la habitación*. Solo este segundo valor correspondería al de un predicado existencial con presuposición temporal. Sí, en cambio, se observa este valor, al menos

desde un punto de vista conceptual, en *permanencia*. Así, de *Juan permanece en la habitación* obtenemos *La permanencia de Juan en la habitación*.

En este subapartado propondremos que las nominalizaciones *permanencia*, *persistencia* y *subsistencia* lexicalizan el nodo de Aspecto Continuativo, y suponen, de este modo, una genuina excepción a la regularidad que restringe el proceso de nominalización al aspecto interno. En particular, veremos que efectos semánticos similares a los que exhibe la variante oracional del predicado pueden detectarse en la variante nominal. Mostraremos que la aplicación del afijo en un dominio externo al Sv constituye una peculiaridad de *-ncia*, como se aprecia al comprobar que *seguimiento* no se relaciona, ni conceptual ni estructuralmente, con el verbo *seguir* en su valor existencial de presuposición temporal. Concluiremos este apartado, así, proporcionando una imagen general de los dominios de aplicación de ciertos sufijos.

#### 5.4.3.1. Caracterización aspectual

En este subapartado revisaremos las propiedades aspectuales los nombres de la tabla 5 que se relacionen conceptualmente con los predicados verbales existenciales de presuposición temporal. Además de las pruebas que ya hemos aplicado en los apartados precedentes, añadiremos algunas que nos permitan determinar si la relación entre los predicados verbales y los nombres es estructural (y, consiguientemente, si puede atribuirse a tales nombres un nodo Asp<sub>cont</sub>) o exclusivamente conceptual. Repetimos aquí la tabla con que concluimos el apartado §5.3, en que se sintetizan los contextos que discriminan estatividad nominal:

	<i>tener lugar</i>	<b>predicados durativos</b>	<b>manera</b>	<b>lugar (no marco)</b>	<i>en curso</i>	<b>modificación temporal</b>
<i>Construcción</i>	+	+	+	+	+	+
<i>Falta</i>	-	+	-	-	-	+
<i>Película</i>	-	+	-	-	-	-

Tabla 6. Contextos sensibles a la estatividad nominal

Comencemos por el predicado *tener lugar*, que selecciona predicados eventivos en posición de sujeto:

- (158) a. \*La permanencia de Juan en la empresa tuvo lugar el año pasado.  
 b. \*La persistencia de tales ideas tuvo lugar en España.  
 c. ??La subsistencia de esa especie tuvo lugar en el Jurásico.  
 d. El seguimiento del sospechoso tuvo lugar en el parque.

Como se observa en (158), *permanencia*, *persistencia* y *subsistencia* son agramaticales o inaceptables con *tener lugar*, en oposición a *seguimiento*, que recoge el valor eventivo del verbo *seguir* (v.g. *Juan siguió al sospechoso en el parque*) y no el valor existencial

de presuposición temporal (v.g. *Juan sigue en la habitación* > \**El seguimiento de Juan en la habitación*).

Por otra parte, los predicados que denotan desarrollo en el tiempo sí son aceptables en combinación con estos nombres:

- (159) a. La permanencia de Juan en la empresa ha terminado este año.  
b. La persistencia de tales ideas ha terminado en España.  
c. La subsistencia de esa especie ha continuado en el Cámbrico.  
d. El seguimiento del sospechoso ha continuado en el parque.

En este caso, no se observa un contraste entre los verbos existenciales de presuposición temporal y la nominalización eventiva *seguimiento*, puesto que todos ellos, estados y eventos, pueden situarse en el tiempo.

Respecto de los modificadores de manera *rápido* y *lento*, observamos un contraste análogo al de los ejemplos de (158). Aquí, los nombres de predicados existenciales, en (160a-c), arrojan un resultado agramatical, frente a (160d), que es plenamente aceptable:

- (160) a. \*La {rápida/lenta} permanencia de Juan en la empresa  
b. \*La {rápida/lenta} persistencia de tales ideas  
c. \*La {rápida/lenta} subsistencia de esa especie  
d. El {rápido/lento} seguimiento del sospechoso

Las frases locativas son aceptables con los nombres existenciales, como hemos visto que sucede igualmente con *falta* (v.g. *La falta de alimentos en ese país*). Sin embargo, esto se debe a que los verbos existenciales incluyen un locativo como parte de la predicación, por lo que los SSPP de (161a-c) no deben considerarse modificadores, sino argumentos en el complemento de SRcc (cf. (157), *supra*). Por otra parte, la aceptación del SP *en el parque* es esperable en (161d), puesto que *seguimiento* capta, como venimos diciendo, el valor eventivo del verbo *seguir*:

- (161) a. La permanencia de Juan en la habitación  
b. La persistencia de tales ideas en España  
c. La subsistencia de tales ideas en mi pueblo  
d. El seguimiento del sospechoso en el parque

El modificador *en curso* permite apreciar nuevamente el contraste entre los nombres de predicados existenciales y el valor eventivo de *seguimiento*. Mientras que *permanencia* (162a), *persistencia* (162b) y *subsistencia* (162c) lo rechazan, su empleo en (162d) es aceptable:

- (162) a. \*La permanencia de Juan en curso  
b. \*La persistencia de tales ideas en curso  
c. \*La subsistencia de la especie en curso

d. El seguimiento del sospechoso en curso

Por último, la modificación temporal interna al SD es aceptable en ambos tipos de nominalización, puesto que ambas clases, estativa y eventiva, poseen contenido aspectual:

- (163) a. La permanencia de Juan en la empresa este año  
b. La persistencia de tales ideas este año  
c. La subsistencia de la especie este siglo  
d. El seguimiento del sospechoso esta tarde

Los contextos vistos nos permiten concluir que nombres como *permanencia* sí poseen un valor estativo. Sin embargo, esto no significa que lexicalicen necesariamente el Aspecto Continuativo, ya que, como hemos visto al iniciar este subapartado, la estructura verbal de aspecto interno o de primera fase contiene un SRcc, que puede sostener, como hace con *falta*, *sobra* o *costo*, el valor de estado. Por lo tanto, pasaremos ahora a presentar una segunda clase de evidencia, relacionada con la detección específica del Aspecto Continuativo en el dominio nominal.

De acuerdo con nuestra exposición de §3.1.3 y de §3.3.7, los predicados existenciales que incluyen Aspecto Continuativo se caracterizan por presuponer la validez del predicado en un tiempo anterior a aquel en que se aplica la denotación. Así, *Juan sigue aquí* significa que Juan está aquí y presupone que Juan ha estado también aquí en un tiempo anterior, y que entre ambos momentos la situación no se ha modificado. Un reflejo sintáctico de esta presuposición es que el contenido relativo al momento anterior queda fuera del alcance de la negación (cf. Karttunen 1973, Portner 2005), como se observa en los ejemplos siguientes:

- (164) a. Juan no permanece en la empresa  
b. Esas ideas no persisten en España.  
c. Esa especie no subsiste.  
d. Juan no sigue aquí.  
e. Juan no estuvo aquí (de cinco a seis).

En los ejemplos (164a-d) la negación se aplica a la vigencia de la situación actual, pero en ningún caso puede tener alcance sobre el momento anterior. Así, en (164d), solo podemos tener una lectura según la cual Juan ya no está aquí en el presente, pero no se encuentra accesible aquella en que Juan no ha estado en ningún momento de tiempo anterior en el mismo lugar. De este modo, el momento inicial del intervalo en que Juan ha estado en cierto lugar cae fuera de la denotación del predicado y solo queda presupuesta por él. Compárese esta situación con (164e), en que empleamos el verbo *estar*, que no posee ninguna presuposición temporal. Si negamos un predicado como *estar aquí*, no necesitamos presuponer que Juan sí ha estado en el mismo lugar en un tiempo anterior. Al añadir la mención de un intervalo (*de cinco a seis*), la negación



puede aplicarse sobre el conjunto entero de tiempos que lo componen, puesto que todos forman parte de la denotación y ninguno de una presuposición.

El Aspecto Continuativo tiene además un correlato adverbial en el modificador *todavía* (Cinque 1999). Así, *Juan está aquí* no contiene una presuposición sobre un momento anterior, a diferencia de lo que sucede con *Juan todavía está aquí*, que nos obliga a admitir que Juan ha estado aquí también en un momento anterior. Sin embargo, cuando intentamos trasladar estos contextos al dominio nominal, solo la negación encuentra un correlato directo. No encontramos, así, un análogo adjetival del adverbio *todavía*, como sí encontramos *lento* para *lentamente* o *rápido* para *rápidamente*.

Al aplicar la negación sobre una nominalización, encontramos el siguiente contraste:

- (165) a. La no permanencia de Juan en la empresa  
b. La no persistencia de esas ideas en España
- (166) a. El no seguimiento del sospechoso (causó que este saliera del país libremente)  
b. La no construcción de la Iglesia

Consideremos los ejemplos de (165). En (165a), la no permanencia de Juan implica que Juan sí ha estado en la empresa, contenido que no puede ser abarcado por la negación. Lo mismo puede decirse de (165b): *La no persistencia de esas ideas* equivale, en términos de presuposición, a decir que esas ideas no persisten; en ambos casos, debemos asumir que las ideas en cuestión sí han tenido vigencia en el pasado. Comparemos este escenario con el que ofrecen los ejemplos de (166). Como hemos visto a partir de los contextos revisados más arriba en este subapartado, *seguimiento* se relaciona con el valor eventivo de *seguir* y no con el valor existencial. De este modo, esperamos que esta nominalización no imponga una presuposición temporal. Esto se confirma al observar (166a), frase que admite una lectura donde el acto de seguir al sospechoso ni siquiera ha comenzado ni ha tenido lugar en el pasado. Así, *seguimiento* se comporta como una nominalización eventiva usual, según se observa en (166b). La negación de *construcción* admite –y de hecho favorece fuertemente– una lectura en que el acto de construir ni siquiera ha comenzado.<sup>202</sup>

Por lo tanto, concluimos que nombres como *permanencia* o *persistencia* sí deben incluir en su representación morfosintáctica una proyección de Aspecto Continuativo, según veremos formalizado en §5.4.3.3, una vez que hayamos realizado algunos comentarios sobre la distribución de la red argumental del predicado.

---

<sup>202</sup> Es posible, con todo, tener una lectura donde la negación se aplique sobre la fase final del evento: *La no construcción de la Iglesia sería catastrófica para la ciudad, que tanto ha invertido en ella*. En este ejemplo, es admisible suponer que las fases iniciales de la construcción sí han tenido lugar. Lo crucial, sin embargo, es que en los ejemplos de (165) sea imposible tener una lectura de ‘alcance temporal amplio’ sobre el momento anterior. Es decir, que en ningún caso *La no permanencia de Juan en la empresa* signifique que Juan nunca ha estado en la empresa.

#### 5.4.3.2. Estructura argumental

Las nominalizaciones de verbos existenciales de presuposición temporal expresan su red argumental de forma análoga a como lo hacen los nombres de predicados existenciales simples, según se aprecia en el siguiente par de ejemplos:

- (167) a. Juan permanece en la habitación.  
a'. La permanencia de Juan en la habitación.  
b. Falta comida en ese país.  
b'. La falta de comida en ese país.

En ambos casos, vemos que la disposición jerárquica de los argumentos se mantiene íntegra en el paso de la variante oracional a la variante nominal. Así, el sujeto oracional (*Juan, comida*) se expresa como genitivo *de*-SD, mientras que el complemento locativo se introduce en segunda posición mediante una preposición independiente (*en la habitación, en ese país*).

En esto contrasta, nuevamente, la nominalización *seguimiento*, que corresponde al valor agentivo de *seguir*:

- (168) a. Juan sigue al sospechoso.  
b. El seguimiento del sospechoso por parte de Juan.

Según se aprecia en los ejemplos de (168), la disposición jerárquica de los argumentos de la variante oracional (168a) no se mantiene intacta en la expresión nominal del predicado. En este caso, el argumento externo (*Juan*) pasa a expresarse como adjunto en un SP-*por parte de*, mientras que el argumento interno toma la posición prominente en el genitivo *de*-SD.

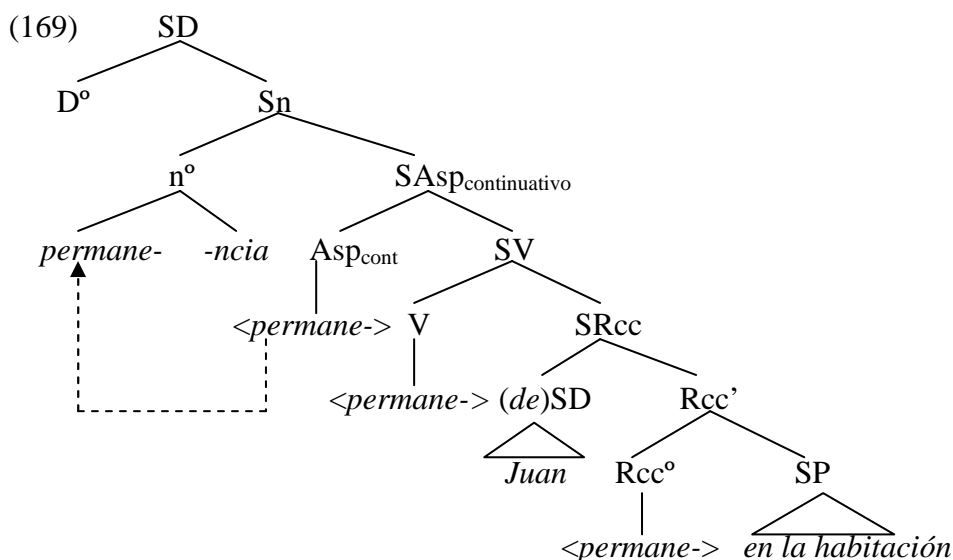
A continuación, a partir de los datos revisados sobre la interpretación aspectual de estos nombres, y de la distribución de su estructura argumental, pasaremos a presentar una configuración estructural que dé cuenta de estos hechos.

#### 5.4.3.3. Representación morfosintáctica

Hemos visto que una nominalización como *permanencia* posee aspecto estativo y que, además, puede atribuírsele aspecto continuativo. Así, no solo denota que una cierta situación se da, sino que presupone que se ha dado con anterioridad. Por otra parte, hemos visto que esta nominalización mantiene la disposición jerárquica de la red argumental; esto es, el argumento más prominente de la variante verbal del predicado es también el argumento más prominente en su expresión nominal. Tales propiedades pueden seguirse de una estructura como la siguiente:<sup>203</sup>

---

<sup>203</sup> Un problema morfológico para el que no podemos dar una respuesta en la presente exposición es la elisión de *-ec-* en el paso del verbo al nombre (*permanecer* > *\*permanecencia*). Una alternativa de análisis es que este afijo no codifique una proyección aspectual activa en el predicado verbal y se pierda



En la estructura de (169) hemos añadido una proyección nominalizadora, cuyo exponente fonológico es *-ncia*, sobre la estructura de un verbo existencial de presuposición temporal. Dado que conservamos el nodo *Asp<sub>continuativo</sub>*, damos cuenta del valor aspectual que hemos revisado en subapartados anteriores; en particular, del hecho de que en una secuencia como *La no permanencia de Juan en la empresa* debamos asumir que Juan ha estado previamente en la empresa. Por otra parte, vemos que el proceso de nominalización no trunca la estructura argumental del predicado, por lo que el especificador de *SR<sub>cc</sub>* sigue siendo, en el SD, el argumento más prominente, y se expresa, en consecuencia, como genitivo *de*-SD (v.g. *Juan permanece en la habitación* > *La permanencia de Juan en la habitación*).

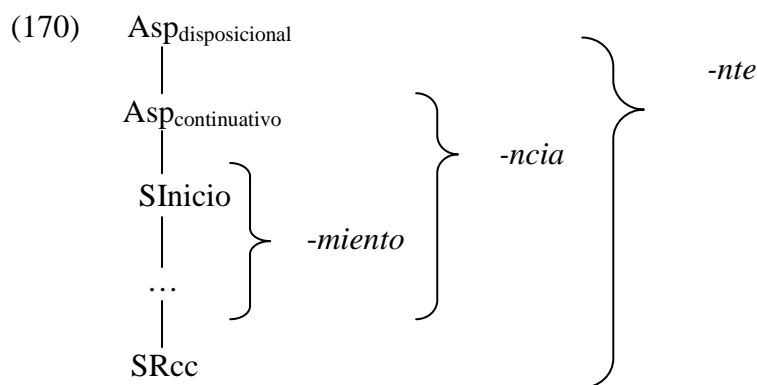
Hemos visto, en §5.4.2.3, que el proceso de nominalización intransitiviza la proyección verbal más externa (en el caso allí estudiado, *S<sub>inicio</sub>*). En términos estructurales, esto implica elidir la capa funcional en que se ensambla el argumento externo. Vemos, sin embargo, que un efecto similar no se presenta en (169). De este modo, el proceso de nominalización no afecta a la estructura argumental en cuanto tal, sino solo a la posición argumental que se aloja en la posición de especificador de la

---

en la nominalización por un proceso de acomodación morfofonológica. Nótese que, normalmente, *-ec-* porta un valor incoativo: *florecer* ‘pasar a estar en flor’, *encanecer* ‘pasar a tener canas’, *enmudecer* ‘pasar a estar mudo’. En estos casos el afijo no se pierde en la nominalización: *floreCIMIENTO*, *encanecIMIENTO*, *enmudeCIMIENTO*, lo cual se condice con que tales nominalizaciones, que toman un afijo compatible con eventos (*-miento*), exhiban un valor incoativo activo (v.g. *El progresivo encanecimiento de mi madre*). Otros casos donde el predicado verbal no mantiene el valor incoativo pierden igualmente el afijo, como sucede en *pertenecer*, cuya nominalización es *pertenencia* y no *\*pertenecencia*. Es interesante notar que tanto en *permanencia* como en *pertenencia* el sufijo nominalizador es *-ncia*, que, según hemos comentado en §5.4.2.4, selecciona predicados estativos. De todas maneras, el motivo de por qué un afijo *-ec-* aspectualmente inactivo es tolerado en el dominio verbal pero no en el nominal constituye una pregunta abierta que debemos postergar para futuras investigaciones. El dominio adjetival presenta, a este respecto, una conducta mixta, ya que encontramos tanto *perteneciente*, que conserva *-ec-*, y que contrasta con *pertinente*, que carece de *-ec-* y que se ha especializado semánticamente; como *permanente*, en que *-ec-* se elide en todo contexto.

proyección con la que el afijo busca combinarse. Esto sugiere que el ensamble de un afijo nominalizador impone una condición de adyacencia entre el núcleo nominal y el núcleo verbal que soporta la interpretación aspectual del predicado (v.g. entre *-miento* e Inicio° en *conocimiento*). Dado que Asp<sub>continuativo</sub> es, en (169), la proyección funcional más externa, el ensamble de *-ncia* no tiene consecuencias para la disposición de la red argumental del predicado, toda vez que en [Espec, SAsp<sub>cont</sub>] no se aloja ningún argumento.

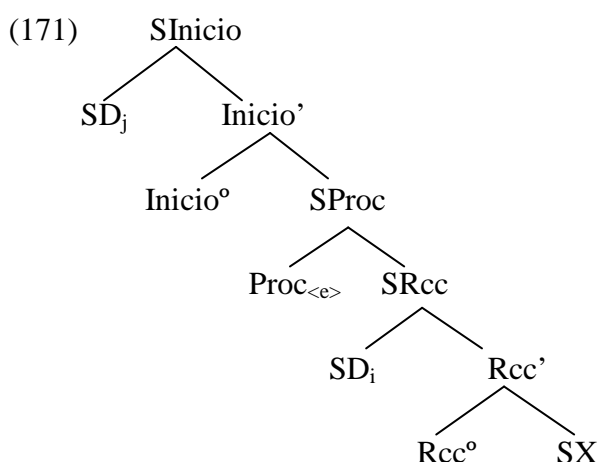
Otro aspecto importante de la estructura de (169) es que nos obliga a revisar el dominio sintáctico en el que es posible efectuar un proceso de nominalización. Cano y Jaque (2011, 2012, 2013) proponían que *-ncia* solo podía tomar estados pertenecientes al dominio del Sv, pero no estados formados mediante una proyección de aspecto externo, como sí puede hacerlo *-nte* (v.g. *cortante* ‘que puede cortar’, pero no \**cortancia*). Sin embargo, si *permanencia* capta el Aspecto Continuativo, entonces *-ncia* debe acceder a un nivel exterior al Sv. Dicha posibilidad contrasta con otros sufijos nominalizadores. Así, hemos visto que *seguimiento* no puede tomar el valor existencial continuativo de *seguir*, sino solo la variante eventiva agentiva de dicho predicado. Esto sugiere, pues, que *-miento*, a diferencia de *-ncia*, no puede aplicarse en el nivel del Aspecto Continuativo ni, posiblemente, en el aspecto externo en general. Como la generalización según la cual *-ncia* no puede tomar lecturas disposicionales sigue siendo válida (v.g. \**cortancia*, \**hidratancia*, \**contaminancia*), obtenemos una imagen global más detallada de los diferentes dominios en los que pueden operar los distintos sufijos:



Así, *-miento* está restringido a bases específicamente verbales (sean eventivas, como *florecimiento*, o estativas, como *conocimiento*), cuyo correlato sintáctico es SInicio y SProceso. Por otra parte, *-ncia* puede tomar elementos verbales estativos (*tenencia*, *creencia*), pero también predicados dominados por Aspecto Continuativo (*permanencia*, *persistencia*, *subsistencia*). Finalmente, *-nte*, que forma adjetivos, se presenta como el sufijo de más libre aplicación, por cuanto puede tomar estructuras relacionales no verbales (*faltante*), bases específicamente verbales (*creyente*), estados dominados por Aspecto Continuativo (*permanente*) y eventos dominados por Aspecto Disposicional (*contaminante*, *hidratante*, *cortante*).

## 5.5. Nominalizaciones de verbos con alternancia estado-evento

En este apartado revisaremos los nombres estativos relacionados con predicados que manifiestan algún tipo de alternancia entre valores eventivos o dinámicos y valores estativos. En particular, según hemos expuesto en §4, se trata de predicados que expresan una relación causativa estativa. En su representación sintáctica, estos predicados incluyen una proyección SProc que mantiene con un SRcc una relación de coextensión temporal, la cual, en FL, se interpreta como el mantenimiento de un estado en una entidad (§2.7.2). La proyección SProceso introduce una variable eventiva, cuya huella temporal es válida en intervalos. Su combinación con SRcc da como resultado un estado con extensión temporal intrínseca (un estado de intervalo o davidsonianiano). La representación general de esta clase de verbos se ilustra a continuación:



A partir de esta configuración, hemos identificado dos tipos de alternancia. Por una parte, los verbos como *bloquear*, *tapar* o  *cubrir* (pertenecientes a la llamada alternancia instrumental, cf. Rothmayr 2009) alternan entre un estado de intervalo causativo y un evento de cambio de estado. En la primera variante, SProceso toma como complemento un SRcc; en la segunda, un sintagma relacional de coincidencia terminal (SRct) (que puede, a su vez, tomar como complemento un SRcc que se interpretará como estado resultante).

(172) a. Juan bloqueó la entrada con una mesa.

[SInicio *Juan* [SProc Proc<e> [SRCT RCT [SRcc *la entrada* [RCC (con) *una mesa*]]]]]

b. La mesa bloquea la entrada.

[SInicio *La mesa* [SProc Proc<e> [SRcc *la entrada* [RCC <la mesa>]]]

Por otra parte, los verbos psicológicos de experimentante objeto (VPEO) manifiestan una alternancia que se correlaciona con el caso en el que se expresa el experimentante. Así, cuando el experimentante toma caso acusativo, obtenemos una estructura con

SProceso (estado de intervalo o davidsoniano), mientras que, cuando se codifica en dativo, la estructura corresponde a un SRcc (estado puro):<sup>204</sup>

- (173) a. Juan preocupa a María (La preocupa)  
 [SInicio *Juan* [SProc Proc<sub><e></sub> [SRcc *María*<sub>EXP</sub> [R<sub>CC</sub> <*Juan*>]]]]]  
 b. A María le preocupa Juan  
 [SV V [SRcc *María*<sub>EXP</sub> [R<sub>CC</sub> *Juan*]]]

Así, ambas alternancias toman como punto de partida la estructura de (171). Sin embargo, los verbos de alternancia instrumental modifican el valor de coincidencia del núcleo relacional en posición baja, mientras que los VPEO reducen la estructura inicial para obtener un estado puro. Nótese que el grado máximo de estatividad que alcanzan los verbos de alternancia instrumental corresponde al de un estado de intervalo o davidsoniano (es decir, un estado puro al que se añade duración intrínseca mediante una variable eventiva), a diferencia de los VPEO, que pueden manifestarse como estados puros y que, en cambio, no alcanzan normalmente el grado de eventos dinámicos. Empíricamente, estos contrastes pueden apreciarse en que, a partir del valor estativo causativo representado en (171), tanto los verbos de alternancia instrumental como los VPEO (de acusativo) rechazan el adverbio *lentamente* (como el resto de los predicados estativos) y rechazan las lecturas modales epistémicas (como los predicados válidos en intervalo):

- (174) a. La mesa bloqueará la entrada. (solo lectura de futuro)  
 b. \*La mesa bloqueó la entrada lentamente durante horas.  
 (175) a. Juan preocupará a María. (La preocupará.) (solo lectura de futuro)  
 b. \*Juan preocupa a María lentamente.

Sin embargo, al introducir una lectura de cambio de estado en los verbos de alternancia instrumental, y codificar el experimentante en dativo, en los VPEO, la conducta sintáctica de los predicados se bifurca en direcciones previsibles. Ahora, los verbos de alternancia instrumental, además de continuar rechazando la lectura modal epistémica (176a), admiten el adverbio *lentamente* (176b). En cambio, los VPEO (de dativo), además de continuar rechazando el adverbio *lentamente* (177b), admiten las lecturas modales epistémicas (177a):

- (176) a. Juan bloqueará la entrada (con una mesa). (solo lectura de futuro)  
 b. Juan bloqueó la entrada lentamente (con una mesa).  
 (177) a. A María le preocupará Juan. (lectura modal epistémica disponible)  
 b. \*A María le preocupa Juan lentamente.

Como puede advertirse, los VPEO que pueden cambiar la codificación sintáctica del experimentante se comportan, cuando toman dativo, como estados de nivel 1. De hecho,

<sup>204</sup> Los contrastes asociados a los VPEO presuponen un sistema pronominal en que *lo* codifica siempre acusativo y *le* siempre dativo. Así, para los juicios de gramaticalidad aquí recogidos, tanto \**La dijo* como \**Le golpea* deben ser considerados “agramaticales”. Con todo, somos conscientes de que el sistema pronominal español está sujeto a una fuerte variación dialectal, factor que debe ser tomado en cuenta a la hora de valorar las correlaciones resumidas aquí y analizadas con más detalles en §4.2.

de acuerdo con (173b), su estructura es precisamente esta. Dicha coincidencia es deseable, toda vez que los predicados psicológicos de nivel 1 que no manifiestan alternancia se comportan exactamente como los VPEO alternantes en su variante estativa pura. Así, un verbo como *gustar* codifica su experimentante siempre en dativo y manifiesta propiedades aspectuales que replican las ejemplificadas en (177):

- (178) a. A Juan le gustará la tortilla. (lectura modal epistémica disponible)  
 b. \*A Juan le gusta la tortilla lentamente.

Sin embargo, los VPEO alternantes difieren de los VPEO de dativo no alternantes en que aquellos pueden manifestar morfología deverbal, a diferencia de estos, que, como estados de nivel 1, se expresan nominalmente como unidades léxicas no derivadas. Discutiremos esta diferencia con detalle en los subapartados siguientes.

Los nombres de los que nos ocuparemos en este apartado se listan, junto a los predicados verbales con que se relacionan, en la tabla 7:

	Verbo	Nombre
Alternancia instrumental	<i>bloquear</i>	<i>bloqueo</i>
	<i>tapar</i>	*
	<i>cubrir</i>	<i>cubrimiento</i>
	<i>obstruir</i>	<i>obstrucción</i>
Psicológicos	<i>preocupar</i>	<i>preocupación</i>
	<i>molestar</i>	<i>molestia</i>
	<i>aburrir</i>	<i>aburrimiento</i>
	<i>entretener</i>	<i>entretención</i>
	<i>humillar</i>	<i>humillación</i>

Tabla 7. Nombres asociados a verbos alternantes

En este apartado propondremos lo siguiente. En el caso de las nominalizaciones deverbales (*preocupación, indignación, cubrimiento*), existe un proceso de cambio categorial desde proyecciones específicamente verbales a nombres. En particular, la estructura tomada como complemento por la proyección nominalizadora (cuyo exponente es *-ción* o *-miento*) incluye una proyección SProc, que introduce un argumento eventivo. Así, veremos que su conducta aspectual difiere de la de los nombres de estado puro hasta aquí examinados (*falta, sobra, tenencia, conocimiento*). Para respaldar esta idea, introduciremos, en §5.5.2, tres nuevos contextos que distinguen entre nombres con o sin argumento eventivo: admisión del plural, ambigüedad entre lectura factiva y de manera y, por último, admisión de ciertos contextos modales. Por otra parte, examinaremos igualmente la estructura aspectual que puede atribuirse a los nombres no derivados pertenecientes a este grupo. A este respecto, no existe una predicción que se cumpla de modo uniforme para todos los nombres no derivados, debido a la propia naturaleza del léxico. Así, veremos que las unidades léxicas pueden almacenar uno o varios rasgos sintácticos, lo que determina que puedan captar más o menos estructura aspectual. De este modo, algunos nombres, que contienen propiamente proyecciones de tipo verbal, se comportan como las nominalizaciones deverbales e

incluyen, así, SProc. Este es el caso de *bloqueo*. Por otra parte, existen nombres estructuralmente más “pequeños” que el verbo. En este grupo, distinguiremos entre aquellos nombres que lexicalizan una estructura predicativa no verbal, y que se comportan, así, como nombres de estado de nivel 1 (v.g. *interés*); y aquellos que corresponden a nombres simples, relacionados solo conceptualmente con el predicado verbal (v.g. *pena*, *molestia*, *cabreo*) y carentes, en consecuencia, de las propiedades gramaticales que los nombres “más grandes” exhiben. Esta última clase es análoga, así, a la de los nombres de evento simple distinguida por Grimshaw (1990), aunque denoten, no eventos, sino estados.

A continuación, aplicaremos las pruebas aspectuales expuestas en §5.3, para comprobar qué valores denotan los nombres mencionados. Luego, presentaremos cómo se expresa la estructura argumental de estos predicados en el dominio nominal. Finalmente, proporcionaremos una representación morfosintáctica que permita dar cuenta de las propiedades gramaticales aisladas en los subapartados anteriores.

#### 5.5.1. Caracterización aspectual

Veamos la conducta de los nombres en combinación con predicados que seleccionan eventos o entidades con un desarrollo temporal interno (*tener lugar* y *verse interrumpido*):

- (179) a. #El bloqueo de la entrada tuvo lugar ayer.
- b. #El bloqueo de la entrada se vio interrumpido.
- (180) a. \*La preocupación de María por la economía tuvo lugar ayer.
- b. \*La preocupación de María por la economía se vio interrumpida.

El nombre *bloqueo* es admitido tanto por *tener lugar* como por *verse interrumpido*. Sin embargo, en estos casos se trata de la lectura eventiva dinámica del predicado, y no de la situación estativa en la que una entidad permanece bloqueada por la presencia de otra. Así, (179a) solo es gramatical si el SD en posición de sujeto denota una evento de cambio de estado en que la entrada pasó a estar bloqueada. De modo similar, (179b) es aceptable bajo la interpretación de que dicho cambio de estado no llegó a su punto final, es decir, que la entrada no pasó a estar (completamente) bloqueada. En contraste, los dos contextos resultan agramaticales en el caso de *preocupación*. Este resultado es esperable, si recordamos que los VPEO, en su gran mayoría, no admiten lecturas eventivas dinámicas.

Una excepción a este patrón estaría representada, justamente, por aquellos predicados que, de acuerdo con Marín (2012), poseen un valor eventivo dinámico excluyente, tales como *humillar* y *seducir*:

- (181) a. La humillación de Pedro tuvo lugar esta mañana
- [Marín 2012: (79a)]
- b. Su humillación se ha visto interrumpida.
- [Marín 2012: (81b)]



De acuerdo con (181a), Juan pasó a estar humillado la noche anterior, mientras que, según (181b), Juan no llegó a estar humillado, puesto que este proceso fue interrumpido.

En cambio, todos los predicados en que falta un cambio interno (*bloqueo*, *preocupación*, *aburrimiento*) admiten con naturalidad predicados que captan la extensión temporal del estado:

- (182) a. El bloqueo de la entrada {ha seguido/ha continuado/terminó}.
- b. La preocupación de Juan por la economía {ha seguido/ha continuado/terminó}.
- c. El aburrimiento de Juan con la película duró las dos horas.

Pasemos ahora a revisar cómo se comportan estos nombres ante los modificadores internos al SD. Comenzaremos por los adjetivos de manera *rápido* y *lento*:

- (183) a. #El {rápido/lento} bloqueo de la entrada
- b. \*La {rápida/lenta} preocupación de Juan por la economía
- (184) La {rápida/lenta} humillación de Juan

El caso de los predicados de alternancia instrumental merece, nuevamente, cierto detenimiento. Así, el ejemplo (183a) es admisible bajo una lectura eventiva del predicado, según la cual el proceso de bloquear la entrada se desarrolla con mayor o menor velocidad. Sin embargo, si el SD denota una situación en que, simplemente, hay un objeto inmóvil frente a la entrada, entonces los adjetivos *rápido* o *lento* conducen a un resultado agramatical. El rechazo de tales modificadores es más claro en el caso de *preocupación* (183b), que no admite una lectura eventiva o de proceso. Si comparamos esta conducta frente al resultado que ofrece *humillación*, que acepta sin problemas tanto *rápida* como *lenta*, concluimos que el rechazo de estos modificadores depende, efectivamente, de la presencia o ausencia de cambio interno.

Consideremos ahora los modificadores locativos:

- (185) a. ?El bloqueo de la entrada en el edificio
  - b. ?La preocupación de Juan por el trabajo en su oficina
  - c. #El aburrimiento de Juan con la naturaleza en la escuela
- [Fábregas y Marín 2012b: (14a)]
- (186) La humillación de Juan en plena calle

El locativo *en el edificio*, en (185a), es plenamente aceptable bajo una lectura eventiva dinámica de *bloqueo*, aunque su aceptabilidad desciende bajo la lectura estativa. El rechazo de estos modificadores tampoco es claro en el caso de (185b) y (185c), nombres asociados con VPEO que carecen de lectura eventiva dinámica y que, si bien de modo marginal, admiten SSPP locativos. Para Fábregas y Marín (2012b: 8), de quien hemos tomado en el ejemplo (185c), el SP *en la escuela* no localiza una eventualidad, sino que

expresa una condición según la cual *naturaleza* debe entenderse de un modo y no de otro: desde el punto de vista escolar, la naturaleza constituye un tópico científico. Sin embargo, si sustituyéramos *en la escuela* por *en el parque*, habríamos de reinterpretar *naturaleza* como objeto de ocio (Íbid.). De acuerdo con los autores, estos usos de frases locativas no corresponden, pues, a verdaderas localizaciones de un argumento de eventualidad, sino a marcos en los que podemos interpretar la situación denotada por el SD. Por otra parte, tales usos contrastan con el de (186), en el que *en la calle* sitúa, efectivamente, el lugar donde ha tenido lugar la humillación de Juan.

Veamos ahora el modificador *en curso*:

- (187) a. El bloqueo en curso {de la entrada/de las negociaciones}
- b. ¿La preocupación en curso de la gente por la economía
- (188) La humillación en curso de Juan

El nominal *bloqueo* parece admitir sin problemas el modificador *en curso* (187a). Resulta de particular interés que no necesitemos un contexto dinámico para tornar (187a) aceptable. Sobre todo con un complemento como *las negociaciones*, podemos imaginar un contexto donde existe una entidad o un factor cuya simple permanencia impide que se modifique el estado de cosas actual. El modificador *en curso* no hace más que indicar que, conforme avanza el tiempo, las negociaciones o la entrada siguen bloqueadas. Aunque menos aceptable, el ejemplo (187b) obedece al mismo patrón. El estado de preocupación de la gente se mantiene vigente a lo largo del tiempo. Bajo este contexto, pues, la distancia entre un predicado eventivo dinámico como *humillación* (188) y los predicados estativos revisados se reduce.

Este resultado es esperable si, como hemos adelantado en §5.3.2.3, el modificador *en curso* puede considerarse como un análogo semántico de la forma progresiva en el dominio nominal. Según hemos visto en §4, los predicados alternantes incluyen, en su configuración básica, un SProc, que satisface el requisito estructural de validez en intervalos impuesto por el Aspecto Progresivo. De este modo, si la nominalización capta la proyección SProceso, la combinación con *en curso* es posible. En contraste, hemos visto que los estados de nivel 1 rechazan *en curso* (§5.4.1.1) aunque admiten la forma progresiva (§3.2), resultado que, asimismo, es esperable si la proyección introductora de la variable eventiva (SProc) es, en el caso de los estados de nivel 1, contextualmente adquirida en la sintaxis, y no forma parte de la configuración básica que el predicado lexicaliza. Dicha situación puede esquematizarse del modo siguiente (donde el fragmento de estructura subrayado corresponde a la configuración lexicalizada por el predicado):

- (189) a. *Esta faltando dinero en los bancos*  
[Asp<sub>prog</sub> [SProc<sub><e></sub> [SRcc]]]  
b. \**La falta de dinero en curso en los bancos*  
\**[en curso [N [SRcc]]]*
- (190) a. *La crisis está bloqueando las negociaciones*

[Asp<sub>prog</sub> [SProc<sub><e></sub> [SRcc]]]

b. *El bloqueo en curso de las negociaciones*

[*en curso* [N [SProc<sub><e></sub> [SRcc]]]]

Por último, revisemos la conducta de estos nombres frente a la modificación temporal interna al SD:

(191) a. El bloqueo de la entrada durante las horas de la mañana

b. La preocupación de Juan por la economía este último tiempo

De acuerdo con el patrón de los nombres de estado, tanto los nombres de alternancia instrumental (191a) como los nombres asociados a VPEO (191b) admiten modificadores temporales.

En conclusión, vemos que los nombres asociados a verbos alternantes se comportan como estados. Sin embargo, a diferencia de lo que sucedía en el análisis de las clases de predicados anteriores, los predicados de base nos ofrecen dos grados de estatividad distintos: estados puros (VPEO de dativo) y estados de intervalo (variantes causativas de VPEO y verbos de alternancia instrumental). Por lo tanto, debemos indagar ahora qué estructura específica es la que captan estos nombres, si la de un estado puro o la de un estado davidsoniano, que incluye un argumento eventivo en su estructura. A este respecto, las pruebas aplicadas no nos proporcionan una respuesta concluyente, por lo que introduciremos a continuación algunos contextos adicionales que nos permitan dirimir la estructura contenida en estos nombres de forma más clara. Ya hemos visto que el rechazo de modificadores locativos es menos decisivo que en otros nombres de estado. Así mismo, hemos visto que el modificador *en curso* es aceptable con algunos nombres provenientes de verbos alternantes. Ambos hechos apuntan a que estos nombres poseen más estructura que un estado puro. En particular, veremos ahora tres nuevos contextos: la posibilidad de pluralizar el nombre, la ambigüedad entre lectura factiva/de manera y el uso de ciertos contextos modales. Estas tres pruebas tienen una orientación menos descriptiva que las anteriores, y buscan detectar si en la representación del nombre existe o no una variable eventiva. A partir de allí, determinaremos si existen bases empíricas para atribuir a su estructura un SProc. Distinguiremos entre nominalizaciones deverbales y nombres no derivados, puesto que los resultados para ambas clases son distintos y respaldan una distribución menos uniforme de las proyecciones verbales, cuestión que abordaremos en 5.5.4.2.

### 5.5.2. Pruebas aspectuales adicionales

#### a. Pluralización

Al considerar los contextos gramaticales empleados por Fábregas y Marín (2012b) para distinguir entre estados-K y estados-D en el dominio nominal, los datos parecen indicar que los nombres de VPEO son de tipo kimiano y no davidsoniano (cf. §5.2.4):

- (192) a. *Incompatibilidad con locativos*: \*Su preocupación bajo la cama  
 b. *Incompatibilidad con adjetivos de manera*: \*Su elegante preocupación  
 c. *Lectura de grado con el adjetivo reducido*: #Una preocupación reducida

Sin embargo, en Fábregas y Marín (2012a) encontramos un contexto adicional para determinar estatividad nominal que, en principio, puede considerarse independiente de la distinción entre estados-K y estados-D. Según los autores, solo los nombres eventivos pueden pluralizarse, mientras que los nombres de estado no pueden conservar, en plural, su interpretación aspectual y adoptan, en cambio, una lectura de objeto (cf. Haas et al. 2008, Barque et al. 2012, Marín 2013). Así se aprecia en los datos siguientes:

- (193) a. The many constructions of Constantinople across history  
 [Fábregas y Marín 2012a: (22b), cf. Varela 2010]  
 b. Dos roturas (\*de varias horas) / Una rotura de varias horas  
 c. Dos enfados (\*de varias horas) / Un enfado de varias horas

Como se observa en los ejemplos de (193b) y (193c), los nombres de estado (resultante en (193b)) deben recategorizarse como objetos en la forma plural. En el caso de los nombres de estado psicológico, esta interpretación no aspectual corresponde a la de uno de los participantes del predicado, ya sea el objeto hacia el cual se dirige una cierta emoción (*amores*), ya sea aquello que la motiva (*distracciones*) (Fábregas y Marín 2012a: 43). Desde un punto de vista teórico, la inadmisibilidad del plural en nombres de estado se seguiría del paralelo entre las nociones de contabilidad y delimitación (Bach 1976, Jackendoff 1990). Como los estados se caracterizan como entidades aspectuales no delimitadas, entonces tampoco pueden asumir un carácter contable una vez que su aspecto interactúa con el número (Fábregas y Marín, *ibid.*).

No obstante, si bien el caso de *rotura* (193b) parece suficientemente claro, el juicio de gramaticalidad de (193c) es algo más discutible. La interpretación de *dos enfados de varias horas* como una sucesión de dos estados cada uno de los cuales alcanza una extensión de dos horas resulta plausible. Si observamos la frecuencia con que los nombres de VPEO aparecen en plural, frente a otros predicados estativos, aparece un patrón más o menos claro. Así puede apreciarse en la siguiente tabla, que muestra los resultados arrojados por Google para diversos nombres en el contexto “los continuos N<sub>pl</sub>”:

	“los continuos N-s”
<i>preocupación</i>	150.000
<i>molestia</i>	136.000
<i>enfado</i>	1.560
<i>bloqueo</i>	120.000
<i>amor</i>	10
<i>odio</i>	3
<i>gusto</i>	4
<i>sobra</i>	0

Tabla 8. Ocurrencias de nombres de estado en plural (google.es)

Estos resultados ofrecen un indicio de que la pluralidad en nombres de estado derivados de predicados causativos (como los VPEO o los de alternancia instrumental) es admisible. La cifra correspondiente a *bloqueo* puede inducir a confusión, toda vez que el predicado de base admite, igualmente, una lectura eventiva, que puede ser la que se ha nominalizado en muchos de los casos encontrados por Google. En cambio, los nombres *preocupación*, *molestia* y *enfado* no poseen un carácter eventivo dinámico, de modo que los contextos encontrados deben corresponder, bien a lecturas de estado, bien a recategorizaciones de objeto. La presencia del adjetivo *continuo* restringe, no obstante, las posibles lecturas disponibles, favoreciendo una lectura aspectual. Así, si la lectura de objeto permitiera la alta frecuencia de formas de plural en los nombres de VPEO de acusativo, seguiría sin explicarse la baja frecuencia de formas de plural en el resto de los nombres de estado (*amor*, *odio*, *sobra*, etc.), que, según hemos visto, admiten igualmente lecturas de objeto. Así, en ausencia de un modificador como *continuo*, que restringe la lectura obtenida a una de tipo aspectual, estos nombres aceptan formas en plural con plena naturalidad, puesto que en este caso se tratará de lecturas de objeto, como Fábregas y Marín (2012a) predicen:<sup>205</sup>

- (194) a. Ana recordaba sus amores con afecto.  
 b. Debemos reducir los odios que sesgan la negociación.  
 c. Nadie quiere comerse las sobras.

De este modo, el contraste de mayor interés arrojado por la tabla 8 se da entre los nombres *preocupación*, *molestia* y *enfado*, por una parte, y los nombres *amor*, *odio*, *gusto* y *sobra*, por otro. Este segundo grupo de nombres corresponde, asimismo, a predicados estativos. Sin embargo, sabemos, siguiendo lo que hemos expuesto en §3.3 y §5.4.1, que tales predicados –estados de nivel 1– solo contienen un SRcc y que no lexicalizan propiamente un SProceso. Por lo tanto, denotan estados puros y no estados-D. Por otra parte, los VPEO de acusativo contienen, según la configuración verbal ofrecida al inicio de este subapartado, un SRcc, pero incluyen, además, un SProceso. De este modo, la diferencia cuantitativa que ofrece la tabla 8 puede remitirse a la presencia de una variable eventiva en los nombres asociados a VPEO.

La pluralización del nombre, por otra parte, no puede atribuirse a la distinción IL/SL, toda vez que hay estados de nivel 1 que pueden tener una lectura SL, pero que, aun así, rechazan la forma plural en la variante nominal. Es el caso, por ejemplo, de *falta*:

- (195) a. Cada vez que falta tu firma, no podemos acabar el trámite.  
 b. ??Las continuas faltas de tu firma impiden la finalización del trámite.

<sup>205</sup> La búsqueda de los nombres de estado puro en plural arroja una cantidad considerable si no se restringe la lectura aspectual mediante un adjetivo del tipo *continuo*. Así, nuevamente en Google, para “los amores” encontramos 677.000 casos; para “los odios”, 375.000; mientras que, para “los temores”, el resultado es de 530.000. Por lo tanto, la baja frecuencia de estos nombres en plural, ilustrada en la tabla 8, se relaciona efectivamente con el contenido aspectual del predicado.

Como se observa en (195a), *faltar* puede recibir cuantificación temporal en el dominio oracional, indicio de que posee una lectura de estado SL. No obstante, la forma plural del nombre *falta*, en (195b), es bastante marginal. De este modo, la lectura SL no es una condición suficiente de la aceptabilidad del plural, como parece serlo, en cambio, la presencia de un argumento davidsoniano.

Sin embargo, la aceptación de la forma plural no constituye una prueba concluyente de que los nombres en cuestión lexicalizan un SProc. En particular, los nombres de evento simple (*fiesta*, *guerra*, *ceremonia*) admiten el plural sin inconvenientes, aunque no posean, de acuerdo con la asunción tradicional (Grimshaw 1990, Picallo 1991, Alexiadou 2001, Fábregas 2013a), estructura verbal:

- (196) a. Las continuas guerras entre Francia y Alemania.
- b. Las continuas fiestas del departamento de Física.
- c. Las continuas ceremonias de premiación de economistas neoliberales.

Este hecho abre la interrogante sobre los nombres que, en la tabla 8, no presentan morfología deverbal (*molestia*, *enfado*, *bloqueo*), frente a los que sí la tienen (v.g. *preocupación*). En particular, los nombres de estado como *enfado* pueden bien admitir el plural como “nombres de estado simple”, frente a las nominalizaciones deverbales, como *preocupación*, que pueden manifestar esta propiedad a partir de su estructura, la cual, heredada del verbo, incluye un SProc. Pasaremos ahora a revisar los contextos restantes, que nos permiten delinear un patrón más claro al respecto. Mientras que las nominalizaciones deverbales toman la estructura aspectual del verbo (y su variable eventiva), los nombres no derivados se distribuyen entre aquellos que deben sus propiedades aspectuales a la herencia de material funcional verbal (como *bloqueo*) y aquellos que se relacionan con las eventualidades denotadas por el verbo solo de modo conceptual (como *pena*).

#### *b. Ambigüedad factivo/manera*

En el marco de la discusión sobre la existencia de un argumento davidsoniano en los predicados estativos, Katz (2000) menciona, como hemos comentado en §5.2.2, la disponibilidad de ciertas lecturas en una nominalización eventiva, que se encuentran ausentes en las de estado. En particular, mientras que las nominalizaciones eventivas son ambiguas entre una lectura factiva y otra de manera (Vendler 1967, Zucchi 1993), las nominalizaciones de estado solo dan una lectura factiva o, en ciertos casos, de grado:

- (197) a. La ejecución de la sonata por parte del pianista nos sorprendió a todos.
- b. El hecho de que el pianista ejecutara la sonata nos sorprendió a todos.

De acuerdo con Zucchi (1993), si contrastamos los ejemplos de (197), advertimos que (197a) es verdadero aun cuando todos supiésemos que el pianista ejecutaría la sonata en cuestión. En cambio, (197b) es necesariamente falsa en este contexto: los oyentes deben desconocer que el pianista ejecutaría la sonata. Dicha diferencia estriba en que en (197a) encontramos un evento que puede realizarse de distintas maneras. Así, puede

sorprendernos la manera en que se ejecutó la sonata, aun cuando conociéramos el resto de las circunstancias.

Katz (2000) adapta este mismo argumento para probar que las nominalizaciones de estado carecen de un argumento davidsoniano. Así, si la ambigüedad de (197b) se reproduce de algún modo en las nominalizaciones de estado, esto contará como evidencia de que hay un argumento subyacente en la representación de los estados (Katz 2000: (15)):

- (198) a. Tina's ownership of the house bothered Jeff.
- b. John's belief in the free-market capitalism bothered Mary.
- c. Richard's knowledge of French delighted his girlfriend.

En general, el resultado favorece la conclusión de que no hay un argumento subyacente. Es decir, (198a) significa únicamente que el hecho de que Tina posea una casa molesta a Jeff, y no disponemos de una lectura alternativa de manera. Lo mismo puede decirse de (198b). Sin embargo, de acuerdo con Katz, (198c) sí tiene una lectura alternativa, pero de grado ('el buen nivel de francés de Richard agradó a su novia (aunque es posible que ella ya supiera que Richard sabía francés)'). Sin embargo, Katz cree que esta ambigüedad no es un argumento a favor de la perspectiva neo-davidsoniana, puesto que puede atribuirse al contenido léxico específico de un nombre como *knowledge*. No hay una ambigüedad sistemática entre hecho y grado en el dominio estativo como sí hay una ambigüedad sistemática entre hecho y manera en el dominio eventivo. Además, nombres que, según Katz, no denotan directamente predicados también ofrecen una lectura de grado, como *beauty* (v.g. *Her beauty was surprising*).<sup>206</sup>

Tomando en consideración esta propuesta, puede argüirse que los predicados que admitan grado en el dominio verbal darán lugar a una lectura de grado en el dominio nominal. Así, los verbos estativos que son gramaticales con *un poco* (en lectura de grado) serían de esta clase:

- (199) a. \*Juan tiene dinero un poco.
- b. La tenencia de dinero por parte de Juan impresionó al juez. (lectura de grado no disponible)
- (200) a. A Juan le gusta la tortilla un poco.
- b. El gusto de Juan por la tortilla nos sorprendió. (lectura de grado disponible)

Por lo tanto, la distribución de las lecturas de manera y de grado permite adoptar las siguientes expectativas. Las nominalizaciones de estado davidsoniano darán lugar a

---

<sup>206</sup> Como hemos discutido en §5.2.2, Katz concluye, a partir de datos como los presentados, que los nombres de estado tienen necesariamente una lectura factiva/proposicional. En este capítulo hemos adoptado la idea de que existe una lectura propiamente estativa, al margen de la lectura de evento, que no coincide con la lectura factiva. Así, hemos mencionado que los SD encabezados por *El hecho de que* no poseen la misma distribución que los nombres de estado. Solo estos últimos pueden ser sujetos de predicados que denoten extensión temporal: *La falta de comida ha durado mucho*/?*El hecho de que falte comida ha durado mucho*. Dicho contraste obedece a que, siguiendo a Maienborn (2003, 2005), mientras que los hechos están ligados a un mundo, solo los estados están ligados además a un tiempo.

lecturas de manera, mientras que las nominalizaciones de estado puro no, aunque puedan dar lugar a lecturas de grado, siempre y cuando la variante verbal admita el modificador *un poco* con esta lectura. En términos estructurales, si la lectura de manera es aceptada, entonces podemos atribuir un SProc (introdutor del argumento davidsoniano) a la nominalización. En caso contrario, tendremos un SRcc. Esto nos permitirá conocer el tamaño estructural de las nominalizaciones de verbos alternantes entre estado causativo davidsoniano y estado puro.

Veamos lo que sucede con las nominalizaciones deverbales de VPEO:

- (201) a. La preocupación de Juan por su madre impresionó al juez.  
b. La indignación de la población por la corrupción impresionó a la prensa.  
c. El aburrimiento de los niños con la película sorprendió a la profesora.

Según se aprecia en los datos de (201), las nominalizaciones *preocupación*, *indignación* y *aburrimiento* admiten una lectura de manera. Es decir, no necesitamos suponer que los estados respectivos eran conocidos por el juez, la prensa o la profesora para que las oraciones sean verdaderas. Adicionalmente, la lectura alternativa que los SSDD de (201) manifiestan no puede reducirse a una lectura de grado. Si bien los predicados verbales correspondientes admiten el modificador *un poco* con lectura de grado (v.g. *A Juan le preocupa un poco su madre*), las oraciones de (201) pueden ser verdaderas en un contexto en el que no es el grado en que cierta propiedad se manifiesta lo que causa impresión, sino el modo en que dicha propiedad se manifiesta (v.g. Juan ha viajado desde otro país para visitar a su madre, la gente se ha organizado para salir a la calle, los niños emiten chillidos de angustia).

Un resultado similar se obtiene al emplear un nombre como *bloqueo*, que no presenta morfología deverbal:

- (202) El (prolongado) bloqueo de la salida sorprendió a los asistentes.

Así, el bloqueo de la salida puede ser un hecho conocido por los asistentes, y aun así resultarles sorprendente por su duración (es decir, por cómo se ha manifestado ese bloqueo en el tiempo).

La lectura factiva es difícil de suprimir, sin embargo, en nombres no deverbales asociados con VPEO, de lo cual ofrecemos algunos ejemplos a continuación:

- (203) a. El agobio de Juan impresionó a su novia.  
b. La molestia de Juan por lo sucedido sorprendió al jefe.  
c. El enfado de Juan por la burocracia sorprendió a la secretaria.  
d. El mosqueo de Juan sorprendió a sus amigos.  
e. La pena de Juan por lo sucedido sorprendió a sus amigos.  
f. El susto de Juan ante la película sorprendió a sus amigos.



Como veremos con mayor detalles en §5.5.4.2, la representación estructural de los nombres ejemplificados en (203) no contiene las proyecciones verbales asociadas al verbo de estado davidsoniado con el que pueden relacionarse conceptualmente, a diferencia de lo que sucede con los nombres deverbales (*preocupación, aburrimiento, indignación*).

c. *Contextos modales*

Zucchi (1993) discute otro contexto que se dirige, igualmente, a la identificación de una variable eventiva en las nominalizaciones, en el marco de la discusión de la teoría de Kim (1976). Kim planteaba que los eventos podían reducirse a un trío ordenado compuesto por un tiempo, una propiedad y una entidad o conjunto de entidades participantes. Para dicho autor, un evento consistía en la *ejemplificación temporal de una propiedad en una entidad*, definición que posteriormente Maienborn (2005) restringe a ciertos estados (llamados, por ello, kimianos). Para Kim, por lo tanto, no hay una entidad extra que, en la representación semántica de un predicado, cuente como el evento; este se descompone en los elementos ontológicamente más básicos del trío ordenado. La principal crítica que esta postura ha recibido, como se discute en Zucchi (1993), radica en que, si se considera que el trío de tiempo, propiedad y entidad *agota* ontológicamente un evento, entonces no se explica la gramaticalidad de ciertos contextos modales en que podemos referirnos al “evento” sin conservar ni el tiempo, ni la propiedad, ni la entidad. Así, consideremos los ejemplos de (204):

- (204) a. La destrucción de la ciudad pudo suceder dos días antes.
- b. La destrucción de la ciudad pudo haber sido un exterminio.
- c. La destrucción de la ciudad pudo ser del país entero.

En los ejemplos de (204), se presenta una serie de contextos modales que relacionan el evento actual con variaciones en el tiempo (204a), en la propiedad identificadora del evento (204b) o en la entidad involucrada (204c). Para Zucchi (1993), quien sigue observaciones de Lewis (1983), estos contextos solo son posibles si introducimos una entidad extra, el evento mismo, en la representación semántica de los SSDD de (204). En cambio, si, como pide Kim, reducimos un evento al conjunto de tiempo, propiedad y entidad, las oraciones de (204) serían contrasentidos, puesto que un evento no sería más que estos elementos definitorios inherentes. Contar con un argumento eventivo nos permite modificar todos estos elementos sin perder la coherencia semántica: el evento pudo acontecer en otro tiempo, afectar a otra entidad e incluso no ser caracterizado por el predicado empleado (es decir, podría no haber consistido siquiera en una “destrucción”, sino un “exterminio”, y ser todavía el mismo evento).

Así, podemos usar ejemplos como los de (204) para determinar si los nombres relacionados con verbos alternantes contienen o no una variable eventiva y, consecuentemente, determinar si lexicalizan o no SProc. En concreto, en sintonía con el test anterior, esperamos que las nominalizaciones de estados davidsonianos admitan contextos modales, mientras que las nominalizaciones de estados puros los rechacen. Si

observamos nombres de estado puro como los que ya hemos estudiado en apartados anteriores, esta predicción parece cumplirse, tanto en estados de nivel 1 (205) como en estados de nivel 2 (206):

- (205) a. ??El gusto de Juan por la tortilla pudo darse durante su infancia.
- b. ??La falta de recursos pudo darse el año anterior.
- (206) a. ??La tenencia de armas pudo darse durante las protestas.
- b. ??Su conocimiento de la química pudo darse durante el bachillerato.

Veamos cómo se comportan en este contexto las nominalizaciones deverbales de VPEO:

- (207) a. La preocupación de Juan pudo darse unos días antes.
- b. La indignación de la población pudo darse el año anterior.
- c. El aburrimiento de los niños pudo darse durante la clase.

Como se observa en los ejemplos de (207), las nominalizaciones deverbales *preocupación*, *indignación* y *aburrimiento* toleran contextos modales orientados al tiempo, en contraste con los nombres de estado puro de (205) y (206). Este es el caso, una vez más, de *bloqueo*, en cuyo SD el adjetivo *prolongado* restringe la lectura del nombre a la variante estativa del predicado:

- (208) El (prolongado) bloqueo de la salida pudo darse unas horas atrás.

Sin embargo, los resultados son menos claros en el caso de los nombres no derivados de VPEO:

- (209) a. ??El agobio de Juan pudo darse antes de la boda.
- b. ??La molestia de Juan pudo darse un poco después.
- c. ??El enfado de Juan pudo darse ayer.
- d. ?El mosqueo de Juan pudo darse en otro momento.
- e. ??La pena de Juan pudo darse durante las vacaciones.
- f. ??El susto de Juan pudo darse cinco minutos después.

Aunque no encontramos secuencias claramente agramaticales, la aceptabilidad de los contextos modales en el caso de estos nombres es baja, replicando, así, los resultados que exhiben los nombres de estado puro en (205) y (206).

A continuación, presentamos una tabla de síntesis de los principales resultados de las pruebas aplicadas en este subapartado. Distinguimos entre nombres derivados y nombres sin morfología verbal; entre estos últimos, se establecen distinciones empíricas que encontrarán su correlato estructural en la representación ofrecida en §5.5.4.2.

	Nominalizaciones deverbales ( <i>preocupación</i> )	Nombres sin morfología deverbal	
		<i>bloqueo</i>	<i>molestia</i>
<i>tener lugar</i>	-	-	-
<i>empezar/seguir</i>	+	+	+
<i>rápido/lento</i>	-	-	-
Locativos	?	?	-
<i>En curso</i>	?	+	-
Modificación temporal	+	+	-
Pluralización	+	+	+
Factivo/manera	+	+	-
Contextos modales	+	+	-

Tabla 9. Síntesis de las pruebas aspectuales adicionales

Los contextos revisados nos ofrecen el siguiente cuadro de variación léxica. Las nominalizaciones deverbales de estado davidsoniano, como *preocupación* o *indignación*, heredan la estructura aspectual de su verbo base, que incluye un SProc introductor de la variable eventiva. Esto da cuenta de que estos nombres puedan pluralizar, posean ambigüedad de lectura factiva/de manera y admitan contextos modales. Por otra parte, los nombres que no presentan morfología deverbal presentan una distribución menos previsible. En particular, observamos que algunos de ellos, como *bloqueo*, se comportan como *preocupación*, mientras que otros, como *molestia* o *pena*, se comportan como nombres de evento/estado simple. Estas posibilidades se deben, como veremos en §5.5.4.2, a que el tamaño estructural de las piezas léxicas puede variar y contener, así, más o menos proyecciones funcionales. Dicha variación no puede restringirse sobre un principio a priori, pero podemos determinar qué conducta gramatical es esperable dado un cierto tamaño estructural. A continuación, comentaremos la conducta de estos nombres, derivados y no derivados, frente a la expresión de la red argumental del predicado, que ofrece una fuente empírica adicional para distinguir las clases de nombres revisados.

### 5.5.3. Estructura argumental

En este subapartado revisaremos cómo se expresa la red argumental de los verbos estativos alternantes. En ambas clases de predicados, encontramos un SP-*de*, aunque el papel temático de este constituyente difiere de un grupo a otro. Por otra parte, el argumento externo tampoco tiene una distribución uniforme. Consideremos los siguientes datos:

- (210) a. El bloqueo de la entrada {por parte del policía/\*por parte de la mesa}
- b. La preocupación de Juan por la economía (\*por parte del gobierno)
- (211) La humillación de Juan (\*por su enorme nariz) por parte de Pedro

En los nombres de alternancia instrumental (210a), el SP-*de* denota el argumento interno del predicado, correspondiente al objeto directo oracional. No obstante, el SP-

*por parte de*, que expresa el argumento externo, solo es admisible bajo una lectura de agente.

La distribución sintáctica de la red argumental en el caso de los nombres de VPEO (210b) posee algunas similitudes con el patrón ejemplificado en (210a). El SP-*de* corresponde, temáticamente, al experimentante, aunque equivale, como en el caso de *bloqueo*, al objeto directo oracional. Junto a este complemento, el SD admite la introducción de un SP que denote el Tema (Target/Subject Matter, en la terminología de Pesetsky 1995). Así, *preocupación* toma dos argumentos, el experimentante, en forma de SP-*de*, y el Tema hacia el cual el estado psicológico de ese experimentante se dirige, en forma de un SP cuya preposición puede variar (cf. *el aburrimiento de Juan con las noticias*). Por otra parte, el ejemplo de (210a) nos muestra igualmente la inadmisibilidad del argumento externo Causa, cuestión que ya había sido observada en diversos trabajos (Grimshaw 1990, Pesetsky 1995, Fábregas y Marín 2012a, Fábregas, Marín & McNally 2012).

Finalmente, el ejemplo de (211), donde encontramos un nombre de VPEO eventivo, nos muestra una distribución inversa a la que veíamos en el caso de un nombre de VPEO estativo. Aquí, junto al SP-*de* que expresa el experimentante, no es posible introducir un SP que denote el Tema, pero sí un SP-*por parte de* que designe el argumento externo, en este caso un agente.

La situación de los nombres derivados de verbos de alternancia instrumental es, como mencionábamos en párrafos anteriores, paralela a la de los nombres de VPEO estativos. En ambos casos, el sujeto oracional no puede expresarse como adjunto en el SD. Nótese que, en el caso de los VPEO, el argumento externo puede coexistir con el Tema en la variante oracional del predicado (cf. Fábregas y Marín en prensa, a):

- (212) a. El gobierno preocupa a Juan por la economía  
b. Ese profesor me interesó por la Historia Antigua

Sin embargo, la expresión de los tres argumentos (Causa, Experimentante y Tema) se correlaciona con la lectura estativa davidsoniana, toda vez que la introducción de una causa no es compatible con una lectura estativa pura (cf. §4.2). En la variante de dativo de estos predicados, la Causa no se ensambla y es el Tema el argumento que asciende a la posición de sujeto (*La situación le preocupa (\*por el paro)*). Una distribución análoga es la que encontramos en el caso de los verbos de alternancia instrumental, que pueden expresar un tercer argumento en la variante eventiva. Dicho argumento (el medio) pasa a la posición de sujeto en la variante estativa causativa:

- (213) a. Juan bloqueó la entrada con una mesa  
b. La mesa bloquea la entrada

Aunque el causante de la variante estativa (213b) no puede expresarse como SP-*por parte de* (210a), puede ser admitido como SP introducido por una preposición análoga a la que introduce el medio en la variante eventiva dinámica (213a):

(214) El bloqueo de la entrada con una mesa

Esta distribución de la red argumental es análoga, pues, a la de los argumentos del nombre de VPEO (*el aburrimiento de Juan con la política*), al menos en lo que respecta a la categoría de los constituyentes. En términos del papel temático que se asigna a cada posición argumental, los SSPP que acompañan al nombre difieren. Mientras que interpretamos el SP-*de* de *bloqueo* como Tema, damos al mismo constituyente en el caso de *preocupación* el valor de Experimentante; análogamente, el SP-*{con/por}* se interpreta, en el caso de *bloqueo*, como Medio (cf. §4.1.3), y, en el de *preocupación*, como Tema o Target.

La omisión de la Causa es, en el caso de los nombres de alternancia instrumental, esperable, si se asume que el argumento en posición de Medio es el mismo constituyente que, en la variante no agentiva, ocupa el especificador de SInicio. En otras palabras, si podemos expresar el mismo constituyente tomando su posición baja, resulta innecesario volverlo a introducir como adjunto de acuerdo con su posición alta. En el caso de los VPEO, sin embargo, esta redundancia no tiene lugar, puesto que, como muestran los datos de (212), el argumento en posición de Target no siempre es correferente con el argumento en posición de Causa. De este modo, deben existir factores adicionales que impidan la realización del causante en el SD.

Nótese que, respecto de este problema, existen ciertas posibilidades que conviene descartar sobre la base de la evidencia disponible. La primera es que exista una restricción semántica sobre el papel temático introducido por el SP-*por parte de*, que imposibilite la introducción de causas frente a, por ejemplo, agentes. La segunda es que exista una restricción sintáctica sobre el número de argumentos que pueden aparecer en el SD: si solo pueden expresarse dos argumentos, y si tienen prioridad los argumentos más internos del predicado, entonces el argumento externo no tiene “espacio” estructural donde alojarse. La primera alternativa puede descartarse observando pares como los siguientes:

(215) a. El huracán destruyó la bahía.

b. La destrucción de la bahía por parte del huracán

(216) a. El huracán justificó la evacuación de la población.

b. \*La justificación de la evacuación por parte del huracán

De acuerdo con Alexiadou et al. (en prensa), quienes desarrollan la propuesta de Sichel (2010), existen ciertas restricciones sobre la expresión de argumentos externos en una nominalización. En su versión más fuerte, tales restricciones bloquean la aparición de argumentos que no denoten agentes (*Agent Exclusivity Effect*, Alexiadou et al. en prensa). Sin embargo, en español, los SSPP-*por parte de* poseen una restricción menos

fuerte. Estos constituyentes admiten cualquier argumento que tenga un efecto de *participación directa* sobre el predicado, lo cual excluye, así, causas indirectas o, en la terminología de Sichel (2010), *facilitadores*. Por lo tanto, un SSPP-*por parte de* puede introducir un SD Causa como *el huracán*, siempre y cuando este se conceptúe como una causa directa (215b) y no como una causa indirecta o facilitador (216b). Por lo tanto, si existe una restricción semántica sobre la introducción de argumentos en SSPP-*por parte de*, esta no impide la designación de Causas, por lo cual la omisión del argumento externo de los nombres de VPEO no puede achacarse a una razón de este tipo.

La segunda alternativa que hemos mencionado consiste en una restricción de tipo sintáctico sobre el número de argumentos que pueden expresarse en un SD. Dicha opción puede descartarse al observar otros nombres que se relacionan con predicados de más de dos argumentos, como se observa en los datos de (217):

- (217) a. Los padres compran regalos para sus hijos
- b. La compra de regalos para los hijos por parte de sus padres

En la variante nominal de *comprar*, en (217b), la introducción del argumento externo junto al Tema (*de regalos*) y el Destinatario (*para los hijos*) no redunda en la agramaticalidad de la secuencia. Por lo tanto, la ausencia de la Causa en los nombres de VPEO tampoco puede achacarse a una restricción sobre el número de argumentos admitido por el SD.

Una tercera vía de análisis para solucionar este problema consistiría en adoptar la hipótesis de Picallo (1991, 1999), según la cual las nominalizaciones de verbos psicológicos derivan de la variante reflexiva del predicado, en la que se ha cancelado semánticamente el argumento externo. Si esto es así, el SP-*por parte de* tampoco tendría, en el SD, una justificación conceptual, toda vez que el predicado base del que parte la nominalización no lleva asociado semánticamente un argumento externo. Los datos que inspiran esta propuesta corresponden a pares como los siguientes:

- (218) a. Juan se preocupa por su salud
- b. La preocupación de Juan por su salud
- (219) a. Juan se aburre con la poesía
- b. El aburrimiento de Juan con la poesía

Como se observa en los pares de (218) y (219), la preposición que introduce el Target en la nominalización (218b, 219b) coincide con la que lo introduce en la variante verbal reflexiva (218a, 219a). Sin embargo, este paralelismo no parece constituir una evidencia concluyente, como observan Fábregas, Marín y McNally (2012). Según estos autores, las preposiciones que introduce el Target en los ejemplos de (218) y (219) sirven de modo independiente para introducir elementos semánticos de esta clase, como puede apreciarse al observar la conducta de predicados que carecen de una variante reflexiva y que, aun así, emplean estas preposiciones para introducirlo. Así se aprecia en los ejemplos de (220):

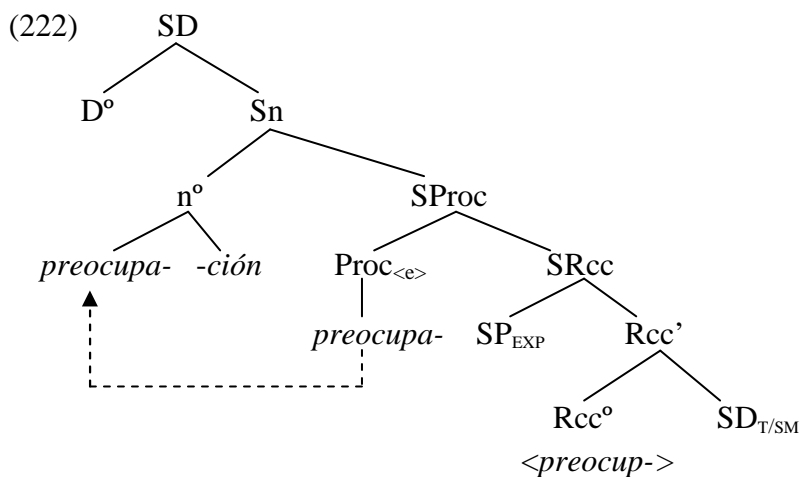
- (220) a. A Juan le gusta la tortilla  
 b. \*Juan se gusta por la tortilla  
 c. El gusto de Juan por la tortilla
- (221) a. Juan ama a su madre  
 b. \*Juan se ama a su madre  
 c. El amor de Juan por su madre

Sin embargo, como afirmaremos en el subapartado siguiente, aunque no exista una relación derivativa entre la variante reflexiva y la nominalización, sí es correcta afirmar que ambas estructuras comparten un número equivalente de proyecciones funcionales. En particular, en ambos casos encontramos ausencia de SInicio, en cuyo especificador se ensambla el Causante.

Pasaremos ahora a ofrecer una caracterización morfosintáctica que permita dar cuenta de las principales propiedades aspectuales y argumentales descritas en los subapartados precedentes.

#### 5.5.4. Representación morfosintáctica

El análisis de las nominalizaciones deverbales de estados davidsonianos obedece a la siguiente estructura:



Si asumimos que SProceso es, como SInicio, una proyección específicamente verbal, entonces estos nombres se derivarán, como los nombres de estado de nivel 2 (§5.4.2.3), mediante un proceso de nominalización que irá acompañado de una estructura morfofonológica correspondiente (v.g. *-ción*, *-miento*). Esto se cumple en un buen número de casos, especialmente de nominalizaciones de VPEO de acusativo, aunque también en el de los nombres asociados con verbos de alternancia instrumental. Así puede apreciarse en los datos de (223-224):

- (223) a. *preocupación, arrepentimiento, distracción, entretenimiento, aburrimiento*

- b. *agobio, angustia, confusión, interés, obsesión, vergüenza*
- (224) a. *cubrimiento, obstrucción*
- b. *bloqueo*

Así, vemos que existe un amplio número de nominalizaciones deverbales de VPEO (223a), mientras que encontramos solo un par de casos claros de nominalización verbal en el caso de los verbos de alternancia instrumental (*cubrimiento, obstrucción*). Por otra parte, los casos de nombres no derivados (223b, 224b) pueden contener una estructura análoga a la de (222), o bien corresponder a una estructura más simple que se relaciona solo conceptualmente con el predicado verbal asociado.

Es interesante notar que, si la estructura de (222) está bien encaminada, esperamos que no se deriven nombres en *-ncia* a partir de VPEO de acusativo, predicción que, tomando la muestra de nominalizaciones de (223a), se cumple. Si, como hemos argumentado en §5.4.2.4, *-ncia* selecciona predicados estativos puros –Inicio, adjetivos en *-nte* derivados de SRcc o estados puros bajo Aspecto Continuativo–, entonces la presencia de SProc en la estructura de base impedirá la derivación. Así, debemos emplear afijos compatible con bases eventivas (dinámicas o no), como *-ción* o *-miento*.

Dividiremos la exposición de la estructura asociada a estas nominalizaciones en dos partes. En la primera de ellas, atenderemos a las proyecciones verbales dominadas por el afijo y cómo esta estructura se relaciona con las restricciones argumentales asociadas a los VPEO, ya comentadas, desde un punto de vista descriptivo, en el subapartado anterior. Posteriormente, en §5.5.4.2, abordaremos el problema de los nombres no derivados mencionados en (223) y (224), exponiendo el tipo de respuesta que a él puede dar un enfoque sintáctico en el que las piezas léxicas pueden contener diversos conjuntos de proyecciones funcionales (Nanosintaxis). Concluiremos que, mientras que es posible realizar predicciones sobre los nombres derivados (223a, 224a), la conducta de los nombres no derivados debe examinarse caso a caso.

#### 5.5.4.1. *Proyecciones nominalizadas*

La estructura presentada en el subapartado anterior (222) responde a dos generalizaciones que se siguen del análisis descriptivo de las nominalizaciones deverbales efectuado en los subapartados precedentes. Por una parte, nombres como *preocupación* o *indignación* se comportan nominalmente como estados davidsonianos, en oposición a nombres de estado puro como *tenencia* o *falta*. Por otra, vemos que el SD no permite introducir un argumento externo Causa en posición de SP-*por parte de*. Esto se debe a que la estructura nominalizada contiene solo la expresión básica del predicado, ya sea el Experimentante y su Target/SM, en el caso de los VPEO; ya sea el Tema y el Medio, en el caso de los verbos de alternancia instrumental. En ambos casos, dicha estructura básica se encuentra dominada por un argumento eventivo (SProc). La restricción que motiva esta reducción estructural, que deja fuera la proyección



introdutora del argumento externo, no se debe, estimamos, a algún principio gramatical independiente, sino a que la estructura [SProc [SRcc]] contiene ya todo lo que necesitamos en FL para interpretar, tanto aspectual como temáticamente, el predicado nominalizado.

De este modo, el argumento más prominente de la estructura es, como sucedía en los estados de nivel 1 (*falta, sobra, peso, amor*), el especificador de SRcc, que corresponde, en el caso de los verbos de alternancia instrumental, al Tema, mientras que, en el de los VPEO, al Experimentante. Según hemos asumido en subapartados anteriores, el argumento más prominente de la estructura se realiza como SP-*de*, mientras que el complemento de SRcc puede expresarse mediante la introducción de una preposición adicional. Así se esquematiza en (225):

- (225) a. [SD D [Sn n(-*miento*) [SProceso Proceso<*cubri*-> [SRcc SD<sub>2</sub> [Rcc<*cubr*-> SD<sub>1</sub>]]]]]
- ⋮
⋮
⋮
⋮
- el cubrimiento*
*de la ventana*
*con una cortina*
- b. [SD D [Sn n(-*ción*) [SProceso Proceso<*preocupa*-> [SRcc SP [Rcc<*preocup*-> SD]]]]]
- ⋮
⋮
⋮
⋮
- la preocupación*
*de Juan*
*por la crisis*

Nótese que el truncamiento de la estructura argumental de estos predicados no se sigue del proceso de nominalización en un sentido general. Según se recordará, el mismo proceso de cambio categorial era postulado en el caso los nombres de estado de nivel 2, pero la consecuencia sintáctica de ello es que el argumento que en la variante verbal del predicado corresponde al objeto directo pase a ser SP-*de* en la nominalización, y no que se bloquee la expresión del argumento externo por otra vía configuracional. Así, las nominalizaciones de nivel 2, que truncan igualmente el especificador más alto de la configuración verbal, pueden tomar un SP-*por parte de*:

- (226) a. La tenencia de armas por parte de la población  
 b. El conocimiento de la verdad por parte de la población  
 c. La creencia en el modelo estándar por parte de los estudiantes

Si las nominalizaciones de VPEO elidieran solo el especificador de [SInicio], no verían imposibilitada la inserción del argumento externo en un SP-*por parte de*. Por lo tanto, asumiremos que estas nominalizaciones toman una variante más simple del predicado, en la que la noción de causación está ausente. Así, en lugar de tomar la secuencia [SInicio [SProc [SRcc]]], estas nominalizaciones se aplican sobre la estructura [SProc [SRcc]]. Así, la aproximación de Picallo (1999), según la cual las nominalizaciones de VPEO derivan de la variante reflexiva es descriptivamente acertada, aunque no

necesaria desde un punto de vista teórico. Dicho en otros términos, tanto la variante reflexiva del predicado verbal como la nominalización comparten una estructura carente de [SInicio], que sirve de representación común para ambas estructuras. En el caso de la nominalización, la estructura [SProc [SRcc]] es suficiente para proporcionar una interpretación semántica en FL, toda vez que, en esta altura configuracional, se han ensamblado los argumentos del predicado y las proyecciones que proporcionan una estructura aspectual.

#### 5.5.4.2. Nombres derivados y conversión

En apartados anteriores hemos visto que existe una correlación relativamente sólida entre presencia de morfología deverbal y proyecciones específicamente verbales en el predicado de base. Así, los estados de nivel 1 se expresan mediante nombres no derivados (*falta, peso, sobra, costo, amor*), puesto que la estructura relacional que toman no posee categoría ni exige, consecuentemente, un proceso de nominalización. Por otra parte, los estados de nivel 2 lexicalizan una estructura específicamente verbal (SInic) y, por lo tanto, se expresan mediante nominalizaciones que incluyen morfología deverbal (*tene-ncia, conoci-miento, entendi-miento, pose-sión*). Sin embargo, en el presente subapartado hemos visto que dicha correlación se rompe. Así, para estructuras específicamente verbales encontramos nominalizaciones dotadas de morfología deverbal (*preocupación, indignación, cubrimiento*), pero también nombres que carecen de ella (*bloqueo, agobio, interés*). En este subapartado estudiaremos cómo pueden analizarse estos nombres. En particular, mientras que existe una predicción que va desde presencia de afijos nominalizadores a las estructuras subyacentes, la ausencia de marcas morfológicas no establece una correspondencia categórica entre forma y significado.<sup>207</sup> La teoría nos ofrece, al respecto, tres posibilidades, según veremos a continuación. Un nombre puede ser más grande que el verbo y contener propiamente proyecciones verbales (v.g. *ataque, bloqueo*). Así mismo, un nombre puede ser más pequeño que un verbo y lexicalizar, bien una estructura relacional (SRcc) (*gusto, interés*), bien una estructura nominal simple (*cabreo, agobio, enfado, pena*). En los dos primeros casos encontraremos una estructura aspectual y argumental asociada, mientras que el tercero asistimos únicamente a una relación conceptual entre el nombre y el verbo formalmente asociado.

Tomaremos como punto de partida el trabajo de Fábregas (2013a) sobre la conversión en español. De acuerdo con este autor, los nombres morfológicamente simples a los que pueden atribuirse propiedades argumentales y aspectuales corresponden a exponentes léxicos sintéticos de un conjunto de proyecciones

<sup>207</sup> Nótese que, en el caso de los nombres de estado de nivel 1 (*falta, sobra, peso*, etc.) la predicción va de la estructura sintáctica a la morfología, pero no al revés. En otras palabras, del hecho de que los estados de nivel 1 se expresen nominalmente como unidades léxicas simples no se sigue que todo nombre simple deba corresponder a un estado de nivel 1. Solo podemos decir que, si puede probarse que un cierto predicado es de nivel 1, entonces su nombre correspondiente, en caso de haberlo, será un nombre no derivado.

funcionales que incluyen propiamente las de categoría verbal. De este modo, un nombre como *bloqueo* no correspondería, en rigor, a una nominalización del predicado verbal *bloquear*. Sería la unidad léxica *bloque-* la que contendría tanto al nombre “derivado” como al verbo base, y que podría, así, manifestarse en la sintaxis empleando todos sus rasgos (*bloqueo*: [N, SProceso, SR]) o bien un subconjunto propio de ellos (*bloquear*: [SProceso, SR]). Esta aproximación soluciona buena parte de los problemas impuestos por la existencia de nombres no derivados asociados a estados alternantes, aunque impone algunos nuevos, como tendremos ocasión de comentar.

En primer lugar, Fábregas distingue entre nombres de evento simple (cf. Grimshaw 1990) como *fiesta* o *guerra*, que denotan conceptualmente eventos pero que no poseen estructura funcional asociada; y nombres eventivos no derivados, tales como *súplica*, *arme* o *ataque*, que pueden tomar argumentos y modificadores vinculados a proyecciones aspectuales. Así, las propiedades gramaticales de estos nombres difieren, según muestran los datos siguientes (ejemplos adaptados de Fábregas 2013a):

- (227) a. \*La guerra de los iraquíes por parte de los americanos
- b. El ataque a los iraquíes por parte de los americanos
- c. La destrucción de la ciudad por parte de los americanos
- (228) a. \*La guerra de los persas durante el siglo V
- b. El ataque a los iraquíes durante el siglo V
- c. La destrucción de la ciudad durante el siglo V
- (229) a. \*La reguerra de los americanos
- b. El rearme de los americanos
- c. La reconstrucción de la ciudad

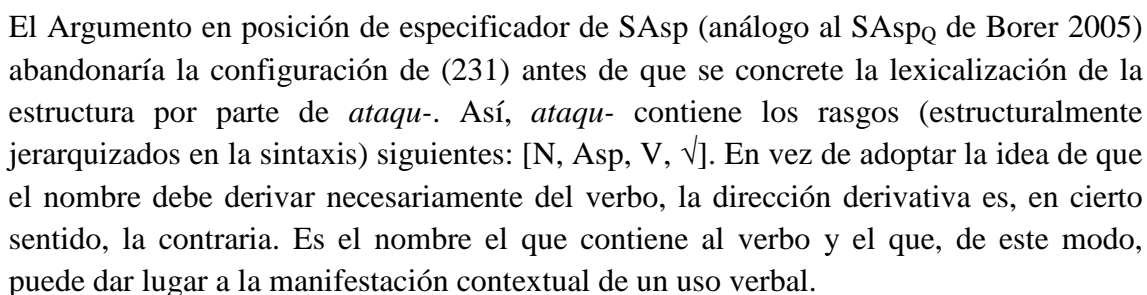
Los ejemplos de (227-229) muestran que los nombres eventivos no derivados (b) siguen el patrón de las nominalizaciones eventivas (c), y no el de los nombres de evento simple (a). Así, solo los nombres de evento no derivados pueden tomar SSPP que introduzcan estructura argumental (227b), recibir modificadores temporales internos al SD (228b) o adoptar prefijos aspectuales como *re-* (229b).

Por otra parte, Fábregas (2013a) proporciona argumentos para descartar, como hace Borer (2011) para el inglés, la existencia de un sufijo cero que sea el encargado de cambiar la categoría de la base verbal de los nombres de evento ejemplificados en (227-229). Un antecedente a este respecto es el de la inexistencia de nombres eventivos simples derivados de bases verbales morfológicamente complejas, según se aprecia a continuación (Fábregas 2013a: (80)):

- (230) a. \*un aterr-iz-o
- b. \*un palid-ec-e

Los verbos *aterrizar* y *palidecer*, que incluyen los sufijos verbales *-iz* y *-ec*, nominalizan empleando sufijos nominalizadores: *aterriz-aje*, *palideci-miento*. Si existiera un sufijo cero encargado de nominalizar bases verbales, no se ve por qué

El análisis de Fábregas consiste en asumir que los exponentes léxicos *ataqu-*, *arm-* o *súplic-* no “cambian” de categoría desde el verbo hacia el nombre, sino que materializan de forma sintética una estructura que contiene un verbo bajo una proyección nominal, según la estructura de (231) (Fábregas 2013a: (87)):



La expresión léxica de estructura funcional permite predecir la conducta del sincretismo en las distintas lenguas, toda vez que, además de ceñirse a una jerarquía estructural, los rasgos no pueden materializarse de forma completamente libre. Un

principio básico a este respecto es el Principio del Superconjunto (Caha 2009; Starke 2010, 211; Fábregas 2013a: 30), según el cual un exponente fonológico puede introducirse en un nodo funcional siempre y cuando su entrada léxica contenga ese nodo como un (sub)constituyente. En otras palabras, un exponente fonológico, digamos *mufa*, que codifique los rasgos [a, b, c] podrá insertarse en la estructura [a [b [c]]], pero también en las estructuras [b [c]] y [c], puesto que [b [c]] y [c] forman subconjuntos de la estructura que satisface todos los rasgos de la entrada léxica. El principio del Superconjunto se aplica siempre que no exista una entrada léxica más específica, es decir, un exponente fonológico que codifique exactamente los rasgos representados en la estructura, ni más ni menos. Así, si en la lengua en que hemos ensamblado la estructura [b [c]] contamos con una entrada léxica que codifique los rasgos [b, c], por ejemplo, *mafu*, dicha entrada léxica tendrá prioridad sobre *mufa*, puesto que se adecua de forma más exacta a la estructura dada. Por lo tanto, las entradas léxicas a las que les “sobran” rasgos pueden insertarse siempre que no exista un candidato mejor para la inserción.

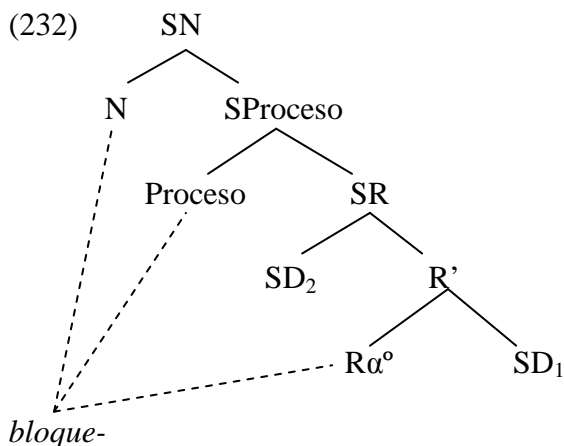
Por otra parte, *mufa*, que codifica [a, b, c], no puede insertarse en una configuración como [a [c]], que deja b fuera; ni en una configuración como [a [b [d [c]]]], que introduce d entre b y c. De este modo, el sincretismo de *mufa* solo puede operar con subconjuntos propios de los rasgos que codifica, respetando la secuencia funcional en que tales rasgos se ordenan en la sintaxis.

De acuerdo con estos principios, un exponente fonológico como *ataqu-*, si es dominado por rasgos flexivos nominales, puede emplearse para lexicalizar un nombre eventivo, caso en el que emplea todos sus rasgos. Sin embargo, bajo el supuesto de que el español no cuenta con una entrada más específica que codifique los rasgos [Asp, V, √], *ataqu-* puede emplearse para lexicalizar la estructura [SAsp [SV [S√]]], que correspondería a un uso verbal.

A continuación, veremos cómo se aplica esta idea a los nombres no derivados que hemos revisado en este apartado. En particular, mostraremos ejemplos de los tres casos de lexicalización teóricamente admisibles: nombres que contienen en su representación proyecciones verbales (v.g. *bloqueo*), nombres que no contienen proyecciones verbales, sino que resultan de la inserción de una estructural relacional (SRcc) bajo proyecciones nominales (v.g. *interés*) y, tercero, nombres simples que no contienen estructura predicativa alguna, pero que se relacionan conceptualmente con los verbos que se derivan de ellos (*pena*, *agobio*, *molestia*, *cabreo*). Así, a diferencia de las nominalizaciones propiamente deverbales (*preocupación*, *indignación*, *cubrimiento*), donde es posible establecer una predicción sobre el tamaño estructural del SD resultante, en el caso de los nombres no derivados solo podemos constatar las posibilidades a priori que la teoría ofrece y observar, de acuerdo con pruebas gramaticales, las proyecciones funcionales efectivamente contenidas en los nombres respectivos.

a. *Más grande que un verbo: bloqueo*

La primera posibilidad apuntada corresponde, pues, a un nombre cuya representación contiene rasgos verbales, de forma tal que puede manifestarse en la sintaxis, ya como nombre eventivo, empleando todos sus rasgos; ya como verbo, empleando un subconjunto propio de ellos. Tal es el caso, de acuerdo a los contextos gramaticales revisados en subapartados anteriores, de *bloqueo*, que poseería la siguiente estructura:



Cuando empleamos *bloque-* como nombre propiamente tal, la estructura de (232) es dominada por proyecciones funcionales que otorgan flexión nominal, cuya materialización fonológica corresponderá, en este caso, a *-o* (*bloqueo-o*).<sup>208</sup> Por otra parte, si decidimos emplear el subconjunto de (232) conformado por [SProceso [SRα]], la estructura adopta flexión verbal (*bloqueo-a*). Nótese que, según hemos mostrado en §4.1.5, el valor asociado con el núcleo relacional R debe quedar, en el caso de *bloquear*, léxicamente inespecificado. Si R se realiza como relación de coincidencia central, obtenemos un estado davidsoniano (la relación locativa entre dos entidades se mantiene a través del tiempo marcado por la variable eventiva en Proc); si, en cambio, R se realiza como relación de coincidencia terminal, obtenemos un evento de cambio de estado.

<sup>208</sup> Conviene introducir una aclaración sobre la naturaleza del exponente *bloque-* y su relación con el sustantivo *bloqueo*. Aunque coinciden fonológicamente y, hasta cierta medida, conceptualmente, el verbo *bloquear* no se deriva sincrónicamente del nombre *bloqueo* (aunque posiblemente lo haga históricamente). Nótese que, en los verbos genuinamente denominales, existen severas restricciones para emplear un nombre equivalente en la posición sintáctica desde la que, presumiblemente, se ha desplazado el nombre incorporado en el verbo (cf. Harley 2005). Así, el verbo *embotellar* no significa solo ‘poner una sustancia en un recipiente’ sino literalmente ‘poner una sustancia en una *botella*’. Consiguientemente, no podemos decir ??*Juan embotelló el perfume en un vaso/una caja/una olla*. De acuerdo con Gallego (2012), dicha posición solo puede ser ocupada por hipónimos del nombre incorporado; así, una oración como *Juan embotelló el perfume en un frasco* es admisible, porque *frasco* es hipónimo de *botella*. Por lo tanto, la derivación de *embotellar* debe incluir un nominal próximo al sustantivo *botella*: [Inicio [SProc [SR<sub>RCC</sub> X [R<sub>CC</sub> *botella*]]]]. En contraste, podemos adjuntar a *bloquear* nombres de cualquier tipo, sin que se nos exija que sean hipónimos de *bloqueo*: *Juan bloqueó la entrada con una silla*, *El parlamento bloqueó la iniciativa con una permanente actitud de indiferencia*. Por lo tanto, podemos descartar que *bloquear* se forme sobre *bloqueo* como *embotellar* lo hace sobre *botella*. El complemento del núcleo relacional R es ocupado, en cambio, por el ‘medio’ (Bosque 1989) que, en la variante no agentiva, se desplaza a la posición de sujeto.

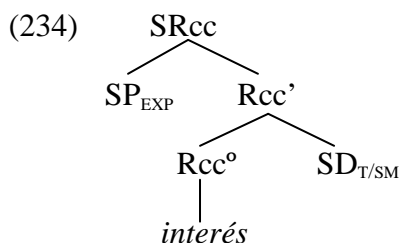
Ateniéndonos a la lectura estativa, la estructura de (232) da cuenta de las propiedades tanto argumentales como aspectuales, según se observa en los datos de (233):

- (233) a. El prolongado bloqueo de las negociaciones  
 b. El bloqueo de las negociaciones el mes pasado  
 c. Los sucesivos bloqueos (prolongados) de las negociaciones  
 d. El bloqueo en curso de las negociaciones  
 e. El bloqueo de la salida en la pista de baile  
 f. El bloqueo de las negociaciones pudo darse el año pasado.  
 g. El bloqueo de las negociaciones sorprendió al juez.

Los ejemplos (233a) y (233b) nos muestran que *bloqueo* puede tomar argumentos y recibir modificación temporal interna al SD. Por otra parte, (233c-g) se orientan específicamente a la identificación del nivel SProc y, consecuentemente, a la presencia de un argumento eventivo. Así, *bloqueo* admite la forma plural (233c), el modificador *en curso* (233d), modificadores locativos (233e), contextos modales (233f) y acepta lecturas de manera junto a la lectura factiva (233g).

*b. Más pequeño que un verbo: nombres de nivel SRcc*

La siguiente posibilidad que hemos explorado en este capítulo corresponde a predicados que lexicalizan una estructura relacional de coincidencia terminal que, en la sintaxis, puede ser tomada por proyecciones funcionales de tipo verbal. Sin embargo, si las mismas estructuras se ensamblan bajo proyecciones nominales, obtenemos un nombre no derivado. Este es el caso de los estados de nivel 1: *gusto, falta, sobra, peso, costo, temor*, etc. Dentro de la clase de los VPEO que pueden tomar acusativo –es decir, de aquellos que, en la sintaxis, alternan con una estructura dominada por SProc– un nombre que responde a las propiedades argumentales y aspectuales de este nivel estructural es *interés*. La estructura respectiva, por tanto, es la siguiente:



El verbo *interesar* toma preferentemente experimentantes en dativo (*A Juan le interesa la cocina*), aunque puede adoptar la configuración de acusativo (*Su padre lo interesó por la cocina*). Que la segunda construcción sea menos usual y se perciba, en general, como más marcada, se relaciona con que la estructura básica del verbo es la de (234)

(un estado de nivel 1). Veamos cómo se comporta *interés* ante los contextos aplicados en el caso de *bloqueo*:

- (235) a. El interés de Juan por la cocina
- b. El interés de Juan por la cocina durante el verano pasado
- c. \*Los sucesivos intereses de Juan por la cocina
- d. \*El interés en curso de Juan por la cocina
- e. El interés de Juan por la cocina { \*en el salón/en el instituto }
- f. ??El interés de Juan por la cocina pudo darse el año pasado.
- g. El interés de Juan por la cocina sorprendió a Sofía.

Los ejemplos de (235a) y (235b) nos enseñan, nuevamente, que *interés* puede tomar estructura argumental y recibir modificación temporal interna al SD, de modo que posee, al menos, la estructura de un estado puro. Sin embargo, al preguntarnos si puede atribuírsele, además, un nivel SProc, los contextos de (235c-g) nos ofrecen una respuesta negativa. Así, *interés* rechaza la forma plural (235c), el modificador *en curso* (235d), solo admite locativos de marco (v.g. *en el instituto*, que en (235e) debe leerse como ‘cuando Juan iba al instituto’ y no como el lugar donde acontece un evento), es poco aceptable en contextos modales (235f) y, finalmente, exhibe una lectura de grado junto a la lectura factiva, pero no una de manera.

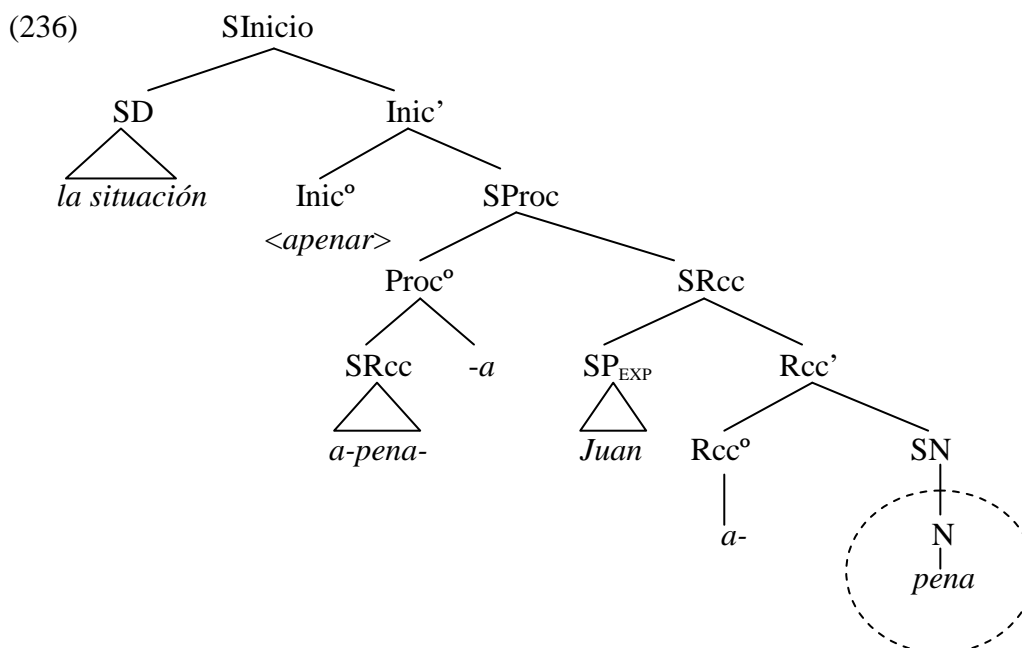
c. *Más pequeño que un SRcc*: molestia, pena, cabreo

La última posibilidad comprendida por el análisis de los nombres no derivados es aquella en que el nombre no lexicaliza ninguna estructura que soporte la introducción de argumentos o una lectura aspectual específica, aunque pueda relacionarse conceptualmente con el predicado verbal morfológicamente asociado. Es el caso de *pena*, *molestia*, *enfado*, *cabreo*, *agobio*, entre otros, que denotan estados anímicos aunque carecen de propiedades verbales o predicativas. En términos estructurales, estos nombres corresponderán a un elemento introducido por el predicado, pero no a su lexicalización. Un ejemplo de ello es la estructura de (236):<sup>209</sup>

---

<sup>209</sup> Nótese que, si *pena* ocupa la posición de complemento de SRcc, perdemos esta posición para insertar un T/SM. Es esperable, así, que *apenar* no pueda tomar un tercer argumento en la cláusula, a diferencia de lo que sucede con *preocupar* o *interesar*: *La situación apena a Juan (??por sus recuerdos)*, *La economía preocupa a Juan por el paro*, *El profesor lo interesó por la Historia*. Por otra parte, también conviene notar que *a-*, análogo a la preposición *a*, puede considerarse la materialización de Rcc. Esto es discutible, si se asume que la preposición *a* posee valor de coincidencia terminal (v.g. *Juan se fue a su casa*). Sin embargo, otros datos indican que se trata de una preposición no especificada con respecto al contraste central/terminal. Por ejemplo, podemos decir *Juan está sentado {a la mesa/al piano}*, donde la relación locativa no involucra una trayectoria. De este modo, el prefijo *a-*, presumiblemente relacionado con esta preposición, puede aparecer en la formación de verbos tanto estativos (*apenar*) como eventivos dinámicos (v.g. *aclarar*), y corresponder, por lo tanto, a la materialización tanto de Rcc como de Rct. Para más discusión sobre el valor de *a*, véase Fábregas (2007), Brucart (2010) y Zato (2011).





La estructura de (236) correspondería, así, a una eventualidad en que una entidad (*la situación*) mantiene a un individuo (*Juan*) con pena ('sumido en la pena'). Como nombres conceptualmente relacionados con los verbos respectivos, *enfado*, *cabreo*, *agobio*, *pena* o *molestia* pueden hacer referencia a los estados vinculados con el predicado, pero carecerán de las propiedades gramaticales de los nombres estructuralmente más "grandes" (*interés*, *bloqueo*). Así lo indican los contextos de (237):

- (237) a. El {agobio/enfado/cabreo} de Juan (?por la situación)  
 b. ??El {agobio/enfado/cabreo} de Juan durante el verano pasado  
 c. ?Los sucesivos {agobios/enfados/cabreos} de Juan  
 d. \*El {agobio/enfado/cabreo} en curso de Juan  
 e. \*El {agobio/enfado/cabreo} de Juan en el salón  
 f. ??El {agobio/enfado/cabreo} de Juan pudo darse el año pasado.  
 g. El {agobio/enfado/cabreo} de Juan sorprendió a todos.

La introducción de un segundo SP, en (237a) es bastante menos aceptable que lo que veíamos en el caso de *bloqueo* o *interés*, lo cual se condice con la baja aceptabilidad de la modificación temporal interna al SD (237b). La relativa admisibilidad de la forma plural, en (237c), debe ponerse en relación con la aceptación del mismo contexto por parte de nombres de evento simple (*las guerras*, *las fiestas*, *los conciertos*, etc.). Finalmente, los contextos (237d-g) concuerdan con los de nombres que carecen de SProc: rechazo de *en curso* (237d), de modificadores locativos (237e), de contextos modales (237f) y de lecturas de manera (237g).

## 5.6. Conclusiones del capítulo

En este capítulo hemos aplicado el análisis de la estatividad desarrollado en los capítulos 3 y 4 al dominio de las nominalizaciones de estado. Las principales conclusiones que hemos alcanzado pueden sintetizarse en los siguientes puntos:

- En general, hemos visto que los contenidos semánticos correspondientes a los predicados verbales pueden mantenerse en el dominio nominal. La expresión argumental del predicado sigue, igualmente, ciertos patrones regulares. En particular, hemos visto que el SP-*de* corresponde siempre al argumento más prominente de la estructura nominalizada. El argumento externo jamás ocupa esta posición, toda vez que la proyección que lo introduce sufre un proceso de truncamiento. En cambio, el especificador de SRcc es normalmente el candidato a ocupar la posición de SP-*de*, puesto que, o bien los argumentos superiores se han visto truncados (*bloquear, tener, preocupar*), o bien no existen, caso en el que el SRcc se manifiesta libremente como nombre (*faltar, pesar, amar*).
- La estructura que los estados de nivel 1 lexicalizan, SRcc, al no poseer definición categorial propia, puede manifestarse en un contexto nominal y en un contexto verbal. Por ello, los nombres asociados con verbos de estados de nivel 1 no corresponden, en rigor, a procesos de nominalización de un predicado verbal subyacente, sino a unidades léxicas del mismo estatus estructural.
- Al lexicalizar SInicio, que es específicamente verbal, los predicados de estado de nivel 2 requieren morfología deverbal para expresarse como nombres, puesto que sufren un proceso de cambio categorial. Como sucede con las nominalizaciones eventivas, las estructuras resultantes pierden el especificador de su proyección más externa. Por ello, el objeto directo oracional pasa a ser el argumento más prominente del predicado, por lo que se expresa en un SP-*de*, tal como hace el especificador de SRcc en los estados de nivel 1.
- Los estados alternantes incluyen, igualmente, proyecciones funcionales específicamente verbales, por lo que sus nombres asociados manifiestan, normalmente, morfología deverbal. Como sucede con los estados de nivel 2, esto tiene como consecuencia la cancelación del argumento externo (sujeto oracional). Dado que estos predicados incluyen un SRcc, la manifestación de su estructura argumental es análoga a la un estado de nivel 1: el especificador de esta proyección es, nuevamente, el argumento más prominente de la estructura. Así, la distribución argumental de los VPEO de acusativo (*la preocupación de Juan por la crisis*) repite la que se observa en los VPEO de dativo o en los VPES (*el gusto de Juan por la tortilla / el temor de Juan por su futuro*).
- Hemos visto, igualmente, que los nombres no derivados pueden tener distintos “tamaños estructurales”, lo cual, en el marco de la nanosintaxis, puede interpretarse como un caso de materialización sintagmática. Hemos mostrado, en el marco del modelo asumido en este estudio, la realización de tres posibilidades. En primer lugar, encontramos nombres no derivados más grandes que el verbo, y que poseen, en consecuencia, contenidos aspectuales complejos,

como *bloqueo*. Estos nombres se analizan como conjuntos de rasgos que incluyen, por ejemplo, [N, SProceso, SRcc]. En segundo lugar, encontramos nombres “menores que el verbo”. Una primera clase, en este subgrupo, comprende raíces que lexicalizan un SRcc y que, consecuentemente, pueden tomar estructura argumental y denotar estados puros. Tal es el caso de los nombres de estado de nivel 1 (*falta, amor, peso*) y de algunos VPEO como *interés*. Finalmente, una tercera posibilidad es la de nombres que pueden aparecer como complemento de SRcc, sin, no obstante, lexicalizar esta proyección directamente (v.g. *pena, agobio, enfado*). La relación de estos nombres con los predicados verbales asociados es puramente conceptual y no se detectan, por lo tanto, propiedades gramaticales de tipo verbal. La cantidad de estructura funcional no es algo que pueda someterse a predicciones exactas, aunque los patrones de sincretismo seguidos por un cierto exponente fonológico deben obedecer principios independientemente motivados.

- Finalmente, hemos visto que no siempre un verbo de estado puede nominalizarse. Al margen del grado de productividad de un determinado patrón derivativo, o de los huecos accidentales que un paradigma pueda presentar, hemos visto que existe una restricción fuerte en aquellos predicados estativos que lexicalizan material funcional alto en la jerarquía de proyecciones de la cláusula. Tal es el caso, por ejemplo, de *haber*, que puede considerarse como una variante de la cópula (*ser*). Si seguimos las propuestas que atribuyen a estas estructuras un ST, entonces la falta de una nominalización se debe a que la posible base de derivación escapa al dominio donde pueden operar los afijos nominalizadores.



## Conclusiones finales

En esta sección presentaremos las principales conclusiones que pueden extraerse del estudio de la estatividad que hemos emprendido en los capítulos precedentes. Las principales preguntas que se discuten en los capítulos 1 y 2 pueden sintetizarse como sigue:

- a. ¿Qué es la estatividad?
- b. ¿Cuántos tipos de estado hay?
- c. ¿Cómo se relacionan los diversos tipos de estatividad con la estructura sintáctica y semántica asociada a las distintas clases aspectuales?

A partir de los análisis que hemos desarrollado, estas preguntas reciben las siguientes respuestas:

- a'. La estatividad consiste en una relación entre una entidad y una propiedad que no implica cambio.
- b'. Habrá tantos tipos de estado como estructuras sintácticas puedan recibir esta interpretación en la interfaz conceptual-intencional.
- c'. La estatividad no es, en rigor, un primitivo con el que opere directamente la gramática, de forma tal que no esperamos que haya una posición estructural *única* en la jerarquía de proyecciones funcionales que corresponda exclusivamente a la codificación de la estatividad.

En otras palabras, aunque la estatividad sea un fenómeno conceptualmente simple, puede alcanzarse mediante diversos mecanismos sintáctico-estructurales. De este modo, corresponde a un “epifenómeno” que se obtiene siempre que la sintaxis produzca una configuración compatible con la definición de estado dada en (a'). Consiguientemente, la asunción tradicional de que los estados corresponden siempre a los “bloques básicos” del edificio aspectual debe quedar, desde un punto de vista configuracional, descartado. En efecto, hemos comprobado que hay estados estructuralmente más “simples” que un evento (v.g. relaciones predicativas en SRcc) y estados (bastante) más complejos que un evento (v.g. el Aspecto Habitual, la forma progresiva). Sin embargo, el análisis que hemos propuesto permite reunir las distintas clases de estado que la gramática permite en una configuración sintáctica unificada en la que la aparición y las propiedades de tales estados son perfectamente predecibles.

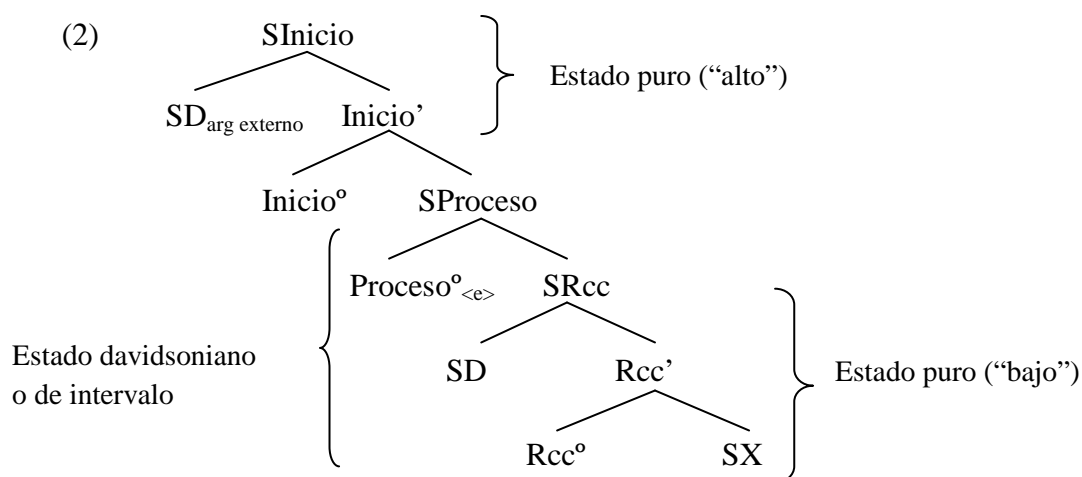
A continuación, presentaremos una recapitulación de los problemas y análisis tratados en cada capítulo, ilustrando cómo se relacionan con las preguntas iniciales y las respuestas obtenidas. Esta sección puede servir, igualmente, como mapa detallado de las principales afirmaciones hechas en los capítulos precedentes. Finalmente,

mencionaremos algunos problemas que nuestro estudio deja pendiente, así como las posibles vías de investigación que esta tesis sugiere.

## Síntesis de los principales resultados

En esta tesis hemos estudiado el fenómeno de la estatividad en español desde dos ángulos distintos: el nivel de representación y el grado de dinamicidad. Hemos partido, así, de un concepto simple de estatividad que puede encontrar distintas formas de manifestación respecto de estos dos ejes de variación. Un estado corresponde, pues, a una relación entre una entidad y una propiedad (cf. Moreno Cabrera 2003, Maienborn 2005). Dado que esta relación no involucra cambio alguno, en principio un estado puede ser evaluado como verdadero o falso en cualquier punto de tiempo y no necesita para ello un intervalo. Los predicados que satisfacen esta condición temporal se denominan, así, *estados puros*. Cualquier factor que nos aleje de la estricta homogeneidad y la estricta validez en puntos de tiempo, nos mueve, consiguientemente, hacia el terreno de la dinamicidad. De este modo, los predicados que demandan un intervalo para ser evaluados, aunque no expresen cambio alguno, dejan de ser “puros”. Hemos propuesto que la introducción de una variable eventiva tiene esta consecuencia, toda vez que, de acuerdo con los postulados adoptados, la huella temporal de un evento es siempre extensa.

Las propuestas semánticas expuestas en el párrafo anterior reciben un correlato sintáctico en un modelo de descomposición verbal que, como hemos mostrado en los capítulos 3 y 4, permite representar los distintos tipos de estados atestiguados en español. Dicha estructura, con las principales clases de estados a ella asociada, es la siguiente (véase §2.7):



Según hemos presentado en el capítulo 2, la introducción de la variable eventiva corresponde exclusivamente al núcleo Proceso. De este modo, la estatividad pura solo puede darse, en la primera fase sintáctica, por la ausencia de dicho núcleo: una vez que extraemos la variable eventiva, el predicado carece de duración intrínseca y puede, consiguientemente, ser evaluado en puntos de tiempo.

Esto es lo que sucede, según estudiamos en detalle en el capítulo 3, con las dos proyecciones que enmarcan SProceso: SRcc y SInicio. En ambos casos, encontramos configuraciones que soportan relaciones predicativas que no “abarcen tiempo”. Por otra parte, si el educto de la primera fase sintáctica contiene un SProceso, su variable eventiva puede quedar sujeta a una operación que cancele la duración intrínseca del predicado, dando lugar a una estructura de “estado externo”. Es lo que sucede, según hemos visto, con la forma progresiva (*Juan está escribiendo un artículo*) y el Aspecto Habitual (*Juan normalmente escribe artículos*). En el caso de la primera, decimos que un estadio pertenece al conjunto de estadios que pueden coordinarse con los puntos integrantes de la huella temporal de un evento; en el caso de la segunda, una iteración de eventos puede dar lugar a la creación de una nueva propiedad (el “hábito”) que se predica de un individuo. Estas formas de obtener estados puros, tanto las internas a la frase verbal como las externas a ella, conforman los distintos niveles de estatividad.

Desde un punto de vista empírico, los contextos de modalidad epistémica orientados al presente (futuro sintético, perífrasis con ambigüedad deóntica/epistémica, etc.) caracterizan todos estos contextos como estados puros (§3.2.3, §3.3). Sin embargo, la interacción de estas pruebas en conjunción con otros contextos gramaticales nos permite computar el *nivel estructural* en que esa estatividad ha sido obtenida. Así, la Modalidad Epistémica, ensamblada en una posición jerárquica alta, es sensible a todos los niveles de estatividad, pero opaca respecto del punto en que esa estatividad se codifica. En contraste, las pruebas de alcance estructural más reducido (modificadores locativos, adverbios de manera, la forma progresiva) son sensibles a un número menor de tipos de estado, pero en cambio permiten discriminar mejor el nivel estructural. Un ejemplo claro de ello es la distribución del adverbio *lentamente*, que selecciona predicados dinámicos y rechaza, por tanto, estados. Mientras que tanto los estados de nivel 1 (SRcc) como los estados de nivel 2 (SInicio) rechazan este modificador (v.g. *\*Juan tiene un libro lentamente*, *\*Falta dinero en la administración lentamente*), ambas formas de estatividad externa (la forma progresiva y el Aspecto Habitual) lo admiten (v.g. *Juan está escribiendo un artículo lentamente*, *Juan fuma lentamente*). Esto se debe a que el adverbio *lentamente* opera en un nivel más bajo que aquel en que las formas estativas de aspecto externo se ensamblan. Sin embargo, al emplear la ambigüedad del futuro sintético, todas estas formas se comportan como estados, aceptando la lectura modal epistémica: *Juan tendrá un libro*, *Faltará dinero en la administración*, *Juan estará escribiendo un artículo*, *Juan fumará*.

Mientras que la diferencia entre, por un lado, niveles de estatividad externa (v.g. forma progresiva, habituales, perfecto) y, por otro, un nivel de estatividad interno (estados léxicos) es asumida por distintos trabajos previos (cf. Krifka et al. 1995, Scheiner 2002, Katz 2003, Carlson 2012, Cano y Jaque 2012, 2013, entre otros), la distinción aquí introducida entre dos niveles de estatividad pertenecientes a la frase verbal resulta más novedosa y merece algún comentario. El modelo de descomposición verbal en que nuestras asunciones teóricas descansan, Ramchand (2008), preveía ya una diferencia entre dos niveles estructurales estativos: SInicio y SRes. Sin embargo, la

diferencia entre estas dos proyecciones se desvanecía en ausencia de SProceso, puesto que aquellas se definían topológicamente en relación con esta configuración, introductora, para Ramchand, de la dinamicidad. En nuestra propuesta, SInicio y SRcc (heredero de SRes) no colapsan, en ausencia de SProceso, bajo una misma proyección, puesto que corresponden a configuraciones sintácticamente independientes: SInicio lleva categoría verbal, mientras que SRcc es una estructura categorialmente no marcada que soporta relaciones predicativas en distintos entornos sintácticos. Una afirmación crucial hecha en el capítulo 3 corresponde, por lo tanto, a la idea de que la gramática española emplea, en efecto, estos dos niveles. Consiguientemente, no podemos etiquetar todos los verbos de estado puro mediante la estructura “SEstado”, porque no todos se expresan mediante los mismos mecanismos sintácticos.

Esta predicción teórica posee, según hemos discutido en §3.3, amplias consecuencias empíricas. Así, la forma progresiva, normalmente incompatible con estados, es aceptada por los verbos estativos bajo diversos grados de coerción. Mientras que los estados de nivel 1 conservan, hasta cierto punto, su valor estativo, los estados de nivel 2 adoptan una lectura eventiva dinámica (“incoativa”): v.g. *Está faltando pan en esa mesa*, *El niño está pesando 25 kilos* (estados de nivel 1); frente a *Juan está conociendo a su padre*, *Pedro está teniendo una idea* (estados de nivel 2). La misma distribución se presenta al emplear el indefinido: los estados de nivel 1 mantienen su valor estativo (v.g. *Faltó pan en la mesa*, *El niño pesó 25 kilos*), mientras los estados de nivel 2 adoptan, nuevamente, una lectura eventiva dinámica (v.g. *Juan conoció a su padre*, *Pedro tuvo una idea*). Hemos planteado que estos hechos se siguen de la estructura formulada en (1). Si la forma progresiva necesita un intervalo para verse legitimada, y si el modo de introducir un intervalo en la primera fase corresponde a la inserción de una variable eventiva, los verbos de estado deben ampliar su estructura con un SProceso. Sin embargo, SProceso se ensambla sobre SRcc, en el caso de los estados de nivel 1, y bajo SInicio, en el caso de los estados de nivel 2. La primera opción estructural se interpreta como ‘mantenimiento de un estado durante el intervalo I’; la segunda, como ‘iniciación del evento e’. Un procedimiento similar sigue el patrón exhibido por el indefinido (véase §3.3.3).

La diferencia entre estados de nivel 1 y estados de nivel 2 tiene también reflejos en la derivación morfológica. Un primer corte es el realizado, aquí, por los nombres en *-dor*. Mientras que los estados de nivel 2 permiten este tipo de derivados (*poseedor*, *tenedor*, *conocedor*, *entendedor*), los estados de nivel 1 los rechazan (*\*faltador*, *\*sobrador*, *\*costador*). De modo similar, al expresar la eventualidad en el dominio nominal, solo los estados de nivel 2 ofrecen, en rigor, nominalizaciones deverbales (*tenencia*, *conocimiento*, *entendimiento*, *posesión*), frente a los estados de nivel 1, que emplean para ello nombres no derivados (*falta*, *sobra*, *coste*). Si asumimos que SInicio es de naturaleza verbal y que su función principal es introducir un argumento externo, por oposición a la naturaleza no verbal de SRcc, estos datos se siguen de forma natural, según se discute en §3.3.3.



Los hechos mencionados en los párrafos precedentes se sintetizan en la siguiente tabla:

	Progresivo dinámico	Indefinido dinámico	Derivados en - <i>dor</i>	Nominalizaciones deverbiales
Estados de nivel 1	-	-	-	-
Estados de nivel 2	+	+	+	+

Tabla 1. Diferencias entre niveles 1 y 2, estados puros de la frase verbal

Por otra parte, hemos estudiado, principalmente en el capítulo 4, el problema de la estatividad como cuestión de grado, es decir, la existencia de predicados que, no siendo dinámicos, son, con todo, “menos estativos”. En dicho capítulo hemos propuesto que los estados causativos, sean los verbos de alternancia instrumental (*bloquear, tapar, cubrir*) o los verbos psicológicos de experimentante objeto (*preocupar, molestar*) corresponden a estados davidsonianos o de intervalo. Así, distanciándonos de algunos análisis previos que caracterizan los VPEO como estados SL (cf. Pylkkänen 2000, Fábregas y Marín en prensa, a), asignamos a la estructura sintáctica de estos verbos un SProceso, que introduce una variable eventiva en la derivación. Nótese, sin embargo, que los contrastes empíricos que de forma clave respaldan este análisis se basan en las implicaciones temporales de la variable eventiva, y no tanto en el concepto de argumento davidsoniano seguido por Maienborn (2005). En este sentido, muchos resultados empíricos se explican mediante la asunción de que la huella temporal de un evento es siempre extensa.

Si comparamos la conducta de los estados causativos con los verbos de estado puro (sean IL o SL) frente a los contextos de modalidad epistémica y la forma progresiva, las diferencias entre estas clases resultan claras. De este modo, ni los verbos de la clase de *bloquear* ni los VPEO de acusativo ofrecen lecturas modales epistémicas (v.g. *La mesa bloqueará la entrada, Juan preocupará a su madre*), mientras que los estados puros, sean IL o SL, las admiten con facilidad (v.g. *Juan será profesor, ya que opina de esto con tanta soltura; Juan estará triste, porque no quiere venir a la fiesta*). La forma progresiva arroja un contraste similar, aunque basado en patrones de aceptabilidad inversos: los estados causativos la admiten fácilmente (v.g. *La mesa está bloqueando la entrada; Juan está preocupando a su madre*) mientras que los estados puros de ambas clases –descartando fenómenos de coerción– la rechazan (v.g. *\*Juan está teniendo una mancha en el pantalón; \*Juan está teniendo los ojos verdes*). Finalmente, estos resultados se correlacionan de forma sólida con las relaciones que el tiempo de la eventualidad establece con el tiempo de referencia, fenómeno que se vincula de modo independiente con la presencia o ausencia de una variable eventiva. Así puede observarse en la conducta de los adverbios de referencia temporal ante las distintas clases de predicado mencionadas (cf. Portner 2005, Marín y McNally 2011, Katz 2000). Solo los estados causativos denotan situaciones que deben quedar incluidas por el tiempo introducido en el adverbio (v.g. *Siempre que entro en la habitación, la cortina bloquea la ventana; Siempre que lo visitamos, Juan me preocupa*) mientras que los estados puros pueden tener una lectura no inclusiva (v.g. *Siempre que entro en la habitación, la cortina está en frente de la ventana*). Vale decir, solo en este último caso

el estado de cosas descrito en la cláusula principal puede abarcar el tiempo de referencia introducido por la cláusula adverbial (la cortina estaba ya frente a la ventana).

Sintetizamos estos resultados en la siguiente tabla:

	Modalidad epistémica	Forma progresiva	Tiempo de referencia inclusivo
Estados causativos	-	+	+
Estados puros	+	-	-

Tabla 2. Estados puros frente a estados causativos

Si la estructura de estos verbos incluye una variable eventiva, y si el evento es siempre extenso, los hechos descritos se siguen directamente: los intervalos no pueden coordinarse con el presente puntual (rechazo de lecturas epistémicas orientadas al presente), la forma progresiva selecciona un estadio puntual con el que coordinar un punto de tiempo perteneciente al intervalo de validez del evento (si el predicado no lleva asociado un evento, carece de duración intrínseca y la forma progresiva no encuentra aplicación) y, por último, la localización de un evento en el tiempo debe ser “máxima” (cf. Katz 2000), restricción a la que, como es claro, no pueden verse sujetos los estados puros, que carecen de variable eventiva.

Por último, en el capítulo 5 hemos introducido una aplicación del análisis desarrollado en los capítulos 3 y 4 al terreno de las nominalizaciones deverbales. En aquellos casos donde es posible expresar nominalmente el predicado, vemos que la estructura formulada en (1) arroja predicciones interesantes sobre (i) la morfología de los nombres respectivos, (ii) la distribución de la estructura argumental y (iii) el valor aspectual de la nominalización. Como ya hemos mencionado al sintetizar el contenido del capítulo 3, los estados de nivel 1 se expresan típicamente como nombres no derivados (*faltar* > *falta*, *pesar* > *peso*, *sobrar* > *sobra*), puesto que la estructura que lexicalizan, SRcc, es de carácter no verbal. En cambio, tanto los estados de nivel 2 como algunos estados davidsonianos presentan morfología deverbal (v.g. *entender* > *entendimiento*, *conocer* > *conocimiento*; *preocupar* > *preocupación*, *cubrir* > *cubrimiento*), toda vez que la estructura que estos predicados lexicalizan es de naturaleza estrictamente verbal (SInicio, SProceso) y debe, si queremos expresarla nominalmente, atravesar un cambio categorial cuya marca morfológica es típicamente un afijo derivativo (-*miento*, -*ción*, etc.). Respecto de la distribución de la estructura argumental, vemos que en aquellos casos donde no encontramos un proceso de cambio categorial, la disposición jerárquica de los argumentos que exhibe la variante oracional se preserva intacta en el dominio nominal (v.g. *Juan ama a su madre* > *El amor de Juan por su madre*, *Faltan recursos en la universidad* > *La falta de recursos en la universidad*). En contraste, si el predicado verbal ha tenido que cambiar de categoría, típicamente se atestigua la cancelación del argumento externo y la expresión del argumento interno como genitivo (*de*-SD), fenómeno ya familiar en el estudio de las nominalizaciones eventivas (v.g. *El ejército destruyó la ciudad* > *La destrucción de la ciudad (por parte del ejército)*, *Los sabios conocen la verdad* > *El conocimiento de la verdad (por parte de los sabios)*). Finalmente, existen algunos contextos que apuntan a

diferencias aspectuales entre los nombres de estado puro y los nombres de estado davidsoniano. De este modo, solo los últimos admiten la forma plural con facilidad (v.g. \**Las continuas faltas de recursos en la universidad*, frente a *Los continuos bloqueos de una salida diplomática*).

En síntesis, las propuestas desarrolladas en esta tesis permiten reunir bajo unos pocos principios y operaciones un conjunto relativamente amplio de fenómenos que de otro modo no hallarían una conexión común evidente. De este modo, la estructura de (1), sumada a los supuestos teóricos que la sustentan, permite dar cuenta no solo de los diversos tipos de estado que se encuentran en una lengua como el español, sino relacionar de modo simple estos predicados con otras categorías aspectuales bajo distintos planos de análisis gramatical. Como hemos mencionado al inicio de estas conclusiones, nuestra propuesta conduce a la idea de que la estatividad no es un primitivo con el que la gramática opere de forma directa, sino un resultado interpretativo que se obtiene siempre que encontremos relaciones entre entidades y propiedades sin cambio. Sin embargo, la “proliferación” de tipos de estado que esta definición simple admite puede verse restringida y predicha sobre la base de unos principios sintácticos y semánticos unificados. En particular, los niveles que soportan estados poseen una justificación independiente que vuelve natural su aparición en la gramática, con independencia de que los empleemos para denotar estados. Un ejemplo llamativo de ello es la proyección SInicio. Aunque su función original es introducir un argumento externo, en ausencia de SProc, SInicio no puede heredar la variable eventiva introducida por aquella proyección, por lo que su semántica pasa a ser equivalente a la de un estado puro.

### **Problemas pendientes y líneas de investigación futuras**

El análisis que hemos propuesto nos ha obligado, como se observa en §2.7, a adoptar ciertas asunciones teóricas y a concentrarnos en ciertos problemas empíricos en lugar de otros que, en principio, también hubiesen merecido nuestra atención. Quisiéramos apuntar, finalmente, los problemas para los que nuestro estudio no ofrece una respuesta clara y que abren, así, futuras vías de investigación.

1. *Logros y predicados puntuales*: La idea de que la huella temporal de un evento es siempre extensa nos ha permitido derivar un buen número de consecuencias empíricas que afectan a las distintas clases de estados en español. Sin embargo, el costo de adoptar dicho postulado radica en que perdemos un modo directo de formalizar predicados eventivos puntuales, es decir, los logros tal como los analiza Piñón (1997). Nos hemos referido a este problema incidentalmente en distintas ocasiones a lo largo de esta tesis. Esta incompatibilidad abre distintas opciones que una investigación futura puede considerar. Si queremos mantener el supuesto de que los eventos abarcan tiempo, existen, *a priori*, dos alternativas. O bien los logros no son, contra Piñón (1997), genuinamente puntuales; o bien la formulación de los logros difiere de la representación dada, mediante <e>, para los eventos extensos.

La primera alternativa recoge análisis ya conocidos en la bibliografía. Así, por ejemplo, Pustejovsky (1991) colapsa en el término *transiciones* los logros y las realizaciones vendlerianos, bajo el supuesto de que un logro no es más, en rigor, que una realización “muy breve”. Si, en cambio, quiere adoptarse una diferencia ontológica genuina entre instantes e intervalos como la emprendida por Piñón, esta reducción no es posible. La cuestión depende, en última instancia, de que la posibilidad teórica que abre la identificación de átomos puntuales de tiempo coincida empíricamente con una cierta clase de predicados (los logros). Si suponemos que los criterios gramaticales seguidos por Piñón son a este respecto suficientes, entonces debemos explorar la segunda opción. En ella, podemos barajar, a su vez, distintas alternativas. La opción más cercana al propio análisis de Piñón consiste en introducir un operador de aspecto externo que sirva como verbo de ascenso y que tome como complemento un verbo eventivo (temporalmente extenso). Así, de *Juan fue hacia casa* podemos derivar *Juan terminó de ir a casa*, donde el verbo *terminar* toma el sujeto del predicado *ir* y designa un límite puntual en el que dicha acción termina. El mismo contenido puede expresarse sintéticamente, no obstante, mediante el verbo *llegar* (v.g. *Juan llegó a casa*).

Una segunda alternativa consiste en emplear las proyecciones temporalmente no extensas de la primera fase (SInicio y SR), que en esta tesis hemos usado para modelar estados, y añadirles una restricción de puntualidad. Nótese que hemos asumido que un estado *puede ser evaluado* en puntos de tiempo, pero no que *debe* restringirse a un punto de tiempo en particular. De este modo, necesitaríamos una restricción conceptual adicional, que no sería incompatible, sin embargo, con las propiedades temporales de SInicio y SR. Adicionalmente, la posición que estas proyecciones guardan respecto de Proceso casaría de forma natural con el esquema temporal de Piñón, en el que el *cuerpo* de un suceso va acompañado de un *suceso de límite* inicial y un suceso de límite final, ambos carentes de extensión. La consecuencia de este análisis radicaría en renunciar a la idea de que los logros son eventivos (puesto que carecerían del argumento <e> introducido en Proceso), y pasarían, en cambio, a entenderse como “estados puntuales”. Una posibilidad similar, basada en el diagnóstico de ausencia de dinamicidad en los logros, puede encontrarse en Marín y McNally (2011), o Marín (2013).

2. *Unificación del concepto de estado davidsoniano*: El problema del grado dinamicidad ha sido respondido en buena medida con la existencia de una categoría intermedia entre la plena dinamicidad y la plena estatividad: los estados davidsonianos o de intervalo. Sin embargo, el uso que hemos dado a esta categoría depende de nuestras asunciones teóricas y solo de modo secundario se relaciona con el concepto del mismo nombre introducido por Maienborn (2003, 2005). En el contexto de nuestro estudio, tales estados reciben el nombre de *davidsonianos* porque incluyen una variable eventiva, aunque las consecuencias empíricas de esta caracterización dependen en mayor medida del supuesto de que la huella temporal del evento es siempre extensa que de los criterios empíricos adoptados por la autora

citada. Por ello, podemos denominarlos, siguiendo a Dowty (1979), *estados de intervalo*, y considerar, en el contexto específico de estas asunciones, que ambas denominaciones son equivalentes. Dicha estrategia abre la posibilidad de que, de acuerdo con los criterios gramaticales de Maienborn (2005), ciertos predicados se clasifiquen como estados davidsonianos, mientras que, de acuerdo con nuestros criterios, pertenezcan al grupo de los estados puros/kimianos, o viceversa.

Un ejemplo de ello puede corresponder a los VPEO de acusativo. Un verbo como *preocupar* rechaza normalmente modificadores de lugar (v.g. ??*Juan preocupa a su madre en el despacho*), lo que indica que es un estado puro/kimiano; sin embargo, rechaza también lecturas modales epistémicas y acepta la forma progresiva (v.g. *Juan preocupará a su madre*, *Juan está preocupando a su madre*), indicio, para nosotros, de que se trata de un estado davidsoniano/de intervalo. Esta discrepancia de resultados puede ser atendida desde dos ángulos. En primer lugar, puede ser el caso que ambos criterios discriminen, simplemente, clases naturales distintas. En tal caso habría más grados de estatividad de los que en principio creíamos, y correspondería, en consecuencia, fijar mejor los resultados empíricos y establecer términos adecuados para cada clase así distinguida. Una segunda alternativa, por otra parte, sería evaluar, de acuerdo con algún criterio de simplicidad y de congruencia empírica, el valor que cada una de las pruebas tiene, asignando la correcta interpretación que cada una de ellas tiene en función de las propiedades que genuinamente identifica. Por ejemplo, es probable que el valor de la prueba basada en los modificadores locativos dependa, como indica Ernst (2011), de factores pragmáticos adicionales, por lo que emplearla como reflejo directo de la estructura sintáctica de los verbos sea inadecuado; o bien que, a la luz de consideraciones teóricas o empíricas adicionales, el supuesto de que la huella temporal de un evento es siempre extensa demuestre estar desencaminado, de modo que no podamos correlacionar la presencia de <e> con la validez en intervalos. Estas cuestiones demandan una investigación cuidadosa, en la que haya suficiente armonía entre las asunciones teóricas y los criterios empíricos.

3. *Nominalizaciones, categorías y estados*: Al margen de la aplicación de la estructura de la frase verbal al estudio de determinados grupos de nominalizaciones de estado, que hemos emprendido en el capítulo 5 de esta tesis, posee interés efectuar un estudio más amplio de la relación entre categorías y estatividad. De nuestro estudio se desprende que la estatividad no es un primitivo codificado en proyecciones funcionales exclusivamente verbales, por lo que, en principio, podemos adelantar la hipótesis de que distintas categorías sintácticas poseerán correlatos de lo que conceptualmente denominamos estado, sin que necesariamente deba darse una relación de herencia entre ellas. En este ámbito, tiene particular interés, por ejemplo, indagar en la relación entre nominalizaciones estativas deverbales y nominalizaciones deadjetivales (v.g. *bello* > *belleza*), toda vez que la predicación asociada con los adjetivos es prioritariamente estativa. Algunos trabajos en esta

dirección son Jaque (2010b, 2012), Roy (2010) y diversos trabajos que se sintetizan en Marín (2013).

4. *La oposición entre estados IL y SL*: Siguiendo la clasificación de Maienborn (2005), hemos asumido que tanto los estado IL como los SL corresponden a estados puros/kimianos. Dicha caracterización es coherente con nuestros criterios empíricos (los estados SL no demuestran, bajo ninguna de nuestras pruebas, poseer duración intrínseca). Sin embargo, no hemos proporcionado ningún análisis explícito de la naturaleza de esta oposición. Sabemos, por una parte, que hay criterios para distinguir ambos tipos de estado puro (cf. Gumiel y Pérez 2012, Marín 2013, para una revisión reciente) y, por otra, que esa distinción no depende necesariamente del nivel de representación (cf. Husband 2010). El único nivel que positivamente puede caracterizarse como estado SL es la forma progresiva, según hemos expuesto en §3.3.5. De este modo, una vía interesante de análisis consiste en indagar las condiciones que desencadenan, en estados de nivel SInicio y SRcc, una lectura de IL o SL, y en qué medida estas pueden remitirse a factores semánticos, pragmáticos o sintácticos.
5. *Otros niveles de estatividad*: Si bien la identificación de niveles de representación de estados pretende, por lo que respecta a la primera fase sintáctica o frase verbal, ser exhaustiva, nada impide que existan más contextos en la fase del aspecto externo que puedan interpretarse como estados. En este dominio, hemos identificado la forma progresiva y el Aspecto Habitual, y nos hemos referido incidentalmente al perfecto. De acuerdo con diversos autores (cf. Parsons 1990, Katz 2003, Portner 2011), el perfecto debe ser tratado como una forma estativizadora. En español, esta caracterización debe afrontar la variación dialectal a que está sujeta esta forma del paradigma verbal. Posee interés, no obstante, analizar qué usos del perfecto corresponden efectivamente a lecturas estativas y qué mecanismos lo habilitan para ello.
6. *Variación interlingüística y dialectal*: Algunos de los juicios de gramaticalidad que hemos empleado como base de nuestro análisis son sutiles y no siempre, hasta donde hemos podido comprobar, poseen un carácter unánime entre los hablantes. Así, aunque de acuerdo con un buen número de hablantes el verbo *brillar* ofrece, en futuro simple, una lectura exclusivamente temporal (v.g. *El sol brillará* (??*porque veo mucha gente con gafas oscuras*)), algunos hablantes admiten sin problemas una lectura epistémica. Normalmente, estos mismos hablantes reconocen que la lectura epistémica se encuentra bastante más accesible si primero se aplica la forma progresiva (v.g. *El sol estará brillando*). La atribución de duración intrínseca a un verbo como *brillar* (y, a partir de allí, la asignación de una variable <e> en su representación sintáctica) depende de juicios tales como el rechazo de lecturas epistémicas. Dado que el carácter de esta tesis es fundamentalmente teórico, los juicios de gramaticalidad adoptados como válidos se encuentran simplificados, una vez que admitimos que fuesen sólidos. Sin embargo, una interesante línea de investigación consiste en indagar si existe una variación sistemática en el tipo de

juicios de gramaticalidad que poseen los hablantes en ciertos casos “límite”, mediante pruebas psicolingüísticas evaluadas con criterios estadísticos. Esto tiene intereses teóricos que van más allá de la evaluación empírica de la propuesta. Así, hemos visto que en sueco (Lundquits 2011, véase §3.2.3.5) podemos coordinar con el presente de habla predicados no estrictamente homogéneos; así, una secuencia como *Los niños jugarán en el parque* puede recibir una lectura epistémica. Esto significa que el sistema de coordinación entre el tiempo de la eventualidad, el tiempo de referencia y el tiempo de habla puede ser sensible o no a la distinción entre validez en puntos de tiempo y validez en intervalos. Si existen variaciones de este tipo al interior de una misma lengua, resulta interesante estimar qué consecuencias tiene ello para la microparametrización del sistema de codificación temporo-aspectual.

7. *Consecuencias teóricas de la reducción de clases aspectuales*: Una de las conclusiones teóricas de nuestro estudio, como hemos mencionado al inicio de este capítulo, es que la estatividad es un “epifenómeno” y no un elemento con el que la gramática opere directamente en la computación sintáctico-semántica. De este modo, aunque el *concepto* de estado sea relativamente simple, puede descomponerse en elementos más básicos cuyo impacto gramatical sí tiene consecuencias de cierta complejidad empírica. La línea de investigación que hemos seguido corresponde, por tanto, a la identificación, a partir de un concepto expresado lingüísticamente, de cuáles son los elementos genuinamente relevantes desde un punto de vista gramatical. Hemos visto, así, que nociones tales como intervalo, propiedad y entidad sí son manejadas por las proyecciones funcionales de una lengua, dando lugar a los fenómenos que hemos visto con detalle en los capítulos precedentes. Más allá del dominio restringido de la estatividad, tiene interés identificar este tipo de primitivos, que enseñan cómo el lenguaje, a partir de un conjunto limitado de elementos y unos principios restringidos de combinación, da lugar a la riqueza conceptual que las lenguas particulares evidencian. Este objetivo mayor involucra la coordinación interdisciplinaria de distintas áreas de trabajo (semántica, sintaxis, morfología, junto a los sistemas de actuación), cuyos resultados deben ser legibles los unos a los otros, tal como cabe suponer que opera el conocimiento lingüístico en la mente de los hablantes.

## Referencias bibliográficas

- ADGER, D. (2003): *Core Syntax. A Minimalist Approach*. Oxford, Oxford University Press.
- ADGER, D. y G. RAMCHAND (2003): "Predication and equation". *Linguistic Inquiry* 34, pp. 325-359.
- \_\_\_\_\_ (2008): "Psych Nouns and Predication", ms. Disponible en <http://ling.auf.net/lingbuzz/000257> [recuperado: 10.06.13].
- ALEXIADOU, A. (2001): *Functional Structure in Nominals: Nominalization and Ergativity*. Amsterdam, John Benjamins.
- \_\_\_\_\_ (2010): "Statives and nominalization". *Workshop on Nominalizations 2010, Jenom 3*. París 8, 17-18.06.2010.
- \_\_\_\_\_ (2012): "Statives and nominalization". *Recherches Linguistiques de Vincennes* 40, pp. 25-52.
- ALEXIADOU, A., M. A. CANO, G. IORDACHIOAIA, F. MARTIN & F. SCHÄFER (en prensa): "The realization of external arguments in derived nominals", *Journal of Comparative Germanic Linguistics*.
- ANDERSON, R. (1979): "Evolution of the Past Tense in Romance", *Studia Linguistica*, 33, pp. 120-129.
- ANDREWS, A. (1990): "Unification and morphological blocking". *Natural Language & Linguistic Theory* 8-4, pp. 507-557.
- ARAD, M. (1998): "Psych Notes", en J. Harris y C. Iten (eds.) *UCL Working Papers in Linguistics* 10, Londres, University College, pp. 203-223.
- \_\_\_\_\_ (1999): "What Counts as a Class? The Case of Psych Verbs", *MIT Working Papers in Linguistics* 35, *Papers from the UPenn/MIT Roundtable on the Lexicon*, pp. 1-23.
- ARCHE, M. J. (2006): *Individuals in Time. Tense, aspect and the individual/stage distinction*. Amsterdam/Philadelphia, John Benjamins.
- ARMSTRONG, D. M. (1978): *Universals and Scientific Realism*. Cambridge University Press.
- ARNOTT, D. W. (1970): *The Nominal and Verbal Systems of Fula*. Oxford, Clarendon Press.
- ARONOFF, M. (1976): *Word formation in Generative Grammar*. Cambridge, MIT Press.
- ASHER, N. (1993): *Reference to Abstract Objects in Discourse*. Dorcrecht, Kluwer.



- BACH, E. (1986): "The Algebra of Events", *Linguistics and Philosophy* 9, pp. 5-16.
- BALVET, A., L. BARQUE, M. CONDETTE, P. HAAS, R. HUYGHE, R. MARIN & A. MERLO (2012): « La ressource Nomage. Confronter les attentes théoriques aux observations du comportement linguistique des nominalisations en corpus ». *Traitement Automatique des Langues (TAL)*, 52(3), pp. 129-152.
- BAKER, M. (1988): *Incorporation: a theory of grammatical function changing*. Chicago, University of Chicago Press.
- \_\_\_\_\_ (2003): *Lexical Categories. Verbs, Nouns and Adjectives*. Cambridge, Cambridge University Press.
- BAKER, M. & N. VINOKUROVA (2009): "On agent nominalizations and why they are not like event nominalizations". *Language*, 85, pp. 517-556.
- BARQUE, L., R. HUYGHE, A. JUGNET & R. MARÍN (2009): "Two types of deverbal activity nouns in French". *Proceedings of the 5th International Conference on Generative Approaches to the Lexicon*, Pisa, pp. 169-175.
- BARQUE, L., A. FABREGAS & R. MARIN (2012): « Les noms d'état psychologique et leur 'objets': étude d'une alternance sémantique ». *Lexique* 20, P.U.S., pp 21-41.
- BEARD, R. (1995): *Lexeme-morpheme base morphology*. Albany, NY: SUNY Press.
- BELLO, A. ([1847]): *Gramática de la Lengua Castellana destinada al uso de los americanos*, edición de Ramón Trujillo, Madrid, Arco-Libros, 1988.
- BENNETT, M. y B. PARTEE ([1978]): "Toward the Logic of Tense and Aspect in English", en B. Partee (comp.) (2004) *Compositionality in Formal Semantics. Selected Papers by Barbara H. Partee*. Blackwell, pp. 59-109.
- BENVENISTE, E. ([1960]): « 'Être' et 'avoir' dans leurs fonctions linguistiques ». *Bulletin de la Société de Linguistique*, LV. [Reimpreso en E. Benveniste (1968), *Problèmes de linguistique générale*, pp. 187-207.]
- BERTINETTO, P. M. ([1994a]): "Statives, Progressives, Habituals", *Linguistics*, 32, pp. 391-423. [Reproducido en traducción española como "Estativos, progresivos, habituales", en L. G. Fernández & B. Camus Bergareche (eds.) (2004) *El pretérito imperfecto*, Madrid, Gredos, pp. 273-316.]
- \_\_\_\_\_ (1994b): "Le perifrasi abituali in italiano ed in inglese", *Quaderni del Laboratorio di Lingüística*, 8, pp. 32-41.
- BERTINETTO, P. M. y A. LENCI (2012): "Habituality, Pluractionality and Imperfectivity", en R. Binnick (ed.) (2012): *The Oxford Handbook of Tense and Aspect*, Oxford University Press, pp. 852-880.

- BICKERTON, D. (1974): "Creolization, Linguistic Universals, Natural Semantax and the Brain". *University of Hawaii Working Papers in Linguistics* 6(3), pp. 124-141.
- BINNICK, R. I. (ed.) (2012): *The Oxford Handbook of Tense and Aspect*. Oxford, Oxford University Press.
- BITTNER, M. (2003): "Word order and incremental update". *Proceedings of the Chicago Linguistics Society*, 39, pp. 634-664.
- \_\_\_\_\_ (2008): "Aspectual universals of temporal anaphora", en S. Rothstein (ed.), *Theoretical and crosslinguistic approaches to the semantics of aspect*, Amsterdam, John Benjamins, pp. 349-385.
- BOLINGER, D. (1971): "The Nominal in the Progressive". *Linguistic Inquiry*, 2.2, pp. 246-250.
- BORER, H. (2005): *Structuring sense. Volume II. The Normal Course of Events*. Oxford, Oxford University Press.
- \_\_\_\_\_ (2012): "In the Event of a Nominal", en M. Everaert, M. Marelj y T. Siloni (eds.) *The Theta System: Argument Structure at the Interface*, Oxford, Oxford University Press, pp. 103-150.
- BOSQUE, I. (1989): *Las categorías gramaticales. Relaciones y diferencias*, Madrid, Síntesis.
- \_\_\_\_\_ (1990): "Sobre el aspecto en los adjetivos y participios", en I. Bosque (ed.) *Tiempo y aspecto en español*, Madrid, Cátedra, pp. 177-214.
- \_\_\_\_\_ (1996): "Preposición tras preposición", en M. Almeida & J. Dorta (eds.) *Contribuciones al estudio de la lingüística hispánica: Homenaje a Ramón Trujillo*, Tenerife, España, Montesinos, pp. 114-145.
- BOSQUE, I. & DEMONTE, V. (1999): *Gramática descriptiva de la lengua española*. Madrid: Espasa.
- BOSQUE, I. & P. MASULLO (1998): "On verbal quantification in Spanish", en O. Fullana & F. Roca (eds.) *Studies on the Syntax of Central Romance Languages*, Girona, Universitat de Girona, pp. 9-63.
- BOWERS, J. (1993): "The Syntax of Predication", *Linguistic Inquiry* 24-4, pp. 591-656.
- BRINTON, L. J. (1987): "The Aspectual Nature of States and Habits", *Folia Linguistica* 21, pp. 195-214.
- \_\_\_\_\_ (1988): *The development of English Aspectual Systems*, Cambridge, Cambridge University Press.

- BRUCART, J. (2010): “La alternancia *ser/estar* y las construcciones atributivas de localización”. *Actas del V Encuentro de gramática generativa*, 29-31.07.2013, Universidad Nacional de Comahue, Río Negro, Argentina, pp. 115-152.
- BYBEE, J. & DAHL, Ö. (1989): “The Creation of Tense and Aspect Systems in the Languages of the World”. *Studies in Language* 13.1, pp. 51-103.
- BYBEE, J., R. PERKINS & W. PAGLIUCA (1994): *The Evolution of Grammar. Tense, Aspect, and Modality in the Languages of the World*. Chicago & London, University of Chicago Press.
- BURZIO, L. (1986): *Italian Syntax: a government-binding approach*. Dordrecht, Reidel.
- CAHA, P. (2009): *The Nanosyntax of Case*. Tesis doctoral. Universidad de Tromsø.
- CAHA, P. (2010): “The parameters of case marking and spell-out driven movement”, en J. Van Craenenbroeck (ed.) *Linguistic Variation Yearbook 2010*. John Benjamins.
- CANO, M. A. (2013): *Las derivaciones en –nte y –dor: Estructura argumental y complejidad sintáctica en una morfología neoconstruccionista*. Tesis doctoral. Universidad Autónoma de Madrid.
- CANO, M. A. & M. JAQUE (2011): “On the aspectual interpretation of deverbal formations in Spanish: weak and strong patterns of suffixation”, en *The 4<sup>th</sup> Workshop on Nominalizations*, Stuttgart, Alemania.
- \_\_\_\_\_ (2012): “Niveles de estatividad en español en la derivación morfológica deverbal”, en *XLI Simposio de la Sociedad Española de Lingüística*, Universitat de València, 31.01–03.02.2012.
- \_\_\_\_\_ (2013): “Levels of Stativity in Deverbal Derivation in Spanish: the Case of –nte Adjectives and –ncia Nouns”, en *Morphology and its Interfaces*, 12-13.09.13, Lille, Francia.
- CARLSON, G. (1977a): *Reference to Kinds in English*. Tesis doctoral, University of California.
- \_\_\_\_\_ (1977b): “A Unified Analysis of the English Bare Plural”. *Linguistics and Philosophy*, 1, pp. 413-58.
- \_\_\_\_\_ (2012): “Habitual and Generic Aspect”, en Binnick, Robert I. (ed.) *The Oxford Handbook of Tense and Aspect*, Oxford University Press, 828-851.
- CARLSON, G. & F. J. PELLETIER (1995): *The Generic Book*. Chicago y Londres, University of Chicago Press,.
- CARRASCO, A. (ed.) (2011): *Sobre estados y estatividad*. LINCOM Studies in Theoretical Linguistics.

- CASATI, R. y A. VARZI (eds.) (1996): *Events*. Dartmouth: Aldershot, Brookfield USA, Singapore, Sydney.
- \_\_\_\_\_ (1999): *Parts and Places*. Cambridge, MA, MIT Press.
- CHIERCHIA, G. (1985): "Formal semantics and the grammar of predication". *Linguistic Inquiry* 16, pp. 417-443.
- \_\_\_\_\_ (1989): "A semantics for unaccusatives and its syntactic consequences", Ms., Cornell University, Ithaca, Nueva York.
- \_\_\_\_\_ (1998): "Reference to Kinds Across Languages", *Natural Language Semantics* 6, pp. 339-405.
- CHIERCHIA, G. & R. TURNER (1988): "Semantics and property theory", *Linguistics and Philosophy* 11, pp. 261-302.
- CHOMSKY, N. (1970): "Remarks on Nominalizations", en R. Jacobs & P. Rosenbaum (eds.) *Readings in English Transformational Grammar*, Washington, DC: Georgetown University Press. [Citado por la version española de V. Sánchez Zabala, en V. Sánchez (comp.) (1974) *Semántica y sintaxis en la lingüística transformatoria*, 1, Madrid, Alianza, pp. 133-187.]
- \_\_\_\_\_ (1981): *Lectures on Government and Binding*. Dordrecht, Foris.
- \_\_\_\_\_ ([1995]): *The Minimalist Program*. Cambridge, MA, MIT Press. [Citado por la versión española de J. R. Morales (1998), Madrid, Alianza.]
- \_\_\_\_\_ (1998): "Minimalist Inquiries: the Framework". *MIT Occasional Papers in Linguistics* 15: 1, pp. 1-56.
- \_\_\_\_\_ (2001): "Derivation by Phase", en M. Kenstowicz (ed.) *Ken Hale: A Life in Language*, Cambridge, MIT Press, pp. 1-52.
- CHUNG, I. (2007): "Suppletive negation in Korean and Distributed Morphology", *Lingua* 117-1, pp. 95-148.
- CHUNG, S. y J. MCCLOSKEY (1987): "Government, barriers, and small clauses in Modern Irish". *Linguistic Inquiry* 18: 2, pp. 173-237.
- CINQUE, G. (1999): *Adverbs and Functional Heads*. Nueva York, Oxford University Press.
- COLL-FLORIT, M. (2009): *La modalitat de l'acció. Anàlisi empírica, reformulació teòrica i representació computacional*. Tesis doctoral, Universitat Oberta de Catalunya, Barcelona.
- COMRIE, B. (1976): *Aspect*. Cambridge, Cambridge University Press.

- CONDORAVDI, C. (2002): "Temporal interpretation of modals: modals for the present and for the past", en D. Beaver, S. Kaufmann, B. Clark, and L. Casillas (eds.), *The construction of meaning*, CSLI, pp. 59-88.
- CRESTI, D. (1990): "A Unified View of Psych-Verbs in Italian", en K. Dziwirek, P. Farrel & E. Mejias-Bikando (eds.) *Grammatical Relations: A Cross-Theoretical Perspective*, CSLI Publications, Stanford CA, pp. 59-81.
- CROFT, W. & D. CRUSE (2004): *Lingüística cognitiva*. Madrid, Akal.
- DAHL, O. (1985): *Tense and Aspect Systems*. Oxford, Blackwell.
- DAVIDSON, D. (1967): "The logical form of action sentences", en *The Logic of Decision and Action*. Pittsburgh PA, Pittsburgh University Press, pp. 81-95.
- DE HOOP, H. (1992): *Case Configurational and Noun Phrase Interpretation*, (Groningen Dissertations in Linguistics). Groningen, University of Groningen. [Publicado por Garland, New York, 1997.]
- DEAÑO, A. (1974): *Introducción a la lógica formal*. Madrid, Alianza.
- DEMONTÉ, V. y P. J. MASULLO (1999): "La predicación: los complementos predicativos", en I. Bosque y V. Demonté (dirs.) (1999), cap. 38, pp. 2461-2523.
- DEMIRDACHE, H. & URIBE-ETXEBARRIA, M. (2000): "The Primitives of Temporal Relations", en R. Martin et al. (eds.) *Step by Step. Essays on Minimalist Syntax in Honor of Howard Lasnik*, Cambridge, MA: MIT Press, pp. 157-186.
- DI SCIULLO, A. M. & E. WILLIAMS (1987): *On the Definition of Word*. Cambridge, MA: MIT Press.
- DIXON, R. (1979): "Ergativity", *Language*, 55, pp. 59-138.
- \_\_\_\_\_ (1994): *Ergativity*. Cambridge University Press.
- DOWTY, D. ([1977]): "Towards a Semantic Analysis of Verb Aspect and the English 'Imperfective' Progressive". *Linguistics and Philosophy*, 1, pp. 45-77. [Reimpreso en P. Portner y B. Partee (eds.) (2002): *Formal Semantics: The Essential Readings*. Oxford: Blackwell, pp. 261-288]
- DOWTY, D. (1979): *Word Meaning and Montague Grammar*. Dordrecht, Reidel.
- DOWTY, D., R. WALL & S. PETERS (1981): *Introduction to Montague Semantics*. Dordrecht, Reidel.
- EGUREN, L. (2012): "La Morfología Distribuida y el Programa Minimista", en A. Fábregas, E. Feliú, J. Martín & J. Pazó (eds.) *Los límites de la morfología*.

- Estudios ofrecidos a Soledad Varela Ortega*, Madrid, UAM Ediciones, pp. 161-176.
- EMBICK, D. y R. NOYER (2007): “Distributed Morphology and the Syntax-Morphology Interface”, en G. Ramchand & C. Reiss (eds.) *The Oxford Handbook of Linguistic Minimalism*. Oxford, Oxford University Press, pp. 289-324.
- ERNST, T. (2011): “Modification of State Predicates”, ejemplario, en *MDF 2011*, 15.12.2011, CCHS (CSIC), Madrid.
- ESCANDELL, M. V. (2004): *Fundamentos de semántica composicional*. Ariel, Barcelona.
- FÁBREGAS, A. (2007): “The Exhaustive Lexicalization Principle”, en M. Basic, M. Pantcheva, M. Son & P. Svenonius (eds.) *Tromsø Working Papers on Language and Linguistics: Norlyd 34.2, Special issue on Space, Motion, and Result*,. Universidad de Tromsø, CASTL, pp. 165-199. [Disponible en <http://www.ub.uit.no/baser/norlyd/>.]
- \_\_\_\_\_ (2010): “A syntactic account of affix rivalry in Spanish nominalizations”, en A. Alexiadou & M. Rathert (eds.), *The syntax of nominalizations across languages and frameworks*, Berlin, Mouton de Gruyter, pp. 67-92.
- \_\_\_\_\_ (2013a): “Argument structure and morphologically underived nouns in Spanish and English”. *Lingua*.
- \_\_\_\_\_ (2013b): “Towards a Syntactic Account of Affix Combinations: From Nouns to Adjectives and Vice Versa”. *Cambridge Scholars Publishing*, pp. 95-123.
- FÁBREGAS, A. & R. MARÍN (2012a): “The role of Aktionsart in deverbal nouns: State nominalizations across languages”. *Journal of Linguistics* 48, pp 35-70.
- \_\_\_\_\_ (2012b): “State nouns are Kimian states”, en Franco, Irene, Sara Lusini and Andrés Saab (eds.), *Romance Languages and Linguistic Theory 2010: Selected papers from 'Going Romance' Leiden 2010* . 2012, pp. 41–64.
- FÁBREGAS, A. & R. MARÍN (2013): “Entre estados y eventos: un análisis construccionista de las actividades no dinámicas”. *XLII Simposio de la Sociedad Española de Lingüística* 21-25.01.2013.
- \_\_\_\_\_ (en prensa, a): “Deriving individual-level and stage-level psych verbs”. *The Linguistic Review*.
- \_\_\_\_\_ (en prensa, b): “Differentiating eventivity from dynamicity: the Aktionsart of Davidsonian sate verbs”.
- FÁBREGAS, A., R. MARÍN & L. McNALLY (2012): “From psych verbs to nouns”, en V. Demonte & L. McNally (eds.) *Telicity, Change and State: A Cross-Categorical View of Event Structure*, Oxford, Oxford University Press, pp. 162-184.

- FÁBREGAS, A., E. FELIÚ, J. MARTÍN & J. PAZÓ (eds.) (2012): *Los límites de la morfología. Estudios ofrecidos a Soledad Varela Ortega*. Madrid, UAM ediciones.
- FAGERLI, O. (1994): "Verbal Derivations in Fulfulde". Tesis doctoral. University of Trondheim.
- FERNÁNDEZ, F. (1999): *Las perífrasis verbales en el español actual*. Madrid, Gredos.
- FERNÁNDEZ-SORIANO, O. (1999): "Two Types of Impersonal Sentences in Spanish: Locative and Dative Subjects". *Syntax* 2:2, pp. 101-140.
- FODOR, J. (1970). "Three Reasons for not Deriving *Kill* from *Cause to Die*". *Linguistic Inquiry* 1, pp. 429-438.
- FOLLI, R. & H. HARLEY (2006): "Waltzing Matilda". *Studia Linguistica* 60, pp. 1-35.
- \_\_\_\_\_ (2007): "Causation, obligation and argument structure: On the nature of little *v*". *Linguistic Inquiry* 38, pp. 197-238.
- FRANCO, J. (1991): "Spanish Object Clitics as Verbal Agreement Morphemes", *MIT Working Papers in Linguistics* 14, pp. 99-113.
- FREEZE, R. (1992): "Existentials and Other Locatives". *Language* 68: 3, pp. 553-595.
- GALLEGO, A. (2012): "A Note on Cognate Objects: Cognation as Doubling". *Nordlyd* 39.1, pp. 95-112.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, L. & B. CAMUS (eds.) (2004): *El pretérito imperfecto*. Madrid, Gredos.
- GAVIS, W. (1998): *Stative verbs in the progressive aspect: A study of semantic, pragmatic, syntactic and discourse patterns*. Tesis doctoral, Columbia University Teachers College.
- GENNARI, S. (2002): "Spanish past and future tenses: Less (semantics) is more". En Javier Gutiérrez-Rexach (ed.). *From words to discourse: Trends in Spanish semantics and pragmatics*. Amsterdam, Elsevier, pp. 21-36
- GIANNAKIDOU, A. & J. MARCHANT (1999): "Why Giannis can't scrub his plate clean: on the absence of resultative secondary predication in Greek", en A. Moser (ed.) *Greek Linguistics 1997: Proceedings of the 3<sup>rd</sup> International Conference on Greek Linguistics*. Atenas, Ellinika Grammata, pp. 93-103.
- GIANNAKIDOU, A. & M. RATHERT (eds.) (2009): *Quantification, Definiteness, & Nominalization*. Oxford, Oxford University Press.
- GILI GAYA, S. (1961): *Curso superior de sintaxis española*. Barcelona, Bibliograf.

- GIORGI, A. & F. PIANESI (1998): *Tense and Aspect: From Semantics to Morphosyntax*. New York, Oxford University Press.
- GLASBEY, S. (2001): “Progressives, States and Backgrounding”, en S. Rothstein (ed.) (2001), pp. 105-124.
- GODARD, D. & J. JAYEZ (1994): « Types nominaux et anaphores: le cas des objets et des événements ». *Cahiers Chronos* 1, pp. 41-58.
- GOLDMAN, A. (1970): *A Theory of Human Action*, New Jersey, Prentice-Hall.
- GÓMEZ VÁZQUEZ, D. & L. GARCÍA FERNÁNDEZ (2013): “Estados controlados”, en J. F. Val Álvaro, J. L. Mendiivil Giró, M. C. Horno Chéliz, I. Ibarretxe, A. Hijazo, J. Casas & I. Solano (eds.) *De la unidad del lenguaje a la diversidad de las lenguas. Actas del 10º Congreso Internacional de Lingüística General*. Servicio de Publicaciones, Universidad de Zaragoza, pp. 335-346.
- GUMIEL, S. & I. PÉREZ (2012): “La distinción *ser/estar* y la escalaridad de los adjetivos”. *XLI Simposio Internacional de la SEL*, Universidad de Valencia, 31.01–03.02.2012.
- GRIMSHAW, J. (1986): “Nouns, Arguments and Adjuncts”, ms. Brandeis University. [apud Zucchi 1993.]
- GRIMSHAW, J. (1990): *Argument Structure*. Cambridge, MIT Press.
- HAAS, P., R. HUYGHE & R. MARIN (2008): « Du verbe au nom : calques et décalages aspectuels », en J. Durand, B. Habert & B. Laks (eds.) *Congrès Mondiale de Linguistique Française (CMLF 08)*, Paris, pp. 2051-2065.
- HACQUARD, V. (2006): *Aspects of Modality*. Tesis doctoral, Massachusetts Institute of Technology, Cambridge, MA.
- HALE, K. (1984): “Notes on world view and semantic categories: Some Warlpiri examples”, en P. Muysken & H. van Riemsdijk (eds.) *Features and Projections*. Foris, Dordrecht, pp. 233-254.
- HALE, K. & S. J. KAYSER (1993): “On argument structure and the lexical expression of syntactic relations”, en K. Hale & S. J. Kayser (eds.) *The view from building 20*. Cambridge MA, MIT Press, pp. 53-109.
- \_\_\_\_\_ (1998): “The Basic Elements of Argument Structure”, en H. Harley (ed.). *MIT Working Papers in Linguistics 32, Papers from the UPenn/MIT Roundtable on Argument Structure and Aspect*. MIT, Cambridge, MA, pp. 73-118.
- \_\_\_\_\_ (1999): “Bound Features, Merge, and Transitivity Alternations”, en L. Pylkkänen et al. (eds.) *MIT Working Papers in Linguistics 35, Papers from the UPenn/MIT Roundtable on the Lexicon*. MIT, Cambridge, MA, pp. 49-72



- \_\_\_\_\_ (2002): *Prolegomenon to a Theory of Argument Structure*. Cambridge: The MIT Press.
- HALLE, M. (1973): "Prolegomena to a theory of word formation". *Linguistic Inquiry* 4:1, pp. 3-16.
- HALLE, M. & A. MARANTZ (1993): "Distributed Morphology and the Pieces of Inflection", en K. Hale & S. J. Keyser (eds.) *The View from Building 20: Essays in Linguistics in Honor of Sylvain Bromberger*. Cambridge, MA, MIT Press, pp. 111-76.
- HALLMAN, P. (2010): "Instantants and intervals in the event/state distinction". ms, UCLA. Disponible en <http://peterhallman.com/States.pdf> [recuperado: 15.06.13].
- HARLEY, H. (1995): *Subject, events and licensing*. Tesis doctoral, MIT.
- \_\_\_\_\_ (1997): "Events, agents and the interpretation of VP-shells", MS., University of Pennsylvania.
- \_\_\_\_\_ (2005): "How do verbs get their names? Denominal verbs, manner incorporation, and the ontology of verb roots in English", en T. Rapaport & N. Erteschik-Shir (eds.) *The Syntax of Aspect. Deriving Thematic and Aspectual Interpretations*. Oxford, Oxford University Press, pp. 42-64.
- \_\_\_\_\_ (2009): "The morphology of nominalizations and the syntax of vP", en A. Giannakidou & M. Rathert (eds.), pp. 321-343.
- \_\_\_\_\_ (2012): "Lexical decomposition in modern syntactic theory", en W. Hinzen, E. Machery & M. Werning (eds.) *The Oxford Handbook of Compositionality*. Oxford, Oxford University Press, pp. 328-350.
- HARRIS, A. (1984): "Inversion as a Rule of Universal Grammar: Georgian Evidence", en D. Perlmutter & C. G. Rosen (eds.) *Studies in Relational Grammar 2*. Chicago, The University of Chicago Press, pp. 259-291.
- HEIM, I. & A. KRATZER (1998): *Semantics in Generative Grammar*. Massachusetts, Blackwell.
- HEINE, B. (1997): *Cognitive Foundations of Grammar*. Oxford, Oxford University Press.
- HERNÁNDEZ DÍAZ, A. (2006): "Posesión y existencia. La competencia de *haber* y *tener* y *haber* existencial", en C. Company (ed.) *Sintaxis histórica de la lengua española*, vol. 2, cap. 12. Universidad Nacional Autónoma de México, Fondo de Cultura Económica.

- HERNANZ, M. L. (1988): “En torno a la sintaxis y la semántica de los complementos predicativos en español”. *Estudi General* 8, pp. 7-29.
- HERWEG, M. (1991): “A critical examination of two classical approaches to aspect”. *Journal of Semantics* 8, pp. 363-402.
- HIGGINBOTHAM, J. (1985): “On Semantics”. *Linguistic Inquiry*, 16, pp. 547-593.
- HUSBAND, E. M. (2010): *On the compositional nature of stativity*. Tesis doctoral. Michigan State University.
- HORNO CHÉLIZ, M. (2011): “Argumento eventivo, estados léxicos y enunciados estativos”, en A. Carrasco (ed.) *Sobre estados y estatividad*, Muenchen, LINCOM, pp. 63-82.
- HORNO CHÉLIZ, M. & J. CUARTERO OTAL (2011a): “Estados, estatividad y perífrasis”, en J. Cuartero Ota, L. García Fernández y C. Sinner (eds.): *Las relaciones entre el Tiempo, el aspecto y el Modo de Acción. Las perífrasis verbales*. Munich, Peniope.
- \_\_\_\_\_ (2011b): “Estructura subeventiva y tipos de estados”, *Actas del IX Congreso Internacional de Lingüística General* (Universidad de Valladolid, 21-23 de junio de 2010).
- HUYGHE, R. & R. MARIN (2007): « L'héritage aspectuel des noms déverbaux en français et en espagnol ». *Faits de Langues* 30, pp. 265-274.
- JACKENDOFF, R. (1983): *Semantics and Cognition*. Cambridge, Massachusetts, MIT Press.
- \_\_\_\_\_ (1990): *Semantic Structures*. Cambridge, Massachusetts, MIT Press.
- JAEGGLI, O. (1986): “Three Issues in the Theory of Clitics: Case, Doubled Nps, and Extraction”, en H. Borer (ed.) *The Syntax of Pronominal Clitics*. New York, Academic Press, pp. 15-42.
- JAQUE, M. (2010a): *Nominalizaciones de verbos estativos*. Trabajo de Máster. Servicio de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Madrid.
- \_\_\_\_\_ (2010b): “Verbos de estado y sus nominalizaciones. Una primera aproximación”. *Hesperia* XIII (II), pp. 101-115.
- \_\_\_\_\_ (2012): “Sobre las nominalizaciones de verbos de estado en el diccionario monolingüe español”, en *Actas del IV Congreso Internacional de Lexicografía Hispánica*. Universitat Rovira i Virgili.
- JAQUE, M. & J. MARTÍN (2012a): “Configurational constraints on non-eventive nominalizations in Spanish”, en *Norlyd* 39.1, número especial: K.

- Bentzen & A. Fábregas (eds.) *The Grammar of Objects*, Universidad de Tromsø, pp. 113-140.
- \_\_\_\_\_ (2012b): “Nominalizaciones con lectura no-eventiva: balance de los resultados”, en A. Fábregas, E. Feliú, J. Martín & J. Pazó (eds.), *Los límites de la morfología*. UAM Ediciones, Madrid, pp. 223-242.
- JOHNSON, K. (1996): “When Verb Phrases Go Missing”. *Glott International* 2: 5, pp. 3–9.
- KARTTUNEN, L. (1973): “Presupposition and linguistic context”, *Theoretical Linguistics* 1, pp. 181-194.
- KATZ, G. (1995): *Stativity, Genericity, and Temporal Reference*. Tesis doctoral. University of Rochester, Nueva York.
- \_\_\_\_\_ (2000): “Anti neo-Davidsonianism: against a Davidsonian semantics for state sentences”, en J. Pustejovsky & C. Tenny (eds.), *Events as Grammatical Objects. The converging perspectives of lexical semantics and syntax*. Stanford, CSLI, pp. 393-416.
- \_\_\_\_\_ (2003): “On the stativity of the English perfect”, en A. Alexiadou, M. Rathert & A. Von Stechow (eds.) *Perfect Explorations*. Berlin, Walter de Gruyter, pp. 205–234.
- KEARNS, K. (2003): “Durative achievements and individual-level predicates on events”. *Linguistics and Philosophy* 26(5), pp. 595-635.
- KAYNE, R. (1994): *The Antisymmetry of Syntax*. Cambridge, MA, MIT Press.
- \_\_\_\_\_ (2004): “Here and there”, en C. Leclère, E. Laporte, M. Piot & M. Silverstein (eds.) *Lexique, Syntaxe et Lexique-Grammaire/Syntax, Lexis & Lexicon-Grammar: Papers in Honor of Maurice Gross*. Amsterdam, John Benjamins, pp. 253-275.
- KENNY, A. (1963): *Action, Emotion and Will*. London, Routledge & Kegan Paul.
- KIM, J. (1976): “Events as property exemplifications”, en M. Brand & D. Walton (eds.), *Action Theory*. Dordrecht, Reidel, pp. 159-177. [Reimpreso en Casati y Varzi (eds.) (1999), pp. 117-135.]
- KIPARSKY, P. (1998): “Partitive case and aspect”, en W. Greuder & M. Butt (eds.) *The Projection of Arguments*. Stanford, CA, Center for the Study of Language and Information, pp. 265-307
- \_\_\_\_\_ (2005): “Gradience and telicity: The semantics of structural case in Finnish”. *Workshop zu Ehren von Manfred Bierwisch*, Berlin-Brandenburgische Akademie der Wissenschaften.

- KLEIBER, G. (1987): *Du côté de la référence verbale : les phrases habituelles*. Berna-Francfort-Nueva York-París, Peter Lang.
- KLEIN, W. (1994): *Time in Language*. London: Routledge.
- KRATZER, A. (1981): "The Notional Category of Modality", en H. J. Eikmeyer & H. Rieser (eds.) *Words, Worlds, and Contexts. New Approaches to Word Semantics*, pp. 38-74. [Reimpreso en P. Portner y B. Partee (eds.) (2002) *Formal Semantics: The Essential Readings*. Oxford, Blackwell, pp. 289-323]
- \_\_\_\_\_ (1995): "Stage-level and Individual level predicates", en N.G. Carlson y J. Pelletier (eds.) *The Generic Book*. Chicago IL, Chicago University Press.
- \_\_\_\_\_ (1996): "Severing the External Argument from its Verb", en J. Rooryck & L. Zaring (eds.), *Phrase Structure and the Lexicon* [Studies in Natural language and Linguistic Theory]. Dordrecht, Kluwer, pp. 109-137.
- \_\_\_\_\_ (2000): "Building Statives", *Berkeley Linguistics Society*, 26. Disponible en [www.semanticsarchive.net](http://www.semanticsarchive.net). [Recuperado: 10.04.09.]
- \_\_\_\_\_ (2002): "Telicity and the meaning of objective case". Ms., University of Massachusetts at Amherst.
- \_\_\_\_\_ (2008): "Modals and conditionals again (chapter 2)". Ms. University of Massachusetts, Amherst.
- KRIFKA, M. (1989): "Nominal reference, temporal constitution and quantification in event semantics", en R. Bartsch, J. van Benthem & P. van Emde Boas (eds.) *Semantics and Contextual Expressions*. Dordrecht, Kluwer, pp. 75-115.
- \_\_\_\_\_ (1992): "Thematic relations as links between nominal reference and temporal constitution", en I. Sag & A. Szabolcsi (eds.) *Lexical Matters*. Standford, CA, Center for the Study of Language and Information, pp. 29-53.
- KRIFKA, M., F. J. PELLETIER, G. N. CARLSON, A. ter MEULEN, G. LINK & G. CHIERCHIA (1995): "Genericity: an introduction", en G. N. Carlson & F. J. Pelletier (eds.) *The Generic Book*. Chicago y Londres, The University of Chicago Press, pp. 1-124.
- LAKOFF, G. ([1971]): "Sobre la semantica generativa", en Sánchez de Zavala, V. (comp.) (1974) *Semántica y sintaxis en la lingüística transformatoria*. Madrid, Alianza Editorial, pp. 335-443.
- LANDAU, I. (2009): *The Locative Syntax of Experiencers*. Cambridge, MA, MIT Press.
- LARSON, R. (1988): "On the double object construction". *Linguistic Inquiry* 19, pp. 335-91.
- LEGENDRE, G. (1989): "Inversion with Certain French Experiencer Verbs". *Language* 65:4, pp. 752-782.

- \_\_\_\_\_ (1993): “Antipassive with French Psych-Verbs”, en E. Dunca, D. Farkas & P. Spaelti (eds.) *Proceedings of WCCFL 12*, pp. 373-388.
- LENCI, A. y P. M. BERTINETTO (2000): “Aspect, adverbs and events: Habituality vs. perfectivity”, en J. Higginbotham, F. Pianesi y A. Varzi (eds.) *Speaking of events*. Oxford, Oxford University Press, pp. 245-287.
- LEVIN, B. y M. RAPPAPORT (1995): *Unaccusativity: At the Syntax-Lexical Semantics Interface*. Cambridge, MA, MIT Press.
- LEWIS, D. (1973): *Counterfactuals*. Oxford, Blackwell.
- \_\_\_\_\_ (1983): “Events”, en *Philosophical Papers*, Oxford, Oxford University Press, vol. II, pp. 241-269.
- \_\_\_\_\_ (1986): *On the Plurality of Worlds*. Oxford, Blackwell.
- LUJAN, M. (1980): *Sintaxis y semántica del adjetivo*. Madrid, Cátedra.
- LUNDQUIST, B. (2012): “Localizing cross-linguistic variation in Tense systems: on telicity and stativity in Swedish and English”. *Nordic Journal of Linguistics* Vol. 35, Issue 1, pp. 27-70.
- MAGLOIRE-HOLLY, H. (1982): “Les modaux: auxiliaries ou verbs?”, en C. Lefebvre, H. Magloire-Holly & N. Piou (eds.) *Syntaxe de l’Haïtien*. Ann Arbor, Mich., Karoma, pp. 92-121.
- MAIENBORN, C. (2001): “On the position and interpretation of locative modifiers”. *Natural Language Semantics* 9: 2, pp. 191-240.
- \_\_\_\_\_ (2003): *Die logische Form von Kopula-Sätzen*. Berlin, Akademie-Verlag.
- \_\_\_\_\_ (2005): “On the limits of The Davidsonian approach: The case of copula sentences”. *Theoretical Linguistics*, 31, pp. 275-316.
- \_\_\_\_\_ (2007): “On Davidsonian and Kimian States”, en I. Comorovski & K. Von Heusinger (eds.) *Existence: Semantics and Syntax*. Dordrecht, Springer, pp. 107-30.
- MARANTZ, A. (1997): “No Escape from Syntax: Don’t Try Morphological Analysis in the Privacy of Your Own Lexicon”, en A. Dimitriadis, L. Siegel, et al. (eds.) *University of Pennsylvania Working Papers in Linguistics*, Vol. 4.2, *Proceedings of the 21st Annual Penn Linguistics Colloquium*, pp. 201-225.
- MARCHAND, H. (1960): *The Categories and Types of Present-Day English Word-Formation. A Synchronic-Diachronic Approach*. München, C.H. Beck’sche Verlagsbuchhandlung.

- MARÍN, R. (2010): “Spanish adjectives within bounds”, en P. Cabredo & O. Matushansky (eds.) *Adjectives. Formal analyses in syntax and semantics*. Amsterdam, John Benjamins, pp. 307-331
- \_\_\_\_\_ (2011): “Casi todos los predicados psicológicos son estativos”, en A. Carrasco (ed.) *Sobre estados y estatividad*. Muenchen, LINCOM, pp. 26-44.
- \_\_\_\_\_ (2013): *La stativité dans tous ses états*. Memoria de habilitación, Université Paris 8.
- MARÍN, R. & L. McNALLY (2005): “The Aktionsart of Spanish reflexive psychological verbs and their English counterparts”, en E. Maier, C. Bary & J. Huitink (éds.) *Proceedings Sinn und Bedeutung 9*, Nijmegen, pp. 212-225.
- \_\_\_\_\_ (2011): “Inchoativity, change of state, and telicity: Evidence from Spanish reflexive psychological verbs”, *Natural Language and Linguistic Theory*, 48(1), pp. 35-70.
- MARÍN, R. & C. SÁNCHEZ MARCO (2012): “Verbos y nombres psicológicos: juntos y revueltos”. *Borealis* 1(2), pp. 90-107.
- MARTIN, F. (2008): *Les prédicats statifs. Étude sémantique et pragmatique*. Bruxelles, De boeck/duculot.
- MARTÍN, J. (2011): “Deverbal nouns with the suffix *-dura*”, en J. L. Cifuentes y S. Rodríguez (eds.) *Spanish Word Formation and Lexical Creation*, Amsterdam, John Benjamins, pp. 165-183.
- MARTÍNEZ-ATIENZA, M. (2004): “La expresión de la habitualidad en español”, en L. García Fernández y B. Camus Bergareche (eds.), pp. 346-378.
- MATEU, J. (1997): *On relational semantics: a semantic theory of argument structure*. Departament de Filologia Catalana. Universidad Autónoma de Barcelona.
- \_\_\_\_\_ (2002): *Argument Structure. Relational Construal at the Syntax-Semantics Interface*. Tesis doctoral. Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra.
- MCCAWLEY, J. ([1968]): “La inserción léxica en las gramáticas transformatorias sin estructura profunda”, en V. Sánchez Zavala (ed.) (1974), *Semántica y sintaxis en la lingüística transformatoria*, vol. 1, Madrid, Alianza, pp. 259-275.
- McNALLY, L. (1993): “Adjunct Predicates and the Individual/Stage Distinction”, *Proceedings of the Twelfth West Coast Conference on Formal Linguistics (WCCFL)*, Stanford Linguistics Association, Stanford, pp. 561-576.
- \_\_\_\_\_ (2009): “Properties, entity correlates of properties, and existential”, en A. Giannakidou & M. Rathert (eds.) *Quantification, Definiteness, and Nominalization*. Oxford, Oxford University Press, pp. 163-187.

- \_\_\_\_\_ (2011): “Existential sentences”, en C. Maienborn, K. von Heusinger & P. Portner (eds.) *Semantics: An International Handbook of Natural Language Meaning*, Vol. 2. Berlin, de Gruyter, pp. 1829-1848.
- MENDIKOETXEA, A. (1999): “Construcciones inacusativas y pasivas”, en I. Bosque & V. Demonte (dirs.) *Gramática descriptiva de la lengua española*, vol. 2, cap. 25. Madrid, Espasa, pp. 1575-1630.
- \_\_\_\_\_ (2009): “Modelos formales”, en Elena de Miguel (ed.) *Panorama de la lexicología*. Barcelona: Ariel.
- MIGUEL, E. DE (1999): “El aspecto léxico”, en I. Bosque y V. Demonte (dirs.) *Gramática descriptiva de la lengua española*, vol. 3, cap. 46. Madrid, Espasa, pp. 2977-3060.
- MIGUEL, E. DE & M. LAGUNILLA (2000): “El operador aspectual *se*”, *Revista Española de Lingüística*, 30.1, pp. 13-43.
- MILSARK, G. (1974): *Existential Sentences in English*. Tesis doctoral, MIT.
- MITTWOCH, A. (1988): “Aspects of English Aspect: on the Interaction of Perfect, Progressive and Durational Phrases”, *Linguistics and Philosophy*, 11, pp. 203-254.
- \_\_\_\_\_ (2005): “Do States Have Davidsonian Arguments? Some Empirical Considerations”, en C. Maienborn & A. Wöllstein (eds.), *Event Arguments: Foundations and Applications*, Niemeyer, Tübingen, pp. 69-89.
- MOLTMANN, F. (2004): “Properties and Kinds of Tropes: New Linguistic Facts and Old Philosophical Insights”, *Mind*, Vol. 113, 449, pp. 1-41.
- \_\_\_\_\_ (2012): *Abstract Objects and the Semantics of Natural Language*. Oxford University Press.
- MONTAGUE, R. (1973): “The proper treatment of quantification in ordinary English”, en R. Thomason (ed.) *Formal Philosophy*. New Haven, CT: Yale University Press, pp. 247-270.
- MORENO CABRERA, J. (1987): *Lógica formal y lingüística: Una introducción a la gramática de R. Montague*. Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid.
- \_\_\_\_\_ (2003): *Semántica y gramática*. Madrid, Machado Libros.
- MORIMOTO, Y. (2008): “*Me estuve quieto*: El concepto de estado y el llamado *se* aspectual”. *Actas del XXXVII Simposio Internacional de la Sociedad Española de Lingüística (SEL)*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 591-599.

- \_\_\_\_\_ (2011): “El control de los predicados estativos”, en A. Carrasco (ed.) *Sobre estados y estatividad*. Muenchen, LINCOM, pp. 122-141.
- \_\_\_\_\_ (2011): “Nuevos acercamientos a los predicados de estado: criterios para su clasificación interna”, *XL Simposio Internacional de la Sociedad Española de Lingüística*, Madrid.
- \_\_\_\_\_ (2013): “La estatividad y los niveles de análisis aspectual”, en J. F. Val Álvaro, J. L. Mendívil Giró, M. C. Horno Chéliz, I. Ibarretxe, A. Hijazo, J. Casas & I. Solano (eds.) *De la unidad del lenguaje a la diversidad de las lenguas. Actas del 10º Congreso Internacional de Lingüística General*. Servicio de Publicaciones, Universidad de Zaragoza. pp. 612-621.
- MOENS, M. & M. STEEDMAN (1988): “Temporal ontology and temporal reference”, *Computational Linguistics* 14, pp. 15-28.
- MOURELATOS, A. (1978): “Events, processes and states”. *Linguistics and Philosophy* 2, pp. 415-434.
- MUELLER-REICHAU, O. (2011): *Sorting the World. On the Relevance of the Kind/Object-Distinction to Referential Semantics*. Ontos Verlag.
- NEELEMAN, A. & K. SZENDRÖI (2007): “Radical pro-drop and the morphology of pronouns”, *Linguistic Inquiry* 38(4), pp. 671-714.
- NERBONNE, J. (1985): *German temporal semantics: Three-dimensional tense logic and GPSG fragment*. Tesis doctoral. The Ohio State University. Publicado por Garland Press, New York.
- OLTRA-MASSUET, I. (1999): “On the Constituent Structure of Catalan Verbs”, en K. Arregi, B. Bruening, C. Krause & V. Lin (eds.) *MITWPL 33: Papers in Morphology and Syntax, Cycle One*, Cambridge, MA, MIT Press, pp. 279-322.
- \_\_\_\_\_ (2010): *On the morphology of complex adjectives*, Tesis Doctoral, Universidad Autónoma de Barcelona.
- OLTRA-MASSUET, I. & K. ARREGI (2005): “Stress-by-Structure in Spanish”, en *Linguistic Inquiry* 36:1, pp. 43-84.
- PADUČEVA, E. (1996): *Semanticheskie issledovanie*. Moscow: Jazyki russkoj kul'tury. [apud Spencer & Zaretskaya 2003]
- PANTCHEVA, M. (2011): *Decomposing Path. The Nanosyntax of Directional Expressions*. Tesis doctoral. Universidad de Tromsø.
- PARSONS, T. (1989): “The Progressive in English: Events, States and Processes”. *Linguistics and Philosophy*, 12, pp. 213-241.
- \_\_\_\_\_ (1990): *Events in the Semantics of English*. Cambridge, MA, MIT Press.



- \_\_\_\_\_ (2000): “Underlying States and Time Travel”, en J. Higginbotham, F. Pianesi y A. Varzi (eds.) *Speaking of Events*. Nueva York/Oxford, Oxford University Press, pp. 81-95.
- PARTEE, B. (1973): “Some Structural Analogies between Tenses and Pronouns in English”. *The Journal of Philosophy*, vol. LXX, no. 18, pp. 601-9. [Reimpreso en B. Partee (2004): *Compositionality in Formal Semantics. Selected Papers by Barbara H. Partee*. Blackwell: Australia.]
- PERLMUTTER, D. (1984): “Working 1s and Inversion in Italian, Japanese and Quechua”, en D. Perlmutter & C. Rosen (eds.), *Studies in Relational Grammar 2*. The University of Chicago Press, pp. 292-330.
- PESETSKY, D. (1995): *Zero Syntax*. Cambridge, MA, MIT Press.
- PICALLO, M. <sup>a</sup> C. (1991): “Nominals and Nominalizations in Catalan”, *Probus* 3, pp. 279-316.
- \_\_\_\_\_ (1999): “La estructura del sintagma nominal: las nominalizaciones y otros sustantivos con complementos argumentales”, en I. Bosque y V. Demonte (dirs.) (1999), vol. 1, cap. 6, pp. 363-393.
- PIERA, C. y S. VARELA (1999): “Relaciones entre morfología y sintaxis”, en I. Bosque y V. Demonte (dirs.) (1999), vol. 3, cap. 67 (pp. 4367-4422).
- PHARIES, D. (2002): *Diccionario etimológico de los sufijos españoles y de otros elementos finales*. Madrid, Gredos.
- PIÑÓN, C. (1997): “Achievements in an Event Semantics”, en A. Lawson (ed.), *SALT VII*. Ithaca, NY, Cornell University, pp. 276-293
- PORROCHE, M. (1990): *Aspectos de la atribución en español*. Zaragoza: Pórtico.
- PORTNER, P. (1998): “The Progressive in Modal Semantics”, *Language* 74(4), pp. 760-87.
- \_\_\_\_\_ (2005): *What is meaning? Fundamentals of Formal Semantics*. Blackwell.
- \_\_\_\_\_ (2011): “Perfect and Progressive”, en C. Maienborn, K. von Stechow & P. Portner (eds.) *Semantics: An International Handbook of Natural Language Meaning*, vol. 2. Berlin, Mouton de Gruyter.
- POSER, W. (1992): “Blocking of phrasal constructions by lexical items”, en I. Sag & A. Szabolcsi (eds.) *Lexical Matters*. Center for Study of Language & Information, Stanford, CA, pp. 111-130.
- PUSTEJOVSKY, J. (1991): “The syntax of event structure”, en Beth Levin y Steven Pinker (eds.), *Lexical and Conceptual Semantics*. Oxford: Blackwell, pp. 47-81.

- PYLKKÄNEN, L. (2000): "On Stativity and Causation", en C. Tenny and J. Pustejovsky (eds.) *Events as Grammatical Objects*. Stanford, CSLI, pp. 417-442.
- REICHENBACH, H. (1947): *Elements of symbolic logic*. London, Macmillan.
- RADKEVICH, N. (2009): "Vocabulary insertion and the geometry of local cases". [Disponible en <http://ling.auf.net/lingBuzz/000958>.]
- RAMCHAND, G. (2008): *Verb Meaning and the Lexicon*. Cambridge, Cambridge University Press.
- \_\_\_\_\_ (2012): "Indexical vs. Anaphoric Modals", ms. CASTL, Universidad de Tromsø. [Disponible en <https://sites.google.com/site/gillianramchand01/multani>]
- RAPPAPORT, H. y B. LEVIN (1998): "Building verb meaning", en M. Butt y W. Geuder (eds.) *The Projection of Arguments*. Stanford, CSLI, pp. 97-134.
- REINHART, T. (2000): "The theta system: syntactic realization of verbal concepts", Utrecht, UiL. *OTS Working papers*.
- RESNIK, G. (2007): "La determinación de la eventividad nominal en español", en G. Ciapuscio (ed.) *De la palabra al texto*. Buenos Aires, Eudeba, pp. 191-226.
- RIMELL, L. (2004): "Habitual sentences and generic quantification", en V. Chand, A. Kelleher, A. J. Rodríguez y B. Schmeiser (eds.), *Proceedings of the 23<sup>rd</sup> West Conference on Formal Linguistics*. Somerville, Cascadilla Press, pp. 663-676.
- RIZZI, L. (1990): *Relativized Minimality*. Cambridge, MA, MIT Press.
- \_\_\_\_\_ (1997): "The fine structure of the left periphery", en L. Haegeman (ed.) *Elements of Grammar: Handbook in Generative Syntax*. Kluwer, Dordrecht, pp. 281-337.
- ROCA PONS, J. (1958): *Estudios sobre perífrasis verbales en español*. Madrid, RFE, Anexo XVII.
- ROTHMAYR, A. (2009): *The Structure of Stative Verbs*. Amsterdam, John Benjamins.
- ROTHSTEIN, S. (ed.) (2001): *Events and Grammar*. Boston, Kluwer Academic Publishers.
- ROTHSTEIN, S. (2004): *Structuring Events*. Oxford, Blackwell.
- ROY, I. (2010): "Deadjectival nominalizations and the structure of the adjective", en A. Alexiadou & M. Rathert (eds.) *The Syntax of Nominalizations across Languages and Frameworks*. The Hague, De Gruyter Mouton.

- \_\_\_\_\_ (2013): *Nonverbal Predication. Copular Sentences at the Syntax-Semantics Interface*. Oxford, Oxford University Press.
- SÁNCHEZ, C. (1999): “Los cuantificadores: clases de cuantificadores y estructuras cuantificativas”, en I. Bosque y V. Demonte (dirs.) (1999), vol. 1, cap. 16, pp. 1025-1128.
- \_\_\_\_\_ (2000): “Las construcciones con *se*. Estado de la cuestión”, C. Sánchez López (ed.), *Las construcciones con se*, Madrid, Visor Libros, pp. 18-163.
- SANROMÁN, B. (2005): “Individual-Level and Stage-Level Predicates: The Spanish Emotion Nouns”, en J. Apresjan & L. Iomdin (eds.) *East West Encounter: Second International Conference on Meaning Text Theory*. Moscú, Slavic Culture Language Publishing House, pp. 417-431.
- \_\_\_\_\_ (2008): “El verbo *tener* como marcador aspectual de los nombres de emoción”. *Español Actual* 89, pp 99-110.
- SANTIAGO, R. & E. BUSTOS (1999): “La derivación nominal”, en *GDLE*, vol. 3, cap. 69, Madrid, Espasa Calpe.
- SCALISE, S. (1984): *Generative Morphology*. Dordrecht, Foris Publications.
- SCHEINER, J. M. (2002): “Temporal anchoring of habituals”, en J.S. van Koppen & M. de Vos (eds.) *Proceedings of Console XI*. Disponible en <http://www.hum2.leidenuniv.nl/pdf/lucl/sole/console11/console11-scheiner.pdf> [recuperado: 23.09.12].
- SEUREN, P. (1983): “The Auxiliary System in Sranan”. *Linguistics* 19, pp. 1043-1076.
- SICHEL, I. (2010): “Event-structure constraints on nominalizations”, en A. Alexiadou & M. Rathert (eds.), *The syntax of nominalizations across languages and frameworks*. Berlin, Mouton de Gruyter, pp. 159-198.
- SIDDIQI, D. (2009): *Syntax within the Word. Economy, Allomorphy and Argument Selection in Distributed Morphology*. Amsterdam, John Benjamins.
- SMITH, C. (1991): *The Parameter of Aspect*. Dordrecht, Kluwer.
- \_\_\_\_\_ (1999): “Activities: states or events?”. *Linguistics and Philosophy* 22, pp. 479-508.
- SOTO, G. (2008): “Sobre el llamado futuro de probabilidad. Algunas condiciones del valor modal de *-ré*”. *Boletín de Filología*, Universidad de Chile, Tomo XLIII, pp. 193-206.
- SPENCER, A. & M. ZARETSKAYA (2003): “Stative predicates in Russian and their nominalizations”. Ms. Disponible en <http://privatewww.essex.ac.uk/~spena/publications-selected.htm> [recuperado: 05.05.10].

- SQUARTINI, M. (2004): “La compatibilidad aspectual de los predicados estativos intrínsecamente delimitados”, en L. García Fernández & B. Camus Bergareche (eds.), pp. 317-345.
- STARKE, M. (2001): *Move dissolves into merge: a theory of locality*. Tesis doctoral, University of Geneva.
- \_\_\_\_\_ (2009): “A short primer to a new approach to language”. *Norlyd 36.1: Special issue on Nanosyntax*, P. Svenonius, G. Ramchand, M. Starke & K. Tarald Taraldsen (eds.). Universidad de Tromsø, pp. 1-16. Disponible en [www.ub.uit.no/munin/norlyd/](http://www.ub.uit.no/munin/norlyd/).
- \_\_\_\_\_ (2011): “Towards elegant parameters: Language variation reduces to the size of lexically stored trees”. *Barcelona Workshop on Linguistic Variation in the Minimalist Framework*. Disponible en <http://ling.auf.net/lingBuzz/001183>.
- STOWELL, T. (1981): *Origins of phrase structure*. Tesis doctoral, MIT, Cambridge, Massachussets.
- SVENONIUS, P. (1994): *Dependent nexus: subordinate predication structures in English and Scandinavian languages*. Tesis doctoral, University of California at Santa Cruz.
- SWART, H. DE (1998): “Aspect shift and coercion”, *Natural Language and Linguistic Theory* 16, pp. 347-385.
- SWART, H. DE (2000): “Tense, aspect and coercion in a cross-linguistic perspective”, en M. Butt & T. King (eds.) *Proceedings of the Berkeley Formal Grammar Conference*. Stanford, CSLI.
- TARALDSEN, K. T. (2010): “The nanosyntax of Nguni noun class prefixes and concords”. *Lingua* 120, pp. 1522-1548.
- TAYLOR, B. (1977): “Tense and Continuity”, *Linguistics and Philosophy* 1.2, pp. 199-220.
- TENNY, C. (1994): *Aspectual roles and the Syntax-Semantics Interface*. Dordrecht, Kluwer.
- TENNY, C. & J. PUSTEJOVSKY (2000): *Events as Grammatical Objects. The converging perspectives of lexical semantics and syntax*. California, CSLI.
- URIAGEREKA, J. (2001): “Adjectival Clues”. Ponencia presentada en el *5th Hispanic Linguistic Symposium. Acquisition of Spanish & Portuguese*, University of Illinois at Urbana-Champaign. [apud Brucart 2010.]
- URIAGEREKA, J. & A. GALLEGU (2009): “Estar = ser + P”. *XIX Colloquium on Generative Grammar*, 01-03.04.2009, Euskal Herriko Unibertsitatea, Vitoria-Gasteiz.

- VAINIKKA, A. & J. MAILING (1993): "Is partitive case inherent or structural?", MS., University of Massachusetts, Amherst and Brandeis University.
- VAN GEENHOVEN, V. (1998): "On the argument structure of some noun incorporating verbs in West Greenlandic", en M. Butt y W. Geuder (eds.) *The Projection of Arguments: Lexical and Compositional Factors*. Stanford CA, CSLI, pp. 225-263.
- VAN VALIN, R. & R. LAPOLLA (1997): *Syntax: Structure, Meaning, and Function*. Cambridge, Cambridge University Press.
- VARELA, S. (1990): *Fundamentos de morfología*. Madrid, Síntesis.
- \_\_\_\_\_ (2010): "La interacción de las nominalizaciones con la voz, el aspecto y la dimensión temporal", en *Actas del VII Congreso Internacional de Lingüística Hispánica*. Leipzig, Universidad de Leipzig.
- VENDLER, Z. (1967): "Verbs and Times", *The Philosophical Review*, 66, pp. 143-160. [Reimpreso en Z. Vendler, *Linguistics in Philosophy*. Ithaca, Nueva York: Cornell University Press.]
- VERKUYL, H. (1993): *A Theory of Aspectuality*. Cambridge, Cambridge University Press.
- \_\_\_\_\_ (1999): *Aspectual Issues. Studies on Time and Quantity*. CSLI Publications: Stanford.
- VLACH, F. (1981): "The Semantics of the Progressive", en P. Tedeschi & A. Zaenen (eds.) *Syntax and Semantics 14: Tense and Aspect*, Nueva York, Academic Press, pp. 271-292.
- WEERMAN, F. & J. EVERS-VERMEUL (2002): "Pronouns and case". *Lingua* 112, pp. 301-338.
- WEIMER, H. (1972): "Yareba Verb Morphology". *Te Reo (Journal of the Linguistic Society of New Zealand)* 15, pp. 313-323.
- WERNER, T. (2005): "The temporal interpretation of some modal sentences in English (involving a future/epistemic alternation)", en B. Hollebrande & A. van Hout (eds.) *Crosslinguistic Views on Tense, Aspect and Modality*, Cahiers Chronos 13. Amsterdam, Rodopi.
- WILLIAMS, E. (1987): "English as an ergative Language: The Theta structure of Derived Nouns", ms., University of Massachusetts. [apud Zucchi 1993].
- WILLIAMS, E. (2007): "Dumping Lexicalism", en G. Ramchand & C. Reiss (eds.) *The Oxford Handbook of Linguistic Minimalism*. Oxford, Oxford University Press, pp. 353-381.

- WILLIAMS, D. (1966): “On the Elements of Being”, en *Principles of Empirical Realism*. Springfield, Illinois; Charles C. Thomas Publisher.
- WITTGENSTEIN, L. (1958): *Philosophical Investigations*. Oxford, Blackwell.
- ZAGONA, K. (2008): “Ser and *estar* differ in both structure and aspectual features”. Ponencia presentada en *Chronos 8. International Conference on Tense, Aspect, Mood, and Modality*, University of Texas at Austin.
- ZATO, Z. (2011): “Alternancia preposicional en los complementos preposicionales regidos en español: aproximación subléxica”. *Círculo de Lingüística Aplicada a la Comunicación* 48, Universidad Complutense de Madrid, pp. 41-76.
- ZUCCHI, S. (1993): *The Language of Propositions and Events*. Dordrecht, Kluwer Academic Publishers.
- ZUCCHI, S. (2001): “Aspect Shift”, en S. Rothstein (ed.), pp. 349-370.

### **Diccionarios y corpus**

- DRAE: *Diccionario de la Real Academia Española*, edición online ([www.rae.es](http://www.rae.es)).
- DUECh: *Diccionario de Uso del Español de Chile*. Academia Chilena de la Lengua, MN Editores. Santiago de Chile, 2010.
- DPD: *Diccionario panhispánico de dudas*, Real Academia Española, ed. (2005), Madrid, Santillana.
- CORDE: *Corpus Diacrónico del Español*, edición online (<http://corpus.rae.es/cordenet.html>)
- CREA: *Corpus de Referencia del Español Actual*, edición online (<http://corpus.rae.es/creanet.html>)

[www.google.es](http://www.google.es)



